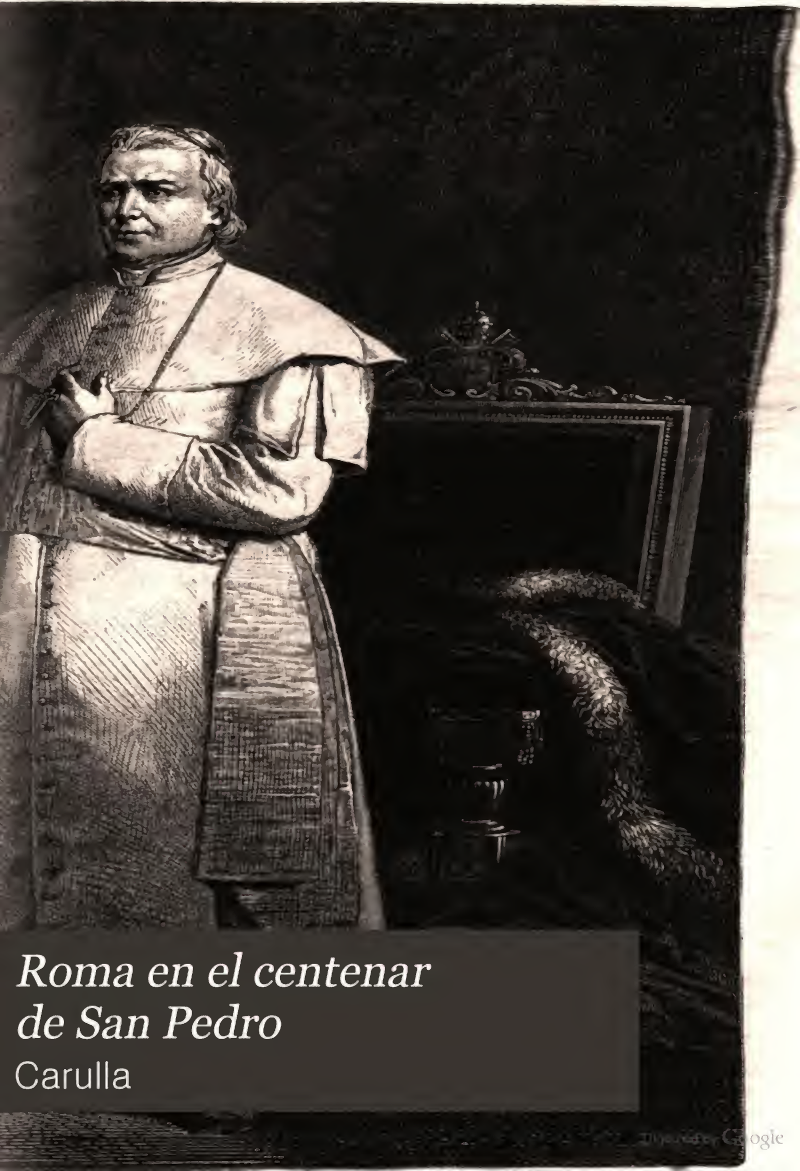
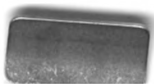


Roma en el centenar de San Pedro

Carulla





ROMA

EN EL

CENTENAR DE SAN PEDRO.

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

ROMA

EN EL

CENTENAR DE SAN PEDRO

DESCRIPCION DE LAS FIESTAS
QUE HAN DE CELEBRARSE EN LA CIUDAD ETERNA, CON MOTIVO DE AQUELLA SOLEMNIDAD,
Y DE LA CANONIZACION DE VARIOS MÁRTIRES.

VIAJE DE MADRID Á ROMA,

VISITANDO Á TURIN, FLORENCIA, MILAN, NÁPOLES, VENECIA, TRIESTE,
VIENA, PARIS, ETC., ETC.,

POR
D. JOSÉ MARIA CARULLA.

OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS QUE REPRESENTAN VISTAS DE CIUDADES,
MONUMENTOS, ESCENAS, RETRATOS, ETC., ETC.,
POR LOS PRIMEROS ARTISTAS.

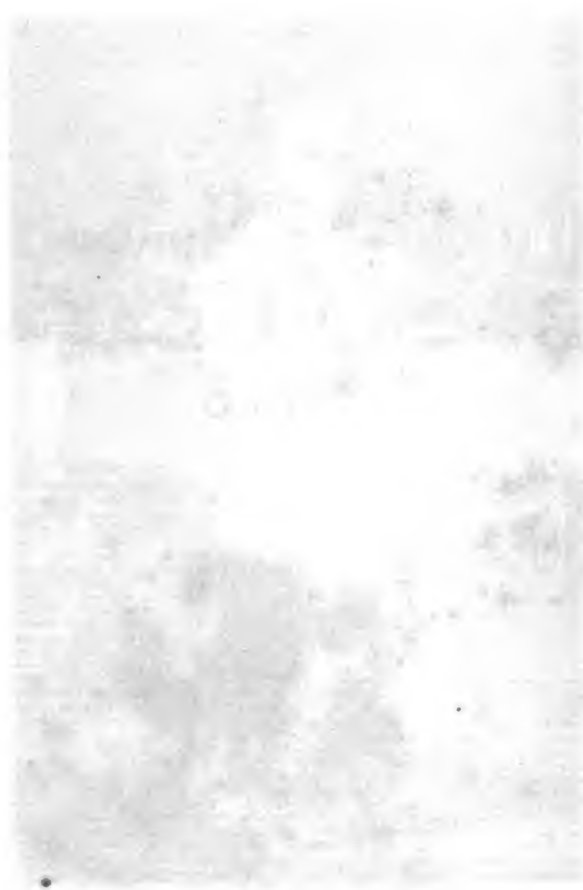


MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE GASPAR Y ROIG,
calle del Príncipe, núm. 4.

1867.



PIO IX.





PRÓLOGO.



El viaje á Roma se ha considerado y se considerará siempre el principal y el mas legítimo de los viajes. ¿Cómo no, si se trata de la ciudad que Dios ha predestinado para cosas grandes, altísimas, sublimes? ¿Cómo no, si se trata de la ciudad que dominó completamente al mundo antiguo, cuyos restos encantan y asombran todavía á cuantos los contemplan? ¿Cómo no, si se trata de la ciudad soberana de todas las demás, de la ciudad de la fe, de la ciudad de Dios? ¿Cómo no, si se trata de la ciudad centro de la virtud, de la luz, del bien, de la belleza, de todo lo que realza y engrandece á los hombres y á los pueblos? ¿Cómo no, si se trata de la ciudad en que se asienta la monarquía más augusta, más noble, más legítima, más necesaria del mundo? ¿Cómo no, si se trata de la ciudad sobre que descansa una institucion divina, una institucion que salió de las catacumbas para subir al trono resplandeciente de los emperadores; una institucion siempre jóven, siempre firme, siempre incólume, como Aquel que la delineó desde la eternidad con su omnipotente sabiduría; una institucion que conquistó el mundo entero, sin lágrimas ni sangre; una institucion que ha salvado á la humanidad, en varias ocasiones, de la barbarie más horrible y afrentosa; una institucion en fin toda santa y toda celestial, fuente de la verdad, orígen de todo adelantamiento legítimo? Cómo no, en fin, si se trata de la ciudad residencia del Papa, cuya fuerza sobrenatural contrasta de un modo singular con su aparente flaqueza; del Papa sucesor de san Pedro, del Papa Rey á la vez que Pontífice, representante por consiguiente, así de la autoridad humana como de la divina; del Papa, único en la tierra, en torno del cual puede reconstituirse la sociedad profundamente abatida y desquiciada; del Papa, que está en comunicacion directa con el mismo Dios, á quien suple en la tierra; del Papa, depositario de verdades augustas, de tesoros inagotables y de promesas consoladoras; del Papa, que ha sostenido constantemente todos los derechos y anatematizado con sobrehumana intrepidez los grandes vicios, los grandes orgullos, las grandes pasiones, las grandes injusticias y los grandes crímenes; del Papa, por último, que reune á los títulos de Pontífice y de Rey, los de Padre, Doctor, Juez, Maestro, y frecuentemente de Mártir?

No hay pues ciudad que pueda compararse con Roma. A su lado Paris, Lóndres, Madrid, San Petersburgo, Viena, Berlin, Constantinopla, quedan completamente oscurecidas y eclipsadas. Brillan ciertamente; pero brillan con majestad perecedera y humana: Roma con majestad inmortal y divina.

Añado, sin cometer ni sombra de exageracion, que nunca, desde que se fundó hace 2,500 años, ha sido tan digna de ser visitada como ahora.

En ella reside Pio IX, el más amado de los ponti-

fices; Pio IX, cuyo valor, constancia y santa intrepidez no pueden ménos de ser un misterio impenetrable para los incrédulos y los impíos; Pio IX, que anciano, inerme, destituido de todo humano recurso, con una cruz en la mano y puestos los ojos en el cielo, ha condenado y condenará todos los vicios y todos los errores, por más que se revistan de nombres hermosos ó formas seductoras, y por más que los apadrinen y defiendan las potestades del mundo; Pio IX en fin, que para gloria eterna suya y de este siglo, y alegrando á los ángeles en las alturas de los cielos, ha definido, inspirado por Dios, la Inmaculada Concepcion de María.

Ahora, el Anciano venerable que rige para gloria de Dios y bien de las almas los destinos del mundo católico, acaba de celebrarse en Roma, que siempre se distinguió por sus regocijos públicos, grandes, desusadas, suntuosas, solemnísimas fiestas. A ellas han concurrido casi todos los sucesores de los Apóstoles, extendidos y diseminados por el orbe. A ellas han concurrido igualmente católicos innumerables, y con el deseo todos los que han sido regenerados, enaltecidos y cubiertos con su manto espléndido por la Iglesia de Dios.

Fiestas cuyo objeto ha sido no sólo traer á la memoria por la vez décima octava, desde que descendió á la tierra el Hombre-Dios, el memorable dia en el cual Pedro, Príncipe de los Apóstoles, tuvo la dicha inefable de dar su sangre por El que santificó con la suya preciosísima el camino del Calvario, y de morir por Aquél que se dejó crucificar en un madero infame para redimir á los descendientes de Adan, sino tambien celebrar la declaracion dogmática en virtud de la que se inscriben en el catálogo de los héroes del Evangelio algunos hombres ilustres que practicaron en grado eminente la virtud sobre la tierra. Fiestas que han tenido en mi opinion por objeto primordial, conmemorar anticipadamente el cercano triunfo de la Iglesia, que no puede ser ya un misterio para ninguno de sus hijos fervorosos.

¿Se quiere más todavía? Junto á las turbias márgenes del Sena se levanta una ciudad populosa, no amada ciertamente por Dios, ni bendecida por los hombres. Es Paris, la Babilonia moderna; es Paris, antítesis de Roma: es Paris representante de esa mentida civilizacion material que prescinde completamente de las almas, de los espíritus; es Paris en fin, centro de las esperanzas de los alistados en uno de los dos ejércitos formidables próximos á librar la más tremenda y descomunal de las batallas; que precipitaria al mundo en los negros horrores de una conflagracion universal, si no se decidiese como ansían y esperan los humildes amadores de Jesucristo.

Y Paris, que tiene de ordinario grandes atractivos para los hombres de mundo, para esos hombres que al decir de la Sagrada Escritura tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, entendimiento y no consideran; para esos hombres, á quienes gana en alteza de pensamientos el niño católico de diez ó doce años; para esos hombres que no recuerdan han sido criados á imágen y semejanza de Dios; para esos hombres en fin, que viven y mueren como si sólo tuvieran el barro corrompido de su sér, acaba de vestirse con gran pompa y engalanarse con todas sus riquezas magníficas y con todos sus deslumbradores atavíos. A Paris acuden los defensores del progreso y de la civilizacion que representa; á Paris acuden casi todos los soberanos de Europa, ciegos é ilusos. ¿Quién no ve á las dos ciudades frente á frente, y frente á frente tambien á los defensores de la una y de la otra? ¿Quién no vislumbra toda la significacion, toda la importancia, toda la trascendencia del aparato que se ostenta, del antagonismo que se descubre, de la lucha que se entabla?

Si yo necesitase legitimar más mi viaje, añadiria que tan naturales son en un católico los deseos de conocer á su Pontífice, como en un monárquico los de saludar reverentemente á su monarca temporal; que llega el hombre, sobre todo si debe á Dios, en defecto de otras cualidades, un corazon ardiente y una fe inextinguible, á una edad en la cual apetece nuevas impresiones que disfrutar, nuevos horizontes que descubrir, nuevos paises que recorrer; que importa mucho al amante de la Religion, de la Monarquía, de las ciencias y de las artes acercarse á los sitios en donde tienen sus templos más augustos ó se hallan sus representantes más legítimos; que no importa ménos saber lo que se piensa y siente en los mismos de los grandes problemas que traen á la pobre y mísera humanidad profundamente dividida y conturbada; que necesitan en fin, solaz y esparcimiento los que se hallan fatigados por ocupaciones contrarias á su carácter, por estudios larguísimos, por escenas dolorosas, y—¿por qué no decirlo ó por lo menos indicarlo?—por amarguras tremendas con que afligen á los que van por las sendas que les marcan el deber y el honor, precisamente las personas de las cuales tenian más derecho á esperar proteccion y cariño.

Por lo demás, yo procuraré poner de realce lo que valen y significan las fiestas que en Roma acaban de celebrarse, como tambien lo que debe creerse de la exposicion de Paris: yo procuraré decir lo que puede aguardarse de ciertos personajes que voy reverentemente á saludar; yo procuraré hacer mencion de todo lo más notable que bajo cualquier concepto exista en las grandes poblaciones que pienso recorrer; yo procuraré vengar á cosas y personas de los agravios y de las injurias que les han inferido la ignorancia ó la malicia; yo procuraré, por último, escribir inspirado únicamente por el amor santo que profeso á la verdad, hija predilecta de Dios, término de mis perennes deseos, de mis constantes aspiraciones.

No debo soltar la pluma sin declararme humilde y sinceramente falto del saber y de todas las prendas indispensables para desempeñar la tarea referida. Confieso con verdadera ingenuidad que me abruma y espanta. Espero sin embargo, tendrán en cuenta los críticos la precision en que me hallaré de escribir precipitadamente, á raiz de los sucesos, apremiando el editor, sin la preparacion indispensable. Espero además, que la grandeza del asunto encubrirá la debilidad del que se propone historiarlo ó desenvolverlo. Espero sobre todo, en Dios, que protege y ampara á los que obran de buena fé, y con recta intencion y nobles propósitos.

INTRODUCCION.

A ninguno debe sorprender que hable yo de España ántes de pasar al extranjero. Aparte otras consideraciones que aparecerán de lo que iré sucesivamente manifestando, muévenme á ello dos principales y altísimas, sin sombra de duda. Voy á pasar por nobles ciudades, dignas de ser admiradas, llenas además para mí de dulces recuerdos, que nunca se borrarán de mi memoria: voy á ver personas que me están unidas por vínculos estrechos de sangre ó amistad, á las cuales debo gratitud y cariño que tampoco se extinguirán jamás.

Callaria con todo, si no tuviese la conviccion profunda de que ántes de pasar la frontera, podré decir algo que, sobre ser útil á mis lectores, les proporcionará de seguro ratos de verdadera satisfaccion.

No; aun entónces hablaria. El deseo de no fatigar con algunas páginas que pudieran sólo personalmente interesarme, me decidiria á permanecer callado; mas el amor que profeso á España, y la indignacion que me produce la conduta de sus malos hijos que sólo piensan en ofenderla y calumniarla, me haria coger la pluma sin vacilacion de ningun género. Hé aquí la segunda de las consideraciones ligeramente indicadas un poco más arriba. No será inoportuno insistir un poco sobre ella.

No quiero retroceder á los siglos que pasaron. Hacerlo pudiera y recordar millares de sucesos gloriosos, de acciones heróicas, de nombres inmortales. ¿Quién duda que nuestra patria marchó, no sólo al nivel, sino al frente de todas las naciones civilizadas? ¿Quién duda que fué la patria de los estadistas insignes, de los sabios profundos, de los caracteres indomables, de los guerreros invencibles, de los literatos eminentes, de los artistas superiores, de los santos egregios y sublimes? Quiero discurrir teniendo en cuenta la situacion actual de nuestro hermoso pais, profundamente perturbado por los principios infandos y deletéreos de la moderna filosofía. Áun considerando los males y calamidades de todo linaje que nos afligen y desconsuelan, es seguro que podemos sostener ventajosamente la comparacion con los demás estados de Europa. Los que se paran en la superficie de las cosas, y meramente se fijan en la civilizacion material que fascina, deslumbra y pierde, calificarán lo que acabo de decir de insigne paradoja, y no me perdonarán, sin reflexionar que mi equivocacion, si lo fuese, no podria ser más noble, ni más laudable; los que gustan de penetrar en el fondo de las mismas, y saben que con ferro-carriles, y con telégrafos eléctricos, y con buques de vapor, y con cañones rayados, y con fusiles de aguja y con todas las demás abrumadoras maravillas de la industria moderna, *se puede llegar á la barbarie*, reconocerán que no me falta razon, ó por lo ménos, que merece pensarse y discutirse lo que afirmo.

Yo paso la vista por Francia, y hallo que su bienestar material pende de una vida que se puede extinguir y se extinguirá pronto, segun todas las probabilidades; que tiene muy cerca naciones poderosas que aguardan el momento de precipitarse sobre ella con toda la energía de la ambicion ó con todo el furor de la ingratitud; que se hallan disgustados ó retraidos todos los elementos del órden; que ansían vengar agravios y satisfacer aspiraciones indignas, enemigos interiores; que ha prescindido casi absolutamente de lo que eleva y salva á los pueblos; que ha de purgar en fin, una serie de crímenes horrendos, y otra de prevaricaciones enormes, tambien merecedoras de castigo.

Yo paso la vista por Inglaterra, y hallo que su decadencia es notoria, visible, palpable; que ningun estadista sueña como Palmerston en hacer pasar á la Francia por el ojo de una aguja; que cunde y se propaga rápidamente el espíritu revolucionario; que su poder marítimo se halla grandemente contrastado; que no ha cedido un punto en los franceses el deseo de humillar á la orgullosa Albion; que al antagonismo constante y esencialmente religioso de la mártir Irlanda,

se agrega un nuevo elemento hostil no suficientemente definido todavía; que se acerca la hora de una revolucion espantosísima; que el Dios en fin de las tremendas justicias descarga por último su brazo, si los pueblos no se resuelven á desandar la senda de perdicion que han recorrido, y á ir por la que les prescriben de consuno el deber y el honor.

Yo paso la vista por Italia, y hallo que sus hijos quieren á todo trance crucificar al Vice-Dios, y ser por consecuencia los judíos de la Religion cristiana; que sus manos débiles apénas logran retener los instrumentos de la fuerza; que aparece no lejana la bancarota con su aterrador cortejo; que se hace allí almoneda de cuanto recibieron de sus mayores; que la revolucion mansa no logra de ningun modo afianzarse á pesar de sus esfuerzos; que Garibaldi y Mazzini son los herederos naturales de un órden de cosas, que ni responde á las tradiciones del pasado, ni á las esperanzas ilusorias del porvenir.

Yo paso la vista por Prusia, y hallo que no podrá sostener el aparatoso castillo de naipes que ha fabricado recientemente; que su fuerza, si bien extraordinaria, dista mucho de ser la indispensable para seguir adelante sin temor ni miedo; que una sola batalla la hundirá probablemente en el fondo del abismo; que ningun pensamiento grande y generoso anima sus planes desmedidos; que no aparece claro ni mucho ménos, haya de realizar sublimes y grandiosos destinos.

Yo paso la vista por Austria, y hallo que un error enorme, inspirado por el egoismo, la tiene muy debilitada; que no ha sabido cumplir con frecuencia sus deberes de nacion católica; que muchos de sus gobernantes son hijos de la Reforma; que por esta razon, si pueden amar hasta cierto punto al simpático Emperador, no pueden proteger lo que constituye el nervio y la sustancia de su país; que la raza de los *hábiles* de Viena, verdaderamente fatal y desastrosa, no se ha extinguido todavía; que continúa en fin ese sistema vago, incoloro, deplorable, de las medias tintas, que ha proporcionado al demonio de la revolucion casi todos sus triunfos.

Yo paso la vista por Rusia, y hallo que se divorcia cada vez más del Catolicismo, con el cual hubiera hecho imposibles; que prescinde de las alianzas convenientes, legítimas, fecundas; que ha inaugurado la era de las concesiones, iniciando así un período que conduce indefectiblemente al entronizamiento de los que comienzan por suplicarlas con timidez, y acaban por exigirlas, lleno de furor el rostro y de saña el corazon.

Yo paso, en una palabra, la vista por Europa, y hallo que las naciones, sobre estar debilitadas, son enemigas; que se han aflojado ó deshecho enteramente todos los lazos de asimilacion; que en el dia ménos pensado se precipitarán providencialmente las unas sobre las otras; que el resultado de esa lucha titánica será una terrible debilitacion general.

Contemplo despues á España; á España que, sin embargo de lo sucedido desde el fallecimiento del último Monarca y áun ántes de que ocurriera, conserva pura la fe de sus mayores con la cual se puede conseguir todo; á España, que mantiene tambien incólume el fuego sagrado del patriotismo, por medio del que seguirá realizando epopeyas; á España, que ayer se levantó grande en el continente africano; á España, que hoy da muestras en varios puntos de lo que sucederá en la época por la cual tantos claman y suspiran; á España, constantemente amparada y protegida por Dios; á España en fin, cuya postracion real pero inferior á la supuesta por los extranjeros y confesada por algunos que no lo son y merecian serlo, no la impedirá levantarse mañana llena de vigor y lozanía, ni ahogar á los gigantes moribundos que pretenden reducirla á la más vergonzosa impotencia.

¿No me será lícito amarla entrañablemente sobre las demás naciones de la tierra? ¿No me será lícito creer que puede personificar la reaccion moral, religiosa y política de todo punto indispensable? ¿No me será lícito decir que aguardo lleno de confianza el dia en que torne á ser lo que fué durante sus tiempos mejores? ¿No me será lícito relatar lo que voy á ver, que constituye positivamente una demostracion de mis convicciones sinceras? ¿No me será lícito en fin, vituperar á sus hijos ingratos que exclaman constantemente postrados de rodillas: «¡Oh la Francia! ¡oh la Inglaterra! ¡oh la Suiza! ¡oh los Estados Unidos!» y que á guisa de los protestantes, que únicamente marchan de acuerdo en odiar y escarnecer al Catolicismo, sólo están conformes en deprimir á su patria?

Casi me arrepiento de haber escrito las líneas que anteceden. Quizás debí ceñirme á manifestar mi persuasion de que volverá España pronto á ser lo que fué, y añadir que tiene más parte en la misma el corazon que la cabeza, el instinto que el discurso, la fé divina que la confianza humana.

¡España y Roma! Hé aquí los centros de todas mis esperanzas, y de mis ilusiones todas.



EL FORO ROMANO.

ROMA EN EL CENTENAR DE SAN PEDRO.

PARTE PRIMERA.

VIAJE DE IDA.

CAPITULO PRIMERO.

ZARAGOZA.



Dejé á Madrid el 25 de Mayo por la noche, y me dirigí á la inmortal ciudad de Zaragoza. Lo que mis amigos y relacionados me dijeron en los dias anteriores al saber mi reso' ?ion de ir á la Ciudad Eterna, se resume en las siguientes palabras: «¡Qué dichoso! ¡Cuánto sentimos no poder marchar tambien!»

Estas exclamaciones, que hasta cierto punto revelan sus ideas y sentimientos, me llevarian á decir algo de la córte, si no me detuviera, ¡oh lectores benévolos! el temor de molestaros. Haré constar sólo que grandemente yerran los que se figuran que en Madrid es todo desenfreno y corrupcion; que hospeda dentro de su recinto innumerables personas excelentes, bajo todos conceptos; y que no merece por consecuencia la animadversion de que ha llegado á ser general objeto, singularmente por parte de los catalanes, mis paisanos. En la coronada villa hay mucho de bueno, de puro, de santo, así como hay muchísimo de malo, de perverso, de vituperable. Como no podia ménos de acontecer, lo primero es mejor, y lo segundo peor que en las demás poblaciones.

Limitáranse los aludidos á fulminar rayos y truenos contra el mundo que bulle, contra los políticos que toman parte en el *juego* de las instituciones, contra empleados que suelen tener más orgullo que los bajás de tres colas, contra los que saquean á los forasteros, y sobre todo contra los autores de esa centralizacion absurda, que tras hacer morir de consuncion á la provincia, lo propio que al municipio, hará morir de plétora á la capital, y me tendrian resueltamente á su lado. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

I.

Llegué á Zaragoza en la madrugada del 26, sin que nada ocurriese digno de mencion durante la corta travesía. Como puedo decir que la emprendí y terminé de noche, hice lo que hacen tantos otros al entrar en un coche del ferro-carril. Me arrojé con gran confianza en brazos de la Providencia.

El ferro-carril ha sido objeto de universales alabanzas. Últimamente han cedido un poco, y se han trasformado más de una vez en amarguísimas censuras. Hay quien dice con respecto á él, que se nos *engancha* á una locomotora; que conduce á los hombres como si fueran *fardos*; que le desagrada su mar-

cha brutal y servil sobre la tierra hendida; que le disgusta sobremanera ponerse á las órdenes del pito y del reglamento; que ninguna ventaja puede proporcionar á la Religion, ni á la ciencia, ni al arte. Otro ha sostenido con gran cordura que únicamente sirve para llegar pronto. Se atribuye al célebre compositor Rossini, si no es infiel mi memoria, el dicho de que volveremos pronto á los antiguos medios de locomocion. ¿Será profeta?

A pesar de todo, declaro que no me atrevo á con-



Zaragoza.— Calle del Coso.

denar el ferro-carril, y que sigue pareciéndome imponente, grande, aterrador. Su mole inmensa, sus bramidos que nada tienen de agradables, la columna de humo que se desvanece en el espacio, la poblacion improvisada que lleva, el despotismo que ejerce sobre las personas, la salvaje majestad con que pasa y desaparece, el trastorno enorme por último que en la naturaleza produce, dan márgen á graves pensamientos y á meditaciones profundas.

¡Ah! si yo hubiera de condenar el ferro-carril, lo haria por una consideracion que me parece principal. Reconozco el fundamento que tiene mucho de lo que afirman sus enemigos irreconciliables, mas añado que lo que singularmente se ha de alegar en mi sentir contra él, es además de la imposibilidad en que suelen hallarse sus empleados de cumplir con sus deberes de católicos, los abusos numerosos é irritantes que suelen cometer las compañías que lo explotan.

La falta de competencia y la impunidad que se preparan comprometiendo á unos cuantos prohombres de la política que componen las llamadas juntas de administracion, hacen que el servicio sea generalmente escaso y no bueno; que se cobre más de lo equitativo; que se desatiendan justísimas reclamaciones; que ocurran de vez en cuando desgracias horribles, que no son más frecuentes por un milagro del Dios vivo.

Es obvio por lo demás, que cuántos traen á colacion el ferro-carril y otros inventos recientes para ensalzar al siglo actual y deprimir á los anteriores, son víctimas de una alucinacion, que raya en lo inconcebible. Nuestros mayores descubrieron cosas estupendas que



Iglesia de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza.

no necesito siquiera referir. Algunas de las invenciones modernas han nacido ó se han aplicado en los paises que conservan el régimen á cuya benéfica sombra pasaron nuestros padres, sin sustos ni amarguras, los mejores y más placenteros dias de su vida. Es casi seguro por otra parte, que nuestros hijos, si no son más imparciales que nosotros, se reirán de los adelantamientos de la época presente. Considérese por un instante la inmensa revolucion que ocurrirá el dia en que alguno logre dar direccion y consistencia á los globos aerostáticos. Y en fin, si bien se medita, se comprenderá que no hay motivo para enorgullecernos por las indicadas invenciones, y que los hay poderosos para humillarnos. ¿No hemos tardado siglos y siglos en arrancar á la naturaleza algunos de sus secretos, no comparables por su número ni por su importancia, con los que guarda todavía escondidos en su seno anchuroso?

II.

Contemplo ya la feraz campiña de Zaragoza, que se extiende por una llanura dilatadísima, regada por

varios rios y singularmeute por el Ebro. Tapizada está la tierra con su verde alfombra, pero los árboles no ostentan todavía su bello adorno de flores, ni su espléndida corona de frutos.

La capital de Aragon conserva su fisonomía secular, y lo celebro con toda el alma. Es una de esas ciudades que se han formado una tradicion heróica y que no debian modificarse nunca. Todas sus calles, y pudiera decir que todas sus piedras, traen á la memoria sucesos grandiosos consignados en páginas brillantes de la historia patria. Al discurrir por aquellas, contémplanse en espíritu los fervorosos cristianos que dieron su sangre generosa por la Religion de Jesucristo, y los nobles ciudadanos que tambien la derramaron gustosísimos por su patria queridísima.

¡La Religion y la Patria! Permítaseme evocar algunos recuerdos que colocan á la antigua *Sálduba* al nivel de las ciudades mas ilustres. Prescindiré de sus construcciones moriscas, que corresponden á la dominacion árabe; de sus iglesias notables; de la rica fachada de Santa Eugracia; de su Audiencia, morada que fue de los famosos reyes de Aragon; de su Torre inclinada; de su plaza en que mandó ejecutar á Lanuza, el poderoso y terrible Felipe II; de su majestuosa Seo, en la que se ungieron reyes y se celebraron concilios, como tambien de los sepulcros, obras de arte y riquezas de todo género que contiene; de su bella casa Lonja; de su gracioso teatro; de su paseo magnífico; del monumento elegante levantado al célebre Pignatelli; de los vistosos jardines de Torrero, cuyos edificios se han trasformado en... cuarteles; de las obras del Canal Imperial; de tantas otras cosas, en fin, que distinguen y ennoblecen á la ciudad. De todo prescindiré, limitándome á decir dos palabras sobre un hecho religioso de gran significacion, y otras dos con motivo de una serie de acciones heróicas de trascendencia extraordinaria.

Lo que principalmente distingue á la ciudad elevada por Augusto á la categoría de convento jurídico es la circunstancia de haberse levantado en ella el primer templo cristiano.

Muchos antiguos pueblos habian desaparecido, despues de cumplir la mision que Dios les asignara. El gran Alejandro encerró á no pocos en el frio panteon de la historia, preparando la férrea dominacion de los romanos, los cuales á su vez favorecieron grandemente el suave imperio de Jesucristo. Ni aquel grande hombre de la antigüedad, que no tiene competidor como general, y que poseyó como político todas las cualidades del estadista, ni éstos cuyas condiciones eminentes nadie desconoce, pudieron nunca imaginar que favorecian el advenimiento de una Religion toda santa, toda sublime, toda divina. ¡Cuánto evidencia esto el poder omnipotente de Dios y la extraordinaria pequeñez del hombre! Momento llegará de manifestar toda la magnitud de la benéfica revolucion realizada en el mundo por el Evangelio. ¡Qué principios tan humildes los de la Religion cristiana! ¡Cuán aparatoso el edificio de la civilizacion antigua que logró hacer venir á tierra con estrépito aterrador!

Durante mucho tiempo Jesucristo sólo fue adorado en lo interior de las catacumbas y de las modestas casas de sus amadores. Públicamente y en edificios grandiosos, recibian en cambio culto Júpiter Capitolino, Vénus y otras ridículas divinidades del Olimpo. El Redentor del mundo era desconocido ú odiado por el mundo. Pasaron siglos ántes de que la Cruz, emblema sagrado de todo progreso, brillara en las cimas de las catedrales y en la corona de los monarcas; ántes de que produjeran frutos hermosos y abundantes las simientes del Evangelio esparcidas en todas las regiones fecundadas con la sangre de los mártires; ántes de que se levantaran esos magníficos templos góticos verdaderamente cristianos y de que los hombres pudieran contemplar admirados y embebecidos sus columnas de mármol y de pórfido, sus naves atrevidas, sus cúpulas giganteseas, sus torres elevadas, sus imágenes cubiertas de oro y pedrería, sus ricos artesonados, sus pintadas vidrieras, sus capillas caladas, sus puertas ojivales, sus custodias y vasos de rubíes y esmeraldas, sus ornamentos preciosísimos, y sobre todo esa majestad, muchas veces sentida, pero jamás explicada que distingue sobre todos á los nuestros; ese ambiente celestial que eleva á las regiones eternales, y arroba al ser más frio é insensible; esas tintas suaves de luz y de sombra que abstraen y enagenan; ese *quid divinum* en fin, que deja como suspensos los sentidos, que sube la oracion al empíreo en alas de los ángeles, que es causa de que los indiferentes y los impíos caigan de rodillas exclamando *creo*, y dejen la casa de Dios convertidos en humildes penitentes y en fervorosos cristianos.

Mucho ántes de que diese la paz á la Iglesia el noble hijo de santa Elena levantóse un templo sencillo en honor del único Dios que amamos y tememos. Lo repito. Apareció sobre el suelo de Zaragoza por tantas razones sagrado y bendito. Lo fundó Santiago, uno de los doce Apóstoles escogidos por el Salvador para destruir el paganismo moribundo, y levantar sobre sus ruinas el esplendoroso edificio de la civilizacion cristiana. Hé aquí la primera de las glorias de la ciudad en que tuve la dicha de vivir durante nueve años.

Considérese cuánto harian valer esa gloria los extranjeros: los españoles, más humildes ó ménos celosos de lo que nos engrandece y caracteriza, casi no hacemos mencion de ella.

El hecho es doblemente incomparable por la intervencion que tuvo en el mismo la Divinidad. Importa

recordarlo para confusion de los que dicen, sin creerlo, que Dios no interviene en las cosas del mundo, negando así el dogma sublime de su adorable Providencia.

Cuarenta años habian trascurrido desde el Nacimiento del Hombre-Dios. Reinaba en Roma Calígula, aquel emperador que cometió millares de locuras y crueldades; que se hizo adorar en los templos; que nombró cónsul á su caballo; que dispuso del inmenso tesoro reunido por Tiberio; que degolló, en fin, á innumerables víctimas. La Cruz que iba á destruir su Trono, en la cual puede decirse acababa de dar Jesucristo su vida por los hombres, iba á salir de las catacumbas y á ostentarse por la primera vez, radiante y majestuosa, sobre la cumbre de un templo cristiano.

Los Apóstoles, despues de celebrar en Jerusalen el que puede llamarse primer concilio, emprendieron la tarea, humanamente hablando imposible, de convertir al mundo. Santiago el Mayor, fué predicando la *buena nueva*, y llegó á Zaragoza. Despues de algun tiempo, sólo consiguió hacer cristianos á siete gentiles. Desconsolado estaria el Apóstol que poco ántes habia visto abrazar á tres mil personas el Evangelio, á consecuencia de un sermon predicado con sin igual intrepidez y valentía por el primero de los romanos Pontífices.

Oraba una noche en las orillas del Ebro, y pedia probablemente á Dios con esa fe que traslada los montes, hiciese mas fructuosa su predicacion. ¡Oh asombro! De repente la Vírgen que aun vivia, apareció acompañada de ángeles que conducian su sagrada imágen, objeto de la veneracion de los aragoneses, como tambien la columna sobre la que descansa en el grandioso templo del Pilar. La bienaventurada Madre de Dios; la bendita entre todas las mujeres de la tierra; el tipo más acabado de la pureza y de la hermosura; la que anunciara Dios poco despues de la prevaricacion del primer hombre y de la mujer primera mandó al Apóstol edificar una capilla en su honor, prometiendo proteccion á Zaragoza y España.

Hízolo así el Santo. La capilla trasformada en el siglo XIII en un templo notable, y no hace aun doscientos años en el suntuoso de hoy, subsistió á pesar de las persecuciones de los emperadores romanos, y de la invasion de los fanáticos defensores del Coran. ¿Quién contra Dios?

En cuanto á la promesa de María, los zaragozanos y los españoles sabemos muy bien que se ha cumplido, y sabemos que se cumplirá en adelante. ¿No lo ha de saber el oscuro autor de las presentes líneas, que al principiar su pobre libro ha vaticinado el próximo engrandecimiento de su patria?

He dicho que la imágen de la Vírgen que se conserva hoy en una capilla elegante y preciosa que constituye un templete bellísimo de arquitectura corintia, data del siglo primero de la era cristiana. Añado ahora que racionalmente no se puede poner en duda.

Pues bien. Un catedrático de la Universidad Central y de la facultad de Filosofía y Letras, estuvo hace pocos años en Zaragoza, y mandó descolgar un gran cuadro en que aparece grabada dicha imágen. La examinó con aires de persona entendida, y tuvo el valor de pronunciar delante de algunas personas las siguientes palabras: «Vírgen del Pilar, ya estás juzgada: datas del siglo XIV.» ¡Oh! no hay espresiones bastante duras en el diccionario de la lengua para juzgar á ese *juzgador* de la imágen que veneran los zaragozanos y los españoles. Ese desventurado ignora que en el siglo XIV habia en los archivos de las catedrales miles de documentos que hablaban de la ida en carne mortal de la Vírgen á la ciudad de los mártires innumerables, como de cosa olvidada de puro sabida, é ignora igualmente que más de cuatrocientos escritores nacionales y de noventa extranjeros refieren lo sucedido acordes y contestes.

¡Quiera el cielo que Dios no le pida cuenta de semejante botaratada!

Los sabiondos, cuando hablan ó escriben sobre materias religiosas, no pasan de ser unos pobres hombres. Verdad es que suelen serlo tambien cuando hablan ó escriben sobre cualquiera de las demás.

III.

No caben en el plan de mi ensayo todas las grandezas de Zaragoza. ¿Podria omitir empero absolutamente las relativas al año 1808?

Existia por entónces un hombre verdaderamente extraordinario; un hombre predestinado al parecer por Dios para cambiar la faz del mundo; un hombre con tanto genio como audacia, que estuvo muy cerca de realizar el atrevido sueño de la monarquía universal; un hombre que arrojó á sus antros á los hijos de la horrible y abominable revolucion; un hombre que paseó sus armas victoriosas por la Europa y por el Africa; un hombre tan seguro de sus destinos, que exclamó en una ocasion dirigiéndose á sus granaderos que temblaban contemplando su valor: «la bala que ha de matarme no se ha fundido todavía»; un hombre que llevó á la postre un séquito de príncipes y de reyes; un hombre en fin, que intentó poner término á nuestra preciada independencia. ¿Quién abatió al coloso? ¿Quién contribuyó poderosamente á postrarle en una roca que cercaban por todas partes las olas del Océano? ¿Quién trastornó completamente los planes de Napoleon Bonaparte? ¿Quién luchó

este propósito con el hambre y con todos los azotes que puedan caer sobre una ciudad sitiada, dispuesta á morir entre ruinas? ¡Loor á Zaragoza la noble, la intrépida, la heróica! ¡Loor á los que renovaron las hazañas inmortales de Numancia y de Sagunto! ¡Loor á sus hijos siempre religiosos, siempre monárquicos, siempre dispuestos á toda suerte de penalidades, aflicciones y sacrificios por su Dios, por su Rey y por su patria!

Hay quien afirma que no debemos hacer mencion de la suprema victoria conseguida contra el proscrito de santa Elena. Se ha llegado á decir que deberian desaparecer los monumentos que la recuerdan, y la recordarán á cien generaciones. Compadezcamos el candor de los que tal cosa aseveran, y anatematicemos la malicia de los que tal atrevimiento cometen. Aun prescindiendo de que las tradiciones gloriosas de los pueblos constituyen su vida, su sér, su alma, ¿quién ignora que no se han extinguido los deseos de humillarnos, empequeñecernos, y si posible fuera destruirnos? Es mal punto Paris para comprender lo que á España conviene. Bueno fuera que nuestros embajadores, antes de penetrar en el palacio de las Tullerías, visitasen el monumento del Dos de Mayo y recorriesen los lugares que recuerdan en Zaragoza sus sitios memorables.

IV.

Seria grandemente injusto si no dijese algunas palabras del estado actual de Zaragoza. La ciudad de los mártires y de los héroes innumerables atraviesa un período de benéfica reaccion religiosa y política. ¡Oh los que afirmais que todo está perdido y que no es posible volver á los tiempos gloriosos que pasaron, id á la antigua Sálduba, y estudiad la situacion en que se encuentra. Soy seguro de que si por fortuna estais alistados en el ejército de los que aman la verdad y el bien, experimentareis un placer dulcísimo, y de que vuestro dolor será profundo si por desgracia servís á las órdenes del caudillo del error y de la mentira. Unos y otros deducireis de lo que acontece, lo que sucederá el dia en que se constituya un órden de cosas enteramente conforme con las ideas, sentimientos y aspiraciones de los españoles, así como con las tradiciones y con las glorias de la patria.

La trasformacion casi radical que ha sufrido Zaragoza en muy pocos años, se debe en gran parte á su actual venerable Arzobispo, dignamente coadyuvado por sacerdotes distinguidos por su virtud y por su saber cuyos nombres no debo referir, y por varios seglares verdaderamente dignos de alabanzas y encomios.

V.

No entra en mi propósito hacer mencion especial de lo que ha originado las precedentes líneas. Algo diré con todo, bastante sin duda para que mis lectores se persuadan de que no he cometido la menor exageracion.

En el siglo presente, contaminado por el virus de la revolucion, que comenzó siendo religiosa y ha terminado por ser social, hánse destruido ¡oh mengua! muchas iglesias que levantara la piedad de nuestros mayores. No fueron solo los franceses los que manejaron la piqueta destructora... Es preciso correr un velo sobre muchos crímenes nefandos, é imitar á los buenos hijos de Noé, que cubrieron la inocente desnudez de su padre.

Gracias al celo de Apóstol, á la fe vivísima y á la incansable actividad del actual Prelado, resuenan de nuevo alabanzas á Dios en las antiguas iglesias de san Pedro Nolasco y de santo Domingo. Hace poco más de un año inauguróse la de la Misericordia, construida de planta. Actualmente se continúan en grande escala las obras de la grandiosa basílica del Pilar, interrumpidas durante mas de setenta años.

Con imponderable gusto recorrí esas obras juntamente con el señor Arzobispo, á cuyas bondades estaré siempre agradecido. Quedé asombrado al ver lo que se ha hecho, y al considerar lo que resta todavía por hacer. Puedo añadir que asombrados se hallan igualmente los mismos que dirigen y ejecutan las obras. No hay dudarlo. Son santas, y Dios las bendice desde sus mansiones celestiales.

Hé aquí por qué no me sorprendió escuchar del mismo Prelado que recibe continuamente cosas de valor para las iglesias restauradas ó nuevamente construidas; hé aquí por qué no me sorprendió la noticia de que los cepillos se llenan con gran frecuencia de dinero; hé aquí por qué no me sorprendió oir á un ex-capitan de artillería, digno de las alabanzas de los hombres y de los beneficios de Dios, dedicado por completo á la inspeccion de las obras del Pilar: «si vive el señor Arzobispo, estoy seguro de que se acabará el templo;» hé aquí por qué no me sorprendió en fin, saber que la junta nombrada con motivo de las mismas, no obstante constar de muchas personas, toma comunmente sus acuerdos por unanimidad maravillosa.

VI.

Debo tambien dedicar unas líneas á los genuinos representantes de la mencionada reaccion política, quienes al ver los males que producian algunos diarios, que ciertamente no honraban á la poblacion, determinaron fundar otro enteramente conforme con las nobles ideas y con los hidalgos sentimientos de sus hijos. Lo debo hacer, porque *La Perseverancia* (tal es su nombre) se ha elevado en poco tiempo al nivel de los periódicos mejores: lo debo hacer, porque ha pro-



La torre nueva de Zaragoza.

ducido y sigue produciendo bienes de gran consideracion; lo debo hacer, por las circunstancias singularísimas y relevantes de sus redactores; lo debo hacer en fin porque ha desenmascarado y reducido por consiguiente á la impotencia á los demás, uno de los cuales se desahoga escarneciendo casi todo lo que existe sobre la tierra de más noble, de más digno, de más santo.

Mucho me duele no poder hablar de todos sus dignísimos fundadores. Consignaré únicamente los nom-

bres del ilustre conde de Fuentes, grande de España, que figura ó ha figurado como director; del respetable conde de Robres, que dando una muestra de humildad y entereza, que con ser tan grande no se puede comparar con otras anteriores que tocan los límites de lo heróico, se prestó á ser editor responsable; de don Bienvenido Comin, autor de una obra excelente, abogado distinguidísimo y orador notable; del doctor don José Puente y Villanúa por último, á quien Dios ha concedido indudablemente, prescindiendo deotros, el gran don de la sabiduría.

Un hecho sencillo que muchos calificarán de baladí, pone de manifiesto el espíritu que domina en los redactores de *La Perseverancia*. A imitacion de lo que hacen los periódicos religioso-monárquicos de Madrid, determinaron recoger donativos para el Padre Santo, y publicar la correspondiente Letanía lauretana. Tuvieron la dicha de reunir mas de tres mil duros, que mandaron al inmortal Pio IX con una carta sentidísima, y la de lograr una contestacion del más amado de los Pontífices. Ansiaban vivamente saber su contenido, y con todo, no la abrieron hasta que retornó el señor Arzobispo, ocupado por entónces en la santa visita pastoral. De esta suerte, á la bendicion del sucesor de san Pedro unióse la del sucesor de san Valero y de san Braulio.

VII.

Uno de los santos que se canonizarán en Roma dentro de algunos dias, llámase Pedro Arbués. Los que han visitado á Zaragoza saben que tengo el deber de consagrar algunas líneas á su memoria: por lo que hace á los demás, de ello se persuadirán prontamente.

El mundo de los incrédulos y de los ignorantes no perdona á los que hacen la apología de los santos, aunque sobre haber brillado por su santidad, hayan resplandecido por su ciencia. A ese mundo parécele muy natural y muy puesto en razon alabar y encarecer v. gr. al que logró por un esfuerzo extraordinario de su inteligencia menguada, escribir algunas gacetillas insulsas ó algunos artículos chabacanos; á ese mundo parécele muy natural y muy puesto en razon tambien alabar y encarecer, por interés de partido, á hombres cuya vida puede considerarse como la síntesis de todos los vicios, de todas las pasiones, de todos los pecados capitales.

Por una consecuencia forzosa, le mortifica que se alabe á un santo. No importa que marchara siempre por el camino difícil pero hermoso de la virtud, consiguiendo llegar á la cumbre de la perfeccion evangélica, ni tampoco que se distinguiera tambien por su sabiduría, por su erudicion, ó por su elocuencia, hasta el extremo quizá de no poder competir con él ninguno de su siglo. La apología disgusta precisa y únicamente porque se trata de un santo, de un hombre glorificado, enaltecido, puesto en los altares por la Iglesia de Dios.

Esto, que ciertamente es muy triste, se explica no obstante sin dificultad. El mundo referido ignora lo que han hecho los santos; ignora que no sólo la Religion, sino tambien la sociedad les debe beneficios inapreciables; ignora que han trabajado extraordinariamente por el progreso de las ciencias, de las letras y de las artes; ignora, para concluir, que han contribuido poderosamente á los adelantos, más ó ménos babilónicos, como dice un orador insigne, de la industria moderna, adelantos que pocas veces van por sus cáuces naturales y legítimos.

El mundo aludido conoce por otra parte que no le conviene se pongan de realce los hechos encumbrados, las acciones sublimes, las virtudes relevantes y los sacrificios heróicos de los santos. Adivinan por una especie de intuicion los que le forman, que su pequeñez aparecerá con toda su deformidad al lado de la grandeza sobrehumana de las que pueden llamarse sus víctimas.

Lo repito; lo que pasa se comprende sin la menor dificultad. Por ignorancia ó por malicia, no se quiere leer ú oir la imparcial apología de los santos, ó se reduce á mezquinas proporciones, si no puede ménos de oirse ó de leerse.

Pedro Arbués nació en Épila el año 1442, de una familia ilustre. Puede servir esa circunstancia que conviene á otros muchos santos españoles y extranjeros, de contestacion á los que aseguran que sólo las personas de condicion humilde ó baja deben desempeñar el sagrado, el sublime, el imponderable ministerio sacerdotal. Si la mayor parte de los ministros del Señor pertenecen á familias oscuras, es porque de ellas sacó Jesucristo á sus Apóstoles, ó porque de ellas salen por lo comun los sacerdotes buenos, los sacerdotes dignos, los sacerdotes ejemplares.

Mucho, muchísimo pudiera decir de Pedro Arbués. Los panegiristas de los santos tropiezan con una dificultad enteramente distinta de la que han de vencer los biógrafos de los hombres célebres, segun el mundo. Aquéllos tienen precision de omitir la mayor parte de lo que con sus héroes se relaciona: éstos tienen por el contrario que dar tortura á su inteligencia y á su imaginacion para que su cuadro no resulte pobre y descolorido. La razon es muy sencilla. En los santos todo es grande, todo magnífico, todo admirable, todo sublime; así como en los hombres célebres segun el mundo, si se prescinde de

algunos hechos que quizás no salen de la esfera comun, pero que se ponderaron enormemente, todo suele ser pequeño, todo mezquino, todo vituperable.

En todas partes á donde fué, y en todas las épocas de su vida, aparece grande á mis ojos Pedro Arbués. En Épila y en su temprana edad, trayendo á la memoria con su conducta la del Niño Dios, cuya historia de sus treinta primeros años resume la Escritura con estas palabras: *Erat subditus illis*; en Bolonia, á cuyo gran colegio, fundado por Egidio Albornoz, arzobispo de Toledo y cardenal de la santa Iglesia Romana, se le mandó, á fin de que pudiera ensanchar el círculo de sus conocimientos (aquel tiempo distaba mucho del actual, en que los gobernantes tratan de la supresion de muchas universidades); en Zaragoza por fin, donde permaneció desde 1474 hasta 1485, en que fue traidoramente asesinado por los enemigos de nuestra fe. Considero preciso detenerme algo más en el último período de su existencia.

La fama de su gran saber y de su extraordinaria virtud, traspasó los Alpes y los Pirineos, llegando á su país, que suele ser ingrato con sus hijos. Del Salvador del mundo son estas palabras: «No hay profeta sin honra, sino en su patria y en su casa.»

Los canónigos de la metropolitana del Salvador de Zaragoza, presididos en aquella sazon de cosas por un vástago del rey don Juan II, le designaron para una prebenda. Los que ansíen saber hasta qué punto cumplia y traspasaba las obligaciones de su cargo, acudan á ese libro precioso que se denomina *Año Cristiano*, y que debiera existir en todo hogar doméstico.

En la época á que me refiero, los mahometanos y los judíos tenian inficionado el país. Motivó esto que los Reyes Católicos pidieran á la Santidad de Sixto IV y á la del gran Inocencio VIII, el establecimiento del Tribunal de la Inquisicion. La fama de Arbués habia crecido tanto, que absolutamente todos creyeron debia ser inquisidor del reino de Aragon. Fué nombrado realmente por Fernando é Isabel, dignos de perdurable memoria.

Una persona empero procuró por todos los medios posibles impedir la eleccion. Segun esa persona, no debia ser nombrado; segun esa persona, le faltaban condiciones y merecimientos; segun esa persona, carecia de la virtud indispensable; segun esa persona, se hallaba sin la ciencia precisa. ¿Saben mis lectores á quien aludo? Lo adivinan sin duda. Fue cabalmente nuestro santo. Arbués, por las razones indicadas *y sólo por ellas*, trabajó, importunó, pidió, suplicó, lloró, para que se declarase la nulidad del nombramiento. ¡Qué humildad! ¡Qué modestia! ¡Qué desprecio de sí mismo!

Tampoco me detendré á describir con cuánta prudencia, con cuánto celo, con cuánta escrupulosidad y con cuánta entereza desempeñó el oficio de inquisidor. Ni es tampoco necesario, puesto que la catástrofe que voy á referir la evidencia sin sombra de duda.

Los judíos poderosos de Zaragoza resolvieron perderle, y mandaron en su virtud procuradores á Córdoba, con mensajes llenos de calumnias contra él. Como nada consiguieron, determinaron asesinarle. Así proceden, han procedido y procederán siempre los adversarios de nuestra santa Religion y de sus ministros venerables. El desden, los sofismas, los insultos, las befas, las calumnias, las persecuciones, y en último término la fuerza bruta, exclusiva razon de los que no la tienen, hé aquí las armas de que constantemente se han valido, se valen y se valdrán en adelante.

Ofrecieron una gran suma de dinero á un facineroso, á cuya hermana condenó á muerte con anterioridad la Inquisicion, por delitos graves y vergonzosos. Juntamente con otros dos, se ocultó en la Seo en una noche tempestuosa, persuadido de que no dejaria de ir Arbués á cantar maitines. Llegó el Santo, y fué á ponerse de rodillas delante del altar mayor. ¡Cuántas veces me he tambien postrado en el sitio donde ocurrió el suceso espantoso!

Salieron los judíos de su escondite y le asesinaron implacablemente con espadas que aun se conservan en la suntuosa basílica. ¡Cosa singular! Cuando esto aconteció, se cantaba en el coro un versículo, que tiene por objeto traer á la memoria la pertinacia de los que dieron muerte al Hombre-Dios en un patíbulo infame.

A los dos dias murió de la manera que mueren los santos. Algunos despues trasladóse su cadáver al templo. No bien estuvo en él, su sangre preciosa extendida sobre el pavimento, ya seca por completo, se tornó líquida y caliente, como si en aquel instante hubiera sido derramada. Todos empaparon sus pañuelos en ella. Dios quiso poner de realce la santidad de Arbués con este milagro asombroso, del que se tomó razon con las debidas solemnidades.

Por espacio de tres dias no se celebraron los oficios en la ciudad inmortal. Cubriéronse de negro los altares hasta que se purificó la basílica de la violacion. Doce meses cabales duraron las demostraciones de dolor.

Los Reyes Católicos mandaron construir en honor del mártir un rico sepulcro de mármol. Beatificóle Alejandro VII el dia 17 de abril de 1664. Si se recuerda el año en que falleció, y el en que se le canoniza, se comprenderá con qué aplomo y detenimiento la Iglesia procede ántes de inscribir á sus hijos ilustres en el número de los santos.

Nace de aquí otra notable diferencia entre los san-

tos y los hombres célebres, segun el mundo. En vano no bien fallecen éstos y áun ántes de su muerte, se publican libros en su elogio; en vano se graba lo que hicieron en mármoles y en bronces; en vano se procura por todos los medios posibles asegurarles el resplandor suave que constituye la gloria humana. Pasan cincuenta años, ó ménos quizá, y nadie se cura siquiera de pronunciar sus nombres. La fama empero de los santos, á pesar de lo dicho, triunfa del espacio y del tiempo. No se ciñe á la poblacion en que nacieron ni á los sitios en que brillaron, sino que cunde y se derrama por todas partes. Por el



Exmo. é Ilmo. Fray Manuel García Gil, Arzobispo de Zaragoza.

Oriente y por el Occidente, por el Septentrion, lo propio que por el Mediodia. Y durará hasta la consumacion de los siglos; hasta que llegue aquel tremendo pavoroso dia de que nos habló el egregio marqués de Valdegamas, en el que la tierra padecerá desmayos, y el sol recogerá su luz, y se eclipsarán las estrellas, y los cielos se replegarán sobre sí mismos como un abanico gigantesco.

VIII.

No me propongo hacer una defensa de la Inquisicion, pero sí recordar á los que presentan con motivo de la misma á los papas y á los monarcas como monstruos sedientos de sangre, que la intolerancia es un hecho universal en el mundo; que dicha institucion se refiere principalmente á una época en la que se levantaban cadalsos en todas partes, *á excepcion de Roma*, por motivos religiosos; que fué planteada en España por Isabel la Católica; que hubo de habérselas con los enemigos de nuestra fe, algunos de los cuales no solo conspiraban contra el órden público, sino que cometian infanticidios, envenenamientos y otros crímenes tan atroces como repugnantes; que gracias á ella conservamos en nuestro pais la joya inapreciable de la unidad católica; que fué grandemente popular, como lo prueba la sublevacion de los zaragozanos contra los judíos, no bien supieron el asesinato de Arbués, sublevacion que calmó el jóven arzobispo Alfonso de Aragon, montando á caballo y prometiendo que caeria sobre los culpables todo el rigor de la ley; que la Iglesia inscribirá dentro

de algunos dias á un inquisidor en el catálogo de los santos; que la herejía se consideraba delito en todas las legislaciones; que despues de abolida, los que se precipitaron dentro de su recinto con la esperanza de hallar horrendos calabozos, sambenitos y caballetes, recibieron un chasco grandísimo; y en fin, que lean la obra inmortal de mi malogrado compatricio don Jaime Balmes, gloria de la Religion y ornamento de las letras, en vez de leer los libros que han falseado completamente la verdad histórica.

Que se cometieron abusos es indudable: lo es igualmente que algunas instituciones murieron para no resucitar por ahora.



Vista de Manresa.

CAPÍTULO II.

Manresa.

I.

El 29 á las tres de la mañana salí de Zaragoza, en direccion á la célebre ciudad de Manresa.

Así como Aragon es más hermoso que Castilla, Cataluña es positivamente más bella que Aragon. De forma que si yo fuese pintor de paisajes y llegase á persuadirme de que son útiles las descripciones de los mismos, podria llenar una página sobre la mencionada travesía. Podria hablar de una naturaleza rebosante de vida; de dilatadísimas llanuras que se pierden de vista por todos lados, muy á propósito para esas batallas tremendas que deciden de la suerte de los imperios; del vientecillo fresco y suave que tuvo la dignacion de acompañarnos todo el camino; de los bosques de árboles frutales que contemplamos en los alrededores de Lérida; de pájaros cantantes; de valles tapizados de frondosas vides; de bellas flores que abren sus cálices á la luz del sol, y hasta de las lindas zagalas que inmortalizó en Grecia Teócrito, Virgilio despues en Roma, y más adelante en España Garcilaso, tan insigne poeta como intrépido soldado.

Mas yo, que inutilmente procuraria bosquejar tales descripciones, me guardaré siquiera de intentarlo. Si te hablo, ¡oh benévolo lector! de la mencionada travesía, es únicamente para darte cuenta de un diálogo que sostuve con un viajero, cuyo nombre ignoro, á quien llamaré con tu permiso *el ilustrado*

á medias. Casi son estas innumerables como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

Lo haré con doble motivo, porque no es probable pueda referir otros semejantes. No soy de los que traban al instante conversacion con los compañeros de viaje, y vanamente trataria quizás de modificar en este punto mi carácter. Genio y figura, segun el adagio, hasta la sepultura.

Dice Fernan Caballero, si no me equivoco, que los españoles, cuando están de camino, hablan con los demás con sin igual franqueza. Creo que la incomparable y cristiana escritora, que la fecunda novelista, que la simpática narradora de las costumbres españolas, habla principalmente de los andaluces, é ignora que los catalanes nos asemejamos más en este particular á los ingleses que á sus paisanos naturales ó adoptivos.

A pesar de todo, procuraria enmendarme si tuviera la conviccion de que mis diálogos te interesarian. Quisiera tenerla, para complacerte: entonces procuraria imitar á los hijos de Andalucía, y prescindir de la conducta que caracteriza á los que nacieron en la ciudad de la sempiterna bruma.

Hora es ya de referir lo que me dijo *el ilustrado á medias*.

Y ante todo, tambien con tu permiso, voy á darte un consejo: cuando viajes con algun escritor, cállate como un mudo, si no deseas ver tus palabras en letras de molde. ¿De qué manera, me preguntarás, conoceré á semejantes señores? Es difícil ciertamente, puesto que no se diferencian gran cosa de los demas. Te daré con todo una señal. Si observas que cuando la conversacion se interrumpe escribe en su cartera, y que torna frecuentemente á las andadas, date por héroe de novela ó de libro de viajes.

Aun te queda entónces el recurso siguiente: «Perdone usted, amigo, ¿tengo acaso el gusto de dirigirme á un publicista?—El gusto es mio, caballero.—Sospecho que los apuntes que acaba usted de hacer se refieren á nuestra conversacion.—Exactamente.—¡Cuánto le agradeceré que no haga mencion de ella en la obra que al parecer ha determinado usted publicar!—¿Lo desea usted verdaderamente?—Verdaderamente lo deseo.—Quedará usted servido.—Muchas gracias y muy sinceras.»

Segun mi compañero de viaje, la dicha se alcanza no meditando ó discurriendo. Así que el hombre piensa, es desgraciado. Le dije que la dicha en este mundo sólo la disfruta el hombre virtuoso, porque se halla suavemente conducido por Dios. Es verdad, me replicó, no sin advertirme un instante despues que cuántos practican la virtud sobre la tierra se ven con gran frecuencia despreciados ó desatendidos. No sucede así por lo comun, le contesté; pero áun cuando aconteciera, poco le importara al verdaderamente justo, por saber que al final de la presente vida está la bienaventuranza. Convino de nuevo, y no adujo nuevas dificultades ú objeciones.

Hablóme poco despues de la exposicion de Paris; y con tal motivo, de la prosperidad de la Francia, á propósito de la que hícele observar que no pasaba de ser material, y por consecuencia efímera.—No crea usted por esto, me añadió, que me gustan los franceses.—Ni á mí tampoco, le repliqué rápidamente.—Soy español y basta, añadió entónces. Estas palabras, á las cuales correspondí con una señal de asentimiento, casi me reconciliaron con él completamente.

Más tarde, al saber que venia de Madrid, sacó á colacion los discursos pronunciados recientemente por Calderon Collantes, y otros políticos de igual ó parecido color. Esos discursos, para nuestro hombre, eran *divinidades*. No necesito afirmar que á decir sólo eso no le llamara siquiera *ilustrado á medias*.

Cuando supo el objeto de mi viaje, me dijo. «En Roma perderá usted la fé, si la conserva.» Ya salió el *Roma veduta, fede perduta;* invencion no envidiable ciertamente de los italianos, contesté para mis adentros. Le respondí: «Estoy seguro, segurísimo, de que sucederá todo lo contrario: tengo de ello una certeza invencible. En Roma sólo pierden la fe los que se dirigen á ella con el convencimiento de que así acontecerá, ó por mejor decir, los que por desgracia la perdieron anteriormente. Usted se apoya en el refran; yo en lo que dicen y aseguran los verdaderos católicos que han permanecido por algun tiempo en la Ciudad Eterna.»

Añado ahora que fundo tambien mi opinion en lo sucedido á innumerables personas. ¿No me será lícito recordar á nuestro actual embajador en Paris, cuyas ideas, segun dicen algunos de sus amigos, se han grandemente modificado en la capital del orbe católico? ¿No me será lícito traer á la memoria el nombre ilustre de don Joaquin Francisco Pacheco, uno de sus antecesores, que me consta vino la última vez de Roma completamente trasformado, sin que pudiera publicar la saludable revolucion que se obrara en sus ideas y sentimientos por haber pasado á mejor vida? No me será lícito, para no ser interminable, trascribir las siguientes palabras de Luis Veuillot, príncipe de los escritores católicos? «Yo soy uno de aquellos á quienes Roma ha levantado de la abyeccion, arrancándome de las garras de la antigua muerte. Su mano luminosa me ha conducido á las divinas alturas; su mano maternal me hizo respirar el aire divino, y su mano santa me ha fortificado con el alimento celestial. Yo soy uno de aquellos que han recibido de Roma la vida, y que la consagran, en prenda de gratitud, el más tierno

amor.—Cuando visité á Roma por primera vez, léjos estaba, muy léjos, de saber que yo era una de esas víctimas de la muerte, y que en ella habia de encontrar la vida; ignoraba en qué consistia la muerte y en qué consiste la vida. Pero cuando ví, repito, á esa Roma augusta, y hube respirado su indefinible perfume, comprendí al momento que yo seria capaz de amar, y que amaria algun dia.»

¡Cuántos podrán repetir con la boca y con el corazon estas ó semejantes palabras!

Dije tambien á mi accidental compañero de viaje. «Estoy enteramente tranquilo. Hace algunos años me anunciaron ya con otro motivo que perderia la fe, y léjos de perderla, los estudios á que me refiero sólo consiguieron acrecentarla.»

Pues la ocasion se presenta propicia, voy á contar lo sucedido.

Terminada la carrera de Derecho en la universidad de Zaragoza, pasé á Madrid con el objeto de coronarla con el doctorado, y tambien con el de emprender seguidamente la de Teología. Por muchas razones ardia en deseos de poseer la ciencia de las ciencias. Lo deseaba, con el fin de ensanchar el círculo de mis escasos conocimientos; porque habia oido decir á uno de mis sabios maestros, que sin el estudio de la Teología era imposible dar un paso en el templo de Minerva; por tener yo la íntima persuasion de que algunos publicistas católicos comprometian por no haberlo emprendido, con la mejor buena fé, la más noble y sublime de las causas; y en fin, porque habia visto los dilatados y luminosos horizontes que descubrian los teólogos, y los triunfos tan completos como legítimos que lograban sobre todos los demás.

Uno de mis amigos, notable por su piedad y más notable todavía por su saber, pero que hizo bueno en aquella ocasion el *bonus aliquando dormitat Homerus*, me dijo: «Va usted á estudiar Teología: puede dar por perdida la fé.» Confieso que esas palabras, me impresionaron terriblemente. Las creia infundadas de todo punto, mas la sola idea de que podia equivocarme, me llenaba de pavor. ¡Vale tanto la fé! ¡Es un don tan precioso! ¡Oh, vosotros, los que careceis de ella por una desgracia que no puede ser mayor, sabedlo! La fe proporciona en este mundo dulce paz, dicha celestial, y en el otro una felicidad completa y perdurable.

Acabo de concluir la carrera de Teología. Puedo hablar por consecuencia con todo conocimiento de causa. ¡Qué objecion la referida! Si quereis que vuestra fe se avive y robustezca; si quereis conocer á Dios y todo lo que con Él se relaciona mas directamente; si quereis experimentar satisfacciones dulcísimas, y estremecimientos de incomparable alegría; si quereis ver deshechas y pulverizadas todas las objeciones aducidas contra la santa Religion que profesamos; si quereis contemplar al dogma católico asentado sobre bases majestuosas, fortísimas, indestructibles; si quereis adquirir ideas claras y distintas sobre las verdades que más interesan al individuo y á la sociedad; si quereis conocer el verdadero camino que han de seguir los descendientes de Adan; si quereis admirar al Creador de los cielos y de la tierra llevando al hombre á la realizacion de su destino inmortal, y protegiendo por una serie continuada de prodigios y maravillas á la Iglesia, obra estupenda de sus manos, acudid á las cátedras de Teología, y escuchad, dóciles y humildes, las explicaciones que resuenan en las mismas, verdaderamente brillantes, verdaderamente luminosas, verdaderamente profundas.

Hême apartado sin querer de mi objeto. No pensaba seguramente ir tan léjos al tomar hoy la pluma. Repito sin embargo aquellas palabras del Libro por excelencia, digno de ser profundamente meditado: *Quod scripsi, scripsi.*

Es forzoso acabar de referir lo que me dijo el *ilustrado á medias*. Concluyó asegurándome que despues de Pio IX vendrá un papa francés; y que por ser del gusto de Napoleon, no desaparecerá el Pontificado. Hube de recordarle que esta institucion tiene por garantía de su existencia la palabra infalible del Eterno, y añadirle que lo pasado en este punto nos responde por completo del porvenir.

El filósofo no replicó más. Poco despues se despedia de mí cordialmente en la estacion de Manresa; y me manifestaba deseos de que hallase á mi familia disfrutando cabal salud.

II.

Estoy en la ciudad célebre por tantos conceptos, en donde se hallan mis padres, á los cuales debo consagrar algunas líneas. Debo hacerlo, no sólo por gratitud, sino tambien por mi conviccion íntima de que puede ser útil á los demás lo que con motivo de los mismos voy á decir. A no tenerla, mereceria perdon mi conducta. ¿A quién puede parecer mal que un hijo alabe á los autores de sus dias? Teniéndola, es digna de alabanzas. ¿A qué fin callar lo que conviene decir por diversas y poderosas razones?

Lo manifestado parecerá de seguro natural á todos cuando sepan que voy á dilucidar, si bien concisamente, la tésis de la educacion, que es importante, capital, de vida ó de muerte para las naciones; como tambien que en mi concepto la comprendieron perfectamente, hasta el punto de poder servir su sistema de modelo, las personas á las cuales, despues de Dios, debo la existencia. Declaro que me turba y embaraza mi situacion por lo que tiene de personal; pero declaro además que me tranquiliza y decide la circuns-

tancia de saber voy á cumplir sagradas obligaciones.

Bendiga Dios mil veces á mi madre, á la mujer que cuando niño guardaba mi sueño, seguia mis movimientos, me refrigeraba con el hálito de su seno, con la ternura de su corazon, con las caricias de sus manos y con los ósculos de su boca; á la mujer que procuró conservar por todos los medios posibles la inocencia fulgurante en mi rostro; á la mujer que, cuando adolescente, suscitó en mi alma un santo amor á la virtud y un aborrecimiento tambien santo al vicio; á la mujer en fin que me dió una educacion eminentemente religiosa, esa educacion que declaraba indispensable el ilustre conde de Maistre dirigiéndose á la noble madre de un jóven por ella perfectamente educado.

Bendiga Dios mil veces á mi padre, al hombre que favoreció con solícito afan el desarrollo espontáneo de mis facultades; al hombre que jamás olvidó que todos los descendientes de Adan nacen depravados y sujetos por consiguiente á la ley de un desenvolvimiento doloroso; al hombre que combatiendo y violentando en ocasiones los impulsos de su corazon, no abandonó la severidad hasta que supo positivamente podia hacerlo; al hombre que refrenó las malas tendencias de mi sér, impidiendo que triunfara en mí, como en tantos y tantos jóvenes, la energía poderosa y salvaje del mal; al hombre á quien debo en gran parte la inefable dicha de marchar por las sendas hermosas del deber y del honor; al hombre, para concluir, causa principal, humanamente hablando, de mi bienestar presente y de mis progresos futuros.

Ya no necesito decir cuál es la educacion á mi juicio indispensable. La educacion ha de ser prudencialmente severa. Lo ha de ser, porque todos nacen sujetos á las tristes consecuencias del pecado de orígen; lo ha de ser, porque no hay quien al mundo venga sin tendencias contrarias á su perfeccionamiento; lo ha de ser, porque no puede formarse el hombre sin castigar al niño, como ha dicho gráficamente el ilustre P. Félix, de la Compañía de Jesus, desde el púlpito de nuestra Señora de París.

Negó esto Juan Jacobo Rousseau llevado del odio que al Catolicismo profesaba: lo desconocen por desgracia, siguiendo sin pensarlo ni quererlo, sus enseñanzas innobles, muchos padres de familia. ¡Ah! por temor de que sus hijos derramen algunas lágrimas y padezcan algunos dolores, lágrimas fecundas que constituyen una especie de bautismo, y dolores que pueden reputarse como una segunda confirmacion, les hacen perennemente desventurados é infelices; les trasforman en hombres perpetuamente niños, con la inocencia de ménos y la rudeza de más; les dejan abandonados á sus pésimos instintos y á sus pasiones degradantes; les precipitan en fin indirecta, pero realmente, por el camino afrentoso del error y del mal.

No de otra suerte por descuidar el labrador al tierno arbolillo, es causa de que siempre sea torcido y feo: que á cuidarlo, se ostentara oportunamente con toda su grandeza y hermosura, y diera sombra deleitable, y resguardara al viajero de tempestad deshecha, y produjera en fin abundantes, sazonados, hermosos y odoríferos frutos.

III.

Voy á decir dos palabras sobre un asunto que se relaciona directamente con el anterior. Me refiero á la instruccion de la juventud. ¿Necesitaré yo ponderar su importancia y trascendencia? Indudablemente no. Decia en una ocasion al ministro de Fomento el señor don Antonio Aparisi, á quien soy deudor de una dulce amistad y de un afecto cordial: «V. E. puede más con los jóvenes que el general O'Donnell—ministro de la Guerra por entónces—con sus soldados.» ¡Qué verdad tan sencilla y tan profunda! Bien instruidos aquellos, serán excelentes padres de familia y ciudadanos intachables.

Muéveme á consignar dos palabras sobre la instruccion, prescindiendo de otras razones, la circunstancia de existir en Manresa el mejor colegio de España, sin linaje de duda. Lo acabo de recorrer y vanamente procuraria ocultar la satisfaccion de que me hallo poseido. Lo que voy á decir se compendia en las siguientes palabras. Soy enemigo declarado de casi todos los colegios: soy defensor acérrimo del que posee la noble y leal ciudad en que pasé casi todos los primeros años de mi vida.

Los padres que sin necesidad mandan á sus hijos á los colegios, son para mí tan merecedores de censura como las madres que los abandonan á las nodrizas, inspiradas únicamente por el deseo menguado de que no se debiliten sus fuerzas, ni se aje su hermosura. Éstas entregan los tiernos pedazos de su corazon á mujeres mercenarias, con el fin de que les alimenten con la leche material: aquéllos los dejan en poder de hombres mercenarios tambien, para que les nutran con la que puedo llamar leche religiosa y moral, igualmente indispensable.

¡Hombres y mujeres mercenarias! Estas palabras lo dicen todo. Si algo faltase, añadiria que van á reemplazar á los padres, en cuyo corazon ha esculpido con buril eterno la santa mano de Dios, una ternura entrañable, una solicitud indescriptible, una abnegacion sobrehumana.

Es inútil proseguir. Aun reconociendo y confesando que la idea del deber, ciertamente luminosa y fecunda, puede inspirar á los directores de los colegios una conducta irreprensible, es obvio que no puede

reemplazar á las inspiraciones del corazon y á la influencia del amor.

Sólo el Cristianismo puede sustituir hasta cierto punto á los padres. Hé aquí por qué afirmo que el colegio de Manresa constituye una excepcion brillante por mil razones: hé aquí por qué no puedo comprender en el anatema general á los demás agenos á toda idea de ganancia y granjería, levantados con el



Cueva de San Ignacio de Loyola, en Manresa.

único exclusivo fin de dar fieles hijos á la Religion, y buenos ciudadanos á la Patria.

Permítaseme decir una palabra más ántes de continuar. Doloroso es que sin precision envien los padres á sus hijos á los colegios del pais: más doloroso y más imperdonable todavía que los manden á los de Francia ó Inglaterra. Nunca se anatematizará bastante esa costumbre debida á la tirana de las cuatro letras, como á la moda denomina mi buen amigo el señor don Pedro Felipe Monlau. Aun dando por un instan-

te al olvido que los colegios suelen ser centros de corrupcion, ¿qué aprenderán los jóvenes españoles en los de Francia ó Inglaterra, que no puedan aprender en su país? ¿Aprenderán la lengua grave, noble, majestuosa, musical y enfática de Calderon, Quevedo, Cervantes y Lope de Vega? ¿Aprenderán á defender á todo trance la unidad religiosa? ¿Aprenderán á defender á España de todos los ataques, de todas las censuras, de todas las invectivas, de todas las invasiones? ¿Aprenderán las tradiciones, los hábitos, los usos y las costumbres que distinguen y caracterizan á su patria? ¿Aprenderán á llevar á los confines del mundo la gloria de su nacion, fija la mente y el alma en los nombres inmortales de Hernan Córtes, de Colon y de Pizarro?

Calle la teoría y hable la experiencia. Citaré solamente dos casos para no ser interminable. Hallábame un dia en cierto sitio que no puedo mencionar, porque viven todavía las personas á que aludo. Era objeto de casi todas las atenciones un jóven matrimonio que acababa de recibir la santa bendicion sacerdotal. Ella, que habia permanecido durante muchos años en un colegio francés, ponderó desmesuradamente el amor que á su marido profesaba. Semejante insistencia, de todo punto innecesaria, grandemente llamó mi atencion. Algun tiempo despues supe que habia faltado á sus deberes de una manera vituperable.

En dos líneas, otro caso. Se trata de una persona á la cual quiero con todas las veras de mi alma. Entró en un colegio de Inglaterra. Sus padres procuraron y consiguieron hacer de él un católico ferviente. Hoy es protestante. Vanamente hasta hoy he intentado separarle de la senda de perdicion por la cual hace tiempo camina.

Estos casos, que por sí prueban poco, prueban mucho despues de las consideraciones precedentes.

IV.

El colegio de san Ignacio honra ciertamente á Manresa y á España. Le honra por las condiciones materiales del edificio, que es verdaderamente grandioso: le honra por la instruccion preexcelente, bajo todos conceptos, que en él reciben los jóvenes.

Data su fundacion del año 1622 y se debe á la piedad del señor don Lupercio de Arbizu, comendador de la Órden de Caballeros de Malta de san Juan de Jerusalen, y Bailío de Caspe, pueblo de Aragon. Lo levantó á semejanza de tantos otros españoles amantes de la Religion y de las ciencias, que hicieron de su patria la nacion más piadosa é ilustrada del mundo.

Basta decir que corrió á cargo de la Compañía de Jesus para saber que produjo frutos excelentes, como tambien que sufrió vicisitudes grandísimas. ¿Quién no sabe las persecuciones de todo linaje de que han sido objeto los jesuitas por parte de los enemigos de la sociedad? ¿Quién no sabe además que esas persecuciones sobre todo encarecimiento injustas é irritantes se explican perfectamente por tratarse de los sacerdotes que más han hecho y trabajado por la gloria de Dios y el brillo de la Monarquía?

No es mi propósito referir las indicadas vicisitudes. Haré sí observar que el colegio de Manresa ha sido uno de los pocos institutos que han logrado salir de ellas, no solamente incólume, sino tambien más brillante y esplendoroso. Quien lo considere detenidamente, dirá sin vacilacion que la Providencia lo proteje y ampara. Por eso y únicamente por eso, se libró de la demoledora piqueta revolucionaria; por eso y únicamente por eso, cedióle el Gobierno á Manresa, exceptuándolo de la desamortizacion; por eso y únicamente por eso, el Municipio de la ciudad instaló en él varias escuelas de instruccion primaria; por eso y únicamente por eso, algunas personas cuyo nombre no puedo citar por razones de delicadeza, hicieron en el mismo algunas mejoras; por eso y únicamente por eso, en fin, ha tomado recientemente un vuelo que maravilla y proporciona un placer tan legítimo como profundo.

Hace tres años el edificio sólo tenia dos alas, una de las cuales constaba de un piso. Hoy aparece concluida, como tambien la tercera, habiendo comenzado la edificacion de la cuarta. Esto significará poco para los que ignoran la solidez y la grandiosidad de la obra en que me ocupo: esto significa muchísimo para los que han visto y admirado sus magníficas condiciones.

Mucho hay que admirar en el edificio que hace correr mi pluma. Un gran patio; muchos corredores ámplios y larguísimos; excelentes piezas para estudio; un magnífico salon de recibo, dentro del cual caben cómodamente mas de quinientas personas; una gran capilla, que será mayor y más bella no bien concluyan las obras, y otra pequeña, pero elegante; un hermoso comedor notable por su elevacion, proporcionada á su anchura; dormitorios que sobre reunir todos los requisitos que puede apetecer la más severa moralidad y la prevision más esquisita, se hallan dispuestos con tal arte, que una sola persona los abarca y domina todos facilísimamente; gabinetes notables de física é historia natural; jardines; deliciosos panoramas; un huerto que se dilata á punto de perderse casi de vista; y para concluir, cuanto puede apetecer el carácter mas descontentadizo é intransigente. Para que no falte la menor cosa, ha comenzado á disponerse un bosque y habrá en breve un laberinto y un inmenso estanque.

En cuanto á la instruccion que se da en el colegio, no puede ser ni más moral, ni más española, ni más distinguida, ni mejor, sea cual sea el punto bajo que

se considere. El nombre de los venerables sacerdotes que lo dirigen, constituye una garantía que se pudiera reputar bastante por sí sola.

Hállanse divididos los colegiales en cuatro secciones, formadas respectivamente por los que estudian el año preparatorio, el primero de filosofía, el segundo y los restantes. Aunque los de una seccion ven á los demás, no se comunican con ellos, ni en las horas de comer, ni en las de estudio, ni en las de recreacion. Cada muchacho se trata con los que vienen á tener la misma edad y se dedican á los propios estudios. Esto, además de otras ventajas, facilita el conocimiento de cualquier abuso, y proporciona los medios de atajarlo completamente, sin pérdida de instante.

Los castigos son ligeros. Háse adoptado por punto general el sistema de los premios. Se procura estimular evitándose la imposicion de penas positivas. Hay al efecto solemne promulgacion de dignidades, y adjudicacion de insignias; hay establecidas academias para los colegiales más adelantados; hay certámenes que recuerdan por sus circunstancias especiales, los de los caballeros de la Edad Media; hay lectura semanal de las notas obtenidas; hay congregaciones de las que sólo pueden formar parte los muy distinguidos; hay en fin aposentos desde los cuales se descubre un soberbio paisaje que sólo pueden ocupar los más aprovechados.

No quiero hablar del órden admirable que reina en el colegio, ni en fin del trato esmeradísimo que reciben los colegiales. Sólo añado, y concluyo, que no puede pedirse más.

No concluyo todavía. No pondré fin á estas líneas sin felicitar desde el fondo de mi alma á los que dirigen el colegio, dignos sin duda por el inmenso bien que hacen ó producen, de las alabanzas de los hombres y de las bendiciones de Dios; sin felicitar tambien á los que logran la dicha de tener á sus hijos en el colegio de Manresa; sin felicitar por último á esta nobilísima ciudad por las ventajas de todo linaje que le proporciona.

Y no concluiré sin añadir que si alguno cree trato con estas líneas de llevar jóvenes al colegio, padece una equivocacion lastimosa. Hoy cuenta con 216 esternos y con 170 internos, y no tiene más por falta de local. De lo que trato únicamente es de cumplir con el deber que me impuse al comenzar este pobre libro. Deber que se reduce á dar cuenta de lo más principal que vaya encontrando en mi escursion breve por estos sitios deliciosos, que honre y engrandezca á mi patria queridísima.

V.

Al tomar la pluma para decir algo de Manresa experimento dos sensaciones contrarias, una de satisfaccion y otra de dolor: me ocasiona la primera la circunstancia de tratarse de una ciudad célebre y grande por muchos conceptos: es causa de la segunda la precision en que me hallo de ceñirme á las ménos palabras posibles. Sobre la antigua *Minorissa* se han publicado tomos: yo puedo consagrarla únicamente un capítulo.

¡Manresa! Con qué gusto dando libre vuelo á mi pobre fantasía, hablara yo de tu situacion eminentemente pintoresca; de los bellos y sorprendentes panoramas que ofreces á los ojos del viajero que te contempla estático; de las calamidades de todo género que te han afligido y conturbado; de las huellas que dejaron en tí los cartagineses primero, despues los romanos, más adelante los bárbaros del Norte, y últimamente los árabes; de los condes que tuviste durante la época nunca bastantemente ponderada de la reconquista; de tu puente de granito, dedicado al general Cneio Pompeyo; del castillo que construyó para tu defensa el inmortal Recaredo, sobre cuyas ruinas levantóse andando el tiempo la iglesia del Cármen; de la torre del Águila que te embelleció, y de lo que con motivo de la misma se refiere, bastante por sí solo para formar idea de las costumbres de la Edad, en que los caballeros peleaban por su Dios, por su rey y por su dama; de tus iglesias notables; del largo entredicho que sufríste, y del prodigio que le puso fin; de tus casas de beneficencia, palacios grandiosos que la piedad de nuestros padres levantó en favor de los pobres, hijos predilectos de Dios; de tus antiguos conventos, tan calumniados en la época presente, á donde se retiraban cuantos querian subir en poco tiempo á la cumbre de la perfeccion evangélica; de tus hijos célebres y memorables; de tu acequia, cuya construccion supone un prodigio de actividad y de constancia; de tus rios en cuyas aguas te reflejas con toda tu hermosura y poesía; de tantas otras cosas en fin que te realzan y que te han conquistado principalmente fuera de España, un renombre imperecedero.

De nada de todo esto puedo hablar; mas no dejaré la pluma sin decir algunas palabras sobre su Seo; sobre lo que aconteció en el año 1808 y sobre los recuerdos que dejó en la muy noble y muy leal ciudad el ilustre y santo fundador de la Compañía de Jesus, así como de los monumentos levantados para honrar su memoria veneranda.

VI.

La Seo de Manresa, que tiene á no dudar algunos defectos, es notable por su sencillez; por lo delgado de las columnas sobre que descansan sus tres naves; por sus hermosas esculturas; por sus ventanas góticas; por su altar mayor, que tiene la forma de un tabernáculo; por los antiquísimos sepulcros de su claus-

tro; por la capilla de san Agustin que se halla en el mismo; y sobre todo por su famosa cripta subterránea, de la que debo hacer mencion especial.

Es redonda, y tiene sin duda un gran valor artístico. Elévase en medio un rico altar en forma de templete, adornado con cinco estatuas de mármol, que representan á santa Inés, y á los santos Mauricio, Fructuoso, Augurio y Eulogio, patronos de Manresa. Ocupan el centro del altar dos cajas cubiertas de terciopelo carmesí, en las cuales se conservan innumerables y preciosas reliquias. Además de las correspondientes á los santos referidos, hay los huesos de uno de los niños mandados sacrificar bárbaramente por Herodes; tres pedazos de piedra del Calvario; úno del sitio en donde durmió la Magdalena: parte de la columna en que fue implacablemente azotado el Redentor del mundo; madera de su cuna y de la Cruz en que padeció muerte afrentosa por la salvacion del humano linaje, etc., etc., etc.

Las paredes laterales de la cripta están hermoseadas con bustos, bajo-relieves, esculturas y otros adornos bellísimos de mármol y de jaspe.



Verdadero retrato de San Ignacio de Loyola.

He mencionado la capilla de San Agustin que está en el claustro, y debo referir en ceñidas palabras una historia interesante que recuerdan cuadros al óleo que cuelgan de sus paredes, así como un sepulcro de mármol que hay en la misma. Debo relatarla porque se refiere al dogma de la Concepcion Inmaculada de María, definido por el inmortal Pontífice Rey que rige actualmente los destinos del orbe católico.

Era procurador fiscal de Manresa don Francisco Planes; y estaba encargado de la instruccion de su hijo el doctor don Francisco Mulet, canónigo de la iglesia, cuyos mortales restos descansan en el citado mausoleo. Este ministro del Señor hubo de castigar en una ocasion al niño. Hallábase Planes ausente; pero un hombre ó un demonio le contó al volver lo sucedido, abultándolo de una manera extraordinaria. Ardiendo en ira el padre, dirigióse á la Seo, y asesinó con su espada al venerable sacerdote.

El canónigo Mulet resucitó, volviendo á morir nueve horas despues. Y resucitó para declarar que á no ser por la intercesion de la Vírgen sin mancilla, de la cual fue siempre muy devoto, se condenara, por

haber sostenido que la Madre de Dios fue concebida en pecado original.

De este suceso, que se remonta al año 1428, se hizo una informacion auténtica, de la que se remitió copia fehaciente á los padres que celebraron en Basilea concilio general.

VIII.

Tambien los hijos de la muy leal ciudad en que las presentes líneas escribo, se inmortalizaron durante la guerra gloriosísima de la Independencia. Los soldados invencibles de Napoleon que tantas poblaciones devastaron, que tantos templos destruyeron, que de tantos tesoros se apoderaron, huyeron en su presencia cobarde y vergonzosamente. A los manresanos se debe pues de una manera singular, que el gran capitan del siglo gastara en vano 400.000,000; y fuera causa de que se derramase la sangre de cuatrocientos mil combatientes.

En la Plaza Mayor de la poblacion en que me ocupo, comenzaron los sucesos memorables que voy sucintamente á referir.



Montañas de Monserrat, vistas desde Manresa.

El dia 12 de Febrero de 1808, penetraron los franceses en Barcelona, y remitieron á muchas ciudades su papel sellado, además de las órdenes á su juicio indispensables para sostener y afianzar su aborrecida dominacion. Los manresanos supieron la hora en que aquél y éstas llegarian; y apoderándose con arrojo increible del carro que las llevaba, las quemaron á los gritos de «Viva el rey» y «Mueran los franceses.» Hay cosas que sólo pueden hacer los descendientes de los que pelearon en Numancia y en Sagunto.

Acto continuo prendieron á todos los franceses que residian en la ciudad; y organizaron una junta para que resolviera lo mas oportuno en aquellos instantes terribles. Lo primero que determinaron fue disponer funciones religiosas. A poco recibieron la noticia de que el general francés de Barcelona habia dado la órden de incendiar la poblacion y todos sus habitantes.

La junta decidió lo que seria ridículo si no fuese sublime. Decidió hacer la guerra á los invasores. Y lo decidió á pesar de los consejos del que habia notificado dicha bárbara resolucion; de las protestas del gobernador de la ciudad, y de los que consideraban como ellos completamente inútil la resistencia. Echáronse á vuelo las campanas y se amenazó con la pena capital á los que teniendo armas no las dejasen ó no fuesen con ellas al somaten. Más de mil personas

salieron. Llevaban... diez y siete armas, de las cuales la mitad eran escopetas de caza. Por lo que hace á las municiones, todas cabian en un pañuelo que llevaba el jefe... Debo repetirlo. Hay cosas que sólo pueden hacer los descendientes de los que pelearon en Numancia y en Sagunto.

Los hijos de Manresa llegaron á un sitio distante sólo media hora del Bruch, pueblo en que se hallaban los franceses. Un felicísimo pensamiento inspirado sin duda por Dios que quiso premiar la fe de aquellos héroes, les salvó de una muerte segura. Colocáronse á grandes claros en una montaña á vista de las tropas de Napoleon, las cuales se figuraron no sólo que eran en número extraordinario, sino tambien que habian resuelto precipitarse sobre ellos á bayoneta calada.

Huyeron en seguida precipitadamente, dejando el camino lleno de fusiles, cañones, mochilas, zapatos, etc. Con sus propias armas les persiguieron los manresanos hasta Martorell, no distante de Barcelona.

¿Exageraré si aseguro que lo referido en nada cede á las heroicidades realizadas en siglos que pasaron, por las legiones de aquellos catalanes invencibles, en cuyo pendon aparecian las famosas barras ensangrentadas?

VIII.

Por todas partes se tropieza con recuerdos de Ignacio de Loyola. Esta misma casa en que escribo, perteneciente á los célebres hijos de Domingo de Guzman, fue habitada y enaltecida por el fundador de la órden incomparable de los Jesuitas. Acudió á ella cuando vino á la ciudad con el firme propósito de entregarse por completo Al que todo lo dirige y lo gobierna desde las mansiones celestiales. Los religiosos que ocupaban en aquella sazon de cosas este santo edificio, le hospedaron con amor evangélico primeramente aquí, en Barcelona poco despues, y últimamente en la capital de Francia.

Hé aquí sin duda el orígen del afecto que siempre mostró el Santo á los Dominicos: hé aquí el orígen tambien de las buenas y cordiales relaciones que han mantenido constantemente las dos órdenes monásticas.

¿Quereis recorrer conmigo en espíritu los lugares que traen á la memoria la estancia en Manresa del ilustre fundador de la Compañía de Jesus?

Salgo á uno de los balcones de esta casa y contemplo el que ocupó durante su permanencia en el convento, convertido en capilla despues por los mencionados religiosos, que se destruyó ¡oh mengua! en el año 1851.

Esta casa de santificacion era... un cuartel en el tiempo á que aludo. No recuerdo quién, é importa ignorarlo, pidió una y otra vez permiso para derruir la mencionada capilla so pretexto de aprovechar mejor el local. Representaron los dominicos que aún vivian en la ciudad, y consiguieron que la órden no se diese.

Existia entónces en Manresa un ayuntamiento, tipo de tantos otros que así representan las ideas y aspiraciones de los pueblos como yo las de los protestantes ó de los turcos. Ese ayuntamiento decidió que se debia complacer al desventurado aludido. La capilla vino al suelo el 31 de Julio, dia precisamente en que la Iglesia pondera y somete á la consideracion de sus hijos para que las imiten, las virtudes heróicas y relevantes del Santo esclarecido. Temerosos sin duda de que la poblacion se alborotase, la derribaron y destruyeron en hora muy temprana. No bien supo el virtuoso é ilustrado P. Francisco Enrich lo que sucedia, dirigióse precipitadamente al lugar en que se hallaba con el piadoso fin que no es preciso referir: puede afirmarse que casi halló sólo un monton de ruinas.....

No todos los individuos que componian el ayuntamiento procedieron indignamente. Cúmpleme consignar una excepcion brillante y honrosa en favor del concejal señor don Tomás Esteve, padre de uno de mis mejores amigos, que lleva dignamente su nombre. No satisfecho con procurar por todos los medios posibles impedir la mencionada resolucion vituperable, quiso que su protesta se consignase por escrito. El acuerdo de sus indignos cólegas afectóle de un modo extraordinario, y fue causa quizá de una enfermedad que le abrió prematuramente las puertas del sepulcro.

No ha quedado de seguro sin premio en la otra vida la noble accion que realizó en la presente.

Hay otros sitios que recuerdan la estancia en la ciudad de san Ignacio. Se conserva, trasformada en capilla, la casa en que vivió miéntras estuvo enfermo; el pozo cuyas aguas hizo subir milagrosamente hasta el brocal, para devolver á una jóven inconsolable una gallina que cayera dentro; la iglesia de su nombre, en la que se conserva el sitio donde tuvo una vision celestial referente á la órden que habia de fundar; y en fin, la famosa cueva en que compuso su libro nunca suficientemente ponderado, cueva notable tambien por conservar en gran parte su forma primitiva, por algunos medallones de mármol blanco de bastante mérito, y por un zócalo de preciosísimo estuco, que no se cansan de admirar los viajeros. Forma parte de un edificio grandioso, pero de arquitectura deplorable, cuya bonita iglesia se está decorando y embelleciendo actualmente. Existe además en los alrededores de la ciudad, la de Villadordis, que visitaba el Santo frecuentemente. En

una de las casas contiguas se conserva todavía su ceñidor.

¡Lástima que los reducidos límites á que debo concretarme no me permitan hacer mencion especial de los hechos más culminantes de la vida de san Ignacio de Loyola! ¡Lástima que no pueda considerar al paje sediento de gloria del Rey Fernando V; al guerrero valeroso en Nájera, donde figuró como sitiador, y en Pamplona, donde sobresalió como sitiado; al enfermo animoso, cuyo temple de alma le hizo mandar se repitiera una operacion dolorosísima; al peregrino humilde dirigiéndose á Tierra Santa con los pies desnudos y un saco grosero; al escritor místico redactando sin estudios previos el famoso libro de los Ejercicios espirituales, que al decir de san Francisco de Sales ha convertido un número de almas superior al de sus letras; al catequista celoso que enseñaba á los hijos de esta ciudad los rudimentos de la fe católica; al penitente severo que se martirizaba con hierros y con cilicios, con ayunos y con disciplinas; al cursante, primero en Barcelona, despues en nuestra célebre universidad de Alcalá, y por último en la de Paris; al hombre activo, enérgico y prudente que logró destruir todos los obstáculos y dificultades que le impidieron al principio realizar su plan; al pensador profundo en fin que consiguió dar á su Órden, por medio de sabias Constituciones, una organizacion fuerte, robusta, poderosa, indestructible, incontrastable.

¡Ah! no puedo prescindir de consagrar unas líneas á su Órden admirable y sublime, á esa Órden amada por todas las inteligencias nobles y por todos los corazones hidalgos; á esa Órden nacida en el siglo XVI para echar por tierra la obra del fraile apóstata, del hombre impuro, del sacerdote sacrílego que se alzó rebelde y osado en Alemania, logrando promover en diversos estados de Europa agitaciones horribles; á esa Órden que ha reconocido siempre la soberana celestial autoridad de los Romanos Pontífices; á esa Órden, cuyos indivíduos, llenos del espíritu de Dios, pudiendo en su mayor parte disfrutar todo género de gustos y de comodidades, renuncian á sus patrimonios y se someten á la pobreza mas absoluta; pudiendo obtener fácilmente por sus talentos los honores más altos y las dignidades mas encumbradas, renuncian á los unos lo mismo que á las otras, y se someten á la oscuridad más completa; pudiendo por último arrastrar fácilmente por su energía poderosa y su fascinacion irresistible las voluntades de los demás, renuncian á su propia voluntad, y se someten á la obediencia más ilimitada; á esa Órden que ha dado innumerables santos á la Iglesia de Jesucristo; á esa Órden, que á los pocos años de su existencia tenia ciento cincuenta casas, como tambien colegios en Roma, Loreto, Nápoles, Florencia, Bolonia, Perusa, Módena, Venecia, y en otras muchas ciudades; á esa Órden que ha emprendido desde las obras más grandes hasta las más humildes, oscuras y pequeñas; á esa Órden que ha hecho germinar las simientes divinas evangélicas en las regiones mas apartadas y salvajes del mundo, en la India, en el Malabar, en el Japon, en la China, en el Paraguay, etc., etc.; á esa Órden que ha producido y sigue produciendo sabios profundos, literatos insignes, artistas distinguidos, predicadores elocuentes, catedráticos ilustres, apóstoles intrépidos, confesores eminentes y mártires invencibles; á esa Órden, para no ser interminable, que ha merecido el honor de ser villanamente calumniada ó perseguida por Voltaire, por Federico de Prusia, por D'Alembert, por Aranda, por el marqués de Pombal, por Sué, por todos los enemigos en fin declarados ó encubiertos de la Iglesia, á muchos de los cuales, por lo demás, se les han escapado preciosas confesiones en punto al mérito, inocencia é importancia de sus víctimas.

Hago aquí punto final. Sabe Dios que con gusto especialísimo desvaneceria las acusaciones más ó ménos ridículas fulminadas contra los hijos de Ignacio de Loyola. Hoy no lo puedo hacer; mas no dejaré de aprovechar la primera ocasion que propicia se me presente. Como católico, y tambien como español, ansío que las cosas queden en su lugar y los hechos en su punto.

CAPITULO III.

Monserrat.

I.

La misma dificultad que en Manresa. Mucho, muchísimo que decir, y muy poco espacio de que disponer.

Voy á darte cuenta, benévolo lector, de la visita que hice ayer á la Vírgen negra de nuestras montañas deliciosas. Nunca han podido aplicarse tan propiamente aquellas palabras del Cantar de los Cantares, el libro de la Biblia poético por excelencia. «Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen: como las tiendas de Cédar y las pieles de Salomon.»

Los santuarios que forman parte muy principal de nuestra brillante historia, existen todavía gracias á la religiosidad de nuestro pais. Muchos fueron derruidos ó incendiados por los franceses ó por los españoles, que participaban de su espíritu profundamente irreligioso y anárquico; mas han sido levantados de nuevo á impulsos de esa fe, constante generadora de portentos y maravillas. Podrán carecer de sus edificios grandiosos, de sus joyas inapreciables, de sus obras maestras de arte; pero conservan todavía

ese sabor católico, más para sentido que para esplicado, que satisface al entendimiento, que alegra al corazon, que deja en el alma agradables recuerdos y dulcísimas impresiones.

Y no podia ménos de acontecer así. Las revoluciones, que á semejanza de torrente desbordado todo lo aniquilan y destruyen, pasan por lo comun tan prontamente como el rayo que vibra la cólera de Dios; mas la Religion subsiste y subsistirá hasta el último dia de los tiempos.

Así pensaba yo al dirigirme al santuario de Monserrat, el más célebre sin duda de España, y probablemente del mundo. Y pensaba igualmente que á los santuarios no se acude sólo en busca de solaz y esparcimiento: acúdese tambien en busca de proteccion celestial y de consuelo divino. Sólo la Iglesia de Dios, esa Madre cariñosa que no bien abrimos los ojos á la luz nos abre sus puertas á fin de protegernos y de ampararnos; que nos proporciona medios de soportar valerosamente todas las desgracias y de resistir heróicamente las acometidas todas; que levanta generosa á los caidos, aunque todos los hombres conjurados contra ellos les abandonen y les desprecien y les rechacen y les maldigan; que nos acompaña en todas las aflicciones; que santifica nuestras alegrías; que nos fortalece por último con doctrinas saludables y con ejemplos inmortales, sólo la Iglesia de Dios, repito, ha podido hermanar cosas que parecen antitéticas y que lo son bajo cierto punto de vista.

Al santuario de Monserrat acuden todos los catalanes. No excluyo á los hombres más ó ménos indiferentes. Tambien éstos van, ora porque tienen una madre, una esposa, una hija ó una hermana que les atrae con el iman del amòr, ora porque, por grandes que sean sus prevaricaciones, queda siempre en lo más profundo de su espíritu algo que les convence y persuade de que sólo en la religion de Jesucristo se halla la paz, el gozo, la verdad, la luz y la vida. Esas personas, mayormente si tienen hijos, al penetrar en su casa se trasforman como por encanto. Desaparece allí el hombre nuevo del libro, del periódico, del ministerio, de la cámara, de la academia, del casino ó del café, y resucita el hombre antiguo, el hombre bueno, el hombre cristiano.

Me aparto de mi propósito; mas no proseguiré sin traer á la consideracion de mis lectores un hecho que acabo de recordar. Hace ya cinco años, paseaba un dia por los corredores de la Audiencia de Madrid con mi respetable amigo el señor don Antonio Aparisi, que iba á pronunciar uno de esos discursos que han contribuido á conquistarle un nombre imperecedero. A seguida se nos agregó el señor don Cándido Nocedal; y poco despues uno de los jurisconsultos que más hostiles se han presentado en España á la Iglesia. Hablóse de religion y de política. Pues bien. Yo recordaré siempre que la persona indicada nos contó con placer extraordinario, que su hijo, jóven de pocos años, le habia dicho: «Papá: no me gustan las exageraciones de *La Iberia* (1).»—Apuesto, le contestó el señor Nocedal, que anda en esto alguna mujer; porque todas, como es sabido, son *neas*.»—Respondióle afirmativamente; y elogió sin pérdida de instante á su esposa, que le hacia comer, contra su deseo, de vigilia, siempre que la Iglesia lo mandaba.

Pregunto ahora. ¿Hubiera referido todo esto y manifestado tanto gozo, á tener la persuasion de que su esposa y su hijo iban descaminados amando á la Iglesia y aborreciendo á la revolucion, así como de que acertaba él persiguiendo á la primera y ensalzando hiperbólicamente á la segunda? ¿Irian todos los catalanes á Monserrat, á tener el convencimiento de que sólo la supersticion produjo y engrandeció los santuarios?

II.

Sólo media hora de ferro-carril y dos ó tres de carruaje se necesitan para llegar desde Manresa al de Monserrat. Debo decirte algo, paciente lector, de los compañeros de viaje que tuve desde la estacion en que bajé del tren, hasta la cumbre de la montaña, ó para expresarme con más propiedad de lo que hablamos durante la breve y deliciosa travesía.

Pronto comprendí que iba con gente *non sancta*. Puedo casi asegurar pertenecian los tres al número de los que hace algunos años ponderaban al *liberalismo* y deprimian el régimen de sus padres; pero que hoy, penetrados de que aquél ha proporcionado únicamente malestar, trastornos, pobreza y remordimientos, se limitan á decir lindezas contra éste.

Uno sin embargo se distinguia por la blandura con que trataba lo antiguo, y por la frialdad con que hacia mencion de lo moderno. Callábase cuando los otros decian desatinos; y asentia no bien yo les refutaba. Indudablemente sus ideas y sus sentimientos habian sufrido una gran trasformacion.

El enigma dejó de serlo muy pronto para mí. No bien advirtió mis ideas y convicciones, manifestóme que una de sus hijas era religiosa; y me añadió que habia combatido mucho su vocacion, como tambien que cedió, al contemplarla profundamente desconsolada y enferma. Es inútil añadir que recobró la salud y la alegría no bien hubo entrado en el convento.

¡Ah! dije yo para mis adentros. Hé aquí esplicada la semi-conversion de este hombre. ¡Cuántas se han realizado y se realizan por motivos iguales ó seme-

(1) Uno de los periódicos progresistas que más se distinguieron por sus ataques á la Iglesia y á sus ministros venerables.

jantes! Aun dejando aparte consideraciones de cierto linaje, referentes al mundo sobrenatural, que no ven los hombres materiales, pero que proporciona dulzuras y placeres sin cuento á los demás; ¿qué padre osará escarnecer la Religion que ha labrado la ventura del sér á quien dió la existencia, ni ridiculizar una Órden de la que forma ya éste parte principal, hasta el punto de constituir quizás una de sus más brillantes y espléndidas coronas?



Vista del Monasterio de Monserrat.

—¿Pues no quiere Cláros el restablecimiento de los frailes?—exclamó uno de los que ocupaban conmigo el imperial del coche, único lugar en que pudimos acomodarnos. Y añadió algunas vulgaridades que no necesito siquiera referir. Yo le respondí que los conventos favorecieron mucho á los menesterosos; que sus posesiones, ocupadas un dia por los pobres, casi de balde, lo están hoy por señores improvisados que no tienen compasion ni piedad de los antiguos moradores; que no obstante las promesas de nuestros ministros, calcadas sobre la venta de los bienes eclesiásticos, págase cada dia mayor contribucion; que los amigos de la libertad no deben oponerse á que cada uno viva segun su deseo, si es laudable, etc., etc.

No proseguiré sin enviar desde aquí mi humilde, pero sincero parabien, al señor don José María Cláros, por la proposicion que acaba de suscribir. No sabe de seguro mi buen amigo toda la importancia y trascendencia de la resolucion que acaba de tomar y sobre todo del bien que acaba de hacer. ¿Qué importa que su

proposicion sea por el instante desechada? Dentro de algunos años las Órdenes religiosas volveráu á honrar el patrio suelo, y á producir sus consecuencias grandemente provechosas. La gloria de la indicada medida, que piden de consuno la Religion y la Patria, corresponderá en gran parte, sea quieu fuere la persona que la tome, al digno, al bueno, al piadoso, al respetable diputado por Navarra, elegido tambieu por los estremeños sus paisanos.

Hablóse despues de Garibaldi y de Víctor Manuel. El buen padre de la religiosa se calló; pero los otros dos alabaron desmesuradamente al primero. En cuanto al segundo, venian á estar conformes conmigo. En su sentir, no pasa de ser..... ¡A qué reflexiones da márgen el cuncepto en que le tienen los mismos revolucionarios!

La conversacion fué á parar al estado religioso actual de Barcelona. Con el gusto que no necesito encarecer, ví confirmadas y robustecidas mis convicciones en punto á la reaccion benéfica que ha comenzado. El *ex-liberal* dijo en sustancia, refiriéndose á los primeros años posteriores á la guerra civil: «Nos hallamos muy distantes del tiempo en que eran mejor vistos los que iban á las tabernas que los que penetraban en los templos, los cuales recibian la denominacion de *serviles*; así como del en que una mujer (las mujeres son siempre ángeles ó demonios) arrojó al fuego una imágen de la Vírgen de Monserrat, á la pública veneracion expuesta en el fróntis de un convento de benedictinos.»

Despues se citaron algunos ejemplos para poner en evidencia que no pocos diputados van á Madrid con el fin de arreglar sus negocios. ¡Válgame Dios! dije yo para mí. La diferencia entre los antiguos procuradores y los modernos diputados se reduce á que aquéllos procuraban realmente por el pais, sin honrarse como éstos, que le desatienden, con el nombre de representantes suyos.

Debo añadir que mis compañeros de viaje hicieron justicia á lo existente, como tambien que pronto cesaron de combatir lo pasado. No puedo dar pormenores de la conversacion, porque seria interminable. Conste, repito, que tronaron contra el órden de cosas actual; y conste igualmente que enmudecieron no bien notaron que vengaba yo á personas é instituciones de las ofensas y calumnias que las inferian. Lo primero me hace vaticinar el próximo triunfo de la Religion y de la monarquía. Sé muy bien que no puede pasarse de lo particular á lo general; pero sé igualmente que mis compañeros de viaje se limitaron á repetir lo que dicen hoy, ó por lo ménos lo que piensan casi todos los españoles. Muéveme lo segundo á dar un consejo de amigo á los que participan de mis ideas y sentimientos. No callen cuando las vean ridiculizadas y deprimidas. Salgan por el contrario á su defensa, no sólo por la obligacion que tienen de sostener los fueros sacrosantos de la verdad y de la justicia, sino tambien por interés propio ó personal conveniencia. Los incrédulos sólo son valientes con los cobardes: únicamente á éstos cantan el *Trágala* infernal.

III.

Monserrat está magníficamente situado, y se ostenta con hermosura verdaderamente indescriptible. Todo, todo contribuye á que sea uno de los sitios más agradables del mundo. La elevacion en que se halla, que no es menor de seis mil pies sobre el nivel del mar; la hermosa carretera que conduce al mismo, llena de árboles que libran de horribles precipicios; la montaña, notable principalmente por su caprichosa division de riscos, que ya semejan las ruinas de soberbias catedrales góticas, ya monjes con el sayo de penitencia, ya damas esbeltas elegantemente vestidas, ya en fin gentiles y arrogantes caballeros; el aire puro que se respira; el aspecto semi-agreste, semi-salvaje de la naturaleza y su vegetacion virginal; la atmósfera impregnada con las acres emanaciones del romero, del tomillo y de mil plantas olorosas ó salutíferas; los panoramas deliciosos que se ofrecen á la vista y á la imaginacion; el terreno vastísimo que se descubre; las construcciones que se levantan ora majestuosas, ora rigurosamente artísticas; la satisfaccion que allí se experimenta; las aguas dulcísimas en que abunda, y sobre todo el ambiente celestial que distingue y caracteriza todos los lugares santificados y enaltecidos por nuestra Religion adorable, hacen de Monserrat un punto delicioso, magnífico, verdaderamente superior á todo encarecimiento.

Es principalmente un punto delicioso y magnífico en dias de tempestad. Retumban allí los truenos de una manera especial, por la disposicion singularísima de la montaña. Desgájanse con frecuencia masas enormes de piedra que ruedan por aquellos precipicios con estruendo aterrador. El agua se desprende de las alturas, formando cascadas inmensas. El rayo ilumina aquellos lugares que parecen escogidos por Dios para manifestacion de su poder, de su gloria, de su grandeza.

Aún vimos las señales de la última tempestad ocurrida recientemente. Por uno de los que iban con nosotros en la diligencia, que vive hace años en Monserrat, supimos que la carretera quedó interceptada durante algunos dias á consecuencia de haberse colocado en la misma una gran parte de bosque desprendido de lo alto. Los árboles quedaron de pié como si hubieran sido plantados por la mano del hombre. Lo que sólo puede lograr éste con el trascurso del tiempo, hízolo Dios en un instante.

¡Con qué gusto hablaria yo, si lo consintiesen los límites á que debo necesariamente ceñirme ó limitarme, de los antiguos ermitaños de Monserrat, que para vivir más cerca de Dios y más apartados de los hombres, disponian sus celdas en las cumbres de las ciclópeas montañas, imitando á la reina de las aves! ¡Con qué gusto hablaria seguidamente de las cuevas subterráneas, de difícil entrada, notables por sus salones llamados de las columnas y gótico; por sus grutas denominadas *del Fantasma, del Elefante, del Murciélago;* y por sus estalactitas, con las cuales puede rebatirse perfectamente la opinion de los que, para desmentir el Génesis atribuyen al mundo mayor antigüedad de la que resulta, segun el primer libro del más grande de todos los poetas, de todos los filósofos y de todos los historiadores, en sentir de Valdegamas! ¡Con qué gusto hablaria yo tambien de los reyes, de los santos, de los príncipes, de los almirantes, de los duques, de los marqueses, de los condes; de las demás personas egregias y distinguidas, que han enaltecido con su presencia el santuario; y de los regalos que hicieron á su joya más preciada, singularmente Cárlos V, el piadoso emperador de Alemania; su esposa Isabel de Portugal, que recobró la salud por intercesion de la Vírgen, á la que visitó acompañada de su caballerizo mayor, entónces duque de Gandía, más adelante humilde hijo de Ignacio, y últimamente santo, con el nombre de Francisco de Borja; el gran Felipe II, que acostumbraba decir no se ponia jamás el sol en sus dominios; el intrépido don Juan de Austria, héroe de Lepanto, cuya victoria memorable anunció por revelacion divina Sixto V, no bien se hubo conseguido, etc., etc.! ¡Con qué gusto hablaria yo despues de las pruebas numerosas que proporciona la montaña de Monserrat en favor del diluvio universal, y con ese motivo de las ridículas aseveraciones hechas contra él por varios incrédulos, y singularmente por Voltaire, quien para rebatir los argumentos que á ellas se oponian á consecuencia de haberse hallado en la cima de un monte conchas petrificadas, osó afirmar que las habian dejado en él los peregrinos! ¡Con qué gusto hablaria á continuacion de la fuente *del Milagro*, de la caverna en miniatura, de la miranda de los monjes, de la escolanía, de los profesores de música más renombrados que ha producido, del efecto admirable que causa en el santuario el canto grave de los religiosos, del antiguo monasterio, de la nueva iglesia, de sus frescos excelentes, de sus joyas riquísimas que son nada en comparacion de las que hubo, de sus monjes más célebres, y de tantas otras cosas, para no ser interminable, que dejan admirados y embebecidos á los que tienen la dicha de visitar aquellos sitios deleitosos, memorables, poéticos y santos.

IV.

Hablando de Monserrat, no puedo ménos de referir, si bien concisamente, de qué manera fue hallada la Vírgen, así como el hecho trágico causa principal de su extraordinario renombre y grandeza. No respondo de la exactitud de todo lo que diré con motivo de éste. La responsabilidad de cualquier falta no será mia, sino de los descendientes literarios de aquellos á quienes Platon, no sin fundamento, queria conducir, coronados de flores, á las fronteras de la república. Aludo, como es claro, á los poetas que suelen falsear la historia, y convertirla con sin igual frescura en novela entretenida.

Nadie ignora lo que aconteció al morir el Salvador del mundo. Gimió la naturaleza toda, rasgóse el velo del templo, retembló la tierra, partiéronse los durísimos peñascos, se abrieron los sepulcros, resucitaron los cuerpos de no pocos, y se aparecieron en Jerusalen á muchas personas. «Verdaderamente era hijo de Dios,» exclamó á vista del terremoto el centurion y los demás que guardaban á Jesus.

Una piadosa tradicion dice que Monserrat no se contentó con estremecerse. Para dar perenne muestra de su dolor, se dividieron sus cumbres grandiosas, y se multiplicaron los profundos abismos. De entónces data la situacion altamente majestuosa y poética de la montaña.

Predicada en todo el mundo la doctrina del Hombre-Dios, aparecieron los monjes, y levantaron algunos monasterios. El de Monserrat se libró del furor de los romanos, y tambien del de los godos; mas no del de los árabes, que devastaron por completo el país, deshonrándole con su planta impura.

Destruido el monasterio, Monserrat continuó siendo teatro de luchas titánicas, y testigo de acciones heróicas, realizadas por los defensores de nuestra fe, contra los feroces sectarios del Coran.

Hallábanse unos pastores recogiendo sus ganados, en un dia del año 880 de la era cristiana. Iluminóse de súbito el cielo, y contemplaron en un sitio del monte infinidad de luces brillantes que lo rodeaban, formando una especie de guirnalda vistosísima. Fueron además recreados con aromas de fragancia sobrenatural; y llegaron á sus oidos los suaves acordes de una música divina, así como los dulces acentos de voces angelicales. Contaron la vision; mas no consiguieron que ninguno la concediese importancia. No es maravilla que así sucediera. Lo contaban hombres sencillos, y el mundo por lo comun, sólo dispensa consideracion á los que se dan aires de personas graves ó entendidas. Dios ha procedido y procede de múy distinto modo.

El prodigio se repitió diversos sábados. Enteróse del caso el respetable cura de Olesa; y acudió al lu-

gar donde tan estupendas cosas sucedian. Como los pastores, vió las estrellas que circuian la roca; percibió los olores suavísimos; y oyó fin la música deliciosa y las voces celestiales.

Pocos dias despues, los fieles del pueblo citado se dirigieron en procesion al célebre monte, y llegaron al punto del prodigio. Descubrieron la boca de una cueva, y encontraron en su interior á la hermosa imágen.

La quisieron conducir á Manresa; mas al llegar al sitio que ocupa el monasterio, tornóse inmóvil. Dios queria que permaneciera en Monserrat.



Monserrat.—Restos antiguos, patio y claustrillo.

V.

Falta referir lo que motivó el engrandecimiento del santuario. Indudablemente se mezcla en lo que voy á exponer en pocas palabras, la verdad con la ficcion.

Un anacoreta dirigióse un dia á la célebre montaña, con el santo fin de romper las ligaduras que le ataban á la tierra, y volar más fácilmente al cielo. Llamábase Juan Garin, y se distinguia por su extraordinaria virtud.

Pasado algun tiempo, vino un incidente á turbar la dicha y la paz que disfrutaba en su vivienda casi inaccesible. Percibió en las entrañas del monte rumores terribles que grandemente le conturbaron y entristecieron. Repitiéronse, y Garin llegó á persuadirse de que se debian á las carcajadas de los demonios.

El anacoreta redobló sus oraciones, consiguiendo que la Vírgen mandase arrojar de aquel sitio memorable á los espíritus infernales. La desesperacion y rabia de estos no conoció entónces límites. En vez de conseguir la perdicion de Juan Garin, veíanse expulsados del lugar que habian escogido para sus placeres



Monserrat.—Portada de la iglesia moderna.

y bacanales. Idearon entónces un plan verdaderamente diabólico, bastante por sí á demostrar que los ángeles caidos, al perder la gracia por su prevaricacion lastimosa, conservaron la sabiduría.

Habitaba en uno de sus palacios, juntamente con su hija, el conde Wifredo el Velloso, que ha inspirado á los vates de Cataluña innumerables leyendas. Hé aquí el retrato que hace uno de los mo-

dernos de la encantadora Riquilda: «Sus cabellos descendian en rizos de ébano sobre su cuello tan blanco como el del cisne, formado de la espuma del mar: su talle se cimbraba como el de una esbelta hija del Norte ó como el de una graciosa palma del desierto: sus ojos negros y ardientes despedian en sus gemelos rayos, todo el fuego de la raza meridional: casi nunca abandonaba su traje blanco, símbolo de su pureza de paloma.»

Vióla Belial, y creyó que ninguna más á propósito para tentar y perder á Juan Garin. Era preciso que la viese, cosa imposible, por cuanto sólo salia de Monserrat para ir á la capital del mundo cristiano. Áun le pareció esto poco al jefe de los espíritus malignos. ¿No seria mejor, se dijo á sí propio, que Riquilda fuese á la celda del ermitaño?

Mandó con tal objeto á uno de sus satélites que se disfrazase de anacoreta, y á otro de caballero cristiano. Dió á Satanás el encargo de preparar con la posible prudencia el ánimo de Garin para las acciones abominables que habia de cometer: Astaroth recibió el de fascinar con palabras de amor á la hija del conde, y conseguir que fuese á la celda referida.

El nuevo penitente y Garin se unieron pronto con los vínculos de una entrañable amistad. Desconfió éste de aquel al oirle sostener que habian purgado en demasía sus culpas; pero tales penitencias hizo despues que no vaciló en decir le habia concedido Dios la ventura de hallar un compañero que le aventajaba en todo linaje de perfecciones.

Hallábase una noche asomada á la ventana la sin igual Riquilda: oyó de repente extraños rumores, producidos al parecer por el galopar de los caballos, por los ahullidos de una jauría, y por el sonido de los cuernos que usan los cazadores. No fue juguete de una ilusion la hija del conde, como temió en un principio.

Los caballeros cazadores pasaron por debajo de su ventana. Detúvose el principal lleno de varonil hermosura, y la miró con una de esas miradas que penetran en lo más recóndito del corazon, y lo arrastran en pos de quien las dirige. Riquilda quedó enamorada perdidamente de Astaroth. No era otro el gentil, el simpático, el irresistible caballero.

Pasaron algunos dias y dijo el amante á la hija del Conde: «Soy un *golo* (1). No nací tal, y temo á Dios, de quien he recibido la mision de proteger á Juan Garin, modelo de santidad. Por haberla desempeñado perfectamente, tornaré á ser mortal, si logro que una jóven vírgen y hermosa haga penitencia por mí en la gruta del virtuosísimo ermitaño.»

Riquilda se comprometió á ello. Vencidos los obstáculos y conseguida, no sin dificultad, la venia de su padre, dirigióse la encantadora jóven en compañía de éste á la cumbre del monte. Mucho costó que el ermitaño conviniera en guardarla y en dirigirla, con el fin de que cumpliese bien su voto.

Algun tiempo despues dirigíase á Roma Juan Garin, que llevaba en su conciencia el peso de un horrendo pecado y de un crímen odiosísimo. Llegado á la Ciudad Eterna, contó todo lo sucedido al Padre Santo, deseoso de obtener su perdon. No lo consiguió por entónces. El sucesor de san Pedro mandóle que volviese á su cueva andando de cuatro pies; que guardase absoluto silencio; que comiese sólo yerbas, y que no se considerase absuelto hasta que un niño de cinco años le dijese quedaba por Dios perdonado.

Juan Garin cumplió la penitencia. Hé aquí lo que aconteció con este motivo, segun el cronista Pujades: «Con el tiempo, camino, y encontrar matas, zarzales, garrigales y abrojos, rasgados los vestidos, descubiertas sus carnes, le puso el rigor del frio en invierno y el calor del sol en estío, como á un etíope, las húmedas influencias de la luna, el inevitable sereno, y los menuditos rocíos de las mañanas, con la poca comida y peor bebida, le disecaron las carnes é hicieron crecer el vello con tan largas guedejas, que no parecia otra cosa que un salvaje.»

Perdió pues el antiguo anacoreta la figura humana.

El conde Wifredo estaba inconsolable por la pérdida de su hija. Cuanto hizo á fin de hallarla resultó completamente inútil. No sabia que la enterró Juan Garin en su propia celda despues de asesinarla por consejo de Satanás. No tanto para distraerse cuanto por el natural deseo de inquirir el paradero de su Riquilda, cazaba con frecuencia en Monserrat y sus alrededores. Habiendo encontrado al monstruo, atóle al cuello una cuerda, y se lo llevó á su palacio de Barcelona. Un dia dió un festin á sus amigos quienes manifestaron deseos de ver á la fiera. No bien apareció en el salon un niño de cinco meses que tenia la Condesa en brazos: «Levántate, exclamó, levántate Juan Garin, porque Dios te ha perdonado.»

El monstruo, convertido de nuevo en hombre, contó á Wifredo la terrible historia, y obtuvo su perdon. ¿Podia negarlo el buen Conde, despues de lo que acababa de oir á su tierno hijo?

Con un numeroso acompañamiento dirigióse al lugar donde Juan Garin sepultó á Riquilda, quien resucitó con asombro y alegría general. Se veia empero en su garganta la señal del cuchillo de que se sirvió el ermitaño.

El Conde fundó un monasterio en aquel sitio. Riquilda fue la abadesa que tuvieron las vírgenes que lo habitaron, no bien quedó concluido. Juan Garin durmióse un dia en la tierra despertando en el cielo. Satanás no volvió á profanar con su presencia

(1) Creian muchos entónces en la existencia de vampiros transformados en hombres, con el fin de beber la sangre de las doncellas. Llamábanse *golos*.

el monte santo. Aun existen dos cuevas conocidas con el nombre de *Juan Garin* la una, y *del Diablo* la otra.

CAPITULO IV.

Barcelona.

I.

Dos horas escasamente tarda en llegar el tren á Barcelona desde Manresa. Las obras que ha sido indispensable hacer para que pasase la locomotora pueden llamarse grandiosas, si se atiende á las que se construyen por lo comun en el siglo actual. El viajero contempla con asombro montañas de piedra abiertas por mitad, túneles difíciles, puentes soberbios, y grandes terraplenes.

Nada ocurrió durante la travesía. El reverendo padre Enrich de la Órden de Santo Domingo, uno de mis compañeros de expedicion, rezó las preces que ha destinado la Iglesia para los Católicos que emprenden un viaje. ¡Admirable Religion que no sólo procura la dicha eterna sino tambien la temporal de los que aceptan sus enseñanzas y defienden sus doctrinas!

Es imposible olvidar la dulce alegría que á todos nos proporcionaba la consideracion de que pronto llegaríamos á Roma. Nos reputábamos felices, y sentíamos profundamente que nuestros parientes y amigos no pudieran venir con nosotros.

Pasamos por Tarrasa y Sabadell, que son las dos poblaciones mas fabriles de nuestro país. Un amante de la industria nos hizo notar para poner en evidencia los adelantos de la española, que diferentes casas francesas é inglesas han hecho pedidos á fabricantes de las poblaciones referidas.

II.

El ferro-carril llegó con una hora de retraso, impidiéndome presenciar en la memorable ciudad de los Condes una imponente funcion religiosa. En vano me dirigí precipitadamente á la magnífica catedral, no bien llegué á Barcelona. Sólo pude ver el gentío que de ella salia.

Tomo, pues, de los periódicos los datos precisos para describir sucintamente aquella. Prescindo de las demostraciones respetuosas que los Prelados recibieron de los barceloneses, y prescindo igualmente de la magnificencia con que algunas nobles familias hospedaron generosamente á los que no cupieron en el palacio episcopal.

Me refiero al dia 11 de junio. A la hora prefijada, todos los sucesores de los Apóstoles que se hallaban reunidos en la bella y populosa capital de Cataluña, acudieron á la sala capitular, y precedidos del macero, de los jóvenes seminaristas, de los beneficiados, del cabildo de la catedral, y de los capitulares de otras diócesis que acompañaban á sus respectivos Prelados, dirigiéronse al templo santo, donde les aguardaba el señor Obispo de Barcelona. Ocuparon veinte y cuatro sillones del coro, en cuyos respaldos aparecen todavía los escudos de armas de los caballeros del Toison de Oro, que celebraron en 1528 el primer capítulo de la Órden.

Se descubrió el augusto Sacramento, comenzando despues el Sacrificio inefable. Cantóse una preciosa misa del señor Trias, bajo la direccion del maestro de capilla de la iglesia. Sus admirables notas, la precision y gusto con que cantó el numeroso coro, las religiosas armonías del órgano, el grave sonido de la campana que se echó á vuelo con el fin de anunciar la reserva, y la magestad del venerable diocesano que ofició de pontifical, impresionaron y conmovieron grandemente á la extraordinaria muchedumbre de católicos reunidos en la suntuosa basílica.

Terminada la misa, cantáronse las Letanías mayores, y acto continuo Su Eminencia el Arzobispo de Sevilla dió la bendicion con desusada solemnidad. A seguida dirigióse al pueblo el dean, y, tras anunciar que el señor Cardenal otorgaba 100 dias de indulgencia á todos los fieles que habian asistido á la funcion, les pidió en su nombre rogasen á Dios por Su Santidad, por la union de todo el pueblo cristiano, y por los prelados, á fin de que les concediese un próspero viaje.

Se me presenta una feliz ocasion para poner de manifiesto un contraste singular y debo aprovecharla. La súplica dirigida á los barceloneses en nombre del mencionado Príncipe de la Iglesia trae á mi memoria las íntimas, tiernas y cariñosas relaciones que median entre los Obispos y los fieles de sus diócesis respectivas. Sólo pueden compararse con las que unen á los padres con los hijos.

Para formar concepto exacto de ellas, convendria trascribir las pastorales y especialmente las publicadas con motivo de las fiestas que á celebrarse van en Roma. Oí leer desde el púlpito de la Seo de Manresa la del señor Obispo de Vich. ¡Qué sencillez! ¡Qué verdad! ¡Qué sentimientos tan generosos! ¡Qué reflexiones tan profundas! ¡Qué consejos tan excelentes! Decia el Prelado á sus hijos que no podia ménos de corresponder á la invitacion de Pio IX; que sólo se apartaba de ellos con el cuerpo más no con el espíritu; que pidiesen por él al Señor; que se amasen los unos á los otros; que hiciesen otro esfuerzo material en pro del Padre Santo, etc., etc. Este resúmen es tan pobre y tan pálido que no da idea del documento á que se refiere.

Hé aquí ahora el contraste. Los Obispos predican

á los fieles de sus diócesis, les administran los Santos Sacramentos, se despiden de ellos cuando tienen que ausentarse, y no les abandonan sin lágrimas en los ojos y dolor en el corazon.

¿Hacen lo propio los soberanos temporales? A nadie debo parecer sospechoso, porque bien conocidas son mis ideas profundamente monárquicas. No. Los reyes de la tierra obran por regla general de muy distinto modo. Lo puedo demostrar concluyentemente, sin remontarme á tiempos pasados. Casi todos los monarcas de Europa han tenido el mal gusto de ir á París, y de proporcionar al emperador de los franceses una gran satisfaccion. Oportunamente insistiré en el hecho trascendental que acabo de referir.

¿Qué han dicho á sus gobernados ó súbditos? Ni una sóla palabra. Que nadie me responda refiriéndose á las épocas gloriosísimas de la Monarquía pura. Que nadie me añada pueden volver y que volverán segun todas las probabilidades. Sé muy bien que hubo siglos en que los soberanos regian y amaban paternalmente á los pueblos: tengo además la íntima persuasion de que volverán á lucir para éstos dias más hermosos, agradables y bonancibles.

III.

El pueblo español es áun aquel gran pueblo profundamente religioso que propagó la fé católica por todos los ámbitos del mundo. Cierto que la Revolucion ha sido causa de que muchos cayesen y se degradasen; más cierto tambien que la inmensa mayoría de los españoles continúa siendo fiel á las doctrinas y sentimientos piadosos de sus mayores.

No es maravilla que algunos crean lo contrario En varias ocasiones ha imperado la Revolucion en España, consiguiendo que sus elementos monárquico-religiosos se retirasen á la postre amedrentados, así como que los corrompidos ó corruptores apareciesen los únicos de nuestro hermoso país. ¿Qué mucho no vieran sino á éstos las personas superficiales y que no se acordaran absolutamente de los que constituian la verdadera representacion de nuestra patria?

He observado un fenómeno que someto humilde á la consideracion de mis lectores. Fuera de algunas escepciones, cuantos dicen y aseguran refiriéndose á España, que su salvacion es imposible, se han quedado sin fe, y se han dirigido por sendas sobre todo encarecimiento deplorables. Ellos son los perdidos: ellos los abandonados en cierto modo por Dios.

En mi sentir lo que aconteció en Barcelona con motivo del embarque de los sucesores de los Apóstoles, demuestra todo lo que llevo manifestado en punto á la situacion de nuestra patria. Paso á referirlo brevemente.

IV.

Algunas palabras ante todo sobre la Iglesia de Santa María del Mar, desde la cual se dirigieron los Prelados hácia el sitio del embarque, despues que se hubo cantado la *Salve* y el *Ave maris stella*. Las debo consignar por las circunstancias especiales de la basílica. Lo haré con tanto más gusto cuanto los límites á que debo ceñirme védanme hacer mencion de lo más notable que posee la ciudad fundada por el valiente general cartaginés. Innecesario es decir siento mucho no poder hablar de su posicion excelente; de sus iglesias y alcázares; de sus monumentos antiguos; de su historia brillante; de sus edificios grandiosos; de sus magníficas obras de arte; de las acciones heróicas, en fin, que realizara en épocas anteriores. La ciudad de los Condes consiguió en los tiempos aludidos una celebridad extraordinaria. Sus monarcas pasearon sus armas victoriosas por las regiones más distantes; sus leyes rigieron en muchos países civilizados; sus naves llevaron á todas partes los productos de su industria; sus hijos se distinguieron constantemente por su denuedo, por su lealtad, por su honradez y por su constancia. Áun hoy Barcelona puede ser llamada sin exageracion la reina del Mediterráneo.

El orígen de la Iglesia referida remóntase á los tiempos tristes por una parte y dichosos por otra, en los cuales los emperadores romanos persiguieron implacablemente á los humildes discípulos del Hombre-Dios. En el siglo IV era sólo una pobre capilla á donde los barceloneses se retiraban con el fin de besar el sepulcro de una jóven mártir, que habian elegido por patrona. ¡Oh los que ignorais la historia de la incomparable y bella Eulalia, gloria de la Iglesia y orgullo de Barcelona, poned la vista y fijad la consideracion en las siguientes líneas. No pueden menos de impresionaros grandemente.

Contaba sólo catorce años y pertenecia á una noble familia. Habitaba fuera de Barcelona, donde el pretor Daciano cometia con los adoradores de Jesucristo todo género de atrocidades. Súpolo la candorosa niña, dejó la casa paterna, y presentóse ante el tribunal del tirano con el propósito de sufrir el martirio.

Escuchad lo que le dice no bien se halla en su presencia: «¿Por qué te atreves á derramar injustamente la sangre de los cristianos? ¿Por qué les obligas á venerar los falsos dioses? Uno sólo es el verdadero Omnipotente Dios, Señor y Creador de todas las cosas. Están obligados á venerarle los emperadores Diocleciano y Maximino, tú, y todos los hombres. ¿Cómo, pues, siendo hombre no temes ofender á Dios? ¿Porqué te empeñas en perseguir á los cristianos para

que le abandonen y tributen culto á los ídolos, obra de las manos de los hombres?»

Turbóse Daciano y preguntola quién era. Fue admirable la contestacion. Díjole era esclava de Jesucristo, á quien proclamó no solamente como Hijo de Dios Padre y de María Vírgen y Madre, sino tambien como Rey de los reyes y Señor de los señores. Añadió que únicamente a Él se le debia todo culto y honor, diciendo por fin que bajo ningun concepto podia tributarse a los idolos. Estaban los circunstantes admirados de su entereza, serenidad y valentia.

Parte el corazon y eriza el cabello la lectura de los suplicios que sufrió la hermosa y cándida azucena. Eulalia fue primero azotada de una manera horrible; Eulalia fue luego herida en el potro bárbaramente: Eulalia fue despues atormentada con garfios



Gruta en que fue hallada la virgen de Monserrat.

de hierro. Como si ésto fuese poco, aplicáronse á sus virginales pechos llamas de fuego, y se derramó aceite hirviendo sobre sus llagas horrorosas. Todavía hizo más aquel mónstruo de crueldad. Mandó extender á la vírgen sobre cal viva, con el fin de que se quemasen sus entrañas; mandó arrojar plomo líquido sobre su cuerpo, como tambien frotarlo con toscos, asperísimos objetos; mandó quemar sus ojos, é introducir en sus narices vinagre mezclado con mostaza molida.

Empeñóse y consiguió el bárbaro que ninguno de los sentidos de la santa quedase sin dolor. Todo inútil, sin embargo. Su fortaleza y su constancia crecieron á medida que aumentaron la crueldad y la furia de Daciano. No cesó de alabar á Dios. ¡Cosa estraña! Los verdugos estaban no sólo llenos de vergüenza, sino tambien fatigados y rendidos: sólo la niña de catorce años estaba contenta y pronta tambien á sufrir mayores tormentos, si hubieran sido posibles.

Algo más infame ideó todavía Daciano para triunfar de su víctima. Dispuso se pasease á Eulalia desnuda por todas las calles y plazas de la ciudad; más el Dios que viste á los animales de la tierra y á las aves del cielo, impidió la indigna profanacion, adornando á la Vírgen con santas y divinas vestiduras. Nieve maravillosa descendida del empíreo cubrió su desnudez, aliviando además sus dolores acerbísimos. El mónstruo no venció por consecuencia: fue sí el humillado y el vencido.

La hija de Barcelona fue después crucificada. Pendiente del madero afrentoso recreábase considerando que habia logrado el propio suplicio que su adorable Redentor, á quien no cesaba de dirigir fervientes sú-

plicas. Fue á la postre degollada, consiguiendo la doble palma de la virginidad y del martirio. No bien espiró, vieron algunos que subia al cielo su alma á manera de paloma. Su cuerpo fue honrosamente sepultado por los amadores de Jesus, y conducido despues á la humilde capilla, orígen del grandioso templo en donde se reunieron los prelados en el dia del embarque.

La invasion sarracena fue causa de que algunos cristianos ocultasen el cuerpo de la santa. Tardó á descubrirse siglo y medio próximamente, siendo trasladada entónces á la catedral.

Aumentó considerablemente la poblacion y considerablemente aumentó tambien la riqueza de los hijos de Barcelona. Puedo añadir que aumentó igualmente su piedad, todo lo cual hizo que se pensara en la construccion de una gran iglesia. Levantóse con efecto hácia el año 1000, en el que tantos creyeron habia llegado el fin del mundo, y se dedicó á Nuestra Señora de las Arenas.

Siguió aumentando notablemente la poblacion, la riqueza y la piedad de Barcelona. Llegado el siglo XIV, construyóse la soberbia basílica que asombra y embelesa á cuantos la contemplan y examinan.

No entra en el plan de mi obra hablar de todas sus bellezas. Me limitaré casi esclusivamente á decir algo de su portada muy hermosa sin duda. En la mitad próximamente de su cuerpo ábrese una ojiva grande y esbelta que se disminuye en arcos concéntricos. Aparece sobre ellas un gracioso cuerpo triangular, en cuya cúspide hay un gran floron trabajado con sumo primor. Se apoya en un estribo formado con arcos pequeños de igual gusto que adornan su base. En el tímpano hay la imágen del Redentor sentado entre la Vírgen y san Juan, que oran de rodillas á sus pies. A la derecha y á la izquierda están las imájenes de san Pedro y san Pablo, que tienen á no dudar algun mérito artístico. Por encima de todo, ábrese una preciosa flor arquitectónica cuyos calados y dibujos son verdaderamente admirables.

Penetrando en su interior sorprenden sus arcos grandes y puros; sus columnas de planta octógona que dividen la basílica en tres naves; su arandela de arcadillas, amparadas por una gran bóveda; sus graciosas capillas; sus soberbias ventanales y sus pintadas vidrieras. Prescindo de sus adornos pésimos y concluyo asegurando que nadie penetra en Santa María del Mar sin sentirse arrobado y profundamente conmovido. Es una de esas obras inspiradas por el arte cristiano, que honran, enaltecen y caracterizan á nuestro país. Inspiradas debí decir por el mismo Dios que las elige llevado de su amor para morada suya en la tierra.

V

Hora es ya de referir la ceremonia del embarque. ¡Qué acto tan grandioso y tan sublime! El tranquilo mar, siempre lleno de atractivos y encantos; el buque de guerra *San Quintin*, que iba á ser honrado y enaltecido con la presencia de virtuosos y sabios varones; el gran número de lanchas llenas de personas que deseaban saludarles de cerca; la multitud apiñada en los balcones, en los terrados y en la muralla del mar; las vistosas falúas dispuestas para el embarque y engalanadas con los colores nacionales; las Autoridades y corporaciones que fueron á despedir á los ilustres viajeros; el piquete de Artillería que les hizo los correspondientes honores; la música que tocó nuestra incomparable marcha real; las preces de rúbrica; la solemne bendicion dada desde la orilla del Océano por el venerable obispo de la diócesi vestido de pontifical; lo despejado de la atmósfera; el sol, para concluir, que rompiendo las nubes derramaba torrentes de luz, presentaban un cuadro que jamás se borrará de la memoria de los barceloneses.

Tambien los señores obispos recordarán siempre con placer la conducta que los hijos de Barcelona han observado con ellos. Todos han recibido señaladas muestras de consideracion y de cariño, pero muy singularmente el de la diócesis y el de Canarias. En el momento en que aquel comenzó á subir las escaleras del vapor, oyéronse aclamaciones generales. Cuando éste se dirigia á la Puerta de la Paz, recibió una verdadera ovacion. Es que Barcelona conoce y admira las cualidades verdaderamente relevantes de su actual prelado: es que Barcelona recuerda con agradecimiento los beneficios que debe al señor Lluch, fundador de la Caridad cristiana, que ha proporcionado y sigue proporcionando á los pobres abundantes socorros y consuelos.

Bien puedo añadir fue dignamente secundado por mi buen amigo don Tomás Isern, otro de mis compañeros de viaje.

Hé aquí, para concluir, la observacion de un estimado amigo mio á quien entusiasmó grandemente la ceremonia. Tengo, dijo, la seguridad de que á venir hoy los prelados al muelle para embarcarse y dirigirse á su destierro, esta multitud indignada hubiese quemado las naves é impedido la ejecucion de la sentencia. Todos los que presenciaron el embarque saben que no se alucinaba, ni padecia equivocacion de ningun género.

CAPITULO VI.

San Pol.

I.

Dejamos seguidamente á Barcelona, y nos dirigimos á San Pol, donde mi citado compañero tiene á su buena y anciana madre. Acababa por decirlo así, de pasar un dia en mi casa: iba *yó* con gusto á pasar otro en la suya.

El camino que conduce al pueblo mencionado desde la memorable ciudad de los Condes es sumamente delicioso. A un lado del ferro-carril está el mar: hállanse en el otro huertas en abundancia y muchos bonitos pueblos de corto vecindario. Si fuera preciso decir más para demostrar mi tésis, hablaria de las embarcaciones mercantes ó de guerra que rápidamente cruzan el Océano; de los pescadores que salen á sus orillas para componer sus redes; de los peces que saltan del agua y vuelven á caer en ella instantáneamente; de las aves que acuden á mitigar su sed; de los muchachos que se bañan y que por estar completamente desnudos con detrimento de la pública decencia, traen á la memoria los salvajes que moran en apartadas regiones. Hablaria igualmente refiriéndome á los panoramas que se disfrutan volviendo los ojos á la izquierda, de las quintas preciosas levantadas cerca de la capital; de un magnífico exconvento de Gerónimos, vendido á consecuencia de la desamortizacion, que no se ha derribado todavía, y que se levanta como una protesta muda pero elocuente contra ciertos hombres, y determinadas ideas; de las ruinas de los castillos feudales que recuerdan los tiempos calumniados y desconocidos de la Edad Media; del de San Vicente cuya elevacion extraordinaria permite descubrir nuestras islas Baleares, codiciadas por los franceses; de Caldetas, poblacion llamada por algunos el Vichy de Cataluña, porque acuden á ella innumerables personas con el fin de tomar baños, y principalmente con el de rendir vasallaje á la consabida tirana de las cuatro letras; y por último, de las iglesias, campanarios y ermitas que á cada instante se encuentran, sobre las cuales ondea la santa Cruz, que tan perfectamente caracterizan á nuestro privilegiado país.

Recuerdo entre estas últimas la del monte Calvario que sobre tener un orígen digno de mencion, ofrece la singularidad de levantarse sobre una roca encima del Mediterráneo.

La tradicion dice relativamente á su historia, que un habitante de aquellos contornos cometió uno de esos pecados que únicamente podian perdonar los sucesores de san Pedro, como tambien que al cometerlo escandalizó á varios niños. Añade que el Papa le impuso por penitencia construir una ermita en sitio que pudiera inspirar á todos, y singularmente á los muchachos, aborrecimiento á la accion indicada.

II.

No quiero hablar de la escena que presencié llegado á San Pol, ni de los obsequios que me dispensó mi buen amigo. No de aquella por pertenecer al número de las que no pueden bosquejarse ó describirse. ¿Quién pintará el placer con que una madre recibe al hijo de su corazon, sobre todo si marcha por las sendas de la virtud, si honra al pueblo en que nació, si proporciona á sus parientes beneficios de todo linaje? No quiero tampoco hablar de los segundos, porque ningun interés pueden ofrecer á mis lectores. ¿Qué han de importarles las pruebas de consideracion y de afecto con que algunos benévolamente me distinguen?

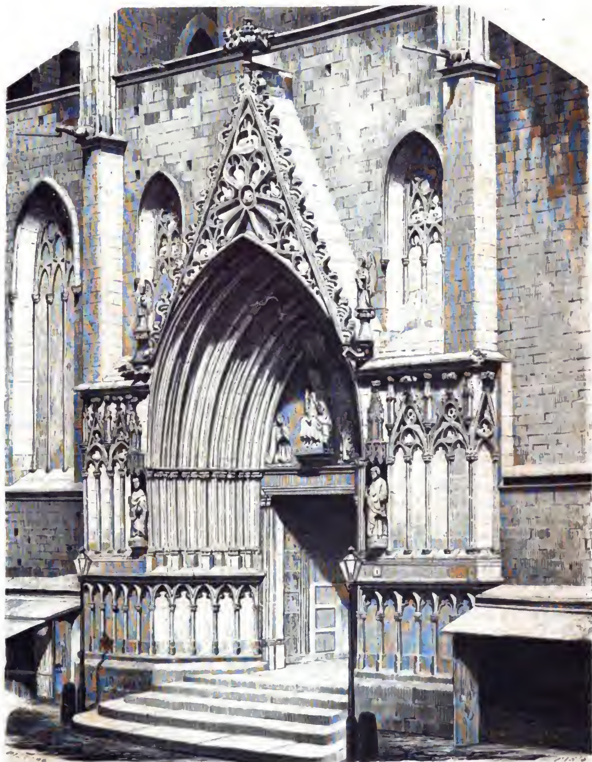
San Pol es unó de esos pueblos levantados á orillas del mar que continúan fieles á las ideas de sus mayores, y que se dejan regir por su párroco, que cifra todo su afan en verlos dichosos. ¿Se quiere conocer al que hoy le ilustra y dirige? Una sola pincelada será suficiente. Cierta señora, dejóle hace algunos años, como tambien al párroco de Canet, de quien hablaré después, toda su fortuna.

Con tal motivo estos *oscurantistas*, que jamás habian soñado en poseer las indicadas propiedades riñeron de lo lindo. Acaso se sospechará que cada uno las queria todas. En efecto. Cada uno las queria todas... para el otro. Las cuestiones no terminaron hasta que resolvieron regalar á unas monjas la casa principal y reducir los bienes restantes á dinero, con el fin de atender á los gastos del piadoso establecimiento. ¿Necesitará esto comentarios?

Otro sacerdote hay en San Pol, á quién debo consagrar tambien dos líneas. Ama á todos los del pueblo, y es por todos correspondido. El párroco puede ausentarse, en la seguridad de que la poblacion no quedará en lo más pequeño desatendida. En cuanto á él, persuadido estoy de que si la dejase, siquiera por breve tiempo, enfermaria.

La guerra civil fue causa de que recibiese las órdenes sagradas sin haber cursado Teología, y de que se hallase precisado á estudiarla. Púsose á leer tomos y más tomos, consiguiendo salir un moralista consumado. Los estudios pusieron fin á sus rarezas y rectificaron algunas de sus ideas. Un dia se dirigió á la casa de Isern casi niño entónces, y díjole sobre poco más ó ménos: «No seas avaro nunca. Antes lo era *yó*, y jamás tenia un cuarto: ahora lo doy todo y siempre me sobra el dinero.» ¡Admirables palabras, que no pueden ser un misterio para los que han leido la Biblia!

San Pol nada ofrece de particular. El campanario



Portada de la iglesia de Santa María del Mar en Barcelona.

de su Iglesia fue una torre de los moros y recuerda por consiguiente la dominacion árabe. Lo único que merece mencion, es el convento de San Pablo que los religiosos españoles vendieron á los franceses, los cuales le cambiaron la denominacion, así como la del pueblo.

Durante la guerra civil un destacamento de tropas que peleaban en contra del señor don Cárlos, hizo allí varias escavaciones con la esperanza de hallar tesoros sin cuento. Alguno de esos desventurados que tienen la desdicha de aborrecer todo lo que se relaciona con nuestra Religion sacrosanta, les habia dicho sin duda eran los frailes poseedores de caudales fabulosos. Aunque trabajaron sin tregua ni descanso perdiendo mil veces la paciencia, sólo descubrieron unas cuantas monedas antiguas de cuero, de valor escasísimo. Convengamos en que la pena, si puede llamarse tal, fue merecida.

En San Pol encontré poderosos argumentos contra los que han pretendido desmentir el Génesis en lo referente á la antigüedad del mundo. Es una dicha ver á cada paso confirmadas las verdades aprendidas en la cátedra y en el gabinete.

Sabido es que, segun los indicados *sabiondos*, la



Embarque de los señores prelados en el puerto de Barcelona.

humanidad tiene más de 6,000 años de existencia, y que uno de los hechos físicos que aducen para demostrarlo es el movimiento de las aguas del mar. Realmente han avanzado ó retrocedido en lugares diversos de una manera considerable, hasta el punto de cubrir terrenos en abundancia ó de abandonar otros que poseyó durante muchos siglos. Los adversarios de la Iglesia han querido por este medio deshonrar al incomparable legislador de los Israelitas.

Prescindiendo de que aún cuando fueran exactos sus cómputos nada se habria perdido, porque se referirian, no á la era cristiana, que principia con Adan, sino á la geológica, que comienza con la creacion del mundo, hase demostrado concluyentemente que son fútiles y baladíes por demás. Es un absurdo deducir del tiempo que las aguas han tardado en avanzar ó retroceder cierto espacio el que fue preciso para retroceder ó avanzar otro mayor. Lo es, porque el indicado movimiento depende de multitud de circunstancias, y tambien porque suele prounciarse con frecuencia en sentido contrario, ú opuesto. Algunos de los que viven en San Pol recuerdan que en un sitio, cubierto actualmente por el mar hubo huerta, almacen despues y no estrecha playa por fin. Y enseñan otro ocupado antes por las aguas, que está hoy completamente seco. La demostracion de que

avanzan ó retroceden no puede ser mas victoriosa.

Si los enemigos de nuestra fe procediesen con mayor cordura y estudiasen mas á fondo las materias dirian menos dilates. No. Los dirian tambien porque su objeto no es otro que ofender, calumniar y perseguir á la Religion de Aquel que dió su vida por nosotros en un patíbulo infame.

III.

En la tarde del agradable dia á que se refieren las precedentes líneas, hicimos una escursion al cercano pueblo de Canet, con el objeto de visitar á la Vírgen de la Misericordia que se venera en la bella y grandiosa capilla junto al mismo levantada.

A la ida y á la vuelta observamos con el mayor placer que seguia el mar enteramente tranquilo. Las personas del país aseguraban que pocas veces lo habian visto tan sosegado. Mi compañero de viaje, que le tiene una especie de horror, casi se arrepentia de haberse dirigido por tierra á la ciudad santa.

¿A que fin ocultarlo? Todos atribuimos el fenómeno á la circunstancia de haber salido el *San Quintin* con los Prelados españoles y sus acompañantes. Y pareciános tambien que por idéntica razon la luna se ostentaba con una luz mas hermosa, como tambien que despedia mas suaves destellos. Yo tenia la conviccion de que el buque surcaba tranquilamente la inmensidad del Océano en alas de los querubines que protegen á los navegantes. El mismo Dios que permitió á Moises aquel prodigio asombroso que precipitó en el mar al caballo y al caballero, dispuso velasen por la salud y el bienestar de los referidos sucesores de los Apóstoles.

La capilla mencionada que fue antes parroquia de Canet, es muy esbelta, y elegante. Bien puede asegurar el pueblo que posee una joya riquísima. Es gotica y tiene pinturas excelentes é imágenes de mérito. En cuanto á la Vírgen no puede ser mas graciosa. No creia encontrar en dicho pueblo cosa de tanto gusto y valor. Dan grandísimo realce al santuario los corpulentos cipreses que junto al mismo se levantan. He visto pocos que puedan compararse con ellos.

Su construccion es un milagro de la fe que realiza los imposibles. Lo es tanto mas cuanto Canet, rico en otros tiempos, se distingue actualmente por su pobreza. Los pueblos, lo propio que los individuos y las naciones pasan alternativamente de la prosperidad á la miseria ó abatimiento.

La capilla de Canet era sumamente pobre. Algunos de sus hijos, resolvieron un dia levantar otra mejor y comenzaron á recoger limosnas. Que muchos *despreocupados* les hubieran tenido por locos, paréceme indudable ¡Cosa singular! El éxito de las recaudaciones primeras escedió á sus esperanzas, lo cual hizo naturalmente que prosiguieran en su empeño con fervor y actividad crecientes. No tardaron en dar comienzo á las obras.

Ocurrió un hecho que califico sin vacilar de sublime. Una buenísima mujer daba una moneda semanalmente á costa de los mayores sacrificios. Pasó un dia el recaudador, quien oyó de su boca estas ó semejantes palabras. «No tengo un solo maravedí; pero daré doble limosna cuando usted vuelva.» Anduvo un poco el buen cura y encontróse de repente con la fervorosa cristiana, que le dió el óbolo de costumbre ¿Es qué padeció una equivocacion al decir que nada tenia? ¿Cobró acaso en aquel momento alguna cantidad? No ciertamente. Habia tomado prestada la moneda á una vecina. Esta accion es sin duda encantadora.

La cantidad recaudada les hizo concebir la noble ambicion de levantar una capilla suntuosa. Se dirigieron á los hijos de Canet que habitaban así en Barcelona como en América y lograron reunir sumas de consideracion. El dinero llovia de todas partes y era el asombro general.

Uno sólo habia dejado de dar. Era rico, pero estaba contaminado por los principios infandos de la moderna filosofía. Le inspiraba desden, por no decir aborrecimiento todo lo relativo á nuestra Religion sacrosanta. Los cristianos fervientes no pasaban de ser, en su sentir, unos hipócritas ó unos supersticiosos. Los recaudadores para la capilla no soñaron siquiera en pedirle una limosna. Andando el tiempo le dijo uno probablemente con el sólo fin de mortificarle. «¿No dá usted nada, señor?... El interpelado contestó lo siguiente, que no satisfizo á ninguno, por considerarse una escusa. «Puede ser que mi limosna sea la mayor.» Poco despues falleció, dejando para la capilla gran parte de su fortuna cuantiosa. La Vírgen de la Misericordia consiguió que su Hijo la tuviese del hijo de Canet, y que lograse á la par que las bendiciones de la tierra, la bienaventuranza del cielo. ¡Cuántos prodigios semejantes ha hecho Dios en nuestra patria querida, profundamente católica!

Al salir del santuario, en cuya sacristía se conserva el retrato del aludido bienhechor, tuve la satisfaccion de hablar un buen rato con el párroco de Canet muy respetable por sus años, por sus virtudes y por su ciencia. Ha estado á punto de ser Obispo. Tengo la seguridad de que á nombrársele, hubiera padecido mucho. ¡Ama tanto y es tan querido de sus feligreses!

Hablamos de la reduccion de los dias festivos y tambien de la proposicion del señor Claros, referente á las órdenes religiosas. Así él, como los demás sacerdotes que le acompañaban, no encubrian su disgusto por aquella, ni el placer que les proporcionaba

ésta. Se lamentaban como yo contra los que abusan de la bondad del incomparable Pio IX, y creian que la indicada resolucion puede producir muy tristes consecuencias.

Por lo que hace al señor Claros celebraban su noble y excelente discurso, como tambien la sesion en que tomaron parte, Nocedal, Bertran de Lis, y el marqués de Pidal. Por desgracia este último acredito haber estudiado la cuestion en esos libros que han hecho decir á un escritor del vecino imperio que la historia de los últimos tiempos es una conspiracion manifiesta y descarada contra la verdad. ¡Cuánto mejor seria que prescindiera de ellos y consultara los que inspiraron á su ilustre padre la última de sus obras!

CAPITULO VII.

Gerona.

¿Quién sintiendo correr por sus venas española sangre, no consagrará, pasando por ella, unas líneas á Gerona la *noble*, la *santa*, la *inmortal*?

Estas tres palabras resúmen toda su historia, que no puede ser mas admirable. Voy á compendiarla todo lo posible.

Los Celtas Bracatos se establecieron en el sitio donde se levanta, mil años antes proximamente del Redentor del mundo. Las chozas que dejaron al marchar se convirtieron pronto en casas, las cuales formaron mas tarde la antigua *Gerunda*.

Al valor que acreditó Gerona en tiempo de los cartagineses, en el de los romanos y en el de los godos; á las venganzas y crueldades de que fue víctima en el de los árabes, que la pasaron tres veces á sangre y fuego; á las heróicas acciones que realizaron sus hijos mientras dependieron de los soberanos del vecino imperio; á la circunstancia de haber conseguido que Wifredo el velloso, colocara sobre su frente una corona de condesa; á la no menos honrosa de conseguir otra ducal en la época de Pedro IV el ceremonioso; al amparo que concedió á la esposa de Juan II, quien agradecido dirigióla cartas que ponen de manifiesto su fidelidad, su hidalguía y su constancia; á la intrepidez que demostró en los dos últimos siglos peleando contra los franceses nuestros naturales antagonistas; á mil otros hechos que omito para no ser interminable, debe la ciudad en que me ocupo el título de noble.

¿Porqué logró además el de santa?

Gerona se hallaba en poder de los árabes. El gran emperador que se considera como la espada y el escudo de la Iglesia; el gran emperador que tantas pruebas dió de humildad y heróismo; el gran emperador cuya sublime alteza reconoció Napoleon I, (que tan poco se le asemejaba) al dejarse apellidar con su nombre (1); el gran Emperador que despues de poner nuevamente á disposicion del Papa el territorio que los lombardos habian hecho suyo le pidio venia para penetrar en Roma; el gran Emperador que mandaba saludasen sus embajadores al soberano Pontífice en nombre de su hijo el Rey Cárlos, en el de su hija la Reina Fastrada, en el de los hijos é hijas del Rey, en el de toda la real casa; en el de los sacerdotes, en el de los Obispos, en el de los abades, en el de los religiosos, y en fin en el de todo el pueblo franco; el gran Emperador protótipo de los príncipes católicos; el gran Carlomagno para decirlo de una vez, quiso hacer salir de la ciudad á los fanaticos defensores del Coran.

La empresa rayaba en lo imposible. Mahomet la defendia y estaba dispuesto á los mayores sacrificios para retenerla.

Acercábase el dia del asalto. Dos oraciones fervientes dejaron una noche la tierra y se subieron al cielo. Fue la primera la de los sacerdotes cristianos que pedian una victoria memorable al Dios de los ejércitos: fue la segunda la del Emperador que postrado de rodillas en su tienda, ante una imágen de la Vírgen unia sus preces á las de los venerables ministros del Señor.

No bien hubieron concluido, las sombras de la noche se disiparon completamente. Gerona y sus alrededores se vieron iluminados de una manera singular, misteriosa, sobrenatural. Una cruz de fuego apareció encima del palacio del rey moro. La vision duró tres horas y por espacio de tres horas tambien llovieron sobre la tierra gotas de sangre, cada una de las cuales formaba donde caia, el glorioso signo de nuestra redencion.

El Emperador dispuso se diera el asalto al tercer dia. Inutil me parece añadir que la victoria fue completa.

Pasaron algunos siglos, y Pedro el grande, rey de Cataluña y de Aragon, agregó á sus Estados los de Sicilia. Lleváronlo á mal los franceses, penetrando en su virtud en Cataluña un ejército de 150,000 infantes y 18,600 caballos. Lo mandaba el rey de Francia y sus dos hijos.

Gerona determinó resistir hasta la muerte, mas un mensagero del monarca trajo la órden de entregar la poblacion, que capituló con las condiciones mas honrosas.

Lo que aconteció despues dícelo la siguiente leyenda. La trascribo de una obra publicada por don Victor Balaguer que no ha tenido la dicha de consagrar á la buena causa su pluma elgante.

«Los franceses entraron en Gerona desahogando

(1). El proscrito de Santa Elena escribió á Pio VII, lo siguiente que no necesita comentarios. «Vuestra Santidad es el soberano de Roma, pero yo soy su Emperador.

su cólera, ya que no podian en los hombres, en lo sagrado de los templos y en el mismo cuerpo glorioso de san Narciso, patron de la ciudad, al cual arrastraron dejándole en un lugar inmundo.

»El cuerpo del ínclito santo se estremeció á esta profanacion, y permitió que de su sepulcro saliera un enjambre de ponzoñosas moscas.

»Estás moscas eran de tal forma y color que de una parte eran azules y de otra verdes con pintas coloradas.

»Introduciánse por las narices y los oidos de la gente y de los animales, y como venenosas que eran mataban con la misma facilidad con que picaban.

»La maldicion de Dios habia caido, sobre los franceses con aquel enjambre.

»Las calles estaban llenas de cadáveres. Nadie podia librarse de las moscas. El mismo rey se sintió picado y cayó gravemente enfermo.



Illmo. señor don Joaquin Lluch, obispo de Canarias.

»La ira divina no permitió que ni el monarca saliera libre de su azote. Fue tan grande la mortandad y tan terrible el contagio, que á toda prisa tuvieron que abandonar á Gerona, retirándose á la frontera y volviendose á Francia con el cadáver de su rey, que muerto se habia por el camino».

Hé aquí los hechos que han valido á Gerona la denominacion de santa.

¿Quién ignora los sucesos á que debe la de inmortal? ¿Quién ignora sus prodigios de valor en 1809? ¿Quién ignora que las tropas de Napoleon hallaron en sus hijos la más tenaz, la más heroica, la más sublime, la más incontrastable de las resistencias? ¿Quién ignora los sacrificios de todo linaje que hicieron los gerundenses á fin de conservar su preciada independencia? ¿Quién ignora que la magnífica lucha á que nos referimos es una de las glorias mas puras más grandes, más incontrovertibles de nuestaa patria? ¿Quién ignora ha sido causa de que haya llegado á los confines más apartados del mundo el nombre ilustre de la ciudad que renovó las hazañas de Numancia y de Sagunto?

II.

Entramos en Gerona por la puerta de Alvarez. Don Mariano Alvarez de Castro dirigió la lucha titánica á que acabo de referirme. Lo menos que podian hacer los gerundenses para perpetuar su memoria venéranda era construir en su honor ese monumento sencillo, que parece acusar á los malos españoles que ansían olvidemos lo que debe recordarse con gran insistencia y perseverancia á todas las generaciones venideras.



Torre de la iglesia de San Felix de Gerona.

Dentro de la poblacion ví la casa donde hubo una lápida con cifras referentes al sitio de 1809. Un desdichado gobernador la mandó quitar, ignoro si por ignorancia ó por malicia. Probablemente apareceria en ella, además de otros datos, que 40 baterías vomitaron sobre Gerona 60,000 balas, y 20 bombas ó granadas. Mucho me duele no poder consignar los datos restantes. En hecho de verdad no es necesario, porque el referido da idea de la lucha espantosísima.

Saliendo por la parte del Mediodía, hállase sobre

el arco una lápida que recuerda uno de los hechos que más enaltecen á Gerona. Su inscripcion menciona el lugar por donde penetró Felipe el *Atrevido* en la Edad Media. No hay para qué repetir volvió cadáver á Francia.

Esto por lo que hace á los monumentos que llamaré civiles. Con respecto á los religiosos, es imposible prescindir de su catedral gótica, y por lo tanto verdaderamente cristiana, de la iglesia de San Félix, de la capilla de San Narciso y del templo de Santo Domingo.

Quien penetre en la catedral admirará su hermosura y su ligereza; la nave inmensa que segun el plan debia dividirse en tres; el altar mayor notable por su riqueza y antigüedad; la silla episcopal que es de mármol y tiene una sóla pieza; varios sepulcros, entre los cuales merece singular mencion el de Berenguer II, *Cap de estopa*, muerto alevosamente por su hermano; los claustros, que tanto dicen al hombre pensador y piadoso; el archivo donde se conserva una Biblia manuscrita de inapreciable mérito por sus pinturas y viñetas; y la magestuosa escalera que conduce á la plataforma desde la cual se descubre la fachada del templo.

Quien penetre en la iglesia de San Félix, de arquitectura tambien gótica pero mezclada con la bizantina, admirará singularmente su planta, sus corredores y sus pilares que indican una grandísima antigüedad; el sepulcro de dicho santo; y dos bajos relieves que se hallan en el presbiterio.

Quien penetre en la capilla de San Narciso, á quien los gerundenses nombraron en 1809 generalísimo de los ejércitos nacionales, y condujeron á las murallas vestido de capitan general á fin de que dirigiera el sitio, admirará su rico mausoleo donde se conservan incorruptos sus preciosos restos mortales; y admirará igualmente el sepulcro del intrépido don Mariano Alvarez de Castro.

Quien penetre en el templo de Santo Domingo, que fundó un obispo de Gerona, admirará su sencillez, enterándose además de una historia que pone de manifiesto lo que son los Papas. Terminaré este capítulo refiriéndola brevísimamente.

Don Jaime el Conquistador enamoróse de doña Teresa Gil de Vidaura, en la que hubo varios hijos. Segun todas las probabilidades se casó con ella en secreto, con el propósito de hacer público más adelante su matrimonio.

Andando el tiempo, razones de Estado, que suelen ser sinrazones mayúsculas, hicieron que el rey llevase al pie del altar á doña Violante de Hungría. Doña Teresa Gil acudió al sucesor de San Pedro, logrando que declarase la validez de su matrimonio con don Jaime, cuya desesperacion no conoció límites.

CAPITULO VIII.

Figueras.

No puede darse un paso en nuestro país sin tropezar con magníficos recuerdos. ¡Oh, patria, patria! ¿Quién no celebrará tus glorias y tus grandezas?

Salgo de Gerona y entro en Figueras, notable singularmente por su castillo, que apenas tiene rival en el mundo. Admirará quien lo recorra su triple muralla, sus fosos profundos, sus fuertes baluartes, sus almacenes grandiosos, sus paredes solidísisimas, sus innumerables pabellones, sus caballerizas soberbias, los vistosos panoramas que desde su cima se descubren.

El castillo de San Fernando, que por una traicion podria causar la ruina del país si sus naturales no fuesen celosísimos de su independencia, trae á la memoria dos hechos que acreditan el valor y el heroismo de los españoles.

¿Quién creerá que quinientos hijos de Ampurdan en su mayor parte, consiguieron apoderarse de él durante la noche del 10 de Abril de 1811? La cosa sin embargo no se puede poner en duda.

Nadie ignora que en 1808 penetraron los franceses en el castillo por una felonía. Pasado algun tiempo, los referidos valientes se introdujeron con maña en él, sin tener en cuenta que su intrepidez podia costarles á todos la vida. Una vez en la plaza dieron gritos de guerra, tocaron las cornetas, metieron mucho ruido, procuraron, para decirlo de una vez, convencer y persuadir á los usurpadores de que no les quedaba más recurso que la fuga. Sucedió entónces lo que aconteció en Manresa y en otras muchas partes. Los cuatro mil hombres de que constaba próximamente la guarnicion se entregaron sin la menor resistencia. Juzguen mis lectores la vergüenza y la desesperacion del general francés, no bien se vió en poder de aquel puñado de españoles. Estoy íntimamente persuadido de que la historia de Francia no registra heroicidades parecidas.

Hay en este castillo un cuarto lóbrego, oscuro, horrible. Aparece más lóbrego, más oscuro y más horrible cuando se oye la catástrofe que presenció.

La siguiente inscripcion descifrará el enigma. ¡Quiera Dios haga derramar lágrimas y sobre todo dirigir preces por el alma del intrépido defensor de Gerona!

«Murió envenenado en esta estancia el dia 22 de Enero de 1810, víctima de la iniquidad del tirano de la Francia, el gobernador de Gerona don Mariano Álvarez de Castro, cuyos heróicos hechos vivirán

eternamente en la memoria de todos los buenos. Mandó colocar esta lápida el Excmo. señor don Francisco Javier de Castaños, capitan general del ejército de la derecha en 1815.»

A ese aposento espantoso fué conducido Alvarez, sin embargo de hallarse débil y enfermo. Dióse á los centinelas una órden digna sin duda de cafres ó de caribes. Se les mandó pinchasen al ilustre gobernador con la bayoneta, cada vez que se durmiese. Añade la tradicion popular que compadecido un oficial, le dió un veneno para evitarle los consiguientes horrorosos sufrimientos.

Estoy íntimamente persuadido de que la historia patria no menciona atrocidades semejantes.

Al salir de Figueras encontramos un peregrino que nos llamó grandemente la atencion. Llevaba el cabello largo y traje semi-talar, é iba con los pies descalzos. ¿A dónde se dirigia ese hombre? ¿Qué gran crímen ó pecado habria cometido para que creyese indispensable sufrir los rayos de un sol abrasador, y recorrer naciones enteras hasta llegar á cierto sitio devoto?

Quizás no se habia separado durante mucho tiempo de la senda del bien. Quizás se hallaba en esa dichosa situacion en que el alma disfruta de la tranquilidad más completa con respecto á lo pasado y á lo presente, pudiendo alimentar por lo tanto dulces y consoladoras esperanzas por lo que hace al porvenir. Quizás queria única y exclusivamente padecer, á imitacion de Aquél, llamado gráficamente en la Biblia *Varon de dolores*.

¡Ah! ocurre un fenómeno tristísimo que llama justamente la consideracion de los pensadores. Los hombres buenos, verdaderamente cristianos, prescinden aun de las expansiones legítimas y entréganse voluntariamente á todo género de penalidades y sacrificios. Los grandes pecadores, por el contrario, sueltan completamente la rienda á todos sus deseos, á todos sus vicios, á todas sus pasiones. Viven alejados de la Iglesia, y no se curan de cumplir ninguno de sus deberes religiosos.

Aseguran éstos que les bastan sus fuerzas propias, sin embargo de constituir un poderoso, incontrastable argumento en contra de sus aseveraciones. Llevan pintada en el semblante su degradacion. En cuanto á sus acciones, puede dudarse con frecuencia si las comete un ser racional.

Comparad á uno de esos desgraciados con otro que tiene la fortuna de vivir cristianamente. Suponed poseedor al primero de inteligencia privilegiada, de inclinaciones preexcelentes, de mucha experiencia, de todas las cualidades que humanamente hablando se necesitan para subir á la cumbre de la perfeccion. Imaginad al segundo sin talento, sin saber, sin edad, sin ninguna de las condiciones que distinguen y caracterizan al anterior. Pues bien. Hállase aquél mal en este mundo, y se prepara una eternidad de sufrimientos en el otro: este goza en la tierra de una paz envidiable, preludio de la suma dicha que disfrutará en la Jerusalen celestial. El uno vive abandonado á sí mismo: el otro está protegido por la Iglesia, por los santos, por los ángeles, por la Vírgen, por Dios.

Es ciego quien no contempla ese influjo sobrenatural sin el que hasta los *sabios* más eminentes dan contínuos tumbos y caidas, asemejándose á los irracionales.

Poco despues de hallar al penitente que me sumió en meditaciones profundas, distinguí al pié de los Pirineos una casa de baños sulfurosos sometidos á la dulce proteccion de Nuestra Señora de las Mercedes. Un pariente del actual poseedor regaló á la Vírgen una corona magnífica. Vanamente con todo intentaria el viajero verla y admirarla. Está en poder del heredero del bienhechor, quien la envia únicamente en el dia de la fiesta principal.

¡Qué tiempos, Dios santo, han traido los *defensores de la libertad*! No puede regalarse nada con el fin de que sea el culto más ostentoso, sin el fundado temor de que sea arrebatado á la imágen ó templo á que se destina. Y esto en España.

Se invoca por muchos la ley de la necesidad. En Manresa conocí á un pobre recogido por una mujer, que casi se halla en la miseria, y amparado por la conferencia de San Vicente de Paul. Tan digna de admiracion me pareció la fervorosa cristiana cuyo ejemplo no imitan los potentados del mundo como el viejo excelente que correspondia á sus beneficios con ilimitada gratitud.

La conversacion fué rodando hasta llegar á las comunidades religiosas, despojadas en no lejano tiempo de sus bienes. Quejóse el dichoso anciano, mas su bienhecora, bien que friamente, adujo en pro de los despojadores el argumento de la necesidad. «Tambien yo necesito un millon y me guardaré bien de quitarlo,» contestó en un arranque magnífico, que partia directamente del alma. Los hijos mas humildes de la Iglesia discurren incomparablemente mejor que los filósofos del mundo. Ven con claridad porque no llevan tapados sus ojos con las tupidas vendas de las pasiones degradantes.

Vimos luego el castillo de *Belle Garde* del que tambien se apoderaron heróicamente los españoles

en 1808; pasamos por Junquera, último pueblo sometido á las autoridades patrias que antes de penetrar en Francia se encuentra, y llegamos poco despues al límite de nuestro territorio. Léese á la derecha «Estanco nacional» y á la izquierda, un poco más arriba, *Debit de tabac*.

Hállome ya en país extranjero, no estimado por añadidura; mas afortunadamente no he perdido de vista el en que abrí los ojos por la vez primera, objeto de todo mi cariño, de toda mi veneracion, de todas mis simpatías. ¡Oh patria, patria! Me despido de tí con gran pena en este instante angustioso é invoco en tu favor todas las bendiciones del cielo y todas las prosperidades de la tierra. ¡Oh patria, patria! Te amo más por lo mismo que te hacen víctima de sus ataques y de sus desprecios muchos de tus malos hijos. Nunca renegaré de tí, aunque te vea mas ultrajada y escarnecida. Procuraré siempre vuelvas á ocupar el rango que de justicia te corresponde, consagrando á tal propósito, mi alma, mi sér, mi vida. ¡Adios, patria! Pronto volveré á tu seno, llevando en el ínterin constantemente grabada en mi corazon tu imágen hermosa, dulce y simpática.

CAPITULO IX.

Perpiñan.

I.

¿Es posible que Perpiñan pertenezca hoy á los franceses? Lo veo y me juzgo víctima de una ilusion. Los habitantes de esta ciudad, hablan el catalan, se distinguen por sus costumbres iguales ó semejantes á las nuestras, quieren mucho á los españoles, no llevan impreso en el semblante, en el modo de vestir y en la manera de andar el tipo francés, recuerdan en fin con el mayor gusto las victorias que sus mayores consiguieron á la sombra de nuestra bandera inmaculada. Nadie ignora que el Rosellon, á que pertenece, formó parte del reino aragonés, unido al de Castilla por el casamiento de Fernando é Isabel, dignos de mencion perdurable.

A pesar de todo esto, Perpiñan es una de tantas joyas desprendidas de la corona española. Hago empero de ella mencion especial á pesar de mi propósito de hablar lo ménos posible de Francia, porque perteneció á nuestra patria, y porque me recuerda un hecho admirable, digno sin duda de memoria imperecedera.

No pude recorrer los monumentos que posee. No pude visitar la iglesia de San Juan, fundada por un rey de Mallorca, que se distingue por su grandiosa nave, por su atrevida bóveda, por su hermoso altar mayor, por su antiquísima fuente bautismal y por sus notables cuadros; ni la plaza de la *Loge*, en la que se eleva un edificio de arquitectura ojival verdaderamente superior; ni el *Hotel de ville*, que recuerda el tiempo en que Perpiñan tuvo cónsules; ni la ciudadela; ni el sitio que ocupó la iglesia de San Antonio y el monasterio que junto á la misma se levantaba.

II.

A decir verdad, el viajero perderá poco si no se detiene en Perpiñan; mas perderá mucho, mayormente siendo español, si no procura enterarse de un suceso heróico realizado por Juan Blancas, memorable conceller de la ciudad. Por él ha sido llamado con fundamento evidente y notorio el Guzman de Cataluña. Voy á referirlo con tanto más gusto, cuanto son pocos los españoles que tienen de él noticia. Siempre llegamos á la misma observacion. Nuestros vecinos, cuando no tienen glorias las inventan, á fin de colocarse sobre las estrellas: nosotros encubrimos las nuestras sin excluir las más grandes y puras, quedando por consiguiente en un pobre lugar que de seguro no merecemos.

Habíase apoderado Francia de los condados de Rosellon y de Cerdeña. Don Juan II, rey aragonés, determinó recobrarlos, y dispuso al efecto todo el tren de guerra indispensable. No bien supieron los ciudadanos de Perpiñan habia salido el ejército de Barcelona, degollaron á casi todos los soldados de la guarnicion, y pusieron sobre las murallas la bandera de Cataluña y Aragon que tantas proezas habia presenciado. El monarca no tuvo precision de pelear y fue recibido con los honores y festejos correspondientes.

El rey francés montó en cólera al saber lo sucedido, enviando á Perpiñan un ejército de 30,000 hombres, para que á todo trance se apoderara de la ciudad. Los sitiadores llegaron cuando se hallaba todavía dentro de la misma Juan II. Los hijos de Perpiñan le suplicaron que se marchase. No solamente no se fué, sino que reunió al pueblo en la iglesia mayor, prometiéndole con juramento permanecer con él miéntras durase el peligro.

Poco tiempo despues, el rey de Sicilia dirigióse al Rosellon con fuerzas considerables á fin de acorrer á su padre. Huyeron los franceses despues de levantar el sitio, y en su virtud se firmaron treguas. No debia fiar en ellas gran cosa el monarca español, cuando encargó á Blancas muy encarecidamente que guardase la ciudad de Perpiñan, á la que consideraba como una de sus joyas más ricas. Al parecer,

nuestros vecinos eran entónces, sobre poco más ó ménos lo que son ahora. ¡Y tienen la osadía de compararse y áun de creerse superiores á los nacidos en España, pais de la hidalguía, del pundonor, de la caballerosidad.

Los franceses aprisionaron á los embajadores enviados por don Juan para protestar contra el rompimiento de la tregua (habíanse apoderado de un socorro para Perpiñan), y pusieron de nuevo sitio á la ciudad. El ejército numeroso que vino no intimidó



Puerta de san Pedro en Gerona.

al bravo defensor. El rey hizo todo lo posible para socorrerle, mas persuadido de que sus esfuerzos eran inútiles, mandó al conceller que capitulase. «Volved al rey, contestó Blancas al mensajero, y decidle que lo jurado, jurado. Decidle igualmente que un catalan sabe qué cosa es morir, pero no lo que es capitular.»

Referir los prodigios de valor que hicieron los sitiados es verdaderamente imposible. Solamente los testigos oculares de la santa y gloriosa lucha de la Independencia pueden formar idea de ellos. No eran hombres los perpiñaneses: eran héroes, y pertenecian, por decirlo así, á esa raza de seres fantásticos que se remontan á los tiempos mitológicos, que rea-

lizaban empresas temerarias, absurdas, utópicas, imposibles. Se acabaron los víveres y los caballos y los ratones, y se llegó á comer carne humana.

Cada dia era más reducido el número de los sitiados; pero su valor ó su desesperacion aumentaba á medida que disminuian sus compañeros de glorias é infortunios.

Juan Blancas sólo tenia un hijo. Era hermoso, era bueno, era inteligente. Mandaba una de las compañías. ¿Necesitaré decir más para poner de realce hasta qué punto amaba el defensor de Perpiñan al sér de su sér, á la sangre de su sangre, á la vida de su vida?

El capitan sorprendió una mañana á los franceses, é hizo en ellos una verdadera carnicería. Repusiéronse los sitiadores y atacaron á su vez, consiguiendo ¡oh desventura! apoderarse del hijo del conceller.

Poco despues acercóse uno á las puertas de la ciudad, y manifestó al desventurado padre que si no la entregaba, degollaria inmediatamente á su hijo. La historia conserva la contestacion verdaderamente sublime y heróica de Juan Blancas.

«Volved á los que os envian, mensajero, y decidle que Juan Blancas aprecia más la fé y el servicio de su rey y patria, que la sangre; y decidles tambien que si les faltan armas, yo les enviaré las mias para que las ensangrienten en mi hijo; y añadidles por fin que el amor del hijo no me hará olvidar el que debo á mi señor y á mi patria.»

El intrépido capitan fue bárbaramente degollado.

No tardó á morir en la refriega su heróico padre. Los defensores de Perpiñan capitularon honrosamente en uno de los dias de marzo de 1474.

En el frontispicio de la casa que habitó el conceller mandóse colocar despues un mármol con la siguiente inscripcion:

Hujus domus dominus fidelitate
cunctos superavit Romanos.

No es preciso manifestar que los franceses quitaron la lápida al apoderarse de Perpiñan.

Los españoles que han tenido la paciencia de leer lo que llevo consignado, pueden ya formar idea de lo que vale su patria. Y pueden formarla tambien acerca de lo que dije al comenzar en punto á su próximo engrandecimiento. Y pueden formarla últimamente del rango que debe otorgarse á Francia, en la especie de juicio contradictorio que se disponga con el fin de aquilatar su mérito y el de la nacion española.

Casi todas las acciones sublimes, casi todos los hechos inmortales, casi todas las victorias supremas malamente bosquejadas ó descritas por mí, que por cierto valen y significan muy poco al lado de las que podrian describirse ó bosquejarse, consiguiéronlas nuestros compatricios contra los franceses. ¿Qué batalla de cuenta han ganado éstos despues contra los españoles, para que puedan creerse superiores y darse, si es lícito hablar así, tono de soberanos? Absolutamente ninguna. Si se prescinde de los adelantos materiales, sobre los que consignaré mi opinion no bien los haya detenidamente contemplado en la nueva Babilonia, que es su centro, como tambien del régimen político vigente que ha causado males de inmensa consideracion á nuestro pais, y que impide apreciar las cosas perfectamente, no hay nada que autorice el desden con que se habla de todo lo referente á España. Hay por el contrario mucho, muchísimo que nos eleva sobre todos los estados de Europa y singularmente sobre Francia, más orgullosa si cabe que Inglaterra. Confio que al concluir mi trabajo todos convendrán en la rigurosa exactitud de mis observaciones.

Háme ocurrido estos dias una idea que voy seguidamente á revelar. Extraordinariamente convendria en mi sentir presentar en grandes cuadros la historia de nuestro pais y la de Francia. Una vez conocidas ambas y puestas en parangon, soy seguro de que no habria quien deprimiese á España y ensalzase hasta la paradoja al vecino imperio. Hé aquí un trabajo utilísimo por muchos conceptos, que podria emprender un español verdaderamente amante de su patria.

CAPITULO X.

De Perpiñan á Grenoble.

I.

He atravesado parte de la Francia, pero muy rápidamente. Me hallo en Grenoble, y me dispongo á recorrer tambien precipitadamente la tan decantada Suiza francesa. Pronto podré manifestar si hay ó no exageracion en los aludidos encomios.

Por la razon indicada no puedo hablar todavía del vecino imperio con todo conocimiento de causa. Puedo sin embargo decir, que por punto general, las impresiones han sido desagradables. ¿Cómo no, si he atravesado territorios que los franceses hicieron suyos por medio de la violencia? ¿Cómo no, si he visto la chavacana figura de los gendarmes que conocia solamente por los grabados relativos á la inmortal epopeya de 1808? ¿Cómo no, si he pasado por Aviñon que recuerda amarguras prolongadas de la Iglesia, amarguras que colocan en la frente de nuestros vecinos un estigma bochornoso? ¿Cómo no, si he dejado casi de ver las cruces y las torres, los santuarios y las iglesias que con grandísima frecuencia se hallan en nuestro afortunado país? ¿Cómo

no, para no ser interminable, si el tren se ha detenido en Valence, donde falleció Pio VI, á quien un escritor que nació en España tuvo la osadía de llamar liberal?

II.

El escritor aludido se llama don Pedro Antonio Alarcon. Van á ver mis lectores si hay ó no fundamento para denigrar con aquel calificativo al mencionado sucesor de San Pedro. Creo que faltaria hoy á mi deber si desaprovechando la ocasion que propicia se me presenta, no procurara colocar los hechos en el punto que les corresponde. Importa mucho por otra parte traer á la memoria de muchos que los ignoran ó los han olvidado, sucesos que retratan á ciertas dinastías.

Es difícil adivinar por qué llamó liberal á Pio VI el mencionado publicista. ¿Será por el cariño verdaderamente grande que profesó á la Compañía de Jesus? ¿Será porque construyó una iglesia, fundando además hospitales, y añadiendo á la soberbia basílica de San Pedro una grandiosa sacristía? ¿Será porque trabajó especialmente en el desecamiento de las lagunas Pontinas, con el fin de preparar para la agricultura vastísimos terrenos? ¿Será porque resistió intrépidamente las medidas atentatorias á los derechos y prerogativas de la Iglesia tomadas por José II de Austria, por Leopoldo de Toscana y por la reina Carolina de Nápoles, medidas que acaso acaso explican las desgracias é infortunios de todo linaje que pesan sobre los referidos paises? ¿Será porque clamó igualmente con valor sobrehumano contra la emancipacion de las órdenes religiosas sancionada como ley, el despojo de los bienes eclesiásticos, la supresion de las anatas, el establecimiento del divorcio para los unidos con el vínculo indisoluble, así como del matrimonio para los sacerdotes que no pueden contraerlo, la confiscacion del condado de Aviñon perteneciente á los Sumos Pontífices, la matanza de los fieles ministros del Señor, y otros actos igualmente horribles debidos á los monstruos abominables de la Revolucion francesa? ¿Será porque tras desechar la nueva constitucion, fulminó el rayo del anatema, contra los clérigos que se adhirieron á ella? ¿Será porque no quiso acceder á las irritantes pretensiones ó exigencias de los comisionados por el Directorio, quienes le propusieron se desdijera de cuanto habia dicho ó hecho, anulando en su virtud sus bulas, breves, edictos y pastorales? ¿Será porque debió á Dios un generoso corazon, un carácter benigno, una laboriosidad incansable, una modestia insigne, mil cualidades superiores por último reconocidas hasta por el protestante Ranke? ¿Será en fin por el martirio que coronó dignamente su vida por tantos conceptos envidiable?

Voy á recordar los sucesos á que acabo de referirme, porque ponen de manifiesto lo que son los papas, y lo que valen sus perseguidores.

Bonaparte que habia recibido la órden de apoderarse de Roma, comenzó por firmar un tratado. A poco se proclamó en la ciudad santa la república contra el gobierno pontificio, y Pio IV fue reducido á prision, como tambien despojado de su poder temporal. *Abyssus abyssum invocat.* Siguieron otras violencias. El venerable Pontífice-Rey tenia ochenta años y estaba enfermo; mas esto no impidió que se decretase su partida. Las nobles palabras que pronunció al recibir la noticia fueron las siguientes: «Apenas he convalecido: no puedo abandonar mi pueblo ni mis deberes: quiero morir aquí.» «En cualquiera parte moriréis, respondióle Haller de un modo brutal. Si las vias suaves no os persuaden á partir, se adoptarán las del rigor para forzaros.» Quedóse luego con sus criados, fuése á su oratorio, y dijo al volver: «Dios lo quiere; preparémonos para recibir todo lo que su Providencia nos envie.» Y se puso á despachar los negocios de la Iglesia.

En la noche del 20 de Febrero de 1798 en que lo hicieron salir del Vaticano, desencadenóse una horrible y espantosa tempestad. Dios protestó desde las alturas celestiales contra el rapto sacrílego. Cuando llegó la hora señalada, el comisario francés halló al Pontífice-mártir al pié de un Crucifijo. «Despachaos» le dijo secamente: hasta que hubo entrado en el coche no le perdió de vista.

Tres meses pasó en un convento de agustinos de Sena. El 2 de Junio fué llevado á la Cartuja de Florencia, y desde allí se pensó en trasladarle á Francia. Algun tiempo despues le condujeron á Parma; pero su situacion era tan grave que los médicos protestaron contra un nuevo viaje. El recuerdo de lo que hizo entónces el comisionado francés indigna y enciende la sangre. Entró en la cámara del paciente, hizo levantar la ropa de su cama, y examinó sus llagas sin consideracion alguna, diciendo á poco: «Es preciso que parta vivo ó muerto.»

El dia 14 de Abril de 1799 lleváronle á Placencia y el 15 á Lodi. Volviéronle luego á la primera de dichas ciudades, desde la cual le enviaron á Turin. Sacáronle de esta poblacion el 26 dirigiéndose á Oulx. A fin de que pasara el monte Genevre, le sentaron en unas angarillas sumamente malas. «Cuatro horas caminó suspendido, dice el ilustre Conde A. de Beaufort, en medio de los abismos, y transido de un frio penetrante.»

En Briançon separáronle de sus compañeros de cautiverio. Llegó á Valence en 14 de Julio. «Mis sufrimientos corporales, decia, son nada si los comparo con las penas de mi corazon... ¡Los cardenales y los obispos dispersos! ¡Roma sin pueblo! La Iglesia ¡ah!

la Iglesia, este recuerdo me atormenta de dia y de noche. ¡En qué estado voy á dejarla!»

Nuevas amarguras le aguardaban. El Directorio dispuso que fuese trasladado á Dijon, y prohibió que se detuviera en una ciudad importante. La órden no se pudo cumplir por haberse agravado sus dolencias de una manera extraordinaria. El dia 29 de Agosto á la una y veinte y cinco minutos de la madrugada, entregó su espíritu al Señor, despues de recibir los últimos auxilios de nuestra Religion sacrosanta.

Añado que perdonó repetidas veces á sus enemigos, y muy singularmente á Francia. Añado tambien que sus carceleros despues de cerrar el ataud, exclamaron: *Es el último Papa*. Veuillot dice á este propósito: «Muchas veces fué pronunciada entónces esta palabra, se ha repetido despues y se oye todavía. Cuando Pio VI murió, ya no habia sacerdotes en Francia, pero habia nacido Pio IX.»

Excuso por lo demás los comentarios. Nada quiero decir contra los que martirizaron á Pio VI, ni tampoco contra el que osó denigrarle con el epíteto de liberal. Por desgracia, tendré mas adelante precision de oponer un correctivo á frases notoriamente calumniosas del mencionado publicista.

III.

No pude penetrar en Aviñon, y no puedo por consecuencia decir nada de la ciudad, que es antiquísima, ni del palacio imponente y sombrío, en que residieron los papas. Mas sí puedo escribir algunas líneas sobre el cautiverio que sufrieron éstos en ella, durante 70 años consecutivos.

Leyendo la historia de lo que pasó se fortalece y arraiga la conviccion de que Dios no abandona jamás á la Iglesia ni á los sucesores de San Pedro. Ninguno de los que residieron en Aviñon dejó caer la corona inmortal que ceñia. Todos gobernaron perfectamente la Iglesia, y pusieron de manifiesto que nada puede ni podrá el hombre contra los designios celestiales. El incrédulo ó el impío se asombran cuando saben que desde su destierro los Romanos Pontífices publicaron cruzadas dentro y fuera de Europa, establecieron universidades no obstante la oposicion de algunos príncipes, crearon obispados, y hasta hicieron elegir emperadores.

Durante el interregno, que fué sólo material, publicó Clemente V el célebre código que lleva la denominacion de las Clementinas; se opuso varonilmente á los que negaban á los condenados á muerte todo género de socorros espirituales; combatió la pretension de Felipe el Hermoso, empeñado en que proscribiera la memoria de su antecesor Bonifacio VIII y quemara sus huesos; dispuso se fundasen cátedras de hebreo, árabe y caldeo, en Paris, Oxford, Bolonia y Salamanca; publicó bulas contra Enrique VII, no sólo porque habia sostenido no le obligaban sus juramentos en favor de la Santa Sede, sino tambien porque habia pronunciado una sentencia injusta contra Roberto, rey de Nápoles; hizo todo lo posible para que Francia no extendiese demasiado su influencia, y escribió á los electores eclesiásticos de Austria, poniéndoles de realce los inconvenientes de que eligieran un príncipe francés, en lugar de recomendarles á Cárlos de Valois como queria el referido Felipe su hermano, que por cierto murió desgraciadamente, como tantos otros perseguidores de los papas.

Durante el interregno, escribió Juan XXII cartas tan enérgicas y dignas como prudentes á los soberanos de Francia, Nápoles é Inglaterra, en algunas de las cuales les recordaba sus deberes; hizo variaciones notables en diversos obispados pertenecientes á la primera de las naciones referidas; reformó muchas Órdenes monásticas; expidió una bula contra los religiosos menores que se habian separado del buen camino y enseñaban errores trascendentales; tomó en fin disposiciones tremendas contra Luis de Baviera, nombrado rey de Roma por cinco electores de Alemania, como tambien contra los Visconti, herejes y enemigos encarnizados de la Iglesia. Villani menciona sus virtudes y sus defectos. «Fué, dice, modesto en su método de vida, sobrio, más aficionado á los manjares ordinarios que á los delicados: gastaba poco en su persona y casi todas las noches se levantaba á rezar el oficio y á estudiar: celebraba la Misa casi todos los dias: recibia con gusto en audiencia y despachaba prontamente. Era colérico y enfadábase con facilidad: era sabio y de ingenio penetrante, y magnánimo para las cosas grandes.»

Durante el interregno, Benedicto XII dió muestras de rarísima humildad; envió gruesas sumas de dinero para reparar, prescindiendo de otros edificios de Roma, la basílica de San Pedro y la de San Juan de Letran; prosiguió reformando algunas Órdenes religiosas, y declaróse adversario acérrimo del nepotismo. Decia que para ser verdaderamente sacerdote, segun el órden de Melquisedech, seria necesario no tener padres ni parientes.

Durante el interregno, Clemente VI publicó una bula para que Luis de Baviera desistiese del imperio en un plazo perentorio, confirmando además las resoluciones tomadas contra el príncipe por su antecesor; dispuso una retractacion durísima para los partidarios de aquél que deseasen ser absueltos de las censuras; condenó la secta de los flagelantes, y anunció el jubileo para el año 1350, en que acudió á Roma una extraordinaria concurrencia.

Durante el interregno, Inocencio VI revocó la constitucion atentatoria á sus derechos y prerogativas

dada por los cardenales; trabajó á fin de reprimir la horrible anarquía en Italia dominante; procuró contener la corrupcion que hacia en Alemania tristes, rapidísimos progresos; protegió á los literatos, y tomó medidas severas contra los salteadores conocidos con el nombre de *compañías blancas*, que infestaban la Provenza, y llegaron despues al mismo territorio de Avinon.

Durante el interregno, Urbano V predicó una cruzada delante de Pedro de Lusiñan, rey de Chipre, quien salió á la postre con 10,000 hombres y 1,400 caballos; proveyó el obispado de la ciudad en que residia; luchó intrépidamente con Bernabé Visconti, que combatia su poder, y estuvo algun tiempo en Roma.

Durante el interregno en fin, Gregorio XI trató



Illmo. señor don Constantino Bonet, obispo de Gerona.

con gran severidad á sus enemigos que faltaron á la fé jurada; combatió á nuevos herejes, algunos de los cuales, sobre profesar doctrinas tan falsas como peligrosas, cometian acciones abominables; escribió con gran entereza sobre este asunto á Cárlos V; expidió una bula contra los florentinos que desconocieron su autoridad y negociaron públicamente una liga contra él; anatematizó por último ya desde Roma, los errores de Juan Wiclef, fulminando contra su autor el pavoroso rayo del anatema.

No hubo más papas en Aviñon. Vivieron ya los posteriores en la Santa Ciudad. Es preciso convenir por consecuencia en que á pesar de sus *cadenas* hicieron lo que por desgracia no hacen muchos soberanos temporales, así como en que Francia no logró bajo ningun concepto que faltasen á sus deberes los augustos representantes de Jesucristo. Napoleon de Orsini escribió á Felipe el Hermoso, entre otras que acreditan su odio á Clemente V, las siguientes líneas: «Nosotros habíamos tomado las precauciones posibles en la eleccion del Papa difunto creyendo haber proporcionado una gran ventaja á vos y á vuestro reino; mas nos hemos engañado, y si se examina bien su conducta ha estado á punto de hundirnos en el precipicio.»

Para que un sucesor de San Pedro olvide á la

Iglesia, y se acuerde sólo de complacer á un príncipe, siquiera se trate del más poderoso del mundo, no basta contar con el hombre que cubren las vestiduras pontificales: es indispensable contar con Dios, para lo cual se tropieza con dificultades de gran monta. De ello podria dar indudablemente testimonio el actual Emperador de Francia.

IV.

No todos los papas que residieron en Aviñon observaron una conducta rigurosamente intachable. Mas las debilidades de alguno no esclarecidas suficientemente, pero ponderadas de una manera irritante y escandalosa por sus enemigos, hacen que brille y resplandezca la divina misericordia. Humanamente discurriendo, sin tener en cuenta palabras inefables y consoladoras promesas, podíase creer que acabaria por desviarse alguno del buen camino: ninguno dejó de guiar la frágil navecilla, y de llevarla á puerto seguro de salvacion. Quien no vea en esto la santa mano de Dios es ciego en plena luz solar.

Todo espíritu desapasionado y sincero la ve igualmente cuando examina la cuestion sobre el retorno de los papas á la ciudad ilustre y egregia sobre todas las egregias é ilustres. Los romanos les dirigieron para que regresaran sin dilacion mensajes humildes que casi se trasformaron alguna vez en insolentes. Algunos determinaron salir de Aviñon; mas no pudieron realizar su propósito principalmente por el estado de Italia.

Los papas volvieron á Roma cuando llegó la época que Dios tenia prefijada. Hé aquí por qué algunas pobres mujeres lograron lo que no consiguieron los hijos de la Ciudad Eterna, ni los indicados sucesores de Pedro. Brígida de Suecia que no era ciertamente italiana, y que pertenecia á un pais poco civilizado, suplicó con encarecimiento desde Roma al Padre Santo que volviese. Catalina, cuyo padre no era más que un pobre artesano de Sena, logró lo que tan ardientemente anhelaban todos los católicos del mundo, no sin tropezar con dificultades gravísimas y vencer obstáculos que parecian insuperables.

Por lo demás, la influencia sobrenatural á que me refiero apareció clarísima cuando hubo pasado algun tiempo. Lo afirmo, no solamente porque todos pudieron vislumbrar lo que llegarian á ser Roma é Italia sin los pontífices, sino tambien porque miéntras estuvieron en Aviñon el orgullo y el descaro de algunas casas poderosas de la Ciudad Eterna quedó muy abatido, así como su poder grandemente contrastado. En adelante pudo el Jefe de la Iglesia regirla y gobernarla con absoluta libertad.

V.

Repito que no puedo describir ni áun de una manera concisa el palacio que los papas habitaron en Aviñon. Tampoco puedo recordar ni siquiera sucintamente su historia interesante; mas no dejaré la pluma sin hacer mencion de una leyenda piadosa que leerán con gusto sin duda mis lectores. Remóntase á los tiempos de nuestro adorable Redentor.

Era Marta hija de un Rey. Regia éste la Siria, como tambien parte de la Judea. Marta fué una de las primeras que abrazaron la religion de Jesucristo. Se distinguia por su hermosura, por su modestia, por su santidad y por su elocuencia.

Comenzó una de esas persecuciones horribles que se decretaron contra los seguidores de Cristo; y Marta redujo á dinero cuanto tenia, entregándolo á los Apóstoles para que lo distribuyeran entre los pobres, sus hermanos. «Eres una santa mujer, Marta, le contestaron aquellos dichosos varones; Dios te bendecirá.»

Se apoderaron de ella algun tiempo despues, como tambien de otros á quienes habia convertido, y los metieron en una nave sin velas, remos ni timon, que dejaron á merced de la mar bravía.

Surgió pronto una furiosa y deshecha tempestad. Marta oró, logrando al punto que cesara la tormenta. El Divino Maestro verificó un milagro semejante no bien hubo sucedido aquel en virtud del cual dió de comer con cinco panes á 5,000 hombres sin contar á las mujeres y niños. Quizás la hija de Siro fue una de las aludidas en el Evangelio.

Llegaron felizmente á Marsella, cuyos hijos cometieron acciones afrentosas durante la revolucion realizada en los últimos años del siglo anterior. Quedáronse allí todos los que iban con Marta, y se dirigió ella á la ciudad de Aviñon.

He dicho ya que poseia entre otros el don encantador de la palabra, é indicado tambien que tuvo la dicha inefable de conocer al Redentor del mundo, de contemplar su augusto semblante, de oir su dulce voz. ¿Qué mucho predicase á Jesucristo crucificado con sin igual intrepidez y valentía? ¿Qué mucho consiguiese convertir á muchos habitantes del pais?

Un suceso imprevisto suspendió la obra bendita de Marta. Apareció en un sitio denominado Nerluc, entre Aviñon y Arlés, un monstruo terrible, que devoraba á los hombres y á las bestias.

Marta toma un crucifijo y va en busca de la fiera que tenia á todos horrorizados. El monstruo ruge y se dispone á devorarla; mas de pronto pierde su fiereza, y permite que la santa jóven le ponga en el cuello un cinturon de lana. A seguida fué muerto y destrozado.

Poco después retiróse la taumaturga á un punto solitario con el fin de hacer rigurosa penitencia. La fama de sus virtudes fué causa de que muchos aceptaran las doctrinas del Crucificado. Pronto se alabó al verdadero Dios en los mismos lugares donde habíase adorado á los ídolos. Tal es, á juicio de muchos, el orígen de la iglesia de Aviñon, como tambien el de la Roca, que recibió más adelante el nombre que conserva todavía, de Nuestra Señora de Doms.

Hé aquí tambien el orígen de la ciudad de Tarascon. El pueblo habia llamado á la fiera la tarasca.

CAPITULO XI.

De Grenoble á Turin.

I.

El dia 14 de Junio salimos de Grenoble en direccion á Turin.

Es Grenoble una ciudad bonita y esencialmente francesa. Tiene de notable la plaza Grenette, el jardin público, la ciudadela, el palacio de justicia, el museo, la biblioteca que cuenta 60,000 volúmenes, el gabinete de historia natural, y algunas iglesias.

Desde Grenoble á Chambery, antigua capital de Saboya, atraviésase un territorio que, si no estoy equivocado, era ya francés ántes de la venta incontestablemente ignominiosa, que Victor Manuel hizo en favor de Napoleon; pero es tan hermoso, que los viajeros se juzgan trasportados al centro de la incomparable Suiza.

¡Oh! jamás se apartarán de mi memoria los sorprendentes y deliciosos panoramas que durante la travesía se presentaron á mi vista é imaginacion. Figurábame con frecuencia haber admirado los portentos más agradables y deleitosos que ofrece la naturaleza en algunos paises privilegiados y descubria nuevamente otros más bellos que hacíanme olvidar los anteriores. Verdad es que diversas circunstancias que iré mencionando contribuyeron poderosamente á que mi satisfaccion fuese casi completa.

El lector se persuadirá prontamente de que no sólo disfrutaron mis sentidos: hubo tambien dulces y consoladoras impresiones para la inteligencia y el espíritu.

Lo he manifestado en otra ocasion, y vuelvo á decirlo. No soy poeta, y desconozco por completo el arte de la pintura. Procuraré sin embargo bosquejar lo que ví y admiré durante la mencionada travesía.

Cuántos se han dirigido á Italia por Grenoble, Chambery, San Michel y Susa, saben que difícilmente se pasa por sitios más embelesadores. No he visitado la Suiza; más juzgo imposible aventaje á Saboya, y á la parte de Francia que con ésta confina.

Acababa de llover, y la naturaleza presentábase por lo tanto con toda su sorprendente hermosura. Es seguro que mis lectores encuentran como yo el campo más vistoso, despues que ha sido (permítaseme la espresion) lavado desde el cielo.

Todo lo que puede concebir la más pintoresca fantasía contemplé yo embelesado ántes de llegar á Turin. Árboles llenos de frutos hermosos á la vista y al paladar gustosísimos; bonitas huertas cultivadas con gusto extraordinario; pobres viviendas con sus tejados de pizarra, de figura triangular, á propósito para que arrojen la nieve que durante el invierno cubre aquel pais con su espléndido manto de armiño; altas y soberbias montañas cuyas cimas parecen penetrar en la mansion perdurable; espesos bosques de grandes pinos simétricamente colocados, en cuyo seno se albergan mil especies de animales; agua por todas partes que al caer forma lindas y bulliciosas cascadas, las cuales se trasforman despues en torrentes ora mansos, ora impetuosos; valles que comienzan en las faldas de los montes y llegan hasta os bordes de la via férrea, por los que discurren alegremente hermosas vacas que dan sabrosa y aromática leche; caminos más ó ménos estrechos que prolongan indefinidamente su cinta de plata; iglesias sencillas, para no fatigar á mis lectores con párrafos inacabables, sobre cuyos campanarios suele ostentarse la imágen de un santo en vez del signo de la redencion.

Para completar el cuadro seria forzoso hablar del cielo clarísimo que alegraba mi corazon y me hacia vislumbrar la dicha eternal; de la combinacion de colores dispuesta por el verde de la campiña, por el oro de los sembrados, por el negro de los bosques, por el blanco de la nieve en las cumbres de los montes, y por el azul de la esfera celeste; de los grandes pájaros que cruzaban el firmamento rapidísimamente; de las graciosas pastorcillas con sus enormes sombreros de paja; de los palacios ruinosos que traian á la memoria los tiempos de la Edad Media, colocados en alturas prodigiosas é inaccesibles; de las flores silvestres que esmaltaban los campos; de la niebla que nos encubria todas éstas maravillas, sin duda para que nos asombrasen más cuando se retiraba, permitiendo que otra vez las contempláramos; del aire puro que se respiraba y traia á la memoria el fétido de las ciudades populosas; de los olores suavísimos que se percibian; de los horizontes dilatadísimos que se presentaban; de las campanas que no sólo anuncian á los religiosos habitantes la hora de comenzar y de poner fin al trabajo, sino que les recuerdan tambien la obligacion en que se hallan de dirigir sus preces al Autor de todo lo creado; de las vaporosas nubes producidas por la humedad, que dejan la tierra y

suben al cielo, como esos ángeles de candor y de inocencia que Dios aparta del contacto impuro de los hombres, y que parecen ser imágen de la plegaria salida de los lábios y sobre todo del corazon del hombre piadoso; de tantas otras cosas, en fin, que se escapan á la atencion del hombre mas observador y al pincel del artista más distinguido.

¡Oh Dios, cuánta es tu grandeza! A cada momento la ostentas en tus obras con todo tu poder, con toda tu magnificencia, con toda tu hermosura. Y los hombres, sin embargo, viven frecuentemente olvidados de tí. ¿Quién lo pensara?

Yo creo firmemente con todo que los habitantes de esos paises tan singularmente adornados y enri-



Don Mariano Alvarez de Castro, defensor de Gerona.

quecidos por el Hacedor Supremo, son más piadosos por punto general que los moradores de las ciudades populosas. Me basta fijar la vista en sus caras dulces y afables para decirlo y asegurarlo. Aman á Dios y se aman mútuamente sin género de duda, cumpliendo así por consecuencia los dos preceptos en los cuales se resumen todas las obligaciones que impone la Religion cristiana á los que la profesan.

En las grandes poblaciones el ánsia de conseguir dinero, de lograr honras ó de obtener el mando, fascina, turba, ciega y pierde á los hombres. Los que habitan en el campo no tienen á la vista el tentador ejemplo de los que codician puras vanidades que jamás satisfacen; pero sí las maravillas de Dios, único que puede llenar el inmenso vacío del alma nuestra. Los primeros se imaginan con frecuencia dioses y cometen por consiguiente la mayor de las degradaciones: los segundos reconocen su flaqueza, y se sostienen por lo tanto en el lugar en que han sido colocados los descendientes de Adan. Los primeros quedan abatidos por la mano divina: los segundos son exaltados de una manera extraordinaria. Los primeros pasan una vida llena de dolores y de penalidades: los segundos experimentan en este valle de lágrimas continuas dulzuras y consuelos.

II.

Llegamos á Chambery, colocado en una fértil y risueña llanura protegida por montes altísimos, y fecundada por dos rios no caudalosos.

En esta poblacion residieron los príncipes de Saboya hasta que se trasladaron á Turin. Fue pues la cuna del reino piamontés. Y sin embargo Víctor Manuel la vendió al Emperador de Francia. Vendió como á sierva la mansion de sus padres y la heredad de sus antepasados al antiguo aventurero de



El Monte Blanco.

Strasburgo; al favorecedor de la revolucion italiana, esencialmente anticatólica; al enemigo mortal de todas las dinastías legítimas; al continuador en fin de la terrible política maquiavélica.

Una especie de fatalidad persigue al nuevo Rey de Cerdeña. Cedió la Saboya en donde se hallaban los sepulcros de sus padres: ha tenido que abandonar á Turin donde reposan muchos de sus mayores. Diríase que los unos y los otros le maldicen desde sus tumbas; diríase que con potente voz le acusan por haber abandonado las tradiciones de su pais; diríase que suscitan en su alma santos remordimientos de conciencia; diríase que le hacen fuerza para que deje de pisar sitios venerables, consagrados por la Religion que persigue más ó ménos encubiertamente.

Rey verdaderamente desventurado, de quien no se puede asegurar lo que afirmó de su padre infeliz el conde Solaro de la Margarita cuando dijo: «Cárlos

Alberto, lo juró por su alma, nunca hubiera tomado una pulgada del territorio de la Iglesia: sólo anhelaba extender su reino hasta los confines de los Estados Romanos, para ser su defensor.»

No, no puede afirmarse lo mismo del Rey *caballero*; del Monarca que aceptó la herencia de un menor guardada por una piadosísima mujer, princesa y señora; del Monarca que como se ha dicho, permitió el bombardeo de Ancona, despreciando las leyes de la guerra y del honor, miéntras se discutia la capitulacion, hasta el punto de dirigir las bombas sobre los hospitales y las iglesias; del Monarca que consintió desembarcase un ejército suyo en Sicilia, en tanto que su embajador aseguraba al noble, generoso y valiente Rey de Nápoles se respetarian sus Estados; del Monarca que penetró en los de la Santa Sede sin declaracion de guerra, hasta el extremo, verdaderamente repugnante, de enviar el *ultimatum* despues de verificada la invasion; del Monarca que no obstante la santidad de los tratados, ha permitido que su gobierno indicase con frecuencia el propósito de cometer nuevas tropelías; del Monarca por último, que ahora mismo hace lo posible para que los revolucionarios, sus amigos y dueños, profanen con su presencia la ciudad de Roma, y la trasformen en capital de su reino efímero.

Nadie ignora lo que le sucede en el dia. Los príncipes le compadecen, y los liberales le desprecian. Se vé solo en vida, y solo tambien se hallará en la hora terrible de su muerte. ¿Quién no dice al observar lo que acontece al Rey excomulgado que el Dios de las misericordias es asimismo el Dios de las justicias y de las venganzas?

III.

No he hablado todavía del número extraordinario de católicos que se presentaban por todas partes y se dirigian tambien á Roma con el fin de presenciar las grandiosas fiestas que iban á verificarse. Puedo decir que hasta Chambery, si se me permite la frase, no tomó color la concurrencia. Los que viajaban con nosotros en el ferro-carril iban á mil puntos diferentes, y profesaban mil ideas contradictorias. Al lado del católico estaba el protestante: al lado del que se dirigia á Roma estaba el que marchábase á Paris, con el objeto de ver la exposicion, muy creido de que no podia darse cosa mejor: al lado del que pensaba en reconstituir la sociedad sobre las firmísimas bases de la Religion y de la Monarquía estaba el que sostenia que los verdaderos defensores de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad fueron los hombres del 93, como tambien que sus descendientes políticos eran los únicos que podian hacer dichosos á los pueblos.

Es imposible decir lo propio de cuantos se dirigieron desde Chambery á Montmellan, San Michel, Susa y Turin. Si no todos, casi todos marchaban á la Ciudad Eterna. ¡Ah! No era preciso que lo dijesen porque cualquiera podia comprenderlo y adivinarlo. Aquellos nobles y apacibles semblantes; aquella satisfaccion que se veia en ellos retratada; aquellas edificantes conversaciones que se entablaban; aquellos libros excelentes que se leian; aquellos santos deseos de llegar pronto al término del viaje que se manifestaban; aquellos trajes simpáticos que se vestian, todo demostraba cómo pensaban mis compañeros de viaje. A semejanza de los primitivos cristianos, cuyas costumbres puras y sencillas se detallan en los *Hechos de los Apóstoles*, todos teníamos un solo corazon, un solo espíritu, una sola voluntad. Todos llevábamos puesta la mente y el alma en el incomparable Pio IX y en la igualmente incomparable ciudad de su residencia. Todos recordábamos probablemente las peregrinaciones de la Edad Media, cuyo mérito fue sin duda mayor, por lo mismo que se expusieron los que las realizaron á mayores peligros.

Habia entre los concurrentes algunas mujeres, muchos seglares y muchísimos sacerdotes. No pocos de éstos eran frailes, y llevaban los hábitos de su Órden. Ignoro qué impresion produce á los que marchan por sendas deplorables la presencia ó aglomeracion de muchos religiosos: por lo que hace á los católicos, sobre todo si son españoles, siéntense dulcemente conmovidos. Si necesario fuese, invocaria en favor mio el testimonio de innumerables personas.

Lo repito. Sobre todo si son españoles, lo cual se alcanza facilísimamente. Los defensores de la libertad *en todas sus manifestaciones* degollaron alevosamente á los frailes en nuestro pais, hicieron suyos los bienes de su pertenencia, y determinaron á la postre impedirles que se congregasen y cumpliesen con los deberes de sus institutos respectivos. Andando el tiempo, ¡oh magnanimidad! resolvieron admitir algunos; mas arreglaron las cosas de manera que no pudiesen llevar sus hábitos por las calles y plazas de la religiosísima España. Eran prudentes y reflexivos, amaban profundamente al prójimo, y no querian exponer á las iras populares á los hijos de Ignacio de Loyola, de Domingo de Guzman ó de Teresa de Jesus. ¡Qué vergüenza!

Se comprende pues sin la menor dificultad nuestra profunda referida satisfaccion. Veíamos á los religiosos con sus hábitos, y recordábamos sus virtudes insignes, sus acciones heróicas, sus sacrificios sublimes. Recordábamos habian impedido por mucho tiempo que asomase su cabeza odiosa la llamada cuestion social; que habian logrado el honor de ser

horrible y frenéticamente calumniados por los protestantes en los siglos XVI y XVII, por los enciclopedistas en el XVIII, por los revolucionarios en el XIX, es decir, por todos los enemigos declarados ó encubiertos de la Iglesia; que habian ejercido un poderoso ascendiente sobre los pueblos á causa de los beneficios de todo linaje que les dispensaran; que habian dado avances grandísimos á las artes y á las ciencias; que habian casi conseguido reducir á la esterilidad más completa y absoluta á todos los malos; que habian aumentado de una manera extraordinaria el número de los héroes del Cristianismo; que habian contribuido poderosamente á formar estados, en los cuales atendíase primero, como es razon, á lo espiritual, sin que por esto se desatendiese lo relativo á la materia; que habian encontrado con los votos el medio de durar hasta la consumacion de los siglos, como la Iglesia que las amparaba y protegia; que habian sido causa de que la propiedad fuera profundamente respetada; que habian dado orígen á la fundacion de esas órdenes militares, cuyos hechos ha inmortalizado la historia; que habian sido evidentemente suscitadas por Dios, puesto que cada una corresponde á necesidades por todos confesadas y sentidas; que habian finalmente llevado el Evangelio á las regiones más distantes, á los paises más desconocidos, á los puntos más salvajes.

Réstame añadir que realizan aún en el mundo su mision evidentemente providencial, como tambien que llegará pronto el dia, queriéndolo Dios, en que tornarán á derramar el bien allí de donde han sido expulsadas ó despedidas.

Llegado á este punto, vuelvo los ojos á España, y deploro que por culpa de algunos gobernantes aparezca poco noble y poco religiosa.

Es verdaderamente una mengua lo que pasa en nuestro pais con respecto á las Órdenes monásticas. A bien que bajo cierto punto de vista me parece muy natural y muy esplicable. Cabalmente ha sido España la nacion que más favores ha logrado de los religiosos.

Ahora bien. ¿Quién se maravillará de que se corresponda de tan mala manera á los mencionados beneficios? ¿Quién no sabe que la más espléndida corona de los que favorecen á los hombres y á los pueblos es por lo comun la de la ingratitud, imágen de la de espinas ceñida por el Redentor del mundo? ¿Quién no advierte que Dios lo permite para que al favorecer á los demás, sólo en Él pongamos la vista y la consideracion, así como para que sólo de su benéfica mano aguardemos la debida recompensa?

Los judíos crucificaron á Jesus, y los judíos fueron cabalmente los que mas favores consiguieran del Hijo de Dios.

Fáltame añadir que algunos de los indicados religiosos, nacidos en Bélgica, hicieron á España completa justicia. Hablaron con elogio de Manresa, y con asombro del egregio fundador de la Compañía de Jesus; dijeron que España era el pais que más querian por ser el más religioso; manifestaron vivos deseos de visitarlo detenidamente; añadieron que los belgas eran católicos gracias á nuestros mayores, y colocaron con tal motivo sobre las estrellas á Felipe II y al duque de Alba.

Triste cosa es decirlo. Hay extranjeros que dan con su noble proceder lecciones de imparcialidad á determinados españoles. Miéntras éstos deprimen y escarnecen á nuestra patria y á los que la hicieron marchar en siglos pasados al frente de todas las naciones civilizadas, aquéllos reconocen los méritos contraidos por la una y por los otros.

Uno de mis compañeros de viaje dijo á los frailes indicados que yo era redactor de *La Esperanza*. Con gran sorpresa mia oí, no sólo que conocian el periódico, sino tambien que otro belga copiaba de vez en cuando sus artículos. No tenia de ello el menor antecedente.

IV.

Creí haber visto y contemplado lo mejor desde Grenoble á Chambery, mas padecia una equivocacion. Lo mejor lo admiré antes de llegar á Turin. Cerca de Montmellan, pueblecito de muchos recuerdos históricos, cercano á Chambery, hay un puente sobre el *Iseré*, desde el cual se descubre el célebre Monte Blanco con su loma constantemente nevada. No bien hubimos andado un poco más, fue indispensable dejar el ferro carril, y subir á la diligencia. Esto nos proporcionó el placer de contemplar con algun detenimiento los sitios por donde pasamos.

Llamáronme grandemente la atencion las obras del ferro-carril que se está construyendo. Me aseguraron se han tenido que vencer las mayores dificultades con qué hasta el presente se ha tropezado en materia de ferro-carriles, y me añadieron que la locomotora tardaria tres cuartos de hora en recorrer el túnel que se construye. Es con efecto enorme, mas dudo sea exacto lo referido.

Me admiran esas construcciones prodigiosas. Me admirarian más si la civilizacion material á que se refieren marchara por sus cauces legítimos y si no hubiera que lamentar frecuentemente irreparables desgracias. Las toscas cruces puestas en los lugares á que aludo, indicaban que algunos infelices trabajadores al procurar el sustento para sus mujeres y sus hijos, habian perdido la vida. Pienso en esas desgracias muchas veces, sobre todo porque algunas no pertenecen al número de las que no pueden ser

previstas: me consta, por el contrario, que hay ocasiones en las cuales se sabe casi positivamente que ocurrirán. Este es acaso el principal motivo de la semi-antipatía que tengo á la industria, y de la particular predileccion con que miro los trabajos agrícolas.

Estoy seguro de que los filántropos procurarán poner en ridículo lo que acabo de manifestar. Esos hombres se rien de los que lamentan la muerte prematura de ciudadanos intachables; y truenan contra los que leen ó escuchan fria ó desdeñosamente sus lamentaciones en favor de los que van al patíbulo por horrendos delitos comunes. En cuanto á mí, prescindiendo de lo que deba pensarse y sentirse sobre la cuestion terrible y pavorosa de la pena capital, dignamente discutida por los criminalistas y neciamente manoseada por los políticos, seguiré creyendo son más dignos de lástima los infelices que han dado lugar á las precedentes reflexiones.

Estamos ya subiendo el célebre Monte Cenis, cuya cumbre elévase á la altura verdaderamente prodigiosa de dos mil y pico de metros. Antes del siglo actual era el camino impracticable: hoy es uno de los mas seguros de los Alpes, gracias á Napoleon Bonaparte. Su ingeniero Fabbroni tardó siete años á construirlo, invirtiendo 30.000,000 de reales.

Ofreciéronse á nuestra vista continuos encantos. Otra vez vimos rocas enormes tapizadas de verdura, bosques espesísimos que contribuian poderosamente á engrandecer el paisaje, montañas elevadísimas llenas de majestad, cascadas innumerables, horrendos precipicios, no pequeñas llanuras, una naturaleza en fin encantadora, que conserva toda su salvaje y primitiva hermosura. Apenas se ve por allí la mano del hombre: contémplase por todas partes la de Aquél que ha creado cuanto existe en la tierra, en el cielo y en el abismo.

Horas enteras estuvimos viendo nieve. La vimos no sólo en las cimas de los montes sino tambien junto al camino por donde pasamos. Muchas de sus masas eran enormes. Hubiéramos podido guarecernos debajo de ellas, y asegurar despues que habíamos habitado en grutas con techos de nieve.

La bajada del Monte fue mucho más deliciosa. Dudo pueda olvidarla jamás. La emprendimos de noche; pero la luna nos permitió contemplar á nuestro sabor el paisaje, que no era ya solamente grandioso sino tambien sublime y fantástico.

El cielo hasta entónces encapotado, serenóse completamente, y se llenó de nubes blancas, permitiéndonos contemplar toda su inexplicable belleza. A todas las maravillas de la creacion indicadas anteriormente unióse la vista de un lago delicioso, cuya longitud tiene cerca de 2,000 metros. Está helado durante seis meses, y es célebre por la calidad de sus truchas. El astro de la noche se reflejaba en él y producia un efecto embelesador.

Debo añadir que nuestros caballos se precipitaron por la pendiente con rapidez increible; que detrás de nosotros venian muchas diligencias, cuyos faroles descubríamos de vez en cuando por razon de las encrucijadas del camino; que vimos en fin unas soberbias cascadas, que al caer desde una elevacion inmensa formaban blanquísima espuma, y producian un ruido aterrador.

Ahora comprendo lo que dijo Thiers hace poco tiempo en uno de sus excelentes discursos. No recuerdo á propósito de qué, aseguró el célebre ministro de Luis Felipe que los hijos de Suiza son buenos soldados hasta que oyen los cantares de su tierra. Entónces desiertan, y se vuelven á su patria deliciosa.

Este pais tan hermoso es sin embargo sumamente pobre. Por todas partes aparece la justísima ley de las compensaciones. Sus habitantes viven tranquilamente, y contemplan á cada momento espectáculos sobre toda ponderacion admirables; mas no disfrutan de las comodidades más ó ménos afeminadas, que se proporcionan en las ciudades los hombres acaudalados.

Acaso esto influya de una manera extraordinaria en su religiosidad. Religiosidad que acreditan las grandes cruces colocadas sobre la cumbre de algunos montes, y las pequeñas que cuelgan de la garganta de las simpáticas labradoras. Se adivina igualmente al contemplar, además de otros lugares piadosos, el hospicio que fundara el gran Carlomagno, quien atravesó hace diez siglos el Monte Cenis con su ejército invencible. Está ocupado actualmente por monjes benedictinos, que ejercen sin remuneracion alguna la caridad, con los pobres viajeros.

CAPITULO XII.

Turin.

I.

Hállome ya en la ex-capital del Piamonte, y por consecuencia en Italia. ¿Necesitaré yo decir que te amo extraordinariamente, y demostrar que no puede ménos de ser así? Yo amo de todo corazon á un pais que como el nuestro es profundamente católico; á un pais que como el nuestro supo resistir con gran perseverancia la invasion protestante; á un pais que como el nuestro es partidario y defensor del régimen monárquico; á un pais que como el nuestro tiene por príncipes legítimos á individuos de la casa de Borbon, objeto en el dia de ataques muchas veces injustos, de acusaciones frecuentemente falsas, y de juicios cuya exageracion salta desde luego á la vista.

Yo no puedo ménos de amar á un pais en donde han ocurrido sucesos que cambiaron en varias épocas la faz del orbe; á un pais en el cual ha ondeado nuestra inmaculada bandera; á un pais que ha sido regado con la sangre generosa de muchos antepasados nuestros; á un pais que no cede y acaso sobre-



El Monte Cenis.

puja al en que abrí los ojos á la luz, por la templanza de su clima, por la hermosura de sus campos, por la diafanidad ó trasparencia de su cielo.

Yo amo y saludo respetuosamente á la patria de Manzoni, del Dante, del Tasso, de Ariosto, de Alfieri y del Petrarca (aunque los innumerables sonetos que consagró éste á Laura, sin contar otras debilidades, no cuadran bien á su carácter sacerdotal, y hacen casi prescindir de su mérito como poeta). Yo amo y saludo respetuosamente al pais emporio del arte, en algunas de cuyas ciudades, á veces de poca importancia, nacieron escuelas inmortales que labraron la reputacion de celebérrimos autores. Yo amo y saludo respetuosamente á Italia que fue señora del mun-

do por la fuerza de las armas y por el poder de sus leyes; á Italia cuyos habitantes imprimieron siglos atrás su carácter en los de casi todos los paises conocidos; á Italia que á no degradarse, hubiera podido llevar al mundo entero por los caminos de la sublime civilizacion de Cristo, en vez de hacer indispensable la providencial invasion de los bárbaros, que todo lo llevaron á sangre y fuego; á Italia que despues de perder su imperio primitivo dominó en el universo por sus poetas inmortales, por sus pintores sublimes, por sus grandes arquitectos, por sus escultores insignes; á Italia que parece destinada por Dios para esas santas ó vituperables revoluciones que trasforman el mundo; á Italia en fin cuyas grandezas, cuyas debilidades y cuyos crímenes, han ocupado y ocupan á los sabios más profundos y á los políticos más eminentes.

Por lo que hace á los italianos, líbreme Dios de comprender á todos en el anatema que por desgracia es necesario fulminar contra ellos, ó por mejor decir que contra ellos fulminó ya el augusto representante de Jesucristo. Anatema cuyas consecuencias espantosas son evidentes, visibles, palpables, lo cual no le impidió decir á don Pedro Antonio Alarcon habia encontrado en todas partes tranquilidad, regocijo, bienestar. Habla la Biblia de los que tienen ojos y no ven, oidos y no escuchan, entendimiento y no consideran. Yo le preguntaria, por lo demás, si en mi presencia le tuviese: «¿Ha visto usted alguna vez la calentura?»

No, es imposible confundir esa minoría relativamente hablando insignificante que se burla de Dios y abandona á sus reyes, con la gran mayoría de los que han nacido en esta Península hermosa. Yo quiero de corazon á esos italianos, dignos de mejor suerte, que claman y suspiran por el restablecimiento del régimen á cuya dulce sombra pasaron dichosamente sus mejores dias; que anatematizan á los que puede afirmarse han deshonrado, envilecido y cubierto de ignominia á su pais; que tienen puestos los ojos y el corazon en el venerable Jefe de la cristiandad; que distinguen á los que profesan principios que corresponden á los suyos; que harán por fin llegado el instante todo género de sacrificios, para conseguir una restauracion que piden de consuno la justicia, la necesidad y la conveniencia.

No excluyo á los defensores de esa utopia que se denomina la unidad de Italia. ¿Qué importa sea el pensamiento irrealizable, si el pensamiento es generoso? ¿Cómo he de condenar á los que anhelan sea su patria poderosísima? ¿Cómo no he de aplaudir á los que ansían dejen de señalar los extranjeros los caminos que han de recorrer? ¿Cómo no tengo de disculpar á los que olvidan en el frenesí del entusiasmo que áun en los tiempos en que casi todas las naciones europeas tendieron á la unidad, amó Italia sus pequeños principados y sus repúblicas insignificantes, como tambien que Pio IX en cuyo noble pecho hospédanse sólo hidalgos sentimientos, no consiguió siquiera que se aliasen todos los Estados de la hermosa Península?

No necesito decir cuáles son los italianos que me inspiran compasion por sus propósitos verdaderamente abominables. Son los italianos que han querido lograrlo todo por medios afrentosos y repugnantes; son los italianos que en vez de pensar en posibles aunque improbables enlaces, no han vacilado en destronar á sus príncipes legítimos, y en recurrir para conseguirlo á bayonetas extrañas; son los italianos que han violentado con el puñal y corrompido con el oro á sus hermanos para que secundaran sus planes indignos; son los italianos que han incendiado poblaciones enteras, sumido en cárceles hediondas á venerables sucesores de los Apóstoles y ahogado en su propia sangre á muchos de sus compatriotas, solamente por ser defensores del antiguo régimen; son los italianos que han escarnecido á Pio IX y exaltado los nombres del aventurero Garibaldi, del traidor Liborio Romano, de los regicidas Milano y Orsini; son los italianos que han atraido sobre su Península las maldiciones de Dios y los anatemas de los hombres.

Lo repito. Esos italianos me inspiran verdadera lástima, compasion profunda. Y añado sin ser profeta, que su obra, léjos de prevalecer, vendrá pronto á tierra con estrépito aterrador.

En cuanto á sus iniciadores, tengo la persuasion de que lo que les sucede indica lo que les acontecerá en época cercana. Lo he manifestado y lo repito. El Dios de las misericordias lo es tambien de las justicias y de las venganzas. La historia divina lo propio que la humana registran demostraciones innumerables de esta verdad, que á cada momento esclarece la experiencia.

II.

No debo proseguir sin hacer algunas observaciones sobre un punto importantísimo que se relaciona directamente con lo que acabo de manifestar. Debo consignarlas con tanta más razon cuanto se han sostenido y se sostienen respecto de él las doctrinas más desatinadas y las conclusiones más absurdas. Refiérome á la usurpacion, como quizá se habrá comprendido.

Importa investigar si da ó no derechos, y si queda ó no legitimada en cuanto es reconocida por los gobiernos, ó desde que los verdaderos soberanos no se

hallan en disposicion de proteger á su pueblo. El buen sentido de mis lectores comprenderá desde luego que la cuestion propuesta no puede calificarse de tal. ¿Quién aseguraria empero que todos defienden ideas sanas en la indicada importantísima materia? Y sobre todo ¿quién sabe si muchos ignoran lo que de ella debe pensarse ó sentirse?

Desgraciadamente se ha extraviado la opinion pública de una manera deplorable. Dígase á un cursante de teología ó de jurisprudencia si la usurpacion puede dar derechos al usurpador, y se maravillará de la pregunta, contestando no bien se persuada de que se le hizo sériamente. «No, la usurpacion no puede dar derechos en modo alguno. ¿Qué importa que las tropas se subleven ni que se levanten los pueblos en armas contra su rey y señor? ¿Qué importa que un advenedizo exija juramentos y se haga proclamar por otras potencias? ¿Puede acaso depender la bondad ó la malicia de las acciones de la fuerza con que cuenten los que las ejecuten, para sostener las consecuencias de las mismas?» Y añadirá, con sobra de fundamento, que asegurar lo contrario vale tanto como prescindir absolutamente de la moral y de la justicia; que la teoría de los hechos consumados no puede ser más repugnante; que aplicada al derecho civil ó privado legitimaria el robo escandulosamente, etc., etc.

Eso responderá de seguro el cursante de teología ó de jurisprudencia. Los diplomáticos, los gobernantes, los senadores, los diputados, los periodistas, los políticos en una palabra, suelen ver las cosas de muy distinta manera. Áun los que tienen la dicha de profesar ideas salvadoras, suelen conceder á los hechos que se verifican una importancia que bajo ningun concepto ha de otorgárseles.

Urge por tanto rectificar las ideas falsas que se defienden por muchos sobre la tésis referida, y oponer á ellas las únicas que pueden admitirse ó proclamarse. Han producido ya consecuencias demasiado terribles, para que pueda el asunto desatenderse. La confusion no puede ser más espantosa. Todo está desquiciado, todo corrompido, todo fuera de su asiento. Los negros nubarrones que en el horizonte asoman, pueden reputarse como el presagio de una conflagracion universal.

No es preciso referir los males indicados porque son evidentes. Léanse á mayor abundamiento las siguientes palabras de *Lamennais* que describe los de Francia con singular elocuencia: «No, dígase cuanto se quiera, nunca podrá presentársenos en los siglos anteriores el ejemplo de una disolucion tan completa y tan rápida. Apénas habian pasado algunos meses cuando se vió desaparecer la religion, el reino, los cuerpos constitutivos del Estado y el Estado mismo: las leyes, las costumbres, los usos hereditarios, las opiniones recibidas, las máximas antiguas, las ideas, los principios y los sentimientos trasmitidos de generacion en generacion, todo muere, todo se desvanece y todo se borra; una energía desconocida hasta entónces apresura y precipita la destruccion; se acumulan ruinas sobre ruinas que se mezclan y confunden; no se puede ya contarlas ni reconocerlas, y los soberanos mismos son deshechos en ruinas. La sociedad, presa de la disolucion, presenta la imágen afrentosa de una ciudad devastada, desposeida de sus murallas y de sus monumentos, sobre la cual un vencedor implacable ha paseado el carro, sembrándola de sal, emblema lúgubre de una eterna esterilidad..... » «Esta terrible revolucion ha arrancado hasta la raiz, y arrojado desdeñosamente á lo léjos toda institucion social, como una planta inútil y venenosa.»

Mis opiniones sobre la usurpacion no se apoyan sólo en lo que dicta el buen sentido: apóyanse además en autores por mil razones respetables.

El buen sentido persuade sin duda de que nada logra el usurpador con el indicado reconocimiento. Sábese que muchos gobiernos hanse amamantado á los pechos de la revolucion, y que tienen por consecuencia grandísimo interés en reconocer todo lo que se consuma contra el derecho; sábese además que suelen ceder á influencias del pais ó del extranjero; sábese tambien que dependen de soberanos ilegítimos; sábese igualmente, para concluir, que muchos demagogos de frac y de corbata blanca, mantienen relaciones con los que, llegado el momento, se precipitan por calles y plazas furiosos y frenéticos.

Sábese asimismo que el soberano no tiene quizá la culpa de que sus pueblos le abandonen, de que sus estadistas le vendan, de que su ejército le ponga en poder del usurpador, de que desconozcan sus deberes más rigurosos los obligados á derramar en su defensa hasta la última gota de su sangre.

Hé aquí ahora lo que dicen algunos publicistas de mérito reconocido. Segun Vazquez, profesor de teología en Alcalá y en Roma despues, no cabe la prescripcion miéntras haya sucesores, miéntras no se haya extinguido completamente la dinastía. Dupuy sostiene lo mismo. Suarez, Navarro, Grocio, Puffendorf y otros, exigen, despues de todas las guerras y turbaciones, la posesion quieta y nunca interrumpida de un siglo. Algunos ponen condiciones mucho más graves todavía.

Lástima que la índole de mi obra no permita tratar este punto con la amplitud que pide su importancia, mas no soltaré la pluma sin exclamar con el águila de Meaux: «No hay derecho contra el derecho.»

III.

Es Turin una buena poblacion que tiene sin embargo poco de notable. Actualmente se construyen casas bonitas con arreglo al gusto del dia. Ofrecen pocas comodidades, pero su exterior es regular y hermoso á veces. El que se pára en la superficie de las cosas se maravilla de que suceda eso en un siglo en el que se ha desarrollado hasta la locura el deseo de



Bajada del Monte Cenis.

bienestar material y de placeres sensuales; mas el que gusta de penetrar en el fondo de las mismas comprende que el fenómeno es muy natural y muy puesto en razon. Los hombres han prescindido de la caridad evangélica que les manda se amen mutuamente, arrojándose ciegos en los brazos de ese feroz egoismo que se resume en las siguientes palabras comunes pero enérgicas y expresivas: «Primero yo, despues yo, y siempre yo.» ¿Quién puede asombrarse de que los propietarios, en vez de levantar, como los antiguos, casas dignas de ese nombre, construyan nidos, y los cubran con paredes más ó ménos sólidas ó adornadas?

Tampoco se distingue Turin por sus monumentos, sin embargo de pertenecer á Italia, templo sin duda del arte. Guarda obras y objetos notables, que refie-

ren las *Guias*, y que no entra en el plan de mi libro enumerar; mas no puede competir bajo ningun concepto con Florencia, ni con Roma, ni con Pisa, ni con Venecia, ni con muchas otras ciudades de la Península.

Esto se alcanza teniendo en cuenta las vicisitudes por que ha pasado la poblacion. La historia nos dice que la destruyó Aníbal por no haber querido aliarse con él y dirigirse contra los romanos; que conquistóla despues Cayo Julio César tan célebre como guerrero, como político y como historiador; que más adelante cayó en poder de los lombardos; que la hizo luego suya el nunca bastantemente ponderado sucesor de Pepino; que pasó más tarde á poder de los marqueses de Susa; que se apoderó posteriormente de ella la Francia; que fué restituida durante el reinado de Felipe II al ilustre vencedor de San Quintin; que Napoleon la hizo capital de una provincia francesa; y que el Congreso de Viena la restituyó á los antecesores de Víctor Manuel.



Vista de Turin.

Estas y otras vicisitudes, como se comprende sin dificultad, impidieron que se desarrollaran en ella las artes. Muy mal se compaginan éstas con el ruido y el estruendo de las armas. Las excepciones confirman como es sabido la regla general.

Digo lo propio aplicándolo á la literatura y á las ciencias. Quizás por esto cuenta entre sus hijos muy pocos sabios y poetas.

La ciudad de Turin está cubierta al N. O. por muchas ramificaciones de los Alpes. El Po entra en ella por el S. y sale por el O. despues de tomar las aguas de varios pequeños rios. Está situada en una hermosa llanura y á la márgen izquierda del mencionado caudaloso rio, sobre el cual se ostenta un puente soberbio de cinco arcos.

El aspecto de la poblacion es muy agradable. Lo es sobre todo contemplada de léjos, gracias indudablemente á la multitud de torres y cúpulas que se levantan á guisa de señoras sobre los edificios.

Al comenzar este siglo tenia sólo 65,000 almas: hoy cuenta más de 140,000.

IV.

A no saberlo, pronto hubiese advertido que me hallaba en pais dominado por Víctor Manuel.

He dicho ya que habia entre mis compañeros de viaje un religioso de Santo Domingo, quien, al al llegar á Turin, quiso abrazar á sus hermanos de Religion. Experimentó por el momento este dulcísimo placer: aguardábale además en Roma el de vestir los airosos hábitos de su Órden memorable.

Hé aquí por qué á la mañana siguiente de nuestro arribo á la ex-capital del Piamonte (está construi-

da por decirlo así en la falda de los Alpes, *Pie-di-monte*), dirigíme muy temprano á la iglesia de Santo Domingo, en donde se conserva un lienzo verdaderamente clásico. No hay otro en las restantes iglesias de Turin.

Casi es lo único que tiene de notable. El suelo es de mármol, mas esto no sorprende ni maravilla en Italia. Llamó grandemente mi atencion, más que por su mérito, por el asunto, y por tratarse de cosa nueva para mí, un mosáico que representa la vision de San Pio referente á la inmortal batalla de Lepanto. Sabido es que gracias á ella pudo anunciar á los que le rodeaban la victoria feliz, no bien se hubo conseguido. Consideren mis lectores cuál seria el asombro de los mensajeros enviados por don Juan de Austria, jefe de las fuerzas navales reunidas de España, Venecia y Roma.

En la sacristía se conserva el cuerpo de un Santo.

Extrañóme mucho una costumbre de los dominicos. Ignoraba que al revestirse para celebrar se colocasen sobre la cabeza el amito á modo de cofia, y que se lo dejasen caer despues de comenzada la Misa.

Por lo demás observé allí una pobreza que me contristó profundamente. El culto, dígase cuanto se quiera, debe ser magnífico, espléndido, propio en una palabra de la grandeza de Dios á quien se destina. No serán benditos por Él los que tienen la culpa de que sea pobre y miserable.

Hubiera podido adivinar lo que me dijeron poco despues los padres del convento á que pertenecia la iglesia. Ya no podia calificarse aquél de tal. El Gobierno les habia desposeido de él y estaba en vísperas de quitarles lo poco que *generosamente* les dejara. Contábanlo los buenos religiosos tranquilamente y sin cólera, limitándose á procurar por todos los medios posibles que no se consumara el despojo. ¡Gestiones de todo punto inútiles! Yo que no tengo su virtud, estaba profundamente indignado: ardia mi sangre, y necesitaba traer á la memoria los preceptos de nuestra Religion, para no odiar á los hombres inicuos que tan escandalosamente abusaban de su fuerza material. La indignacion fué mayor cuando, desde una ventana del corredor enseñáronme la disposicion del convento que se veia en frente. Allí estaba, me decian, la biblioteca; más allá la habitacion del padre superior, etc., etc. Consideraba el destino que darian á todos aquellos lugares santos, y pedia humildemente á Dios que no se consumase la profanacion.

Dichos religiosos confirmaron mis noticias en punto á la situacion de Turin, y en general de todos los estados sometidos á Víctor Manuel. El descontento de los turineses no puede ser mayor. Han sido engañados indignamente. Cuantas promesas les hizo el gobierno han resultado completamente falsas. En vez de prosperidad y abundancia, vense dominados por la miseria. Los bienes del clero no impiden que aumenten de continuo los impuestos. Puede repetirse por consecuencia con Martinez de la Rosa:

«Extenderse, crecer, tocar las nubes....»

Como si esto no fuese bastante, Turin ha dejado de ser la capital del Piamonte.

Miéntras el gobierno les pidió poco, nada dijeron. Muchos apuraron en su favor y en favor del hijo de Cárlos Alberto el diccionario de las frases laudatorias. No les importaban las persecuciones solapadas ó encubiertas, dirigidas contra la Iglesia y sus ministros venerables. Mas desde el punto en que vieron que las contribuciones aumentaban todos los años, y observaron además en lujosas carretelas tiradas por magníficos caballos á hombres que poco ántes iban casi descalzos y desnudos, la escena cambió por completo. A la satisfaccion sucedió el descontento y el disgusto: los elogios para los ministros fueron reemplazados por murmuraciones más ó ménos graves, por burlas más ó ménos sangrientas, por amenazas más ó ménos terribles. Me refiero, como es claro, á los turineses contaminados por la letal influencia revolucionaria.

Una cosa semejante aconteció con la familia real. Hubo un tiempo en que los habitantes de Turin y áun todos los piamonteses la querian profundamente, por no decir que la idolatraban. Grandes aclamaciones llenaban los aires cuantas veces aparecia en público. La frialdad más glacial sustituyó al primitivo fervor. Últimamente no la vitoreaban ni se movian siquiera de su sitio á fin de saludarla.

Pueden dar fé de lo dicho todos los que recientemente han estado en Turin: puédela dar tambien el príncipe Amadeo. El hijo de Víctor Manuel sabe lo que le sucedió cuando contrajo matrimonio. ¡Quiera Dios que la indiferencia, por no decir el desprecio de que fué víctima esclarezca sus ojos, y le hagan comprender sienta muy mal á los príncipes el papel de revolucionarios, como tambien que áun dando al olvido la historia, el pueblo acaba por dispensar á todos completa y rigurosa justicia.

V.

Desde la iglesia de Santo Domingo me dirigí á la redaccion de la *Unidad católica*, periódico que defiende con sin igual valor é intrepidez la causa verdaderamente sublime de la Religion y de la Monarquía. Deseaba vivamente conocer á su respetable director don Santiago Margotti; mas no logré mi objeto porque habia salido de Turin. Mucho sentí no poder saludar respetuosamente al ilustre autor de «*Roma y Lóndres*,» libro que pone de realce hasta la evidencia la incontestable superioridad de la civilizacion católica sobre la basada en el desacreditado protestantismo.

Miéntras estaba en el sitio mencionado acudió un turinés, y puso en manos de la persona encargada de recibirlas algunas monedas. Pregunté lo que aquello significaba, y supe una cosa que me llenó de satisfaccion, y que tiene á no dudar grandísima importancia. El ilustre conde Boschetti habia tenido una ocurrencia feliz. Habia determinado formar un album con motivo de las próximas fiestas para presentarlo á Pio IX. Habíanse reunido ya infinidad de firmas, y recaudado sumas considerables. Los mismos iniciadores del pensamiento estaban asombrados del éxito. Obra Dios continuamente prodigios y maravillas.

Hé aquí un argumento incontrastable contra los que aseguran cándidamente ó con malicia refinada que los italianos no están por Pio IX, y que aman á Víctor Manuel de una manera extraordinaria. El número de los que han contribuido á la obra mencionada es ya mucho mayor que el de los que elevaron mensajes en favor de la Revolucion.

Considérese, para comprender la trascendencia de lo referido, que muchos de éstos se vieron forzados á tomar parte en la farsa, así como que se procuró impedir que aquellos manifestasen de un modo tan ostensible su amor á la Santa Sede. Considérese igualmente que la Revolucion empobrece los estados en donde impera, y que sufren detrimento en sus fortunas de una manera singular los que han dado á conocer más ó ménos directamente el odio profundo que les inspira.

Bien puede asegurarse que no hubieran aparecido la cuarta parte de las firmas en los mensajes que se redactaron en favor de la Revolucion sin la indicada violencia. Bien puede añadirse que se hubieran reunido un número cuatro veces mayor de firmas y una cantidad cuatro veces más considerable en favor de de Pio IX sin la presion referida.

Las líneas anteriores no tienen por objeto hacer la apología de los periódicos. Amo como muchas personas respetables el libro, y no desdeño la revista: no digo lo propio de esos pedazos de papel donde cualquier pelafustan trata con desenfado inaudito los asuntos religiosos más graves y los problemas políticos más difíciles; de esos pedazos de papel que reciben frecuentemente subvencion del gobierno ó de ciertas sociedades mercantiles; de esos pedazos de papel en los cuales tienen cabida las personalidades más indignas, los insultos más groseros y las injurias más horribles; de esos pedazos de papel cuyo folletin ha contribuido poderosamente á la corrupcion de nuestras costumbres; de esos pedazos de papel que han extraviado el buen juicio de las gentes hasta un punto que asombra y espanta; de esos pedazos de papel finalmente que han sido causa de que todos se metieran á políticos, y olvidaran en su virtud con frecuencia sus deberes más obvios, sus más sagradas obligaciones.

Aun los periódicos religioso-monárquicos están llenos de inconvenientes que saltan á la vista. Son indispensables miéntras existan los aludidos, y así lo ha confesado indirectamente más de una vez el Pontífice que rige la Iglesia por la voluntad de Dios; pero mucho se ganaria si no lo fuesen. Un venerable Prelado español creia preciso tiempo atrás para poner fin á los males que afligen y conturban á las sociedades modernas imponerlas..... una temporada de silencio. Juzgo indudable que marcharíamos mejor, si se leyese algo ménos y se meditase un poco más.

Réstame añadir que juzgo en sazon á Europa y singularmente á nuestro desventurado pais para la medicina indicada. Creo firmemente no vendria el mundo abajo aunque se suprimiesen los periódicos. El descrédito á que han llegado casi no puede ser mayor. Descrédito que hace llegue á los periodistas que marchan por rectos y nobles caminos la indiferencia que inspira la clase, siquiera esté cubierto por un manto de consideracion y simpatía. . . . . .
. . . .
. Pídote lector perdon por mis frecuentes paréntesis, y te prometo la enmienda.

VI.

Salimos luego en direccion á la catedral, que sólo tiene de notable la capilla del Santo Sudario. A ella voy á ceñirme por consecuencia, no sólo por su mérito que es grande y por su significacion que es mucha, sino tambien porque ví en ella por una coincidencia la que se llama impropiamente la buena sociedad de Turin, y experimenté además por lo que luego diré, una verdadera satisfaccion.

Habrán adivinado mis lectores que se conserva en la mencionada capilla el lienzo que sirvió para envolver el sagrado cuerpo del Redentor del mundo. ¡Reliquia verdaderamente inestimable y preciosa! Se conserva en una rica urna de plata, sobre un altar de mármol negro que tiene dos caras.

La capilla en que me ocupo se halla colocada encima del altar mayor, y se descubre desde abajo por medio de unas pobres vidrieras. Repito que artísticamente considerada es muy notable. Es una rotonda de gran elevacion, y está rodeada de columnas tambien de rico mármol negro que sostienen seis grandes arcos. La cúpula con que termina se compone de varias bóvedas colocadas las unas sobre las otras, y dispuestas de arte que permiten ver en la cumbre del edificio una estrella rica al par que graciosa. Al que la contempla, no advirtiendo al prin-

cipio que descansa sobre sus rayos, parécele verla suspendida en el aire. El pavimento es de mármol semi-azul: hállanse incrustadas en él muchas estrellas de bronce dorado.

Junto á la capilla está el palacio real. Desde una de sus galerías se puede penetrar á pié llano en ella. Hé aquí por qué dije que tiene una significacion extraordinaria.

Conviene añadir ántes de continuar, que hay entre sus arcos libres cuatro monumentos fúnebres construidos por órden de Cárlos Alberto. Consérvanse en los mismos los restos mortales de Amadeo VIII, Filiberto, Tomás y Cárlos-Emmanuel, príncipes todos de la casa de Saboya. Gracias principalmente á ellos se distingue la capilla por su imponente majestad. Cuantos penetran en su recinto se sienten conmovidos.

Por ésto manifesté que Víctor Manuel parecia



Puente sobre el Po, en Turin.

destinado á huir de los lugares donde descansan sus antepasados. Cedió con Chambery el palacio que algunos habitaron en vida: abandonó despues, al dirigirse á Florencia, la mansion que ocupan otros despues de fallecidos. Si se considera que la voz casualidad carece para el católico de sentido, los hechos á que me refiero dan márgen á pensamientos tristes y á reflexiones sombrías.

Ignoro por lo demás á punto fijo si Víctor Manuel penetraba con frecuencia en el lugar á que aludo cuando residia en Turin. Sóbranme motivos para decir que no. A penetrar en él, la mencionada reliquia le hubiese llenado de pavor. A penetrar en él, la imágen de sus padres que marcharon por las sendas de la virtud y del deber, hubieran suscitado en su alma terribles remordimientos de conciencia.

Es por lo ménos dudoso que un Rey cuya diversion favorita es la caza, que segun una escritora concluye por embrutecer, sepa quién fué y lo que hizo Filiberto, aunque sea uno de sus antepasados. Si lo sabe, ¿qué ha de pensar y sentir cuando vea su estatua ecuestre en la plaza de San Cárlos, ó su tumba en la capilla del Sudario?

Un jóven elegante habia determinado conducir al pié del altar y hacer su esposa á una niña encantadora. Precisamente designaron el dia y la hora en que acudí á la catedral de Turin. Pensé al principio que la ceremonia nada ofreceria de particular: persuadíme pronto de que estaba equivocado.

Lo más distinguido sin duda de la ex-capital del Piamonte acudió á la capilla mencionada. Los hombres pareciéronme vulgares: no así las turinesas. Me parecieron por el contrario graves, más agraciadas que bonitas y de gran estatura. Vestian además con suma elegancia.

Me chocó mucho un oficial barbilampiño que juzgué seria pariente cercano ó amigo del novio ó de la novia. Se movia en todas direcciones sin necesidad para mantener el órden, y recordóme los siguientes versos de Iriarte, dirigidos á una ardilla:

Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas;
Quiero amiga
Que me diga
¿Son de alguna
Utilidad?

Me consta que no puede pasarse de lo particular á lo general; pero si tuviera que deducir del valor de la persona en que me ocupo el de los oficiales piamonteses, mal parados quedarian de seguro. Agolpábase la gente con el fin de presenciar á su sabor el acto sobre todo encarecimiento imponente. Nuestro hombre arremetia sin compasion allí donde no encontraba resistencia; pero retirábase con la timidez del niño, y añadir pudiera con la velocidad del rayo, no bien alguno resistia sus ataques. Entónces murmuraba y parecia dispuesto á dar muestras de lo que pueden las *tizonas* de Víctor Manuel. Tomó sin embargo el partido de no hacer nada y repetí al verlo con el inmortal Cervantes:

Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

La novia llegó, y en ella se fijaron naturalmente las miradas todas. Vestia de blanco, así como de negro el hombre con quien iba á ligarse..... para siempre. ¡Oh! si la Religion de Jesucristo no hubiera elevado el matrimonio á la sublime dignidad de sacramento, proporcionando así á los esposos gracias inefables y fuerzas misteriosas, no se casaria quien fuera profundamente reflexivo.

El ministro del Señor cuyo noble y dulce aspecto quedó grabado en mi alma de un modo indeleble, preguntó al novio en edioma italiano, si aceptaba por mujer á la jóven. Preguntó seguidamente á ésta si queria por marido al que acababa de pronunciar el *sí*. Inclinóse primero en presencia de sus padres para obtener su venia, y en seguida dejó escapar la palabra sacramental. Dijo el sacerdote las preces de rúbrica, y dejó caer sobre los dos la santa bendicion.

Comenzó la Misa, y salieron del órgano torrentes de armonías, mas no puedo decir lo propio relativamente á los cantores. No hubiera podido comprender por ellos que me hallaba en el pais de Donizetti y de Bellini.

Me faltaba recibir todavía la impresion más agradable. Me refiero al discurso filosófico-moral pronunciado despues de la Misa por el jóven celebrante. ¡Qué entonacion! ¡Qué gallardía! ¡Qué majestad! ¡Cuánta dulzura! Habia oido decir ¡cosa rara! que los turineses hablan á maravilla la suave armoniosa lengua del Dante y de Alfieri, así como pésimamente los florentinos, y en honor de la verdad el sacerdote hízome creer positiva por lo ménos la parte primera de la aseveracion

El referido discurso humedeció mis ojos tres ó cuatro veces. A nadie debe sorprender que así sucediera. Lo imponente de la capilla, la preciosidad de lo que se conserva en la misma, lo escogido de la concurrencia, lo trascendental del acto que se acababa de consumar, y sobre todo las cualidades superiores del orador producian un efecto asombroso. Su cara verdaderamente agradable, el sitio elevado desde el cual dirigia su palabra elocuente á los circunstantes, la profundidad de sus ideas, la belleza de su estilo, la rotundidad de sus párrafos y el gusto con que acentuaba lo que decia, llamaron grandemente mi atencion, y me hicieron olvidar las precedentes impresiones disgustosas.

Conserva mi memoria poco de lo que dijo. Recuerdo sí que comenzó encareciendo y ponderando bellamente la institucion de la familia, y que sus palabras me recordaron las que pronunció años atrás sobre el mismo asunto, en Nuestra Señora de Paris, el ilustre P. Félix de la Compañía de Jesus. Que la familia es una institucion verdaderamente trascendental; que su progreso lo mismo que su decadencia señalan la decadencia ó el progreso de las sociedades; que es el santo asilo del amor y el santuario de la virtud, así como la fuente y el modelo de la vida social; que puede considerarse como la imágen de un gobierno perfectamente organizado; que fue magnificada y engrandecida por el Redentor del mundo; que importante en todos los tiempos, lo es más en los presentes, por ser una de las pocas instituciones que no ha logrado destruir la Revolucion; que resuelta en fin en un sentido ú en otro, puede llevar á los pueblos por la senda de la bien comprendida civilizacion, ó precipitarles en el más horroroso y profundo de los precipicios.

Detúvose á recordar lo que fué durante los siglos paganos, con el fin de que al compararlo con lo que principió á ser en los que caen á este lado de la Cruz, segun la bella expresion de Chateaubriand, apareciera el contraste con toda su verdad. El marido era entónces un tirano; la mujer esclava; los hijos cosas, de las cuales podia disponer el padre á su antojo. No es preciso decir la situacion que ocupan en la familia cristiana esos tres elementos que la constituyen é integran.

Terminó enumerando los deberes de los recien ca-

sados, y haciendo en su virtud oportunísimas observaciones.

Ignoraba la costumbre que revelan las precedentes líneas. Supe luego era en Italia bastante general.

Habíamos resuelto salir por la tarde en direccion á Florencia. Nos aguardaba el coche á la puerta de la catedral, y era preciso aprovechar el tiempo. Aparte lo manifestado, casi no habia visto mas que la plaza de San Cárlos. Dos palabras sobre ella.

Es cuadrada y hermosa. Tiene 167 metros de largo y 77 de anchura. Adórnanla dos grandes palacios, cuyos pórticos presentan un soberbio golpe de vista, así como las iglesias de San Cárlos y Santa Cristina. Adórnala sobre todo la magnífica estatua ecuestre del vencedor de San Quintin, á quien no sin razon fió con frecuencia Felipe II el honor de las armas españolas. Consideren mis lectores si veria con gusto el monumento indicado.

El escultor representó á Filiberto de Saboya en el acto de envainar su poderosa espada. La idea fué sin duda excelente. Puede afirmarse que todo lo habia hecho despues que hubo dado á conocer su valor en Flandes, y sobre todo en la toma de las plazas fronterizas de Ternane y Heslim; despues que hubo conseguido la victoria memorable que dispersó y puso en fuga al ejército de Francia; despues que hubo preparado la paz tan ventajosa para nosotros de *Chateau Cambrésis;* despues que hubo vuelto á tomar posesion de sus estados que injustamente le arrebatara el extranjero.

En el pedestal se lee la corta pero significativa inscripcion siguiente: «Al vengador y salvador de su familia.» Hay además en él dos bajos relieves que conmemoran el mencionado hecho de armas y la paz referida. La armadura que lleva la estatua, copióla el escultor de la que usó Filiberto y conserva el *Museo de armas.*

En las *Guías* francesas no constan estos datos. Hé aquí el sistema de nuestros vecinos, que puede considerarse como la antítesis del nuestro. Abultan hasta el *non plus ultra* de la exageracion lo favorable, y encubren diligentemente cuanto les perjudica.

Estamos en el coche, y nos proponemos recorrer la ciudad de Turin.

Ya se ofrece á nuestra vista una plaza regular donde se levanta un monumento. De infame lo calificó el que tuvo la dignacion de acompañarnos. Es un obelisco destinado á conmemorar la abolicion de las inmunidades y privilegios eclesiásticos. Una de tantas medidas que han tomado los hombres de la escuela que no es indispensable mencionar en daño del Catolicismo.

Descubrimos un barrio de casas cuyo nombre tiene por objeto perpetuar la memoria de la campaña de Crimea. En honor de la verdad no se batieron allí mal los piamonteses. Es imposible decir lo propio de la guerra sostenida hace poco entre Austria y Prusia. ¡Qué derrotas tan humillantes y tan completas!

Tengo para mí que cada dia será menor el denuedo de los soldados de Víctor Manuel. Con ciertos sistemas todo se rebaja, todo se corrompe, todo degenera. En mi sentir es muy fácil demostrar de una manera victoriosa que pasa lo que no puede ménos de acontecer.

Es claro, por lo demás, que las casas referidas se construyen segun el gusto moderno. La *civilizacion* de nuestros dias presenta en todas partes los mismos caracteres. En ellas no hay sitio para los *pobres*, que aumentan extraordinariamente todos los años en las grandes poblaciones.

Holgárame mucho de saber qué harán los gobiernos liberales, el dia no lejano quizá, en que hayan desaparecido las casas de poco precio, y no puedan los indigentes pagar el alquiler de otras habitaciones. El que guste de resolver el problema puede considerar que si el *progreso* continúa, entónces habrán desaparecido, segun todas las probabilidades, los establecimientos piadosos que existen todavía en pié, acreditando el *oscurantismo* de otros tiempos.

¿Cuál es el nombre de este palacio que á la izquierda se levanta? No es palacio, me respondió el que hacia de *cicerone*: es un cuartel. Otra demostracion de los adelantamientos de la época presente, dije para mis adentros, y sobre todo de que en ella ha sucedido lo contrario de lo que se anunciara más ó ménos pomposamente.

Las guerras son providenciales, decian y dicen los católicos con el tan ilustre como profundo conde de Maistre, y por consecuencia vanamente han tratado tratan ó tratarán los hombres de impedir lo que Dios en sus juicios inescrutables dispone ó permite. Y añadian que son providenciales, como las pestes y las enfermedades; que con ellas se azota ó purifica á los pueblos; que es puramente candoroso en fin, tratar de impedirlas ó evitarlas.

Son providenciales, sí. Porque son providenciales, las instituciones establecidas con el fin de hacerlas desaparecer, no han producido resultado alguno; porque son providenciales, han perdido el tiempo lastimosamente los que han trabajado para conseguir una paz estable y duradera; porque son providenciales, tan difícil es, humamente hablando ó discurriendo, defenderlas, como fácil atacarlas; porque son providenciales, los soberanos puédenlas acordar sin temor de que su pueblo se niegue á ir á ellas como indudablemente aconteceria si la opinion pública no las

mirase hasta cierto punto con buenos ojos, á propósito de lo cual ha recordado el referido de Maistre que Pedro el Grande, al paso que necesitó todo su carácter para que los rusos se cortasen las barbas, nada necesitó para conducir sus ejércitos al combate; porque son providenciales, los hombres se despojan, cuando suena la hora de la pelea, de sus compasivos sentimientos y marchan alegres á matar á semejantes suyos que nunca los ofendieron; porque son providenciales, la carrera militar es la más honrosa, la más noble y la más considerada, á excepcion de la sacerdotal; porque son providenciales, han creido muchos sabios eminentes que derivan de una gran ley espiritual, y observado en ellas algo de divino; porque son providenciales, hacen los guerreros lo que más les repugna, lo más contrario á sus instintos, lo que más horror les inspira; porque son providenciales, no hay muerte tan gloriosa como la conseguida en el campo de batalla; porque son providenciales, acontece con frecuencia que muchos, sin embargo de aborrecerlas y anatematizarlas, las declaran, como si á ello se viesen impulsados por una fuerza irresistible; porque son providenciales, su éxito se determina casi siempre por circunstancias imprevistas, para demostracion de lo cual sólo necesito recordar la que ha motivado estas líneas; porque son providenciales en fin, muchos, sin embargo de que nos repugna todo derramamiento de sangre, iremos con el mayor gusto á combatir por nuestra Religion, por nuestra Patria y por nuestro Rey, si fuere necesario.

Los defensores de la filosofía moderna prometieron acabar con ellas, y aseguraron en el delirio de su entusiasmo infantil, que el hierro sólo serviria en adelante para construir locomotoras, máquinas ó instrumentos de labranza. ¿Necesitaré recordar lo que ha pasado? Las guerras no han disminuido: han aumentado hasta un punto que asombra y espanta las luchas civiles. Hermanos contra hermanos se insultan, se difaman, se calumnian, se odian y se asesinan á cada instante. Las calles y los campos aparecen con frecuencia llenos de cadáveres. Derrámanse de continuo torrentes de lágrimas y de sangre. . .

. . . .

¡Dios mio, Dios mio! deten tu brazo y abre los ojos de los hombres, para que cesando de ofenderte, puedas darles la paz que tantos te pedimos de todo corazon.

Dijo á seguida nuestro acompañante: «Regaló esta casa el municipio á Lamármora, que desterró al arzobispo de Turin.» Nada quiero escribir contra el general piamontés que ha tenido la inmensa desgracia de abandonar las tradiciones venerandas de su familia piadosa. Por lo que hace al Prelado referido, á quien la ciudad de Lyon concedió generosa hospitalidad, ¿quién ignora los padecimientos de que le hicieron víctima los enemigos de la Iglesia? ¿Quién ignora su valor heróico y su entereza inquebrantable? ¿Quién ignora que su conducta fué alabada y encarecida por Pio IX, por muchos obispos de Italia y de casi todas las naciones, y en fin por innumerables católicos ilustres?

El Jefe de la Iglesia escribióle admirando su egregia virtud episcopal, su fortaleza y constancia, «dignísima ciertamente de los mayores elogios y de la universal admiracion.» Los obispos sardos consignaron en los fastos de la Iglesia, con eternos caracteres su nombre «al lado de los invictos atletas y defensores de las leyes y libertades eclesiásticas.» Los de Saboya le dijeron: «Monseñor: los principios que profesais son los de todo el episcopado y de la Iglesia católica. En union con todos nuestros sacerdotes ensalzamos vuestro valor, y bendecimos al cielo que nos ha dado en Vos un hermoso modelo.» Los de la Liguria se adhirieron á sus principios, y se alegraron de la «intrépida firmeza con que en nuestros dias habeis ilustrado á la faz de toda la Iglesia católica el episcopado piamontés.»

Omito para no ser interminable, los nombres de los demás aludidos sucesores de los Apóstoles. ¿No me será lícito añadir á los ilustres nombres de los católicos indicados el mio humilde y oscuro, y consignar en su elogio el egregio de Luis Marchesi Fransoni?

Abuso, lector, con mis reflexiones inacabables, de tu santa paciencia. Porque lo conozco me callo, y concedo la palabra gustosísimo á nuestro acompañante.

Esta es la gran plaza de armas, donde se pasan revistas militares.

Hé aquí el palacio de la duquesa de Génova. Todos estos edificios son nuevos. Estamos por consecuencia en el centro del mundo elegante.

Aquella es la estacion del ferro-carril.

Abro aquí un paréntesis. Entramos en un café y me puse á leer, mientras los demás acababan de tomar un helado, la *Gaceta del pueblo*, periódico revolucionario. En el número que cogí encontré una comunicacion de un señor que se desvivia ¡pésimo gusto! por ser diputado. Afirmaba *modestamente* de sí propio, que habia observado una conducta siempre desinteresada, siempre laboriosa, siempre ejemplar. ¡Con cuánto fundamento dije yo al leerla, ha dicho don Antonio Aparisi en uno de sus discursos políticos, que la humildad no es una virtud liberal!

Luego me aseguraron que el comunicante era un bribon. Si no es infiel mi memoria, me añadieron que acababa casi de servir á un ministro en calidad de criado.

Continúa en el uso de la palabra nuestro *cicerone*.

Ésta es una iglesia protestante.

Hé aquí los jardines públicos.

Aquélla es la colina de Turin. El paisaje que se ofrece á nuestra vista es muy hermoso.

El Po. No hay en Italia ningun rio tan caudaloso. Su curso es de 120 leguas, de las cuales 112 son navegables. Es utilísimo para la importacion y exportacion de las mercancías.

Aquel convento que se descubre á lo léjos pertenece á los capuchinos.

Es muy agradable venir aquí en un dia de fiesta. Ésto se llena de jóvenes que no cesan de bailar. Algunos se meten en una barquichuela engalanada con los colores del pais. Por desgracia estas costumbres han perdido su sencillez y su inocencia.

El palacio de los duques de Saboya. Únese al real por medio de una galería. Está por concluir. El jardin contiguo hállase limitado por las murallas.



Plaza de San Cárlos, en Turin.

La iglesia de San Francisco. Los frescos que observan ustedes en el frontispicio valen muy poco artísticamente considerados.

Estos guardas tienen por objeto custodiar el Tesoro público. Hace algun tiempo sólo tienen precision de guardar las cajas.

Hemos llegado á la galería real de cuadros. Aquí entro yo en escena nuevamente, no por comezon de hablar, sino por el gusto de trascribir algunas líneas de mi libro de memorias.

La galería real de cuadros es verdaderamente notable. Hay algunas obras de los príncipes de la pintura, y abundan los lienzos de distinguidísimos autores. Hay cuadros de Rafael, de Rubens, de Pablo el Veronés, de Van-Dyck, de Palma el Viejo, de Ticiano, de Gerart, de Francia, de Julio Romano, etc., etc.

La mayor parte de los asuntos son religiosos, lo cual se observa en casi todos los museos. Prueba ésto en mi sentir de una manera victoriosa, no sólo la piedad insigne de nuestros mayores, sino tambien que el arte de la pintura es esencialmente católico, á diferencia de la escultura, que es pagano por su índole. No es mi propósito desenvolver estas indicaciones: serán oportunas cuando hable de Florencia ó de Roma, ciudades que se pueden considerar como las mansiones más augustas de lo bello.

Nos dirigimos por fin al museo egipcio, que es uno de los mejores de Europa. En él existen, prescindiendo de muchas otras antigüedades, cerca de 200 cuadros pintados ó esculpidos sobre piedra, cu-

yos colores se conservan perfectamente; innumerables esculturas representando dioses, diosas y animales sagrados; muchos emblemas mitológicos; un número extraordinario de momias y de manuscritos sobre papiro que se hallan en muy buen estado; mesas que servian para las libaciones; las estatuas colosales para concluir, de Júpiter Ammon, y de varios monarcas entre los cuales merece singular mencion la del Sesostris, que sujetó parte de Asia y de África. Tambien está la de la reina, con su correspondiente peluca. Todas son de una sóla pieza y de granito rojo: su basamento es verde ó negro.

Los que repugnan creer en la existencia de los célebres Faraones, ven sus dudas completamente desvanecidas. Hé aquí una de las ventajas de los viajes. Hállase con frecuencia confirmada la historia, con monumentos numerosos verdaderamente irrecusables.



El Gran Duque de Toscana.

CAPÍTULO XIII.

Florencia.

I.

Estoy ya en la hermosa Florencia, capital hoy del efímero reino que llaman italiano. Contemplo la célebre ciudad que ha conquistado con justicia un renombre universal. Voy á recorrer lo más notable que contiene para darte cuenta despues ¡oh benévolo lector! de las impresiones que me haya producido.

Del viaje que acabo de hacer nada diré para no incurrir en pesadas y enojosas repeticiones. Estoy en Italia y dicho se está que no me canso de admirar un cielo magnífico, un sol hermoso, una campiña feraz, y para decirlo de una vez un mundo de poesía.

De la historia de Florencia diré tambien poquísimas palabras. Dícese que su denominacion se debe á la abundancia de flores que á su alrededor nacian. En cualquier libro se hallará por lo demás que debe su orígen á los etruscos; que Sila la embelleció con muchos monumentos; que la redujo á cenizas aquel *Azote de Dios* que tras asolar el imperio de Oriente, y destruir, al volver de las Galias, muchas poblaciones de esta península, detúvose ante el papa San Leon en vez de dirigirse contra Roma; que fué reconstruida por el incomparable Carlomagno; que la excelente condesa Matilde cedióla á la Santa Sede; que Federico Barbaroja la hizo suya desprendiéndose luego de ella; que reivindicóla despues con las

armas en la mano el gran Inocencio III; que fue gobernada más tarde por seis cónsules y cien senadores; que casi siempre tomó partido por los papas y en contra por consiguiente del poder civil, en las tremendas luchas del sacerdocio con el imperio; que se constituyó andando el tiempo en república independiente, á imitacion de Pisa, Sena, Arezzo y Pistoya; que despues de innumerables peripecias fue regida por los Médicis, que tanto la engrandecieron y adornaron; que don Cárlos infante de España entró en ella en 1732; que pasó despues á poder de Leczinski, rey destronado de Polonia; que por fin fue concedida á los duques de Toscana, en cuyo poder permaneció hasta que fue arrebatada indignamente á Leopoldo II.

No quiero proseguir sin consagrar una línea á la memoria de los duques mencionados. Podria conceder la palabra gustosísimo á escritores que á nadie parecieran de seguro sospechosos. Se han escapado en este particular á los mismos liberales preciosas confesiones que constituyen la más completa y elocuente apología de los príncipes referidos. Alguno ha llegado á decir que realizaron el *desideratum* del gobierno paternal.

Luego se verá si puede afirmarse lo propio de Víctor Manuel.

Por lo demás Florencia está perfectamente situada. Es una ciudad antigua y bella. Sus palacios que parecen castillos y sus monumentos al aire libre, que son verdaderamente superiores, le comunican hermosura, grandeza y majestad. Sus calles están enlosadas perfectamente y de una manera especial. Los picapedreros toman grandes piedras irregulares y las unen con primor hasta el punto de no conocerse casi las junturas.

Divídela el Arno, en cuyo valle tanto abundan, segun dicen, las mujeres lindas. Hay murallas y escaleras para bajar á él. Las dos partes de la ciudad se comunican por medio de seis grandes puentes. Encima del principal, que se denomina *Puente viejo* aparece una calle con tiendas de varias clases. Debajo del mismo hay una galería que une con los *Uffizi* y el *palazzo Vecchio* el palacio *Pitti*. Hablaré pronto de todos estos edificios.

He dicho ya que los palacios de Florencia parecen castillos. Añado que son innumerables y que están construidos con grandes piedras recortadas con el fin de que presenten picos salientes. Aún se ven los anillos de bronce, en que se fijaban los estandartes de cada faccion. Su color oscuro además, obra en mi sentir del tiempo, les da cierto aire ó tinte majestuoso que vanamente se buscaria en los de las ciudades populosas modernas. Tambien las escaleras son de piedra por punto general.

Hay en el interior patios imponentes llenos de columnas. Tienen algunos cancelas de hierro por las que pasan los carruajes cómodamente.

Creo suficientes estas noticias generales. El que las juzgue incompletas considere que mi objeto no ha sido escribir una guia, sino dar cuenta de lo más notable que haya en las poblaciones que voy recorriendo y examinando.

II.

Ya lo saben mis lectores. Florencia es hoy capital del encarecido y decantado reino de Italia. Desea naturalmente saber quien la visita, si ha ganado ó perdido desde que cesó de ser regida por los grandes duques de Toscana. Veámoslo á seguida. Lo que dije ántes y lo que añadiré despues darán idea cabal de lo que fue hasta el destronamiento de sus legítimos soberanos.

Hacer me importa una observacion preliminar. Algo de lo que diré parecerá probablemente á muchos de poca importancia. En mi sentir tiénela grande sin género de duda. Hay una porcion de cosas de poco momento bajo cierto punto de vista que retratan sin embargo á los pueblos, como hay acciones insignificantes que caracterizan perfectamente á los individuos. Conviene sorprender á los unos y á los otros cuando se quitan por decirlo así la máscara con que se tapan en ocasiones.

Era natural que Víctor Manuel se apoderara de los bienes eclesiásticos. Accion notoriamente vituperable y sobre vituperable, de todo punto estéril. Dios ha dispuesto que empobrezcan todas las naciones en donde se ha realizado semejante despojo, dando así claramente á entender la indignacion que le produce. Áun las personas enriquecidas á consecuencia de él, prescindiendo del continuo roedor de la conciencia, van cayendo insensiblemente en el abismo de la miseria. Miseria terrible, porque supone una expiacion horrorosa.

Con ser tan vituperable el hecho, es más vituperable todavía el modo con que se está verificando. La hipocresía se reune á la maldad hasta un extremo que indigna y enciende la sangre. Al oir lo que luego consignaré recordaba las frases sentidas y elocuentes que pronunció un dia en el Congreso mi particular amigo el señor don Antonio Aparisi. «Yo no puedo seguir aquí, decia en sustancia; yo no puedo soportar esta atmósfera de corrupcion que me envenena: hay ocasiones en que llego á creer que hasta el aire que respiro está impregnado de mentira.» Pasado algun tiempo abandonó la Cámara, y ha tenido el buen gusto de no sentarse más en sus escaños.

Hé aquí ahora el sistema aludido. Se comenzó

pronunciando algunas frases pomposas que tienen por desgracia el privilegio de fascinar á los tontos. «Las fincas dan poco y producirán mucho. Importa librar al clero de su cuidado, á fin de que pueda consagrarse completamente á su *augusto* ministerio. Jamás ha ejercido mayor influencia y logrado mayor preponderancia como en los tiempos en que fue pobre. Entónces no eran los cálices de oro, mas eran de oro los corazones de los ministros del altar.»

«Sobre lo dicho, tratamos de una simple permutacion. Daremos dinero ó papel realizable. Quien suponga en nosotros poco amor á la santa Religion que profesamos, nos ofende y nos calumnia: queremos sólo extirpar los abusos irritantes que se han cometido á su sombra.»

Como estas palabras no son sinceras son infames. La demostracion es inútil por tratarse de una cosa sabida de todos, mas quiero darla.

Habíase ofrecido pensionar á los religiosos. Eran despedidos de sus conventos, como tambien despojados de sus bienes, y se confesaba la justicia de una compensacion. ¿Qué se hará para no cumplir lo prometido? Hay que inventar un pretexto, mas la cosa tiene sus dificultades. ¡Es tan inicuo el despojo! ¡Es tan obvia la obligacion de atender á los despojados! ¡Es tan reciente y claro el ofrecimiento!

¿Se dirá descaradamente «no damos?» ¡Oh! de ninguna manera. Se nos compararia entónces con ciertas personas á las cuales no queremos asemejarnos.

Dificultad solventada ó resuelta. No pagaremos á los que se ordenaron en Roma, por gusto ó efecto de nuestras vicisitudes políticas. Es el caso que ascienden á 4,926, pudo decir algun amigo cándido del Gobierno. Precisamente lo hacemos por ser tan grande su número, se le hubiera contestado segun todas las probabilidades. ¿Cree usted cometeríamos por una bicoca tan enorme injusticia?

A lo ménos tendrán la conviccion de que los frailes no convienen ni han convenido jamás. Estarán equivocados, pero lo creerán, no atreviéndose á chocar de frente con las *preocupaciones* populares. Ignorarán que daban enseñanza gratuita y libros de balde, pudiendo así los hijos de las familias más humildes subir á las alturas más eminentes. Ignorarán que daban albergue á los enfermos. Ignorarán que tronaban enérgicamente contra los ricos apegados en demasía á sus propiedades, y contra los pobres que codiciaban los bienes de aquéllos. Ignorarán que impidieron durante siglos que asomara su cabeza odiosa la cuestion social. Ignorarán que se declararon protectores de las ciencias y de las artes.

Nada de esto ignoran. Lo saben por el contrario perfectamente. Nuestro acompañante me dijo á este propósito. Al propio tiempo que los diputados discutian la cuestion referente al despojo, enviaban sus hijos á los conventos. Y abundaban los colegios dirigidos por personas de sus ideas.

Parecióme concluyente la observacion, mas no me cogió de sorpresa. Hay en España muchos padres de familia que han hecho y hacen lo mismo; cuéstame mucho vencer la tentacion de consignar nombres propios.

Hay más. Me consta igualmente que en América muchos protestantes hacen entrar á sus hijos en los colegios católicos. ¡Qué convencidos estarán los que así proceden de la verdad de su religion!

Y no vale decir que los mencionados establecimientos escasean. ¿Qué padre por extraordinario que sea su deseo de dar á su hijo una educacion esmerada, le coloca en una casa donde cree ha de extraviarse con falsas ó absurdas ideas y pervertirse con ridículos sentimientos?

Que se cite por lo demás un católico que haya enviado á un colegio protestante al hijo de su corazon ó á la hija de su alma.

Sobre ésto podria escribirse un volúmen.

Lo dije ántes y lo repito ahora. «.....Esas personas, mayormente si tienen hijos, al penetrar en su casa, se trasforman como por encanto. Desaparece allí el hombre nuevo del libro, del periódico, del ministerio, de la cámara, de la academia, del casino ó del café, y resucita el hombre antiguo, el hombre bueno, el hombre cristiano.

Acabo de manifestar cómo se trata en Florencia á los religiosos. Voy á decir ahora qué conducta se observa con las monjas.

¿Pero es posible? ¿Será verdad que tambien las persiguen? Tambien con efecto persiguen á esas pobres é inofensivas mujeres que ruegan de continuo á Dios por sus enemigos. El mismo espíritu que arrojó violentamente de Portugal á esos ángeles de la tierra que se llaman las hermanas de la caridad, profana las moradas de las vírgenes del Señor y las hace derramar abundantes amarguísimas lágrimas.

El mundo no vió nunca iniquidad semejante. Se comprende que los frailes sean vejados y oprimidos, bien que con injusticia palmaria. Su presencia incomoda mucho á sus perseguidores. Sobre ésto truenan de palabra y por escrito contra los vicios y los crímenes, así como ensalzan las virtudes y las buenas acciones. Además confiesan, y distribuyen el pan sobresustancial de la Eucaristía y bendicen solemnemente á los que contraen matrimonio, y dan á los que se los piden consejos saludables, y llevan la paz á las familias y ejercen para concluir, una influencia social tan legítima como provechosa. Se

comprende, pues, sean vejados y oprimidos por ciertos hombres.

¿Qué mal hacen estas monjas? Dos verdaderamente imperdonables. El de pertenecer á una Órden aprobada y protegida por la Iglesia. El de cumplir escrupulosamente con las obligaciones que les impone.

Supe que habian observado con muchas de ellas la misma conducta que con los frailes. Tambien hallaron el medio de negarlas la pension que las habian prometido.

Prescindo de muchos datos que tengo recogidos y me concreto á las religiosas de la iglesia de Santa María Magdalena de Pazzis, de la cual hablaré despues. Tuve la satisfaccion de hablar con ellas y el disgusto profundísimo de saber por el que nos acompañaba que tenian precision de trabajar para no morir de hambre. Se habian apoderado de sus bienes y además tardaban mucho á entregarlas la pension. Hacia seis meses que no habian recibido nada.

Conviene añadir que cada una habia llevado al convento una cantidad equivalente sobre poco más ó ménos, á la de 20,000 rs. de vellon. No se la devolvian ni les entregaban algo siquiera por razon de intereses.

A consecuencia del irritante despojo habian de vivir tres ó cuatro en la misma celda.

Todo ésto y más que añadir podria, me afectó extraordinariamente, sobre todo cuando ví la calma religiosa y la tranquilidad heróica con que soportaban sus aflicciones, sus quebrantos y sus desgracias.

Era nuestro acompañante su protector y además podia por su carácter sacerdotal hablarlas de las persecuciones de que eran víctimas. Bajaron la superiora y una de las monjas profesas. Ni de los labios de la una ni de los de la otra salió la menor palabra contra sus perseguidores. Ni de murmuracion, ni simplemente de queja. ¡Qué conformidad tan santa! ¡Qué humildad tan evangélica! ¡Qué virtud tan superior!

Salí encantado de aquel lugar y con el corazon partido de pena.

¡Oh! Dios no puede ménos de imponer un castigo terrible á los que ofenden y maltratan á las personas virtuosas. Tengo para mí ha de ser mayor por la conducta que observan éstas con aquéllos. Las demás murmuran, ó acuden á los tribunales en busca de la correspondiente reparacion ó toman venganza por su mano. Las muy virtuosas recuerdan aquellas palabras del Redentor: «Yo empero os digo que nó hagais resistencia al agravio; ántes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuelve tambien la otra.» Y las siguientes que sólo pueden corresponder á una Religion del cielo descendida: «Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.»

Esas personas no despegan los labios en contra de los que no cesan de vejarlas y oprimirlas. Mal dije. Los despegan todos los dias para pedir á Dios que les mire con ojos compasivos, les hiera con un rayo de su gracia y les lleve por la senda de la virtud, del deber, del honor.

¿No es cierto que no hay en el diccionario de la lengua palabras bastantemente duras para anatematizar la conducta de los que las molestan y maltratan?

Pone lo dicho de manifiesto que los dominadores de Florencia se acuerdan poco de aquel mandamiento que dice: «No hurtarás.» Puedo añadir algunas palabras que lo confirman y robustecen.

De una iglesia lleváronse hasta los relicarios con sus reliquias correspondientes. Dios sabe lo que de éstas han hecho: la plata de aquéllos se habrá utilizado probablemente para servicios de mesa, con los cuales asombrarán sus dueños á sus convidados: con el oro y las piedras habrá construido algun artífice aderezos y coronas para las condesas ó marquesas convertidas en tales con asombro de todos, sin escluir á ellas mismas, por obra y gracia de esa revolucion que proclama la igualdad como uno de sus principios cardinales.

Varios templos magníficos de Florencia carecen de fachada. Los gobiernos legítimos anteriores querian que fuesen soberbias y necesitaban sumas considerables, que no es posible reunir en poco tiempo. Despues de mucho logróse allegar la indispensable para construir la de la magnífica catedral.

El gobierno encontró esa cantidad crecidísima. ¿Qué se ha hecho? Todos lo ignoran. Si se me responde que alguno lo sabrá haré señal de asentimiento. Lo que se sabe, porque se toca y se palpa es que todavía está por colocar la piedra primera. Rectifico. La piedra primera la puso con gran ceremonia Víctor Manuel.

Hay un hecho que forma contraste con el anterior. La iglesia de Santa Cruz tiene un frontis hermoso y bello. Está terminado pero á simple vista se nota que su construccion es muy reciente. Sin género de duda aquellos hermosos mármoles acaban, por decirlo así, de salir de las canteras.

Con efecto. Inauguró la obra en 1857 el anciano venerable que rige felizmente la Iglesia con el auxi-

lio visible de Dios y las bendiciones de los hombres.

Algo hizo con todo el rey *caballero*. Las puertas de la iglesia de Santa Cruz son magníficas. Viólas Víctor Manuel, pareciéronle pobres y dijo en consecuencia: «Las haré de bronce.»

Siguen como ántes, mas el hijo de Cárlos Alberto regaló meses ó años atrás para el objeto referido dos... cañones... clavados, y por consiguiente inservibles.

¡Gloria y prez al gran protector de la Iglesia!

Otro de los templos de Florencia es el de la Anunciacion. Una de sus capillas es sumamente notable.



El Patriarca de las Indias.

Prescindo ahora del orígen milagroso que se atribuye al cuadro de la Vírgen que se venera en la misma y me concreto á su valor extrínseco, muy grande, sin duda. Es de plata y tiene muchas piedras preciosas. El gobierno quiso apoderarse de todo. No lo consiguió porque afortunadamente salieron los propietarios. A ser incondicionales las donaciones, la iglesia se hubiese quedado sin su joya mejor y más preciada.

Hay una circunstancia por la cual el hecho tiene una gravedad inmensa y acredita el amor que profesan al pueblo los hombres que le tienen de contínuo en los lábios. La devocion de los florentinos á la Vírgen mencionada es superior á todo encarecimiento. Puede compararse con la de los aragoneses á la del Pilar y con la de los catalanes á la Morena de sus célebres montañas. El gobierno de Víctor Manuel no vaciló en chocar de frente con la insigne piedad de todo un pueblo.

Ansia del vil metal por una parte, y ódio más ó ménos disimulado por otra, á la Iglesia de Jesucristo.

Como no podia ménos de suceder, ese malvado espíritu de rapiña ha llegado á los particulares. Hé aquí un caso entre los muchos que podrian citarse ó referirse.

Todo, todo decae y se corrompe cuando la Religion es perseguida en un pais. Los que habiendola

bendecido y amado tienen la desgracia de hacer causa comun con sus adversarios, llegan al no más allá de la degradacion y de la ruindad. *Corruptio optimi pessima*. A los hombres referidos, alude á mi juicio el Evangelio cuando menciona á los que hablan contra el Espíritu Santo, y añade, para dar á entender la enormidad de su prevaricacion, que no se les perdonará en esta vida ni en la otra.

Lo repito. Llegado ese período todo decae y se corrompe. Hasta la familia se disuelve. El santo amor huye de su santuario: el egoismo mas repugnante le sustituye.

Cayó enfermo de gravedad un florentino. Le abandonaron su esposa y sus hijos, dejándole á merced de sus criados. Iba muy pronto á comparecer en la presencia de Aquél que ha de juzgarnos á todos y no se habia llamado al que puede endulzar los últimos terribles momentos.

Tenia el infeliz dos criados y habíase llamado á un tercero. Oigan mis lectores de qué manera le cuidaban. El uno se apoderó de todo el metálico que pudo haber. El otro apropióse las alhajas que halló á mano. Anduvo pensando el tercero en lo que podria robar y vió un Crucifijo de valor en la cabecera del moribundo. Comenzólo á descolgar, mas su propietario abrió los ojos á consecuencia del ruido, sospechando á pesar de su situacion, lo que sucedia. El ladron le dijo entonces que lo habia bajado para que lo besase.

Estas cosas acontecen sólo en los paises sobre los cuales ha caido el anatema y la maldicion de Dios.

Otro hecho que no tiene de por sí gran importancia quiero referir antes de continuar. Demuestra lo que son los empleados de Víctor Manuel.

En Florencia tuve la satisfaccion de saludar al señor Patriarca de las Indias, y á otros españoles, que como nosotros se dirigian por tierra á la capital del mundo católico. El respetable Prelado me contó que en la estacion del ferro-carril de Génova se habian quedado con unos cajones de su propiedad. Pronto me persuadí de que lo habian hecho con evidente y notoria injusticia.

Contóme además que habiendo preguntado á un dependiente municipal quién era el autor de un lienzo oyó que otro le decia: «Contéstale cualquier cosa.»

Para esos desdichados, el Patriarca habia cometido probablemente tres pecados imperdonables. El de haber nacido en España pais esencialmente *supersticioso*. El de hallarse investido con el augusto carácter sacerdotal. El de dirigirse á la ciudad de Roma, centro del *oscurantismo*.

Una palabra sobre la moralidad de Florencia.

En tiempo de los duques andaban muchas hijas de la ciudad por sus hermosas calles y vendian flores á los transeuntes. No ví ninguna de ellas, mas supe que vagaba en su lugar por la poblacion un número extraordinario de mujeres perdidas. No es aventurado atribuir esa degradacion al órden de cosas establecido allí recientemente.

Permítaseme añadir algunas líneas. El hospicio grandioso de Florencia puede contener con dificultad á los expósitos que diariamente llevan á él. De seguro que sus fundadores no imaginaron nunca llegaria con el transcurso del tiempo á llenarse.

Ni remotamente soñaron tampoco en que muchos de esos niños pertenecerian á padres casados legítimamente. ¿Cabe mayor degradacion?

Se concibe que por vergüenza y por remordimiento resuelvan un hombre y una mujer que pecaron depositar en una casa de beneficencia el fruto de su extravío lamentable: no se concibe que lo hagan, ahogando los sentimientos más naturales y profundos, para verse libres de cuidados, ó para no encontrarse en la precision de gastar dinero.

¡Oh, la raza de los que así proceden, acabará pronto por matar al sér de su sér y á la vida de su vida!

¡Con cuánta verdad se ha dicho que las naciones separadas de la Iglesia han retrogradado hasta los límites de la barbarie más afrentosa!

Si Dios no lo remedia, volverán las escenas paganas, que se creian encerradas para siempre en el frio panteon de la historia. Y se hará lo que no hicieron los adoradores de Júpiter y de Vénus.

Ilustres publicistas han puesto en evidencia que desgraciadamente ha llegado ya ese tiempo deplorable.

III.

Para formar concepto de Florencia bajo el punto de vista del arte, es preciso de todo punto recorrer y examinar sus monumentos más notables, que ciertamente son muchos. Algunos no obstante ser de primer órden adornan las calles y plazas de la bella capital. Don Joaquin Pacheco ha dicho á este propósito que Florencia es un museo al aire libre.

A la circunstancia referida debe atribuirse sin duda el buen gusto de los florentinos así como los conocimientos artísticos que poseen. Personas al parecer de muy escasa educacion saben en la materia lo que ignoran quizás en otros paises las personas que pasan por más instruidas.

Un hecho que corresponde á la época de la Restauracion, de la cual datan los mejores monumentos de Florencia, acredita lo que acabo de manifestar. Lo

acredita por lo ménos relativamente á la edad á que se remonta.

Miguel Angel que no brillaba sólamente como pintor y arquitecto, habia concluido su hermosa estatua de David. La república mandó que se colocase en la plaza del Palacio Viejo.

La ciudad estaba dividida en dos partidos que se hostilizaban implacablemente. Llegó el dia señalado para un terrible combate. Una de las facciones ocupaba el referido palacio, que fue á poco embestido por la otra. Llovieron sobre los asaltantes toda suerte de objetos, uno de los cuales dió en el brazo de la obra maestra construida por Buonarotti á la edad de veinte y nueve años. Partióse al caer en tres fragmentos.

Un grito unánime resonó en los aires. Dos jóvenes se adelantaron y recogieron los trozos con aplauso general. Suspendiéronse las hostilidades. Vasari y Salviati fueron declarados beneméritos de la patria y del arte. Aconteció ésto en el año 1527.

Los principales artistas de la ciudad en que me ocupo florecieron durante la época de la Restauracion, que quizás deberia llamarse más propiamente de la decadencia. Siguieron las tradiciones del arte clásico y rechazaron la invasion de la arquitectura gótica que dominaba con más ó ménos fuerza en muchos paises de Europa. Puede afirmarse que por esta razon no penetró en Italia. Ni en Turin, ni en Florencia, ni en Roma se hallan magníficas catedrales góticas semejantes á las de Leon, Sevilla, Toledo, Burgos, Colonia, Milan, Westminter, Strasburgo, y muchas otras ciudades. En esta poblacion comencé á ver confirmada la referidad verdad. Florencia posee magníficos monumentos, entre los cuales son dignos de mencion especial varios templos preciosos por su riqueza y por su mérito artístico.

Ninguno de ellos sin embargo es gótico. El hijo de la Iglesia admira en ellos la riqueza de sus mármoles, el valor de sus cuadros, el mérito de sus imágenes, lo atrevido de sus bóvedas y lo grandioso del espacio que ocupan; pero no se siente conmovido y arrobado como en alguna de las soberbias catedrales referidas.

Si es muy piadoso se arrodilla á *pesar* de todo y eleva sus oraciones á Dios sin sentirse dulcemente violentado: olvida si es tibio que se encuentra en la casa del Señor y permanece de pie y habla y apunta en su libro de memorias como si estuviese en un museo.

Hé aquí la impresion primera que producen las iglesias de Italia. Dan de ello irrecusable testimonio no sólamente los españoles sino tambien los franceses, los alemanes, los ingleses que conocen el arte católico de su pais, y en suma cuantos pertenecen á naciones que aceptaron y desenvolvieron la arquitectura gótica.

Bajo este punto de vista Italia ocupa el peor lugar así como nuestro pais el más excelente.

IV.

Visité primeramente la iglesia y convento de San Marcos. Habia sido tambien arrebatado éste á los religiosos, los cuales pagaban á los despojadores 26,000 francos de alquiler por una pequeña parte del mismo. Estaba ocupado lo demás por compadres de los ministros. ¡Qué de tropelías y profanaciones!

El convento de San Marcos tuvo una doble celebridad. La tuvo bajo el punto de vista político y bajo el del arte. Uno de sus monjes se llamó Savonarola: otros dos fueron el Beato Angelico y Bartolomé de la Porta cuyas obras han conseguido un renombre universal. Considérese si el gobierno piamontes ha debido, áun prescindiendo de la cuestion religiosa, impedir que sus agentes lo profanasen con su planta impura y lo destruyesen con su piqueta demoledora.

Generalmente ha sido ensalzado Savonarola y puesto encima de las nubes por los revolucionarios y singularmente por los demócratas. No es maravilla. Saben que sobre publicar escritos peligrosos, procuró destruir el poder de los Médicis, siendo proclamado así que cayeron sus príncipes, jefe de la república de Florencia, y esto tiene un valor extraordinario para los adversarios de la Iglesia y del poder legítimo.

Saben ésto, mas desconocen cosas que importa recordar para poner los hechos en su punto. A saberlas, probablemente convirtieran sus elogios en vituperios. De todas maneras, es seguro, segurísimo que Savonarola si viviera, por nada del mundo querria compararse con sus desalumbrados encomiadores.

Quiso en efecto restablecer la república. Creyó que los Médicis vejaban al pueblo, y que por lo tanto era preciso destronarlos. Mas, ¿cuál era la república establecida por el célebre dominico? La república verdaderamente católica; la república que habia construido en Florencia preciosas iglesias; la república que cubrió de monumentos magníficos la hermosa ciudad; la república esencialmente aristocrática; la republica que amaba de todo corazon al pueblo, vejado y oprimido de un modo que indigna en las modernas. ¿Se quiere saber quién era su Presidente? Éralo Jesucristo. ¿Qué tiene que ver esa república con la esencialmente impía que tratan de plantear nuestros revolucionarios?

No se vea en las precedentes líneas un elogio de Savonarola. Creo que los Médicis se apartaron más de una vez de lo justo y de lo equitativo, mas creo igualmente que no se habia llegado á una de esas situaciones supremas en las cuales es lícito al decir

de autores insignes hacer armas contra el gobierno establecido.

Por lo que hace á sus errores teológicos, nadie ignora que el hijo de Ferrara, queriendo impugnar las tendencias materiales, encareció hasta la exageracion el misticismo ascético. Cuando se quiere huir de un estremo fácilmente se da en el contrario. Que nadie se apoye en lo que acabo de manifestar para defender la desacreditada política del *justo* medio. El *justo medio* tratándose de la Religion y de la Monarquía consiste sin sombra de duda en defenderlas á todo trance y en librarlas de las instituciones ó elementos que las debilitan, que las enervan, que las privan de su hermosura resplandeciente, que las impiden producir muchas de sus naturales y beneficiosas consecuencias.



Puertas del Baptisterio de Florencia.

¿Qué relacion hay entre las indicadas doctrinas y las doctrinas de los revolucionarios? Ciertamente ninguna. ¿Quién ignora que prescinden éstos casi completamente del espíritu y se postran de hinojos ante la materia que divinizan?

Ví con gusto la celda que perteneció á Savonarola ocupada primeramente por el Beato Angélico. Admiré igualmente las obras notables de ese pintor celebérrimo, á quien llaman algunos el Platon del arte cristiano. Casi en todas las celdas habia dejado recuerdos inmortales.

Algo dejan que desear sus pinturas religiosas, quizás porque no consiguió abandonar enteramente las tradiciones de la escuela bizantina, mas es indudable que satisfacen por completo al espíritu. Sus Crucifijos, sus Vírgenes y sus Santos, respiran por decirlo así, un suave perfume de serenidad, de virtud y de gracia que atrae y embelesa. Se escapan á los sentidos y se advierte que representan á seres que habitan en las mansiones celestiales.

¡Qué abismo de distancia entre sus obras y las obras de casi todos los pintores contemporáneos!

El misterio se aclara sin dificultad. Juan de *Tiesole* fue uno de esos hombres privilegiados que consiguen subir en poco tiempo á la cima de la perfeccion cristiana. Débese á la pureza de sus costumbres y á la santidad de su vida el nombre de Beato Angélico con que se le denomina en el mundo del arte. Sobre lo dicho, no pintaba por deseo de ganancia ó granjería, sino animado de un espíritu profun-

damente piadoso. ¿Qué mucho se distingan sus obras por ese brillo celestial que asombra y enagena?

Los pintores modernos suelen tener extraviada la inteligencia y corrompido el corazon. ¿Cómo han de concebir lo perteneciente al mundo sobrenatural si andan rastreando la tierra de continuo?

Una de las celdas estaba ocupada por un jóven dominico, cuya dulzura de semblante y apacibilidad llamaron grandemente mi atencion. Entramos en ella con el objeto de ver una de las pinturas del Beato Angélico é interrumpimos con tal motivo por un instante sus estudios.

Nuestro acompañante le habia enseñado la ciencia teológica. Me dijo al salir que su discípulo era ya un sabio. Poseia varias lenguas y el hebreo regularmente. Casi todos los Santos Padres éranle familiares.



Puertas del Baptisterio de Florencia.

Cuando los conventos hayan desaparecido, esos hombres hijos por punto general de familias humildes y oscuras que llegan á ser gloria de la Religion y ornamento de las letras, pasarán su vida, si son buenos, embadurnando puertas ó cosa semejante: si tienen la desgracia de no haber recibido educacion religiosa ó de renegar de la que recibieron, se derramarán el dia menos pensado por calles y plazas con la tea incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra.

La iglesia de San Marcos es notable, pero no de las mejores que posee la antigua ciudad, corte actualmente de un rey excomulgado.

Es imposible sin embargo enumerar todas sus bellezas artísticas. La principal es la capilla de San Antonino que dirigió el renombrado arquitecto Juan

de Bolonia, construyendo además la imágen del Santo. Otras imágenes de la misma fueron ejecutadas bajo su direccion por su discípulo Francavila. Los bajos relieves construidos en bronce débense á Portigiano. Hay además pinturas de Bronzino, de Popi, de Naldino, de Pasiñani y de Poceti.

Siento no poder referir siquiera los hechos más culminantes del santo referido. Fue su estatura pequeña, mas fue muy grande su santidad y su sabiduría. Determinó ser religioso y entrar en la memorable Órden de Predicadores, fundada por nuestro insigne compatriota Domingo de Guzman.

Dirigióse un dia al famoso P. Juan Dominici que más adelante fue cardenal arzobispo de Ragusa como tambien legado del Papa en el reino de Hungría, y le pidió el hábito humildemente. No lo consiguió por ser pequeño y de poca edad, no obstante su porfiada insistencia.

Habia dicho en la conversacion que gustaba de leer á Graciano, otro monje y por consiguiente *oscurantista*, que recopiló el derecho canónico. Dominici con el fin de que se marchase prometió admitirle cuando lo aprendiese de memoria. Trascurrieron algunos dias y Antonino pudo reclamar el cumplimiento de la promesa empeñada. El asombro de los Padres no conoció límites.

Sucesivamente dirigió los conventos de Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Florencia, Pistoya, Tiesoli, etc., etc. Fue nombrado después vicario general de la provincia de Toscana y posteriormente de la de Nápoles. El Papa Eugenio le puso más adelante al frente del arzobispado de Florencia.

Escribió la *Suma doctrinal;* la *Suma histórica;* la *Suma de la confesion*; un tratado sobre la Excomunion, otro sobre las virtudes y un discurso referente á los discípulos que se dirigieron al castillo de Emaús, después de la muerte del Redentor.

Entregó su espíritu á Dios en 1459.

Canonizóle con gran solemnidad 64 años después Inocencio XI.

En la referida iglesia está la tumba de Pico de la Mirandola.

V.

Fuimos luego á la catedral. ¿Quién no ha oido hablar de ella y sobre todo del *Campanile* que junto á la misma se levanta, y del Bautisterio colocado á sus piés? ¿Quién no ha visto fotografías de estas obras inmortales? ¿Quién no tiene sobre cada una datos que hacen formar concepto de su riqueza y de su hermosura?

Abrumado queda hasta juzgarse víctima de una ilusion, el que se coloca por la vez primera en sitio desde donde pueda descubrirse su exterior. Y cuando despues de observar por algunos momentos el conjunto, los examina particularmente, y se acerca á cada uno de ellos y estudia sus detalles, su admiracion es mucho mayor áun. Considéralo todo un sueño de su acalorada fantasía.

Lo he manifestado ya y lo repito ahora. Aunque la catedral de Florencia comenzó en el siglo XIII y concluyóse en el XV, tiempo en el cual la arquitectura gótica imperaba como reina en varios paises, pertenece al género bizantino. No brilla consiguientemente por lo que distingue á nuestras renombradas catedrales, mas sí por sus grandes dimensiones por su riqueza.

A decir verdad daña no poco á la vista la disposicion poco artística de sus mármoles exteriores. Parece imposible que se consiguieran en número suficiente para revestir las cuatro fachadas del edificio que es grandioso; más parécelo asimismo que no se colocaran de otra manera. Los blancos, por ejemplo, forman una faja que se prolonga indefinidamente y lo propio acontece con los rosados, con los negros y con los verdes. De aquí que sea ostentoso el esterior, mas no bello. Asombra como asombraria ver un inmenso local atestado de ricas piedras colocadas sin órden ni concierto. No se concibe ese defecto que con tanta facilidad hubiera podido evitarse.

Sobre lo dicho, el que á contemplar se detenga el exterior de la catedral, conocida tambien con la denominacion de Santa María de las flores admirará estátuas de mérito, mosáicos escelentes y primorosos bajo-relieves. Admirará igualmente sus galerías suntuosas; sus ventanas larguísimas festoneadas con unos cordones de mármol blanco primorosamente construidos; sus siete puertas de entrada y los adornos que las decoran. Admirará sobre todo por último su cúpula gigantesca y atrevida, sobre la cual añadiré despues algunas palabras.

Del interior cúmpleme decir todo lo contrario. No es tan ostentosa, pero sí más bella. Hállanla demasiado desnuda de adornos principalmente los españoles acostumbrados á ver iglesias que pecan por el defecto contrario. Faltan tambien altares lo cual acontece en otros templos de Florencia y de Italia. No corresponde además al exterior. Al penetrar en su recinto la desilusion es grande. Tan grande como la del que atraido por lo pomposo del anuncio penetra en un teatro y ve representar una comedia malísima por cómicos detestables.

Háse criticado ésto y dicho con verdad que una iglesia no es un edificio de simple ornato público. Norabuena que su exterior sea rico, pero debe serlo más su interior. Dios para cuya gloria se construye y á quien se dedica debe anteponerse á toda consideracion de órden secundario.

No se crea que nada digno de mencion hay en el

interior de la catedral de Florencia. Repito que aunque no tan ostentoso es más bello que su exterior. Consiste su belleza en su magnitud, en sus imponentes líneas, en su pavimento de marmol, en sus pinturas y frescos, en sus imágenes y estátuas, en sus bajos relieves, en sus monumentos y sobre todo en su cúpula precursora, por decirlo así, de la de San Pedro, construida por Miguel Angel.

He dicho ya que se debe á *Brunelleschi*. Comenzó por ser platero, á semejanza de muchos grandes artistas de su época. Sabia dibujo, matemáticas y perspectiva y fue pronto un hábil escultor. Entró en el concurso abierto para construir las famosas puertas del Baptisterio mas tuvo la humildad de ceder el campo al jóven Ghiberto de quien hablaré mas adelante.

Dirigióse poco despues á Roma con el objeto de perfeccionar sus grandes y buenos estudios. Las obras de primer órden que detenidamente observó en la Ciudad Eterna, no sólo le hicieron conocer á maravilla el arte de la arquitecturâ, sino que le determinaron á introducir en él una radical revolucion. Intentaba reemplazar el antiguo sistema complicado, lleno de dificultades y de peligros, con otro sencillo, natural y lógico, que concibiera gracias á su genio extraordinario y á sus profundos conocimientos. Retornó á Florencia llena la mente de pensamientos y el corazon de esperanzas.

Abrióse otro concurso con el fin de terminar la catedral. La obra de la cúpula presentaba dificultades punto ménos que invencibles. Propusieron unos disponer gigantescos andamios: reputaron otros indispensable elevar una montaña de tierra que á su juicio facilitaria grandemente los trabajos.

Brunelleschi presentó sus planos. Prometia elevar la cúpula que tiene 130 piés de diámetro y la prodigiosa elevacion de 300, asegurando que se sostendria por sí propia sin necesidad de ningun armatoste. Innecesario es añadir fue despreciado y tenido por loco. Hubo de renunciar á su plan magnífico que trae á mi memoria otro semejante del renombrado Herrera arquitecto del Escorial.

Pasó algun tiempo y la catedral seguia sin concluir. *Brunelleschi* continuaba íntimamente persuadido de que su plan era el mejor y maldecia á sus contemporáneos, que no le dejaban ponerlo en práctica. El Panteon, el templo de Minerva y otras construcciones de los griegos que dieron á la arquitectura prodigiosos y supremos avances afirmaban y robustecian su persuasion intrépida.

Habia ejecutado un modelo en relieve mas no lo enseñaba, temeroso quizá de que sus enemigos conocieran su plan y se lo robaran. ¡Cuántas veces ha sucedido así!

Al fin se le permitió elevar la obra, pero doce brazas sólamente. Sus envidiosos le destinaron para compañero á Ghiberti, que tuvo el descaro de aceptar la comision. Olvidó que *Brunelleschi* se habia separado para no perjudicarle, del concurso abierto para construir las puertas de la iglesia de San Juan. Sus adversarios, temerosos de ser vencidos, procuraron disminuir ya que no podian evitar completamente la gloria inmarcesible que á conquistar iba el arquitecto. ¡Miserable condicion humana!

Desesperado *Brunelleschi* trató de romper sus planos y de dar á Florencia un eterno adios. Afortunadamente sus amigos lograron calmarle. Fingióse enfermo, apareció en el ínterin la incapacidad de su colega, y fue á la postre nombrado arquitecto único. Entonces se consagró enteramente á la construccion de la cúpula y expuso su modelo, gracias al cual todos se iniciaron en los secretos de la obra gigantesca que iba sin dilacion á emprender.

La comenzó mas no la pudo terminar, como tampoco pudo poner fin á la suya Miguel Angel. Dejóla concluida con todo, á escepcion de la linterna, que no se verificó con arreglo á su plan.

La obra es tan acabada que segun el célebre constructor de la de San Pedro era difícil hacerla tan bien é imposible hacerla mejor.

Tiene Santa Maria de las Flores tres naves divididas por nueve columnas á cada lado de suma elevacion. Tropiézase á seguida con un gran recinto cubierto por la referida cúpula gigantesca. En el centro está el altar mayor detrás del que se levanta un grupo de mármol que Miguel Angel no pudo concluir, que destinaba á su tumba y que representa la Piedad.

Al frente del ara ocupando un lugar vastísimo está el presbiterio desde el que bájase al coro formado por una baranda de piedra en forma de semicírculo.

Alrededor del altar hay varias capillas llenas de pinturas, de imágenes, de mosáicos y de retablos de gran mérito y valor. Puede afirmarse que allí está la iglesia.

Dije ya que la catedral de Florencia tiene varios monumentos fúnebres. Uno está dedicado á *Brunelleschi*; otro á *Giotto*, célebre pintor cuya escuela se difundió por toda la Italia; otro para concluir á Pedro Farnesio, que promovió una revolucion, siendo por fin asesinado.

Tambien en el siglo XV se trató de asesinar en la basílica á Lorenzo de Médicis. Gracias á su arrojo pudo salvarse. El pueblo se decidió por él, fracasando en su virtud la conspiracion.

El *Campanile* que se levanta magestuoso muy cer-

ca de la catedral es quizás el monumento más notable de Florencia.

Su elevacion pasa de 250 pies. La circunstancia de hallarse vestido de mármoles como la catedral, las estátuas, y bajos relieves que lo decoran, el buen gusto en fin con que todo está dispuesto, construido y colocado, persuaden de que Cárlos V no exageraba cuando decia era preciso encerrarlo en un estuche.

Esta obra bastaria para inmortalizar á *Giotto*. Habia pensado coronarla con una pirámide, mas su sucesor *Taddeo Gaddi* creyó deber suprimirla.

Seria interminable si mencionara los asuntos de las referidas estátuas y bajo-relieves. Entre las primeras están la de Tubal, que se dedicó á la vida pastoril, la de Jubal inventor de la música, la de Tubalcain, que trabajó en hierro con anterioridad á los demás descendientes de Adan. Hé aquí varios de los segundos: La Legislacion. La Agricultura. Las artes liberales y las ciencias. La Arquitectura.

Además de *Giotto* y de *Gaddi* trabajaron en esa obra extraordinaria *Donatello, Andrea Pisano*, y *Luca della Robbia*.

A pesar de que se comenzó en 1334 no ha sufrido la menor alteracion, cosa que demuestra su admirable solidez. Están los mármoles admirablemente unidos. A ser de un sólo color podria creerse que constaba de una sóla pieza.

Como dije ya, el Bautisterio hállase á los piés de la catedral. En siglos anteriores no formaban como en los presentes parte de las iglesias. Lo demuestra el que voy á examinar, como lo demuestran igualmente los de Bolonia, Pisa, Parma y otros puntos.

Lo más notable que tiene son sin duda sus cuatro puertas de bronce dignas del paraiso, segun Miguel Angel. Hizo una de ellas Andrés de Pisa y las tres restantes *Ghiberti* que logró eclipsar completamente al mencionado artista, así como vencer á todos los que se presentaron en el concurso abierto para construirlas. Uno de éstos fue *Brunelleschi*, quien se retiró voluntariamente para no perjudicarle, pudiendo por consecuencia esclamar con un autor distinguido cuando trató de disputarle la gloria que habia de concederle la cúpula de la catedral. ¡Cuán grande y hermoso es hacer ingratos!

Admiran las mencionadas puertas y admiran más cuando se sabe que su autor tenia ménos de 25 años. Admiran por la feliz distribucion de los asuntos, por la pureza de los dibujos y por la gracia de las figuras. Es fama que inspiraron á Rafael algunos de sus mejores cuadros.

El Bautisterio es notable además por sus diez y seis columnas de granito que sostienen la media naranja; por sus sepulcros con no pocas estatuas de mármol; por su pila bautismal, que sobre constar de una sóla pieza, tiene esculpidos con gran primor diversos pasajes de la historia de Juan Bautista; por su púlpito; y por sus mosáicos. Los que forman el pavimento no disuenan, pero sí los de la bóveda. Disonarian ménos á estar más elevados. Se resienten además del poco gusto que reinaba en el tiempo á que se remontan. El trabajo inmenso: la hermosura escasísima.

Fue construido con los materiales de un templo pagano y estuvo descubierta la bóveda como algunos de Atenas: cerróse la abertura en el año de 1550.

En el dia de San Juan sácanse muchos objetos preciosos de plata, de oro, de lápiz-lázuli, etc. En ellos compite el valor extraordinario de la materia con el mérito inapreciable y la perfeccion sobrehumana de la forma.

VI.

El templo de Santa Cruz es otro de los mejores de Florencia. Algo dije ya de su fachada al comparar los pasados con los presentes tiempos.

Su estilo es semejante al de la catedral. Hánlo con todo desnaturalizado por decirlo así las obras posteriores.

Es una iglesia grave y casi sombría. Entre sus obras notables de arquitectura es preciso hacer mencion especial de una imágen en bronce de San Luis, arzobispo, hecha por *Donatello*; de otra que representa al Hombre-Dios llevando la cruz, por *Vasari*, y de un Crucifijo muy grande, del célebre *Giotto*.

Distínguese principalmente por las tumbas que la embellecen, á virtud de las cuales ha sido llamado el panteon de Florencia.

Cuantos penetran en su recinto fíjanse á seguida en algunas de ellas sumamente hermosas. Fíjanse sobre todo cuando saben que están destinadas á Galileo, Miguel Angel, Maquiavelo, Alfieri, Dante, Lanzi, etc. Háse dicho á este propósito que la iglesia de Santa Cruz contiene la más brillante coleccion de muertos que hay en Europa. Pudiera ésto rectificarse y añadirse que no ha muerto ninguno de los personajes citados: han vivido, viven y vivirán en la memoria de mil generaciones.

La vista de esas tumbas no suscitó en mí como en tantos otros la noble pasion de la gloria: trajo sí á mi mente ideas semi-desvanecidas y sumergióme además en meditaciones profundas. No llevarán mis lectores á mal les de cuenta de las unas y de las otras. Entra en mi plan destruir errores que por desgracia se han generalizado mucho y no fatigar por otra parte con páginas eternas sobre asuntos iguales ó parecidos.

Choca no poco á primera vista ver en un mismo lugar y bajo el propio techo los sepulcros de Galileo y de Miguel Angel, de Maquiavelo y de Alfieri, de Dante y de Lanzi. Al lado, por decirlo así, del célebre astrónomo que se puso por desgracia en pugna con la Iglesia de Dios, el hombre que tuvo la suerte de consagrar casi enteramente á nuestra madre divina su genio colosal, sus fuerzas extraordinarias y su actividad prodigiosa. Al lado del republicano que echó los fundamentos de esa política inmoral que prevalece hoy en casi todas las naciones europeas, el distinguido poeta que tras servir bajo las banderas innobles de la Revolucion francesa, invasion del infierno en el mundo, como dice un incomparable orador, la odió con toda su alma y tuvo el temple varonil necesario para reconocer noble-



Baptisterio de San Juan en Florencia.

mente que habia sido víctima de una inconcebible alucinacion. Al lado del escritor eminente por tantos conceptos que se decidió, de buena fé quizá, por los emperadores en la lucha terrible que con los Papas sostuvieran en la Edad Media, el profundo filólogo y anticuario perteneciente á la nunca bastantemente ponderada Compañía de Jesus, defensor intrépido por consecuencia de la autoridad, derechos y prerogativas de los Romanos Pontífices.

¿No me será lícito deducir de lo manifestado un incontrastable argumento en favor de la tolerancia de la Iglesia? ¿No me será lícito añadir que los enemigos de ésta, no admitirian á pesar de cuanto dicen, si construyeran un panteon puramente profano, los mortales despojos de los que hubiesen combatido sus falsas doctrinas ó puesto en evidencia sus calumnias odiosas? ¡Siempre la contradiccion y la inconsecuencia!

Hé aquí, pues la ocasion se presenta propicia, una de las indicadas imputaciones calumniosas. «La Iglesia es enemiga de las ciencias. Si quereis persuadiros de ello sólo necesitais leer la biografía de Galileo. Fué uno de los hombres más ilustres de Italia y del mundo. Convencido de la realidad del sistema de Copérnico enseñóle públicamente, pero sus doctrinas denunciadas á la Inquisicion, fueron declaradas en 25 de Febrero de 1616, absurdas, heréticas y contrarias á la Escritura. Como él continuase defendiendo lo que creia verdad, fue condenado á prision perpétua. Obligado á retractarse de rodillas, como tambien á declarar que detestaba y maldecia como

herege la opinion del movimiento de la tierra, no pudo contenerse y dijo al levantarse hiriéndola con él pié: *¡Sin embargo se mueve!* Espresion sublime del genio que proclama la verdad, hasta en el instante en que la proscribe bajo la opresion.»

He trascrito casi literalmente las líneas anteriores de una obra publicada hace pocos años. Contienen muchas falsedades ó por lo ménos muchas exageraciones. Se ha dicho acertada y bellamente que constituyen éstas las mentiras de los hombres honrados.

Líbreme Dios de dar importancia y de rebatir la precedente aseveracion, en virtud de la que la Iglesia es enemiga de las ciencias. A la hora presente no hay en Europa un hombre de regular criterio que no esté íntimamente persuadido de lo contrario. Voy á ceñirme por consecuencia á los hechos referidos.

Está demostrado hasta la evidencia, que Galileo fue perseguido exclusivamente por los que llamaré sus errores religiosos. No lo fue por defender las ideas astronómicas de Copérnico como se asegura en la obra indicada: lo fue por su malhadado afan de conciliarlas con el Libro de los Libros. Segun Guichardin, embajador de Florencia, «exigió que el Papa y el Santo Oficio declarasen que el sistema de Copérnico estaba fundado sobre la Biblia.» En otro lugar añade que «siguió todo este asunto con una exaltacion extremada, haciendo más caso de su opinion que de la de sus amigos, etc. A su excesivo amor propio y á su inaguantable imprudencia debióse pues lo sucedido.

Llegado á Roma en 1611, colmáronle de atenciones varios cardenales y otras personas ilustres á quienes reveló sus descubrimientos. Vuelto á la Eterna Ciudad, insistió en su pretension á todas luces inconveniente, apartándose por completo de la línea de conducta que se le trazara. Paulo V, en vez de imponerle silencio, al ver su porfía, decretó que la controversia se dilucidara en una congregacion. Antes de partir tuvo una conferencia con Su Santidad. Belarmino prohibióle solamente que hablase sobre la pretendida concordancia entre la Biblia y Copérnico, mas nada le dijo relativamente á sus hipótesis astronómicas. A mayor abundamiento sus cartas persuaden de que la congregacion hizo lo propio.

No es verdad tampoco que la Inquisicion condenara como falso, erróneo y opuesto á la Biblia, el sistema en virtud del cual gira el globo terrestre al rededor del sol. Condenó sí la doctrina de Galileo, segun la que la rotacion de la tierra sobre su eje debia declararse verdad dogmática. No trato del fondo del sistema, sino de su material conformidad con la Sagrada Escritura.

Conviene añadir que el astrónomo de Florencia publicó la obra en que defendia la tésis mencionada con un permiso suplantado, como tambien que para realizar sus deseos tuvo la osadía de recurrir á los insultos y á las amenazas.

Está bien, dirán algunos. Mas sea por lo que fuere, es indudable que Galileo fue atormentado por la Inquisicion. Y hablarán seguidamente de los repugnantes sambenitos, y de los horribles caballetes, y de los insanos calabozos y de las hogueras terríficas.

Hé aquí la respuesta. No se metió á Galileo en la Inquisicion. Llevósele al palacio del representante de Toscana y algun tiempo despues al pabellon del Fiscal, facultándosele además para tratar con el embajador y disponer de su criado. Pronunciada la sentencia y conseguida la retractacion diósele venia para retornar á su país.

El mismo Galileo ha vengado á la Inquisicion de imputaciones falsas. En 1633 escribió lo siguiente á su discípulo el P. Receneri: «Me alojaron en el delicioso palacio de la *Trinidad del monte*... Cuando llegué al Santo Oficio, me invitaron con el mayor decoro á que hiciese mi apología dos padres dominicos... Se me obligó á retractar mi opinion como buen católico. Para castigarme se me han prohibido los diálogos, y se me ha despachado con libertad de volverme á mi casa despues de haberme estado cinco meses en Roma. Como habia peste en Florencia, se me señaló para mi habitacion el palacio de mi mejor amigo *monseñor Piccolomini*, arzobispo de Sena, donde goeé de una completa tranquilidad. En el dia estoy en mi aldea de Arcetre, donde respiro el aire puro de mi patria querida.»

Parécenme inútiles los comentarios. Hánse trocado completamente los frenos en la época actual, por tantas razones triste y oscura. Las novelas se han trasformado en historias, así como las historias se han convertido en novelas.

He citado á Victor Alfieri, cuyos mortales despojos se guardan, como los de Galileo, en la iglesia de Santa Cruz. No debo desaprovechar la ocasion que oportuna se me brinda para combatir otra calumnia infame. En el prólogo de la obra dije lo siguiente: «Yo procuraré vengar á cosas y personas de los agravios y de las injurias que les han inferido la ignorancia ó la malicia.»

Media por lo tanto una promesa y deseo vivamente además presentarme armado de todas armas en el palenque del combate á fin de romper una lanza con los que pudiera llamar difamadores de oficio.

Ahora no se trata de la Iglesia ni de una institucion más ó ménos protegida por ella, sino de un monarca español, digno sin duda de imperecedera memoria. Me refiero al fundador del Escorial.

Ya lo saben mis lectores. Uno de los crímenes cometidos por ese *monstruo* fue el de matar á su propio

hijo. Así lo dijeron varios escritores protestantes y diólo tambien por cierto Alfieri en su trajedia titulada *Felipe II*. El poeta, tras afirmar que el sucesor de Cárlos V quiso para esposa la que debia ser su nuera, dedujo que doña Isabel preferia la juventud del príncipe á las canas del Rey; que el monarca español estaba celoso de su hijo, y que á la postre le dió muerte. ¡Cuántas mentiras! ¡Cuántas calumnias!

Dos puntos debe abrazar la respuesta. Baste decir relativamente al primero que al concertarse las bodas, el príncipe don Cárlos desconocia por completo á doña Isabel, como tambien que no contaba más de trece años. Baste decir igualmente que Felipe II monarca viejo, achacoso y repugnante al decir de los autores aludidos, tenia 32 en aquella sazon de cosas, siendo por otra parte uno de los hombres más gentiles de su época.

Para esplicar la muerte prematura de don Cárlos conviene saber que habiendo ido á la universidad de Alcalá de Henares, juntamente con Juan de Austria y Alejandro Farnesio, cayó en una escalera del palacio arzobispal, perdiendo el sentido; que á consecuencia del percance su razon quedó grandemente trastornada; que sin duda por ésto acometió un dia al duque de Alba con una daga, y otro al cardenal Espinosa, comia á veces demasiado, y se negaba otras á tomar alimento durante muchas horas, bebia con exceso agua de nieve, andaba por su habitacion con los piés descalzos, salia de noche en traje indecente, etc. etc. Todo está confirmado por el verídico historiador Luis Cabrera de Córdoba, por don Pedro Salazar de Mendoza canónigo de Toledo que desempeñó en la córte cargos de importancia, por el cronista Herrera, por Colmenares, por Zúñiga, por Lista, y hasta por los señores don Modesto Lafuente y don Evaristo San Miguel que no pueden parecer sospechosos á los hombres de ciertas doctrinas.

Prescindo de los escritores estranjeros que han dicho lo propio, como tambien de muchos otros datos que pudiera añadir á los precedentes.

Mencioné ya la iglesia de la Anunciacion al poner de manifiesto el espíritu de rapiña que impera hoy en la hermosa ciudad, deshonrada por los revolucionarios. Hablé con tal motivo de la riqueza material de una de sus capillas, en medio de la que aparece un cuadro milagroso de la Vírgen que da nombre al templo. Segun la tradicion fue pintado por ángeles. Ésta es la obra que ha inspirado á los florentinos una devocion grandísima y extraordinaria.

Sobre el altar aparece otra de Andrés del Sarto, que representa á Jesucristo.

Esta iglesia no es grandiosa, pero sí bellísima. Bellísima por la abundancia de sus mármoles que le dan un brillo extraordinario; bellísima por los adornos que decoran su tribuna; bellísima por el valor intrínseco de las preciosidades que guarda; bellísima por los frescos y cuadros que contiene sobre los que voy á decir dos palabras.

Entre aquéllos merecen singular mencion los de la capilla de la Vírgen del Socorro, para los cuales dió el dibujo Juan de Bolonia, los del cielo raso de la capilla de los Médicis debidos á *Volterrano*, y los de la cúpula que pintaron *Poccetti* y *Bronzino*.

Brillan entre los segundos el de la Asuncion compuesto de diversas figuras, que pasa por uno de los mejores de Florencia, de *Perugia*, y una copia reducida del célebre Juicio de Miguel Angel, por *Allori*.

Es digno tambien de mencion especial la *Piedad*, grupo en mármol semejante al que hizo Miguel Angel para su tumba. *Bandillelli* creyó que debia representarla por medio de Nicodemus, aquel hijo de Arimathea que pidió á Pilatos el cuerpo del Redentor, para colocarle en un sepulcro que abierto habia en una peña. Gracias á ésto no fue posible á los judíos decir que los Apóstoles hicieron una escavacion y se llevaron los restos mortales de Jesus.

No es preciso entrar en la iglesia para ver frescos notables. En el átrio, prescindiendo de otros, hay cinco de Andrés del Sarto, en los cuales se admira la correccion y sencillez del dibujo, la ligereza del pincel y la frescura del colorido. Representan varios pasajes de la vida de San Felipe Benicio.

Por cada una de esas obras dióse al pintor florentino la exigua cantidad de seis escudos. En aquel tiempo se pintaba bien y se cobraba mal: no sé si decir que se pinta hoy mal y se cobra bien.

No trato de lastimar á los artistas con estas últimas palabras. No tienen ellos la culpa de que el arte haya decaido.

Algunos creerán estoy convencido de que la decadencia se debe á la invasion de la fotografía. Podrá ser una de las concausas, pero la razon principal y decisiva es sin duda la indiferencia que corroe á las sociedades modernas.

Dije ya y repito ahora que el arte de la pintura es profundamente religioso. Hé aquí por qué decae cuando se debilita la piedad de los pueblos.

El ilustre P. Félix de la Compañía de Jesus ha demostrado ésto de una manera victoriosa hace pocos meses en sus magníficas conferencias sobre «El progreso por medio del Cristianismo.» Remito á ellas á mis lectores, en la imposibilidad de tratar este punto con la amplitud que su importancia exige.

Como no podia ménos de suceder siendo como es verdadera, la teoría está de acuerdo con la práctica. Pudiera citar los nombres de varios artistas cuyos lienzos se distinguen por su embelesadora sencillez

y por su extraordinaria suavidad. Constituyen sin duda una legítima esperanza, y es seguro que sus obras vivirán áun cuando no las lleven á las exposiciones, ó tengan que sacarlas de las mismas sin premio alguno.

Son buenos pintores porque son profundamente religiosos. Hé aquí el secreto.

Citaré un nombre ilustre para cuantos han visto y examinado sus obras. Así no se podrá decir que invento fantasmas.

Llámase don Bernardino Montañés, cuya modestia sólo puede compararse con su talento, y habita en la inmortal ciudad de Zaragoza.



Iglesia de Santa Cruz en Florencia.

Tambien mencioné la iglesia de Santa María Magdalena de Pazzis. No habrán olvidado mis lectores la conducta observada con las religiosas que la cuidan por el gobierno de Víctor Manuel.

Inútil es decir, tratándose de un templo de Florencia, que guarda pinturas escelentes. Mencionaré sólamente una del *Beato Angélico* que representa la coronacion de la Vírgen y un gran fresco de *Perugin* cuyo asunto es la Devocion de la Cruz. Éste se conserva en el convento y no se puede ver sin permiso del Prelado.

La gran joya de la iglesia en que me ocupo es el cuerpo de la Santa. Gracias á la bondad de dichas religiosas pude verlo y contemplarlo detenidamente. Nunca se apartará de mi memoria la impresion dulcísima que me causó. Junto á él, y clavado en el lugar donde me postré de rodillas permanecí mientras estuvo descubierto y hubiera permanecido horas enteras, como arrobado y fuera de mí. Los que han perdido la fe, no pueden alcanzar la satisfaccion inefable á que me refiero.

Todo buen católico la disfruta en presencia del cuerpo de un santo. La disfruta mayor si como el de María Magdalena de Pazzis se halla perfectamente conservado. Diríase que no está muerta sino dormida, y que su alma no ha volado á la mansion perdu-

rable, sino que permanece aún en su mísera cárcel de barro.

Dice la historia que no se distinguió sólo por su virtud y por su nobleza, sino tambien por su peregrina hermosura. Si la historia no lo dijese, se adivinaria viéndola dentro de la urna. Se distingue á maravilla la pureza de sus facciones ennegrecidas por el tiempo, y se observa perfectamente ese no sé qué celestial, para sentido, no para explicado, que la santidad imprime en el semblante de los que llegan á la cumbre de la perfeccion cristiana.

De buen grado escribiria extensamente sobre Mag-



Casa del Dante en Florencia.

dalena de Pazzis. Estoy hablando de Florencia, que es su patria, y he tenido la dicha de contemplar sus restos inapreciables. Sobre lo dicho, importa poner en evidencia que los santos hicieron incomparablemente más por las sociedades, que los hombres célebres segun el mundo.

El temor de fatigar á mis lectores me impone sin embargo silencio. Sólo trascribiré unas frases suyas que perfectamente la retratan.

Quiso el Señor purificarla por medio de la tribulacion. Durante cinco años consecutivos sufrió las tentaciones más espantables. Hubiérase dicho que Dios habia resuelto dejarla completamente á merced de Satanás. Los ejercicios religiosos la inspiraron grandísima repugnancia; mil horribles ideas acudieron á su mente; todas sus pasiones se levantaron furiosas, y produjeron en su alma cruelísimos estragos. Aunque sus sufrimientos eran intolerables, oyóse pronunciar á la vírgen las siguientes palabras: «Señor, aunque me seria tan dulce la muerte para librarme de tantos tormentos, no, mi Dios, no me dejeis tan presto morir para que se me dilate el padecer: *Non mori, sed pati.*» ¡Admirables palabras superiores á todo encarecimiento! No las recordaba yo al ponderar la resig-

nacion de las monjas que guardan su cuerpo precioso. Que á recordarlas, hubiérame asombrado ménos. Es imposible de todo punto que no sean profundamente virtuosas, teniéndola siempre á la vista en la tierra, áun prescindiendo de las plegarias que dirigirá en el Empíreo al Autor de todo lo creado pidiendo para ellas bendiciones celestiales.

VII.

Nos faltó tiempo para visitar las demás iglesias de Florencia, pero tuvimos el gusto de ver la capilla ducal, que á cuantos la contemplan admira. Sin exageracion puedo decir que caminábamos de sorpresa en sorpresa.

La capilla ducal es uno de los monumentos más graves, imponentes y majestuosos que se han levantado. Su figura es octógona. Tiene 179 piés de elevacion y 86 de anchura. Si añado que está construida con piedras de gran precio perfectamente colocadas; que sus columnas, pilares, capiteles, cornisas y basamentos son de metal magnífico; que tiene dos hermosas estatuas de bronce, esculpida la primera por Juan de Bolonia y por *Tacca* la segunda; que está embellecida con las armas de las ciudades que pertenecieron á la república, así como con los escudos de las más célebres; que descansan en ella y en riquísimas tumbas, los seis grandes duques de Toscana; que su pavimento de mosáico está primorosamente trabajado, y que su cúpula fue pintada por uno de los mejores artistas modernos, se podrá formar una idea de lo que vale.

No hay sólo piedras ricas como el granito, el jaspe y el mármol: hay tambien topacios, ágatas y otras de gran valor y hermosura.

Están pulimentadas de tal manera que pueden considerarse espejos: acercándose á ellas se ve la capilla con todos sus pormenores.

Costó 48 millones de reales.

Nadie inculpará sin embargo por ello á los duques cuando sepa que destinaban la capilla al Santo Sepulcro. Prometió un emir quitarlo de Jerusalen y conducirlo á la hermosa ciudad de Florencia. No lo hizo al fin, y se destinó entónces para panteon de los legítimos soberanos de Toscana.

¡Lástima grande permanezca todavía el sepulcro del Redentor en poder de los fanáticos defensores del Corán! ¡Gran fortuna que hubiese ido á parar á los referidos príncipes católicos! ¡Desgracia inmensa que al fin hubiera dispuesto de tan sagrada reliquia el hijo infeliz del malaventurado Cárlos Alberto!

Hasta los claustros de algunas iglesias florentinas son hermosos, y están llenos de obras artísticas de gran mérito. La arquitectura, la escultura, la pintura y la literatura han abierto una especie de certámen para conseguir el mejor premio.

Y es difícil manifestar cuál merece el laurel de la victoria. Hay obras arquitectónicas verdaderamente notables, con adornos que pregonan el buen gusto de los artistas. Hay en las bóvedas frescos magníficos pintados por autores de primer órden. Hay en algunos mausoleos, estatuas preciosas debidas al cincel de distinguidísimos escultores. Hay por último excelentes inscripciones. Se adivinaria por ellas que las letras tomaron en Italia un vuelo grandísimo.

Sorprenden de una manera extraordinaria la infinidad de lápidas sepulcrales colocadas en algunos de los claustros referidos. Son todas de mármol, y cubren con frecuencia no sólo sus paredes, sino tambien su pavimento. El arte con que se hallan dispuestas las adorna y embellece.

Son por consecuencia cementerios. El propio espíritu que hizo enterrar en las iglesias los restos mortales de católicos insignes, depositó en sus claustros los de muchos que si se distinguieron tambien por su piedad, brillaron ménos por su nobleza, sabiduría, valor, ingenio ó posicion social. Los que durante su vida pasaron en un templo felices horas, en las cuales recibieron fuerzas para soportar valerosos las desgracias inherentes á su destierro, procuraron y consiguieron dormir junto á los mismos el sueño pavoroso de la muerte. No hay amor ni hay ternura comparables con el amor y con la ternura de la Iglesia nuestra Madre.

Ésto concluyó. Los enterramientos se verifican á distancia de las poblaciones. Afírmase que así lo exige la pública salubridad: sospecho que lo exige así tambien el horror que han cobrado á la muerte muchos católicos del siglo actual, ó lo que vale lo mismo, no pocos descendientes de aquellos héroes inmortales que la sufrieron alegres por amor á Jesucristo, ó de aquellos cruzados valerosos que arrostráronla con serenidad en apartadísimas regiones. Mucho temor á la muerte y apego extraordinario á la vida que sin virtud es un tormento continuo, una desdicha perenne, una infelicidad inaguantable.

Y en vano trata lo dicho de negarse. Inútilmente citan los autores de derecho administrativo *un caso* en el cual á virtud de un desmoronamiento apareció á los ojos de muchos con toda su desnudez, el cuadro terrible de la muerte. Oílo referir años atrás á un profesor desde la altura de su cátedra, y aseguro que sus palabras no hicieron mella en mi ánimo. Prescindiendo de que los poquísimos casos que citarse ó aducirse pueden, quitan al argumento todo su valor, ¿se quiere decirme lo que perdieron las personas aludidas al contemplar lo que no tiene nombre, segun Bossuet, en lengua alguna del mundo? ¿No es

posible y áun probable que no pocas entraran en sí mismas despues y se resolvieran á marchar por los caminos hermosos de la virtud?

¡Ah! líbreme Dios de ocultar á las personas queridas determinadas escenas que ponen de manifiesto la miserable condicion humana. Importa mucho despojarla con frecuencia de los deslumbradores atavíos con que se cubre para que aparezca con su natural fealdad. Importa mucho traer á la memoria que sin el alma inmortal, espíritu que infundió en el cuerpo el Omnipotente, se diferencia muy poco de la de las bestias.

Que aquel argumento nada vale lo saben cuantos han recorrido esos lugares augustos donde reposan los muertos. Muchos hemos penetrado en la famosa capilla ducal de Florencia, y recorrido los claustros cementerios de sus iglesias: muchísimos han entrado y permanecido arrobados horas enteras en esas basílicas suntuosas, cuyas paredes y pavimentos están atestados de sepulcros. ¿Quién ha percibido ó tiene noticia de que se percibieran tiempos atrás malos olores? ¿Quién ha observado ó tiene noticia de que se observaran espectáculos repugnantes? ¿Quién ha contraido ó tiene noticia de que se contrajeron enfermedades más ó ménos graves?

Bajo el punto de vista económico, que es por decirlo así, el caballo de batalla en los presentes tiempos, la cuestion puede suscitarse sin la menor dificultad. Nuestro simpático acompañante me dijo: Esas sepulturas, (referíase á las ordinarias) costaban próximamente tres pesos, sin excluir el trabajo de albañil y la piedra ó lápida de mármol. Hoy valen setenta ó noventa. Y añadia con su natural gracejo exagerando un poco. «Tenemos además médicos que no curan y medicinas que matan.»

Debo añadir una circunstancia especial digna de atenderse. A continuar el órden de cosas antiguo, los mencionados sepulcros no hubieran sufrido la menor alteracion. Los claustros de los conventos serán ahora destruidos y profanados, los despojos mortales de los que fueron. Es posible además y tambien probable que algunos de esos defensores de la libertad que usan con disgusto la piqueta, esperando la hora de manejar la daga ó el fusil, golpearán los cráneos de los *retrógados* muertos, ya que por falta de valor, por sobra de miedo á los tribunales, ó porque no ha llegado la ocasion no se puedan entretener aún en todo lo referente á los *retrógrados* vivos.

¡Oh civilizacion moderna, maldecida por Dios y abominada por los hombres! Nos cuestas muy cara, pero en cambio... no puedes ser más detestable.

VIII.

Multitud de palacios embellecen la hermosa ciudad de Florencia. Añado que la caracterizan y distinguen de las restantes de Europa. Muchos se levantan á guisa de fortalezas, con sus torres correspondientes. La construccion especial de algunos puede sólo explicarse teniendo en cuenta que sus dueños no consintieron que llegasen al lugar donde se habian levantado los de sus enemigos.

Los hay inmensos, más propios sin duda para soberanos que para simples particulares.

Sólo se necesita verlos para comprender que fueron teatro de rivalidades terribles durante la Edad Media, tan poco estudiada y conocida. El que los contempla figúrase que sus dueños toman partido todavía por los Pazzi ó por los Médicis, así como por los Papas ó por los emperadores. Sabido es que la enemistad entre aquellas familias ensangrentó muchas veces las calles de Florencia, y sabido es igualmente que los güelfos y los gibelinos se hostilizaron implacablemente en esta hermosa ciudad dividida por el Arno.

Estas luchas han terminado, pero muy ciegos serán los que no vean que han sido reemplazadas por otras más horrendas y trascendentales, aunque ménos ruidosas. De su resultado pende la salvacion ó la ruina de las naciones.

Lamentable cosa fue sin duda que en los siglos precedentes los nobles se hostilizaran con frecuencia por cuestiones personales. No fue ménos doloroso que algunos soberanos hicieran armas contra la potestad temporal de los Romanos Pontífices. Mas ¿quién puede negar que aquellas rivalidades no trascendian, por decirlo así á la sociedad, que continuaba incólume ora se decidieran en favor de los unos, ora en el de los otros? ¿Quién puede negar que los aludidos príncipes respetaban profundamente á los sucesores de San Pedro, ni que les combatian sólo por su condicion de monarcas civiles, así como por su influencia poderosa y á veces decisiva?

Esto por lo que hace á las luchas de los siglos que pasaron. Las del dia, si bien sordas frecuentemente, son mucho más graves. No se cuestiona sobre si un noble debe ó no tener mayor preponderancia que otro. No se cuestiona tampoco sobre si todos deben sujetarse á los príncipes temporales. No se cuestiona en fin sobre si éstos deben acatar y cumplir humildemente las decisiones civiles de los Papas.

Se ha ido mucho más allá y se ataca directa ó indirectamente las bases fundamentales de la sociedad así como se pretende abolir por completo la Religion descendida del empíreo. ¿Qué no se ha dicho y hecho contra los reyes, contra el clero, contra los nobles, contra los propietarios, contra la familia, con-

tra todo lo que mantiene firmes á los Estados, dándoles grandeza, bienestar y hermosura? ¿Qué no se ha dicho y hecho contra la potestad espiritual de los vicarios de Jesucristo?

Hé aquí la gran diferencia digna de ser recordada que distingue los pasados de los presentes tiempos. En aquellos cometiéronse sin duda grandes pecados y perpetráronse delitos espantosos, pero la Religion y la sociedad permanecieron seguras porque casi no se asestaron contra ellas golpes de ninguna clase. Los enemigos de aquella sólo sirvieron para engrandecerla y purificarla.

En los presentes tiempos no han disminuido las prevaricaciones y los crímenes particulares; pero han aumentado hasta los términos de lo inconcebible las que llamaré prevaricaciones y crímenes públicos.

Por desgracia muchos de los obligados por las circunstancias especiales de su posicion á impedir los males que someramente acabo de indicar han contribuido á ellos de una manera notoria, visible, palpable. Los nobles de Florencia, lo propio que los de muchas otras naciones, no han cumplido con su deber: han faltado en ocasiones á él de una manera irritante. No han procedido cual cumplia evidentemente al lustre de su cuna, á la grandeza de su nombre, y al esplendor de su historia.

La clase no ha luchado como buena, ni ha podido repetir por consiguiente al ser vencida, la célebre frase del monarca francés (1).

Aparece más odiosa su conducta cuando se sabe que Leopoldo II se mostró en todos tiempos rigurosamente irreprensible. Tengo por indudable que no le igualó en bondad ni en amor á sus pueblos ninguno de sus antepasados.

Varios jóvenes pertenecientes á familias distinguidas se coaligaron para matarle. El complot se descubrió, y las pruebas fueron irrecusables. Condenóse á los delincuentes á pena de destierro: en cualquier otro pais hubiéranlo sido á la de muerte.

Intercedieron los padres de los delincuentes y suplicaron que la justicia fuese reemplazada por la misericordia. Así aconteció. Todos lograron la libertad.

Algun tiempo despues fue víctima Leopoldo II de una revolucion, que califico de infame. Como la raza de los Judas no se ha extinguido todavía, *Buocompagni* pudo entregar en Florencia al gran duque de la propia manera que Liborio Romano pudo entregar en Nápoles al héroe de Gaeta. La traicion del embajador de Turin indignó á todos, inclusos los flemáticos ingleses. Un ministro llegó á decir en la Cámara que á ser rey hubiérale ahorcado en una reja de su casa.

Digno servidor fué de Víctor Manuel, para penetrarse de lo cual bastará referir lo siguiente. Era muy niño el sucesor de Cárlos Alberto, y habitaba en el palacio Pitti, de la familia real. Un fuego voraz prende de pronto en la habitacion, y la nodriza del *Galantuomo* huye llena de pavor. Un hombre se precipita en aquélla, con el fin de salvar la vida del niño con exposicion de la propia, y consigue realmente su propósito. Hé aquí el nombre del héroe. Llamábase Leopoldo II, y fué destronado por el Rey *Caballero*. Así procedió éste con el príncipe por el cual hubiera debido derramar hasta la última gota de su sangre.

Lo sucedido á Leopoldo II de Toscana sumerge al hombre pensador en meditaciones profundas y en pensamientos sombríos.

Es inútil desconocerlo. Los príncipes destronados suelen ser cabalmente los mejores, en demostracion de lo cual basta citar los de Italia que han sido víctimas de la Revolucion. Su apología más completa se hace pronunciando sus nombres.

Con mayoría de razon puede asegurarse de los que han sido asesinados por sus propios súbditos. Leyendo la historia de Inglaterra se adquiere la conviccion de que Cárlos I fué un gran monarca sin género de duda. Si se prescinde de la debilidad que mostró consintiendo en la ejecucion de la sentencia capital pronunciada por el Parlamento contra su ministro Strafford, difícilmente se hallará en su vida cosa censurable. No tuvo los defectos de su padre Jacobo I, distinguiéndose además por su moderacion, por su prudencia y por su valor.

¿Qué no podria decir de Luis XVI si los límites á que debo ceñirme lo consintieran? Este monarca fué profundamente religioso, humilde, amigo del pueblo, sincero y magnánimo. Su bondad y sólo su bondad llevóle al cadalso. Cuando se leen los cargos que se le dirigieron, valiéndome de una expresion de Donoso Cortés, se aparta del libro la vista con horror y el estómago con asco. ¡Cuánto envilecimiento para dar muerte al hijo de San Luis!

Si fuese preciso robustecer mi tésis pronunciaria los nombres de sus verdugos. Las víctimas excelentes: los asesinos repugnantes sobre todo encarecimiento. ¿Quién no sabe que Cromwell, fue sanguinario, vil, bufon é hipócrita, como tambien que cometió infinidad de crímenes, á virtud de los cuales sufria remordimientos horrorosos de conciencia? ¿Quién ignora que los monstruos del 93, y singular-

(1) Es casi cierto con todo, que el ilustre prisionero de Pavia escribió: «Todo se ha perdido menos el honor *y la vida*. Estas últimas palabras quitan á las primeras casi todo su mérito.

mente los que firmaron la sentencia capital contra **Luis XVI**, fueron sobre toda ponderacion abominables?

Encierra ésto sin duda un misterio profundísimo. Positivamente dichos monarcas satisfacen por las prevaricaciones de sus mayores ó por las de sus mismos



El palacio viejo de Florencia.

súbditos. Hé aquí por qué cuando acontece uno de los atentados aludidos se piensa demasiado poco en la nacion que los comete y con exceso en la víctima sacrificada. Aquélla es verdaderamente infeliz porque pasa pronto de la prosperidad á la decadencia más absoluta, al desórden más completo, á la corrupcion más vergonzosa, y á la tiranía más degradante: alcanza ésta un renombre imperecedero en la tierra y una gloria inmortal en el cielo.

Ahondaré un poco más en este problema pavoroso. Aquí se presentan como en todas partes los dos ejércitos en que la mísera humanidad está dividida

desde el principio del mundo, y singularmente desde el advenimiento de Jesus. Aparecen de un lado los hombres malos, los hombres reunidos bajo la horrible bandera de Luzbel, los hombres llenos de vicios y de pasiones degradantes, los hombres de perturbada inteligencia y de corrompido corazon. Aparecen de otro los hombres buenos, los hombres agrupados en derredor del lábaro inmortal de Constantino, los hombres que tienen la dicha de caminar por las sendas benditas de la virtud, los hombres á quienes se ha concedido la posesion de la verdad como premio de sus buenas acciones. Los primeros, de los cuales prescindiré completamente, cuando ven á un monarca descender de su trono, ó subir las gradas del cadalso experimentan una satisfaccion feroz é infernal, proporcionada á la grandeza de la víctima.

Muchos de los segundos se limitan á sentir y á deplorar la desgracia que ha caido, como inmensa losa de mármol, sobre el príncipe y sobre su familia. No van mas allá. No se acuerdan de la nacion, y por consiguiente de sí mismos. ¡Oh pueblo! No consideras que eres el castigado por tus culpas ó por las culpas de los que te antecedieron; no consideras que en lugar de un Rey tendrás un tirano ó una coleccion de tiranos más ó ménos insolentes; no consideras que pronto vivirás eternamente intranquilo, que tu patria caerá poco á poco en los abismos de un vergonzoso retroceso; que las personas más queridas amargarán de continuo tu existencia, que no hallarás en parte alguna fidelidad y verdadero cariño, que tu fortuna padecerá notable detrimento, que llegarás en fin, á una situacion por todos conceptos aflictiva y angustiosa.

No piensa el pueblo en sí mismo como no pensaban tampoco los habitantes de Sion en la serie de amarguras y desgracias que les sobrevendrian por haber perseguido y dado muerte al Hombre-Dios. «Hijas de Jerusalen, dijo el Redentor á las piadosas mujeres que le compadecian profundamente, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos. Porque vendrán dias en los cuales se dirá: Bienaventuradas las estériles, y las madres que no tienen hijos, y los pechos que no han dado de mamar. Entónces empezarán á decir á los montes «caed sobre nosotros», y á los collados «cubridnos», porque si en el leño verde hacen estas cosas, ¿qué es lo que se hará con el leño seco?»...

Mediten mis lectores estas palabras, y juzguen si pueden ó no aplicarse á las naciones regidas por príncipes ilegítimos.

Es menester tenerlo en cuenta sin olvidarlo jamás. La caida de un monarca señala el advenimiento de un régimen político por mil conceptos desastroso, así como toda restauracion basada en la legitimidad, hija de Dios, lleva indefectiblemente consigo la de un órden de cosas que aparte sus inconvenientes y peligros, proporciona á los pueblos paz y bienandanza, gloria y grandeza.

IX.

Galerías y museos.

A lo dicho sobre los palacios, hay que agregar que no pocos de los públicos contienen innumerables riquezas artísticas. Es preciso hacer mencion singular por el indicado motivo del *Vecchio*, del *Pitti*, del *degli Uffizi* y de la *Loggia de Lanzi*. Tampoco se puede prescindir enteramente de la Academia de Bellas artes, y del Museo de historia natural.

Palacio Vecchio.

A él principalmente aludí al hablar de la construccion especial que tienen algunos de Florencia. Es un edificio severo que cautiva sobre todo por la hermosa torre que se levanta en el centro. Más le falta simetría. No se inculpe al arquitecto. Arnolfo de Lapo á quien la catedral y la iglesia de Santa Cruz dieron merecido renombre, no tiene la culpa del indicado defecto.

En la plaza del Gran Duque tenia en el siglo XIII su palacio la familia Uberto, así como diversas casas los gibelinos. Aquél y éstas fueron arrasadas por los florentinos, partidarios constantes de los pontífices en sus tremendas luchas con los emperadores. Los güelfos determinaron quedase siempre vacío el lugar que ocuparon, para perpetua memoria de las deslealtades cometidas por sus dueños. Hé aquí la única razon de aquella falta.

Bajo el punto de vista artístico, este palacio es notable por sus arabescos, por una estatua de bronce, y por un grupo que representa á Sanson en el acto de matar á un filisteo. Débense los primeros á *Michelozzi*, á *Verrocchio* la segunda, y á *Vicenzo de Rossi* el tercero.

Es notable tambien por su inmensa sala del Gran Consejo.

Admíranse además una estatua de *Bandinelli*, un grupo no terminado de Miguel Angel, y otro debido á Juan de Bolonia, que apartaria yo de las miradas de los hombres, sin embargo de que aparece en él la virtud triunfante del vicio. Dejo para despues algunas observaciones sobre la cuestion que acabo de indicar.

En el cielo raso pintó Vasari con sumo acierto y maestría los hechos principales de la historia de Florencia y de los Médicis.

Las pinturas de la capilla son obra de *Ghirlandajo*, y de *Salviati* las de la sala de la Audiencia.

Prescindo para no ser interminable de las demás

obras artísticas que guarda el edificio, y paso seguidamente al

Palacio Pitti.

Es mucho más moderno, y corresponde á la época llamada de la Restauracion. Es sin duda el más original y grandioso de Florencia. Le dan, por decirlo asi, carácter especial las piedras enormes con que se construyó, toscamente labradas por añadidura. Está embellecido con estatuas, grutas, fuentes y pinturas. Comunícase por último con el anterior, por medio de un camino que atraviesa el lecho del Arno llegando á la famosa galería *degli Uffizi*.

Contiene cientos de cuadros, algunos de los que son debidos á los más célebres artistas. Figuran en primer término los de Murillo, Rafael, Rivera, Beato Angélico, Velazquez y Ticiano. Cuéstame por lo que luego diré colocar á éste al lado de los anteriores y singularmente de los primeros.

En segundo término hay, prescindiendo de otros muchos, de Julio Romano, Allori, Guido Reni, Andrés del Sarto, Francia, Tintoretto, Pablo el Veronés, Perugino, Fray Bartolomé, Palma el jóven, Palma el viejo, Salvador Rosa, Bronzino y Corregio.

No quiero proseguir sin hacer mencion del contraste que ofrecen los lienzos de Murillo con los de Ticiano. Y no podia ménos de ser así. El sublime pintor de las Vírgenes se habia de hallar necesariamente á una distancia inconmensurable del pintor deslumbrado de las Vénus.

Si se hubiese ceñido á ellas, á su *Júpiter y Antiope*, á *La mujer adúltera*, á *Las tres gracias*, á *Sisifo*, á *Prometeo*, á *Lucrecia*, á la *Ofrenda á la Fecundidad*, á la *Llegada de Baco á la isla de Naxos*, á *Diana y Acteon*, al *Robo de Ganímedes*, y á otros asuntos análogos, pudiera disculparse su mal gusto, y hasta encarecerse su talento. Nada diria entónces contra el célebre maestro de la escuela veneciana. Lamentaríame á lo más de que hubiese reproducido, segun se asegura, el retrato de su amada en muchas de sus obras, en vez de consagrar sus facultades extraordinarias á la pintura religiosa. Mas no se puede sufrir que profanara ésta, como lo hizo frecuentemente.

Sólo se necesita contemplar su *Magdalena* del palacio en que me ocupo, y que pasa por una obra magistral. El artista no pintó una Santa: pintó una mujer encantadora, y pintóla desnuda. Afírmase que sus labios y sus ojos hermosísimos revelan ya el arrepentimiento de la gran pecadora, mas dudo se persuadan de ello los que examinen el cuadro detenidamente. Paréceme que se asegura para decir alguna cosa, ó para defender lo que bajo ningun concepto puede perdonarse.

Lo dicho es suficiente para demostrar mi tésis. Un hombre de genio, *esa chispa misteriosa que inflama las organizaciones privilegiadas*, no hubiese pintado á Magdalena de dicho modo. ¿A quién se le ocurre suponer que despues de su conversion, abrazábase á un Crucifijo con los pechos al aire? Esto no es verosímil, y áun cuando lo fuera no podria disculparse. Es incuestionable que el artista no debe ceñirse á espresar en sus obras la belleza real: lo es igualmente que la naturaleza sólo debe servirle para conseguir ese tipo inimitable que baja del cielo á la mente del hombre y que se llama en el idioma del arte la belleza ideal. De lo contrario será, como dijo un orador insigne, un artesano de la pintura, de la escultura ó de la música, mas no será un verdadero artista.

Insisto en que la *Magdalena* no inspira devocion ni pensamiento alguno piadoso. No descubre al artista puro, de vida ejemplar, de santas costumbres. No es una de esas obras que seducen y encantan, cuya contemplacion produce cierto éxtasis, dejando huellas profundas en el alma. Sólo demuestra lo que se dice de su autor.

No colocaria yo ese cuadro en mi casa, ni en mi estudio, ni en una iglesia, ni en un museo. A lo más en un lugar reservado juntamente con otros de su jaez para demostrar que cuando el genio no marcha por sus cauces legítimos, sólo produce obras más ó menos feas y degradantes.

No se diga por lo que llevo manifestado que soy enemigo del arte. Ámolo con pasion y no puede ménos de ser así, por cuanto constituye una de las glorias más grandes, más puras y más legítimas del Catolicismo. Nuestra santa Religion lo ha engrandecido y trasfigurado sin género de duda; ha desenvuelto, si es lícito hablar así, la flor de la belleza con su calor sobrenatural y con su sávia divina; ha labrado en fin una espléndida corona que maravilla y encanta á sus propios adversarios. Tanto valdria por consiguiente mirar con indiferencia el arte, como tener en poco á la hija predilecta de Dios, que lo ha inspirado é inspirará hasta la consumacion de los siglos.

Pudiera citar mil torres, mil catedrales, mil palacios, mil lienzos. Permítaseme sólo oponer á la *Magdalena* de Ticiano las dos Vírgenes de Murillo que tambien se conservan en la galería *Pitti*. Quizá no son las mejores del egregio sevillano, que ántes de tomar el pincel, acercábase á la mesa celestial para comer el pan de los Ángeles. Pero son suyas indudablemente. Contemplándolas adivínase á la llena de gracia, al tipo más acabado de la pureza, á la bendita entre todas las mujeres, á la designada por Dios para Madre de los hombres. La hermosura de esas Vírgenes no puede ser más espiritual ni más mística.

Podria seguir, mas llegado á este punto prefiero ceder la palabra á Luis Veuillot, no sólo porque ha-



La muerte de Jesús, por Guido de Reni

ce justicia á nuestro Murillo, sino tambien porque dice á propósito de la cuestion indicada cosas que jamás debieran olvidar los artistas dignos de ese nombre.

He contemplado durante largo tiempo la noble imágen llamada la Madonna de Santa María la Mayor. De todas las representaciones por cuyo medio el arte ha procurado espresar la grande idea de María, Madre de Dios, creo es ésta la que más me agrada sin exceptuar las Vírgenes de Rafael.

Sin duda alguna que las Vírgenes de Rafael y otras que no lo son, son generalmente nobles señoras y con más frecuencia todavía, mujeres amables. Las hay ciertamente muy lindas, y la moda las embellece mucho más. Confieso que la mayor parte me causan un verdadero disgusto al verlas, y no esconderé que algunas hasta me hacen experimentar horror.



Palacio del Podestá, en Florencia.

Detesto de todas veras ese tipo altanero y orgulloso adoptado por el pobre Andres del Sarto, y no me asombré al oir que ese gran pintor habia cometido la torpeza de darnos, bajo el nombre de la Santísima Vírgen, el retrato de una mujer á quien amaba y que no merecia su amor.

Me horrorizan las hermosas morenas del Ticiano y las bellas rubias del Veronés. En cuanto á las flamencas de Rubens, y las graciosas señoritas de Guido de Sassoferrato, de Miguard y de sus innumerables imitadores, seria de desear se vendiesen todas á los ingleses, rusos y americanos.

Esceptuo sin embargo la *Inmaculada Concepcion* de Murillo. Creo que ha pintado el pensamiento de Dios al formar á María, cuya inexplicable belleza, inimitable perfeccion é incomprensible empleo sobre la tierra y en el cielo no se pueden expresar.

La pintura de Murillo es una de las grandes obras del genio humano. Isaias ha debido ver así á esa excelsa Vírgen en las profundidades del tiempo y de los cielos. Así ha debido aparecerse, descendiendo hácia la tierra, vueltos los ojos al cielo, y radiante de amor, obediencia y humildad.

Hé aquí esa alma perfecta, preservada por siempre de la mancha humana, enviada á la tierra por ese Dios que *tanto ha amado al mundo*, para unirse á un cuerpo perfecto y limpio de toda mancha, y para convertirse, por esa doble perfeccion y esa doble pureza, en el instrumento del insondable misterio de nuestra salvacion.

Tiene todo el candor de la eterna inocencia, todo el esplendor de la imperecedera virginidad. Sus piés están desnudos, sus cabellos sueltos flotan en el aire no emponzoñado por ningun aliento humano; su ropaje no es más que un velo, cuyo uso ella ignora, porque las dolencias y las miserias de la naturaleza mortal le son todavía desconocidas.

Desciende sostenida por ángeles al través de los rayos de la divina luz. El cielo se sonríe porque presiente que un grande signo de misericordia va á realizarse sobre la tierra, y que la embajadora del Criador tornará á ascender seguida de legiones de Santos. ¡Abríos, puertas eternas!

Esos ángeles que la rodean, y cuyo carácter demasiado humano he oido criticar, realizan la poética profecía de las abundantes cosechas de puras flores, que la tierra, regada en adelante con las aguas del bautismo, hace germinar para los cielos. En adelante, la tierra dará al cielo no sólo frutos, sino tambien flores.

Tal es el cuadro del gran pintor español, verdaderamente hijo de esa nacion teológica que ha producido tan profundos doctores. Murillo vivia familiarmente con los religiosos, en medio de un pueblo que, por fórmula de cordial saludo, habia adoptado una profesion de fe á la Inmaculada Concepcion de María. . . . .

. . . .

El arte ha descendido hasta el contrasentido y la parodia.

¿Qué es lo que presenta hoy á nuestra vista? Figuras melancólicas, pálidas, enfermizas, meditabundas; rostros á la moda y muchas veces semblantes de todo punto groseros é indecentes. Hállanse de estos últimos hasta en las iglesias. Obras indignas ejecutadas por pintores impíos, aceptadas por censores demasiado poco vigilantes. Muchos artistas cristianos, queriendo obrar bien, creen haber llegado al fin que se proponen cuando han trazado los lineamientos del rostro tierno y amable de una jóven en cuyos brazos colocan un niño, todavía más expresivo y dulce. Eso es una vírgen cualquiera; una hermosura más ó ménos acabada: no es la Vírgen y mucho ménos la Madre.

¡Oh artistas cristianos! Por el honor de vuestro arte, y para llenar vuestra mision conforme á los designios de Dios, recurrid á lo que la Iglesia os enseña; escuchad lo que os dice de María, y salid de vuestras miserables concepciones; porque en verdad, vosotros os extraviais y extraviais á los demás.

San Agustin dice que María «es la obra de un designio eterno.» Es decir, que si Dios hubiese tenido como nosotros necesidad de tiempo para formar en su mente la idea de una criatura tan noble y tan perfecta, no hubiese necesitado ménos de una eternidad. San Juan Damasceno dice tambien que María es «la gracia por excelencia de la naturaleza humana.» .

. . . .

Si este capítulo no hubiera tomado tan grandes proporciones, dejando aparte las obras humanas, estableceria un paralelo entre María Inmaculada y la Magdalena arrepentida. Con recordar lo que ambos nombres significan, se puede comprender lo admirable sobre todo encarecimiento de nuestra Religion santa, y lo sublime sobre toda ponderacion del amor que profesa Dios al hombre. Dios hubiera podido decirle señalando á María.» Hé aquí tu modelo. Hé aquí el tipo más acabado de la hermosura porque lo fue de la pureza y de la virtud. Es necesario que la imites. Yo te daré para contrarestar los movimientos de la parte corrompida de tu sér, enseñanzas fecundas, ejemplos inmortales y fuerzas divinas.»

Pudo decir ésto y precipitar en el abismo á los que apartándose de su ley cayesen y se manchasen.

Al lado de María se levanta empero Magdalena. Ya saben los hombres lo que significa su exaltacion en el mundo y en la Jerusalen celestial. Los descendientes de Adan pueden levantarse y conseguir la realizacion de su destino sublime, áun despues de cometer los pecados más grandes, y los crímenes más odiosos. El arrepentimiento lo borra todo hasta de la memoria de Dios. Dícelo así el Libro de los Libros.

En cuanto á los hombres, tardan un poco más á sustituir las frases de alabanza ó exaltacion á las de censura; pero á la postre se verifica el cambio. Hace siglos que las imágenes de la Magdalena adornan las habitaciones de los cristianos; hace siglos que llevan su nombre bendito muchos ángeles de candor y de pureza; hace siglos que los ministros del Señor la celebran y encomian desde la cátedra del Espíritu Santo; hace siglos en fin que todo el pueblo de Cristo deposita en su mano las plegarias que al Todopoderoso dirige.

— —

Lo repito. Es imposible dar cuenta ni áun de los cuadros principales; pero lo es tambien prescindir de los de Rafael, cuyas Vírgenes, á pesar de su mérito, no pueden compararse con las de Murillo. Hay quien afirma que tambien creyó hallar el tipo de la pureza en una hermosura carnal, y que por esta razon no correspondió el éxito á sus esperanzas. No lo creo así. El egregio fundador de la escuela romana comprendia que el tipo ideal está sobre toda hermosura mudable y terrena. Son suyas las palabras siguientes: «Como no tengo delante de mi vista modelo que me satisfaga, me sirvo de cierto ideal de belleza que hallo en mi alma.» Otra cosa es que le faltase la pureza, la virtud, la santidad indispensable á mi juicio para pintar Vírgenes.

Video meliora proboque; deteriora sequor.

El palacio Pitti conserva tres cuadros suyos. Una *Madonna* que llevaba consigo el gran Duque cuando emprendia algun viaje; la vision de Ezequiel, que hubiera bastado para inmortalizarle; y la célebre Vírgen de la Silla. Rafael la representó en el acto de apretar contra su pecho al Divino Infante. Me falta espacio para describir esa pintura, y no es preciso por otra parte. ¿Quién no ha visto copias de ese lienzo y alcanzado en su virtud el mérito del original?

Palacio *degli Uffizi.*

Contiene sin linaje de duda la mejor galería de Florencia. Siempre la misma dificultad. Es imposible referir todas sus riquezas. Daré por consiguiente una idea general de las mismas, deteniéndome un tanto en las principales. Entre éstas hállanse la Vénus de Cleómenes, el Apolo de Praxiteles, y otras estatuas griegas. Fatiga el cuerpo y abruma el espíritu la contemplacion de tantas, tan diversas y tan excelentes obras. Se principia experimentando una dulce satisfaccion, y se concluye pidiendo al *cicerone* que se detenga lo ménos posible.

La misma falta de tiempo contribuye á esa postracion de ánimo. No minutos, horas enteras se ansía permanecer en ocasiones delante de un cuadro, de una estatua, de cualquier obra maestra del arte. Es indispensable pasar casi de largo, lo cual disgusta y desalienta profundamente.

Aparecen objetos preciosos en el vestíbulo, en las antesalas, en los grandes salones, en las inmensas galerías, en los diferentes pisos, arriba, en medio, abajo, y para decirlo de una vez, en todas partes. En el propio edificio se admiran arabescos y adornos de varias clases.

Repito no se puede dar idea de las riquezas que se guardan en el palacio *degli Uffizi*.

Si considero los materiales, hallo innumerables objetos de mármol, de jaspe, de alabastro, de cristal, de verde antiguo, de lapiz-lázuli, de nácar, de marfil, de pórfido, de mosáico, de gema, de bronce, de plata, de oro ya puro, ya esmaltado, de mil otras piedras duras ó preciosas.

Si considero los objetos en sí propios, hallo bustos de florentinos célebres, de los Médicis, de los emperadores romanos, y de las personas de sus familias. Una de las indicadas colecciones consta de 534. Hallo igualmente estatuas de varios dominadores del mundo antiguo, de griegos y romanos ilustres, de ídolos, de dioses, de vestales, de ninfas, de faunos, de genios, de animales reales ó figurados; de mil otros seres fantásticos ó mitológicos. Hallo tambien imágenes de Vírgenes, de Santos, de ángeles y de niños, así como multitud de alegorías. Hallo además representaciones de batallas y de asuntos sin cuento tomados de las historias. Hallo asimismo infinidad de lienzos. Hallo en fin multitud de altares, candelabros, lámparas, espejos, instrumentos, armas, cascos, trípodes, anillos, espuelas, objetos de plata, utensilios de mil clases, etc., etc.

Si considero sus autores hallo, dando muchos otros al olvido, los nombres de *Cimabué* que pasa por el restaurador del arte en Italia; de su aventajado discípulo *Giotto;* de *Organna*, escultor y arquitecto florentino; de *Lippi*, que obtuvo el favor de Cosme de Médicis, á causa de su cuadro que representa la Coronacion de la Vírgen; del *Beato Angélico* el ilustre dominico; de *Salviati*, que tambien abrió sus ojos á la luz en la hermosa ciudad de Florencia; de *Miguel Angel* insigne pintor, célebre arquitecto, distinguido escultor y notable poeta; de *Sansovino* que construyó el palacio Cornaro de Venecia; de *Donatello* cuya Judith dióle un grande y merecido renombre; de *Bandinelli* discípulo de Rustici, que copió el *Laoconte* y otras esculturas griegas; de *Verrocchio* que abandonó las ciencias para dedicarse á la escultura y á la pintura; de *Van-Dyck*, uno de los grandes artistas de la escuela flamenca; de *Rubens*, maestro del anterior, que pintó en París los frescos del palacio de Luxemburgo; de *Juan de Bolonia*, autor de la estatua ecuestre en bronce que representa á Cosme I, y de otras varias; de *Benvenuto Cellini*, á quien dió gloria extraordinaria su famoso *Perseo;* de *Ghiberti*, de quien hice mencion al hablar de las famosas puertas del Bautisterio; de *Brunelleschi* que tuvo la dicha de levantar la cúpula de la catedral; del *Dominiquino*, cuyo San Gerónimo conservamos en el Museo de Madrid, así como su *Sacrificio de Abraham*; de *Ticiano*, que pasa por el mejor de los coloristas y por el maestro de la escuela veneciana; de *Andrea del Sarto* cuya célebre *Madonna* era diariamente visitada por dos pintores celebérrimos; de *Lanfranc*, discípulo de los *Carraccis*; de *Correggio*, jefe de la escuela lombarda; de *Pablo Caliari*, llamado el Veronés, que hermoseó á Venecia con multitud de obras maestras; de *Vannucci* fundador de la famosa escuela romana; de nuestro compatricio Ribera, que deseoso de obtener gloria, dejó á su maestro Ribalta y dirigióse á la Ciudad Eterna, viéndose para ello precisado á pedir limosna; de *Julio Romano*, cuyos cuadros licenciosos le hicieron perder el cariño de Clemente VII; de *Guido*, que se dedicó singularmente á la pintura religiosa; de *Fra Bartolomeo de la Porta*, que inmortalizó juntamente con el Beato Angélico el convento de San Márcos; de *Leonardo de Vinci* fundador de la escuela de Milan; de *Bronzino* que se distinguió por sus retratos; de *Albano*, llamado el *Pintor de las Gracias* y tambien el *Anacreonte de la pintura*; de *Salvador*

Rosa, que fué además actor y poeta satírico; de *Fabre*, discípulo de David; de *Holbein*, uno de los fundadores de la escuela alemana; de *Mignon*, célebre pintor de flores; de *Rembrandt*, que dióse una vez por muerto para que aumentase el valor de sus cuadros; de *Dow*, discípulo del anterior; de *Jacobo Robusti*, conocido con el nombre de *Tintoretto*; de *Francia*, pintor bolonés que fué tambien platero y grabador; de *Velazquez*, gloria de Sevilla, discípulo de Pacheco y Herrera; de *Barocci*, pintor y naturalista italiano; de *Salvi*, conocido generalmente por Sassoferrato; de tantos otros en fin pertenecientes á las escuelas italiana, milanesa, romana, holandesa, veneciana, flamenca, toscana, francesa, lombarda, bolonesa y alemana.

Si considero por fin el tiempo á que se refieren las obras de la galería en que me ocupo, hallo que abarcan multitud de siglos. Muy pronto diré algo de la sala que se denomina de la Tribuna, en la que se conservan varias estatuas griegas, de primer órden, y sabido es que las obras inmortales que se construyeron en la península helénica corresponden al siglo de Pericles, que vivió cinco ántes del advenimiento del Hombre-Dios. De entonces datan los Coliseos, el Partenon, el templo de Teseo, el Odeon, las estatuas colosales de Palas y de Júpiter Zeos, etc., etc.

La mayor parte proceden de la Edad Media. No faltan tampoco modernas. Algunas son, por decirlo así, de ayer. Fabre pintó á fines del siglo pasado ó en el comienzo del presente.

No he hablado todavía de muchos ricos gabinetes del palacio *degli Uffizi*. Nada he dicho del de antigüedades, donde se conservan muchas momias de hombres y animales, papiros, falsas divinidades, etc. Nada del de vasos antiguos, en medio del cual existe uno verdaderamente precioso. Nada del de las inscripciones, así griegas como latinas, en el que hay además un grupo hermoso, un fauno de gran mérito, y varios bustos antiguos muy renombrados. Nada del que se denomina el Hermafrodito, donde se encuentra la estatua de éste acostado sobre una piel de pantera, un grupo restaurado por *Benvenuto Cellini*, el tronco magnífico de un Fauno colosal, y dos obras de Miguel Angel. Nada del de Bronces antiguos, donde se conservan entre otras, la estatua célebre del *Orador*, que hallóse cerca del lago de Trasimeno, y que representa en sentir de muchos á Scipion el Africano, así como multitud de objetos preciosos en diferentes armarios. Nada del de los Bronces modernos, que se distingue por diversas copias excelentes de obras magníficas. Nada en fin, del en que se guardan los mosáicos mas antiguos de Florencia, y muchas cosas de valor inapreciable.

De todos prescindiré, ciñéndome á decir algo de la Tribuna y de la sala de Niobe.

Merece la Tribuna especial mencion por su riqueza, y sobre todo por las obras que contiene. Es pequeña, pero está magníficamente adornada y embellecida. El pavimento es de mármol, y su dibujo sumamente complicado. En medio están la famosa *Vénus de Médicis* incomparablemente superior á la de Cánova que se conserva en el palacio *Pitti*, y están además el *Apolino* que se atribuye á Praxiteles, el *Arrotino*, los *Luchadores*, y el *Fauno* danzante, que restauró Miguel Angel de una manera verdaderamente asombrosa.

Hase dicho que puede irse á Florencia sólo para contemplar la Vénus de Médicis. Los franceses dicen que su celebridad disminuyó mucho desde el dia en que descubrióse la Vénus de Milo, y añaden que la hermosura corporal de ésta es más sencilla y grandiosa.

No entraré como es claro en esta cuestion. Líbreme Dios, por otra parte de exagerar la impresion que produce la vista de la Vénus de Médicis. Cierto autor afirma una cosa evidentemente increible. Dice que no se disfruta tanto subiendo á la cima del Mont-Blanc, ni saludando la Pirámide de Cheops (de la cual no tengo la menor noticia), ni viendo la figura por tantos conceptos imponente, dulce, venerable y majestuosa de Pio IX. Las comparaciones primeras pueden disculparse: la última tiene mucho de ridícula.

Nada diré de otras exageraciones más ó ménos extravagantes. Sin ver la hermosa estatua se pueden calificar así.

Me declaro por lo demás incompetente para describirla. Creo con todo que al contemplarla, ninguno adivinaria si no lo supiera que *Vénus* nació de la espuma del mar, ni que la condujo el *Céfiro* á la isla de Chipre, ni que la educaron las *Horas*, ni que ciñeron las *Gracias* su cintura, ni que dió á luz Cupido, ni nada en fin de lo que asegura la Mitología y robustecen los poetas.

Háse observado que la Vénus del gentil *Cleomenes* es más pudorosa, tímida y recatada que la Vénus del católico *Ticiano*. Escritores nada sospechosos hallan á esta sumamente sensual, liviana é impúdica. Por donde se prueba que en el arte de la escultura no se ha llegado á la perfeccion de los griegos, y que los artistas cristianos, cuando se apartan del verdadero camino, llegan al límite de la degradacion.

La famosa Niobe se conserva en la sala de su denominacion. Es un grupo en el cual aparece con sus hijos, á quienes persiguen Apolo y Diana. Sabido es que orgullosa de tener tantos, tan hermosos y tan ilustres, despreció á Latona que únicamente tenia á los dos mencionados, y sabido es tambien que ésta les entregó varias saetas á fin de que la vengasen. Penetraron en el palacio de la hija de Tántalo, y dieron



Una Virgen de Murillo.

en su presencia muerte á sus doce hijos y á su esposo el rey de Tébas. Niobe desesperada quedó convertida en piedra mármol.

Esta estatua es la misma de que habló Plinio. Encontróse en Roma no léjos de la puerta de San Pablo, hace tres siglos próximamente. Se sabe estuvo colocada en el fróntis de un templo pagano.

Loggia de Lanzi.

Dos palabras sobre ella, no porque sea indigna de

más, sino en atencion á las proporciones que ha tomado el presente capítulo.

Dije ya con un distinguido escritor que Florencia es un museo al aire libre. Para demostrarlo bástame citar la estatua colosal de David, construida por Miguel Angel á los 29 años, que se conserva en la plaza del Gran Duque; la no ménos grande de *Bandinelli*, que representa al más famoso de los héroes mitológicos que se levanta en el propio sitio; la fuente de Neptuno, en donde aparece el dios de las aguas que es de mármol, en su carro de concha marina tirada por cuatro soberbios caballos, tambien de mármol, así como tritones á sus pies y grupos de sátiros de bronce, magníficamente trabajados; la estatua ecuestre de Cosme I por Juan de Bolonia, colocada cerca del palacio Viejo; la de Fernando I, ecuestre tambien y del mismo autor que adorna la plaza de la Anunciacion; las de *Arnolfo de Lapo* y *Bruneleschi* debidas á *Pampaloni*, que embellecen la de la catedral; y sobre todo las de la *Loggia* que se denomina de *Organna* por haberla éste construido, ó de *Lanzi*, por el cuerpo de guardia que allí existió durante los Médicis.

Hay en ella, además de otras obras notables, dos magníficos leones que guardan la escalera, uno de los cuales se debe á *Flaminio Vacca;* el renombrado *Perseo* en bronce y las pequeñas estátuas del pedestal por *Benvenuto Cellini*; y el grupo más famoso todavía de Juan de Bolonia, que representa el robo de las Sabinas, y que me pareció verdaderamente admirable. En el interior Hércules y el centauro *Nessus* por este último; la estátua antigua del soldado que sostiene al moribundo Ayax, que restauró *Salviati*; otro grupo de *Donatelli*, y diversas obras de indisputable mérito.

Museo de historia natural.

Prescindiria completamente de él si no tuviera la tribuna de Galileo, que constituye sin duda su adorno principal. Puede calificarse sin exageracion de santuario científico. Impone al que penetra dentro de su recinto por su riqueza, así como por su elegante y esbelta construccion. Fué fundada por el gran duque Leopoldo I.

Consérvanse en ella los instrumentos de física que usó el padre de la filosofía esperimental, y consérvase igualmente uno de sus dedos. Separóse del cadáver cuando fue conducido á la iglesia de Santa Cruz.

Su estatua, construida por *Costoli*, es otro de sus principales adornos.

El lector me dispensará que nada le diga de las diversas colecciones de animales del Museo, ni del gabinete de física, ni del observatorio, ni del jardin botánico. Son notables, y muy singularmente algunas de las primeras, pero en una obra es imposible decirlo todo: hay que ceñirse ó limitarse á lo que tiene más importancia y trascendencia.

Academia de Bellas artes.

Fundáronla varios artistas, y tomó mucho incremento, gracias tambien al gran duque Leopoldo.

Nada diré tampoco de sus escuelas de dibujo, música, declamacion, mecánica, química, etc.; ni sobre su portada hecha por *Paoletti*; ni sobre su corredor en que hay bajo-relieves de *Luca della Robbia*; pero sí una palabra del sitio que se denomina de los Cartones, y otra de sus dos galerías de cuadros. En aquel hay dibujos de *Andrea del Sarto*, de *Fra Bartolomeo*, de *Baroccio*, de *Broncino*, del *Beato Angélico*, de *Miguel Angel*, de *Rafael* y de otros pintores insignes. En la primera de estas se hallan los grandes, y en la segunda los pequeños. Son de distinguidos pintores, entre los cuales recuerdo á *Cimabué*, *Giotto*, *Fra Lorenzo*, *Taddeo Gaddi*, *Beato Angélico*, *Filippo Lippi*, *Perugin*, *Andrea del Sarto*, *Bartolomeo della Porta*, *Bronzino*, *Verrocchio* y *Leonardo de Vinci*.

Estos dos últimos recuerdan la historia singular del lienzo que representa el Bautismo del Redentor. Habíase confiado á *Verrocchio*, en cuyo estudio trabajaba Vinci muy jóven todavía. El maestro dejó pintar al discípulo un ángel, y quedó tan maravillado de su mérito que resolvió no tocar en adelante los pinceles.

Y sin embargo *Verrochio* era hombre de mucho valer. Su reputacion fue causa de que le llamase á Roma Sixto V. Acredita su genio artístico la obra referida y varias de bronce que existen en Florencia.

Sólo el verdadero sabio es humilde: no puede ménos de ser así.

Los asuntos de los cuadros en ambas galerías existentes, son religiosos. El enigma deja de serlo manifestando que todos pertenecieron á varias iglesias.

Las últimas leyes dadas contra los frailes por Víctor Manuel, aumentarán algunas galerías segun todas las probabilidades. En la *Academia de la Crusca* fundada con el objeto de conservar la pureza del idioma italiano, fórmase ya un museo con las riquezas de los conventos arrebatadas á sus legítimos propietarios. No he olvidado que nuestro *cicerone* me dijo á este propósito, con el donaire que le distingue: El Gobierno discurre de la siguiente manera; «Los frailes han formado y adquirido preciosidades sin cuento. Arrebatemos las preciosidades, y persigamos á los frailes.»

Aquí falta lógica sin duda. Sin duda sobra tambien maldad y vileza.

X.

Dejo de hablar, no sin pena, de muchas cosas notables, y me despido con disgusto de la hermosa ciudad de Florencia. Con disgusto despídome tambien del padre Alcmany, de la órden de Santo Domingo, que ha tenido la bondad de acompañarnos durante nuestra estancia en la capital del reino que denominan italiano. A él he aludido con frecuencia en el presente capítulo.

Más ántes de subir al tren que há de conducirnos, queriéndolo Dios, á la ciudad inmortal, paréceme oportuno decir algunas palabras del mencionado religioso.

¡Padres verdaderamente felices los suyos! Si no es infiel mi memoria, todos sus hijos ascendieron á las alturas sublimes y abrumadoras del sacerdocio de Cristo. Uno de sus hermanos es el venerable obispo actual de California, que tambien se ha dirigido á Roma para presenciar las solemnísimas fiestas: dos de sus hermanas encerráronse en un claustro, y dirigen de continuo al Todopoderoso fervientes súplicas en favor de los que las persiguen ó desdeñan.

Los estudios, las meditaciones y el espectáculo de los males tremendos que afligen y conturban á las naciones modernas, han impreso en el semblante del padre Alemany un sello de gravedad que impone y detiene. Pronto se persuade el que le habla de que su bondad y su dulzura no pueden ser mayores. El hombre *serio* embelesa por su amabilidad, por su conversacion expansiva, por sus observaciones profundas, y sobre todo por los rasgos felices de su ingenio.

Florencia le quiere y le respeta y le bendice, porque conoce lo que vale. No es preciso acudir á la Iglesia de San Márcos para comprenderlo. A los pies de un confesionario están arrodilladas todos los dias multitud de personas que desean purificar su corazon manchado por la culpa, ó recibir consejos saludables para surcar tranquilos el océano tempestuoso de la vida. Atrae á las primeras principalmente la ciencia del padre religioso dominico: atrae sobre todo á las segundas sus virtudes relevantes.

Repito que no es necesario acudir al templo de Dios para la demostracion. Basta recorrer en su agradable compañía las calles de Florencia. Salúdanle respetuosamente, no sólo esos niños tan amados por Jesús, y esas mujeres piadosas, que tantas veces han detenido su mano vengadora, sino tambien infinidad de personas distinguidas segun el mundo, y muchos finalmente de los que han traido aquel delicioso pais al punto sobre todo encarecimiento deplorable en que se halla. Reconocen éstas que tiene razon, y van luego á decir en el ministerio, en la cámara, en el periódico ó en el casino todo lo contrario, ó por lo ménos á consolidar con su menguada prudencia ó con su cobardía, vituperable un régimen político, que llena de infortunios y de amarguras á la Religion y á la Patria.

Alguna vez los oficiales de Víctor Manuel, cuya gentileza y apostura suele recordar las de los figurantes de los coliseos, han demostrado un valor de que carecen los demás de Europa. En algo se habian de distinguir. El valor de... insultar á los frailes. Cuando esto ha sucedido, la mirada imponente y las frases enérgicas del padre Alcmany les han hecho entrar en razon, y retirarse mohinos y avergonzados. Saben que ha ocurrido eso muchas personas de Florencia.

Hago aquí punto final, y no revelo acciones laudabilísimas que grandemente honran y distinguen al religioso dominico. Para mortificacion suya (en la hipótesis de que á leerlas llegue), bastan las líneas anteriores.

¡Oh dicha! Dentro de algunas horas entraremos en Roma, en la ciudad de los Césares, en la ciudad de los Papas, en la ciudad de Dios.

He procurado encontrar satisfaccion comparable con la esperimentada por todos los que íbamos en el tren que nos ha llevado desde Florencia á la capital del mundo católico y no he podido descubrirla. Ninguna de las que me han ocurrido es á propósito para que mis lectores formen de ella concepto.

Y no es maravilla que así haya sucedido. La indicada satisfaccion sale de los límites ordinarios y tiene algo sin duda de sobrenatural.

Roma es la capital de la Iglesia concebida por Dios desde la eternidad y fundada, en el tiempo por su Hijo muy amado. ¿Qué católico puede acercarse á su recinto sin dulce alegría, sin santas emociones?

Roma constituye además la verdadera y sólida esperanza de cuantos ansían reconstituir á las naciones sobre las bases firmísimas de la justicia y de la legitimidad. Mientras exista (y existirá positivamente hasta la consumacion de los siglos), el hecho brutal de la fuerza nada podrá contra la fuerza incontrastable del derecho. Creeráse generalmente lo contrario, y hasta los hombres de gran fé padecerán con frecuencia desmayos angustiosos; mas á la postre el Omnipotente hará uno de esos prodigios estupendos que asombran al universo, alegrando á los unos y confundiendo á los otros. ¿Qué monárquico por consecuencia, puede dirigirse á Roma como á cualquiera otra ciudad renombrada?

Venian en el tren miles de personas, cuyos semblantes revelaban una impaciencia sólo comparable con su alegría indescriptible. Hubiérase podido creer que se imaginaban llegar pronto al cielo, y recibir la dichosa bienvenida de los santos, de los ángeles, de la

Vírgen, de Dios. El espectáculo sobre todo encarecimiento delicioso á que aludo, y que nunca jamás se borrará de mi memoria, reproducíase con detalles nuevos en cada una de las estaciones á las cuales acudia un gentío inmenso. Llegamos por esa razon mucho más tarde de la hora prefijada.

El número extraordinario de personas á que me refiero, significaba empero muy poco al lado de las que llegaban todos los dias á la metrópoli de los pueblos latinos. Cien trenes que contenian innumerables católicos cruzaban á todas horas el espacio con velocidad desconocida. Cien vapores surcaban majestuosamente los mares, y conducian á la ciudad reina dos veces del mundo á los hijos mejores de la Iglesia.



Loggia dè Lanzi, en Florencia.

Cierto que la mayor parte de los católicos excelentes no han podido venir á Roma; mas cierto tambien que cuantos han acudido pertenecen á la legion afortunada de los que marchan por la senda de la virtud, de los que ansían llegar pronto á la cumbre de la perfeccion cristiana, de los que piensan y sienten como piensa y siente su Madre cariñosa, de los que darian por ella si necesario fuere, con el auxilio de Dios, hasta la última gota de su sangre.

Desde los tiempos de las Cruzadas no se habia reunido un numero tan considerable de hombres buenos, piadosos, santos. ¡Qué desilusion para los que dicen convirtiendo sus menguados deseos en realidades positivas, que la fe se ha extinguido, que la Iglesia ha dejado de ser la señora del mundo, que la Religion del Hombre-Dios pertenece ó pertenecerá luego al número de las instituciones perecederas, encerradas para siempre en el frio panteon de la historia!

Lo vuelvo á decir. A Roma se han encaminado los mejores hijos de la Iglesia. Yo les saludo afectuosísimamente. Dignos descendientes son de aquellos cristianos que observaron en los albores de la Iglesia un proceder irreprensible, y tuvieron un solo espíritu, un solo corazon, una sola voluntad. Dignos descendientes son tambien de los que con una cruz roja en el pecho y una espada en el cinto, se dirigieron al Asia y pelearon como buenos, á fin de rescatar el Santo Sepulcro del Divino Redentor.

Yo les saludo afectuosísimamente. Han dejado Babilonia por Jerusalen; la ciudad de los hombres por la ciudad de Dios; el centro del vicio por el emporio de la virtud; los placeres humanos por las dulzuras divinas; el mentido progreso material que se refiere á los cuerpos por la verdadera civilizacion que, segun la frase de un ilustre orador, es asunto inmediato de las almas.

A todos les saludo afectuosísimamente: son mis hermanos más queridos. Saludo de una manera especial á los venerables sucesores de los Apóstoles procedentes de las regiones más apartadas del globo; á los ancianos que han querido esperimentar en la tierra una dicha que puede considerarse como un eflejo de la felicidad imperecedera que pronto disfrutarán en el empíreo; á los enfermos que han dado al olvido sus dolencias físicas para esperimentar las satisfacciones morales que encarecer no puede la lengua ni la pluma de un mortal; y por último á los pobres que han hecho todo linaje de sacrificios á fin de poder presenciar las augustas ceremonias que á verificarse van en Roma, la feliz, la santa, la eterna, la inmortal, la divina. Y no me contento con saludarles. Les bendigo tambien y me descubro en su presencia y les pongo sobre los demás y les declaro dignos de la bendicion de Dios y de las alabanzas de los hombres.



EL COLISEO DE ROMA.

PARTE SEGUNDA.

ROMA ÁNTES DE LAS FIESTAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

I.



Hállome ya dentro de Roma la ilustre, la egregia, la inmortal. ¡Oh, Dios! Yo te doy gracias con toda la efusion de mi alma, porque has permitido que se realizase el deseo más ardiente de mi vida, y te prometo á la faz del mundo en cambio de tus bondades abrumadoras ajustarme completamente á tus preceptos santos y á tus enseñanzas sublimes. Derrama tu ira sobre tu pobre siervo si se torna ingrato. Quede confundido eternamente si no me consume el celo de tu causa, si mi boca no predica tus misericordias y tus justicias, si no me interno en la consideracion de tus obras, si no ensalzo tus potentes maravillas, si no alabo y magnifico tu nombre con cánticos entusiastas, como lo hacen los cielos y la tierra y el mar y todos las criaturas que contienen.

¡Dios mio, Dios mio! Me abruma mi pequeñez al compararla con tu grandeza, mis prevaricaciones al compararlas con tu santidad, y sobre todo mis ingratitudes al compararlas con tus beneficios innumerables. ¡Dios mio, Dios mio! Dame luz para conocerte y virtud para ensalzarte y firmeza de voluntad para seguirte.

Tú sólo grande, tú sólo inmenso, tú sólo puro, tú sólo altísimo, tú sólo Señor de cuanto existió, existe y existirá hasta la consumacion de los siglos.

II.

En todas partes aparece la santa mano de Dios: aparece de un modo especial cuando con detenimiento se medita lo que ha sucedido en esta ciudad incomparable. Procuraré ponerlo en evidencia ántes de referir las primeras impresiones dentro de su recinto esperimentadas.

Determinó Dios establecer la Iglesia que habia de conseguir la unidad moral del género humano, y dispuso á este fin la fundacion de Roma, siete siglos y medio ántes de que naciera su Unigénito. Nadie desconoce que preparó dicha unidad, avasallando, por decirlo así, al mundo entero.

Dígase cuanto se quiera, es imposible de todo punto esplicar naturalmente su historia. Autores ilustres aguzando su ingenio han creido descubrir las causas

de su grandeza. Lo digo con toda ingenuidad y espero demostrarlo victoriosamente. Todo lo que dicen paréceme pobre, de levísima monta. Acredita su talento, mas no resuelve la cuestion, ni lleva al espíritu el convencimiento que se ansía.

Para comprender la hermosura del espectáculo, es preciso considerar el orígen verdaderamente menguado de Roma y el rapidísimo acrecentamiento que con todo logró. No hay que dudarlo. El Omnipotente la llevaba por sendas seguras pero misteriosas á la realizacion de sus destinos inmortales.

Nieblas densísimas encubren los hechos primitivos de los Estados y Roma en esta parte no constituye como en tantas otras una escepcion de la regla general. Al través de las mismas ha podido con todo inquirirse y demostrarse que su orígen no pudo ser más pobre. Carece de fundamento histórico la tradicion poética de Rómulo y Remo inmortalizada por Tito Livio; mas no lo que dice Montesquieu, segun el cual, declarada Roma ciudad de asilo, vióse pronto llena de acreedores, de esclavos, de criminales, y en suma de hombres perdidos. Muchos autores dan por cierto además el robo de las Sabinas.

Tal fue, segun todas las probalidades, el orígen de la ciudad inmortal fundada en el monte Palatino, á orillas del Tíber. ¿Cuál lo tuvo tan humilde por no decir tan degradante?

Logró sin embargo en poco tiempo un poder verdaderamente superior á toda ponderacion. Es grande desde sus siglos primeros. Decirse puede que prosperó de una manera fenomenal. Nace hoy y aparece mañana convertida en el más temible de los colosos.

Los romanos ignoraban lo que hacian. Ignoraban sin género de duda la mision providencial que se les confiara y la cumplian sin pensarlo y sin sentirlo. Hay ocasiones empero en que parece lo contrario. Frecuentemente juegan el todo por el todo abandonando la conducta constantemente observada por los demás pueblos, y desatendiendo las prescripciones más óbvias, sencillas y vulgares de la prudencia. Saben, v. gr. que una derrota puede hundirles para siempre en el abismo y sin embargo libran la batalla, y la libran sin precision, y teniendo delante fuerzas notoriamente superiores, y con la seguridad de poder reducir prontamente por otro medio á sus adversarios á la impotencia más vergonzosa, y para decirlo de una vez, con las condiciones más desventajosas. Vencen no obstante y marchan impulsados por la Providencia que los dirige á la conquista del universo.

Lo torno á decir. Ignoran su destino, pero lo realizan. No pueden compararse con ellos, mas obran como los hombres extraordinarios que Dios suscita en las grandes crísis que atraviesan de tiempo en tiempo las naciones para conducirlas á puerto seguro de salvacion despues que han purgado éstas sus crímenes. No saben que resolverán todas las dificultades, que pasarán por encima de todos los obstáculos, que saldrán incólumes de todos los peligros; mas proceden como si en efecto lo supieran. No han estudiado detenidamente la historia del pueblo rey los que no han visto en ella lo que acabo de manifestar.

¿No es maravilloso que daten del tiempo de Anco Marcio, uno de sus primeros reyes, algunas de sus obras estupendas admiradas por cien y cien generaciones? ¿No lo es que Tarquino piense ya en rodear y rodee con efecto su trono de gran magnificencia? ¿No lo es que Servio Tulio dé leyes sabias y afiance su poder por medio de tratados con las naciones latinas, y reforme la constitucion de Roma, y acuerde otras medidas capitales en el interior? ¿No lo es que Tarquino el Soberbio, al frente de la confederacion latina, someta todo el Lacio, desde el Tíber á la Campania, y funde además las primeras colonias? No lo es por último que se establezca pronto la Órden de los caballeros, que más tarde se convirtíó en un poder político, llegando á decidir de la eleccion del emperador?

Maravilloso es sin duda que acontezca esto en un período de doscientos años próximamente. Fue nada con todo si en parangon se pone con lo que aconteció despues.

Asombra mucho más la série de guerras que acometió en el segundo período de su existencia, saliendo á la postre triunfante de todas. Ella padecerá grandes descalabros; ella perderá la dominacion del Lacio y la sumision de varios pueblos; ella se verá muy cerca de ser aniquilada por los galos; pero al fin saldrá incólume siguiendo impávida su glorioso camino. Los romanos son vencidos por los samnitas, quienes les imponen la condicion tremenda, la humillante y vergonzosa de pasar las horcas caudinas. Acéptanla bramando de coraje, pero el Senado desaprueba su conducta y les hace tomar las armas y consiguen una victoria decisiva. ¿No es todo esto singular y estraordinario?

Fuera de lo dicho, Roma salió bien de todas sus empresas. Venció á los volscos, á los ecuos, á los etruscos, á los samnitas, á los latinos, á los umbrios, á los sabinos, á los senones, á los boyos, á los ligurios, á los ilirios, á los macedonios, á los siracusanos, á los cartagineses, á los sirios, á los griegos, á los lusitanos, á los etolios, á los egipcios, á los armenios, y tambien á los españoles. ¿Por qué no decirlo, mayormente cuando los sucesos á que aludo traen á la memoria las proezas inmortales de los numantinos?

Queda establecida la dominacion romana en el mundo. El poder del pueblo abarca desde el Atlántico hasta el Éufrates, y desde las cataratas del Nilo hasta el golfo de Fortk.

Al hombre pensador le sorprende de una manera estraordinaria tal resultado, y le sorprende sobre todo que despues de vencer á los italianos pudiera contar Roma con ellos para las guerras púnicas. Y le sorprende mucho más, áun teniendo presente la bella y conocida frase de Montesquieu, que venciese á Cartago á pesar de su poder colosal y de su maravillosa riqueza. Y le sorprende sobre todo quizá,



Pastor de la campiña de Roma.

que comprendiendo la necesidad de una marina, construyese en algunas semanas 120 navíos de guerra, sin conocimiento en el arte, sirviéndole de modelo uno encallado cartaginés.

¿Se quiere más todavía? Es indudable que los romanos no estaban unidos y compactos. Si es verdad que cuando se trataba de su pais desaparecian las diferencias, lo es tambien que sus luchas intestinas fueron casi tan tremendas como las esteriores. ¿Necesitaré yo recordar las que hubo entre los patricios y los plebeyos? ¿Necesitaré yo recordar las civiles que hicieron necesario el imperio? ¿Necesitaré yo recordar en fin las sociales que tomaron á veces proporciones verdaderamente alarmantes?

Hay que agregar á lo dicho que Roma se constituyó en centro de todo. Dióse á los vencidos más ó ménos prerogativas, mas nunca la plenitud de los derechos. Esa política no se relajó hasta los tiempos de la decadencia.

Difícil empresa conquistar el mundo, pero si bien

se reflexiona, empresa más difícil aún retener lo conquistado.

Tampoco se esplica esto de una manera natural: es preciso para descifrar el enigma repetir lo que dije anteriormente.

Si fuese preciso demostrarlo, me bastaria consignar tres nombres celebérrimos. El de Alejandro perteneciente á los tiempos antiguos, el de Carlomagno que floreció en los medios, y el de Napoleon que corresponde á los modernos.

El rey de Macedonia sofoca la rebelion de Atala, así como la dirigida por Demóstenes; vence á fuerza de talento á las tribus guerreras del Norte; sujeta á les griegos que se habian rebelado de nuevo al rumor de su muerte; hácese dueño de toda el Asia Menor con la famosa batalla de Gránico; triunfa de la tenaz resistencia que le oponen las ciudades de la Frigia; vence á Dario Codomano su rival más temido, cayendo por fin en su poder Babilonia y Suza; somete la Siria; se apodera de Sidon, Damasco, Tiro, Gaza y Jerusalen; invade el Egipto; penetra en el interior del Asia; conduce á la postre su ejército al pais riquísimo de la India, donde jamás entrara ningun conquistador de Occidente, llevando así por primera vez sus armas victoriosas á las extremidades del mundo conocido.

Importa recordar que esas conquistas cambiaron completamente la faz del Asia. Destruida la monarquía persa, los pueblos orientales tornaron á ser independientes, y recibieron una nueva organizacion. Alejandro Magno preparó por consiguiente la dominacion del pueblo rey.

No necesito recordar que poco despues de su muerte se repartieron sus generales las tierras conquistadas; mas sí me cumple advertir porque conviene á mi propósito, que nunca sucedió algo parecido en Roma.

El heredero de Pepino emprende cincuenta guerras durante su glorioso reinado. Somete la Aquitania; se apodera de Sajonia despues de luchas larguísimas y tremendas; vence á los lombardos; conquista la Italia; deshace la liga que se forma contra él; estiende en fin hasta el Ebro su frontera, á pesar de la derrota de Roncesvalles. ¿Y qué sucede? Que su territorio queda prontamente desmembrado á causa de repartirlo entre sus hijos. Tampoco se puede citar en Roma un hecho semejante.

Napoleon inaugura sus campañas con diversas victorias que obligan al Austria á firmar los preliminares de Leben, y luego el tratado de Campo Formio; embárcase despues para Egipto logrando tomar á Malta y Alejandría; emprende una espedicion á Siria señalada por los triunfos de Nazaret y del Monte Tabor; derrota despues á los turcos; pasa los Alpes; hace capitular á los austriacos en Ulm; ocupa la ciudad de Viena; pone á su hermano Luis en el trono de Holanda; conquista la Prusia; derrota á los rusos en Eylan y en Frieland; envia un ejército á Portugal, é intenta por último poner término á nuestra preciada independencia. Mas el leon de España no estaba muerto sino dormido. Despierta al ruido de las armas, ruge á vista del enorme atentado, sacude la melena disponiéndose á la lucha, embiste por último al enemigo logrando derrotarle completamente, y consiguiendo abatir al coloso del siglo. Procura recobrar su poder al año siguiente, mas el desastre de Waterloo llévale á la isla de Santa Elena donde pasa el resto de sus dias.

Tampoco registra la historia romana algo que á esto se asemeje. Sufren sí algunos descalabros los ejércitos del pueblo Rey, mas se reponen pronto, logrando al fin dominar en casi todo el mundo conocido.

Lo repito por tercera vez. Llevaba Dios á Roma por sendas seguras pero desconocidas á la realizacion de sus destinos inmortales. Queria que consiguiesen la unidad material y que preparasen así la moral que sólo podia conseguir el Hombre-Dios. Hé aquí por qué su decadencia tomó grandes proporciones precisamente cuando hubieron conquistado casi todo el orbe.

Basta recordar que los romanos reconocieron todas las religiones para comprender que sólo podian preparar el suave imperio de Cristo, como tambien que era inevitable la espantosa corrupcion y envilecimiento que los autores no han conseguido describir. Reconocer todas las religiones vale tanto como no reconocer ninguna, y Donoso Cortés lo ha dicho: «Es más fácil que pueda sostenerse un edificio en el aire que una sociedad sin religion.» Agregar á un catálogo general todas las creencias de los paises conquistados, podia ser una determinacion política de gran efecto, mas no podia dar consistencia de ningun linaje á su efímera dominacion. Los pueblos quedarian subyugados fácilmente y sin necesidad de recurrir á violencias; pero á la postre apareceria con su hediondez natural el cáncer que iba poco á poco carcomiendo y desmoronando aquella sociedad. El mismo peso de los ídolos correspondientes á seiscientas religiones, habia de hacer venir á tierra con estrépito atronador el aparato ó edificio cuyos cimientos se hallaban grandemente carcomidos.

¿Será necesario referir lo que sucedió en Roma hasta que la Religion cristiana hubo producido sus admirables frutos, siendo ya posible declararla religion del Estado? ¿Lo será recordar la degradacion á que se llegó? Lo será poner de realce que en ella

dominó á guisa de soberana la más espantosa y la más horrible de las anarquías?

Ciertamente no es preciso, pero sí oportuno traer algunos hechos sumamente graves á la memoria.

Nadie ignora lo que fueron los romanos en un principio. Hombres de puras é intachables costumbres, valientes, severos, esforzados, firmes en sus resoluciones, amantes sobre todo de su patria. Pasaron siglos y esos hombres se hundieron en el fango de la desmoralizacion, hasta el punto de cometer las acciones mas hediondas. Las matronas más distinguidas entregáronse tambien á los escesos mas repugnantes. El emperador Justiniano no halló dificultad en casarse con una mujer perdida.

En su *Genio del Cristianismo* dice Chateaubriand: «Para la comida de Tigelino en el estanque de Agrippa habíanse construido casas al borde del lago, en donde las más ilustres romanas estaban colocadas frente á frente de prostitutas completamente desnudas. Al anochecer todo fue iluminado para que aquellas orgías tuvieran un sentido más y un velo ménos.» De Mr. Ampère son las siguientes líneas... «Estas acciones monstruosas eran hechos aislados que ocurrian á gran distancia, mas el suceso estraño de las bacanales demostró que el desórden existia secreta y grandemente organizado en el seno de la misma Roma. Sobre el Aventino, este monte profano situado fuera del cercado religioso de la ciudad, y en el bosque de Simila, diosa desconocida, se verificaban hechos vergonzosos y crueles. Fueron en su orígen bacanales nocturnas. En ellas autorizaba la religion disfraces de todo género y la delirante alegría que permite aún el carnaval, mas se trasformaron en abominables y sanguinarias orgías, mezcladas de juglerías y de éxtasis. Los hombres profetizaban en medio de frenéticas convulsiones; las mujeres con trajes de bacanales y con el cabello tendido bajaban corriendo las escarpadas pendientes del monte y sumergian en el Tíber antorchas encendidas que no apagaba el agua. No se puede contar lo restante. Allí ocurrió en realidad todo lo de que fueron falsamente acusados los primeros cristianos. La religion de los iniciados se reducia á que nada es malo. Los que repugnaban estos horrores eran mañosamente precipitados en las cavernas del Aventino: decíase luego que habian sido arrebatados por los dioses.

Descubrió esta infame asociacion un jóven al cual queria iniciar en sus secretos *su propia madre*: una meretriz que le amaba advirtióle el peligro afrentoso que corria. Cuando el cónsul reveló en la curia la existencia de esta asociacion secreta, los senadores se amedrentaron porque se supo contaba con adeptos en los rangos más elevados de la sociedad romana, y cada uno temia encontrar culpables en el seno de su casa.»

Era imposible de todo punto que la familia permaneciese incólume. Es un delirio pensar que puede ser un buen padre, un buen esposo ó un buen hijo quien es un mal ciudadano, y sobre todo que puede dirigir á la familia segun las saludables prescripciones de la moral el hombre de costumbres cínicas y depravadas. Hízose el divorcio frecuente, hasta el punto de contar las romanas los años por el número de sus maridos. Los hombres cedíanse sus mujeres, y no tenian inconveniente alguno en volverlas á recibir pasado algun tiempo. Hubo precision de compeler al matrimonio por medio de recompensas. Cometíase todos los dias el crímen atrocísimo de la esposicion de los hijos que repugna tanto á la humana naturaleza.

En cuanto á la sociedad, ¿quién ignora que recibieron en ella un culto extravagante la más insaciable ambicion y la codicia mas desenfrenada? ¿Quén ignora que desde los tiempos de Caton que combatió sobre todo el de la mujer, mandando inutilizar los conductos que llevaban agua á los baños públicos, se desenvolvió el lujo de una manera desastrosa? ¿Quién ignora que el pueblo pululaba por las calles de Roma pidiendo á voz en grito *pan y espectáculos*? ¿Quién ignora que los emperadores para que no se entregase al saqueo, determinaron complacerle, teniendo entónces principio espectáculos viles y repugnantes? ¿Quién ignora que el ejército se compraba y vendia como cualquier artículo de comercio? ¿Quién ignora que se sucedian unas á otras las luchas civiles, y que se desgarraban en su virtud mutuamente las personas unidas con vínculos de sangre ó de afecto? ¿Quién ignora que las proscripciones de Mario y Sila ensangrentaron las calles de la eterna ciudad? ¿Quién ignora la conjuracion de Catilina, y que no obstante ser aficionado desde niño á las matanzas y á las rapiñas, al decir de historiadores respetables, logró la connivencia de no pocos senadores, de muchos caballeros, de algunos jóvenes pertenecientes á casas ilustres, de otras personas innumerables de gran representacion? ¿Quién ignora que Roma se vió sériamente amenazada, por lo cual consideróse preciso mas de una vez dividir el territorio? ¿Quién ignora en fin que llegó á sacarse á pública subasta el imperio, como tambien que un senador, á quien los pretorianos dieron despues muerte por no haberlos entregado, prometió á cada uno 6,000 y tantos dracmas.

Si algo faltase para completar el cuadro recordaria algunos crímenes horrendos. Recordaria por ejemplo, que la segunda mujer de Augusto mandó asesinar á las hijas de la primera; que el favorito de Tiberio cometió toda suerte de bajezas, martirizando además á los defensores de Jesucristo; que Calígula no contento con mandar que le adorasen, hizo millares de víc-

timas; que Claudio llevó su imbecilidad al punto de entregarse á Mesalina y despues á otra igualmente cruel y depravada; que Neron dejó á su virtuosa mujer Octavia por la impúdica y ambiciosa Bobea, asesinando además á su madre y haciendo locuras y barbaridades sin cuento; que Galva fue muerto por los pretorianos; que Vitelio sucesor de Oton dedicóse á comilonas en compañía de músicos y



Mujer de la campiña de Roma.

aurigas del Circo; que Domiciano cuyo nombre se borró de todos los monumentos públicos por órden del Senado martirizó, amen de muchos otros á san Juan Evangelista, siendo asesinado por su mujer; que Trajano manchó su gloria mandando perseguir de nuevo á los seguidores de Jesus; que Adriano se distinguió por sus crueldades y por su despotismo; que Cómodo fue á la postre asesinado por un cortesano, como tambien su sucesor Pértinax; que Caracalla el emperador que celebró sus bodas en Ctesifonte decretando un degüello general, mató á Geta en los brazos de su propia madre donde se habia refugiado huyendo del puñal fratricida, pereciendo despues el jurisconsulto Papiniano y veinte mil más porque rehusaron justificar el crímen; que su matador Macrino fue muerto á su vez por los soldados; que Heliogábalo, para no ser interminable, el más vil de los emperadores romanos, entregóse á la crápula más as-

querosa y cometió mil extravagancias, siendo su madre cómplice de sus maldades.

Si fuese preciso añadir algo mas para poner en evidencia la mencionada corrupcion, añadiria que el Cristianismo no pudo regenerar completamente á Roma á pesar de sus doctrinas civilizadoras y de su influencia celestial. Más de cuatro siglos mediaron desde el nacimiento del Redentor hasta la caida del pueblo rey y no consiguió contener la gangrena que corroia sus entrañas. Se ha dicho bellamente á tal propósito que inoculado el veneno en las arterias de los romanos era imposible de todo punto impedir sus mortíferos efectos.



Segador romano.

No ignoro que la Iglesia se levantaba siempre majestuosa á pesar de aquellas terribles persecuciones y de mil obstáculos que se oponian á su marcha triunfante. No he olvidado tampoco las célebres y conocidas palabras de Tertuliano: «Nosotros empezamos á existir ayer y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: os hemos dejado solamente los templos.» Cónstame tambien que nadie concurria á éstos y que al decir de un escritor insigne en las altas horas de la noche y en los últimos dias del imperio repetíase esta frase

lúgubre que grandemente amedrentaba á los romanos: «Los dioses se van.»

Humanamente discurriendo fue indispensable la providencial iuvasion de los bárbaros. Háse afirmado que la atmósfera en que se desarrollaba el Cristianismo era completamente pagana, y que por consiguiente sus triunfos habian de ser muy lentos. Cada calle, se ha dicho, cada casa, cada monumento público, todo en fin presentaba recuerdos imperecederos del paganismo, que considerarse podian como otras tantas barreras insuperables para los adelantos de la religion divina.

Yo creo, sin embargo, que á pesar de ésto la religion de Jesucristo hubiera triunfado fácilmente: la verdadera, la profunda, la invencible dificultad estribaba en la corrupcion á que llegado habian los romanos. El Cristianismo pudo llevar á término feliz la regeneracion religiosa, moral y política, así que los bárbaros del Norte llevando por do quiera la desolacion y el espanto, se precipitaron á guisa de torrente impetuoso sobre el pueblo rey y le vencieron, asentando tambien inadvertidamente las bases del progreso legítimo y de la civilizacion bien comprendida.

III.

Recordando lo dicho ¿cómo no ha de sentirse lleno de emociones el que penetra en Roma? Aunque lo haya olvidado, se lo recuerdan cien monumentos pertenecientes á los siglos paganos.

Falta bosquejar el segundo cuadro más sublime y más hermoso y más divino que el primero. Grandemeute maravilla lo que hizo la Roma pagana: maravilla extraordinariamente más lo que hizo la Roma del Hombre-Dios.

Hé aquí un asunto siempre antiguo y siempre nuevo como la religion celestial á que se refiere. Ha sido dilucidado en mil ocasiones y tiene sin duda el privilegio de llamar poderosamente la atencion general, como cuanto de Dios procede y emana. Lo han tratado admirablemente los autores más ilustres y pueden sin embargo discutirlo los más oscuros y humildes, sin temor alguno, como todo lo que es verdaderamente bello y santo. Habla el sabio de Dios á quien ofende y de la virtud que no practica de una manera estólida: el ignorante por el contrario de un modo embelesador si es bueno y religioso. Al través de las frases huecas y campanudas de aquél se descubre la falta de ideas nobles y dignas: al través de las sencillas de éste se vislumbran encumbrados y altísimos pensamientos.

Para comprender toda la importancia y trascendencia de la revolucion conseguida por la Roma cristiana, es indispensable recordar lo que dejo apuntado, como tambien lo que sucedió eu siglos mejores encerrados por desgracia en el panteon de la historia. No se puede prescindir de la corrupcion á que llegó la sociedad en los últimos tiempos del paganismo: no se puede prescindir tampoco del estado á que arribó ántes de que se quisiera desentender loca y estúpidamente de sus doctrinas sublimes y de sus lecciones inmortales.

Importa mucho poner de manifiesto la obra estupenda de Dios. Importa mucho, no sólo porque abundan por desgracia los indiferentes y los incrédulos, sino tambien porque no escasean por desdicha los que aseguran ó creen por lo ménos que se trata de una cosa puramente natural, regular y ordinaria. Las ridículas aseveraciones de Gibbon suelen ser repetidas con frecuencia ¡quién lo pensara! por muchos que han sido regeuerados por la Iglesia.

Conviene poner de manifiesto á los primeros la grandeza sobrehumana, verdadera indescriptible del espectáculo: conviene persuadir á los segundos de que, á no protegerla de contínuo su adorable Fundador, no hubiera la religion cristiana conseguido llevar á término feliz la regeneracion del mundo entero.

Nace Jesus en un rincon de la Judea, y nace pobre hasta el punto de uo poder la Vírgen cubrir su cuerpo santísimo. Humanamente hablando ó discurriendo, no podia comenzar la Iglesia bajo peores auspicios. Cierto que los judíos aguardaban al Mesías, mas cierto tambien que tenian la conviccion de que se distinguiria por su riqueza, por su poder, por su boato, por su pompa, por su magnificencia.

En cuanto á los gentiles, no soñaban siquiera en el nacimiento del Hombre-Dios. Perdida poco á poco la pista de las tradiciones primitivas, olvidaron completamente las promesas inefables. Existian los Sagrados Libros, pero no se curaban de leerlos. Y es obvio por lo demás que á suceder lo contrario, no se hubieran creido en la obligacion de seguir al tierno infante que acababa de nacer. ¿Qué habia de extraordiuario en Jesus para ellos que carecian de fe, y miraban únicamente con los ojos materiales?

Llega el Redentor á la edad de 30 años sin haber dado, por decirlo así, principio á la conversion del humano linaje. La Escritura resume su vida en estas sencillas y admirables palabras que demuestran estaba constantemente sujeto á María y á José, su padre putativo: *Erat subditus illis*. ¡Qué leccion para los jóvenes que dejan escapar prematuramente gritos de semi-salvaje independencia en el santuario de la familia, así como para los que abrogándose una mision que nadie les ha confiado, se presentan en público á enseñar debiendo aprender, dándose tono de sabios ó por lo ménos de muy entendidos!

A los treinta años sale Jesus de Galilea y se dirige al Jordan en busca del Bautista su precursor. Ha-

bia éste dado ya testimonio de él hasta el punto de asegurar que no era digno de llevarle las sandalias. Se puede sostener que comenzó entónces la imponderable obra de la regeneracion del mundo.

Y en verdad que San Juan no parecia el más á propósito para conseguir se postrara el universo á los piés de su Redentor. La Escritura nos dice que predicaba, no en Jerusalen y ménos en Roma, sino en el desierto de Judea. Nos dice tambien que llevaba, no uno de esos trajes vistosos que predisponen por lo comun en favor del que los usa, sino un vestido de pelos de camello. Nos dice igualmente que comia, no ricos y suculentos manjares, sino miel y langostas. Nos dice por fin que trató á los fariseos y saduceos que le pidieron con insano propósito el bautismo, no de una manera suave sino de un modo terrible, hasta el punto de dirigirles el siguiente apóstrofe: «¡Oh raza de víboras! ¿quién os ha enseñado *que con solas exterioridades podeis* huir de la ira que os amenaza?»

Humanamente discurriendo pues, Jesus y el Bautista no podian conseguir ningun resultado satisfactorio.

¿Qué dice de sí mismo el Hombre-Dios? ¡Ah! Dice cosas que á no ser celestiales, sido hubieran ridículas. Y sobre todo dice cosas que debian parecer mal á la generalidad de las gentes: «Yo soy la luz del mundo.»—«Yo soy el camino, la verdad y la vida.»—«A todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo tambien le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos.»—«Quien ama al padre ó á la madre más que á mí, no merece ser mio; y quien ama al hijo ó á la hija más que á mi, tampoco merece ser mio.»—«Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí.»—«Yo te glorifico, Padre *mio*, Señor del cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes *del siglo*, y las has revelado á los pequeñuelos.»—«Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo ha querido revelarlo.»—«Venid á mí todos los que andais agobiados con trabajos, y cargas, que yo os aliviaré.»—«Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: y hallereis el reposo para vuestras almas.»—«Más si yo echo los demonios en virtud del espíritu de Dios, síguese por cierto que ya el reino de Dios ha llegado á vosotros.»—«Bienaventurado eres Simon hijo de Joná: porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos.»—«Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»—«Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.»—«Ello es que el Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre acompañado de sus Angeles *á juzgar á los hombres*; y entónces dará el pago á cada cual conforme á sus obras.»—«En verdad ós digo, que vosotros que me habeis seguido, en el dia de la resurreccion, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su magestad, vosotros tambien os sentareis sobre doce sillas, y juzgareis á las doce tribus de Israel.»—Mientras estaban cenando, tomó Jesus el pan, y le bendijo, partió y dióselo á sus discípulos, diciendo: Tomad, y comed, esto es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias y dióselo, diciendo: Bebed todos de él. Porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remision de los pecados.»—«Y díjóle el sumo sacerdote: Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo *ó Mesías* el Hijo de Dios.»—«Tú lo has dicho *yo soy*: y áun os declaro que vereis despues á este Hijo del hombre que teneis delante sentado á la diestra de la magestad de Dios venir sobre las nubes del cielo.»—«A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues, é instruid á todas las naciones *en el camino de la salud*, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo *mismo* estaré contínuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

Yo ruego á mis lectores que examinen estas palabras que transcribo con inefable placer, y sobre todo la situacion en que se hallaba Jesucristo cuando las pronunció. Si sólo tienen en cuenta que hoy el mundo le proclama su Salvador, les parecerán muy naturales y muy puestas en razon; mas si consideran que cuando salieron de su boca divina le reconocian muy pocos por Hijo del Eterno, les causarán asombro extraordinario, persuadiéndose de que la influencia sobrenatural que me propongo poner de realce.

Aparte sus abominables imposturas, ha dicho Renan una cosa que no es verdad. Ha osado villanamente combatir la divinidad de Jesus, pero ha sostenido al propio tiempo que debia considerarse como el hombre más ilustre entre todos los ilustres. Pues bien. Yo sostengo con los reyes católicos de palabra y de pluma que si Jesucristo no hubiera sido Dios, hubiera sido un hombre... no me atrevo á estampar la calificacion. ¿Qué se diria del que presentándose hoy en cualquier sitio público, dijese por ejemplo que era la luz del mundo, el camino, la verdad y la vida, así como su padre el Señor de los cielos y de la tierra; que debia ser amado más que el hermano y la madre, y el hijo y la esposa; que aliviaria á todos los que se hallasen agobiados

con penas y cargas; que se distinguia por su mansedumbre y humildad; que á uno de sus amigos le daria las llaves del reino de los cielos; que se confirmaria en los mismos cuanto en la tierra hiciese; que andando el tiempo vendria de gloria revestido y de ángeles acompañado á juzgar á todos los hombres; que el pan y el vino despues de la bendicion se convertian en su cuerpo y en su sangre; que tenia toda la potestad en el mundo y en el empíreo; que estaria, en fin, con sus seguidores hasta la consumacion de los siglos? ¿Qué se diria de ese hombre, si señalando un instrumento de suplicio para los criminales más feroces, como lo era la cruz entre los hebreos, afirmara que sólo serian dignos de él cuantos lo tomaran y le siguieran? «Es un impostor: es un loco.» Tales serian sin linaje de duda los epítetos ménos denigrantes.

Y no se diga que obró Jesus muchos milagros estupendos. Es verdad, pero venga el indiferente ó el incrédulo y dígame. Esos milagros estupendos, ¿son ó no sobre naturales? ¿Se conciben ó no se conciben sin la intervencion directa é inmediata de Dios?

A fin de no ser interminable dejo de hablar no sin violencia de Jesus, cuyas bondades humedecen mis ojos y dilatan mi corazon, para escribir algunas líneas sobre sus enseñanzas y preceptos.

Insisto ante todo en la misma observacion. Las enseñanzas y preceptos de Jesucristo nos parecen hoy celestiales porque la humanidad está iluminada y enaltecida por nuestra Religion sacrosanta. Es preciso tener presente la época en que comenzaron á darse é imponerse: es indispensable recordar cómo pensaba y sentia el mundo pagano.

Otra consideracion preliminar debo hacer. ¿Dónde aprendió sus doctrinas nuestro adorable Redentor? ¿A qué escuela ó cátedra concurrió? ¿Cuál filósofo le dió lecciones? ¿Qué paises ignorados ó desconocidos visitó deseoso de poseer la sabiduría? No las aprendió en sitio alguno; no concurrió á ninguna escuela; no recibió lecciones de ningun filósofo; no emprendió ningun viaje. Es más. A intentarlo, nada hubiera conseguido. Léase el Evangelio y se verá que nadie pensaba en el mundo al compás de sus ideas.

Se llega á la siguiente conclusion y se llega sin remedio. Era Hijo de Dios y consiguientemente sabio por excelencia.

Por ser Dios y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres que se aborrecian sin excluir á los judíos que interpretaban muy mal algunos preceptos al prójimo referentes: «amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian»; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres sedientos de vil metal: «no querais amontonar para vosotros tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban»; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres que se procuraban naturalmente la comida y el vestido, que si primeramente buscaban su reino se les darian todas las demás cosas por añadidura, recordando á tal propósito las aves del cielo que son alimentadas por el Padre celestial, así como primorosamente vestidos los lirios del campo; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres deseosos de premios materiales, que no debian esperar recompensas positivas, sino que debian aguardarlas en el cielo, proporcionadas á sus virtudes durante su peregrinacion sobre la tierra; por Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres cuya impureza consagraba la religion, permitia la ley y fomentaban los filósofos que debian ser castos hasta el punto de asegurar que «cualquiera mujer con mal deseo hácia ella ya adulteró en su corazon»; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres amigos de comodidades y placeres, que era preciso reemplazar aquéllas y éstos con penitencias rigurosas, con sufrimientos continuos, con abnegaciones sin término; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres que sólo cuidaban del barro de su sér habian de levantar su espíritu sobre todo lo perecedero y efímero; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres jactanciosos, aficionados á la ostentacion y á la vanagloria, que era necesario practicasen ocultamente la virtud; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres que menospreciaban á sus semejantes azotados por la desgracia, serian bienaventurados los pobres de espíritu y los humildes, y los que lloran, y los amantes de la justicia, y los misericordiosos, y los de corazon puro, y los pacíficos, y los que padecen persecuciones injustas; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres, que sólo pensaban en sí propios, era indispensable que hartaran al hambriento, vistieran al desnudo, visitaran al enfermo y al encarcelado, redimieran al cautivo, hospedaran al caminante, dieran sepultura á los muertos, enseñaran al ignorante, corrigieran al errado, aconsejaran al necesitado de consejo, sufrieran pacientemente las flaquezas de los demás, consolaran al triste, pidieran por último al Todopoderoso por los vivos y por los difuntos; por ser Dios, y sólo por ser Dios, pudo decir á los hombres que idolatraban á millares de séres fantásticos y de cosas insignificantes ó groseras que debian adorar únicamente á su Eterno Padre, Sér inmaterial, infinitamente sabio, justo, premiador de los buenos y castigador de los malos, que todo lo dirige y lo gobierna desde las alturas celestiales.

He puesto fin al párrafo anterior para no fatigar

demasiadamente á mis lectores. Lo hubiera podido alargar ó seguir evidenciando que Jesucristo colocó sobre las estrellas lo más despreciado hasta entónces, así como anatematizó cuanto hasta entónces fue de una manera extraordinaria enaltecido.

Podria recordar tambien, si lo dicho no bastase para persuadir de que sus preceptos no podian ser más puros ni más excelentes sus enseñanzas, como tambien de que ni aquéllos ni éstas podian discurrirse ó vislumbrarse naturalmente, que hizo creer á los hom-



Carretero romano.

bres dogmas superiores á la razon sin género de duda; que prohibió á los poderes del mundo avasallar á sus gobernados, enseñándoles que cada uno de éstos era hijo de Dios y estaba criado á su imágen y semejanza; que impuso al marido el deber de considerar á la esposa como compañera, y no como señora ni esclava, para demostracion de lo cual observa San Pablo que no fue formada de la cabeza ni de los piés, sino de la costilla del varon; que mandó á la mujer se ataviara con modestia y sobriedad, «y no con cabellos encrespados, ó con oro ó perlas ó vestidos de mucho coste,» como dice literalmente el Apóstol de las gentes; que dijo, para concluir, á sus discípulos, que no entrarian en el reino de los cielos si no se asemejaban á los niños en la sencillez é inocencia.

¿No es verdaderamente asombroso que predicara

ésto el Redentor del mundo? ¿No lo es todavía más que con todo le siguieran no sólamente los judíos sino tambien los paganos? ¿Hay por ventura quien á esplicar se atreva el fenómeno, sin recurrir á lo sobrenatural?

———

Con ser lo dicho de tanto valor y trascendencia, es nada en comparacion de lo que se puede añadir para demostrar mi tésis.

Tres años despues de su predicacion, dejó Jesus la tierra y subióse á los cielos. Habia sido crucificado como malhechor de una manera cruel y espantosa. Le habian acusado de blasfemo, de amigo de publicanos, de estafador y de enemigo del César.

¿Hay cosa más natural que inquirir las cualidades de las personas á quienes confió la prosecucion de su obra?

El Evangelio las refiere, y nos dice ántes de qué modo fueron llamados los Apóstoles. Un dia, por ejemplo, caminaba el Redentor, y vió á dos hermanos que estaban echando las redes en el mar de Galilea. «Seguidme á mí, les dijo, y yo haré que vengais á ser pescadores de hombres.» Sin embargo de que probablemente le desconocian por completo, dejaron su ocupacion habitual y se fueron con él. Era el uno Simon, llamado Pedro, y el otro Andrés.

Prosiguiendo Jesus su camino vió á otros dos hermanos que componian las redes en una barca juntamente con su padre. Los llamó tambien y le siguieron al punto como los anteriores. Es creible que dejarian al autor de sus dias sumido en el mayor desconsuelo.

Se llamaban éstos Santiago y Juan.

Otro dia despues de sanar á un paralítico vió á un recaudador de tributos, sentado en la mesa de las alcabalas. «Sígueme» le dijo igualmente. Y levantándose siguióle al punto. Se le designaba con el nombre de Mateo.

Son sin duda bastantes los ejemplos. ¿No es asombroso que se valiera el Hijo de Dios de personas tan oscuras, tan humildes, tan desconocidas? ¿No lo es tambien que le siguieran al momento, sin estipular condiciones y abandonándolo todo?

Aparte lo dicho, los Apóstoles se distinguieron por su ambicion, por su ignorancia, por su incredulidad y por su cobardía. Persuade la Sagrada Escritura de que realmente fue así. Un dia preguntaron á Jesus quién seria el mayor en el reino de los cielos, demostrando así su aficion desordenada á las dignidades y á los honores. Por lo que hace á su ignorancia, basta recordar que con frecuencia no supieron satisfacer las preguntas sencillas que les hizo el Salvador. Para demostracion de su incredulidad sólo se necesita tener presente que más de una vez reprendióles por ella el Hijo de Dios; que ántes de trascurrir los tres dias posteriores á su muerte afrentosa dudaron de lo que observaran y oyeran; que Tomás en fin, necesitó meter su mano en una de las llagas preciosísimas del Redentor para convenir en que realmente habia resucitado. En cuanto á su cobardía, recuérdese que todos abandonaron al Divino Maestro no bien llegó la hora de su Pasion, sin embargo de que les habia predicho su conducta, por lo cual podíase aguardar otra enteramente contraria. San Pedro nególe tres veces, no obstante sus protestas. «Aunque me sea forzoso morir tres veces, yo no te negaré.»

Es verdad que Celso, Porfirio, Juliano y otros impugnadores de la Religion cristiana tuvieron que reconocer la buena fe las virtudes de los Apóstoles, mas ésto no empece para lo dicho en el párrafo anterior.

Como si ésto no fuese bastante se les manda que no lleven plata, oro ni dinero alguno en sus bolsillos, ni alforja, ni más de una túnica y un calzado, ni palo para defenderse; que llegados á una ciudad ó aldea se alojen sin más ni más en casa de un hombre bueno permaneciendo hasta su partida en ella; que cuando hayan de comparecer ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio al Redentor no se curen poco ni mucho de lo que deban decir, por cuanto hablará por ellos el Espíritu de Dios; que prediquen á la luz del dia lo que se les dijera de noche, y públicamente lo que se les manifestara en secreto; que no teman en fin á los que si bien pueden matar el cuerpo no pueden matar el alma.

De forma que sobre sus cualidades inferiores, se les priva de todo recurso; se les manda que obren de una manera estraña, y que desatiendan los preceptos de la prudencia; se les obliga á un valor verdaderamente sobrehumano.

Esos hombres son con todo enviados á la conquista moral del Universo. Esos hombres consiguen realmente trasformar el mundo. Esos hombres plantaron la Cruz adorada hoy, aborrecida entónces, en el corazon del paganismo. Su jefe se limita primero á visitar las iglesias fundadas por los demás, mas luego concibe una empresa temeraria, colosal, inconcebible. San Pedro determina, si puedo hablar así, tomar posesion de Roma. Pertrechado con las armas de la verdad como dice Eusebio, autor que no puede parecer sospechoso, penetra el Príncipe de los Apóstoles en la Eterna Ciudad. Reinaba entónces Claudio, emperador imbécil, que cometió mil acciones atrocísimas.

¿No es ésto maravilloso por demás?

Es verdad que no bien hubo el Espíritu Santo descendido en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, se obró en ellos una trasformacion verdaderamente superior á todo encarecimiento. Mas dígame, llegado á este punto, el indiferente y el incrédulo. ¿Es

por ventura natural y ordinario lo que aconteció en Jerusalen al cumplirse los dias de Pentecostés? ¿No confirma y robustece sin sombra de duda la tésis que estoy sustentando? ¿Habrá quien á negar se atreva la proteccion extraordinaria que concedió Dios á la naciente Iglesia?

Lo declaro ingenuamente. Ha tomado este capítulo vastas proporciones, y no obstante me siento sin fuerzas para ponerle fin. ¡Es tan dulce para el católico recordar lo que ocurrió! ¡Se experimenta una satisfaccion tan grande y tan pura cuando de palabra ó por escrito se refiere! Y sobre todo, ¿por qué no puedo alimentar la esperanza de que leyendo mis líneas desaliñadas se acrecentará la fe de algunos ó se convencerán otros hasta la evidencia, de que real y verdaderamente la Religion cristiana es una religion divina, resolviendo en su virtud marchar por el camino que conduce á la dicha nunca total en la tierra y al colmo de la felicidad en el cielo?

Lo que hicieron los Apóstoles despues del mencionado prodigio, no puede referirse y ménos ponderarse. Faltan palabras bastante espresivas y elocuentes. Los esfuerzos humanos no son á propósito para describir y encarecer las estupendas maravillas de Dios. Se puede decir algo: no se puede hacer formar una idea cabal que satisfaga completamente al entendimiento y al corazon.

Comenzaré hablando de San Pedro. Para celebrar la fiesta de Pentecostés, habíase congregado en Jerusalen un gentío inmenso, perteneciente á casi todas las naciones del mundo. Procedian de Persia, de Mesopotamia, de Capadocia, de Judea, del Ponto, del Asia, de Frigia, del Egipto, de Pamfilia, de Roma, de Libia, de Creta, de Arabia, etc., etc.

¡Prodigio singular! Los Apóstoles recibieron con el Espíritu Santo el don de lenguas, y hablaron varias con pasmo de los circunstantes todos. ¿Por ventura éstos que hablan, se decian unos á otros, no son galileos *rudos é ignorantes*? Y no faltó quien les mofara y dijera que estaban ebrios.

Entónces Pedro, que habia temblado á la voz de una criada, y concluido por negar á Jesus, se levanta y pronuncia un sermon enérgico y magnífico, cuyo resultado fue la conversion de tres mil personas próximamente. Admirable sermon, en el cual manifiesta que se acababa de cumplir en él y en sus once compañeros una gran profecía; en el cual increpa sin contemplacion á los judíos por haber dado muerte al Redentor no obstante sus milagros y prodigios; en el cual anuncia su resurreccion gloriosa, y aduce á fin de probarla varias consideraciones importantísimas.

¿Se puede esplicar ésto de una manera natural?

En lo sucesivo los Apóstoles asombran al mundo por su fe, por su sabiduría, por su valor, por todas las cualidades que distinguen y caracterizan al genio.

Pedro, esa columna inmoble de la fe segun el concilio de Efeso, cura poco despues á un tullido de nacimiento. El pueblo se admira y se agrupa en torno de los Apóstoles. El antiguo pescador de Galilea trasformado ya en pescador de hombres, habla entónces con gran elocuencia de Jesucristo, consiguiendo convertir á cinco mil personas. Es reducido poco despues á prision, sale milagrosamente de la cárcel y abandona la Judea. Ya se le ve administrando el sacramento de la Confirmacion á los fieles de Samaria; ya estableciendo la iglesia de Antioquía; ya llevando la luz del Evangelio al Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia; ya dirigiéndose á Roma para fijar en ella la cátedra pontifical, á fin de que esta ciudad, como dice San Leon, «que era cabeza del mundo, fuese tambien como el centro de la Religion y escuela de la verdad, despues de haberlo sido del error, quedando constituida por maestra de todas las demás iglesias de la tierra;» ya enviando su primera epístola á los fieles orientales; ya presidiendo el primer concilio en Jerusalen; ya retornando á la Eterna Ciudad, desde donde dirige á la Iglesia universal su carta segunda, y lleva la doctrina de Dios á varias provincias de Europa, ya en fin padeciendo martirio afrentoso con sin igual intrepidez y alegría.

Su hermano Andrés recorre primero la Judea y sucesivamente la Tracia y el Epiro y la Escitia y la Capadocia y la Galacia y la Bitinia. Llega en alas de su fervor hasta los confines del mar Negro. Entra por fin en Patras ciudad de la Acaya, procura que su procónsul adore al verdadero Dios, se befa de los ídolos, y consigue tambien la palma gloriosa del martirio.

Santiago el Menor predica sobre todo con el ejemplo la necesidad de la mortificacion, sin la que nadie puede subir á las mansiones celestiales. Pasa su vida orando y haciendo penitencia. Pronto se le llama por sus virtudes *el Justo*, así como *el hermano de Cristo* por la predileccion singular que le dispensara el Redentor. Gracias á sus trabajos la Religion aumenta en Jerusalen de una manera extraordinaria. Indígnanse los fariseos y los doctores, resuelven exterminar á la hija predilecta del Eterno, creen lo mejor para conseguirlo procurar la apostasía del Apóstol, hácenle comparecer en el Sanedrin, y subir, despues de halagarle, á la galería, con la esperanza de que hablará en contra de la Iglesia, predica desde allí á Jesucristo y logra que muchos se conviertan, así como que alaben y bendigan entusiasmados al *hijo de David*. Furiosos los judíos le precipitan desde lo más alto del templo. El Santo se pone á orar por sus enemigos, y entrega poco despues dichosamente su espíritu á Dios.

¿Y su hermano Juan, el discípulo amado de Jesus? ¡Ah! yo me considero sin fuerzas para encarecer su vida verdaderamente admirable. Pluma mejor cortada que la mia debiera referir ó bosquejar la historia del Apóstol que fue testigo de casi todos los milagros de Jesus; que asistió juntamente con su hermano y con Pedro á su trasfiguracion en el Tabor; que tuvo la dicha de recostarse sobre su pecho en la noche memorable de la cena; que consiguió verificara Dios por su intercesion muchos prodigios estupendos; que hizo millares de conversiones en Samaria, en el pais de los Partos y en el Asia Menor; que escribió el Apocalipsis, en que cada frase, segun san Jerónimo, es un misterio, á los obispos de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Filadelfia, Laodicea y Lardis; que tuvo exquisito cuidado de la Vírgen, Madre de Dios y de los hombres, durante su vida mortal; que se dirigió despues de su Asuncion gloriosa á los confines del Oriente; que fue metido en una tina de aceite hirviendo y desterrado á la isla de Patmos; que redactó á peticion de las iglesias de Oriente y Occidente su evangelio, destinado sobre todo á poner en evidencia la Divinidad de Jesucristo, neciamente combatida en su tiempo por Cerinto, Ebion y los Nicolaitas, evangelio comparado con el águila por elevarse su autor al Trono resplandeciente de Dios; que redactó tres famosas epístolas; que sólo aconsejaba en fin en sus últimos años á los cristianos que se amasen los unos á los otros.



Lagunas de la campiña de Roma.

Felipe, natural de Betsaida, como Pedro y Andrés predicó el Evangelio á los frigios. Habiendo entrado en Hierápolis hizo pedazos una víbora enorme adorada por el pueblo, logrando convertir á la ciudad y establecer una iglesia en la misma. Los sacerdotes de los ídolos y los magistrados resolvieron quitarle la vida, y le amarraron á una cruz de una manera implacable. Un terremoto que ocurrió no bien le hubieron tirado algunas piedras, hizo huir apresuradamente á sus verdugos. Los fieles le bajaron del madero ya ennoblecido por Jesus, mas el Apóstol consiguió que le dejaran entregar en él su espíritu al Soberano Autor de los cielos y de la tierra.

Bartolomé se dirige á Licaonia, Albania y Armenia, marchando despues á las Indias Orientales. Án-

tes de ser llamado por Jesucristo era tambien simplemente un pobre pescador. Uno de sus milagros consistió en librar de los malignos espíritus á la hija de un rey. Ofrecióle agradecido el padre presentes de gran valor. «No vengo á buscar oro, ni piedras preciosas, le contestó el Apóstol, sino la salvacion de tu alma y la de tus vasallos.» Fué á la postre desollado vivo. Áun sin piel, confesaba intrépidamente al Redentor del mundo. Por esta razon le cortaron apresuradamente la cabeza.

Otro pescador de Galilea aficionóse grandemente á Jesus hasta el extremo de seguirle á todas partes. Tomás fue su nombre. Fué uno de los Apóstoles que más se distinguieron por su celo, por su fervor y por



Vista general de Roma.

su fidelidad. Lázaro habia muerto en Betania y el Hijo de Dios resolvió volver á Judea para resucitarle. Los demás Apóstoles le aconsejaban que no fuese, temerosos sin duda de que le apedreasen los judíos. Tomás se manifiesta entónces firmemente decidido á morir con Jesus. Su incredulidad posterior, por la cual hízole meter despues de la resurreccion su mano en la llaga profunda del costado, aumenta extraordinariamente su fervor. Fervor que acredita dirigiéndose á los reinos más distantes de Oriente, donde segun refiere la Tradicion, refirió á los reyes magos la historia del tierno niño á quien adoraron en Belen; fervor que acredita enviando á uno de los setenta y dos discípulos á catequizar al rey Abgaro; fervor que acredita defendiendo la luz de la verdad entre los etiopes, los abisinios, los partos y los persas; fervor que acredita penetrando en la Carmania y en la Bactriana y en las Indias y en Ceylan y hasta en la China. Murió alanceado por los Bracmanes.

¡Cuánto podria decir de san Mateo, si los límites á que debo sujetarme lo consintieran! Prescindo de sus numerosas conversiones realizadas en paises remotísimos, ciñéndome á decir dos palabras de su evangelio memorable. Así como San Juan se propuso defender la divinidad de Jesus, el antiguo recaudador de contribuciones quiso referir su vida humana. Por ésto comienza refiriendo la genealogía del hijo de David, á la que sigue un compendio de lo que le oyera y observara durante su tránsito por este mundo. Vanamente intentaria encarecer su importancia, y me concreto á recomendar vivamente su lectura. Segun san Jerónimo y san Ireneo, escribiólo á peticion de los discípulos del Señor y por órden de los Apóstoles, en beneficio de los hebreos que se convertian á la fe.

Afirma el Crisóstomo que muchas mujeres lo llevaban pendiente del cuello, como tambien que se leia con gran veneracion hasta el punto de lavarse las manos el lector ántes de cogerlo. No pocos fieles lo llevaban consigo para estudiarlo continuamente: no pocos de los primeros héroes del Cristianismo mandaron que se les enterrase con alguna de las copias.

Santiago el Mayor predica el Evangelio á casi todas las ciudades y villas de Judea, dirigiéndose despues á España. Hizo muchos milagros. Al fin fué tambien martirizado.

Judas Tadeo ejerce su apostolado en la Mesopotamia y asimismo en la Libia, segun opiniones respetables. Habiendo aparecido muchos falsos doctores, creyó indispensable escribir su Epístola para todos los fieles diseminados por el mundo. Logró convertir á casi todo el reino de Persia. Cortáronle por último la cabeza.

En cuanto á Simon, hijo de Caná, dirigióse á Egipto, que dió despues innumerables santos á la Iglesia. Recorrió tambien las inmensas provincias de Asia, penetrando además en la Gran Bretaña y en la Persia, segun todas las probabilidades. Al fin obtuvo igualmente la palma del martirio.

Matías en fin, elegido para ocupar la vacante que dejara Judas el traidor, recorrió casi todas las provincias de Judea. Al decir de San Clemente Alejandrino predicaba sobre todo la penitencia. Fué preso por órden del pontífice Ananias, y defendió la divinidad del Redentor en pleno concilio. Murió tambien apedreado.

¿Será necesario decir que así ellos como sus sucesores consiguieron ese resultado á pesar de tener muchos poderosos enemigos?

La Religion cristiana fué combatida por los emperadores, por los filósofos, y hasta por los judíos.

No trato de historiar las diez persecuciones horribles decretadas por los emperadores romanos, pero sí de referir algunos detalles que dan idea de las mismas.

No se respetó la edad, ni el sexo, ni el estado, ni la dignidad de las personas. Sufrieron martirio cristianos que al borde se hallaban del sepulcro; lo sufrieron igualmente puras, cándidas y hermosas doncellas; lo sufrieron asimismo mujeres que llevaban en su seno fruto de bendicion; lo sufrieron tambien muchos obispos: algunos de los que fueron al concilio general de Nicea, estaban horrorosamente mutilados.

Neron mandó llevar á su jardin á no pocos cristianos; y con cierta repugnante preparacion pudo conseguir que sirviesen de antorcha para iluminar las fiestas escandalosas del paganismo. Mandó construir varios instrumentos de suplicio para los seguidores del Salvador, y dispuso que fuesen arrojados á las fieras por via de diversion.

Trajano dió una órden segun la cual todos debian ser condenados á muerte. Plinio el Jóven uno de los gobernadores que la recibió le dijo en sustancia: «Ved, oh Emperador, que esta supersticion ha llenado no sólo las ciudades, sino tambien las aldeas y los campos.» Más tarde le participa que despues de informarse bien no los halló reos de ningun crímen, pero que no obstante habia enviado al suplicio á los que no quisieron apostatar. Es inútil añadir que aprobó el Emperador su conducta.

Adriano quiso tambien exterminar á todos los discípulos de Jesus.

A Decio le pareció que se adelantaba poco. Dispuso en su virtud que fueran atormentados lentamente, como tambien que se martirizara de una manera especial á los de mayor dignidad. Desgraciadamente para él durante su dominacion, se distinguieron por su intrepidez y heroismo, precisamente los cristianos que convirtiera en víctimas de sus furores.

Lactancio, en fin, refiriéndose á la ejecucion decretada por Diocleciano, Maximiliano y Galerio habla de tres bestias ferocísimas que devoraron la tierra desde el Oriente á Occidente.

En cuanto á los filósofos sabido es que con efecto insultaron á los seguidores de Cristo y contradijeron su doctrinas.

¿Necesitaré yo recordar cuál fue la conducta de los gnósticos, de los epicúreos, de los estóicos, de los pertenecientes á otras varias sectas? Sólo algunos se convirtieron, porque se penetraron de que la nueva Religion tenia todos los caracteres celestiales.

Por lo que hace á los hebreos bástame tener presente que segun San Pablo predicar á Jesus era un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles.

¿Habré de añadir que los discípulos del Redentor fueron terriblemente calumniados? Consta su inocencia pero se cree preciso hacerles desaparecer de la tierra. Nada importa que Tácito, Celso, Juliano, etc., sólo puedan acusarles falsamente de supersticiosos. Se les acusa sin embargo de todos los crímenes que perpetran, así como se les atribuyen todas las desgracias que acontecen. Por el hecho de consagrar el pan y el vino son calificados de antropófagos. Por la costumbre de comulgar bajo las dos especies son calificados de ébrios. Por la circunstancia de no enseñar en seguida todos los misterios á los catecúmenos son calificados de farsantes. Por sostener que Dios es un espíritu purísimo son calificados de ateos.

Si hay guerras, pestes ó plagas de cualquier linaje ellos son los responsables. Si se quema el palacio de Neron los culpables son los cristianos, aún sabiéndose que el Emperador le prendió fuego.

A pesar de todo lo dicho se logran resultados ver-

daderamente asombrosos. El Apóstol de las gentes pudo decir escribiendo á los romanos que fructificaba y crecia el Evangelio en todas partes.

Resulta por consecuencia que los Apóstoles se distinguieron por su oscuridad é ignorancia; que se les privó de todo humano recurso para realizar la mision que les confiara el Hijo de Dios; que fueron perseguidos por cuantos podian cambiar la forma y el modo de ser de la sociedad; que por añadidura, en fin, lograron el honor de ser terriblemente calumniados y escarnecidos.

Se llega siempre al mismo resultado: es preciso persuadirse de la mencionada influencia sobrenatural.

Llegado á éste punto réstame decir que sucedió lo que anunciado estaba en la Escritura. Las siguientes palabras son del sublime profeta Isaías, príncipe de sangre real, que floreció 800 años antes de Jesucristo. «Y en los últimos dias estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes y se elevará sobre los collados *y correrán á él todas las gentes*.—E irán muchos pueblos y dirán: «Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos en sus senderos: porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalen.—Y juzgará á las naciones, y convencerá á muchos pueblos; y de sus espadas forjarán arados y de sus lanzas hoces...»

Hé aquí otro vaticinio de Jeremías, de aquel profeta terrible suscitado por Dios para reprender y amenazar á los hebreos completamente olvidados de su ley. «En aquel tiempo llamarán á Jerusalen Trono del Señor: y *serán congregadas á ella todas las naciones en el nombre del Señor* en Jerusalen, y andarán tras la maldad de su corazon pésimo.»

Cuando el Angel Gabriel se halló en presencia de la Vírgen después de aquella memorable salutacion. «Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres», la dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: Hé aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre: y *reinará en la casa de Jacob por siempre. Y no tendrá fin su reino.*»

El mismo Jesus, finalmente, pronunció estas palabras reprendiendo á los que molestaban á la mujer que le habia ungido en casa de Simon el leproso. «En verdad os digo, que do quiera que se predique este Evangelio, *que lo será* en todo el mundo, se celebrará tambien en memoria suya lo que acaba de hacer.

Trascurrieron próximamente tres siglos, y la Religion cristiana declaróse Religion del Estado. Cupo esa gloria insigne al hijo de Constancio Cloro y de Santa Elena; al vencedor de Magencio, á quien derrotó delante de esta incomparable ciudad; al que tuvo la dicha de ver en el cielo la ennoblecida Cruz juntamente con estas palabras: *in hoc signo vinces;* al que trasladó la silla imperial á Bizancio; al que ha sido víctima, en fin, de ataques malévolos y de acusaciones injustas por parte de los revolucionarios que no le pueden perdonar su conversion memorable.

No por eso acabaron las desgracias, los quebrantos, los dolores y los infortunios de la Iglesia: hubo de sufrir por el contrario más tremendas y furiosas embestidas.

Si bien puedo decir que concluyeron los enemigos exteriores, comenzaron los interiores, que hirieron y despedazaron el corazon de nuestra Madre amorosa y Divina. Ya Constantino tuvo que dar disposiciones contra los novacianos, los paulianistas, los valentinianos, los marcionitas y otros hereges. Arrio, presbítero de Alejandría, asegura que el Hijo es semejante al Padre, combatiendo así el dogma de la consustancialidad, consagrado en el Símbolo niceno. No es preciso traer á la memoria las violencias cometidas por sus partidarios, ni las mañas de que se valieron para sorprender la bueña fe de muchos obispos, ni las calumnias que propalaron contra San Atanasio.

Podria yo hablar, dejando aparte otros enemigos de la Iglesia, de los iconoclastas, que protegidos por Leon Isauro y Constantino Copronimo cometieron todo linaje de crueldades, y de acciones indignas. Hablar podria luego de los Albigenses, que resucitaron los antiguos errores de los Maniqueos, dieron en admitir la existencia de un Cristo bueno y otro malo, negaron la resurreccion general de la carne, proscribieron todos los sacramentos de la Iglesia, contaminaron varias naciones europeas, fueron en fin causa de gran confusion y de horribles desórdenes. Hablar podria igualmente del cisma promovido por Focio que no paró hasta conseguir con astucia que Miguel III despojase de su dignidad al patriarca San Ignacio; que negó poco después la autoridad del Papa diciendo que Constantinopla debia equipararse á Roma no sólo en lo civil sino tambien en lo espiritual, llegando á la postre á condenarle con sin igual atrevimiento; que fulminó, en fin, contra los occidentales una grave acusacion de todo punto infundada, siendo por último encerrado en un monasterio de Armenia por órden de Leon el Filósofo. Hablar podria tambien de la guerra promovida por los Emperadores de Alemania contra Victor III, contra Urbano II, y primeramente contra Gregorio VII, nunca encarecido bastantemente, suscitado sin duda por Dios para poner término á los abusos y escándalos que affigian y conturbaban á la Iglesia, guerra

que acabó con el concordato de Worms, en él se deslindaron los límites de los poderes civil y eclesiásticos. Hablar podria seguidamente de lucha entre los güelfos y gibelinos en la que los Pontíficos defendieron la libertad de Italia contra el despotismo de los soberanos temporales; lucha que puede considerarse por lo tanto como una nueva forma de que se revistió el indicado constante antagonismo. Hablar podria después del cisma de Occidente, en virtud del cual los paises católicos estuvieron divididos durante 40 años, hasta la eleccion de Martin V, á quien todos reconocieron. Hablar podria á continuacion del protestantismo que no obstante ser iniciado por un fraile apóstata, por un hombre impuro, por un sacerdote indigno tomó gran incremento en Europa por haber halagado los vicios y las pasiones humanas. Hablar podria luego de los enciclopedistas que para combatir á la Iglesia de Jesucristo apelaron á la befa, á la mofa, al escarnio, á chocarrerías de pésimo gusto, logrando al pronto una tristísima celebridad y cayendo al fin en el mayor de los descréditos y en el más profundo de los ridículos. Hablar podria, en fin, del liberalismo, de esa gran herejía de los últimos tiempos condenada por Dios y aborrecida por los hombres; de esa gran herejía cuyos defensores penetran dentro del santuario para destruir las sospechas de los que conocen su malas ideas y sus acciones vituperables; de esa gran herejia que ha hecho posible el advenimiento en Europa de la democracia esencialmente irreligiosa; de esa gran herejía que ha conducido á muchas naciones al borde del abismo; de esa gran herejía que todo lo ha deshonrado, que todo lo ha prostituido, que todo lo ha sacado fuera de su asiento; de esa gran herejía, en fin, cuyos defensores han combatido el poder de la Santa Sede, ridiculizado á la Iglesia, asesinado á sus ministros venerables, disminuido sus prerogativas, hecho suyos los bienes de su propiedad, debilitado los sentimientos religiosos, atraido sobre los Estados católicos maldiciones tremendas, derramado, en fin, por el mundo todo género de calamidades y desventuras.

A pesar de todo esto la Iglesia ha dominado y domina en el universo por su influjo verdaderamente civilizador, y ha conseguido penetrar en la cabaña del pobre y en el palacio del poderoso y ha logrado colocar su emblema glorioso en la cima de las catedrales, en la corona de los monarcas y sobre todo en el corazon de sus hijos, y ha sorprendido al mundo por la sabiduría de sus asambleas y la bondad de sus leyes, y ha desarrollado las ciencias poniendo de realce que sólo en la fe se hallan sus más sólidos fundamentos, y ha establecido escuelas inmortales en Oriente y en Occidente, y ha fundado Órdenes religiosas que han impedido con frecuencia retrocediese la humanidad hasta los confines de la barbárie más afrentosa, y ha creado una sábia organizacion con arreglo á las bases establecidas por su adorable Fundador, y ha difundido la luz del Evangelio por todo el orbe, y ha separado de la impura comunicacion de los hombres á criaturas verdaderamente privilegiadas por su virtud y por su belleza, y ha conducido á la cumbre de la perfeccion, á los hombres más distinguidos por su cuna, por su poder y por su talento, y ha engendrado espiritualmente á los santos más egregios, á los príncipes mejores, á los estadistas más insignes, á los sabios más eminentes, á los artistas más superiores, y ha creado una raza de seres privilegiados que llevan estampado el sello de Dios en sus nobles y apacibles semblantes, y ha conseguido realizar una trasformacion sobre todo encarecimiento radical y estupendo ha trasportado, por decirlo asi, el cielo á la tierra y mediante la gracia, ese *quid divinum* cuya influencia extraordinaria y cuyos efectos prodigiosos esperimentamos y sentimos todos los que tenemos la dicha de marchar por sus sendas saludables y benditas.

¡Oh! Permítaseme, llegado á este punto, saludar con la efusion de mi alma verdaderamente agradecida y con el aliento de mi pobre inteligencia cultivada por la fe á Roma en cuyo seno dichosamente me hallo, á Roma que ha contribuido de una manera especialísima á la benéfica mencionada trasformacion, á Roma centro de purísima luz que ha iluminado y enardecido al universo mundo; á Roma santificada y enaltecida por el Hombre-Dios; á Roma que ha dado en todos los siglos cristianos, enseñanzas sublimes y ejemplos inmortales; á Roma residencia de los sucesores de Pedro; á Roma que á los ojos del pensador profundo aparece hoy más grande que nunca por cuanto constituye la única, sólida y verdadera esperanza de la humanidad que va los dichosos caminos del honor, del deber y la virtud.

IV.

¿A qué ocultarlo? La impresion primera que produce la capital del orbe católico dista mucho de ser agradable. De pronto casi no se concibe la emocion santa, la dulce alegría, el entusiasmo grandísimo que esperimentan todos los que á ella se aproximan mayormente si son católicos. Y ménos se concibe aún que cuantos han permanecido dentro de sus débiles muros la dejen con extraordinario dolor y con el propósito de aprovechar otra ocasion que propicia se les presente para visitarla de nuevo.

Nace sin duda ésta de su misma reputacion, de su propia celebridad. Los que casi no tienen de ella noticia se imaginan que van á recorrer una ciudad semejante por lo grandiosa y bella á París, Lisboa, Viena, Nápoles ó Madrid; bajo cierto punto de vista

no puede competir con ninguna de las mencionadas y tropiezan con los que saben que una capital que se distingue por sus obras maestras del arte, por sus monumentos y preciosidades cristianas, y por sus hermosas ruinas que, como se ha dicho, nos enseñan la historia por imaginacion y por sentimiento, no descubren seguidamente las primeras, ni los segundos, ni las terceras, y ven, por el contrario, muchas calles



Campesina romana.

estrechas, sin aceras, no muy limpias por añadidura, muchas casas de pobre aspecto, muchas personas humildemente vestidas, muchas tiendas en fin, que no pueden compararse siquiera con varias de las que vieron en su pais, y en ciudades de poca importancia.

Tampoco yo llegué satisfecho á la casa que preparado nos habian. El desencanto no fué completo, gracias al gentío que inundaba la eterna ciudad, á la satisfaccion que se veia retratada en los semblantes, á la circunstancia de haber pasado por el sitio donde se levanta el palacio de la embajada española, así como el monumento dedicado á la Concepcion de María; al hecho en fin de parar en una de las calles mejores y mas concurridas de Roma.

Repito sin embargo que no quedé satisfecho. Por esta razon, poco despues de nuestro arribo, dejé descansar á mis compañeros de viaje, y fuíme á recorrer sin acompañante alguno la patria espiritual de los católicos todos. Ansiaba inquirir por mí mismo lo que debíase pensar y sentir de ella: ardia además en de-

seos, no sólo de penetrar en la soberbia basílica de San Pedro, sino tambien de ver la augusta mansion de los Pontífices.

Realicé con efecto mi propósito, bien que despues de algunas horas. Dí no pocos rodeos, mas esto me proporcionó la dicha de comprender que Luis Veuillot ha podido escribir sin la menor exageracion una obra titulada *El Perfume de Roma*. Yo aspiré tambien ese perfume aun ántes de llegar á la inmensa plaza del Vaticano.

Lo aspiré al contemplar las soberbias fachadas de algunas riquísimas iglesias, en las cuales ocuparme no puedo por ahora; lo aspiré al ver la columna Antonina, sobre la que aparece una estatua en bronce del Apóstol de las gentes que vino á reemplazar la antigua de Marco Aurelio, siendo por consiguiente uno de los monumentos del paganismo purificados por la Religion cristiana; lo aspiré al observar en las calles, en las plazas y en las tiendas, imágenes de Jesus, de María ó de algun santo, testimonio irrebatible de la piedad de los romanos; lo aspiré al ver escrito en todas partes el nombre inmortal del nombre Pontífice-Rey que gobierna felizmente la Iglesia de Dios; lo aspiré al ver discurrir por la santa ciudad individuos pertenecientes á todas las órdenes religiosas y á todas las demás instituciones fundadas ó protegidas por los sucesores de Pedro, así como al ver la variedad de sus trajes; lo aspiré al notar que en ningun sitio público se veian esas figuras indecentes y obscenas que á cada paso se encuentran en las demás capitales, y ménos esas vivas encarnaciones del vicio, de cuya presencia no puede librar el hombre honrado en las ciudades populosas á su casta esposa ni á su hija muy amada; lo aspiré al ver marchar acompasadamente á una congregacion piadosa que conducia el cadáver de un pobre, y al oir su canto fúnebre, que no sólo nos recordaba nuestro destino, sino que además nos compelia á elevar preces á Dios por el alma del difunto; lo aspiré al contemplar la noble y arrogante figura de los zuavos enaltecidos tan justamente por los que conocen su virtud y su valor; lo aspiré al vislumbrar por el aspecto general de la poblacion lo que serian las demás durante los siglos dichosos, en los cuales la Religion y la Patria marchaban completamente acordes y cumplian su destino providencial; lo aspiré, para concluir, al comprender que Roma es por desgracia hoy la única capital en la que, sin desdeñarse los progresos materiales, se cuida principalmente, como es razon, de la cultura de las almas infundidas por el soplo de Dios en todos los descendientes de Adan.

Y me puse á reflexionar lo que seria Roma si los enemigos de nuestra fe la profanasen con su presencia impura, y sobre todo si los romanos cometiesen la vileza de abandonar al Pontífice-Rey, á imitacion de los judíos que persiguieron y crucificaron á Jesus, á quien suple y representa el augusto morador del Vaticano. Y mi memoria recordó las tristes y pavorosas lamentaciones del profeta sobre las ruinas de Jerusalen.

No es difícil predecir lo que aconteceria si tal sucediese. La ciudad que puede considerarse como la señora de las demás, se veria completamente desamparada. Paseaŕíanse sus enemigos por su recinto, á guisa de crueles é implacables conquistadores, se apoderarian de todas sus preciosidades, se enriquecerian con sus despojos, profanarian los santuarios, y seria ignominiosamente despreciada, y perderia toda su belleza ufana, y toda su hermosura resplandeciente, y pronto no existiria más que un monton de ruinas.

¡Ah! los nuevos bárbaros lo llevarian todo á sangre y fuego á imitacion de los antiguos, que respetaron empero esta ciudad. No cuidarian de los monumentos cristianos con la misma diligencia con que han conservado los papas los de la Roma pagana. Su instinto destructor de una parte y de otra el odio no disimulado que al Catolicismo profesan, llevaríanles á cometer todo linaje de violencias y de crímenes. Por desgracia se ha visto ya con frecuencia lo que puede aguardarse de los hombres aludidos.

Aun suponiendo, meramente por gracia de discurrir, que así no sucediese, ¿quién ¡oh Roma! pensaria en visitarte? Si tus templos quedaban vacíos, si tus palacios quedaban deshabitados, si tus solemnidades quedaban suspendidas, ¿quién se acordaria de tí? ¿Qué católico resolveria penetrar dentro de tu recinto si fuesen profonados tus memorables sepulcros, despreciadas tus preciosas reliquias, befados los venerandos sacerdotes, perseguidas tus vírgenes sagradas? ¿Qué hijo de la Iglesia entraria por tus puertas si no te animase la esperanza, ó por mejor decir, la seguridad de ver y contemplar á su sabor al vicario de Jesucristo? ¿Qué hombre regenerado en las aguas misteriosas é inefables del bautismo se desviviria por verte, si dejando de ser amparada por Dios quedase sometida desdichadamente al espíritu del mal, al padre de la mentira, al caudillo del error, al jefe de las tinieblas, al causante de la muerte?

Por lo que hace á tus hijos ingratos, errantes andarian por el mundo entero, llevando marcada en su frente la reprobacion de los hombres y el anatema de Dios. Las desgracias que pesan sobre la raza de Judá significarian muy poco al lado de las que afligirian á los nuevos crucificadores del Vice-Dios. Huirian á tierras remotísimas para escapar de la opresion mas terrible y de la esclavitud mas vergonzosa, y llorarian eternamente sin consuelo, y no hallarian habitacion ni reposo, y se verian escarnecidos por sus perseguidores inhumanos, y sufririan por sus pre-

varicaciones y maldades atroces remordimientos de conciencia, y se verian amargados de continuo por el recuerdo del bien perdido, y serian objeto de las burlas más villanas, de los escarnios más insolentes, de las chacotas más infames, y se avergonzarian de sí propios, y se irian consumiendo á virtud de una tristeza mortal, y no encontrarian vestido con que cubrir su desnudez, ni pan con que satisfacer su hambre y la de sus pequeñuelos, y quedarian en fin como un testimonio perenne de la cólera de Dios.

¡Oh! el cielo no consentirá que tamaños infortunios acontezcan. Los romanos seguirán distinguiéndose por su fidelidad, por su amor á la Religion, por su entusiasmo hácia el augusto representante de Cristo. Por lo que hace á los italianos, es de creer que la gracia toque á su corazon, esclarezca sus entendimientos y abra sus ojos. Aun recordando sus culpas, y suponiendo que no pondrán de su parte los medios para detener la justicia Del que siempre fué, es y será, ¿cómo no alimentar la esperanza de que Dios lo dispondrá siquiera en consideracion á los fieles católicos, y á la misma Iglesia que constantemente ha protegido?

V.

De propósito he hablado del perfume de Roma ántes de trasladar al papel las impresiones que me causó el castillo de *Sant-Angelo*, la plaza de San Pedro, la Basílica, y el Vaticano. Hablar con entusiasmo de la capital del orbe católico, despues de haber visto todo esto, cosa es sumamente natural y puesta en razon. No hay hombre fervoroso que no se sienta dulcemente conmovido é impresionado de una manera extraordinaria, al contemplar dichas creaciones maravillosas del Catolicismo. Y paso más adelante. Dudo que ningun hereje, racionalista ó impío pueda contemplarlas sin asombro, al que siga forzosamente gran turbacion, profunda inquietud, desasosiego espantoso. Si no pertenecen al número de los que tienen ojos y no ven, oidos y no escuchan, entendimiento y no consideran, han de comprender por necesidad que corresponden á una Religion sublime descendida del cielo. Y han de sentir indispensablemente á la postre remordimientos de conciencia. Y han de resolverse por fin á marchar por los caminos de la virtud y el deber, á ménos que hayan llegado á la situacion sobre todo encarecimiento terrible á que arriba el hombre despues de algunos años que vive separado de Dios, y deja sin freno sus vicios impuros y sus pasiones degradantes.

El golpe de vista que se disfruta en Roma ántes de llegar á la plaza que conduce al puente de *Sant-Angelo*, sobre el Tíber, es ya magnífico, y dispone un tanto para el que ofrece la inmensa de San Pedro. Los recuerdos de la Roma pagana se confunden y se mezclan con los de los enaltecidos por Cristo. Se advierte la lucha gigantesca y prolongada que sostuvieron las dos, así como se alcanza la suprema victoria conseguida por la segunda.

El Tíber recuerda las liviandades cometidas en sus márgenes por los que rendian culto á los dioses del Olimpo, pero recuerda tambien, v. gr., que sus aguas presenciaron la muerte del déspota Majencio.

El hermoso puente de *Sant-Angelo* recuerda que lo levantó el emperador Adriano; pero recuerda igualmente que habiéndose hundido, dispuso el Papa sin pérdida de instante su reconstruccion, que se llevó á término feliz y á sus expensas, que más tarde lo embelleció el famoso escultor Bernini, con las estatuas de los Apóstoles, y en fin, que rezando allí pueden ganarse indulgencias.

El imponente y grandioso castillo de *Sant-Angelo* recuerda que fué construido para sepulcro de Adriano así como de sus sucesores hasta Séptimo Severo, y hace formar concepto por consiguiente del poder de los emperadores romanos, como tambien de su fausto; pero recuerda al propio tiempo que ahora es un fuerte castillo; que está en comunicacion con el Vaticano; que sirvió de refugio á Clemente VII cuando asaltó á Roma el condestable de Borbon, y en fin, el hecho siguiente que conmemora un Ángel colosal de bronce, con las alas extendidas, colocado sobre su cúpula, que vino á sustituir la estátua enorme de su fundador, cuyas infames costumbres han manchado su memoria.

Hácia el año 600, vióse Roma terriblemente azotada por la peste. Gobernaba entónces la Iglesia Gregorio el Grande, aquel dichoso pontífice, cuya madre y abuela fueron inscritas en el catálogo de los santos; aquel dichoso pontífice, que ántes de serlo, fundó monasterios en Sicilia y uno en Roma, retirándose á éste, que brilló por la pureza de su vida y por su ardiente caridad, que combatió intrépidamente al heresiarca Eutiques, que hizo ménos aflictiva la situacion de los italianos, que trabó amistad con san Leandro, gloria de la Religion y de nuestra patria, así como su pariente Recaredo que *entregado á las tempestades del mundo* (son palabras suyas), sentia gran prediteccion hácia la soledad y el claustro; aquel dichoso pontífice, que despues de ascender al pontificado, convirtió á los disidentes griegos, reprimiendo además en África las exacciones de los donatistas y de los maniqueos; que puso fin á los abusos cometidos por los administradores de bienes eclesiásticos; que destinó éstos con pródiga mano á los pobres; que compuso sus diálogos, donde se refieren multitud de prodigios que presenciado habia ó que ciertamente le constaban; que reprendió severamente á Juan por tomar el título que no le cor-

respondia de patriarca de Constantinopla, así como al emperador Mauricio que faltado le habia al respeto; que se gloriaba de llamarse siervo de los siervos de Dios; que llevó á término feliz la evangelizacion de Inglaterra; que fué celosísimo de su poder hasta el punto de afirmar por carta á uno de sus representantes, «estoy dispuesto á morir ántes que ver abatida la silla de San Pedro en mi tiempo;» que reprimió todo linaje de excesos y escándalos; que hizo en los monasterios sabias y opurtunas reformas;



Pescadora.

que procuró en fin por todos los medios posibles, abolir la institucion anticristiana y cruel de la esclavitud.

Heme separado no poco de mi objeto, y pido humildemente perdon á mis lectores. Al mencionar á Gregorio el Grande y al tener presente lo que dicen algunos sabiondos de nuestros dias contra los papas, no he podido resistir el deseo de recordar algo de lo que hizo en pro de la Iglesia y del mundo.

Hé aquí el suceso á que ántes aludí. He dicho ya que la peste hacia estragos en la capital del mundo católico. Gregorio el Grande salió procesionalmente con el clero, á fin de aplacar la cólera divina. Hallábase muy cerca del castillo, cuando parándose de pronto levantó los brazos al cielo dominado por la más dulce satisfaccion, y profundamente conmovido. Acababa de ver envainar la espada terrible al ángel exterminador. El contagio cesó.

Trece siglos despues Benedicto XIV mandó colocar en la cumbre del antiguo mausoleo la estatua gigantesca que lo embellece.

Pasado el puente de *Saint-Angelo*, déjase á la derecha el castillo y se toma la calle del *Borgo-Nuovo* que desemboca en la plaza de San Pedro.

No hay exageracion en lo escrito sobre ella. Es inmensa, verdaderamente majestuosa. Dudo haya en



Castillo de San-Angelo en Roma.

el universo alguna que pueda compararse con la en que me ocupo. Sobrepuja y vence á todas las demás como vence y sobrepuja la Religion que hasta cierto punto representa, por los edificios que la embellecen, á las religiones falsas.

Es imposible dar una idea cabal de la que llamaré plaza monstruo.

Presenta un golpe de vista soberbio, indescriptible, superior á toda ponderacion. El indiferente ó el impío se anonadan en ella, mas el católico siente dilatarse su alma: la grandeza que tiene delante, llévale como por la mano á considerar su pequeñez y el poder omnipotente de Dios, á cuya proteccion eficaz se halla dulcemente sometido.

Como es natural, la plaza sorprende y maravilla, pero no al principio las construcciones que junto á ella se levantan. Todo parece pequeño, insignificante. El obelisco lo propio que las fuentes; el Vaticano lo propio que las galerías; la fachada de San Pedro lo propio que su cúpula.

Sola la plaza parece grandiosa. Explícase sin dificultad el fenómeno, teniendo presente sus propor

ciones colosales. Hé aquí por qué al penetrar en ella parece todo exiguo.

El error se depone contemplando los *puntos* que se mueven cerca de la basílica. Esos *puntos* á medida que se acercan al observador poco acostumbrado á palpar las que llamaré ilusiones de los sentidos materiales van adquiriendo forma humana. Como por arte de encantamiento, encuéntrase al fin con seres semejantes á él.

Depónese igualmente atravesando la plaza. Entónces todos los edificios se agrandan, se adornan y se elevan. Se acaba por creer que la cúspide de la cúpula penetra desde la humilde tierra en el cielo encumbrado. La impresion que deja la primera mirada general se desvanece, siendo sustituida por otras más agradables, más duraderas y más religiosas.

El obelisco que ocupa el centro de la plaza tiene una gran significacion, sin género de duda.

Referiré ante todo en brevísimas palabras su historia. No se comprende cómo, y ménos recordando lo que sucedió despues, trasportóse á Roma desde Heliópolis por órden de Calígula, siendo colocado en el Circo de Neron. Presenció, por consecuencia, el martirio del Príncipe de los Apóstoles.

Sixto V, uno de los papas que mas han hecho por la ciudad santa, creyó que debia hacerle recordar, á ser posible, hasta la consumacion de las edades, el triunfo memorable de la Religion, por la cual derramara Pedro gota á gota su sangre fecunda, y resolvió colocarlo delante del templo donde muy pronto voy á penetrar. Empresa dificilísima que muchos calificarian, segun todas las probabilidades, de imposible.

Abierto el concurso, aprobáronse los planos de Fontana, y se designó para la traslacion el dia 10 de setiembre de 1586. El Papa hizo ántes dos cosas esencialmente disconformes con los adelantos modernos. ¡Aquí de los demócratas y de los demás revolucionarios! Celebró misa en San Pedro con desusada solemnidad, y bendijo al arquitecto, como tambien á los trabajadores, que no bajaban de 800.

El gentío inmenso congregado recibió la órden de no decir una sola palabra. Serian condenados á muerte todos los que la desobedecieran. Mas en el momento en que las cuerdas iban á romperse por su tension, dijo uno que era indispensable mojarlas.

Gracias á su exclamacion el obelisco hermosea la plaza del Vaticano.

Por lo que hace á la pena capital, fué sustituida por el privilegio de vender las palmas en Roma el domingo de Ramos. Aun lo disfruta la familia, por cierto muy acomodada, del que lo consignió.

El Papa mencionado hizo hablar á este monumento. Dejó la dedicatoria de Calígula á los emperadores Augusto y Tiberio, dedicatoria que se conserva todavía en uno de sus lados, pero escribió en el otro: *Hé aquí la cruz del Señor. Desapareced, fuerzas enemigas. El leon de Judá es vencedor.*

Cristo es vencedor, Cristo reina, Cristo manda. Defienda el Señor á su pueblo de todo mal.

El Pontífice no pidió solamente por nuestros antepasados: pidió tambien por nosotros y por los hijos de nuestros hijos. Y pidió á un Dios que todo lo puede, propicio por añadidura de una manera singular á los sucesores de san Pedro. Hizo más todavía. Mandó colocar sobre el monumento el lábaro inmortal de Constantino, y tambien un pedazo de la verdadera cruz que halló dichosamente santa Elena, hija del citado Emperador. ¡Cuántas maravillas habrá realizado ese trocito de madera! ¡Qué de conversiones habrá conducido á término feliz!

Dos enormes fuentes hay en la plaza del Vaticano. Mis lectores se formarán idea de lo que son, teniendo presente que alguno las califica de montañas de agua. Arrójanla con efecto en cantidad muy grande. Dícese que un emperador, ignorando que manaba perennemente y creyendo que salia solo por un rato para festejarle, dispuso que cesasen de correr, declarándose completamente satisfecho.

Bajo el punto de vista del arte son medianas. No pueden compararse con la nuestra de Cibeles, ni con la de Neptuno, ni con otra en que se fijan muy pocos, que me ha parecido siempre superior, colocada en el punto donde termina el paseo del Prado, y comienza el que conduce á la memorable iglesia de Atocha.

A uno y á otro lado de la basílica, prolóngase una elipse muy extensa formada por una columnata colosal, sobre la que aparecen estatuas grandísimas. Constituyen aquélla macizas columnas colocadas de cuatro en cuatro, que se distinguen principalmente por el espacio que media entre los intercolumnios: por el de en medio pasan cómodamente los carruajes.

Cada uno de los 284 pilares, tiene 61 pies de altura. Cada una de las estatuas, construidas bajo la direccion del famoso Bernins, 10 y medio.

El edificio del Vaticano no sorprende por su belleza. Me refiero por ahora puramente á su fachada, y prescindo de sus colecciones inapreciables, de la escultura pagana, de sus célebres pinturas modernas, de su fábrica de mosáico, de sus museos, y de otras preciosidades que guarda, como prescindo igualmente de sus magníficas escaleras, de sus hermosos salones, de sus dilatadas galerías, de sus bonitos jardines y de todo lo demás que cautiva y sorprende á cuantos lo examinan. Cuando lo haya visto, procuraré mencionar lo principal, puesto caso que no puede darse

cuenta de todo, sin escribir una obra extensísima. El aspecto exterior del Vaticano es poco notable. Compónese de varias construcciones que no se subordinan á ningun plan, y que carecen por consecuencia de unidad.

He dejado de propósito para el fin de este capítulo lo referente á la basílica de San Pedro. Supongo á mis amables lectores deseosos de saber lo que me pareció la mayor de las iglesias que oprimen y se levantan sobre la tierra.

Continuando desde el obelisco, llégase á la escalera más amplia y majestuosa que se conoce, al pié de la cual se ostentan las estatuas del Príncipe de los Apóstoles y del Apóstol de las gentes. Súbese por ella al pórtico de la basílica que va tomando proporciones colosales. Su misma longitud empero, así como la circunstancia de hallarse al fin de la inmensa plaza, destruye en mi sentir el efecto que causaria en otro caso. Colocada la basílica en otro lugar y teniendo condiciones diferentes, maravillaria más, y sorprenderia ménos la noticia de que no hay en el mundo edificio mayor. Otro tanto me cumple decir sobre la cúpula que supera en elevacion á las pirámides egipcias más altas.

El lector alcanzará su grandeza sabiendo que su fachada mide 370 piés de latitud.

Su vestíbulo es mucho más hermoso y mucho más perfecto. En él se adivinan ya, por decirlo así, las riquezas que asombran hasta un punto inconcebible al examinar el templo detenidamente. Se admiran sus cinco grandes puertas, una de las cuales, tapiada ordinariamente, se abre cada 25 años con motivo del jubileo; se admira el pavimiento de mármol y sus labores delicadas; se admira el techo dorado de un mérito y valor grandísimos; se admiran las mil preciosidades que lo adornan y embellecen; se admiran en sus extremos dos arrogantes y grandiosas estatuas ecuestres de Constantino y Carlomagno, esos dos emperadores afortunados á quienes la Iglesia quiso recompensar la noble proteccion que le concedieron y los beneficios extraordinarios que la dispensaron; se admiran unas lápidas que pertenecieron al pórtico de la pobre basílica levantado por el hijo de santa Elena, entre las que se halla una elegía sobre la muerte del pontífice Adriano I, que se supone compuesta por su amigo el gran rey de los francos; se admira la memorable *Navicella* de Giotto que tambien correspondió á la iglesia mencionada; se admira por último la galería de la izquierda, que sólo sirve para subir al templo, y la de la derecha, al fin de la que aparece la escalera del Vaticano, compuesta de tres naves y sostenida por treinta y dos hermosas columnas de grandísimo mérito.

No me propongo bosquejar un cuadro minucioso de la basílica de San Pedro. Fuera de que para ello se necesitaria un gran volúmen, estaba hoy semi-cubierta, gracias á los preparativos de la próxima festividad. Me cumple añadir que no he podido permanecer dentro de su augusto recinto una hora siquiera. El tiempo se habia deslizado sin sentir al recorrer las calles de la poblacion y al examinar bien que someramente, la plaza grandiosa.

La descripcion de la incomparable basílica irá resultando á medida que vaya escribiendo. A ella vendré frecuentemente, procurando apuntar cada vez lo que de más bulto y de mayor importancia me parezca.

Este método tendrá entre otras la ventaja de fatigar ménos al lector paciente. Mencionado en un capítulo, aunque fuera sólo lo más principal de la iglesia, resultaria larguísimo, pesado, insoportable.

Dicho se está que no bien ha pasado la vista por el templo colosal, el católico se dirige apresuradamente, lleno de santa emocion y de alegría inefable al magnífico altar mayor que protege la cúpula gigantesca imaginada por Bramante y construida por Miguel Ángel. A él se dirige apresuradamente para rezar sobre la tumba de los Apóstoles Pedro y Pablo, y pedir á Dios que mediante su intercesion gloriosa, le permita atravesar tranquilamente el océano tempestuoso de la vida. A él se dirige tambien para elevar fervientes súplicas al Todopoderoso en favor de sus parientes, de sus amigos, de sus relacionados, y en fin de todos los que le han rogado que lo hiciese á impulsos de esa fe que traslada los montes. «A él se dirige además para dar gracias á Jesus en quien puso el Eterno todas sus complacencias,» por haber protegido constantemente y cubierto con su manto esplendoroso á nuestra Madre divina. A él se dirige por fin para que el Cielo convierta á los malos, úna estrechamente á los buenos, y emita su espíritu vivificador para que se renueve la faz de la tierra.

Dicho se está igualmente que no abandona la basílica sin besar el pié de la imágen de san Pedro á la derecha colocada, y construida con el bronce que formó la estatua de Júpiter Capitolino. Las cuatro hermosas y esbeltas columnas del referido altar mayor son del mismo metal, se sacó del Panteon, templo pagano que todavía se conserva, bien que convertido en otro cristiano. Tal han hecho los Pontífices con muchos edificios consagrados un dia á las falsas divinidades. Han hecho huir de su recinto á Satanás, y los han consagrado al único Dios verdadero.

El pié derecho de la imágen referida está muy gastado, hasta el punto de haber perdido su forma. Y lo está por los santos besos de los católicos. Asombr

ésto tanto más cuanto fue preciso sustituir otro anterior con el que ahora existe.

La basílica de San Pedro es grandiosa, y lo parece sobre todo á medida que se va observando. Es incomparablemente más rica que todas las demás del mundo, pero no es tan bella como alguna de las catedrales de primer órden en el orbe católico existentes. Y la razon es muy sencilla. La en que me ocupo no es gótica como éstas. Creo que pasa ya por un apotegma incontrovertible que la arquitectura referida, resultado de la mezcla de varias otras, es la más propia para los templos católicos. Dícelo el simple buen sentido; lo confirman cuantos en la materia se ocupan, descontadas muy ligeras excepciones; lo demuestra en fin victoriosamente la que llamaré filosofía del arte.

No es gótica la inmensa, la preciosa, y si se quiere la sublime basílica de San Pedro. Cuando Nicolás V, gran protector de las letras y de las artes, determinó derribar la de Constantino, que ocupaba el propio sitio y construir la actual, áun dominaba en Europa la célebre arquitectura, pero la bizantina continuaba prevaleciendo en Roma y en la península.

Dije ya y repito que la arquitectura gótica no se aclimató nunca en Italia. El arte puro bizantino declinó á la postre, mas fué para imitar ciertamente de una materia servil el de los griegos. La exagerada tendencia á lo rigurosamente clásico impidió que brotaran en las mansiones más augustas de lo bello obras maestras que se admiran en otras partes, y se admirarán hasta la consumacion de los siglos.

Murió Nicolás V y sucedióle Julio II, que le aventajaba quizá en iniciativa. No pareciéndole bien la idea de su antecesor, llamó á los más hábiles arquitectos para que le presentaran el plan de la iglesia que habia determinado construir. Y aprobó el de Bramante, que fué desnaturalizado por los artistas posteriores.

Francisco Lazzari Bramante pensó levantar una cruz griega de colosales proporciones y poner encima una cúpula inmensa. Desgraciadamente murió, como tambien el Pontífice que se hallaba identificado con su pensamiento. Construyó los cuatro enormes pilares para la cúpula (1) y los cuatro grandes arcos, mas la obra resintióse de la precipitacion con que se hizo, hasta el punto de amenazar ruina ántes de recibir el peso inconmensurable que habia de sostener. Sobre lo dicho, y á diferencia del célebre arquitecto italiano, el constructor distaba mucho de reunir cualidades superiores.

Reemplazóle Rafael, que escribió con éste motivo á *Castiglione*. «Ha colocado el Papa un gran peso sobre mis espaldas y confío que no sucumbiré. Mi modelo ha sido aprobado ya por varias personas entendidas. Pero yo voy más allá: yo quisiera encontrar las bellas formas de los edificios antiguos. ¿Podrá compararse mi vuelo con el de Ícaro?...»

No se conserva el modelo del insigne pintor, mas es indudable que resolvió sustituir la cruz griega ideada por Bramante, con otra latina, siendo preciso aumentar el volúmen de los pilares.

Tras Rafael vino *Peruzzi*, que se decidió por el plan primero.

Otro enteramente distinto concibió *Sant Gallo*. Resolvióse como el de Urbino por la cruz latina, pero sumamente complicada. Su modelo que se conserva y que costó 5,184 escudos de oro, acredita que no repugnaba de un modo absoluto la arquitectura gótica. Dió avances grandísimos á la obra colosal.

Despues de su muerte, Paulo III confió la direccion á Miguel Ángel, que no quiso aceptar del Pontífice recompensa de ninguna clase. El célebre arquitecto, el distinguido escultor, el pintor insigne insistió en el plan de *Peruzzi*, que era poco más ó ménos el de Bramante. A él se debe sobre todo la cúpula que por lo atrevida no puede compararse quizás con la de la catedral de Florencia ni con la del Panteon de Agripa, pero que las supera y aventaja indudablemente por su grandeza, por la hermosura de la forma, por la armonía de sus proporciones, por su maravillosa unidad, por su sublime sencillez y por la riqueza de su decorado. ¡Lástima grande que su egregio autor no pudiese concluir la basílica, que sufrió despues de su muerte nuevas modificaciones.

Bien se deja comprender que la obra ha debido resentirse de las indicadas vicisitudes.

Indiqué ya que la iglesia de San Pedro no parece tener al principio las proporciones colosales que asombran cuando se examina con detenimiento. La impresion primera no corresponde sin duda de ningun género á las siguientes. Ni las bóvedas se juzgan tan inmensas, ni se adivina el espacio enorme que ocupa el maravilloso monumento: diríase que no puede compararse con otros que se han visto y admirado con frecuencia. ¿Prueba ésto el primor de la obra, ó la falta de armonía entre los macizos y los huecos de la iglesia? ¿Acredita una perfeccion, ó pone de realce un defecto? Contéstase generalmente lo primero, mas es forzoso reconocer que personas muy entendidas han creido lo segundo. Y contrapuesto á la basílica, el Panteon parece mayor de lo que es.

No trato de ventilar esta cuestion que tiene muy poca importancia, y que me alejaria de mi propósito; mas es lo cierto que si las columnas no fuesen tan gruesas aumentaria el vacío; que las naves serian

(1) Para formarse idea de esos postes, bastará decir que existe, segun se afirma, un convento con su iglesia del tamaño y amplitud de cada uno de ellos.



El beso del pie de San Pedro.

entónces más diáfanas; que la mucha piedra en fin disminuye el espacio.

No doy aún muchos detalles de la basílica porque no he podido examinarla detenidamente, mas sí puedo decir dos palabras sobre algunas cosas que me cautivaron extraordinariamente.

Cuando me dirigí al altar mayor, no bien hube penetrado en la iglesia, hícelo, segun dije, con el propósito de rezar sobre la tumba de Pedro y Pablo: torné después para recorrer con la vista lo más notable que contiene. Admiré los cuatro referidos grandiosos pilares que parecen sin embargo pequeños por la prodigiosa elevacion de la cúpula, así como la gran corona tambien de bronce que sostienen; admiré muchas lámparas de oro que allí arden de continuo; admiré una estatua soberbia, hecha por Cánova, representando á Pio VI, que aparece de rodillas y con las manos juntas; admiré la hermosa balaustrada y la rica escalera por donde se desciende al sepulcro de los referidos Apóstoles; admiré una riqueza verdaderamente deslumbradora de mármoles y de adornos; admiré por fin desde él, las dos naves que forman los brazos de la cruz, cada una de las cuales abarca un espacio más que suficiente para un templo de no exíguas proporciones.

Verdaderamente aquel lugar abruma, encanta, aturde, fascina y embelesa. Todas las ideas que acuden y todos los sentimientos que se experimentan se refieren al infinito. Sin el soplo de Dios vivificador del genio, no se concebiria tan peregrina hermosura, tan imponderable majestad, tan sublime grandeza.

Detrás del altar mayor existe la gran nave central que mide 164 piés de longitud. Es un magnífico salon lleno de sitiales para los que constituyen la iglesia docente. Hállase en medio y al fin el trono del papa, cuyo color blanco recuerda, así las virtudes relevantes de los que lo han ocupado por disposicion de Dios en el trascurso de los siglos, como el espíritu de paz y mansedumbre que ha constantemente animado á la Iglesia.

Encima del trono está la silla de san Pedro. Guárdanla y sostiénenla san Atanasio y san Juan Crisóstomo grandes doctores de Oriente como tambien san Ambrosio y san Agustin que lo fueron de Occidente. Está encubierta con una especie de revestimiento dorado construido por el célebre Bernini.

De pasada y al volver ví capillas preciosas, altares magníficos, sepulcros monumentales, mosáicos superiores á toda ponderacion, mármoles riquísimos en todas partes, estatuas innumerables de profetas, santos, fundadores, etc., columnas enormes, pinturas de primer órden, inscripciones santas correspondientes á palabras divinas, puertas de mérito superior, confesionarios en fin con letreros que indicaban podian acercarse al tribunal de la penitencia individuos pertenecientes á todas las naciones católicas, una muchedumbre para concluir de fieles que como yo estaban profundamente entusiasmados y conmovidos.

Y respiré esa atmósfera perfumada, verdaderamente indescriptible que caracteriza la mansion de Dios, y me sentí grande á pesar de mi pequeñez, considerando el poder de nuestra Madre amorosa, y se aumentó mi fe, y ardí en deseos de trabajar en favor de la Iglesia, y se arraigó en fin mi conviccion profunda de que las puertas del infierno no prevalecerán en su daño.

Me acordé del *Roma veduta, fede perduta*. Bien puede afirmarse que no existe refran más desatinado ni más estólido, ni más destituido de fundamento. Necesitan no tener ojos para pronunciarlo los que han recorrido las calles de la gran ciudad: únicamente un loco ó un malvado puede repetirlo despues de atravesar la plaza inmensa del Vaticano, y de recorrer más ó ménos detenidamente la famosa basílica.

Los indiferentes y los impíos trasforman sus menguados deseos en realidades positivas. Aseguran lo que no es cierto por el afan de que lo sea. Mienten por consecuencia con designio sistemático, lastiman á los católicos y calumnian á la Iglesia personificada en Roma, y de una manera singular en la basílica de San Pedro.

VI.

Mis compañeros de viaje habian determinado ir al Coliseo aquella noche. Iba á ser iluminado con luces de Bengala, y esto llevaria naturalmente una gran concurrencia. Aunque hubiese preferido verlo al resplandor de la luna, me causó la noticia vivo placer, y me persuadí de que difícilmente hubiera podido emplear mejor aquel dia memorable.

Mucho deseaba contemplar á mi sabor el célebre anfiteatro. ¡Habia oido ponderarle tanto! ¡Habia leido sobre él tantas cosas!

Cosa singular es, por no decir providencial, que el resto mejor de la civilizacion romana sea el coliseo. La civilizacion de Egipto nos ha dejado los sepulcros de sus reyes que se llaman las pirámides. La griega el templo de Minerva, denominado el Partenon. La de los siglos medios las magníficas catedrales de Toledo, de Colonia, de Milan y de mil otros puntos. La del Renacimiento soberbios palacios.

La de los romanos nos ha dejado... un monumento que acredita el grado de ferocidad horrible á que llegó el pueblo rey.

Permítaseme preguntar á sus defensores qué dejará la falsa civilizacion actual. En cuanto á mí creo dejará únicamente algunos cuarteles, ruinosos quizá por añadidura.

Estoy ya en el Coliseo que se conserva muy bien, á pesar de haberse construido con piedra suya uno de los puentes que sobre el Tíber se ostentan, y algunos palacios que embellecen la ciudad inmortal.

Háse con este motivo criticado á los papas que lo permitieron, y se repite con tal motivo por sus adversarios y por muchos que no pueden ser calificados de tales cierto chiste nada respetuoso sin duda. Olvidan los que así proceden que la idea de los papas aludidos era noble, digna y religiosa. Parecíales mal que se conservase un monumento pagano donde se habia derramado la sangre preciosa de los primitivos cristianos.

¿Quiere decir esto que no podia pensarse ni hacerse cosa mejor? No ciertamente. Nunca criticaré á los indicados sucesores de San Pedro, mas declaro que merece todas mis alabanzas la determinacion de Benedicto XIV. Colocando en medio la gran cruz negra que todavía existe, y disponiendo la construccion de pequeñas capillas á su alrededor para el Via-Crucis, santificó aquel lugar, lo libró de los espíritus malignos, é impidió su total destruccion. En adelante seria por todos cuidadosamente guardado y defendido.

Los papas procuraron en lo sucesivo su conservacion á todo trance, é invirtieron en su virtud sumas cuantiosas. ¿Necesitaré decir que el actual es acaso el que más se ha distinguido?

Experimenta el católico en el Coliseo sensaciones contrarias. La más dulce alegría mézclase con el dolor más profundo. La consideracion de la victoria conseguida por nuestra Religion celestial ensancha el corazon, mas lo oprime de una manera extraordinaria el recuerdo de lo que allí sucedió en los tiempos que caen al otro lado de la Cruz.

En honor de la verdad esta sensacion amarga casi se trasforma en agradable, si á la memoria se traen algunos de los hechos que se verificaron en este sitio incomparable. Recordaré uno solamente.

Un obispo dejó un dia su diócesis dirigiéndose á Roma. Llamábase Ignacio, y gobernaba la iglesia de Antioquía. No llevaba más objeto que padecer el martirio. En Esmirna entregó á varios cristianos una carta dirigida á los de Roma, con el fin de que no procurasen impedir su muerte, persuadido de que si tal hicieran se opondrian á su perdurable contento.

Troyano expidió el edicto siguiente: «Mandamos que Ignacio, apellidado *Theoforo*, que dice llevar en sí mismo al Crucificado, sea maniatado y conducido por los soldados á la gran Roma, para servir de pasto á las bestias y de entretenimiento al pueblo.» Estas últimas palabras no pueden ser más horribles ni más significativas.

Ved á Ignacio en el Coliseo. Contemplad á la inmensa muchedumbre ávida de sangre, y sobre todo de sangre cristiana. Las fieras han salido ya, y tienen hambre rabiosa. Se acercan al Santo y ¡oh, pasmo! no le despedazan. Así lo afirman algunos escritores.

Ignacio quiere subir al cielo, y Dios escucha sus plegarias. Las fieras recobran por su intercesion su natural ferocidad, y se precipitan sobre él. Sobre sus restos se precipitan tambien algunos fieles para conservarlos como reliquias preciosas.

¿Se concibe algun espectáculo tan sublime?

Permítaseme decir algunas palabras más.

Espanta y repugna considerar lo que sucedió en el Coliseo, mas si bien se reflexiona no podia ser más natural. El hombre sube hasta el punto de participar de Dios, ó desciende hasta el extremo de ser peor que los animales más inmundos, segun va por los caminos ignominiosos de la degradacion ó por las sendas benditas de la virtud, del deber y del honor. Los que ocupan los polos del mundo moral, se diferencian de arte que al parecer no proceden del mismo tronco. No es preciso recordar lo que sucedió en los últimos tiempos del paganismo: basta tener presente lo que palpamos todos los dias en pleno Cristianismo. ¿Qué puntos de contacto hay entre los hijos fervorosos de la Iglesia, y esos hombres dispuestos al pillaje y al asesinato, que blasfeman de Dios, que maldicen á la sociedad, que sueltan el freno á sus pasiones, que odian en fin á sus semejantes, sobre todo si son buenos y cumplen con sus obligaciones sagradas?

La civilizacion material engendra el egoismo y conduce á la barbarie. Recuerden sus defensores lo que sucedia en el Coliseo, y si obran de buena fé, depondrán al momento sus errores. Cierto que entre los 107 ó 110 espectadores que lo llenaban habia muchísimos ignorantes, mas cierto tambien que no pocos eran ilustrados. Cierto que la mayor parte eran de aquellos holgazanes que recorrian las calles de Roma pidiendo á voz en grito pan y espectáculos, mas cierto tambien que muchos recitaban de memoria trozos de los poetas asi griegos como latinos, que otros eran profundos estadistas ó guerreros ilustres, que algunos poseian fortunas colosales ó habian llegado á la cumbre de la grandeza. No se debe olvidar tampoco que asistian al Coliseo el emperador, los sacerdotes, las vestales, los senadores y las matronas romanas. Áun se distinguen y enseñan muchos de los sitios que ocupaban, desde los cuales aplaudian frenéticamente, y se marchaban después quizá sin remordimiento.

Y en vano se ha dicho en su defensa que algunos transigian con una lamentable preocupacion popular. Cabe la transaccion sobre lo indiferente, mas no sobre lo esencialmente criminal é infame. Por otra

parte, ¿qué hicieron los aludidos para ir encauzando poco á poco la opinion del pueblo? Absolutamente nada: se limitaron á presidir los cruentos espectáculos y á procurar que llegara la barbarie á un refinamiento asombroso. *Civilizaron* aquellos crímenes en la forma que luego diré.

El católico se ha distinguido siempre por la firmeza inquebrantable de su carácter. Ese *non possumus* que hace bramar de cólera á todos los impíos y á los revolucionarios todos, no es más que la expresion de la conducta que vienen observando ha 18 siglos, y de lo que observará sin duda de ningun linaje hasta la consumacion de los tiempos. Todo lo mira con santo desden, procurando únicamente tener tranquila la conciencia. ¿Qué le importa carecer jamás de honores ó de riqueza? ¿Qué le importa ser desatendido por el poder ó despreciado por la muchedumbre? ¿Ni qué le puede importar teniendo á Dios, que satisface el vacío inmenso de su alma, que le proporciona durante su mísero destierro una tranquilidad y una dicha que no gozan los colmados de favores por la fortuna, y que le reserva el *summum* de la felicidad en la Jerusalen celestial?

¡Ah! cumplidamente lo acreditaron los hijos de la Iglesia, en el lugar á que mis consideraciones se refieren. Habia un ceremonial prescrito para los espectáculos que allí se celebraban. Sujetábanse todos á él como en breve demostraré, llegando al último extremo de la bajeza y de la degradacion. Todos ménos los cristianos, quienes predicaban varonilmente á Jesucristo, sustituian la fórmula célebre por la de *Cæsar, morituri te judicabunt*, recordaban á todos sus deberes, y les dirigian tremendas inculpaciones por sus crímenes. Sus palabras *jactanciosas* y sus *imprudencias* intolerables, hicieron posible poco despues la noble determinacion de Constantino.

Lo dije y lo repito. Espanta y repugna considerar lo que sucedió en el Coliseo. Observa Veuillot una cosa que tiene con efecto grandísima significacion, y demuestra el relajamiento á que llega la humanidad cuando se arroja en brazos de esa mentida civilizacion material que tiene hoy por desgracia innumerables defensores. No era ciertamente lo más grave, que presenciaran los cruentos espectáculos el emperador, los estadistas, los guerreros, los literatos, los sacerdotes, los senadores, las vestales y los magistrados. No lo era tampoco las cosas que se inventaron y las órdenes que se dieron para que los espectadores disfrutasen un poco más. Lo más grave y lo más triste, y lo más significativo, y lo más escandaloso es que las víctimas se conformaban absolutamente con todo, mostrando una satisfaccion estúpida, y que nada hiciesen contra sus repugnantes verdugos.

Dice á este propósito el ilustre autor mencionado: «Se reunian 10,000 ó más que debian morir. Un gran número de ellos estaban provistos de armas; eran fuertes, ágiles, diestros para el combate: quizá en repetidas ocasiones habian hecho frente á las cohortes romanas en el campo de batalla, y no pocas las habian obligado á replegarse. Pues ahora bien: no ha sucedido una sola vez que los gladiadores ni los *confectores* (1) hayan tratado de saltar sobre los espectadores, de arrojar al Circo al príncipe, al senado, á las vestales y al pueblo, proporcionándose de este modo tan inusitado juego á sí mismos. ¡Extraño efecto del temor! ¡espantosa abyeccion del hombre! Esas víctimas no perdonaban, no se resignaban, pero no se defendian: ántes por el contrario, se adaptaban al ceremonial de los juegos, y trataban de excusarse de morir como lo podrian hacer de cualquiera otro servicio. Los que iban á ser devorados sin combatir para abrir el apetito de las fieras, entraban los primeros. Despojados de todos sus vestidos, pasaban por entre dos filas de *venatores*, armados de látigos, que les daban un golpe cada uno: recorrian después el Circo, y deteniéndose ante el emperador, le dirigian las tan famosas palabras: *César, los que van á morir te saludan*. Y este ceremonial no dejó una sóla vez de cumplirse exactamente.»

En cuanto á los gladiadores, era preciso que se atacasen sin piedad, so pena de sufrir la indignacion de aquella muchedumbre degenerada y prostituida; era preciso que se abriesen heridas muy profundas, pero no mortales; era preciso, si los concurrentes bajaban los pulgares, que los vencedores majasen á los vencidos, quienes habian de tomar el cuchillo y colocarlo en el sitio que habia de hender; era preciso en fin, que éstos cayesen con gracia, de un modo académico.

Se pasó más adelante: citaré sólo algunos casos para no ser interminable. Ordenó en una ocasion el emperador á Glabrio, que habia constituido un tribunal juntamente con Trajano, que luchase con un leon monstruoso. Y luego le condenó á muerte por la poderosa razon de que le habia deshonrado el combate.

Surgió un dia una cuestion entre los espectadores. Pedian unos un gladiador, y solicitaban los demás á otro. Domiciano satisfizo á todos haciendo combatir á los dos. Segun Plinio el jóven creíase menospreciado si no se respetaban sus gladiadores, y decia que maldiciéndoles se violaba su divinidad. ¡Insensato! dice á este propósito un célebre orador y estadista, «queria que se le tratase como á Dios, y trataba sin embargo á sus gladiadores predilectos como á sí mismo.»

Puedo añadir que los espectáculos duraron algunos siglos. En el año 1000 de la fundacion de Roma, lidiaron dos mil parejas de gladiadores, y fueron

(1) Gladiadores que luchaban con las fieras.



Interior de la basílica de San Pedro

matados treinta y dos elefantes, dos tigres, cuarenta leones, treinta leopardos, diez hienas, diez girafas, un hipopótamo, un rinoceronte, etc. Añadir pudiera mucho más, si los límites á que debo sujetarme lo consintiesen.

Miéntras llegaba la hora de los juegos, recorrí el monumento, que es sumamente grandioso. Examinando con detencion aquella mole inmensa de piedra, se adquiere pronto el convencimiento de la exactitud de algunos datos referidos por los autores, sobre los sangrientos espectáculos. El observador se persuade de que contenia realmente más de cien mil personas; de que durante las fiestas de su inauguracion acordadas por Tito, que duraron cien dias, perecieron cinco mil fieras, de que á veces morian en número de diez mil.

El edificio se distingue por su admirable sencillez. Al decir de personas entendidas, no tiene la pureza del templo de Marte Vengador, ni del de la Concordia, ni del teatro de Marcelo, ni en fin, del Partenon; pero es hermoso, y acredita los avances que los romanos dieron á la arquitectura. Como todos sus mejores edificios, carece de ornamentacion. Creian en la bondad de su idea, y por decirlo así, no necesitaban decorarla.

Tiene idea del Coliseo quien ha visto una plaza de toros. Elévanse sus gradas á una altura de 157 piés, y mide 1,600 de circunferencia. Descansa sobre arcos enormes de una piedra magnífica (con ella levantaron los principales monumentos) correspondientes á cinco vastas galerías, por las que pueden pasar cómodamente los carruajes.

Tres de sus cuatro pisos tienen ochenta arcos, cada uno de los cuales está sostenido por pilares del grueso de 10 piés. En el último cuerpo aparecen tambien ochenta ventanas. Las columnas del primero son dóricas, jónicas las del segundo, y corintias las del tercero.

Los arquitectos no se cansan de admirar sus bellas proporciones. Continuamente acuden á él para recorrerlo y estudiarlo.

Fué construido por doce mil judíos durante el largo, triste y penoso cautiverio.

Réstame añadir que se levantaron circos en muchas partes. En muchas partes perecieron los esclavos fugitivos, los prisioneros de guerra, y sobre todo los cristianos de todas edades, sexos, estados y condiciones.

El Coliseo, como dije, está hoy santificado, merced á la santidad de Benedicto XIV. La cruz colocada en medio, y los pilares construidos á su alrededor, lo demuestran victoriosamente. Cada viernes penetra en su sagrado recinto para rezar el Via-Crucis, una multitud de fieles, muchos de los cuales llevan hábitos que les cubren completamente. Sábese con seguridad, que no todos pertenecen al número de esos humildes cristianos que viven oscurecidos, pero que aplacan con sus oraciones la cólera de Dios, y evitan con su ejemplo los pecados y los crímenes de los hombres. Allí acuden, por el contrario, no pocas dignidades civiles ó eclesiásticas. El modesto sayal encubre con frecuencia á nobles romanos, á generales de las Órdenes, á príncipes de la Iglesia. Esos cardenales, calumniados frecuentemente por los defensores de la revolucion maldita, se mezclan y se confunden en un solo espíritu y en una sola voluntad con aquellos sencillos católicos. ¡Admirable Religion, única generadora de la verdadera igualdad que otorga sustancialmente lo propio al mendigo que al poderoso, al jóven que al anciano, al hombre que á la mujer, al que forma el último eslabon de la cadena social, que al colocado en la cumbre de las efímeras grandezas humanas!

No pude ver á la indicada multitud, ni unir mi plegaria humilde á la suya fervorosa; mas sí pude contemplar una concurrencia extraordinaria de católicos, procedentes de casi todas las regiones del globo. Y tuve sobre todo la dicha de tender la mano y de cambiar algunas palabras con muchos de mis compatriotas, á quienes habia conocido en Madrid, Zaragoza, ó Barcelona. ¿Podré dar cuenta del placer que inundaba mi corazon, no bien descubria un semblante conocido?

No era el que disfrutan los de un mismo país al encontrarse en otro cualquiera más ó ménos distante. Todos sabíamos que estábamos en nuestra patria, y que Roma nos pertenece, bien que pertenece de un modo singular á los papas que la han trasfigurado, que la han enaltecido, que han hecho de ella una ciudad hermosa, sublime, santa y divina. Era la satisfaccion propia de los que se reconocen deudores á Dios de una ventura indescriptible, y adivinan que les aguardan momentos sólo comparables con los que se disfrutan en la Jerusalen celestial.

La hora de los fuegos sonó, y por consecuencia la de ver perfectamente un monumento que ha visto pasar cien y cien generaciones. Gracias á ellos adquirió cierto tinte misterioso y fantástico; gracias á ellos distinguí perfectamente sus arcos ruinosos, sus grandes bóvedas, sus columnas más ó ménos rotas, y sus espaciosas galerías; gracias á ellos contemplé los lugares donde estaban los adoradores del Hombre-Dios ántes de ser martirizados, así como los en que se guardaban las fieras; gracias á ellos en fin, distinguí los sitios que respectivamente ocupaban el emperador y su familia, los senadores, las vesta-

les, etc., así como el desde donde corríase un toldo inmenso para preservar de la lluvia, y especialmente del sol, á los espectadores.

Oyéronse algunas exclamaciones entusiastas. ¡Qué diferencia entre ellas y el ruido informe y monstruoso que producian siglos atrás los rugidos de las bestias feroces, los ayes de los moribundos, y sobre todo los aplausos infames de los que celebraban la victoria de los unos ó la muerte de los otros! ¡Qué espectáculo tan diverso! ¡Qué condiciones tan opuestas! ¡Qué significacion tan distinta!

Al salir del Coliseo observé sobre una especie de muralla, desde la cual se domina perfectamente su exterior, al pueblo romano que habia tambien acudido á la fiesta. No penetró dentro por economía, mas quiso tomar parte principal en la satisfaccion que se veia en todos los semblantes, y que dominaba en los corazones de todos.

¡Dia delicioso para mí el 18 de Junio, primero de los que pasé dichosamente dentro de Roma, mi patria espiritual!

VII.

Al siguiente salí de casa con el propósito de visitar á varios españoles que se habian dirigido á Roma como yo á causa de las próximas fiestas. Deseaba tambien vivamente conocer á varios compatricios que tienen la dicha de vivir en la capital del orbe católico.

Habian llegado los señores obispos que salieron de Barcelona en el *San Quintin*, como tambien sus acompañantes. Determiné saludar al señor arzobispo de Zaragoza y á sus familiares, de los que aguardaba datos referentes á su travesía. Los aguardaba sobre todo, de don Bernardino Montañés, pintor eminente en quien me ocupé al manifestar mi esperanza de que volverán á lucir para el arte católico dias serenos y bonancibles.

Me dirigí á la iglesia española de Monserrat, donde se habia hospedado noble y generosamente á los señores mencionados. Permítaseme decir ántes de continuar: se puede sostener sin exageracion, que constituye una de las glorias de nuestra patria. Fundáronla los catalanes y los aragoneses, y se distingue por el mérito de sus altares. Débese su terminacion á don Joaquin Francisco Pacheco, cuya muerte inesperada impidióle hacer pública la modificacion grandísima que se habia realizado en sus ideas, durante su estancia en Roma.

Hallé como siempre al sucesor de San Braulio bueno y afectuoso. Estaba contentísimo. El viaje feliz que acababa de realizar, y el discurso dirigido por Pio IX á los españoles, que por decirlo así, acababa de oir, le habian comunicado una santa y dulce alegría. Algo tuvo á bien repetirme de lo que manifestó el más amado de los pontífices. No lo refiero, porque despues dióme bondadosamente más detalles el respetable señor arzobispo de Tarragona.

No necesito decir cuánto sentí haber ignorado en el dia precedente la dignacion del Papa. Á constarme, yo que ardia en deseos de conocerle, hubiérame unido á mis compatriotas. Quizás miéntras me hallaba contemplando embebecido la basílica de San Pedro, tenia la dicha de oir la dulce y sonora voz del augusto representante de Jesucristo.

Gracias á mi buen amigo Montañés, puedo escribir sobre la travesía realizada por los obispos españoles en el buque que á su disposicion puso el ministerio. En honor de la verdad portóse como á un gobierno católico cumplia, dando indirectamente una leccion al francés y á los de otras naciones, que no observaron igual conducta.

Faltaria realmente á mi deber si no diese cuenta del mencionado viaje. ¡Ah! No nos equivocamos los que atribuimos en San Pol la calma chicha reinante en el mar al hecho de haber salido de Barcelona el *San Quintin* con los prelados españoles. Continuó el tiempo hermoso y bonancible hasta Civita-Vecchia, donde se verificó el desembarco. «No se puede ponderar suficientemente (son palabras de mi buen amigo) la tranquilidad del Océano. La Vírgen Santa extendió su manto azul para conducir en volandas á los sucesores de los Apóstoles.»

No se mareó ninguno de los que componian la tripulacion.

Es inútil añadir que ocupóse principalmente en dirigir plegarias al Dios de las alturas. Veíanse continuamente grupos de obispos ó de sacerdotes que rezaban las horas canónicas.

En la noche primera cantóse la Salve, así como en la segunda. Se agregó en esta el *Ave Maris Stella*, el *Magnificat* y algunas estrofas correspondientes al mes de María.

Rezóse además el rosario, ante una imágen de la Vírgen del Cármen. Dirigíalo el señor arzobispo de Zaragoza, puesto de rodillas sobre un banco de la cámara de popa, y contestaban los tripulantes todos en la misma postura. Afortunadamente allí no habia ningun admirador de Rousseau, para que pudiera repetirles las mismas palabras que dirigió á uno de sus discípulos: «¿A qué viene ponerse de rodillas, amigo mio? ¿No estamos todavía bastante cerca de la tierra?»

Palabras propias de quien recibiera una educacion superficial, y se mostrara enemigo de la sublime Religion que profesamos. Ignoraba el compañero de madama Warens, de madama Epinay, de madama Levausseur, y probablemente de algunas otras más, que al ponerse de rodillas, proclama el católico la

existencia de un Sér superior á él; que por lo tanto al hacerlo aparece grande á los ojos y á la consideracion del que penetra en lo profundo de las cosas; que cuantos no se arrodillan viven rastreando la tierra y se confunden al fin con las bestias; y que por punto general se postran é inclinan éstos en presencia de séres más ó ménos ridículos, más ó ménos vanos, más ó ménos repugnantes.

Héme separado involuntariamente de mi propósito.

El dia 12 correspondió á la témpora de la Trinidad Santísima. Todos ayunaron, persuadidos no solamente de que obligan los preceptos de la Iglesia, y de que son muy infundadas ciertas pregrinas distinciones, sino tambien de que no basta cualquier indisposicion por leve que sea para dejar de cumplirse el á que me refiero. Traslado á no pocos médicos que únicamente ven materia bruta en el hombre, y traslado sobre todo á ciertos cristianos que siguen al pié de la letra sus consejos sospechosos.

El 13, dia de San Antonio de Padua, cumplieron todos la obligacion que tenian de asistir al sacrificio santo. Celebró en la popa del vapor el arzobispo de Zaragoza á las 7 de la mañana. Una hora más tarde hizo lo propio el ilustre prelado de Cuenca, despues que se hubo colocado el altar frente á la cámara de su eminencia el cardenal de Sevilla.

Acabado el rezo y las funciones religiosas, se ocupaban, ya en recorrer con anteojos las costas que se iban descubriendo, ya en suscitar conversaciones en las cuales se trasmitian mutuamente las placenteras sensaciones del viaje. En ellas alternaban los obispos, los prebendados, y las demás personas llenas de saber y de virtud que iban en el buque. Todos quedaban edificados ó instruidos.

Al declinar el dia sentábanse sobre el puente del vapor para presenciar la magnífica puesta del sol, así como los cambios admirables que se iban sucediendo en el color de las aguas. Hubiérase dicho que cantaban éstas las glorias del Señor, y encarecian las hechuras maravillosas de sus manos.

Los viajeros, y singularmente los seglares, entretuviéronse durante la travesía en otra cosa que pone de realce su fe grande y su religiosidad profunda.

Escribian exposiciones á los prelados en solicitud de indulgencia para sus imágenes y las de sus familias ó amigos, y llevábanlas luego á los sucesores de los Apóstoles que las concedian con el mayor gusto.

Todos quedaron satisfechos de la finura del comandante y de los empleados del buque, así como del servicio que no pudo ser más esmerado.

El viernes 14 llegaron á Civita-Vecchia á las 7 de la mañana. Los señores prelados fueron recibidos por el cónsul español señor don Ramon de Valladares. Visitaron lo más notable de la ciudad, y singularmente la catedral, saliendo á las diez en el tren que puso con generosidad laudable á su disposicion el señor Salamanca. Dos horas después llegaban felizmente á la eterna ciudad.

A la media hora de haber arribado el *San Quintin* á Civita-Vecchia, abandonó el puerto tomando el rumbo de Cádiz. ¡Cosa extraña que calificarán sin vacilacion de casual los *espíritus fuertes*! El mar estaba ya turbado: segun todas las probabilidades, el viaje seria sumamente molesto.

Tal en sustancia fué la relacion de mi estimado amigo Montañés. Dios concedió á los obispos españoles un viaje completamente feliz. Determinó recompensar de alguna manera los sacrificios de todo linaje que algunos hicieron para realizarlo, así como su incontrastable adhesion al más querido de los pontífices.

No quiero proseguir sin consignar una palabra en elogio de los sacerdotes que cuidan de la iglesia referida. Cúmpleme hacer mencion especial del señor don Mateo Lopez, de quien habia oido hablar en España ventajosamente. Me constaba su virtud así como su saber, y no me sorprendió por consiguiente su amabilidad bondadosa. He observado siempre que los hijos mejores de la Iglesia, mayormente si han llegado á las alturas sublimes del sacerdocio, son los hombres más complacientes y más serviciales.

Sucede lo que ha de acontecer por fuerza. El hábito de la virtud háceles amar y ponerse á disposicion de sus semejantes, y aleja por otra parte de ellos ese hastío de todo, ese constante mal humor, ese ceño perenne que caracterizan á los que desatienden sus obligaciones más sagradas, llevándoles casi fatalmente á tratar á los demás de un modo desabrido.

¡Oh Religion santa! ¡La dicha inefable que prometes en la eternidad comenzaria en el tiempo, si los hombres te bendijeran, y se conformaran con tus prescripciones celestiales y con tus consejos divinos!

VIII.

Desde la iglesia de Monserrat llégase pronto á la magnífica de Jesus, donde tienen una de sus residencias en la capital del mundo católico los hijos nunca bastantemente ponderados de Ignacio de Loyola.

No me propongo referir hoy las preciosidades religiosas y artísticas que guarda esa iglesia una de las mejores de Roma. No es mi ánimo tampoco mencionar el convento que junto al mismo se levanta. A la una y al otro vendré con frecuencia, y no me faltarán ocasiones propicias para las reseñas indicadas.

A dicho convento me dirigí en el dia á que aludo principalmente para visitar á los padres jesuitas españoles que allí tienen su celda, como tambien para

conocer á los reverendos obispos que habian gustosamente albergado.

Por dicha encontré al señor Fleix y Solans, arzobispo de Tarragona, y con él á mi muy respetado amigo don Cosme Damian de Laraudo, de la Compañía de Jesus, á quien tuve la dulce satisfaccion de tratar por espacio de bastante tiempo en Zaragoza.

No tenia el gusto de conocer personalmente al respetable prelado de Tarragona, cuya iglesia fué primada de la corona de Aragon ántes de incorporarse á la de Castilla con motivo del matrimonio entre Fernando é Isabel. Como al de Zaragoza, le habian entusiasmado las palabras que á los españoles dirigiera Pio IX en el dia anterior. Tuvo la bondad de repetirme las que recordaba.



Procesion del dia de *Corpus* 20 de Junio de 1867 en Roma.

Hé aquí un resúmen de la magnífica improvisacion de Su Santidad.

Conviene manifestar ante todo que iba á recibir únicamente á los obispos. El ánsia de conocerle y de contemplarle hizo que fueran con ellos sus acompañantes, y varios otros españoles que se enteraron de lo que sucedia. No bien lo supo el augusto sucesor de san Pedro, permitió que todos entrasen. Tratábase de sus hijos predilectos. Honrándoles y distinguiéndoles, honraba y distinguia al pais católico por excelencia, cuya verdadera situacion conoce Pio IX, á pesar de lo que han hecho ó dejado de hacer algunos gabinetes que no podian representarle peor.

El vicario de Jesucristo manifestó á nuestros compatriotas que al verles experimentaba una vivísima satisfaccion; que siempre ha sido España eminentemente piadosa; que agradecia de todo corazon las donaciones de sus hijos en pro de la Santa Sede, y sobre todo las de los pobres, de quienes procedian por punto general.

Dirigiéndose en particular á los prelados, les aseguró que en medio de sus amarguras le proporcionaba Dios el gran consuelo de ver que casi todos los obispos del orbe católico se dirigian á Roma, á virtud de una simple indicacion suya, y que necesitaba de su cooperacion para gobernar la Iglesia y combatir los errores.

Recordó con este motivo que habia señalado los

modernos en el *Syllabus*, añadiendo que se confirmaba en la condenacion de los mismos, y que tenia la esperanza, no sólo de que los condenarian á su vez todos los obispos, sino tambien de que llegados á sus diócesis respectivas trabajarian en este punto de acuerdo con él.

Dió despues su apostólica bendicion, extensiva, por lo que hace á los obispos, á todos sus feligreses, y á todos los individuos de sus familias, por lo que hace á los demás.

Y previendo que no todos habian podido concurrir á la ceremonia, señaló el dia 25 á las seis de la tarde, para una nueva recepcion en la famosa capilla Sixtina.

Me añadió el señor Arzobispo sobre poco más ó ménos: «Fué una magnífica improvisacion. Áun preparándose mucho, no le hubiera salido mejor. Lo sabia, mas ayer me persuadí por mí propio de que nuestro Pontífice ha recibido de lo alto el don encantador de la palabra. Admira cuando habla, no sólo por lo que dice, sino por la manera con que lo dice. Su entonacion no puede ser mejor: acciona, sobre lo dicho, magníficamente.»

Llegado á este punto, debo llamar la consideracion de mis lectores hácia lo que dijo el Pontífice-Rey, y de una manera singular sobre sus palabras referentes al *Syllabus*.

Tienen sin género de duda gran significacion, extraordinaria trascendencia.

Ántes sin embargo de hacerlo, y para desvanecer toda duda en punto á que Pio IX se afirma y ratifica con frecuencia en la condenacion de los errores modernos, voy á trascribir la breve pero sentidísima alocucion que pronunció el dia 17 de los corrientes, respondiendo á su eminencia el cardenal Patrizzi. Le dirigió éste la palabra en nombre del Sacro Colegio, y asistieron á la funcion 240 sucesores de los Apóstoles. Así habló el Padre Santo, consiguiendo enternecer á cuantos lograron la dicha de oirle:

«Doy gracias al Sacro Colegio por sus sentimientos, y ruego tambien al Señor por su prosperidad. Al fijar la consideracion en las cosas humanas, no descubrimos verdaderamente en ellas más que motivos de angustia y temor. Una gran parte de la sociedad actual se deja seducir por las falsas ideas de progreso y unidad; pero es un progreso sin verdad; es una unidad sin caridad ni justicia. No podemos creer en ella; no vemos en ella más que la obra del egoismo, y nada más contrario que el egoismo al espíritu del Evangelio.»

»Algunos años atrás condenamos una lista de errores que se ha llamado el *Syllabus*, y hoy repetimos y renovamos aquella resolucion. Pero mi voz no basta para llegar á oidos de todos los fieles; se necesita tambien la vuestra, mis queridos hermanos; mis brazos están cansados, y es preciso que los sostengais, como los levitas sostenian los del antiguo profeta. El Señor os ayudará con su misericordia, y no os faltará.»

»Teneis ya de esto una prueba material en ese bello triunfo que celebramos, pues es un verdadero triunfo ver el sepulcro de San Pedro rodeado de tantos obispos procedentes de todas las comarcas de la tierra. Pueda la bendicion que voy á daros en nombre del Señor ser una prenda de su misericordia. *Benedictio Dei Omnipotentis*, etc.»

Nadie puede negar la importancia de la Encíclica correspondiente al 8 de diciembre de 1864, ni tampoco la del *Syllabus* que va con ella. Nadie la niega; pero en mi sentir los aplausos que ha obtenido, con ser tan grandes, y los elogios que ha logrado, con ser tan generales, significan muy poco al lado de los que dichos documentos merecen. ¡Oh, sí! El siglo actual no concluirá sin que se oigan y resuenen por ellos en todo el mundo civilizado de Oriente á Occidente, y del Septentrion al Mediodía, vítores y aclamaciones en favor del Pontífice-Rey que rige magníficamente los destinos de la Iglesia. Tengo de que así sucederá una certeza invencible.

He meditado con frecuencia sobre el *Syllabus* de los errores condenados por Pio IX, y lo declaro con toda verdad. Cada vez me ha parecido más admirable, más excelente, más propio de un sucesor de san Pedro, y si se me permite decirlo, más celestial. Estoy por afirmar que desde Jesucristo no ha publicado la Santa Sede ningun documento que acredite tanto valor, tanta intrepidez, tan sobrehumana decision.

Oigan un instante los que crean exageradas las precedentes líneas.

En todos los tiempos ha sido víctima la Iglesia de persecuciones más ó ménos terribles, más ó ménos declaradas, más ó ménos encubiertas. Y lo será sin duda de ningun género hasta la consumacion de los siglos. ¿Cómo no, si el infierno que las prepara, dirige y fomenta por todos los medios posibles, no puede tener fin, de lo que da clarísimo y fehaciente testimonio la Sagrada Escritura?

La Iglesia, contra la que no prevalecerán sus adversarios, les habia perseguido hasta en sus últimos atrincheramientos. Sus doctrinas habian quedado victoriosamente refutadas, así como sus defensores desacreditados de todo punto. Al comenzar el siglo actual, ¿qué restaba, ciñéndome á los heresiarcas pertenecientes á la edad moderna, de los aparatosos edificios levantados por los protestantes, por los jansenistas, y por los demás malaventurados perseguidores del Catolicismo? Bien poco, por no decir absolutamente nada. Puede repetirse con el poeta: *Campos ubi Troja fuit*. Escombros y ruinas por do quier.

Mis lectores convendrán en que no empece para lo dicho la existencia de algunas personas más ó ménos identificadas con alguno de los errores referidos. Las excepciones confirman la regla general, mayormente cuando las representan seres más ó ménos ridículos, extravagantes ó malvados.

¿Podia darse por vencido el espíritu del mal? ¿Podia reconocer que era inútil luchar con la hija predilecta del Altísimo? ¡Ah, no! Dios le ha impuesto en castigo de su soberbia, el teson más desatinado y la constancia más loca de que se tiene noticia. Conservó la sabiduría perdiendo únicamente la gracia cuando su rebelion lastimosa, y sin embargo no advierte que inútilmente se dan coces contra el aguijon como dice la Escritura, y que en vano se propone abatir el poder de la Iglesia. Sabe que Dios la fundó, y aunque no lo supiera lo adivinaria, considerando que ha perdido todas las innumerables batallas que ha dado contra ella en el trascurso de 1867 años, y sin embargo insiste y concierta nuevos planes, y prepara maquinaciones más odiosas, y dispone ataques más terribles, y propala calumnias más abominables.

Permítaseme añadir una cosa. He observado un fenómeno semejante entre los hombres buenos, suavemente conducidos por Dios, y los hombres malos desdichadamente protegidos por Satanás. Los segundos, que suelen poseer cualidades superiores, no cesan de vejar, escarnecer y oprimir á los primeros, que frecuentemente se distinguen por su pobre inteligencia. Y nada consiguen, porque Dios cumple su promesa inefable de proteger á los que le aman y temen; mas esto no les impide proseguir en su tarea infame, con un furor que aumenta, en proporcion de sus desilusiones ó desencantos.

Allá, en el fondo del abismo, concibióse un plan, sobre todo encarecimiento abominable. Se procuraria que los hombres se proclamasen hijos de la Iglesia al propio tiempo que la persiguen. Se haria lo posible para que los necios no conociesen á los lobos vestidos con pieles de cordero, se protestaria enérgicamente por mil medios y de mil maneras contra los que desenmascarasen á los nuevos perseguidores del Catolicismo. Se dispondria todo de forma que tomaran parte en la odiosa conspiracion los príncipes, los gobiernos, las cámaras, las corporaciones científicas, y en suma, cuantos influyen de un modo directo en la suerte de las sociedades.

¡Oh! el plan era magnífico, y no pudo salir mejor. ¿Qué nacion, considerada colectivamente, estaba con la Iglesia cuando se publicó la Encíclica? ¿Qué soberano aparecia dispuesto á defenderla? ¿Qué gabinete deseaba de corazon ampararla? ¿Qué Congreso ó qué Senado se ponia resueltamente de su parte? ¿Qué academia mostraba el propósito de romper una lanza en su favor?

Satanás pudo mostrarse satisfecho de su obra. El nuevo error lo habia invadido todo, y habia contaminado á todos. Al sabio y al ignorante, al rico y al pobre, al noble y al plebeyo, al anciano y al jóven, al príncipe y al súbdito, al lleno de honores, para concluir, y al que carecia de la más insignificante distincion ó preeminencia. Su espíritu existia en las constituciones ó leyes fundamentales, en los libros, en los folletos, en los periódicos, y lo que todavía es peor, en el corazon de los hombres. Hubiérase dicho que se contenia en la atmósfera, y que se aspiraba como el aire.

Pio IX sube á la cátedra de San Pedro el 8 de Diciembre de 1864. Dia por dia, diez años despues del en que definió con placer inefable, por la voluntad de Dios, la Concepcion Inmaculada de la Vírgen, otorgóle el de condenar los errores modernos, el último de los cuales dice literalmente: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilizacion.»

Acababa de caer el anatema de Dios sobre la última obra de Satanás. Los cielos se conmovieron de alegría: resonaron en el abismo las imprecaciones más horribles.

Voy á referir sucintamente lo que sucedió y acontece todavía en el mundo, á virtud de dicha condenacion.

Aun prescindiendo de las naciones cismáticas y protestantes, la Encíclica y el *Syllabus* no se publicaron en algunas de las católicas. Les negaron el pase Francia y el Piamonte. Con respecto á España, nadie ignora la oposicion que promovieron, y que se publicaron en la *Gaceta de Madrid* por los esfuerzos de un ministro, si bien con las protestas y salvedades que los mismos documentos impugnaban y destruian.

En cuanto á los católicos, los celebraron porque procedian de su Rey espiritual, y porque condenaban los errores que habian odiado y combatido constantemente.

¡Qué despecho y qué furor el de los malos! ¡Qué alegría y que satisfaccion la de los buenos!

Por desgracia, algunos extraviaron la verdadera opinion pública de un modo lamentable. Y continúan extraviándola, no obstante lo dicho varias veces por el Pontífice-Rey sobre la malhadada cuestion promovida. Yo me considero en el deber de manifestar mis opiniones profundas en la materia..

Ya se sabe lo que dicen en sustancia los aludidos. «El Pontífice no ha condenado todo liberalismo, sino el anticatólico y el impío. Hay un liberalismo, no ya bueno, sino preexcelente y óptimo, que no ha condenado y que no puede condenar el papa. Es el que nosotros defendemos, el que nosotros amamos, el que nosotros bendecimos.»

Lo declaro ingenuamente. Oir no puedo con tranquilidad estas ó semejantes palabras, y juzgo absolutamente preciso combatirlas á todo trance con gran perseverancia é insistencia. Respeto la intencion de los que las pronuncian de contínuo, mas deploro su ceguedad, que á mi juicio, no puede ser mayor, ni más clara, ni más evidente, ni más indefendible, ni más indisculpable.

Hablé ántes de los protestantes como tambien de los jansenistas, y dije que sus errores fueron condenados por la Santa Sede. Yo pregunto sencillamente. A la hora presente, ¿se ha levantado alguno á decir estas ó semejantes palabras? «Hay un protestantismo bueno y otro malo. Es indudable que en el campo de la Iglesia fundada por Dios, hánse cometido abusos más ó ménos vituperables. Los mismos sucesores de san Pedro los han reprimido frecuentemente con la santa libertad y con la energía incontrastable que acreditaron en todos los tiempos. Se puede protestar contra los indicados abusos sin incurrir en herejía. Tal es el protestantismo bueno, que no ha condenado ni podido condenar la Santa Sede. El herido por el anatema del Vaticano es el que borró los derechos y prerogativas de los romanos pontífices, atacó el dogma, escarneció la moral, profanó los sacramentos, negó en fin la independencia de la Iglesia Católica. A ese protestantismo yo le combato, yo le condeno, yo le maldigo.»

¿Ha dicho algun otro, por ventura: «Hay dos clases de jansenismo: el primero excelente, el segundo detestable: el primero se funda en las mismas obras de San Agustin, el segundo se apoya en las de Bayo: yo proclamo y defiendo ese pensamiento que tiene por objeto poner de realce la necesidad de la gracia y la flaqueza de la voluntad humana; mas yo impugno y abomino el que sostiene que los hombres justos no pueden cumplir determinados preceptos de Dios, que no se resiste á la gracia interior en el estado de naturaleza caida, que para merecer ó desmerecer es suficiente la libertad exenta de coaccion, etc., etc.: Roma no ha podido anatematizar aquel jansenismo, sino éste que ataca y vulnera con efecto el edificio incontrastable de la fe?»

Nadie ha dicho eso. Y es indudable que á presentarse alguno, hubiera sido el blanco de los cargos más duros, y á la postre, persistiendo en su manía, de las condenaciones más tremendas y solemnes.

¿Por qué se ha de tolerar la conducta parecida que observan algunos, (nacidos en Francia y no en España por fortuna) á propósito del liberalismo? ¿Por qué se ha de sufrir que se pervierta y extravíe la opinion de muchos de un modo intolerable? ¿Por qué se han de tener por buenas, tratándose de una cosa clarísima que no admite duda, esas interpretaciones sútiles ó ingeniosas, pero siempre indefendibles?

¡Ah! se nos dice que llegamos á donde no llega el Papa, y que nos constituimos en jueces siendo meramente disputadores ó litigantes. ¿Qué ha de hacer el más amado de los Pontífices? Su bondadoso carácter, su calidad de padre espiritual, la circunstancia de prestar algunos de los hombres indicados servicios eminentes á la Iglesia, la obligacion que hay de creer en la buena fé, miéntras no resulte clarísimamente la malicia, el espíritu de bien comprendida tolerancia que á disculpar lleva el proceder de aquéllos cuyo amor propio les impide confesar paladinamente que anduvieron alucinados de un modo lamentable y apenas concebible; la casi seguridad de que se proponen un objeto bueno, que no conseguirán jamás; la esperanza, para concluir, de que al fin entrarán en razon, decidiéndose á marchar por donde caminan los demás católicos, ¿no explican suficientemente la conducta nobilísima y santa del Vicario de Jesucristo? Continuarán abusando de su benignidad y mansedumbre? ¿Seguirán prescindiendo de lo que dijo ó indicó en el dia memorable á que me refiero, y en varios anteriores, así como de su conformidad con la interpretacion que dió á la Encíclica y al *Syllabus* un ilustre y virtuoso prelado de nuestra patria, interpretacion de todo punto acorde con la nuestra?

Norabuena que tan blandamente les trate el Pontífice-Rey que rige para gloria de Dios y bien de las almas los destinos del mundo católico. No porque vayan descarriados dejan de ser sus hijos. ¿Qué padre castiga con dureza á los tiernos pedazos de su corazon si no lo cree absolutamente necesario? Y sobre todo ¿cuál lo hace públicamente? ¿Cuál no se ciñe á reprensiones indirectas, alabando, por ejemplo, la conducta contraria que observan sus hijos mejores? ¿Cuál no les hace despues, si no basta ésto, advertencias confidenciales y cariñosas? Y si tampoco éstas son bastantes, ¿cuál no se decide á callar, miéntras puede hacerlo en conciencia?

A nosotros, á nosotros toca persuadir á nuestros hermanos de que marchan por caminos peligrosos y deplorables. A nosotros toca rogarles que correspondan mejor á la ternura de nuestro padre comun, en vez de amargar sus dias. A nosotros toca convencerles de que dan á la Encíclica y al *Syllabus* una explicacion ilógica, falsa, opuesta en fin, al simple buen sentido. A nosotros toca tambien advertirles de que al fin de la senda que recorren está el edificio que sirve de habitacion á los herejes. Tócanos hacer lo primero, por el amor grandísimo que profesamos al augusto representante del Hombre-Dios. Tócanos hacer lo segundo, por el amor grandísimo que profesamos á nuestra madre amorosa y divina, depositaria de la verdad. Tócanos hacer lo tercero, por el amor

grandísimo que professmos á los católicos aludidos, que no advierten de seguro la importancia de los males que ocasionan, ni lo espantoso del porvenir que se preparan.

¿Qué han conseguido hasta el presente? Nada, sin linaje de duda. Y en este punto lo pasado nos responde del porvenir. Nada lograrán en adelante, como no sea dar fuerza moral é impedir en cierto modo la conversion de los hombres cuyas doctrinas han sido clarísimamente condenadas por la Iglesia. ¡Cuándo advertirán que la blandura no sirve para ciertas gentes! ¡Cuándo aprenderán que se atribuye al mie-



Guardia suizo de S. S.

do! ¡Cuándo conocerán que las personas aludidas no tienen extraviada la inteligencia, sino que tienen corrompido el corazon, y que por lo tanto es indispensable, bien que doloroso, darles golpes recios y saludables!

Consideren el proceder del Papa, y pónganlo en parangon seguidamente con el suyo. De presumir es que Pio IX oyó los siguientes ó parecidos discursos ántes de publicar los documentos á que me refiero. «Advierta Vuestra Santidad que casi todas las naciones se hallan contaminadas por la inflencia letal del liberalismo. Advierta que casi todos los príncipes están por él de una manera lastimosa extraviados. Advierta que casi todos los gobiernos están interesados en sostener los errores que se van á condenar Asombra y espanta lo que puede suceder no bien los documentos se publiquen. Virtud es la prudencia, y de las cardinales ciertamente.»

Esos discursos no hacen, ni han hecho, ni harán nunca mella en el ánimo de los pontífices. Los papas contestan, han contestado y contestarán siempre como respondió á Enrique VIII de Inglaterra, que le pedia le aprobara el repudio de su esposa Catalina, el que ocupaba entónces la silla de San Pedro. «Antes un cisma de más, que una verdad de ménos. Los cismas pasan: la verdad es eterna. Que un pueblo se separe si lo quiere, plaza concediendo á otro, y que la verdad de Dios permanezca con nosotros siempre.»

Eso virtualmente responderia Pio IX á las personas indicadas. Los católicos referidos no han logrado nada. ¿Qué ha conseguido Pio IX publicando la Encíclica y el *Syllabus*? Ha conseguido ser á la hora presente la figura más colosal de cuantas existen ó existieron; ha conseguido constituir la única verdadera esperanza de los que ansían un órden de cosas basado en la justicia y el derecho; ha conseguido avivar la fé de todos los que claman y suspiran por el restablecimiento del antiguo régimen convenientemente modificado; ha conseguido mantener en la esfera de sus deberes sagrados y de sus imprescriptibles obligaciones á muchos, que acaso estaban dispuestos á una prevaricacion espantosa; ha conseguido que los pueblos vean cada dia más claro, y alcancen dónde se halla su salvacion; ha conseguido, para concluir, ganar contra los revolucionarios la batalla moral más estupenda de que hay noticia, y que puede considerarse como seguro presagio de la victoria material que se logrará pronto, á ménos que haya llegado el pavoroso fin de las edades.

¡Que la palabra liberalismo se puede tomar en dos acepciones, y que la una es buena, siquier sea mala la otra! La cuestion no puede plantearse peor. La cuestion se reduce á inquirir si es aceptable ó no el liberalismo que se usa, el liberalismo que se ha planteado en todas partes, el liberalismo tal como lo comprenden cuantos le mencionan y en él se ocupan. Y se reduce sobre todo á indagar si caben ó no interpretaciones despues de la condenacion clara, explícita, terminante de Pio IX. Bajo estos puntos de vista es imposible, sin sombra de duda, calificarla de tal.

¡Lo sé perfectamente! Sé perfectamente que la palabra *liberal* puede significar dadivoso, así como puede significar al amigo de la verdadera libertad. Y me consta igualmente que partiendo de la primera hipótesis, resulta Dios liberal, y que á virtud de la segunda, sómoslo todos los religioso-monárquicos. ¿Quién osará ofender al Soberano Autor de cuanto es, ha sido y será con aquella calificacion, que conviene sin duda en un sentido lato á Satanás? ¿Quién tendrá el atrevimiento de aplicar á los defensores de la Monarquía pura, un nombre que caracteriza perfectamente á los partidarios de la maldita Revolucion?

¿Se quiere otra prueba? A todas horas los entusiastas de la filosofía moderna nos denigran con la palabra *neo-católicos*. Literal y filosóficamente considerada, no puede ser más injuriosa. Equivale á decir que no amamos la Religion de nuestros mayores, sino otra distinta inventada modernamente. Ésto es falso, y todos se han penetrado de ello desde el instante en que han visto injuriar con aquella denominacion al Papa, á los Padres de la Iglesia, á los Santos, á los obispos, y en fin á los católicos mejores.

Calumniosa es la frase, y con todo nos conformamos con ella. Yo jamás la rechazo, no obstante tener conciencia de que soy buen católico, porque comprendo su significacion. El dia en que ciertos hombres me llamen católico á secas, comenzaré á temblar y concebir temores en punto á si he cumplido con mis deberes religiosos.

Falta resolver ó aclarar un punto. El referente á la importancia de la condenacion referida. ¿Es una verdad dogmática que el Pontífice no puede ni debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilizacion?

Comienzo manifestando que para los verdaderos católicos no puede surgir la indicada dificultad. ¿Cuál se atreverá á conformarse única y exclusivamente con las decisiones dogmáticas, siquiera versen las demás sobre puntos doctrinales ó de moral?

Háse hablado con motivo de la Encíclica de las Bulas y constituciones pontificias, marcando sus diferencias. Háse afirmado por los católicos *sinceros* ó liberales, que no pueden tener aquéllas, reuniendo determinadas condiciones, la misma autoridad que las segundas y las terceras. Háse dicho que pueden mirarse con menor veneracion; que es lícito á los católicos desentenderse de ellas, y en fin, que siempre versan sobre puntos disciplinares. Tal se ha dicho relativamente á las Encíclicas ó cartas papales.

Y esto es inexacto, en demostracion de lo cual basta citar la del dia 8 de diciembre de 1854. ¿Puede nadie desconocer que es un documento doctrinal? ¿Que muchas de sus disposiciones se refieren á la fe y á las costumbres? ¿Que no pocas están hace tiempo condenadas, y de tal forma que no puede llamarse católico quien las proclame ó sostenga?

Pio IX habló en ella como Pastor universal, como Jefe de la Iglesia, como Vicario de Jesucristo, como sucesor de san Pedro. Dirigióse á los obispos, y á los fieles por conducto de sus pastores, para proscribir con su autoridad incontrastable los principales errores proclamados y defendidos en la época presente; para mantener incólumes los fueros sacrosantos de la verdad, de la virtud y del bien, indignamente escarnecidos por la Revolucion; para asentar sobre verdaderas inconmovibles bases, así los fundamentos de la potestad espiritual como del poder civil; para poner término á la confusion horrible y espantosa que reinaba en el mundo de la inteligencia; para demostrar, en fin, que ciertos principios y determinadas doctrinas no caben dentro del círculo católico.

Hé aquí por qué no podemos separarnos de ella, ni combatirla por ningun concepto.

Señalado está el camino para los verdaderos católicos. Sólo pueden alabarla, defenderla, bendecirla. Decirse puede con verdad: Con la Iglesia ó contra la Iglesia. Con el Papa ó contra el Papa.

Llamarse católicos, y combatirla directa ó indirec-

tamente, vale tanto como incurrir en el mayor de los absurdos, en la más grande de las inconsecuencias, en la más palmaria de las contradicciones.

Los hijos excelentes de la Iglesia deberian proceder de la manera indicada, aunque no tuviese más autoridad que la que le conceden esos católicos de nombre, que constituyen una de las plagas más desastrosas de los actuales tiempos.

Se discute demasiado, en mi sentir, sobre si el Pontífice-Rey ha ó no hablado *ex-cathedra*; sobre si es ó no infalible en ciertos casos y circunstancias; sobre si debe ó no consultar á la Iglesia universal para definir cosas relativas á la fe y á las costumbres; y en fin, sobre si hay ó no obligacion estrecha y rigurosa de sujetarse á sus decisiones.

Cierto que el Sumo Pontífice no habla *ex-cathedra* siempre. Cierto que cuando así acontece, los católicos pueden apartarse de su decision sin ser herejes. Cierto que hay ocasiones en que no es infalible.

Todo esto es verdad, mas tambien lo es que los católicos se distinguen de los que no lo son en lo siguiente. Aquéllos miran con respeto sumo y con veneracion profunda cuanto procede del Romano Pontífice, áun tratándose de los casos en que no es infalible. Éstos lo impugnan, lo combaten y ridiculizan, hable ó no *ex-cathedra*, defina ó no asuntos de fe y de costumbres, diríjase ó no finalmente á la Iglesia universal. Ni los unos ni los otros examinan si el representante del Hombre-Dios ha definido sujetándose á todas las reglas y prescripciones establecidas. No los primeros, porque todo lo que del Papa procede es bueno y venerable: no los segundos, porque todo lo que hace ó dice el Sumo Pontífice paréceles malo é indefendible.

Juzgo por lo demás indudable que no tardará una declaracion que les impida continuar obrando de la indicada manera. ¡Haga el cielo que cuando venga se determinen á marchar resueltamente por las sendas que prescriben de consuno el deber, el honor, la gratitud, el bien general y la propia conveniencia! ¡Haga el cielo que levantando su corazon á Dios, y prescindiendo de lo que turba, ciega, fascina y pierde á los hombres, reconozcan noblemente su error apénas concebible! ¡Haga el cielo en fin, que la raza de los futuros heresiarcas que indudablemente vendrán, porque como dice la Escritura es forzoso que haya escándalos á fin de que se manifieste y fortifique la fe de los buenos, no proceda de los que se llaman á sí mismos católicos liberales!

IX.

Ántes de proseguir, paréceme oportuno hacer una breve reseña biográfica del señor arzobispo de Tarragona, cuyas palabras han motivado las precedentes consideraciones. Tengo á la vista por fortuna un ejemplar de la que se publicó durante su permanencia en la Habana, y puedo por lo tanto escribir con todo conocimiento de causa.

Resuelvo emprender este sencillo trabajo para que todos mis lectores conozcan lo que son los obispos de nuestro pais, como tambien para que puedan comparar su vida, sus servicios y sus acciones, con la vida, servicios y acciones de ciertos *personajes* que no necesito nombrar, que han logrado por los medios que tampoco es necesario referir, mucho renombre y grandísima fama. Mis lectores podrán deducir de lo que diré relativamente al ilustrísimo doctor don Francisco Fleix y Solans, lo que decir pudiera de los demás sucesores de los Apóstoles, que salieron del puerto de Barcelona á bordo del *San Quintin*.

Indico ya que vanamente se buscarán en mi obra las biografías de éstos. Habia resuelto escribirlas: no puedo realizar mi propósito por falta de datos. Inútilmente los he pedido. Amables y bondadosos hasta un punto que grandemente me obliga, hánmelos negado única y exclusivamente porque su humildad rehusa los elogios, porque su talento les persuade de que no necesitan los aplausos de los hombres, porque su fe, para concluir, les convence de que les bastan las inefables bendiciones de Dios. Habré de callar por consecuencia, ó de ceñirme á referir lo poco que sobre algunos haya llegado á mi noticia.

Es seguro, por lo demás, que á la circunstancia de haberse impreso en el punto referido la biografía del que hoy ocupa la sede arzobispal de Tarragona, se debe que pueda decir algunas palabras sobre sus méritos relevantes.

Por las causas que no puedo referir, prescindo de sus cruces y condecoraciones obtenidas y no solicitadas. Hago notar ante todo que pertenece á una familia ilustre de Cataluña. Lleva el título de baron de Casa Fleix. Sirva ésto de respuesta á los que dicen y aseguran que solamente los hijos de casas pobres y humildes aspiran al sacerdocio. Hablando de Pedro Arbués dije sobre esto lo que ciertamente no necesito repetir.

Cuando don Francisco Fleix y Solans se ordenó de presbítero, habia estudiado humanidades y filosofía en el colegio de Barbastro, dirigido por los Escolapios, como tambien en los seminarios conciliares de Lérida y de Barcelona; habia seguido la carrera de leyes y cánones en las célebres universidades de Alcalá de Henares, Valladolid y Bolonia, en la cual recibió los grados de bachiller, licenciado y doctor; habia en fin logrado ser abogado de los reales consejos. Considérese á dónde hubiera podido llegar, si la aficion á las pompas y vanidades del mundo le impulsara, con los títulos mencionados, con sus facultades

superiores, con el brillo de su cuna y el esplendor de su nombre. Prefirió sin embargo ser sacerdote, y sujetarse á las privaciones y sacrificios que siempre, pero de un modo especial en la época presente, han sufrido y hecho los que ansían llegar por la senda más corta á las perdurables mansiones.

Aconteció lo que no podia ménos de suceder. Hubo de echar en breve sobre sus hombros cargas abrumadoras. Presupuesto lo dicho, no es maravilla que en 12 de Diciembre de 1829 le nombrara canónigo el cabildo metropolitano de la santa iglesia de Tarragona. No lo es tampoco que en 1.° de Mayo de 1835 se le confiriera la rectoría del colegio mayor de Santiago en la Universidad de Salamanca, que desempeñó juntamente con la de los de San Bartolomé y Santa María de los Ángeles. No lo es igualmente, dejando aparte otras distinciones, que se le preconizara en Roma para el obispado de Puerto-Rico, y poco despues para el de la Habana, en donde hizo su entrada en medio de un extraordinario concurso, el dia 26 de Noviembre de 1846.

Cúmpleme añadir que en 23 de Febrero de 1849 se le presentó para la iglesia y arzobispado de Cuba, vacante por la traslacion de don fray Cirilo Alameda. Tales y tantas fueron las súplicas de los clérigos y seglares de su diócesi, que se consideró en el deber de renunciar á la nueva gracia que dispensado se le habia.

¿Ha de costarme trabajo demostrar que las indicadas súplicas no podian ser más naturales, ni más puestas en razon? Ciertamente no. Me bastará decir sencillamente que don Francisco Fleix y Solans, no bien hubo llegado á su destino, se ocupó en el arreglo del seminario conciliar de San Cárlos y del colegio de San Francisco de Sales para niñas, que se hallaban en gran decadencia, por el atraso de sus rentas y la falta de personal, logrando ver al primero conforme con las prescripciones del concilio de Trento, y al segundo progresar rapidísimamente; que trabajó con el mayor teson en arreglar el culto y clero de la Isla; que se decidió á reparar y construir durante la visita de la diócesi, que abarca más de 200 leguas, los 26 templos que la furia del huracan de 1846 dejara en un estado deplorable ó destruyera completamente, consiguiendo comtemplarlos todos en pié; que obtuvo una real cédula en virtud de la que se devolvieron á la Iglesia todos los bienes de los Regulares de la Isla; que pudo fundar en su virtud el magnífico colegio de padres de la Compañía de Jesus, que puede competir con los mejores del mundo, el de los padres de las Escuelas Pias de San José de Calasanz, las comunidades de las Hermanas de la Caridad repartidas en los hospitales de San Ambrosio, San Juan de Dios, San Lázaro, Beneficencia y Maternidad, San Dionisio, etcétera, etc., habiendo practicado además diligencias para establecer los padres del Instituto de San Francisco, y los de la Observancia; que logró fundar, con éxito admirable las Conferencias de San Vicente de Paúl; que planteó tambien, para concluir, una comunidad de religiosas del Sagrado Corazon de Jesus, que tal acierto han mostrado y siguen mostrado para la educacion de las jóvenes.

Indudablemente son inútiles los comentarios. Considérese lo que diria uno de los seglares aludidos con anterioridad, si tuviera la fortuna de hacer en la esfera de su accion la décima parte de lo que hizo en la Habana el señor don Francisco Fleix y Solans.

Encuéntrome ya imposibilitado de referir lo que ha hecho desde que tomó posesion de su sede arzobispal. Cónstame sin embargo, que uno de sus priméros actos fué confiar la direccion del seminario, que prospera admirablemente, á los hijos de San Ignacio; que ha enriquecido de un modo considerable los gabinetes de física é historia natural; que ha fundado once becas gratuitas para los pobres; que actualmente procura establecer una casa-mision para dar ejercicios y misiones en el arzobispado; que ha hecho regalos considerables á la catedral; que arregló en fin, á úna con el municipio, el colegio de niñas huérfanas, aumentando sus plazas.

Réstame añadir que sobre poco más ó ménos lo que ha hecho el actual arzobispo de Tarragona lo han hecho muchos prelados, y por punto general muchos ministros del Señor.

Algunos seglares no lo creen así, y en lugar de reconocer que carecen de la virtud, de la ciencia y de las demás condiciones indispensables para subir á las alturas del sacerdocio, ó que no han tenido la dicha inefable de ser elegidos para ejercerlo, miran con malos ojos á los designados por Dios, y áun tienen la osadía de creerse á ellos superiores. ¡Superiores á los ministros del Señor, que les recuerdan perennemente sus obligaciones sagradas; que se consagran por entero á la salud de sus hermanos; que renuncian á todos los deleites, exceptuando el de hacer bien; que se desprenden de todos los lazos que les ligan á la tierra con el fin de volar más fácilmente al cielo; que sólo se reservan el espectáculo de las miserias y de los dolores; que hacen resplandecer las eternas verdades dulces ó pavorosas; que truenan contra los vicios aunque los entregados á ellos ocupen tronos resplandecientes de oro; que nos abren cariñosos al nacer las puertas de la Iglesia y nos fortifican para resistir varonilmente las tentaciones ó acometidas, y nos levantan despues de caidos, y nos distribuyen el pan sobresustancial, y nos consuelan en los momentos más amargos de la vida; que son enaltecidos y envidiados en fin por los Ángeles y por los Arcángeles, por los Querubines y por los Sera-

fines, por las Potestades y por las Dominaciones! ¡Qué ceguedad! ¡Qué insensatez! ¡Qué locura!

En el convento de Jesus vive el general de la Órden. Hallé tambien á los padres españoles Gil y Saderra.

El padre Bechx, general de la Compañía de Jesus, nació en Bélgica, y tendrá próximamente ahora setenta años. Es delgado, de regular estatura, de semblante severo, de mirada suave, de bondadosa fisonomía. Ese hombre á quien Dios ha colocado en el lugar altísimo que ocupa, casi no despega los labios. ¡Mas, ¡cuánto vale lo poco que dice!



El padre Maestro Martin, general de los Trinitarios.

Cuando fué elegido general en 1853, hallábase al frente de la provincia de Austria. Habia desempeñado ya diferentes cargos con acierto grandísimo.

Durante su generalato, la Compañía de Jesus ha conseguido mucho acrecentamiento. Han aumentado el número de los que tienen la ventura de pertenecer á esa Órden, tan ensalzada por todos los buenos, y tan implacablemente perseguida por todos los malos; han aumentado tambien las provincias de que se compone; han aumentado por último, esas misiones establecidas en diversas partes del mundo, cuya historia constituye una de las páginas más brillantes de la Iglesia que las protege y ampara.

Es por todos conceptos digno del puesto en que se halla colocado. Los que le tratan diariamente ponderan su sencillez, su modestia, sus virtudes relevantes. Y añaden que pocos han conseguido domeñar hasta el punto que el padre Bechx la pobre y flaca naturaleza.

Me recibió bondadosamente, y dióme su bendicion. Traté de adquirir su retrato, pero inútilmente. Lo

habia negado innumerables veces á personas distinguidísimas por todos conceptos.

El padre Gil nació en Madrid el dia 4 de Enero de 1794. Terminados los estudios, fué admitido en la Compañía de Jesus en 24 de Marzo de 1816. Profesó seis años y medio más tarde, juntamente con el reverendo padre Mariano Pujol, que logró por su virtud y por su ciencia merecido renombre.

Para poder apreciar las cualidades superiores de nuestro insigne compatriota, bastará decir que fué prefecto de los reales estudios del Colegio Imperial de Madrid, así como rector del Seminario de Nobles hasta la supresion de la Compañía; que despues de este hecho afrentoso para los que lo acordaron, desempeñó desde principios de 1847 el importante cargo de visitador de las Misiones de Ultramar; que regresó seis años despues á Europa para ejercer el de asistente de España, que áun le está confiado; que por espacio de algun tiempo dirigió espiritualmente el real Colegio militar de Segovia; que se ha distinguido como predicador, por su elocuencia y fecundidad extraordinarias.

Conocia de nombre al padre Saderra, y si no es infiel mi memoria, le oí predicar en Manresa uno de esos sermones que le conquistaron una merecida reputacion. Le hallé tan amable y tan complaciente como sus demás hermanos. Puede asegurarse que quien conoce á un jesuita los conoce á todos. En esa órden de poderosos atletas, de valientes campeones, de gigantes invencibles, todo es grande, todo superior, todo extraordinario.

Los que hablan contra ella, así como cuantos vociferan contra las demás, son unos calumniadores ó unos ignorantes. He tratado desde la niñez á gran número de jesuitas, y he visto siempre que bajo el punto de vista religioso, se distinguen por su adhesion á la Iglesia y á su Jefe; que bajo el punto de vista moral, se distinguen por la pureza de sus costumbres; que bajo el punto de vista científico, se distinguen por su sabiduría; que bajo el punto de vista literario, se distinguen por la elegancia con que hablando ó escribiendo se expresan; que bajo el punto de vista social, si puedo decirlo así, se distinguen por su finura y trato exquisito; y en fin, que bajo el punto de vista de la conducta que observan, saben hermanar la tolerancia más expansiva con la severidad más incontrastable. Transigen sobre lo dudoso, y permiten todo lo que permitirse puede; mas se muestran en lo restante inflexibles. No pierden jamás de vista la preciosa máxima de San Agustin: *In necessariis unitas; in dubiis libertas; in omnibus charitas.*

X.

Vuelto á casa, conocí á varios españoles que tienen la dicha de vivir en la Ciudad Eterna. De las cosas que les oí, consigné cuatro en mi libro de apuntes. Son tanto más importantes, cuanto emanan de personas que no se distinguen por sus ideas monárquico-religiosas, ni por sus sentimientos y tendencias revolucionarias. Se hallan colocadas en el que se denomina con notoria impropiedad el *justo medio.*

Hé aquí la primera. Los obispos españoles son acaso los que han traido cantidades más crecidas para el Pontífice-Rey. Se cree que no bajan de cinco millones de reales los que le han entregado. (Exagerada me parece la suma). Como traian generalmente letras sobre París y Lóndres, han hecho bajar el cambio.

Hé aquí la segunda. Los franceses no eran muy queridos de los romanos. Cuando se marcharon, fueron á despedirles muy pocas personas, que por otra parte no se distinguian por su elevada posicion social.

Acontecia por lo demás en la capital del mundo católico, lo que ha sucedido durante algun tiempo en Madrid y en otras muchas ciudades. Miéntras estuvieron las tropas de Napoleon, no pasaba dia sin que se dijera una y mil veces que la revolucion se podia considerar segura, que los desórdenes eran inevitables, que dentro de algunas horas, ó de algunos dias, ó de algunas semanas, seria perturbado el órden público.

Todos estos rumores cesaron desde el punto en que salieron de la Eterna Ciudad. A la inquietud perenne y al desasosiego constante, reemplazaron la calma más absoluta, y la tranquilidad más completa.

No es maravilla por consiguiente, que algunos, reflexivos ó maliciosos, atribuyan los indicados rumores á los mismos franceses.

Deduje de lo manifestado por uno de los aludidos, que los cardenales no podian ser mejores. Era liberal, y por lo tanto miraba de reojo á la Iglesia, y principalmente á sus ministros. Habia encontrado un argumento poderosísimo en contra de los príncipes de la Iglesia. Lo van á saber mis lectores, á quienes dejo el cuidado de inquirir si pueden revelar la cosa, sin peligro de que los católicos tengamos que meternos, como se dice, bajo tierra. Hélo aquí. Uno de los cardenales á quien habia saludado tiempo atrás, no le devolvió el saludo.

Yo dije al oirle para mis adentros. No necesito saber más para decir, sin temor de equivocarme, que los cardenales observan bajo todos conceptos una conducta rigurosamente irreprensible. Demuéstranlo de una menera victoriosa esas nimiedades ó naderías, á

que por lo visto recurren ciertas personas para ofenderles ó criticarles.

Es claro por lo demás, que la propia extrañeza del aludido acredita que los cardenales se distinguen por su bondad y por su finura. Lo sabia; pero sus palabras arraigaron y fortalecieron mi conviccion. El que las pronunció no se hubiera disgustado de seguro, á no tener costumbre de saludar á la gente los príncipes de la Iglesia.

Es obvio tambien que no puede imponérseles la obligacion de que lleven consigo quien les advierta que han dejado de saludar á una persona determinada, á quien acaso no conozcan, ó en quien por ventura no reparen.

Hé aquí la última noticia de las aludidas: «Lo que no se consiga en esta ciudad por medio de la embajada española, no se obtiene por otro conducto.» Confieso que estas palabras que corresponden y se armonizan con algunas de las que pronunció el Papa en el acto de recibir á nuestros compatriotas, me proporcionaron una verdadera satisfaccion. Prueban dos cosas agradables para todo español. Prueban primeramente que en todos los tiempos se ha distinguido nuestra patria por su religiosidad y por su firme adhesion á la Santa Sede. Prueban tambien que la córte romana ha correspondido con el mayor gusto á la conducta excelente del pueblo español.

¿Necesitaré añadir que la influencia grandísima que disfruta España en Roma se debe, no á lo que ha hecho en favor de la Iglesia en los últimos años, sino á lo que hizo durante las épocas gloriosas de la monarquía pura? ¿Necesitaré recordar, para demostrarlo, que el liberalismo revolucionario de nuestro pais ha roto más de una vez las relaciones con el Padre comun de los fieles, ha asesinado á los frailes, ha desposeido al clero de los bienes de su propiedad, ha calumniado á los ministros del Señor, desde el Pontífice-Rey hasta el que ocupa el último lugar en la jerarquía eclesiástica, ha puesto sobre las estrellas á Mazzini, á Garibaldi y á sus demás enemigos implacables, ha seguido frecuentemente las huellas de las naciones protestantes, ha finalmente autorizado la publicacion de obras impías, por todos conceptos abominables?

Puedo añadir á este propósito algunas palabras. Muchos de los privilegios que gozaba en Roma el embajador español acabaron hace tiempo. Durante tres ó cuatro siglos, y sobre todo miéntras España poseyó con algunas interrupciones, desde Alfonso V de Aragon, el reino de Nápoles, disfrutaron nuestros representantes de influencia extraordinaria, y de facultades amplísimas. Los sucesores de San Pedro les concedieron la una y las otras, á fin de corresponder á lo que habia hecho España en favor de Roma y de la Iglesia. Bástame decir, para que no se me crea exagerado, que levantó más de doce templos en la Eterna Ciudad, así como el severo palacio de la embajada, del cual hablaré despues.

Hé aquí sin duda por qué pudo interponer su veto en la eleccion de pontífice; hé aquí por qué pudo intervenir de algun modo en el gobierno; hé aquí por qué pudo ejercitar el derecho que llamaré de policía en el barrio donde vivia su representante; hé aquí por qué pudo tener á sus órdenes fuerza pública, mandada por el conserje de su palacio.

Prescindiendo de las demás razones poderosas que tuvieron los romanos pontífices para suprimir las prerogativas manifestadas, es indudable que nuestro influjo en Roma, con ser muy grande aún, ha decaido de una manera extraordinaria. Y constándome lo que son los pontífices, no necesitaba saber con seguridad ha decaido, más que por la conducta irreligiosa y desatentada de algunos gobernantes, por el abandono de algunos embajadores. Cuéstame trabajo consignar, por tratarse de un español, ó por lo ménos de un hombre nacido en España, que uno de éstos escarnecia la embajada de Roma con el nombre de embajada de sacristanes. ¡Así representaba ese desventurado á nuestra patria, católica por excelencia!

Si algo faltase para demostrar cumplidamente mi tésis, añadiria que la influencia perdida se ha recobrado en parte, merced á la conducta noble y digna de algunos embajadores. Cúmpleme consignar, llegado á este punto, el nombre de don Joaquin Francisco Pacheco, así como el del conde de San Luis, y añadir que indudablemente podria consignarse alguno más.

¿Seré yo parcial tratándose de los señores referidos? ¿Habrá quien ignore que sus ideas distan inconmensurablemente de las que profeso? ¿Mas ha de impedirme por ventura esta circunstancia, ser justo con ellos, y referir lo que les distingue, enaltece y eleva?

En la noche del dia á que las líneas anteriores se refieren, me dirigí al magnífico palacio de la embajada española, no sólo para entregar al señor conde de San Luis la carta recomendaticia que para él me diera mi buen amigo el director de *La Regeneracion*, sino tambien para ver á nuestros compatricios, que se reunen todas las noches en el palacio.

Recibióme con amabilidad que le agradezco en el alma, rogándome que prescindiese de todo cumplimiento. No solo me dió papeleta para ver la procesion del *Corpus* desde el piadoso establecimiento que tiene nuestra patria en el sitio por donde desfiló, sino tambien para las demás cercanas funciones religiosas. Prometióme además pedir audiencia para mí al Padre comun de los fieles.

No quiero prescindir de lo que dijo poco despues. Sobre demostrar hasta qué punto entusiasma el Pontífice que rige felizmente la Iglesia, pone de realce los sentimientos que hácia su sagrada persona le animan. La conversacion rodando, fué á parar, como era natural, á nuestro Santísimo Padre Pio IX. La bondad con que me habia tratado el representante de la reina Isabel, y la conversacion expansiva que con él habia sostenido, decidiéronme á decirle: «Deseo saber, señor conde, cuál es la opinion de usted sobre el Papa.»—«¿Me pregunta usted eso? contestóme rápidamente y en alta voz. Por el Papa me dejo yo matar, añadió. Me dejaria hacer trizas por él, no solamente como papa, sino como simple particular.» Admirable respuesta, salida directamente del alma, que me proporcionó un verdadero placer, que honra



Portador de la tiara.

grandemente al que la dió, y que mis lectores leerán sin duda con vivísima satisfaccion.

El conde de San Luis habia experimentado por la mañana la inefable de conferenciar largamente con Pio IX. Refiriónos algunas de las cosas que le habia dicho el Padre Santo. Mi memoria recuerda la siguiente, que me resuelvo á referir porque acredita la bondad del Papa y la sin igual aficion que á los niños tiene. ¡Cuántas veces habrá repetido con la boca y sobre todo con el corazon aquellas frases encantadoras de Jesus: «Dejad en paz á los niños, y no les impidais que vengan á mí: porque de los que son como ellos es el reino de los cielos.»

Su Santidad le habia dicho en sustancia: «Estoy bien de salud, y puedo pasear con frecuencia. Salí ayer, y pasé por delante de la embajada. Y por cierto que la niña pequeña de usted estaba detrás de unos cristales.»

Estas palabras alegraron naturalmente al padre, y quizás le enternecieron. Es de advertir que sólo una vez habia llevado á sus hijos á la presencia de Su Santidad, que los deseaba ver y bendecir.

Extraño es por consecuencia que conociese á la niña. Más extraño áun que hablara de ella, no obstante sus ocupaciones inmensas y abrumadoras.

Ignoro si alguno calificará de insignificante lo que

acabo de referir. Yo creo, que tiene bastante importancia, y sobre todo que demuestra lo que dije más arriba.

Por estas acciones de leve monta, familiares por decirlo así, son los hombres conocidos: para realizar las públicas y solemnes, se colocan con frecuencia la máscara.

Es obvio por lo demás que estas últimas palabras no se pueden aplicar á los papas, bajo ningun concepto. Los representantes de Jesucristo se presentan, se han presentado y se presentarán siempre con la cara noblemente descubierta.

Al salir de la embajada ví algunos edificios iluminados. Y supe luego se iluminaron todos los públicos,



Ilustrísimo señor don Pedro María Cubero y Lopez de Padilla, obispo de Orihuela.

sin excluir el Vaticano para conmemorar el aniversario de la coronacion de Pio IX. En él se habian celebrado tambien vísperas á causa de la próxima fiesta del Santísimo Sacramento.

En varias iglesias se comenzó en ese dia la novena preparatoria para la festividad á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo consagrada.

XI.

Habia llegado el dia en que la Iglesia conmemora la institucion de la Eucaristía inefable. Al caer de una tarde, púsose Jesus á la mesa con sus doce discípulos. La tradicion asegura que el cenáculo ocupaba el mismo lugar donde permaneció el Arca 40 años en la época de David y Salomon.

Hé aquí lo que la Sagrada Escritura dice á propósito de dicha institucion: «Ántes del dia de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesus que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, se levantó de la cena, y se quitó sus vestiduras; y tomando una toalla, se la ciñó. Echó despues agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los piés de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.»

Los Apóstoles no comprendieron la significacion

mística de lo que hacia el Redentor, pero se dejaron lavar por Él. Ignoraban que el lavatorio aludia sin duda de ningun linaje á la purificacion espiritual indispensable para recibir los Santos Sacramentos. Como no habia descendido sobre ellos aun el Espíritu Santo, distinguíanse todavía por su rudeza y por su ignorancia.

Únicamente Pedro se atrevió á decir: «Señor, ¿tú me lavas á mí los pies?» Jesus le contestó: «Lo que Yo hago, tú no lo sabes ahora, pero lo sabrás despues». Replicó sin embargo el Príncipe de los Apóstoles: «No me lavarás los piés jamás;» y el Redentor respondióle: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.» Entónces el ex-pescador de Galilea exclama con la impetuosidad que le distinguia: «Señor, no solamente mis piés, mas las manos y la cabeza.»

A poco sentóse de nuevo á la mesa y les dijo: «¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor: y bien decís, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como Yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais... En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor: ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Si esto sabeis, bienaventurados sereis si lo hiciéreis».

Díjoles tambien: «Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua ántes que padezca. Porque os digo que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.»

«Miéntras estaban cenando, tomó Jesus el pan, y le bendijo, partió, y dióscle á los discípulos, diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo.»

«Y tomando el cáliz dió gracias, *le bendijo*, y dióselc, diciendo: Bebed todos de él.»

«Porque ésta es mi sangre *que será el sello* del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remision de los pecados.»

«Yo os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid, hasta el dia en que beba con vosotros *de el* nuevo *cáliz de delicias* en el reino de mi Padre.»

Y dicho el himno *de accion de gracias*, salieron hácia el monte de los Olivos. En gracia de la brevedad prescindo de todos los puntos que pudiera tocar, y de todos los juicios que pudiera emitir á propósito de la indicada estupenda institucion. Permítaseme con todo consignar relativamente á ella tres ó cuatro líneas.

A Jesucristo no le pareció suficiente haber resuelto desde la eternidad con su Padre celestial la redencion del humano linaje... No le pareció suficiente haber permanecido nueve meses con tal propósito en el seno de una Vírgen, ni haber llevado una vida oscura durante treinta años, en los que encubrió casi siempre su divinidad, ni haber emprendido en sus últimos la tarea de predicar el Evangelio, ni haber logrado por esta razon toda clase de persecuciones, de diatribas, de insultos y de calumnias, ni haber sufrido en fin tormentos horrorosos, coronados con una muerte afrentosa.

Ántes de que Judas le pusiese por treinta dineros en manos de sus enemigos, determinó nuestro adorable Redentor dar á los hombres una prueba del inaudito amor que les profesaba, é instituyó el sacramento de la Eucaristía. En adelante todo sacerdote dignamente ordenado podria realizar el prodigio de la consagracion, pronunciando las palabras sacramentales.

Dios y sólo Dios pudo llevar su amor á tal extremo. Jesus sabia perfectamente que la institucion de la Eucaristía no era indispensable para redimir á los hombres, si quiera lo fuese hasta cierto punto para que no descendieran de las alturas sublimes á que llegan por la gracia. Ni tampoco se le ocultaba que algunos sacerdotes no serian dignos de consagrar y tener en sus manos su cuerpo santísimo; que muchos fieles se acercarian á la Mesa sagrada sin la preparacion y el fervor indispensables; ni en fin, que innumerables cristianos tendrian en poco el augusto Sacramento. A pesar de las faltas de los primeros, de la tibieza de los segundos, y de la indiferencia de los terceros, resolvió quedarse real pero sacramentalmente en el mundo hasta la consumacion de los siglos. ¡Oh! En la Biblia consta que Dios se arrepintió de haber creado á los hombres, porque «toda carne habia corrompido su camino.» ¿Es aventurado suponer, que se hubiera tambien arrepentido, á sernos dable medir por las escaseces del humano amor el de nuestro amante Jesus, de haber llevado el amor que nos profesa al punto que supone la institucion de la Eucaristía? ¡Qué de irreverencias y profanaciones! ¡Cuántos desvíos, por no decir desprecios!

No hay ceguedad, no hay locura que se puedan poner en parangon con la locura y la ceguedad de los católicos aludidos. ¡Ah! Si en castigo de sus pecados y de sus prevaricaciones no tuvieran completamente perturbada y oscurecida su inteligencia, sabrian que no hay dicha comparable con la de recibir á Jesus sacramentado; que gracias á la comunion frecuente, los hijos de la Iglesia gozan, ya en el mundo, algo de la felicidad perdurable que tienen preparada en el otro, y andan por un camino sembrado de flores; que el Redentor merece sin duda toda nuestra gratitud; y en fin, dando al olvido todo lo demás, que hasta por conveniencia personal, debieran los hijos de la Iglesia aprovecharse de los be-

neficios y favores que á manos llenas derrama sobre los que le reciben en su pecho.

Dieron las ocho de la mañana, y el augusto representante de Jesucristo trasladóse desde sus habitaciones á la capilla Sixtina, donde celebró el sacrificio santo. No bien hubo terminado éste, comenzó la procesion.

Lo confieso con toda ingenuidad. Tengo que describirla, y conozco que las fuerzas me faltan. Conduélome mucho de no tener á la vista alguna descripcion bosquejada por cualquiera de los reyes de la pluma; que á tenerla, limitárame á trascribirla, saliendo así del compromiso.

Es necesario hacer un esfuerzo.

Dije ya, y repito ahora, que la ciudad de Dios se ha distinguido siempre por sus fiestas. Mas, ¡qué distancia entre las producidas por el Catolicismo, y las correspondientes á los tiempos paganos! ¿Tendré que recordar los combates de los gladiadores, las impúdicas ceremonias consagradas singularmente á Vénus, las báquicas Saturnales de la decadencia, y las demás con que algunos autores han procurado poner de realce lo menguado de toda civilizacion que no se funda en Jesucristo?

Háse procurado explicar la indicada aficion á las fiestas, diciéndose á tal propósito que se deben al clima, y á las condiciones de los habitantes de la célebre ciudad fundada un dia sobre siete colinas. Sea de ello lo que fuere, es indudable que si Lóndres se puede considerar como el emporio del comercio, y París como el del lujo y de los placeres materiales, Roma se distingue y se ha distinguido siempre por los regocijos, que cierto autor calificó de clásicos, expansivos y populares.

Hace algunos siglos que las fiestas de la santa ciudad son principalmente religiosas. Cierto que las de Carnaval llevan á ella una concurrencia extraordinaria; mas tambien lo es que no pueden bajo ningun concepto compararse con las que se celebran durante la Semana Santa, y en el dia á que las presentes observaciones se refieren. Y nadie podrá negar que son las únicas verdaderamente dignas de un católico. En ellas disfrutan los sentidos, pero disfruta de un modo especial el espíritu, que se eleva á la consideracion de Dios á quien se dedican.

Lo que dije ya otro dia refiriéndome á la magnífica procesion del Corpus lo repito ahora. Al tomar la pluma experimento dos sensaciones contrarias. Una de placer, que se debe al magnífico espectáculo que la coloca en mi mano, y otra de dolor motivada por mi conviccion íntima y profunda de que es imponderable ó indescriptible. Así lo declaran los escritores de privilegiado talento y de viva imaginacion: con mayoría de razon lo repito yo, que si bien debo á Dios favores que grandemente me obligan y abruman, carezco de las facultades superiores que son precisas para corresponder de algun modo á la grandeza sobrehumana del asunto. ¡Qué espectáculo! Dudo que darse pueda otro tan agradable, ni tan ostentoso, ni tan sublime, ni que satisfaga en fin tan completamente al corazon, á la inteligencia y á los sentidos.

La colosal y hermosa plaza de San Pedro presentaba un admirable golpe de vista. Su grandiosidad, el sol que la inundaba espléndidamente de luz; los colores de los vestidos de mil clases de la muchedumbre entusiasta que se habia en ella colocado; los imponentes y severos edificios que á su alrededor se levantan; los adornos que la embellecian; la rica y vistosa tribuna dedicada al rey de Nápoles que realzó con su presencia la religiosa funcion, así como la reina viuda, los príncipes y princesas de su familia, doña Isabel María, infanta de Portugal y el cuerpo diplomático, los perfumes exhalados por las hojas esparcidas en el lugar de la carrera; el sonoro ruido de las campanas; el estampido del cañon que anuncia desde el famoso castillo de *Sant-Angelo* el momento en que sale Su Santidad de la capilla Sixtina; ese *quid divinum* para sentido no para explicado, que distingue y caracteriza en Roma de una manera especial los actos y ceremonias del Catolicismo, formaban un cuadro verdaderamente magnífico, pomposo, superior á todo encarecimiento.

En mi sentir, su majestad y su grandeza debiéronse principalmente á una circunstancia que importa poner de manifiesto. Así como la procesion representa todos los años, y ha representado principalmente en el actual, á la Iglesia docente, el gentío inmenso apiñado en la gran columnata que circunda la plaza, representa de ordinario, y representó de una manera singular en el dia memorable á que me refiero, á la Iglesia creyente. Ese gentío hablaba todas las lenguas, vestia todos los trajes, llevaba impresas las señales de todas las razas, procedia de todas las partes del mundo, demostraba en fin que el Evangelio, en virtud de santas promesas y de consoladoras profecías, ha llegado á todos los paises que alumbra el sol, que baña el mar, que cubre la esfera celeste con su espléndido manto.

No habian comenzado aun las fiestas del Centenar, mas puede asegurarse que la grandiosidad y magnificencia de la procesion en que me ocupo, débense á ellas de una manera especial. Lo reconocerá sin que sea indispensable decir más, quien lea hasta su terminacion el presente capítulo.

La procesion salió de la capilla mencionada, donde ordinariamente celebra el Padre comun de los fieles, y recorrió las dos grandiosas columnatas que circundan la plaza de San Pedro, las dos galerías por las

que se unen á la incomparable Basílica, y los tres lados de la plaza *Rusticucci*.

Abrian la marcha los gastadores. A seguida dos hileras de tambores, una compañía de soldados y otra de gendarmes.

Proporciona la vista de los soldados pontificios una sorpresa sumamente agradable. La proporciona sobre todo á los que han creido ciertas ó por lo ménos fundadas las falsedades sostenidas contra los mismos. La proporciona especialmente si han contemplado los de Víctor Manuel.

Venian despues:

1.° Los niños huérfanos con su estandarte de raso.

2.° El clero regular. Cada una de las comunidades llevaba su insignia.

3.° Los Religiosos de la Órden Tercera.

4.° Los Agustinos descalzos.

5.° Los Capuchinos.

6.° Los Jerónimos.

7.° Los Mínimos.

8.° Los Religiosos de San Francisco.

9.° Los Menores conventuales.

10. Los Menores reformados.

11. Los Agustinos.

12. Los Carmelitas calzados.

13. Los Servitas.

14. Los Dominicos.

Faltaba la Compañía de Jesus. Está dispensada por un privilegio especial de concurrir á ella.

La contemplacion de los numerosos representantes de las Órdenes religiosas, me alegró grandemente. ¿Podia no ser así, perteneciendo como pertenecen á esos formidables ejércitos, nacidos y desarrollados al calor y á la sombra de la Iglesia, cuyas páginas más elocuentes y gloriosas han escrito? ¿Podia no ser así, viéndolas protegidas y consideradas en Roma como se merecen, por los servicios sobre todo encarecimiento grandes que han prestado y siguen prestando á la pobre humanidad? ¿Podia no ser así, recordando las persecuciones horribles que contra ellas han dirigido en varias naciones europeas gentes sin Dios, sin ley, sin conciencia? ¿Podia no ser así, trayendo como traian á mi memoria tiempos más bonancibles y dichosos, en los cuales la Religion y la Patria vivian en admirable concierto, y marchaban hácia un fin comun?

Sobre lo dicho, sus hábitos diferentes producian un efecto excelente. Las túnicas de color marron de los pertenecientes á la Órden Tercera y de los Capuchinos, formaban contraste con las negras de los Agustinos, de los Mínimos, de los Franciscanos, de los Menores conventuales, y de los Servitas; así como las rubio-moradas de los Menores reformados, y las de color de café de los Jerónimos, lo formaban con las blancas de los Carmelitas y de los Dominicos.

Iguales ó parecidas diferencias se observaban en las capuchas, en el calzado, en el pelo y en el ceñidor. Así, por ejemplo, las capuchas de los Franciscanos eran negras, y blancas las de los Carmelitas. Iban descalzos muchos Agustinos, y llevaban sandalias los de la Órden Tercera. El cerquillo caido hácia atrás de los Menores reformados se diferenciaba grandemente de la corona inclinada de los Dominicanos, y de la plana de los Agustinos. Ceñian cuerda los Capuchinos y los Menores reformados, cordon de lana azul los religiosos de la Órden Tercera, correa de cuero negro los Agustinos, cordon blanco los Menores conventuales, y correa con los siete Dolores de María los Servitas. Distinguíanse en fin singularmente los Jerónimos por su magnífico estandarte, por su escapulario color de lana los Carmelitas calzados, por su capa negra los Siervos de María, y por su muceta del propio color los Padres Predicadores.

El conjunto era bello, agradable y vistoso.

Tras el clero regular, venian las Órdenes monásticas, precedidas cada una por la cruz y dos acólitos. Pasaban por el órden siguiente:

1.° Los Olivetanos con cogulla y túnica blanca. Juntamente con ellos iban los Camaldulenses.

2.° Los Cistercienses, con sotana de color blanco, cogulla negra y capuchon puntiagudo.

3.° Los Benedictinos del Monte Casino, que se distinguian por su cogulla negra, por su capuchon redondo, y por su manto que les cubria desde la cabeza hasta los piés. Con ellos iban sus discípulos.

Y 4.° Los Canónigos regulares lateranenses del Santísimo Salvador, con sotana blanca, cota y roquete con mangas. Con ellos iban los individuos del colegio de San Pedro Advíncula, entre los cuales distinguíase el célebre niño Mortara. ¡Jóven afortunado que, no obstante profesar sus padres la religion judáica, tuvo la dicha de ser regenerado y enaltecido por la Iglesia de Dios! Dicha que debe á una humilde criada católica que tuvo compasion de su alma, y quiso abrirle las puertas del cielo. Dicha que debe tambien al más amado de los Pontífices, que supo resistir con santa insistencia las maquinaciones de todo linaje dispuestas por los fariseos del siglo actual, á fin de que desatendiera sus deberes.

Seguia el clero secular. Los vestidos pobres y groseros de los frailes, eran ya reemplazados por otros mejores, preludio, por decirlo asi, de los costosos, riquísimos, casi deslumbradores, que vendrian despues.

Abria la marcha del clero mencionado la cruz, entre dos acólitos, y dos sacerdotes con pluvial blanco que cantaban las oraciones. Venian despues:

Los profesores y alumnos del Seminario Pontificio,

los párrocos de las 54 parroquias de la eterna ciudad, con riquísimos roquetes y blancas estolas. Llevaban los regulares sus propios hábitos. Veremos pronto que hacen lo mismo los Príncipes de la Iglesia.

A continuacion pasaron los canónigos y beneficiados de las colegiatas por este órden :

Los de San Jerónimo de la Esclavonia.
Los de Santa Anastasia.
Los de los Santos Celso y Juliano *ai banchi*.
Los del Santo Ángel *in Pescheria*.
Los de San Eustaquio.
Los de Santa María *in Via lata*.
Los de San Nicolás *in Carcere*.



Grupo de la antigua comitiva de san Juan de Letran.

Los de San Márcos.
Los de Santa María *ad Martyres*.

Iba despues de todos los referidos el camarlengo del clero.

Despues del clero secular las *Basílicas menores*, cada una de las cuales llevaba el órden siguiente :

Iba primeramente la campana, y tras ella un gran pabellon. Luego la cruz, la capilla de música despues, y por fin la comunidad.

Hé aquí sus nombres:

1.° Santa María de *Regina cœli*, ó del Monte Santo.
2.° Santa María *in Cosmedin*.
3.° San Lorenzo *in Damaso*.
4.° Santa María *in Trastevere*.

A seguida los capítulos de las mayores ó patriarcales Santa María la Mayor, San Pedro del Vaticano y San Juan de Letran. La segunda llevaba su Seminario, y la tercera, madre de todas las iglesias, á virtud de un privilegio singular, dos campanarios, dos pabellones y dos cruces.

Cerraba este cuadro magnífico el vicegerente de la ciudad inmortal, á quien iban presentando las armas las tropas distribuidas por la carrera.

A continuacion algunos camareros y capellanes privados, con sotana de color violeta, llevando preciosas tiaras y mitras. El coste de una de aquellas fué poco más ó ménos de 1.000,000 de reales: el de otra, regalo de España, de 30,000 duros. Otra de mucho ménos valor fué regalada por la guardia palatina al Pontífice reinante.

Continuaban :

La capilla pontificia.

Los procuradores del Colegio vestidos de seda negra, y acompañados de un maestro de ceremonias, con sotana morada y exquisito roquete, que está encargado de dirigir la procesion. Al lado de aquéllos, iban suizos con su correspondiente coraza, yelmo y alabarda.

El Predicador apostólico.

El Confesor de Su Santidad.

Los Procuradores generales de las Órdenes religiosas, monásticas y mendicantes, con hachas encendidas.

Los voceros con sotana morada de seda, y capuchon encarnado.

Dos ugieres pontificios, con toca morada y maza de plata.

Los camareros del papa, que van vestidos como sus capellanes.

El Abogado procurador del fisco.

El comisario general de la Cámara apostólica.

Los abogados consistoriales.

Los cantores de la capilla pontificia, con sotana morada y roquete. Llamaban singularmente la atencion, por una especie de muceta de pieles finísimas que colgaba de su brazo izquierdo.

Los prelados da la Abreviatura.

Los votantes de la Signatura y de Cámara.

Los auditores de la Rota, entre los cuales iba nuestro compatriota monseñor Ávila.

El padre maestro del sacro palacio.

Los capellanes del papa, con las insignias pontificales. Uno lleva una mitra, con la cual dáse clarísimamente á entender que el Padre Santo es el obispo de Roma. Lleva otro una tiara, que significa es además el Vicario de Jesucristo, el supremo jerarca, el jefe de la Iglesia universal. Data dicha tiara del pontificado de Gregorio XVI, y es la que usa generalmente Su Santidad.

El maestro del Hospicio. Lleva traje negro, y al lado espada y hacha.

Un votante de la Signatura apostólica, con el incensario encendido.

Un subdiácono apostólico, con sotana morada, roquete y dalmática de color blanco. Llevaba la cruz pontificia, entre siete votantes, con sus candeleros.

Dos ugieres denominados á *virga rubea*, por la verga colorada que llevan.

Los penitenciarios de San Pedro del Vaticano, con alba y casulla blanca, precedidos de dos sacerdotes con sotana morada.

Los abades mitrados.

El comendador del Santo Espíritu.

Comenzaron despues á desfilar los señores Obispos, Arzobispos, Primados y Patriarcas. Lo que pudiera yo decir para encarecer lo grande y bello del espectáculo, lo suplirá el buen juicio de mis lectores. La sencillez del traje que llevaban por punto general, y singularmente de la mitra de blanco lino, el lujo asiático de los orientales, correspondientes á paises muy diversos y muy remotos; las barbas blanquísimas de los unos que contrastaban con el bigote negro de los otros; los sacerdotes que asistian á varios; la majestuosa gravedad con que andaban; la satisfaccion que se veia dibujada en su semblante; la consideracion de los sacrificios que muchos habian hecho con el fin de acudir á Roma; el recuerdo de los servicios relevantes que habian prestado á la Iglesia Santa, todo contribuia poderosamente á que fuera el conjunto por mil conceptos admirable y sublime.

Iban de dos en dos, recitando las preces de la Iglesia. Llevaban escondido el pectoral, que indica su jurisdiccion, porque sólo el papa tiénela en Roma. Inútil es añadir que concurrieron á la procesion los prelados españoles, ni tampoco que la realzaron de una manera extraordinaria.

Venian despues:

Dos guardias suizas.

Los príncipes de la Iglesia romana, que se distinguian por su noble lujo y ufana grandeza. Su traje de púrpura, les recuerda de continuo la obligacion que tienen de dar hasta la última gota de su sangre, si el bien de la Iglesia lo exige. Los cardenales diáconos llevaban dalmática, los presbíteros casulla, y capa pluvial los obispos. Su mitra era de damasco.

Entre los primeros iba el célebre cardenal Antonelli, ministro de Estado.

Los pertenecientes á las Órdenes religiosas llevaban aun el hábito de la suya.

Iban tras el sacro colegio:

Los conservadores y el senador de Roma. Distinguíanse por sus togas de seda de oro, forradas de seda encarnada.

El gobernador de la santa ciudad, vicecamarlengo de la Iglesia, con sotana, roquete y capa morada.

A su derecha iba el príncipe Colonna, uno de los nobles más eminentes de Roma.

Los cardenales asistentes que alternan en ciertos actos con el de Orsini.

El prefecto de ceremonias apostólicas con sotana morada, roquete y cota, acompañado de otro tambien maestro de ceremonias.

El Estado mayor de la guardia noble, y el de la suiza, de gran uniforme.

Pasó luego el grupo en que iba el Padre comun de los fieles sobre la silla gestatoria y bajo el palio, llevando con majestad sobrehumana, con dulzura incomparable é indescriptible devocion el Santísimo Sacramento. ¡Ah! Prescindo por un momento de cuanto lo constituia para fijarme sólo en el anciano

que rige los destinos del mundo católico. Prescindo por un instante de cuanto en aquel deslumbra, fascina y arroba, para únicamente decir que tuve la dicha inefable de conocer á Pio IX, al más amado de los Pontífices, al jefe visible de la Iglesia, al depositario de santas verdades y de promesas divinas, al representante de Jesucristo en la tierra. . . .

. . . .

No se aguarde por ahora un retrato del Papa. La primera vez que un católico ferviente le ve, sufre una conmocion inexplicable, y queda, por decirlo así, completamente abstraido. Se olvida de cuanto le rodea, llénanse de lágrimas sus ojos, cae maquinalmente de rodillas y eleva un himno de gratitud al que todo lo dirige desde las mansiones celestiales. La asistencia divina se conoce, se siente, y añadirse pudiera que se palpa.

El Padre comun de los fieles iba sobre unas andas sostenidas por ocho sediarios, riquísimamente vestidos. Sus trajes de seda carmesí: de escarlata sus capitas. A uno y otro lado de Su Santidad, dos vistosos abanicos de grandes plumas, llevados por camareros secretos.

Hubiérase dicho que el Pontífice-Rey llevaba de rodillas á Jesus Sacramentado. No era empero así. El pié del viril descansaba sobre una mesita cubierta de damasco. La gran capa pluvial de Su Santidad lo cubria todo, y el efecto era inmejorable.

Pio IX iba con la cabeza un poco inclinada y en actitud de orar. De cuando en cuando levantaba sus ojos al cielo con una expresion imposible de pintar ó describir.

Llevaban el palio doce palafreneros.

Iban tambien, formando parte del grupo referido:

Doce guardias nobles del Papa, de gran uniforme.

Cuatro voceros con su traje propio.

El capitan de la guardia noble.

Veinte sediarios.

El teniente comandante de la guardia palatina.

Los maceros pontificios.

Guardias suizos.

Detrás de Pio IX:

El decano de la Rota, que tambien llevaba una mitra del Papa: iba entre dos camareros secretos.

Ocho cantores pontificios, que cantaban el *Lauda Sion*.

El auditor de la reverenda Cámara apostólica.

El tesorero.

El mayordomo.

Los protonotarios apostólicos.

Los generales de las Órdenes religiosas. Tampoco iba, por lo manifestado anteriormente, el de los Jesuitas.

Los prelados refrendarios de la Signatura apostólica.

Iba por fin la guardia noble, la guardia palatina, la tropa pontificia, los dragones, los gendarmes á caballo, y destacamentos de los cuerpos de infantería que guarnecen á Roma. Distinguíase grandemente la guardia noble por sus lujosos uniformes, por la gentileza y apostura de sus individuos, propia casi exclusivamente de los mecidos en aristocrática cuna, y en fin, por los soberbios caballos que montaban. Sirven sólo en la Cámara de Su Santidad.

A las once y media entró la procesion en la soberbia Basílica, donde habia más de treinta mil fieles. En ella dijo el Papa la oracion de rúbrica con esa voz fuerte, clara y armoniosa, que tanto admira y embelesa; dió la bendicion con el Santísimo Sacramento á la muchedumbre allí congregada, y dirigióse luego á sus habitaciones con marcha firme y segura, manifestando en su rostro trasfigurado por la gracia una satisfaccion imponderable.

No me lisonjeo con la seguridad ni con la esperanza de haber descrito medianamente siquiera la procesion del *Corpus Christi*. Indiqué ya, y digo resueltamente ahora, que hay en ella muchas cosas que se escapan al pincel del artista, y á la pluma del amante de las letras. El que pueda venir á Roma, debe hacerlo áun á costa de grandes sacrificios, y quedará de seguro deslumbrado.

No terminaré las presentes líneas, sin comparar la procesion referida con todas las de nuestra córte, y sin añadir que debe procurarse por todos los medios posibles realzarlas y engrandecerlas. Las que se verifican en Barcelona, Sevilla, Zaragoza y en otras ciudades, algunas de importancia escasísima, aventajan y vencen á las de la capital de la monarquía. ¡Qué idea formará de la religiosidad de nuestro pais, quien la deduzca de las indicadas procesiones! ¿No es esto una mengua?

No se me esconde que las autoridades civiles no tienen toda la culpa de lo que ocurre. Conozco se debe en parte á la circunstancia de no ser Madrid la capital, que llamar puedo eclesiástica. En Toledo, por las razones poderosísimas que no me incumbe referir, está la Sede arzobispal y primada de nuestro pais.

¿Quiere decir esto que no se pueda inculpar á las mencionadas autoridades? No ciertamente. Las procesiones, por motivos de bondad más que problemática, son dirigidas por ellas. De poco sirve por lo tanto que las eclesiásticas procuren su magnificencia, y de poco serviria que lo procurasen todavía con mayor empeño, si aquéllas miran este asunto con cierto desden ó indiferencia. Desden ó indiferencia lamentables, porque la Religion pierde más que gana á consecuencia de las referidas procesiones, porque

debilitan la fe desgraciadamente harto amortiguada de muchos; porque disminuirian la de los católicos más fervientes, si no tuviera raices divinas muy profundas; y en fin, porque no puede mirarse como de leve monta nada de lo tocante á la Iglesia de Dios, aunque á la disciplina se refiera.

Aunque á la disciplina se refiera, vuelvo á repetir. No se puede conceder poca importancia á lo que



Penitentes que suben la escalera santa.

tiene por objeto mantener ó avivar la fe de los católicos, y llevarlos fácilmente á su destino inmortal. No podria desaparecer sin peligros, como pretenden los protestantes, los incrédulos y los exagerados jurisconsultos regalistas, todos los cuales, si bien se considera, combaten de un modo indirecto lo relativo al dogma y á las costumbres, que reconocen corresponder absolutamente á la Iglesia. ¿Quién no vé en muchas cosas referentes á la disciplina eclesiástica, otras tantas manifestaciones externas de la fe interior que arde con inextinguible llama en el corazon de los fieles?

Es verdad que la Religion se dirige al espíritu, mas tambien lo es que para conseguir el fin altísimo que se propone, necesita valerse de medios exteriores, y aprovecharse de nuestros sentidos materiales. Tambien necesitamos vivir en la tierra para llegar al cielo.

Algunos soñadores prescinden del mundo real en que vivimos, y sólo se fijan en el puramente ilusorio que se han forjado con su imaginacion calenturienta. Con fundamento ha podido decírseles que sus leyes no están destinadas á regir un coro de ángeles, y que venir manifestando sorpresa por tropezar con hombres de carne y hueso, equivale á reconocer que prescindieron completamente de la pobre naturaleza humana.

Permítaseme añadir algun ejemplo. Dios lo llena



El Papa sobre la silla gestatoria.

todo por su inmensidad. Podemos ensalzarle por consecuencia desde el rincon más apartado de nuestras casas. ¡Con cuánta mayor devocion y recogimiento le dirigimos, sin embargo, preces y oraciones en su propia casa, y sobre todo, en una de esas festividades en que la Religion de Jesucristo se ostenta con gran pompa, desusada majestad y sublime magnificencia! Cualquiera puede ver con los ojos del espíritu á Dios crucificado, y darle gracias por la obra inefable de la Redencion, mas, ¿puede negarse que por punto general se reconcentran más y meditan mejor los católicos, ante un cuadro magnífico que represente aquel dulcísimo misterio?

No se puede poner en duda que ejercen una influencia extraordinaria en nosotros las cosas materiales, áun tratándose de objetos relacionados íntima y profundamente con lo que más nos aparta del mundo actual, acercándonos á la Divinidad. No so-

mos de seguro tau carnales como los judíos; pero distamos muchísimo de ser tau espirituales como nuestra Religion sublime. ¡Es tan difícil prescindir de lo que vemos continuamente junto á nosotros, y de lo que tiene como en prision á nuestra alma! ¡Cuesta tanto elevarse desde la tierra á las encumbradas regiones de lo inmortal y de lo infinito!

Por esto sin duda Dios, que no exige de los hombres sino lo que pueden hacer, y que guarda el ideal de la perfeccion para los justos, para sus escogidos, para los predestinados, dejó en su Iglesia cosas materiales á fin de que con ellas pudiéramos realizar más fácilmente nuestro glorioso destino. A ellas pertenecen, v. gr. las sensibles y exteriores que constituyen y acompañan á los sacramentos, como tambien muchas costumbres y ceremonias eclesiásticas.

En defecto de ellos, segun opinion bastante comun, hubiera suscitado, segun todas las probabilidades, hombres con la mision de enaltecernos las hechuras maravillosas de sus manos, y recordarnos el riguroso deber que tenemos de magnificarle y engrandecerle. Es sabido que sin abundar en lo superfluo, no falta tampoco en lo necesario.

Los que no hau estado en Madrid ni tampoco en las ciudades que aventajan y superan á la villa coronada en funciones religiosas, extrañarán lo que acabo de manifestar. No lo extrañarán los que han como yo vivido durante muchos años en alguna de las poblaciones mencionadas, y viven en la capital de la monarquía, porque saben que los hechos á que aluden las precedentes consideraciones son más que tristes y deplorables.

Alimento por lo demás fundadamente la esperanza, de que los indicados males tendrán pronto término feliz. Y no añado que tengo la seguridad de que así sucederá, para que no me llamen algunos visionario. *Intelligenti pauca.*

No debo continuar sin decir dos palabras del reverendo padre maestro Martin, general de los Trinitarios, á quien tuve tambien el gusto de conocer.

En otra ocasion escribí las siguientes líneas:

«Terminada la guerra civil por los medios que no necesitamos recordar, los defensores de don Cárlos, que no habian heróicamente perecido en los campos de batalla, marcháronse á comer el amargo pan de la emigracion, ó permanecieron en España, donde pasaron una vida llena de privaciones, sufrimientos é infortunios. Habíanse portado como buenos, como dignos descendientes de aquellos españoles que describe el historiador Strabon, diciendo, entre otras cosas, que eran parcos, y pródigos de su sangre; que preferian la muerte á la deshonra; que vivian aislados en sus distintas regiones; que eran celosos de su independencia, y que defendian valerosamente su territorio. Habian realizado su mision, y envainando su espada terrible, se ciñeron á llenar cumplidamente sus deberes, y á difundir en la medida de sus fuerzas, los principios cuyo triunfo vanamente procuraron. No queremos desaprovechar la excelente ocasion que se nos presenta de rendir un homenaje de respetuosa gratitud á esos héroes tantas veces ensalzados por los mismos liberales; á esos héroes en quienes compiten y corren parejas el denuedo, la honradez, el patriotismo, el honor, la virtud, la constancia y la paciencia; á esos héroes, cuyo buen sentido admirable hízoles comprender que en la guerra civil se ventiló, á par de la personal, una cuestion de ideas y de doctrinas; á esos héroes que prefirieron la escasez, la miseria, la indiferencia, la persecucion, á pronunciar una palabra que les hubiera conducido á la cumbre de los honores, del bienestar, de la consideracion social; á esos héroes, cuya memoria veneranda no podrán olvidar nunca los monárquico-religiosos; á esos héroes por último, que serán ensalzados y enaltecidos, miéntras haya en la tierra inteligencias privilegiadas, y corazones bien templados.»

El general de los Trinitarios es uno de estos héroes. Gracias á sus ideas salvadoras, fué perseguido en España por hombres parecidos á los que tienen de continuo en los labios la palabra *tolerancia*. Por espacio de mucho tiempo, tuvo guardas de vista. Nada podia decir ni hacer, sin que seguidamente lo supieran sus adversarios políticos.

Héle oido contar más de una vez las indicadas persecuciones. Las contaba con la sonrisa en los labios, y sin hiel en el corazon. Las referia como refieren las suyas todos los demás, nacidos en este pais generoso é hidalgo entre los hidalgos y generosos, que profesan sus ideas y sentimientos. Ellos han perdido toda su fortuna; ellos han visto descender prematuramente al sepulcro á las personas más queridas; ellos han tenido que salir de su patria; ellos han sufrido lo que no puede ponderarse, y sin embargo no pronuncian ni una palabra contra sus enemigos.

¡Oh! les calumnian indignamente, y engañan indignamente á los demás, cuantos suponen ó aseguran que se hospedan en su pecho propósitos de venganza. A imitacion de los ictéricos, estos desventurados lo ven todo del color de su cara.

El padre Martin tuvo al fin precision de marchar al extranjero. Roma le ofreció asilo, y la esclarecida Órden Trinitaria le confió el generalato, que hoy dia acertadamente desempeña. No necesito decir más.—

Añadiré con todo, que la circunstancia de residir en Roma no ha disminuido su amor á su patria, sino que lo ha extraordinariamente aumentado; que rebosa de satisfaccion hablando con alguno de sus compatricios; que pide con gran interés noticias

de los que más han trabajado en favor de la buena causa; que deplora profundamente los males y desgracias que afligen y conturban á nuestra patria; que se desvive por complacer á cuantos sabedores de su amabilidad y reputacion le piden alguna cosa; que por el deseo de complacerles y servirles, se olvida, en fin, de una enfermedad con que le prueba Dios hace bastante tiempo.

Despues de lo dicho, no extrañarán mis lectores que me favoreciese y honrase con la más afectuosa y cordial acogida. Distinguió al amigo de los españoles á quienes profesa la mayor estimacion, al pobre soldado de la legion monárquico-religiosa, única que puede sacar á nuestra patria del abismo, y conducirla á puerto de salvacion por segura senda.

XII.

En el convento de los Trinitarios tuve el gusto de conocer al señor obispo de Orihuela. Terció en la cuestion suscitada en punto al mérito del sacerdocio francés, demostrando, aparte su talento, el amor que á la patria profesa, y el profundo conocimiento que tiene de las cosas y de los hombres.

Conozco el peligro que hay en dilucidar este punto: procuraré tratarlo por consecuencia con extraordinaria circunspeccion. Nada diria si no conviniese saber donde están los mejores adalides de la Iglesia, y sino tropezase con españoles que deprimen de continuo á sus compatriotas, ensalzando hiperbólicamente á los extranjeros.

Me apresuro á borrar esta última palabra. Ante la Religion católica, apostólica, romana, todos son hermanos. La Iglesia vino á establecer la gran familia cristiana, donde caben todos los descendientes de Adan, y á difundir la hermosa clarísima luz del Evangelio en todos los ámbitos del mundo.

Queda en pié sin embargo la propuesta dificultad. No hay extranjeros en la Iglesia de Dios, mas ¿cuáles son sus hijos mejores? ¿Cuáles sus sacerdotes más dignos de alabanza?

Para mí no hay duda. Incontestablemente los españoles. ¡Oh! Entiéndase bien. Lo digo, no para evidenciar que arde en mi corazon con llama inextinguible el fuego sagrado del patriotismo, ni para obtener los plácemes que se consiguen naturalmente hablando ó escribiendo ciertas cosas, ni para deprimir en fin á nuestros vecinos, que no deben asombrarse de la prevencion con que por punto general se les mira: lo digo única y exclusivamente por estar muy persuadido de que con efecto superan y aventajan á los franceses.

Demostrarse puede *a priori y a posteriori*. El clero español ha permanecido fiel á sus deberes en las épocas todas. Si no me detuviera el temor de fatigar á mis lectores, presentaria un resúmen de las herejías que han nacido y se han desarrollado en el campo de la Iglesia, como esas plantas venenosas que brotan en la tierra, se nutren con la sustancia de la misma, é impiden que prosperen las que dan la salud ó la vida. Apareceria hasta qué punto el clero español ha cultivado siempre con diligencia la viña del Señor, así como apareceria la diferencia, si á continuacion bosquejase lo que en Francia ha sucedido.

Dejando aparte los tiempos antiguos, así como los medios, en los cuales podria hablar de las herejías de Beranger, Roscelin, Abelardo, Bruis y Valdo, me ceñiré á breves indicaciones sobre los modernos. En el siglo XVI apareció el protestantismo. ¿Logró invadir y contaminar á España? Puede asegurarse que no, sin la menor exageracion. Verdad es que en el reinado de Felipe II hizo prosélitos, mas se condujo de una manera tan admirable el nunca bastantemente ponderado hijo del famoso emperador, que nuestro pais se vió muy pronto completamente libre de los nuevos heresiarcas.

España no se mostró afecta al protestantismo, ni dió personal á sus caudillos repugnantes, para que pudiesen continuar su obra de maldicion protegida por Satanás; mas sí dió á la Iglesia los hijos de Loyola, honra y prez de nuestra patria, que se consagraron preferentemente al exterminio de la nueva herejía, y defendieron con gran insistencia y perseverancia la incontrastable autoridad de los Pontífices.

¿Sucedió lo propio en el vecino imperio? De seguro que no. Permítaseme recordar algunos hechos que han olvidado muchos franceses, y lo que todavía es peor, no pocos españoles.

Nadie ignora que durante el reinado de Francisco I, penetraron en Francia varios discípulos de Lutero; que Calvino, á quien más adelante llamaron sus secuaces el *papa de Ginebra*, vino al mundo en un pueblo de la Picardía; que no satisfecho con profesar muchos errores del referido heresiarca resucitó los antiguos sobre la Misa, sobre el purgatorio, sobre el culto de los santos y de las imágenes, etc., combatiendo además la jerarquía eclesiástica, y proclamando el fatalismo; que la secta protestante tomó en aquel pais gran incremento, hasta el punto de convertirse en una especie de faccion política, gracias á lo cual hubieron de lamentarse conmociones violentas, matanzas horribles, y prolongadas guerras fratricidas; que el ejercicio de la nueva religion, falsa por consiguiente, fué más de una vez autorizado ó protegido; que Enrique IV publicó el famoso edicto de Nantes, á fin de conceder á sus correligionarios la libertad de conciencia; que Richelieu lo confirmó, léjos de revocarlo, limitándo-

se á perseguir á los que combatian con las armas en la mano; que las medidas más ó ménos justas, atinadas y prudentes de Luis XIV, cuyo talento y piedad no podrán nunca compararse con la piedad y el talento del gran Felipe II, fueron causa ó se tomaron por pretexto para enarbolar el estandarte de la rebelion en algunas provincias del Mediodía; que abolido el edicto y desterrados los sacerdotes calvinistas, les siguieron muchos franceses contaminados por la herejía; que Luis XVI les devolvió los derechos que habian perdido; que se consignó, para concluir, en la Carta francesa la libertad de cultos.

No quiero hablar del jansenismo, para no ser interminable. Y ciertamente que haciéndolo daria á mis observaciones fuerza grandísima.

Llegó el siglo decimoséptimo. A nuestra patria no se le antojó oponer clara ó embozadamente á la Iglesia romana la iglesia española. Y no se le antojó, como se ha dicho perfectamente, sin embargo de que ya en el VII sus obispos asombraron al mundo por su virtud y por su saber; sin embargo de que sus memorables asambleas formaron la magnífica coleccion de cánones que se menciona como un monumento que acredita nuestra incontestable superioridad sobre todos los paises restantes; sin embargo, en fin, de haber combatido durante 700 años á los fanáticos defensores del Coran, á quienes desalojó palmo por palmo de su territorio que indignamente profanaban. A pesar de todo ésto y de mucho más que añadir pudiera, no se le ocurrió pedir libertades, preeminencias ó privilegios exclusivos, ni sostener hábitos y tradiciones contrarias á las de las demás iglesias.

¿Puede decirse lo propio de Francia? Acude á la memoria de todos sin duda el galicanismo. Nuestros vecinos, fundándose principalmente en que en tiempo del sucesor de Pepino existia un canto y una misa galicana, pretendieron y lograron oponer á la Iglesia católica apostólica romana, la iglesia católica apostólica francesa. Iglesia que atronó al mundo con sus libertades y derechos; que quiso establecer relaciones excepcionales con la córte de Roma; que no reconoció siempre la supremacía del papa, como Vicario de Jesucristo; que sostuvo no pueden los sucesores de san Pedro disponer nada que afecte al gobierno civil, como tambien que si acordaban algo no habia obligacion de obedecerles; que combatió por consecuencia más ó ménos indirectamente la soberanía temporal de los romanos Pontífices; que dijo estaba limitado el poder de éstos por los cánones y decretos de algunos concilios; que publicó la tan famosa como lamentable declaracion leida por Bossuet, en 19 de Marzo de 1682; que fué causa, por último, de que Luis XIV mandase, no sólo registrarla en todos los Parlamentos, bailíos, facultades de Teología y Derecho, etc., sino tambien que se enseñara su doctrina en todas las universidades (á cuyo fin se nombró en cada una un profesor especial), y que no se dieran licencias á los que hubiesen dejado de sustentarla públicamente.

En el siglo XVIII suceden cosas parecidas. España continúa fiel á sus deberes religiosos. Ni remotamente sueña en atacar á la Iglesia en nombre de la filosofía. Sigue defendiendo lo que sus mayores defendieron, y abominando lo que abominaron.

¿Se puede afirmar lo propio de Francia? En el vecino imperio nace una raza de hombres pésimos que atacan villanamente á la Religion de Jesucristo con sofismas arteros, con chacotas indignas, con burlas sangrientas, con befas villanas. Yo puedo consignar á éste propósito el nombre de D'Alembert, hijo natural de Claudina Tencin y de un oficial de artillería, autor del discurso preliminar de la *Enciclopedia*, de la cual fué uno de los más activos colaboradores, é individuo de la Academia de Ciencias y de la francesa. Yo puedo consignar tambien el de Condillac, que sin embargo de tener un beneficio eclesiástico, no desempeñó nunca las funciones sacerdotales; á Condillac, jefe de la escuela sensualista del vecino imperio; á Condillac, que tambien perteneció á la Academia de Francia; á Condillac en fin, cuyos escritos pueden considerarse como la expresion científica del espíritu de su época. Yo puedo consignar asimismo el de Diderot, que concibió el proyecto de la *Enciclopedia*; de Diderot, que publicó varias novelas licenciosas; de Diderot, á quien recibió en su córte aquella famosa Catalina de Rusia, que tanto se distinguió por sus costumbres disolutas, que preparó un horrible complot, cuyo resultado fué el destronamiento y muerte de su esposo Pedro III, que dió un trono á Estanislao Poniatowski, que habia sido su amante, que desmembró poco despues á Polonia, de acuerdo con Prusia y Austria. Yo puedo consignar además el nombre de Rousseau, de cuyas relaciones criminales hice mérito en otra ocasion, de Rousseau, autor de *El Emilio*, del Contrato social y de otros libros igualmente perniciosos; de Rousseau, que declaróse enemigo de la Religion de Jesucristo, sin embargo de reconocer y casi confesar que habia descendido del cielo. Yo puedo consignar últimamente el nombre de Voltaire, que se dedicó á la difamacion; que fué decididamente amparado por Federico de Prusia, enemigo mortal de la Iglesia; que penetró en la Academia por las gestiones de madama de Pompadour; que tuvo que salir de la córte de dicho Rey á consecuencia de la envidia que le devoraba; que puede considerarse como el iniciador en Francia del moderno excepticismo; que se distinguió por su odio á nuestra Religion sacrosanta.

Dos palabras más ántes de pasar al siglo actual. A

fines del pasado, nada en nuestro pais acontece que lo deshonre, por la naturaleza de los hechos, y por las circunstancias de las personas que los realizan.

¿Se puede asegurar lo propio con referencia al imperio vecino? En los últimos años del siglo que precedió al actual, el infierno invade la Francia, y surge la Revolucion sobre todo encarecimiento aborrecible del 93. ¿Tendré precision de recordar las atrocidades, las abominaciones y los crímenes de todo linaje que sus autores cometieron? No sin duda, ni conviene á mi propósito. Lo que me cumple consignar, tomándolo como mucho de lo anterior de obras francesas, es que el abate Dumonchel, rector de la Universidad de París, se presentó en la barra de la



Emmo. señor don Miguel García Cuesta, cardenal arzobispo de Santiago.

Asamblea Nacional, y dijo á los sectarios de la Revolucion: «En nuestro seno teniais los admiradores más sinceros y celosos;» lo que me cumple consignar es que los individuos de la Asamblea constituyente de 1789, entre los cuales figuraban muchos obispos, sacerdotes eminentes y otros eclesiásticos, no cesaron de hablar contra los siglos cristianos, contra las instituciones francesas y contra el gobierno, siendo su fin, al decir de un escritor distinguido, «repudiar abiertamente la antigüedad cristiana;» lo que me cumple consignar por último, es que el arzobispo de Burdeos leyó el preámbulo de los derechos del hombre y del ciudadano.

Llego al siglo actual, y hállome precisado á levísimas indicaciones, porque viven todavía las personas á las cuales debo aludir. Ya se sabe cuál es á mi juicio la gran herejía de los presentes tiempos. Se llama el liberalismo. Pregunto sencillamente. ¿Se puede poner en duda ni por un instante que el clero español no se ha contaminado por su letal influencia? Si se prescinde de algunos pocos extraviados, ¿quién tiene noticia de un solo sacerdote que proclame y sustente los errores á que aludo, condenados por Su Santidad en la Encíclica memorable dada en 8 de Diciembre de 1864? ¿Quién podrá pronunciar el nombre de un obispo que se haya separado de su deber? ¿Quién ignora que algunos clérigos alucinados cedieron, no bien se penetraron de que Pio IX habia proscrito sus errores?

Multitud de consideraciones me impiden presen-

tar á continuacion el contraste que ofrece tambien la Francia en este punto.

Es imposible de toda imposibilidad, que lo sucedido en ella no haya dejado raices muy profundas, como lo es igualmente que la antítesis que ofrece nuestra patria no aparezca en la cuestion propuesta y debatida. Suponer que el sacerdocio francés no se ha resentido á pesar de las tremendas vicisitudes de todo linaje por que ha pasado su pais, vale tanto como decir que todos nuestros vecinos están confirmados en gracia. Suponer que el sacerdocio español no disfruta los beneficios de la conducta que ha observado en todos tiempos, equivale á desconocer las nociones más triviales de la lógica, de la razon natural, del simple buen sentido.

Muchos hombres andan equivocados de la manera más lastimosa. Algunos combaten con talento y elocuencia ciertas preocupaciones, lo cual no empece para, sin pensarlo y sin advertirlo, estar dominados por ellas.

Ciñéndome al asunto, es indudable que nuestros sacerdotes cumplen con sus deberes. No les aventajan los de los demás estados de Europa. Cierto que se dedican á ejercer su sagrado ministerio, con preferencia á formar parte de las Academias científicas ó literarias, á escribir libros, folletos, periódicos, etcétera; mas cierto tambien que cuando la pendiente natural de los sucesos lo pide ó reclama, demuestran vastos y profundos conocimientos. Cierto que no hacen ostentacion de su virtud, porque saben que una mano no debe saber lo que hace la otra; mas cierto tambien, que descontadas algunas excepciones, brillan por la severidad de sus principios, por la pureza de sus costumbres, por su conducta en fin, rigurosamente intachable é irreprensible. Cierto que no presentan de tiempo en tiempo estadísticas de las personas que han convertido, de los niños que han catequizado, de las limosnas que han hecho, de las uniones que han regularizado, de los malos matrimonios que han avenido, de los sacrificios de todo linaje que se han impuesto en favor del pueblo; mas cierto tambien que con frecuencia se oyen ó leen testimonios irrecusables de su actividad prodigiosa, de su celo extraordinario, de su abnegacion ilimitada. Cierto que no se dedican á interpretar documentos clarísimos, emanados de la Santa Sede, introduciendo así en el campo de la Iglesia un espantoso desórden; mas cierto tambien que se distinguen por su adhesion á los que ocupan en la jerarquía eclesiástica grados superiores al en que se hallan, y sobre todo, á la incomparable autoridad del que suple y representa en el mundo á Jesucristo Señor nuestro. Cierto que no hacen alardes del amor que profesan á su patria; mas cierto tambien que cuando un gobierno, en nombre de la misma, les exige algun sacrificio pecuniario, lo hacen, áun cuando ese gobierno les inspire poquísima confianza, áun cuando no perciban puntualmente la pobre asignacion que les pasa el Estado, á consecuencia de haber sido despojados indignamente; áun cuaudo en fin se vean precisados á socorrer mil necesidades, gracias á ese maldito sistema que pone la propiedad en manos de unas cuantas personas, que quita á la Iglesia los medios de proteger á los pobres, que disminuye los elementos de la riqueza pública por los desórdenes y revoluciones que fomenta, que despoja en fin, al Papa de casi todas sus provincias, obligando así á los buenos católicos á protegerle y aliviarle.

XIII.

El dia 20 por la tarde fuimos al paseo del Pincio, desde el cual se domina perfectamente la Ciudad Eterna. Puede subirse á él por una grandiosa escalinata, que adorna y hermosea la plaza de España. En ella está la *Fontana de la Barcaccia*. Así se denomina la fuente, por tener la figura de un barco. Fué construida por el padre del célebre Berniui.

Un monumento y dos edificios notables llaman la atencion del que ha subido la escalinata magnífica. Me refiero al obelisco de Salustio, á la iglesia denominada Trinidad de los Montes, y á la Academia de Francia.

Estuvo colocado el primero en el Circo del que le ha dado su nombre. Pio VI lo trasladó al sitio en que se halla, en el año 1789. Es de granito rojo, y tiene, sin contar el pedestal, 44 piés y medio de altura. Se distingue principalmente por sus geroglíficos.

La mencionada iglesia y el edificio que junto á ella existe, pertenecen á Francia, y están confiados á las monjas del Sagrado Corazon, que se dedican, como es sabido, á la instruccion de las niñas. Aprovecho con gusto esta oportunidad que se me presenta propicia, para rendir un homenaje de gratitud á la institucion referida, que tan excelentes resultados produce. Y lo hago con tanto más gusto despues de lo que llevo dicho, para poner de realce la imparcialidad con que procuro escribir.

La circunstancia de ser francesa no me impide alabarla, encarecerla y aplaudirla. No me impide reconocer que por punto general las jóvenes que salen del Sagrado Corazon, vencen y sobrepujan por todos conceptos á las demás. Atiéndese allí con preferencia á la parte religiosa; pero no se descuida la de labores, ni la literaria, ni lo que tiene por objeto adquirir esa distincion que realza tan extraordinariamente á la mujer.

Si del convento á que aludo salen cristianas casi perfectas, de la *Academia de Francia* salen artistas ilustres. Al ménos se procura que salgan. Los jóve-

nes pintores, escultores, grabadores ó músicos, que acreditan en París mayor aplicacion y más felices disposiciones, son enviados á ella, donde están perfectamente.

Todos saben que acuden á Roma de casi todas las naciones europeas, con el fin de estudiar sus obras maestras. Si los jóvenes han recibido una educacion sólidamente cristiana, cuando regresan á sus respectivos paises, asombran por su viva fe y por el mérito de lo que hacen ó ejecutan. Si no la recibieron, ó la olvidaron lastimosamente, no pasan de ser unos pobres diablos en todos conceptos. Se distinguen por sus costumbres más ó ménos depravadas, y por sus obras más ó ménos detestables.

El genio, si pertenece á un país católico, se agita en el vacío, si no cumple con sus deberes religiosos y no practica la virtud. ¡Cuánto podria decir á este propósito, si los límites á que debo sujetarme lo consintiesen! ¡Cuánto diría, si no me detuviera y embargase el temor de molestar á mis lectores!

Recorro ya el paseo del Pincio con esa singular satisfaccion que se disfruta por punto general en los sitios elevados. Extraordinariamente llamó mi atencion la grandísima concurrencia que por él discurre, y que se compone, no sólo de los romanos, sino principalmente de los que han querido ver las fiestas del Centenar.

Me paro con frecuencia, y contemplo á Roma la santa, la sublime, la inmortal. Descubro la inmensa cúpula del Vaticano, sus torres, que caracterizan la poblacion, multitud de monumentos que ponen de realce su antigüedad, y gran número de soberbios edificios que acreditan su grandeza. ¡Oh Roma! ¡Oh ciudad amada! ¡Oh patria querida! ¡Oh capital predilecta! ¿Quién no proclamará tu indisputable superioridad? ¿Quién no reconocerá tu peregrina hermosura? ¿Quién no aspirará tu perfume celestial?

Continuando, descendimos por la parte que conduce á la grandiosa plaza del Pueblo. No la describo, porque á ella habré de venir dentro de breves dias para ver el castillo de fuegos artificiales que se prepara, y que será sin duda notable. La fama en este punto de los romanos es casi universal.

Dos palabras sobre la iglesia de *Santa María del Popolo*, que al bajar del Pincio aparece á la izquierda. Está en el sitio que ocupa la tumba de varios emperadores. En él fué quemado Neron despues que se hubo atravesado la garganta, huyendo de sus perseguidores.

Es fama que hubo allí, por espacio de mucho tiempo, un árbol grande en el cual se guarecia un cuervo. A su pié hallóse un dia la urna que guardaba las cenizas del emperador abominable. Pascual II construyó en aquel lugar, para purificarlo, una iglesia que corrió á cargo de los hijos de San Agustin. ¡Extraña coincidencia! algunos siglos despues penetró en ese convento el iniciador del protestantismo. El fraile apóstata, el sacerdote indigno, el hombre impuro, Lutero en una palabra, profanó con su presencia ese lugar de santificacion.

Veuillot dice á este propósito: «Hay lugares verdaderamente malditos, que no pueden ser purificados ni por el agua, ni por el fuego, ni por la sangre. Dia llegará en que algun hecho espantoso tenga lugar en esta misma plaza del Pueblo, donde el altar de María no fué bastante para impedir que Lutero encontrase á Neron.»

XIV.

Lo que dije hace poco relativamente á los artistas, se ajusta y corresponde con lo que voy á decir sobre los estudiantes. No olviden mis lectores que todos los años recuerda nuestra Madre amorosa las virtudes de San Luis Gonzaga, patron de la juventud estudiosa.

No trato de ocultarlo. Sin cometer, á lo que creo, la falta que critica con fundamento notorio el insigne autor de la *Imitacion de Jesucristo*, he profesado siempre un afecto singular al noble hijo del marqués de Chatillon, príncipe del sacro imperio.

Soy jóven, y pertenezco hace cerca de veinte años á la congregacion que lleva el nombre del egregio jesuita. Hé aquí una noticia que hará sonreir desdeñosamente, segun todas las probabilidades, á los *espíritus fuertes*. A juicio de muchos, un jóven puede alistarse sin desdoro en cualquier sociedad criminal é infame, pero no en una asociacion piadosa, protegida y amparada por la Iglesia. ¡Y se llaman católicos los que así discurren! ¡Y llenan de improperios á los que desconfian de su religiosidad!

Suplico á mis lectores que me perdonen esta digresion.

Lo repito. Hace muy cerca de veinte años que pertenezco á la congregacion de San Luis Gonzaga. Fuí uno de los que fundaron la de Manresa, de la cual formé parte, hasta que hube de trasladarme á Zaragoza por razon de mis estudios. Fuí tambien uno de los que fundaron la establecida en la ciudad de los mártires y de los héroes innumerables. ¡Oh! Nunca se borrarán de mi memoria los virtuosos padres jesuitas que nos dirigian, ni los sabios profesores que gobernaban la congregacion, ni los queridos compañeros que de ella formaban parte, ni en fin, las funciones magníficas que se verificaban y continuan verificándose en honor del Santo. La que acaba de terminar en la iglesia preciosa del Colegio romano perteneciente tambien á los jesuitas, ha traido á mi memoria las referidas, que casi no ceden á la que pronto describiré. Más de una vez he dejado

la Córte ántes de tiempo, para poder asistir en Zaragoza á la que se celebraba en el dia de hoy.

Añado que continuo asistiendo en Madrid á la Congregacion. Lo callaria, si no supiese que diciéndolo conseguiria las diatribas de algunos necios. Verdad es que esas diatribas honran y favorecen de un modo extraordinario.

Lo referido me ha enterado de la vida del Santo, cuyas virtudes se nos proponen por modelo. Bien saben mis lectores que hay en ella mucho de admirable y de sublime. A mayor abundamiento, añadiré pronto algunas palabras que lo pondrán en evidencia.

Quiero manifestar, ántes de proseguir, la relacion



Suizo con la espada de dos manos.

mencionada entre los artistas y los estudiantes. Aplico á los segundos lo que dije hace poco de los primeros. Copiaré mis palabras: «Si los jóvenes han recibido una educacion sólidamente cristiana, cuando regresan á sus respectivos paises, asombran por su viva fe y por el mérito de lo que hacen ó ejecutan. Si no la recibieron ó la olvidaron lastimosamente, no pasan de ser unos pobres diablos en todos conceptos. Se distinguen por sus costumbres más ó ménos depravadas y por sus obras más ó ménos detestables.»

Ciñéndome á Zaragoza, recuerdo perfectamente que casi todos los congregantes obtenian las calificaciones más honoríficas. Los más fervorosos lograban por lo comun la de sobresaliente.

No es preciso recurrir al mundo sobrenatural para explicar el fenómeno. Los jóvenes irreligiosos pasan su vida en la cama, en el café, en la fonda, en el teatro, en las tertulias, con frecuencia en sitios peores. Más ó ménos pronto, su inteligencia se debilita y su corazon se corrompe. Todo les falta por lo tanto, para que puedan dedicarse á los estudios con fundadísimas esperanzas de llegar á la posesion de la ciencia.

Los jóvenes religiosos, por el contrario, brillan por su vida metódica y santa. Tienen tiempo para cumplir con las obligaciones propias del cristiano. Lo tienen para dedicarse á los estudios con la asiduidad que es necesaria, si se quiere conseguir el resultad

que se ansía. Lo tienen para cumplir con los deberes que la sociedad impone. Lo tienen por fin, para el descanso indispensable. Se les ve en la iglesia, y muchas veces en las congregaciones piadosas, casas de beneficencia, ó en las prisiones, ejerciendo la caridad con los enfermos ó con los encarcelados. Se les ve horas enteras sobre sus libros y papeles, ú ocupando diariamente en la escuela el sitio que les corresponde. Se les ve en las casas de sus amigos ó relacionados, que les reciben con la dulce alegría y santa expansion que la virtud encuentra en todas partes. Se les ve por último en paseo, y á veces en el teatro.

Me parece que lo he dicho en otras ocasiones. Si



Ilustrísimo señor don Pantaleon Monserrat, obispo de Barcelona.

los hombres se conformasen de todo punto con las prescripciones de nuestra Religion veneranda, vivirian alegres, tranquilos y dichosos. Comenzarian á gozar en este mundo la inefable felicidad que Dios reserva en la Jerusalen celestial, para los que marchan por la senda de la virtud, el deber y el honor.

Luis Gonzaga no vino al mundo en España, pero santificó con su presencia el patrio suelo. Su madre, perteneciente á una de las familias del Piamonte, fué dama de Isabel, esposa de nuestro incomparable Felipe II. En 1581, la emperatriz María de Austria atravesó la Lombardía, y dirigióse á Madrid, con el fin de ver á su hermano Augusto. Acompañóla el marqués de Chatillon, que llevó consigo á sus tres hijos. Murió á poco Isabel, pero Luis y Rodulfo entraron al servicio del infante don Santiago.

Habia manifestado ya en Italia deseos ardentísisimos de ser jesuita. Amaba especialmente á la Compañía de Jesus por hallarse con todo su primitivo vigor, por tener que renunciar cuantos á ella pertenecian á las dignidades eclesiásticas, por la devocion especial que á la Vírgen profesaban, por dedicarse finalmente de una manera singular á la educacion de la juventud, y al exterminio de las heregías ó de la infidelidad.

Obsérvese de pasada que el plan de los jesuitas era excelente y óptimo. No habian podido evitar el nacimiento del protestantismo, pero procuraban por todos los medios posibles ahogarlo en su cuna. Y al propio tiempo tomaban á su cargo la educacion de la juventud, á fin de que no brotasen nuevos heresiarcas, ó surgiesen campeones invencibles que pudieran reducirlos, si aparecian, á la impotencia más vergonzosa. Y como si esto no fuese bastante, se dirigian á los paises mas apartados y desconocidos para difundir la luz del Evangelio. ¡Con cuánta razon se ha dicho que la Compañía de Jesus fue gigante al dia siguiente de nacer!

Hallábase Luis en Florencia cuando leyó algunas cartas admirables, escritas desde sus misiones por los hijos de Ignacio de Loyola. Esas cartas parecidas, segun todas las probabilidades, á las que de vez en cuando publican las revistas y los diarios católicos, le impresionaron vivamente, y casi le decidieron á vestir la humilde sotana de los incomparables religiosos referidos. Una larga conferencia que tuvo despues con San Cárlos Borromeo, avivó sus deseos de una manera extraordinaria.

Pasado algun tiempo, entró á servir, como ántes dije, al hermano de Felipe III. Hubiera podido creerse que no pensaria ya en ser jesuita. La córte de España, que á la sazon iba, sin duda de ningun linaje, á la cabeza de todas las naciones cultas, y que brillaba por su esplendorosa magnificencia, le retraeria de su propósito. Le retraeria tambien su posicion social, no comparable quizá con la de ninguno de los jóvenes que servian á nuestros Monarcas. Le retraeria en fin la consideracion de que su padre, á quien amaba grandemente, y que tenia puestas en él casi todas sus esperanzas, lo combatiria por todos los medios posibles.

Llegó una de las festividades consagradas en honor de la Vírgen. La en que se conmemora el venturoso dia en que dejó la tierra, y subió majestuosamente á los cielos conducida por los ángeles. Luis entró en la iglesia de San Isidro el Real, donde se conserva el cuerpo precioso del bienaventurado *Labrador*, patron de *Madrid*. ¡Cuánto dicen en favor de nuestra Religion las dos palabras que acabo de subrayar!

El hijo del marqués de Chatillon se detuvo á orar ante la imágen de la Vírgen del Buen Consejo, que todavía existe en la iglesia mencionada. Y despues que hubo recibido el pan sobresustancial, creyó que una voz interior, misteriosa y sobrenatural, le decia que se decidiese por la Órden incomparable de los jesuitas. No pensó ya en la de los carmelitas descalzos, ni quiso dilatar por más tiempo su entrada en la Compañía.

El noble marqués, al recibir la noticia, se dejó dominar por la cólera, y para disuadirle, ya le hizo emprender largos viajes, ya le retiró la vénia que le otorgara no bien supo que acababa de arreglar con gran destreza negocios de familia, ya le puso en relacion con personajes que ocupaban las primeras dignidades de la Iglesia y del Estado, ya en fin logró que un cardenal, varios obispos y otras muchas personas adictas, procurasen, de acuerdo con él, hacerle desistir.

Mucho me duele, por lo demás, no poder referir con alguna extension los hechos principales de su vida. No lo consiente la índole de esta óbra. ¿Qué no podria decir de Luis, que despreció las grandezas del mundo hasta el extremo de renunciar el marquesado que le correspondia, en favor de su hermano Rodulfo? ¿Qué no podria decir de Luis, que lloró toda su vida dos faltas levísimas que cometiera en su mocedad, considerándose con tal motivo el mayor de los pecadores? ¿Qué no podria decir de Luis, que segun el célebre cardenal Belarmino, á los siete años habia conseguido llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana? ¿Qué no podria decir de Luis, que hizo á los nueve voto de castidad, y se impuso el de no mirar á mujer alguna, sin excluir á su madre amadísima? ¿Qué no podria decir de Luis, cuyas penitencias no pueden ponderarse, para demostracion de lo cual baste recordar que generalmente dormia en el suelo, que se aplicaba á sus tiernas carnes un cinto cuajado de estrellitas de espuelas, y que aparecia con frecuencia salpicado de su sangre inocente hasta el techo de su habitacion? ¿Qué no podria decir de Luis, que se confesaba de la satisfaccion interior que habia experimentado al recorrer las calles de esta ciudad inmortal, pidiendo limosna con un vestido vil? ¿Qué no podria decir de Luis, á quien se hubo de prohibir la oracion, por el fundado temor de que se debiesen á ella los grandes dolores de cabeza que continuamente padecia? ¿Qué no podria decir de Luis, que habiendo ido á Castellon con el objeto de resolver ciertas cuestiones suscitadas entre su hermano y el duque de Mántua, impresionó de tal suerte á su madre, que cayó de rodillas no bien le tuvo en su presencia? ¿Qué no podria decir de Luis, á quien esperaba en la referida ciudad un gran concurso que al retirarse decia: «*Ya hemos visto al Santo*?» ¿Qué no podria decir de Luis, que habiendo predicado á sus antiguos vasallos por órden de sus directores, consiguió que muchos se convirtiesen, y que se confesasen más de setecientos? ¿Qué no podria decir de Luis, cuyo semblante se encendia y cuyos ojos se preñaban de lágrimas, al oir pronunciar el nombre sacrosanto de Dios? ¿Qué no podria decir de Luis, que cayó gravemente enfermo, víctima de la caridad que ejerciera en uno de los hospitales de Roma? ¿Qué no podria decir de Luis, que no bien los médicos le anunciaron su próximo fallecimiento, hizo cantar el

Te-Deum á los que se hallaban en su aposento, diciendo ademas con no disimulado placer á cuantos en el mismo penetraban: «¿No sabeis la buena noticia que me han dado, que me tengo de morir dentro de ocho dias?» ¿Qué no podria decir de Luis, cuya muerte fué sentida en Roma hasta el punto de acudir en tropel sus dichosos moradores á su celda, con el fin de besarle las manos y los piés, ó de conseguir algo de lo que le habia pertenecido? ¿Qué no podria decir de Luis, por cuya intercesion obró Dios á poco de fallecer muchos estupendos milagros? ¿Qué no podria decir de Luis, beatificado por Gregorio XV treinta años despues de haber pasado á mejor vida? ¿Qué no podria decir por último de Luis, cuya gloria no pudo encarecer ni ponderar María Magdalena de Pazzis, sin embargo de haberlo detenidamente contemplado en uno de sus éxtasis maravillosos?

Parecióme natural la desusada solemnidad con que se verificó la fiesta de San Luis en la magnífica iglesia de San Ignacio. Parecióme natural, porque no ignoraba el esplendor que caracterizan á todas las de su género que se celebran en la ciudad de Dios. Parecióme natural tambien, porque los jesuitas, como nadie ignora, se distinguen y han distinguido siempre por la magnificencia con que disponen las funciones religiosas. En esta parte, como en las demás, vencen y sobrepujan á todos.

La iglesia cubierta de ricos tapices, presentaba un soberbio golpe de vista. Lo presentaba sobre todo el magnífico altar de San Luis, espléndidamente iluminado.

Allí tuve ocasion de conocer y admirar á los cardenales, tan calumniados por los enemigos de la Iglesia. Algunos celebran todos los años en dicho altar el sacrificio inefable. Honran así al Santo que contó entre sus parientes algunos príncipes de la Iglesia, de los cuales recuerdo al cardenal Gonzaga, y acreditan además la predileccion que profesan á la nunca bastantemente ponderada Compañía de Jesus.

Confieso que me alegró en extremo su presencia en el templo. Es un espectáculo conmovedor ver á un católico, sacerdote ó seglar, dirigiendo á Dios de rodillas, preces humildes y fervorosas que salen del corazon y suben al Empíreo, de donde descienden otra vez á la tierra convertidas en beneficios, en bendiciones y en todo género de gracias. Lo es con mayoría de razon, cuando los que así evidencian su fe y humildad, ocupan eminente puesto en la Iglesia ó en el Estado. Lo es sobre todo, cuando se trata de príncipes de la Iglesia, cuyas soberbias carrozas y cuyos deslumbradores trajes de púrpura, no les impiden repetir aquellas palabras sublimes con que Masillon comenzó el elogio fúnebre de Luis XIV: «Sólo Dios es grande, hermanos mios»; de príncipes de la Iglesia en fin, alguno de los cuales está predestinado por el Eterno para suplir y representar á su Hijo, en quien puso todas sus complacencias, cuando llame á sí á nuestro amadísimo padre espiritual.

Lo dicho, y el número extraordinario de fieles que recibió, en la mañana del dia memorable á que me refiero, la Sagrada Eucaristía, fortalecieron mi conviccion en punto á la religiosidad de los romanos.

No habia de salir del templo, sin presenciar otro espectáculo altamente consolador. A las ocho entraron en él todos los individuos del Colegio romano. Aquel ejército de soldados espirituales, si puedo hablar así, que próximanente librarán batallas terribles con los enemigos de nuestra fe, cautivó por completo mi corazon: aquella pléyade de jóvenes dedicados, no sólo á Teología, sino tambien á las ciencias exactas, aumentó extraordinariamente mis consoladoras esperanzas relativas al porvenir: aquella multitud de cristianos que se habian sometido á la dulce proteccion de Luis Gonzaga, trajo á mi memoria las palabras que pronunció Jesucristo en favor de la Iglesia.

Abria la marcha una hilera de jóvenes elegantemente vestidos. El que iba en medio llevaba un Crucifijo. Seguian luego los demás, y presentaban un cuadro armonioso, no solamente por su colocacion, que llamaré militar, sino tambien por sus trajes de diversos colores.

Celebráronse á las diez los Divinos Oficios con pompa grandísima. He aquí lo que principalmente llamó en ellos mi atencion.

Ante todo y sobre todo el celebrante. Llamábase Monseñor Languillot. Era hombre de gran estatura, de atlética complexion, de severo continente, de color moreno muy subido, y en fin, de barbas espesas y larguísimas. Pertenecia, no obstante su carácter episcopal, á la órden de los jesuitas. Habia convertido á innumerables infieles, surgiendo en su virtud la conveniencia de crear un obispado, al frente del que le colocó Pio IX, en la persuasion de que ninguno seria tan á propósito como él para regirle. La Compañía, sin embargo de rechazar las dignidades eclesiásticas, permite que sus individuos ejerzan algunas por excepcion.

Ignoro la historia del venerable misionero, que correspondió tan bien á la invitacion de Su Santidad: no necesito saberla para reputarle como uno de los dignos sucesores del Apóstol de las gentes. Bástame para ello tener presente aquel noble semblante ennegrecido por los rayos del sol, y considerar el puesto elevadísimo en que se halla, merced á sus servicios inapreciables. ¡Cuántas veces, pensaba yo al contemplarle, habrá estado á punto de perder la vi-

da, ora por las inclemencias naturales del pais, ora por la natural ferocidad de sus moradores!

Llamáronme tambien la atencion los coros que cantaron desde las tribunas, colocadas á los dos lados del altar mayor. Era de niños el uno, y de hombres el otro: todos poseian hermosas voces, y cantaban con gusto superior. En cuanto á la composicion, basta manifestar que era del célebre Mustafá, que prepara una cosa magnífica para la festividad de San Pedro.

Prescindo para no ser interminable, de los ornamentos riquísimos que se usaron en la funcion, y principalmente de los que llevaba el celebrante; de los que formaban, por decirlo así, el acompañamiento de éste, y que se distinguian por la severa precision con que iban haciendo lo de rúbrica; de la sobriedad con que se habia dispuesto el altar mayor, y que ciertamente formaba contraste con la profusion de luces, arañas y adornos del de San Luis; de los seis preciosos bustos que se hallaban encima de aquél, y representaban á santos de la Compañía de Jesus; del gentío inmenso que no cabia en la iglesia, sin embargo de sus grandes y desahogadas proporciones; de los zuavos pontificios que dieron la guardia de honor, y acreditaron una vez más la reputacion de piadosos, que de seguro no obsta para la de valientes; de las personas distinguidas que acudieron á la funcion, de cuya posicion social se venia en conocimiento por los coches lujosos que dejaban á la puerta del templo; y en fin, de la grandeza, de la pompa, de la majestad que distingue todo lo que hace la Compañía de Jesus, mejor para sentidas que para explicadas; que satisfacen por completo cuanto hay en el hombre de bueno, de noble, de puro, de santo; que hacen repetir á cada momento aquellas frases célebres pronunciadas por el Pontífice al establecer canónicamente, despues de muchas dificultades suscitadas por el infierno, la Órden incomparable á que me refiero: «*Digitus Dei est hic.*» Asistí tambien á la funcion de por la tarde, despues de la revista que se verificó en la villa Borghese. Dicho se está que no daré cuenta de cuanto me impresionó, para no incurrir en desagradables y enojosas repeticiones.

Además de los coros colocados en los lugares anteriormente referidos, habia otro en una tribuna de la iglesia. El canto producia de esta suerte un efecto bellísimo. Completamente ignoraba esa costumbre, recomendable sin duda, por lo mismo que tiende á que sea mas espléndido el culto consagrado al Dios de las alturas.

La bendicion con que terminó la fiesta suntuosa, dada por el prelado misionero al inmenso número de fieles congregados en la iglesia, difícilmente se borrará de mi memoria. Aquellas palabras consoladoras que pronunció con voz entera, robusta y sonora, que cayeron como lluvia benéfica sobre aquella muchedumbre de católicos fervientes, ponian hasta cierto punto de realce la divinidad de nuestra sacrosanta religion.

Dios estaba allí sin género de duda. Enardecia al obispo, y ensanchaba el corazon de los fieles. Los que tienen la desdicha de profesar religiones falsas, no salen jamás del templo conmovidos y arrobados, como salimos los católicos, de sus magníficas iglesias. ¿Cómo no, si sobre faltarles la gracia generadora de portentos y maravillas, son alentados y protegidos por los espíritus enemigos de Dios y de los hombres?

XV.

Además de la fiesta de San Luis, se celebró en Roma el dia 21 el vigésimo segundo aniversario de la coronacion de Pio IX.

¡El vigésimo segundo aniversario! Bendito sea Dios por haber dilatado la vida del Pontífice-Rey que gobierna felizmente la Iglesia de Dios. A mi juicio, esto tiene una gran significacion.

Los indiferentes, los escépticos, los impíos, y en suma cuantos se paran en la superficie de las cosas, al ver en Roma por todas partes mudos pero elocuentes testimonios del amor que la profesa el actual Vicario de Jesucristo, como tambien de su celo admirable y de su actividad prodigiosa, dicen generalmente por única contestacion. «A nadie debe maravillar lo sucedido: es necesario tener en cuenta que Pio IX ascendió al pontificado en 1845. Ha podido por consecuencia embellecer mucho la ciudad.»

¡Qué malamente se discurre por punto general! Conozco á muchos hombres, á quienes Dios ha dilatado su vida de una manera extraordinaria y concedido un talento superior, una imaginacion viva, una elocuencia incomparable, que sin embargo han descendido al sepulcro sin hacer nada de provecho. Podria aplicárseles sin sombra siquiera de injusticia ó exageracion, aquel epigrama de un poeta español:

Aquí fray Diego reposa,
Y jamás hizo otra cosa.

Yo quisiera que los referidos me descifraran el enigma, y tuvieran presente al hacerlo, que los hombres á que aludo, no sólo han podido con frecuencia hacer al pais en que nacieron y á la humanidad toda un bien inapreciable, sino que han deseado tambien ardientemente asegurar, como dice un célebre publicista, ese tibio resplandor que constituye la gloria humana. Y, lo torno á decir, han fallecido sin hacer nada de provecho.

Conozco por el contrario á otros que no han logrado facultades privilegiadas; que han vivido poco

tiempo; que no se han encontrado en alguna de esas situaciones que dan á conocer é inmortalizan al genio; que persuadidos en fin, de que «vanidad de vanidades y todo vanidad, ménos amar á Dios y servirle á Él únicamente,» como dice Tomás de Kempis en su libro inmortal, han mirado con indiferencia los



El Papa dando audiencia en la sala del Trono.

aplausos de los hombres, y que sin embargo han realizado empresas heróicas y santas, que les aseguran la inmortalidad en la tierra y en el cielo.

¡Ah! sólo pueden aclarar el enigma los verdaderos católicos, que creen y practican cuanto creer y practicar les manda la Iglesia. Interrogadles y os dirán: Sirve de poco el talento, la imaginacion, la elocuencia, la vida larga, las ocasiones propicias y el ansia de renombre, sin la gracia que conduce suavemente y sin tropiezo á los hombres por el océano de la vida, lleno de sirtes y preñado de tempestades; que hace fecundas todas sus obras; que les conduce á la cumbre de la grandeza; que envia á su rostro un destello divino; que les trasforma este mísero destierro en una especie de bienaventuranza.

Y es tan grande su poder, y tan poderoso su influjo, que con ella y sólo con ella pueden los hombres hacer prodigios y obrar imposibles.

¡Con qué placer dilucidaria esta tésis con algun detenimiento! Permítaseme añadir una palabra más: Yo he visto esos hombres llenos de virtudes, en contacto con otros llenos de vicios y de pasiones. Los primeros pasaban por sabios y habian adquirido una reputacion grandísima. Los segundos, calificados de ignorantes ó poco ménos, y vivian oscuramente. Ese odio mal disimulado que profesan los que marchan por caminos de ruina y de perdicion, á los que tienen la dicha de ir por sendas saludables, unido al conocimiento no claro que á la postre adquieren aquéllos de la indisputable superioridad de éstos, movíanles á perseguirles y encarnecerles, aunque de un modo solapado y encubierto, con una insistencia y con una perseverancia dignas del infierno, que sin pensarlo ni advertirlo les alienta y les dirige.

Léjos de protegerles, procuraban impedir de mil maneras su prosperidad y su adelantamiento. Léjos de alabarles, hacian todo lo posible para rebajar su mérito á los ojos de los demás. Léjos de aplaudirles sus determinaciones heróicas, no descansaban en tanto no conseguian que no las pusieran en práctica. Léjos de disculparles sus faltas ó sus imperfecciones, abultaban las unas y los otras de una manera irritante, ó les atribuian otras gravísimas en las cuales no tenian la menor participacion. Léjos de acorrerles en sus trances amargos, les abandonaban ó les inferian heridas mortales, poniéndose más ó ménos resueltamente al lado de sus perseguidores. Léjos en fin, de felicitarles por sus triunfos y por sus victorias, permanecian callados, ó se limitaban á pronunciar tres ó cuatro frases incoloras é insulsas, que no arrancaban ciertamente del corazon.

Las víctimas sufrian esa especie de martirio sin quejarse, y continuaban impávidas por la senda de la gloria. Los verdugos (así les puedo llamar) se consumian de envidia y bramaban de coraje, al ver que, no obstante sus mañas arteras y sus maquinaciones codiciosas, no conseguian impedir que el pigmeo se convirtiera en gigante, y sobre todo al comparar su propia desventura é impotencia, con la pujanza y prosperidad de los buenos.

Héme apartado de mi propósito. Vuelvo á él, y afirmo que Su Santidad ha embellecido á Roma, por no decir que la ha trasformado, más que por sus cualidades eminentes por sus virtudes relevantes. Y aseguro que la prolongacion de su pontificado es una gracia que por éstas le ha concedido El que todo lo dirige desde las alturas celestiales.

Dios dispone las cosas de arte, que sirve de premio á los buenos lo mismo que sirve de castigo á los malos. Al lado del ejemplo referido, podria poner, para que apareciera de bulto el contraste, el de algun Monarca pésimo cuyo reinado se prolonga extraordinariamente (prescindiendo de lo que pudiera decir en punto á que Dios ama la conversion del pecador), para que el cúmulo de sus faltas, de sus pecados, de sus miserias y de sus crímenes, le atraigan la execracion de las generaciones venideras. ¡Inescrutables arcanos de la Providencia divina!

Los romanos aman á su Pontífice, y le agradecen lo que ha hecho por la capital del orbe católico. Dánle continuamente pruebas de su cariño filial; dánselas sobre todo, en algunos dias señalados, y de una manera singular en el aniversario de su coronacion.

Encargáronse de recordar el dia memorable los cañonazos que se dispararon desde el famoso castillo de *Sant-Angelo*. Los romanos no hubieron de preguntar lo que significaba el estampido del cañon; lo hubieron de preguntar sí muchos de los que habian ido á Roma con el fin de asistir á las fiestas, que no están naturalmente tan enterados como aquéllos, de todo lo relativo al incomparable Pontífice-Rey.

A las siete diéronse públicamente en el Vaticano muchas limosnas.

Celebróse capilla papal en la famosa Sixtina. Ofició el eminentísimo cardenal *Mathieu* decano del Sacro Colegio.

Esta funcion adquirió mayor realce en el presente año, como todas las demás. Su Santidad vió en ella rodeado su trono de algunos patriarcas y de muchísimos prelados, sucesores de los Apóstoles. Prescindo de los cardenales, del príncipe asistente al solio, del senador, del magistrado de Roma, del colegio de la *Prelatura*, y de muchas otras personas que ocuparon sus puestos respectivos, y dieron una prueba más de la veneracion que profesan al más bondadoso de los Pontífices y al más querido de los Reyes.

Una extraordinaria muchedumbre de fieles acudió al Vaticano, deseosa de contemplarle. No podia asistir á la funcion religiosa, mas sí podia ver á su Padre, al dirigirse á la capilla desde sus habitaciones, ó cuando retornase á ellas. En los periódicos de Roma están consignadas las demostraciones de amor, reverencia y entusiasmo que consiguió Pio IX. Demostraciones tanto más estimables cuanto fueron de todo punto espontáneas; demostraciones que arrancaron directamente del corazon; demostraciones que bajo ningun concepto pueden compararse con las ridículas y repugnantes que preparan, por ejemplo, á los príncipes que faltan á sus deberes, los que han procurado y conseguido de ellos una serie de prevaricaciones lastimosas.

El Santo Padre recibió despues numerosas felicitaciones. Cúmpleme hacer mencion singular de la que le dirigieron el cardenal *Patrizi*, vice-decano del Sagrado Colegio, todos los individuos del cuerpo diplomático, su ministro de Estado el cardenal Anto-

nelli, el príncipe asistente al solio, varios señores de la *Prelatura* y consejeros de Estado, el cuerpo de la guardia noble, la oficialidad de la suiza, la de la palatina de Honor, el senador de Roma, que acudió á manifestarle los sentimientos de veneracion y de fidelidad del pueblo romano á quien representaba, y en fin, el Rey de las Dos Sicilias y su augusta familia, que de propósito he citado últimamente, no obstante su altísima dignidad engrandecida y realzada por el infortunio.

Fueron recibidos por Pio IX, además de Francisco II, el conde y la condesa de Trápani, como tambien varios príncipes y princesas de la familia real de Nápoles. Todos manifestaron al actual representante de Jesucristo su respetuoso amor filial, y recibieron de Su Santidad pruebas inequívocas de consideracion y de aprecio.

La familia real de Nápoles es muy considerada y querida en Roma.

Pio IX con su generoso ejemplo impone á sus habitantes la conducta que deben seguir. Y en honor de la verdad el vicario de Jesucristo se ciñe á interpretar admirablemente sus ideas y sentimientos, que son las ideas y los sentimientos de todas las inteligencias nobles, de todos los corazones generosos, y para decirlo más claramente, de todos los hombres bien nacidos y educados. En este punto, lo mismo que en muchos otros, la ciudad inmortal recuerda sus deberes á las demás, que faltan en ocasiones á ellos de una manera escandalosa, y les da una leccion muda, pero elocuente y terrible.

Pio IX no ha reconocido á ese monstruoso engendro de Satanás, amasado con todo linaje de infamias, de deslealtades, de atentados, de crímenes y de sacrilegios, que llaman el reino de Italia. Pio IX hospeda con el mayor gusto al rey de Nápoles, á pesar de los deseos y de las amenazas que ¡oh mengua! le han dirigido más de una vez algunos monarcas que se dicen católicos, para que le hiciese salir de Roma, íntimamente penetrados sin duda de que adquiriria en ella una fuerza moral incontrastable, presagio seguro de su próxima reposicion en el trono que legítimamente le corresponde. Pio IX aprovecha todas las ocasiones que oportunas se le brindan para distinguir y considerar al héroe de Gaeta, no siendo aventurado suponer, que Francisco II ha recibido y sigue recibiendo atenciones y obsequios que no logran los príncipes que no han sido destronados por esa revolucion maldita por Dios y abominada por los hombres. Pio IX no consentiria en fin, que ningun periódico de los que ven la luz pública en Roma, escribiese un artículo, un suelto, un párrafo, una línea, una palabra, parecidas á las que aparecen con frecuencia en muchos de los que se publican en los paises católicos, deshonrándoles en cierto modo, segun las que Francisco II dejó de ser rey el dia en que descendió de su trono, por las violencias y traiciones que no necesito referir.

¿Qué corazon no palpita de gozo cuando ésto se recuerda? ¿Qué pecho no se abre á la más pura y hermosa de las esperanzas? ¿Qué inteligencia no proclama á Pio IX como el mejor de los reyes, y á Roma como el más digno de los pueblos?

En conmemoracion del referido aniversario, verificóse por la tarde una revista militar. A la villa Borghese, donde se celebró, acudieron los romanos y una multitud de católicos pertenecientes á todas las naciones del mundo, que ansiaban saludar á esos soldados dichosos, y ver por sí mismos lo que debia pensarse ó creerse del ejército del Papa. Forma un total de 12,000 hombres próximamente. En esta cifra se comprenden los regimientos de línea, los de cazadores, las fuerzas de artillería, caballería é ingenieros, y por último, esos zuavos que han conseguido una celebridad extraordinaria.

Habíamos tenido ya ocasion de adivinar que todo lo manifestado contra el ejército del Papa, no podia ser más calumnioso. Bastónos ver en la procesion del *Corpus* la gentileza y apostura de los soldados pertenecientes al mismo, que la realzaron con su presencia, para deducirlo y afirmarlo. Y nos bastó sobre todo, encontrarles en las iglesias y en los conventos, para asegurar, sin temor de padecer equivocacion, que podian competir ventajosamente con los de las demás naciones europeas.

Es imposible de todo punto, que el ejército del Papa, cuando el instante llegue, no acredite un valor que rayará en la heroicidad sin género de duda. ¿Qué les falta para que así suceda? Sóbranles cualidades físicas, como dije dias atrás y repito ahora. No les falta tampoco disciplina, cosa que han demostrado esta tarde cumplidamente. En cuanto á su valor y á su intrepidez, ¿puede abandonarles peleando por la Santa Sede, por la Iglesia, en favor de Pio IX, y en contra por consiguiente, de sus adversarios, que bajo todos conceptos constituyen la hez de la sociedad? ¿Puede abandonarles, sabiendo como saben, que sirven á la más noble, á la más digna y á la más sublime de las causas; que la muerte conseguida en los campos de batalla, gloriosa de suyo, lo es hasta un extremo imponderable en el caso á que aludo, y en fin, que Dios tiene reservada para esa especie de martirio la corona de la inmortalidad?

¡Oh! sí, lo repito. Esos soldados dichosos asombrarán al mundo en dia que quizás no está distante.

Áun no he dicho que recibieron en el á que me refiero una verdadera ovacion. La multitud que acudió á la revista, que ciertamente salió completamente satisfecha, no cesó de vitorearlos. Algunos

sacerdotes franceses marcháronse tras de los zuavos, en quienes se fijaban todos de una manera singular. Dos obispos pertenecientes tambien á la nacion francesa, se quitaron el sombrero así que pasó su comandante. Viólo éste, y correspondió á su saludo con la galantería más cortés.

A decir verdad, no es maravilla que los zuavos recibieran pruebas especiales de consideracion y de cariño. Prescindiendo de algunas exageraciones propias y peculiares de nuestros vecinos, no me parecen muy fundadas las quejas que sobre este particular han llegado á mi noticia. Sin desconocer que todo



Porta *Flabelli.*

el ejército del Pontífice-Rey es digno de alabanzas, y que no conviene fomentar entre los cuerpos que le componen diferencias ó cuestiones de ningun linaje, pertenezco tambien al número de los que opinan que merecen los zuavos encomio especial. Lo merecen, porque sirven voluntariamente á Su Santidad; lo merecen, porque dan de continuo muestras de su religiosidad profunda; lo merecen, porque muchos son de nobles é ilustres familias, que no han degenerado ni se han prostituido como muchas de su clase; lo merecen, para concluir, porque son los que mejor representan la viva fe, la caridad ardiente y el grandísimo entusiasmo de los católicos, dignos de este nombre inefable.

Seria curioso tener á la vista la historia de ese cuerpo, cuyos individuos recuerdan á los cruzados de la Edad Media. ¡Cuántos sacrificios aparecerian entónces de manifiesto! ¡Cuántas privaciones! ¡Cuántas penalidades! ¡Cuántas conversaciones tiernas! ¡Cuántas acciones heróicas! ¡Cuántos arranques sublimes!

Yo creo que una de las dichas que se gozará en la bienaventuranza, consistirá en saber todo lo bueno que practicaron sobre la tierra. Dios que les ha dicho que lo callen durante su peregrinacion, se reserva ponerlo de realce, y premiarlo largamente á no dudar, en la Jerusalen celestial.

Recuerdo en este instante que las monjas del Sa-

grado Corazon, costean por sí solas tres zuavos. Consideren mis lectores qué legion tan numerosa se podria formar si todos imitaran el ejemplo de esas religiosas, que prestan á la sociedad los beneficios inapreciables que indiqué anteriormente.

Experimenta mayor satisfaccion al contemplar el ejército romano el que ha visto los de otras naciones. Yo puedo compararle con los de Portugal, con los de Francia y con los del Piamonte. Estuve hace poco tiempo en Lisboa, y nada me disonó tanto como la facha eminentemente ridícula de los soldados de don Pedro. Sin negar el valor de los que sirven al sobrino de Napoleon I, valor que no impidió nuestra epopeya de 1808, es indudable que su aspecto tiene muy poco de marcial, y mucho de vulgar. Por lo que hace á los de Víctor Manuel, no sin afirmar que su figura puede compararse con la del Monarca excomulgado, es tambien prosáica por demás. Viéndoles cree uno tener delante alguna de esas comparsas que salen por lo comun en los teatros de zarzuela.



San Juan de Letran.

El ejército francés salió de Roma en cumplimiento del tratado singular del 15 de Setiembre. Es natural que mis lectores ansíen saber si hacen ó no mucha falta en la ciudad eterna; si sus habitantes se conduelen ó no de su salida; si será ó no posible mantener el órden público á pesar de su ausencia. Y natural es tambien que aproveche la ocasion que se me presenta propicia para satisfacer su curiosidad.

Puedo satisfacerla cumplidamente. Concedo la palabra gustoso á una persona, que por desdicha no se distingue por sus ideas sanas, ni por sus sentimientos religiosos. Me dijo lo siguiente, que traslado de mi libro de memorias, en el cual lo apunté poco despues de nuestra conversacion:

«Indudablemente procura la Revolucion hacer prosélitos en Roma. Trata de corromper á los únos con dinero, y de halagar á los otros con esperanzas lisonjeras. Sin duda por ésto, ántes de salir los france-

ses, se hablaba con gran frecuencia de cercanos y terribles trastornos. Muchas veces se fijaba el dia y la hora en que ocurririan.

»Con razon ó sin razon atribuian muchos á los mismos franceses los indicados rumores. Gracias sobre todo á esa creencia que se iba generalizando mucho, este pueblo deseaba que se marchasen. Verdad es que su conducta era poco edificante, y que contrastaba grandemente con la de los romanos.

»¡Cosa singular! Las noticias alarmantes cesaron desde el punto en que salieron. No se habla ya de próximas revueltas. Ha desaparecido la perenne inquietud que ántes existia. Todos están persuadidos de que no se alterará el órden público. Nadie duda que si algunos tratasen de perturbarlo, no conseguirian absolutamente nada.»

Eso me dijo, sobre poco más ó ménos la persona indicada, bien distante de creer que su conversacion formaria parte de mi libro. Á saberlo ó sospecharlo, se hubiera expresado segun todas las probabilidades de muy diferente modo. Ya he manifestado que sus ideas y sus sentimientos no marchan al compás de los mios.

Hubo por la noche iluminaciones generales. Pude apreciar ya el buen gusto que los romanos acreditan en ellas. Aunque no gastan sumas crecidísimas, como en París y en otras ciudades populosas, consiguen que sus farolitos de colores, en los cuales suele estar pintada la efigie de Pio IX, de los apóstoles Pedro y Pablo, ó las armas pontificias, presenten un efecto hermoso y casi magnífico.

Aguardo con ánsia la iluminacion de la cúpula de San Pedro. Aunque creo será soberbia, dudo que logre sorprenderme, gracias á las ponderaciones hiperbólicas que con frecuencia se han hecho.

Por lo demás, en Roma no es preciso suplicar y ménos exigir á sus habitantes que iluminen cuando lleguen ciertos dias. Iluminan espontáneamente, y á virtud de un impulso que brota del corazon. Tambien se diferencia en ésto la ciudad de Dios, de las que llamaré ciudades de los hombres.

Réstame añadir que la Academia Tiberina celebrará sesion mañana, á fin de conmemorar tambien la fiesta descrita. Usará de la palabra monseñor Franchi, arzobispo de Tesalónica. Tengo un placer en consignarlo, aparte la circunstancia de que su discurso versará tambien sobre la exaltacion de Pio IX al Pontificado, por los excelentes recuerdos que dejó en Madrid, donde permaneció algun tiempo como representante de Su Santidad, y por el gran cariño que á los españoles tiene, y del cual ha dado y sigue dando numerosas pruebas.

Hoy ha publicado el municipio el programa de las fiestas y regocijos públicos con los cuales se celebrará el centenario de la gloriosa muerte de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Hélo aquí.

Dia 28 de Junio. Iluminacion de la cúpula de San Pedro.

Dia 29. Castillo de fuegos artificiales en el monte Pincio.

Dia 30. Iluminacion de la calle del Corso con luces de gas.

Dia 1.° de Julio. Fiesta popular en la quinta del príncipe *Borghese*, cuyo propietario costeará magníficos coros, grandes orquestas, ascensiones de globos aerostáticos, etc.

Dia 2. Iluminacion de gas en la calle referida, y conciertos musicales en las plazas adyacentes.

Dia 3. Iluminacion del Foro con fuegos de Bengala.

Dia 4. Iluminacion de los palacios del Capitolio y del Museo.

Dia 5. Sesion en la Academia de los Árcades, é iluminacion de San Pedro *in Montorio*, y del camino que conduce á la iglesia.

Dia 6. Iluminacion de la calle del Corso.

Dia 7. Sorteo público en el salon del palacio Senatorial, de 100 dotes de 120 liras cada uno, á beneficio de 100 doncellas pobres de Roma. La municipalidad ha dirigido á los habitantes una proclama en la que les pondera la significacion de las próximas fiestas, les asegura procurará sean muy solemnes, y les ruega que contribuyan por su parte al completo esplendor de las mismas.

XVI.

El dia 23 verificóse una ceremonia que llenó de satisfaccion á los católicos llegados á Roma. Y habia ciertamente motivo para ella. Se consagró una iglesia dedicada á Santa María de los Ángeles, y precisamente construida en el sitio en que estuvieron las grandiosas termas de Diocleciano. Una vez más, allí donde se habian reunido los gentiles, congregaríanse los cristianos adoradores de un Dios Trino, Uno, infinitamente justo y bueno, creador de cuanto existe, ha existido y existirá hasta la consumacion de las edades.

No será inoportuno, sino provechoso, consignar dos palabras sobre la costumbre á que acabo de aludir. Prueba, no sólo el despilfarro de los emperadores, sino tambien la bajeza á que llegó el pueblo-rey, en los últimos dias del imperio.

Durante la república, bañáronse los romanos en el Tíber. Cuidábanse poco aún de adornos ó afeminaciones, y sólo procuraban divertirse y fortalecerse para sus juegos en épocas de paz, ó para las fatigas propias de la guerra.

Con el trascurso de los siglos, se *civilizaron* merced á un progreso que se asemeja mucho á otro decantado en nuestros dias, y proscrito por el representante del Hombre-Dios. Parecióles de poco gusto bañarse como en un principio, y fué necesario construir, con un lujo verdaderamente asombroso, las termas cuyas ruinas tanto nos admiran.

Los emperadores se apresuraron á mimar á su pueblo. Era natural que procurasen satisfacer los gustos de unos hombres (si así puedo llamarles) que se dejaban bárbaramente matar en el circo, á fin de divertir á su señor y á los magnates del imperio. ¿Añadiré que se apresuraron tambien á complacerlo, por miedo de que se levantase contra ellos el estandarte desplegado de la rebelion? No me atrevo á decirlo. El pueblo envilecióse de tal suerte, que aceptaba sin protesta el irritante despotismo que le oprimia como inmensa losa de mármol. Se contentaba con pulular por las calles de Roma, pidiendo á voz en grito pan y espectáculos. Y estoy en la persuasion de que á no conseguir ni el uno ni los otros, hubiera seguido adorando á sus déspotas. Si Dios no lo remedia, el mundo cristiano presenciará pronto repugnantes espectáulos parecidos. Puedo sostener que los está presenciando.

Los emperadores pues mandaron construir termas para dar gusto al pueblo. Tomarse generalmente podian en ellas baños frios, baños tibios, baños calientes y baños de vapor. Y habia salas para secarse, y tambien, permítaseme la expresion, para cubrirse de perfumes. Y no faltaban lugares á propósito para públicos ejercicios corporales, y en fin, cuanto halaga y satisface á los sentidos. Paseos con árboles magníficos, que daban agradable sombra, pórticos debajo de los cuales iban á recitar sus versos los poetas, bibliotecas atestadas de libros, comparables por su fondo, aunque no por su mérito literario, con las producciones nefandas y monstruosas de muchos novelistas contemporáneos; salones por fin llenos de pinturas y estatuas, que contribuian poderosamente á la molicie deplorable, al rebajamiento sin igual, y á la corrupcion asquerosa que vanamente han intentado describir autores distinguidos que caen á este lado de la Cruz, segun la bella frase del vizconde de Chateaubriand.

Entónces, como ahora, cuidaban mucho del cuerpo ó de la bestia, como diria gráficamente Veuillot.

Y en tanto se desatendia por completo á las pobres almas, en las cuales infundiera Dios un espíritu inmortal.

Ví las ruinas de las termas de Caracalla, y quedé grandemente sorprendido. Sorprendido, al contemplar el espacio inmenso que robaban al aire, y al deducir hasta cierto punto lo que existió de lo que resta: más sorprendido si cabe, al saber lo que contuvieron.

Es difícil formar idea de ellas sin ver sus restos, y singularmente los de dos grandes hemiciclos situados á derecha é izquierda del cuadrado, y los del hermoso acueducto que traia el caudal de agua indispensable. Áun se ven los arcos en que se apoyaban las grandiosas columnas, y se adivina la prodigiosa elevacion de algunos salones. El edificio era ciclópeo, sin linaje de duda. Tenia 4,200 piés de circunferencia.

En cuanto á su riqueza, bastará decir que en las termas en que me ocupo se hallaron en el siglo XVI el *Torso* de Belvedere, la Flora, el Hércules y el toro Farnesio, y los grandes baños de granito que adornan actualmente una de las plazas mejores de esta incomparable ciudad. En el décimo séptimo encontráronse además centenares de estatuas. Habia mil seiscientos baños de mármol.

El pavimento era de mosáico. Áun se conserva parte, y se admira, no sólo lo duro de las piedras, sino tambien la variedad de los dibujos, primorosamente trabajados. Los mejores se guardan en el Museo próximo á la basílica de San Juan de Letran.

Aunque se abrieron en el año 216, no quedaron concluidas hasta la dominacion de Alejandro Severo.

Más grandes fueron aún las de Diocleciano, levantadas en el sitio en que hoy existe la iglesia de Santa María de los Ángeles. Tenian 4,376 piés de circuito, y lugar para tres mil doscientos baños. Conservaban una galería de cuadros, y la famosa biblioteca Ulpiana, que hizo trasportar el emperador al foro de Trajano.

De buena gana, si lo consintieran los límites á que debo ceñirme, describiria las ceremonias de la consagracion del templo construido por órden de Pio IV, segun los diseños de Miguel Ángel. Las describiria para que se conociera su significacion profunda, y se admirara la sabiduría de nuestra Madre amorosa. En la imposibilidad de hacerlo por la razon indicada, remito á mis lectores al *Pontificale romanum*, en que están minuciosamente descritas. Es un libro admirable, que los católicos deberian conocer á fondo, y del que por desgracia muchos no tienen siquiera noticia.

En 1561, el Papa mencionado colocó con gran solemnidad la primera piedra del templo á que aludo, dedicándolo á la Reina de los Ángeles y de los Mártires. Tres años despues la erigió en título cardenalicio. Enriquecióle más tarde con muchísimas indulgencias, gracias singularmente á las gestiones piadosas de San Cárlos su sobrino.

A pesar de que en él se rendia espléndido culto al

Dios de las alturas, de que se conservaba con diligencia por los monjes, á quienes se confió, y de que se habia embellecido convenientemente, faltaba su consagracion. La decretó en 16 de Mayo último la Sagrada Congregacion de Ritos, y verificóse, como dije ántes, el dia 23 de Junio, con gran pompa y extraordinaria concurrencia.

Ofició el eminentísimo señor cardenal Domingo Caraffa de Traetto, arzobispo de Benevento y titular de la iglesia. En virtud de facultad apostólica, nombró asistentes á los ilustrísimos señores don Pantaleon Monserrat, Jaime María Ginouilhac, Guillermo Clifford y Juan Loughlin, obispos respectivamente de Barcelona, Grenoble, Clifton y Brooklyn.

Otra fiesta religiosa se verificó el dia 24 en la grandiosa basílica de San Juan de Letran. Los que acudimos á ella por la primera vez pudimos admirar tres cosas verdaderamente notables. La hermosura del templo, y las reliquias santas que contiene. La solemnidad de la funcion, realzada por la presencia de nuestro amadísimo Pontífice. El soberbio panorama que se descubre desde el pórtico incomparable de la basílica. Algo diré sobre cada una de ellas.

Pregona la primacía del templo la inscripcion siguiente, que se lee en su fachada y en su interior: «Sacrosancta lateranensis ecclesia, omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput.» Es reputado realmente como la silla del patriarca romano. En San Pedro está el jefe de la Iglesia universal: en San Juan el obispo de Roma. Cuando el papa resulta elegido, toma posesion en ésta de la diócesis que tiene por capital á la ciudad de Dios.

La historia de la basílica remóntase á los albores de la Iglesia. Fundó la primitiva el hijo inmortal de santa Elena, subsistiendo cerca de mil años, merced á no pocas restauraciones. Fué á la postre destruida por dos incendios en el siglo décimo cuarto.

No es maravilla que muchos pontífices resolvieran su reconstruccion, ni tampoco que resultara un templo más grandioso y magnífico. En Roma no ha sucedido ni sucede lo que ha pasado y pasa en otros paises, sin excluir al nuestro, donde sólo se alzan altares al Dios verdadero. Muchas iglesias fueron derruidas, y no han sido reedificadas. En Roma se levantan de nuevo con mayor solidez, y se decoran con más extraordinaria magnificencia. Ocasiones se me presentarán para poner de realce esta verdad consoladora.

La basílica de San Juan, como la de San Pedro, se resiente de las varias épocas en que se reconstruyó, y de los artistas diversos que en su reconstruccion tomaron parte. No se necesitan grandes conocimientos para sostener que en aquéllas reinaron gustos diferentes, ni tampoco para consignar que éstos se sujetaron á sistemas distintos, por no decir contradictorios.

Sixto V encargó á *Fontana* el doble pórtico del frontispicio, que hiciera uno de sus predecesores. Clemente VIII confió á *della Porta* la nave trasversal. Inocencio X, no queriendo demolerla, sin embargo de que amenazaba ruina, envolvió, si así lo puedo decir, los antiguos pilares con fuertes columnas de granito, confiando la obra difícil á *Borromini*. Clemente XII finalmente completó la basílica, mandando construir á *Galilei* la fachada principal.

A pesar de lo dicho, sorprende á cuantos penetran en su recinto. El católico dotado de buen gusto, admira el conjunto, y admira tambien sus detalles. Admira primeramente su grandeza, sus hermosas cinco naves, y sobre todo la del centro, los grandes arcos que corresponden á diversas capillas, y ese perfume celestial que despide por su antigüedad extraordinaria, y por su significacion profunda. Admira despues los bronces de la puerta de en medio, que se juzgan procedentes del antiguo templo llamado Æmilia; las doce colosales estatuas de los Apóstoles, que son de mármol, metidas en los huecos de los pilares, cada una de las cuales tiene 14 piés y 5 pulgadas de altura; los bajo-relieves que se hallan encima construidos por *Algardi*, *Roggi* y *Rossi*, representan, los de un lado pasajes de la Antigua Ley, en armonía con otros de la Nueva colocados en el opuesto; la tumba de Clemente XII, cuyo sarcófago estuvo colocado en el Panteon de Agrippa; la de Martin V construida por un hermano del célebre *Donatello;* el altar mayor, colocado en medio de la nave trasversal, y constituido por cuatro ricas columnas que sostienen un monumento gótico, restaurado por el Pontífice que felizmente reina, donde se guardan las cabezas de San Pedro y San Pablo; el del Sacramento, en que aparece un tabernáculo preciosísimo entre dos ángeles de bronce, y cuatro columnas de verde antiguo; la capilla Corsini, una de las más hermosas y magníficas de esta capital, que posee tantas hermosas y magníficas, erigida y dedicada por el mencionado papa Clemente á su antepasado San Andrés Corsini; la Torlonia, para no ser interminable, de mármol blanco y oro, concluida en 1850, merced á la piedad insigne del príncipe del mismo nombre, que destinó una parte de sus cuantiosas rentas á monumentos religiosos, y á necesidades de sus hermanos pobres, labrando asi para él, para su familia y para su descendencia, si del buen camino no se aparta, una dicha no cabal en la tierra, y una felicidad perdurable en el cielo.

Cinco puertas introducen en el gran pórtico de la basílica, sostenido por veinticuatro columnas de mármol. En el fondo aparece la estatua enorme de Constantino que se halló en sus termas.

Es inútil decir que en el dia 24 de Junio del corriente año 1867, acudió á la célebre basílica una concurrencia extraordinaria. Lo manifestado hubiera sido para ello suficiente. Sobre lo dicho, se hallaba en Roma una multitud de católicos, dignos de tan ilustre nombre, procedentes de las diversas partes del mundo. Como si esto no fuese bastante, asistiria el santo Pontífice que rige para gloria de Dios y bien de las almas los destinos de la humanidad, regenerada y fortalecida por el Hombre-Dios.

Aun en tiempos normales, la presencia de Pio IX en determinado lugar es suficiente para reunir en él á una grandísima muchedumbre. Y no acuden sólo los forasteros que jamás han tenido el placer de ver-



Coche de gala.

le; acuden tambien los romanos, que ponderan sus virtudes; que agradecen los favores continuos que les dispensa; que ven las mejoras realizadas durante su pontificado gloriosísimo; que no se cansan de contemplar su hermosa figura, ni de oir su voz dulce, magnífica y sonora.

¡Qué nos importaba el calor sofocante que se dejó sentir en el dia consagrado por la Iglesia al Precursor del Mesías? ¿Qué nos importaba la consideracion de que podríamos ver sumamente poco, á causa del enorme gentío? ¿Qué nos importaba el fundado temor de no encontrar para volver carruaje, á una hora en que caeria el sol perpendicularmente sobre nuestras cabezas?

Cuantos nos dirigimos á la Basílica famosa, recordaremos siempre el dia memorable á que me refiero. Recordaremos sobre todo el instante en que Su Santidad dejó caer sobre nosotros, desde la *Silla gestatoria*, su inefable bendicion, y el no ménos venturoso en el cual fué aclamado de una manera entusiasta é indescriptible.

Todos aguardábamos con ánsia su venida. Dióse la señal, y avanzaron lentamente para recibirle los individuos del Sacro Colegio, y muchas otras dignidades eclesiásticas. Cuando el Papa entró en la Basílica, muy pocos pudieron verle; mas todos le contemplaron á su sabor, no bien apareció elevado majestuosamente sobre el referido sitial. La emocion fué grandísima, y pusiéronla de realce las lágrimas que asomaron á los ojos de los concurrentes, y las

exclamaciones que no pudieron contener, sin embargo de hallarse reunidos en la casa del Señor.

Es difícil formar idea del efecto grandioso á que aludo. Colocado el Pontífice-Rey sobre la *Silla gestatoria*, en una de esas festividades solemnes, consagradas por la Iglesia, y en medio de su córte magnífica y espléndida, aparece como el Jefe de la Iglesia, como el Padre espiritual de los fieles, como el sucesor del Príncipe de los Apóstoles, como el representante de Jesucristo, como el depositario de verdades eternas y de palabras infalibles; como el hombre, para concluir, que une la tierra con el cielo, y se halla en comunicacion frecuente con la misma Divinidad. Ese lujo con que viste, esa pompa con que sale, esa majestad con que se presenta, esos honores con que se le realza, y que no se disculparian si se concedieran á un simple particular, parecen muy naturales, muy puestos en razon, tratándose del Pontífice Máximo, del Vice-Dios, del Supremo Sacerdote del Altísimo.

Ví á Su Santidad profundamente conmovido. El número inmenso de católicos que caian humildes de rodillas en su presencia, impresionó agradablemente, sin linaje de duda, su alma de Apóstol y su corazon de Padre. De cuando en cuando dirigia sus ojos al cielo con majestad incomparable y dulzura indecible, pidiendo de seguro por los fieles allí congregados, y por todos los demás del mundo.

Comenzó á las diez la Misa, oficiando el venerable cardenal Altieri, Arcipreste de la iglesia. Pio IX la oyó, con su lucido y numeroso acompañamiento.

Por un privilegio de Leon II, enalteció al Precursor, ensalzado grandemente por Jesus, un individuo del célebre Colegio Romano. Cupo esa gloria en la festividad que bosquejando estoy, á Giannobili, sacerdote dignísimo por su virtud y saber. Fué muy notable su panegírico, que pronunció en latin.

Ántes y despues, dió el Papa su bendicion, lo cual nos proporcionó la dicha de oir su llena, dulce y hermosa voz, con tanto fundamento encarecida.

Asistieron á la fiesta todos los que por su alta posicion pueden ocupar en las capillas papales el sitio de honor que les está designado.

Como al dirigirse á la Basílica, recibió al salir nuestro Padre comun una ovacion entusiasta. Presencié la que consiguió al volver al Vaticano, y puedo por consiguiente consignar sobre ella dos palabras.

Realmente comenzó en el mismo templo. El Sacro Colegio colocóse debajo de la nave central en dos hileras, y Pio IX pasó por en medio sobre la *Silla gestatoria*, llevada por los *sediarii*, vestidos de seda carmesí, y precedido de los *flabelli*, enormes abanicos de grandes y hermosas plumas, cuyos mangos están ricamente cubiertos. Todos le contemplábamos con amor y ternura. Llegaron á mis oidos estas exclamaciones, salidas directamente del corazon, y otras semejantes sin duda, que no comprendí por desconocer las diferentes lenguas de los que las pronunciaban: «¡Qué bello! ¡Qué santo! ¡Qué figura tan hermosa! ¡Qué venerable! ¡Quién no le amará profundamente!»

No bien salió del templo, la muchedumbre apiñada precipitóse fuera, con el fin de verle pasar en la magnífica carroza. El entusiasmo estalló entónces con fuerza proporcionada al tiempo en que estuvo comprimida dentro de la Basílica: verdaderamente puedo decir, sin cometer la menor exageracion, que rayó en frenesí. Muy dulcemente me conmovió oir los *vivas* á Pio IX que resonaban en diversos idiomas del mundo, como tambien ver agitados multitud de pañuelos; pero incomparablemente más observar las gruesas lágrimas que no pudimos contener muchos de los allí presentes.

Como quiera que pertenezcan éstos singularmente á nuestra Patria querida ó al vecino imperio, paréceme poder expresar los sentimientos de los unos y de los otros con estas sencillas frases: Los franceses aplaudian: los españoles lloraban.

Despues de ver al amado Pontífice, corríamos presurosos para contemplarle de nuevo, sin considerar la prisa con que marchaban los caballos de su carruaje.

La comitiva pasó, desfilando luego el piquete de honor que á la fiesta se destinara, como tambien la música militar. La gente se volvia llena de cansancio, y soportaba un sol abrasador. Observé sin embargo que al pasar la banda, casi todos marchaban á su compás, no pudiendo contener la dulce satisfaccion que les dominaba.

Por invitacion del Cardenal Arcipreste, los individuos del Sacro Colegio volvieron á la Basílica, con el fin de asistir á las segundas vísperas.

Dije ántes, que desde su pórtico incomparable se descubre un soberbio panorama.

Desde dicho punto se contempla una plaza vastísima, que tiene cierto encanto misterioso, no obstante su irregularidad. Generalmente discurren por ella poquísimas personas. Una tarde en que paseaba por ella la vista, descubrí á lo léjos á un cardenal cuyo traje de púrpura hirió mis ojos, y trajo á mi memoria la obligacion que les recuerda de dar generosamente su sangre por Jesucristo, si á ser llega necesario. Habia descendido de su coche, y andaba con sus servidores por aquellos sitios memorables, que hablan con muda pero conmovedora elocuencia. Por una natural asociacion de ideas, me sentí en el dia indicado dulcemente conmovido. A todos mis

amables lectores parecerá natural lo que acabo de manifestar, si continuan leyendo pacientemente.

Más abajo se descubre una pared donde se conserva un mosáico. Es un resto del *Triclinium* que mandó hacer el pontífice San Leon III para recibir al emperador Carlomagno, ese tipo de Príncipes católicos. Se descubre tambien un edificio de pobre aspecto, en que todavía existe la *Scala Santa*, esto es, la escalera del pretorio que subió el Redentor del mundo, para comparecer ante Pilato, á quien imitan muchos políticos de la época presente. Se descubre por último la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen, que para encerrar los trofeos de la pasion de Jesus, edificó Santa Elena y su hijo insigne, á quien maltratan de una manera indigna tantos católicos de nombre.

Aparecen más allá las ruinas de las viejas murallas de Roma, su célebre campiña y los restos de los acueductos prodigiosos que la cruzan por muchas partes, distinguiéndose el de Neron sobre todos los demás.

En último término, las montañas semi-verdes semi-azules de la Sabina, cuyas cimas cubiertas de nieve hace resplandecer el sol de un modo encantador.

¿Quién no se siente atraido en presencia de tales espectáculos? Á las maravillas que son, y á las que fueron, se agregan las que serán hasta la consumacion de los siglos.

Por otro lado de la Basílica se descubre otra gran plaza de proporciones regulares. En medio está el Obelisco mayor de Roma, y junto á la iglesia un grandioso palacio convertido en Museo.

El Obelisco de San Juan de Letran fué trasportado desde Heliópolis á la ciudad de Alejandría por Constantino. Constancio lo trasladó á esta capital sin segunda, en un navío de trescientos remeros, y lo puso en el Circo Máximo.

Hace próximamente tres siglos, hallóse á veinte piés bajo tierra, y algunos años más tarde, *Fontana* lo elevó en el lugar en que todavía se halla, por órden de Sixto V. Es de granito rojo, y está lleno de geroglíficos. Tiene cien piés próximamente de altura, sin contar la base y el pedestal.

El mismo arquitecto construyó, por disposicion del propio Pontífice, el severo palacio referido. Si se prescinde del Farnesio, que actualmente ocupa su propietario el Rey de las Dos Sicilias, es quizás el mejor de Roma bajo el punto de vista artístico. ¡Qué gravedad tan sorprendente! ¡Qué pureza tan extraordinaria! ¡Qué sencillez tan sublime! ¡Qué perfeccion tan asombrosa!

Cuando se compara con los del siglo siguiente y con los que se construyen en el actual, se reconoce que las artes atraviesan un período de postracion lastimosa.

Y venimos á parar siempre al mismo resultado. Áun bajo el punto de vista material, tenemos muy poco que enseñar y mucho que aprender de los antiguos, tan desdeñados en la época presente, por mil conceptos triste, oscura y tormentosa. Lo que se ha conseguido, no se ha logrado merced á las ideas que traen profundamente abatidas y desquiciadas á las sociedades modernas, sino á pesar suyo. Sin ellas, las artes lo mismo que las letras y las ciencias, hubiesen avanzado muchísimo más sin linaje de duda.

Victoriosamente se demuestra considerando lo que pasa en los paises civilizados por el Evangelio, donde las ideas indicadas han podido ser en parte contenidas. Áun prescindiendo de lo que dice relacion á las almas, la civilizacion material produce más hermosos y más sazonados frutos.

XVII.

Otra solemnidad memorable se verificó el dia 25 en una capilla del Vaticano, que construyó por órden del pontífice Paulo III el célebre arquitecto *San Gallo*. Por esta razon se llama Paulina.

Ante todo una palabra sobre ella. Es notable principalmente por sus dos frescos de Miguel Angel, que representan el martirio del Príncipe de los Apóstoles y la conversion del Apóstol de las gentes. Hay otros de mérito tambien grande, aunque menor, de *Sabbatini* y *Zuccari*.

Segun los que han habitado en esta ciudad de Dios durante mucho tiempo, es menester penetrar en ella en la tarde del Jueves Santo, ó en las en que está expuesta á la pública veneracion la Hostia consagrada en el culto tan extendido y precioso de las Cuarenta Horas.

Dicen que los *Monumentos* de Roma son inferiores á los de España, lo cual no me maravilla, por cuanto en ningun país ha sido jamás tan espléndido el culto como en el en que tuvimos la ventura de nacer; pero añaden que el de San Pedro, que se coloca en la capilla mencionada, sorprende por su hermosura y por su magnificencia.

Por lo que hace á dicha segunda solemnidad religiosa, aseguran que cuantos la presencian, salen agradablemente sorprendidos y cautivados. El templete plateado en que se deja el Santísimo Sacramento, cuyo dibujo corresponde al de las gradas del altar; la multitud de cirios que llenan de luz la sagrada mansion; el arte con que se disponen;—los capellanes de la Basílica, arrodillados sobre reclinatorios y cogines de seda, con sus deslumbradores trajes, en los que las finísimas pieles blancas de las mucetas, forman contraste con el color carmesí de sus riquísi-

mos mantos; los fieles que elevan humildes oraciones al Dios de las alturas; los soldados suizos con sus vistosos uniformes que ideara Miguel Ángel, y el ambiente misterioso, inefable, celestial que se disfruta en algunos sitios consagrados por nuestra Religion sacrosanta, forman un espectáculo delicioso, que la memoria recuerda siempre con placer y con dulzura.

En esta capilla se dignó recibir el Papa en el dia indicado á los sacerdotes reunidos en Roma por las



Guardia noble.

próximas fiestas del Centenar. Como se presentaron más de diez mil, segun asegura un testigo de vista, no pudieron acomodarse todos en ella.

Su Santidad entró próximamente á las seis y cuarto de la tarde, precedido de los guardias suizos, y de algunos Príncipes de la Iglesia. Iba vestido de blanco, á excepcion de una capita encarnada. En su hermoso semblante estaba dibujado el más vivo placer.

Con paso firme subió al trono que se le habia preparado. Diríase que las satisfacciones que experimentaba en aquellos dias, proporcionadas, por lo intensas, á las amarguras de todo linaje que le hacen sufrir los gobiernos de algunos paises católicos, le habian vuelto la agilidad propia de la juventud.

Su aparicion fué saludada con aclamaciones generales.

Reinó á poco un silencio sepulcral. El mejor de los reyes y el más querido de los pontífices leyó entonces de pié, y junto á una mesa, el siguiente discurso en latin cuya version en castellano hallarán tambien mis benévolos lectores. Todos los concurrentes pudieron oir otra vez la voz dulce y sonora de Pio IX, admirar su natural magnífica entonacion, y encarecer la sabiduría de que le ha dotado el Supremo Dador de todos los bienes, de todas las gracias, de todos los beneficios.

Dice así este interesante documento:

ALLOCVTIO.

Jucundissima quidem Nobis est maxima et mira vestra frequentia, Dilecti Filii, qui sanctissimo sacerdotio ornati vestrorum Antistitum vestigia sectantes, ad Nos, et ad hanc Romanam Beatissimi Petri Apostolorum Principis Sedem hoc auspicatissimo tempore tanta alacritate convolastis. Equidem hæc eximia vestra erga Nos, et eamdem Sedem pietas, devotio, et observantia, summam Nobis affert consolationem inter gravissimas, quibus affligimur, acer-

Es ciertamente muy grato para Nos, queridos Hijos, vuestra grande y admirable concurrencia; adornados del santísimo sacerdocio, y siguiendo las huellas de vuestros Prelados, habeis venido con tanta diligencia á Nos y á esta romana Sede del Beatísimo Pedro, Príncipe de los Apóstoles, en una ocasion tan propicia. Verdaderamente vuestra gran piedad, devocion y respeto hácia Nos y la misma Santa Sede, Nos proporciona grande consuelo en medio de las gra-



El papa llevando el Santísimo Sacramento en la capilla Sixtina.

bitates. Itaque nihil Nobis gratius, quam intimo paterni Nostri cordis affectu Vos alloqui, qui in Dei exercituum militiam cooptati, et in sortem Domini vocati ipsum Dominum elegistis tamquam partem haereditatis vestræ. Vos ii estis, quos Deus singulari beneficio in Ecclesia sua ad excelsam Sacerdotalem dignatatem evexit, et separavit ab omni populo, sibique junxit, ut serviatis Domino, et stetis coram frequentia populi, ac ministretis ei, et Deo orationes, obsecrationes, et hostiam puram, sanctam, immaculatam pro vestra, ac totius mundi salute offeratis. Hinc per vos ipsi probe noscitis, nihil Vobis potius esse posse, quam morum gravitate, vitæ innocentia, integritate, castitate, omniumque virtutum ornatu, ac sacrarum præsertim disciplinarum scientia quotidie magis fulgere, ut cum humani generis hostibus strenue pugnare, et majorem Dei gloriam, animarumque salutem procurare valeatis. Videte ministerium, quod accepistis in Domino, ut illud impleatis (1) in hac potissimum tanta temporum asperitate, ac tanta inimicorum hominum contra divinam nostram religionem conspiratione et errorum colluvie. Quocirca, Dilecti Filii, arctissimo inter vos caritatis vinculo conjuncti, et illustria vestrorum Antistitum exempla æmulantes, sub eorum ductu laborate veluti boni milites Christi Jesu. Ab hac igitur urbe in vestras Diœceses reversi, omnes sacri vestri ministerii partes diligenter ac sancte implere contendite, et fidelibus curæ vestræ præsertim commissis catholicam unitatem, et doctrinam, ac debitam huic Petri Cathedræ omnium Ecclesiarum matri, et magistræ ejusque documentis obedientiam, reverentiamque inculcate, ne circumferantur omni vento doctrinæ in nequitia hominum, in astutia ad circumventionem erroris. Vos, ut divini verbi interpretes, evangelizetis oportet, et quidem continenter Evangelium Dei sapientibus, et insipientibus, neque jam in sublimitate sermonis, sed in doctrina spiritus prædicate Jesum Christum, et hunc crucifixum, ac nunquam desinite errantes ad salutis tramitem revocare, omnesque exhortari in doctrina sana. Cum autem sitis dispensatores mysteriorum, ac multiformis gratiæ Dei, omni sacrorum ope procurate christianam plebem Vobis concreditam, et maxime ægrotos, ne quid eis auxilii umquam desit, quo facilius ipsi cum morte jam colluctantes, Dæmonis insidias retegant, ejusque tela devitent. Dum hæc agitis, nolite committere, ut non detis lac parvulis potum, quin immo nihil magis Vobis cordi sit quam omni cura rudimenta fidei, morumque disciplinam patienter admodum puerulos docere, eosque ad pietatem omnemque virtutem formare. Summo autem studio auxiliariam vestram operam vestris Antistitibus na-

(1) Coloss. IV, 17.

vísimas amarguras que nos afligen. Nada es más grato por consiguiente para Nos, como dirigiros la palabra con el íntimo afecto de nuestro paternal corazon, á vosotros que, alistados en la milicia de los ejércitos de Dios, y llamados á la suerte del Señor, elegísteis á este mismo Señor como parte de vuestra herencia. Vosotros sois aquellos á quienes Dios por singular beneficio elevó en su Iglesia á la alta dignidad sacerdotal, y separó del comun de su pueblo, y os juntó á él para que le sirvais, esteis al frente de la muchedumbre del pueblo, y le administreis y ofrezcais á Dios oraciones, súplicas y la Hostia pura, santa, inmaculada, tanto por vuestra salvacion, como por la de todo el mundo. De ahí comprendereis muy bien vosotros mismos, que nada debeis cuidar tanto como brillar más y más cada dia por la gravedad de las costumbres, la inocencia de vida, la integridad, la castidad, el esplendor de todas las virtudes, y la ciencia principalmente de las sagradas disciplinas, para que podais combatir valerosamente con los enemigos del género humano, y procurar la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas. Considerad el ministerio que recibísteis en el Señor para desempeñarlo bien (a), principalmente en estos tan difíciles tiempos, en medio de la grande conspiracion de los hombres enemigos de nuestra Religion divina, y en medio, además, de un diluvio de errores. Por eso, queridos Hijos, unidos los unos y los otros por el más estrecho vínculo de la caridad, é imitando los ejemplos ilustres de vuestros Prelados, debeis trabajar bajo su direccion como buenos soldados de Jesucristo.

Cuando hayais vuelto de esta ciudad á vuestras diócesis, esforzaos en cumplir con cuidado y santamente los deberes todos de vuestro sagrado ministerio, é inculcad á los fieles encomendados especialmente á vuestro cuidado, la unidad católica y la buena doctrina, y la obediencia y el respeto debido á esta cátedra de Pedro, madre y maestra de todas las iglesias, y á sus enseñanzas, para que no sean arrebatados de todo viento de doctrina por la maldad de los hombres, en la astucia del error que nos rodea. Como intérpretes de la palabra divina, debeis predicar, y predicar de continuo el Evangelio de Dios á los sabios y á los ignorantes. Debeis predicar á Jesucristo, y á Jesucristo Crucificado, no con la sublimidad del discurso, sino con la doctrina que viene del Espíritu Santo; y nunca debeis cesar de llamar al camino de la salud á los que de él se separen, y exhortar á todos con la sana doctrina. Dispensadores como sois de los sagrados misterios, y de la gracia que se comunica de muchas maneras, procurad con toda la riqueza de las cosas sagradas, que ningun auxilio falte á los fieles que os han sido confiados, y particularmente á los enfermos, á fin de que en su lucha con la muerte, descubran las astucias del demonio y eviten sus dardos.

Al obrar de este modo, no os olvideis de dar la leche á los niños; ántes bien, nada debeis tener tan presente como enseñarles con todo esmero los principios de la fe y las reglas de costumbres, y formarlos en la piedad y en toda virtud. Dedicaos con gran

(a) Coloss. IV, 17.

vantes, eisque illa, qua par est, reverentia obsequentes, omnia peragenda curate, ut quod in propria cujusque vestrum Diœcesi infirmum sit, sanetur, quod confractum alligetur, quod abjectum reducatur, quod perierit quæratur, ut Deus in omnibus honorificetur per Jesum Christum Dominum Nostrum (1). Intentis vero animis cogitate immarcescibilem illam gloriam, quam dabit vobis Dominus justus judex, si inconfusibiles vos operarios invenerit in magna illa die, iniquis amara valde, sed justis læta, immo jucundissima. Hæc cogitatio in proprii vestri ministerii partibus recte implendis vos foveat, in perferendis laboribus vos sublevet, in exequendis Dei, ejusque sanctæ Ecclesiæ mandatis vos confirmet. Ne desinatis ferventissimas Deo offerre preces pro Ecclesiæ suæ triumpho, ac pace, et omnium hominum salute, Eumque semper exorate, ut divina sua gratia vestros secundet labores, ad majorem sancti sui nominis gloriam ubique procurandam. Et quo facilius Deus vestris annuat votis, deprecatores apud Ipsum adhibete primum quidem Immaculatam Deiparam Virginem Mariam, cujus et tutela tam potens, et materna in nos voluntas, ac deinde Beatissimos præsertim Apostolos Petrum et Paulum, et Cœlites omnes, qui Christi vestigia sequuti triumphales jam meruerunt coronas, ac vota, precesque nostras pronis semper auribus excipiunt, nobisque ultro etiam suffragantur, ut ejusdem gloriæ consortes aliquando reperiamur. Denique, Dilecti Filii, cœlestium omnium munerum auspicem, et præcipuæ Nostræ caritatis pignus Apostolicam Benedictionem ex intimo corde profectam Vobis, et fidelibus vestræ vigilantiæ commissis peramanter impertimur. Insuper veniam perlibenter tribuimus, ut die a proprio cujusque vestrum Episcopo designanda, quicumque ex vestris regionibus profecti hic adestis, Apostolicam Benedictionem cum applicatione Plenariæ Indulgentiæ fidelibus spirituali vestræ curæ concreditis semel impertire possitis, dummodo fideles ipsi Sacramentali Confessione expiati, et Sacra Synaxi refecti, pro Sanctæ Matris Ecclesiæ exaltatione, ac triumpho ferventes ad Deum preces effuderint.

MONITVM.

Apostolica Benedictio, de qua supra mentio est, danda erit in forma Ecclesiæ consueta, et ab iis tantummodo dari poterit, qui aut Parochi sunt, aut Parochorum auxiliares, aut Religiosarum Domuum, aliorumve Piorum Locorum, aut Institutorum christianæ juventuti educandæ, aut hospitalium, aut carcerum pœnalium moderatores.

(1) 1 Pet. IV, 11.

celo á coadyuvar á vuestros Obispos, y conformándoos con la voluntad de ellos con todo el respeto que se les debe, cuidad de hacer cuanto es preciso, para que en cada una de vuestras diócesis, lo enfermo se sane, lo quebrantado se úna, lo caido se levante, lo perdido se busque, para que Dios sea honrado en todo por Jesucristo Nuestro Señor (*a*).

Pensad siempre en la gloria incorruptible que os dará el Señor, juez justo, si os hallare operarios á quiene nada pueda confundir en aquel gran dia tan profundamente amargo para los malos, pero tan lleno de dulzura y alegría para los justos. Que este pensamiento os anime en el recto cumplimiento de las cargas del ministerio que os es propio, os aligere el peso de vuestros trabajos, y os confirme en la obediencia de los mandamientos de Dios y de su Santa Iglesia. No ceseis de dirigir á Dios fervorosísimas oraciones por el triunfo y la paz de la Iglesia, y por la salvacion de todos los hombres, y rogadle tambien de continuo que favorezca vuestros trabajos con su divina gracia, para procurar en todas partes la mayor gloria de su santo nombre. Y para que Dios escuche más fácilmente vuestras oraciones, poned por intercesores para con él en primer lugar, á la Inmaculada Madre de Dios Vírgen María, que tanto puede y que tan maternalmente nos mira; despues principalmente á los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y por último, á todos los Santos que habiendo seguido las huellas de Cristo, han merecido ya coronas de triunfo, y escuchan siempre con benevolencia nuestros ruegos y nuestras oraciones, y nos ayudan amorosamente para que podamos un dia ser participantes de la misma gloria.

Y ahora, queridos Hijos, os otorgamos de lo más íntimo de nuestro corazon y con grande amor, á vosotros, y á todos los fieles confiados á vuestro cuidado, la bendicion apostólica, presagio de todos los dones celestiales, y prenda de nuestra singularísima caridad. Además, os autorizamos con mucho agrado á vosotros todos los que estais aquí presentes, y que habeis venido de vuestros respectivos paises, para conceder una sola vez, el dia que designe vuestro Prelado, la bendicion apostólica con aplicacion de indulgencia plenaria, á los fieles á vosotros encomendados, con tal que ellos purificados por la confesion sacramental, y fortificados con la Santa Comunion, dirijan fervorosas oraciones á Dios, por la exaltacion y triunfo de nuestra Santa Madre la Iglesia.

ADVERTENCIA.

La bendicion apostólica de que se hace mencion arriba, deberá darse en la forma acostumbrada en la Iglesia. Sólo podrán darla los Párrocos ó sus auxiliares, y los directores de las casas religiosas ú otros establecimientos piadosos, de institutos de educacion de la juventud cristiana, de hospitales, ó de prisiones.

(*a*) 1 Pet. IV, 11.

La alocucion no puede ser más tierna, ni más sentida, ni más oportuna, ni más deleitable.

Pio IX principia manifestando su contento al ver á tantos sacerdotes que han venido en alas del amor que profesan á la Santa Sede, conformándose además con el noble y consolador ejemplo de sus prelados respectivos.

Encarece despues la imponderable alteza del augusto sacerdocio del Hombre Dios, envidiado por los espíritus angélicos, que están cabe al resplandeciente Trono del Eterno. Pone seguidamente de realce los deberes sagrados y las responsabilidades abrumadoras que lleva consigo. Como si quisiera rebatir la ridícula é insustancial aseveracion, segun la que, la Iglesia mira con desden los conocimientos humanos, no bien ha dicho que los sacerdotes deben resplandecer con «el esplendor de todas las virtudes,» añade que han de procurar por todos los medios posibles, principalmente la posesion de la ciencia eclesiástica, á fin de que «podais combatir valerosamente con los enemigos del género humano.» Como si tratara de oponer un correctivo á los que ocupan la cátedra del Espíritu Santo, más para conseguir gloria y renombre que para lograr la salvacion de las almas, les manda que prediquen á Jesucristo crucificado «no con la subimidad del discurso, sino con la doctrina que viene del Espíritu Santo.»

Un buen padre ama naturalmente más, y cuida con mayor esmero de sus hijos débiles. El sucesor de san Pedro es el padre espiritual de los católicos en el mundo existentes, y está muy puesto en razon por lo tanto, que mencione y recomiende de una manera singular á los niños y á los enfermos.

La mision es difícil, pero la reecompensa será grande. Pio IX hace mérito de ella. ¿Prometerá honores, consideracion social, dinero, algo en fin de lo que halaga, fascina, ciega y pierde á los hombres? De nada de todo eso se trata, sino de cosa muy distinta, y puedo añadir sin exageracion, enteramente opuesta. El Redentor del mundo dijo cuál era, y su Vicario repite sustancialmente sus frases consignadas en el Evangelio: «Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.»

Otorga el Pontífice á los ministros del Señor su bendicion apostólica para fortalecerles. Y les autoriza en fin, no queriendo privar de sus consecuencias saludables á sus hijos ausentes de Roma, para que vueltos á sus respectivas residencias, se la concedan á los que se les han encomendado, con indulgencia plenaria á los que, purificados por la confesion y fortalecidos con el pan sobresustancial, procuren, por medio de oraciones fervorosas, la exaltacion y triunfo de la Iglesia.

Terminada la lectura, salió, siendo tambien despedido por la concurrencia con generales aclamaciones.

Un sacerdote francés entonó luego por tres veces en favor del Padre Santo la siguiente oracion, que fué repetida por la multitud, llena de regocijo y enagenada de entusiasmo:

Oremus pro Pontifice nostro Pio. Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum ejus.

Ví bajar á los sacerdotes, y noté la satisfaccion que les dominaba. Muchos llevaban gran número de medallas y rosarios que habian sido ya bendecidos por Su Santidad.

No espero ver nunca tantos sacerdotes reunidos.

Al dia siguiente, se celebró un Consistorio público para la entrega del capelo cardenalicio á su excelencia ilustrísima el señor don Luis de la Lastra y Cuesta, arzobispo de Sevilla. El órden de la obra, que me ha impedido continuar dia por dia la relacion de los sucesos, no me permite describir la ceremonia. Lo haré pronto al relatar todas las que lleva consigo el hecho á que acabo de aludir.

Hago mencion aquí del Consistorio mencionado, porque despues de concluido, Su Santidad leyó á los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos que a él concurrieron la memorable alocucion del dia 26 de Junio, que dice así:

VENERABILES FRATRES:

Singulari quidem inter maximas Nostras acerbitates gaudio et consolatione afficimur, cum iterum gratissimo conspectu ac frequentia vestra perfrui, vosque coram alloqui in hoc amplissimo conventu possimus, Venerabiles Fratres. Vos enim ex omnibus terrarum regionibus desiderii Nostri significatione et vestræ pietatis instinctu in hanc Urbem adducti, Vos eximia religione præstantes, in sollicitudinis Nostræ partem vocati nihil potius habetis, quam calamitosis hisce temporibus omnem in re catholica tuenda animarumque salute curanda ves-

VENERABLES HERMANOS:

En medio de Nuestras crueles amarguras, sírvenos de singular alegría y consuelo gozar nuevamente de vuestra agradabilísima presencia y de vuestra compañía, y poder dirigiros la palabra en esta magnífica Asamblea.

Vosotros, en efecto, llegados á esta ciudad de todas las regiones de la tierra á una señal de Nuestro deseo y por inspiracion de vuestra piedad; vosotros, tan eminentes por vuestra religion, llamados á tomar parte en nuestra solicitud, no teneis otro propósito en esta época de calamidades que el de ayudarnos á defender el Catolicismo y procurar la salvacion de las almas, dulcificar nuestras multiplicadas amar-

tram opem Nobis ferre, multiplices mœrores Nostros lenire, ac ampliora in dies vestræ fidei, voluntatis et obsequii erga hanc Petri Cathedram experimenta præbere. Hoc vestro adspectu recreamur vehementer, hoc novo pietatis et amoris vestri argumento ac testimonio de illis libenter recordamur, quæ usque ad hanc diem concordibus animis, non uno studiorum genere, non intermissis curis, non deterriti adversis certatim edidistis. Quæ porro rerum suavissimarum memoria alte Nobis in animo infixa, semperque mansura, illud efficit, ut gratus Nostræ caritatis sensus, multo nunc quam alias ardentior atque vividior, erga universum vestrum ordinem perspicua testificatione et luculentioribus signis, palam publiceque gestiat erumpere.

Sed si hæc leviter raptimque perstricta superiorum temporum recordatio Nos adeo percellit atque solatur, Vos ipsos, Venerabiles Fratres, facile intellecturos arbitramur qua lætitia exultet, qua caritate flagret hodie cor Nostrum, dum iterum observantia et frequentia vestra perfruimur, qui ex remotioribus etiam catholicis provinciis Nostro desiderio perspeguras, y darnos cada vez mayores pruebas de vuestra fidelidad, buena voluntad y obediencia á la cátedra de Pedro.

Alégranos profundamente vuestra presencia, y ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor, recordamos de buen grado los que hasta hoy Nos habeis dado á porfía con una completa concordia y esmerado celo, sin huir de los contratiempos, y sin dejaros vencer por la adversidad. Este recuerdo tan suave y dulce, impreso profunda y perpetuamente en Nuestra alma, hace que Nuestro reconocimiento y Nuestro afecto, ahora más ardientes y vivos que nunca para con todos vosotros, hayan de manifestarse públicamente con señales más claras y con testimonio más solemne.



Un macero.

Pero si este ligero y breve recuerdo del tiempo pasado, Nos ofrece tan gran consuelo, comprendereis fácilmente, y Nos estamos convencidos de ello, cuánta alegría y cuánto amor siente hoy Nuestro corazon al tener de nuevo la dicha de disfrutar de vuestra compañía, Venerables Hermanos, que desde las más remotas naciones católicas habeis venido á Nuestro lado, á la enunciacion de un simple deseo Nuestro, y movidos todos de una misma piedad y devocion.

eto, una omnes pietate et amore acti ad Nos convenistis. Nihil enim Nobis optatius, nihil jucundius esse potest quam vestro in cœtu versari, vestraque Nobiscum conjunctionis fructum capere, in iis potissimum solemnibus peragendis in quibus omnia, quæ versantur ante oculos, de Catholicæ Ecclesiæ unitate, de immobili unitatis fundamento, de præclaro ejus tuendæ servandæque studio, ac gloria loquuntur. De illa scilicet admirabili unitate loquuntur, qua, veluti quadam vena, Divina Spiritus charismata et dona in mysticum Christi corpus manant, ac in singulis ejus membris tanta illa fidei et caritatis exempla excitant, quæ universum hominum genus in admirationem impellunt. Agitur enim, Venerabiles Fratres, hoc tempore, ut Sanctorum honores decernantur tot inclitis Ecclesiæ Heroibus, quorum plerique gloriosum martyrii certamen certantes, alii pro tuendo Apostolicæ Cathedræ, in qua veritatis et unitatis est centrum, Principatu, alii pro integritate ac unitate fidei vindicanda, alii pro restituendis Catholicæ Ecclesiæ hominibus schismate avulsis pretiosam mortem libenter oppetierunt, adeo ut mirum divinæ Providentiæ consilium satis eluceat, quæ tum maxime exempla adserendæ catholicæ unitatis, et triumphos Adsertorum proposuit, cum Catholica fides et Apostolicæ Sedis auctoritas infestioribus inimicorum artibus conflictaretur. Agitur præterea ut memoriam diei auspicatissimi solemni ritu recolamus, quo die Beatissimus Petrus et Coapostolus ejus Paulus ante annos mille octingentos illustri martyrio in hac urbe perfuncti, immobilem Catholicæ Ecclesiæ unitatis arcem suo sanguine consecrarunt. Quid igitur, Venerabiles Fratres, Nobis optabilius et tantorum Martyrum triumphis congruentius esse poterat, quam ut in eorum honoribus pulcherrima Catholicæ unitatis exempla ac spectacula, majore qua possent significatione et luce fulgerent? Quid æquius erat, quam ut hæc ipsa de Apostolorum Principum triumphis gratulatio, quæ ad totius Catholici nominis religionem pertinet, vestro etiam adventu studioque celebraretur? Quid dignius demum, quam ut tot tantarumque rerum splendor pietatis lætitiæque vestræ accessione fieret illustrior?

At non solum apta rebus et grata Nobis, Venerabiles Fratres, hæc pietas, et concors cum Apostolica Sede conjunctio, sed præterea tanti momenti est, ut maximi ex ea ac salutares admodum fructus sive ad comprimendam impiorum audaciam, sive ad communem fidelium et vestram singulorum utilitatem, omnino debeant existere. Ex hac nimirum Religionis oppugnatores intelligant necesse est, quam vigeat, qua vita polleat Catholica Ecclesia, quam infensis animis insectari non desinunt: discent quam inepto stultoque convicio eam veluti exhaustam viribus et

Porque nada puede ser más satisfactorio, nada más agradable para Nos, que encontrarnos en vuestra Asamblea, y aprovechar los frutos de nuestra mutua union, especialmente en estas solemnidades, en las cuales todo lo que pasa ante nosotros demuestra la unidad de la Iglesia católica, su inquebrantable fundamento, y el deseo y la gloria de defenderla y conservarla. Sí: todo demuestra esta admirable unidad por medio de la que, como por un canal se derraman en el cuerpo místico de Cristo los dones y gracias del Espíritu Santo, siendo causa en cada uno de sus miembros, de esos ejemplos de fe y caridad, que son la admiracion de todo el género humano.

Trátase en efecto, Venerables Hermanos, en este momento, de decretar los honores de la Santidad á tantos ilustres héroes de la Iglesia, la mayor parte de los cuales combatiendo en el glorioso palenque del martirio, sufrieron con gozo una preciosa muerte; unos por defender el Principado de esta cátedra apostólica, que es el centro de la unidad y de la verdad; otros por reivindicar la integridad y la unidad de la fe; otros en fin, por atraer hácia la Iglesia católica á los hombres arrebatados por el cisma; y todo esto de tal manera, que claramente se muestra aquí el maravilloso designio de la divina Providencia, que ha propuesto estos ejemplos de adhesion á la unidad católica, y el triunfo de estos héroes, precisamente en un tiempo en que la fe católica y la autoridad de la Sede apostólica son objeto de las más implacables maquinaciones.

Trátase además, de celebrar solemnemente la memoria del faustísimo dia en que el bienaventurado Pedro y su coapóstol Pablo, habiendo sufrido en esta ciudad hace mil ochocientos años el más glorioso martirio, consagraron con su sangre la inexpugnable fortaleza de la unidad católica.

¿Qué podia haber pues, Venerables Hermanos, más grato para Nos y más en armonía con el triunfo de tales mártires, que hacer brillar en los honores que les tributamos, los más bellos ejemplos y los más luminosos espectáculos de la unidad de la Iglesia católica? ¿Qué más justo que el que esta alegría del triunfo de los Príncipes de los Apóstoles, que pertenece á todo el universo católico, fuese realzada por vuestra presencia y vuestro celo? ¿Qué más conveniente en fin, que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos se hiciese más brillante todavía por la cooperacion de vuestra piedad y de vuestro gozo?

Pero esta piedad y esta union íntima con la Sede Apostólica, no sólo está en armonía con las circunstancias y con vuestros sentimientos, Venerables Hermanos: es además de tanta importancia, que deben sacarse de ella los más saludables frutos, ya para contrarestar la audacia de los impíos, ya para utilidad comun de los fieles y de cada uno de vosotros. Por ella los adversarios de la Religion comprenderán cuál es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica que ellos no cesan de perseguir llenos de odio; aprenderán cuán insensata é infundada es la injuria que le dirigen cuando la acusan de hallarse estenuada y de que ha pasado su tiempo; sabrán fi-

suis defunctam temporibus incusarint: discent demum quam male suis triumphis plaudant, ac suis consiliis et conatibus fidant, satis perspicientes tantam virium compagem convelli non posse, quam Jesu Christi spiritus et divina virtus in Apostolicæ confessionis petra coagmentavit. Profecto si unquam alias hoc maxime tempore, Venerabiles Fratres, omnibus hominibus pateat necesse est, ibi solum animos arctissima inter se conjunctione contineri posse, ubi unus idemque Dei spiritus omnibus dominatur; at Deo relicto, Ecclesiæ auctoritate contempta, homines felicitatis ejus quam per scelera quærunt expertes, in turbulentissimis tempestatibus misere, dissidiisque jactari.

Sed si fidelium communis spectetur utilitas, quidnam, Venerabiles Fratres, opportunius ac salutarius ad incrementum obsequii erga Nos et Apostolicam Cathedram Catholicis gentibus esse potest, quam si videant quanti a Pastoribus suis Catholicæ unitatis jura et sanctitas fiat, eamque ob causam cernant eos magna terrarum spatia marisque transmittere, nec ullis deterreri incommodis, quominus ad Romanam Cathedram advolent, ut in Nostræ humilitatis persona Petri Successorem et Christi in terris Vicarium revereantur? Hac nempe auctoritate exempli longe melius quam subtiliori qualibet doctrina agnoscent, qua veneratione, obedientia et obsequio erga Nos uti debeant; Quibus in persona Petri a Christo Domino dictum est «pasce agnos meos, pasce oves meas,» iisque verbis suprema sollicitudo ac potestas in universam Ecclesiam credita est atque commissa.

Quin etiam Vos ipsi, Venerabiles Fratres, Vos in sacro vestro ministerio obeundo, ex hac erga Apostolicam Sedem observantia insignem fructum laturi estis. Quo enim majora vos necessitudinis fidei amorisque vincula cum angulari petra mystici ædificii devinxerint, eo magis etiam, uti omnium Ecclesiæ temporum memoria docet, eam fortitudinem induemini ac robur, quod ab amplitudine ministerii vestri contra hostiles impetus, et adversitates rerum postulatur. Quid enim aliud Christus Dominus intelligi voluit cum Petrum tuendæ fratrum firmitati præficiens «Ego, inquit, rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos (1)?» Nimirum, ut S. Leo M. innuit, «specialis cura Petri a Domino suscipitur, et pro fide Petri proprie supplicatur, tamquam aliorum status certior sit futurus, si mens Principis victa non fuerit. In Petro ergo omnium fortitudo munitur, et divinæ gratiæ ita ordinatur auxilium, ut firmitas quæ per Christum Petro tribuitur, per Petrum apostolis cæteris conferatur (2).»

(1) Luc. XXII, 32.
(2) Ser. III in anniv. Ass. suæ.

nalmente, cuán sin razon se glorian de sus triunfos, y confian en sus consejos y conatos, viendo claramente que no es posible destruir un conjunto de fuerzas tal como el que el espíritu y la virtud divina de Jesucristo ha establecido sobre la base de la Confesion de los Apóstoles. Ciertamente, Venerables Hermanos, ahora más que nunca es necesario hacer evidente á todos que los ánimos, solamente están unidos con estrechísimo lazo, allí en donde reina el verdadero espíritu de Dios; y que abandonando á Dios y menospreciando la autoridad de la Iglesia, los hombres, en vez de alcanzar la felicidad que buscan por el camino del crímen, se encuentran envueltos en miserables discordias y funestísimas tempestades.

Si se considera la utilidad comun de los fieles, ¿qué puede haber, Venerables Hermanos, más saludable y conveniente á las naciones católicas, para aumentar su respeto á Nos y á la cátedra apostólica, que ver cuán caros son á sus Pastores los derechos y virtud de la unidad católica, y cómo estos Pastores atraviesan los vastos espacios de la tierra y de los mares, sin curarse de los inconvenientes del viaje, para volar á Roma al lado de la cátedra apostólica, á fin de reverenciar en Nuestra humilde persona al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo en la tierra?

Este ejemplo les hará reconocer, mejor que las más sutiles enseñanzas, cuánta veneracion, deferencia y sumision deben tener hácia Nos, á quien en la persona de Pedro dijo Nuestro Señor Jesucristo: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas,» y á quien por estas palabras se ha conferido y encomendado la solicitud y el poder supremo sobre la Iglesia universal.

Y tambien vosotros, Venerables Hermanos, recogereis de esta deferencia hácia la Sede Apostólica frutos excelentes para cumplir vuestro ministerio. Porque cuanto más unidos esteis á la piedra angular del edificio místico con los lazos de la fe, de la ternura y del amor, más fuertes os sentireis, segun enseña la historia de todas las edades de la Iglesia, con esa fortaleza y ese valor que exige la grandeza de vuestro cargo, para resistir las acometidas del enemigo y todo linaje de adversidades.

Y si no, ¿qué otra cosa quiso significar Nuestro Señor Jesucristo cuando, al confiar á Pedro el cuidado de sostener la firmeza de sus hermanos, le dijo: «Yo he rogado por tí, á fin de que no te falte la fe, y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos (1)?» En efecto, como indica San Leon el Grande, «el Señor cuida particularmente de Pedro, y pide especialmente por la fe de Pedro, como que la condicion de los otros ha de ser más segura, no siendo vencido el corazon de su Príncipe. En Pedro pues se encierra la fortaleza de todos, y el socorro de la gracia divina está de tal manera ordenado, que la firmeza concedida por Cristo á Pedro, es conferida por medio de Pedro á los demás Apóstoles (2).

(1) Lúc. XXII, 32.
(2) Ser. III in anniv. Ass. suæ.

Quapropter Nos semper persuasum habuimus fieri non posse ut ejus fortitudinis, qua præcipuo Domini munere cumulatus est Petrus, non aliqua semper in vobis fieret accessio, quoties prope ipsam Petri personam, qui suis in successoribus vivit, præsentes consisteretis, ac tantummodo solum attingeretis hujus urbis, quam sacri Apostolorum Principis sudores et triumphalis sanguis irrigavit. Immo etiam, Venerabiles Fratres, nunquam Nos dubitavimus quin ex ipso sepulcro ubi beatissimi Petri cineres ad religionem Orbis sempiternam quiescunt, quædam arcana vis et salutaris virtus existat, quæ Pastoribus Dominici gregis fortes ausus, ingentes spiritus, magnanimos sensus inspiret, quoque instaurato eorum robore efficit, ut impudens hostium audacia, catholicæ unitatis virtuti et potestatis impar, impari etiam certamine residat et corruat.

Nam quid Nos tandem dissimulemus, Venerabiles Fratres? Jamdiu in acie contra callidos et infestos hostes pro justitiæ et Religionis defensione versamur. Tam diuturna, tam ingens dimicatio geritur, ut omnium quotquot in sacra militia censentur simul conjunctæ vires, non justo majores numero ad resistendum esse videantur. Nos quidem Ecclesiæ causam, libertatem et jura pro supremi muneris Nostri ratione propugnantes, usque ad hanc diem Dei Omnipotentis ope ab exitialibus periculis incolumes fuimus, sed tamen rapimur et jactamur adhuc adversis ventis et fluctibus, non quidem timentes naufragium quod Christi Domini præsens auxilium timere non sinit, sed intimo sane dolore affecti ob tot novarum doctrinarum monstra, tot impie in Ecclesiam ipsam et Apostolicam Sedem commissa, quæ quidem jam alias damnata ac reprobata (1), palam nunc iterum pro sacri Nostri muneris officio reprobamus et condemnamus. In hac tamen præsentis temporis ratione, et in ea quam capimus ex conspectu vestro lætitia, ultro commemorare prætermittimus tot sollicitudines, curas, angores qui cor Nostrum gravi ac diuturno vulnere excruciant ac torquent. Hæc potius omnia apud altaria afferemus quæ Nostris assidue oneravimus precibus, respersimus lacrymis; hæc omnia Clementissimo misericordiarum Patri instauratis obsecrationibus aperiemus iterum ac revelabimus, in Eo omnino fidentes qui Ecclesiæ suæ incolumitatem et gloriam tueri novit et potest, quique judicium faciens omnibus injuriam patientibus, de causa Nostra et adversantium Nobis, non fallente die, justo judicio judicabit.

Interim vero vos, Venerabiles Fratres, pro spectata vestra sapientia recte intelligitis, quam vehementer intersit ad occurrendum impiorum consiliis

(1) Alloc. Consist. 29. Oct. 1866.

Por eso Nos hemos estado siempre persuadidos de que esta fuerza de que se ha colmado á Pedro por un don especial del Señor, no podia ménos de aumentar la vuestra cada vez que os aproximáseis á Pedro, que vive en sus sucesores, y áun sólo con llegar á esta ciudad que el Príncipe de los Apóstoles ha regado con sus sudores sagrados, y su sangre triunfal. Ademas, Venerables Hermanos, Nos no hemos dudado nunca de que de este sepulcro mismo, en que reposan los restos del Bienaventurado Pedro, en medio de la veneracion eterna del universo, no brote un cierto poder oculto, una virtud saludable que inspire á los Pastores del Señor las fuertes empresas, las grandes determinaciones, los sentimientos magnánimos, y la cual, dándoles un nuevo vigor, hace que la impudente audacia de sus enemigos, incapaz de resistir á la virtud y potestad de la unidad católica, ceda y sucumba en desigual certámen.

Y en efecto: ¿por qué hemos de disimularlo, Venerables Hermanos? Largo tiempo há que estamos en el campo de batalla, luchando en defensa de la Religion y de la justicia contra enemigos pérfidos y encarnizados; el combate es tan largo, tan doloroso, que todas las fuerzas juntas de la milicia sagrada no parecen sobradas para resistir. En cuanto á Nos, combatiendo por la causa de la Iglesia, por su libertad y por sus derechos, como exige nuestro supremo cargo, hasta aquí Nos hemos librado, gracias al auxilio de Dios Todopoderoso, de mortales peligros; mas sin embargo, Nos somos arrastrados y agitados por vientos y corrientes enemigas: no tememos el naufragio, porque la asistencia presente de Nuestro Señor Jesucristo no nos permite temer; pero sentimos un íntimo dolor en vista de tan monstruosas y nuevas doctrinas, de tantos crímenes é impiedades cometidos contra la Iglesia y la Sede Apostólica. Nos los hemos ya condenado y reprobado otras veces (1); y hoy, cumpliendo con nuestro cargo, de nuevo los condenamos y reprobamos públicamente.

Sin embargo, en las circunstancias actuales y en medio de la alegría que Nos causa vuestra presencia, dejamos de buena gana de recordar los cuidados, los desvelos y angustias que torturan y laceran nuestro corazon con graves y continuas heridas. Queremos más bien depositarlas en los altares, donde tantas veces hemos ofrecido nuestras preces y derramado nuestras lágrimas. Nos depositaremos y presentaremos de nuevo en nuestras reiteradas súplicas todos estos sufrimientos á la misericordia del Padre Celestial, confiando sin reserva en Aquél que sabe y puede procurar la gloria y la salvacion de su Iglesia, y que, haciendo justicia á todos los que padecen persecucion por nuestra causa, y á todos nuestros adversarios, pronunciará en el dia determinado su justa sentencia.

Empero entre tanto vosotros, Venerables Hermanos, comprendeis bien con vuestro saber y con vuestra prudencia cuán importante es, para oponerse á

(1) Aloc. consist. 29 Octubre 1866.

et tot detrimenta Ecclesiæ sarcienda, ut quæ vestrum omnium cum Nobis et Apostolica hac Sede concordia tantopere enitet, altius in dies defixis radicibus roboretur. Quin immo, hic catholicæ conjunctionis amor, qui ubi semel inhæsit animis, ad aliorum etiam utilitatem late dimanat, hic profecto vos conquiescere non sinet, nisi pariter in eadem catholica concordia ac indivulsa fidei, spei caritatisque consensione ecclesiasticos omnes viros quorum Duces estis, et universos fideles vobis concreditos una opera præstare connitamini. Nullum sane spectaculum angelorum atque hominum oculis pulchrius esse poterit, quam si in hac peregrinatione nostra, qua ab exilio ad patriam pergimus, æmula imago referatur et ordo peregrinationis illius, qua duodecim Israeliticæ Tribus ad felices Promissionis oras conjunctis itineribus contendebant. Ingrediebantur enim omnes, singulæ suis discretæ auctoribus, distinctæ nominibus, diremptæ locis, parebantque suis quæque familia patribus, bellatorum manus ducibus, hominum multitudo principibus; sed tamen unus erat tot ex

los designios de los impíos y reparar los quebrantos de la Iglesia, que Vuestro acuerdo unánime con Nos y con esta Sede Apostólica brille siempre con nuevo esplendor, y se arraigue cada dia más profundamente. Además de que este amor de la union católica, que despues de haber nacido en las almas se difunde ampliamente en beneficio de los demás, este amor seguramente no os permitirá dar descanso al ánimo hasta que, en virtud de todos vuestros esfuerzos, hayais unido en esta misma concordia universal, en esta comunidad indestructible de la fe, de la esperanza y de la caridad á todos los eclesiásticos, de quienes sois jefes, y á todos los fieles encomendados á vuestra guarda.



Conductores de la Silla gestatoria.

Ciertamente no podrá darse espectáculo más bello á la contemplacion de los ángeles y de los hombres, que reproducir en esta peregrinacion que nos lleva del desierto de la tierra á la patria, la imágen fiel de aquella peregrinacion de las doce tribus de Israel, marchando en comun hácia la tierra feliz de promision. Todas iban juntas, dirigida cada una por sus jefes, distinta por su nombre, dividida por el sitio que ocupaba en el campo; cada familia obedecia á

gentibus populus, qui eidem Deo et ad eamdem supplicabat aram, unus qui iisdem legibus, eidem Sacerdoti Maximo Aaroni, eidem Dei Legato obtemperabat Mosi, unus qui pari jure in bellorum laboribus et victoriarum fructibus utebatur, unus demum qui pariter sub tentoriis agens, et admirabili vescens cibo, eamdem concordibus votis adspirabat ad metam.

Hujusmodi vos conjunctioni perpetuo retinendæ operam daturos, tot jam pignoribus vestræ fidei concordiæque acceptis, certum omnino ac exploratum habemus. Spondet id Nobis spectata vestra integritas, ac præstans virtus, quæ semper ubique sui similis, et omni periculo major effulsit: spondet illud ingens studium et ardor qui vos ad æternam hominum salutem curandam, et ad divinam amplificandam gloriam rapit atque urget: spondet id demum ac certissime spondet sublimis illa oratio, quam Christus ipse ante extremos cruciatus suos ad Patrem obtulit. Illum precatus, «ut omnes unum sint, sicut tu Pater in Me et Ego in Te, ut et ipsi in Nobis unum sint (1);» cui precationi fieri nunquam potest, ut Divinus non annuat Pater.

Nobis autem, Venerabiles Fratres, nihil optabilius est quam, ut eum fructum quem maxime salutarem ac faustum Ecclesiæ universæ fore ducimus, ex hac eadem vestra cum Apostolica Sede conjunctione capiamus. Jamdiu enim animo agitavimus, quod pluribus etiam Venerabilium Fratrum Nostrorum pro rerum adjunctis innotuit, ac illud etiam, ubi primum optata Nobis opportunitas aderit efficere aliquando posse confidimus, nempe ut sacrum œcumenicum et generale omnium Episcoporum catholici Orbis habeamus Concilium, quo collatis consiliis conjunctisque studiis necessaria ac salutaria remedia, tot præsertim malis quibus Ecclesia premitur, Deo adjuvante adhibeantur. Ex hoc profecto, uti maximam spem habemus, eveniet, ut Catholicæ veritatis lux errorum tenebris, quibus mortalium mentes obvolvuntur amotis, salutare suum lumen diffundat, quo illi veram salutis et justitiæ semitam, adspirante Dei gratia, agnoscant et instent. Ex hoc item eveniet, ut Ecclesia veluti invicta castrorum acies ordinata hostiles inimicorum conatus retundat, impetus frangat, ac de ipsis triumphans Jesu Christi Regnum in terris longe lateque propaget ac proferat.

Nunc vero ut vota Nostra impleantur, utque Nostræ vestræque curæ uberes justitiæ fructus christianis afferant populis, ad Deum omnis justitiæ et bonitatis fontem erigamus oculos, in quo omnis plenitudo præsidii, et gratiæ ubertas sperantibus collocata est. Cum autem advocatum apud Patrem habeamus Jesum Christum Filium Ejus, Pontificem magnum

(1) Joan. XVII, 21.

sus padres, cada legion de guerreros á sus capitanes; la multitud obedecia al Príncipe, y sin embargo no habia en todas estas tribus más que un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y oraba en el mismo altar; un solo pueblo sometido á las mismas leyes, al mismo Soberano Pontífice, á Aaron; al mismo enviado de Dios, á Moisés; un solo pueblo usando de un mismo derecho en los trabajos de la guerra y en los frutos de la victoria; uno solo en fin, que viviendo bajo las mismas tiendas, y alimentándose con un sustento maravilloso, aspiraba en sus votos unánimes al mismo objeto.

Ciertamente Nos sabemos, por tantas pruebas de fidelidad y concordia ya recibidas, que vosotros pondreis todo vuestro cuidado en conservar perpetuamente esta union: Nos lo asegura vuestra integridad, vuestra virtud eminente, que ha brillado siempre con el mismo esplendor, y ha sabido hacerse superior á todos los peligros: Nos lo asegura ese gran celo é infatigable ardor que os lleva y constriñe á procurar la salvacion de los hombres y la mayor gloria de Dios: Nos lo asegura en fin con la más completa certeza, la sublime oracion que el mismo Jesucristo ántes de sus últimos tormentos ofrecia á su Padre, pidiéndole «que sean todos una misma cosa, y que como Tú estás en Mí y Yo en Tí, así sean ellos una misma cosa en Nosotros (*a*),» á cuya oracion es imposible que no acceda el Padre Celestial.

En cuanto á Nos, Venerables Hermanos, nada deseamos tanto como recoger de vuestra union con la Santa Sede Apostólica el fruto saludable y dichosísimo que esperamos ha de producir para la Iglesia universal. Largo tiempo há que acariciábamos en Nuestro ánimo un designio que ha sido manifestado segun se han prestado las circunstancias, á varios de nuestros Venerables Hermanos, y que esperamos poner en ejecucion tan pronto como encontremos la oportunidad vivamente deseada por Nos. Este designio es el de celebrar un sagrado Concilio ecuménico y general de todos los obispos del mundo católico en que, con la ayuda de Dios, y procediendo de comun acuerdo, se apliquen los remedios necesarios y saludables á los males que afligen á la Iglesia.

Abrigamos grandes esperanzas de que por este medio, la luz de la verdad católica derramará su saludable claridad en medio de las tinieblas que oscurecen los ánimos, haciéndoles conocer y emprender mediante la gracia de Dios, la senda verdadera de la salvacion y de la justicia. Por el mismo medio tambien la Iglesia, como un ejército invencible ordenado en batalla, rechazará los ataques de sus enemigos, inutilizará sus esfuerzos, y triunfando de ellos, extenderá y propagará por todas el reino de Jesucristo sobre la tierra.

Ahora, á fin de que Nuestros votos sean cumplidos, y Nuestros cuidados y los vuestros produzcan para los pueblos cristianos frutos de justicia abundantes, elevemos nuestros ojos hácia Dios, fuente de toda bondad y de toda justicia, en quien está para los que esperan, la plenitud de proteccion y la fecundidad de la Gracia. Mas teniendo por abogado

(*a*) Joan. XVII, 21.

qui penetravit Cœlos, qui semper vivens interpellat pro nobis, quique in admirabili Eucharistiæ Sacramento nobiscum est omnibus diebus usque ad consummationem sæculi, hunc Redemptorem amantissimum, Venerabiles Fratres, ponamus ut signaculum super cor nostrum, ut signaculum super brachium nostrum, atque ad altare illud, ubi ipse Auctor gratiæ thronum misericordiæ constituit, ubi omnes qui laborant et onerati sunt, reficiendi cupidus exspectat, nostras assidue preces omni cum fiducia deferamus. Eum itaque sine intermissione humiliterque obsecremus, ut Ecclesiam suam á tantis calamitatibus et omni discrimine eruat, eique lætam pacis vicem, victoriamque de hostibus donet, ut Nobis ac Vobis novas usque vires ad sui Nominis gloriam provehendam addat, ut illo igne quem venit mittere in terras hominum animos inflammet, ac errantes omnes potenti sua virtute ad salutaria consilia convertat. Vestræ autem pietatis erit, Venerabiles Fratres, illud omni ope curare, ut crediti vobis fideles in cognitione Domini Nostri Jesu Christi in dies crescant, Eumque in Sacramento Augusto præsentem, constanti fide venerentur, redament ac frequenter invisant, nihilque erit vestro studio curaque dignius, quam ut vigilantibus ad Ejus aras ignibus, vigilet etiam in cordibus fidelium gratus pietatis sensus, vigilet indeficiens flamma caritatis.

Quo vero facilius Deus ad obsecrationes nostras aurem suam propitius inclinet, semper et enixe petamus suffragia, primum quidem Deiparæ Virginis Mariæ Immaculatæ, quo nullum apud Deum potentius patrocinium; deinde Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli quorum Natalitia acturi sumus, nec non omnium Cœlitum Sanctorum qui cum Christo regnantes, in Cœlis munera divinæ largitatis hominibus sua deprecatione conciliant.

Denique Vobis, Venerabiles Fratres, ac aliis omnibus Venerabilibus Fratribus catholicarum gentium Episcopis, item fidelibus omnibus Vestræ atque illorum curæ concreditis, quorum pietatis et amoris eximia semper testimonia accepimus et continenter in dies experimur, singulis unversis Apostolicam Nostram Benedictionem cum omni felicitatis voto conjunctam, ex intimo corde amantissime impertimus.

para con su Padre á Jesucristo, Hijo de Dios, Pontífice Soberano que ha penetrado en los cielos, que viviendo siempre intercede por nosotros, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está con nosotros todos los dias, y estará hasta la consumacion de los siglos, pongamos, Venerables Hermanos, á este Redentor como un sello sobre nuestro corazon, como un sello sobre nuestro brazo; y llevemos con toda confianza nuestras continuas oraciones á ese altar donde el Autor mismo de la gracia ha establecido el trono de su misericordia, y donde espera, ansiosó de confortarlos, á todos los que sufren y están agobiados.

Supliquémoslo pues humilde é incesantemente que libre á su Iglesia de tan grandes calamidades y peligros; que le conceda la alegría de la paz, la victoria sobre sus enemigos; que para gloria de su nombre auxilié continuamente á Vosotros y á Nos con nuevas fuerzas; que inflame los corazones de los hombres con el fuego que vino Él á traer á la tierra, y que por su virtud poderosa convierta á saludables resoluciones á todos los que permanecen en el error.

Propio será de vuestra piedad, Venerables Hermanos, que consagreis todos vuestros cuidados á aumentar en los fieles á vosotros encomendados, el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y hacer que le veneren, le amen y visiten con frecuencia en el augusto Sacramento en que está presente: y nada será más digno de vuestro celo y de vuestra solicitud, que procurar que en los corazones de los fieles arda el sentimiento de una piedad agradecida, la llama indeficiente de la caridad, á la manera que las sagradas antorchas resplandecen al rededor de sus altares.

Y para que Dios escuche más fácilmente y más propicio nuestras oraciones, solicitemos vivamente los sufragios, primero de la Vírgen Madre de Dios, María Inmaculada, porque ningun patrocinio vale tanto en la presencia del Señor; despues los de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo natalicio vamos á celebrar; y por último, los de todos los Bienaventurados, que reinando con Jesucristo en los cielos, atraen con sus oraciones los presentes de la divina largueza sobre los hombres.

Por último, Venerables Hermanos, á vosotros y á todos los demás Venerables Obispos de las naciones católicas, á todos los fieles encomendados á vuestra solicitud y á la de aquéllos, y de quienes Nos hemos recibido y recibimos sin cesar tantos testimonios de piedad y de amor, á todos y á cada uno de ellos otorgamos del fondo del corazon nuestra bendicion apostólica, y deseamos ardientemente toda felicidad.

No creo deber rogar á mis lectores que se fijen y saboreen las bellezas de la magnífica y trascendental alocucion que acabo de trascribir. Tratándose de un documento emanado de Su Santidad, seria la súplica inconveniente, y sobre inconveniente, de todo punto innecesaria. ¿Qué católico digno de llamarse tal, no acoge con el mayor gusto las palabras del anciano venerable que rige para gloria de Dios y bien de las almas los destinos del mundo que regeneró nuestro adorable Redentor? ¿Qué católico no las lee con entusiasmo? ¿Cuál no las medita frecuentemente con cuidado?

¡Ah! Ésta es una de aquellas ocasiones en que siento de todo corazon hallarme sin la pluma de Te-

resa de Jesus ó de Bossuet. ¡Qué alocucion la leida por Pio IX en 26 de Junio á la Iglesia docente! ¡Cuán admirable! ¡Cuán bellísima! ¡Cuán profunda! ¡Cuán eminentemente santa!

Hay en ella muchas frases sublimes, inspiradas sin género de duda por aquel Dios adorable que todo lo dirige y lo gobierna desde las deleitosas mansiones imperecederas. Es imposible leerla sin experimentar un placer extraordinario, y sin sentir una emocion dulcísima.

El Pontífice-Rey comienza manifestando el consuelo grandísimo que le produce ver cerca de sí á los que, fortalecidos con su ejemplo y auxiliados por Dios, han hecho y hacen lo posible para remediar los males que conturban al mundo, y conducir á los hombres á su destino inmortal. Y les alaba de un modo muy tierno, recordando de pasada que siempre se han mostrado firmemente adheridos á su persona, á su cátedra infalible, á su trono incontrastable.

Se comprende sin dificultad la grandísima satisfaccion de Pio IX. Pio IX no habia dado órden, como hubiera podido darla en su calidad de Jefe de la Iglesia universal: limitóse á manifestar un simple deseo. Bastó una indicacion para poner en movimiento á casi todos los obispos de la Cristiandad, y decidirles á venir á la capital del mundo católico. ¿Hay cosa más bella? ¿Cabe más sublime y consolador espectáculo?

Muchos se hallan en las regiones más apartadas del globo. No pocos tienen que atravesar los mares, y sufrir las molestias de un viaje penosísimo. Muchos están trabajados por una enfermedad cruel, que acaso acaso les conducirá prematuramente á las puertas del sepulcro. No pocos pertenecen á naciones cuyos soberanos se alegrarian de que permaneciesen en sus diócesis, y áun más de que marchasen á donde se ofrece un espectáculo enteramente distinto de los que se preparan en Roma. Muchos en fin se hallan, merced á la desamortizacion irritante y criminal, reducidos á una estrechez angustiosa, por no decir á una grandísima pobreza.

¿Qué importa todo esto y mucho más que añadirse pudiera? Se trata de una determinacion que ha de favorecer en extremo á la Iglesia, de alegrar muchísimo al Pontífice-Rey, y de producir al mundo bienes inapreciables. La determinacion se toma, y se toma en seguida, y se toma sin miedo á todo linaje de trabajos, de privaciones, de sacrificios, y se toma dando al olvido las consideraciones humanas, inclusas las atendibles, y se toma siguiendo las santas inspiraciones de la fe y los sentimientos generosos del corazon. Vuelvo á preguntarlo. ¿Hay cosa más bella? ¿Cabe más sublime y consolador espectáculo?

No acabaria nunca si tratase de señalar todas las circunstancias que dan á la conducta de los Prelados grandísimo realce.

Téngase sólo en cuenta que recientemente habian concurrido á Roma para solemnizar el inefable dogma de la Concepcion Inmaculada de María, que en el siglo actual el principio de autoridad es reciamente impugnado con frecuencia, por lo cual ha podido decir muy bien el ilustre Padre Félix de la Compañía de Jesus: «Hasta la conversacion privada se trasforma en una especie de parlamento universal, en el que, cuando se habla de autoridad, todos resultan de oposicion, y están preparados para el ataque, ninguno para la defensa,» y en fin, que la unidad admirable de la Iglesia, magníficamente realzada por Pio IX, forma gran contraste con el desconcierto, con el desórden y con el caos que domina en todo lo que no es por ella enaltecido.

Despues de recordar el Pontífice-Rey que se trata de inscribir en el catálogo de los héroes del Evangelio á insignes católicos que practicaron en grado eminente la virtud sobre la tierra, como tambien que algunos perecieron por defender la cátedra sublime que ocupa, y de añadir que la fiesta solemnísima coincidiria con la del aniversario del memorable dia en que los Príncipes de los Apóstoles derramaron su sangre generosa por Aquél que regó con la suya preciosísima el camino del Calvario, señala los bienes que producirá el espectáculo de la union imponderable referida. El venerable anciano dice á tal propósito que esta union contrarestará la audacia de los impíos, poniendo en el lugar que le corresponde la injuria escandalosa é impía de los que aseguran que ha pasado el tiempo de la Iglesia. Dice además que será utilísima para los fieles, puesto que al ver á sus pastores atravesar los mares á una simple indicacion suya, se tornarán humildes, aprendiendo la sumision que deben tener. Dice igualmente que tambien los obispos recogerán frutos abundantes. Esta parte de la incomparable alocucion concluye con un pensamiento bellísimo.

«Nos no hemos dudado, dice el mejor de los reyes y el más querido de los pontífices, de que de este sepulcro mismo, en que reposan los restos del Bienaventurado Pedro, no brote un cierto poder oculto, una virtud saludable que inspire á los Pastores del Señor las fuertes empresas, las grandes determinaciones, los sentimientos magnánimos, y la cual dándoles un nuevo vigor, hace que la impudente audacia de sus enemigos, incapaz de resistir á la virtud y potestad de la unidad católica, ceda y sucumba en desigual certámen.»

¡Oh! sí, ese poder misterioso lo perciben, y añadir casi pudiera que lo tocan y lo palpan, cuantos católicos se acercan con fe al sepulcro de los Apóstoles por la grandiosa cúpula protegido. Hícelo ya notar



El papa celebrando los divinos oficios en la capilla Sixtina.

la vez primera que lleno de santa emocion me postré ante él, y dirigí humildes plegarias Al que todo lo dirige y lo gobierna desde las mansiones perdurables. ¿Quién no sale de aquel insigne altar grandemente impresionado y dulcemente conmovido? ¿Quién no se siente dispuesto á los más grandres trabajos, á los más tremendos sacrificios, á las más injustas persecuciones, á los más horribles padecimientos, por la causa de la Iglesia, que es la causa de Dios? ¿Quién no vislumbra la dicha imperecedera que seguirá á los presentes quebrantos, aflicciones y desgracias?

Su Santidad habla seguidamente de las luchas continuas que ha tenido precision de sostener con los adversarios pérfidos y encarnizados de nuestra Madre divina, y aprovecha la coyuntura favorable que se le presenta para condenar de nuevo sus doctrinas, sus impiedades y sus crímenes. El temor de incurrir en repeticiones enojosas me impide ponderar y encarecer cómo se merece la insistencia con que el Santo Padre ratifica sus condenaciones solemnes y terribles, mas no me impide decir que su lenguaje contrasta con el blando y meloso que muchos católicos emplean contra los enemigos de la Iglesia. El lenguaje de Pio IX es el lenguaje de la verdad, el que usó el Redentor del mundo, el que aceptó San Pedro, quien puso fin en Jerusalen á su primer sermon diciendo relativamente á los impíos: «Poneos en salvo de entre esta generacion perversa;» el que eligió San Juan, que tras recomendar con perseverancia grandísima á los cristianos que se amasen los unos á los otros, les mandaba que no mantuviesen relaciones con los incrédulos, llevando su rigor al extremo de añadir que no debian saludarles siquiera; es, para no ser interminable, el que ha distinguido, distingue y distinguirá siempre á los hombres más virtuosos, y á los sabios más eminentes. Añado que nunca fué tan indispensable como en los presentes tiempos, en los que muchos incautos se fian de hombres perversos, porque no se combaten sus doctrinas, ni se proscriben sus acciones con claridad y decision. Y añado por fin, sin ser profeta, que las alocuciones y encíclicas del Pontífice-Rey que dirige la Iglesia de Dios, inspirarán en breve, por su fondo y por su forma, á cuantos tengan la ventura de marchar por la senda que prescriben de consuno el deber, la gratitud, el honor, el bien público, y la propia conveniencia. ¡Atrás, atrás esa diplomacia desastrosa, que llama por ejemplo desamortizacion al robo sacrílego, y califica de hombres alucinados á los bandidos más abominables que han existido sobre la tierra! ¡Atrás, atrás cuantos siguen las huellas de dicha diplomacia nunca bastantemenmente combatida! ¡Plaza á la verdad, hija predilecta del Altísimo!

Para no entristecer á sus hermanos, el Pontífice no quiere recordar «los cuidados, desvelos y angustias que torturan y laceran nuestro corazon con graves y continuas heridas. Queremos más bien depositarlas en los altares, donde tantas veces hemos ofrecido nuestras preces y derramado nuestras lágrimas.»

¡Qué palabras tan tristes! ¡Qué sentimientos tan hermosos! ¡Qué corazon tan paternal!

¡Dios mio, Dios mio! No permitas que nuevas angustias conturben y aflijan en adelante á Pio IX, que es nuestro Pontífice, nuestro Rey, nuestro Maestro, nuestro Juez y nuestro Padre. No lo permitas, Dios mio. Aparta de sus labios el cáliz de la amargura. Proporciónale ya en este mundo un destello de la gloria que por su santidad le reservas en la bienaventuranza.

Pio IX encarga á los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos procuren que su acuerdo con la Sede Apostólica brille con nuevo esplendor y se arraigue más profundamente cada dia. Sabe que así lo harán. Lo pasado y lo presente le responden del porvenir. Hé aquí una bellísima comparacion que con este motivo presenta:

«Ciertamente no podrá darse espectáculo más bello á la contemplacion de los ángeles y de los hombres, que reproducir en esta peregrinacion que nos lleva del desierto de la tierra á la patria, la imágen fiel de aquella peregrinacion de las doce tribus de Israel, marchando en comun hácia la tierra feliz de promision. Todas iban juntas, dirigida cada una por sus jefes, distinta por su nombre, dividida por el sitio que ocupaba en el campo; cada familia obedecia á sus padres, cada legion de guerreros á sus capitanes; la multitud obedecia al Príncipe, y sin embargo no habia en todas estas tribus más que un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y oraba en el mismo altar; un solo pueblo sometido á las mismas leyes, al mismo Soberano Pontífice, á Aaron, al mismo enviado de Dios, á Moisés; un solo pueblo, usando de un mismo derecho en los trabajos de la guerra y en los frutos de la victoria; uno solo en fin, que viviendo bajo las mismas tiendas, y alimentándose con un sustento maravilloso, aspiraba en sus votos unánimes al mismo objeto.»

Nuestro Santísimo Padre manifiesta despues su resolucion de celebrar un Concilio ecuménico. ¿Necesitaré decir que lo celebro con toda el alma? Ciertamente no, mas sí será oportuno hacer pública la causa principal de mi grandísimo contento.

Mucho me alegra la consideracion del espectáculo admirable que dentro de breve tiempo ofrecerá Roma, á la que acudirán por la tercera vez en un mismo Pontificado, poniendo así más de realce su adhesion firmísima é inquebrantable á la Santa Sede, los

obispos de la Cristiandad, que se dilata de Oriente á Occidente y del Septentrion al Mediodía. Mucho me alegra la consideracion del golpe tremendo que recibirán los impíos, y de la fuerza moral incontrastable que se proporcionará indudablemente á los amadores de Jesucristo. Mucho me alegra la consideracion del bien inmenso que producirá, pronunciando, segun todas las probabilidades, una sentencia definitiva sobre cada uno de los problemas planteados por la insana filosofía moderna, y poniendo fin á las cuestiones enojosas que la ignorancia, la malicia ó las dos á la vez suscitan frecuentemente, así como al cúmulo de errores, sofismas, dislates y herejías que se patrocinan con inaudito descaro y pasmosa serenidad (á veces por personas de las que podria esperarse más cordura) en la época presente, por tantos conceptos triste, oscura y tormentosa.

Mas no quiero encubrir que me alegra sobre todo la esperanza fundadísima de que el próximo Concilio general condenará la herejía grande, horrible, abominable, desastrosa, verdaderamente infernal de los últimos tiempos, confirmando la condenacion clara, explícita, terminante y categórica de Pio IX. No necesito decir que me refiero al liberalismo, ni tampoco señalar los males que, como la caja de Pandora, ha derramado y sigue derramando por el mundo. Hícelo anteriormente, y por cierto sin necesidad, porque son visibles y papables; porque todos sufrimos sus consecuencias; porque es más claro que la luz, que ha hecho retroceder á las naciones hasta los límites de la decadencia más triste, y de la barbarie más afrentosa.

El Pontífice-Rey suplica que se impetren confiadamente los auxilios celestiales. Habla singularmente de Dios, fuente de toda bondad y de toda justicia; de su Unigénito, que intercede por nosotros en el cielo, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está y estará con nosotros hasta la consumacion de los siglos; de la Inmaculada Vírgen María, cuyo patrocinio es el que más vale en presencia del Señor; de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo natalicio vase á celebrar; de todos los Bienaventurados en fin, que reinan en el cielo, y logran con sus preces para los hombres todo linaje de gracias y beneficios.

Su Santidad concluye concediendo su inefable bendicion á todos los obispos de las naciones católicas, así como á los fieles que les están encomendados, y manifestando un deseo ardentísimo de su felicidad.

Yo termino exclamando de nuevo. ¡Qué alocucion la leida por Pio IX en 26 de Junio á la Iglesia docente! ¡Cuán admirable! ¡Cuán bellísima! ¡Cuán profunda! ¡Cuán eminentemente santa!

Al dia siguiente los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos congregados en Roma suscribieron la respuesta magnífica que voy á trascribir. Reuniéronse al efecto en el palacio Altieri, propiedad del Cardenal que lleva ese nombre egregio, príncipe de la Iglesia que recibia en él frecuentemente á los prelados de todos los paises, para que se pudieran conocer y tratar los asuntos convenientes á nuestra Madre divina.

Tres obispos españoles entraron en la primera comision del Mensaje. Desempeñó en este asunto un papel muy honroso el Excmo. é Ilmo. señor arzobispo de Zaragoza. La redaccion definitiva del documento en que me ocupo, corrió á cargo del venerable de Palestina, quien pidió la colaboracion de monseñor Franchi, prelado eminente, escritor elegante y distinguido estadista.

El dia 1.° de Julio, á las once y media de su mañana, recibió Su Santidad en el pórtico superior de la Basílica del Vaticano, á los ilustres firmantes. El cardenal Patrizi, obispo de Porto y de Santa Rufina, leyó en nombre de todos el documento memorable, que dice así:

Beatissime Pater:

Apostolica Tua vox iterum auribus nostris insonuit, nuncians novum æternæ veritatis triumphum, sanctorum cœlitum gloria refulgentem, et antiquum urbis æternæ, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli sanguine consecratæ decus, quorum martyrii memoria sæcularis rediens, totum hodie Orbem Christianum lætitia afficit et fidelium mentes ad salutarem maximarum rerum cogitationem extollit.

Jucundissima apostolici oris ad festa talia nos peramanter invitantis verba percipere minime potuimus, quin continuo subiret animum solemnium illorum memoria quæ, ante annos quinque, Tuo lateri

Santísimo Padre:

Nuevamente vuestra voz apostólica ha llegado á nuestros oidos, anunciándonos un nuevo triunfo de la eterna verdad que brilla con la gloria de los celestiales campeones, y trayendo al mismo tiempo á nuestra memoria la antigua honra de la Ciudad Eterna consagrada por el martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuya conmemoracion secular llena hoy de júbilo al universo cristiano, y eleva el ánimo de los fieles á la saludable consideracion de grandísimas cosas.

Nosotros no hemos podido oir la amable invitacion de Vuestra Santidad al llamarnos á estas fiestas, sin que al punto se nos viniesen á la memoria aquellas otras solemnidades que celebramos aquí mismo hace cinco años en torno del Trono Apostólico, y sin recordar agradecidos la bondad, la caridad paternal y

adstantes in urbe peregimus, et grati recordaremur, qua tunc nos benignitate et humanitate habueris, qua nos paterna caritate fueris in illa faustissima gratulatione complexus. Hæc suavis recordatio, hæc amantissimi Patris non tam jubentis quam optantis vox illam animis nostris ad romanum iter capessendum alacritatem adjecit, quam Tibi, Beatissime Pater, satis luculenter amplissima hæc Antistitum frequentia, qui tertium ad Te confluxerunt, et communis omnium pietas ac fidelis observantia declarant. Tam ingenti Antistitum numero, cui vix simile quid in præteritarum ætatum memoria reperitur, par solummodo est Tua in nos charitas ac benevolentia, par unice obsequii amorisque in Te nostri magnitudo. Hisce autem causis vehementius hodie excitamur, ut eximias virtutes Tuas, Sedem Apostolicam novo illustrantes lumine, novo etiam prosequamur honore, et augustissimum Tuum animum graves inter, quibus premeris at non concuteris, ærumnas, iterato amoris et admirationis testimonio coram solemur.

Sed dum votis obsecuti sumus Tuis, alium etiam optatissimum nobis spectavimus fructum, ut scilicet cor nostrum, tot Eclesiæ malis sauciatum, paterni Tui vultus recrearemus adspectu, fraternam inter nos concordiam magis magisque roboraremus, ac communem Tibi nobisque solatii et gaudii materiem quæreremus.

Hanc vero lætandi causam Tu maximam nobis præstas, dum tot nova sanctorum nomina fastis Ecclesiæ inscribens, homines potenter edoces, quanta sit quamque inexhausta matris Ecclesiæ fœcunditas. Hanc triumphantium gloriosus martyrum sanguis exornat; hanc inviolatæ confessionis candida induit virginitas, hujus floribus nec rosæ nec lilia desunt. Tu, cœlestia virtutum præmia mortalibus ostendens, oculos a rerum inanium conspectu ad jucundam cœli gloriam erigere doces. Tu, dum homines mirandis ingenii sui industriæque operibus exsultant, triumphale sanctorum Dei vexillum attollens, illos admones, ut super ipsam rerum adspectabilium et gaudiorum humanorum pompam ac speciem, oculos ad Deum omnis sapientiæ et pulchritudinis fontem convertant, ne ii, quibus dictum fuit: *«Subjicite terram et dominamini»*, obliviscantur unquam supremi illius præcepti: *«Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.»*

Ast qui suspicientes cœlestem Jerusalem, novorum sanctorum gloria gestientem, mirabilia Domini hu-

delicadas consideraciones con que nos acogísteis y nos abrazásteis entónces, en la alegría de tan faustísima solemnidad.

Ese recuerdo tan dulce, unido al llamamiento de un Padre tiernamente amado, que sin ordenarlo expresaba un deseo, es lo que nos ha hecho tomar resueltamente el camino de Roma, con esa buena y vivísima voluntad de que teneis, Santísimo Padre, un brillante testimonio en la numerosa Asamblea de obispos congregada por tercera vez á vuestro alrededor, y en sus sentimientos unánimes de piedad filial y de adhesion respetuosa. El número de obispos presentes aquí es tal, en efecto, que con dificultad podria hallarse en los pasados siglos otro ejemplo de una reunion tan considerable de prelados, y sin embargo, esa afluencia se halla en conformidad perfecta con la grandeza de vuestra bondad y de vuestro afecto hácia nosotros, y con nuestro amor y respetuosa obediencia hácia vuestra Santidad.

Esas mismas razones, Santísimo Padre, son las que nos excitan hoy más vivamente que nunca á honrar con nuevos homenajes las eminentes virtudes por las cuales brilla la Santa Sede con nuevos fulgores, consolando públicamente con el testimonio reiterado de nuestro amor y nuestra admiracion á vuestra augusta Persona, cuyo valor extraordinario puede, sí, sentir el peso de las pruebas dolorosas que le estrechan, pero no puede ser abatido por ellas.

Hay tambien en esto otra ventaja de gran precio para nosotros, y que hemos tenido presente al responder á vuestro llamamiento; hemos querido, bajo el influjo de vuestra paternal mirada, reanimar nuestros corazones profundamente heridos por todos los males que sufre la Iglesia, estrechar más la fraternal concordia entre nosotros, y procurar, tanto á Vuestra Santidad como á nosotros mismos, un nuevo motivo de consuelo y gozo.

Y en verdad, es ya gran motivo de santo júbilo el que nos ofreceis inscribiendo en los fastos de los Santos tantos nombres nuevos, y enseñando así elocuentemente á los hombres cuán grande y cuán inagotable es la fecundidad de la Iglesia nuestra Madre, la cual se presenta adornada de la sangre gloriosa de los Mártires vencedores de la muerte, revestida, como de blanca túnica, con las puras virtudes de las vírgenes, y llevando en su frente una corona en la que no faltan ni las rosas ni los lirios.

Al hacer que brillen así á los ojos de los hombres las celestes recompensas de las virtudes, les enseñais á separar la vista del espectáculo de las vanidades mundanas, para fijarla en el grato fulgor del cielo: y en tanto que los hombres se glorian de las maravillas de su genio y de sus artes, Vos enarbolando el estandarte victorioso de los Santos de Dios, les advertís que elevándose sobre la pompa fascinadora de las cosas visibles y de las fiestas terrestres, fijen sus ojos en Aquél que es la fuente de toda sabiduría y de toda belleza: no sea que aquellos á quienes se dijo: *«Sujetad la tierra, y dominadla,»* se olviden tal vez de aquel gravísimo precepto: *«Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.»*

Pero si levantando los ojos hácia la celestial Jerusalen que festeja la glorificacion de sus nuevos san-

mili corde agnoscimus et profitemur, magis etiam ad hæc celebranda incendimur, dum hodierna sæculari solemnitate immotam contemplamur petræ illius firmitatem, super quam Dominus ac Redemptor noster Ecclesiæ suæ molem perpetuitatemque constituit. Divina enim virtute factum cernimus, ut Petri Cathedra, organum veritatis, unitatis centrum, fundamentum et propugnaculum libertatis Ecclesiæ, tot inter rerum adversitates et non intermissa hostium molimina octodecim jam elapsis plane sæculis, stet firma incolumísque; dum regna et imperia surgunt ruuntque vicissim, stet veluti secura pharus in procelloso vitæ æquore mortalium iter dirigens, tutamque stationem et portum salutis sua luce commonstrans.

tos, reconocemos y proclamamos humildemente las maravillas del Señor, áun Nos sentimos más y más excitados á celebrar esas maravillas, por la solemnidad secular de este dia, que ofrece á nuestra contemplacion la firmeza de la inquebrantable Piedra, sobre la cual nuestro Señor y Redentor asentó el inmortal edificio de su Iglesia.



Un capuchino y un dominico en la sala regia.

Porque tenemos aquí ante la vista el admirable efecto del poder divino. Diez y ocho siglos há que entre tantos choques y tantas adversidades, en medio de los continuos ataques de tantos enemigos, la cátedra de San Pedro, órgano sobre la tierra de la verdad, centro de la unidad, fundamento y baluarte de la libertad de la Iglesia, permanece siempre incólume; de suerte que en tanto que los reinos y los

Hac fide, hisce sensibus ducti loquebamur olim, Beatissime Pater! cum ante quinquennium Tuo throno adstantes sublimi Tuo ministerio debitum testimonium dedimus, votaque pro Te, pro civili Tuo principatu, pro justitiæ ac religionis causa palam nuncupavimus. Hac fide ducti verbis scriptoque eo tempore professi sumus, nihil nobis potius et antiquius esse, quam ut quæ Tu Ipse credis ac doces, nos quoque credamus et doceamus, quos rejicis errores, nos item rejiciamus, Te duce unanimes incedamus in viis Domini, Te sequamur, Tibi adlaboremus ac Tecum pro Domino in omne discrimen fortunamque parati decertemus. Cuncta hæc, quæ tunc declaravimus, nunc denuo piissimo cordis sensu confirmamus, idque universo orbi testatum esse volumus; grato simul recolentes animo, plenoque laudantes assensu, quæ a Te in salutem fidelium et Ecclesiæ gloriam ab eo quoque tempore gesta fuerunt.

Quod enim Petrus olim dixerat *«non possumus quæ vidimus et audivimus non loqui,»* Tu pariter sanctum et solemne habuisti, ac nunquam non habere luculenter demonstras. Non enim unquam obticuit os Tuum. Tu æternas veritates annuntiare, Tu sæculi errores, naturalem supernaturalemque rerum ordinem atque ipsa ecclesiasticæ civilisque potestatis fundamenta subvertere minitantes, apostolici eloquii gladio configere, Tu caliginem novarum doctrinarum pravitate mentibus offusam dispellere, Tu quæ necessaria ac salutaria sunt tum singulis hominibus, tum christianæ familiæ, tum civili societati intrepide effari, suadere, commendare supremi Tui ministerii es arbitratus; ut tandem cuncti assequantur, quid hominem catholicum tenere, servare ac profiteri oporteat. Pro qua eximia cura maximas Sanctitati Tuæ gratias agimus, habituri sumus sempiternas; Petrumque per os Pii locutum fuisse credentes, quæ ad custodiendum depositum a Te dicta, confirmata, prolata sunt, nos quoque dicimus, confirmamus, annuntiamus, unoque ore atque animo rejicimus omnia, quæ divinæ fidei, saluti animarum, ipsi societatis humanæ bono adversa, Tu ipse reprobanda ac rejicienda judicasti. Firmum enim menti nostræ est, alteque defixum, quod Patres Flo-

imperios se levantan y se derrumban alternativamente, la inmortal Cátedra subsiste siempre en pié, como faro de salvacion en el mar tempestuoso de la vida humana, dirigiendo el derrotero de los mortales, y mostrándoles con su luz la orilla y el puerto tranquilo de salvacion.

Movidos, Santísimo Padre, de estos sentimientos y de esta fe, rodeando vuestro Trono hace cinco años, os dirigimos la palabra y ofrecimos á vuestra Santidad el testimonio tan merecido de nuestros homenajes, dejando oir públicamente la expresion de nuestros votos por vuestra Persona sagrada, por el mantenimiento del principado civil, y por la santa causa de la Religion y de la justicia. Esta misma fe es la que nos hizo decir entónces muy alto, de viva voz y por escrito, que la cosa más cara y sagrada para nuestros corazones era creer y enseñar lo que vos mismo creeis y enseñais, rechazando igualmente los errores que vos rechazais; marchando unánimes bajo vuestra direccion por las vias del Señor; compartiendo el trabajo con Vos y combatiendo á vuestro lado por el Señor; dispuestos por último, á desafiar en vuestra compañía todos los peligros y todos los reveses.

Todo esto que nosotros declaramos entónces, lo confirmamos de nuevo en este momento con el más profundo sentimiento de piedad filial, deseando que el mundo todo lo conozca; al paso que recordamos con gratitud, y alabamos con pleno asentimiento, lo que habeis hecho desde entónces para la salvacion de los fieles y la gloria de la Iglesia.

Porque lo que Pedro decia en otro tiempo: *No podemos ménos de manifestar lo que hemos visto y oido*, Vos lo habeis considerado, segun vuestra conducta nos lo muestra, como un deber santo y sagrado que no podeis ménos de proclamar y practicar. Vuestra voz no ha dejado nunca de hacerse oir anunciando á los hombres las verdades eternas: hiriendo con la espada de la palabra Apostólica los errores del siglo, esos errores que atacan al mismo tiempo el órden natural y sobrenatural, y que amenazan arruinar hasta en sus fundamentos todo poder eclesiástico y civil: Vos procurásteis disipar las tinieblas de las nuevas y perversas doctrinas, que han ofuscado los entendimientos, proclamando sin temor, persuadiendo y recomendando á los hombres todo lo que es necesario y saludable para el bien, ya de los individuos, ya de la familia cristiana, ya de la sociedad civil. Hé aquí lo que Vos habeis considerado como la capital obligacion de vuestro ministerio supremo, á fin de que todos conozcan perfectamente lo que un católico debe creer, profesar y practicar.

Damos gracias á Vuestra Santidad por esa vuestra vigilante solicitud de que conservamos gratitud eterna; y creyendo que es Pedro quien ha hablado por boca de Pío, todo lo que para la conservacion del depósito sagrado habeis dicho, manifestado y confirmado, nosotros tambien lo anunciamos, lo decimos y lo confirmamos; y con perfecta unanimidad de sentimientos y de lenguaje rechazamos todo lo que habeis juzgado deber rechazar como contrario á la ley divina, á la salvacion de las almas, y al bien de la sociedad humana.

rentini in decreto Unionis unanimes definiverunt: Romanum Pontificen «*Christi Vicarium, totiusque Ecclesiæ caput et omnium Christianorum Patrem et Doctorem existere, et ipsi in beato Petro pascendi, regendi ac gubernandi universalem Ecclesiam a Domino Nostro Jesu Christo plenam potestatem traditam esse.*»

Sed alia præterea sunt, quæ nostram in Te caritatem, gratosque animi sensus provocant. Magna enim cum jucunditate admiramur heroicam illam virtutem, qua perniciosis sæculi machinationibus obsistendo, dominicum gregem in via salutis servare, contra seductiones erroris munire, contra vim potentium et falsorum sapientum astutiam tueri adnisus es. Admiramur studium illud fatigari nescium, quo emolumenta universæ Ecclesiæ, apostolica providentia Orientis et Occidentis populos complexus, promovere nunquam destitisti. Admiramur magnificum illud, quod generi hominum in pejus quotidie ruenti Pastoris boni spectaculum exhibes, ipsorum etiam veritatis inimicorum animos percellens, oculosque ad se vel invitos ipsa rerum præstantia et dignitate convertens.

Perge igitur Pastorum Pastoris vicaria potestate fungens, divini Tui muneris partes Deo confisus tueri; perge vitæ æternæ subsidiis pascere Tibi creditas oves; perge sanare contritiones Israël, et agnos Christi quærere qui perierant. Faxit Deus Omnipotens, ut, qui amoris Tui et officii sui immemores voci Tuæ adhuc resistunt, meliora secuti consilia, ad Te tandem redeuntes, luctum Tuum in gaudium convertant. Tuarum pastoralium curarum fructus, divina benignitate adspirante, incrementum capiant in dies; felix animarum conversio, quam Deus Te administro quotidie operatur, magis magisque amplificetur; Tuque virtutum Tuarum vi et glorioso laborum successu animabus Christo lucrifactis, prolatisque regni ejus finibus, cum Domino et Magistro vere exclamare possis: «*Omne, quod dat mihi Pater, ad Me veniet.*»

¡Hæc immo, Beatissime Pater, salutaris ac felicioris ævi indicia conspiciuntur. Testis amor ille, quem cunctarum nationum fideles ad quævis pro Te exantlanda parati commonstrant, dum vires corporis et animi atque adeo vitam ipsam pro Eclesiæ juribus et Apostolicæ Sedis gloria adserenda impendere ac dicare gestiunt. Testis prona illa catholicarum mentium reverentia, quæ Te supremum Pastorem cupide intuetur, quæ Apostolicæ Cathedræ ora-

Porque conservamos firme y profundamente grabado en nuestros ánimos lo que los Padres del Concilio de Florencia definieron unánimemente en el decreto de union, que «el Pontífice Romano es el Vicario de Cristo, el Jefe de la Iglesia universal, el Padre y el doctor de todos los cristianos, y á él en la persona del bienaventurado Pedro, se le ha dado por Nuestro Señor Jesucristo, pleno poder para apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal.»

Pero áun teneis otros títulos, Santísimo Padre, á nuestro amor y nuestra gratitud. Admiramos con particular regocijo ese heróico valor con el que, resistiendo á las intrigas perniciosas del siglo, os habeis esforzado en mantener en la via de salvacion al rebaño de Cristo, en precaverle contra las seducciones del error, en defenderle contra la violencia de los poderosos y la astucia de los falsos sabios: admiramos este celo que no descansa, merced al cual, abrazando en vuestra solicitud paternal todos los pueblos de Oriente y Occidente, no cesais de promover el bien de la Iglesia universal; admiramos el magnífico espectáculo del Buen Pastor que estais ofreciendo á los ojos del género humano, que de dia en dia se abisma más en el mal, espectáculo que hiere á los mismos enemigos de la verdad, y les fuerza, por la misma grandeza y excelencia de las cosas, á dirigir sus miradas hácia Vos.

Continuad pues ejerciendo la autoridad de Vicario del Pastor de los pastores, cumpliendo y defendiendo, lleno de confianza en Dios, todos los cargos de vuestro divino ministerio; continuad procurando á las ovejas entregadas á vuestro cuidado todos los auxilios de la eterna vida; continuad curando todas las llagas de Israel, y buscando los corderos de Cristo que han perecido.

Haga Dios Omnipotente que aquellos mismos que, desconociendo vuestro amor y su deber, resisten aún á vuestra voz, sigan mejores inspiraciones y vuelvan á Vos, cambiando en júbilo vuestro luto. Que los frutos de vuestra paternal solicitud crezcan de dia en dia: que la obra feliz de la conversion de las almas de que Dios es autor, pero de la que vos sois ministro, se desarrolle más fuertemente, y que á la vista de las almas conquistadas para Cristo por la influencia de vuestras virtudes y por el glorioso éxito de vuestras obras, se dilate sobre la tierra el reino de Dios, para que podais exclamar verdaderamente con nuestro Señor y Maestro: *Todo lo que mi Padre me ha dado, vendrá á Mí.*

Pero acaso ya, Santísimo Padre, ¿no vemos indicios de un porvenir mejor y dichosos presagios de salvacion? Testigo de ello es esa profunda adhesion que os muestran los fieles de todos los paises, dispuestos á hacerlo todo por vos, consagrando y empleando todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma, y hasta su vida misma, en defensa de los derechos de la Iglesia y por la gloria de la Santa Sede Apostólica; testigo de ello es ese religioso respeto de las almas católicas, que contemplan con amor en vuestra persona al Pastor supremo, que reciben con júbilo los oráculos de la Cátedra apostólica, que se glorian de adherirse á ella en la obediencia de un pleno y firme asentimiento; testigo de ello es esa filial incl

cula lætanter excipit, iisque firmissimo adsensu et obsequio adhærere gloriatur. Testis illa filialis animi indoles, qua populus Christianus vestigia fidelium sequens, qui olim ad pedes Apostolorum facultates suas sponte deferebant, rerum Tuarum angustiis hucusque occurrit, et continenter eas sublevare non desinit. Hæc filialis argumenta pietatis intimo pectore commoti cernimus, nunquam non operam daturi, ut sacer hic ignis in cordibus fidelium accensus foveatur et vigeat, utque tum nostro tum cleri totius exemplo animati, omnes præclaram illam voluntatem ac liberalitatem provehant, Tibique ad æternam eorum salutem plenius procurandam, temporalia adjumenta suppeditent.

Qui autem fidelium omnium erga Te pietate tantopere afficimur, Beatissime Pater, peculiaris gaudii fructum capimus ex illa fide, ex illo amore et obsequio, quo digni æternæ Urbis cives Te Patrem, Te Principem indulgentissimum complectuntur. Felicem populum ac vere sapientem, qui novit, quæ sibi amplitudo et gloria ex Petri Sede in Urbe constituta proveniat, qui intelligit non alios terminos divinæ erga se benignitati definitos fore, quam quos ipse sibi in sua erga Christi Vicarium observantia et in Principem Sacratissimum amore constituerit. Hæc concupisce, hæc sequere, romana gens; sit hæc constans, sit immota pietas; sit hæc romana Urbs, quam Christianus Orbis cæterarum principem suamque lubens agnoscit, cæteris exemplo prælucens, sit cœlestibus gratiis donisque florens, virtutibus opibusque beata.

Id, Beatissime Pater, Tui Pontificatus splendor effecit, quo non Urbs solum Tua, sed universus orbis illustratur, cujusque admiratio ita nos movet, ut ex illo exemplum pro sacro nostro ministerio petendum esse existimemus.

At non minus Tua vox suaviter illabens pectoris ima pervadit, quam virtutum Tuarum pontificalium imago animos nostros percellit.

Summo igitur gaudio repletus est animus noster, dum e sacrato ore Tuo intelleximus, tot inter præsentis temporis discrimina eo Te esse consilio, ut *maximum*, prout aiebat inclitus Tuus prædecessor Paulus III, *in maximis rei christianæ periculis remedium*, Concilium œcumenicum convoces.

Annuat Deus huic Tuo proposito, cujus ipse Tibi mentem inspiravit; habeantque tandem ævi nostri homines, qui infirmi in-fide, semper discentes et nunquam ad veritatis agnitionem pervenientes omni

nacion del pueblo cristiano, que, siguiendo el ejemplo de los primeros fieles que acudian espontáneaneamente á ofrecer sus bienes á los piés de los apóstoles, ha procurado hasta ahora acudir en auxilio de vuestra pobreza, y no cesa de aliviarla con sus continuas ofrendas.

Con profunda emocion vemos esas pruebas patentes de la piedad de vuestros hijos, y nuestro celo se ejercitará incesantemente en alimentar y en encender más y más cada dia en el corazon de los fieles ese fuego sagrado; nuestro ejemplo y el de nuestro clero no faltará á esa admirable obra de la liberalidad cristiana, que tomará de ese modo nuevas fuerzas; y así por los auxilios temporales que os ofrezcan los pueblos, ayudarán á Vuestra Santidad á procurar más y más la salvacion de sus almas.

Pero al mismo tiempo que nos conmueve profundamente ese amor que todos los fieles os manifiestan, experimentamos, Santísimo Padre, un sentimiento particular de alegría al ver de cerca la fidelidad, el amor y la obediencia con que están unidos á Vos, su Padre y Príncipe clementísimo, los dignos ciudadanos de la Ciudad Eterna. Pueblo feliz y verdaderamente sabio que hasta tal punto conoce cuánto le honra y engrandece esta Cátedra de San Pedro, establecida en medio de su ciudad, comprendiendo que la bondad divina no cesará de prodigarle sus favores, en tanto que él mismo persevere en el respeto y el amor del Pontífice, que es á un tiempo mismo su Príncipe muy augusto, y el Vicario de Jesucristo. ¡Oh, pueblo romano! sé siempre fiel con todas las fuerzas de tu corazon á esos sentimientos; que tu piedad hácia el Pontífice supremo sea constante é inmutable, y que esta ciudad de Roma en que el universo cristiano contempla la primera de las ciudades y su capital, sirviendo de modelo á las demás, florezca con las gracias y dones celestiales, y prospere por sus virtudes y poder.

Á este resultado ha contribuido ya, Santísimo Padre, la gloria que irradia vuestro pontificado sobre Roma y sobre el universo católico, experimentando por ello tan fuerte admiracion, que no vemos en verdad que exista mejor modelo que imitar, en el ejercicio de nuestro ministerio.

Pero en la medida misma en que el espectáculo de vuestras virtudes pontificias hieren nuestros ánimos, en a misma produce vuestra palabra en nuestros corazones la impresion más profunda. Pues ha sido extremada la alegría de nuestras almas al saber de vuestros labios sagrados el proyecto que meditais, entre todos los peligros de los tiempos actuales, de convocar un Concilio Ecuménico, ese remedio *que es el más grande que se puede emplear*, segun decia vuestro predecesor Paulo III, *en los mayores peligros de la república cristiana*.

Que el cielo se muestre propicio á ese designio que él ha inspirado, y que los hombres de nuestra época, *tan débiles en la fe, que buscando la verdad sin encontrarla nunca, son arrastrados por el viento de toda doctrina*, encuentren por fin en este santo Concilio una nueva y dichosísima ocasion de acercarse á la santa Iglesia, columna y fundamento sólido de la verdad: que aprendan á conocer la verdadera fe, fuente de

vento doctrinæ circumferuntur, in sacrosancta hac Synodo novam, præsentissimamque occasionem accedendi ad sanctam Ecclesiam, columnam ac firmamentum veritatis, cognoscendi salutiferam fidem, perniciosos rejicendi errores; ac fiat, Deo propitio, et conciliatrice Deipara Immaculata, hæc Synodus grande opus unitatis, sanctificationis et pacis, unde novus in Eclesiam splendor redundet, novus regni Dei triumphus consequatur.

salud, rechazando los errores que los pierden, y que en fin, con la ayuda de Dios y la intercesion de la Inmaculada Vírgen, esa Asamblea general de la Iglesia sea una gran obra de unidad, de santificacion y de pacificacion, que procure á la Iglesia esplendor nuevo, y al reino de Dios nuevas victorias.

¡Ojalá tambien que ese gran designio concebido por vuestra sabiduría previsora, sea para el mundo un nuevo testimonio de los inmensos beneficios que



Entrada de un cardenal en el Vaticano.

Et hoc ipso Tuæ providentiæ opere denuo exhibeantur mundo immensa beneficia, per Pontificatum romanum humanæ societati asserta. Pateat cunctis, Ecclesiam eo quod super solidissima Petra fundetur, tantum valere, ut errores depellat, mores corrigat, barbariem compescat, civilisque humanitatis mater dicatur et sit. Pateat mundo, quod divinæ auctoritatis et debitæ eidem obedientiæ manifestissimo specimine, in divina Pontificatus institutione dato, ea omnia stabilita et sacrata sint, quæ societatum fundamenta ac diuturnitatem solident.

Quod ubi perspexerint principes et populi, non permittent ut augustissimum Tuum jus, omnis auc-

debe la humana sociedad al Pontificado Romano! ¡Ojalá se haga evidente para todos que la Iglesia recibe de la Piedra sólida sobre la cual está edificada, el poder de disipar los errores, de corregir las costumbres, de alejar la barbarie, para que sea llamada como justamente lo es, madre de la verdadera civilizacion! ¡Ojalá, en fin, todo el mundo vea y reconozca que ese alto modelo de la autoridad divina y de la obediencia que se le debe, que se muestra á los ojos de los hombres en esta celestial institucion del Pontificado, robustece y consagra los grandes principios que consolidan los cimientos y duracion de la sociedad humana!

toritatis, omnium jurium certissima sanctio, impune conculcetur; imo ipsi curabunt, ut Tua tibi constet et potestatis libertas et libertatis potestas; adsint subsidia ad sublime Tuum, illisque ipsis summe proficuum ministerium efficaciter exercendum; nec patientur, ut vox Tua a gregibus Ecclesiæ sanctæ addictis prohibeatur ne pabulo æternarum veritatum privati misere contabescant, laxatisve apud eos obedientiæ et reverentiæ erga divinum in Te residens magisterium vinculis, illa quoque auctoritas, qua reges regnant et legum conditores justa decernunt, in certissimum status civilis detrimentum labefactetur.

Hæc est spes nostra, quam corde fovemus. Hoc continuum precum nostrarum est, semperque erit argumentum.

Macte ergo animo, Beatissime Pater: perge navim Ecclesiæ inter medias procellas secura, ut suevisti, manu ad portum adducere. Mater divinæ gratiæ, quam Tu pulcherrimo honoris titulo salutasti, intercessionis suæ auxilio tutabitur semitam Tuam. Erit Tibi in stellam maris, quam invicta, uti soles, fiducia suspiciens, non frustra diriges cursum ad Illum, qui per eam ad nos venire voluit. Faventes habebis cœlestes Sanctorum choros, quorum beatam gloriam magno studio continuisque apostolicis conatibus exquisitam mundo exsultanti tum diebus istis, tum antehac annuntiasti. Assistent Tibi Principes Apostolorum Petrus et Paulus, precibus potentibus sollicitudinem Tuam secundantes. In puppi, quam Tu nunc occupas, Petrus olim sedebat; ipse apud Dominum intercedet, ut quæ navis ipsius suffragiis adjuta octodecim sæculis altum vitæ humanæ mare feliciter percurrit, Te duce, opimis immortalium animarum spoliis onusta, cœlestem portum plenis subeat velis. Quod ut fiat, nos curarum, precum et laborum Tuorum fideles devotosque socios habebis, qui divinam clementiam nunc quoque deprecamur, ut Tibi omni benedictione cœlesti cumulato serventur augeanturque vires; ut novis in dies animarum lucris dives sit vita Tua, sit longæva in terris, sit olim in cœlis beata.

Cuando los príncipes y los pueblos comprendan estas cosas, no permitirán ya que vuestros derechos augustos, firme sancion de toda autoridad y de todo derecho, sean impunemente hollados. Al contrario, entónces procurarán que permanezca seguro el libre ejercicio de ese poder que asegura vuestra independencia, y que no os falten los auxilios que necesitais para llenar eficazmente ese ministerio sublime que tan ventajoso es á ellos mismos.

No sufrirán tampoco que se impida oir vuestra voz al pueblo fiel puesto bajo la direccion de la Iglesia; no sea que privado del pan de la verdad eterna, languidezca tristemente; y sueltos los lazos de la obediencia y del respeto hácia el divino poder de enseñanza que reside en Vos, quede arruinada, con detrimento certísimo de la sociedad civil, la autoridad por la que reinan los reyes, y los legisladores decretan leyes justas.

Tal es la esperanza que abrigamos gozosos en el fondo de nuestros corazones, y esa será tambien la materia constante de nuestras preces.

Ánimo, pues, Santísimo Padre; continuad dirigiendo con mano firme, como hasta ahora lo habeis hecho, la barca de la Iglesia para llevarla á puerto de salvacion. La Madre de la Divina Gracia, á quien habeis saludado con un bellísimo título de honor, os auxiliará, asegurando vuestra marcha con su intercesion. Ella brillará á vuestros ojos como la estrella del mar, y teniendo, segun vuestro piadoso hábito, los ojos de vuestro corazon en ella puestos, os dirigireis con seguridad hácia Aquel que por ella se ha dignado venir á nosotros.

Tendreis por patronos y protectores á los coros celestiales de esos héroes, cuya santidad y gloria habeis proclamado ante el mundo gozoso, despues de profundos estudios y esfuerzos de vuestro apostólico celo. Sereis asistido por los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo, cuyas oraciones acudirán en auxilio de vuestra solicitud. Pedro tuvo en otra época el timon de la barca que vos teneis ahora; él intercederá con el Señor, á fin de que la nave misteriosa que por su intercesion viene felizmente bogando, hace diez y ocho siglos, en el mar profundo de la vida humana, continue su derrotero, y éntre un dia á velas desplegadas en el puerto celestial, cargada con las más preciosas riquezas, que son las almas inmortales.

Y á fin de obtener éxito tan feliz, tendreis en nosotros todos, Santísimo Padre, otros tantos compañeros leales de vuestros trabajos, vuestra solicitud y vuestras oraciones, suplicando desde ahora á la bondad divina, colme á Vuestra Santidad de todas las bendiciones celestiales, mantenga y robustezca vuestras fuerzas, enriquezca los años que os quedan con nuevas conquistas espirituales, y haga en fin, que vuestra vida sea larga en la tierra y bienaventurada despues en el cielo.

✠ Marius cardinalis Mattei, episc. Ostien. et Veliternen., et S. Collegii decanus. (*Ostia y Velletri.*)

✠ Constantinus card. Patrizi, episc. Portuen et S. Ruphinæ. (*Porto y Santa Rufina.*)

✠ Aloisius cardin. Amat, episc. Prænestin. (*Palestrina.*)

✠ Ludovicus cardin. Altieri, episc. Albanem. (*Albano.*)

✠ Nicolaus cardin. Clarelli Paracciani, episc. Tusculan. (*Frascati.*)
✠ Philippus cardin. De Angelis, archiep. Firman. (*Fermo.*)
✠ Engelbertus cardin. Sterchx, archiep. Meclinien. (*Malinas.*)
✠ Aloisius cardin. Vanicelli Casoni, archiep. Ferrarien. (*Ferrara.*)
✠ Cosmas cardin. Corsi, archiep. Pisan. (*Pisa.*)
✠ Dominicus cardin. Carafa de Traetto, archiep. Beneventan. (*Benevento.*)
✠ Xyxtus cardin. Riario Sforza, archiep. Neapolitan. (*Nápoles.*)
✠ Jacobus Maria cardin. Mathieu, archiep. Bisuntin. (*Besançon.*)
✠ Franciscus Augustus cardin. Donnet, archiep. Burdigalen. (*Burdeos.*)
✠ Carolus Aloisius cardin. Morichini, epis. Æsinus. (*Yesi.*)
✠ Joachim cardin. Pecci, episc. Perusin. (*Perugia.*)
✠ Antonius Benedictus cardin. Antonucci, episc. Anconitan. (*Ancona.*)
✠ Henricus cardin. Orfei, archiep. Ravennaten. et administrator diœcesis Cæsanen. (*Ravenna, Cesena.*)
✠ Joseph Maria cardin. Milesi, Abbas Trium fontium. (*Tre Fontane.*)
✠ **MICHAEL CARDIN. GARCIA CUESTA, ARCHIEP. COMPOSTELLAN.** (*Santiago de Galicia.*)
✠ Joseph Aloisius cardin. Trevisanato, patriarcha Venetiarum. (*Venecia.*)
✠ **LUDOVICUS CARDIN. DE LA LASTRA Y CUESTA, ARCHIEP. HISPALEN.** (*Sevilla.*)
✠ Philippus Maria cardin. Guidi, archiep. Bononien. (*Bolonia.*)
✠ Henricus Maria cardin. de Bonnechose, archiep. Rothomagen. (*Rouen.*)
✠ Paulus cardin. Cullen, archiep. Dublinen. (*Dublin.*)
✠ Rogerius Aloisius Antici Mattei, patriarcha Constantinop. (*Constantinopla.*)
✠ Paulus Ballerini, patriarcha Alexandrin. (*Alejandria.*)
✠ Paulus Petrus Mashad, patriarcha Antiochen, Maronitar. (*Antioquia, del rito maronita.*)
✠ Gregorius Juseff, patriarcha Antiochen. Græc. rit. Melchitar. (*Antioquia, del rito melquita.*)
✠ Joseph Valerga, patriarcha Hyerosolimitan. (*Jerusalen.*)
✠ **THOMAS IGLESIAS Y BARCONES, PATRIARCHA INDIAR. OCCIDEN.** (*Indias occidentales.*)
✠ Antonius Hassun Primas Constantinop. arm. rit. (*Constantinopla, rito armenio.*)
✠ Joannes Simor, primas regni Hungariæ, archiep. Strigon. (*Estrigonia en Hungria.*)
✠ Aloisius Maria Cardelli, archiep. Acriden. (*Acrida ú Ocride en Macedonia.*)
✠ Laurentius Trioche, archiep. Babilonen. (*Babilonia.*)
✠ Meletius, archiep. Dramaten. Græc. rit. (*Dramas.*)
✠ Petrus Apelian, archiep. Marascen. Arm. rit. (*Marasc, del rito armenio en Cilicia.*)
✠ Ignatius Kalyibgian, archiep. Amasien. Armen. rit. (*Amasia, en el Ponto.*)
✠ Petrus Riccardus Kenrich, archiep. S. Ludovici. (*S. Luis, en los Estados-Unidos.*)
✠ Petrus Cilento, archiep. Rossanen. (*Rossano.*)
✠ Alexander Asinari de Sanmarzano, archiep. Ephesin. (*Efeso*).
✠ Alexander Angeloni, archiep. Urbinaten. (*Urbino.*)
✠ Georgius Hurmuz, archiep. Siunien. Arm. rit. (*Sioun en la Armenia.*)
✠ Aloisius Clementi, archiep., epis. Ariminen. (*Rimini.*)
✠ Felicissimus Salvini, archiep. Camerinen. (*Camerino.*)
✠ Eduardus Hurmuz, archiep. Siracen. Armen. rit. (*Sirace en la Armenia.*)
✠ Raphael d' Ambrosio, archiep. Dyrechien. (*Durazzo en la Rumelia.*)
✠ Julius Arrigoni, archiep. Lucanus. (*Luca.*)
✠ Joseph De Jianchi Dottula, archiep. Tranen. Nazaren. et Baroleu. (*Trani, Nazaret y Barletta.*)
✠ Eustachius Gonella, archiep., epis. Viterbien. et Tuscanien. (*Viterbo y Toscanella.*)
✠ Joseph Rotundo, archiep. Tarentin. (*Taranto en las dos Sicilias.*)
✠ Gregorius de Luca, archiep. Compsanus, administrator Campanien. (*Conza, dos Sicilias.*)
✠ Joannes Hagian, archiep. Cæsarien. Armen. rit. (*Cesarea.*)
✠ Joannes Baptista Purcell, archiep. Cincinnaten. (*Cincinnati.*)
✠ Renatus Franciscus Regnier, archiep. Cameracen. (*Cambray*).
✠ Maximilianus De Tarnoczy, archiep. Salisburgen. (*Salzbourg.*)
✠ Benaminus, archiep. Neaupolit.
✠ Elias Mellus, archiep. Acren. et Zhibaren. Caldaeor.
✠ Fridericus de Furstenberg, archiep. Olomucen. (*Olmutz.*)
✠ Paulus Brunoni, archiep. Taronen. (*Taron ó Daron en Palestina.*)
✠ Joseph Matar, archiep. Maronita Aleppensis. (*Aleppo.*)

✠ Philippus Cammarota, archiep. Cajetan. (*Gaeta.*)

✠ Franciscus Xaverius Apuzzo, archiep. Surrentin. (*Sorrento.*)

✠ Cajetanus Rossini, archiep., epis. Melphiten. Juvenacen. et Terlitien. (*Molfetta, Giovinazzo y Telizzi.*)

✠ Petrus Villanova Castellacci, archiep. Petren. (*Petra en Arabia.*)

✠ Vincentius Tizzani, archiep. Nisiben. (*Nisibi en la Mesopotamia.*)

✠ Vicentius Spaccapietra, archiep. Smirnensis. (*Esmirna.*)

✠ Marianus Ricciardi, archiep. Reginen. (*Reggio.*)

✠ Carolus Pooten, archiep. Antibaren. et Scodren. (*Antivari y Scútari.*)

✠ Franciscus Emilius Cugini, archiep. Mutinen. (*Módena.*)

✠ Jacobus Bosagi, archiep. Cæsarien. Armen. rit. (*Cesarea.*)

✠ Raphael Ferrigno, archiep. Brundusin. (*Brindis.*)

✠ Salvator Nobili Vitelleschi, archiep., episc. Auximan. et Cingulan. (*Ósimo y Cingoli.*)

✠ Alexander Franchi, archiep. Thessalonicen. (*Tesalónica.*)

✠ Petrus Bostani, archiep. Tyren. et Sydonien. Maronit. (*Tiro y Sidon.*)

✠ Patritius Leahy, archiep. Casselien. (*Cashel en Irlanda.*)

✠ Josephus Hippolitus Guibert, archiep. Turonen. (*Tours.*)

✠ Marinus Marini, archiep., epis. Urbevetan. (*Orvieto.*)

✠ Georgius Claudius Chalandon, archiep. Aquen. (*Aix.*)

✠ Gregorius Szymonowicz, archiep. Leopolien. Armen. rit. (*Leópolis.*)

✠ Joachim Limberti, archiep. Florentin. (*Florencia.*)

✠ Antonius Salomone, archiep. Salernitan. (*Salerno.*)

✠ Philippus Gallo, archiep. Patrassen. (*Patras en Acaya.*)

✠ Petrus Giannelli, archiep. Sardien. (*Sardia en la Lidia.*)

✠ **JOSEPH S. ALEMANY, ARCHIEP. S. FRANCISCI DE CALIFORNIA.** (*S. Francisco de California.*)

✠ Franciscus Pedicini, archiep. Baren. (*Bari.*)

✠ **EMMANUEL GARCIA GIL, ARCHIEP. CAESARAUGUSTAN.** (*Zaragoza.*)

✠ Arsenius Avak-Vartan Angiarakian, archiep. Tarsen. Armen. rit. (*Tarso en Cilicia.*)

✠ Julianus Florianus Desprez, archiep. Tolosan. (*Tolosa.*)

✠ Ignatius Akkani, archiep. Hauranan. Græc. rit. Melchitar. (*Hauran en la Siria.*)

✠ Franciscus Xaverius Wierzchleyski, archiep. Leopolitan. rit. lat. (*Lemberg, ó Leópolis en Polonia.*)

✠ Spiridion Maddalena, archiep. Corcyren. (*Corfú.*)

✠ Gregorius Balitian, archiep. Aleppen. Armen. rit. (*Alepo, del rito armenio.*)

✠ Joannes Maria Odin, archiep. Novæ Aureliæ. (*Nueva Orleans, en los Estados-Unidos.*)

✠ Joannes Martinus Spolding, archiep. Baltimoren. (*Baltimore.*)

✠ Leo Korkoruni, archiep. Melitenen. Arm. rit. (*Melitene en Armenia.*

✠ Carolus De la Tour D'Auvergne-Lauragais, archiep. Bithuricen. (*Bourges.*)

✠ Joannes Hgaen, archiep. Hæliopolitan. Maron. (*Heliópolis, ó Balbek en la Fenicia.*)

✠ Miecislaus Ledochowski, archiep. Gnesnen. et Posnanien. (*Guesen ó Gniezno y Posen.*)

✠ Walter Steins, archiep., epis. Bosrensis vicarius apost. Calcut. (*Bosra.*)

✠ **PRIMUS CALVO Y LOPE, ARCHIEP. S. JACOBI DE CUBA.** (*Santiago de Cuba.*)

✠ **BENVENUTUS MONZON ET MARTIN, ARCHIEP. GRANATEN.** (*Granada.*)

✠ Joseph Berardi, archiep. Nicen. (*Nicea.*)

✠ Petrus Alexander Doimo Maupas, archiep. Jadren. (*Zara en Dalmacia.*)

✠ Athanasius Raphael Ciarchi, archiep. Babilonen. Syror. (*Babilonia.*)

✠ Georgius Darboy, archiep. Parisien. (*París.*)

✠ Antonius de Lavastida, archiep. Mexican. (*Méjico.*)

✠ Clemens Munguia, archiep. Mecoacan. (*Mechoacan.*)

✠ Paulus Hatem, Archiep. Aleppen. Græc. rit. Melchitar. (*Aleppo del rito melquita.*)

✠ Petrus Matah, archiep. Jazirensis in Syria. (*Gezir.*)

✠ Ludovicus Anna Dubreil. archiep. Avenionen. (*Aviñon.*)

✠ **JOANNES IGNATIUS MORENO, ARCHIEP. VALLISOLETAN.** (*Valladolid.*)

✠ Martialis Guillelmus De Cosquer, archiep. Portus Principis. (*Puerto Príncipe en Haiti.*)

✠ Laurentius Pergeretti, archiep. Naxiensis. (*Naso.*)

✠ Ludovicus Gonin, archiep. Portus Hispaniæ. (*Puerto-España en la Isla de la Trinidad.*)

✠ Melchior Nasarian, archiep. Marden. Armen. rit. (*Mardin en Mesopotamia.*)

✠ Darius Bucciarelli archiep. Scopien. (*Escopia en la Servia.*)



Grupo de campesinos en los escalones de San Pedro.

✠ **FRANCISCUS FLEIX Y SOLANS, ARCHIEP. TARRACONEN.** (*Tarragona.*)

✠ Ludovicus Haynald, archiep. Colocen. et Bacsiens. (*Kolocs y Baks en Hungría.*)
✠ Basilius Michael Gasparian, archiep. Cypren. Armen. rit. (*Chipre.*)
✠ Joannes Paulus Franciscus Maria Lyonnet, archiep. Albion. (*Albi*).
✠ Henricus Eduardus Manning, archiep. Westmonasterien. (*Westminster.*)
✠ Joseph Sembratowicz, archiep. Nazianz. Græc. rit. (*Nazianzo.*)
✠ Paulus Melchers, archiep. Colonien. (*Colonia.*)
✠ Franciscus Xaverius de Merode, archiep. Melitenen. (*Melitene.*)
✠ Antonius Rossi Vaccari, archiep. Colossen. (*Colossi en Frigia.*)
✠ Aloisius Ciurcia, archiep. Irenopolitan. (*Irenópolis.*)
✠ Alexander Riccardi, archiep. Taurin. (*Turin.*)
✠ Joseph Benedictus Dusmet, archiep. Catanien. (*Catania.*)
✠ Joseph Cardoni, archiep. Edessen. (*Edessa.*)
✠ Joannes Baptista Landriot, archiep. Rhemen. (*Reims.*)
✠ Carolus Martialis Allemand Lavigerie, archiep. Julia Cæsarien. (*Argelia.*)
✠ Aloisius Puecher Passavalli, archiep. Iconien. (*Iconio.*)
✠ Aloisius Nazarri di Calabiana, archiep. Mediolanensis. (*Milan.*)
✠ Joannes Petrus Losanna, episc. Bugellen. (*Biella.*)
✠ Ignatius Giustiniani, episc. Chien. (*Scio.*)
✠ Raphael Sanctes Casanelli, episc. Adiacen. (*Ajaccio.*)
✠ Guillelmus Aretini Sillani, episc. jam Terracinen. (*Terracina.*)
✠ Modestus Contratto, episc. Aquen. (*Acqui.*)
✠ Theodosius Kojumgi, episc. Sidonien. Melchitar. (*Sidonia.*)
✠ Joseph Maria Severa, episc. Interamnen. (*Terni.*)
✠ Fridericus Gabriel de Marguerye, episc. Augustodunen. (*Autun.*)
✠ Meletius Findi, episc. Heliopolitan. Græc. rit. Melchitar. (*Heliópolis del rito melquita.*)
✠ Franciscus Victor Rivet, episc. Divionen. (*Dijon.*)
✠ Julianus Meirieu, episc. Dinien. (*Digne.*)
✠ Ludovicus Besi, episc. Canopen. (*Canopo.*)
✠ Antonius Ranza, episc. Placentin. (*Piacenza.*)
✠ Dionysius Gauthier, episc. Emausen. (*Emaus.*)
✠ Georgius Antinius Stahl, episc. Herbipolen. (*Wurtzburg.*)
✠ Andreas Raess, episc. Argentinen. (*Strasburgo.*)
✠ Carolus Gigli, episc. Tiburtin. (*Tivoli.*)
✠ Franciscus Maria Vibert, episc. Maurienen. (*San Juan de Moriana en Saboya.*)
✠ Joannes Fennelly, episc. Castorien. (*Castoria en el Madras.*)
✠ Stephanus Ludovicus Charbonneaux, episc. Jassen. (*Jasa.*)
✠ Petrus Paulus Lefevre, episc. Zeland. adminis. Deroiten. (*Zela en Armenia.*)
✠ Joannes Hilarius Bosset, episc. Emeriten. (*Mérida en Venezuela.*)
✠ Fridericus Manfredini, episc. Patavin. (*Pádua.*)
✠ Nicolaus Grispigni, episc. Fulginaten. (*Fuliño.*)
✠ Guillelmus Augebeault, episc. Andegaven. (*Angers.*)
✠ Joseph Armandus Gignoux, episc. Bellovacen. (*Beauvais.*)
✠ Joannes Baptista Berteaud, episc. Tutelen. (*Tulle.*)
✠ Eleonorus Aronnel, episc. Montisalti. (*Moltalto.*)
✠ Cajetanus Carli, episc. Almiren. (*Almira en Fenicia.*)
✠ Joannes Franciscus Wheland, episc. Aurielopolitanus. (*Aureliópolis en el Asia menor.*)
✠ Joannes Thomas Ghilardi, episc. Montis Regalis. (*Mondovi.*)
✠ Paulus Georgius Dupont des Loges, episc. Meten. (*Metz.*)
✠ Petrus Severini, episc. Sappaten. (*Sappa en Albania.*)
✠ Petrus Joseph De Preux, episc. Sedunen. (*Sitten.*)
✠ Joannes Donney, episc. Montisalbani. (*Montauban.*)
✠ Carolus Fridericus Roussalet, episc. Sagien. (*Séez.*)
✠ Jacobus Bailles, episc. jam Lucionem. (*Luçon.*)
✠ Joannes Williams, episc. Bostonien. (*Boston.*)
✠ Cajetanus Carletti, episc. Reatin. (*Rieti.*)
✠ Joannes Brady, episc. Perten. (*Perth en Australia.*)
✠ Felix Cantimorri, episc. Parmen. (*Parma.*)
✠ Petrus Paulus Trucchi, episc. Forolivien. (*Forlì.*)
✠ Stephanus Marilley, episc. Lausanen. et Geneven. (*Losanna y Ginebra.*)
✠ Guillelmus Massaja, epis. Cassien. (*Cassia.*)
✠ Guillelmus Bernardus Ullathorne, episc. Birminghamien. (*Birmingham.*)
✠ Alexius Canoz, episc. Tamassen. (*Tamasso en la isla de Chipre.*)
✠ Henricus Rossi, episc. Casertan. (*Caserta.*)
✠ Joannes Baptista Pellei, epis. Aquæpenden. (*Acquapendente.*)
✠ Franciscus Mazzuoli, episc. S. Severini. (*S. Severino.*)
✠ Flavianus Abel Hugonin, episc. Bajocen. (*Bayeux.*)

✠ Philippus Mincione, episc. Mileten. (*Mileto.*)
✠ Amadeus Rappe, episc. Clevelanden. (*Cleveland en los Estados-Unidos*).
✠ Joannes Corti, episc. Mantuanus. (*Mántua.*)
✠ Aloisius Ricci, episc. Signin. (*Segni.*)
✠ Jacobus Alipius Goold, episc. Melbournen. (*Melbourn.*)
✠ Eugenius Bruno Guiques, episc. Outovien. *Ontawa ó Bytown en el Canadá.*)
✠ Guillelmus de Cany, episc. Cargianen.
✠ Paulus Dodmassei, episc. Alexien. (*Alessio en Albania.*)
✠ Camillus Bisleti, episc. Cornetan. et Centumcellar. (*Corneto y Civitavecchia.*)
✠ Tomas Mullok, episc. S. Joannis Terræ Novæ. (*S. Juan de Terranova.*)
✠ Maria Julianus episc. Dienensis. (*Digne.*)
✠ Franciscus Gandolfi, episc. Antipatren. (*Antipatro.*)
✠ Joannes Antonius Balma, episc. Ptolemaid. (*Tolemáida.*)
✠ Aloisius Kobes, episc. Methonen. (*Metona.*)
✠ Laurentius Guillelmus Renaldi, episc. Pinerolien. (*Pinerolo.*)
✠ Joannes Maria Foulchier, episc. Mimaten. (*Mende*).
✠ Antonius Boscarini, episc. S. Angeli in Vado et Urbanien. (*S. Angelo in Vado y Urbania.*)
✠ Januarius Acciardi, episc. Anglonen. et Tursien. (*Anglona y Tursi.*)
✠ Antonius De Stefano, episc. Benden. (*Benda.*)
✠ Guillelmus Keance, episc. Cloynensis. (*Cloyne en Irlanda.*)
✠ Antonius Felix Filibertus Dupanloup, episc. Aurelianen. (*Orleans.*)
✠ Ludovicus Franciscus Pie, episc. Pictavien. (*Poitiers.*)
✠ Libius Parlatore, episc. S. Marci. (*S. Marco y Bisignano en las Dos Sicilias.*)
✠ Ignatius Maria Sillette, episc. Melphien. et Rapollen. (*Melfi y Rapolla en las Dos Sicilias.*)
✠ Petrus Simon Dreux Brézé, episc. Moulinen. (*Moulins.*)
✠ Joannes Ranolder, episc. Vesprimien. (*Weszprim en Hungria.*)
✠ Franciscus Petagna, episc. Castri Maris. (*Castellamare.*)
✠ **PETRUS CIRILLUS URIZ Y LABAIRU, EPISC. POMPELONEN. ET TUDELEN.** (*Pamplona*).
✠ Raphael Bachettoni, episc. Compsan. (*Conza.*)
✠ Georgius Strossmayer, episc. Bosnien. et Sirmien. (*Bosnia y Sirmio.*)
✠ Georgius De Luca, episc. Nursin. (*Norcia.*)
✠ Alexander Taché, episc. S. Bonifacii. (*S. Bonifacio en el Canadá.*)
✠ Joannes Mac-Gill, episc. Richemondien. (*Richmond en los Estados-Unidos.*)
✠ Hieronymus Verzeri, episc. Brixien. (*Brescia.*)
✠ Petrus Lacarriera, episc. jam Basæ Terræ. (*Tierra Baja de las Antillas.*)
✠ Ludovicus Teophilus Pallu du Parc, episc. Blesen. (*Blois*).
✠ Philippus Fratellini, episc. Forosempronien. (*Fossombrone.*)
✠ Aloisius Margarita, episc. Oritan. (*Oria en las Dos Sicilias.*)
✠ Joseph Arachial, episc. Ancyran. Armen. rit. (*Ancira.*)
✠ Thomas Grant, episc. Southwarcen. (*Souwarch en Inglaterra.*)
✠ Vincentius Bisceglia, episc. Termular. (*Termoli.*)
✠ Mathias Augustinus Mengacci, episc. Civitatis Castellan. Hortan. et Gallesin. (*Cività Castellana, Orte y Gallese.*)
✠ Joannes Petrus Mabile, episc. Versalien. (*Versailles.*)
✠ Cajetanus Brinciotti, episc. Balneoregien. (*Bagnorea.*)
✠ Colinus Mak Kinnon, episc. Arichaten. (*Arichat en la isla de Cabo Breton.*)
✠ Bernardus Pinol, episc. de Nicaragua. (*Nicaragua.*)
✠ Ludovicus Eugenius Regnault, episc. Carnuten. (*Chartres.*)
✠ Joannes Jacobus Guerrin, episc. Lingonen. (*Langres.*)
✠ Aloisius Sordo, episc. Thelesin. seu Cerreten. (*Telese y Cerreto.*)
✠ Bartholomæus D'Avanzo, episc. Calven. et Theanen. (*Calvi y Teano.*)
✠ Joannes Joseph Longobardi, episc. Andrien. (*Andria en las Dos Sicilias.*)
✠ Joannes Petrus Bravard, episc. Constantien. (*Coutances.*)
✠ Theodorus de Montpellier, episc. Leodien. (*Lieja*).
✠ Antonius La Scala, episc. S. Severi. (*S. Severo en las Dos Sicilias.*)
✠ Jesualdus Vitali, episc. Ferentin. (*Ferentino.*)
✠ Carolus Maria Dubuis, episc. Galvestonien. (*Galveston en los Estados-Unidos.*)
✠ Jacobus Stepischnegg, episc. Lavantin. (*Lavant en Siria.*)
✠ Alosius Filippi, episc. Aquilan. (*Aquila en las Dos Sicilias.*)
✠ Jacobus Ginoulhiat, episc. Gratianopolitan. (*Grenoble.*)
✠ **JOSEPH CAIXAL Y ESTRADÉ, EPISC. URGELLEN.** (*Urgel.*)

✠ Franciscus Joseph Rudiger, episc. Lincien. (*Linz en Austria.*)

✠ Joannes Loughlin, episc. Brooklynien. (*Brooklyn, en los Estados Unidos.*)

✠ **THADDAEUS AMAT, EPISC. MONTEREYEN.** (*Monterey en los Estados-Unidos*).

✠ Jacobus Roosevel Baylley, episc. Nevarcen. (*Newarck en los Estados Unidos.*)

✠ Ludovicus Goesbriand, episc. Burlingtonen. (*Burlington en los Estados-Unidos.*)

✠ Emigdius Forchini, episc. Civitatis Plebis. (*Città della Pieve.*)

✠ Vicentius Materozzi, episc. Ruben. et Bituntin. (*Ruvo é Bitunto.*)

✠ Petrus Aloisius Speranza, episc. Bergomen. (*Bérgamo.*)

✠ Thomas Michael Salzano, episc. Tanen. (*Tanes en Egipto.*)

✠ Felix Romano, episc. Isclan. (*Ischia.*)

✠ Aloisius Landi Vittori, episc. Assisien. (*Asis.*)

✠ Vicentius Zubranich, episc. Ragusin. (*Ragusa en Dalmacia.*)

✠ Benedictus Riccabona, episc. Tridentin. (*Trento.*)

✠ Ludovicus Forwerk, episc. Leontopolitan. (*Leontópolis en Bitinia.*)

✠ Franciscus Antonius Maiorsini, Episc. Lacedonien. (*Lacedonia.*)

✠ Innocentius Sannibale, episc. Eugubin. (*Gubbio.*)

✠ Nicolaus Renatus Sergent, episc. Corosopiten. (*Quimper.*)

✠ Joannes Rosati, episc. Tudertin. (*Todi.*)

✠ Dominicus Zelo, episc. Avesan. (*Aversa en las Dos Sicilias.*)

✠ Cajetanus Rodilossi, episc. Alatrin. (*Alatri.*)

✠ Franciscus Gallo, episc. Abellinen. (*Avellino.*)

✠ Petrus Rota, episc. Guastallen. (*Guastalla.*)

✠ Joannes Joseph Vitezich, episc. Veglien. (*Veglia en Dalmacia.*)

✠ Franciscus Gianpaolo, episc. Larinen. (*Larino.*)

✠ Franciscus Roullat de La Bouillerie, episc. Carcassonen. (*Carcassona.*)

✠ Franciscus Paulus, episc. S. Agathæ Gothorum. (*Sta. Agueda de los Godos.*)

✠ Alexius Joseph Wicart, episc. Vallis Vidonis. (*Laval.*)

✠ Guillelmus Vaughan, episc. Plymouth. (*Plimouth.*)

✠ Nicolaus Pace, episc. Amerin. (*Amelia.*)

✠ Joannes Benini, episc. Piscien. (*Pescia.*)

✠ Joseph Del Prete, episc. Thyatiren. (*Tiatira en Lidia.*)

✠ Joseph Formisano, episc. Nolan. (*Nola.*)

✠ Claudius Henricus Plantie, episc. Nemausen. (*Nimes.*)

✠ Ludovicus Augustus Delalle, Episc. Ruthenen. (*Rodez.*)

✠ Vicentius Moretti, episc. Imolen. (*Imola.*)

✠ Antonius Joseph Jordanus, episc. Foroiulien. et Tolonen. (*Frejus y Toulon.*)

✠ Joannes Renier, Episc. Feltr. et Bellunensis. (*Feltre y Belluno.*)

✠ Patritius Moran, epis. Dardanen. (*Dardania en el Helesponto.*)

✠ Laurentius Gilooly, episc. Elphinensis. (*Elphin en Irlanda.*)

✠ Guillelmus Emmanuel, episc. Moguntinus. (*Maguncia.*)

✠ Joannes Farrel, episc. Hamiltonen. (*Hamilton.*)

✠ Elias Ant. Alberani, episc. Ascul. in Piceno. (*Ascoli.*)

✠ Joannes Ghiureghian, episc. Trapezuntin. Arm. rit. (*Trebisonda en el Asia menor.*)

✠ Adrianus Languillot, episc. Sergiopolitan. (*Sergiópolis en Siria.*)

✠ Stephanus Semeria, episc. Olympen. (*Olimpio en Licia.*)

✠ Jacobus Bernardi, episc. Massan. (*Massa.*)

✠ Thomas Passero, episc. Troian. (*Troia en la Tróade.*)

✠ Claudius Jacobus Boudinet, episc. Ambianen. (*Amiens.*)

✠ Lorradus Martin, Episc. Paterbonen. (*Paterbon.*)

✠ Joseph Emmanuel Arroyo, episc. De Guayana. (*Guayana en Venezuela.*)

✠ Joseph Romero, episc. Dibonen. (*Dibona en Arabia.*)

✠ Vincentius Cina, episc. Adramiten. (*Adramitto en la Tróade.*)

✠ Henricus, episc. Casertanus. (*Caserta.*)

✠ Dalmatius Di Andrea, episc. Boven. (*Bova en las Dos Sicilias.*)

✠ Vincentius Casser, episc. Brixinien. (*Bresanone.*)

✠ Philippus Vespasiani, episc. Fanen. (*Fano.*)

✠ Clemens Fares, episc. Pisauren. (*Pésaro.*)

✠ Franciscus Marinelli, episc. Porphyrien. (*Porfirio en Fenicia.*)

✠ Henricus Iunken, episc. Antonen. (*Alton.*)

✠ Joannes Mac-Evilly, episc. Galvien. (*Galvay.*)

✠ Guillelmus Clifford, episc. Cliftonien. (*Clifton.*)

✠ Petrus Giraud De Langarie, episc. Bellicen. (*Belley.*)

✠ Petrus Maria Ferré, episc. Casalen. (*Casale.*)

✠ Ludovicus Delcusy, episc. Vivarien. (*Viviers.*)

✠ Petrus Buffeti, episc. Brictinorien. (*Bertinoro.*)

✠ Joseph Stephanus Godelle, episc. Thermopylen. (*Termópilas en Acaya.*)

✠ Jacòbus Fridericus Wood, episc. Philadelphien. (*Filadelfia.*)

✠ Joannes Baptista Scandella, episc. Antinoen. (*Antinoe.*)
✠ Joseph Targioni, episc. Volaterran. (*Volterra.*)
✠ Aloisius Maria Paoletti, episc. Montis Politiani. (*Montepulciano.*)
✠ **JOSEPH DE LOS RIOS, EPISC. LUCEN.** (*Lugo*).
✠ Michael O'Hea, episc. Rossanen. (*Ross en Siria.*)
✠ Patritius Lynch, episc. Carolopolitan. (*Charlestown.*)
✠ Joseph Maria Papardo, episc. Sinopen. (*Sinope.*)
✠ Vitalis Justinus Grandin, episc. Satalen. (*Satala en Armenia.*)



Ilmo. señor don Pedro María Lagüera y Menezo, obispo de Osma.

✠ Guillelmus Henricus Elder, episc. Natchezensis. (*Natchez.*)
✠ Clemens Pagliari, episc. Anagnin. (*Anagni.*)
✠ Fortunatus Maurizi, episc. Verulan. (*Veroli.*)
✠ Petrus Sola, episc. Nicien. (*Nizza.*)
✠ **FERDINANDUS BLANCO, EPISC. ABULEN.** (*Avila.*)
✠ **PAULUS BENIGNUS CARRION, EPISC. DE PORTO RICO.** (*Puerto Rico.*)
✠ Jacobus Jeancard, episc. Ceramen. (*Ceramo.*)
✠ Carolus Joannes Filion, episc. Cenomanen. (*Le Mans.*)
✠ Joannes Sebastianus Devoucoux, episc. Ebroicen. (*Evreux.*)
✠ Ignatius Senestrey, episc. Ratisbonen. (*Ratisbona.*)
✠ Riccardus Roskell, episc. Nottinhgamen. (*Nottingam.*)
✠ Paschalis Vuicic, episc. Antiphellen. (*Antifello en Licia.*)
✠ Ludovicus Idéo, episc. Liparen. (*Lipari.*)
✠ **MICHAEL PAYÁ Y RICO, EPIS. CONCHEN.** (*Cuenca.*)
✠ Jacobus Etheridge, episc. Toronen. (*Toron en Macedonia.*)
✠ **PETRUS CUBERO Y LOPEZ DE PADILLA, EPISC. ORIOLEN.** (*Orihuela.*)
✠ Dominicus Fanelli, epis. Dianen. (*Diano.*)
✠ **JOACHIM LLUCH, EPISC. CANARIEN. ET S. CHRISTOPHORI IN LAGUNA.** (*Canarias.*)
✠ Ignatius Papardo, episc. Mynden. (*Mindo en La Caria.*)
✠ Joannes Antonius Augustus, episc. Apamien. (*Pamiers.*)
✠ Petrus Tilkian, episc. Brussen. arm. rit. (*Brusa ó Bursa en La Anatolia.*)

✠ Antonius Maria Valenziani, episc. Fabrianen. et Mathelicen. (*Fabriano y Matelica.*)

✠ Hyacinthus Luzi, episc. Narnien. (*Narni.*)

✠ Thomas Grace, episc. S. Pauli de Minesota. (*S. Pablo de Minesota.*)

✠ Antonius Halagi, episc. Artuiren. Arm. rit. (*Artuin en la Armenia.*)

✠ Joseph Teta, episc. Oppiden. (*Oppido en las Dos Sicilias.*)

✠ Joannes Baptista Siciliani, episc. Caputaquen. et Vallen. *Capaccio y Vallo.*)

✠ Franciscus Xaverius D'Ambrosio, episc. Muran. (*Muro en las Dos Sicilias.*)

✠ Michael Milella, episc. Aprutin. (*Teramo.*)

✠ **RUDESINDUS SALVADO, EPISC. PORTUS VICTORIAE, IN AUSTRALIA.** (*Puerto Victoria.*)

✠ Simon Spilotros, episc. Tricaricen. (*Tricarico en las Dos Sicilias.*)

✠ Felix Petrus Fruchaud, episc. Limovicen. (*Limoges.*)

✠ Aloisius Maria Epivent, episc. Aturen. (*Aire.*)

✠ **JOSEPH LOPEZ CRESPO, EPISC. SANTANDERIEN.** (*Santander.*)

✠ Vincentius Arbelaes, episc. Maxipolitanus. (*Maximópolis en la Arabia.*)

✠ Joannes Quinlan, episc. Mobilien. (*Mobile en los Estados-Unidos.*)

✠ Petrus Joseph Tardoya, episc. Tiberiopolitan. (*Tiberiópolis en Frigia.*)

✠ Joannes Monetti, episc. Cervien. (*Cervia.*)

✠ Alexander Paulus Spoglia, episc. Comachen. *Comacchio.*)

✠ Aloisius Mariotti, episc. Feretran. (*Montefeltro.*)

✠ Valerius Laspro, episc. Gallipolitan. (*Gallipoli en las Dos Sicilias.*)

✠ Aloisius Lembo, episc. Cotronen. (*Cotrone.*)

✠ Jacobus Rogers, episc. Chatamen. (*Chatam en Nueva Brunswich.*)

✠ Patritius Dorrion, episc. Danen. et Connoren. (*Down y Connor.*)

✠ Andreas Ignatius Schaepman, episc. Esbonen. (*Esebon.*)

✠ Alexander Bonnaz, episc. Csanadensis. (*Chonad.*)

✠ Sebastianus Diaz Larangeira, episc. S. Petri Flum. Granden. (*S. Pedro de Rio grande en el Brasil.*)

✠ **MICHAEL DOMENECH, EPISC. PITTSBURGEN.** (*Pittsburg, en los Estados-Unidos.*)

✠ Aloisius Antonius Dos Santos, episc. Fortalexien. (*Fortaleza en el Brasil.*)

✠ Antonius de Macedo Costa, episc. Belem de Para. (*Belen de Para en el Brasil.*)

✠ Walterus Steins, episc. Nilopolitan. (*Nilópolis en el Egipto.*)

✠ Claudius Maria Magnin, episc. Annecien. (*Annecy.*)

✠ Julius Ravinet, episc. Trecen. (*Troyes.*)

✠ Antonius de Trinitate de Vasconcellos Pereira de Mello, episc. Lamacen. (*Lamego.*)

✠ Jacobus Donnelly, episc. Clogherien. (*Clogher en Irlanda.*)

✠ Gerardus Petrus Wilmer, episc. Harlemen. (*Harlem.*)

✠ Georgius Buttler, episc. Limericen. (*Limerich.*)

✠ Carolus Theodorus Colet, episc. Luconen. (*Luçon.*)

✠ Eustachius Zanoli, episc. Eleutheropolitan. (*Eleuterópolis en Palestina.*)

✠ Fridericus Maria Zinelli, episc. Tarvisin. (*Treviso.*)

✠ Aloisius De Canossa, episc. Veronen. (*Verona.*)

✠ Robertus Cornthwaite, episc. Beverlacen. (*Berveley en Inglaterra.*)

✠ **BENEDICTUS VILAMITJANA, EPISC. DERTHUSEN.** (*Tortosa.*)

✠ **PETRUS MARIA LAGÜERA Y MENEZO, EPISC. OXOMEN.** (*Osma.*)

✠ **CALLIXTUS CASTRILLO Y ORNEDO, EPISC. LEGIONEN.** (*Leon.*)

✠ Silvester Horton Rosecrans, episc. Pompejopolitan. (*Pompeyópolis en Cilicia.*)

✠ Victor Felix Bernandon, episc. Vapincen. (*Gap.*)

✠ Augustinus David, episc. Briocen. (*Saint Brieux.*)

✠ Ludovicus Nogret, episc. S. Claudii. (*San Claude.*)

✠ Antoninus Boutonnet, episc. Guadalupen. (*Guadalupe.*)

✠ **PANTALEO MONSERRAT Y NAVARRO, EPISC. BARCINONEN.** (*Barcelona.*)

✠ Joseph Fessler, episc. S. Hippolyti. (*Saint Pölten.*)

✠ **MARIANUS PUIGLLAT Y AMIGÓ, EPISC. ILERDEN.** (*Lérida.*)

✠ **CONSTANTINUS BONET, EPISC. GERUNDEN.** (*Gerona.*)

✠ Joannes De Frunca Castro é Moura, episc. Portugallen. (*Oporto.*)

✠ Joannes Gray, episc. Hypsopolitan.)*Hipsópolis é Isso en Frigia.*)

✠ Bernardinus Trionfetti, episc. Terracinen. Privernen. et Setin. (*Terracina, Piperno y Sezze.*)

✠ **FRANCISCUS GAINZA, EPISC. NOVAE. CACERES.** (*Nueva Cáceres*).

✠ Antonius Alves Martins, episc. Visen. (*Viseu.*)

✠ Joseh Papp-Szilágyi de Illesfalva, episc. Nagno Varadinen. Græc. Rum. (*Gran Varadino en Hungría.*)

✠ Gioannichius, episc. Palmiren. Græco-Cath. (*Palmira.*)
✠ Joannes Petrus, episc. Costantien. (*Coutances.*)
✠ Joannes Jacovacci, episc. Erythrensis. (*Eritrea.*)
✠ Jannes Baptista Greith, episc. S. Galli. (*San Galo en Suiza.*)
✠ Nicolaus Conaty, episc. Kilmoren. (*Kilmore en Irlanda.*)
✠ Nicolaus Adames, episc. Alicarnassen. (*Halicarnaso.*)
✠ Fidelis Abbati, episc. Sanctorien. (*Santorino.*)
✠ Joannes Baptista Guzailhan, episc. Jam Veneten. (*Vannes.*)
✠ Antonius Mohastyriski, episc. Premislien. (*Przemysl en La Galitzia.*)
✠ Joannes Zaffron, episc. Sebenicen. (*Sebenico en Dalmacia.*)
✠ Joseph Nicolaus Dabert, episc. Petrocoricen. (*Perigueux.*)
✠ Petrus Marcus Le Breton, episc. Anicien. (*Puy.*)
✠ Joannes Claudius Lachat, episc. Basileen. (*Basilea.*)
✠ Joseph Pluym, episc. Nicopolitan. (*Nicópolis en Armenia.*)
✠ **FELIX MARIA ARRIETE, EPISC. GADITAN. ET SEPTEN.** (*Cádiz y Ceuta*).
✠ Franciscus Andreoli, episc. Callien et Pergulan. (*Cagli y Pergola.*)
✠ Paulus Micaleff, episc. Civitatis Castelli. (*Città di Castello.*)
✠ Antonius Maria Pettinari, episc. Nucerin. (*Nocera.*)
✠ Joannes Petrus Dourst episc. Suessionen. (*Sessa en las Dos Sicilias.*)
✠ **GREGORIUS LOPEZ, EPISC. PLACENTIN. COMPOSTELLEN.** (*Plasencia en la provincia de Compostela.*)
✠ **JOSEPH ALOYSIUS MONTAGUT, EPISC. OVETEN.** (*Oviedo.*)
✠ **JOACHIM HERNANDEZ Y HERRERO, EPISC. SEGOBRICEN.** (*Segorbe.*)
✠ Paulus Beriscia, episc. Pulaten. (*Pulati en Albania.*)
✠ Joannes Straiu, episc. Abilen. (*Abila ó Abelia en la Fenicia.*)
✠ Edmundus Franciscus Guierry, episc. Danaben. (*Danaba en Fenicia.*)
✠ Hyacinthus Vera, episc. Megaren. (*Megar en la Acaya.*)
✠ Gaspar Mermillod, episc. Hebronen. (*Hebron en Palestina.*)
✠ Angelus Kraljevic, episc. Metellopolitan. (*Metelópolis en Frigia.*)
✠ Agapitus Dumani, episc. Ptolemaiden. Græc. rit. Melchitar. (*Tolemáida ó San Juan de Acre en Siria.*)
✠ Thomas Nutly, episc. Midensis. (*Meat en Irlanda.*)
✠ Joseph Salandari, episc. Mariopolitan. (*Saut Santa Marta y Marquete en los Estados-Unidos.*)
✠ Franciscus Nicolaus Guellette, episc. Valentinen. (*Valence.*)
✠ Guillelmus Renatus Meignan, episc. Cathalaunen. (*Chalons sur mer.*)
✠ Stephanus Ramadié, episc. Elnen. (*Perpignan.*)
✠ **RAYMUNDUS GARCÍA Y ANTON, EPISC. TUDEN.** (*Tuy.*)
✠ **HYACINTHUS MARIA MARTINEZ, EPIS. S. CHRISTOPHORI DE HABANA.** (*Habana.*)
✠ Henricus Franciscus Bracq, episc. Gandaven. (*Gand.*)
✠ Nicolaus Powert, episc. Sareptan. (*Sarepta ó Sarphat en Palestina.*)
✠ Laurentius Bonaventura Schiel, episc. Adelaidopolitan. (*Adelaide en la Australia.*)
✠ Aloisius Riccio, episc. Cajacien. (*Caiazzo.*)
✠ **FERDINANDUS RAMIREZ Y VAZQUEZ, EPISC. PACEN.** (*Badajoz.*)
✠ Victor Augustus Dechamps, episc. Namurcen. (*Namur.*)
✠ Joannes Joseph Conroy, episc. Albanen. in America. (*Albani.*)
✠ Joannes Marangó, episc. Thinen. et Miconen. (*Tine y Micone en el Archipiélago.*)
✠ Raphael Popow, episc. Bulgaror. (*Bulgaria.*)
✠ Nicolaus Frangipani, episc. Corcordien. *electus.* (*Concordia en el Véneto.*)
✠ Joseph Romeo, episc. Dibonen. (*Dibona en Arabia.*)
✠ **JOANNES LOZANO, EPISC. PALENTIN.** (*Palencia.*
✠ **ANTONIUS JORDÁ Y SOLER, EPISC. VICEN.** (*Vich.*)
✠ Agabius Biscia, epis. Cariopolitan. (*Cariópolis ó Clariópolis en la Caria.*)
✠ Stephanus Melchisedechian, episc. Erzerumien. Armen. rit. (*Erzerum.*)
✠ Carolus Philippus Place, episc. Marsilien. (*Marsella.*)
✠ Joannes Baptista Lequette, episc. Atrebaten. (*Arras.*)
✠ Petrus Alfredus Grimardias, episc. Cadurien. (*Cahors.*)
✠ Joannes María Becel, episc. Veneten. (*Vannes.*)
✠ Georgius Dubocowich, episc. Pharen. (*Lesina y Brazza en Dalmacia.*)
✠ Jacobus Lyngh, episc. Arcadiopolitan. (*Arcadiópolis en Tracia.*)
✠ **JOSEPH DE LA CUESTA Y MAROTO, EPISC. AURIEN.** (*Orense.*)
✠ Jacobus Chudwick, episc. Hagulstadens. et

Novo Castrens. (*Hesam y Newcastle en Inglaterra.*)

✠ Angelus Di Pietro, episc. Nyssen. (*Nissa en Capadocia.*)

✠ Joseph Aggarbati, episc. Senogallien. (*Sinagaglia.*)

✠ Joseph Bovieri, episc. Montis Falisci. (*Monte Fiascone.*)

✠ Julius Lenti, episc. Sutrin. et Nepesin. (*Sutri y Nepi.*)

✠ Thomas Gallucci, episc. Recineten. et Lauretan. (*Recanati y Loreto.*)

✠ Joannes Baptista Cerruti, episc. Savonen. et Naulen. (*Savoni y Noli.*)

✠ Salvator Angelus Demartis, episc. Galtellein. Noren. (*Galtelli y Nuoro.*)

✠ Philippus Manetti, episc. Tripolitan. (*Trípoli.*)

✠ Conceptus Focaccetti, episc. Lystren. (*Listri en Licaonia.*)

✠ Anselmus Faúli, episc. Grossetan. (*Grosetto en Toscana.*)

✠ Joseph Rosati, episc. Lunen-Sarzanen. (*Luni y Sarzana.*)

✠ Josephus Giusti, episc. Aretinus. (*Arezzo.*)

✠ Carolus Macchi, episc. Regien. (*Reggio.*)

✠ Joannes Zalka. episc. Jaurinensis. (*Raab.*)

✠ Cajetanus Franceschini, episc. Maceraten. et Tolentin. (*Macerata y Tolentino.*)

✠ Antonius Fania, episc. Marsicen. et Potentien. (*Marsico y Potenza.*)

✠ Andreas Formica, episc. Cuneen. (*Cuneo en el Piamonte.*

✠ Carolus Savio, episc. Asten. (*Asti.*)

✠ Laurentius Gastaldi, episc. Salutiar. (*Saluzzo.*)

✠ Eugenius Galleti, episc. Alba Pompejen. (*Alba en el Piamonte.*)

✠ Antonius Colli, episc. Alexandrin. Pedemontan. (*Alessandria en el Piamonte.*)

✠ Augustinus Hacquard, episc. Verdunen. (*Verdun.*)

✠ Joseph Alfredus Faulon, episc. Nanceyen. et Tullen. (*Nancy y Toul.*)

✠ Henricus Bindi, episc. Pistorien. (*Pistoya.*)

✠ Antinus Grech Delicata Testaferrata, episc. Calydonien. electus. (*Calidonia en la Etolia.*)

✠ Franciscus Zunnui, episc. Uxellen. et Terralben. (*Ales y Terralba.*)

✠ Petrus Georgius Di Natale, episc. Amiden. Chaldæor. (*Amida ó Amido en la Mesopotamia.*)

✠ Leo, episc. Rupellensis et Santonensis. (*La Rochelle y Saintes.*)

✠ Franciscus Gros, episc. Tarantasiensis. (*Tarantasia en Saboya.*)

✠ Joannes Chrisostomus Kruesz, archiabbas. O. S. B. S. Martini. (*Archiabad de S. Martino de la órden de S. Benito en la Hungría.*)

✠ Guillelmus de Cesare, Abbas Montis Virginis. (*Abad de la Congregacion Benedictina del Monte Vergine en las Dos Sicilias.*)

Tampoco necesito encarecer la respuesta dada por los prelados á la imponderable alocucion del dia 26 de Junio. Está suscrita por 537. Pocas veces, quizás ninguna, se habia reunido un número tan considerable de sucesores de los Apóstoles. ¡Qué vergüenza para los necios que dicen, convirtiendo sus aspiraciones insanas en realidades positivas, que han pasado los siglos de la Iglesia! ¡Qué humillacion para los *sabiondos*, que intentan sustituir en su cátedra á la maestra de la humanidad, á la que reparte todo bien, á la que inspira toda virtud, á la que dirige todo progreso legítimo y toda civilizacion verdadera!

Consoladora es la respuesta, por el número extraordinario de los que la suscriben, pero lo es más si cabe, por la significacion de lo que dicen con acuerdo grandemente asombroso.

Los obispos de la Cristiandad notan que miéntras muchos se extasían ante los portentos maravillosos de la industria, Pio IX enarbola la bandera de los santos, y dice á los descendientes de Adan que miren al cielo, de donde procede toda sabiduría.

Es imposible desconocer la conveniencia de la observacion. En todos tiempos, y muy singularmente en los actuales, los hombres se han dividido en dos numerosos ejércitos representados en los albores del mundo por Abel y por Cain. No necesito, ni puedo decir para no divagar demasiado, quiénes están en el uno y quiénes se hallan en el otro. Los primeros, sin mirar con desden los adelantos materiales, fíjanse de una manera especial en todo lo relativo al espíritu, á las almas, á lo sobrenatural, á Dios. En cuanto á los segundos, prescinden absolutamente de esto, ó lo mencionan únicamente para ridiculizarlo, y se ciñen á los progresos de la materia que divinizan, sin considerar que los trasforma en bestias. Justo era que los obispos combatiesen á una con el Pontífice-Rey la obra nefanda del espíritu del mal. Justo era que recordasen despues aquellas palabras de la Escritura: «Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.»

Declaran tambien que su viaje á Roma prueba su adhesion al Papa y á la Santa Sede. Y tras renovar los votos de su mensaje anterior, aprueban cuanto ha hecho el representante de Jesucristo, y proscriben todo lo que ha condenado. Y ensálzanle por su firmeza en defender sus prerogativas, impugnar los

errores y decir la verdad á los poderosos de la tierra. Como si esto no fuese bastante, consignan que los príncipes están obligados á defender la soberanía temporal de la Santa Sede, así como sus derechos y sus libertades.

¡Espectáculo sublime que alegró indudablemente á los cielos y á la tierra! Porque, ¿quién negará que los obispos personifican las ideas, los sentimientos y las aspiraciones de la Cristiandad? ¿Quién negará por consecuencia que doscientos millones de católicos tienen un solo corazon, un solo espíritu, una sola voluntad, tratándose del Vicario del Hombre-Dios? ¿Quién negará en fin, que esta unidad pasmosa puede considerarse seguro presagio de tiempos bonancibles y dichosos?

Está bien que los sucesores de los Apóstoles re-



Ilmo. señor don José Caixal y Estradé, obispo de Urgel.

cuerden á los príncipes su deber de patrocinar la soberanía temporal de la Santa Sede; mas es indudable que áun faltando á él indignamente, seguirá prevaleciendo, y logrando de dia en dia mayor consistencia. ¿Qué importa que obren mal, si los pueblos sienten y discurren bien? Costará el triunfo un poco más; pero lograráse á la postre, brillando con una intensidad proporcionada al tiempo en que haya estado contenido. Es completamente imposible que la paciencia heróica que los católicos acreditan con algunas menguadas potestades civiles, no reconozca sus límites.

No bien suceda lo que acabo de indicar, las personas á que aludo quedarán completamente desacreditadas, y de todo punto desatendidas. Y pasará su poder á las manos de los que traten sériamente de conducir á los pueblos por la senda que prescriben de consuno la obligacion estricta, el honor, la gratitud y la propia conveniencia.

Era de presumir que los obispos dedicarian algunas palabras al actual representante de Jesucristo, que es indudablemente la personificacion más alta de la grandeza moral, y la figura más noble que brilla en el horizonte de la historia contemporánea. Hé

aquí por qué recuerdan las consideraciones que les ha dispensado siempre. Hé aquí por qué hacen públicos sus sentimientos unánimes de piedad sincera y respetuosa. Hé aquí por qué manifiestan su propósito de imitar las virtudes eminentes de Pio IX, á quien no abaten las pruebas más rudas. Hé aquí por qué afirman que han querido reanimarse bajo su influjo paternal. Hé aquí por qué señalan la firmeza inquebrantable de la cátedra que ocupa por disposicion divina, firmeza que forma contraste con la debilidad de algunos tronos que facilísimamente se derrumban. Hé aquí por qué confirman otra vez lo que en su favor hicieron y declararon anteriormente. Hé aquí para concluir, por qué le dan gracias y reconocen que Pedro habla por su boca.

En cuanto al Centenario, los ilustres firmantes del mensaje aseguran con fundamento notorio que acredita la inmutabilidad y la solidez de la Silla Apostólica, así como que las canonizaciones cercanas ponen de realce la fecundidad de la Iglesia.

Como no podia ménos de suceder, se fijan singularmente en la promesa del Concilio ecuménico, que llaman «grande obra de unidad, de santificacion y de paz, que dará nuevo esplendor á la Iglesia.» Y añaden con un Pontífice, que es el remedio más grande que se puede usar en los mayores peligros de la república cristiana.

Hago aquí punto final, porque no acabaria nunca si hubiese de señalar todos y cada uno de los conceptos notables de la referida contestacion dada por los obispos al Pontífice Rey.

Fuera de que mis lectores han podido apreciarlos por sí propios; y si es verdad que al escritor católico incumbe poner de manifiesto lo que á la Iglesia realza, tambien lo es que hay ocasiones en que casi puede considerarse dispensado de cumplir esa obligacion sagrada. Las bellezas del mensaje á que me refiero son bajo todos aspectos notorias, visibles, palpables. Para conocerlas sólo se necesitan ojos ú oidos, así como para percibirlas basta tener buen gusto, ó por mejor decir, un poco de esa fe maravillosa que muda las montañas de sitio; que hace á los hombres como partícipes de la divinidad; que ha realizado y realizará estupendos prodigios y asombrosas maravillas hasta la consumacion de las edades.

Pio IX contestó al mensaje de la siguiente manera:

VENERABILES FRATRES!

Perjucunda quidem, licet a fide et devotione vestra prorsus expectanda, Nobis fuerat nobilis illa concordia, qua, sejuncti ac dissiti, eadem tenere, eadem asserere profitebamini, quæ Nos docueramus; et eosdem, quos damnaveramus, errores in religiosæ civilisque societatis exitium invectos, execrari. Verum multo jucundius Nobis fuit hæc ipsa discere ex ore vestro, et nunc rursum a congregatis vobis explicatius et solemnius accipere; dum iis amoris et obsequii officiis Nos cumulatis, quæ mentes affectusque vestros luculentius verbis ipsis aperiant. Cur nam enim tam prono animo obsecundastis desiderio Nostro, omnique incommodo posthabito, ad Nos e toto terrarum orbe convolastis? Scilicet explorata vobis erat firmitas Petræ, supra quam ædificata fuit Ecclesia, perspecta vivifica ejus virtus; nec vos fugiebat, quam præclarum utrique rei testimonium accedat e christianorum heroum canonizatione. Duplex igitur hoc festum celebraturi confluxistis, non modo, ut sacris hisce solemniis splendorem adderetis; sed ut, universam veluti fidelium familiam referentes, præsentia vestra non minus, quam diserta professione testaremini, eamdem nunc, quæ duodeviginti ab hinc sæculis, vigere fidem, idem caritatis vinculum omnes nectere, eamdem virtutem exire ab hac Cathedra veritatis. Placuit vobis commendare pastoralem sollicitudinem Nostram, et quidquid pro viribus agimus

VENERABLES HERMANOS:

Grandísimo gozo nos habia causado, por más que lo esperábamos ya de vuestra fe y adhesion, aquella notable concordia con que separados y alejados unos de otros protestábais profesar y defender lo mismo que habia sido enseñado por Nos, y condenar los mismos errores que como nocivos á la sociedad religiosa y civil Nos habíamos condenado. Mas nuestra alegría es mucho mayor al escuchar de vuestros labios, ahora que os hallais reunidos, las mismas manifestaciones, y al recibir las mismas protestas de un modo más amplio y solemne; al mismo tiempo que estas vuestras múltiples demostraciones de amor y de homenaje demuestran mucho mejor que las palabras, cuáles son vuestras disposiciones, y cuál vuestro afecto hácia Nos.

¿Por qué causa, si no, habeis secundado con tan buen ánimo Nuestro deseo, y despreciando toda clase de incomodidades, os habeis apresurado á venir junto á Nos de todas las partes del mundo? Sin duda os era harto notoria la solidez de aquella Piedra sobre que fué edificada la Iglesia, y bien conocida su vivificante virtud; y comprendiais igualmente cuán esclarecido testimonio es de ambas cosas la canonizacion de los héroes cristianos. Dos motivos, pues, os han traido á celebrar esta doble fiesta: el de dar mayor brillo á la sagrada ceremonia, y el de atestiguar como en representacion de todos los fieles, no sólo con vuestra presencia, sino tambien con vuestras terminantes protestas, que existe aún la misma fe que hace diez y ocho siglos, que los mismos vín-

ad effundendam veritatis lucem, ad disjiciendas errorum tenebras, ad perniciem depellendam ab animabus Christi sanguine redemptis; nempe ut e conjunctis propriorum magistrorum sententiis ac vocibus, confirmentur christianæ gentes in obsequio et amore erga hanc Sanctam Sedem, in eamque acrius mentis oculos intendant. Corrogatis undique subsidiis huc convenistis civilem Nostrum sustentaturi principatum tanta oppugnatum perfidia: ideo sane ut splendidissimo hoc facto, et per collata catholici Orbis suffragia necessitatem ejus ad liberum Ecclesiæ regimen assereretis. Dilectum vero populum Romanum, indubiaque et clarissima ejus obsequii in Nos et dilectionis indicia meritis laudibus prosequenda duxistis; quo et alacriores ipsi adjiceretis animos, et eum vindicaretis a conflatis calumniis, et fœdam illis sacrilegæ proditionis notam inureretis, qui, felicitatis populi obtentu, Romanum Pontificem e solio deturbare conantur. Et dum arctioribus mutuæ caritatis nexibus per hunc conventum obstringere studuistis omnes orbis ecclesias; hoc etiam præstitistis, ut uberiore evangelico spiritu repleti ad Beatissimi Petri Principis Apostolorum et Pauli doctoris gentium cineres, fortiores inde discederetis ad perrumpendas hostium phalanges, ad tuenda religionis jura, ad unitatis studium creditis plebibus efficacius ingerendum. Quod sane votum apertius etiam se prodit in eo communi Concilii œcumenici desiderio; quod omnes non modo perutile sed et necessarium arbitramini. Superbia enim humana, veterem ausum instauratura, jamdiu, per commentitium progressum, civitatem et turrim extruere nititur, cujus culmen pertingat ad cœlum, unde demum Deus ipse detrahi possit. At Is descendisse videtur inspecturus opus, et ædificantium linguas ita confusurus, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui: id enim animo objiciunt Ecclesiæ vexationes, miseranda civilis consortii conditio, perturbatio rerum omnium, in qua versamur. Cui sane gravissimæ calamitati sola certe objici potest divina Ecclesiæ virtus, quæ tunc maxime se prodit, cum Episcopi a Summo Pontifice convocati, eo præside, conveniunt in nomine Domini de Ecclesiæ rebus acturi. Et gaudemus omnino prævertisse Vos hac in re propositum jamdiu a Nobis conceptum commendandi sacrum hunc cœtum ejus patrocinio, cujus pedi a rerum exordio serpentis caput subjectum fuit, quæque deinde universas hæreses sola interemit. Satisfacturi propterea communi desiderio, jan nunc nunciamus, futurum quandocunque Concilium sub auspiciis Deiparæ Virginis ab omni labe immunis esse constituendum, et eo aperiendum die, quo insignis hujus privilegii ipsi collati memoria recolitur. Faxit Deus, faxit Immaculata Virgo, ut amplissimos e saluberrimo isto consilio fructus percipere valeamus. Interim vero

culos de amor nos unen, que la misma virtud fluye de esta cátedra de la verdad. Habeis tenido á bien encomiar Nuestra pastoral solicitud y Nuestros esfuerzos por difundir la luz de la verdad, por disipar las tinieblas del error, por librar de la perdicion á las almas redimidas con la sangre de Cristo: á fin de que, con las palabras y declaraciones conformes de los propios maestros, el pueblo cristiano se confirme cada vez más en el obsequio y amor hácia esta Santa Sede, y á Ella tambien dirija más fijamente sus miradas.

Despues de colectar limosna en todas partes, habeis venido á sostener Nuestro Principado, con tanta perfidia combatido, para demostrar con este brillante ejemplo y con las ofrendas recogidas en todo el orbe católico la necesidad del poder temporal para el libre gobierno de la Iglesia. Tambien habeis tributado merecida alabanza á mi querido pueblo romano, y á las pruebas inequívocas y preclaras de su respeto y amor á Nos, ora con el fin de animarle, ora con el de vindicarle de las calumnias que se le han levantado, ora con el de lanzar la nota infame de traidores y sacrílegos sobre los que bajo el pretexto de promover la felicidad del pueblo, se esfuerzan en arrojar de su trono al Romano Pontífice. Y miéntras que procurais acrecentar la union entre las iglesias con más estrechos vínculos de recíproca caridad por medio de este lazo, conseguís tambien henchiros de más abundante espíritu evangélico junto á las cenizas de los Beatísimos Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y Pablo, doctor de las gentes, y volver de allí con más bríos para romper las falanges enemigas, para defender los derechos de la Religion, para aumentar el espíritu de unidad en los pueblos que os están confiados.

Manifiéstase este anhelo más claramente en el comun deseo del Concilio ecuménico que todos habeis considerado, no solo utilísimo sino hasta necesario. En efecto; renovando la humana soberbia su antigua audacia, esfuérzase desde largo tiempo bajo pretexto de un vano progreso en construir una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo, para poder echar abajo al mismo Dios: parece que el Señor ha bajado á ver esta obra, y á confundir de tal suerte las lenguas de los constructores, que el vecino no puede entenderse con su vecino. Tal es el espectáculo que presentan las vejaciones de la Iglesia, la condicion lastimosa de la sociedad civil y la perturbacion completa en que vivimos.

A tan gravísimas calamidades, sólo puede oponerse la divina virtud de la Iglesia, que nunca mejor se manifiesta que al reunirse los obispos, convocados por el Sumo Pontífice, para tratar bajo su presidencia de las cosas eclesiásticas en el nombre del Señor. Grandemente Nos alegramos de que hayais prevenido Nuestros deseos, mucho tiempo hace concebidos, de poner esta sagrada reunion bajo el Patrocinio de Aquella, que con su pié aplastó desde el principio la cabeza de la serpiente, y que confundió despues por sí sola toda clase de herejías.

En satisfaccion, pues, del comun deseo, desde ahora anunciamos que el Concilio cuando se inaugure, se constituirá bajo los auspicios de la Vírgen, Madre de Dios, limpia de todo pecado, y que será

Ipsa validissimo suffragio suo præsentibus necessariam adjunctis opem nobis imploret, Deusque ejus precibus exoratus misericordiæ suæ divitias in Nos universamque Ecclesiam effundat. Nos certe amantissimi gratissimique animi sensu, non extinguendo, compulsi, enixe Vobis adprecamur a Deo quidquid spirituali emolumento Vestro, quidquid plebium Vobis commissarum provectui, quidquid religionis et justitiæ tutelæ, quidquid civilis societatis tranquillitati benevertere possit. Et quoniam aliquot e Vobis a peculiaribus populorum suorum necessitatibus coactos, citius a Nobis discessuros esse comperimus; iis, si temporis angustiæ singulos Nobis complecti non sinant, in præsentiarum omnia ominamur secunda, et effuso cordis affectu bene precamur. Universis vero supernorum omnium bonorum copiosique divini auxilii auspicem, simulque præcipuæ benevolentiæ Nostræ et grati animi testem, Benedictionem Apostolicam ex imo pectore depromptam peramanter impertimus.

abierto el dia en que se conmemora este privilegio á ella concedido. ¡Quiera Dios, quiera la Virgen Inmaculada que podamos sacar de tan saludable proyecto copiosísimos frutos! Y entre tanto interponga María su poderoso valimiento, á fin de alcanzar para Nos en las presentes circunstancias los auxilios necesarios, y movido Dios por sus plegarias, derrame sobre Nos y sobre toda su Iglesia los tesoros de su misericordia.

En cuanto á Nos, con profundo sentimiento de gratitud y amor, de todo corazon pedimos á Dios cuanto puede contribuir á vuestro bien espiritual, al adelantamiento de los pueblos que os están confiados, á la defensa de la Religion y de la justicia, y á la tranquilidad de la sociedad civil. Y sabiendo Nos qu algunos de vosotros, estrechados por las especiale necesidades de los pueblos respectivos, estais para separaros pronto de Nos, si por la angustia del tiempo no Nos es posible abrazaros singularmente, desde ahora mismo os deseamos de todo corazon entera felicidad. A todos tambien como augurio de todas las gracias y de copioso auxilio divino, y al mismo tiempo en testimonio especial de Nuestra gratitud y benevolencia, os damos de lo íntimo de Nuestro corazon con verdadero afecto la santa bendicion apostólica.»

Principia, como se ha visto, el Pontífice-Rey, encareciendo la concordia de la Iglesia docente, y congratulándose de que todos los sucesores de los Apóstoles condenen lo que ha condenado y defiendan lo que ha defendido. Es en efecto admirable, sobre todo si en parangon se pone con la discordia que reina en el campo enemigo. Asegurarse puede que cada uno de los que militan en él piensa de diverso modo. Y puede añadirse que marchan sin rumbo fijo; que carecen de ideas y de opiniones; que, como aquel célebre personaje, queman hoy lo que adoraron ayer, y mañana se tornan á prosternar ante lo que redujeron á cenizas en el dia precedente. ¡Cuántas y cuántas veces al oir sus discursos, al leer sus escritos, y al escuchar sus conversaciones, repetimos los católicos aquellas sencillas frases del águila de Meaux, con las que dió al protestantismo un golpe terrible: «Lo que varía no es la verdad!»

El Sumo Pontífice añade que los sucesores de los Apóstoles han venido á impulsos de la misma fe que animó á los cristianos primeros. Ciertamente así es, como tambien que esa fe háse acrecentado extraordinariamente en la segunda mitad del siglo actual. Sin exageracion puede afirmarse que la conducta del Papa que rige ahora la Iglesia por disposicion de Dios, ha contribuido mucho á tan dichoso resultado.

Aquí recuerdo lo que dije para poner en evidencia la indisputable superioridad del clero español sobre el de Francia, y pregunto: ¿Dónde están aquellas razas de hombres perversísimos que cayeron como piedra de maldicion sobre la viña del Señor, asolándola del modo más completo? En su mayoría, pertenecen á la historia. Sus sistemas figuran en el monton de los más desacreditados. Y sin salir de nuestro pais, ¿qué se han hecho aquellos desventurados doceañistas, que no obstante sus sentimientos profundamente irreligiosos, comenzaban invocando en la Constitucion de Cádiz el nombre augusto é inefable de la Trinidad Santísima? Perecieron tambien, y nadie marcha en el dia por sus caminos.

Si bien se reflexiona, el único adversario de la Iglesia es hoy el liberalismo. Y gracias á Dios, se le ha desenmascarado poco á poco, y reducido á la impotencia, pudiéndole dar ya por definitivamente muerto.

Su Santidad hace mérito, ciertamente con justicia, de las ofrendas que le han traido los Prelados. Con justicia, sí. Casi todos le han entregado cantidades crecidísimas: algunos cuantiosas. Si lo dicho por los periódicos es cierto, el de Manila ha conseguido reunir dos millones y cuatrocientos mil reales; dos millones el de Cuba; un millon y seiscientos mil el de Malinas; un millon y doscientos mil el de Méjico. Esta última suma es doblemente significativa.

Prescindo de otras menores, aunque considerables tambien. Si se medita en el número extraordinario de los donantes, así como en las privaciones y sacrificios que voluntariamente se han impuesto, á fin

de aliviar las necesidades del Romano Pontífice, se comprenderá el gran valor de la dádivas, deduciéndose además el rápido y prodigioso acrecentamiento del Catolicismo. ¡Oh! Indudablemente lo que pasa es seguro presagio de la victoria memorable que se conseguirá dentro de poco.

Algunas ofrendas han consistido en objetos preciosos. Duéleme mucho no poder enumerar los más raros, procedentes de apartadas regiones.

Hánse además hecho á Su Santidad regalos de joyas magníficas. Quizás ninguno puede competir, y ménos vencer al de: prelado de Besanzon, ora se le



Ilmo. señor don Francisco Fleix y Solans, arzobispo de Tarragona.

considere bajo el punto de vista artístico, ora bajo el de su coste material. Es una custodia riquísima, trabajada con gran primor, donde aparece la Iglesia militante, y más arriba la que disfruta en la bienaventuranza el premio debido. En último término está la Vírgen con un cetro de oro en la mano, en actitud de mandar que se adore á Jesucristo.

El Papa encarece despues, á úna con los obispos, la fidelidad del pueblo romano. Repito lo que dije á este propósito cuando trasladé al papel mis primeras impresiones experimentadas en la capital del mundo católico.

Alégrase despues de que los sucesores de los Apóstoles aprueben decididamente y ensalcen con entu siasmo la idea de reunir un Concilio ecuménico. Añade que lo juzga muy á propósito para contrarestar la soberbia de los hombres que renovando «su antigua audacia, esfuérzase desde largo tiempo, bajo pretexto do un vano progreso, en construir una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo, para poder echar abajo al mismo Dios.» La comparacion entre los que comenzaron la torre de Babel y los que ansían prescindir de todo lo sobrenatural, no puede ser más exácta ni más oportuna.

En conformidad con los deseos unánimes del episcopado católico, el Pontífice-Rey promete someter

el futuro Concilio á la dulce proteccion de la que aplastó con su pié la cabeza de la serpiente, é inaugurarlo en el dia en que se conmemora la declaracion dogmática de 1864.

Pio IX acaba despidiéndose con cariño fraternal de algunos, porque sabe que necesidades perentorias les obligarán á volver pronto á sus diócesis respectivas. Concede por fin á todos los firmantes del mensaje su Apostólica bendicion.

Su respuesta satisfizo completamente, como no podia ménos de suceder. Es corta, pero muy sentida, muy tierna, muy elocuente, muy propia, para concluir, del venerable Anciano que se sienta, por el querer de Dios, en la silla del Príncipe de los Apóstoles.

Cúmpleme decir algunas palabras de dos demostraciones á Pio IX. Tiene tambien la primera carácter general, y es la segunda de todo punto española.

Hé aquí el título de aquella:

OMMAGGIO CATTOLICO
IN VARIE LINGUE
AI PRINCIPI DEGLI APOSTOLI
PIETRO E PAOLO
NEL XVIII CENTENARIO
DAL LORO MARTIRIO.

Muchos tienen noticia sin duda de esta obra, ó por lo ménos, de que se pensó publicarla. Gran pensamiento el de reunir en un volúmen, para ofrecerlo al Pontífice-Rey durante las fiestas del Centenar, un testimonio público de las sanas ideas y de los piadosos sentimientos de los escritores más distinguidos. ¡Lástima grande que no haya correspondido su realizacion á las legítimas esperanzas que se concibieron!

El éxito ha distado mucho de ser completamente satisfactorio, por dos razones principales, por la premura del tiempo, y por la equivocacion que indudablemente padecieron algunas de las personas que mediaron en el asunto.

Ciñéndome á ésta, es clarísimo que se propusieron principal, por no decir exclusivamente, reunir composiciones de gran mérito literario. Error fué grave, sin género de duda. Positivamente se hallaban en la obligacion estricta de atender al fondo de una manera singular, y de anteponerlo resueltamente á la forma. Quien crea, por lo que acabo de manifestar, que yo hubiese admitido para la obra en que me ocupo, todo género de producciones, con tal que brillara y resplandeciera en las mismas la insigne piedad de sus autores, interpretará malamente mis palabras.

Por el indicado error se admitieron composiciones no enteramente dignas de figurar en el libro, y se desecharon otras que indudablemente debieron ser aprobadas. Cónstame lo segundo con toda seguridad: para persuadirse de lo primero sólo se necesita leer el libro, y añadir que en Roma se modificó algun trabajo por su tinte liberal.

Sin que trate bajo ningun concepto de ofender á los que formaron en Madrid la comision encargada de revisar los escritos, á casi todos los cuales considero, los nombres de algunos autores persuaden de que no hay la menor exageracion en los párrafos anteriores. ¿Cómo es posible que canten ó celebren dignamente las glorias del Pontífice-Rey, que ha condenado el liberalismo, los que reconocieron á úna con el gobierno de la Reina, ese conjunto de iniquidades, de infamias, de traiciones y de crímenes, que se denomina *el reino de Italia?* Imposible de toda imposibilidad. Es preciso desengañarse. Por buenos poetas que se les suponga, ni Campoamor, ni el marqués de Heredia podrán escribir excelentes composiciones religiosas, miéntras continúen sirviendo á dos señores, contra lo terminantemente dicho en la Sagrada Escritura. Para escribir excelentes composiciones religiosas, es indispensable ante todo y sobre todo tener gran fe. No me refiero á esa fe muerta ó por lo ménos grandemente debilitada, mediante la cual muchos dicen y aseguran de continuo (sin duda por juzgarlo indispensable para desvanecer merecidas prevenciones) que son profundamente católicos, sino á esa fe que, como dice la Iglesia, por sus ministros santos, va siempre acompañada de buenas obras.

Lo dicho se refiere tambien á otros trabajos, que juzgo no deber mencionar para no herir á sus autores.

Debo añadir que ha sucedido en los demás paises lo propio que en el nuestro. Bástame para decirlo ver en la obra que faltan los nombres de los publicistas más insignes del Catolicismo, siquiera figuren los de célebres oradores, que rara vez manejan perfectamente la pluma. No he visto, limitándome á nuestros compatriotas, el de Fernan Caballero, ni el de don Vicente de la Fuente, ni el de don Bienvenido Comin, ni el de don Juan Manuel Orti, ni los de varios otros que no acuden á mi memoria en este instante. No he visto entre los de Italia, el de Santiago Margotti, ni el del Padre Curci, ni el del Padre Liberatore. No he visto entre los de Francia el de Augusto Nicolás, ni el de Luis Veuillot, ni el de Enrique de Riancey.

En cambio he visto los de varias personas más ó ménos respetables, completamente desconocidas en la república de las letras, y algunas de las que tomaron la pluma, no tanto para poner de realce la

veneracion que profesan al mejor de los reyes y al más amado de los Pontífices, cuanto para proporcionarse la satisfaccion de figurar en un libro, al lado de los más encumbrados y distinguidos escritores.

Creo deber publicar, ántes de proseguir, la pobrísima composicion que redacté para el libro, en el cual empero no figura por haber llegado tarde. Cuando arribé á Roma, ya estaba impreso.

Muéveme á publicarla el deseo de corresponder á la finura de los que iniciaron este asunto en Madrid, los cuales tuvieron á bien llamarme a la junta que se convocó, y pedirme, como á los demás que la componian, un escrito para la obra. Muéveme á publicarla además, el temor de que pudiera decirse si no lo hiciese, con fundamento hasta cierto punto, que sin embargo de ser un escritor católico y monárquico, miré con indiferencia criminal el pensamiento de rendir un homenaje al Pontífice-Rey que más ha hecho por la causa sobre todo encarecimiento magnífica y sublime de la Religion y de la Legitimidad, hijas predilectas de Dios. Muéveme á publicarla igualmente la creencia de que daré así valor á mis razonamientos anteriores. Muéveme á publicarla tambien la seguridad de que, no obstante carecer de mérito literario, la leerán con gusto todos los que participen de mis ideas políticas. Muéveme á publicarla, en fin, mi conviccion profunda é intrépida de que á Nuestro Santísimo Padre le parecerá bien que sus hijos, siquiera se trate de los más pequeños y de los más débiles, alaben y encarezcan sus santas determinaciones.

La condenacion clara, explícita y terminante del liberalismo fué una de ellas. Y fué tambien la más importante. Y la más necesaria. Y la que más decision y virtud suponen. Y la más digna, para concluir, no sólo de los aplausos de los hombres, sino tambien de las bendiciones del Eterno.

Á LA SANTIDAD DE PIO IX,
POR SU CONDENACION DEL LIBERALISMO.

Soldado fiel de la legion ilustre
que ostenta en su pendon inmaculado,
hermoso y rutilante,
el lábaro triunfante
que todo lo domina y engrandece;
atrévome á cantar hoy la victoria
insigne del gran Pio,
de veneranda y eternal memoria.
¿Qué cristiano ferviente,
y más nacido en española tierra,
por la diestra de Dios enaltecida,
con la sangre de santos fecundada,
no sentirá su alma enardecida
por el fuego sagrado
de la sublime inspiracion celeste,
para ensalzar el nombre sacrosanto
del Pontífice-Rey egregio y santo?

Horrible monstruo inmundo
aborto maldecido del averno,
apareció en el mundo,
haciendo presa dél con rabia impía.
¿No recordais, decidme, sus maldades,
sus tremantes furores impetuosos,
sus gritos que los aires ensordecen
y á todos los mortales estremecen?
¿No le vísteis sañoso
forzar los tabernáculos divinos,
poner fuego á los templos peregrinos
asombros de riqueza y hermosura;
de sus restos sagrados
indigno apoderarse con presura?
¿No le vísteis fundar con artes malas
mil cátedras de hedor y pestilencia,
establecer cadalsos espantables,
degollar á Pontífices amados,
acometer los tronos deleitables,
y pretender con sin igual demencia
la memoria borrar del Dios potente,
y suprimir osado
todo el tiempo á su culto consagrado?

Quebrantó su poder un hombre ilustre,
sencillo, venerable, majestoso,
Vicario del Señor maravilloso,
á quien doblan humildes la rodilla,
los fieros potentados
por el inmenso mundo esparramados.
¿Lo recordais? En la grandiosa cumbre
el Padre excelso Pio,

con pena que sus ojos humedece,
con santa majestad incomparable,
radioso de hermosura comparece,
exclamando con voz aterradora
que retumba sonora,
en la tierra, en el cielo, en al abismo:
¡Maldicion sobre ti, **LIBERALISMO**!
El fallo inexorable
hiende los aires, por do quier resuena,
y todos el tremendo
pavoroso anatema
repiten con horrísono estrüendo.

Al monstruo contemplad ¡oh qué victoria!
Ved su rabia impotente,
su faz despavorida y sus furores,
sus hórridos clamores,
y vedle tras huïda
cobarde y vergonzosa
en sus antros hundirse presuroso,
cual peña que del monte desprendida
en el mar se sumerge proceloso.

¡Oh dichosa ventura! Ese es el mismo
que en loco parasismo
la muerte decretó del Ancïano
augusto morador del Vaticano.
Le vió sin hierro impío,
le vió sin aguerridos campeones,
le vió por mil angustias conturbado,
y dijo con sarcasmo que desdora:
¡oh Pontífice-Rey! sálvate ahora.

El Pontífice-Rey le hundió en el polvo...
Mas, no. Tú mismo fuiste, Dios. La mano
con ira vengadora
sacaste de tu seno soberano
y á la bestia feroz precipitaste
en el lugar del mal que preparaste.
El Dios fué omnipotente
que al fondo del mar fiero
precipita al caballlo y caballero,
el que al herir la roca diamantina,
hace brotar el agua cristalina,
que deja sin sentido
del trueno de su voz al estampido;
el Hacedor del sol y de la aurora,
de todo gran portento y maravilla,
que destrona al soberbio poderoso,
exaltando al humilde sin mancilla.
Vistióse de terror, de fortaleza,
de gloria y poderío,
y colocó la maldicion horrenda
en los augustos labios del gran Pio.

Persigue, oh Dios potente,
persigue sin cesar al monstruo feo:
que dure eternamente
su confusion terrible y su vergüenza,
recuerda sus ultrajes á tu nombre,
que al mundo entero asombre
tu espantoso castigo soberano:
sepúltalo, Señor, en el abismo,
y mil generaciones
exclamen repitiendo el anatema:
¡Maldicion sobre ti, **LIBERALISMO**!

Constituye la demostracion española un *Album* que la Academia Bibliográfico-Mariana compuso para el mejor de los reyes y el más amado de los Pontífices. Por lo dicho, y por varias otras razones que aparecerán de lo que iré sucesivamente manifestando, me juzgo en el deber de ocuparme en él con algun detenimiento.

No pudo entregarse á Pio IX en los dias correspondientes á las fiestas del Centenario; mas se acordó á causa de las mismas, y debo mencionarle por consecuencia en mi libro. Advertido habrán por otra parte mis lectores, que no me someto ya en la narracion al órden cronológico, que pude seguir en la parte primera.

Hay en Europa un hombre poseedor de esa fe que todo lo vence, hasta el punto de mudar los montes de sitio; un hombre de gran saber, que ha publicado multitud de escritos profundamente religiosos; un hombre, para concluir, de actividad prodigiosa, de paciencia, suma y de perseverancia superior á todo encarecimiento.

Es catalan, y español por consiguiente. Cúmpleme añadir, que su patriotismo corre parejas con su fe, con su saber, y con su actividad.

Me refiero al señor don José Escolá, presbítero.

No trata de conseguir un gran renombre, ni de lograr la fama póstuma; mas íntimamente persuadido estoy de que si fuese tras del uno ó de la otra, tropezaria con un obstáculo insuperable: *el de ser español*.

¡Oh! que nadie me llame exagerado. Por mucho que sea el mérito de un hombre, si él mismo no lo pregona más ó ménos indirectamente faltando á la modestia en mayor ó menor escala, no lo advierten los demás, *aunque se trate de lo que se llama el genio*

Así anda la justicia en este mundo: á todos se dispensará en el otro estricta y completa.

Acontece una cosa semejante á las naciones. Muchas veces su poder é influencia emanan en gran parte de la insistencia con que aseguraron que el primero era omnímodo, y decisiva la segunda. Hé aquí por qué cuando suena la hora de la verdad, los sucesos que ocurren suelen producir un asombro indecible. Acude á mi memoria en este instante la inmortal epopeya de 1808. ¿Maravilló por ventura lo acontecido entónces solamente á Napoleon? ¿No puedo decir y asegurar que participó del pasmo la Europa y el orbe todo?

Repito que si el fundador de la Academia Biblio-



Señor don José María Escolá, fundador de la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida:

gráfico-Mariana desease gloria mundanal, habria de luchar con el inconveniente manifestado. Habria de luchar con él, porque los españoles son por su índole modestos, y amigos de hacer el bien, sin encarecerlo ni realzarlo. Habria de luchar con él, porque en el extranjero, por esa perversion general del buen sentido que reina, se sigue la corriente, sin que haya por otra parte medio de poner fin al mal que deploro. Habria de luchar con él, porque en España hay desgraciadamente tambien muchos hombres desdichados, que sin conocerlo ni advertirlo, sienten y piensan al compás de las ideas y de los sentimientos que predominan en las demás naciones, y sobre todo n la francesa, lo cual les impide tributar á lo español, que legítimamente sobresale por cualquier concepto, los elogios debidos. No puedo ahondar en este asunto; mas sí añadir una reflexion que juzgo de importancia.

Como los indicados sólo tienen de españoles el nombre, han completamente perdido el inapreciable carácter nacional, que ya elogiaba y encarecia pomposamente el famoso historiador Strabon. Hé aquí por qué se han alabado á sí propios de una manera desmedida, y se alaban mutuamente, estableciendo lo que se llama sin exageracion una *sociedad de aplausos mutuos*: hé aquí tambien por qué han conseguido un renombre extraordinario. Los necios, infinitos en número al decir del Espíritu Santo, juzgan que las

personas á que me refiero, y que ciertamente no necesito nombrar, son grandes estadistas, grandes capitanes, grandes políticos, grandes oradores, grandes literatos, siendo así que son solamente grandes majaderos. Y es la calificacion más suave con que les puedo distinguir, al considerar las desgracias de todo linaje que han atraido sobre mi pais, y la postracion sobre todo encarecimiento espantosa en que le han dejado.

En Madrid está la escuela principal donde se forman los *grandes hombres* referidos. Y se consigue de tal manera el objeto, que áun los que la conocen y reprueban, cabalmente por haber conservado su carácter nacional, piensan que con efecto sus alumnos merecen figurar en el Olimpo. Es necesario que trascurra mucho tiempo para que la desilusion sobrevenga. Es indispensable que resulte con toda claridad que son medianías adocenadas, por no decir vulgaridades insignes; es preciso en fin, que contemplen á los *colosos* de cerca, para que se persuadan íntimamente de que los enanos (la figura es lo mejor que tienen) han sido puestos sobre grandiosos pedestales.

Perdonen mis lectores la digresion.

Despues que la Santidad de Pio IX hubo definido el dogma de la Concepcion Inmaculada de María, concibió el señor Escolá la noble y piadosa idea de establecer una institucion, que tiene por objeto único escribir y publicar escritos referentes á la Madre de Dios y de los hombres. Que este pensamiento no podia ser más católico, ni más español, ni más oportuno, es cosa clarísima: por ello, y para no apartarme demasiado de mi propósito, prescindo de la demostracion, que seria, no obstante mis flacas fuerzas, concluyente y victoriosa.

La Academia Bibliográfico-Mariana se instaló en 12 de Octubre de 1862. Sólo cuenta por consiguiente cinco años de vida, y sin embargo está desparramada por casi todas las diócesis, cuyos prelados hánla favorecido con indulgencias, y dispensado su proteccion.

Confío que irá extendiéndose cada dia más, y tambien alimento la esperanza de que será pronto planteada en las restantes naciones católicas. Es seguro lo primero, tratándose, como se trata, del pais donde únicamente se alzan altares en honor del Dios verdadero. Puede aguardarse lo segundo, atendido el fervor de los socios, y teniendo en cuenta que, como diré despues, Pio IX acaba de implorar sobre ella las bendiciones del cielo.

No pasaré adelante sin dar idea de su plan en breves y ceñidas palabras. Lo puedo hacer fácilmente, por cuanto su fundador ha tenido la idea feliz de reseñarlo en el comienzo del *Album*.

Todos los amantes de la Vírgen pueden pertenecer á dicho instituto. «Los literatos y los que no lo son. Los unos para escribir en honor de María obras, opúsculos, discursos, sermones, poesías, etc.: los otros para difundirlas despues de aprobadas por la junta directiva, y singularmente por la autoridad eclesiástica de la diócesis en que se impriman.»

La junta, cuyos individuos sirven *gratis*, se comunica con los demás socios por medio de los *Anales*, especie de periódico que ve la luz únicamente para ellos, destinado à darles cuenta de todo lo referente á la piadosa institucion.

Hay socios académicos de primera, de segunda y de tercera clase. Diferéncianse sólo en que pagan al año respectivamente doscientos reales vellon, ciento ó cincuenta.

Cada uno recibe publicaciones de la Academia proporcionadas á la cantidad que ha desembolsado. Puede no sólo prestarlas, sino tambien venderlas, ya en beneficio propio, para reintegrarse más ó ménos completamente de los indicados desembolsos, ya en beneficio de la misma noble Academia, con el fin de proporcionarla los medios de imprimir nuevas obras y extender las existentes.

Por esta sencilla y sabia organizacion, es sumamente fácil ser socio de primera clase, áun disponiendo de muy contados recursos.

Pueden tambien pertenecer á ella los colegios y las corporaciones.

Cada uno puede constituir un centro de suscricion para las publicaciones referidas, como puede además proponer á la junta la impresion de obras ó escritos notables por algun concepto.

Cada año ha de invertir la Academia lo que durante el mismo recaude.

Además de los socios mencionados, hay tres clases llamados de *mérito*, de *mérito literario*, y de *doble mérito*. Dánse los títulos correspondientes á los socios que han mostrado mayor interés por la propagacion de la sociedad, ó que la han remitido obras mejores.

La Academia Bibliográfico-Mariana tiene su consejo, cuyos individuos se dividen en tres categorías. Constituyen la primera los *efectivos*, que son nombrados por la junta directiva. Forman la segunda los *supernumerarios*, á la que corresponden todos los presidentes de las juntas locales de propagacion, establecidas en diversos puntos de la Península. Componen la tercera los vocales y secretarios de estas mismas juntas.

La Academia Bibliográfico-Mariana está establecida en Lérida. Hé aquí una especie de protesta contra ese dañado espíritu centralizador que lo lleva todo á la capital del reino, aniquilando casi completamente á las provincias.

Es imposible decir el número de obras publicadas por la Academia en el breve período de su vida. Confieso que mi asombro ha sido grande al irlas recibiendo. Sin linaje de duda, la idea excelente de su fundador ha logrado la bendicion de Dios y el auxilio de la Vírgen. ¿Podia suceder de otra manera?

No puedo referirlas todas; mas no proseguiré sin hacer mencion especial de la «Corona poética de los españoles» formada con excelentes composiciones (descontando la del que las presentes líneas escribe), en las que sus autores piadosos pusieron de realce, no sólo su amor y veneracion á la «bendita entre todas las mujeres de la tierra,» sino tambien su mérito literario.

No proseguiré tampoco, sin añadir, para testimonio de su fecundidad, que la Academia Bibliográfico Mariana dispone anualmente un certámen poético al que acuden multitud de sus individuos, deseosos de obtener los premios designados anticipadamente, que consisten por lo comun en objetos de oro y plata, en los cuales lo rico de la materia compite con lo bello de la forma.

Debo hacer mencion especial de la lira de plata que ofrece espontáneamente todos los años para el autor de la poesía más afectuosa que se presente, el ilustrísimo prelado de la diócesis doctor don Mariano Puigllat y Amigó, generoso y decidido protector de la Academia, que ve no pocas veces honradas sus reuniones y certámenes con su autorizada presidencia.

Las composiciones premiadas forman despues un tomo aparte, que tambien se remite á los socios.

Pocas palabras diré del *Album* referido para no ser interminable. Para nosotros, tiene sobre la obra redactada por escritores católicos de casi todos los países, el mérito de ser puramente española. Como no se quiso además entregarlo á todo trance en el dia de la fiesta del Centenar, ha salido mejor en su parte material. Forma un tomo en folio de 368 páginas. El señor Escolá, por otra parte, no ha creido deber mostrarse intransigente y severo en demasía. No necesito manifestar otra vez que ha hecho en mi sentir perfectamente.

Lo dicho en el párrafo anterior para poner de realce todo el mérito del *Album* en que me ocupo, aparece de su breve introduccion que dice así:

«La Academia Bibliográfico-Mariana ha llevado á cabo por fin el proyecto propuesto por los señores socios de la Alcarria.

»La idea feliz de ofrecer al Sumo Pontífice Pio IX un *Album* de adhesiones fué tan bien acogida, que se levantó, por decirlo así, la Academia en masa para demostrar con entusiasmo su afecto para con su augusta persona, y la Apostólica Silla que tan dignamente ocupa.

»Es verdad que no pudo serle ofrecido por la fiesta del Centenar del martirio de San Pedro, conforme se habia propuesto; pero esta tardanza ha redundado en mayor bien, habiéndose podido presentar un trabajo más completo con el aumento de ardorosas protestas que nos fueron remitidas.

»El órden seguido parece el más oportuno para el arreglo y distribucion de tantos y tan diversos, y al mismo tiempo semejantes materiales. La Academia está extendida por todas las provincias de España, y la devocion y amor á María que la anima, es tambien el espíritu y la vida de esta religiosa nacion.

»Al entusiasmarse pues la Academia para adherirse con el mayor afecto al más eminente de los Pontífices, podemos decir que la España toda da tambien testimonio de la misma adhesion. De aquí es que este *Album* no es sólo de la Academia, sino tambien de la España; porque todos los que consignan en él su nombre, si de una parte son académicos, de otra parte son españoles, y hablan bajo ambos conceptos segun sienten ellos y sus consocios todos, y segun sienten tambien sus familias, sus compaisanos, sus compatriotas de todas las diferentes provincias de la Monarquía, en una palabra, segun siente y piensa la Academia toda, la España toda.

»Las adhesiones se han ordenado por consiguiente segun el órden alfabético de provincias y de poblaciones. Si sólo la Academia hubiera hablado, en el órden de clases y de números correspondientes á cada socio hubiera basado la publicacion de sus escritos; mas hablando tambien la España por sus socios, no podia encontrarse método más natural que el que se ha seguido.

»Nótese que este *Album* es de sentimientos y afectos, en una palabra, del corazon. El lenguaje de la voluntad no es siempre el más florido, ni el más pulido; pero en cambio es el más ardoroso y el más eficaz. Atendiendo sólo á las bellezas literarias, muchas protestas no se hubieran admitido, y muchos corazones se hubieran quedado mudos, y muchas expresiones sofocadas, y mucho entusiasmo apagado. Hubiera sólo hablado la lengua y las palabras no hubieran hallado eco en el corazon. Mas no era éste nuestro objeto: queríamos ántes bien ofrecerle un *Album* de corazones; pero como esto no era posible, le ofrecemos uno de protestas de afectos y de sentimientos, que son las verdaderas producciones y las mas inestimables riquezas del corazon, y propiamente hablando, el verdadero corazon.

»Nuestros amados consocios habrán quedado complacidos. No lo dudamos. Y tambien estamos seguros, que lo estará el augusto Pontífice á quien se halla dedicado, así que llegue á sus santas manos.»

Ciertamente acertó el ilustrado fundador de la Academia Bibliográfico-Mariana. Pio IX recibióle bondadosísimamente, lo propio que á sus compañeros don Estéban Sala, presbítero, y don Jaime Gou, que habian venido como él á Roma, para ofrecerle un ejemplar del *Album*. Excuso decir está impreso en papel superior, y encuadernado magníficamente, siendo por consecuencia digno de la Persona sublime á quien se destinó.

«España es muy adicta al Papa.» Hé aquí las primeras frases que les dirigió el augusto representante de Jesucristo. Examinó despues el *Album* detenidamente, leyendo la dedicatoria y la décima del navarro don Estéban Zabalo, que acredita los piadosos sentimientos de su autor.

Juzgo deber publicar ambas, ántes de proseguir.

Dice así la primera:

«AL SUMO PONTIFICE PIO IX.

»Beatísimo Padre:

»La Academia Bibliográfico-Mariana postrada humildemente á los piés augustos de V. B., se atreve á ofreceros la presente obra en demostracion

»*De su agradecimiento*, porque declarásteis dogma de fe la Inmaculada Concepcion de María Santísima,

»*De su adhesion* á vuestra soberana Persona y á la Silla apostólica que tan dignamente ocupais,

»*De compasion* por los inmensos sufrimientos que llenan de amargura vuestra vejez,

»*Y de admiracion* por la digna firmeza é inquebrantable constancia, en medio de tantos y tan poderosos enemigos que os combaten, para perpetuar vuesta santa memoria y el afecto que todos y cada uno de los socios os profesan, en las generaciones venideras.

LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.»

Hé aquí la segunda:

Por divina inspiracion
nuestro Papa Pio Nono
de fe declara en su Trono
la más grande Concepcion;
del mundo á toda nacion
hizo ver en este dia
la pureza de *María*.
Por tanto como cristiano
doy gracias al Vaticano
lleno de inmensa alegría.

Excuso decir que el *Album* contiene muchas composiciones de gran mérito literario.

El señor Escolá presentó despues á Pio IX una solicitud pidiéndole bendiciones é indulgencias para el piadoso instituto, como tambien su eficaz proteccion. Todo lo concedió nuestro Santísimo Padre, dignándose firmar el documento mencionado.

Ofrecióle despues la suma de cuatro mil reales vellon, y una fotografía de la Vírgen de la Academia. Olvidé consignar que tambien los artistas fueron llamados á un palenque público, y que fué premiada una hermosa imágen de la Purísima.

El fundador de la Academia pidió finalmente á Su Santidad la gracia, que le fué concedida, de añadir á su nombre el dulce, santo y hermoso de la Madre de Dios. Llámase ahora por consecuencia José *María* Escolá.

El venerable sucesor de san Pedro estuvo muy afectuoso con los tres, y dió á cada uno su inefable bendicion y una medalla.

Sólo me resta felicitar cordialmente á los representantes de una Academia á la que me glorio de pertenecer, sintiendo mucho que mis tareas, cada dia mayores y más abrumadoras, me hayan impedido acreditar con frecuencia las grande simpatías que la profeso.

Siquiera se omitan otros muchos, hablando de los mensajes dirigidos á Su Santidad en los dias á que mi pobre obra se refiere, es imposible prescindir del firmado por los españoles que vinieron á Roma á causa de las fiestas del Centenar, y del suscrito por los italianos, que ocupó ya mi atencion, cuando hablé de Turin. No es posible prescindir de aquél, porque se trata de compatricios que quisieron hacer públicos sus sentimientos de adhesion, de amor y de gratitud hácia la Santa Sede y el venerable Pontífice que gobierna felizmente la Iglesia. No es posible prescindir del segundo, por referirse á personas que, sin embargo de pertenecer al país sobre el cual han atraido los revolucionarios el anatema de Dios y las maldiciones de los hombres, acreditaron con valor y decision su piedad insigne, y sus aspiraciones nobilísimas.

Dice así el de los españoles, que fué firmado por quinientos. Otros quinientos, que llegaron despues que se presentó á Su Santidad, el dia 28 de Junio, se adhirieron á él espontáneamente y con el mayor gusto:

SANTÍSIMO PADRE:

«¿Con qué título os aclamarán los españoles que suscriben en este memorable dia? Son tantas vuestras glorias, que si atendemos á vuestra fortaleza, reconocemos en Vos la piedra firmísima y fundamental de la Iglesia de Jesucristo. Si consideramos vuestra piedad, os debemos la dicha de haber visto el dia de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Madre María. Si contemplamos vuestra soberanía, vemos en Vos al Padre de to-

dos los pueblos, al Rey de todos los Reyes de la tierra, al salvador único que el divino Jesus nos dejó para preservar nuestro siglo de la anarquía y de la barbarie: y finalmente si recordamos todas vuestras heróicas virtudes, sois un modelo del sacrificio, la columna de la verdad, el fiel de la justicia, y el anciano Padre de manso corazon, henchido de amor y de bondad. Entre tantas grandezas, ¿qué título más propio que el de *Padre*? Éste es pues el que eligen hoy vuestros humildes hijos, porque es el que más se acomoda á su pequeñez. Si los españoles que suscribimos osamos ofrecer al pié de vuestro trono nuestra pluma, nuestros sacrificios, nuestros intereses, nuestra sangre y hasta nuestra vida, es porque



Eminentísimo señor don Luis de la Lastra y Cuesta, cardenal arzobispo de Sevilla.

sabemos que Vos no despreciais á los pequeñuelos, que les dejais llegar á vuestros piés, y que sois perfecta imágen de aquel Señor que confundió el orgullo de los grandes y sabios del siglo con la sencillez de los hombres más humildes y despreciados. Seguiremos pues, Santísimo Padre, el ejemplo de éstos, y á la faz de todo el mundo publicaremos para confusion de vuestros enemigos y los nuestros, que hemos visto la más envidiable paz y la más santa libertad sentadas en el trono de la dichosa Roma: que hemos llorado de ternura al contemplar el amor y respeto de vuestros felices vasallos que os aclaman su Padre, su Rey y su Pontífice: que protestamos con toda la energía de nuestra fe contra las imposturas y calumnias que la impiedad levanta para derrocar el trono de vuestro dominio temporal y el altar del verdadero Dios: y finalmente, que queremos á Vuestra Santidad en la Silla de Roma, donde la divina Providencia os ha colocado para ser el modelo de los Reyes y el pacificador de las naciones.

El Dios de los ejércitos acelere el dia de vuestro triunfo, y la Reina de los cielos os cubra con su proteccion.

Aceptad, Santísimo Padre, este sincero voto de

vuestros hijos, que con el más ardiente amor pedimos á vuestros piés la bendicion apostólica.

Roma en el dia del aniversario de vuestra coronacion del año del Señor 1867.»

Este religioso documento, que trascribo con placer, fué presentado á Su Santidad por una comision de personas distinguidas. Compusiéronla uno de los oidores de la Nunciatura Apostólica de España, tres canónigos, un magistrado, presidente de sala de la Audiencia de Barcelona, un caballero de la Órden de Calatrava y otro maestrante de Ronda.

Se les introdujo en la antecámara pontificia, en la que fueron agradablemente sorprendidos por el más amado de los sucesores de san Pedro. Les habló con la bondad con que á sus hijos trata, sobre todo si han nacido en nuestro pais, donde sólo se alzan altares al Dios verdadero.

No hace muchos dias uno de nuestros compatricios logró del Pontífice-Rey una audiencia particular. Dirigióse al Vaticano, con otro que traia una honrosa mision para Su Santidad. Cuando éste dijo á uno de los monseñores que tienen la ventura de vivir cerca del Papa que áun no habia solicitado la entrevista, se le contestó: «Para los españoles no hay aquí puerta cerrada.»

Todos los componentes de la comision cayeron de rodillas en presencia del representante de Jesucristo. Uno de ellos entrególe la exposicion, pronunciando con tal motivo breves y sentidas palabras. Agradeció mucho el Padre comun de los fieles la una y las otras, dando en seguida su inefable bendicion en la forma siguiente:

«Benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos, super familias vestras, super amicos vestros, super populos vestros, et super congregationes vestras, et maneat semper.»

Nótese que Pio IX no se ciñó á bendecir á los que formaron la comision y á los que suscribieron el piadoso mensaje. Su corazon paternal movióle á bendecir tambien á sus familias, á sus amigos, á sus pueblos, á sus congregaciones.

Un fervoroso *amen*, acompañado de lágrimas fué la respuesta que dieron nuestros compatricios, los cuales se habian acercado involuntariamente á Su Santidad, cuyas manos, piés y vestidos besaban.

Conmovióse mucho Pio IX al ver su amor y su entusiasmo. Repartióles ejemplares de la Alocucion que habia dirigido al clero, concediéndoles tambien muches indulgencias, y pronunciando frases cariñosas que acreditaron una vez más su alegría verdaderamente santa.

Un hombre ilustre, defensor intrépido de la Religion y de la Monarquía, concibió la noble idea de formar en Italia un *Album* para Pio IX. Me refiero al conde Boschetti, perteneciente al ducado de Módena que tambien está bajo la dominacion infausta de Víctor Manuel. Cuanto deploran los modeneses su mala fortuna, se puede comprender teniendo en cuenta las cualidades superiores de su legítimo soberano. Nadie ignora que acaso es el Príncipe de ideas más sanas, de sentimientos más generosos y de convicciones más profundas. Aprovecho esta ocasion para consignar en su favor este humilde homenaje de consideracion, de respeto y de cariño.

Era natural que *La Unidad católica* acogiese y fomentase con entusiasmo el piadoso pensamiento del conde. Si el duque de Módena es el Príncipe mejor de los que actualmente viven, el periódico referido es quizás el más excelente de cuantos en el dia se publican. Excelente, por razon de la causa sublime que patrocina. Excelente, por la pureza de sus doctrinas, así teológicas como políticas. Excelente, por el desinterés y abnegacion que jamás ha dejado de acreditar. Excelente, para concluir, por la energía que ha puesto de realce desde que apareció en el estadio de la prensa.

Esta energía es tanto más heróica cuanto *La Unidad católica* ve la luz pública en Turin, ciudad completamente dominada por la Revolucion. No ha impedido eso que atacase á sus defensores desdichados con una insistencia y con una perseverancia superiores á todo encarecimiento; no ha impedido que esgrimiese contra ellos, de una manera superior, las armas terribles del ridículo; no ha impedido en fin, que despreciase sus amenazas, sus insultos y sus injurias. ¡Gloria y prez á don Santiago Margotti, uno de los campeones más esforzados del catolicismo!

Como no podia ménos de acontecer, la idea del conde Boschetti, secundada por *La Unidad católica*, tuvo un éxito completamente satisfactorio. Reproduzco aquí lo que dije al hablar de Turin; y añado que aparecieron las verdaderas aspiraciones de los italianos. Apareció clarísimo que continúan fieles á las venerandas tradiciones de sus antepasados. Apareció clarísimo que constituyen una minoría insignificante los que hoy dominan, á modo de conquistadores, casi toda la bella península. Apareció clarísimo en fin, que las violencias y los desmanes de los revolucionarios, más ó ménos insolentes, han sido causa de que se retirasen temerosos los elementos de órden, que salvarán en dia no lejano á la Religion y á la Patria.

Firmaron el *Album* millares de personas cuyas ofrendas ascendieron á una cantidad crecidísima. A ellas agregaron los donantes breves escritos, testimonio de piedad y del amor que profesan al soberano Pontífice reinante.

El *Album* y la cantidad recaudada, que oportunamente se metió en una caja magnífica, entregóse á

Su Santidad el dia 1.° de Julio. La diputacion compuesta de mil y quinientos italianos, pertenecientes á todas las ciudades que contribuyeron á la realizacion de la idea, fué recibida en el pórtico superior de la Basílica Vaticana por el Padre comun de los fieles. El conde Boschetti, en representacion de todos, manifestó al mejor de los Reyes y al más querido de los Pontífices los sentimientos de los que habian suscrito el *Album*, y depositado en la caja segun sus fuerzas, el óbolo correspondiente.

Pio IX respondió así:

«Desde este sitio distingo la columna de Adriano sobre la cual está la estatua que recuerda el hecho de que, en una época muy triste para Roma, se mostró allí el Ángel del Señor como para responder á las oraciones de uno de mis predecesores envainando su espada. La justicia de Dios quedaba aplacada, y el fatal azote que cortaba tantas existencias, se alejaba de la ciudad Eterna.

Otros males más graves han venido en estos últimos tiempos á abrumar con todo su peso á Roma, á Nos y á todo el mundo católico; Nos hemos dirigido nuestras preces á Dios; el Episcopado, las órdenes monásticas, el clero, todos los buenos católicos han orado en nuestra compañía; pero la justicia divina, en sus miras impenetrables, no ha creido aún oportuno envainar la espada, y pide de nosotros nuevas lágrimas y nuevas oraciones.

Continuemos pues orando para que cese la tempestad, y para que esta Sede de Pedro, que es el floron más bello de la corona de Italia, obtenga el respeto y áun el amor de sus enemigos.

Apoyémonos en la intercesion de los bienaventurados Pedro y Pablo y de los nuevos santos, que en este feliz aniversario diez y ocho veces secular del martirio de los gloriosos Apóstoles, ha dado la Iglesia á nuestra veneracion.

Ahora empiezan las vísperas del 2 de Julio, dia aniversario de la liberacion de Roma en 1849, y ese recuerdo y esa coincidencia me inducen á augurar completo éxito para las oraciones continuadas.

En medio de todas las amarguras que inundan nuestra alma, siento inefable consuelo al ver esta reunion de los verdaderos representantes de Italia, que prueba que en esa Italia hay gran amor hácia Nos y la Cátedra de Pedro. Alabemos á Dios por ello.

Se dice que yo no amo á los italianos y á la Italia. Nunca he odiado á nadie, y Dios sabe cuánto he amado, cuánto amo aún á la Italia. Pero yo deseo su verdadero bien y su verdadera grandeza, y si no amo su unidad, es porque ha salido de traiciones y usurpaciones...

Por lo demás, hijos mios, agrupaos á mí, alrededor de esta Sede apostólica, de la que saldrán todos los bienes para nuestro pais, y de la que descenderá la bendicion divina sobre vosotros y vuestra familia. Sé que hay entre nosotros hermanos que ven á sus hermanos en las vias de perdicion, padres que lloran el extravío de sus hijos; y quiero que la bendicion de Dios descienda sobre vosotros y vuestras familias, y muy especialmente sobre esos infortunados, víctimas del extravío, para que se enmienden y sigan vuestras huellas en las vías de la fe y de la piedad.

¡Que esta bendicion os acompañe en vuestro viaje, en vuestras ocupaciones, en todos los actos de vuestra vida, y sobre todo en aquel en que, privados de todo consuelo humano, abandonados por todos, no tengais otro amigo que Jesus!

Esta bendicion os será entónces de gran auxilio, abriendo vuestra alma para la esperanza de otra que sea eterna en el cielo.»

¡Hermoso discurso ciertamente! No es maravilla que hiciera derramar lágrimas abundantes á casi todos los concurrentes.

Comienza el augusto representante del Hombre-Dios aludiendo al prodigio que recuerda el ángel que dignamente corona el ex-mausoleo, y manifestando su esperanza de que terminen con otro semejante las desgracias que conturban al mundo católico. Creo preciso conceder mucha importancia á las frases aludidas. La justicia de Dios, dijo nuestro amado Pontífice, no ha creido deber aún envainar la espada, no obstante mis preces, las del Episcopado, las de las Órdenes monásticas, las del clero, y las de todos los buenos católicos. Pide todavía nuevas lágrimas y nuevas oraciones; mas ahora empiezan las vísperas del aniversario de la liberacion de Roma en 1849, y esa coincidencia me hace augurar dias prósperos y felices.

Manifiesta despues á los que llama fundadamente verdaderos representantes de Italia, su satisfaccion al verles reunidos; aprovechando la coyuntura que se le ofrece propicia, desmiente á los que aseguran que ama poco á los italianos. Y añade que si aborrece su unidad «es porque ha salido de traiciones y usurpaciones.»

Pio IX es uno de los Pontífices que más pruebas han dado de cariño á Italia. No necesito recordar lo que hizo poco despues de ascender á la silla de Pedro, ni lo que ha hecho posteriormente; mas sí debo decir que todo ha sido en mi concepto providencial. A combatir Pio IX desde el primer dia, sin contemplacion de ningun linaje, ciertas y determinadas opiniones, hubiese podido acusársele de intransigente con apariencias de fundamento. Hoy no queda ningun recurso, ni alegar pueden ningun pretexto los defensores del liberalismo. Su condenacion explícita y terminante procede del que intentó vanamente regenerarlo, por decirlo así, y hacerlo compatible con la Iglesia de Dios.

Pio IX concluye bendiciendo, no sólo á los concurrentes y á su familia, sino tambien á los italianos que marchan por sendas de perdicion y de ruina. Como Jesucristo, á quien representa y suple, no quiere la muerte de los pecadores, sino que se conviertan y vivan. Como el padre del hijo pródigo, ansía que sus hijos extraviados vuelvan presurosos á su casa, y se arrojen arrepentidos en sus brazos.

Faltaria ciertamente á mi deber si no historiase con la posible brevedad las ceremonias que se verificaron con motivo de la entrega del capelo cardenalicio al señor don Luis de la Lastra y Cuesta, arzobispo de Sevilla, nombrado Príncipe de la Iglesia el dia 16 de Marzo de 1863. Ni como católico ni como español, puedo prescindir de unos actos que realzaron sin linaje de duda las fiestas del Centenar.

El Consistorio en que nuestro Santísimo Padre dió la púrpura cardenalicia á nuestro ilustre compatriota, celebróse el dia 26 de Junio.

El mismo fué terminado el cual el Pontífice-Rey leyó á los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos congregados en Roma la magnífica, la hermosa, la incomparable alocucion de que ya tienen noticia mis lectores. Innecesario es añadir, me refiero á la en que puso en evidencia que la union de los sucesores de los Apóstoles con el Vicario de Jesucristo acredita el poder incontrastable de la Iglesia católica; á la en que confirmó nuevamente la condenacion de los errores peligrosísimos detallados en el *Syllabus*; á la en que manifestó su propósito de reunir no bien se presente una ocasion favorable, un Concilio general que ponga término con el favor divino, á los males que afligen y perturban á la Cristiandad y al mundo entero. Hé aquí una circunstancia que jamás olvidará de seguro el señor cardenal Arzobispo de Sevilla, como no olvidará que al Consistorio referido concurrieron próximamente 450 prelados de todos los paises.

Omito decir que ántes del acto que voy brevemente á reseñar, el señor Lastra se preparó con tres dias de ejercicios, sujetándose estrictamente al ceremonial.

Habia prestado ya préviamente su Eminencia en la capilla Sixtina el juramento prescrito por las Constituciones apostólicas. Prestólo delante de algunos individuos del Sacro Colegio.

El dia 22, despues de las doce, Su Eminencia el Cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad, le introdujo en las habitaciones pontificias. Nuestro amadísimo Padre le recibió en el *Salon del trono*.

Viniendo al Consistorio del dia 26, revestido el Papa de los ornamentos sagrados en la capilla Paulina, donde le aguardaba el Sacro Colegio, los individuos de la Prelatura y la municipalidad romana, entró en la sala del Consistorio, sobre la *silla gestatoria* y precedido de los *flabelli*.

Hallábanse ya en dicha sala los Obispos.

Despues que el Padre Santo hubo recibido la obediencia de los Príncipes de la Iglesia, el señor don Luis de la Lastra y Cuesta fué introducido por los Cardenales diáconos á la presencia del representante de Jesucristo, quien le dió á besar su pié y su mano, abrazándole despues.

Recibió á seguida otro abrazo de cada uno de los Cardenales, tomando inmediatamente posesion del sitio que podrá ocupar en las futuras reuniones del Sacro Colegio.

Tornóse á colocar en frente de Pio IX, quien le puso entónces el capelo cardenalicio.

Ántes de pronunciar el Papa la memorable alocucion, Monseñor Ralli, abogado consistorial, defendió por la segunda vez la causa de la beatificacion de la venerable María Rivier, fundadora de las Hermanas de la Presentacion.

Leida la alocucion, el Sacro Colegio, juntamente con el Cardenal Arzobispo español, retornó á la capilla Paulina, en la que aguardó á Su Santidad que habia ido á despojarse de sus ornamentos. No bien llegó Pio IX, dirigióse procesionalmente á la capilla Sixtina, entonando el *Te Deum*.

En ella recitó el Cardenal vicario la oracion *Super creatum cardinalem*.

El señor don Luis de la Lastra y Cuesta recibió al salir otro abrazo de sus compañeros.

Por la noche se verificó la ceremonia de la entrega del capelo. Fué sin duda la más brillante y esplendorosa de cuantas he presenciado. Lo fué sobre todo por la concurrencia verdaderamente numerosa y escogida que acudió á los grandiosos salones del palacio de nuestra embajada, profusamente iluminados, y con tanta sencillez como buen gusto embellecidos.

Pudiera citar muchos nombres propios, y sin embargo los omito. Los omito, porque áun trascribiendo un número grandísimo, dejaria de consignar la mayor parte, formándose por consiguiente mis lectores una mezquina idea del concurso á que me refiero.

El que ha vivido algun tiempo en Roma, y ha frecuentado sus fiestas, así religiosas como cívicas, sabe que la ciudad santa contiene innumerables personas de categoría. Y sabe tambien que continuamente hay en ella una masa flotante de forasteros distinguidos, procedentes de todos los paises del mundo.

No necesito repetir que las fiestas del Centenar

llevaron un gentío inmenso á la capital del Catolicismo, ni tampoco que se distinguia por su virtud, por su saber, por su nobleza, por su elevada posicion social, ó por sus bienes llamados de fortuna.

Puedo decir que todos los romanos y todos los forasteros acudieron al palacio español para conocer y cumplimentar al nuevo Príncipe de la Iglesia. Acudieron en los dos dias anteriores al á que se refieren estas líneas: acudieron singularmente el 26 de Junio, y sobre todo por la noche, con el fin de presenciar la ceremonia de la entrega del capelo.

Hé aquí por qué resuelvo no citar nombres propios, y me ciño á decir que no habia visto jamás reunido tan considerable número de personas



Monseñor Valerga, patriarca de Jerusalen.

respetables y eminentes. El palacio se llenó de cardenales, arzobispos y obispos; de señoras que brillaban principalmente por sus blasones, por su majestad, por su elegancia, por su distincion ó por su belleza; de individuos del cuerpo diplomático; de dignidades eclesiásticas, de servidores particulares de Su Santidad, de sacerdotes dignísimos, de sabios ilustres, de publicistas notables, de oradores elocuentes y de ricos propietarios.

No bien llegó el legado pontificio Monseñor Ricci, fueron á recibirle, seguidos de una numerosa comitiva, el señor cardenal, y el señor conde de San Luis. Llegados al soberbio salon del trono, el representante de Su Santidad pronunció un excelente discurso en idioma italinno.

Despues de mencionar los cargos que desempeñó sucesivamente con acierto el Príncipe de la Iglesia, díjole que Pio IX le mandaba por su conducto el capelo cardenalicio.

Todos los que llenábamos el salon le oimos con el mayor gusto y embeleso, pero muy singularmente los que áun no habian oido perorar con elegancia y elocuencia en el hermoso idioma de Dante y de Manzoni.

La contestacion fué tambien notabilísima. Enalteció al señor cardenal y á España. Comenzó el señor de la Lastra historiando las referidas dignidades y diciendo humildemente lo contrario de lo que afirmara Monseñor Ricci. Segun éste, las habia merecido todas y desempeñado perfectamente : al decir del señor arzobispo de Sevilla, no mereció una sola. Es obvio que la razon estaba de parte del legado pontificio.

Enumeró después el señor don Luis de la Lastra y Cuesta los deberes anejos á la dignidad cardenalicia, como tambien las cualidades que para ella se necesitan, manifestando que procuraria cumplir los primeros y poseer las segundas. Dijo que el traje de púrpura que vestia, le recordaba su obligacion de dar su sangre por la fe en caso conveniente ó indispensable. Habló en seguida de la unidad y armonía que reinan en la Iglesia católica, demostradas singularmente con motivo de la declaracion dogmática sobre la concepcion de la Vírgen, y de las próximas fiestas del Centenar. Dió luego las gracias á los concurrentes, rogando despues á Monseñor Ricci que trasmitiera á Su Santidad, de quien hizo una excelente apología, sus conceptos y palabras.

Resonó instantes despues el *extra omnes,* y todos salimos del salon, donde no pudieron entrar las señoras, por vedarlo el ceremonial.

Sirviéronse á seguida helados, dulces y refrescos en abundancia.

El acto solemne que concluyo de bosquejar me recordó las épocas felices en que nuestro pais marchaba, no sólo al nivel, sino al frente de todos los civilizados.

XIX.

El dia 14 de Julio tomó posesion el señor cardenal arzobispo de la iglesia de San Pedro *ad Vincula*, de la que le habia nombrado titular el augusto representante del Hombre-Dios. Con este motivo, el conde de San Luis que habia dado ya un banquete, del que diré más adelante cuatro palabras, en honor de los señores obispos españoles, obsequió con otro al egregio Príncipe de la Iglesia. Fuimos amablemente llamados á él algunas de las personas, á las cuales el señor cardenal habia tambien invitado para la ceremonia.

A diferencia del otro, en el cual oí cosas que referiré á su tiempo y que nunca se borrarán de mi memoria, nada ocurrió en el segundo de particular. El señor conde y la señora condesa pusieron de realce una vez más su amabilidad y su finura, quedando todos altamente complacidos.

Llegada la hora, la comitiva que habíase aumentado considerablemente con personas respetables, salió de nuestro palacio de la embajada, habiéndose dividido en dos secciones. Puedo llamar á la una *eclesiástica*, y designar á la otra con la denominacion de *civil*. Formaban la primera el señor cardenal arzobispo, que ocupaba una soberbia carroza, á la que seguian otras de respeto, y algunos coches de los monseñores que habian sido convidados oportunamente. Recuerdo sólo los nombres de Monseñor Franchi, que tuvo años atrás el honor de representar á Pio IX en Madrid; á Monseñor Buzi, á Monseñor Macchi y á nuestro compatricio Monseñor Ávila, auditor de la Rota romana.

Constituian la segunda el señor conde de San Luis, los demás individuos de la embajada y otras personas distinguidas, exceptuando la que las presentes líneas escribe.

Los componentes aquélla, hubieron de ir despacio para no separarse del ceremonial, y llegaron bastante despues que nosotros. Hé aquí por qué ínterin vienen, juzgo deber decir algo de la basílica, y primeramente de otros monumentos que contemplamos desde nuestros carruajes al dirigirnos á ella. Me refiero á la *Fontana de Trevi*, al Foro y á la columna de Trajano.

Es la primera una fuente monumental que admira y sorprende á cuantos la contemplan. Una señora romana, que acompañó durante nuestra estancia en la capital del orbe católico, á nuestras excelentes compañeras de viaje, nos contó lo siguiente que pone de realce su grandiosidad, caracterizando además muy bien á nuestros vecinos.

Llegó un dia un francés, y trajo para el padre de la indicada señora eficaces recomendaciones. Le acompañó en su virtud, enseñándole lo mejor que contiene la ciudad de Dios. Hay mucho en ella que no existe sin duda en París, ni en las demás capitales del mundo, y siento que la ocasion no se me brinde propicia para demostrarlo victoriosamente; mas el francés nada encontraba magnífico. Y nada sobre todo superior á lo que distingue y embellece la Babilonia moderna. Fué preciso que viese la *Fontana de Trevi* para que exclamase: «No hay en París ninguna fuente monumental tan hermosa como ésta.»

Produce un efecto extraordinario, que seria mayor si fuese más espaciosa la plaza donde se levanta.

En el centro aparece una estatua colosal de Neptuno sobre un carro, del que tiran dos caballos marinos. La decoracion se distingue por su novedad, por su buen gusto, y por el espacio que comprende. El inmenso caudal de agua que brota por cien conductos artísticamente preparados, contribuye á hermosear el monumento, al que sirve de fachada uno de los lados del palacio Polí.

El agua de la *Fontana de Trevi* es la que se denomina *Aqua Vergine*. Llega por el acueducto sub-

terráneo que tiene 14 millas de extension, construido para sus *termas* por Agrippa, y reedificado por Nicolás V en 1453 y por otros Sumos Pontífices hasta 1568. Atraviesa sobre arcos la villa *Borghese*, y pasa luego el monte Pincio, dividiéndose por último en tres brazos.

Del Foro de Trajano que á todos los demás vencia, apénas queda nada. Al ver lo que resta y al considerar que estaba rodeado de pórticos y embellecido con estatuas que contenia la célebre biblioteca Ulpiana, y que hubo allí un templo en honor de Trajano, exclámase involuntariamente con el poeta: *¡Campos ubi Troja fuit.* Escombros y sólo escombros por do quiera.

Permaneció en pié mucho tiempo, á pesar de la invasion de los bárbaros.

Pero se conserva perfectamente la columna Trajana, que es uno de los mejores monumentos antiguos de Roma.

Como casi todos los demás de su clase, fué, por decirlo así, purificado por los sucesores de San Pedro. Sixto V mandó quitar la estatua del emperador, que era de bronce dorado. Corona en su lugar el monumento dignamente otra de San Pedro, de once piés de altura, que construyó el distinguido escultor Bartolomé *della Porta*.

Hay en ella la inscripcion siguiente:

SENATVS. POPVLVSQVE. ROMANVS. IMP. CAESARI. DIVI. NERVAE. F. NERVAE. TRAJANO. AVG. GERM. DACICO. PONT. MAXIMO. TRIB. POT. XVII. IMP. V. COS. VI. P. P. AD. DECLARANDVM. QVANTAE. ALTITVDINIS. MONS. ET. LOCVS. TANTIS. OPERIBVS. SIT. EGESTVS.

Forman por lo demás el monumento, que pertenece al órden dórico, trozos de mármol blanco de Carrara, que se elevan 132 piés. El capitel es de una sola pieza. Puede subirse al balcon, desde el cual se disfruta de un panorama delicioso, por una escalera interior tallada en el mismo mármol, que recibe luz por cuarenta y tantos agujeros. Se corresponden con ella en el exterior los bajo-relieves que forman una graciosa espiral, dando 23 vueltas. Estos bajo-relieves, que representan la famosa expedicion de Trajano, son muy superiores: hay en ellos próximamente dos mil quinientas figuras de dos piés cada una. Se construyeron segun el estilo llamado *histórico*, é inspiraron por su perfeccion á Rafael y á muchos de sus discípulos.

La iglesia de San Pedro *ad Vincula* debe su celebridad á unas reliquias inapreciables, y á una obra de arte superior. Refiérome á las cadenas con que fué atado San Pedro, y á la estatua colosal de Moisés, construida por Buonarroti.

El pueblo católico acude constantemente á dicho templo con el fin de ver y besar las cadenas referidas del Príncipe de los Apóstoles, del primero de los Pontífices, del hombre afortunado á quien Jesus concedió todo el poder que recibido habia de su Padre celestial. ¡A cuántos pensamientos y á qué reflexiones tan profundas dan lugar los hechos á que acabo de aludir!

Crea Dios el mundo para ostentar su Omnipotencia, y establecer una mansion digna del hombre, á quien haria á su imágen y semejanza. Fórmale en efecto, da el sér á Adan, y se lo entrega generoso, juntamente con la gracia santificante y la justicia original.

Ha pasado mucho tiempo. El hombre ha cometido una prevaricacion lastimosa, y contaminado á su descendencia. Y Dios, como si no fuera bastante lo que habia hecho, entrega todo su poder al Unigénito en beneficio del hombre que le ofendiera indignamente. ¡Qué amor tan estupendo! ¡Qué generosidad tan ilimitada!

Ese mismo poder fué dado por nuestro adorable Redentor á Pedro y á todos sus sucesores. La multitud é importancia de los favores concedidos por Dios al hombre abruma y anonada.

Millares de fieles han establecido la costumbre de llevar prendido su reloj de una cadena sencilla trabajada segun las en que fué atado San Pedro. En ellas aparece además una cruz que recuerda por su disposicion el martirio cruel que sufrió el antiguo pescador de Galilea. No necesito decir cómo fué crucificado.

Expéndense en la misma iglesia, con su auténtica correspondiente, que sirve para dar testimonio de que realmente han tocado las verdaderas. Excelente costumbre la referida sin linaje de duda. Prescindiendo de que es una protesta contra el lujo y de que acredita la insigne piedad de los que la llevan, constiuye, por decirlo así, una pública profesion de fe hecha en un siglo en que muchos se avergüenzan, ¡quién lo pensara! de ser cristianos.

No trato de ponderar el mérito artístico de la estatua construida por el gran escultor, por el insigne arquitecto, por el célebre pintor, por el distinguido poeta. Pronuncióse ya sobre ella un fallo definitivo, y no he de ser yo, profano en el arte, quien procure conseguir su anulacion. Me ceñiré pues á dar algunas breves noticias de ella y de su autor.

La obra de Miguel Ángel destinábase al mauseleo de Julio II, que habia de tener próximamente treinta estatuas. Fuera de la en que me ocupo, el célebre artista sólo pudo terminar la de un esclavo que

adorna en París el museo de Louvre. Algunas otras, comenzadas únicamente, están en Florencia.

Por espacio de mucho tiempo no se hizo caso de la obra que hace correr mi pluma, á pesar de su estilo tan original y grandioso. La orgullosa y protestante Albion fué la primera que pidió una copia, que hizo modelar en 1816 el Príncipe regente.

Dícese que su autor quedó muy satisfecho de su obra, y añádese que después de terminarla la dió un gran golpe con su martillo, diciendo además: «Habla.» Se hace notar todavía la señal, y la cosa parece indudable. Estos arranques del genio serian ridículos si no fueran sublimes.

Mis lectores me agradecerán que agregue á las anteriores algunas palabras más, que ponen de realce sin duda lo que son y han sido siempre los papas. Atienden y han atendido preferentemente como es justo, á la civilizacion espiritual, sin desdeñar, ni cosa parecida, el progreso material. Tengo sobre la mesa un libro en que hallo las siguientes noticias curiosas.

Miguel Angel Buonarotti era el artista que á Julio II convenia, como era Rafael Sanzio el de que necesitaba Leon X. Como pertenecia á la nobleza, hubo de luchar con serias dificultades para ser artista. Sus obras se distinguen por cierto tinte de elegancia y energía, si puedo hablar así.

Julio II le llamó á Roma, y encargóle su mausoleo. Habian ya llegado los hermosos mármoles, y los obreros deseaban ganar el correspondiente jornal. Buonarotti fué al Vaticano; pero no pudo ver al Papa, y se consideró en la obligacion de pagar con dinero suyo á los auxiliares. Volvió al palacio, y sucedióle lo mismo que ántes. Debia ser impaciente y orgulloso, puesto que encargó á uno de los servidores dijera al Sumo Pontífice que cuando pudiese hablar con él se lo participase. Vendió al instante sus muebles á los judíos, retornando seguidamente á Florencia.

Cinco correos enviados por Julio II alcanzáronle en Poggibonzi. Miguel Angel no hizo caso de sus ruegos, y llegó á dicha hermosa ciudad. Los enviados para que volviese se sucedian unos á otros, y él continuaba inflexible. Pedro Soderini hízole comparecer á su presencia y le dijo: «¿Sabes que un rey de Francia no se atreveria á obrar con el Papa de la manera que lo haces tú? Vuelve, pues, á Roma. No quiero exponer la ciudad á una guerra, por consideraciones á tí.» Miguel Angel pensó aún en dirigirse á Constantinopla, mas al fin pudo persuadirle Soderini.

La reconciliacion entre el Papa y el artista, se verificó en Bolonia, que acababa de someterse á las armas pontificias. Cuando Miguel Angel se presentó á él, Julio II miróle de través y le dijo: «En lugar de venir, has aguardado que viniese á buscarte.» Uno de los que acompañaban á Su Santidad quiso intervenir en favor del grande hombre, y pronunció las siguientes intempestivas palabras: «Es menester perdonarle: estas gentes de allá no saben más.» «Eres un ignorante, respondióle el Pontífice-Rey; porque acabas de proferir una injuria que nunca le hubiese yo dirigido.»

Vuelto á Roma, Miguel Angel encontró un rival en Rafael. Dibujante sin segundo, dedicóse casi exclusivamente á la escultura. Era poco conocido aún entre los pintores. Quizás por instigacion de Bramante, celoso de Buonarotti, le mandó Julio II que pintase al fresco el cielo raso de la famosa capilla Sixtina. Vanamente suplicó á Su Santidad que se dirigiese á otro artista. Ignoraba de tal modo el procedimiento, que tuvo necesidad de hacer venir artistas prácticos de Florencia, para que le pusieran al corriente. Despues de algunos ensayos, les despidió, y encerróse en la capilla, sin querer recibir á nadie.

Sus pinturas fueron descubiertas en parte por la primera vez en 1511, y causaron un asombro general. Julio II deseaba verlas concluidas. «¿Cuándo las acabarás?» preguntaba frecuentemente al artista. «Cuando pueda, y esté satisfecho de mi trabajo,» respondia Miguel Angel, que absolutamente solo trabajaba. «Si no concluyes pronto, le decia en broma, haré que te arrojen abajo desde el tablado en que pintas.» Veinte meses más tarde acabó la obra.

Su célebre *Juicio final* pintólo por órden de Paulo III. Miguel Angel manifestaba que no podia emprender ningun otro trabajo ántes de concluir el mausoleo referido. El Papa pidió al duque de Urbino, pariente y heredero de su antecesor, que dejase hacer al artista los planos de este monumento. La venia obtenida, el Pontífice-Rey, con diez cardenales dirigióse al taller de Miguel Angel para decidirle á pintar el fresco referido, que terminó en 1541, después de ocho años de trabajo.

Paulo IV primero y Clemente XII más adelante, mandaron retocar algunas figuras desnudas en demasía. Viendo las que han quedado, se persuaden todos de que hicieron perfectamente.

Llegado el señor cardenal, entró en la basílica, donde le aguardaban los canónigos regulares de San Salvador de Letran, los individuos del colegio consabido, en que está el célebre niño Mortara, que fué objeto de varias preguntas por parte de personas distinguidas, los convidados, y multitud de fieles, deseosos de presenciar la ceremonia, que no duró mucho rato.

El señor de la Lastra, despues de orar ante el San-

tísimo Sacramento, tomó posesion en el coro del sitial que se le habia preparado. A continuacion leyó un notario apostólico las letras pontificias que nombran titular de San Pedro *ad Vincula* al señor cardenal.

Manifestó éste la satisfaccion que experimentaba por considerarse protector de una basílica tan memorable.

El abad general de los canónigos referidos, respondió á nuestro ilustre compatricio, cumplimentándole á nombre de la comunidad.

Inmediatamente se cantó el *Te Deum*, adorando



Illmo. señor don Antolin Monescillo, obispo de Jaen.

á seguida el señor cardenal arzobispo las cadenas del Príncipe de los Apóstoles.

Se sirvió por fin á los convidados un abundante refresco.

Su Santidad habia nombrado á su Eminencia individuo de la congregacion del Índice, de la de Regulares, de la de Indulgencias y de Reliquias, y de la de Interpretacion del Santo Concilio de Trento.

XX.

No pondré fin á esta parte de mi pobre libro, sin escribir algunas líneas sobre las causas de canonizacion, y sin reseñar, bien que muy á la ligera, las ceremonias que preceden á la sentencia que pronuncia el Vicario de Jesucristo. Cúmpleme hacer lo primero, principalmente para dar un mentís á los enemigos de la Iglesia, que por ignorancia, por malicia, ó por las dos cosas, que suelen ir juntas, suponen que nuestra Madre divina no procede en tan importante y trascendental materia con aquel tino y con aquella circunspeccion que la distinguen y caracterizan. Cúmpleme hacer lo segundo, para corresponder al objeto de la presente publicacion.

Hubiera podido dejar este trabajo para el capítulo

en que describa el acto solemne y grandioso de la canonizacion. Creo conveniente emprenderlo ahora, no sólo para que el mencionado capítulo tenga proporciones regulares, sino tambien porque las ceremonias á que me refiero se verificaron con anterioridad al dia 29 de Junio.

Cuando se conocen los datos que reune y las pruebas que exige la Iglesia para inscribir á sus hijos mejores en el número de los Santos, experiméntase una satisfaccion tan verdadera y legítima como profunda.

Ciertamente que los católicos dignos de tan ilustre nombre no necesitan saber y examinar esos datos y pruebas para seguir completamente tranquilos. Bástales tener en cuenta las inefables promesas de Jesucristo en favor de su Iglesia, y recordar que su Vicario es infalible definiendo *ex-cathedra*. Alégranse, con todo, de que áun dando al olvido las consideraciones indicadas, y discurriendo meramente con el auxilio de la razon, puedan defender con toda seguridad á su Madre amorosa y divina. Alégranse, no porque consideren necesarios los raciocinios á que aludo, sino para poder rebatir las objeciones más ó ménos baladíes é insustanciales de los heresiarcas, de los incrédulos y de los indiferentes, que sin embargo de pertenecer á la Iglesia de Dios, se complacen en perseguirla, ofenderla é injuriarla de un modo solapado ó manifiesto.

Hay que proceder con gran tino en la eleccion de los argumentos. El católico ferviente queda satisfecho no bien sabe que el Pontífice-Rey habló *ex-cathedra*, mas ¿puede decirse lo mismo de los protestantes que sólo están de acuerdo en combatir al Vicario de Jesucristo, ni de los incrédulos que han perdido la fe por una serie de actos y de omisiones vituperables? Indudablemente no. A los unos y á los otros es preciso combatirles con razonamientos que llamaré puramente naturales. A los unos y á los otros es preciso demostrarles victoriosamente que sus objeciones no pueden ser más dignas de vituperio, y que sus risas desdeñosas no pueden ser más ridículas. A los unos y á los otros en fin, es preciso hacerles enmudecer, y reducirles por consiguiente á la impotencia más absoluta y vergonzosa.

Considerándolo bien, háse conseguido ya tan satisfactorio resultado. Hace tiempo que los enemigos de la Iglesia no sostienen sus errores y sus herejías en el palenque de la pública discusion. Descontadas algunas excepciones, que confirman y robustecen como es sabido la regla general, guardan silencio ó se limitan cuando más á leves observaciones que les permiten retirarse, no bien son impugnadas con energía proporcionada á la intencion perversa que suponen, y al daño grandísimo que producen.

Pasma en efecto el número y la calidad de las pruebas que se requieren para inscribir entre los héroes del Evangelio á los católicos que practicaron en grado eminente la virtud sobre la tierra. No se consideran suficientes las humanas, por numerosas y robustas que sean, y por conformes que se hallen con las formalidades del derecho civil y canónico: es indispensable que resulten plenamente confirmadas y robustecidas por Aquél que habla desde las mansiones celestiales con la lengua sublime de los milagros.

Por mucho que se diga, nunca se ponderará bastante las precauciones que se toman y las formalidades que se requieren. Hay causas pendientes de canonizacion, que no siguen su curso natural por haber surgido una levísima dificultad. Causas que se refieren á hombres cuya santidad está generalmente reconocida; causas en que las pruebas son muchas y excelentes; causas que la generalidad de los católicos declararian, si las examinasen, exentas de toda imperfeccion, hasta el punto de no comprender por qué no se proclamaba la sentencia definitiva; causas por último, que leidas detenidamente por los enemigos de la Iglesia, darian por resultado, segun todas las probabilidades, su dichosa conversion.

Hé aquí por qué nada se ha podido decir contra un solo expediente de canonizacion, á pesar de su número considerable.

Es preciso que no quede ni sombra de duda. Es necesario que preceda un exámen sumamente concienzudo y escrupuloso. Es indispensable que se indaguen préviamente y aparezcan con toda claridad, no sólo las virtudes relevantes y heróicas de los canonizandos, sino tambien los estupendos prodigios, consumados por su intercesion gloriosa. Con fundamento pudo por consecuencia decir Benedicto XIV que en la canonizacion de los santos se exalta la fe católica y se confunde á los herejes.

Las formalidades á que aludo se remontan á los siglos primeros. Jamás han pronunciado los sucesores de Pedro la sentencia que pone fin á los expedientes de canonizacion, sin el exámen escrupuloso de la santidad y de los prodigios de los canonizandos, así como sin el dictámen de los cardenales y de los obispos.

Durante la Edad Media, encomendáronse las gravísimas causas de canonizacion al Tribunal de la Rota romana, y luego á otro que se componia de tres cardenales, obispo el uno, presbítero el otro, y diácono el tercero. Como si ésto no fuese bastante, el Sumo Pontífice preguntaba despues á los demás cardenales si debia ó no procederse á la canonizacion. Todavía se agregaba un segundo Consistorio, en el cual reuníanse los votos de los patriarcas, arzobispos y obispos residentes en la capital del mundo católico.

Difícilmente hubieran pedido tanto áun los más

descontentadizos. Sixto V empero fundó una congregacion particular que se llama *de los sacros ritos*, que se compone únicamente de príncipes de la Iglesia, encomendándola el exámen de las causas en que me ocupo. Tienen voto en ella tambien los tres auditores de la Rota de más edad, y muchos consultores distinguidos por su ciencia ó por su elevada jerarquía.

Debo añadir, que á la cooperacion de tantos hombres eminentes, se agregan las sabias disposiciones y decretos relativos á la materia de la canonizacion, dados por Urbano VIII, por Alejandro VII, por Inocencio XI y por Benedicto XIV.

Practicadas las diligencias más minuciosas, y esclarecidas las cuestiones referentes al órden del juicio, sométense á dichas personas venerables, y examínase si los canonizandos consiguieron llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana. Inquiérese despues la importancia y la certeza de los prodigios que por su intercesion se obraron.

Jamás pronuncia el Vicario de Jesucristo su sentencia solemne sin oir á esta congregacion sabia, cuyas alegaciones son públicas, y sin implorar los auxilios celestiales.

Hay más. Las causas á que me refiero no terminan sin oir Su Santidad en otra congregacion general, no sólo el parecer del promotor de la fe, que lo emite por escrito, y que está obligado á presentar cuantas objeciones le ocurran, sino tambien el de los cardenales y consultores, en punto á que la canonizacion puede decretarse con toda seguridad.

Sigue por fin el decreto solemne.

No hay sin género de duda, ni en lo civil ni en lo eclesiástico, expedientes que se instruyan con tantos requisitos y formalidades. Es imposible de todo punto oponer á ellos el reparo más leve. Es completamente indispensable alabar la prudencia, el aplomo y la sabiduría de los romanos pontífices.

Terminado el juicio de la congregacion, remítense las causas á los consistorios. A los que se celebraban anteriormente, agregóse despues un tercero, á fin de que la formalidad fuese mayor.

El primero de los consistorios que se celebran, es secreto. Ántes de que lo convoque por órden del Padre Santo el prefecto de ceremonias, el promotor de la fe entrega á todos los cardenales un compendio de las vidas, virtudes y prodigios de los beatos cuya canonizacion se dispone. Distribúyese además entre los patriarcas, arzobispos y obispos que pueden votar en el segundo consistorio, que es semi-público.

Conviene advertir, ántes de continuar, que si son diversos los beatos de cuya canonizacion se trata, se disponen generalmente varios consistorios. En uno solo no podrian examinarse detenidamente todas las causas, á ménos que su duracion fuera extraordinaria. Por ésto los que se reunieron en el que voy someramente á describir, sólo se ocuparon en el español insigne, y en el hijo egregio de la desventurada Polonia.

Reunidos los cardenales para la celebracion del consistorio secreto, pronunció Su Santidad una alocucion, manifestando su deseo de incluir en el catálogo de los santos á los beatos Josafat Kuncewicz, arzobispo de Polosk, del rito ruteno y de la órden de San Basilio; Pedro Arbués, canónigo regular de la iglesia metropolitana de Zaragoza y primer inquisidor general del reino de Aragon, y Nicolás Pick y sus diez y ocho compañeros, pertenecientes unos al clero secular y otros á diversas órdenes religiosas, martirizados todos en Brila, pueblo de Holanda.

A seguida el cardenal prefecto de la congregacion mencionada, presentó un informe circunstanciado, comprensivo, así de las virtudes de Kuncewicz y de Arbués, como de los milagros de Dios conseguidos por su intercesion poderosa. Presentó además un extracto de las actas correspondientes á las sesiones de la congregacion ilustre.

Terminada la lectura, el mejor de los Reyes y el más amado de los Pontífices, preguntó á los cardenales si juzgaban que podia procederse á la solemne canonizacion de los beatos referidos. Todos respondieron afirmativamente con la fórmula *placet*.

Celebróse un segundo consistorio semejante al que acabo de reseñar ligeramente, para la canonizacion de los beatos confesores Pablo de la Cruz, fundador de la congregacion de los sacerdotes descalzos de la Santísima Cruz y de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y Leonardo de Porto-Mauricio, misionero apostólico de la órden de Mínimos de san Francisco, de la más estrecha observancia; así como para la de las beatas vírgenes María Francisca de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, terciaria profesa de la órden de Mínimas descalzas de san Pedro de Alcántara, y Germana Cousin, de la Aldea de Pibrac, diócesi de Tolosa.

El dia 3 de Junio á las diez de la mañana se verificó el primero de los consistorios públicos. En el salon que se llama de los paramentos, esperaron á Su Santidad, un número extraordinario de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, el senador y los conservadores de Roma, individuos de la prelatura, y los demás dignatarios que tienen derecho de asistir por su alta posicion, así como el secretario de la santa congregacion de ritos, el promovedor de la fe, y los abogados consistoriales.

Llegó Su Santidad, y despues que se hubo revestido de los sagrados ornamentos pontificales, dirigióse, juntamente con los demás, á la gran sala regia

donde habia de celebrarse el consistorio. El Papa fué llevado á ella sobre la *silla gestatoria,* precedido de los *flabelli*. En ella es conducido siempre que lleva las vestiduras pontificales, consistentes en el pluvial ó manto rojo y en la mitra de tela de oro.

No bien ocuparon todos en la sala regia sus asientos respectivos, descendió el Pontífice-Rey de su sitial, subiendo en seguida al trono, acompañado de los diáconos asistentes.

Despues que se hallaron éstos en su sitio, recibió Pio IX el homenaje de los demás príncipes de la Iglesia, haciendo á continuacion la señal de que podia comenzar el consistorio al maestro de ceremonias. Dirigiéndose éste al secretario de la sagrada congregacion de ritos, y á los abogados consistoriales, pronunció la palabra *accedant*. Acercáronse realmente, y despues que hicieron la genuflexion de rúbrica, pusiéronse junto al trono.

Hecha otra señal por el maestro de ceremonias, colocóse en medio el abogado consistorial Morsilli, y leyó un discurso en latin, defendiendo las causas referentes á Josafat Küncewicz, Pedro Arbués, Nicolás Pick y sus diez y ocho compañeros, conocidos con el nombre de mártires gorgomienses. Se extendió sobre los milagros debidos á su intercesion, pidiendo por fin segun costumbre, la instantánea canonizacion de dichos bienaventurados.

Miéntras leia el abogado consistorial, cuatro protonotarios apostólicos del colegio de los participantes, ocuparon un sitio inmediato al trono, en virtud del privilegio que les concedió la Santidad de Pio II. En el último escalon del mismo, se arrodilló Morsilli, no bien hubo terminado.

Entónces Lúcas Pacifici le respondió en latin y en nombre de Su Santidad, á cuya izquierda se hallaba. El secretario de breves, á pesar de que á las instancias del abogado consistorial, habia precedido el mencionado exámen riguroso, dijo que si bien se hallaba el Padre Santo resuelto á verificar la canonizacion, por tratarse de un asunto tan árduo y trascendental, queria pedir primeramente en los consistorios semi-públicos el parecer y consejo de todos los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos en Roma existentes. Añadió, que rogaba en el ínterin á todos que dirigieran fervientes súplicas á la Majestad Divina, de quien procede toda luz, para que se dignara inspirarle la determinacion más conveniente á la gloria de Dios y al bien de la Iglesia.

Retiráronse seguidamente los que se hallaban junto al trono, del que bajó Su Santidad, colocándose de nuevo en la *silla gestatoria*. Con los mismos que le acompañaron ántes, volvió á la sala de los paramentos, y despojóse de las vestiduras sagradas, volviendo despues á sus habitaciones.

El dia 6 celebróse tambien á las diez de su mañana en la capilla Sixtina el segundo de los consistorios públicos, con el mismo órden y con las propias solemnidades del anterior. Hé aquí por qué no debo reseñarlo. Las únicas diferencias consistieron en que tratóse de la canonizacion de los demás beatos referidos, y en que defendió las causas el abogado consistorial Juan Bautista de Dominicis.

No debo continuar sin decir que segun el ceremonial prescrito, se celebraron rogativas públicas para que Dios asistiese á Pio IX en el importante asunto de las próximas canonizaciones. Su eminencia el cardenal vicario dirigió al efecto á los católicos de Roma el edicto correspondiente que publicaré mas adelante. Es un documento notable, digno de ser conocido por todos y particularmente por los que, ignorando casi todo lo referente á Roma, tienen la osadia de criticarlo y zaherirlo.

Para dar ejemplo, el Papa concurrió á la Basílica titulada Santa María la Mayor, que tendrá la dicha de guardar sus mortales despojos, cuando Dios le llame á la posesion de la bienaventuranza. Quiso unir sus oraciones á las de sus hijos para que el Señor le asistiera en la canonizacion de los veinte y cinco bienaventurados referidos.

Además de Jesus sacramentado, estaba expuesta en la iglesia memorable que posee la mejor capilla de Roma, la cuna en que fué mecido el Redentor del mundo. Pio IX habia mandado que se colocara en el altar mayor esta inapreciable reliquia, encerrada en una magnífica urna, regalo de una princesa española.

El Papa consiguió una ovacion verdaderamente indescriptible; una de esas ovaciones espontáneas que contrastan con las mezquinas que logran muchos soberanos temporales, á pesar de que se disponen anticipadamente; una de esas ovaciones que hacen derramar lágrimas de ternura y de placer á los hombres más frios; una de esas ovaciones que acreditan los bienes de todo linaje que Pio IX proporciona por su santidad, por su sabiduría y por su entereza, no solamente al pueblo romano y á las naciones católicas, sino tambien á todos los paises del mundo. No cesó de aclamarle con entusiasmo la muchedumbre inmensa que se dilataba desde la via Urbana hasta la cumbre del Esquilino.

Fué recibido á la entrada por su eminencia el cardenal Patrizi, arcipreste de la basílica, que es tambien obispo de Porto y de Santa Rufina. Lo fué además por el capítulo y por el clero de la iglesia grandiosa. Rodeado de los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos que se hallaban en la capital del orbe católico, adoró el Santísimo, asistiendo además á las roga-

tivas y á la bendicion que fué dada por el venerable monseñor Cardoni, arzobispo de Edesa.

Asistió al templo un concurso extraordinario de católicos.

Es inútil manifestar que no bien hubo concluido la religiosa funcion, se colocó en las inmediaciones de la Basílica, para ver al Padre Santo, aclamarlo, y recibir su bendicion apostólica.

El cortejo pontificio regresó al Vaticano á la caida de la noche.

—

En virtud del *Invito sacro* del cardenal, el Santísimo estuvo expuesto tambien en las basílicas Lateranense y Vaticana. Además de las archicofradías, acudió á todas las horas del dia un número extraordinario de fieles, para corresponder á los deseos de su Padre espiritual, y ganar las indulgencias concedidas. En medio de la indiferencia y de la impiedad que dominan como soberanas en algunos paises regenerados por Cristo, el espectáculo que ofrece de continuo el pueblo de Roma es altamente consolador.



Illmo. señor don Mariano Puigllat, obispo de Lérida.

—

El primero de los consistorios semi-públicos se celebró el dia 12 de Junio á las nueve y media de su mañana en el gran salon ducal del Vaticano. Llámanse semi-públicos porque además de los príncipes de la Iglesia, emiten su voto en él los sucesores de los Apóstoles que se hallan en Roma. Todos son préviamente invitados por una circular de la congregacion. Segun Clemente XI este congreso de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, representa la imágen de un concilio romano.

Denomínanse semi-públicos además por intervenir en ellos tambien los protonotarios apostólicos, los dos auditores de la Rota más antiguos, el secretario de los ritos, el promovedor de la fe, los maestros pontificios de ceremonias, el procurador fiscal de la cámara apostólica, el secretario del Sacro Colegio y el clérigo nacional.

Detrás de los cardenales obispos y de los cardenales presbíteros, sentáronse los demás sucesores de los Apóstoles Asistentes. Colócanse luego los cardenales diáconos y los obispos no Asistentes.

En el segundo banco de los que se hallan frente al trono pontificio, los protonotarios: en el tercero los auditores de la Rota.

Al lado de la pared, y á la derecha, permanecieron de pié el secretario de la congregacion de ritos, los maestros de ceremonias pontificios, el procurador fiscal, el secretario del colegio cardenalicio y el clérigo nacional.

A la izquierda por fin, frente al secretario de los ritos, el promotor de la fe.

Despues que Su Santidad se prendió la *falda*, prenda de color blanco y de cola, que usa en ciertas solemnidades, y que el primer cardenal diácono le puso en el llamado *lecho de los paramentos*, el amito, el alba, la capa de púrpura y el *formal* de perlas, dirigióse á dicha sala ducal, precedido de un auditor de la Rota que llevaba la cruz, y acompañado de dos príncipes de la Iglesia asistentes, y de los demás que forman su séquito de costumbre.

Llegado al salon, bendijo á los cardenales, y sentóse á seguida en el trono.

Acto continuo pronunció una breve Alocucion en la que, tras hacer mérito de las virtudes y prodigios de los bienaventurados Josafat Kuncewicz, Pedro de Arbués, Nicolás Pick y sus diez y ocho compañeros, manifestó que se sentia movido á inscribirles en el número de los Santos, pero que ántes de llegar á una decision tan solemne y trascendental para la Iglesia de Dios queria oir el voto, emitido libremente, de cada una de las dignidades invitadas. Pidió pues el sufragio no solamente de los cardenales, que son segun san Bernardo los *seniores del popolo*, sino tambien de todos los sucesores de los Apóstoles allí reunidos.

Data esta costumbre de los tiempos más remotos, como se ha demostrado por un autor insigne con referencia á los primeros libros ceremoniales. Lo han reconocido además los doctores en sus comentarios.

Los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, manifestaron uno despues de otro su deseo vivísimo de que se procediese á la canonizacion, y añadieron que á su juicio era más conveniente que nunca en las actuales circunstancias.

Hé aquí el órden con que segun el ceremonial emitieron respectivamente sus sufragios.

Comenzó el cardenal decano. Puesto de pié, saludó al Papa, tornóse á sentar, púsose el birrete, y leyó su voto. Lo propio hicieron los demás individuos del Sacro Colegio.

Siguió el primero de los patriarcas. Cúmpleme advertir que á diferencia de los príncipes de la Iglesia, no leyó sentado su voto. Debo manifestar así mismo que no bien se puso en pié, levantáronse tambien los demás patriarcas. En la misma postura permanecieron hasta que votaron todos sus iguales en honor y jurisdiccion.

Lo propio sucedió despues con los arzobispos y últimamente con los obispos. A causa de su gran número, votaron seis de los primeros y diez de los segundos. Los demás dieron á conocer su opinion por medio de la palabra *placet*, á la que agregaron las siguientes: *ab rationes ú me in voto scripto et subscripto allatas.*

Todos entregaron sus votos escritos al secretario de la santa congregacion de ritos, ó al ceremoniero apostólico designado con este fin.

Concluida la votacion sobre la primera causa, se verificaron con el órden referido las correspondientes á las restantes mencionadas más arriba.

Concluida la entrega de los votos, declaró Pio IX que estaba completamente satisfecho de la unanimidad que todos habian mostrado en punto á los referidos, pero que ántes de proceder á su canonizacion solemne queria oir la opinion de los padres sobre los demás bienaventurados en el consistorio venidero. Añadió que pedia en el ínterin á todos los concurrentes que implorasen las luces y los auxilios de Dios con súplicas fervientes.

No bien hubo terminado, el comisario general de la reverenda cámara apostólica, en nombre y por comision del procurador que no pudo concurrir por enfermedad, arrodillado detrás de los cardenales presbíteros, se volvió á los protonotarios apostólicos presentes en la ceremonia, é instóles para que sacasen un testimonio público de las Alocuciones pontificias, de los votos emitidos por los padres y de los demás actos de los consistorios. Habiendo consentido Su Santidad, el decano de los mismos, en nombre de sus compañeros, arrodillados como él, pronunció la palabra *conficiemus*, y volviéndose hácia los camareros secretos que asistian de pié junto á las gradas del trono, llamóles para que diesen testimonio, con la fórmula *vobis testibus*.

Por último, dos cardenales diáconos volvieron al trono, del cual descendió Su Santidad. Dada su bendicion á los cardenales, regresó, precedido de la cruz, á la sala de los *paramentos*, en la que despojóse de sus vestiduras. Despues de ponerse la muceta se fué á sus habitaciones, en una de las cuales le quitó la *falda* un maestro de ceremonias.

—

A la misma hora y en el propio salon, se verificó el dia 14 el segundo de los consistorios públicos. Con el órden referido al reseñar el primero y con las propias formalidades, se trató en él de la canonizacion de los beatos confesores Pablo de la Cruz y Leo-

nardo de Porto-Mauricio, y de la de las beatas vírgenes María Francisca de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo y de Germana Cousin.

Resultó la misma unanimidad que en el anterior, manifestando en su virtud el romano Pontífice la propia satisfaccion, y añadiendo, despues de pedir nuevamente que se implorara el favor del cielo, que se reservaba, si á Dios placia, hacer la declaracion solemne de la santidad de los bienaventurados referidos en el consistorio y en el anterior en el dia consagrado á la memoria de los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, que coincidirá este año con el décimo octavo aniversario de su martirio glorioso.

Lo demás, como en el consistorio precedente. Hé aquí por qué me considero dispensado de referirlo.

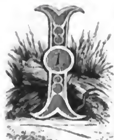


EL CAPITOLIO ROMANO.

PARTE TERCERA.

ROMA DURANTE LAS FIESTAS.

I.



Iban por fin á celebrarse las fiestas del Centenar, é iban á celebrarse con gran pompa, y en medio de una inmensa muchedumbre de católicos. Y en verdad que áun la persona de ménos fe, cuando detenidamente reflexiona los esfuerzos y las maquinaciones de todo linaje que hicieron y prepararon para impedirlas los enemigos de la Iglesia, se asombra grandemente, adquiriendo la íntima y profunda conviccion de que Dios las habia dispuesto en bien de su obra predilecta, de la cristiandad por consecuencia y del mundo todo.

Creo firmemente que áun los católicos de más saber y de más acrisolada virtud no pueden alcanzar las consecuencias sobre todo encarecimiento provechosas de las solemnidades que voy á referir. Creo que se conocerán á medida que vayan ocurriendo sucesos verdaderamente pasmosos y extraordinarios; que podrán por lo tanto apreciarse mejor cada dia, y que las generaciones venideras han de recordar con tanto placer como estupefaccion unas fiestas que muchos han colocado casi al nivel de las ordinarias civiles ó religiosas.

Que la canonizacion de algunos héroes cristianos ha sido siempre un gran acontecimiento y que todavía lo es más en el siglo actual por los desdichados triunfos que han logrado en el desgraciamente la indiferencia, el excepticismo y la impiedad. Que la conmemoracion del memorable dia en el cual Pedro, primer vicario del Hombre-Dios, dió su sangre por Aquél que regó con la suya preciosa el camino del Calvario, constituye la demostracion más concluyente, así de la divinidad de nuestra Religion sacrosanta, como de la impotencia vergonzosa y degradante á que á la postre quedan reducidos sus perseguidores declarados ó encubiertos. Que la reunion de tantos fieles en la capital del mundo católico demuestra la falsedad de los que dicen y aseguran, trasformando sus deseos indignos en realidades positivas, que la fe se ha extinguido, y que los tiempos de nuestra amorosa Madre han pasado, como tambien que constituye una protesta alta, elocuente, terrible, contra las vilezas, atentados, despojos, traiciones y crímenes de la Revolucion italiana.

Todo esto es verdad, y sin embargo no sirve para

poner de realce las consecuencias fecundas de las solemnidades á que me refiero. Las consideraciones precedentes, aducidas por muchos católicos, son exactas y profundas; pero significan muy poco al lado de otras que se pueden presentar teniendo en cuenta lo que harán vueltos á sus residencias respectivas los prelados, los sacerdotes y los seglares que han acudido á Roma con el fin de presenciar las fiestas. Enardecidos por la fuerza misteriosa y sobrenatural que se adquiere visitando la tumba del Príncipe de los Apóstoles y los demás lugares de santificacion que existen en esta incomparable ciudad; entusiasmados por el contraste indescriptible que ofrece la Roma pagana puesta en parangon con la Roma de Cristo; fortalecidos por el ejemplo incomparable del Sumo Pontífice que rige los destinos del mundo católico, suscitado sin duda por Dios para poner término á la gran herejía de la época presente y librar al mundo de la barbarie más horrible y afrentosa; edificados en fin con la conducta de tantos y tantos católicos que han venido á impulsos de esa fe que traslada los montes sin que les detuvieran las molestias de un viaje largo, expuesto y dispendioso, su elevada posicion, su edad madura, sus enfermedades molestas, sus ocupaciones abrumadoras ó urgentes, la consideracion para concluir, de sus recursos escasos, se convertirán en otros tantos apóstoles, y desenmascararán á los enemigos de Dios y de la sociedad, y enaltecerán cuanto existe sobre la tierra de noble, augusto, egregio, sublime y santo, y pondrán dichoso remate y corona resplandeciente á la obra estupenda de Pio IX, y harán retroceder á la humanidad del borde del abismo, y consumarán la restauracion religiosa, política y moral que se ha hecho de todo punto indispensable.

No me propongo describir el espectáculo magnífico á que me refiero. El pigmeo no tomará ciertamente los pinceles, para bosquejar un cuadro superior á las fuerzas del hombre, por privilegiadas que sean ó se las suponga. Mi objeto ha sido únicamente persuadir de la importancia y trascendencia sin igual de las fiestas, y convencer de que áun los que consignamos sobre las mismas frases entusiastas, no podemos alcanzar los grandes y benéficos resultados que producirán sin linaje de duda. El Vicario de Jesucristo, el sucesor del Príncipe de los Apóstoles, el que recibió toda la potestad que recibido habia el Hombre-Dios de su Padre celestial; el Anciano venerable que rige felizmente la Iglesia, los comprenderá segun todas las probabilidades, como si los viera en un libro abierto, por sus relaciones sublimes con la misma Divinidad, y como un premio concedido aquí en la tierra á sus virtudes relevantes, á sus sacrificios sublimes, á sus padecimientos heróicos, á sus acciones santas, á todo lo que ha hecho en fin durante su pontificado glorioso y larguísimo, en favor de la grey que le ha sido confiada y del universo mundo.

II.

Pocos se habrán fijado quizás en la conducta observada por los enemigos de la Iglesia para impedir las solemnidades religiosas á que aludo. Diríase que conocian ó vislumbraban las consecuencias referidas. Inclínome á creer que obraron en ocasiones casi maquinalmente, y que sin pensarlo, ni conocerlo, ni advertirlo, fueron impulsados por el espíritu del mal á quien no se ocultó el bien que aquellas producirian. Sabido es, que al perder la gracia por su prevaricacion lastimosa, conservó la sabiduría.

Considérome obligado á poner de manifiesto esa conducta, á fin de que no se juzgue lo dicho completamente infundado. Lo que indicaré con todo, será nada comparado con lo que podria consignar.

Para ejercer alguna presion por medio del terror, dejábase preparar á Garibaldi una invasion abominable. Ratazzi consentia que se publicaran en su periódico las siguientes líneas: «Háblase vagamente de un movimiento que acaso estallará en los Estados Pontificios, y que coincidirá con las fiestas del Centenar de San Pedro. No tenemos sobre esto noticias precisas. Lo único que sabemos es que el gobierno ha tomado todas las medidas para que el convenio de 15 de Setiembre de 1865 sea respetado escrupulosamente.»

Es de creer que los directores y jefes del indicado movimiento sabrian con toda seguridad que los ministros de Víctor Manuel estaban resueltos á protegerlo moral y materialmente.

Como si ésto no fuese bastante, sin embargo de que circuló en Florencia el rumor de que Garibaldi habia prometido á Ratazzi aplazar toda agresion hasta el fallecimiento de Pio IX, el corresponsal de *Le Monde* dijo que la conducta de ambos permitia creer que los dos estaban de acuerdo para apoderarse cuanto ántes de la Eterna Ciudad.

Por si quedan dudas, hé aquí lo que dijo *La Gazetta del Pópolo*, periódico *oficial* de Florencia: «Se nos participa que en muchas villas del reino se han organizado comités garibaldinos. Cada uno depende del centro general establecido en Castelletti. Se nos asegura que los reclutamientos de individuos se hacen secretamente, pero con extraordinaria actividad.»

Copió estas palabras *La Opinione*, periódico ministerial. Excuso añadir que el Gabinete no hizo nada.

Hé aquí por último lo que escribia un corresponsal del *Diario de Barcelona*, uno de los periódicos que más daño han hecho á la buena causa, lo cual por evidente no necesita demostracion. Que Dios ilumine á sus redactores, y no les haya de pedir

cuenta del mal que han hecho á sus lectores numerosos, y por consiguiente á la Religion y á la Patria.

«Florencia 31 de Mayo.

«Fiestas por un lado y conspiraciones por otro, hé aquí lo que caracteriza la situacion actual. Esto último le parecerá á usted un anacronismo al presente, y sin embargo no puede darse otra palabra más propia á lo que voy á referir.

»En Turin se celebró ayer el enlace del príncipe Amadeo, duque de Aosta, con la princesa María de la Cisterna; y los jefes del partido de accion tomaban en tanto en Florencia sus resoluciones para dar un «golpe de mano» en las provincias del Papa. Ya sabe usted que Garibaldi no solamente ha aceptado el título de general romano, sino que ha sido investido del cargo de jefe del gobierno provisional y de dictador.

»Sabe usted tambien que ha decretado un empréstito disimulado bajo el nombre de emision de billetes de la emigracion romana. Pero, cuando se trata de dinero, la cuestion varía, y las influencias de Garibaldi no han obtenido hasta ahora recursos de sus admiradores, pues nadie quiere descontar un título que no se cotiza en la plaza. Así es que se oye un lamento general sobre el mal éxito del empréstito garibaldino.

»Esto es razon de más para inducir á otras resoluciones. Aquí viene la parte todavía más lamentable del asunto. Las aspiraciones de Garibaldi no podian quedar ocultas al ministerio que, aunque resuelto á ser muy tolerante, tiene sin embargo deberes que cumplir.

»Usted presumirá desde luego que una vez enterado de los proyectos de Garibaldi, el ministerio se habrá valido de su autoridad ordenando al general Garibaldi que permanezca tranquilo. Nada de ésto; se ha discutido, se ha rogado, se ha tratado de persuadir á Garibaldi que *la ocasion no era propicia*, y que *era preciso esperar más*. Y ¿sabe usted qué respuesta ha dado el jefe del partido de accion? *Esperaré algunos dias, pero sabed que estoy haciendo preparativos.*

»Así es que se ha hecho un pacto entre el ministerio y los hombres de accion, y los periódicos han hablado de esta combinacion de un modo que da á comprender que en realidad se ha verificado.

»Esto no me sorprende, lo sorprendente es que el ministerio haya dispuesto concentraciones de tropas en la frontera dando á sus jefes órdenes terminantes de rechazar cualquiera tentativa de los garibaldinos.

»Decíase hoy que Garibaldi está indignado y que amenaza con pasar adelante sin esperar á que espire el plazo fijado. El señor Ratazzi, que ha salido para Turin con objeto de asistir al enlace del príncipe Amadeo, dejó sin embargo aquí algunos representantes que tratan de apaciguar al general, y le suplican que aguarde á lo ménos hasta el regreso del presidente del Consejo. ¿Se ha ajustado acaso una tregua entre el general y el gobierno? Los periódicos han cambiado desde ayer de tono, y parecen haber recibido una consigna.

»No se tiene noticia aún del texto del convenio llamado de los especuladores de Turin; lo único que se sabe se reduce á que es un negocio *omnibus*, que han tomado parte en él banqueros de toda clase, y que es una indemnizacion que se ha querido dar á los turineses, aunque no se ignora que en Roma se ha recibido muy mal la noticia del contrato, y es censurado como se merece.»

En cambio, el gobierno pontificio tenia que tomar medidas contra los brigantes, que aumentaban considerablemente. Sus encuentros con las tropas de Su Santidad se sucedian unos á otros. Los súbditos del Papa, decia un periódico, «toman las armas voluntariamente, se unen al ejército, y combaten con valor contra esas pandillas de ladrones, constando con seguridad que proceden del reino de Italia, y que son precisamente los voluntarios que iba reuniendo Garibaldi cuando se creia cierta la guerra del Luxemburgo. Disuelto el cuerpo á consecuencia del tratado de Lóndres, han quedado sin saber cómo vivir, ni dónde acogerse, y entran en el territorio pontificio, aprovechando todas las ocasiones que se les presentan para robar.»

En honor de la verdad los temores referidos distaban mucho de ser pueriles. Hé aquí por qué admira y asombra más la decision de los católicos, que naturalmente lo esperaban todo de la Providencia. En prueba de que eran fundados, hé aquí un párrafo de una especie de proclama campanuda y ridícula, como casi todas las de los liberales, dirigida el dia 3 de Junio á los romanos por el *Comité de insurreccion* establecido en la capital del mundo católico.

«Un ardor irresistible de romper el yugo que nos oprime, excitado por las falsas noticias de que todo está dispuesto en la frontera para la insurreccion, ha hecho emigrar á muchos de nuestros conciudadanos. Dominados otros por temores que nada puede justificar, se han dirigido al libre territorio de Italia. Creemos que los temores necios, lo mismo que los entusiasmos imprudentes son la obra de nuestros enemigos. Como la revolucion italiana sólo puede tener su desenvolvimiento en Roma, y triunfar únicamente en el Capitolio, procuran debilitar por todos los medios posibles el partido de la revolucion, alejando á los liberales.»

Esto prueba:

1.° Que realmente se urdia un complot infame.

2.° Que algunos de los iniciados en él se dirigian

á la frontera, en la persuasion de que estallaria en breve, y de que todo estaba preparado.

3.° Que un miedo enorme, producido acaso por las noticias de las próximas fiestas, y la circunstancia de llegar diariamente á Roma católicos ilustres de todas las naciones, era causa de que muchos se marchasen al pais excomulgado.

4.° Que los del comité se hallaban persuadidos de la victoria, puesto que se condolian de que los revolucionarios dejasen la ciudad. Sólo Dios sabe si los que llegamos á Roma á causa del Centenar estuvimos real y verdaderamente sobre un volcan.

Añadia la proclama: «Decid á los tímidos que se asustan á la idea de ser reducidos á prision, en tanto



El cardenal Antonelli.

aseguran que se hallan dispuestos á resistir y afrontar la carabina de los zuavos, que un verdadero ciudadano, cuando la salud de la patria lo exige, debe mostrarse impasible, lo mismo en presencia de la cárcel de un sacerdote como en la del sable de sus soldados. Decid á los que están impacientes para tomar las armas, que un valor inconsiderado conduce casi siempre á resultados insignificantes y con frecuencia deshonrosos; que el nombre del general elegido por vosotros excluye hasta la sospecha de que se quiere contemporizar; que hay personas encargadas de tomar las disposiciones indispensables para asegurar el éxito de la insurreccion; y que el pueblo, el verdadero pueblo, que no se agita por el espíritu de desórden, ni por temores degradantes, debe prepararse á combatir valerosamente con la mayor confianza cuando este centro de insurreccion dará la señal de la lucha.»

Es seguro que los individuos del comité se hubiesen aterrado en presencia de la cárcel y de los zuavos. En presencia de la primera, por merecerla, y por merecer tambien lo que tras ella se destina frecuentemente á los grandes criminales: en presencia de los segundos, por su cobardía mil veces acreditada, y

por el horror á la muerte que domina en todos los que marchan por sendas de maldicion. Seguro es tambien que despues de dar la señal de la lucha se hubieran vuelto á sus madrigueras ó escondrijos hasta ver el resultado.

Cúmpleme añadir se puede creer que con efecto se pensó en perturbar el órden público durante las fiestas. Hé aquí algunas palabras de otro manifiesto publicado posteriormente por la *Roma de Romani*:

«No es la vez primera que en el curso de pocos años vemos en Roma, con el pretexto de solemnidades religiosas, una reunion de extranjeros de toda especie, defensores fanáticos todos del viejo derecho con el fin de celebrar sus conciliábulos políticos y de disponer de nuestra casa. Van ahora para canonizar lo temporal, cosa que significa la expropiacion de



Ilustrísimo Señor don Fray Jacinto María Martinez y Saez, obispo de la Habana.

nuestra patria en beneficio de los sacerdotes. El pueblo romano sabe lo que pasa. Sabe lo que debe hacer para corresponder al desafío, abatir la audacia de los profanadores de su independencia, afirmar con una elocuencia irresistible la fuerza de su derecho, enseñar á estos intrigantes cuál debe ser su conducta en la casa de los demás, y hacerles comprender que los únicos señores y jueces de Roma son los romanos.

»En nombre de este pueblo profundamente indignado á la vista horrorosa de estas intrigas político-religiosas, y en presencia del mundo, protestamos y declaramos que sólo la apreciacion de las circunstancias nos disuade en este momento de una demostracion que quitaria á nuestros adversarios el pretexto de sostener que tratamos de atacar los intereses religiosos, á pesar de que sólo queremos la caida del poder político que constituye la desgracia de Roma y de Italia.»

Me juzgo dispensado de combatir este documento, de probar que casi contiene mas dislates que palabras, y de poner en evidencia lo que significan cier-

tas seguridades, declaraciones ó promesas. ¿Quién no sabe ya perfectamente lo que pudiera decir á este propósito?

Lo he mencionado únicamente, así como el anterior, para demostrar que con efecto se agitaban los revolucionarios, y que segun todas las probabilidades concibieron el proyecto de subvertir el órden público durante las fiestas del Centenario.

Es lícito suponer que los rumores que se propalaron por todas partes, impidieron que la concurrencia fuese más extraordinaria todavía.

A los anuncios de probables revueltas se agregaron otros igualmente alarmantes.

Se dijo en primer lugar con gran insistencia y perseverancia, quo el cólera habia invadido la poblacion, y se dijo en vano por fortuna. Habíanse propalado tantas y tan estupendas falsedades, que no hacian efecto siquiera en el espíritu demasiado impresionable de algunas personas. Diariamente llegaban por todos los caminos multitud de viajeros.

Dios quiso dejar burladas las tristes previsiones de no pocos espíritus débiles, y desvanecer las indignas esperanzas de muchos malvados. A pesar de la enorme aglomeracion de personas en la Basílica de San Pedro; del gentío que habia llenado las iglesias durante todo el mes que á la Vírgen se consagra; de que para celebrar la fiesta de la *Madonna* y del *Divino Amore* concurrió una multitud inmensa, reuniéndose más de 800 coches; del calor tropical propio de la estacion; de la mala calidad de las frutas que llegaban; de las fatigas en fin y de los excesos que se cometian, el estado sanitario de la ciudad era completamente satisfactorio. ¡Qué confusion para los propaladores de noticias falsas!

Y á diferencia de lo que pasa en otros paises donde no se toman acuerdos ó resoluciones hasta que la invasion es un hecho, la congregacion especial de sanidad, oportunamente convocada, tomó medidas en extremo atinadas. Excitó á los hombres de arte para que cumplieran con su deber, procurando conservar las excelentes condiciones higiénicas de la poblacion.

No cesaron empero los rumores, y la junta referida se juzgó en el caso de publicar en el *Giornale di Roma* una nota de la cual se desprendia su falsedad evidente y palmaria.

Más adelante se tomó el partido de lastimar á la junta, y de sostener que cometia no pocas vejaciones. Sabido es que se vociferó mucho á propósito del *Thabor*, que habia hecho escala en Messina, Nápoles, Civitavechia y Liorna. Averiguado el asunto, resultó que fué sometido á una cuarentena rigurosa por haber perdido, durante la travesía, tres viajeros procedentes de las Indias Orientales, donde se habia desarrollado el cólera.

Como si ésto no fuese bastante, se aseguró que Su Santidad estaba enfermo. Al decir de un periódico revolucionario, la salud del Padre Santo estaba grandemente comprometida. Sabíalo con seguridad, gracias á unos telégramas llegados á Milan... desde Lóndres.

Otros periódicos de Turin y de Florencia le dieron por difunto, cabalmente cuando con seguro paso recorria las calles de Roma, daba su apostólica bendicion á sus fieles súbditos é hijos de todas partes del mundo, y dirigia su palabra cariñosa y dulce á los más diligentes.

«¿Qué hareis en Roma?» preguntaron algunos en Ancona á dos presbíteros que se dirigian con motivo del Centenar á la capital del mundo católico. Y añadieron: «Pio IX acaba de morir.» «El Papa no ha muerto,» repuso el de más edad. «No sólo acaba de morir, repitieron, sino que actualmente hay en Roma una revolucion espantosa, á lo cual añadimos que se atropella en el camino á los sacerdotes.» «Si es así, contestó el más jóven, por nuestra gloria y honor debemos correr á Roma.»

Las mentiras abominables dieron motivo á tan sublime respuesta. ¿Quién sabe si el Señor convirtió, por medio del que la diera, á dichos desventurados? Inescrutables son los decretos de la Divina Providencia.

Hasta se dijo que habíase cambiado el dia de la solemnidad religiosa, y que se celebraria por consecuencia en uno de los de la octava de San Pedro. *L' Osservatore romano* tuvo que desmentir el rumor, y declarar en su virtud, que se verificaria el 29 de Junio.

El emperador de Rusia prohibió á los obispos católicos de su territorio dirigirse á Roma y mantener relaciones con su Santidad. Algun soberano ilegítimo procuró estorbar la venida de muchas personas, y convencer á otros resueltos á venir, de que no debian hacerlo. Es verdad que le ayudaron á maravilla sus ministros.

Siento no poder decir, por consideraciones fáciles de adivinar, todo lo que aconteció en España. De buen grado manifestaria por qué no acudieron á Roma muchos sacerdotes de una diócesi resueltos á venir. Logrólo un personaje que lastimó grandemente tiempo atrás á los defensores de la buena causa.

Tambien los periódicos, que, si no son españoles por sus ideas y sentimientos, se publican en España, supieron de buena tinta que los habitantes de Roma eran diezmados por la epidemia terrible. *El Imparcial* que dignamente llenaba el vacío que dejaron los periódicos defensores de la Revolucion esencialmente impía, se distinguió en ésto sobre todos los demás.

Otro aseguró en la capital de Cataluña que habia

fallecido en la ciudad santa el respetable prelado de Pamplona.

Al dia siguiente tuvo que desmentir la noticia.

La Reforma publicó, además de otras igualmente abominables, las líneas que voy á trascribir, para poner de manifiesto que el liberalismo de nuestro desventurado pais es tan anti-católico como el de los restantes. ¡Expresóse así este periódico, indigno de ver la luz pública en España, para persuadir de que no debia irse á Roma.

«Si hubiéramos de juzgar por apariencias, creeríamos, al ver lo que hoy sucede, que hemos vuelto al período de las guerras religiosas. En Birmingham los protestantes se han levantado contra los católicos; en Roma se esta celebrando casi en estos momentos la canonizacion de unos mártires de la fe; se habla de la celebracion de un Concilio ecuménico, novedad peregrina que trae un tanto alarmada y dividida la cristiandad, y en otras partes, si ménos importantes, más cercanas á nosotros, se discute seriamente sobre los tiempos primitivos, sobre el pecado original, y sobre el restablecimiento de las Órdenes monásticas.

»Esta invasion neo-católica es por fortuna más elocuente que temible. Se trata de apartar al mundo de senderos antiguos y conocidos, y esta empresa, siempre difícil, llega á ser imposible cuando se carece de un ideal de vida fecundo y justo. *El neo-catolicismo no ha hecho nada en la historia*, y no hará estamos seguros de ello, nada en lo porvenir. SE EMPEÑÓ ALLÁ EN EL SIGLO XVI EN CONTENER EL CRECIMIENTO DE LA REFORMA, por medio de toda clase de recursos, y la reforma se extendió por Alemania, Inglaterra, Francia y Paises-Bajos. Trató de contener, ya que no su corriente, sus efectos, y la literatura, las artes, el derecho, la filosofía y la política bebieron en esas fuentes emponzoñadas, y mostráronse, gracias á ésto, con una grandeza ántes desconocida. Quisieron que el imperio se colocara al lado del sacerdocio, y en todas partes, hasta en España, con Cárlos III, los monarcas entrevieron que la independencia de su corona estaba en emanciparla del poder neo-católico. Desearon en fin, abrazar al mundo, contener las ciencias, ahogar el espíritu humano; y todo se ha escapado del alcance de esas doctrinas, y ha buscado en las opuestas nueva inspiracion y nueva vida.»

Líbreme Dios de impugnar estas frases desatinadas escritas por un autor que con descaro insolente hace gala del ódio que al Catolicismo profesa. Sácolas únicamente á la pública vergüenza, y afirmo que comprendo muy bien la costumbre que nuestros mayores tuvieron de hacer quemar ciertos escritos por mano del verdugo.

Era natural que *El Diario Español* formase coro con sus colegas liberales mencionados ó aludidos. ¿Podia no ser así tratándose como se trata, de un periódico que ha publicado artículos que se hicieron célebres mucho más que por su mérito literario por su sabor herético y por sus tendencias impías? ¿Podia no ser así, tratándose como se trata de un periódico que da por decirlo así el tono á los restantes para combatir ¡oh mengua! en nuestro religiosísimo pais, á la Esposa idolatrada del Cordero sin mancilla? ¿Podia no ser así, tratándose como se trata en fin de un periódico que lleva la voz de un partido que ha dejado circular impunemente los ataques más odiosos á cuanto existe de noble, sublime, augusto, y egregio sobre la tierra, inclusas la Religion y la Monarquía, sin perjuicio de simular un amor extraordinario á los ministros del Señor, y de cometer todo linaje de adulaciones con la reina Isabel siempre que lo ha creido indispensable para seguir en el mando?

No podia faltar, pues, sobre las fiestas de Roma uno de esos artículos que el consabido ex-consejero de Estado publica en las grandes ocasiones con aplauso de todos los necios infinitos en número al decir de la misma Sabiduría. El artículo apareció con el epígrafe siguiente: *Un signo del tiempo*.

Hé aquí la sustancia del mismo: «Miéntras los soberanos de Europa acuden á la capital de Francia con el fin de admirar los prodigios de la razon, del oro, de la industria y, para decirlo en una palabra, de la materia, la capital del mundo católico es visitada únicamente por obispos, sacerdotes y fieles de todas las naciones y paises. No van á ella los reyes ni los príncipes salvo *algun oscuro y desauciado pretendiente, ó algun hipocondriaco ex-majestad de esos que abrazan la devocion por pasatiempo, á semejanza de esas mujeres que ofrecen á Dios las postrimerías y rebuscos de una belleza moribunda, despues de haber sacrificado al diablo las primicias.*»

Repito lo consignado ántes con motivo de las palabras de *La Reforma*. No creo deber combatirlas. «Sácolas únicamente á la pública vergüenza, y afirmo que comprendo muy bien la costumbre que nuestros mayores tuvieron de hacer quemar ciertos escritos por mano del verdugo.» Y pido á Dios, en fin, que los propósitos manifestados alguna vez por su infeliz autor de marchar por el buen camino sean no sólo eficaces sino tambien puros y sinceros. *Intelligenti pauca.*

Debo añadir alguna palabra más. Ya se sabe lo que dijo el *sabiondo* autor del artículo que vió la luz pública en *El Diario Español*. Es verdad que acudieron á Roma muchos obispos, sacerdotes y fieles de todas las naciones y paises. Lo es tambien que faltaron los reyes y los príncipes.

Relativamente á los que fueron á Roma con motivo del Centenar ¡cuánto pudiera añadir á lo dicho si esta parte de la obra no hubiese tomado exageradas proporciones!

Mucho siento tener que prescindir de varias relaciones de viajes tan sencillas como encantadoras, y sobre todo de las escritas por españoles. Duéleme tambien no poder trascribir por la indicada razon la excelente que me ha dirigido el señor don Juan Manuel de Carús, sacerdote virtuoso é ilustrado.

Permítaseme con todo publicar algunos párrafos que hallé casualmente al volver á España en uno ó dos periódicos. Mis amables y bondadosos lectores pasarán, leyéndolos, un rato sumamente agradable, persuadiéndose de que confirman y robustecen la indicada tésis.

«Segun un diario de Roma, el dia 8 de Diciembre »del año pasado se dirigió á todos los obispos del mun»do católico una *Encíclica* invitándoles á asistir á las »fiestas del Centenario de san Pedro. A pesar del es»tado de intranquilidad en que se encuentran los dos »hemisferios, de todos los puntos de ambos han acu»dido á la Ciudad Eterna cerca de 500 obispos, más »de 12,000 clérigos, é inmenso número de fieles á »dar, en nombre del Catolicismo, un testimonio de »adhesion y de amor al Padre Santo, autoridad in»quebrantable y fundamento indestructible de la »unidad de la Iglesia. . . . .

. . . .

»Acude mucha gente á las fiestas de Roma. Ayer »era tan considerable el número de viajeros, que hu»bo de retardarse la hora de la salida del tren, y sin »embargo, más de doscientos hubieron de aplazar »hasta hoy su viaje. Entre los viajeros habia muchos »eclesiásticos y familias extranjeras. . . . . .

. . . .

»Más de quince dias hace que el camino de hierro, »desde Susa á Roma, conduce millares de sacerdo»tes de todas categorías, desde los patriarcas, prima»dos y arzobispos, hasta los eclesiásticos de inferior »clase. Y no es sólo esta via férrea donde estos dias »han afluido españoles, franceses, alemanes, belgas, »suizos, ingleses, norte-americanos, polacos y orien»tales, sino todas las demás que pueden conducir á »Roma, sin contar los vapores que salen de Marsella »á Civita-Vecchia, y los buques de Gibraltar á Li»vorno. Ayer quedaban sobre 300 sacerdotes, la ma»yor parte franceses, en Florencia, por no ser po»sible el pasaje. Únase á ésto el número de seglares, »que no es menor, y las familias que de toda Italia »se acercan, y tiene usted un aumento de más de »cien mil almas hasta hoy en esta poblacion. Si bien »hay obispos griegos, armenios, húngaros, y de to»das las naciones, hasta ahora sobresale el episcopa»do español, pues aunque los de nuestras Antillas »no han venido, y se esperan, exceden los llegados »á la mitad de los que hay en nuestra nacion. Se »cree que pasan de treinta: bien seguro de que sen»tirán los demás no haber podido venir por impedír»selo su edad avanzada ó sus achaques. No hay »aquí sitio alguno donde no se encuentren sacer»dotes con el *Breviario* y la *Guia*.

»Los hoteles no pueden recibir más huéspedes. .

. . . .

»Segun escriben de Roma al *Osservatore cattólico* »de Milan, los forasteros demuestran en su viaje y en »la ciudad el entusiasmo religioso que les lleva á las »próximas fiestas. En prueba de sus asertos, refiere »el corresponsal de dicho periódico, que el inmenso »número de sacerdotes y legos, hombres y mujeres »de todas clases que de varios paises acudian á Ro»ma el dia 6 del actual, prorumpieron en espontá»neas muestras de intensa alegría al llegar á la fron»tera de los Estados Pontificios, y que los palmoteos »estrepitosos, los ardientes bravos y vivas á Su San»tidad, y los cánticos de regocijo, llenaron el espa»cio en un largo trecho. . . . .

. . . .

»Los viajeros en cámaras de primera clase fueron »en número casi doble del que puede contener el »buque; y á pesar de todo, conforme debió calcular»se, no hubo el menor desórden, por ser casi todos »eclesiásticos y otras personas de alta piedad é ilus»tracion, pues todo el mundo se encamina á Roma. »Léjos de lamentarnos, y hasta animándonos unos á »otros con la sonrisa en los labios cuantos hemos si»do víctimas de esta pesada broma, lo hemos recibi»do como una prueba del amor con que Dios recibe »nuestro pequeño obsequio, y hemos alabado su bon»dad, y pedido su santa proteccion.»

Verdaderamente son inútiles los comentarios.

Pero el articulista de *El Diario Español* dijo la verdad. Faltaron los reyes y los príncipes. Algunas palabras sobre ésto.

Manifestaré ante todo que no me propongo aludir bajo ningun concepto á los reyes ni á los príncipes verdaderamente católicos. Si no acudieron á Roma materialmente por razones que ignoro, y que no me cumple indagar, acudieron con el espíritu y con el corazon, lo cual les exime de toda culpa. No me atreveré yo á consignar contra ellos una sola palabra de censura, mayormente no habiendo visitado tampoco la ponderada exposicion de París.

Mis palabras se dirigen principal por no decir exclusivamente á los que se dirigieron á la Babilonia moderna, sin haber visitado ántes ni despues la que llamaré Jerusalen cristiana. No citaré siquiera sus nombres.

Dos cosas aparecen de realce cuando con detenimiento se reflexiona sobre lo sucedido. El empeño de Napoleon en que todos los reyes y los príncipes, pero muy singularmente los legítimos fueran á París, y la docilidad, en ocasiones aparente, con que no pocos le complacieron. Y aparece sobre todo la santa mano de Dios, que destruye con frecuencia los planes mejor combinados de los hombres, que no marchan por los caminos de la virtud, el honor y el deber.

El empeño de Napoleon me parece la cosa más natural del mundo, atendido su carácter altanero, su orígen revolucionario y la postracion en que ha hecho caer á la Francia. El Emperador llegó años atrás á un sitio demasiado eminente para que sin la gra-



Ilmo. Señor don Primo Calvo y Lopez, Arzobispo de Santiago de Cuba.

cia, que Dios retira de los que la desprecian ó miran con desden, no se dejara tentar é influir por el demonio de la soberbia. El antiguo aventurero de Strasburgo sabia y sabe perfectamente que su trono no se apoya en la legitimidad, hija predilecta del cielo. Al que intentó realizar por la segunda vez en el presente siglo, el sueño halagador de la monarquía universal, no se le ocultaba ni oculta que los franceses veian con el mayor dolor perdida su influencia en los destinos del mundo, y que su descontento podia reducirle á la condicion oscura de que saliera en hora infausta por la voluntad de Aquél que envia de tiempo en tiempo azotes á los individuos y á las naciones.

No obstante todos los esfuerzos para ocultar la verdadera situacion de las cosas, la situacion se conocia, y el disgústo aumentaba, tomando proporciones colosales y terribles. Prescindiendo de muchas cosas más, para no ser interminable, hablaba con muda pero arrebatadora elocuencia, lo sucedido en Méjico y en Alemania, así como el mal resultado de sus gestiones pára conseguir el Luxemburgo y recobrar su perdida influencia en Oriente, para lo cual, persuadido sin duda de que trataria en vano de sor-

prenderles y engañarles, no acudió á los adoradores de Jesus, sino á los judíos de los Principados Danubianos. ¡Qué mengua y qué ignominia!

La exposicion de París fué causa de que Napoleon idease un plan magnífico. Si conseguia que el mundo entero, por decirlo así, acudiese á París; que los soberanos y príncipes, pero muy especialmente los legítimos, le visitaran, y sobre todo que el representante de Jesucristo acudiese al llamamiento, ¡qué cúmulo de satisfacciones para el ensoberbecido monarca! ¿Quién haria caso en adelante de la legitimidad, á la cual han de acudir necesariamente cuantos quieran de corazon que los pueblos tornen á ser felices y dichosos? ¿Quién se atreveria, en fin, á decir que la Francia habia llegado casi al último término de la postracion y de la decadencia, ó á desconocer por lo ménos que su jefe actual sabia sacar de su posicion tristísima todo el partido posible ó imaginable?

Pio IX hizo fracasar el plan, que vuelvo á decir estaba perfectamente combinado. Es posible que ántes de que monseñor Darboy saliese para Roma, se procurase por otros medios la ida de Su Santidad. No me consta, pero fundadamente lo presumo. Lo indudable es que el arzobispo de París recibió el encargó de pedirle que fuese, y no es aventurado suponer que se le permitió asistir á las fiestas del Centenar, á condicion de que procuraria satisfacer á todo trance los vivos y ardientes deseos del Emperador.

El Pontífice-Rey respondió al señor arzobispo mimado por Napoleon, que era viejo, y que además su salud se habia resentido. No puedo decir con seguridad si ya pronunció entónces la célebre frase dirigida más adelante á Sartiges, que le pidió en vano declarase necesaria en Roma la presencia de los franceses, pasando sucesivamente de las súplicas encubiertas á las amenazas implícitas: «Me he vuelto un poco político.»

No me ha dicho Su Santidad lo que piensa y siente de Napoleon, mas no es necesario que me lo diga para saberlo. Bástame recordar lo dicho y añadir lo siguiente que me consta con absoluta certidumbre.

Uno de los españoles que se han visto precisados á vivir en Roma para poder llevar el hábito de su órden, estuvo hace poco en España, donde le confiaron una honrosísima mision. La de llevar al mejor de los Reyes y al más amado de los Pontífices varias fotografías del célebre santuario de Monserrat y sus dependencias.

Introducido á la presencia de Su Santidad, se las entregó, y el Santo Padre, se puso á examinarlas llevado del amor que á España y á los españoles profesa. No encontraba la que representa el interior del templo y dijo bromeando á nuestro compatriota: «Muy pequeñita debe ser la iglesia.» «No, Santísimo Padre, le contestó el virtuoso dominico, es muy capaz.»

Encontróla por fin, y se detuvo á mirar la hermosa reja que divide el altar mayor de todos los demás. No bien le dijo el sábio religioso que fué regalada por el augusto padre de la reina Isabel, le contestó en los siguientes ó parecidos términos: «Fernando era bueno, mas se dejó engañar por algunas personas en las cuales no se puede tener confianza.» No acordándose el buen catalan mas que de Napoleon I, replicóle inmediatamente. «Ni en su sobrino tampoco.» Calló entónces el Padre Santo.

¿Por qué no he de consignar el nombre del fraile aludido? Se llama Pablo Carbó, y es regente de estudios de la Minerva.

—

Dirán algunos: «Sea muy en hora buena. Pio IX no fué á París, mas fueron muchos soberanos y príncipes.»

Efectivamente. Lo reconozco y añado que yendo á París fueron lógicos sin linaje de duda. Debian ir á París donde reside el *soberano católico* que más daño ha hecho á la legitimidad y á la santa Religion que profesamos. No debian ir á Roma, morada del mejor de los Reyes y del más querido de los Pontífices. No debian ir á Roma, porque las virtudes del Vicario del Hombre-Dios forman contraste con sus vicios; porque su evangélica humildad manifestada sobre todo en la condenacion del liberalismo, forma contraste con su orgullo infernal, que les impide reconocer que se alucinaron, y prescindir por consecuencia de cuantos los dominan más ó menos, y reducen á la esterilidad más humillante y vergonzosa; porque su fe grande y viva forma contraste con su indiferencia ó con su impiedad; porque el amor entrañable que profesa á sus fieles súbditos forma contraste con el desden con que tratan á sus dominados, que soportan con disgusto siempre creciente la tiranía que les abruma y oprime como inmensa losa de mármol; y en fin, para no ser interminable, porque el noble culto que ofrece al espíritu hijo del cielo, forma contraste con la servil adoracion que tributan á la materia, formada con el barro de la tierra. No debian ir á Roma por último, porque Su Santidad, conocedor de sus ideas y sentimientos, no les habia quizás invitado, no juzgándoles dignos en cierto modo depresenciar las solemnísimas fiestas.

Hé aquí por qué no debian ir á Roma. La presencia del Santo Padre, la de los obispos y la de los fieles de todos los Estados y paises, hubiera suscitado en su alma crueles remordimientos de conciencia.

El Papa sobre todo les inspiraba ese miedo experimentado constantemente por los malos cuando se

hallan delante de los buenos. El temor al cólera y á la revolucion, no podian bajo ningun concepto compararse con el referido ó indicado.

Aparte lo dicho, es muy fácil demostrar que por punto general pensaron en todo ménos en complacer y servir al emperador Napoleon. Es posible que alguno tratase de disgustar al Santo Padre: es seguro que la mayoría se propusieron sólo pasar agradablemente algunos dias.

En honor de la verdad algunos aprovecharon el tiempo, persuadidos sin duda de que como reza el refran, no quita lo cortés á lo valiente. Es incuestionable que el emperador Alejandro, al pasar por Berlin, conferenció largamente con el rey Guillermo, y que intervinieron en la conferencia Gortschakoff y Bismark, que pueden vanagloriarse como Palmerston en tiempos no lejanos, de hacer pasar á Francia por el ojo de una aguja. El *Moniteur* tuvo que dar cuenta de la reunion y dijo, sin duda porque se lo habian manifestado los que la constituyeron, que no se trató en ella de la cuestion de Alemania ni de la de Oriente, sino *¡risum teneatis!* de otra de pura etiqueta. Sólo le faltó decir al redactor del periódico imperialista que los soberanos y sus ministros discutieron solamente los saludos y contorsiones que habian de hacer en París á su amo, señor y dueño.

¡Poder y justicia de Dios! La exposicion de París preparó é hizo por ventura inevitable la caida del actual emperador de los franceses. Dudo muchísimo que si el de Rusia y el rey de Prusia se persuadieron en Berlin más íntimamente, gracias á las noticias que se comunicaron y á los discursos sustanciosos de sus ministros, de que los piés del *coloso* eran de frágil barro, á semejanza del que viera en sueños Nabucodonosor, se convencieran en París de que los tenia de acero, bronce ó diamante al verle rodeado de mariscales, y de ministros, y de generales, y de oficiales de Estado, etc., etc., etc.

Otra hubiera sido quizás su suerte si en vez de pensar en recibir adoracion hubiese marchado á Roma cuando las fiestas, enteramente contrito para obtener del Vice-Dios el perdon que necesita por sus pecados y por sus prevaricaciones.

—

No debió pues quedar muy satisfecho Luis Napoleon. Paréceme indudable que tampoco lo quedaron sus huéspedes augustos. Recordaré lo que le sucedió al emperador de Rusia.

Cúmpleme reconocer primeramente que tomáronse todas las precauciones para evitar un atentado, y añadir que procedióse á mi juicio ¡cosa rara! de buena fé. No creo que se obró con el fin de que los polacos pensaran mucho en la próxima venida del verdugo de los católicos de su pais, y resolvieran en su virtud tomar una determinacion violenta. Todo se puede pensar de los hombres que aman y ponderan hasta la paradoja el progreso y la civilizacion de nuestros dias.

Los hijos de la mártir Polonia fueron llamados á la prefectura de policía, donde les conminaron con expulsarles para siempre del suelo francés si tomaban parte en cualquier demostracion en favor de su patria. Aseguraron que permanecerian pasivos, y resolvieron abandonar la capital durante la estancia en ella del Emperador, que debió quedar en un principio completamente satisfecho.

Duró poco el contento. Alejandro II no queria pensar en Polonia ni oir siquiera su nombre, mas se puede sostener que Polonia fué para él un continuado martirio miéntras estuvo en París. Y lo seguirá siendo, en tanto que no se determine á cumplir con deber.

No obstante las precauciones tomadas, segun los corresponsales de París, al pasar Alejandro II por el *boulevard* de los italianos, oyéronse los gritos de «Viva Polonia.» A pesar de que la policía dispersó á los alborotadores, metiendo á muchos en la cárcel, resonó por la noche la misma exclamacion en el teatro de la Ópera. El Emperador quiso recorrer el palacio de justicia, pero muchos abogados hiciéronse los encontradizos en la sala del *Pasperdus*, y exclamaron: «Viva Polonia.» Dirigióse luego á la fonda de Cluny, y aconteció lo propio.

Olvidaba lo que sucedió en el Cuerpo legislativo. Concedo gustoso la palabra al corresponsal del *Diario de Barcelona*, que repito es uno de los periódicos que más daño han hecho á la buena causa.

«París 2 de Junio. La llegada del Czar absorbe hoy toda la crónica, y faltaria á mis deberes de corresponsal si no me ocupase de lo que es objeto de todas las conversaciones. Pero ante todo debo repetir que simplemente un motivo de curiosidad anima á la poblacion, y que la simpatía no entra en ello para nada, y mucho ménos el entusiasmo.

»El *Monitor*, en la detallada reseña que hoy publica, de la entrada del Czar, pretende que «en toda la carrera se hicieron las ovaciones más entusiastas.» Esto es completamente inexacto. En ninguna parte hubo ovaciones; en toda la extension de los bulevares no se dió el menor grito; y si alguna exclamacion pudo llegar á oidos de los soberanos en las inmediaciones del palacio del Elíseo, no respondo de que tal aclamacion fuera completamente desinteresada.

»Por lo demás, ocurrió en la Cámara un incidente que es característico, y que basta para dar á conocer el verdadero sentimiento público en esta circunstancia. Varios diputados no habian ocupado los bancos del Cuerpo legislativo para asistir al espectáculo que

atraia tanta concurrencia á los bulevares. «Es de sentir, exclamó un diputado, que no haya suficiente número de diputados en la Cámara; pido que se proceda á tomar nota de los presentes, pues puede no convenir á todos pasar por ausentes en esta hora y en este dia.»

«Otro diputado, yerno del difunto mariscal Magnan, trató de excusar á sus colegas que estaban ausentes de la Cámara; pero se hicieron enérgicas protestas, y un diputado de la mayoría declaró que era cuestion de dignidad de la Cámara continuar la sesion, y un individuo de la izquierda, Mr. Pelletan, dirigió este apóstrofe en medio de la conversacion general: «No se comprenderia que el Cuerpo legislativo que tantas veces ha protestado contra la destruccion de la Polonia, levantase la sesion para ir á recibir al emperador de Rusia.» Por último, el presidente añadió con voz enérgica, que la Cámara no debia ocuparse de lo que pasaba fuera de aquel recinto, sino atender al cumplimiento del deber que consistia en discutir los proyectos de ley sometidos á su exámen. Estas palabras fueron acogidas con aplausos: así lo consigna tambien el *Monitor*, y el Czar podrá leer la reseña de esta escena verdaderamente significativa, á la vuelta de la página en que se refiere su entrada solemne en París.»

«El *Monitor* añade que las músicas de nuestros regimientos ejecutaron en las Tullerías y en el Elíseo la marcha nacional rusa, y añade que se ejecutará tambien en algun sitio público.

»Ayer hablé á usted de algunas banderas rusas interpoladas con las francesas en los bulevares. Hoy he observado nuevamente que aquéllas son muy en corto número; y solamente se ven en las puertas de ciertos establecimientos de venta, que aspiran á atraer por este medio mayor número de consumidores.»

«Todos los bulevares habian sido enarenados para la entrada del Czar, lo que no se habia hecho aún para soberano alguno. Debo añadir tambien que en toda la carrera se desplegó gran lujo de agentes de policía. Habia cuatrocientos que vestian de uniforme; en cuanto á los que vestian de paisano, no era posible contarlos. Parece que se trató de prevenirse contra la eventualidad de cualquiera tentativa de los polacos refugiados; pero todos los jefes de la emigracion habian salido de París el dia anterior, y los polacos pobres que carecen de recursos para marcharse, resolvieron no salir de casa ó de sus talleres durante la permanencia del Czar en París.»

Prescindiendo de los desdenes del príncipe Napoleon, que si bien fueron mas cómicos que políticos, por las circunstancias de la persona, demuestran lo que debe pensarse y sentirse del cariño demostrado al Czar por el emperador Napoleon, nadie ignora lo que aconteció en el bosque de Bolonia. Un asesino disparó un pistoletazo contra el hijo de Nicolás, pero no consiguió su objeto criminal por el querer de Dios. El arma reventó en su mano, mutilándole algunos dedos. A mayor abundamiento el capitan Raimbeaux, apercibióse del proyecto infame, y encabritó su caballo. Quedó en éste el proyectil, y su sangre manchó los vestidos ó uniformes de Alejandro II y del gran duque Wladimiro: ¡Sangre de un caballo que no habia sido nombrado siquiera senador, como el de Calígula!

Los emperadores de Francia y Rusia demostraron entónces la conviccion que tenian en punto á su impopularidad. Poco despues que sonó la detonacion, cuando aún ignoraban quién era el criminal, miráronse uno á otro y «Ha sido para mí, exclamó Napoleon, es un italiano.» «No, repuso Alejandro II, ha sido para mí; es un polaco.»

Hay razon para que el recuerdo de Italia y de Polonia amargue su existencia. Afirmo resueltamente, y sin temor de que se pueda demostrar lo contrario, que las desgracias de todo linaje que dichos emperadores *cristianos* han atraido sobre los que profesan la Religion santa en los paises mencionados, son más grandes, y más profundas, y más horribles, y más permanentes, y más escandalosas, y más abominables que las de que fueron víctimas durante la dominacion del referido emperador *pagano* los adoradores del Redentor.

Los polacos residentes en París suscribieron una noble protesta contra el crímen.

Los reyes y los príncipes felicitaron al Czar.

Felicitóle tambien de todo corazon nuestro Santísimo Padre, para quien los católicos polacos deben guardar un tesoro de gratitud.

Para completar el cuadro, y comprender bien toda la significacion de las demostraciones hechas en París contra el huésped egregio, cúmpleme añadir que no siguió el castigo correspondiente. Se redujo á prision por algunos dias ó por algunas horas á media docena de alborotadores.

La policía tomó el nombre de los abogados que gritaron «Viva Polonia» en el palacio de justicia. Encerróse al asesino en la estancia que ocupó el que anteriormente quiso poner fin á la vida de Napoleon, mas no salió como éste de ella para ir al patíbulo.

No hay duda que Alejandro II debió quedar completamente satisfecho.

Prescindo de la recepcion fria que se hizo al rey Guillermo, y de muchas cosas más para no ser interminable.

Añado únicamente que en Roma hubieran sido tratados de muy diverso modo, no solamente por el Papa, sino tambien por los romanos y por los forasteros que acudieron á las fiestas del Centenar. Basta

traer á la memoria lo que ha sucedido en mil ocasiones, y los obsequios respetuosos que recibe continuamente la familia real de Nápoles. No necesito repetir á tal propósito lo que dije anteriormente.

Y añado tambien que la paciencia heróica de los católicos con sus soberanos indignos, toca indudablemente á su fin. Su ausencia en las solemnidades que voy á describir, acabó de abrirles los ojos. Ya no



La cuna del Niño Jesus, espuesta con motivo de la fiesta del Centenario.

salen á su defensa. Ya no atribuyen á sus gobiernos toda la culpa de lo que hacen ó dejan de hacer, faltando á su obligacion sagrada. Ya no aseguran que son violentados por las circunstancias.

De lo dicho á levantarse contra ellos en son de guerra, sólo va un paso. Hay quien dice que el paso lo darán pronto. Hay quien añade que obrarán ejercitando un derecho y cumpliendo un deber, si no carecen de sentido ciertas palabras del Ángel de las Escuelas, asombro de la Edad Media y de todas las futuras, por su santidad y por su sabiduría.

III.

Prescindiendo de los reyes y de los príncipes, es obvio que los católicos, comenzando por los mas eminentes prelados y concluyendo por los seglares mas humildes, dieron á las fiestas grandísimo realce y esplendor. A lo cual debo añadir que los romanos cumplieron por su parte con su deber. Una vez mas apareció con toda evidencia que en la capital del Catolicismo, lo religioso deslustra ó vence á lo profano, y que por consiguiente no andan trocados de todo punto en ella los frenos, como en las restantes, inclusas las de las naciones regeneradas y enaltecidas por el Evangelio.

El Cardenal-Vicario publicó tres invitaciones sagradas. Decia la primera, que voy á traducir á pesar de su estension, por el respeto debido á su autor, y para que se conozcan estos religiosos documentos:

Constantino Patrizi, por la misericordia de Dios obispo de Porto y de santa Rufina, cardenal de la Santa Iglesia Romana, arcipreste de la Patriarcal Basílica Liberiana, vicario general de la *Santidad de Nuestro Señor*, juez ordinario de la curia romana y de su distrito, etc.

La solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo no ha sido jamás tan brillante y tan digna de consideracion especial como lo será este año por órden del Santo Padre. Ninguno puede ignorar ya, y mucho menos vosotros, oh romanos, que á la gloria de la conmemoracion anual de su triunfo, añadiremos por la vez primera la centenaria celebracion de su ínclito martirio, despues de diez y ocho siglos que sellaron con su sangre la verdad evangélica. Y como la fe predicada y establecida en Roma por los príncipes de los apóstoles, fue siempre fecunda en héroes que imitaron con emulacion constante su fortaleza generosa, el dia esplendoroso de la solemnidad secular será por consecuencia diferente de la gloriosa canonizacion de muchos beatos que consiguieron la palma de los mártires ó la aureola de los confesores. San Leon dijo á este propósito en el sermon LXXXII, sobre la Natividad de los Apóstoles, núm. VI.

«Atestiguan los numerosos frutos que produjo el germen excelente de la semilla divina, los millares de mártires bienaventurados que émulos de los triunfos apostólicos, reunieron en esta ciudad pueblos distinguidos, procedentes de las regiones mas apartadas, y la coronaron con una especie de diadema formada con innumerables piedras preciosas.»

¡Oh dicha del Cristianismo y al mismo tiempo de esta Roma Apostólica! Despues de tantos siglos distantes del presente, en que *Pedro* y *Pablo* murieron invictos por la sentencia impía de un déspota inhumano, ¡cuántas vicisitudes han cambiado la faz del universo! Los perseguidores más crueles del nombre cristiano se han sucedido, desapareciendo á la postre del mundo que les abominab ; el imperio de la misma Roma pagana ha venido á tierra por la pesadumbre de sus grandezas y de sus crímenes; las invasiones de los bárbaros han refundido con nuevos elementos los pueblos antiguos; las leyes, las ciencias, las costumbres, los idiomas, todas las cosas, en fin, han tomado un aspecto diferente ó han caido en desuso total. Sólo la silla de Pedro, desafiando siempre las puertas del infierno, no ha sido derribada jamás. En medio de todas las trasformaciones que ha sufrido la sociedad universal, esta institucion, acreditando asi su divinidad, permanece aún y permanecerá siempre inalterable en su doctrina y en su poder moral, porque la fe de la Roma cristiana atraviesa los siglos, segura de contarlos todos hasta su consumacion. ¿Qué filósofo soberbio ni qué prohombre del paganismo hubiera podido imaginar hace diez y ocho siglos, que serian éstos los resultados de la venida á Roma de un pobre pescador de Galilea y de un judío que compartió con él las tareas de su Apostolado, participando después de su martirio? ¿Quién no hubiera creido que la cruz elegida por *Pedro* y la espada que cortó la cabeza de *Pablo* sepultarian con su vida hasta el último eco de su predicacion unánime? Y bien. Dios realizó lo que hubiera parecido imposible al error y al orgullo del hombre: diez y ocho siglos lo atestiguan con un hecho continuado y único en la historia de las generaciones humanas.

Y ahora que la impiedad y el descreimiento de la época presente, cuya vida y atentados apenas cuentan un siglo de duracion, creen poder conseguir que cese aquel hecho eminentemente divino, manifestado á través de las iras de los paganos y de los demás que se han trasmitido de tiempo en tiempo la mision de contrarestar la vida, la firmeza y los progresos de la palabra de *Pedro* y de *Pablo*, conviene que aparezca más vivo que nunca el convencimiento y el sentido de nuestra fe, asi como que se ponga de realce, por medio de fiestas seculares que compensen las duras batallas que sostiene la Religion, la certidumbre que tenemos de la indefectibilidad de la Iglesia, manifestada en esta misma Roma, que por tener la sede apostólica es el centro unitivo de aquella y su lugar más resplandeciente.

Por lo cual, reservándonos anunciar en otra invitacion nuestra las sagradas funciones que se celebrarán con tan fausto motivo en la Basílica Vaticana, en el dia de la fiesta, y en la Ostiense en el posterior, anunciamos en el interin por mandato de la *Santidad de Nuestro Señor* la novena acostumbrada de los *Santos Apóstoles* en todas las iglesias de esta santa ciudad, con la confianza de que se verificará más solemnemente en virtud de las fiestas del centenario.

Comenzará ésta con la exposicion del Augustísimo Sacramento, recitándose primeramente las preces acostumbradas, á las cuales seguirá la letanía lauretana con las oraciones *Defende Deus*, *cuyus dextra*, *Deus omnium fidelium*, *etc.*, y las colectas del tiempo. Se cantará después el *Tantum ergo*, concluyéndose con la bendicion del Divino Sacramento.

Por concesion del *Santo Padre* pueden conseguirse por cada vez que se asista, cien años de indulgencia y la plenaria, concurriendo cinco, confesando, comulgando y pidiendo por la Santa Iglesia, segun la intencion del mismo *Santo Padre*.

Las comunidades pueden ganar estas indulgencias reuniéndose para la novena en su capilla respectiva. Pueden ganarlas tambien los enfermos y aun los encarcelados, haciendo aquel bien que les será conmutado por sus confesores.

Queremos además que al sonar las doce en la vigilia toquen á fiesta durante una hora las campanas de todas las iglesias para invitar á los fieles á la santa alegría de la gloria apostólica.

Recomendamos después á las señoras la observancia ya mandada del ayuno y de la abstinencia en dicha vigilia, la cual escluye hasta el condimento de graso, fuera de los dias esceptuados por el indulto anual.

Mas al propio tiempo notificamos con gozo la benigna dispensa otorgada por el *Santo Padre* para el dia de los *Santos Apóstoles* y de la *Canonizacion*, ó sea, el 29 de junio, que cae este año en sábado. En dicho dia se podrá comer de graso, en atencion á la solemnidad centenaria.

Muévanos, en fin, á todos ¡oh romanos! los obsequios que prestaremos á los príncipes de los Apóstoles, además de otras razones, la gratitud correspondiente á los favores conseguidos que son tantos cuantos son los siglos y los sucesos que señalan la providencia de Dios sobre Roma. Muévanos además la necesidad de su proteccion apostólica contra las amenazas y las insidias de nuestros enemigos. Esperamos de los dos Apóstoles beatísimos que no sólo será consolada la piedad de los creyentes, sino que tambien quedará conmovida la obstinacion de los impíos en presencia del espectáculo que ofrece en esta ocasion Roma y su Pontificado. Espectáculo imponente en el cual el episcopado católico y los fieles de todas las partes del mundo, corriendo presurosos y confiados á la tumba de *Pedro* y de *Pablo* nos recuerdan y traen á la memoria los sublimes pensamientos del Crisóstomo, que así hablaba ya en sus tiempos de Roma, envidiando su gloria, no desmentida por cierto en el trascurso de los siglos siguientes. ¡Metrópoli feliz! Este es el título mas hermoso de su grandeza... Más que todo lo demás, hé aquí los derechos gloriosos que la hacen augusta y venerable. Lo que son los ojos para un cuerpo robusto y lleno de salud, es para ella la tumba de sus *Apóstoles*. No resplandece tanto la vasta estension del cielo cuando el sol la inunda con torrentes de luz, como brillan en aquel monumento los rayos que del mismo se difunden y esparcen por todo el orbe. De aquí tomaron el vuelo Pedro y Pablo para subir al reino celestial... Y contemplad, oh hermanos, continúa el doctor elocuente, contemplad con religiosa veneracion la escena magnífica de la cual será Roma teatro en el dia de la resurreccion universal. ¡Qué don tan magnífico tributará entonces Roma al Dominador Soberano, que es Dios! ¡Qué rica guirnalda pondrá á sus pies! Y al presente ¡qué diadema tan espléndida corona la presente ciudad! ¡Cuántos y cuán nobles ornamentos! ¡Qué timbres tan numerosos reune en su seno! No es, por consiguiente, añade, el lujo de su opulencia, ni las columnas que la embellecen, ni todo el aparato de sus monumentos lo que reclama nuestros homenajes: yo lo reservo para los dos cuerpos que forman el ornamento de Roma y sostienen al propio tiempo la Iglesia! ¡Quién me diera el poder de acercarme á ellos y de confundirme con aquellas reliquias preciosas!

Propterea diligo Romam: propterea urbem admiror (V. hom. XXXII in Rom.)

¡Comprended, oh romanos, vuestra grandeza religiosa, y conservaos dignos de poseerla!

Dado en Nuestra Residencia el 14 de junio de 1867.

C. Card. Vicario

Vicente canónigo Martini, secretario.

En virtud de otra invitacion sagrada del dia 15, el mismo eminentísimo y reverendísimo señor Cardenal Vicario, designó los dias de la octava en los cuales las cofradías de Roma dirigírianse procesionalmente á la iglesia en la cual se verificaria la conmemoracion de los santos principes de los Apóstoles, segun lo prescrito por la constitucion *Admirabilis* del sumo pontífice Benedicto XIV. Cada dia irian en número de diez.

Hé aquí el tercero de los escritos mencionados:

INVITACION SAGRADA,

A CAUSA DE LA SOLEMNE CANONIZACION.

Constantino por la misericordia de Dios, obispo de Porto y de Santa Rufina de la S. R. C. *Card. Patrizi*, arcipreste de la patriarcal basílica liberiana, vicario general de la *Santidad de Nuestro Señor*, juez ordinario de la curia Romana y de su distrito, etc.

El dia 29 de junio del presente año será el dia mas memorable en los fastos de la Roma Pontifical, por un doble título de alegría religiosa: el *décimo-octavo centenario* del triunfal martirio de los *Santos Apóstoles Pedro y Pablo* y la solemne *Canonizacion de veinte y cinco Beatos*. Al desconocer la Roma pagana la verdadera religion desconoció la verdadera virtud, y condenó á muerte á sus dos campeones primeros. La Roma cristiana, al renovar los honores diez y ocho veces seculares que tributa con todo el mundo fiel, á los dos *Príncipes de los Apóstoles*, exalta *por juicio apostólico á otros héroes* que hijos de la misma fe participaron en forma diferente de la misma gracia de la santidad.

Al grandioso aparato de la patriarcal basílica Vaticana corresponderá la magestad de las funciones sagradas que constituirán la doble fiesta.

Comenzarán con las vísperas Papales acostumbradas de la vigilia.

En la mañana de la solemnidad, y hora de las

siete, tendrá lugar primeramente la procesion que inaugura el honor de los nuevos santos. Despues, siguiendo en la basílica Vaticana el resto del esplendoroso rito de la santificacion, cantará el *Santo Padre* la misa solemne.

El reverendo capítulo vaticano completará la gloria del dia con segundas vísperas.

Entre tanto, al estampido del cañon del castillo de *Sant-Angelo* y al sonido de la campana del Capitolio todas las iglesias de Roma, como se acostumbra en tal circunstancia, anunciarán la fiesta durante una hora, con el fin de manifestar en la exaltacion realizada de los siervos de Dios nuevas razones de alegría cristiana.

Para que en una accion tan grande de la Santa Sede nada falte para el aprovechamiento espiritual de la multitud de fieles que se reunan en alas de su piedad, la *Santidad de Nuestro Señor Pio Papa IX*, concede la indulgencia plenaria, con perdon de todos los pecados, á todos los fieles indistintamente que arrepentidos, confesados y comulgados, ó con propósito al menos de comulgar en la semana siguiente, intervendrán en la ceremonia de la canonizacion, ó en la procesion precedente, ó visitarán en aquel dia la basílica Vaticana.

La misma Indulgencia plenaria concede *Su Santidad* á todas aquellas personas que viven en monasterios de clausura, ó en conservatorios, ó en otros pios lugares ó institutos de Roma, como tambien á los enfermos, á los encarcelados y á los impedidos legítimamente de concurrir por cualquier causa, con tal que, habiendo recibido los Santos Sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, se arrodillen ó se recojan devotamente del modo posible al disparo del cañon ó al sonido de la campana del Capitolio y reciten tres veces la oracion del Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri en honor de la Santísima Trinidad y en agradecimiento al bien que reportará la Iglesia católica por haberse aumentado el número glorioso de los Santos.

¡Romanos! Os diremos una cosa únicamente. Imitad la piedad de tantos hermanos extranjeros venidos en esta ocasion de todas las partes del orbe y al concurrir al acto Apostólico, dad mejor ejemplo de fe y de piedad, considerando que sobre vosotros estarán fijas las miradas del universo.

Dado en nuestra Residencia el 25 de junio de 1867.

C. Card. Vicario

Vicente Canónigo Martini, secretario.

Estos documentos son dignos ciertamente del noble cardenal, cuyo padre fué perseguido por Napoleon I, porque rehusó educar á sus hijos en Francia. Si en cuenta se tiene cómo estaban en dicho pais los colegios en aquella sazon de cosas, bien se puede asegurar que á complacer el marqués de Patrizi al Emperador, no formara parte del sacro colegio uno de sus hijos, ni fuera otro uno de los jesuitas más eminentes por su virtud y por su saber.

IV.

Las fiestas dieron principio el dia 28 á las doce de su mañana. El cañon del castillo de Sant-Angelo y las campanas de las innumerables iglesias de Roma se encargaron de anunciar que iban á celebrarse.

Habíase verificado ya en todas y en los oratorios públicos, con grandísimo concurso, la novena preparatoria.

En la de San Pedro se habia trasladado por la mañana la Silla sobre la cual ejerció su autoridad suprema el primer Vicario del Hombre-Dios. Despues del oficio, el capítulo, el clero de la basílica y su eminencia el cardenal arcipreste la quitaron con gran solemnidad del magnífico altar de bronce donde se guarda en el fondo del ábside y la condujeron procesionalmente á la capilla gregoriana de la Vírgen. En ella permaneció durante la octava. La guardia de honor confióse á los zuavos. Acudió con tal motivo á la iglesia una extraordinaria muchedumbre.

El altar en que existe ordinariamente es sin duda muy hermoso, y ejecutóse segun los diseños de Miguel Angel. Dista 164 piés del mayor, lo cual da idea de las dimensiones ciclópeas del templo. Llama sobre todo la atencion el monumento de bronce dorado, que se titula la Cátedra de San Pedro, y que está sostenido por cuatro colosales figuras que representan los grandes Doctores de Oriente y de Occidente. Alejandro VII lo encargó al célebre Bernini.

Son tambien magníficos los dos sepulcros que hay á los lados. Descansan en el uno los restos mortales de Paulo III, de la familia Farnesio, y en el otro los de Urbano VIII, que perteneció á la de Barberini. Los inteligentes no se cansan de admirar sus estátuas de bronce y de mármol.

A las cinco y media de la tarde el Santo Padre acompañado de su córte dirigióse á la sala de los paramentos, donde le aguardaban los eminentísimos señores cardenales, los reverendísimos monseñores patriarcas, arzobispos y obispos, los abades generales y los penitencieros vaticanos que tenian las sagradas vestiduras. Hallábanse tambien el Príncipe asistente al Sólio, el senador y los conservadores de Roma, varios individuos de la prelatura y otros que tienen puesto de honor en las funciones papales. Todos en procesion ordinaria que descendió por la escala regiá, acompañaron á la Basílica al *Gerarca Supremo* que revestido de los ornamentos pontificales fué llevado sobre la Silla gestatoria.

Bajo el pórtico de la Basílica, cercano á la gran puerta de bronce, el eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Mattei, arcipreste de la Basílica, encontrábase con el capítulo y el clero vaticano para recibir al Santo Padre. No bien hubo entrado éste en el sagrado templo, dirigióse al altar del Santísimo



La Silla de San Pedro.

Sacramento que se hallaba ricamente iluminado y adoró á la Magestad Divina. Subió luego nuevamente á la silla gestatoria y dirigióse al altar papal.

Colocado en el Trono, recibió la obediencia de los eminentísimos purpurados, entonando seguidamente las solemnes vísperas, que fueron continuadas por los capellanes cantores pontificios.

Terminadas las vísperas, fueron presentados á su Beatitud los nuevos palios arzobispales que bendijo con las ceremonias prescritas. Colocáronse luego en el altar de la confesion, siendo por fin encerrados en una urna sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles.

Asistió al templo una numerosa concurrencia. No

bien hubo terminado la funcion, dirigióse á la inmensa plaza con el fin de presenciar la iluminacion de la fachada y de la cúpula de la Basílica.

V.

Grandioso espectáculo en verdad. Hé aquí como lo ha descrito el señor Pacheco, en su obra sobre Italia. Me decido á copiarlo, no sólo porque algunos calificarian mis frases de exageradas, sino tambien para dar una muestra de la estimacion que profeso al hombre que tuvo la dicha de reconocer en Roma que el liberalismo era incompatible con la santa Religion que profesamos. El célebre jurisconsulto, el publicista elegante y el orador elocuente habia formado propósito de permanecer siempre en la Eterna Ciudad. Las vicisitudes políticas de nuestra patria infeliz le obligaron á salir de ella y á volver á la córte, donde falleció á poco, ántes de que pudiera manifestar públicamente, como pensaba, la trasformacion que se habia obrado en sus ideas y en sus sentimientos.

«Otra cosa es, dice, la iluminacion de San Pedro. Ésta sí que no puede verse sino en la antigua ciudad, por la sencilla razon de que en ninguna otra parte hay un templo como San Pedro, ni una plaza como la del Vaticano. Esta sí que merece sinceros y cumplidos elogios. Ésta sí que puede envanecer á un pueblo, cuanto cabe que un pueblo se envanezca de luminarias.

»La iluminacion de que hablamos es doble. Al anochecer, y si bien rápidamente al cabo por los procederes ordinarios, se encienden millares de pequeñas luces, que señalan todas las líneas de la gran fachada y de la columnata del Bernini, dibujando, por decirlo asi con fuego ésta moderna maravilla del mundo. Y nos valemos de la expresion pequeñas luces, no porque lo fueran realmente en cualquier otro edificio las que allí arden, sino porque lo parecen de hecho ardiendo en aquella inmensidad. Es un sin fin de chispas, de estrellas, de luceros, de oro, que no dejan sin demarcar el más sencillo accidente, el más ténue resalte de la obra.

»Realizado así, completada esa bella iluminacion, y oscura á la par la extendida plaza que rellenan cien mil espectadores, todo el concurso aguarda con paciencia, porque saben que no es aquel el término del espectáculo. Complace sin duda, se alaba lo que se tiene delante; pero ya se está en el secreto, y se espera ver alguna cosa mejor. Las princesas romanas y las damas rusas toman sorbetes en sus coches, esperando la hora señalada: el cardenal secretario de Estado obsequia á los representantes extranjeros en un edificio de la Cámara apostólica, situado en un extremo de la plaza, á donde los invita constantemente para todas las fiestas que se ejecutan en su recinto.

En medio de la espectacion general, el reloj de San Pedro comienza á dar las nueve. A la primer campanada un súbito murmullo hace entender que ha llegado el momento, y una gran antorcha que se descubre al pie de la Cruz es la señal del repentino, del instantáneo cambio. Sin verse cómo, las antiguas luces quedan eclipsadas, porque en medio de ellas y por toda la extension de la fachada y de la plaza aparecen otras infinitamente mayores. Aquéllo ha sido un golpe de mágia, un trueque de decoracion que diríais imitado de un teatro, ó más bien de un cuento oriental. Centenares de hombres invisibles lo han producido en un instante sólo. Hasta en lo alto de la Cruz, hasta en las extremidades de sus brazos, se alzan y ven pendientes los grandes fuegos. La iluminacion está completa, con su bellísima variedad, con su claridad sorprendente, con su hermosura incomparable.»

Debo añadir que resonaron estrepitosos aplausos sobre todo en el momento de la trasformacion asombrosa. Aplausos que se unieron al ruido de las músicas que tocaron piezas escogidas, contribuyendo á que fuese general la alegría.

La grandiosa plaza ofreció un soberbio golpe de vista. Nos vimos todos las caras como si fuera de dia. El color indefinible con que aparecian merced á las luces dió al espectáculo cierto tinte misterioso y fantástico. Entónces pudimos ver la muchedumbre que contenia y la que ocupaba los balcones en ella existentes.

Con el fin de ver la iluminacion de Roma y de contemplar de léjos la de la cúpula, dijimos al cochero que nos llevase al Pincio. Lo propio hicieron muchos de los que tenian carruaje á su disposicion.

A medida que nos alejábamos de la plaza nos parecia mejor la iluminacion de la Basílica. No nos cansábamos de admirar aquél portento y sobre todo la cúpula que parecia incendiada, asemejándose por decirlo asi á un monte de oro.

Al pasar por uno de los puentes construidos sobre el Tiber disfrutamos de un golpe de vista embelesador. Pocos espectáculos hay tan poéticos y conmovedores como el que ofrece un rio más ó ménos caudaloso en las altas horas de la noche. El murmullo de las aguas y los ruidos leves que se perciben, forman contraste con las obras levantadas por la mano del hombre y con las de la naturaleza construidas por la del mismo Dios, que aparecen con encantos inesplicables. Si á ésto se agrega que nos cubria un cielo hermosísimo tachonado de diamantes, que se reflejaba en el rio la iluminacion de la Basílica y que la

luna lo envolvia todo en su manto preciosísimo de plata, se tendrá idea del placer que nos dominaba por completo. Desgraciadamente tuvimos que pasar casi de largo.

Los romanos habian correspondido á la invitacion de las autoridades. Casi todas las casas aparecian iluminadas y lo aparecian tambien muchos edificios públicos. Lo estaban tambien las iglesias y de una manera magnífica las de las Órdenes á las cuales pertenecieron los héroes que iban á ser canonizados.

Nos persuadimos de que los romanos merecen la fama de que gozan. Saben iluminar maravillosamente. El gusto más exquisito compite con la sencillez más extraordinaria. Los faroles de que se sirven generalmente llevan las armas pontificias, las figuras de san Pedro y de san Pablo, ó el retrato del Pontífice que felizmente reina.

Contemplada la cúpula desde el Pincio presentaba un golpe de vista bellísimo. Aquél globo de fuego que subia hasta el empíreo y las calles mejores magníficamente iluminadas que observábamos desde allí con verdadero placer, eran imágen de la dicha que reinaba en el cielo y en la tierra á causa de la próxima canonizacion de algunos bienaventurados.

VI.

Amaneció el dia venturoso. Poco después de las cinco de su mañana, un gentío inmenso acudia al templo sin rival que en el mundo existe. Muchos que no habian conseguido papeleta para las tribunas reservadas pasaron la noche junto á las puertas de la incomparable Basílica.

El movimiento que ya se notaba era verdaderamente desusado. Infinidad de personas vestidas de etiqueta ó de mil maneras, dirigíanse rápidamente á pié ó en coche al suntuoso templo. Se conocia que Roma estaba de gran fiesta y cualquiera hubiese podido adivinar, á ignorarlo, que á celebrarse iba una funcion extraordinaria. Para tener idea del indicado movimiento, es preciso considerar lo que acontece en las demás capitales del mundo cuando ha de verificarse uno de esos espectáculos dispuestos de vez en cuando por la menguada civilizacion material que se anuncian con anticipacion suma y en términos muy pomposos. Todos los mundanos acuden á él á costa de los mayores sacrificios. No les importa las horas que habrán de permanecer en un mismo lugar, ni la consideracion de las demás incomodidades y molestias que habrán de sufrir. Lo que pasa en dichas poblaciones con respecto á las fiestas mundanales, acontece en Roma relativamente á las grandes funciones que prepara nuestra Madre amorosa y divina.

Ocupé poco tiempo el sitio de la tribuna que fuéme señalado, desde el cual veia el altar mayor y todo el crucero de la Basílica. Por una feliz combinacion de circunstancias, pude colocarme debajo de la tribuna que ocupaban los cantores de la capilla Sixtina y abarcar perfectamente la Iglesia maravillosa con un sólo golpe de vista. Como si esto no fuese bastante, tuve la dicha de hallar á un sabio y virtuoso sacerdote español, perfectamente conocedor de Roma, que se dignó esplicarme primero la significacion de muchas cosas que atónito contemplaba, y hacerme conocer después el sentido de las ceremonias que se fueron verificando. Gracias á él principalmente mi descripcion, siempre pálida y fria, podrá ser ménos imperfecta.

El templo está sumamente adornado, pero las luces no están encendidas todavía. Una muchedumbre inmensa lo va paulatinamente llenaudo, esforzándose por ocupar el mejor sitio posible. Los que se acomodan en las tribunas leen libros devotos ó rezan, ó admiran estupefactos los prodigios de la Basílica realzados por brillantes decoraciones de todo género, ó meditan sobre la verdad de lass frases consoladoras pronunciadas por el Verbo en pro de la Iglesia, ó adivinan para concluir, casi por lo que ven, lo que se verá en la Jerusalen celestial.

En tanto llega Su Santidad, me propongo describir la decoracion de la Basílica. Lo afirmo sinceramente y sin ánimo de apelar á uno de esos tópicos á que recurre con frecuencia el escritor para desvanecer las preocupaciones justas ó injustas, que existen contra él. Mucho me duelo hallarme sin las condiciones indispensables para corresponder de algun modo á la imponderable alteza é importancia del asunto.

He hablado ya de la Basílica de San Pedro y me propongo añadir algo más, ántes de poner fin al presente libro desaliñado. Nadie niega ni puede negar que se trata del monumento católico sin rival en el mundo, ora se considere su grandiosidad, ora su valor extrínseco, ora su belleza artística. Se puede asegurar que constituye un compendio de la historia de la Iglesia, en demostracion de lo cual bastará decir que fué comenzado por el noble hijo de Santa Elena y por el papa San Silvestre. Pablo V lo dió por terminado pero durante algunos pontificados posteriores siguieron las obras y bien se puede sostener que continuarán decorándolo los Papas venideros.

Fácilmente se alcanza que para adornarlo dignamente hay que vencer muchas y graves dificultades. La empresa toca los límites de lo imposible. ¿Dónde hallar objetos suficientes para conseguir un resultado satisfactorio? ¿Cómo disponerlos de forma que no aminoren ó destruyan el buen efecto que ordinariamente produce? ¿De qué manera combinarlos con los magníficos en que abunda la Basílica?

El eminente arquitecto Fontana superó los indicados inconvenientes. La Santidad de Pio IX tuvo la feliz idea de confiarle la empresa, en consideracion al merecido renombre que le habian dado ya otros trabajos de índole semejante.

Ha dicho con fundamento innegable un autor anónimo, que las canonizaciones de los santos constituyen un triunfo de la Jerusalen celestial que se refleja en la Jerusalen terrena y que por consiguiente lo relativo á ellas, debe respirar gozo y alegría. Tal fué por lo visto tambien la conviccion que decidió al ilustre arquitecto, á vestir la Basílica con todo linaje de galas y de primores. Adornóla con gusto y con filosofía, logrando que brotase del conjunto esa unidad con tanta frecuencia ponderada y poquísimas veces conseguida. Los que no habian visto el templo antes no comprendian que muchos de los adornos eran improvisados: figurábanse que formaban parte ordinariamente de la grandiosa Basílica.

Grandes estandartes constituian quizás la decoracion principal. Por esto; por aludir á la doble fiesta que se celebraba; por la trabazon ó enlace de los mismos, comenzando por los tres grandiosos que pendian de las galerías principales de la severa fachada y concluyendo por el que se hallaba bajo la inmensa cúpula construida por Miguel; y por las escelentes inscripciones que llevaban, paréceme del caso describirlos con algun detenimiento. Al propio tiempo que lo haga, iré dando noticias del monumento por excelencia que tiene el catolicismo.

Al decir de un autor muy entendido en la materia, la costumbre de esponer los estandartes de los santos en la ceremonia de la canonizacion, data del siguiente prodigio estupendo. No bien acababa Inocencio IV de pronunciar la gran sentencia que inscribia en el catálogo de los héroes del Evangelio á San Estanislao mártir, obispo de Cracovia, apareció en el espacio un estandarte de color de púrpura sostenido por ángeles, en medio del que se hallaba el santo vestido de pontifical. El color purpúreo representaba la sangre que derramó el mártir y las vestiduras de la imágen su dignidad episcopal. Muchos de los circunstantes observaron la vision.

Como he manifestado hace poco, hermoseaban el frontispicio del templo, notable de suyo por sus ocho columnas corintias, cada una de las cuales tiene 88 pies de elevacion, por sus dos relojes colocados por Pio VI, por la estatua de Jesucristo y por las doce de los Apóstoles que dignamente la coronan, tres enormes estandartes. El del centro, que pintó Grandi, representaba el martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y tenia la inscripcion siguiente:

HONORI . PETRI . ET PAVLI
MAGNORVM . APOSTOLORVM
ANNO . A . NATALI . EORVM . DCCC . SUPRA . M .
SACRA . SOLLEMNIA . SAECVLARIA . ET . VOTA
CVSTODIBVS . VRBIS
AVCTORIBVS . AMPLITVDINIS
ET . DIGNITATIS . EIVS

Pongo á seguida la traduccion y haré lo mismo en las siguientes.

Sagradas fiestas seculares en honor de Pedro y Pablo, grandes Apóstoles, en el año de su nacimiento, hace diez y ocho siglos. Votos á los custodios de la capital, cuya grandeza y dignidad han constituido.

El de la derecha, obra de Ingami, recordaba la gloria de los Mártires Gorgomienses y decia:

RELIGIOSI . VIRI
EX . PLVRIBVS . SACRIS . ORDINIBVS . XV .
CVRIARVM . RECTORES . IV . GORCOMIENSES
CATHOLICA . FIDE . SANGVINE . ADSERTA . INSIGNES
PII . IX . PONT . MAX . DECRETO
AD . SANCTORVM . MARTYRVM . RELIGIONEM
CONSECRANTVR
SIC . EFFVLGENTE . VNIVS . DIEI . GLORIA
VT . SACRORVM . TRIVMPHALIA . MILITVM
MAGNORVM . PRINCIPVM . TRIVMPHIS
CONSOCIENTVR

Por decreto de Pio IX, Pontífice máximo, se otorga el culto propio de los santos Mártires á quince varones religiosos pertenecientes á muchas órdenes sagradas, y á cuatro gorgomienses, rectores de la curia, insignes por su fe católica y por su sangre derramada. En la gloria resplandeciente de un dia, júntanse asi los triunfos de guerreros sagrados con los de príncipes insignes.

Y el de la izquierda, que se confió á Ruspi, traia á la memoria la dicha imperecedera de los demás héroes que iban á ser canonizados, como se demuestra por la inscripcion que se leia en el mismo.

IOSAPHATO . ARCHIEPISCOPO . POL .
PETRO . ARBVESO . MARTYRIBVS
PAVLO . A . CRVCE
LEONARDO . A . POR . M . CONFESSORIBVS
MARIAE . FRANCISCAE . A . VVLNERIBVS . I . C .
GERMANAE . COVSINIAE . VIRGINIBVS
PIVS . IX . P . M .
MAGNOS . SVPERVM . HONORES
DECREVIT
AMPLIFICATORIBVS . GLORIAE
CATHOLICAE . FIDEI
CVIVS . MAGISTERIA
HAC . DIE . PETRVS . IN . VRBE . CONSECRAVIT.

Decreta los grandes honores de los santos á Josafat, arzobispo de Polonia y á Pedro Arbués, martires; á Pablo de la Cruz y Leonardo de Puerto Mau-

ricio, confesores; á María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo y á Germana Cousin, vírgenes, Pio IX, Pontífice Máximo, engrandecedor de la gloria de la fe católica, cuyo magisterio de Roma consagra Pedro en el presente dia.

Compuso las tres inscripciones referidos, las siete del vestíbulo que voy á trascribir y la del estandarte colocado sobre la puerta mayor el distinguido catedrático de retórica señor Nocella. El canónigo Profili compuso las que se hallaban sobre las puertas menores. Monseñor Giannelli las de la derecha de la Basílica y el padre Tongiorgi las de la izquierda.



Monseñor Franchi, Arzobispo de Tessalónica.

Sobre la cornisa de la puerta principal habia un cuadro que representaba el martirio del polaco Josafat. Obra de Leonardi. Los tres de la derecha, pintados respectivamente por Sereni, Gian Giacomo y Martinori, tenian por objeto describir el martirio de los Gorgomienses, la predicacion en el Coliseo de San Leonardo, y la traslacion del cuerpo de la Beata Francisca, desde su casa hasta la iglesia de Santa Lucía del Monte.

Hé aquí los asuntos de los tres de la izquierda, confiados á los artistas Nobili, Manno y Leonardi. El martirio de San Pedro de Arbués. La exposicion en el suelo, segun su voluntad, de los restos mortales de San Pablo de la Cruz. Muerte de Santa Germana Cousin.

Antes de copiar y traducir las inscripciones correspondientes á dichos siete cuadros, añadiré, á fin de que mis lectores puedan formarse idea de las dimensiones de la Basílica Vaticana, que el vestíbulo en que se hallaban tiene 439 pies de largo, comprendiendo las extremidades, donde aparecen las colosales estatuas ecuestres de Constantino y de Carlomagno.

Hé aquí lo que se leia en los cuadros referidos:

34

IOSAPHATVS . ARCH . POL . RVTHENOR.
APOSTOLICAE . CATHEDRAE . PRINCIPATVS
ADSERTOR
CATHOLICAE . CONIVNCTIONIS
APVD . SCHISMATICOS
RESTITVTOR
CONIVRATIONE . EORVM . OPPRESSVS
ID . GLORIAE . FACTVS . EST
VT . QVAM . VIVENS . PASTORIS . BONI . IMAGINEM
EXPRESSERAT . FACTIS
PROFVSA . ITEM . ANIMA
CVMVLATE . REFERRET

Ha conseguido esta gloria Josafat, arzobispo de Polonia, del rito ruteno; defensor del principado de la Cátedra Apostólica y restablecedor de la union católica entre los cismáticos, por cuya conjuracion fué muerto. Que despues de exhalado el espíritu, lleve retratada más claramente la imágen del Buen Pastor, que acreditó con hechos durante su vida.

SACRI . VIRI . AD . $\overline{\text{XIX}}$. NVM . GORCOMIENSES
AB . HAERETICIS . DIRA . PERPESSI
LAQVEO . INTERIMVNTVR
DEI . HOMINIS . MYSTERIIS . ABSCONDITI
PRAESENTIAM
ET . ROMANI . PONTIFICATVS . PRIMATVM
VTRAMQVE . REM . DISPVTANDO
PRIMVM . ADSERTAM
ILLVSTRI . DEIN . MARTYRIO
CONFIRMANT

Diez y nueve sagrados varones gorgomienses, despues de sufrir las crueldades de los heresiarcas, perecen ahorcados, defendiendo la presencia del Hombre Dios, misteriosamente escondido, y la primacía del Pontífice de Roma. Confirmaron al fin con ilustre martirio lo que sostuvieron primeramente.

SIC . TE . OLIM . VIDERVNT . PATRES
ROMANAE . PIETATI . AMPLIFICANDAE
OPERAM . NAVANTEM
LIGVRIAE . O . DECVS . LEONARDE
NVNC TE . SANCTVM . CAELITEM . NOVENSILEM
NEPOTES . IN . VOTA . VOCAMVS
MAGNIS . IN . HANC . VRBEM . MERITIS
PRAESIDII . TVI . ADDE . PERPETVITATEM

¡Oh, Leonardo, gloria de la Liguria! Nuestros mayores viéronte ocupado en otro tiempo en la obra de engrandecer la piedad de Roma. Tus nietos te llamamos con votos, santo celestial. A los grandes favores que á esta ciudad dispensastes, agrega la perpetuidad de tu proteccion.

MARIAE . FRANCISCAE . A . VVLNERIB . I . C.
SODALIS . TERTIAR . FRANCISCAL.
E . COLONIA . NORBENSI
TRIVMPHALI . MAGIS . QVAM . FVNEBRI . POMPA
CORPVS . EFFERTVR
QVAE . HVMANAM . VIVENS . FAMAM
LATENDO . CONTEMPSERAT
NVLLA . NON . GLORIA . POST . EXITVM
CERTANTIBVS . HOMINVM . STVDIIS
ORNATVR

Desde Colonia Norbense, con procesion más bien triunfal que fúnebre, es llevado el cuerpo de María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, Hermana tercera de la Órden de San Francisco. Durante su vida, despreció, escondiéndola, la fama perecedera. Después de muerta, no hay gloria con la cual no la honren los hombres á porfía.

PETRVS . ARBVESVS . CAN . ECCL . CAESARAVG.
PRIMVS . IN . ARAGONIA . QVAESITOR
PERDVELLIBVS . ECCLESIAE . VINDICANDIS
EX . INSIDIIS . AD . ARAM
IVDAICO . FERRO . PERCVTITVR
CATHOLICAE . FIDEI . CVIVS . INCOLVMITATI
ADVIGILARAT
VITAE . SANCTITATE . DECVS
TESTIMONIVM . AC . DEFENSIONEM
SANGVINE . ADSCIVIT

Por insidias vengadoras de los enemigos de la Iglesia, es herido, con hierro judáico, cerca del altar, Pedro de Arbués, canónigo de Zaragoza y primer inquisidor de Aragon. Añadió ornamento con la santidad de su vida, á la fe católica, por cuya integridad habia velado, defendiéndola y atestiguándola con su sangre.

SVBSISTE . CIVIS . ET . HOSPES
PAVLI . A . CRVCE . PATRIS . LEGIFERI
SVPREMA . FVNERVM . VIDES
HVIVS . SI . VIRTVTES . PER . VESTIGIA
CHRISTI . GRANDIENTIS
ANIMO . REQVIRAS
MORTEM . EIVS . TOT . CVMVLATAM . MERITIS
OMNIBVS . VITAE . DELICIIS . OPIBVSQVE
PRAETVLERIS

Detente; ciudadano y forastero. Contemplas los últimos funerales de Pablo de la Cruz, Padre y legislador. Si imitas sus virtudes y sigues las pisadas de Jesucristo, preferirás su muerte por mil conceptos envidiable, á todas las riquezas y delicias de la vida.

GERMANAM . COVSINIAM . EXTINCTAM
FRATER . RECEPIT
AT . ANIMAM . IN . CAELVM . EVOLANTEM
STIPANTIBVS . BEATORVM . CIVIVM . AGMINIBVS
AQVITANVS . PRESBYTER
OBLATA . DIVINITVS . SPECIE
CONTEMPLATVR

El hermano de Germana Cousin la encuentra después de muerta. Un sacerdote aquitano por revelacion divina la vé volar al cielo en compañía de multitud de ciudadanos bienaventurados.

Daré una idea general de la decoracion del templo ántes de proseguir enumerando los demás estandartes y trascribiendo sus inscripciones.

Indiqué ya que la Basílica de San Pedro está por concluir. Por poco que la examinen los que la contemplan estupefactos, se persuaden de ello. Mientras la Cúpula y las vueltas de las naves mayor y trasversal están embellecidas extraordinariamente y quizás cargadas de oro en demasía, las paredes, las columnas, las cornisas y las fajas aparecen desnudas, blancas, y sin adorno alguno. Los que la vieron sólamente durante las fiestas del Centenar, no lo notaron merced á Fontana, que supo armonizarlo todo admirablemente.

El célebre arquitecto estudió la decoracion del templo y sujetóse á ella estrictamente, sin alterar una sóla línea. Cubrió las columnas corintias con listas de oro, añadiendo en la parte inferior otras encarnadas que hacian con aquellas muy buen contraste. En los capiteles puso festones de flores pintadas.

En los intercolumnios hizo lo posible y consiguió imitar los adornos que hay en los varios compartimientos de la Cúpula. Cubriólos al efecto con un marco dorado, en cuyo fondo azul aparecian estrellas tambien de oro, que las daban grandísimo realce. Colocó además en el centro guirnaldas de flores, entrelazándolas con cintas rojas.

De cada uno de los grandes arcos de la Nave mayor y de la trasversal pendia un grande y hermoso pabellon de seda encarnada, á cada uno de los que daban grandísimo realce sus franjas y listas de oro, y las estrellas tambien doradas que en ellos se ostentaban. Arrancaban aquellos ó partian de la parte interior de los arcos, con lo cual se consiguió que los adornos, los mármoles y las demás hermosas piedras que se admiran en la superficie de los altares permaneciesen descubiertas.

No se limitó á lo dicho la decoracion de los arcos. Del centro de cada uno, sostenidos por cordones áureos, descendian grandiosos estandartes, que representaban lo que diré seguidamente. Cada uno de ellos aparecia ribeteado con franjas y flecos dorados que pendian de su estremidad. Hallábanse circundados además de adornos, tambien áureos y azules, que correspondian y se ajustaban perfectamente á todos los demás.

Cúmpleme manifestar ántes de proseguir que si bien casi todos los estandartes referíanse á los milagros de los que iban á ser inscritos muy pronto en el número de los héroes del Evangelio, el colocado sobre la puerta mayor de la Basílica, que se confió á Piatti, referíase á la fiesta del Centenar y tenia por argumento la veneracion que profesa el mundo todo á la tumba de San Pedro. Hé aquí las palabras que debajo del mismo se leian.

APOSTOLICA . SEPVLCRA
CHRISTIANORVM . EX . OMNI . SAECVLO
ET . REGIONE . HOMINVM
FREQVENTIA . CELEBRANTVR
QVAM . PIETATEM . A . MAIORIBVS
HEREDITATE . ACCEPTAM
O . CIVES . O . CATHOLICAE . GENTES
NEPOTIBVS . INTEGRAM
AMPLIFICATAMQVE . TRADAMVS

Los cristianos de todos los siglos y de todas las regiones veneran con gran concurso los sepulcros de los Apóstoles, por piedad que han recibido de sus mayores. ¡Oh, ciudadanos! ¡Oh, católicos! Entreguemos á nuestros descendientes esta herencia entera y acrecentada.

A los lados del estandarte referido habia las dos inscripciones siguientes adornadas con pinturas de guirnaldas y festones de flores. Correspondian á las dos puertas menores de ingreso.

Decia el que se hallaba sobre la de la derecha.

MAGNI . SACRORVM . ANTISTITES
PETRO
PER . PIVM . IX . LOQVENTE
FREQVENTES . HVC . ACCESSISTIS
VNDE . SACERDOTALIS . VNITAS
ET . SALVS . PENDET . ECCLESIAE
MACTI . ANIMIS . ESTOTE
FIDEI . ET . MORVM . VINDICES
VESTRA . IN . VATICANO . FREQVENTIA
IMPIOS . PERTVRBAT
INFERNAS . PROFLIGAT . PHALANGES.

¡Oh, sagrados Pastores del mundo católico, que á la voz de Pedro, que habló por boca de Pio IX, fuísteis presurosos á la ciudad donde está el centro de la unidad sacerdotal, y en la que halla la Iglesia vida y salvacion! Cobrad alientos, ¡oh, defensores de la fé y de la moral! Vuestra presencia en el Vaticano conturba á los impíos y hace huir á los espíritus infernales.

En el de la izquierda se leia:

QVISQVIS . INGREDERIS . TEMPLVM
SISTE . PEDEM
HIC . TRIVMPHALIS . VIAE
PERSPICVVM . TROPHAEVM
QVOD . IVGIS . VATICANIS . IMPOSITVM
FIDEI . HOSTES . PERDIDIT . PROTRIVIT
HEIC . PISCATORIS . CINERES
TOTIVS . ORBIS . VENERATIONE
AB . AEVO . CELEBRATI
HVMI . ANTE . EOS . PROCVMBE.

O tú cualquiera que entres en este templo, párate. Contempla sobre la vía triunfal, el trofeo esplendoroso que erigido en la cumbre del Vaticano, dispersa y ahuyenta á los enemigos de la fé. Póstrate en el suelo delante de las cenizas del pescador honrado por espacio de muchos siglos con la veneracion del mundo entero.

Los estandartes que se hallaban en los cuatro arcos de la derecha, correspondientes á la nave mayor, fueron pintados respectivamente por los señores Bartolomei, Marini, Mei y Giangiacomo. Representaban lo que se verá, leyendo las inscripciones siguientes:

MARIAE . FRANCISCAE
A . VVLNERIBVS . CHRISTI . D.
SEDE . INSIDET . FIDENTER
CAJETANVS . ABBONDANZA
MORBO . TETERRIMO . QVO . GRAVITER
AFFLICTABATVR . ILLICO . RECREATVS
SANVS . ET . SALVVS . ASSVRGIT.

Cayetano Abbondanza siéntase con fé en la silla de María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, y repentinamente se levanta sano y salvo de una terrible enfermedad que padecia.

MARIAE . FRANCISCAE
A . VVLNERIBVS . CHRISTI . D.
IMAGINE . PECTORI . REVERENTER . ADMOTA
FORTVNATA . DE . MARTINO
A . MEDICIS . DEPLORATA
SALVTEM . SIBI CONTINVO
REDDITAM . SENTIT

Fortunata de Martino, desahuciada de los médicos, recobra repentinamente la salud no bien se aplica reverentemente al pecho la imágen de María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

LEONARDI . A . PORTV . MAVRITIO
TVNICAE . SEGMEN . PECTORI
ADHIBET . VENERABVNDA
ELISABETHA . BOVZOVRO
CANCRO . AD . MORTEM . ADACTA
SOMNO . PAVLISPER . CAPTO
SANA . EXPERCISCITVR

Isabel Bouzouro, reducida casi á la muerte por un cáncer, aplícase al pecho un pedazo de la túnica del Beato Leonardo de Porto Mauricio, de quien era devota. Conciliando un poco el sueño, levántase sana.

LEONARDVS . A . PORTV . MAVRITIO
LAVRAE . CARDELLIAE
AEGROTANTI . SVBITO . ADEST
CHRISTI . CRVCIFIXI . IMAGINEM
DAT . OSCVLANDAM . SANITATI . RESTITVTAM
DE . LECTO . SVRGERE . IVBET

Leonardo de Porto Mauricio preséntase repentinamente á Laura Cardellia, que estaba enferma, le muestra una imágen de Jesucristo para que la adore, y ya sana, la manda levantarse del lecho.

Pintó los dos primeros estandartes que pendian de los arcos de la izquierda el profesor Coghetti. El tercero y el cuarto confiáronse al distinguido señor Grandi. Sus inscripciones decian lo siguiente:

FRANCISCA . HOVT . VITIATI . HVMORIS
ADLAPSV . TOTO . CORPORE . TABESCEBAT
S . GERMANAE . OPE
NOVENDIALI . SVPLICATIONE . IMPLORATA
SESE . E . VESTIGIO . PERSANATAM . SENSIT

Francisca Hout, cuyo cuerpo se descomponia á consecuencia de un flujo de humor viciado, siéntese completamente curada por el auxilio de santa Germana, que habia implorado con una novena de súplicas.

LVCIA . NOEL
MEMBRIS . OMNIBVS . BIENNIO . CAPTA
AD . S . GERMANAE . SEPVLCRVM . DEFERTVR
DOMUM . REDVX . FIRMA
ILLICO . AC . VALENS . STETIT

Llevóse á Lucía Noel, completamente paralítica durante dos años, al sepulcro de Santa Germana. Al momento se pudo levantar firme y sana, y volver á su casa por sí misma.

FRVMENTVM . SOCIIS . XLVIII
ET . PAVPERIBVS . SVSTENTANDIS
S. PAVLVS . A . CRVCE
SEMEL . ATQVE . ITERVM
INTRA . MENSES . QVATVOR
MIRACVLO . AVGET

En el espacio de cuatro meses, San Pablo de la Cruz aumenta milagrosamente el trigo varias veces para alimento de cuarenta y ocho compañeros suyos y de los pobres.

ROSAE . ALENIAE
SCIRRHOMA . IN . VOMICAM . DEGENERANS
PECTORE . CONCREVERAT
S. PAVLLI . A . CRVCE
EFFIGIEM . INTVENTI
RESOLVTA . CONTINVO . MORBI . VIS
ET . VALETVDO . REDDITA

Habia crecido en el pecho á Rosa Alenia un escirro que degeneraba en vómitos. Mirando una imágen de san Pablo de la Cruz, la enfermedad quedó sin fuerzas, consiguiendo la enferma la salud.

De los cuatro arcos de la nave trasversal pendian igualmente otros tantos estandartes. Los de la derecha fueron pintados por los señores Martinori y Ruspi. En el del brazo derecho habia esta inscripcion.



La plaza de San Pedro, en dia de gran fiesta.

RELLIQVIAS . MARTYRVM . GORGOMIENSIVM
RITE . CIRCVMFERENDAS . VENERATVM
ITER . INSTITVIT
AEGIDIVS . TILMANNVS . DIAC.
DVOVM . ENTEROCELICVS
INTER . AMBVLANDVM . SANATVS
POMPAE . SE . ADIVNGIT

Egidio Tilmanno, diácono, que padecia desde mucho tiempo una *enterocolitis*, emprende un viaje para venerar las reliquias de los mártires gorgomienses, en una procesion que de ellas iba á hacerse. Caminando se siente sano y se une á la procesion.

Y en la del brazo izquierdo la siguiente:

PLANTARVM . SVRCVLVM
QVAE . AD . LOCVM . GLORIOSI . CERTAMINIS
INVISIS . ANTEA . FLORIBVS . RENIDEBANT
HADRIANVS . AORSCHOSIVS
ARCVLA . INCLVSVM . BIENNIO
POST . VIVIDVM . ADHVC
ET . XIX . FLORIBVS
PRO . MARTYRVM . NVMERO
AVCTVM . REPERIT

Adriano Aorschosio encerró en una arca una porcion de plantas que habian brillado, sin que se vieran las flores, cerca del lugar del glorioso combate. Trascurridos dos años, las halló verdes, con diez y nueve flores, correspondientes al número de los mártires.

Confiáronse los de la izquierda á Gay y á Davilli.

Hé aquí lo que se leia en el que se hallaba en el arco de la derecha.

AD . RELIQVIAS
MARTYRVM . GORGOMIENSIVM
IOANNES . BAPTISTA . DE . BLEVRY
PVER . ANNOR . XI.
DYSENTERICVS . A . PATRE
INTER . MANVS . DEFERTVR
DONO . VENERATVS . PEDIBVS . SVIS
SALVVS . REDIT

Juan Bautista de Bleury, niño de once años, enfermo de disenteria, es llevado en los brazos de su padre á las reliquias de los mártires gorgomienses. Habiéndolas venerado y ofrecido un don, vuelve sano sobre sus pies.

El opuesto decia:

HADRIANA . VANDEN . HEWEL
SVBITAE . PROLAPSIONIS . IMPETV
EXCVSSAM . E . BRACHII . IVNCTVRIS . MANVM
FOEDEQVE . DISTRACTAM
APPLICITIS . MARTYRVM . GORGOMIENSIVM
RELIQVIIS
INCOLVMEN . RECIPIT

Adriana Vanden Hewel aplica su mano, arrancada de las junturas del brazo y horriblemente separada, á las reliquias de los mártires gorgomienses, y queda sana.

Sobre las dos pilastras de la cúpula ostentábanse cuatro estandartes parecidos á los anteriores. Los de la primera se confiaron á los señores Benini y Panini.

Lo que representaban lo dicen las inscripciones siguientes.

El de la derecha decia:

AD . SEPVLCRVM . PETRI . DE . ARBVES
INTER . ORANDVM . DORMITANTI
MARIAE . DE . CIRIA
DEI . GENITRIX . APPARET . VNA
ET . MARTYR
QVO . IVVANTE . JAMDIV . AEGRA
STATIM . CONVALESCIT

Habiéndose adormecido María de Ciria mientras oraba cerca del sepulcro de Pedro de Arbués, le aparece la Vírgen Santísima juntamente con el Santo Mártir, y á la voz de éste, queda en el instante restablecida de su larga enfermedad.

Leíase el de la izquierda:

PETRVS . DANKOWSKI
EX . VIOLENTA . OPHTALMIA . CAECVS
CILICIO.
S. JOSAPHAT . ET . LAPIDIBVS
QVIBVS . AQVIS . FVERAT . DEMERSVS
OCVLOS . ADMOVET . REPENTE . VNIVERSOS
QVI . ADERANT
INTERNOSCENS
MIRACVLI . FIDEM . FACIT

Pedro Dankowski, ciego por una oftalmía violenta aplica los ojos al cilicio de S. Josafat, y á las piedras con que se le sumergió en el agua. Conociendo de pronto á cuantos allí estaban presentes, acredita el prodigio.

En los que aparecian en la pilastra segunda mostraron tambien sus cualidades los artistas últimamente referidos.

Decia el de la derecha:

SANGVIS . PETRI . DE . ARBVES . MARTYRIS
QVI . ALIAS . DE . LOCO . CAEDIS
BVLLANS . EXCREVIT
INDIDEM . DVM . COLLEGAE . DIE . XII
PARENTANT
LARGIVS . ERVMPENS . LINTEOLIS
EXCIPITVR

La sangre del mártir Pedro de Arbués, que quedó en el lugar de su muerte, y que habíase ablandado ya otra vez hasta hervir, mientras sus colegas le honran el dia 12, brota con mas abundancia en el propio sitio, siendo recibida en pañuelos.

Y el de la izquierda:

NOBILI . POLANO
IN . MISERRIMA . CAPTIVITATE . DEGENTI
S. IOSAPHAT
PONTIFICALI . HABITV
INSIGNIS . ADSTAT
BACVLIQVE . PASTORALIS . ATTACTV
FRACTIS . COMPEDIBVS . LIBERVM
ABIRE . IVBET

Revestido con los hábitos pontificales, se presenta san Josafat á los nobles polacos que gemian en mísero cautiverio y les manda salir libres, despues de romper sus cadenas con el báculo pastoral.

Debo añadir que los frontis de las cuatro galerías de la cúpula fueron cubiertos con tapices cuyo color carmesí formaba un hermoso contraste con sus franjas de oro, y con las flores que los embellecian.

Otros dos estandartes habia en el presbiterio. Obra uno de Sozzi y de Dici el otro. Hé aquí la inscripcion del que se hallaba á la derecha.

MARTYRIBVS . GORGOMIENSIBVS
IOANNEM . THEODORVM . DINCHIVM
PVERVM . ANNOR . VI.
AB . IPSA . ORIGINE . HERNIOSVM
POMPA . PRAETEREVNTE
SVPPLEX . PATER . COMMENDAT
VALENTEM . REDVCIT

El padre de Juan Teodoro Dinchium, niño de seis años, que padecia hernias desde su nacimiento, encomiéndale á los mártires gorgomienses, mientras pasa la procesion, y le recibe sano.

El de la izquierda decia:

SANCTI . MARTYRES . GORGOMIENS
RVTILA . CIRCVMFVSOS . LVCE
ET . AVREIS . CORONIS . REDIMITOS
MATTHIAE . THORANO
SE . VISENDOS . PRAEBENT
EA . IPSA . NOCTE
QVA . VICTRICES . ANIMAS
CAELO . INSERENDAS . PROFVSERVNT

Los santos mártires gorgomienses, con áureas coronas en la cabeza, y circundados de luz resplandeciente, se manifiestan visiblemente á Matías Thorano, en la misma noche en que subieron al empíreo sus almas vencedoras.

Los estandartes referidos se concentraban en la principal y magestuosa decoracion del fondo, en la que descubríase un gran ojo trino, que despedia rayos luminosos y representaba la Santísima Trinidad. No quiso Fontana colocar en aquel sitio un cuadro enorme que representase la gloria de los Beatos cuya canonizacion se decretaria en breve. Separándose de la costumbre seguida en solemnidades semejantes y teniendo presente que los honores concedidos á los héroes de nuestra Religion sacrosanta, se otorgan realmente, si bien se considera, al mismo Dios glorificado por ellos, sustituyó dicha costumbre con la idea mencionada rigurosamente pura y ortodoxa.

La gloria, en la cual se representaba de dicho modo el inefable misterio, confióse al señor Piatti. Aparecia circundada de luz, de nubes y de querubines.

Viene aquí bien hablar del adorno que se colocó bajo la Cátedra de San Pedro.

Sobre un elevado basamento, levantábase un cuerpo corintio formado por pilares y columnas cubiertas de seda encarnada, con listas de oro. En los capiteles descansaba una riquísima decoracion, en medio de la cual se leia la siguiente inscripcion formada por letras azules sobre campo de oro, armonizándose por consecuencia perfectamente con los demás adornos de la Basílica incomparable.

CATHEDRA . PETRI . MAGISTERIVM . FIDEI . CENTRVM . VNITATIS.

La cátedra de Pedro es magisterio de fe, y centro de unidad.

En el intercolumnio de en medio, mas espacioso que los otros cuatro, se colocó el trono pontificio. Adornáronse los demás con los estandartes que voy á mencionar, y con ricos cuadros en cuyo fondo azul se ostentaban estrellas parecidas á las de las naves mayor y trasversal.

En la parte superior del cuerpo en que me ocupo, veíase un adorno bellísimo formado con flores graciosamente colocadas y con seis candelabros correspondientes á las columnas referidas. En medio y encima del trono elevábase un grupo que aparentaba ser de bronce. Confióse al escultor Alberto Gallo y era una representacion de las tres virtudes teologales.

Toda esta decoracion referíase al ojo trino mencionado, cuyos innumerables rayos esparcian una vivísima luz. En el centro de este místico triángulo se pintaron las imágenes sensibles de las tres Personas divinas, en forma circular rodeada de azul y embellecida con estrellas de oro y con una corona de ángeles en actitud de adoracion.

A la derecha del trono, de que luego hablaré, habia dos estandartes, pintados por Fontana. Representaba el primero la gloria de los Beatos Pablo de la Cruz y Leonardo de Porto Mauricio. Hé aquí su inscripcion:

CONFIXIT . VNVS . CHRISTI
QVOS . AMOR . CRVCI
VOS . CHRISTVS . VNA . SIMVL
EXPLET . GAVDIO
ET . CAELITVM . SVPREMIS
INFERT . CAETIBVS

El mismo amor que á Cristo, clavó á vosotros en la cruz. El mismo gozo que á Cristo, os llena actualmente y os introduce en los supremos coros de los celestiales.

Referíase el segundo á la gloria del arzobispo Josafat y del canónigo Pedro Arbués. Leíase debajo del mismo.

SVMMIS . EN . AVCTI
CAELICOLVM . HONORIBVS
TECVM . TRIVMPHANT . PETRE
QVI SVAM . TIBI
FIDEM . PROFVSO . CONFIRMARVNT . SANGVINE

Triunfen, ¡oh Pedro! contigo, elevados á los sumos honores de los celestiales, los que derramando su sangre, te confirmaron su fe.

A la izquierda del trono se colocaron otros dos estandartes, que correspondian á los últimamente mencionados. Los pintó el señor Polenzani. El primero, que representaba la gloria de los Mártires gorgomienses, decia lo siguiente:

ASSERTAM . PETRI
OB . DIGNITATEM . FORTITER
VERAM . ET . CHRISTI . PRAESENTIAM
IN . EVCHARISTIA
DIRE . NECATOS . VITA
ET . GLORIA . SVSCIPIT

Consiguen la vida y la gloria los que fueron cruelmente asesinados por defender varonilmente la dignidad de Pedro, y la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

En el segundo, relativo á la gloria de las Beatas Vírgenes Francisca de las cinco llagas y Germana Cousin, leíanse las siguientes palabras:

QVEM . TOTO . AMARVNT . CORDE
IN . TERRIS . VNICE
FRANCISCAM . GERMANAMQVE
SPONSVS . VIRGINVM
CAELO . RECEPTAS
DONIS . AETERNIS . BEAT.

El Esposo de las Vírgenes, á quien amaron únicamente de todo corazon en la tierra Francisca y Germana, las recibe en el cielo y las hace felices con dones eternos.

Diré por fin, que el célebre arquitecto decoró magníficamente la parte superior de la Basílica. Cubrióla con una rica faja que imitaba un mosáico de oro y escribió en ella con letras azules que rodeaban el templo grandioso las siguientes palabras memorables que pronunció Jesucristo al conceder á San Pedro el primado de honor y de jurisdiccion.

SIMON VOCABERIS CEPHAS, QVOD INTERPRETATVR PETRUS. DIXIT PETRVS. TV ES CHRISTVS FILIVS DEI VIVI. IESVS DIXIT EI: BEATVS ES SIMON BAR IONA: ET EGO DICO TIBI QVIA TV ES PETRVS ET SVPER HANC PETRAM AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM ET PORTAE INFERI NON PRAEVALEBVNT ADVERSVS EAM ET TIBI DABO CLAVES REGNI COELORVM: QVODCVMQVE LIGAVERIS SVPER TERRAM ERIT LIGATVM ET IN COELIS ET QVODQVMQVE SOLVERIS SVPER TERRAM ERIT SOLVTVM ET IN COELIS. EGO ROGAVI PRO TE VT NON DEFICIAT FIDES TVA ET TV ALIQVANDO CONVERSVS CONFIRMA FRATRES TVOS. SIMON IOANNIS DILIGIS ME PLVS HIS. SIMON DICIT EI: DOMINE, TV SCIS QVIA AMO TE. DIXIT IESVS: PASCE AGNOS MEOS, PASCE OVES MEAS.

«¡Oh, Simon, tú serás llamado Cefas, que significa Pedro!

Pedro, dijo: Tú eres Cristo, hijo del Dios vivo. Jesus le contestó: Bienaventurado eres, Simon Bar Joná, y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares en la tierra será tambien atado en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo.—Yo rogaré por tí, á fin de que tu fé no padezca detrimento, y tú vuelto entónces á tus hermanos, confírmales en la misma.—Simon Juan ¿me amas más que éstos? Simon le dijo: Señor, tú sabes que yo te amo. Jesus le responde: apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.»

Esta faja presentaba un golpe de vista magnífico, sobre todo para los que no habian contemplado la Basílica sublime ántes de su decoracion. Armonizaba los adornos de la Cúpula con lo demás del templo, dando idea de lo que será cuando esté definitivamente concluido.

En la parte superior de la cornisa colocó Fontana otra decoracion. Sobre cada columna levantábase un cuerpo del cual partian alternativamente festones de laurel ó de flores que formaban ondas. Algunos de estos, circundados tambien por una corona de laurel, correspondian á la mitad de los arcos y ostentaban las armas de las diversas órdenes, á las cuales pertenecieron los Beatos que iban á canonizarse. Correspondian otros á los intercolumnios y representaban la Cruz vuelta hácia abajo en que murió San Pedro, ó la tiara que llevan sus santos sucesores.

En medio de esta decoracion y sobre la puerta mayor, veíanse las insignias del Sumo Pontífice reinante rodeadas de flores y sostenidas por genios. Formaba esto un cuadro magestuoso.

Debo añadir que Fontana colocó sobre la superficie interior de los nichos, donde aparecen las estatuas de los fundadores de las diversas Órdenes religiosas, tapices encarnados con listas igualmente de oro, que las daban grandísimo realce. Donde no se han colocado aquellas todavía las improvisó. Puso además un grupo de cornucopias doradas encima de la faja que aparece debajo de los nichos inferiores y otro

adorno de laurel sobre la cornisa colocada debajo de los de la parte superior.

No se pueden omitir los candelabros colosales colocados al pie de la Cúpula. Hubieran sido suficientes para comprender ó deducir su grandiosidad. Eran ocho y á pesar de que abarcaban un espacio grandísimo, quedó aquella parte del templo completamente desahogada. Formaban su base tres mónstruos alados con cabeza y garras de leon, que aparecian sobre un zócalo triangular de líneas curvas. Surgia á continuacion otro cuerpo que representaba un tronco de vid en que apoyábanse dos copas de diferente grandor. Escuso añadir que salian de cada una muchos brazos llenos de cirios artísticamente combinados. Mas de cien habia en cada uno.

La idea de estos candelabros colosales, fué concebida por el arquitecto referido y ejecutada por el jóven escultor Alberto Galli.



Fray Rosendo, obispo de Puerto-Victoria, Abad Ordinario de Nueva Norcia, en la Australia Occidental.

Tampoco puedo prescindir de la iluminacion que fué sobre todo encarecimiento espléndida. Y en verdad que mis lectores no podrán formarse idea del espectáculo que presentaba la Basílica, embellecida tan magníficamente é iluminada con profusion y maestría imponderables. Los que abarcábamos todo el templo colosal, recordaremos siempre con gozo el cuadro que presentó, no bien todas las luces, que pasaban de veinte mil, estuvieron encendidas.

La inmensa cruz formada por las dos grandes naves, producia un efecto mágico y sublime. No hay frases bastantemente espresivas para reseñarlo ó describirlo.

He indicado ya que la iluminacion se distingue, no sólo por su esplendidez, sino tambien por el gusto con que estaba dispuesta. Prescindo de la que aparecia en lo alto de la Cúpula como tambien de la que se hallaba al rededor de la Basílica y menciono especialmente los centenares de arañas que iban recorriendo las curvas de los arcos de los altares, constituyendo quizás el adorno principal de la suntuosa Iglesia. Menciono especialmente además otra coleccion de arañas que descendian del centro de la nave mayor, formando la tiara, las llaves del reino celestial y la cruz vuelta tambien hácia abajo, en que Pedro entregó su espíritu al Señor, que conmemoraban el solemne Centenario del Príncipe de los Apóstoles. Menciono especialmente por fin la iluminacion magnífica de la gloria referida anteriormente, á la cual puedo decir que nadie se acercaba, impidiéndolo, en cierto modo los resplandores que despedia y el respeto que causaba.

Repito con un escritor elegante, no sin condolerme ántes otra vez de la pobreza de mi descripcion, que

35

nada más artístico ni más propio de la Basílica magestuosa pudo imaginar el célebre artista para embellecerla. Y añado tambien que ojalá se siguiera y conservara perpétuamente alguna de las decoraciones que concibiera su talento superior y ejecutara su indomable voluntad.

Olvidaba decir que la estatua de san Pedro fué vestida de pontifical. Confióse tambien á los zuavos la guardia de honor.

VII.

La solemne ceremonia de la canonizacion se celebró en la Basílica de San Pedro. No siempre ha sucedido así. Áun prescindiendo de las canonizaciones más antiguas, es indudable que muchas se verificaron fuera de Roma.

Gregorio XVI canonizó en Perusa, en 1228, á san Francisco de Asis, y cuatro años más tarde á san Antonio de Pádua en la ciudad de Espoleto. En 1248, inscribió Inocencio IV en el número de los santos, en la de Leon, á san Edmundo. Alejandro IV hizo lo propio con santa Clara de Asis en la de Magni. Clemente XIV canonizó en Viterbo y en el año 1267, á santa Eduvigis, duquesa de Polonia. Juan XXII, incluyó en el catálogo de los héroes del Evangelio, en 1323 y en Aviñon, á santo Tomás de Aquino gloria de la Orden fundada por nuestro compatriota, Domingo de Guzman.

Bastan sin duda los ejemplos citados. La mayor parte de las canonizaciones se han verificado en Roma y en la Basílica de San Pedro. Sábese, con todo, que Benedicto XIII dispuso una en la de San Juan de Letran y que Clemente XII elegido á su muerte, mandó celebrar otra en el propio templo.

El gran pontífice Benedicto XIV regularizó ésto mandando en su Bula *Ad Sepulcra Apostolorum*, espedida en el año 1741, que en lo sucesivo todas las beatificaciones y santificaciones se verificasen en la Basílica de San Pedro.

Designado dia para la ceremonia, notifícase á los fieles en la forma que recordarán mis lectores bondadosos. Mucho ántes del edicto á que aludo, designa el Sumo Pontífice á un prelado, para que de acuerdo con los postuladores respectivos y con los maestros de las ceremonias pontificias, disponga todo lo relativo á la grandiosa funcion. Elige además á un cardenal para procurador de la canonizacion. Es el que junto al trono papal implora del Supremo Gerarca la sentencia definitiva.

La ceremonia principia con una procesion solemne á la que asiste todo el clero de Roma, en virtud de venerandas y antiquísimas prescripciones. Sale del Vaticano y extiéndese de una á otra columnata. Un toldo que da sombra á la plaza une los dos pórticos.

Tomado del *Giornale di Roma*, hé aquí el órden de la del dia memorable á que me refiero.

Abríanla los alumnos de la Casa Pia de los Huérfanos.

Iban detrás los religiosos de las órdenes Mendicantes, los de las reglas monásticas y los canónigos regulares.

Seguian, la cruz del clero secular, los alumnos del Seminario romano pontificio, el Colegio de los párrocos y el capítulo y clero de todas las iglesias colegiadas, inclusos los do la Basílica y de las tres patriarcales.

Venia luego el ilustrísimo monseñor vicegerente de Roma acompañado de su tribunal.

Todos los referidos y los que voy á mencionar iban recitando las preces consignadas en un libro á propósito y llevaban además hacha encendida. Esta es una de las cosas que diferencian la procesion en que me ocupo de la del *Corpus Domini*.

Sucedian al clero los componentes la sagrada congregacion de los Ritos, á saber: los consultores pertenecientes á las Ordenes regulares, los del clero secular, los prelados, los adheridos á la curia de la misma y los abogados y procuradores de las causas de los Beatos y de los Santos.

A continuacion los estandartes de los héroes á favor de los que iba pronto á pronunciarse la sentencia decisiva. Tambien se distingue por ésto la procesion que describo de todas las demás.

Los estandartes eran siete:

1.° El de la *Beata Germana Cousin*. Llevábalo la congregacion del Santísimo Sacramento de Santa María *in Via*, é iba precedido de sacerdotes de la diócesis de Tolosa. Cuatro de ellos llevaban los cordones.

2.° El de la *Beata María Francisca de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo*. Sosteníanlo los hermanos de la congregacion de las sagradas llagas de san Francisco, y rodeábanlo algunos padres de la órden de Alcántara, que, como su síndico, procedian de Nápoles.

3.° El del *Beato Leonardo de Porto Mauricio* Confióse á los hermanos de la archicofradía de los Amantes de Jesus y de María en el Calvario.

4.° El del *Beato Pablo de la Cruz*. Rodeábanlo religiosos pasionistas de su Orden, y lo llevaban individuos pertenecientes á la archicofradía del Santísimo Sacramento, establecida en la Basílica Vaticana.

5.° El del *Beato Nicolás Pick y sus diez y ocho compañeros mártires*. Conducíanlo algunos sócios del Gonfalon y circundábanlo religiosos de varias órdenes á las cuales habian aquéllos pertenecido. Llevaban los cordones varios parientes de los héroes que iban á recibir el honor más grande que se puede alcanzar sobre la tierra.

6.° El del *Beato mártir Pedro de Arbués*. Lo conducian congregantes de la Vírgen de la Nieve: lo acompañaban seis religiosos de la órden de la Merced y algunos dichosos parientes del ilustre canonizando español.

7.° y último. El del *Beato Josafat Kuncevicz, mártir*, arzobispo de Polosk, del rito ruteno. Sosteníalo la cofradía de las Cinco Llagas y acompañábanlo algunos religiosos basilios de *Grottaferrata*.

Esta procesion no entra en la Basílica. Divídese en dos alas á uno y otro lado. Páranse los primeros que la componen, pasando delante los segundos y asi sucesivamente todos hasta llegar á la puerta de San Pedro. Asi resulta que los más cercanos á la iglesia pertenecen al clero principal.

Entran á seguida en el templo los cabildos de las basílicas menores y los de las patriarcales de San Juan de Letran y de Santa María Mayor, formándose dos hileras laterales que llegan hasta el altar del Sacramento. Se colocan en la primera los canónigos: en la segunda los beneficiados y su clero. El cabildo del Vaticano quédase fuera para recibir á Su Santidad.

Tal es, en resúmen, la procesion del clero que precede á la ceremonia de las canonizaciones, y que se remonta sin duda de ningun linaje á tiempos muy apartados. Se demuestra leyendo los escritos del cardenal Jacobo Cayetano, y las actas de la canonizacion de san Buenaventura y de otros santos posteriores.

—

Eran las siete poco más ó ménos cuando descendió Pio IX á la famosa capilla de Sixto IV, entonando el himno *Ave Maris Stella* para implorar la intercesion de la Vírgen sin mancilla. Llevaba rica capa pluvial de color blanco, y el precioso *formal* en el pecho, é iba cubierto con la mitra.

Luego que se hubo sentado en la silla gestatoria recibió del cardenal procurador de la canonizacion dos gruesos cirios pintados, que suelen darse despues por órden de Su Santidad á los príncipes asistentes al sólio. Recibió tambien otro menor para su uso. Envuélvese en un velo recamado para que no le ofendan las gotas de la cera derretida.

Debo añadir ántes de pasar adelante que á imitacion del Sumo Ponfífice iban todos con hachas encendidas. Ya he dicho que las llevaba tambien el clero que formaba la procesion.

Desde la capilla mencionada se dirigió el Sumo Pontífice á la basílica suntuosa pasando por delante del clero. El órden que llevaba su comitiva, segun el periódico referido, que tiene carácter oficial, era el siguiente:

Marchaban delante los componentes la capilla pontificia. Los procuradores del colegio; los busolantes; los capellanes comunes, algunos de los que llevaban las tiaras y las mitras preciosas del Romano Pontífice; los capellanes secretos; el procurador general del fisco con el comisario de la Cámara; los abogados consistoriales; los camareros eclesiásticos de honor y secretos; los camareros participantes, y en fin, los capellanes cantores pontificios.

Seguia el colegio de la Prelatura, ó sea: los refrendarios de la signatura, entre los cuales iban el presbítero asistente, el diácono y el subdiácono de la capilla; los abreviadores del *Parco Mayor;* los votantes de la estampilla y los auditores de la Rota con el padre maestro del palacio apostólico.

Sucedian los capellanes secretos con la tiara y la mitra usual del Santo Padre y el maestro del Hospicio sagrado.

A continuacion la cruz papal. Marchaba delante de ella el decano de la estampilla con el incensario humeante; conducíala el último auditor de la Rota vestido con roquete y la circundaban siete votantes de la signatura que hacian de acólitos y llevaban otros tantos candeleros con cirios muy bien pintados. Dos maestros ostiarios encargados de custodiarla seguíanla de cerca.

Venia despues el clero con sagradas vestiduras de color rojo. El prelado auditor que habia de ejercer las funciones de subdiácono apostólico, con dalmática, como tambien el diácono y el subdiácono griegos con los vestidos propios de su nacion. Despues los penitenciarios de la basílica, los abades *nullius* y los abades generales con pluvial de damasco y *mitra* de tela.

Llevábanla tambien y seguian inmediatamente todos los personajes que componen la gerarquía católica de la Iglesia latina y los que constituyen la de la Iglesia oriental. Reuniéronse próximamente cuatrocientos cincuenta prelados, segun el órden gerárquico y la antigüedad de preconizacion. Los dignatarios de Occidente iban mezclados con los de Oriente. Los patriarcas, los arzobispos y los obispos latinos al lado de los patriarcas, de los arzobispos y de los obispos griego-melquitas, griego-rutenos, griego-rumenos, griego-búlgaros, armenios, sirios, caldeos, maronitas y coptos.

Seguian los príncipes de la Iglesia. Los cardenales diáconos llevaban dalmática, casulla rica los cardenales presbíteros y hermosa capa pluvial los pertenecientes al órden de los Obispos.

Cerca del Santo Padre iban los conservadores y el senador de Roma, el príncipe asistente al sólio y el vice-camarlengo de la Santa Iglesia. Despues los auditores de la Rota destinados á llevar la falda del Pontífice, los dos cardenales diáconos asistentes, el cardenal diácono ministrante y los dos maestros primeros de la ceremonia. Rodeaban á Pio IX los llamados custodios del pontífice, los oficiales mayores de la

Guardia noble y de la suiza, los de la palatina de honor, los camareros secretos de capa y espada, y los maceros. El furrier y el caballerizo mayor al frente de los palafreneros y de los sediarios que llevaban sobre los hombros la silla gestatoria. Iba sentado en ella el Papa simbolizando la autoridad suprema y vigilancia pastoral del Pontífice máximo sobre toda la Iglesia católica. Llevaba puesta la mitra y el manto pontifical.

A sus lados hallábanse los camareros secretos con los *flabelli*, é iba debajo de un hermoso palio sostenido por los prelados refrendatarios de la estampilla. Llevaba el cirio en la mano izquierda y bendecia de cuando en cuando con la derecha á la inmensa entusiasmada muchedumbre.

Iban por fin el auditor general, el tesorero de la cámara apostólica, el mayordomo de Su Santidad, los protonotarios apostólicos y los generales de las Ordenes religiosas.

Toda esta comitiva salió del pórtico izquierdo entrando en la basílica por el de la derecha despues de atravesar la plaza. Detúvose en el altar del Sacramento, que adoró. En el mismo se dejaron los estandartes. En él permanecen hasta que son trasportados, despues de la ceremonia particular, á la iglesia designada.

Por lo que hace á los de la Basílica, suelen colocarse, á guisa de trofeo, sobre la cúpula.

Despues que se hubo postrado Pio IX ante el altar del Sacramento, donde se habia espuesto á la pública veneracion la Hostia consagrada, volvió á subir á la Silla gestatoria y colocóse otra vez la tiara, dirigiéndose al gran semicírculo dispuesto para la funcion solemnísima. Llegado á él, se puso la mitra de tisú de oro. Al Príncipe al Rey, al monarca temporal sucedia el Sumo sacerdote, el Gerarca supremo, el Pontífice máximo, el Jefe de la cristiandad esparcida y desparramada por el universo mundo.

El Papa descendió de nuevo, arrodillándose sobre el faldistorio, colocado no lejos del altar de la Confesion.

Despues de orar, subió al Trono, colocado bajo rico dosel de seda y terciopelo carmesí, recibiendo á seguida el homenaje de las dignidades eclesiásticas. Los Cardenales besáronle la mano. Los Patriarcas, los Arzobispos y los Obispos la rodilla; y el pie los Abades mitrados, el comendador del Santo Espíritu, el Archimandrita de Mesina y los padres Penitenciarios del templo suntuoso.

Acomodóse seguidamente cada uno en el puesto que tenia designado. Lo propio hicieron los demás que habian de tomar parte en la ceremonia de la canonizacion y en la misa pontifical.

Acto contínuo, uno de los maestros de ceremonias acompañó hasta el Trono de Su Santidad al cardenal procurador, á cuya izquierda iba un abogado consistorial, encargado de hacer las postulaciones solemnes. Puesto efectivamente de rodillas, en nombre del referido Príncipe de la Iglesia, instó á Pio IX para que se dignase inscribir en el catálogo de los héroes del Evangelio á los bienaventurados referidos. La fórmula de que se valió, fue la siguiente:

«Beatissime Pater.

«Reverendissimus Dominus Cardinalis hic prae»sens *instanter* petit per Sanctitatem Vestram Cata»logo Sanctorum Domini Nostri Jesu Christi adscri»bi, et tamquam Sanctos ab omnibus Christi fideli»bus pronunciari venerandos *beatos Josaphat, Pe»trum, Nicolaum cum sociis, martyres: Paulum et »Leonardum, confesores: Franciscam et Germanam. »Virgines.*»

Monseñor Pacifici, secretario de los breves á los príncipes, respondió en latin á nombre de su Santidad. Dijo que si bien el Santo Padre conocia las virtudes de los Bienaventurados, cuya canonizacion se le acababa de pedir, queria que se invocase el auxilio de Dios, y se pusiese para lograrlo, por intercesores á la Vírgen, á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y á toda la córte celestial.

Oida esta contestacion, tornó á su sitio el cardenal procurador. El papa volvió al faldistorio, y no bien se hubo arrodillado en él, entonaron los chantres las letanías de los Santos. Respondimos los demás tambien de rodillas hasta llegar al versículo postrero del Agnus Dei.

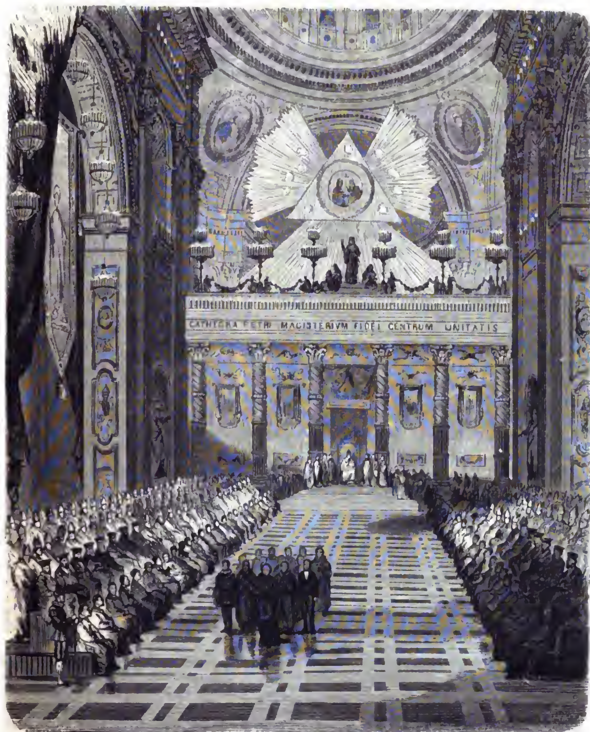
Es imposible describir la emocion que de nuestros corazones habíase apoderado.

Los que no habíamos estado en Roma quedamos agradablemente sorprendidos al ver la religiosidad de los soldados del Papa. Por ella se robusteció nuestra conviccion en punto á que ese pueblo de Roma, tan calumniado, es quizás el mas piadoso de la tierra. Recita perfectamente las oraciones consagradas por la Iglesia, conoce su sentido profundo y toma parte asi en las alegrías como en los dolores de la Esposa idolatrada del Cordero sin mancilla.

Acabadas las letanías, pusiéronse todos en pie, teniendo aun cada cual su vela encendida. El Sumo Pontífice volvió al sólio y sentáronse todos, á escepcion de los colocados en las gradas. Repitióse la ceremonia mencionada, diciendo el abogado consistorial.

«Beatissime Pater.

»Reverendissimus Dominus Cardinalis hic prae»sens *instanter et instantius* petit per Sanctitatem »Vestram Catalogo Sanctorum Domini Nostri Jesu »Christi adscribi, et tamquam Sanctos ab omnibus



Acto solemne de la canonizaccion.

»Christi fidelibus pronunciari venerandos *Beatos* »*Josaphat, Petrum, Nicolaum cum sociis, Martyres;* »*Paulum et Leonardum, confesores; Franciscam et* »*Germanam, Virgines.*»

Se habrá observado que la fórmula se diferencia muy poco de la precedente. A la palabra *instanter* añádese únicamente la de *instantius*.

Monseñor Pacifici dió una contestacion semejante á la referida. Dijo que conocedor el Pontífice-Rey de la grandeza del acto, queria que se invocase con

nuevas plegarias la divina luz del Espíritu Santo. Retiráronse acto contínuo el cardenal procurador y el abogado consistorial, y Su Santidad, depuesta la mitra, se arrodilló de nuevo en el faldistorio. El que se hallaba junto á él dijo á todos en alta voz, *Orate*. Rezaron efectivamente de rodillas hasta que pronunció la palabra *Levate* el Príncipe de la Iglesia que estaba en el lado derecho de Su Santidad.

Asistido luego, segun costumbre, por los dos sucesores de los Apóstoles mas antiguos que sostenian el libro y la bugía entonó el *Veni Creator Spiritus*, arrodillándose otra vez hasta que los cantores terminaron el versículo. Concluido éste se puso de pie y permaneció en tal postura hasta el fin del himno.

No bien hubo terminado, cantó el Papa la oracion del Espíritu Santo. Dos votantes de la estampilla hicieron las veces de acólitos: colocaron sus candeleros delante de las gradas del trono.

Al decir del cardenal Cayetano, la costumbre de hacer oracion en silencio primeramente y de cantar en seguida el himno del Espíritu Santo data de tiempos mas distantes.

Colocado de nuevo el Pontífice-Rey en su trono, adelantáronse por la vez tercera el cardenal y el abogado, pidiendo con mas vehemencia al sucesor de San Pedro que decretase la deseada canonizacion. Pronunció el segundo las siguientes palabras.

«Beatisime Pater.

«Reverendissimus Dominus Cardinales hic præ»sens *instanter*, *instantius et instantissime* petit per »Sanctitatem Vestram Catalogo Sanctorum Domini »Nostri Jesu Christi adscribi, et tamquam Sanctos »ab omnibus Christi fidelibus pronunciari veneran»dos *Beatos Josaphat*, *Petrum*, *Nicolaum cum sociis »Martyres; Paulum et Leonardum*, *Confesores; Fran»ciscum et Germanam*, *Virgines*.»

Respondió en seguida Monseñor Pacifici que el Santo Padre, conociendo que seria la canonizacion agradable á Dios, determinaba pronunciar la sentencia. Y retiróse á su sitio.

Se pusieron entonces de pie los cardenales y los demás individuos del congreso sagrado El Pontífice-Rey, con la mitra en la cabeza, como Jefe y Doctor de la Iglesia universal, usando de la potestad que le fue conferida por nuestro adorable Redentor, contra la que no han prevalecido, ni prevalecen, ni prevalecerán las puertas del infierno, pronunció el siguiente decreto de canonizacion. De nuevo admiramos la voz grande y asombrosa de Pio IX.

DECRETUM CANONIZATIONIS.

Ad honorem Sanctæ et Individuæ Trinitatis, et exaltationem Fidei Catholicæ, et Christianæ Religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Jesu Christi, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac nostra; matura deliberatione præhabita, et Divina ope sæpius implorata, ac de Venerabilium Fratrum Nostrorum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalium, Patriarcharum, Archiepiscoporum et Episcoporum in Urbe existentium consilio, Beatos *Josaphat Kuncevich*, *Pontificem*; *Petrum de Arlues; Nicolaum Pichi*, *cum sociis*, *videlicet: Hieronymum*, *Theodoricum*, *Nicasium Joannem*, *Willehadum*, *Godefridum Merrellanum*, *Antonium Werdanum*, *Antonium Hornariensem*, *Franciscum*, *Joannem*, *Adrianum*, *Jacobum*, *Joannem Ostervicanum*, *Leonardum*, *Nicolaum*, *Godefridum Duneum*, *et Andræam*, *Sacerdotes*; *Petrum et Cornelium*, *Laicos*, omnes Martyres; *Paulum a Cruce*, *et Leonardum a Portu Mauritio*, Confesores; *Franciscam et Germanam*; Virgines, sanctos esse decernimus, et definimus, ac sactorum catalogo adscribimus, statuentes ab Ecclesia Universali eorum memoriam quolibet anno, nempe *Josaphat*, die duodecima novembris; *Petri*, die decimaseptima septembris; *Nicolai et sociorum ejus*, die nona julii, inter *sanctos martyres; Pauli*, die vigesima octava aprilis; *Leonardi*, die vigesima sexta novembris, inter *sanctos confessores non Pontifices; Mariæ Franciscæ*, die sexta octobris; *Germanæ*, die decimaquinta iunii, inter *sanctas virgines*, pia devotione recoli debere. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

A honra de la Santa é Indivisible Trinidad, para exaltacion de la fe católica y aumento de la religion cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, con la de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra; despues de un diligente exámen y de haber implorado repetidas veces el auxilio Divino, y por consejo de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos que se hallan en Roma, declaramos y definimos que son Santos y agregamos al catálogo de los Santos á los Bienaventurados *Josafat Kuncevich*, *Pontífice; Pedro de Arlues; Nicolas Pik*, *con sus compañeros: Jerónimo*, *Teodorico*, *Nicasio Juan; Willehad*, *Godofredo de Merville*, *Antonio Werden*, *Antonio d'Hornaire*, *Francisco*, *Juan*, *Adriano*, *Jacobo*, *Juan Ostervican*, *Leonardo*, *Nicolás*, *Godofredo Duneo*, *y Andrés*, *Sacerdotes; Pedro y Cornelio*, *legos*, todos mártires: *Pablo de la Cruz y Leonardo de Porto Mauricio*, Confesores; *Francisca y Germana*, vírgenes: determinando que todos los años la Iglesia universal celebre devotamente su memoria á saber: de *Josafat* el doce de noviembre: de *Pedro* el diez y siete de setiembre; de *Nicolás y sus compañeros*, el dia nueve

de julio, como de *Santos Mártires*: de *Pablo*, el veinte y ocho de abril; de *Leonardo* el veinte y seis de noviembre; como de *Santos Confesores no Pontífices*; de *María Francisca* el diez y seis de octubre y de *Germana* el quince de junio, como *santas vírgenes*. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

A continuacion, el Abogado, á nombre del Eminentísimo Cardenal Postulador, dió gracias de rodillas al Pontífice, suplicando que se expidieran las Letras Apostólicas consiguientes. Dijo al efecto lo siguiente:

«Beatissime Pater:

»Idem Reverendissimus Dominus Cardinalis hic »præsens, acceptat pronunciationem a Sanctitate »Vestra factam, eidem gratias agit, ac enixe sup»plicat, ut Sanctitas Vestra super Canonizatione »eadem Litteras Apostolicas dignetur decernere.»

Pio IX, bendiciéndole, pronunció la palabra *Decernimus*, sin añadir ninguna otra. Acercóse luego al trono el cardenal procurador y despues de besar la mano y la rodilla al Papa, volvió á su puesto. El abogado consistorial pidió seguidamente á los protonotarios Apostólicos, que para perpetua memoria redactasen las actas de la canonizacion. Espresóse en los términos siguientes:

«Rogantur omnes Protonotarii, et Notarii hic »praesentes, ut super hujusmodi Canonizationis actu »unum, vel plura, publicum, seu dubblica, instru»mentum, vel instrumenta conficiant, ad perpetuam »rei memoriam.»

Habiendo contestado *Conficiemus* el mas antiguo, volvióse á los familiares del Pontífice-Rey, que se hallaban alrededor del trono, y pronunció las palabras *Vobis testibus* á fin de que sacasen testimonio.

Hecho lo cual, Su Santidad, depuesta la mitra, entonó el *Te-Deum*, que continuaron los cantores de la capilla papal, á una con el pueblo, que llenaba la Basílica incomparable.

Fue aquel un momento sublime que jamás olvidaremos los que tuvimos la dicha de presenciar la ceremonia de la canonizacion. No hay en el mundo seguramente un espectáculo tan deleitable como el que presenta el pueblo católico cuando se reune para engrandecer y magnificar al Dios de las alturas. Me conmueve y me impresiona en cualquier templo del Señor de una manera extraordinaria. ¿Cómo no me habia de conmover é impresionar en la Basílica de San Pedro magníficamente embellecida y realzada con la presencia del Vicario de Jesucristo y de toda su córte fastuosa, soberbia y magnífica? ¿Cómo no me habia de conmover é impresionar, si no bien hubo entonado Pio IX el himno de San Ambrosio, sonaron las trompas del maestro del sacro hospicio y las del pueblo romano, y los bronces de la iglesia sin rival y los redobles de los tambores y los estampidos de los cañones y de las bombardas del castillo de *Sant-Angelo* y las campanas de todos los demás templos de Roma, anunciando, si puedo decirlo asi, al mundo entero, por espacio de una hora, á virtud de un edicto especial, la nueva feliz de haber quedado inscritos los canonizandos en el número de los héroes del Evangelio? ¿Cómo no me habia de conmover é impresionar viendo que nuestros ojos se preñaban de lágrimas, sin que nos fuera dable hacernos superiores á la emocion que nos dominaba por completo? ¿Cómo no me habia de conmover é impresionar apareciendo clarísimo que Dios tomaba parte desde la Jerusalen celestial en la fiesta solemnísima?

El cardenal diácono que asistia á la derecha del Pontífice, es el primero que invocó á los héroes con el título de Santos. Por eso, no bien hubo concluido el *Te-Deum*, entonó en alta voz el versículo *Orate pro nobis Sancti Josaphat, Petre, Nicolae tuique Socii, Paule, Leonarde, Maria Francisca et Germana*, respondiendo los chantres. *Ut digni efficiamur promissionibus Christi*. Cantó despues el Papa la oracion de los nuevos canonizados y contestaron *Amen* los circunstantes, concluyendo asi la sagrada ceremonia.

Sigue luego la misa. No es necesario que la cante el Pontífice y algunas veces ha celebrado uno de los cardenales, pero generalmente pontifica para mayor solemnidad el Vicario de Jesucristo.

El Papa quiso dar á la ceremonia todo el realce posible. Desde el Trono descrito anteriormente, pasó á otro mas cercano al altar, donde, depuesta la mitra, entonó con gran pompa la tercia, contestando el coro.

Inmediatamente se puso los sagrados ornamentos para celebrar el sacrificio incruento. Esta es una de las ceremonias más bellas del pontifical. Como son muchas las cosas que se ha de colocar y se las llevan de una en una los designados al efecto, dura el acto no pocos minutos.

No bien estuvo revestido echó incienso en el incensario, dirigiéndose luego al altar, donde recitó el *Introito*. Después de incensar retornó al Trono, en el cual permaneció hasta el Ofertorio. Desde aquél pronunció el *Gloria in excelsis Deus*, y el *Credo* con entonacion inmejorable que recordaba la que necesita para bendecir desde uno de los balcones del templo á la muchedumbre reunida en la plaza inmensa. Los que no conseguian la satisfaccion de verle lograban al ménos la de oirle.

La Epístola se cantó en latin y en griego. No bien hubo terminado, leyó Pio IX la siguiente Homilia, sobre cuyo contenido no es necesario llamar la con-

sideracion de mis lectores. Como todos los del Pontífice-Rey que rige felizmente la Iglesia de Dios, brilla por su elocuencia, por su claridad y por ese no sé qué celestial que distingue los escritos de los santos.

Es un discurso sagrado de una sencillez encantadora. La apología que contiene de los Príncipes de los Apóstoles y de los Santos que acababan de ser inscritos en el número de los héroes del Evangelio, es tan completa como brillante. Las amonestaciones que Pio IX dirige con tal motivo á los Católicos desparramados por el mundo no pueden ser más oportunas. Las frases que pronuncia en favor de la Roma *sacerdotal y régia* son profundas al par que intencionadas. Van directamente contra esa infinidad de necios que tienen la osadía de tratar con desden á las ciudades en las que logra el clero la debida influencia, así como la de combatir el poder temporal de la Santa Sede, declarado indispensable por los padres de la verdad.

Lean mis lectores ese documento y se persuadirán de lo manifestado. Dice así:

SANCTISSIMI DOMINI NOSTRI

PII DIVINA PROVIDENTIA PP. IX. HOMILIA HABITA IN BASILICA VATICANA INTER MISSARVM SOLEMNIA DIE XXIX. IVNII MDCCCLXVII. IN SAECVLARI FESTO SANCTORVM APOSTOLORVM PETRI ET PAVLI.

Optatissimus, Venerabiles Fratres, ac dilecti Filii, illuxit dies, quo Nobis singulari Dei beneficio datum est sæcularia solemnia Beatissimi Petri Apostolorum Principis, et Coapostoli ejus Pauli triumphis sacra concelebrare, ac pluribus divinæ nostræ religionis heroibus Sanctorum cultum et honores decernece. Itaque exsultemus in Domino, et spirituali jucunditate lætemur, cum gloriosus recurrat dies summa univérsi catholici orbis, et hujus præsertim nostræ urbis veneratione et gaudio colendus. Hoc enim solemni die Petrus et Paulus Ecclesiæ luminaria, Martyres summi, legis Doctores, amici Sponsi, oculi Sponsæ, Pastores gregis, mundi custodes ad cœlestia regna felici martyrio conscenderunt (1). Isti sunt viri, per quos Tibi Evangelium Christi, Roma, resplenduit, et quæ eras magistra erroris, facta es discipula veritatis; Isti sunt, qui te regnis cœlestibus inserendam multo melius, multoque felicius condiderunt, quam illi, quorum studio prima mœnium tuorum fundamenta locata sunt. Isti sunt, qui te ad hanc gloriam provexerunt, ut gens sancta, populus electus, civitas sacerdotalis, et regia per sacram Beatri Petri Sedem caput orbis effecta latius præsideres religione divina, quam dominatione terrena (2). Hi sunt conjuncti Viri habentes splendidas vestes, Viri misericordiæ, ac nostri veri patres, verique pastores, qui nos per Evangelium genuerunt. Quis autem Petro gloriosor? qui divino illustratus lumine primus omnium agnovit, omnibusque patefecit altissimum Majestatis æternæ arcanum, et confitendo Christum Dominum vivi Dei esse Filium, validissima invictaque nobis credendi fundamenta constituit (3). Ipse firmissima est petra, supra quam æterni Patris Filius Ecclesiam suam tanta soliditate fundavit, ut adversus eam portæ inferi prævalere nunquam possint. Ipsi a Christo Domino traditæ sunt claves regni cœlorum, et suprema commissa potestas, et cura pascendi agnos et oves, confirmandi Fratres, ac universam regendi Ecclesiam, et cujus fides nunquam defectura, neque in suis succesoribus, qui in hac Romana Cathedra sunt collocati. ¿Quis beatior Paulo? qui a Domino electus, ut portaret nomen suum coram gentibus, et regibus, et filiis Israel (4), pro suarum remuneratione virtutum tertium raptus ad cœlum cœlestia secreta cognovit, ut Ecclesiarum futurus Doctor inter Angelos disceret, quod inter homines prædicaret (5). Hi Beatissimi Petrus et Paulus sacramentum novæ legis uno spiritu prædicantes omnia pericula, difficultates, labores, pœnas, cruciatusque constanter pro Domino perpessi, Christi nomen et religionem in Gentes invexerunt, et Paganam philosophiam vicerunt, Idololatriam e solio deturbarunt, ac santissimis suis gestis, scriptisque evangelicæ veritatis lucem longe lateque diffuderunt, cum in omnem terram exiverit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum, ac sub unius passione diei doctrinam suam pio sanguine et morte fortissima consecrarint. Itaque, Venerabiles Fratres, ac Dilecti Filii, eorumdem Apostolorum gloriam solemni ritu, et maxima lætitia concelebrantes, et sacros eorum cineres, ad quos feliciter stamus, omni veneratione prosequentes, clarissima illorum gesta sermonibus prædicemus, atque in primis eorum virtutes omni studio imitemur.

Jam vero summo quoque gaudio perfundimur, quandoquidem Deus Nobis tribuit hoc felicissimo die Sanctorum cultum, et honores decernere invictis Christi Martyribus Josaphat Kuncevicio Polocensi Ruthenorum Antistiti, Petro Arbuesio, Nicolao Pichio, ejusque duodeviginti sociis, et binis gloriosissimis Confessoribus Paulo a Cruce, Leonar-

(1) S. Petrus Dam. Serm. 27. de SS. Apost. Petr. et Paul.

(2) S. Leo. Serm. 82. al 80. in Natali Apostolorum Petri et Pauli.

(3) S. Maximus Homil. 68. in Natali Apostolorum Petri et Pauli.

(4) Act. Apost. c. 9. v. 15.

(5) S. Maximus ibidem.

do a Portu Mauritio, ac duabus clarissimis Virginibus Mariæ Franciscæ a vulneribus Domini Nostri Jesu Christi, et Germanæ Cousin. Qui omnes etiamsi eadem nostra circumdati infirmitate, et peregrini hic in terris, multisque tribulationibus, ac periculis subjecti, tamen inconcussa in Deum fide ac firmissima spe, et summa caritate incensi, ac pari in proximum dilectione insignes, mortifi-



El gran Penitenciario de la Basilica de San Pedro.

cationem Christi in corpore circumferentes, et conformes facti imaginis Filii Dei, asperrima quæque pro Christi amore perpessi de carne, mundo, ac sævissimo Dæmone splendide triumpharunt, ac sactitatis splendore, mirisque prodigiis catholicam illustrarunt Ecclesiam, et clarissima nobis imitanda virtutum omnium reliquerunt exempla. Nunc vero facti amici Dei in cœlesti Jerusalem induti stolis albis exsultant in gloria, et inebriantur ab ubertate domus Dei, propterea quod Dominus lætificat eos in gaudio cum vultu suo, et torrente voluptatis potat eos, ac fulgentes sicut sol coronati possident palmam, et regnant cum Christo in æternum, Eumque pra nobis exorant, cum de propria immortalitate securi, sint adhuc de nostra salute solliciti.

Humiles igitur, Venerabiles Fratres, ac Dilecti Filii, Deo totius consolationis agamus gratias, quod

inter tantas, quibus affligimur, Ecclesiæ, civilisque societatis calamitates, et pericula, per hos clarissimos Martyres, Confessores, et Virgines nova ac valida Ecclesiæ suæ sanctæ præsidia, et illustria fidelibus populis virtutum documenta dare sit dignatus. Summo autem studio insignia horum Sanctorum vestigia sectemur, et idcirco ejusdem fidei, spei, caritatisque in Deum spiritu magis in dies inflammati terrestria despiciamus, et cœlestia unice spectemus, atque alacriori usque pede per semitas Domini ambulemus, et abnegantes sæcularia desideria sobrie, juste, ac pie vivamus, et omnes unanimes, compatientes, fraternitatis amatores, misericordes, modesti, humiles (1) per bona opera certam nostram vocationem, et electionem facere studeamus.

Sed jam liceat Nobis cum omni humilitate, et fiducia levare oculos Nostros ad Te, Domine Deus Noster, qui dives in misericordia omnipotentiam Tuam parcendo maxime, et miserando manifestas. Intuere propitius et respice Ecclesiam Tuam sanctam tot undique jactatam procellis, et humanam societatem tot agitatam turbinibus, ac per merita Apostolorum tuorum Petri et Pauli, et istorum Martyrum, Confessorum et Virginum averte iram Tuam a nobis, et multiplica super nos misericordiam tuam, et fac omnipotenti Tua virtute, ut Ecclesia de suis hostibus triumphans ubique terrarum magis in dies prospere, feliciterque propagetur, et omnes populi, cunctis depulsis erroribus cunctisque vitiis profligatis, ocurrant in unitatem fidei, et agnitionis Filii Tui Domini Nostri Jesu Christi, ac divina Tua dextera urbem hanc ab omnibus inimicorum insidiis, conatibusque tuere, ac defende.

Ha llegado, Venerables Hermanos y amados Hijos, el anheladísimo dia en que por singular beneficio de Dios nos es dado celebrar la secular solemnidad consagrada al triunfo del Beatísimo Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y al de su co-apóstol Pablo, y de decretar el culto y el honor de los santos á muchos héroes de nuestra divina Religion. Regocijémonos, pues, en el Señor y rebosemos en santo gozo por el advenimiento de un dia que debe solemnizarse con indecible contento, con suma veneracion en todo el orbe católico y especialmente en esta nuestra ciudad. Pues en este dia solemne sufrieron el glorioso martirio y subieron al cielo Pedro y Pablo, lumbreras de la Iglesia, grandes mártires, doctores de la ley, amigos del Esposo, ojos de la Esposa, pastores del rebaño y guardas del mundo (2). A estos personajes debes tú, ó Roma, el ser alumbrada con la luz del Evangelio de Cristo, y el verte convertida de maestra del error, en discípula de la verdad. Ellos son los que te edificaron para el reino de los cielos mucho mejor y mas felizmente que aquellos que con anhelo echaron los primeros cimientos de tus muros. Ellos son quienes te elevaron á esta gloria, para que convertida en gente santa, pueblo elegido, ciudad sacerdotal y régia, estendieses mas lejos tu dominio por la Religion divina que por el señorío terrenal (3). Estos dos personajes, cubiertos de resplandecientes vestiduras, hombres de misericordia, verdaderos padres y verdaderos pastores nuestros, son quienes nos engendraron en el Evangelio. ¿Quién mas glorioso que Pedro, el cual iluminado con divina luz, conoció el primero de todos los Apóstoles y reveló á todos los profundísimos arcanos de la Majestad Eterna, y confesando ser Nuestro Señor Jesucristo el Hijo de Dios vivo, echó los solidísimos é inquebrantables cimientos de nuestra fé? (4). Él es la roca firmísima sobre la cual el Hijo del Eterno Padre, fundó su Iglesia con tanta solidez, que las puertas del infierno nunca podrán prevalecer contra ella. A él entregó el Señor las llaves del reino de los cielos, y confirió la suprema potestad y el cuidado de apacentar las ovejas y los corderos, de confirmar á sus hermanos y de regir la Iglesia universal, y cuya fé jamás faltará, ni en sus sucesores que ocupan esta cátedra romana. ¿Quién mas dichoso que Pablo? Él, elegido por Dios para dar á conocer su santo nombre á los gentiles, á los Reyes y á los hijos de Israel (5), y arrebatado en recompensa de sus virtudes al tercer cielo, conoció los secretos celestiales para que, debiendo ser el doctor de las Iglesias aprendiese entre los Ángeles lo que debia anunciar á los hombres? Estos Beatísimos Pedro y Pablo, predicando con un mismo espíritu el sacramento de la nueva ley, soportando valerosamente por el Señor todo género de peligros, contratiempos, trabajos, penas y aflicciones, difundieron entre las gentes el nombre y la religion de Cristo, vencieron la filosofía pagana, arrojaron de su trono la idolatría y con sus santísimos escritos y con sus obras esparcieron por todas partes la voz de la verdad evangélica; y, habiendo resonado su eco por toda la tierra, y llevando hasta los últimos confines su palabra, sellaron en un mismo dia su doctrina con su piadosa sangre y heróica muerte. Celebremos, pues, Venerables Hermanos y amados Hijos, con grande solemnidad y celestial regocijo la gloria de estos Apóstoles, y ofreciendo nuestra veneracion á sus cenizas, junto á las cuales tenemos la dicha de hallarnos, ensalcemos

(1) S. Petr. Epist. 1. c. 3. v. 8.

(2) San Pedro Damiano, sermon 27, de Sancti Apost. Petro et Paulo.

(3) San Leon, serm. 82 al 90. In nat. ap. Petri et Pauli.

(4) San Maximo, serm. 68. In nat. SS. Ap. Petri et Pauli.

(5) Act. ap. 9, 15.

con la palabra sus preclaros hechos, y esmerémonos sobre todo en imitar sus virtudes.

Experimentamos tambien sumo regocijo de que Dios nos haya concedido la merced de decretar en este felicísimo dia el culto y el honor de los Santos á los invictos mártires de Cristo Josafat Kuncevic, Arzobispo de Polotsk de los Rutenos, á Pedro Arbués, á Nicolás Pik y á sus diez y ocho compañeros, á los dos gloriosísimos confesores Pablo de la Cruz y Leonardo de Puerto Mauricio, y á las dos esclarecidísimas vírgenes María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo y Germana Cousin. Todos los cuales, si bien revestidos de nuestra humana flaqueza, peregrinos aquí en la tierra y sujetos á muchas tribulaciones y peligros, no obstante llenos de fé inquebrantable en Dios, de firmísima esperanza y suma caridad, é insignes tambien por su amor al prógimo, llevando en su cuerpo la mortificacion de Cristo y hechos imágen del Hijo de Dios, despues de haber sufrido en la carne pruebas durísimas por amor de Jesus, consiguieron magnífica victoria de la carne, del demonio y del mundo; y con el resplandor de su santidad y admirables prodigios hicieron resplandecer la Iglesia católica, y nos dejaron para imitarlos insignes egemplos de todas las virtudes. Mas ahora hechos ya amigos de Dios en la celestial Jerusalen, adornados de blancas estolas, se regocijan en la gloria y se embriagan en la abundancia de la casa de Dios; pues los alegra el Señor con el gozo de su vision beatífica, y abrévalos en el torrente de la felicidad; y coronados y resplandecientes como el sol tienen la palma en sus manos y reinan para siempre con Cristo y le ruegan por nosotros, porque seguros de la propia inmortalidad, aun se muestran solícitos de nuestra salvacion.

Tributemos, por tanto, Venerables Hermanos y amados Hijos, humildes acciones de gracias al Dios de todo consuelo por haberse dignado conceder con estos preclaros mártires, confesores y vírgenes nuevos auxilios á su santa Iglesia, é ilustres egemplos de virtud á los pueblos fieles en medio de las muchas calamidades y peligros porque atraviesan la Iglesia y la sociedad civil. Mas sigamos con suma diligencia las huellas ilustres de estos santos, é inflamados cada dia mas por el espíritu de su misma fé, esperanza y caridad hácia Dios, despreciemos las cosas terrenas, cuidemos únicamente de las celestiales, marchemos con ánimo esforzado por las vias del Señor; y renunciando á los deseos del siglo, vivamos con sobriedad, con justicia, con piedad, y animados todos de un mismo espíritu, sufriéndonos mútuamente, amando la fraternidad y siendo misericordiosos, modestos y humildes, esforcémonos con nuestras buenas obras por asegurar nuestra vocacion y eleccion.

Séanos ya permitido elevar con toda humildad y confianza nuestros ojos á Tí, oh Señor Dios nuestro, que, rico en misericordia, demuestras muy especialmente tu omnipotencia perdonando y compadeciendo. Dirige una mirada propicia á tu santa Iglesia, combatida en todas partes por tantas tempestades, y á la sociedad civil agitada por tantos disturbios; y por los méritos de tus Apóstoles Pedro y Pablo y los de estos mártires, confesores y vírgenes, aleja de nosotros tu ira, multiplica sobre nosotros tu misericordia, y haz con tu virtud omnipotente que triunfando tu Iglesia de sus enemigos, se propague cada vez más, próspera y felizmente por toda la tierra. Haz tambien que todos los pueblos, libres del error y de todo vicio, entren en la unidad de la fé y en el conocimiento de tu hijo, Nuestro Señor Jesucristo; y por último, defiende y protege con tu divina diestra á la ciudad de Roma de todos los esfuerzos y asechanzas de sus enemigos.

Terminada la lectura de la Homilia, el Cardenal Diácono ministrante dijo en alta voz el *Confiteor*, añadiendo despues de los nombres de los Apóstoles Pedro y Pablo los de los nuevos Santos.

Acercóse luego al Trono con la Cruz papal enarbolada, Monseñor Negroni, Auditor de la Rota, que hacia de Subdiácono Apostólico. El Sumo Pontífice dió entonces la solemne bendicion papal, é hizo promulgar la indulgencia plenaria para los presentes, asi como la parcial en favor de aquellos que visitarian los sepulcros de los nuevos Santos en el dia consagrado á la solemnidad de su fiesta.

Cuando la misa llegó al ofertorio, los postuladores de cada santo ofrecieron al Papa las oblaciones propias del rito de la canonizacion. Fueron siete, correspondientes á las causas mencionadas. Consistia cada una en cinco cirios pintados, en dos panes, en dos pequeños barriles llenos de agua el uno y de vino el otro en dos tórtolas, en dos palomas y en algunos pájaros pequeños metidos en una jaula como los animales anteriores.

La ceremonia de la entrega es una de las mas nuevas y singulares que se conocen. Ofrecen todo lo dicho los postuladores de las causas, pero el honor de la presentacion corresponde primero al Cardenal procurador y luego á los demás príncipes de la Iglesia pertenecientes á la congregacion de los sacros ritos. Desígnase al efecto para cada espediente de canonizacion un cardenal obispo, otro presbítero y otro diácono. Si no hay de los primeros en número suficiente, se sustituyen con otros del órden de los presbíteros. Ultimamente se acude á los mas antiguos del sacro colegio, siquiera no pertenezcan á la congregacion referida. Tienen tambien preferencia los que han intervenido como jueces en la canonizacion.

Las oblaciones se colocan sobre mesas adornadas

con esquisito gusto, desde el comienzo de la religiosa solemnísima funcion. Llegada la hora lleváronlas á Pio IX los postuladores y los gentiles-hombres de los cardenales. Iban éstos delante en número de dos, continuaban los tres príncipes de la Iglesia correspondientes á cada canonizando, y seguian finalmente los postuladores, sosteniendo los objetos y llevando las manos cubiertas con un paño blanquísimo.

Hé aquí el órden que se observó, conforme de todo punto con el ceremonial:

Abrian la marcha dos maceros, seguidos de un maestro de ceremonias.

Continuaban dos gentiles-hombres del cardenal obispo que conducian dos gruesos cirios de sesenta libras cada uno, magníficamente pintados. En ellos resaltaba sobre todo la efigie del Santo á quien se referia la oblacion.

A continuacion el cardenal obispo de mas edad. Colocóse á su izquierda el príncipe de la Iglesia procurador de la canonizacion, acompañado de un maestro de ceremonias.

Iban detrás dos individuos graduados de la órden del Santo, ó dos personajes de su clase, si no perteneció á ninguna de aquellas instituciones fundadas y protegidas por la esposa del Cordero inmaculado. Llevaba el uno vela y el otro una jaula con dos palomas.

Seguian dos gentiles-hombres del cardenal presbítero con los panes marcados con el sello del Sumo Pontífice y puestos sobre dos trípodes de madera plateada.

Iba detrás el cardenal indicado, y despues los religiosos ó los personajes referidos. Conducia vela el uno y el otro la jaula con las tórtolas.

Cerraban la comitiva dos gentiles-hombres del cardenal diácono con los barriles de agua y de vino.

Seguia dicho Príncipe de la Iglesia y las personas mencionadas. Iba con vela el uno: llevaba el otro una jaula con varias especies de pájaros.

Una vez en el trono, los maceros se arrodillaron en su grada última. Dirigidos por el maestro de ceremonias, subieron el cardenal procurador y los demás eminentísimos, colocándose á la derecha de Su Santidad, despues de saludarlo reverentemente.

Llegaron inmediatamente uno detrás de otro los dos primeros gentiles-hombres con los grandes cirios. El cardenal obispo presentó uno al Papa besándole la mano. Sobre él púsola Pio IX en señal de aceptacion, tomólo á seguida un maestro de ceremonias y lo pasó al gentil-hombre que lo puso de nuevo sobre la mesa, despues de besar el pie al mejor de los reyes y al mas amado de los pontífices.

De la propia manera fue presentado el otro cirio por aquel Príncipe de la Iglesia. Despues de besar éste la rodilla al Gerarca Supremo, bajó del trono, tornando á su sitio.

Una ceremonia semejante se observó para la presentacion de las demás oblaciones. El cardenal procurador tomó la vela que llevaba uno de los religiosos y ofrecióla inmediatamente al Pontífice, besándole la mano. Entregóse despues al maestro de ceremonias. La tomó luego el fraile no bien hubo besado el pié á Su Santidad y la condujo á la mesa. El mismo cardenal ofreció á Pio IX la jaula de las palomas, besándole la mano y la rodilla derecha: el otro postulador hizo lo propio que el mencionado.

La misma operacion se repitió para las demás ofrendas.

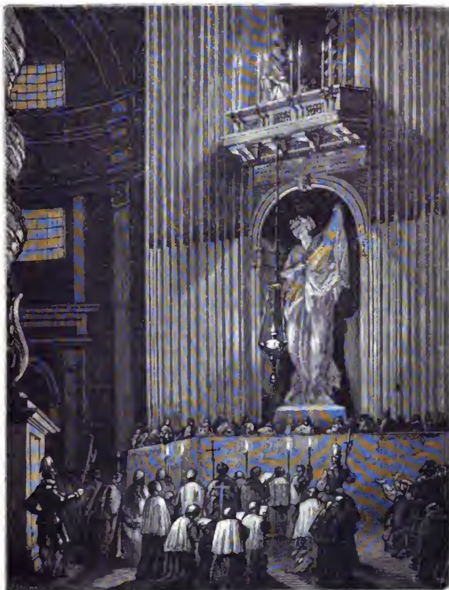
Los gentiles-hombres del cardenal presbítero subieron los panes. El cardenal procurador ofreció al Papa la vela y luego la jaula de las tórtolas. Repitióse por lo demás la operacion referida. Ofreció el agua y el vino el cardenal diácono. El cardenal procurador presentó al Sumo Pontífice la vela y la jaula de los pájaros. Al entregarle aquella le besó la mano: al presentarle la segunda la mano y la rodilla.

Despues que le hubieron besado el pié los dos últimos religiosos, el cardenal procurador quedóse junto al sólio para presentar las otras oblaciones consecutivas. Innecesario es añadir que los dones referidos se ofrecen tantas veces cuantos son los canonizados. Hé aquí por qué acabada la primera presentacion se dirigieron al trono de Su Santidad otros tres cardenales, cada uno de los cuales iba precedido de dos gentiles hombres y seguido de los religiosos ó personajes mencionados. Aquéllos príncipes de la Iglesia presentaron á Pio IX las ofrendas que llevaban sus gentiles hombres y el cardenal procurador las encargadas á las personas referidas.

Durante la ceremonia se cantó el *tu es Petrus* y lo que sigue hasta las palabras *portæ inferi non prævalebunt*. Cantóse por tres coros que reunian muy cerca de cuatrocientas voces. Ninguno de los que concurrimos á la sagrada funcion podremos olvidar nunca el efecto sorprendente del canto. Todos por el contrario recordaremos siempre la impresion dulce, verdaderamente deleitable que produjo en nuestro espíritu. Recordaremos tambien que muchos ojos se preñaron de lágrimas y dirigieron á Dios, desde lo íntimo de su corazon, un voto de gracias por el dulcísimo placer que les proporcionaba.

¡Oh, que nadie me acuse de exagerado! El célebre cantor pontificio Mustafá supo interpretar con acentos celestiales aquéllas promesas divinas. No solamente consiguió que cada uno de los coros cantase con un gusto, con una afinacion y con una maestría superiores á todo encarecimiento. Logró tambien producir un contraste que califico resueltamente de

sublime. No conservo memoria de cosa semejante. No hubo quien recordase en algunos momentos que oia voces humanas. No hubo quien no creyese que percibia los acentos dulcísimos de los que dichosamente moran en la Jerusalen celestial. No hubo quien al escuchar á los niños colocados sobre la cúpula inmensa, no imaginara escuchar á los ángeles vestidos de candor y de hermosura que alaban y



Exhibicion de las grandes reliquias en la Basílica de San Pedro.

magnifican de contínuo al Señor junto á su Trono brillante y refulgente. ¿Quién negará que sólo una Religion divina puede proporcionar tales dulzuras á los míseros mortales, durante su triste peregrinacion sobre la tierra?

Continuó la misa de pontifical que siento no poder describir minuciosamente. Me lo veda el temor de apartarme demasiado de mi propósito y la circunstancia de haber tomado ya mi libro exageradas proporciones.

No lo juzgo por otra parte preciso, deteniéndome como me detengo en las ceremonias que le caracterizan y distinguen de los que celebran los sucesores de los Apóstoles.

El acto de la elevacion pertenece tambien al número de los imponderables ó indescriptibles. En el momento en que Su Santidad eleva la Hostia pacífica cae de rodillas aquella innumerable muchedumbre de personas unidas por el vínculo religioso, pero separadas por multitud de accidentes que nada valen y significan para El que á todos ha de juzgarnos en no lejano dia. Es sin duda un espectáculo conmovedor ver cómo cae de rodillas y se anonada considerando el misterio sublime de la transustanciacion aquella multitud de individuos pertenecientes á familias reinantes, de cardenales, de príncipes y princesas, de generales de las Órdenes, de obispos, de guardias nobles, de diplomáticos, de dignidades eclesiásticas, de personajes egregios por el lustre de su cuna ó el esplendor de su nombre, de religiosas venerables, de damas piadosísimas, de simples católicos, en fin, que tantas veces desarman con sus oraciones la cólera de Dios justamente irritado con los hombres.

Es difícil, por otra parte ponderar lo que tienen de agradable y embelesador las trompetas que durante la elevacion resuenan en la cumbre de la grandiosa Basílica. Son los únicos instrumentos que se tocan en ella. En el mundo nada se oye tan agradable y tan sublime al mismo tiempo. Cuantos perciben aquellas armonías encantadoras quedan como fuera de sí, considerándose trasportados á regiones imperecederas. Los que han estado en Roma durante las fiestas, saben que digo verdad y que no hay en mis palabras exageracion alguna.

El acto de la elevacion se distingue tambien por lo siguiente, cuando celebra el Papa de pontifical. Despues de tomar la Hostia pacífica la levanta dando media vuelta á la derecha y otra media á la izquierda. La ceremonia con ser tan sencilla, es de un efecto maravilloso.

La de la comunion fué acaso más sublime todavía. No conservo memoria de ninguna tan tierna y admirable. El Pontífice-Rey habia vuelto á su trono. El eminentísimo Patrizi, que hizo de cardenal obispo asistente, llevóle con gran solemnidad la Hostia consagrada, que tomó con sus propias manos. Sorbió con un precioso cañoncito algo del *sanguis* que le trajo el eminentísimo cardenal Mertel, en su calidad de diácono ministrante. Los referidos príncipes de la Iglesia bebieron el resto.

Terminada la misa, subió de nuevo Su Santidad á la silla gestatoria y dirigióse á la sala de los paramentos con el fin de quitarse las vestiduras pontificales. Llegado á la mitad de la Basílica, renovó las protestas solemnes que hace todos los años contra las usurpaciones de que ha sido víctima la Iglesia de Dios. Al renovarlas iba cubierto con la tiara, revestido con la capa pluvial y sentado en la silla gestatoria. ¿Qué no ha hecho el Pontífice que rige felizmente la Iglesia de Dios para el triunfo de la justicia y el derecho?

Dichas protestas dirigiéronse tambien contra los que no habian satisfecho los tributos y las prestaciones debidas á la esposa del Cordero inmaculado. Como algunos cumplieron con su deber, pudo hacerse lo prescrito en el ceremonial, segun el que deben darse á la reverenda cámara apostólica.

Es imposible mencionar las personas eminentes que concurrieron á la funcion. Falta para ello el espacio indispensable. Diré sólo que la realzaron con su presencia. S. M. el rey de las Dos Sicilias, y todos los augustos personajes de la familia real de Nápoles que se hallaban en Roma. Asistió igualmente una infanta de Portugal.

No debo pasar adelante sin decir algunas palabras sobre la disposicion en que aparece la Basílica de San Pedro con motivo del pontifical.

Todas las miradas se fijan en el presbiterio, que comprende ó abarca un espacio grandísimo. Se destina el restante al ejército pontificio, á los fieles romanos y á la muchedumbre de forasteros que contiene la iglesia incomparable.

El altar en que celebra el Papa de pontifical se distingue por su sencillez encantadora y por su riqueza deslumbrante. Aparecen sobre él un Crucifijo y seis candelabros, que dan idea del genio de Miguel Ángel. El valor intrínseco de la materia compite con la perfeccion de la forma.

Escuso añadir que los cirios pintados que se colocan en ellos son muy superiores; que las telas del altar bordadas en oro no pueden ser mas ricas y que los ornamentos, vasos y demás objetos indispensables para el sacrificio santo ó propios del pontifical se distinguen por su mérito y por su coste.

No bien ha entrado el Papa con su comitiva se dejan en el altar sus mitras y tiaras preciosas. Los camareros secretos se sientan en las gradas del mismo, y contribuyen con sus trages vistosos á que sea mas embelesador el espectáculo.

Frente por frente del altar mayor y á gran distancia se coloca el Trono bajo rico dosel de seda y terciopelo carmesí con franjas de oro. En sus gradas se acomodan los prelados asistentes al sólio pontificio. En la plataforma se sienta el cardenal decano. Hicieron de cardenales diáconos asistentes y se colocaron junto al Pontífice-Rey los príncipes de la Iglesia Ugolini y Bofondi. Todo se dispone y combina sábiamente para que resalte, domine y aparezca con su magestad sobrehumana la figura colosal del Vicario de Jesucristo.

A la derecha y á la izquierda del Trono hay hile-

ras de bancos para los que constituyen la iglesia docente. Junto al principal, que se destina naturalmente á los cardenales, hay otro más humilde para los pajes que están á su servicio.

Detrás de dichos bancos, en los que se sientan los cardenales, los patriarcas, los arzobispos y los obispos no asistentes, los generales de las Órdenes, el gobernador de Roma, el limosnero de Su Santidad, su mayordomo, su maestro de cámara, el director de la fábrica de San Pedro y otros personajes distinguidos que tienen carácter oficial, son admitidos algunos seglares eminentes por su virtud, por su saber, por los servicios que han prestado á la Iglesia, por su gerarquía ó por su elevada posicion social. Lo son tambien no pocos sacerdotes respetables. Lo son igualmente algunos individuos del colegio de la Propaganda y de otros institutos protegidos ó mirados con singular prediieccion por el Jefe visible de la Iglesia.

A la izquierda, en primer término y en sitio elevado, se coloca el palco para los monarcas y príncipes. Sigue despues á corta distancia el destinado al cuerpo diplomático. A la derecha y en sitios más modestos estan las princesas romanas, los oficiales del ejército pontificio y otros personajes más ó ménos distinguidos.

Me cumple mencionar tambien la tribuna de los capellanes cantores pontificios y otras dispuestas para los especialmente convidados. En el crucero de la Basílica se improvisaron ademas dos sumamente grandes.

Olvidaba decir que acude tambien la guardia noble, cuyos lujosos uniformes deslumbran y sorprenden por su novedad y por su magnificencia.

En una palabra. La ceremonia referida es sin disputa la mas solemne y brillante de cuantas en la tierra pueden presenciarse. Digna fue sin duda de la fiesta que se celebraba, de la Iglesia que la disponia y de la capital del mundo católico en que se verificaba. Ni en París, ni en Lóndres, ni en Viena, ni en Constantinopla, ni en ningun pais del mundo se halla cosa semejante.

Surgieron dos incidentes desagradables. Un italiano quiso poner fin á su existencia, pero no lo consiguió. No se sabe cuál pudo ser su intencion. Se cree que pertenecia al número de los que se figuraban que no se celebraria la fiesta. Viendo frustrados los planes diabólicos referidos anteriormente, intentó suicidarse.

Pocos se apercibieron del crímen, y gracias á Pio IX, la fiesta no sufrió la menor interrupcion.

Antes de que ocurriera esto, se incendiaron unas cortinas colocadas en el crucero de la Basílica. El fuego que consumió algunos adornos, duró solamente algunos minutos. Las personas prevenidas para cualquier desgracia ó percance lograron extinguirlo y consiguieron que no se alarmase la concurrencia.

En la Basílica del Vaticano hay siempre multitud de personas encargadas de su custodia y conservacion. No falta médico y cirujano provisto del correspondiente botiquin. Y no puede menos de ser así. «San Pedro, dice un autor distinguido, es una especie de ciudad aparte comprendida en la ciudad eterna, con su clima y su temperatura propios, con su luz particular; tan pronto desierta como visitada por caravanas de viajeros, ó poblada por una inmensa muchedumbre que acude á las ceremonias religiosas... (En algunos jubileos ha llegado á *cuatrocientos mil* el número de peregrinos que han entrado en Roma). *San Pedro* tiene sus algibes de agua, sus caminos ó rampas por las que pueden subir hasta la plataforma bestias cargadas, y su poblacion fija que vive en las azoteas. Los *San-Petrini*, obreros encargados de la conservacion de un edificio tan precioso, se suceden de padres á hijos, y forman una corporacion con sus leyes especiales y su policía.»

He hablado ya de las oblaciones. Paréceme oportuno añadir algunas palabras sobre su orígen y esplicar además su significacion.

En cuanto al primero, dice literalmente don Jacinto Amici, autor muy respetable. «Nadie ignora que el rito de las oblaciones es antiquísimo en la Iglesia. Apenas creado el hombre, oyen Cain y Abel la voz de la naturaleza, y estimulados por ella, presentan al Señor las primicias de todo cuanto poseen. Noé, salvado del diluvio, hace igualmente al Señor sus oblaciones. El mismo Dios mandó á Moisés en la ley escrita que jamás compareciese ante su presencia sin algun donativo, y que se le ofreciesen las primicias de las mieses, de los frutos y de los ganados. Era tambien de precepto en la ley antigua, amen de las otras muchas oblaciones, ofrecer al templo, cuando nacia un primogénito, además del niño, un cordero, dos tórtolas y dos palomas. Por eso en la ley de gracia, nacido el Divino Redentor, su Madre Vírgen, bien que exenta de esta ley, ofrece no obstante su Hijo al Templo, y presenta los dones prescritos al sacerdote: el cielo mismo llama con una nueva estrella á los reyes Magos para que vayan á tributar místicos donativos á Jesus.»

«Desde los primeros siglos continúan las oblaciones de los fieles á los sacerdotes en el tiempo del divino sacrificio, como prefiguradas ya en la ley mosáica, segun el parecer de san Gregorio VII: porque no solo se ofrece el pan ó la harina y el vino para el uso del sacrificio, mas tambien otras muchas cosas de valor para el sostenimiento de los Ministros del Santuario.»

«De esta costumbre recibió el nombre de *Ofertorio* aquella parte de la misa que sigue á la profesion de la fe despues del Evangelio, pues, como observó el doctor Merats, se introdujo el uso de cantar versículos de los salmos mientras el pueblo ofrecia sus donativos al altar.»

«Mas adelante, para evitar la confusion de estos ofrecimientos, se estableció en las Capitulares de Carlomagno, que se ofreciesen los donativos fuera del recinto del presbiterio ó sea del altar. Andando los tiempos, empezó á variarse la costumbre de las oblaciones, sustituyendo los fieles á los comestibles para el sostenimiento de los sacros ministros el dinero que ponian en manos del sacerdote ó echaban en la caja colocada delante de las *confesiones* ó sean sepulcros de los mártires, como demuestra con sólida y profunda erudicion Pedro Moretti.»

«De aquí tomó orígen la disciplina de la limosna de la misa, cuya antigüedad demuestra el padre Berlendi, Teatino.»

«Sin embargo, el uso de estas oblaciones pecuniarias no abolió del todo en los siglos siguientes la antigua costumbre de hacer tambien oblaciones de comestibles, como refiere el citado Moretti, con la autoridad de los órdenes Romanos catorce y quince del cardenal Jacobo Cayetano, escritor del siglo XIII y de Pedro Amelio, sacrista pontificio, citado por Mabillon, y con el testimonio de Angel Rocca, igualmente sacrista, y de otros antiguos escritores, que se hacian las oblaciones de pan, vino, aceite, cera y dinero á los pies del Papa ó sobre el altar el dia de Pascua, ó en los demás en que celebraba Su Santidad, ó en San Juan de Letran ó en el Vaticano, como tambien en las iglesias estacionales y en las ordenaciones. Todavía se ofrecen actualmente cirios en la administracion de los sacramentos del bautismo y del crisma, en la ordenacion de los sacerdotes y en la consagracion de los obispos, en la cual se ofrecen además el pan y el vino.»

«Finalmente, en la canonizacion de los Santos, en virtud de antigua disciplina citada por Pedro Amelio, se ofrecen al Pontífice el pan, el vino, las tórtolas, las palomas y algunas especies de pájaros para simbolizar las místicas significaciones que contienen estos objetos, alusivas á las virtudes ejercitadas por los nuevos santos.»

Hasta aquí el autor citado, de quien tomaré mucho de lo siguiente relativo á la materia.

Los cirios tienen diversas significaciones. Varios escritores eclesiásticos respetables reconocen en ellos la humanidad del Redentor. La Iglesia representa por medio del pascual, á Jesucrito resucitado, que permaneció en el mundo hasta el instante de su ascension maravillosa.

Al afirmar nuestro adorable Redentor, segun el Evangelio, que los cirios son la luz del mundo y que no pueden ocultarse, aludió á los discípulos y á todos los que siguieran en adelante sus huellas.

Se ofrecen, por consecuencia, en la ceremonia de la canonizacion al vicario de Jesucristo para denotar que en aquel dia de júbilo ha puesto en el candelabro las acciones y las virtudes de los héroes, á fin de que iluminen á todos los fieles con el esplendor de su ejemplo. Brilla en los Santos verdaderamente la sublime abnegacion con que siguieron las pisadas de Jesucristo representado en la cera. Brilla igualmente la llama de su amor á Dios y al prójimo, al par que su castidad sin mancilla ó purificada con el fuego de la caridad. Brilla tambien el afecto que profesaron á sus enemigos, á propósito de lo que hace notar el Salmista, que el corazon del Hombre-Dios se ablanda como la cera derretida, en lugar de endurecerse. Brilla, por último, la vigilancia de los Santos sobre todas sus pasiones, gracias á la cual, asemejándose á las Vírgenes prudentes, de que nos habla la Escritura, consiguieron llegar á la posesion de la bienaventuranza.

Añadiré que la costumbre de pintar y encender los cirios es antiquísima en la Iglesia. Remóntala Baronio al año 58, y hace notar san Gerónimo que se encendian en los sepulcros de los mártires en señal de acatamiento y veneracion.

Por lo que hace á los panes, desde los primeros siglos ofrecieron los cristianos la harina y el pan para el uso del sacrificio inefable y para el sustento de los sacerdotes. Todos saben además que es el principal sustento, y que Dios mandó á los hijos de Israel, que preparasen la mesa con doce panes, que para reconocieran su beneficio y confesasen que le debian la existencia. Con el propio fin ofrecian los hebreos las hogazas de la *Proposicion*. Melquisadec ofreció tambien al primero de los patriarcas el pan y el vino cuando volvió victorioso de sus adversarios. Los panes de la ley antigua figuran además el pan celestial del cuerpo de Jesucristo.

En la ceremonia de la canonizacion ofrece tambien nuestra madre amorosa panes para tributar á Dios las gracias debidas. Los Santos enriquecen con nuevos héroes á la Iglesia triunfante, dando á la que milita nuevos protectores y nuevos ejemplos. Significa tambien la ofrenda en que me ocupo que habiéndose sustentado los santos dignamente con el pan celestial, viven felices y contentos en la bienaventuranza, segun las promesas de nuestro adorable Redentor.

Dos palabras sobre la significacion del vino. En la ley mosáica, en virtud del precepto dado por Dios, ofrecíase para rociar las víctimas. Ofrecíólo tambien Melquisedec, prefigurando al Mesias, que quiso significar con él su propia sangre, al instituir

el sacramento de la Eucaristía. Este rito tiene, pues, por fin principal conmemorar la disciplina de los tiempos antiguos. Sabido es que los fieles llevaban vino al altar en el momento del ofertorio.

Enseñó el Redentor á sus discípulos que él era la vid y ellos los pámpanos, y que por consiguiente solo darian fruto adheriéndose firmemente á su persona sagrada. Los católicos que no siguen sus huellas quedarán estériles, por decirlo asi, siendo echados á la postre al fuego. Segun Isaías, el fruto que aguarda el señor de su viña espiritual es la uva, ó sea, la contemplacion que engendra el gozo del alma



Exmo. é Ilmo. Señor Don Juan Ignacio Moreno, arzobispo de Valladolid.

simbolizado en el vino, que tiene la virtud de alegrar.

En el Libro de los Proverbios se lee que rebosará el vino de los lagares. Esplícase el pasaje fácilmente. Por el vino se entiende la devocion y por los lagares la contemplacion ó la compuncion, segun el salmista. Unidos los canonizados en el mundo con la verdadera vid, que es Cristo han producido el fruto, esto es, el vino de la devocion, de la caridad y de la compuncion, por lo cual «han merecido ser introducidos con la esposa de los sacros cánticos en la mística bodega y embriagarse con la abundancia y riqueza de la casa de Dios en la celestial Jerusalen.»

Son varios los sentidos espirituales que la oblacion de las palomas encierra. La paloma es primeramente mensajera de paz. Enviada por Noe despues del diluvio universal volvió con un ramo de olivo. Llamóla por esto Tertuliano proclamadora de la paz entre Dios y la tierra. San Cipriano dice que ya entonces simbolizó los sacramentos de la Iglesia por haber salido tres veces del arca y volado por el aire sobre las aguas.

En la ceremonia de la canonizacion se ofrecen las palomas como nuncios de aquella paz deleitable que gozan los santos, despues de concluida la guerra que sostuvieron valerosos contra el mundo, el demonio y la carne.

La paloma simboliza tambien al Paráclito. El Espíritu Santo tomó varias veces su forma y especialmente al ser bautizado Jesucristo. Segun San Cipriano, la tomó porque aquel animal es sencillo y alegre, porque no daña con el pico ni con las uñas,

y porque carece de hiel, propiedades con las que se denotan los efectos de bondad, candor, júbilo espiritual, verdad, piedad, caridad y mansedumbre producidos por el Espíritu Santo. Hé aquí, segun san Gerónimo por qué se llamó á San Pedro *hijo de la paloma*. Esto significa su apellido Bar-Jona. Si el primero de los pontífices declaró que Jesús era hijo de Dios fue por revelacion de la tercera persona de la Trinidad Santísima.

La oblacion de las palomas tiene por objeto manifestar que los canonizandos fueron vivo templo del Espíritu Santo, cuyos dones lograron. El Angel de las escuelas reconoce en las propiedades de la paloma cada uno de los dones del Espíritu Santo, y los aplica á los héroes evangélicos. Segun Amalario, corresponden á estos dones las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, á las que van unidas con vínculo indisoluble las cuatro cardinales.

En el Cantar de los Cantares, el esposo celestial denomina á la Iglesia su paloma cuando la llama dulcemente. «Surge propera amica mea, columba mea in foreminibus petræ in caverna maceriæ.» Esplicando San Bernardo estas palabras dice que las grietas de las piedras y las cavernas de los sitios pedregosos en los cuales se guarece la paloma de las insidias del milano significan las llagas del Salvador, dentro de las cuales se esconde la Iglesia, ó mejor dicho los fieles, que se refugian en ella para defenderse de los asaltos del enemigo infernal.

Las palomas que se presentan en la ceremonia á que aludo, simbolizan la tierna devocion de los santos á la pasion de Nuestro Señor Jesucristo y la constante meditacion de la misma. En Isaías se lee: «meditaré como la paloma,» y san Agustin observa que siendo propiedad de la misma meditar y llorar, representa la meditacion y el llanto de que debe ser objeto la cruz del Redentor, sobre la cual, desde los tiempos mas remotos, solia ponerse una paloma.

Todos los Santos Padres, de acuerdo con san Basilio, afirman que la tórtola simboliza la fidelidad. Conserva siempre la fe conyugal aunque pierda á su compañero. Tambien los santos fueron fieles á Dios, á pesar de las angustias, del hambre, de la desnudez, de las persecuciones y de cien otras calamidades. Segun San Pablo, los justos viven de la fe, sin cuya virtud no se puede penetrar en el reino celestial. La tuvo Abraham y por eso le mandó Dios que en testimonio de ella, le ofreciese, además de otros animales, la tórtola y la paloma.

Ya en la ley antigua, símbolo de la nueva, segun el Apóstol de las gentes, estaba prescrita la oblacion de las tórtolas. Asi lo afirma el gran obispo de Hipona. Por eso la Vírgen, á pesar de que no necesitaba purificarse, quiso cumplir el precepto de la ley y ofreció un par de tórtolas ó de palomas. Segun Durando, el doble número de dichos animales significa la limpieza y puridad de la mente y del cuerpo, que no pueden conseguirse sin un continuo llanto por las prevaricaciones propias. Se representa por el arrullo lastimero de la tórtola.

Como este animal tiene además el instinto de gemir siempre, dice Rocca que figura los lamentos del Hombre Dios por los pecados de los hombres y representa el dolor que á los santos produjeron.

Prescindiendo de otras significaciones espresa la soledad del corazon y la vida contemplativa. El salmista dice: «Mi corazon y mi carne han palpitado de alegría pensando en vos, ó Dios vivo, porque el gorrion ha encontrado su morada y las tórtolas el nido donde poner en seguridad á sus polluelos.» A propósito del pasaje, el autor citado añade: «Del mismo modo que la tortolilla con su gemido imita al que meditando raciocina consigo mismo, asi el salmista comparó con ella al que en el nido de su corazon va meditando la divina palabra. Agustin describe á la tórtola taciturna y sola y á la paloma acostumbrada á volar con las otras, figurando en estas dos aves la vida contemplativa y activa á que se consagraron los santos, mientras vivieron esperando la eterna bienaventuranza. Fiados en ella se condolieron de que se prolongase tanto aquí su existencia.

Tienen tambien su significacion los demás animales que se ofrecen. Representan la caridad y el ardiente amor que los santos profesaron á Dios. A imitacion de las aves que remontan su vuelo al empíreo, despréndense aquéllos de las cosas perecederas y suben á las alturas celestiales. Viven sin duda en la tierra, pero colocan en Dios su corazon y su mente, «por lo que muchas veces fueron arrebatados por los aires con el cuerpo, causando aquéllos estáticos vuelos la llama del divino amor que ardia dentro de su corazon.»

Sigue diciendo Amici: «Opina Rocca y todos los autores que han escrito acerca de esta oblacion, que en la parábola de los pajarillos del cielo que describe el Evangelista san Mateo, se representan las almas de los fieles y su fortaleza en el servicio de Dios, conviene á saber, los justos y los santos, los cuales imitaron perfectamente á las aves, que les fueron propuestas como ejemplo por el Redentor; no curándose de la vida y hábitos de esta tierra, poniendo sólo su confianza en Dios y abandonándose á él en cualquier evento. Asi tambien san Gregorio entiende por los pájaros del cielo espresados en la mencionada parábola las almas de los justos y de los santos, que en alas de la virtud se levantaron del pensamiento y apego á las cosas de la tierra. Los pájaros en fin, que están en la jaula, rara vez bajan al suelo y acaso no se quedan en él mas que el tiempo necesario para sustentarse; asi las almas de los santos, en-

cerradas en el cuerpo, viviendo siempre, segun la espresion de san Pablo, en el cielo, piensan en las cosas terrenas sólo lo absolutamente necesario á la humana condicion. Por lo tanto cuando se ven libres de la prision del cuerpo, vuelan contentas al único objeto de sus deseos, á la gloria; así como los pájaros, apenas ven abierta la jaula, se levantan alegres por los espacios del aire, y esta era, á nuestro parecer, la significacion de aquélla ceremonia que leemos haberse practicado en la canonizacion de san Diego, en la de san Jacinto y en la de san Cárlos Borromeo, esto es, que despues de la oblacion, el maestro de ceremonias abria la jaula y soltaba los pájaros, ceremonia ya abolida, porque causaba algun desórden en la muchedumbre.»

Paréceme tambien oportuno trascribir ántes de pasar á otro asunto, el catálogo de las canonizaciones celebradas por los Pontífices, comenzando por la primera de que se tiene noticia.

	Años.
Por Juan XV.	
San Uldarico, obispo.	993
— Arduinó, cura de Rímini.	idem
Por Gregorio V.	
San Adalbelto, obispo y mártir.	997
Por Juan XX.	
San Adalardo, abad.	1020
Por Benedicto IX.	
San Estéban, rey de Hungría.	1036
— Emerico, su hijo.	idem
— Simeon, monje.	1042
— Simon Armenio, anacoreta.	idem
Por Clemente II.	
Santa Viborada, vírgen y mártir.	1042
Por Leon IX.	
San Gerardo, obispo.	1050
— Wolfango, obispo.	1052
— Erardo.	idem
— Urio, monje.	1053
Santa Felicia, vírgen.	1053
San Gerundo, obispo.	idem
— Máximo, obispo.	idem
Por Alejandro II.	
San Arialdo, mártir.	1067
Por Gregorio VII.	
San Juan, abad.	
Por Victor III.	
San Alferio, monje.	
Por Urbano II.	
San Erlembaldo.	1095
— Atilano, obispo.	1098
— Mamiliano, obispo.	idem
Por Pascual II.	
San Guiberto.	1099
— Pedro, obispo.	1110
— Gotardo, obispo.	idem
— Angilberto.	idem
Por Calisto II.	
San Bertoldo, obispo.	
— Hugo, abad.	
Por Inocencio II.	
San Hugo, obispo.	1134
— Godeardo.	1138
— Petronio, obispo.	idem
— Justo, obispo.	idem
— Esturmio.	1139
Por Celestino II.	
San Oton, monje y obispo.	1139
— Conrado, obispo.	idem
Por Eugenio III.	
San Enrique, emperador.	1152
Por Alejandro III.	
San Eduardo, rey de Inglaterra.	1161
Santa Elena, viuda y mártir.	1164
San Bernardo, abad.	idem
— Canuto, rey de Dinamarca.	1168
Santo Tomás, obispo y mártir.	1173
San Teobaldo, ermitaño.	idem
— Juan, medo.	idem
— Galdino, obispo.	idem
— Davino, armenio.	idem
— Guillermo, ermitaño.	idem

Por Suecio III.

	Años.
San Bruno, obispo.	1182

Por Clemente III.

San Oton, obispo.	1189
— Estéban de Mureto.	idem
— Rodosindo, obispo.	idem

Por Celestino III.

San Pedro, obispo.	1191
— Ladislao, rey de Inglaterra.	idem
— Malaquías, obispo.	1192
— Ubaldo, obispo.	idem
— Juan Gualberto.	1193
— Beruardo.	idem
— Silvano.	idem
— Bernardo, obispo.	idem

Por Inocencio III.

San Homobono.	1198
Santa Cunegunda, emperatriz.	1200
San Vulstano, obispo.	1203
— Procopio, abad.	1204
— Guillermo, duque de Aquitania.	1211
— Gilberto.	1212

Por Honorio III.

San Guillermo, obispo.	1218
— Guillermo, abad.	1224
— Lorenzo, obispo.	1225
— Willelmo, obispo.	1226
— Hugo, monje y obispo.	1227
Santa Gertrudis, vírgen.	idem

Por Gregorio IX.

San Francisco de Asís.	1228
— Virgilio, obispo.	1230
— Antonio de Padua.	1232
Santo Domingo.	1233
Santa Isabel, reina de Hungría.	1235

Por Inocencio IV.

San Guillermo, obispo.	1247
— Edmundo.	1248
— Pedro Mártir.	1253
— Estanislao, obispo.	idem

Por Alejandro IV.

Santa Clara, vírgen.	1255
San Columbano, abad.	idem
— Ricardo, obispo.	1261

Por Clemente IV.

Santa Edubigis, duquesa de Polonia.	1267

Por Gregorio X.

	Años.
San Leon, obispo.	1267
Santa Franca Placentina.	idem

Por Bonifacio VIII.

San Luis, rey de Francia.	1297

Por Clemente V.

San Pedro Moron	1313

Por Juan XXII.

San Luis, obispo.	1317
Santo Tomás, obispo.	idem
— Tomás de Aquino.	1323

Por Clemente VI.

San Ivon, presbítero.	1347
— Eleazar Sabran.	1349

Por Urbano VI.

Santa Catalina, hija de Santa Brígida	1375

Por Bonifacio IX.

Santa Brígida, viuda.	1390
San Juan, confesor.	idem
— Juan Bridlingtono.	idem

Por Martin V.

San Sebaldo, ermitaño.	1390
Santa Mónica, madre de San Agustin.	idem

Por Eugenio IV.

San Nicolás de Tolentino.	1446
— Bellino, obispo y mártir.	idem
— Florentino, obispo.	idem

Por Nicolás V.

San Bernardo de Siena.	1450

Por Calisto III.

San Vicente Ferrer.	1455
— Osmundo, obispo.	idem
— Edmundo de Inglaterra.	idem

Por Pio II.

Santa Catalina de Sena.	1461

Por Sisto IV.

Los Santos Mártires Berardo, Pedro, Oton, Accorso y Adjuto de la órden de los Menores.	1482
San Buenaventura, obispo y doctor.	idem
— Alberto, carmelita.	idem



Vista particular de Roma.

Por Inocencio VIII.

	Años.
San Leopoldo, duque de Austria.	1485

Por Julio II.

Los Santos Mártires Juan, Benito, Mateo, Isaac, Cristino, Atanasio, Lorenzo, Rogumilio y compañeros de la órden de San Romualdo.	1485

Por Leon X.

San Bruno.	1514
— Francisco de Paula.	1519
— Casimiro, rey de Polonia.	1521
— Leon, obispo.	idem

Por Adriano VI.

San Benon, obispo.	1523
— Antonino, obispo.	idem
— Famiano, confesor.	idem
— Famiano de Colonia.	idem

Por Julio III.

San Silvestre, monje basilio.	1523

Por Sisto V.

San Diego, confesor.	1588

Por Clemente VIII.

San Jacinto, confesor.	1594
— Ramon de Peñafort.	1600

Por Paulo V.

Santa Francisca Romana.	1608
San Cárlos Borromeo.	1610

Por Gregorio XV.

San Isidro Labrador, patron de Madrid.	1622
— Felipe Neri.	idem
— Ignacio de Loyola.	idem
— Francisco Javier.	idem
Santa Teresa.	idem

Por Urbano VIII.

Santa Isabel, reina de Portugal.	1625
San Andrés Corsini.	1629

Por Alejandro VII.

Santo Tomás de Villanueva.	1658
San Francisco de Sales.	1665

Por Clemente IX.

San Pedro de Alcántara.	1669
Santa María Magdalena de Pazzis.	idem

Por Clemente X.

	Años.
San Cayetano Tieneo.	1671
— Francisco de Borja.	idem
— Felipe Benizzi.	1671
— Luis Bertran.	idem
Santa Rosa de Lima.	idem

Por Alejandro VIII.

San Lorenzo Justiniani.	1690
— Juan de Capistran.	idem
— Pascual Bailon.	idem
— Juan de san Facundo.	idem
— Juan de Dios.	idem

Por Clemente XI.

San Pio, papa V.	1712
— Félix de Cantalicio.	idem
— Andrés Avelino.	idem
Santa Catalina de Bolonia.	idem

Por Benedicto XIII.

Santo Toribio, obispo.	1726
San Jacobo de la Marca.	idem
Santa Inés de Monte Pulciano.	idem
San Peregrino Laziosi.	idem
— Juan de la Cruz.	idem
— Francisco Solano.	idem
— Luis Gonzaga.	idem
— Estanislao Kostka.	idem
— Juan Nepomucemo.	1728
Santa Margarita de Cortona.	idem

Por Clemente XII.

San Vicente de Paula.	1737
— Juan Francisco Regis.	idem
Santa Catalina Fieschi Adorni.	idem
— Juliana Falconieri.	idem

Por Benedicto XIV.

San Fidel de Sigmaringa, mártir.	1746
— Camilo de Lelis.	idem
— Pedro Regalado.	idem
— José de Leonesa.	idem
Santa Catalina Ricci.	idem

Por Clemente XIII.

San Juan Canzio.	1767
— José de Calasanz.	idem
— José de Cupertino.	idem
— Gerónimo Emiliani.	idem
— Serafin de Monte Granaro.	idem
Santa Juana Francisca de Cantal.	idem

Por Pio VII.

	Años.
San Francisco Caracciolo	1807
— Benito de san Filadelfo	idem
Santa Angela Merici	idem
— Coleta Boilet	idem
— Jacinta Mariscotti	idem

Por Gregorio XVI.

San Alfonso María Ligorio, obispo	1836
— Francisco de Gerónimo	idem
— Juan José de la Cruz	idem
— Pacífico de san Severino	idem
Santa Verónica de Juliani	idem

Por Pio IX.

San Pablo Michi	1862
— Juan Soan	idem
Santiago Chisai	idem
San Pedro Bautista Blasquez	idem
— Martin de Aguirre	idem
— Francisco Blanco	idem
— Felipe Las Casas	idem
— Gonzalvo García	idem
— Francisco, llamado de san Miguel	idem
— Leon Carasuma	idem
— Pablo Suzuqui	idem
— Miguel Cosaqui	idem
— Pablo Ibarchi	idem
Santo Tomás Idanqui	idem
San Francisco, llamado el Médico	idem
— Gabriel de Duizco	idem
— Buenaventura	idem
Santo Tomás Cosaqui	idem
San Juan Quizuja	idem
— Cosimo Taquia	idem
— Antonio de Nagasachi	idem
— Ludovico Ibarchi	idem
— Joaquin Saquiye	idem
— Matías de Meaco	idem
— Pedro Suquezico	idem
— Francisco Fahelante	idem
— Miguel de los Santos	idem
— Josafat Kuncewicz	1867
— Leonardo de Porto Mauricio	idem
— Pablo de la Cruz	idem
— Pedro de Arbués	idem
Santa Germana Cousin	idem
— María Francisca de las cinco llagas	idem

Mártires Gorgomienses.

	Años.
San Nicolás Pik	1867
— Gerónimo Werden	idem
— Nicasio Tohuson	idem
San Teodorico Embden	1867
— Goffredo de Marville	idem
— Willaldo de Dinamarca	idem
— Antonio de Verden	idem
— Antonio de Hornaire	idem
— Francisco Rhodes	idem
— Pedro de Asche	idem
— Cornelio de Dorestat	idem
— Leonardo Wichel	idem
— Nicolás Poppel	idem
— Goffredo Dunco	idem
— Juan de Osterwican	idem
— Juan de Colonia	idem
— Adrian Becan	idem
— Juan Lacoss	idem
— Andrés Walter	idem

Referiré lo que se hizo en el dia 29, antes y despues de la ceremonia descrita.

Disparáronse al amanecer cañonazos en el castillo de Sant'Angelo, enarbolándose además los estandartes de la Iglesia y del Santo Padre.

Abrióse á las cinco la Patriarcal Basílica Vaticana y sus venerables subterráneos, en los cuales pudieron entrar los hombres durante todo el dia. En el siguiente sólo se permitió el ingreso á las mujeres.

A las seis y media el Senador y los Conservadores de Roma se dirigieron al altar de la Confesion, á fin de hacer al Príncipe de los Apóstoles las oblaciones acostumbradas.

A las siete comenzó la procesion. No necesito referirla de nuevo, ni tampoco las siguientes ceremonias propias de la canonizacion y de la misa pontifical.

Cantáronse á las cinco de la tarde segundas vísperas. Dirigió los coros el señor Meluzzi, maestro de la capilla Julia. Además del capítulo de la Basílica, asistieron los eminentísimos Príncipes de la Iglesia. Habíalos invitado el Cardenal Arcipreste, quien los cumplimentó dignamente, sujetándose á la costumbre y á lo prescrito en el ceremonial.

IX.

Para proceder con el órden indispensable, seguiré dando cuenta de las funciones religiosas verificadas con motivo de las fiestas del Centenar. Me ocuparé á continuacion en las civiles, pasando á describir despues las académicas. Tengo para mí que no cabe método mas natural.

Asistimos el dia 30 á otra festividad religiosa. Celebraba la Iglesia la conmemoracion de San Pablo,

Apóstol de las gentes. ¡San Pablo! Hé aquí un nombre que no puede menos de hallar simpatías profundas en todos los que profesamos la Religion del Crucificado. Quizás no ha existido ni existirá nunca en el mundo quien mejor pueda dar á conocer los efectos asombrosos de la gracia.

¿Quién lo ignora? Era Saulo el perseguidor mas cruel de los discípulos del Redentor. Les odiaba de muerte y les perseguia con el frenesí de un loco. En el Libro de los libros consta que devastaba las iglesias, como tambien que hacia salir violentamente de sus casas á los hombres y á las mujeres. Los pobres cristianos andaban dispersos por Judea y Samaria, por donde discurrian los Apóstoles.

Saulo quiere nuevas víctimas y acude al Príncipe de los sacerdotes, de quien obtiene cartas para las sinagogas de Damasco. Pronto se vá, fija la mente y el alma en la idea de ahogar en sangre á la Religion celestial. ¡Cuántos *genios* han intentado lo propio en el trascurso de diez y nueve siglos!

Antes de llegar á la célebre poblacion, queda deslumbrado por un vivo resplandor sobrenatural. Cae de su caballo y oye una voz misteriosa que le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» ¡Oh prodigio del poder y de la omnipotencia de Dios! Aquel hombre soberbio; aquel perseguidor infatigable de Jesus; aquel fanático entusiasta del moribundo paganismo abre sus ojos y su entendimiento á la verdad, diciendo inmediatamente. ¡Señor! ¿qué quereis que haga?» Dios le dice realmente lo que debe hacer y queda convertido en uno de los adalides mas intrépidos, mas animosos, mas constantes y mas decididos de nuestra Religion. Estupendo milagro, sin linaje de duda, que debieran recordar constantemente los adversarios de la Iglesia. Prodigio admirable, suficiente por sí solo para enaltecer y amar con toda el alma y con todo el corazon, las conso ladoras creencias de nuestros mayores.

Dios continúa siendo el mismo. Sigue su gracia á disposicion de los que la necesitan. Que lo sepan los impíos, los incrédulos, los indiferentes, los que tratan en fin de conciliar cosas incompatibles con la dignidad del hombre y de sostener teorías conducentes á una confusion babilónica.

La Basílica de San Pablo es uno de los monumentos mas grandiosos del Catolicismo. La que hoy admiran embelesados los que penetran en su recinto, fue inaugurada en 1847. Hubo primeramente la que fundó Constantino sobre la tumba del Apóstol, sustituida mas tarde por otra que terminó el Emperador Honorio, siendo adornada despues por varios Sumos Pontífices. Quedó destruida por un incendio en el año 1823, y hay datos para sostener que la catástrofe no se debió á la casualidad.

Gracias á la Providencia Divina, el templo actual es mas suntuoso, admirable y magnífico que el anterior. Al contemplarlo y recorrerlo, se piensa involuntariamente en el de Salomon y en el de Santa Sofía, ornamentos de Jerusalen y de Constantinopla.

No se parece á ninguno de los templos que se admiran en las naciones católicas. Es preciso examinarlo para comprender que aquella es la casa del Señor. ¡Y qué casa tan soberbia y tan preciosa! ¿Quién ha visto jamás una coleccion de mármoles tan numerosa y tan brillante y tan selecta? ¿Quién no recuerda con gozo aquellas cinco naves magestuosas divididas por ochenta columnas corintias de granito, con basamentos y capiteles de mármol blanco? ¿Quién no recuerda las de alabastro oriental, que sostienen el pabellon del altar mayor? ¿Quién no recuerda las piedras preciosas de malaquita que hay en el mismo y en los altares del crucero, regaladas por un emperador de Rusia? ¿Quién no recuerda los escelentes retratos en mosáico de todos los sucesores de San Pedro, que rodean la gran Basílica? ¿Quién no recuerda las pinturas notables que la decoran y embellecen? ¿Quién no recuerda, en fin, las reliquias inapreciables que contiene?

Es imposible referir minuciosamente sus obras artísticas y sus riquezas inapreciables. No puedo contarlo todo: he de ceñirme á lo mas esencial y á lo mas adecuado al objeto de la presente publicacion.

Con motivo de la festividad, estaba el templo magníficamente engalanado. Los padres benedictinos que lo custodian comprendieron que no podian menos de adornarlo profusamente por añadirse á la fiesta ordinaria de la Conmemoracion del Apóstol del Centenar. Confiaron la empresa al profesor arquitecto que dirige ordinariamente los trabajos de la Basílica, cuyo nombre pasará realzado y engrandecido á la posteridad.

No es maravilla por consecuencia que los adornos permanentes se armonizasen con los transitorios. No lo es tampoco que los candelabros, cornucopias, lámparas y demás objetos preparados para la iluminacion se distinguiesen por su buen gusto. No lo es, finalmente, que esta brillase por su esplendidez, por su novedad y por el arte con que se dispuso.

En los arcos laterales habia muchos bonitos candelabros. Del centro de aquellos pendian arañas de cristal que formaban dibujos perfectamente ideados.

De las pinturas al fresco colocadas en los intercolumnios diré algo mas adelante, al enumerar los escritos publicados á causa de las fiestas.

La funcion religiosa comenzó por la mañana. En virtud de lo prescrito por la constitucion *Admirabilis*, dada por Benedicto XIV, habian de ir al templo

suntuoso el segundo dia de la octava de los Santos Príncipes de los Apóstoles, los ilustrísimos señores prelados arzobispos y obispos asistentes al solio pontificio.

Su Santidad acudió á la funcion con gran tren, acompañado de su noble antecámara. Poco despues de llegar sentóse en el trono, desde el cual oyó el santo sacrificio de la misa.

El grandioso presbiterio de la iglesia presentaba un admirable golpe de vista. A uno y otro lado del solio se colocaron multitud de patriarcas, arzobispos y obispos. De seguro no habia contenido nunca el



Iglesia de San Pedro in Montorio.

templo tantos y tan venerables sucesores de los Apóstoles.

Ofició de pontifical Monseñor Pablo Ballerini, patriarca de Alejandría. Además de los referidos, intervinieron en la fiesta varios señores componentes la junta para la reedificacion de la Basílica, de la cual forman parte algunos cardenales, prelados y otras personas distinguidas.

En un palco elegantemente dispuesto se hallaban S. M. el Rey de las Dos-Sicilias, varios Príncipes y Princesas de la familia Real de Nápoles y S. A. R. doña Isabel María, Infanta portuguesa.

Terminado el Pontifical, Su Santidad y los demás personajes referidos pasaron al antiguo monasterio de benedictinos, que como ya dije, tienen á su cargo la custodia de la Basílica. Pio IX permitió que le besaran en ella el pie los religiosos y muchas personas más ó ménos distinguidas.

Al ir Su Santidad á la Basílica y al volver de ella fué aclamado por una multitud entusiasta de católicos. No describo la ovacion para evitar enojosas y pesadas repeticiones.

Los monges benedictinos cantaron por la tarde solemnes vísperas con acompañamiento de orquesta. Cantaron con gusto y afinacion exquisita. Sus oraciones fueron muy gratas á Dios, sin linaje de duda.

Los que hablan ó escriben contra las comunidades religiosas, ignoran los beneficios de todo linaje que

han derramado y siguen derramando por el mundo. ¿Hay cosa mas bella que la de dirigir preces amorosas y suplicantes al Señor de todo lo creado? ¿Puede darse un espectáculo comparable con el que ofrecen los ministros del Señor que se consagran á socorrer las necesidades de sus hermanos de Religion?

En virtud de lo dispuesto por el Eminentísimo señor Cardenal Vicario, dirigiéronse procesionalmente por la tarde á la Basílica mencionada diversas congregaciones de Roma. No les detuvo la consideracion de la distancia que hubieron de atravesar. Marcharon á ella para cumplir lo mandado por su obispo y para satisfacer los sentimientos piadosos de su corazon. Roma es acaso la única capital que no se avergüenza hoy de su religiosidad extraordinaria. Continúa siendo la luz brillante y esplendorosa que á todas las demás ilumina.

Por desgracia muchas cierran voluntariamente los ojos para no verla. ¡Desventuradas!

En el mismo dia 30 hubo tambien funcion en honor de San Pablo en el lugar donde vertió su sangre generosa. Consérvase aún la columna en que le ataron.

Llámase la iglesia de las Tres Fuentes. Una tradicion veneranda dice que al separarse la cabeza del cuerpo dió tres saltos, saliendo agua saludable y cristalina en los puntos que tocó. Existen con efecto las fuentes. Raro es el católico que no bebe en las tres, movido por su piedad y por el afan de saber si realmente se diferencia su temperatura de un modo notable.

La Iglesia, por lo demás, es sumamente pobre. Atrae por ese misterioso encanto que distingue á Roma y muy singularmente á muchos de sus venerandos edificios. No se descubre casi nada notable al penetrar en ellos y esperiméntase sin embargo una emocion extraordinaria. Es que la memoria recuerda sucesos importantes más ó ménos esclarecidos: es que la fantasía les da cuerpo, y les reviste de formas materiales.

Prescindiendo de la columna y de las fuentes referidas, lo que más llama la atencion en la iglesia que hace correr mi pluma són los mosáicos que están encima del altar y las cárceles debajo del mismo situadas. Infinidad de mártires las ocuparon en los albores del Cristianismo.

Algunas palabras sobre las funciones religiosas correspondientes á la octava de los Príncipes de los Apóstoles.

Dije ya y repito ahora que á la de la Conmemoracion de San Pablo hubieron de asistir los obispos y arzobispos asistentes al solio. Añado que honraron las restantes con su presencia las llamadas capillas prelaticias.

Verificáronse sucesivamente en Santa Pudenciana, en Santa María *in Via-Lata*, en San Pedro *ad Vincula*, en San Pedro *in Carcere*, en San Pedro *in Montorio* y en San Juan de Letran.

Concurrieron al primer templo de los seis últimamente referidos los Protonotarios Apostólicos. Al segundo, los auditores de la sagrada Rota. Al tercero, los sacerdotes de la Cámara Apostólica. Al cuarto, los prelados votantes de la estampilla. Al quinto, los abreviadores del *Parco Mayor*. Hubo en el sexto capilla papal. A todos acudió una multitud extraordinaria de fieles.

Los límites á que debo sujetarme no me consienten hacer una reseña datallada de los templos mencionados. De algunos tienen ya noticia mis lectores, por lo dicho anteriormente. Se designaron por la circunstancia de conservar recuerdos santos de los Príncipes de los Apóstoles.

Sabido es que el de Santa Pudenciana se construyó sobre el solar del senador Pudente, que fué convertido, así como su familia, por el primer Vicario del Hombre-Dios. Admíranse aún los mosáicos del antiguo pavimento de la casa. «En ella entró Pedro, dice un dignísimo prelado de nuestro país, con el bordon de peregrino en la mano; allí recibió generoso hospedaje, allí meditó, maduró y puso por obra la gran *locura de la Cruz*, el plan de la conversion de la Roma pagana y la ruina del imperio de los ídolos por doce pobres pescadores.»

La iglesia de Santa María *in Via Lata,* ocupa un sitio en que estuvo preso el Apóstol de las Gentes. Allí escribió algunas de sus Epístolas inmortales. Segun San Ambrosio, fuéron la leche que alimentó á la Iglesia en su cuna y continúan siendo los manantiales inagotables de la ciencia de Dios.

Con gusto especial hablaria de esos escritos por tantas razones admirables, refutando de pasada algunas objeciones necias, aducidas por los incrédulos contra varios de sus pasajes. No lo consiente la índole de mi obra. Haré notar empero que sólo Dios pudo inspirar cartas que, sin embargo de sus incorrecciones de estilo, brillan y resplandecen por su elocuencia y sublimidad; que parece imposible pudiera dictarlas un hombre que se gloriaba de no conocer las ciencias humanas, lo cual no le impedia decir de sí propio «he sido constituido doctor de las naciones en la fé y en la verdad de Jesucristo»; y en fin, que acreditan y ponen de relieve la santa libertad de los hijos de Dios. Se pudo prender á Pedro y se le pudo dar muerte, pero no se pudo impedir que

iluminase al orbe católico con el resplandor de sus Epístolas incomparables. En la que dirigió á los Efesios, que es una de las más preciosas, léese lo siguiente: «Rogad por mí, á fin de que Dios me dé palabras para enunciar libremente el Evangelio, cuyo ministro soy, aunque encadenado, y para que lo publique con decision cual debo hacerlo.»

Recomiendo estas frases á los políticos modernos. No acuden á la Biblia, donde se aprende á gobernar bien y á tener en poco las asechanzas pérfidas y las odiosas maquinaciones. Por esto conducen á las naciones á su ruina y se mueren de miedo no bien vislumbran algun peligro para su persona.

¡Permite oh Dios que las sociedades sean regidas pronto por hombres imbuidos en el espíritu del Evangelio!

Hablé anteriormente de la iglesia de San Pedro *ad Vincula*. Dije ya que guarda las cadenas con que fué atado el Principe de los Apóstoles, como tambien que los católicos profesan una veneracion muy grande á tan preciosas reliquias. La veneracion es mayor desde que distribuye mediante una limosna *fac-similes* de ellas la Archicofradía titulada de las Cadenas de San Pedro, enriquecida por Su Santidad con numerosas indulgencias.

Una palabra sobre la iglesia de San Pedro *in Carcere*. Está en el sitio que ocuparon las célebres prisiones mamertinas. Segun madama Staël las hizo construir Anco Marcio para los delincuentes comunes. Servio Tulio mandó abrir otras más profundas para los reos de Estado. Yugurta y los cómplices de Catilina, murieron en estas, que ocuparon tambien los príncipes de los apóstoles. ¡Gran crímen el de haber defendido valerosamente la Religion del Crucificado! . . . .

He visto esas cárceles ya trasformadas en capillas. Son oscuras y tétricas: estan además ahumadas y dan idea de las persecuciones que acreditan. Bebí agua del manantial de que se sirvió el Príncipe de los Apóstoles para bautizar á sus carceleros despues que los hubo convertido. En virtud de las consabidas, infalibles palabras, el antiguo pescador de Galilea quedó trasformado en pescador de hombres. Del sitio en que me ocupo salió, para sufrir el martirio.

La Iglesia de San Pedro *in Montorio*, donde celebró Su Santidad el dia 1.° de Julio, situada magníficamente encima del Janículo y debajo de la hermosa fuente Paulina, es digna de mencion especial sobre todo por el templete circular que construyó Bramante y por la tradicion piadosa que guarda con exquisita diligencia.

Es con efecto, el referido templete una obra de primer órden que no se cansan de admirar los más entendidos arquitectos. Las diez y seis columnas dóricas de granito con bases y capiteles de mármol que lo sostienen son superiores sin género de duda.

Es muy pequeño, y casi parece un juguete. Segun todas las probabilidades debia rodearlo un cuerpo mucho mayor sostenido por columnas aisladas. El artista inmortal no pudo construirlo.

Prescindiendo de su mérito artístico y de las obras de arte que contiene (poseyó la trasfiguracion de Rafael) la Iglesia que hace correr mi pluma fué construida en el sitio donde fué martirizado el Príncipe de los Apóstoles. Enarbolóse allí la cruz en que dió dichosamente su espíritu al Señor. Así lo afirma el célebre Baronio. Los católicos consiguen fácilmente un poco de tierra del lugar en que acaeció este suceso capital en la historia eclesiástica.

Tiene para los españoles la Iglesia un valor singularísimo. Refiérome á la circunstancia de haberse levantado á expensas de los Reyes Católicos, cuyo elogio más cumplido se hace pronunciando sus nombres.

Sufrió mucho en el año 1849 por haber quedado constituido este venerable lugar en centro de las operaciones militares.

El actual Pontífice-Rey quiso hermosear este monte santificado con la sangre del primero de sus predecesores. Encargó al efecto al célebre Fontana que hiciese lo posible para quitar de los lugares próximos cuanto los afease, á fin de que recobraran la belleza que tuvieron anteriormente. Paréceme inútil añadir que logró su propósito.

Quedaba por vencer una dificultad. La pendiente de la colina, desde la cual se descubre un panorama delicioso, era demasiado grande. A fin de facilitar la subida, Nuestro Santísimo Padre proporcionó á la corporacion municipal los medios para construir un camino que lo hiciera fácil y agradable. Pudimos subir por él los que presenciamos las fiestas del Centenar.

Me cumple añadir, sin entrar en pesados detalles, que lo construyó el ingeniero don Federico Arcángeli, como tambien que el municipio colocó en medio del monte, para perpetua memoria, una lápida de mármol con la siguiente inscripcion:

SAECVLO . XVIII . EXEVNTE
A . MARTYRIO . PRINCIPIS . APOSTOLORVM
S . P . Q . R.
VT . FACILIOR . AD . IANICVLVM . ADSCENSVS
COMMEANTIVM . COMMODITATI . REDDERETVR
AVCTORITATE . PII . IX . PONT . MAX.

SVMPTIBVSQVE . OPERI . PERFICIVNDO
EIVS . MVNIFICENTIA . SVPPEDITATIS
CLIVI ASPERITATE MOLLITA
EXCISO . MONTE . AGGERIBVSQVE . SVFFVLTO
BREVI . L . DIERVM . INTERVALLO
VIAM . RENOVAVIT . PRODVXIT
ANNO . MDCCCLXVII.

FRANCISCO . CAVALLETTI . RONDININI . MARCH.
SENATORE . VRBIS

ASCANIO . DE . BRAZZA' . COMITE
FERDINANDO . GIRAVD . COMITE
BENEDICTO . PELLEGRINI . QVARANTOTTI . MARCH.
HANNIBALE . MORONI . COMITE
IOSEPHO . PVLIERI . EQVITE
PETRO MEROLLI . EQVITE
IOANNE . BAPT . BENEDETTI . EQVITE
VALERIO . TROCCHI . EQVITE
COSS.

Hé aquí su traduccion:

A fines del siglo décimo-octavo, desde el martirio del Príncipe de los Apóstoles, el Senado y el pueblo romano, á fin de hacer más fácil la subida al Janículo, para comodidad de los viajeros, por mandato de Pio IX, Pontífice máximo y con las expensas facilitadas por su munificencia para la conclusion de la obra, concluyó y renovó el camino en el breve espacio de cincuenta dias, suavizando la aspereza de la subida, rompiendo el monte y fortificándolo con terraplenes.—Año de 1867.

Marqués Francisco Cavaletti Rondinini.
Senador de la ciudad.

Conde Ascanio de Brazza.
Conde Fernando Giraud.
Marqués Benedicto Pellegrini Quarantotti.
Conde Anibal Moroni.
Caballero José Pulieri.
Caballero Pedro Merolli.
Caballero Juan Bautista Benedetti.
Caballero Valerio Trocchi.
Conservadores.

La octava de la festividad de San Pedro y San Pablo, Príncipes de los Apóstoles, terminó con una fiesta en la Basílica Lateranense.

Algo dije ya del templo: añado que fué decorado con gusto y magnificencia. Los damascos con que se cubrieron sus paredes, los tapices de seda y de terciopelo que descendian de sus arcos y formaban graciosos pabellones, las antorchas que se colocaron á su alrededor, los adornos de las cornisas y de los tímpanos de los grandes nichos, las cornucopias que agrupaban la luz delante de las estatuas de los Apóstoles, de los bajo-relieves y de los cuadros que representan pasajes de la Biblia y muchas otras cosas que se escapan siempre al ojo más perspicaz formaban un hermoso conjunto.

La funcion religiosa fué digna de las fiestas del Centenario y de la iglesia considerada como madre y cabeza de todas las demás en el mundo católico existente. La orquesta corrió á cargo del caballero Capocci, maestro de la capilla Pia. Llevó coros muy selectos y numerosos.

Se cantaron primeramente las vísperas del viernes, á las cuales asistió el eminentísimo señor Cardenal Altieri, camarlengo de la Santa Iglesia y Arcipreste de la famosa Basílica. A la mañana siguiente cantáronse maitines y laudes, oficiando Monseñor Rossi-Vaccari, arzobispo de Colossi y canónigo del templo patriarcal.

Habia de celebrarse capilla cardenalicia, pero el Santo Padre dispuso que fuese papal para mayor solemnidad. Dirigióse al efecto Pio IX á las diez con gran tren al templo suntuoso y oyó la misa desde el trono que se le habia preparado. Ofició el referido cardenal y concurrieron los demás príncipes de la Iglesia, los patriarcas, los arzobispos, los obispos, el colegio de la prelatura, el magistrado romano y cuantos tienen por derecho propio sitio de honor en funciones semejantes.

Por la tarde pontificó en las segundas vísperas monseñor Villanova-Castellacci, arzobispo de Petra, vice-gerente de Roma y canónigo del templo. Honráronlo nuevamente con su presencia en virtud de invitacion especial los cardenales, que fueron recibidos y cumplimentados despues de la fiesta por el cardenal Altieri, obispo de Albano, y camarlengo de la S. R. C.

A la caida de la tarde el Senador y los conservadores de Roma se dirigieron solemnemente á la Basílica con el fin de visitar las reliquias preciosas de los príncipes de los Apóstoles. Iba tambien el cuerpo de vigilantes, con su orquesta, y los dependientes municipales. Asi obran las autoridades en los paises verdaderamente católicos.

No pasaré á otro asunto sin añadir que la Basílica Lateranense conservará siempre gratísimos recuerdos del actual Pontífice que rige maravillosamente la Iglesia de Dios. Despues de su retorno á Roma en 1849 consagróse con afan á su embellecimiento. Delante del altar papal abrió la Confesion por la que se desciende á una hermosa cripta venerada con el respeto más profundo. Volvió además al Tabernáculo la forma primitiva que le diera su predecesor Martin V. Como si ésto no fuese bastante, dispuso que la sagrada mesa que lo cubre, dentro de la cual se conserva intacto el altar de madera en que, segun tradicion piadosa, celebraba el sacrificio incruento el príncipe de los Apóstoles, fuese realzada y embellecida con nuevos adornos de mármol y de metal.

Hé aquí por qué aparece en el arquitrave una inscripcion decorada con magnificencia, que dice:

PIUS. IX. PONT. MAX. IN. VETEREM.
FORMAM. RESTITUIT. AC. SPLENDIDIORI. CULTU.
INSTAURAVIT. AN. D. MDCCCL.

En el dia 7 de julio se verificó la ceremonia de la beatificacion de los mártires Alfonso Navarrete, Pedro de Avila, Pedro de Zúñiga, Cárlos Spínola, Juan Fírajama ó Diaz, Lucía Fleites y demás compañeros hasta el número de doscientos cinco. Procuraré describirla brevemente.

Espondré primeramente algunas ideas generales



Illmo. Señor don Pablo Benigno Carrion, obispo de Puerto-Rico.

sobre la beatificacion, tomándolas de un folleto publicado en Roma con todas las formalidades de la ley.

Hay dos clases de beatificaciones. En la una se aprueba meramente el culto dado, durante mucho tiempo, á un servidor de Dios. Preséntase la demanda por el ordinario á la Congregacion de Ritos, que da el decreto si se aducen las pruebas exigidas por el Pontífice Benedicto XIV. Despues lo aprueba el Santo Padre.

Nada mas, en gracia de la brevedad, sobre la beatificacion referida.

La solemne ó formal es un acto por el que declara el Soberano Pontífice que un católico, ya difunto, habiendo vivido santamente y hecho milagros, goza de la vision de Dios en la bienaventuranza. En su virtud permite se le rinda culto, que se ciñe á una órden religiosa, á un pais ó á una diócesi, á diferencia del relativo á los canonizados que se debe dar en todo el mundo católico. En la beatificacion no habla el Pontífice *ex cathedra*, por cuyo motivo no queda obligada la Iglesia universal.

Se ha encontrado el orígen de la beatificacion en el Antiguo Testamento. Notó Belarmino que el Espíritu Santo puso en los labios de Salomon las siguientes palabras relativas á Henoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y otros justos. «Alabemos á los varones ilustres... Mucha gloria redundó al Señor por su magnificencia con ellos desde el principio del mundo... Hombres ricos en virtudes, solícitos del decoro *del santuario*, pacíficos en sus casas... Todos estos en sus tiempos alcanzaron gloria, y honraron su siglo. Los *hijos* que de ellos nacieron, dejaron un nombre que hace recordar sus alabanzas... Pero aquellos fueron varones misericordiosos y *caritativos*,

cuyas obras de piedad no han caido en olvido... Y por el mérito suyo durará para siempre su descendencia; nunca perecerán su linaje y su gloria. Sepultados en paz fueron sus cuerpos; y vive su nombre por todos los siglos. Celebren los pueblos su sabiduría y repítanse sus alabanzas en las asambleas sagradas.»

Todas estas palabras son del capítulo XLIV del Eclesiástico.

Viniendo á los siglos que caen á este lado de la Cruz, San Pio I, papa, escribió á San Justo á propósito del martirio de Veco, obispo de Viena, que conservara los cuerpos de los que confirmaban su fé derramando su sangre generosa, á imitacion de los Apóstoles que recogieron con gran diligencia el de San Estéban. San Cipriano recomendaba vivamente á su clero que consignase los nombres y los dias en los cuales eran los fieles martirizados. Generalizóse mucho esta costumbre y el catálogo aludido recibió el nombre de cánon. Dióse mas adelante el de beatificacion al hecho de insertarse en él á los que habian practicado de un modo eminente la virtud sobre la tierra.

El orígen de la beatificacion remóntase al tiempo en el cual aclamaba el pueblo, despues de sus dias, á un servidor de Dios, muerto en opinion de santo. Encendíase una lámpara en su tumba, y se colocaba su imágen en la iglesia.

Como no podia ménos de suceder, surgieron abusos deplorables, que llamaron la atencion de los Sínodos provinciales. Los mismos Papas les confiaron la instruccion de los procesos.

Lo que sucedió después lo dije al concluir la segunda parte de mi obra: no tengo para qué repetirlo.

La tramitacion actual es la siguiente. Si se prescinde de las delegaciones particulares que puede acordar el Sumo Pontífice, instruye todas las causas la Congregacion de Sagrados Ritos. A ella dirige la demanda el Ordinario del punto donde murió en olor de santidad é hizo milagros en vida y en muerte aquel de cuya beatificacion se trata. Hechas las observaciones que estima oportunas el defensor de la fé, y oidas las respuestas que da el abogado de la causa, examínase con madurez si ésta debe ó no debe admitirse. Si la mayoría de los individuos juzga lo primero se participa la resolucion al Santo Padre. Aprobada por él, da un decreto encomendando la causa exclusivamente á la Congregacion de los Ritos, hecho lo cual, en virtud de una costumbre antigua, concédese á los servidores de Dios el título de venerables. Lejos de llevar consigo el decreto la obligacion de rendirles culto, tómanse medidas para que no se les concedan los honores del mismo durante la tramitacion de la causa.

Antes del decreto, el Sumo Pontífice puede hacer examinar los escritos de aquellos cuya beatificacion se procura á fin de inquirir si contienen algo contra la fé ó las costumbres. El exámen no se ciñe á los impresos: extiéndese tambien á los manuscritos. Algunas veces se deja para después de incoado el proceso.

Indágase seguidamente si los venerables han dejado realmente reputacion de virtud y de santidad. Las dudas que pueden surgir aclárase después de las observaciones del promotor de la fé y de las respuestas del abogado de la causa. Una vez desvanecidas se da el subsiguiente decreto, investigándose posteriormente si poseyeron las virtudes cardinales y las morales. Redáctanse con tal fin procesos verbales después de oir á los testigos y especialmente á los que vivieron con el servidor de Dios.

Cuando dichos procesos llegan á Roma, la Congregacion indaga primeramente si se han guardado todas las solemnidades prescritas. Anúlalos si descubre la mas leve informalidad. Viniendo perfectamente, celebra tres reuniones para ver si practicaron de una manera heróica las virtudes referidas, y otras tres para examinar los milagros acaecidos después de su muerte. Admítense los votos de los profesores en el arte de curar, los cuales juran préviamente hacer un estudio secreto y emitir dictámen segun las inspiraciones de su conciencia.

Otra reunion se verifica en presencia del Sumo Pontífice para indagar si todo se ha hecho segun las reglas y decidir si se puede proceder á la beatificacion con seguridad.

Llenados todos estos requisitos, firmó el Papa, con fecha 7 de mayo de 1867 las letras apostólicas *in forma Brevis* para que se declarasen beatos los doscientos cinco venerables referidos.

No describiré la decoracion de la basílica por ser de todo punto innecesario. Me bastará decir que se dejó la dispuesta para la ceremonia de la canonizacion.

Algunas pequeñas modificaciones tuvo que hacer sin embargo el célebre arquitecto Fontana. Los estandartes fueron sustituidos por otros que representaban los milagros de los venerables. Al gran triángulo que se puso en el presbiterio, reemplazó una pintura, en la cual aparecia la gloria de los bienaventurados. Colocóse debajo el altar y otro cuadro que figuraba el martirio de San Pedro. Lo demás como en el dia 29.

Cúmpleme añadir que no se iluminó toda la basílica y que generalmente no se despliega tanto lujo en la ceremonia de la beatificacion.

Comenzó á las diez de la mañana. Los eminentísimos señores cardenales componentes la sagrada Congregacion de Ritos, los prelados y consultores de la misma, el capítulo y el clero de la patriarcal reuniéronse á la hora citada en el presbiterio.

Monseñor Bartolini, secretario de dicha Congregacion, acompañado de los reverendos superiores generales de las Ordenes religiosas, á las cuales pertenecieron los que iban á ser beatificados, pidió permiso para publicar las referidas letras apostólicas, á los señores cardenales Patrizi, prefecto de aquella, y Mattei, obispo de Ostia y de Veletri, decano del sacro colegio y arcipreste de la basílica. Antes de formular la peticion, refirió á grandes rasgos los méritos de los mártires. Obtenida la vénia, entregóse el documento pontificio á un prelado, el cual lo leyó á los fieles desde un púlpito dispuesto cerca de la Epístola. El notario de la Congregacion extendió el acta de la ceremonia.

Cantóse luego el *Te Deum*. Al entonarse sonaron nuevamente las campanas de la basílica, y volvieron á oirse los estampidos de los cañones y de los morteros de *Sant. Angelo*. Descubrióse al propio tiempo el cuadro donde aparecian las efigies de los beatos mártires entre resplandores de rayos brillantísimos, y el estandarte que se colocó en la gran galería de la fachada del templo grandioso. Las reliquias de los mártires se expusieron sobre el altar y todos los concurrentes invocaron de rodillas su proteccion poderosa.

Terminada esta ceremonia, comenzó la misa solemne. Celebró de pontifical el Illmo. y Rmo. monseñor Puecher-Passavalli, arzobispo de Iconio y vicario de la basílica. Dirigió los coros excelentes el caballero Meluzzi, maestro de la capilla Julia.

Muy poco de particular ofrece la misa de la beatificacion. Se rezó la de los mártires, por tratarse de héroes que sellaron con su sangre su fé viva y sus creencias profundas. El celebrante reverenció sus imágenes, incensándolas por tres veces consecutivas.

Después de la publicacion del Breve se distribuyeron sus efigies y un compendio de su vida gloriosa á todos los que ocupaban puestos reservados.

Los fieles que han confesado y recibido la santa comunion pueden ganar una indulgencia plenaria oyendo esta misa ó visitando el templo suntuoso.

A las seis de la tarde, Su Santidad seguido de los eminentísimos cardenales y de su noble antecámara, descendió á la basílica y después que hubo adorado el Santísimo dirigióse al presbiterio para venerar á los nuevos bienaventnrados. Los referidos superiores generales y los postuladores de la causa, ofrecieron á Su Beatitud los dones de costumbre. Consisten en una reliquia de los bienaventurados, en su Vida, en sus imágenes y en un ramo de flores.

Nuestro Santísimo Padre pasó después á venerar la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, expuesta como dije ya, en el altar gregoriano de la Vírgen María. Añadiré que durante la octava la veneró una multitud de fieles que dieron muestra de extraordinaria devocion.

Después que Pio IX salió del templo, se cantaron vísperas con gran solemnidad, con asistencia del capítulo y del clero de la basílica.

Tambien la Sociedad de San Vicente de Paul celebró las fiestas del Centenario. Lo que hizo consta en un documento publicado por el Consejo superior de Roma, que voy á traducir libremente.

Reseña de lo hecho por la Sociedad, con motivo del Centenario, y acta de la reunion extraordinaria del 4 *de julio de* 1867, *leida en la general, correspondiente al domingo* 21 *del propio mes y año, en Roma y en la iglesia de las Misiones.*

En el inusitado concurso de católicos procedentes de todas partes, llegados á Roma para celebrar el XVIII Centenario del martirio de los gloriosísimos Príncipes de los Apóstoles, no podia ménos de suceder que muchos sócios de las Conferencias de San Vicente de Paul, establecidas en Italia, Francia, España, Bélgica, Alemania, Asia, África y América, se hallaran entre nosotros, á fin de presenciar las solemnidades, rendir un testimonio de veneracion y de afecto á la Santa Sede y robustecer su fé cerca el sepulcro de San Pedro. Por aquel espíritu de union, de concordia y de verdadero amor que distingue á todos los individuos de las conferencias, era preciso saludar á estos hermanos y reunirles en una fiesta de familia. A este propósito convocóse, para el dia 26 del próximo pasado Junio, una reunion extraordinaria del Consejo particular de Roma, á la cual fueron invitados muchos representantes de las conferencias extranjeras, que la honraron con su presencia. Aquella numerosa reunion mostróse satisfecha de ser presidida por el señor don Pablo Decaux, vice-presidente del Consejo general y presidente de las cien conferencias de París, quien manifestó en breves palabras el estado de la sociedad en Francia, dando además consejos muy oportunos. Aún los pobres pudieron aprovecharse de esta coyuntura, porque habiendo dado un bienhechor una cantidad para la conferencia de San Nicolás de los

Coronados, declaró su presidente que era demasiado crecida, distribuyéndose en su virtud lo que sobró, después de socorridos los pobres de su conferencia, entre las restantes de Roma.

A continuacion, poniéndose cada uno en pie, indicó el Consejo ó la conferencia que representaba. Deliberóse después sobre pedir al Santo Padre una audiencia particular y se recibió perfectamente el acuerdo de disponer para el dia 4 de julio una reunion general, á la que pudiesen concurrir todos los socios.

Llegado el apetecido dia, se verificó en la iglesia de las Misiones, cerca de Monte Citorio, dos horas ántes del Ave-María. Asistieron los individuos del Consejo superior de los Estados Pontificios, los del Consejo particular y los de las conferencias de Roma, el presidente del Consejo superior de Génova, los representantes del Consejo central de Bolonia, el Consejo particular de Florencia, muchos presidentes y muchísimos socios de varios consejos y conferencias exteriores, francesas y españolas en su mayor parte.

Abierta la sesion con las preces acostumbradas, hecha la lectura espiritual, y leida el acta de la precedente reunion, el Reverendísimo Padre Alfieri, presidente de este Consejo superior, manifestó que el Santo Padre, llevado de su bondad, después de haber permitido que en el dia 2 del corriente mes, veinte socios de las conferencias del extranjero asistiesen á su misa privada y recibieran de su mano la Santa Comunion, se dignaba consentir que compareciesen ante su presencia soberana á las seis de la tarde del siguiente dia, todos los individuos de las Conferencias del esterior y tres de cada una de las de Roma. Después de éste anuncio, que fué escuchado con gozo singular, el mismo Padre Alfieri dió cuenta de los saludos afectuosos dejados por muchos presidentes, quienes ántes de marchar, manifestaron su sentimiento, por no poderse detenér en Roma con el fin de asistir á la reunion. A este propósito hizo leer una carta dirigida por el señor Decaux, vicepresidente del Consejo general de París. Esponia en ella el dolor que le causaba la imposibilidad de hallarse con nosotros. Obligado á salir de Roma ántes de tiempo por causa de salud, encargaba á nuestro presidente que hiciera sus veces y representase al Consejo general en la reunion. Recomendaba después la unidad de reglas, de sentimientos y de acciones; que no se perdiese la calma ni se abandonara el puesto en los dias difíciles; que se guardase modestia en los prósperos y que no se procediese por ninguna consideracion mundana; que se apoyase la caridad en la fé; que se socorriesen las necesidades materiales y morales de los pobres; que se cuidase especialmente de los niños, segun el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, favoreciéndoles con dinero, consagrándoles el mayor tiempo posible y amándoles de todo corazon, en la seguridad de que valdria eso tanto como servir al mismo Dios. Sin abandonarse al ímpetu de una exagerada iniciativa, huir de los escollos de una costumbre monótona y rutinaria. Amar á Dios, á los hermanos y á los pobres. Proceder dulce y moderadamente pero con firmeza y perseverancia. Realizar grandes empresas por medio de pequeñas obras. Combatir hasta el fin. Esperar últimamente y esperar siempre.

Tales son los encargos que dejó, no sin manifestar que los hubiera desenvuelto extensamente á poder concurrir á la reunion.

Fueron invitados después algunos representantes de las Conferencias para que diesen noticias de ellas. Los presidentes de las de San Sebastian, Lérida y Salamanca, uno después de otro, haciéndose intérpretes de sus conferencias y de todas las demás de la nacion católica, saludaron en el idioma de Castilla y con toda la efusion de su alma á las de Roma y á las demás representadas en la junta y pusieron de realce sus sentimientos de extraordinaria veneracion á la Santa Sede y á nuestra Sociedad. El presidente de la Conferencia de la Avana en las Indias Occidentales, y después los de otras, asociáronse con breves y afectuosas palabras á tan dignos sentimientos á nombre de todos sus hermanos.

Usó en seguida de la palabra el representante del Consejo particular de Jaen de la provincia de Andalucía. Leyó en idioma castellano una breve relacion de sus dos conferencias, dando noticia de la época de su fundacion, del número de socios que ascienden á sesenta y cinco, de las cincuenta y cuatro familias visitadas semanalmente, de las obras especiales que se practican, encaminadas especialmente á la instruccion intelectual y moral del pobre, de los ingresos que montan la suma de 7,000 reales anuales, y de su empleo sobre todo en pan, carne y otros comestibles.

Se leyó además una compendiada relacion del presidente del Consejo particular de *Aix la Chapelle* en la Prusia Renana, y se vino por ella en conocimiento de que existian en aquella antigua ciudad católica de sesenta y cinco mil habitantes, nueve conferencias con doscientos treinta miembros activos, los cuales distribuyen anualmente cerca de 20,000 francos; y que además de la obra principal, ó sea, de la visita á los pobres en su domicilio, se practica la del patronato de los aprendices y la de la reforma de aquellos que salen de la cárcel después de cumplir su condena.

Siguió á esta relacion otra del presidente del Consejo superior de Génova. Segun ella, dependen de aquel centro cuarenta conferencias, de las cuales

siete existen en la ciudad y las demás en los arrabales ó en las costas. A las primeras pertenecen cerca de ciento treinta hermanos y gran número de aspirantes, que desde los primeros años son iniciados en las obras de caridad por una Conferencia especial. En Génova fueron visitadas semanalmente en el año de 1866 trescientas cuarenta y tres familias. Las conferencias se ocupan tambien en el Patronato de los niños, en la secretaría de los pobres y en varias publicaciones de diversa índole. Estas son sus obras especiales. Mencionó después las conferencias establecidas fuera de la ciudad, advirtiendo que muchas



Ilmo. Señor don Fernando Blanco, obispo de Avila.

sufren difícilmente la accion de los tiempos que corren, por ser casi imposible hallar nuevos socios que sustituyan á los que se van.

El secretario del Consejo particular de Florencia, y el representante del Consejo central de Bolonia, leyeron sus relaciones, por las cuales se vino en conocimiento de todo lo referente á sus Consejos y á las conferencias dependientes de los mismos, siendo muy consolador saber que los unos y las otras, no obstante los obstáculos del tiempo presente, hacen esfuerzos para salir triunfantes de la prueba y continuar sus obras con perseverancia.

Por último, el secretario del Consejo superior de Roma leyó un estado sobre las Conferencias de la ciudad santa, dando cuenta del personal de los socios y de las familias pobres visitadas semanalmente, asi como de las obras especiales practicadas y de las entradas y distribuciones relativas al año último. Añadió después algunas observaciones para esplicar el motivo por el cual sin embargo de estar en Roma el centro del Catolicismo, la Sociedad de San Vicente de Paul, principalmente por lo que hace á las obras especiales, no recibe todo aquel desenvolvimiento deseado por muchos. En su sentir, débese tal resultado precisamente á la circunstancia de hallarse en Roma la Cátedra de San Pedro, la Sede Apostólica. Por este gran privilegio ha sucedido que nuestra Sociedad, que aún no cuenta medio siglo de duracion, ha encontrado en esta ciudad inmortal ya existentes y en ejercicio, casi todas las obras de caridad fundadas por las Conferencias en los demás puntos. La mayor parte de los hermanos de Roma, cuál más, cuál ménos, toman parte en las obras caritativas indicadas. Enumeró algunas de ellas, no para ostentacion sino por vía de prueba.

Terminada esta relacion, el Ilmo. y Rmo. Monse-

ñor Mermillod, obispo de Ebron y administrador de Ginebra, accediendo á las súplicas que se le hicieron para que pronunciase un discurso sobre la caridad, tomó la palabra y en idioma francés, con aquella profunda, espontánea y brillante elocuencia que le es propia, puso de realce todo el valor y precio de nuestra Sociedad. Ocúpase completamente del pobre que juzgado indigno de vivir ántes del Evangelio, quedó enaltecido después por Nuestro adorable Redentor, hasta el estremo de quedar convertida la pobreza en un verdadero poder y en una dignidad verdadera. Comprobó lo uno y lo otro, demostrando que la oracion del pobre es muy eficaz y que la salud eterna depende en gran parte de las obras caritativas. Puso después de manifiesto el honor otorgado por Jesucristo á los pobres, á quienes declaró sus representantes, manifestando además que lo que se hiciera en su favor lo consideraria como hecho á sí propio. Dirigiéndose después el orador sagrado especialmente á los sócios, felicitóles por su mision, congratulándose de que mientras en los Parlamentos nacionales modernos no se halla otra unidad que la de idioma reine entre nosotros una unidad admirable de sentimientos, de espíritu y de afectos en tanta variedad de naciones y de idiomas. Exhortólos después á proseguir en el buen camino, y á que se dedicasen cada dia con mayor ahinco á las obras de caridad sin detenerse nunca ni perder el valor.

Despues de este discurso, el canónigo magistral de Vitoria obtuvo el permiso de hablar y en un latin elegante, á nombre de las conferencias de España, repitió los saludos y las congratulaciones hácia nosotros, renovando los sentimientos de union, concordia y afecto. Aprobó todo lo dicho anteriormente, lamentó la persecucion movida en Italia contra las Conferencias y la Santa Sede; y terminó haciendo los mas fervientes votos por la prosperidad y conservacion del Sumo Pontífice reinante. A ellos adhirióse unánimemente toda la concurrencia.

Dichas las preces acostumbradas, levantóse la sesion.

En el dia siguiente 5 de julio y á las seis de su tarde, se reunieron en la sala del Consistorio del Vaticano mas de trescientos socios, entre los cuales se hallaban muchos franceses, belgas, españoles y varios individuos de las Conferencias de la Habana, de Cuba y de Oriente. Al entrar Pio IX acompañado de su noble antecámara, cayeron todos de rodillas. El Sumo Pontífice, llevado de su benignidad, hizo que todos se levantasen y oyó un breve mensaje que le fue leido por el Presidente de nuestro Consejo Superior. Pronunció despues un discurso afectuoso, en el cual dijo que aceptaba los votos y los sentimientos de devocion manifestados por nuestro Presidente. Alabó nuestra Sociedad, porque se ocupa precisamente en aquellas obras caritativas que serán recordadas en el tremendo dia del juicio universal. Esta virtud de la caridad, dijo, es la reina de todas las demás, así como el principio y la regla del buen vivir social. La primera de las virtudes es la fé, pero la fé muere cuando no está vivificada por las buenas obras. Es tambien la esperanza una virtud bella y preciosa, pero resulta vacía si no se apoya en la caridad. Esta excelsa y sublime virtud constituye nuestro mejor timbre durante la peregrinacion terrestre y nos unirá despues eternamente con Dios en la bienaventuranza.

Duéleme mucho que la emocion esperimentada al encontrarme en presencia del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, y al oir su dulce voz, no me permita recordar todo lo que con uncion grandísima dijo en el dia memorable á que me refiero. El Santo Padre se dignó por último dar á todos los socios presentes y ausentes, á las personas de su aprecio, á sus familias y á la Sociedad entera la Bendicion Apostólica, extensiva á la hora de nuestra muerte. Bendicion impetrando la gracia y la prosperidad en el tiempo asi como la ventura y la gloria en la eternidad. Al marcharse el Santo Padre, rogósele que bendijese los rosarios y condescendió, añadiendo la indulgencia del *Via-Crucis*. Extendióla para *in articulo mortis*, á los crucifijos de un grandor regular.

Hé aquí lo hecho por nuestras Conferencias con motivo del XVIII Centenario del martirio de San Pedro. Conservaremos siempre viva la memoria de lo sucedido, que aumentará indudablemente nuestra estimacion á la Sociedad de san Vicente de Paul, á la cual somos deudores de tantos consuelos.

El Secretario del Consejo Superior,
FERNANDO FRULLANI.

No me fue posible asistir á las reuniones indicadas, pero el documento anterior persuade de que nuestra patria estuvo en la principal dignamente representada. Hé aquí á mayor abundamiento, lo que don Miguel Sanchez, presbítero, escribió sobre ella el dia 6 de Julio. Publicóse la carta en el número 422 de *La Lealtad*, correspondiente al dia 13 del mes citado.

«Anteayer por la tarde se celebró en el templo de la mision una reunion, en la que se hallaban representadas las Conferencias de san Vicente de Paul de toda Europa, algunas de Canarias y bastantes de la Isla de Cuba. Presidia, como era natural, el digno general de la órden de San Juan de Dios, que se halla al frente de la sociedad de san Vicente de Paul en Roma.

»No puedo encubrir la satisfaccion que me causaba el ver la ciudad Papal convertida en centro de

la Conferencia de todo el mundo. Siempre he visto con pena la inconcebible centralizacion organizada en París. Dirigiéndose á varios españoles el presidente romano, con frases tan cariñosas como sentidas, manifestó varias veces que le llenaba de pesar el no haber jamás recibido una sola carta de adhesion de las Conferencias de España. Tampoco quiero examinar ahora esta cuestion. Sólo diré, que sin culpa de nadie, que sólo por no apartarse de una costumbre ya inveterada, será difícil el lograr que nuestras asociaciones cambien de rumbo, y en vez de pasar los Pirineos para buscar direccion en París, atraviesen el Mediterráneo y vengan á buscar luz y acierto en la Ciudad Eterna.

»En esta ocasion, como en las otras, España ha estado bien representada, y ha colocado á gran altura su nobilísimo pabellon. Empezó el presidente hablando en italiano. Algunos belgas y franceses creyeron oportuno esponer sus ideas en francés. Los españoles, al oir esto, variando de propósito, en vez de hacer uso de la palabra en italiano, como querian, se decidieron á hablar en español, cual en circunstancias tales convenia. El primero que usó de la palabra fué el señor Egaña, representante de las Conferencias de San Sebastian en Guipúzcoa. Su discurso fue muy breve, pero muy oportuno y tan lleno de fe y caridad, como de noble elocuencia y ardiente patriotismo. Le siguió el señor Rubio, dignidad de maestro escuela de la catedral de Valladolid.

»Dijo muy pocas palabras porque solo podia disponer de unos cuatro minutos, pero en tan brevísimo espacio de tiempo supo espresar los sentimientos de fe y caridad que agitan el corazon de España y que tienden á unirnos con todos los fieles que pueblan el universo. El señor Rubio, en palabras que fueron verdaderamente de oro, engarzó ideas que fueron y debieron ser estimadas como diamantes. En pos vino el señor Martinez, representante y secretario del Consejo general de las conferencias de la Habana.

»No pudo hablar menos ni decir mas. Acababa de besar el pie al Vicario de Jesucristo y pocas horas antes habia recibido el pan de los Angeles en la misma cárcel mamertina, donde agoviado por férreas cadenas, habia gemido el primer Pontífice San Pedro. Habló por último el señor Campos en nombre de las Conferencias de Salamanca. Sus palabras por la profunda piedad que revelaba fueron muy aplaudidas. Muchos otros españoles por falta de tiempo para hacerlo en público, suscribieron en secreto la protesta de adhesion á las Conferencias de Roma.

»Terminada esta tarea, fué invitado para que hablase monseñor Mermillot; obispo de Ginebra. Este digno sucesor de san Francisco de Sales en un discurso muy brillante manifestó la necesidad de robustecer la propiedad con la limosna destruyendo las falanges comunistas de Fourier con las conferencias católicas de san Vicente de Paul.

»El obispo de Ginebra, que no tuvo ni una palabra de elogio para Francia ni para Italia, ni para Inglaterra, ni para Alemania, por espacio de ocho minutos estuvo recordando las glorias de España y esponiendo los motivos que abrigaba en su pecho para confiar en la resurreccion de la antigua fé y antiguo heroismo de los españoles. Citó con encomio á Donoso Cortés y no vaciló en declararse entusiasta discípulo de Balmes.

»Los españoles no pudieron ver esto sin ardiente entusiasmo y gratitud profunda. Por ello y para manifestar estos sentimientos, al concluir el venerable pastor, se levantó el señor Manterola, canónigo magistral de Vitoria y en muy correcto latin y con magnífica entonacion dió las gracias al prelado suizo que tanta justicia nos habia hecho y con tanto afecto nos habia tratado, y manifestó que la vida de las conferencias dependia de su fé en Jesucristo y de su firmísima ó inquebrantable adhesion á la cátedra del Pescador Pedro y al Pontífice que sobre ella se sienta. El señor Manterola, que habló sin preparacion alguna, fué muy aplaudido por todos los concurrentes. Verdad es que en esto todo fué verdadera y estricta justicia. Todo el mundo mostraba hasta asombro al ver á un español hablando tan bien, con tanta facilidad y tan correcto latin.

»Como los españoles hemos estado retraidos tanto tiempo, los estranjeros han llegado á figurarse que si callábamos era porque careciamos de lengua. Así es que ahora cada vez que oyen á un discípulo de los Canos ó los Victorias, se figuran que Dios hace un milagro devolviendo la facultad de hablar á un mudo. Confieso que algunas veces me causa hondísima pena la opinion que de las cosas de España, se tiene formada en el extranjero. Menester es que á todo trance hagamos ver al mundo que en España hay mucha mas vida intelectual que la que generalmente se cree.»

Aprovechando la ocasion que se me presenta propicia diré dos palabras sobre la sociedad de san Vicente de Paul.

¡Gran institucion sin duda y además muy adecuada á las necesidades de los tiempos presentes! Asomando como asoma de nuevo en las naciones modernas la cuestion social, es clarísimo que las conferencias, hubieran podido impedir la espantosa catástrofe que se viene á más andar, y que tan de cerca nos amenaza. Los partidos políticos son ya por fortuna poco temibles; pero lo es desgraciada-

mente mucho el ódio mal disimulado y comprimido que las clases inferiores profesan á los colmados de favores y beneficios por la fortuna.

Ahora bien. Una institucion fundada por un santo y protegida por la Iglesia de Dios, que tuviese por objeto entablar relaciones cariñosas entre los pobres y los ricos, hubiera podido producir resultados grandemente satisfactorios. Se han logrado en parte, mas el éxito no ha correspondido de modo alguno á las esperanzas concebidas. Esto me parece incontrovertible.

¿Por qué ha sucedido así? No puedo tratar este punto con la extension que su importancia exige, pero diré algunas palabras, sometiéndolas humildemente á la consideracion de mis benévolos lectores.

La Sociedad de san Vicente de Paul—lo digo con profundo pesar,—está en decadencia. Y lo está, sin embargo de que hoy más que nunca se necesitan sus buenos oficios.

Algunos no reconocerán lo que acabo de manifestar, que me parece clarísimo. Los mismos Boletines hablan de un decrecimiento deplorable, que da lugar ciertamente á reflexiones dolorosas y á pensamientos sombríos. No sólo se ha estacionado, sino que ha retrocedido. Muchas personas particularmente interesadas en su buen nombre tratan de ocultarlo, sin tener en cuenta que el peor camino para conseguir la curacion de un mal es obstinarse en negar su existencia. El hecho es evidente por desdicha.

Vuelvo á preguntarlo. ¿Por qué ha sucedido así?

Indicaré algunas de las causas. Me conduelo primeramente de que el Presidente de la Sociedad no resida en la capital del mundo católico. Está en París, cosa que á nadie parecerá natural ni puesta en razon.

Salgo al encuentro de la respuesta que indudablemente se me dará. Me consta que san Vicente de Paul nació en Francia, mas esto no me parece atendible. Domingo de Guzman, Teresa de Jesus, Pedro Nolasco, José de Calasanz é Ignacio de Loyola abrieron sus ojos á la luz en mi patria querida. ¿Dónde moran los Generales de las Órdenes que fundaron? ¿Dónde están los superiores de todas las demás? ¿A qué fin esa escepcion en favor de la Sociedad que hace correr mi pluma?

¡Esa Francia, esa Francia! ¡Cuándo prescindirá por completo de sus viejas y desacreditadas preocupaciones, decidiéndose á ser pura y simplemente católica-apostólica romana! ¿Cuándo dejará de creerse superior en todo á las demás naciones del mundo?

Como consecuencia de lo dicho, algunos presidentes generales, no reunen las condiciones precisas para realizar su mision importante y trascendental. No proceden en ocasiones con el aplomo y la prudencia debidas. No tienen el tino indispensable para la eleccion de las personas que se han de poner al frente de las conferencias. No están bastante penetrados y persuadidos de que el mundo que se denomina oficial es hostil á toda institucion que no ha fundado. No alcanzan que los mejores adalides del Catolicismo son precisamente los que patrocinan en política las ideas de nuestros mayores. No tienen toda la energía indispensable para impedir la entrada ó acordar la salida de ciertas y determinadas personas.

Como si esto no fuese bastante, muchos individuos de la sociedad cumplen mal con su deber. Desconocen el Reglamento casi completamente. No comprenden que las limosnas deben ser proporcionadas á la situacion del que las dá. Hacen las visitas de mala manera. Fáltanles, para decirlo de una vez, sentimientos religiosos, el fuego de la caridad, el amor á los pobres y el espíritu de propaganda.

Sobre lo dicho, están muy equivocados por punto general. Los visitadores se juzgan mejores que los visitados, siendo así que los visitados son casi siempre mejores que los visitadores. Creen hacer un gran bien á los pobres, sin tener en cuenta que el favor es mútuo y que muchas veces los socios son los que reciben un beneficio inapreciable.

Que no se interpreten mal mis palabras. No trato de rebajar el mérito de mis consocios, ni se me oculta que sus obras son aceptables á los ojos de Dios. No niego que llevan á los pobres un socorro material y que además procuran y consiguen con frecuencia atraerles al buen camino.

Todo esto es verdad. Los socios de san Vicente de Paul me parecen dignos de alabanza, pero no me conmueven y entusiasman como muchas de las familias que socorren. ¡Cuánto, cuánto he visto, fortificándose y robusteciéndose mi convencimiento en punto á que la corrupcion está sobre todo en las clases superiores! ¡Cuántos sacrificios! ¡Qué paciencia tan heróica! ¡Qué gratitud tan profunda! ¡Qué fraternidad tan verdaderamente cristiana! ¡Qué confianza en Dios!

Duéleme mucho no poder referir algunas acciones verdaderamente sublimes. Añadiré únicamente, como síntesis de cuanto pudiera manifestar, que tratando de cerca á los pobres se les ama y se comprende muy bien la especial predileccion que por ellos mostró Jesucristo.

X.

Real y verdaderamente ofrecieron poco de particular las fiestas civiles. He dicho ya que en Roma lo religioso deslustra y vence á lo civil y á lo profano. Sucede al revés de lo que pasa en las restantes de Europa, inclusas las de los paises regenerados y enaltecidos por el Evangelio. Hé aquí un hecho que

legitimaria por sí sólo el amor que profesan á la ciudad de Dios los católicos de viva fe y de virtud acrisolada.

Hablé ya de la iluminacion de la cúpula del Vaticano que se verificó ántes de la octava y dije tambien algunas palabras sobre la de la ciudad, que se repitió por espacio de algunos dias.

—

Hubo tambien fiesta el 29 por la noche. En la hermosa plaza del Pópolo se quemó lo que nosotros llamamos un castillo de fuegos artificiales y se designa en Roma con el nombre de la *girandola*.



Fiesta popular en la villa Borghese.

Dos palabras, ante todo, sobre la plaza. Es indudablemente una de las mejores de Roma y se distingue por su grandor, por su regularidad, por su pintoresca situacion, por las fuentes en ella colocadas y por las obras de arte que aparecen en la misma.

El obelisco que se levanta en el centro es lo más notable. Es de granito rojo y tiene 112 pies de altura, comprendiendo la cruz y el pedestal. A juzgar por sus geroglíficos lo mandó construir, mil y quinientos años ántes de que viniese al mundo el Hombre Dios, el rey Meneftas I. Trasportado por Augusto, que lo hizo colocar en el circo Máximo, permaneció en él mucho tiempo, quedando á la postre dividido en trozos. Sixto V dispuso que *Fontana* lo trasladase al lugar en que aparece.

Elévase sobre un elegante basamento que tiene algunas gradas y presenta en sus cuatro ángulos leones que arrojan agua. En las estremidades de los he-

miciclos hay fuentes monumentales, estatuas, alegorías y columnas embellecidas.

Por ella se asciende al monte Pincio. A medida que se sube aparece la plaza con toda su grandeza y se disfruta de un pintoresco panorama.

Desembocan en la plaza del *Pópolo* las tres calles mejores de Roma. La del Babuino, que conduce á la plaza de España, en la cual aparece un hermoso monumento consagrado á la Vírgen sin mancilla; la del Corso llena de templos y de palacios magníficos, que conduce á la plaza de Venecia y la de Ripetta, que es tambien de las principales.

En honor de la verdad la *girandola* fué una cosa superior. No nos sorprendió mucho á los españoles y ménos á los catalanes por estar acostumbrados á ver cosas superiores en ésta clase de espectáculos.

Las *girandolas* de Roma son notables y merecen la celebridad que disfrutan. Ésto es indudable y lo es tambien que el municipio romano procuró que venciese y sobrepujase á las anteriores la que hace correr mi pluma.

Segun el *Giornale di Roma* ideó la máquina y la figura de los fuegos el conde Virginio Vespignani, comendador y arquitecto municipal, acreditando su mérito reconocido. Para no ser interminable me ceñiré á manifestar que se quemó primeramente un grandioso abanico de cuatro mil rayos. Entusiasmó sobre todo á la muchedumbre la iluminacion del artificioso edificio, digno ciertamente de un párrafo especial.

Segun costumbre inveterada, tenia carácter arquitectónico. El profesor Vespignani quiso significar á Roma constituida por la Providencia, mediante los romanos Pontífices, Sede del reino universal de la Iglesia, preparada por los antiguos imperios, á la cual servirán los venideros de corona resplandeciente. Hé aquí cómo tradujo su digno y católico pensamiento.

Sobre la fuente que está en la falda del Pincio, colocóse un grupo colosal representando á Roma guerrera que tomó posesion del mundo por el poder de sus armas. En esta parte aparecia el siguiente verso de Ovidio: *Romanæ spatium est urbis et orbis idem* (1). La flanqueaban sus antiguas murallas, que sirvieron de base para elevar edificios con caractéres propios de Oceanía, África y América. Los que llamaré del segundo piso eran monumentos asiáticos y europeos los del siguiente. Lo dominaba todo la cátedra de San Pedro que despedia rayos resplandecientes, y llevaba ésta inscripcion: ***Regna Deus Romæ tradidit ipsa Petro*** (2).

Un concurso numerosísimo llenó la gran plaza, ocupando además los sitios de preferencia, dispuestos en uno de sus lados desde los que se dominaba perfectamente. Daban gran realce á éstos palcos los árboles frondosos que cerca de los mismos se levantaban.

El cielo estaba oscuro, lo cual hizo que la *girandola* produjera mejor efecto. Claro es, por otra parte, que la índole de mi pobre libro no me consiente referir con minuciosidad la multitud de piezas que se quemaron. Bastará manifestar que fueron muchas y buenas; que los colores en que se descomponian eran hermosos y brillantes; que los dibujos y las combinaciones ideadas por el pirotécnico arrancaron frecuentemente grandes aplausos, y, para decirlo de una vez, que todos salieron complacidos ya que no maravillados.

Ya se sabe, por lo demás, lo que agrada en éstos espectáculos. Los fuegos gustan, pero gusta más todavía ver apiñada una multitud de personas de todos paises, estados y condiciones, percibir los melodiosos acentos de las músicas dispuestas para su mayor realce, presenciar en fin, una porcion de incidentes más ó ménos interesantes ó divertidos, que significan muy poco para cuantos se detienen en la superficie de las cosas.

La *girandola* terminó, segun costumbre, con fuegos de bengala, gracias á los que nuestros semblantes adquirieron un color ideal é imaginario.

Paseamos después por la poblacion y la vimos de nuevo perfectamente iluminada. Me limito á decir esto para evitar repeticiones y añado únicamente que las fachadas de muchas iglesias lo estaban de un modo superior. En algunas aparecia un cuadro con la efigie de los nuevamente inscritos en el número de los héroes del Evangelio: resaltaban en todas testimonios del amor y de la veneracion que profesan los romanos á Pio IX el bueno, el grande, el valeroso, el mártir, el santo.

La iluminacion de la calle del Corso, no me pareció digna de mencion especial. Quitáronse los faroles comunes y se colocaron en su lugar unos cuerpos para las consabidas «luces brillantes de gas colocadas en espiral».

No merecia el espectáculo el anuncio casi pomposo del programa.

El dia 1.° de Julio se celebró una fiesta popular en

(1) Es uno mismo el espacio de la ciudad de Roma y el del universo.

(2) Dios entregó á Roma los pueblos, los cuales la entregaron á Pedro.

la célebre villa *Borghèse*. Y ciertamente fué una cosa nueva, y ademas extraordinaria. He dicho ya que abundan las fiestas en la capital del mundo católico: añado ahora que son eminentemente populares.

Creo poder afirmar que se debe lo dicho á la circunstancia de estar regida y gobernada por los augustos vicarios del Hombre-Dios. Los representantes de Aquel que amó principalmente á los pobres, á los humildes y á los débiles no podian mirar con desden á ese pueblo tan maltratado por los gobernantes clara ó encubiertamente anticatólicos. Habian, por el contrario, de procurar para él todo el solaz y todo el esparcimiento compatible con los trabajos, amarguras y penalidades de la presente vida.

Lo procuraron efectivamente. Se puede asegurar que Roma es el pueblo que más se divierte y que con más facilidad consigue satisfacer sus necesidades todas. Es que los Papas han hecho en favor de los romanos lo que no ha hecho por sus súbditos ningun soberano exclusivamente temporal. Es que la multitud de forasteros que acude á Roma de continuo para presenciar sus fiestas, ó recorrer sus monumentos les proporciona incalculables ventajas materiales. Es que los habitantes de la Eterna ciudad reunen timbres gloriosos y disfrutan de preeminencias que no gozan los de las restantes poblaciones populosas, siendo éste á mi juicio un favor providencial.

No me maravilla por consecuencia oirles decir con una especie de noble orgullo «Romano soy», ni que lo repitan singularmente las descendientes de aquellas matronas inmortalizadas por multitud de antiguos escritores. Ora consideren la historia que se refiere á las epocas del paganismo, ora fijen su atencion en la que abarcan los tiempos que caen, segun Chateaubriand, á éste lado de la Cruz es lo cierto que tienen motivos para la vanagloria referida. Los hay cuando ménos para disculparles por ella.

¿No ha de serme lícito añadir algunas palabras más? ¿Ha de negárseme la santa libertad propia del escritor católico? Yo quisiera que los habitantes de Roma fuesen ménos descuidados. Yo quisiera que procurasen con mayor ahinco no dar pretesto para determinados ataques que se asestan continuamente contra la capital del mundo católico. Yo quisiera que no abusaran de la lenidad de sus autoridades eclesiásticas ó civiles y sobre todo del amor verdaderamente paternal que les profesa el augusto representante de Jesucristo.

Lo que se observa en Roma nótase en los demás paises verdaderamente católicos, y singularmente en España. El pueblo se divierte y se divierte de balde. Es que los gobernantes sumisos á nuestra Madre amorosa lo miran necesariamente con ojos de piedad á diferencia de todos los demás que principian adulándole y acaban envileciéndole.

Duéleme no poder bosquejar un parangon entre los actuales y los pasados tiempos relativamente al asunto que hace correr mi pluma. ¡Qué diferencia tan extraordinaria! ¡Qué contraste tan horrible! En los siglos gloriosos y brillantes de la monarquía se hablaba poco del pueblo, más se le atendia con la mayor diligencia, asi como se procuraba remediar sus necesidades del espíritu y del cuerpo. Como si esto fuese poco, se disponian con frecuencia esos espectáculos que tanto le agradan y embelesan. Las autoridades civiles y tambien las eclesiásticas tomaban parte en sus diversiones poéticas, deleitosas é inocentes de todo punto.

¡Cómo han cambiado las cosas! Hoy se le promete mucho y nada se le cumple. Hoy se preparan y disponen funciones de todo linaje pero ha de dar dinero si quiere disfrutarlas. Muchos salen á la postre de ellas con la inteligencia extraviada y con el corazon corrompido. Las autoridades acuden, pero no para tomar parte principal en la comun alegría sino para impedir que se trastorne y subvierta el órden público constantemente amenazado. Y acuden tambien multitud de agentes suyos con uniforme ó con disfraz. El pueblo los conoce y procura contenerse ó reprimirse para que no descargue la espada de Damocles suspendida perennemente sobre su cabeza.

¡Bien por el progreso y por la civilizacion del siglo diez y nueve, ó por mejor decir, décimo nono, como esclamaria nuestro popular poeta Breton de los Herreros!

Son muchos y muy notables los palacios que los príncipes y los nobles romanos tienen fuera de la ciudad inmortal. Hay algunos que son superiores bajo todos conceptos. Por los ricos museos y por las galerías preciosas que contienen; por su gusto arquitectónico superior; por sus parques magníficos; por sus mansos arroyos; por sus fuentes cristalinas; por sus jardines deliciosos que sobrepujan ó igualan por lo ménos los de Viena, París y Lóndres; por la estension y calidad de las tierras contiguas; por la vegetacion rica, frondosa, exuberante, que se admira en ellas; por la multitud, en fin, de adornos que decoran y embellecen esas magníficas posesiones que no se cansan de admirar los extranjeros.

La índole de mi libro no me consiente hacer un resúmen de los principales. Se necesitaria un volúmen no pequeño para dar cuenta minuciosa de lo que contienen las villas Mattei, Negroni, Palatina, Ludovisi, Pamphili-Doria y Albani. Construidas en

su mayor parte por príncipes ó cardenales acreditan el buen gusto de sus propietarios, así como ponen de realce la injusticia de ciertas acusaciones que contra ellos fulminan los *civilizados* de la época presente. Es indudable que la nobleza romana puede dar lecciones de religiosidad, monarquismo, buen gusto, desinterés y prudencia á las de los restantes paises, sin excepcion alguna. Sin escepcion alguna, vuelvo á decir, en la seguridad de que no podrá demostrarse lo contrario.

Algunas palabras sólo sobre la villa Borghese en que se verificó la fiesta popular referida.

Levántase no léjos de la puerta del *Pópolo*. En justa compensacion de una finca expropiada, cedióla Paulo V á su pariente próximo el Cardenal Escipion, que la mejoró mucho. Varios príncipes Bergheses que le sucedieron la hermosearon con obras artísticas de primer órden.

El príncipe Camilo, perteneciente á la misma familia, desposó en ella en el año 1803, á Paulina, hermana de Napoleon I. Por la suma de 8.000,000 vendióle poco después gran parte de sus esculturas que constituyen acaso el ornamento y la riqueza principal del Louvre. Los revolucionarios devastaron en 1849 esta magnífica posesion. Vinieron á tierra muchos árboles seculares y no pocos edificios, entre los cuales mencionaré sólo el casino de Rafael.

Todavía posee objetos inapreciables. Estatuas hermosas, bajo-relieves magníficos, bustos superiores, sarcófagos de gran mérito, pinturas excelentes y grupos trabajados con arreglo á las más rigurosas prescripciones del arte.

A la villa *Borghese* llevó el príncipe á los romanos y á los forasteros que se hallaban en la capital del mundo católico. Y bien puedo asegurar que lo mejor y lo más deleitable del espectáculo consistia cabalmente en el numeroso y escogido concurso que honró con su presencia aquellos sitios encantadores y deliciosos.

Líbreme Dios con todo de afirmar que la fiesta no es digna de mencion especial. Las corridas de caballos que se verificaron en la gran plaza de Siena, trajeron á la memoria los célebres juegos de la antigüedad pagana, inmortalizados por algunos historiadores insignes, como tambien los que anualmente se celebran en la calle del Corso, durante los dias del Carnaval, constituyendo una de las diversiones más populares, más clásicas y más expansivas de Roma. Duéleme mucho no poder consagrarles algunos párrafos.

El bosque precioso que circunda el gran lago aparecia completamente lleno y presentaba un admirable golpe de vista. El coro que se colocó en la isla cantó piezas escogidas de las óperas más acreditadas.

Muchos de los concurrentes disfrutaban de la sombra que les daban aquellos árboles frondosos que tanto embellecen la posesion: la mayor parte discurrian por las dilatadas lindísimas praderas. En los semblantes de todos retratábase el placer interior de que se hallaban poseidos sus corazones.

En una palabra. Digna fué la fiesta sin duda del personaje que la dispuso, de la ciudad en que se verificó y de la concurrencia que la dió realce y explendor. Paréceme que tratándose del príncipe Borghese, de la ciudad santa por excelencia y de los católicos que acudieron á ella con motivo del Centenar no cabe mayor elogio.

Olvidaba decir que se dispuso la elevacion de un globo aerostático. Espectáculo pura y simplemente agradable para los que se paran en la superficie de las cosas, y que sumerge al hombre pensador en meditaciones profundas. Considérese por un momento lo que sucederá cuando permita Dios al hombre resolver el problema de su direccion. Conozco á personas que dicen y creen haber encontrado el secreto, y no me asombraria que su afirmacion fuese cierta. Es imposible imaginar la revolucion que produciria el invento, más se comprende sin dificultad que seria radical y espantosa. Lo seria en todo: principalmente lo seria en el arte de la guerra.

¿Quién sabe si El que todo lo dirige y lo gobierna desde las alturas celestiales desbaratará en el dia ménos pensado los planes de los autócratas modernos que han convertido á sus Estados en una especie de campamento universal?

No hace mucho tiempo murió una princesa Borghese. A una hermosura verdaderamente encantadora reunia una virtud sobre todo encarecimiento extraordinaria.

Se dice con verdad á mi juicio que la cara es el espejo del alma. Un sacerdote respetabilísimo por todos conceptos, decíame hace poco en Roma las siguientes ó parecidas palabras: «Han acudido en el trascurso de muchos años á mi confesonario infinidad de mujeres para que las dirigiese por la senda del Evangelio. La mayor parte de las mejores habian sido favorecidas por la naturaleza de un modo singular. No hay regla sin escepcion, pero es indudable que por punto general las almas buenas están magníficamente hospedadas.»

Sorprendióme la manifestacion sólamente por lo que tuvo de inesperada. Añado que de ella encuentro en la sociedad á cada instante confirmaciones elocuentes.

Estas criaturas tan favorecidas son probadas en el crisol del infortunio, y han de apurar hasta las heces con frecuencia el cáliz del dolor. Dios lo permite á fin de purificarlas y persuadirlas de que han nacido para ocupar en otro mundo mansiones imperecederas y deleitosas.

La princesa fue una de esas mujeres tan favorecidas; una de esas mujeres que no buscan las miradas ni el aplauso de los hombres; una de esas mujeres que hacen todo lo posible para no encender deseos ni dar pábulo á pasiones más ó ménos culpables; una de esas mujeres que llevan su hermosura como un



Casino de Rafael en la *Villa* Borghese, destruido por la revolucion de 1849.

don por no decir como una desdicha; una de esas mujeres que reunen á la gracia el juicio y la virtud, poseyendo por consecuencia lo mejor de la mujer, del hombre y del ángel; una de esas mujeres que creen, como uno de mis amigos mas estimados, que la sencillez es la más bella de las galas; una de esas mujeres que se consagran en fin á cumplir con sus deberes y á ejercer la caridad, constituyendo, por decirlo asi, uno de los espectáculos mas hermosos y sublimes que en este mundo pueden presenciarse.

Iba sola con frecuencia á las viviendas de los pobres, en cada uno de las cuales contemplaba la imagen de Jesucristo. Siguióla cierto dia un capitan en la persuasion de que era una mala mujer. Los hombres corrompidos, á semejanza de los ictéricos, que todo lo ven del color de su cara, creen que están los demás tan extraviados como ellos. A sus ojos son unos hipócritas, aunque defiendan la verdad y la

moral, aunque confirmen sus enseñanzas con el ejemplo, aunque observen una conducta de todo punto irreprensible.

La princesa no hizo caso del apuesto militar y aun aparentó que no lo esquivaba. El capitan tuvo la osadía de penetrar en la casa en donde se metió la egregia señora, pudiendo ver por consecuencia las tiernas demostraciones de gratitud con que fue recibida. Dijo entonces la noble romana. «Este capitan, persona muy caritativa, viene á dar á ustedes una limosna.» Dióla, en efecto, y marchóse avergonzado. La leccion fue magnífica, y constituyó, segun todas las probabilidades, al principio de una vida ajustada completamente á las prescripciones de la virtud, del deber y del honor.

La muerte de dicha princesa, Talvo de nombre, si no es infiel mi memoria, sumió á la ciudad de Dios en la más profunda de las consternaciones. Hallándose postrada en el lecho del dolor, bendíjola Gregorio XVI, ese Pontífice-Rey, tan celoso de su autoridad, tan lleno de virtud y de saber, tan enemigo de la Revolucion, tan identificado en fin, con el órden de cosas á cuya benéfica sombra pasaron nuestros mayores los dias mas felices de su vida.

No describo por lo demás las demostraciones de dolor á que se entregó Roma, y muy singularmente los pobres. No hago mencion de los coros de niños y de niñas que se reunieron, ni de las composiciones poéticas que se redactaron, ni de las alegorías que se dispusieron, ni de los personajes que formaron parte de la comitiva luctuosa, ni de todo lo demás que distingue y caracteriza los entierros solemnes de los príncipes romanos. No los comparo tampoco con los de las personas ménos acomodadas, que casi se reducen á una procesion larguísima de frailes pertenecientes á diversas Ordenes, que acompañan los restos del que murió, y repiten en voz alta las preces consagradas por la Iglesia. No hago notar siquiera que para nuestra Madre amorosa y divina lo mismo es el grande que el pequeño, el sabio que el ignorante, el rico que el pobre, el hombre que la mujer, el viejo que el jóven, el noble que el plebeyo. No condeno, en fin, á los revolucionarios de la época presente empeñados todavía en prescindir de la igualdad católica, única posible, y en preparar el advenimiento de otra completamente absurda, utópica y ridícula.

Como en el dia 30 de Junio, se iluminó en el 2 del siguiente mes la calle del Corso. No hablaré de ella por consiguiente, limitándome á decir dos palabras de los conciertos musicales que se verificaron en las plazas adyacentes.

Fueron sin duda superiores y dignos, no solamente del pais clásico de la música, sino tambien de la capital del mundo católico. Un escritor revolucionario afirma que salió de un teatro de Turin porque no pudo soportar la terrible algarabía de su orquesta. Tocaba la ópera *Norma*, que al decir de Rossini, es la norma de las óperas, pero con tal desafinacion y con tan pésimo gusto, que el artista (asi se llama) se cansó de sufrir y fuese á la calle. Eso sucedió en Turin, ciudad muy civilizada, en sentir de los hombres que pertenecen á la escuela que no necesito mencionar.

Nada de eso aconteció en esa Roma tan calumniada por muchos liberales. Y no podia ménos de ser asi, tratándose de la capital del catolicismo que está identificado con las bellas artes. ¿Quién ignora, ciñéndome á la música, que fué por él sublimada y enaltecida? ¿Quién ignora que el famoso canto gregoriano, cuya sencillez y cuya gravedad encantan á la postre á todos los inteligentes, data de los tiempos más distantes, y procede de aquella música primitiva tan celebrada por los autores más acreditados? ¿Quién ignora que nuestra Religion es propicia á la música más hermosa, como dice Chateaubriand, por la circunstancia de poseer las dos condiciones esenciales para la armonía, ó sea, lo bello y lo misterioso? ¿Quién ignora que la música religiosa se identifica completamente con los grandes dolores y con las sublimes alegrías del humilde y ferviente católico? ¿Quién ignora que nuestra madre divina ha inspirado el oficio de difuntos, que no se puede oir sin que á la memoria venga el pensamiento terrible y saludable de la eternidad, asi como ha inspirado tambien el Te-Deum que sigue conmoviéndonos y entusiasmándonos, á pesar del prosaismo de la época presente, cuando se canta en alguna de nuestras famosas basílicas góticas, y se une al tañido de las campanas y á la pompa de los sagrados ornamentos y al recuerdo feliz de lo que se conmemora y al espectáculo de un pueblo piadoso unido por las mismas ideas, por el mismo espíritu y por las mismas aspiraciones?

En Roma, pues, sucede lo que no podia ménos de acontecer. La música religiosa es superior y da por consecuencia el tono á la profana. No se oyen dentro de su recinto esas notas vulgares más ó ménos impregnadas de sensualidad que resuenan de contínuo en casi todas las modernas ciudades populosas y que son aplaudidas calurosamente por el vulgo numeroso.

No es maravilla por consiguiente que los conciertos verificados en las plazas referidas nos dejaran una impresion agradable, y nos persuadieran de que Roma sigue siendo el emporio de las bellas artes, como lo sigue siendo de las ciencias, de la santidad y de cuanto eleva legítimamente á los hombres.

Los autores que hablan del Foro se entusiasman, ó lo aparentan al ménos. ¿Qué se diria de quien no lo mencionara ó escribiera sobre él meramente algunas líneas?

Tambien lo he contemplado yo mas de una vez desde la rampa que se encuentra descendiendo del Capitolio, entregándome á reflexiones que no puede ménos de sugerir á los que han estudiado la historia de la ciudad inmortal. Trasladaré algunas al papel, tanto más, cuanto para la descripcion de la fiesta popular consabida bastarán algunos renglones.

Líbreme Dios empero de repetir lo que consta en los libros que hablan del Foro, ni de dilucidar las cuestiones que se suscitan sobre mucho de lo que existió dentro de su recinto en los tiempos más apartados, en los de la República y en los del Imperio. Ni me juzgo con los conocimientos arqueológicos indispensables, ni me parece fácil conciliar una multitud de opiniones más ó ménos dignas de respeto, ni he llegado á persuadirme aún de la gran conveniencia de las controversias á que me refiero. Dígolo sin ánimo de ofender á los sábios que pasan su vida procurando inquirir si tal piedra se labró en la primera ó en la segunda mitad de un siglo determinado, y que se van al otro mundo dudosos y perplejos, dejando á sus admiradores en una incertidumbre de que participan las generaciones venideras.

Pero sea dicha la verdad. El Foro romano es uno de los sitios que más ocasion dan á pensamientos graves y á consideraciones profundas. Contempladlo, y si prescindís de las iglesias donde se levantan altares al Dios verdadero, no encontrareis un edificio que se sostenga firme y magestuoso sobre sus cimientos. Muchos escombros, algunas columnas que han resistido la injuria de los tiempos, y que se pueden comparar con esos hombres que logran preservarse del contagio general en las épocas tristes de corrupcion espantosa, unos cuantos trozos de mármol que van desapareciendo paulatinamente para enriquecer los museos, arcos ruinosos que dan idea de la grandiosidad de las construcciones á que se refieren, hé aquí lo que se contempla en el célebre Foro romano.

Id á él empero, con un entendido *cicerone*, y os dirá: «Aquí estuvo el *Tabularium* que guardaba las tablas de bronce que contenian los senado-consultos y los decretos del pueblo. Detrás de este arco hubo el templo de la Concordia donde solia celebrar el senado sus sesiones, y donde pronunció Ciceron su tremendo discurso contra Catilina. Aquellas tres columnas corintias, que son de mármol blanco de Carrara, pertenecieron al templo de Júpiter Tonante, bien que algunos opinan que formaron parte del de Saturno ó del de Vespasiano. Las ocho jónicas que cerca de aquellas aparecen, son del de la Fortuna.» Os hablará tambien de los Rostros, ó sea de la tribuna desde la cual arengaban los oradores al pueblo; de la columna que se levantó en el siglo VII á Focas, emperador griego; de la basílica Julia, comenzada por César y concluida por Augusto; de tres columnas que atribuyen algunos al edificio *Græcostasis*, fundado para la recepcion de los embajadores; del templo construido en honor de Antonio y de Faustina, cuyos desórdenes impúdicos no impidieron que fuese declarada divinidad del Olimpo; de la Via sacra, por la cual paseaban, segun Ovidio, las matronas mas encopetadas y los romanos mas distinguidos; del templo consagrado á los fundadores de la ciudad inmortal; de la Basílica de Constantino, cuyos arcos espaciosos dan idea de sus grandes proporciones; del templo mas vasto y hermoso de la metrópoli que allí se levantó á la diosa de la impureza glorificada de contínuo por los paganos; de la *Meta Sudante* ya existente en tiempo de Séneca, y reconstruida en el de Domiciano; del coliseo que procuré describir anteriormente; de los arcos que todavía se conservan en pié; y en fin, de otros edificios más ó ménos célebres, más ó ménos importantes, más ó ménos dignos de memoria perdurable.

He dicho que los arcos existen aún, y añado que merecen sin duda mencion especial. Son tres los aludidos. El de Septimio Severo, el de Tito y el de Constantino.

Manifesté ya, si no es infiel mi memoria, que el arco fué invencion romana. Los inteligentes se fundan en ellos para demostrar que en arquitectura distaron mucho los romanos de conseguir la perfeccion de los griegos. Aun los profanos en el arte, notan la diferencia si examinan el Panteon ó algun otro de los edificios levantados por éstos.

El arco de Septimio Severo, dedicóse al Emperador cuyo nombre tomó, y á sus hijos Caracalla y Geta, con el fin de conmemorar sus victorias en Oriente. Es de mármol blanco, y está embellecido con ocho columnas estriadas, y bajo-relieves poco notables. Súbese por una escalera interior á la plataforma, donde habia las estátuas de los príncipes referidos.

Más notable que todos los demás para el católico, es el arco de Tito, situado en el punto culminante de la Via Sacra, y construido para inmortalizar la toma de Jerusalen. Lo es porque confirma y robustece lo que dice á este propósito la Sagrada Escritura. Para nosotros tienen sin duda un valor inapreciable sus bajo-relieves. En el de la derecha está Tito triunfante sobre un carro del que tiran cuatro caballos, cuyas riendas lleva Roma bajo la figura de una mujer. La Victoria corona al Emperador á quien preceden y siguen sus soldados. En el de la izquierda aparece la pompa triunfal representada por prisioneros, por la mesa sobre la que están los vasos sagrados, por las

trompetas de plata y por el candelero de oro de siete brazos. En la vuelta se representó al Emperador.

El arco de Constantino tuvo por objeto recordar á las generaciones venideras sus victorias sobre Magencio y Licinio. Valen poco los bajo-relieves de la parte inferior que representan los hechos del hijo de Santa Elena; pero valen mucho las esculturas de la superior que se refieren á las acciones memorables de Trajano. De creer es, por consiguiente, que se pensó primero dedicarlo á éste, y que dos siglos despues resolvió el Senado consagrarle al Príncipe que tuvo la dicha y la gloria de conceder paz á la Iglesia de Jesucristo.

Escuso añadir que para dar cuenta de todo lo que se dice y se lee sobre el Foro, necesitaria un volúmen. Es preciso concretarse á lo principal.

Entrando ahora en otro género de consideraciones, ¡qué trasformacion tan radical! Prescindiendo de los arcos, casi todos los edificios del Foro vinieron á tierra, siendo algunos reemplazados por otros enteramente cristianos. Por éstos lugares, llenos de animacion y de vida en las épocas que caen al otro lado de la Cruz, sólo discurren hoy algunas persona entendidas, ó algunos curiosos que apenas saben lo que fueron, ó algunos ignorantes que los atraviesan sin comprender la razon por la cuál se dejan en aquel estado, que les parece deplorable.

Todo pasa ménos el Autor de cuanto ha existido, existe y existirá hasta la consumacion de las edades, pero pasa muy especialmente lo que se levanta ó se funda en oposicion al Dios de los cielos y de la tierra. Todo se desvanece como se desvanecen las esperanzas del niño, y las ilusiones del hombre. Todo es humo si se prescinde de lo que se hace con el fin de conseguir la entrada en la mansion venturosa, dispuesta por el Eterno para sus escogidos.

Al llegar á este punto, vuelvo los ojos al mundo actual, y fijo principalmente la consideracion en las ciudades populosas de los paises católicos. Veo que los hombres se afanan por negocios puramente humanos. Veo que en la mayor parte de los edificios que se levantan, no se consagra el menor recuerdo á esa Religion sublime descendida del Empíreo. Veo que el ansia del vil metal, de la fama, de las dignidades, de los honores, de los placeres y de otras vanidades igualmente dignas del mas profundo desprecio, ciega, deslumbra y precipita en el abismo á los descendientes de Adan. Veo que muy pocos recuerdan que han sido hechos á imágen y semejanza de Dios, como tambien regenerados por Aquel en quien puso el Eterno sus complacencias todas. Veo que se desdeña la civilizacion espiritual, y que sólo se rinde culto á la materia corrompida. Veo renovada en nuestros dias la confusion babilónica. Veo, en una palabra, que las sociedades cristianas resucitan paulatinamente los horrores, los crímenes, los vicios y las infamias del paganismo.

Es difícil predecir lo que acontecerá, pero el hombre pensador puede recordar que el Dios de las misericordias es tambien el Dios de las justicias y de las venganzas; que es omnipotente, inmutable y sabio por esencia; que le sobran, en fin, medios para desvanecer los planes mejor combinados de los hombres, y abatir su orgullo verdaderamente ridículo. ¿Quién sabe lo que ha resuelto en sus juicios inescrutables? ¿Quién sabe si esas creaciones estupendas de la materia están próximas á desaparecer? ¿Quién sabe si ordenará pronto á los elementos que los consuman, ó armará, para su destruccion, el brazo de los mismos que trabajosamente los construyeron?

Al Foro romano acudió una multitud inmensa el dia 3 de Julio por la noche. Acudió para presenciar la brillante iluminacion dispuesta con motivo del Centenario. Desde los tiempos del paganismo no se habia congregado un concurso tan selecto y numeroso en aquellos lugares memorables. Diríase que el mundo regenerado por Jesucristo se habia dado cita en él para poner de realce la victoria suprema que ha logrado sobre el gentil. Los descendientes del primer pontífice acreditaban que sus verdugos, si pudieron cometer un crímen, no lograron destruir la obra estupenda de Dios. El error y el vicio han resultado, y resultarán á la postre impotentes. No puede faltar la palabra infalible de Aquel que anunció su proteccion á los que aman la verdad y caminan por las sendas hermosas de la virtud.

Agradaron mucho los fuegos de bengala. Colocados artísticamente, iluminaban con frecuencia las ruinas sublimes que producian un efecto bellísimo.

Nada tenia el espectáculo de monótono. Los colores eran superiores y daban al sitio extraordinario realce.

Contribuyeron no poco al entusiasmo general las músicas que tocaban de vez en cuando piezas escogidas. El público salió completamente satisfecho.

Junto al Foro está la iglesia de San Adrian, de la que debo decir algunas palabras. Trátase de una fundacion que recuerda inmortales glorias patrias y faltaria indudablemente á mi deber si no la consignase algunas líneas. ¡Lástima grande que no me consienta la índole de mi libro hacer mencion de todas las demás casas españolas en la capital del mundo católico existentes! Por ellas se vendria en conocimiento de la legítima influencia que tuvo España en la ciudad de Dios durante los tiempos encerrados en el frio panteon de la historia.

Antes de continuar, permítaseme añadir una palabra. En Roma corren cada dia vientos mas favorables para nuestro pais. La conducta incalificable que han observado con ella los gobiernos de las naciones europeas y sobre todo el francés, en el cual ha confiado mucho con frecuencia, ha hecho que la Santa Sede vuelva los ojos á la nacion católica por excelencia.

Hace poco se dijo en el Vaticano á uno de nuestros compatriotas, cuyo nombre no debo revelar: «Para los españoles todas las puertas están abiertas.» Y es cierto. Gracias singularmente á



Rafael.

Pio IX, cuyas bondades hacen derramar á todos los que le han tratado de cerca lágrimas de ternura y de gratitud, se nos recibe perfectamente en la ciudad santa. Se sabe que los nacidos en este privilegiado pais somos profundamente religiosos y monárquicos. Se conoce además la nobleza y la hidalguía de nuestro carácter.

Por desgracia valen poco los esfuerzos individuales. Mientras sigan los gobiernos que han conducido á la patria á la postracion más humillante, las cosas continuarán en el mismo estado actual. Mientras los embajadores, usurpando la mision poco envidiable de los agentes de policía, se limiten por decirlo asi, á espiar los menores movimientos de sus paisanos en vez de protegerles y auxiliarles, dicha reaccion favorable de todo punto á España será sólo conocida por los que tengan la fortuna de vivir en Roma mucho tiempo y de conocer á los personajes insignes que nos dispensan justicia rigurosa.

Algunas palabras ahora sobre la fundacion referida.

Nadie ignora que san Pedro Nolasco estableció en Barcelona en el año 1218 la Orden Real y militar de Nuestra Señora de la Merced para la redencion de los cautivos cristianos. Una noche se le apareció la Vírgen y manifestóle su voluntad de que la fundase, prometiéndole su socorro y proteccion. Consultó el caso con san Raimundo de Peñafort que le dirigia espiritualmente y con gran sorpresa supo que habia tenido el santo la misma vision en la propia noche. Se dirigieron luego á palacio, y don Jaime I de Aragon se adelantó á contársela con todas sus circunstancias.

Prescindo de muchos hechos referentes á la fundacion, asi como de los grandes resultados que la Orden produjo en todas partes y en América especialmente. Los religiosos mencionados fueron los que primeramente levantaron el estandarte de la Cruz en el imperio de Motezuma, en el Perú y en otras tierras, sosteniéndolo á pesar de mil peligros y revoluciones con una perseverancia y con una intrepidez verdaderamente evangélicas.

Esta Orden religiosa tan célebre en los anales de la Iglesia y de la Sociedad ha siempre tenido en Roma su punto de apoyo. Ha entendido constantemente en sus causas y asuntos un procurador general.

Puedo añadir que lo fué primero el mismo cofundador San Raimundo. A pesar de ser dominico, gestionó para conseguir la aprobacion de la Orden y de sus Constituciones, que habia redactado. Llamado á Roma por Gregorio IX consiguió ver satisfechas sus aspiraciones el dia 17 de enero del año 1230. Con los ojos llenos de lágrimas oia contar el Santo Padre los prodigios mencionados, asi como los progresos que se conseguian en España.

La Orden poseyó primeramente en Trastevere un convento muy pobre. Conociendo Sixto V que necesitaba y merecia otro más capaz, cedió á los pobres mercenarios la iglesia de San Adrian y un gran huerto contiguo. Edificaron en él un edificio cómodo con dinero que les remitieron los Padres maestros generales españoles. Sobre la iglesia primitiva, pequeña y casi ruinosa, levantóse la que todavía existe cuya bondad y solidez han acreditado los siglos. Guarda los cuerpos de san Adrian y de otros cinco mártires, como tambien los de los tres jóvenes arrojados por Nabucodonosor en el horno de Babilonia.

Desapareció la primera fábrica construida en tiempo del Papa últimamente referido. En el de Pio IV, el General de la Orden trató de convertirla en un gran colegio suyo, á fin de albergar á los jóvenes españoles de más talento decididos á aprender las ciencias eclesiásticas. Se comenzó á renovar y engrandecer, pero la revolucion francesa de 1789 fue causa de que las obras se paralizasen.

El general de la Orden logró entonces que la iglesia y el convento fuesen declarados edificios españoles. Consiguióse asi que fuesen respetados por la revolucion y defendidos por nuestros embajadores. Colocáronse con gran solemnidad las armas españolas sobre la puerta del convento.

Desde la exclaustracion habita en él, además del Procurador anteriormente referido, el General de la Orden, que es grande de España por razon de su oficio. Una prueba más de la consideracion que mereció á nuestros monarcas la Iglesia de Jesucristo.

Se conserva el noviciado, donde reciben educacion los jóvenes que han de ir á paises lejanos.

Delante del convento está la célebre Academia de San Lucas, fundada tambien por Sixto V, compuesta de pintores, escultores y arquitectos que dirigen las escuelas de bellas artes y de miembros honorarios. Está llena de pinturas preciosas. Las hay de Rafael, del Ticiano, de Salvador Rosa, de Guido, del Españoleto, de Velazquez, del Tintoreto y de otros autores ménos distinguidos. Esto es bastante para demostrar que son de primer órden.

El dia 4 ilumináronse con gas los tres palacios capitolinos. No me detendré á describir la disposicion de las numerosas y bien ordenadas luces, limitándome á manifestar en breves palabras lo que hay en aquellos edificios.

Diré primeramente que la plaza del Capitolio es pequeña y poco notable. En mi sentir debe sobre todo su celebridad al nombre que lleva, á la elevacion en que está, y á la circunstancia de haber sido teatro de sucesos más ó ménos lúgubres ó trascendentales.

Tiene, sin embargo, algunas cosas notables. Recuerdo ahora las estátuas colosales de Castor y Polux, los trofeos de mármol que aparecen sobre la balaustrada y la estátua ecuestre de Marco Aurelio, trasportada en el siglo XVI por Paulo III al lugar que ocupa.

Está en frente el palacio del Senado de Roma, erigido por Bonifacio IX. Miguel Angel adornó su fachada con columnas corintias. Desde la cima del campanario, donde se conserva la célebre campana, cuyo tañido se oye sólo en momentos supremos, se descubre un panorama vasto y delicioso.

A la derecha se levanta el palacio de los Conservadores de la ciudad, que se asemejan no poco á nuestros concejales. Por la razon tantas veces manifestada no referiré sus objetos de arte, limitándome á decir que contiene algunas estátuas, no pocos fragmentos de obras célebres antiquísimas y muchos bajo-relieves superiores.

Frente por frente está la galería de pinturas y el museo del Capitolio. No se cansan de admirar los in-

teligentes en la primera cuadros magníficos de Guido Reni, del Dominiquino, de Tintoreto, de Lanfranc, de Rubens, de Francia, del Ticiano, de Fray Bartolomé, de Julio Romano, de Perugino, de Salvador Rosa, de Palma, de Pablo el Veronés y de otros artistas superiores.

Para dar cuenta de lo más notable que hay en el Museo tendria que escribir muchas páginas. Comenzólo Clemente XIII y lo fueron enriqueciendo sucesivamente Benedicto XIV, Clemente XIII, Pio VI, Pio VII y Leon XII. Hay en el patio una estátua célebre y dos sarcófagos. Hay en el vestíbulo estátuas y bajo-relieves. Hay en la sala de las inscripciones ciento veinte y dos correspondientes á los tiempos del consulado y del imperio, como tambien (dejando aparte otros objetos), pinturas antiguas encontradas no hace muchos años en la casa que dicen habitó el autor de la Eneida, no lejos de los jardines de Mecenas. Hay en la escalera que conduce á la galería fragmentos del plano de la Roma antigua, en que aparecen los baños de Sura, el pórtico de Octavio, las basílicas Ulpiana, Julia y Emilia, las termas de Tito, el teatro de Pompeyo, etc., etc. Hay en la sala de los bronces 76 bustos de los autócratas romanos y algunas obras artísticas notables. Hay en la sala de los emperadores una série de magníficos retratos, que continúan en la de los Filósofos, cuyas paredes están llenas de bajo-relieves.

Hay, en fin, el Salon, la sala del Fauno, la del gladiador moribundo, y el gabinete reservado. En cualquier guia encontrarán mis lectores lo que contiene cada uno de éstos sitios. No lo puedo referir por las exageradas proporciones que va tomando mi pobre libro.

Añadiré únicamente que á las nueve de la noche se iluminó tambien el Museo. Permitióse la entrada á todos los que vestian decentemente.

En virtud de lo anunciado en el programa, se iluminó el dia 5 la fachada de la iglesia de San Pedro *in Montorio* y el camino que á él conduce. Habiendo hablado de aquella y de éste al dar cuenta de las funciones religiosas, añadiré únicamente que dicha iluminacion no desmereció por ningun concepto de las anteriores. Todo lo contrario. La circunstancia de hallarse situado el templo en la cima de un monte dió á las luces artísticamente combinadas mayor realce y esplendor. El público demostró con frecuencia el placer de que se hallaba poseido.

Agradóle tambien mucho otro panorama estupendo que se ofreció á su vista. Quemáronse fuegos de bengala en el antiguo palacio de los Césares, que es una de las ruinas mas dignas de estudio que hay en Roma, en la magnífica pirámide de Cayo Cestio, y lugares contiguos, en el célebre monte Aventino, en el palacio Farnesio cuya magestad y pureza de líneas admiran y celebran los inteligentes, en el campanario de Santa María *in Trastevere*, en la nueva fábrica de tabacos y en otros varios puntos. El que pudo presenciar la iluminacion desde algun sitio elevado, la echará en olvido difícilmente.

Debo añadir que tambien se iluminó el puente de hierro próximo al ferro-carril, construido sobre el Tíber. Diré por fin que se hallaban en éste dos vapores pontificios y algunos barquichuelos graciosamente iluminados y embellecidos. Proporcionólos Monseñor Ferrari, ministro de Hacienda, quien procuró por todos los medios posibles que fuese brillantísimo el nocturno espectáculo. Roma lo presenciaba por la vez primera.

La calle del Corso se iluminó tambien en la noche del 6, como en las de los dias anteriores.

En el dia 7 se verificó el público sorteo de cien dotes para otras tantas doncellas romanas. Cada una de ciento veinte liras. La ceremonia se celebró en la galería del palacio Senatorio, á las cinco de la tarde.

Esta costumbre es muy general en Roma, y muy recomendable ciertamente. Hállase conforme de todo punto con el Evangelio y dista muchísimo por consiguiente de la que se va generalizando en algunas naciones católicas. Me refiero á las *distribuciones de premios á la virtud*.

Durante muchos años los liberales han tenido la osadía de combatir ó menospreciar casi todo lo referente á nuestra religion sacrosanta. Poco á poco han destruido lo que nuestros mayores trabajosamente levantaron.

Como no podia ménos de suceder ha venido la reaccion. Líbreme Dios de decir que puede contentar á los verdaderos católicos. Los gobiernos siguen contaminados por las doctrinas infandas del liberalismo, y es natural que no restablezcan las antiguas costumbres piadosas. Inician otras por el contrario que pueden satisfacer á los que se pagan de las apariencias, pero que no pueden contentar á los que claman y suspiran por una restauracion completamente religiosa y monárquica.

Aquellas se basaban en la caridad: estas en la filantropía, que es su moneda falsa. Hé aquí la distancia enorme que media entre las unas y las otras.

Hoy se mira con desden á los pobres. Búscanse personas civilmente virtuosas. Se nombra una comision compuesta de hombres más ó ménos graves; se forma un espediente más ó ménos voluminoso; se exigen pruebas más ó ménos decisivas, y se disponen ceremonias más ó ménos solemnes para la distribucion aparatosa. La mayor parte aplauden las pre-

cauciones tomadas y felicitan á los héroes de la fiesta. Muchos demuestran un entusiasmo superior á todo encarecimiento y emplean todas las palabras hiperbólicas del diccionario de la lengua.

Unicamente los *reaccionarios* y los *oscurantistas* se muestran poco satisfechos. Saben que los jurados suelen cometer injusticias irritantes. Saben que las acciones más heróicas y los sacrificios más sublimes permanecen ocultos, porque las personas que los hacen buscan sólo la recompensa de Dios y desdeñan soberanamente los aplausos de los hombres. Saben que los espectáculos aludidos son muy á propósito para calentar la cabeza y entibiar los sentimientos religiosos de los premiados. Saben por fin que yerran grandemente los que caminan por sendas contrarias á las de Jesucristo, el cual socorrió á los pobres sin inquirir si eran ó no virtuosos, logrando así muchas, estupendas y maravillosas conversiones.

Hé aquí explicada la reserva de los *retrógrados*. Añadiré que el tiempo suele darles la razon y descubrir cosas que pasman á los que agotaron en favor de los favorecidos el número de las frases laudatorias. Nadie ignora que los refranes castellanos constituyen por punto general la filosofía del buen sentido, y nadie ignora tampoco que uno de ellos dice perfectamente «No es oro todo lo que reluce.»

Para coronar dignamente las fiestas, el abate comendador Francisco Liszt, dispuso tres grandes conciertos que se verificaron en la *Galería Dantesca*, que está muy cerca de la famosa fuente de Trevi. El caballero Romualdo Gentilucci la puso á disposicion del célebre compositor para que pudiera celebrar dignamente el Centenario del martirio del Príncipe de los Apóstoles.

Ejecutóse *Il Cristo*, obra que acredita el talento y la perseverancia del ilustre protegido por el actual Pontífice-Rey, y que al decir de personas entendidas, resume los esfuerzos del arte y de la ciencia musical en el tiempo presente. Apoyado en textos del Evangelio, se propuso Liszt interpretar en su obra la historia humilde primeramente, dolorosa después y triunfante por fin de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién duda que no podia encontrar un asunto más á propósito para su genio musical? ¿Quién duda que habia de inspirarle acentos sublimes y contrastes maravillosos.

La ejecucion confióse á don Juan Sgambati. La orquesta se componia de ciento treinta profesores. Los señores y señoras á quienes se confió la parte vocal cantaron graciosamente.

Acudió una concurrencia numerosa. Muchos de los asistentes llevaban un librito que contenia las palabras de la ópera.

En la noche del 7 se iluminaron igualmente las fachadas de las iglesias de las Órdenes monásticas, á las cuales pertenecieron los doscientos cinco mártires del Japon, que habian sido beatificados por la mañana.

Dispusieron tambien los romanos muchas fiestas particulares que no caben en los límites de la presente obra. Como no podia ménos de suceder, fueron obsequiados principalmente el episcopado católico y el ejército pontificio.

Los sucesores de los Apóstoles recibian muchas invitaciones, á la mayor parte de las cuales no podian corresponder. Concurrieron sin embargo á la recepcion preparada por la nobleza romana, sobre la cual dijo un periódico lo siguiente que pone de manifiesto el carácter y la naturaleza de la solemnidad.

«Es imposible asistir á reunion más brillante por la union íntima en medio de la variedad exterior de los concurrentes. Los nobles asistieron con sus uniformes á la antigua usanza y los demás de la aristocracia con sus elegantes trages, adornados de multitud de diamantes y perlas.

»Esta reunion es digna de estudio. El Obispo de Nankin podia conversar con el de San Francisco; el de América con el de Australia y decirse:

«Un mismo sentimiento, el amor á la unidad de la Santa Iglesia, nos ha conducido aquí. Los Obispos orientales, con sus blancas barbas, su actitud grave y pacífica, y sus majestuosas maneras, ofrecen un grave espectáculo. Los ingleses y americanos se distinguen por la amabilidad propia de su pais; los italianos, españoles, alemanes, franceses, todos presentaban un cuadro distinguido y sublime. No concluiria si hubiese de describir minuciosamente esta reunion, y exponer las consideraciones á que da lugar.»

Llegado á este punto, debo decir dos palabras de la comida dada por el conde de San Luis en honor de los cardenales españoles, á quienes hospedó en el palacio de la embajada, como tambien al señor Patriarca de las Indias. Fueron invitados además á ella los Obispos españoles, y otras personas distinguidas.

Escuso manifestar que fué expléndida y añadir que los condes de San Luis pusieron nuevamente de realce su amabilidad extraordinaria, su finura insigne y su delicadeza exquisita.

La índole de mi obra no me consiente referir detalles, dignos en todo caso de una revista de periódico; pero sí me permite recordar algo de lo que oí sobre la revolucion de 1854.

He conservado algunas veces con el señor conde de

San Luis, uno de los pocos que hablan todavía con fé del régimen parlamentario. Y en verdad que la cosa me parece imposible. Me parece imposible tratándose de un hombre que ha palpado sus dificultades insolubles y conocido á fondo á la mayor parte de los que le patrocinan; de un hombre que ha sido abandonado durante mucho tiempo por casi todos los que marchan al compás de sus ideas y aspiraciones; de un hombre que ha sufrido las iras y los desprecios de una muchedumbre desenfrenada y frenética; de un hombre dotado evidentemente por Dios de una inteligencia privilegiada; de un hombre á quien he oido hablar siempre del Papa cual cumple á un católico y á un español; de un hombre, finalmente,



Iluminacion de los tres palacios capitolinos

que durante su permanencia en Roma edificó con su ejemplo, atrayéndose generales simpatías.

La cosa parece imposible, siendo sin embargo indudable. He celebrado vanamente más de una vez al señor conde las ventajas indubitables del régimen que prevaleció durante los tiempos gloriosos de la monarquía pura. Aún le aterra la imágen del despotismo, sin tener en cuenta que todos le odiamos y que en último término es más irritante y más baja y más escandalosa la tiranía de un ministro que todo lo atropella sin el menor escrúpulo, á trueque de conservarse más tiempo en el poder.

En apoyo de sus ideas y de sus temores, el señor conde de San Luis cita lo que sucedió al célebre secretario de Felipe II, Antonio Perez. «El poderoso monarca, dice, le derribó y no hubo ya poder humano que lo levantase. Eso no sucede con el régimen parlamentario. Quedan siempre medios para la rehabilitacion.»

¡Que no torne á mencionar por Dios el conde de San Luis al secretario del fundador del Escorial! ¿Quién no sabe ya que faltó á sus deberes de una manera escandalosa? ¿Quién hace caso de lo que dijeron los escritores protestantes á fin de rebajar el

mérito de los monarcas españoles? ¿Quién ha olvidado lo que dijo á propósito del célebre personaje en su excelente obra el marqués de Pidal?

Tampoco puede asegurarse lo referente á la rehabilitacion. Prescindo de la persona del señor conde de San Luis, á quien esperan todavía grandes amarguras sino ha sonado la última hora del parlamentarismo, y vuelvo los ojos á los demás que han figurado en primera línea después de la muerte de Fernando VII. ¿Quién ha recobrado el renombre perdido? Ninguno ciertamente. ¿Ni cómo lo han de recobrar tratándose como se trata de un sistema dentro del cual caben las ambiciones más desapoderadas; de un sistema que coloca la pluma ó concede la palabra á los desairados con más ó ménos justicia; de un sistema que otorga por punto general la mayor latitud cuando se trata de combatir y desacreditar á las personas; de un sistema, en fin, que carece de fuerza para oponer un dique incontrastable al torrente devastador de las chacotas necias, de los insultos groseros y de las calumnias villanas?

En ninguna parte se hallan esos políticos que han logrado recobrar la reputacion perdida. Y nótese de pasada que lo conseguido por algunos se debe á su resolucion heróica de no tomar parte por una gran temporada en el consabido *juego* de las instituciones. Han tenido precision de oscurecerse y apartarse de la escena política: lo contrario cabalmente de lo que indican las palabras del señor conde de San Luis.

No pertenezco yo al número de los que aseguran que ningun parlamentario ha tenido jamás buenas intenciones: creo que desacreditó á muchos el régimen, semejante al consabido fabuloso animal, que colocado en un desfiladero proponia á todos los transeuntes un problema y devoraba á cuantos no sabian resolverlos. «¡Pobres personas! repito yo con el difunto señor don Pedro de la Hoz. No dejarán de tener graves imperfecciones; pero asi y todo habrian hecho muy buen papel y buenos servicios bajo un gobierno que las hubiera mantenido en su respectiva esfera y regulado el paso de su carrera pública. Espartero en tal caso habria sido á su tiempo un escelente general de operaciones: Olózaga y Cortina dos buenos fiscales de tribunales Superiores ó Supremos: Linage un buen inspector de carabineros: San Miguel un capacísimo ministro de la Guerra, ó cuanto se hubiera querido: Mendizabal un gran recaudador de rentas: Cardero un buen coronel de un regimiento; y hasta el sargento García habria podido ser un fiel alabardero. La desgracia de todos ellos, la desventura nuestra consiste en que entraran á vivir bajo una ley política que, abriendo á su ambicion impaciente la ancha y corta vía de la revolucion, les hiciera abandonar el estrecho y largo camino del merecimiento.»

No se concibe por otra parte que el señor conde de San Luis tema todavía el despotismo de un monarca. Se lo he recordado ya y se lo recuerdo nuevamente. ¿No ha sido víctima por ventura del despotismo revolucionario, único temible en nuestros dias? ¿No asegura sinceramente que se cometió con él una verdadera iniquidad? ¿No dice que su buena fé no podia ser mayor y que no podian ser más puras y más rectas sus intenciones? ¿No comprende que le inspira temor un fantasma y que piensa quizás demasiado poco en sus reales y verdaderos enemigos?

Nadie mejor que él puede sostener que ese pueblo á quien se engaña y seduce con la mayor facilidad, es el déspota más irracional que se conoce. Oigan mis lectores algo de lo que nos dijo durante el banquete mencionado. La conversacion rodando fué á parar á los sucesos de 1854. Oí cosas que hicieron en mi espíritu la más profunda impresion. No me sorprendió saber que le saquearon completamente su casa; ni que hicieron mil trozos de un retrato suyo; ni otras muchas cosas que prueban la cobardía y la vileza, y la indignidad de esos malos españoles dispuestos siempre á derramarse por las calles y plazas con la tea incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra.

Lo que me impresionó extraordinariamente fué saber que durante la revolucion unos gritaban «Muera el conde de San Luis» y otros «Viva Sartorius.» Obrarian los primeros para complacer á los adversarios políticos ó personales del hombre público que me ocupa: sabrian los segundos que habia protegido y ensalzado á escritores oscuros, á pobres artistas, á literatos hambrientos, á hombres, para decirlo de una vez, completamente desairados por la fortuna, adquiriendo en su virtud una popularidad extraordinaria. Ningun personaje de nuestro pais ha podido repetir con tanto fundamento aquellas palabras de Mirabeau, el ídolo del pueblo francés, cuando supo que le acusaban de mantener tratos con la córte de Luis XVI. «No necesitaba yo de esta leccion para saber que sólo va un paso del Capitolio á la roca Tarpeya.»

El respetable señor Arzobispo de Zaragoza refirió tambien lo siguiente, que pone de realce lo que son las revoluciones. Oyó desde su palacio decir á muchos revoltosos: «Viva Espartero.» Esto nada tiene de particular, pero sí lo siguiente, que á maravilla retrata á las muchedumbres amotinadas. Habiendo dicho uno: «Viva el conde de San Luis,» contestaron otros: «Hombre no; contra ese se hace el pronunciamiento.»—«Pues entonces, replicó, muera el conde de San Luis.» Verdaderamente son inútiles los comentarios. . . . .

. . . .

Otro hecho singular. Uno de los revolucionarios

dijo en la calle de Toledo: «Si nos apoderamos del conde de San Luis le mataremos: el pedazo mayor ha de ser así», añadia mostrando la punta del dedo. Un amigo del Conde que estaba con los revolucionarios preguntóle: «¿Qué mal te ha hecho.»—«Hombre, ninguno.»—«Lo que harias, añadió aquel, si le cogieses, seria salvarle.»—«Puede que tengas razon.» Y le dijo luego en voz baja: «No es broma: le pondria en salvo.»

El señor conde de San Luis afirma que fue uno de los que le acompañaron hasta la frontera, como tambien que no ha querido despues obsequio de ninguna clase. Rasgos como estos honran á un pueblo y son profundamente españoles, sin linaje de duda.

Añadiré que el señor conde de San Luis sabe quién tiene muchos de los objetos que le robaron. No ignora dónde están algunos cuadros de la coleccion incompleta que habia reunido, representando el hecho mas importante de cada órden religiosa.

Cúmpleme decir tambien que nuestros obispos acreditaron en Roma las cualidades privilegiadas que les adornan y enaltecen. Como los españoles (prescindo de los liberales), no se alaban mútuamente y ménos á sí propios, en la ciudad santa creíanles muchos sin la ciencia que les distingue. Me consta que el General de una Orden espresóse de la siguiente ó parecida manera: «Habíanme asegurado que los obispos de España sabian poco latin. Anoche hablé con muchos en el palacio Altieri, y me persuadí de que lo hablan perfectamente.» Y Luis Veuillot, el príncipe de los escritores católicos, aprovechando todas las ocasiones que se le ofrecian, les dispensaba rigurosa justicia, elogiándoles extraordinariamente.

Despues del convite mencionado, uno de los dignos familiares de Su Eminencia el Cardenal de Santiago se sirvió leerme la esposicion que los señores obispos presentaron á Su Santidad y que voy á trascribir. Referiré antes lo que se hizo primero.

Realmente se presentó una coyuntura muy favorable para dilucidar y resolver los gravísimos asuntos de las congregaciones españolas de san Vicente de Paul, en los cuales tan interesado está el bien de la Iglesia y el honor de nuestro religiosísimo pais. Prescindiendo de que los obispos conocen mejor que los demás las necesidades y los peligros que pueden rodear á los católicos españoles, algunos habian examinado ya concienzudamente las causas de los disturbios y disensiones ocurridas, asi como las funestas consecuencias que podian producir. Gran ocasion para que los demás supiesen lo que sucedia y acordasen lo mas oportuno.

El dia 21 de junio fueron convocados todos los sucesores de los Apóstoles españoles que estaban en la ciudad eterna y Monseñor Avila, auditor de la Rota romana. La reunion se verificó en el palacio de España.

Duró mucho tiempo, acordándose por unanimidad elegir una comision que estudiase detenidamente el asunto á nombre de todo el episcopado español é inquiriese lo que Pio IX consideraba mas hacedero. Designáronse los señores Cardenal de Santiago de Galicia, los Arzobispos de Zaragoza y de Granada y el Obispo de Barcelona: el primero en calidad de presidente.

Reunidos todos los datos y documentos indispensables para conocer el asunto perfectamente y celebradas algunas conferencias, resolvieron elevar la exposicion al Santo Padre. Aunque estaban autorizados para dirigirse al mas querido de los Reyes y al mas venerable de los Pontífices, creyeron que el documento debia ser autorizado con la firma de todos los prelados españoles residentes en Roma con motivo de las fiestas.

A este propósito reuniéronse de nuevo el dia 3 de julio. El eminentísimo señor Cardenal manifestó á la ilustre asamblea lo que habia hecho la comision para cumplir con su cometido. En seguida su jóven secretario, el Canónigo Magistral de la Apostólica y Metropolitana iglesia de Santiago de Galicia, leyó la exposicion que luego insertaré. El referido Príncipe de la Iglesia desenvolvió con gran copia de datos los puntos que comprende, y en su virtud decidieron firmarla todos los sucesores de los Apóstoles.

La comision solicitó poco despues una audiencia de Su Santidad, que fue al instante otorgada. Los ilustres y venerables prelados que la componian tuvieron el honor de poner la exposicion en manos del Santo Padre aquel dia mismo á las ocho de la noche. Pio IX les prometió que procuraria resolver prontamente la cuestion que tan concienzudamente habian examinado.

Dice asi el importante documento que resplandece por su claridad, por su sabor español y por la intrepidez con que combate las pretensiones francesas.

Beatísimo Padre:

Los obispos españoles que obedeciendo á la insinuacion de V. S. hemos venido á solemnizar la festividad del centenar del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la canonizacion de algunos mártires, confesores y vírgenes, nos vemos en la necesidad de llamar la atencion de V. B. sobre asunto gravísimo relativo á la Iglesia y á la española. Hablamos de la congregacion ·'

de la Caridad de san Vicente de Paul establecida en España desde 1804, bajo el patronato de nuestros reyes y cuya suerte no puede menos de inspirarnos el mas vivo interés.

Es un hecho indudable que esta congregacion española no ha reconocido desde su fundacion ningun superior estranjero, sino sólamente al Visitador general nombrado segun las reglas para regir á los misioneros Paules de España.

Es otro hecho que S. S. el Papa Pio VII, de feliz recordacion, mandó por su bula de 27 de noviembre de 1818, que en el noviciado de Madrid y en todas las demás casas de las Hijas de la Caridad existentes en cualquiera lugar de los dominios del Rey católico, todas y cada una, ahora y en lo sucesivo perfectamente observen sólo aquella regla que San Vicente fundador instituyó y la que en los reinos de España hasta nuestros tiempos se ha observado sin innovar cosa alguna acerca del gobierno de la Congregacion.

En 1.° de enero de 1827, el Visitador General don Fortunato Feu, secundando los justos deseos del Rey católico, pasó una circular á todas las casas de España, mandando que se uniformasen en el traje, dejando la corneta que en algunas habia comenzado á introducirse, y usando esclusivamente el tocado español que desde el indicado año se ha conservado hasta que en estos últimos años se ha notado el empeño más ó ménos disimulado por parte del Superior General francés de introducir en la congregacion española el adorno que en la cabeza se ponen las Hermanas francesas y que repugna á nuestros usos y costumbres.

Ya S. S. en el año de 1862 se dignó ordenar *vivæ vocis oraculo* á instancia de los obispos españoles que entonces concurrimos á Roma, que no se hiciese novedad en el trage de las Hermanas españolas.

Mas no es ésta la sola novedad que se aspira á introducir sino otras mas radicales y profundas cuales son la centralizacion de fondos, la educacion francesa y el mando de superioras francesas ó de españolas que se presten á las innovaciones: en una palabra, se está levantando altar contra altar, formándose comunidades francesas al lado de las españolas para llegar á su absorcion.

Todas estas cosas que no hacemos mas que indicar han llevado la alarma á muchas casas españolas de las Hijas de la Caridad, las tienen intranquilas y tememos que un gran número de ellas, por lo menos, abandonaria su instituto antes que aceptar semejantes innovaciones.

Esto, como V. S. conoce, produciria gravísimos escándalos y acaso la disolucion de la Congregacion española de las Hijas de la Caridad tan estimadas de los Obispos por el bien que han hecho y están haciendo en nuestra Nacion.

Para obviar tamaños males nos atrevemos á proponer á V. S. un pensamiento que si mereciese su aprobacion llevaria un gran consuelo y el remedio á la tribulacion que sufren nuestras Hermanas de la Caridad, y se reduce á que V. S. *motu propio* se digne nombrar un Visitador general que provisionalmente y mientras se concluye la visita encargada al Nuncio cerca de la reina católica gobierne la Congregacion española de las Hijas de la Caridad conforme á las reglas de san Vicente y á las costumbres de nuestra nacion, sin admitir ninguna de las innovaciones con que pretenden perturbarlas en nuestros dias, y reorganice al mismo tiempo la Congregacion de la Mision de Paules, que se halla en alguna decadencia merced á las vicisitudes políticas por que ha atravesado nuestra España.

Dígnese V. S. acoger benignamente nuestra súplica, besando entre tanto humildemente sus pies é implorando su bendicion.

Beatísimo Padre
de V. S.

Roma, julio 2 de 1867.

Hmos. y Dmos. Siervos.

Siguen las firmas de los señores Cardenales, Patriarca, Arzobispos y Obispos españoles que se hallaban en Roma con motivo de las solemnes fiestas.

Con fundamento innegable ha dicho el jóven sacerdote don José Recoder, que tan valientemente ha defendido los derechos de su congregacion y de su patria:

«Si el último viaje del esclarecido episcopado español á la capital del mundo católico no hubiese producido otro bien que el gran paso que dió para terminar las gravísimas cuestiones que de once años á esta parte vienen perturbando á las utilísimas congregaciones españolas de San Vicente de Paul, deberia por esto sólo bendecirse una y mil veces tan santa espedicion. Cada prelado atendió de una manera particular á las necesidades de la grey que le está confiada, y algunos metropolitanos celebraron juntas con sus respectivos sufragáneos, en las cuales resolvieron lo mas conveniente para el bien de sus iglesias, mas no se congregaron todos sino para estudiar y resolver las indicadas diferencias referentes á las Hermanas de la Caridad y á los sacerdotes de la congregacion de la Mision.»

Tambien se debe gratitud á los obispos españoles por haber procurado el restablecimiento de las fiestas suprimidas. Dos palabras á este propósito. Las escribiré con pena por tratarse de un asunto tan espinoso y sin vacilacion al propio tiempo por estar íntimamente persuadido de que importa mucho referir lo que ha

pasado. Es además intolerable que algunos malos españoles tengan la osadía de hablar contra el augusto Vicario del Hombre-Dios y los obispos de nuestro país.

Comienza el decreto pontificio afirmando que ha suplicado muchas veces el gobierno español á Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX, que «para bien del comercio, fomento de las artes y provecho de la agricultura disminuyese el número de los dias festivos.» Añado que algunos anteriores lo pidieron tambien con una insistencia y con una perseverancia que no deben maravillarnos. Nadie ignora que los gobiernos liberales son activos sólamente tratándose de hacer lo posible para continuar mucho tiempo en el



El conde de San Luis.

poder, de perseguir á los monárquico-religiosos ó de tomar, con más ó ménos salvedades, disposiciones contra la Iglesia de Dios.

Al Papa se le dijo además que las cosas quedarian como en la Eterna ciudad y que los españoles deseaban vivamente la supresion de algunas fiestas. Prometiósele por último que se procuraria con la mayor diligencia el cumplimiento de todas las demás. Viene bien repetir aquí aquellas palabras de Donoso Cortés: «Maldita escuela doctrinaria enemiga jurada de la verdad:»

Para convencerse de que lo primero es inexacto, léase el anuario pontificio. Consta en él que hay en Roma muchas más fiestas que en España. Para persuadirse de que tampoco es cierto lo segundo, sólo se necesita recordar las humildes peticiones que de todos los ángulos de la península se han elevado á los sucesores de los Apóstoles, á fin de que las cosas se repusieran á su ser primitivo. Para penetrarse de lo que valen y significan las seguridades y protestas de los doctrinarios, bastará que mis lectores consideren lo que hoy mismo está sucediendo.

El ministro de Gracia y Justicia expidió un Real decreto á fin de que se cumplieran escrupulosamente las fiestas no suprimidas, y habló á mayor abundamiento en el propio sentido en la Cámara popular. Los gobernadores civiles dieron *bandos* con el mismo propósito y los alcaldes mostraron una piedad edificante. Por si esto era poco todavía, muchos agentes de la autoridad tomaron disposiciones eminentemente desatinadas y ridículas. Se propusieron por lo visto dar lecciones á nuestra Madre divina que se distingue por su dulzura, y determinaron impedir violentamente aun aquellas cosas aprobadas ó consentidas en todos tiempos por la Iglesia.

Pasó ese fervor religioso precisamente porque no

era fervor religioso. Subsisten las disposiciones, pero caen en desuso por instantes.

No se contó por otra parte con los prelados. El reverendo señor Obispo de Urgel, por tantos títulos respetable, tuvo á bien decirme que recibieron la primera noticia de la supresion hallándose á bordo del *San Quintin*. Procuróse por consiguiente que levantasen contra ella su voz autorizada.

Es imposible disculpar al señor don Lorenzo Arrazola, sobre todo si se considera que hallándose Mon en la embajada de Roma se formó un espediente que debe obrar en el ministerio de Gracia y Justicia. Corren unidos á él documentos que colocan las cosas en el lugar y punto que les corresponde. Tanta fuerza é importancia tienen que aquel diplomático, defensor en un principio de la reduccion, prometió no innovar nada durante su permanencia en la capital del mundo católico.

No haré al señor Arrazola la injusticia de creer que no desenterró dicho espediente ó que dejóse guiar por uno de esos imberbes oficinistas que pasan las horas escribiendo billetitos perfumados, hojeando esos libros que pervierten la inteligencia y corrompen el corazon de sus lectores, ó resolviendo con pasmosa facilidad los problemas mas complicados que se ventilan en el mundo político. Nótese de paso que para esos hombrecillos todos los dias son de fiesta.

Los que hablan, pues, contra Pio IX no saben lo que se dicen. Son pura y simplemente católicos indignos. Olvidan, además de lo manifestado, que el Pontífice Rey encarga mucho que se guarden todas las demás fiestas; que, si bien no puede disminuir el número de los sacramentos, ni los mandamientos de la ley de Dios, ni nada de cuanto referente á la fe ó á las costumbres enseñó Jesucristo por sí ó por medio de sus Apóstoles, puede arreglar lo relativo á la disciplina eclesiástica, acomodándolo á las necesidades de los tiempos; que en varios Concilios se redujeron las fiestas y que tomó tambien disposiciones sobre la materia Benedicto XIV de feliz recordacion; que la Santa Sede, para concluir, quiso demostrar que no aborrece los adelantos materiales, siquiera mire los morales con la debida preferencia.

He dicho mal que lo olvidan. Debí afirmar que no lo saben y añadir que les dispensa un gran favor quien les llama ignorantes. Si lo supiesen y continuasen chillando serian malvados.

Hé aquí ahora el Decreto pontificio.

DECRETO PONTIFICIO.

REGNI HISPANIÆ.

«Cuum Pluries Hispanicum Gubernium Sanctissimum Dominum Nostrum, Pium Papam IX, exoraverit, ut ad commercii bonum, artium incrementum, et agriculturæ utilitatem dierum festorum numerum imminueret, Sanctitas Sua, præ oculis habens sinceram illius nationis pietatem, et ardens fidei Catholicæ studium, distulit præfatas excipere preces, donec ita provideretur, expositis ab eodem Gubernio necessitatibus, ut populi fidei ac pietati insimul prospiceretur. Itaque Sanctissimus idem Dominus Mandavit, ut, iterata hujusmodi postulatio, Sacrorum Rituum Congregationis examini subjiceretur.

Quare, post auditam subscripti ejusdem congregationis Secretarii fidelem de omnibus relationem, Sanctitas Sua, rationum momentis mature perpensis, nonnullorum Regni Hispanici Antistitum consiliis exquisitis, cæterorum dierum festorum observandorum lege haud immututa, ea, quæ sequuntur, disponere dignata est.

Primo: ut derogatum sit legi sacro *adstandi* iis diebus festis secundariis (vulgo *dias de Misa*), in quibus, tamen, permissum erat operibus servilibus operam dare.

PARA EL REINO DE ESPAÑA.

Habiendo suplicado muchas veces el Gobierno español á Nuestro Santísimo Señor, el Papa Pio IX, que para bien del comercio, fomento de las artes, y provecho de la agricultura disminuyese el número de los dias festivos, Su Santidad, teniendo presente la sincera piedad y ardiente amor de aquella Nacion á la fé católica, difirió el exámen de las referidas preces para que, al propio tiempo que se remediasen las necesidades que expuso dicho Gobierno, se atendiese á la fé y piedad del pueblo. Asi pues, el mismo Santísimo Señor mandó que esta reiterada peticion fuese sometida al exámen de la Congregacion de Sagrados Ritos.

Por lo que, despues de oida una relacion fiel sobre todo ello del infrascrito Secretario de la misma Congregacion, Su Santidad, pesada maduramente la importancia de las razones, pedido el parecer de algunos Obispos del Reino de España, y no mudando la ley relativa á la observancia de los otros dias festivos, se ha dignado disponer lo siguiente:

Primero: que quede derogado el precepto de oir Misa los dias de fiesta de segundo órden (llamados vulgarmente *dias de Misa*), en los cuales, sin embargo, era permitido trabajar en obras serviles.

Secundo: ut derogatum sit legi, qua cautum erat, ut fideles sacro adstarent et ab operibus servilibus vacarent, in Feria secunda Paschatis; item in Feria secunda Pentecostes, et in Feria Christi Nativitatem proxime sequente.

Tertio: ut eadem legis derogatio locum habeat in festis Nativitatis Deiparæ, et Sancti Joannis Baptistæ, quorum festorum solemnitates ad Dominicam proxime sequentem, festo dupluci primæ classis haud impeditam, transferri, debeant, cum unica Missa solemni, more votivo, de iisdem festis.

Quarto: ut in qualibet Diœcesi unus tantum Patronus principalis, *á Sancta Sede designandus*, recolatur, servata lege sacro adstandi, et ab operibus servilibus abstinendi.

Quinto: ut cæterorum Patronorum, aliorumque Sanctorum festa, quæ in una, vel altera Diœcesi ex speciali privilegio sub utroque præcepto huyusque observantur, transferri valeant, cum Officio et Missa, ad primam insequentem Dominicam liberam, quæ non sit privilegiata, et in qua non ocurrat duplex primæ vel secundæ classis. Episcoporum autem erit dubia, si quæ sunt, super festis hoc articulo abrogatis, Sanctæ Sedi exponere; liberumque ipsis erit rationum momenta significare pro unius vel alterius hujusmodi festorum conservatione.

Ut jejunandi obligatio in vigiliis festorum, quæ per præsens Indultum abrogata fuere, (dummodo aliunde vel ratione Quadragesimæ, vel ratione quatuor temporum jejunium non præcipiatur), de Apostolicæ Benignitatis dispensatione remissa inteligatur, Prædicta vero jejunii lex, quæ in vigiliis præsenti modo Indulto abrogatis olim habebatur, in singulas Ferias sextas, et Sabbata Sacri Adventus transferri mandavit.

Quoniam vero Sanctitas Sua, dum populorum conscientiæ consulere, et eorum, qui in sudore vultus sui panem comedunt, indigentiæ providere voluit, minuere non intellexit Sanctorum venerationem et salutarem Christifidelium pœnitentiam; ideo Sanctorum et solemnitatum Officia et Missas, tam in abrogatis festis, quam in eorum vigiliis, retineri, et sicut prius in quacumque Ecclesia celebrari jussit.

Eadem Sanctitas Sua spem fovet devotissimum Hispanicum populum, eo animo usurum esse apostolica hac concessione, quam servandam edixit, à prima die insequentis anni 1868, ut reliquos dies festivos, sub præcepti observantia permansuros, alacriori pietatis incitamento recolere satagat. Contrariis non obstantibus quibuscumque.=Die 2 Maji 1867.—(Subscriptus.) C. Episcopus Portuen. et

Segundo: que quede derogado el precepto que mandaba á los fieles oir Misa y abstenerse de obras serviles el lunes de Pascua, como tambien el lunes de Pentecostés, y el dia que sigue inmediatamente á la Natividad de Jesucristo.

Tercero: que tenga lugar la misma derogacion de precepto en las fiestas de la Natividad de la Madre de Dios y de San Juan Bautista, la celebracion de las cuales fiestas deberá trasladarse á la Dominica próxima siguiente, que no esté impedida por fiesta doble de primera clase, con una sola Misa solemne, como se acostumbra en las votivas de las mismas fiestas.

Cuarto: que en cada Diócesis se venere un solo Patrono principal, que *habrá de ser designado por la Santa Sede*, quedando vigente el precepto de oir Misa y de abstenerse de obras serviles.

Quinto: que las fiestas de los demás Patronos y de otros Santos, que en una ú otra Diócesis, por privilegio especial, se observan hasta ahora bajo ambos preceptos, puedan trasladarse con su Oficio y Misa á la primera Dominica siguiente libre, que no sea privilegiada, y en que no ocurra una doble de primera ó segunda clase. Y será de cargo de los Obispos exponer á la Santa Sede las dudas, si ocurren algunas, sobre las fiestas abrogadas en este artículo; y podrán indicar libremente los motivos para conservar una ú otra de dichas fiestas.

Que se entienda remitida por dispensacion de la Benignidad Apostólica la obligacion de ayunar en las vigilias de las fiestas, que por este indulto quedan abrogadas (siempre que el ayuno no esté prescrito por otra parte, ó por razon de la Cuaresma ó de las cuatro témporas). Pero Su Santidad mandó que el dicho precepto del ayuno, que existia anteriormente en las vigilias abrogadas ahora por el presente indulto, se traslade á todos los Viernes y Sábados del sagrado adviento.

Mas por cuanto Su Santidad, al querer proveer á la conciencia de pueblos y atender á la indigencia de aquellos que comen el pan con el sudor de su rostro, no ha tenido intencion de disminuir la veneracion de los Santos y la saludable penitencia de los Cristianos; ha mandado, por tanto, que los Oficios y Misas de los Santos y de las solemnidades, tanto en las fiestas abrogadas, como en sus vigilias, se conserven y celebren, como antes, en todas las Iglesias.

Su Santidad abriga la esperanza de que el devotísimo pueblo Español hará uso de esta concesion apostólica, la cual declaró deber observarse desde el dia primero del año próximo de 1868, con tal espíritu, que se esmerará en santificar con mayor fervor y piedad los demás dias festivos, que han de permanecer bajo la observancia del precepto.

Y todo esto, no obstante cualquiera otra disposi-

S. Rufinæ, Card. Patrizi, S. R. C. Præfectus.—Loco ✠ sigilli.—(Subscriptus.) D. Bartolini, S. R. C. Secretarius.»

cion en contrario.—El dia 2 de Mayo de 1867.—C. Obispo de Porto y Santa Rufina, Cardenal Patrizi, Prefecto de la Congregacion de Sagrados Ritos.—Lugar ✠ del sello.—D. Bartolini, Secretario de la Congregacion de S. R.

Haré notar como síntesis de mis deseos y de mis esperanzas:

1.° Que el Gobierno pidió frecuentemente al Santo Padre la disminucion por creer que redundaria en beneficio del comercio, de las artes y de la agricultura.

2.° Que el decreto papal dice ya que los prelados «podrán indicar libremente los motivos para conservar una ú otra de dichas fiestas.»

3.° Que Su Santidad confia que el religiosísimo pueblo español, hará uso de su concesion apostólica con tal espíritu «que se esmerara en santificar con mayor fervor y piedad los demás dias festivos.»

Si á lo dicho se añade que el Gobierno no cumplirá su palabra, sin ser profeta se puede asegurar que pronto volverán las cosas á su estado primitivo.

Antes de concluir la reseña de las fiestas civiles, diré una palabra del banquete dado en honor del ejército pontificio. ¿Podia olvidarse á los que habian derramado generosamente su sangre por la mas sublime de las causas? Concedo tambien la palabra con gusto al corresponsal de un diario católico que dijo lo siguiente:

—La fiesta dada por los extranjeros á los oficiales del ejército pontificio ha sido brillante. Los espaciosos salones, espléndidamente iluminados, apenas podian contener á la concurrencia. En el fondo de la sala principal aparecia el busto de Pio IX, en frente del del general Lamoriciere, rodeado de armas y laureles. La música, colocada en un patio, tocó piezas escogidas é himnos preciosos, mientras el pueblo, situado en la plaza y calles adyacentes, aplaudia y vitoreaba á los que han puesto su espada al servicio de la causa santa que el Pontífice Romano representa.

A las nueve penetró en los salones monseñor Mermillod, llevando á su derecha al coronel D'Argy, y á su izquierda al coronel de Charette. Entre los oficiales veíanse algunos héroes de Castelfidardo. Un herido en esa gloriosísima batalla brindó por Pio IX, Pontífice-Rey, brindis que fué acogido con estrepitosos aplausos y calurosas aclamaciones. Monseñor Mermillod habló entonces, dirigiéndose á todos, y con especialidad al ministro de la Guerra, el general Kanzler, de la alegría que experimentaba al ver el entusiasmo de los oficiales pontificios y las simpatías que inspiraban á los extranjeros allí reunidos. Al concluir monseñor Mermillod su brillante improvisacion, fué ahogada su voz por unánimes y frenéticos vivas á Pio IX y al ejército pontificio.

Me parecen inútiles los comentarios. Alegra grandemente ver que en Roma, á diferencia de lo que pasa en casi todas las demás capitales, es alabado y enaltecido todo lo noble, digno, egregio y santo.

La ciudad eterna sigue siendo el faro luminoso que ha conducido al mundo por la senda del progreso cristiano.

XI.

Bien pronto se persuadirán mis lectores de que fueron notabilísimas las solemnidades académicas, quedando por consecuencia estraordinariamente complacidos. Quedarán tambien algunos no poco maravillados.

No poco maravillados, sí. Es preciso reconocerlo. Tratándose de Roma hay una especie de conspiracion latente y constante fraguada con el fin menguado y torpe de ocultar el verdadero estado de la capital del mundo católico. Los que ponen sobre las estrellas el falso progreso de nuestros dias son enemigos irreconciliables de la civilizacion bien comprendida, cuyo centro está en Roma sin linaje de duda.

Hay empeño en negar lo bueno que contiene y en suponer cosas existentes sólo en la fantasía exaltada ó en el corazon pervertido de sus detractores.

Afortunadamente no pasa el tiempo en valde. Los ferro-carriles y los buques de vapor llevan de contínuo á la eterna ciudad á multitud de personas entendidas, cada una de las cuales observa y estudia, rectifica los juicios erróneos, conoce los engaños de que ha sido víctima y torna por fin á su pais firmemente resuelto á decir la verdad. Véase cómo esos vehículos con los cuales se pensaba destruir por completo el edificio de la civilizacion antigua que nuestros mayores levantaron á costa de los mas heróicos sacrificios, sirven tambien para convencer de que han abusado muchos indignamente de nuestra credulidad, como tambien de que sus maquinaciones quedan á la postre reducidas á la mas vergonzosa impotencia.

Sucede lo que pasa con respecto á los hombres de virtud acrisolada. Se procura no mencionarlos siquiera para impedir que salgan de la oscuridad que forma y constituye su delicia. Pero está escrito que los buenos son la luz del mundo y que no se enciende ésta «para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbre á todos los de la casa.» Dios cumple siempre su palabra infalible y la reputacion de los que marchan por las sendas del honor y del deber ábrese paso á través de todos los obstáculos y de las dificultades todas.

No cejan las maquinaciones odiosas referidas ó indicadas. No han podido conseguir sus autores que apareciese la hermosa luz de la virtud ni que bri-



Excmo. é Ilmo. Señor don Bienvenido Monzon y Martin, Arzobispo de Granada.

llase con su natural esplendor. No han logrado encubrirla, pero intentan apagarla con una insistencia y con una perseverancia verdaderamente dignas de Satanás. De ahí esas malas artes que tienen por objeto la corrupcion de los hombres honrados, dignos y consecuentes. Más ó ménos solapada ó encubiertamente se les brinda con riquezas, si tienen aficion al vil metal, con honores, si se muestran inclinados á la vanidad, con poder, si se dejan influir por el demonio de la soberbia, con placeres, en fin, si no han logrado llegar á esa dichosa y dificilísima situacion en la cual el barro de su ser está sometido al espíritu que es inmortal, y ambos á Dios, generador de cuanto existió, existe y existirá hasta la consumacion de las edades. Es un milagro que resistan varonilmente y sin detrimento todas estas seducciones horribles.

El prodigio es un hecho muchas veces. Algunos salen incólumes despues de navegar por un piélago tormentoso, lleno de sirtes y preñado de tempestades. ¿Quién lo creyera? Sus enemigos continúan sus maquinaciones de zapa. Hánse persuadido de que nada pueden los halagos y de que seria inútil recurrir á las amenazas. Apelan entonces á la difamacion y á la calumnia. Los que conocen bien á las víctimas dudan, vacilan, se abstienen: los que no las conocen creen por punto general cuanto se les dice: los que por cualquier razon están interesados en destruir su buen nombre dan al mas leve indicio el carácter de hecho incontrovertible, y entregan á los vientos de la publicidad todos los rumores y todas las noticias, condenando por consecuencia á los aludidos al mayor de los tormentos.

Triunfa por fin la verdad. Los detractores aparecen como son á los ojos de la Sociedad que les con-

templa con horror invencible. Es inevitable la reaccion en favor de sus víctimas, que logran una estimacion proporcionada al tiempo que ha estado reprimida. Es verdad que aun cuando se cierran las heridas de la calumnia queda siempre la cicatriz, pero ¿quién negará que esas cicatrices son por lo menos tan hermosas y tan venerables como las de los valientes que pelearon con intrepidez en los campos de batalla?

La luz alumbra de nuevo á todos los de la casa. Hay ocasiones en que Dios permite que alumbre al mundo entero. Lo permite sobre todo cuando ha resuelto salvarle despues de una crisis violenta. Entonces pueden aplicársele aquellas palabras memorables de Napoleon I. «Su grandeza es como el sol: es ciego quien no la vé.»

La Correspondencia de Roma, semanario francés que se publica en la capital del mundo regenerado por Jesucristo, al dar cuenta de algunas reuniones celebradas por la Academia de la Religion católica, escribió las siguientes líneas cuya exactitud es incontrovertible. «La revolucion atenta contra el poder de las llaves, y Roma, con el auxilio de todos los verdaderos cristianos, lo afirma y lo exalta. Los artistas, los sabios y los religiosos, enaltecen á porfía al Príncipe de los Apóstoles. No hay una imprenta que al mes de su establecimiento, no haya de publicar obras en honor del pescador de Galilea. Defiéndense en las Academias las prerogativas de San Pedro, así como su influencia y su doctrina.»

La citada corporacion reunióse tres veces durante el mes de Mayo. Su Eminencia el Cardenal Mertel, presidente del Consejo de Estado, abrió las sesiones el dia 2 con un discurso muy notable sobre *la situacion del mundo y de Roma cuando San Pedro vino á esta ciudad*. Don Guillermo Audisio, Consultor de la Santa Congregacion del Indice, catedrático de la Universidad, y censor académico, desenvolvió el 16, acreditando una vez mas sus cualidades superiores, el tema siguiente: *Los apóstoles Pedro y Pablo vencedores de la Roma antigua y fundadores de la moderna*. Siete dias despues, el Reverendo Padre Cárlos María Curci, de la Compañía de Jesus, que se ha conquistado con su virtud y saber una de las reputaciones mas puras, mas brillantes y mas merecidas, demostró que *Por la Cátedra de San Pedro, establecida en Roma, las ciencias han sido establecidas en la unidad y elevadas á la dignidad que conviene á la sabiduría*.

Otra sesion celebró el dia 6 de Junio. Monseñor Puecher-Passavalli, de la órden de los Menores capuchinos y arzobispo de Iconio, demostró en ella victoriosamente que *los pueblos no pueden conservar por espacio de mucho tiempo la verdadera civilizacion, si se apartan de la Sede del Vicario de Jesucristo*. Su discurso logró grandes y merecidos encomios.

Mas notable fue la reunion del dia 13. Monseñor Nardi, consultor de las Santas Congregaciones de la Propaganda y del Indice y auditor de la Rota, desenvolvió el tema siguiente: «*Solo la doctrina de Pedro puede civilizar á los pueblos bárbaros*.

Como no podia menos de suceder tratándose de una persona tan conocida en la república de las letras, Monseñor Nardi escribió un discurso excelente bajo el punto de vista de la erudicion y de las formas literarias. Tras demostrar que los animales puros é inmundos del simbólico libro de Job daban claramente á entender que todos los pueblos, inclusos los más bárbaros y los mas distantes de la verdad, debian venir á la Iglesia de Pedro, como tambien que Grecia y Roma sostuvieron y patrocinaron errores y vicios incompatibles con la verdadera civilizacion, el ilustre prelado mencionó á los pueblos que comunmente se denominan bárbaros, é hizo ver que la Iglesia, no solo consiguió que sus invasiones fuesen menos fatales para la humanidad, sino que además convirtió sus daños en beneficios por la transformacion obrada en los corazones y en las costumbres de las hordas feroces.

Historió despues á grandes rasgos las misiones de la Edad Media que cambiaron la faz de Europa, combatiendo y pulverizando las objeciones siguientes. Que la Iglesia no fue la unica que logró los prodigios indicados, sino que concurrieron tambien otras separadas de ella y que la Europa, despues de convertida al Cristianismo, permaneció inculta. Demostró por el contrario que la Iglesia católica, con su dulzura y con su virtud ha conducido paulatinamente á los pueblos á una vida mas civilizada y que esta mision difícil no se ciñe á los siglos pasados, sino que continua en el presente, no pudiendo ser imitada ni proseguida bajo ningun concepto por las sectas cismáticas ó protestantes.

Entrando de lleno en la cuestion, el distinguido escritor hizo un paralelo entre las misiones protestantes y las católicas de la India, de la China y de las Américas, demostrando concluyentemente que las unas no podian ser mas estériles ni mas fecundas las dadas por nuestra Religion divina.

Difícilmente pudo conseguir un resultado mas satisfactorio. Los sofismas aducidos por los adversarios de la verdad, aparecieron con toda su repugnante desnudez: los prodigios de la fé y las conquistas de la sangre católica brillaron con todo su magnífico esplendor.

Añadiré que Monseñor Nardi, fué aplaudido calurosamente por los Príncipes de la Iglesia, por los pre-

lados y por los numerosos oyentes que acudieron á la gran sala de la *Sapienza*.

La sesion mas solemne se verificó en el dia 25. La Academia se propuso honrar en ella al episcopado católico que se reunió en la ciudad inmortal correspondiendo á la invitacion que les dirigiera el mejor de los Reyes y el mas querido de los Pontífices.

La iglesia se decoró con el buen gusto que es propio y característico de Roma. En un magnífico pabellon de seda carmesí y de terciopelo, aparecia el retrato de Pio IX, protector de la Academia. Vuelvo á decir que no puede darse un paso en la capital del mundo católico sin encontrar pruebas de lo que ha hecho en su favor el Papa que rige actualmente la Iglesia de Dios.

En la parte contraria correspondiente al ingreso, se colocó sobre el arquitrave de la puerta un cuadro grande y hermoso. El caballero Ruspi representó en él á Pio IX y á los personajes más distinguidos de su córte y de Roma en el acto de recibir á los sucesores de los Apóstoles que vinieron de todos los paises del mundo en alas de esa fé esclusiva de los que profesan sinceramente la Religion de Jesucristo. Las demás partes de la iglesia fueron embellecidas magníficamente é iluminadas con profusion extraordinaria. El conjunto presentaba muy buen golpe de vista.

Despues de una sinfonía tocada por toda la orquesta, el Eminentísimo señor Cardenal Morichini, Arzobispo de Yesi, autor de una obra magnífica sobre los establecimientos de caridad pública en Roma, leyó un discurso en latin sobre la *union admirable del Episcopado de nuestro siglo con la Sede romana de Pedro*. El referido Príncipe de la Iglesia desenvolvió el tema con profundidad de doctrina y elegancia de estilo, acreditando nuevamente que su renombre no puede ser más merecido.

Este noble discurso, dedicado por la Academia á la Santidad de Nuestro Señor fue impreso con anticipacion y repartido á los circunstantes.

Terminada la lectura, dos coros excelentes dirigidos por el caballero Meluzzi, cantaron la antífona *Tu es Pastor ovium* y el himno *Aeterna Christi munera*, puesto en música por el mismo profesor. Se ejecutó por fin el himno *Decora lux*, obra del tan célebre como antiguo compositor Jomella. Se refiere á los Principes de los Apóstoles.

Antes de que se levantase la sesion, el reverendo Padre Francisco María Cirino, secretario de la Academia, leyó el decreto en latin dado por el cardenal Asquini, presidente de la misma, y por su censor, en virtud del cual se declaraban sócios todos los prelados componentes la gerarquía católica que habian venido á Roma á causa de las fiestas. Los señores académicos aplaudieron la determinacion, terminando en seguida la junta que de fijo se considerará en los fastos de la Academia como una de las mas memorables celebradas en los sesenta y siete años de su existencia gloriosa.

Concurrió un número extraordinario de Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos que llenaron el local, pudiendo únicamente asistir á la reunion los académicos mas distinguidos.

Otra solemnidad literaria se verificó el mismo dia 25 en el colegio pontificio de la Propaganda, por medio del cual se comunica Roma con todas las partes del mundo.

El alumno *di Mento* de Corfú dilucidó varias tesis referentes al tratado de la Trinidad augustísima, al de la Encarnacion del Verbo Divino y al de los Sacramentos. Y dilucidólas de una manera superior, acreditando una vez mas el merecido renombre del establecimiento célebre.

Puso sobre todo de manifiesto su inteligencia privilegiada y su gran laboriosidad cuando desvaneció las objeciones que le fueron aducidas. Mis benévolos lectores se persuadirán de ello no bien sepan los nombres de los personajes que las formularon. Fueron los siguientes. Los Monseñores Vespasiani, Clifford, y Steins, obispos respectivamente de Fano, de Clifton y de Nilopoli. Monseñor Jacobini, protonotario apostólico. Los reverendos y distinguidos profesores Lazzarini, Roncetti, Agliardi, y Galimberti. Finalmente los padres Biffoli y Graniello.

La sesion fue presidida por su Eminencia el cardenal Barnabó, digno prefecto de la Congregacion de la propaganda. Fueron invitados á ella muchos sucesores de los Apóstoles procedentes de todas las naciones del mundo que habian estudiado en dicho colegio. Nadie ignora que cuantos entran en él salen para difundir la hermosa y brillante luz del Evangelio en los paises herejes ó incrédulos.

Otra funcion literaria se verificó al siguiente dia en la iglesia de San Apolinar. El jóven diácono Julio Tonti, alumno del Seminario Pontificio de Roma, acreditó públicamente su talento privilegiado y su aplicacion grandísima. Sostuvo lo que se llama en la Eterna ciudad *Disputa teológica*, dilucidando tésis importantísimas sacadas de los lugares teológicos, del tratado de Dios Uno y Trino y del referente á los Sacramentos. Quedaron los circunstantes muy complacidos.

El jóven entusiasta dedicó sus trabajos científicos, en los cuales competia la pureza del fondo con la elegancia de la forma al primer Vicario de Jesucristo, maestro de la fé, segun sus mismas palabras.

Asi lo declaró no sólo en el prefacio impreso con las proposiciones dilucidadas, sino tambien en la dedicatoria que le precedia.

Esta fue la primera de las reuniones literarias que se celebraron en dicha iglesia con motivo del Centenar. Habian de verificarse otras posteriormente. Lo dicho es bastante por lo demás, para formar idea de la ceremonia, y para poner mas de realce que la sabia Minerva sigue recibiendo culto en la ciudad de Dios. A su augusto y espacioso recinto acuden contínuamente los que se dedican á la noble, honrosa y brillante carrera de las ciencias.

La Academia Tiberina, que se habia reunido ya el dia 15 para oir el discurso excelente de Monseñor Franchi, arzobispo de Tesalónica, sobre el aniversario de la exaltacion de Pio IX al trono pontificio, celebró tambien sesion extraordinaria el dia 30 de Junio, á las 8 de la noche, para conmemorar el XVIII centenario de los Príncipes de los Apóstoles. Se reunió en el gran salon del palacio Doria-Pamfili, siendo presidido por el señor duque Pio Grazioli.

Es inútil decir que el magestuoso local estaba magníficamente embellecido. A las obras de arte superiores que contenia, reuníanse numerosas luces que realzaban grandemente sus dorados y sus estucos.

Despues de una hermosa sinfonía ejecutada por toda la orquesta, usó de la palabra el Eminentísimo señor cardenal Ludovico Altieri, obispo de Albano y Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, demostrando concluyentemente que *cada centenario del martirio de los Apóstoles, trae á la memoria algun magnífico triunfo de la Iglesia*. Fundado en esta observacion histórica, manifestó la esperanza, por no decir la seguridad, de que nuestra Madre Divina logre otra victoria insigne á consecuencia del nuevo aniversario. El célebre Príncipe de la Iglesia demostró una vez más sus profundos conocimientos históricos, como tambien la pureza de sus ideas y doctrinas. Los concurrentes le oyeron con grandísima satisfacion.

Recitáronse despues varias composiciones poéticas excelentes alusivas á las fiestas tantas veces mencionadas. A escepcion de dos latinas, estaban escritas las demás en el idioma del Dante y de Manzoni. Los autores de aquellas fueron don Luis Trippepi y el profesor don Félix Prolife, canónigo.

Hé aquí los nombres de los restantes.

El padre Tomás Borgogno compuso una oda. El abate Agustin Bartolino un soneto. El padre Felipe Balzofiore, de la órden de San Agustin, un polímetro. El señor marqués Juan Sinistri una cancion. Don José Marchi unos tercetos. El abogado Andrés Panzieri, lo que en la lengua italiana se designa con el nombre de *sestine*. El canónigo don Bartolomé Longarelli otro soneto. El padre Pedro Taggiasco, de las Escuelas Pias, una oda. El padre Agustiniano Semenza, regente de estudios, un himno. El padre Juan Giordano unas octavas.

Es sensible no poder trascribir dichos trabajos, ó dar cuenta por lo ménos de los asuntos escogidos por sus autores respetables.

No se recitaron sin interrupcion las poesías mencionadas. Para que la junta fuese más agradable se cantó, en los que llamaré intermedios, una especie de ópera dividida en dos partes. Compuso la letra el referido sócio José Marchi, quien declaró que habia sacado las noticias históricas de la obra escrita por el P. Cesari con el título de los *Hechos de los Apóstoles*. Simon Mago (así se denominaba), fué puesta en música por el maestro Simoni. El referido autor designó la parte primera con el nombre de *La obstinacion*: con el de *La oracion y el triunfo* la segunda. Los personajes que aparecian se llamaban Simon Mago, Elena, Neron, san Pedro y san Pablo.

La ejecucion fué muy esmerada. Cumplió con su deber la excelente orquesta dirigida por el maestro Rafael Quon. Lo cumplieron tambien los coros. Cumpliéronlo, en fin, igualmente la señora de Salvi y los señores Parasini, Pediconi, Albacini y Alessandroni.

La concurrencia, no pudo ser más numerosa ni más escogida. Acudieron multitud de cardenales, de obispos, de prelados, y de literatos distinguidos en la república de las letras.

El Eminentísimo señor Cardenal disertante, los académicos autores de las composiciones poéticas referidas, los proferores de música y, para decirlo de una vez, todos los que tomaron parte en la fiesta fueron extraordinariamente aplaudidos.

Añadiré ántes de pasar á otro asunto, que dos inscripciones latinas compuestas por el señor canónigo Profili, varias veces mencionado, manifestaban el objeto de la reunion. No era otro que rendir un homenaje público de veneracion y de gratitud á los príncipes de los Apóstoles.

Tambien los alumnos de los seminarios pontificios romano y pio, á una con los del Liceo, celebraron academia de poesía y de música el 1.° de Julio. La iglesia de San Apolinar, donde se verificó, fué adornada elegantemente con tapices de damasco, de terciopelo y de otras telas superiores. Iluminóse además con esplendidez.

Aparecia en el fondo un gran dosel, y en su centro un hermoso cuadro alusivo á uno de los hechos más grandiosos y trascendentales del Hombre-Dios

Representaba á Jesucristo en el acto de entregar á san Pedro las llaves del reino celestial..... «¿Y vosotros quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simon Pedro dijo: Tú eres el Cristo ó *Mesías*, el Hijo de Dios vivo. Y Jesus respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres Simon hijo de Joná: porque no te ha revelado eso la carne y sangre *ú hombre alguno*, sino mi Padre, que está en los cielos.—Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre ésta piedra edificaré mí Iglesia, y las puertas *ó poder* del infierno no prevalecerán contra ella.—Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.»

Tal fué el argumento sobre que versaron las com-



Ilustrísimo Señor don Calisto Castrillo y Ornedo, Obispo de Leon.

posiciones escritas en prosa ó en verso, en latin ó en italiano. Lleváronse doce á la solemnidad literaria.

En ella sucedió lo propio que en la academia Tiberina. Alternando con las poesías, ejecutóse una ópera titulada *San Pedro*, imitacion del célebre *Poliuto*, puesto en música por el maestro Donizetti.

Permítaseme añadir algunas reflexiones. La circunstancia de haberse cantado una ópera en la iglesia de San Apolinar, debe convencer á todos de que injurian á la Iglesia cuantos la declaran enemiga de toda expansion racional. No, mil veces. Condena sólamente lo malo y lo esencialmente peligroso: aplaude y fomenta lo bueno, lo inocente, lo que sirve para espaciar el ánimo de las personas consagradas durante el dia á trabajos más ó ménos nobles, más ó ménos difíciles, más ó ménos importantes.

Ciñéndome al asunto que motiva este paréntesis, la Iglesia no proscribe las representaciones dramáticas. Pone de manifiesto sus inconvenientes; mas no fulmina en general contra ellas censura de ningun género. Lo que desea es que los concurrentes conozcan los peligros de toda reunion más ó ménos numerosa: lo que ansía es qne se représenten obras que realcen lo defendible y proscriban cuanto existe sobre la tierra de vituperable.

¿Quién duda que el teatro podia llegar á ser escuela de costumbres ó poco ménos? ¿Quién duda que las exageraciones de los que fulminan á cada instante contra él la excomunion mayor son grandemente reprensibles? ¿Quién duda que si prevalecieran sus consejos surgirian males de mayor consideracion?

El *Poliuto* suministra una prueba de lo dicho.

Aun dejando aparte los efectos que puede producir y produce cierta música profana en determinadas personas, es clarísimo que los argumentos de las óperas son por punto general inmorales y dignos por consecuencia de execracion; pero es clarísimo tambien que la obra de *Cammarano* constituye una escepcion brillante de la regla general. ¡Ah! Con el mayor gusto daria cuenta de todo su enredo á fin de poner en evidencia mi tésis. Hay situaciones magníficas, porque han sido inspiradas por nuestra Religion sacrosanta. Embelesa ver en las catacumbas aquéllos cristianos que tenian un sólo corazon, un sólo espíritu, una sóla voluntad; que estaban dispuestos á dar su sangre generosa por Aquél que santificó con la suya preciosísima el camino del Calvario; que dirigian preces á Dios por ellos y por sus enemigos. Embelesa ver á Paulina resistir valerosa las pérfidas sugestiones del procónsul Severo á quien no puede ya manifestar su amor, porque, violentada por su padre inconsiderado, ha contraido matrimonio con Poliuto. Embelesa ver cómo el jefe de los cristianos proclama delante del gran sacerdote, de los soldados y del pueblo, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, negándose además á decir los nombres de sus hermanos. Embelesa ver adelantarse á Poliuto con el traje blanco que vestian los neófitos, oirle confesar con noble arrogancia sus creencias divinas y contemplarle sobre todo en el momento en que arroja intrépidamente al suelo la estatua y los vasos sagrados.

Hay en la ópera un momento verdaderamente sublime. Poliuto está en la prision del Circo aguardando con tranquilidad la hora de su muerte, porque sabe que será el principio de una vida eternamente dichosa. Contempla en sueños una vision celestial. La que consideraba culpable aparece á sus ojos vestida magníficamente de candor, de virtud, de pureza y de hermosura. Poco despues se presenta Paulina y consigue que su esposo se persuada de su inocencia.

Principia entónces una lucha suprema entre la mujer pagana y el hombre cristiano. Ella quiere vivir y quiere que además viva su marido. Él quiere salvar su alma y que se salve tambien el alma de su esposa. Y pronuncia á fin de conseguirlo palabras inmortales.

Lasciando la terra il giusto non muore...
Nel cielo rinasce á vita migliore
. . . .

Abre Paulina sus ojos á la luz de la fé y siéntese dispuesta igualmente á derramar por Jesucristo hasta la última gota de su sangre. Seguro su esposo de su conversion, hácela poner de rodillas, extiende la mano sobre su cabeza, levanta sus ojos al cielo y bendice á la nueva discípula del Redentor. Poseidos poco despues de un éxtasis celestial abrázanse y cantan aquellos versos deliciosos entre torrentes de armonía, electrizando á la entusiasmada muchedumbre.

Il suon dell' arpe angeliche,
Intorno a me già sento...
La luce io veggo splendere
Di cento soli e cento!...
Di me non ho che l' anima!
Già son del nume a piè!...
Eternamente vivere
M' e dato in ciel con te.

No se ha renovado la catástrofe del paraiso. El hombre ha salvado á la mujer. Dos almas han subido al trono resplandeciente del Eterno.

El autor del melodrama referido acreditó que poseia para las composiciones dramáticas facultades no comunes. El nombre de *San Pedro* que dió á su obra indica el género á que pertenece y la naturaleza de la accion.

El desempeño dejó muy poco que desear. La orquesta fué numerosa y escogida. Los coros, formados por más de 130 personas, fueron dirigidos por el maestro Alejandro Orsini. Los papeles principales se confiaron á don José Carosanti, á don Cárlos Viviani, á don Juan Bernardoni y á Hércules Capelloni.

El éxito fué muy satisfactorio. Resonaron frecuentemente calurosos aplausos.

La concurrencia fué numerosa y escogida. Asistieron á la religiosa funcion no pocos cardenales, muchos obispos y prelados.

Olvidaba manifestar que el palco dispuesto para los actores y para los músicos se colocó debajo del pabellon referido. Inútil creo añadir que lo embellecieron con el mayor gusto, y que lo iluminaron con profusion extraordinaria.

Otra funcion literaria se verificó enel dia 2 de julio por la tarde. Celebráronla los jóvenes estudiantes de la Universidad gregoriana conocida con el nombre de Colegio romano. Su elogio mas cumplido se hace diciendo que la dirigen los padres de la nunca bastantemente ponderada Compañía de Jesus.

Como era natural, escogióse un argumento relacionado con las fiestas del Centenar, á saber: *la milicia y el triunfo de San Pedro en la Iglesia de Jesucristo.*

Primeramente lo desenvolvió en prosa uno de los alumnos, y despues varios jóvenes poetas, los cuales se apoyaron en muchos hechos históricos que lo esclarecen de una manera extraordinaria.

Diez y seis fueron las composiciones recitadas y

escritas en multitud de idiomas muertos ó vivos. En latino, en griego, en italiano, en aleman, en céltico, en castellano, en portugués y en inglés. Tal fue la singularidad de la reunion: en ella tomaron parte muchas naciones representadas por jóvenes que concurren á la universidad celebérrima, deseosos de llegar á la difícil posesion de la ciencia.

Se procuró que la fiesta fuese mas entretenida. A este propósito el profesor Septimio Battaglia puso en música varias poesías referentes á la solemnidad tantas veces referida. Cantáronlas los mismos estudiantes del Colegio con gusto y maestría, distinguiéndose los señores Capelloni, Rosati y Meniconi.

Hé aquí el órden que se observó:

A la introduccion en prosa sucedió una ária coreada. Recitóse luego la primera parte poética titulada: *La milicia de San Pedro en la Iglesia de Jesucristo.* Siguieron otra ária y otro coro. Despues la segunda parte poética, cuyo título era: *El triunfo de San Pedro en la Iglesia de Jesucristo.* La fiesta terminó con un duo, á cuyos cantores acompañaron dos coros excelentes.

Como las anteriores fue honrada la solemnidad que acabo de referir con la presencia de algunos cardenales, de no pocos prelados, del Senador de Roma, y de muchísimas personas pertenecientes á diversos estados y categorías.

El templo de San Ignacio, donde se verificó, estaba tapizado de una manera superior. La iluminacion fue muy espléndida. Consistia el adorno principal en un cuadro que se colocó sobre el palco de los poetas, que representaba á San Pedro en el acto de ser investido por el Hombre-Dios, delante de los demás Apóstoles, con la autoridad suprema de la Iglesia.

Se distribuyó á los concurrentes un pequeño libro con el fin de que pudiesen conocer y saborear todo lo referente á la ceremonia.

La Academia pontificia, llamada de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, celebró tambien una reunion extraordinaria con motivo de las fiestas solemnísimas, verificándose el dia 3 de julio en la Basílica de los Santos Apóstoles.

Bien puedo añadir que la decoracion del templo sobrepujó á la de todos los demás, no sólamente por su belleza, sino tambien por su variedad. Lo cubrieron de tapices ricos al par que vistosos y lo iluminaron con infinidad de luces artísticamente combinadas. Los grandes candelabros que desde el pavimento elevábanse hasta la cornisa principal, las lámparas y los demás objetos preparados para la iluminacion eran dignos sin duda de la solemnidad á que se referia. En gracia de la brevedad prescindo de todo lo demás que se dispuso para la solemne fiesta literaria.

Mencionaré sólo el cuadro que aparecia en medio de un dosel precioso. Trabajo fue del célebre artista Luis Fontana, que realizó perfectamente su pensamiento feliz. Representaba el martirio de los Príncipes de los Apóstoles y su entrada en la gloria celestial. Acompañados de coros angélicos eran recibidos en ella por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo, asi como por la Bienaventurada Vírgen María.

Por lo que hace al mérito artístico del cuadro nada dejó que desear. Pintólo su autor á la aguada, y apareció con una fuerza grandísima de colorido. Con dificultad hubiera conseguido un éxito mejor en tal género de pintura el artista mas eminente.

Abrió la sesion el canónigo don Enrique Fabiani, presidente general de la Academia. Demostró en un discurso elegante que no se conservaba memoria de ningun centenar celebrado tan solemnemente como el á que se referia la funcion, pero que sí se conservaba de los acontecimientos favorables á la Iglesia y al Pontificado ocurridos en todos los anteriores. Los datos históricos que presentó, con formas muy bellas y galanas, proporcionaron á los concurrentes una satisfaccion tan grande y legítima como profunda. Fue mayor si cabe cuando mencionó los sucesos maravillosos acaecidos en esta época tan combatida por el ateismo disfrazado, por la indiferencia insolente y por la falsa piedad.

Leyéronse á continuacion varias composiciones poéticas en latin, en hebreo, en griego y en italiano. Hé aquí los nombres de los inspirados vates: El padre Modena, de la órden fundada por nuestro insigne compatriota Domingo de Guzman. Los padres Carboni y Bonelli, pertenecientes á la de los Menores conventuales. El padre Balzofiore, de la fundada por el memorable obispo de Hipona. El padre Giordano, individuo de la de los clérigos Regulares. El abate Tripepi y el caballero Orsini.

Cantóse por fin un himno redactado por el padre Bongiunni, y puesto en música por el jóven profesor don Felipe Capocci. Componíase la orquesta numerosa de profesores entendidos, y el coro de ciento cincuenta voces escogidas.

Todos rivalizaron en celo y en generosidad. La decoracion corrió á cargo de don Vicente Martinucci, sócio de mérito de la Academia. Nadie ignora en la capital del mundo católico que es uno de los arquitectos mejores y mas adictos á la Santidad del Pontífice Rey, para quien reserva un tesoro de gratitud.

Honraron tambien la solemnidad con su presencia varios cardenales, obispos y prelados, asi como multitud de personas distinguidas de Roma y del extranjero.

La Academia de Religion Católica reunióse de nuevo el dia 4 de julio á las seis de la tarde. Se reunió en el gran salon del archigimnasio de Roma para oir un discurso compuesto por el ilustrísimo comendador don Juan Bautista de Rossi, sobre la tésis siguiento. *Memorias monumentales de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.*

Hay obras y trabajos cuyo elogio mas cumplido se hace pronunciando los nombres de sus autores. Hé aquí por qué nada diré de la disertacion escrita por el comendador mencionado. Entre los que frecuentan el templo de Minerva ¿quién ignora que el señor don Juan Bautista de Rossi es uno de los sabios mas eminentes de la ciudad inmortal? ¿Quién ignora que su gran saber unido á su acrisolada virtud le ha ganado el respeto y la consideracion de los hombres mas egregios? ¿Quién ignora que Su Santidad, conocedor de su mérito, le ha distinguido de una manera extraordinaria?

Al hablar del renombre que ha conseguido, me refiero sólo á las personas que ocupan un eminente lugar en la república de las letras. La mayor parte de las demás no tienen de Rossi la menor noticia. Es que la sociedad actual sometida desdichadamente al demonio de la Revolucion, procura encubrir por todos los medios posibles el mérito de los que pueden conducirla á puerto seguro de salvacion, asi como tambien exagerar hasta la paradoja y la ridiculez el de las personas interesadas en conducirla derechamente al borde del abismo.

Los liberales han celebrado una especie de convenio para decirse mútuamente mil lindezas y llenarse además de incienso. De aquí tantas vanidades necias; de aquí tantas reputaciones usurpadas; de aquí el error en que la generalidad está sobre las personas verdaderamente dignas de fama imperecedera.

Creo poder añadir que los monárquico-religiosos pecan por el estremo contrario. Y me guardaré de aseverar que su conducta es siempre defendible. *Amicus Sócrates, amicus Plato; sed magis amica veritas.*

Es preciso reconocerlo y confesarlo. Solo el hombre virtuoso que ama de corazon á sus semejantes, no está carcomido por el gusano roedor de la envidia. Los malos y los buenos á medias, aunque defiendan la mas noble y la mas sublime de las causas, deploran la elevacion de los demás y no cejan hasta que consiguen su ruina ó su descrédito. Con gran fundamento ha dicho un célebre autor dirigiéndose á su hijo. «Si llegas á sobresalir por tu capacidad, guárdate mucho, vive muy apercibido, porque lo último ó lo que nunca te perdonarán los hombres y sobre todo tus compañeros, es la superioridad de inteligencia.» Y antes habia consignado Petit-Senn estas palabras ingeniosas que traducen un pensamiento profundo. «Nos aconsejan que en la sociedad conviene vivir oculto, y andar quedito para no *despertar* el odio y la envidia; pero ¡qué diantre! ¡si nunca *duermen*!

El comendador de Rossi, á quien he tenido el gusto de conocer en la ciudad de Dios, está escribiendo una obra verdaderamente monumental, y prestando por consiguiente á la Iglesia un servicio inapreciable. Para conocer el objeto de su libro, sólo se necesita leer su nombre: *Roma subterránea*. Constará de doce tomos sumamente grandes y abultados.

Nadie conoce mejor que él las catacumbas, de las cuales tienen la generalidad muy escasas noticias. Aun la mayor parte de las personas ilustradas las miran con poco interés, sin considerar que contienen, por decirlo así, la historia eclesiástica de los primeros siglos de nuestra Religion sacrosanta y que propòrcionan frecuentemente poderosos argumentos contra las principales heregías. Don Juan Bautista de Rossi se ha consagrado casi por completo á ese estudio, difícil por demás, y ha conseguido ir á la cabeza de los arqueólogos que tienen la fortuna de marchar por sendas saludables y benditas.

En nuestros dias reciben muchos necios el nombre de sabios: por rigurosa justicia le corresponde al ilustre autor de la obra mencionada.

Pues la ocasion se brinda oportuna, diré dos palabras sobre las catacumbas de San Sebastian que recorrí lleno de santa emocion en uno de los últimos dias del mes de Junio.

Prescindo de las construcciones gentiles ó cristianas que contemplamos al dirigirnos á ellas. Prescindo igualmente de una multitud de ruinas que ocupan un terreno vastísimo y que maravillan al católico de viva fe y de gran erudicion. Prescindo tambien de la Via Appia y de sus sepulcros. Ya Ciceron dijo que saliendo por la puerta de San Sebastian, que llamóse *Capena*, se descubren primeramente los de los Metelos, Escipiones y Servilios. Y Luis Veuillot añade en su libro titulado *El Perfume de Roma*. «Las notables escavaciones de la Via Appia, son en gran parte, obra de Pio IX; y las dirigia precisamente en los momentos mas agitados de 1848, cuando Sterbini era ministro, y se dedicaba á hacerle traicion. El Papa venia por sí mismo á visitar los trabajos y dejando al *fiel* Sterbini el medio mas adecuado para enterrar su corona, él hacia desenterrar la historia y esperaba el porvenir.»

Provistos cada uno de luz, penetramos en las

catacumbas de San Sebastian. En vano procuraria dar cuenta de la impresion que producen aquellos sitios santificados con la presencia de mártires sin número, asi como referir todo los que nos fueron enseñando. Tiene la palabra el buen religioso que se sirvió acompañarnos:—«Hallóse aquí el cuerpo de san Sebastian.—Debajo de esta lápida encontróse el de santa Lucina.—Aquí estaba el Sagrario y su lámpara correspondiente.—En este lugar enterrábase á los mártires.—Dentro de esta caja de mármol estuvo el cuerpo de San Estéban.—Hé aquí la capilla y el altar donde celebraba el sacrificio.—Se han encontrado mártires sin cuento y cuarenta y seis papas.—En esta capilla se hallaron algunos —En este sitio



Ilustrísimo Señor don Fernando Ramirez y Vazquez, Obispo de Badajoz.

pasó san Felipe Neri las noches por espacio de muchos años.—La tumba de san Marcelino.—Vean ustedes estas inscripciones.—En este lugar se halló el cuerpo de santa Cecilia, vírgen y mártir.—En este otro el de san Tiburcio.—La capilla de san Máximo, obispo.»—No concluiria nunca si hubiese de consignar todas la noticias que nos dió.

Añadiré que las catacumbas de San Sebastian son de leve monta al lado de las demás de la ciudad de Dios; que hay en ellas sitios, por los cuales se pasa difícilmente; que algunas se distinguen por su latitud y por su profundidad casi fabulosa; que la temperatura es con frecuencia sumamente fria; y en fin, que corren sin duda el riesgo de perderse los que penetran en su recinto.

Oí afirmar hace tiempo que algunos se habian extraviado y que nada se habia sabido despues de ellos. Parecíame uno de esos cuentos inventados para dar susto á los niños, pero me convencí de que la cosa es sumamente verosímil. Hay mas. Yo estuve, á punto de constituir una demostracion viva de la verdad en que me ocupo. Me detuve algunos momentos en una capilla y en el ínterin todos los demás se marcharon en la creencia de que les seguia. Cuando quise salir habian desaparecido. Para colmo de mal hallé dos caminos, y no sabia cuál escoger. Dí voces y no me oyeron. Afortunadamente dí con el verdadero y me incorporé pronto á la comitiva.

Luego supe que mi conducta no fue prudente. Cuando sucede uno de esos percances, lo mejor es seguir en el sitio donde se nota la falta de los demás. El acompañante halla fácilmente asi al extraviado. Si se mete por aquellos intrincados

laberintos, la desgracia puede llegar á ser irreparable.

Recorrimos tambien, aunque muy ligeramente, la iglesia de San Sebastian. Mandóla construir santa Lucina, matrona romana, que se dedicó á proteger con gran intrepidez á los cristianos perseguidos por los emperadores. Su cuerpo se conserva en el altar principal.

El templo vale poco artísticamente considerado, mas guarda reliquias inapreciables. Mencionaré sólo una de las flechas con las cuales fue martirizado san Sebastian, la cabeza de san Calixto, y una piedra del sitio que trae á la memoria el hecho siguiente: San Pedro fue víctima de una de las persecuciones mas horribles decretadas contra la Iglesia. Decidióse por fin á huir de la furia de sus perseguidores. Fuera de Roma encontró al Salvador que parecia dispuesto á penetrar en ella. No le sorprendió la vision y le dijo: *Señor, ¿á dónde vais?* Respondióle Jesucristo: *Voy á Roma á ser crucificado de nuevo.*

Comprendiendo el Apóstol lo que significaba la contestacion, entró nuevamente en la capital del mundo católico. Horas despues fue arrestado y conducido á la cárcel.

En el mismo dia 4 sostuvieron otra disputa literaria en la iglesia de San Apolinar dos alumnos del Seminario Pontificio Pio. Alejandro Orsini, diácono de la diócesis de Todi con Alejandro Cinti, de la de Alatri. Hé aquí la tésis dilucidada en el público certámen. *Fué San Pedro el primer propagador y vindicador de la sabiduría cristiana.*

Escusado me parece manifestar que los actuantes llenaron dignamente su cometido, y añadir que no pudo ser el debate mas apacible. No se repitió el espectáculo deplorable que ofrecen hoy la mayor parte de los que contienden sobre materias religiosas, científicas, políticas ó literarias. Espectáculo por el cual niegan muchos que de la discusion salga la luz; espectáculo que hace huir á cuantos aman apasionadamente la verdad de todo santuario científico del que toman posesion las pasiones humanas; espectáculo en fin, que laceró el corazon bellísimo de Donoso Cortés hasta el punto de moverle á escribir aquellas memorables y consabidas palabras. «Las disputas acaban siempre por resfriar la caridad y por inducir á los contendientes á faltar á tres grandes respetos: al que el hombre debe al hombre, al que debe á la verdad y al que se debe á sí mismo.»

La Academia de los Arcades, que es la mas antigua de cuantas en Roma existen, se reunió tambien el dia 5 para celebrar la memoria de los Santos Apóstoles. Verificóse la sesion á las seis de la tarde en la hermosa sala que se denomina *protomoteca* del palacio de los Conservadores. Fue concedida por la Santidad de Leon XII.

En virtud de una costumbre inmemorial esta corporacion solemniza todos los grandes acontecimientos dignos de literario encomio. ¿Podia faltar á ella tratándose de los que llevaron á la ciudad santa tantos católicos ilustres procedentes de todas las naciones del mundo? Ciertamente no. Un deber de justicia muéveme á consignar que el Senador y la Magistratura romana cumplieron con su obligacion. Procuraron, como los demás, dar realce y esplendor á las fiestas del Centenar.

La sala referida fue adornada con el gusto mas esquisito. Omitiendo muchos detalles, diré sólo que llamaron poderosamente la general atencion las pinturas de las paredes, hechas por el caballero de Arpino. Representaban la lucha de los Horacios y Curiacios inmortalizada por Tito Livio. Lucha terrible y grandísima que está envuelta en las dudas y oscuridades propias de los primitivos tiempos históricos.

Abrió la sesion su Eminencia el señor cardenal di Pietro, presidente del Tribunal de la Signatura, demostrando concluyentemente en un discurso elegante que la excelencia de la Roma de Cristo sobre la gentil es mas clara que la luz del medio dia. Duéleme mucho que las proporciones de la presente obra me impidan dar cuenta por lo menos de las principales razones presentadas por el Príncipe de la Iglesia.

Recitáronse despues varias poesías en latin, en griego y en italiano. Hé aquí los nombres de sus autores: Monseñor Castellani-Brancaleoni. El comendador de Dominicis-Tosti. El baron Trasmondo Frangipani. El caballero Servi. El abate Lunardi y Toti. El canónigo Manger. El abogado Tarnassi.

La orquesta sorprendió agradablemente con sus melodiosos acentos. Salió complacidísima la concurrencia.

En el colegio romano de la Compañía de Jésús y en su iglesia de San Ignacio leyó el dia 8 un discurso magnífico Don Juan Egidi. Demostró que *por el ministerio de los Príncipes de los Apóstoles se habian manifestado á las inteligencias humanas los arcanos de la sabiduría celestial.* El jóven teólogo lo compuso en su nombre y en el de sus compañeros, discípulos de la misma Universidad.

Prescindiendo de la sesion que puso fin á todas las demás, en la cual usó de la palabra el señor arzo-

bispo de Tarse, otras cuatro celebró aun la Academia de la Religion católica. En la primera, don Enrique Atanasio, ventajosamente conocido en la república de las letras, habló *de la primacía de San Pedro*. El comendador Murena, antiguo ministro secretario de Estado de S. M. el rey de Nápoles, leyó en la segunda un discurso sobre el tema siguiente: *San Pedro restaurador de la unidad del género humano*. El reverendo padre Semenenko, religioso de la Resurreccion, rector del colegio polonés y consultor de la Santa Congregacion del Indice, demostró en la tercera que *á San Pedro se debe la civilizacion*. Y por último, el padre Vicente María Gatti, de la Órden de Predicadores, bibliotecario de la Minerva y consultor de varias congregaciones, leyó en la cuarta un trabajo sobre la tesis siguiente: *San Pedro viviendo y juzgando en sus sucesores*.

Siento no poder dar cuenta minuciosa de tan notables producciones.

Creo que bastará lo dicho para que todos se persuadan de que siguen floreciendo en Roma las ciencias y la literatura. No se aplauden y adoran mútuamente los sabios en la capital del mundo católico; pero es indudable que vencen y sobrepujan á todos los demás por su erudicion y por su virtud. En la ciudad de Dios no se hallan esos petulantes, que se consideran genios desde el instante en que ven sus nombres en las columnas de algun periódico, gracias á los buenos oficios de un redactor complaciente. Sus sabios lo son verdaderamente y son además humildes. A medida que dan avances grandísimos en la república de las letras descubren nuevos, hermosos y dilatados horizontes, persuadiéndose de que es nada lo que saben, ó por lo menos muy poco en comparacion de lo que ignoran. Conocen además perfectamente la sentencia profunda del Apóstol de las gentes: *Non plus sapere, quam oportet sapere; sed sapere ad sobrietatem*. ¡Lástima grande que no la tengan siempre fija en la memoria los partidarios del libre exámen y esa multitud de eruditos mas ó menos apreciables que no conocen jamás el sentido de lo que aprenden y que no ahondan en ninguna de las materias que dilucidan!

Hay que añadir que los sabios de Roma sobresalen tambien por la pureza de su doctrina. Lo que constituye una brillante y honrosa escepcion en casi todas las demás capitales del mundo, constituye la regla general en la santa por excelencia. El *Indice* lo confirma y robustece. En la ciudad de Dios la ciencia está subordinada casi siempre á la Religion que la contiene dentro de sus límites racionales.

No se puede tampoco negar que los ministros del Señor son los que van en primera línea. No faltan ciertamente seglares que cultivan las ciencias y logran ópimos frutos, pero es indudable que los consiguen sobre todo los sacerdotes. Esos Príncipes de la Iglesia y esos frailes tan calumniados por la malicia ó por la ignorancia admiran á cuantos oyen ó leen sus escritos, en los cuales campean los pensamientos mas profundos, juntamente con las imágenes mas hermosas y galanas.

Es forzoso reconocer, en fin, que Roma sabe armonizar lo sério con lo agradable y deleitoso. En sus solemnidades académicas, tras un discurso metafísico cuyo mérito saborean sólo los que aplican á él las fuerzas de su privilegiado entendimiento, sigue una composicion más ó ménos poética, cuyas galas y primores descubren los que tienen gusto literario. Como si esto fuese poco, los santuarios científicos se decoran con gran pompa y magnificencia. Llévase además á ellos orquestas numerosas y escogidas voces. De esta suerte, á la par que se esplaya el entendimiento y se deleita la imaginacion, gozan los sentidos.

El siguiente notable artículo que traduzco del *Giornale di Roma*, se refiere á un noble pensamiento, digno sin duda del mayor encomio. Faltaria evidentemente á mi deber si no lo mencionara en mi pobre libro, haciendo además traicion á mis sentimientos religiosos. ¿Cómo prescindir de una obra que tiene por objeto enaltecer y magnificar á la Madre de Dios y de los hombres, á la bendita entre todas las mujeres de la tierra, al prototipo mas acabado de la pureza y de la hermosura?

«La definicion dogmática de la Concepcion Inmaculada de la Vírgen, Madre de Dios, es sin duda relativamente á la creencia católica, el acontecimiento mas insigne del siglo actual. No es maravilla por consecuencia que los fieles abrieran su espíritu al gozo mas puro y procuráran sacar del hecho mayor motivo de confianza en María. Habian tenido la ventura de oir desde la Cátedra Suprema del Vaticano la gran sentencia ansiosamente aguardada en los siglos anteriores y era natural que la procurasen honrar con fervor extraordinario. El decreto que elevaba á la categoría de acto de fé el privilegio concedido á la mas perfecta de las criaturas designada para cooperadora de la Redencion divina, halló eco sin sombra de duda en todo lugar donde habia creyentes, ó sea, en todas las partes del mundo, comenzando por las mas populosas y cultas y concluyendo por las mas inhospitalarias y desiertas. La palabra salida de la autoridad infalible del Vicario de Jesucristo, que se reprodujo con la fórmula de breve encomio á la Santa é Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, resonó con la espresion de la fé mas viva en todas las lenguas del mundo.

»De la universalidad del referido entusiasmo religioso, manifestado en el orbe católico, hacia tal privilegio de la Madre de Dios, suminístranos una prueba insigne, un Monumento ofrecido en los pasados dias solemnísimos á la *Santidad de Nuestro Señor*, en virtud del que la Bula *Ineffabilis Deus*, con la cual *Su Beatitud* declaró dogmática la doctrina de la Concepcion Inmaculada, aparece traducida en trescientos idiomas vivos que actualmente se hablan en toda la superficie del globo. Concibió el pensamiento de la referida compilacion el reverendo señor don Domingo Sire, sacerdote de la Congregacion de San Sulpicio y director del gran Seminario de París. Y no sólo tuvo la inspiracion é ideó el plan vastísimo,



Ilustrísimo Señor don Miguel Payá y Rico, Obispo de Cuenca.

sino que, gracias á su actividad grandísima, de la cual participaron todos sus cooperadores, consiguió que su propósito lograse un éxito completamente feliz. Demás de esto, la devocion de los fieles á la Vírgen y el amor respetuoso al *Santo Padre*, á quien se protestaba querer dedicar la obra, estimularon á todos los que en ella tomaron parte á presentarla del mejor modo posible. Hé aquí por qué para embellecerla llamáronse á concurso todas las artes. Hé aquí por qué cada traduccion apareció más ó ménos hermosa, segun sus adornos. Hé aquí, en fin, por qué para que fuese auténtica la misma traduccion se dispuso que de todos los lugares á donde se acudió viniese la firma de los respectivos Prelados ordinarios. Se dió á la obra el nombre de *Recuerdo lingüístico monumental*.

»A fin de indicar algunas cosas particulares referentes á la historia de la obra que manifiestan su importancia, dirémos que contribuyeron á ella primeramente las regiones orientales. De la India, de las montañas del Tibet, de las provincias del vasto imperio chino, del Japon y de la capital de Corea llegaron traducciones enriquecidas con pinturas ajustadas al gusto de aquellos paises.

»Después del Asia, entró el África á pagar el debido tributo. Enriquecióse la obra con trabajos venidos de la Etiopía, del pais de las Gallas, del Cabo de Buena Esperanza, del Senegal, de Argel y del Egipto.

»No faltó á su deber la América en toda su extension, ni la Oceanía. Las islas desparramadas en la soledad del Océano pacífico enviaron para ornamento

de la Bula traducida en su lenguaje sus productos más preciosos, á saber: el coral, la madreperla y la perla.

»Europa ha contribuido muy especialmente, como era de esperar de su cultura. No podemos referir los trabajos hechos en sus naciones, pero nos consideramos en el deber de manifestar que brillan por su hermosura, por su riqueza y por el lujo de sus adornos las traducciones hechas en Polonia y en Portugal, asi como la enviada desde Génova.

»Dejando aparte muchísimo que podríamos añadir referente al trabajo colosal, dirémos que personajes de familias reinantes y hombres ilustres en estremo han querido figurar en la vasta coleccion, en la cual, además del clero, han tomado parte ciudadanos de todas condiciones desde las más nobles, sabias y ricas hasta las más humildes y oscuras. Con tales medios el reverendo don Domingo Sire ha logrado reunir un gran número de volúmenes que presentan la Bula *Ineffabilis* en la referida variedad de idiomas. Sus cubiertas y sus adornos ofrecen las singularidades que caracterizan las artes de tantos pueblos y naciones. El oro, la plata, las piedras preciosas, los esmaltes y los mosáicos rivalizan con las miniaturas y con los tipos de la caligrafía. Todo reunido forma un conjunto de belleza y hermosura digno en cierto modo de la Vírgen Madre de Dios, á cuyo honor se destina.

»La satisfaccion del abate Siré por haber promovido una obra tan bella y tan felizmente concluida, llegó á su colmo. En el mismo dia del Centenario de los Príncipes de los Apóstoles tuvo el honor de presentarla á Su Santidad y de ver que se detuvo á contemplarla detenidamente. Alabóla mostrando tanto placer como gratitud. El *Santo Padre* bendijo á su autor y á todos los que correspondiendo á su invitacion, trabajaron en la obra.»

Ántes de proseguir daré cuenta con la posible brevedad de algunos libros y folletos publicados en Roma con motivo de las fiestas del Centenario. Sus autores me dispensarán que no consagre á cada uno el espacio que merece: me lo veda el temor de qué tome mi pobre libro exageradas proporciones.

Como no podia ménos de suceder, figuran en primer lugar los escritos publicados por los redactores de *La Civilta Cattolica*. Sabido es que esta revistá está redactada por insignes jesuitas que poseen sin duda el don de la sabiduría, concedido únicamente á los que han llegado á la cumbre de la perfeccion cristiana; que desde su fundacion en 1850 no ha cesado de sustentar y defender las buenas doctrinas con un valor y con una intrepidez superiores á toda ponderacion, contribuyendo grandemente á la benéfica reaccion que se observa en la Europa entera; que ha opuesto un dique poderoso é incontrastable, no sólo á las ideas manifiestamente revolucionarias, sino tambien á otras que llevaban el veneno en su fondo, pero que aparecian á los ojos de los incautos, compatibles con la Religion y la Monarquía; que ha logrado, en fin, la decidida proteccion del mejor de los Reyes y del más amado de los Pontífices.

El más cumplido elogio de *La Civilta Cattolica* se hace trascribiendo el Breve que Su Santidad se dignó expedir en su favor el dia 12 de Febrero de 1866. Voy á darlo íntegro por tratarse de un documento del gran Pio IX; por constituir una demostracion victoriosa del afecto extraordinario que profesa la Santa Sede á los escritores buenos, superior sin duda de ningun linaje al de todos los Reyes y al de todos los gobernantes, inclusos los de las naciones católicas; y en fin, por la obligacion que me impone la gratitud de corresponder á las bondades que inmerecidamente me han dispensado sus ilustres redactores.

Hé aquí el célebre documento:

PIVS PP. IX.

AD PERPETVAM REI MEMORIAM.

Gravissimum supremi Nostri Apostolici ministerii munus omnino postulat, ut intentissimo studio ea semper peragenda curemus, quae ad Catholicae Ecclesiae causam, animarumque salutem Nobis ab ipso Christo Domino divinitus commissam tuendam quovis modo conducere posse cognoscimus. Incredibili certe animi Nostri moerore, ubi ad hanc Petri Cathedram nullis Nostris meritis, sed arcano divinae providentiae consilio, fuimus evecti, vidimus et lamentati sumus maxima et nunquam satis lugenda damna et mala, quae asperrimis hisce temporibus catholicae religioni, ac vel ipsi civili societati infe-

PIO PAPA IX.

PARA PERPETUA MEMORIA.

La carga gravísima de Nuestro supremo ministerio Apostólico exige absolutamente que con estudio diligentísimo, procuremos siempre hacer todo lo que conozcamos puede ayudar á la causa de la Iglesia católica y á la salud de las almas que Nos fué encomendada divinamente por el mismo Señor Jesucristo. Y ciertamente apenas sin ningun mérito Nuestro, por secreto designio de la divina providencia, fuimos elevados á esta Cátedra de San Pedro, con increible dolor de Nuestro ánimo, vimos y lamentamos los grandísimos y nunca bastantemente deplorados daños y males que los enemigos de toda

justicia y verdad causan en estos tiempos infelicísimos á la religion católica y á la misma sociedad civil por medio de pestíferos libros, de folletos, y especialmente de periódicos llenos de toda clase de errores y pésimas doctrinas, publicados por ódio acérrimo y completamente satánico á nuestra Religion divina, difundidos y diseminados sin medida sobre todo entre el vulgo. Por lo cual, entre otras cosas, no hemos dejado nunca de excitar á las personas llenas de piedad, de ingenio y de sana doctrina para que, bajo la direccion principalmente del propio Pastor, defendiesen con sus escritos nuestra augusta Religion, y refutasen á los adversarios de ella, poniendo además de realce, impugnando y destruyendo sus opiniones monstruosas, á fin de que con la luz de la verdad iluminasen la mente y sobre todo el espíritu de los incautos y de la inexperta juventud, tan expuesta á caer de nuevo en el vicio (Alocucion del dia 20 de Abril de 1849). Y ciertamente experimentamos no poco consuelo al ver que surgen de todas partes muchos que secundando con la mayor diligencia estas exhortaciones y deseos Nuestros, animados de afecto insigne hácia la Iglesia católica y esta Santa Sede, y haciendo su nombre digno de alabanza, no cesan de alejar con buenos escritos la multitud horrenda de tortuosos errores, y de sostener la verdad y la justicia. Mas aunque siempre han existido determinadas personas, que adictas de corazon á Nos y esta Cátedra de Pedro, ilustres por su amor á nuestra santísima Religion, y dignas de encomio por su doctrina sana y sólida, y por su erudicion, eran á propósito para dar la buena batalla y defender siempre con sus escritos la causa católica y la doctrina saludable, vindicándola de los sofismas, injurias y errores de los adversarios; deseamos que los Religiosos de la ínclita Compañía de Jesus constituyesen un colegio de escritores con individuos de la propia Compañía, para que con escritos oportunos y acomodados á las circunstancias, refutasen cuidadosa y sábiamente el sinnúmero de doctrinas falsas salidas de las tinieblas, y defendiesen de continuo con todas sus fuerzas la Religion católica, su doctrina y sus derechos. Cuyos Religiosos, secundando con la mayor voluntad, diligencia y cuidado nuestros deseos, comenzaron ya en el año 1850 á escribir y publicar el periódico titulado *La Civiltà Cattolica*. Siguiendo las huellas ilustres de sus mayores y no perdonando nunca cuidados ni fatigas, por medio del mismo periódico escrito sábia y diligentemente, no pensaron sino en patrocinar y sostener con firmeza, por medio de sus escritos doctos y eruditos, la verdad divina de nuestra augusta Religion y la suprema dignidad, autoridad, poder y fundamentos de esta Sede Apostólica; en enseñar y difundir la verdadera doc-

tundere, qui catholicam Ecclesiam, si fieri unquam posset, et civilem ipsam societatem funditus evertere commoliuntur. Ex quo evenit ut commemoratae Ephemeridis Scriptores Nostram benevolentiam, existimationemque, et Venerabilium Fratrum Sacrorum Antistitum, et clarissimorum Virorum laudes sibi quotidie magis merito comparaverint, eorumque Ephemeris a bonis omnibus, ac bene sentientibus viris summo in pretio fuerit habita, et habeatur. Et quoniam ex huiusmodi Ephemeride, sexdecim abhinc annos vigente, non levia in rem christianam, et litterariam rempublicam bona, Deo bene iuvante, cum ingenti animi Nostri gaudio redundarunt; iccirco Nostris in votis omnino est, ut tam praeclarum opus ad maiorem Dei gloriam, animarumque salutem curandam, atque ad rectam studiorum rationem magis in dies iuvandam stabile perpetuo consistat, et efflorescat. Itaque hisce Litteris idem Collegium Societatis Iesu Scriptorum Ephemeridis vulgo *La Civiltá Cattolica* in peculiari ipsis domo habendum Auctoritate Nostra Apostolica, perpetuum in modum erigimus, et constituimus juxta leges, et privilegia quibus alia eiusdem Societatis Iesu Collegia utuntur, ac fruuntur, ita tamen, ut Collegium idem a Praeposito Generali ipsius Societatis in omnibus pendere plane debeat. Huius autem Collegii institutum esse volumus, ut qui ab ipso Praeposito Generali electi fuerint ad eamdem Ephemeridem, vel alia scripta conficienda, prout Nobis, aut Romanis Pontificibus Successoribus Nostris opportunius videbitur, debeant omnem eorum operam, industriam, ac studium sedulo impendere in lucubrandis, edendisque scriptis pro chatholicae religionis, et huius Sanctae Sedis defensione. Quocirca volumus, ut iidem Scriptores pergant habitare in aedibus, quas ipsis in Hospitio hic in Urbe haereticis convertendis iam destinavimus, iis tamen servatis conditionibus, quas praescripsimus, atque id donec opportunior domus comparari queat. Concedimus autem, ut iidem pro sui muneris ratione possint librarias officinas habere, librosque typis in lucem edere, et vendere, ac longe lateque in omnes regiones spargere, ac disseminare. Redditus vero, qui in praesentia sunt, quique in posterum esse poterunt, ad opus idem sustentandum, ac magis in dies amplificandum adhiberi debent, ut tot tantisque inimicorum hominum aggressionibus ampliora semper, ac validiora obiiciantur praesidia. Quod si unquam quocumque casu contigerit, ut eidem Scri-

trina; en poner de manifiesto é impugnar los múltiples errores y aberraciones, sobre todo de los presentes tiempos infelicísimos, así como los escritos envenenados tan funestos á la república cristiana no ménos que á la civil; y en desbaratar los nefandos esfuerzos de los que si fuese posible destruirian los fundamentos de la Iglesia católica y de la misma sociedad. Por lo cual los escritores de dicho periódico se han atraido y ganado cada dia más Nuestra benevolencia y estimacion, así como las alabanzas de venerables Hermanos Obispos y de los más esclarecidos personajes: su periódico ha sido y continúa siendo muy estimado por todos los buenos y por todos los de sanas ideas. Y porque este periódico, que ya cuenta diez y seis años de vida, con el auxilio de Dios y con gran alegría de Nuestro ánimo, ha producido no pocos bienes en la república literaria y cristiana, es Nuestro terminante deseo que obra tan preclara continúe perpetuamente estable y florezca para mayor gloria de Dios, salud de las almas y y provecho cada dia mayor de los estudios rectamente dirigidos.

Por lo tanto con estas Letras Nuestras, con Nuestra Autoridad Apostólica fundamos y erigimos perpetuamente el Colegio de la Compañía de Jesus de los escritores del periódico titulado *La Civiltà Cattolica*, segun las leyes vigentes y los privilegios de que gozan los demás Colegios de la misma Órden, á condicion empero de que dicho Colegio dependa en todas las cosas enteramente del Prepósito General de la misma Compañía. Queremos tambien que el instituto de este Colegio se establezca de forma que los designados para escribir en este periódico ó en otra parte por el mismo Prepósito General, segun lo que á Nos y á los Romanos Pontífices sucesores Nuestros parecerá más oportuno, pongan todo su trabajo, industria y estudio en componer y publicar escritos en defensa de la Religion católica y de esta Santa Sede. Queremos además que estos escritores continúen habitando en la casa que les destinamos en el Hospicio de Roma llamado *dei Convertendi*, llenando empero las condiciones prescritas; esto hasta que pueda disponerse cosa más oportuna Y permitimos, que segun la necesidad de su cargo, puedan tener imprenta, publicar libros, venderlos, esparcirlos y diseminarlos ámpliamente por todo el mundo. Los productos hoy existentes y los que se pueden conseguir en lo sucesivo, deben emplearse en sostener la misma obra y en ampliarla siempre más, á fin de que á los muchos y graves asaltos del enemigo, se puedan oponer siempre los auxilios más grandes y poderosos. Y si por cualquier causa ocurriese alguna vez que el mismo Colegio de escritores debiese alejarse de esta santa Nuestra Ciudad, queremos que se pueda establecer en cualquiera otra

que señale oportunamente el Prepósito General de la Compañía de Jesus con Nuestro permiso y el de Nuestros Sucesores los Romanos Pontífices, y cumplir en ella con sus deberes, hasta que alejados los impedimentos, sean llamados por el mismo Prepósito General á su Sede primitiva. Y si por desventura no se hallase ningun lugar oportuno para proseguir la obra, queremos que los fondos y los rendimientos se conserven para restablecerlo tan luego como sea posible.

Y concedemos perpetuamente todas estas facultades no sólo á los presentes individuos del Colegio mencionado, sino tambien á los demás que en estos y en los futuros tiempos sean elegidos para el cargo por el Prepósito General, reservando únicamente á Nos y á Nuestros Sucesores la facultad de hacer alguna innovacion relativa á dicho Colegio de escritores de la Compañía de Jesus, y prohibiéndola á todos los demás, sea cual fuere su dignidad, autoridad y grado.

Todas estas cosas establecemos, deseamos, concedemos, mandamos y prescribimos, ordenando que estas Nuestras Letras y cuanto en sí contienen, cualquiera que sea la razon que se alegue, como la de que existiendo intereses en contra fueron olvidados y desatendidos, por lo cual no se consintió en las cosas dichas, no puedan ser notadas y combatidas en ningun tiempo por vicio de subrepcion, ó de obrepcion ó de nulidad, ó de intencion Nuestra, ó de otro cualquiera, aun sustancial, ni por cualquier otro concepto violarse, suspenderse restringirse, limitarse ó promoverse controversia, ó invocarse contra lo decidido el remedio de la restitucion *in integrum*, de apertura *di bocca*, ó de cualquier otro de derecho, de hecho ó de justicia, sino que por el contrario han de existir y permanecer siempre válidos y eficaces para lograr sus efectos plenarios y enteros, observándose inviolablemente por todos aquellos á quienes corresponda ó corresponderá de algun modo en lo sucesivo, debiendo ayudar perpetuamente en los tiempos venideros al referido Colegio de la Compañía de Jesus de escritores del periódico titulado *La Civiltà Cattolica* y á las personas en cuyo favor se dan las presentes Letras; no pudiendo ser obligados nunca á dar pruebas ó demostracion de cualquiera de las cosas referidas, ni comprometérseles tampoco en juicio ó fuera de él. Si acaeciese que contra lo referido se atentase de otra suerte por cualquiera de las autoridades diversas conociéndolo ó ignorándolo, queremos y declaramos que lo que se haga será irrito y nulo. En cuanto sea preciso la regla de no lastimar el derecho adquirido, las demás de Nuestra Cancillería Apostólica, los estatutos y las costumbres de la Compañía de Jesus corroboradas por confirmacion Apostólica, ó por otra cualquiera y hasta los privile-

etiam confirmatione Apostolica, vel quavis alia firmitate roboratis, statutis, et consuetudinibus, privilegiis quoque, indultis, et concessionibus, quamvis expressa, specifica, et individua mentione, ac derogatione dignis; quibus omnibus, et singulis, eorum totis tenoribus, ac formis praesentibus pro insertis habentes ad praemissorum dumtaxat effectum latissime, plenissime, ac specialiter, et expresse derogamus, ceterisque contrariis quibuscumque.

Datum Romae apud Sanctum Petrum sub Annulo Piscatoris, die XII. Februarii anno MDCCCLXVI. Pontificatus Nostri anno Vicesimo.

PIVS PP. IX.

Locus Sigilli.

gios, indultos y concesiones, dignos de expresa, categórica y detallada mencion y derogacion, considerados en conjunto ó singularmente, y todas las demás en contrario que puedan existir, no estando intercaladas en las presentes letras, en su tenor interno, ni en las fórmulas, para efecto solamente de las cosas permitidas, lo derogamos absoluta, plena, especial y expresamente.

Dado en Roma en San Pedro, bajo el anillo del Pescador el dia XII de Febrero del año 1866. Vigésimo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX.

Lugar del sello.

Era pues natural que los redactores de la *Civiltà Cattolica* celebrasen las fiestas del Centenar preparadas por el Sumo Pontífice, á quien deben un tesoro de gratitud. Publicaron en efecto varios escritos, de los cuales voy á dar cuenta inmediatamente.

Determino traducir y publicar el primero, que lleva el siguiente nombre: «*Un nuevo tributo á San Pedro.*» La idea que su ilustre autor se propuso al escribirlo, es sumamente piadosa y digna por consecuencia de recomendacion eficaz. Trátase de que los católicos mejores se comprometan con voto á defender la infalibilidad del Papa en asuntos de fe y de moral, aun ántes de que recaiga el consentimiento de la Iglesia; y se quiere tambien que los alistados en esta milicia sagrada estén dispuestos á cualquier sacrificio, incluso el de dar su sangre generosa en favor de aquella doctrina, proclamada por la generalidad de los teólogos.

Hé aqui por qué el pensamiento me parece mucho más laudable, y sumamente á propósito para combatir el malhadado egoismo de la época presente. He creido siempre que los defensores de la Religion y de la Monarquía deben estar prontos á toda clase de abnegaciones, á trueque de que prevalezca y triunfe su causa noble, santa, sublime. Cuanto se haga con tal objeto será siempre poco. No basta defenderla con la lengua y con la pluma: es preciso empuñar las armas si á ser llega necesario, y acudir al campo del honor confiando en el Dios de los ejércitos. Haciéndolo así, contra la opinion de muchos personajes y contra los deseos de casi todos los Reyes, ha logrado Pio IX conservar su poder temporal, declarado indispensable en las actuales circunstancias por los sucesores de los Apóstoles.

Faltaria por consiguiente á mi obligacion si no defendiese la idea patrocinándola como propia. Corresponde y se ajusta perfectamente á mis ideas, á mis sentimientos y á mis aspiraciones.

Fuera de lo dicho, el dia en que los redactores de *La Civiltà Cattolica* tuvieron la bondad de enseñarme su establecimiento que está muy bien montado, constituyendo por consiguiente una prueba más de la conspiracion fraguada con el fin menguado y torpe de impedir que Roma continúe marchando á la cabeza de la bien entendida civilizacion, contraje gustoso el compromiso de dar á conocer el pensamiento. Por causas independientes de mi voluntad, por sucesos perfectamente conocidos, y por razones ignoradas de la mayor parte, no he podido hacerlo hasta hoy.

Concluyo, por lo demás, suplicando como el autor del escrito, á todos, pero muy singularmente á los escritores monárquico-religiosos, que recomienden con la mayor eficacia la idea referida. Ha de tener necesariamente muchos defensores en la nacion católica por excelencia. Se repetirá por consiguiente aquel espectáculo consolador que precedió á la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion de María. Antes de que el próximo Concilio lo declare, los españoles dirán conformes y unánimes que el Sumo Pontífice es infalible hablando *ex-catedra* sobre asuntos de fé y moral.

Hé aquí ahora el mencionado escrito.

Un nuevo tributo á San Pedro.

Hemos llegado á tal punto, que la guerra de los impíos contra la Iglesia católica aparece dirigida y concentrada en los ataques al Papado, no sólo por lo que hace á sus prerogativas espirituales, sino tambien á las temporales. En lugar de entristecernos, podemos alegrarnos de que asi suceda, por tratarse de la piedra indestructible fundada sobre las promesas del divino Fundador de la Iglesia. Cabalmente por estribar en esto el mayor interes de los católicos, tiene cada uno el deber clarísimo de acercarse todo lo posible á este centro. La union de todos en la fé, en la esperanza y en la confianza en la Sede de Pedro ha

de constituir la salud y la gloria de la catolicidad entera.

Un instinto sobrenatural ha persuadido á los pueblos de lo manifestado. Esto es tan exacto, que sin miedo á las amenazas y á los sofismas, elevándose, por decirlo así, sobre las regiones de la diplomacia, saliéndose de los cálculos financieros ó estratégicos, é impulsados únicamente por su amor religiosísimo al Jefe de la Iglesia, han organizado para sostener los derechos del Papa dos clases de tributos preciosísimos é inapreciables, que toman cada dia más grandes proporciones. Uno de *dinero* y otro de *sangre*. Desígnase aquel con el nombre de *dinero de San Pedro*: éste consiste en la afluencia de aquellos magnánimos que procedentes de tantas partes de Europa corren á alistarse bajo la bandera de la Santa Sede. Estos dos tributos son un socorro relevante correspondiente á las circunstancias temporales del Pontificado, y una prueba maravillosa de los sentimientos generosos de fé que los católicos de cada país mantienen hácia la Cátedra de San Pedro, depositaria de la verdad, y hácia su Cabeza, sobre la cual reposan todas las esperanzas divinas de la familia humana; mas, ¿quién duda que podemos demostrar de una manera concluyente mediante un tercer tributo, la misma fé y la misma generosa devocion? No se habla ya solamente de dinero y de sangre: háblase de la *inteligencia* y del heróico *empeño de toda el alma*.

Para explicar la idea de este nuevo tributo que podemos ofrecer en homenaje á san Pedro y á sus sucesores, aduciremos, por via de introduccion, un ejemplo célebre en los fastos de la Iglesia, que deseamos someter al buen juicio de nuestros lectores.

Es imposible referir las formas y los modos por los cuales desfogóse la piedad de los fieles en muestras de veneracion y de amor á la Vírgen Madre de Dios, en los siglos que precedieron á la dogmática Definicion de la Inmaculada Concepcion de María. Las almas más enardecidas, más elevadas, más puras y más deseosas de reverenciar á la Reina del Cielo juzgaron que debian salir, por decirlo así, de la esfera comun, y despues de un estudio detenido, resolvieron defender, bendecir y profesar con votos, con juramentos y hasta *ad effusionem sanguinis* la doctrina, aun no definida dogmáticamente, de la Concepcion Inmaculada, sólo porque la Santa Sede inclinábase á tan piadosa creencia. Parecia cosa excelente que se concediese á todos en ésto absoluta libertad, á fin de que los más píos y los más generosos pudiesen ofrecer un sacrificio espontáneo y heróico de la mente y del corazon.

Por lo que hace al amor á la Santa Sede y á los sucesores de san Pedro, cabe tambien, aunque bajo diverso punto de vista, una distincion semejante entre la medida del estricto deber á que ningun cristiano puede faltar, sin incurrir en la nota de herejía y aquella generosa disposicion del entendimiento y del corazon, mediante la cual un verdadero católico puede llevar al último punto su amor á la autoridad del Jefe supremo de la Iglesia, sometiéndose á él en una materia legítima sin duda, pero no obligatoria de modo que pierda, violándola, el don de la fé.

Tener por verdad divina cuanto enseña la Iglesia con el Papa; decir que al Sumo Pontífice corresponde el primado de honor y de jurisdiccion sobre toda la Iglesia; proclamar el deber de identificarse espiritualmente con el Papa y por lo tanto con la Iglesia y con Jesucristo, bien que sea obligacion de todos los cristianos, es ciertamente una cosa relevante y sublime, para la cual se necesita la virtud de la fé y la gracia del Espíritu Santo; pero hacer de ello profesion explícita, como lo hacen hoy tantos hombres doctos con sus escritos, y tantos fieles humildes con su óbolo, y tantos devotos peregrinos que corren presurosos al Centenario de San Pedro, es ya una forma del tributo de la mente y del corazon debido al sumo Maestro de la verdad. Y si alguno encontrase la muerte por haber permanecido fiel á esta sagrada obligacion, ó por haber dado sin necesidad una prueba victoriosa de su fe, lograria seguramente la palma del martirio.

Mas fuera de estos confines del dogma y del comun deber en punto á los derechos de san Pedro y de todos sus sucesores, existe una doctrina que sin embargo de no estar aún registrada entre las verdades definidas, es muy comun y hállase reconocida por casi todos los doctores. Me refiero á la infalibilidad del Sumo Pontífice, definiendo *ex-cathedra*. Hé aquí un objeto especial y legítimo para que los católicos más escogidos, más enfervorizados y más ilustres puedan no sólamente inclinar á él su espíritu piadoso, sino tambien hacer un acto de sumision y de fortaleza, obligándose con voto singular, semejante al referido que los más sabios y los más fervientes rindieron en honor de María Inmaculada.

Para someter al juicio de nuestros lectores con toda su precision y belleza el indicado concepto, es indispensable aducir algunas consideraciones referentes al mismo.

Daremos en primer lugar la fórmula rigurosa de la doctrina mencionada. Redúcese á decir que la palabra del Sumo Pontífice, hablando como Maestro universal en materia de fe y de costumbres, es regla infalible á la que se debe un asentimiento total, áun ántes de que se haya manifestado el de la Iglesia. No es preciso aducir las pruebas propias de tal doctrina. Bien que agrade á los doctos poner en evidencia por varios caminos que la infalibilidad del Papa está en conexion íntima con la regla de fe y con la

historia de la Iglesia, bástanos el hecho en virtud del cual la doctrina de la infalibilidad del Papa es admitida en la Iglesia y sustentada por casi todas las Escuelas, por lo cual redunda en honor de la Cátedra de San Pedro. Deben todos persuadirse de que consignado el hecho, no sólo es lícito, sino tambien altamente laudable imponerse con voto especial el deber de subordinar á dicha sentencia sus palabras y sus acciones.

Bien podemos añadir que la circunstancia de saber que ésto es lícito; laudable y santo, ensanchará el corazon de muchos católicos. Obligándose con voto á defender la infalibilidad del Papa, experimentarán un consuelo tan noble como dulce. ¡Cuantos clérigos píos y estudiosos, cuántos sacerdotes modestos y excelentes, cuántos religiosos eruditos pero pobres, y en fin, cuántos buenos seglares que hoy se consumen por un celo impotente al considerar las grandes aflicciones del Sumo Pontífice, quedarán confortados por la idea de poder ofrecer un tributo á san Pedro! Poco es, dirán muchos entre sí, el óbolo insignificante que puedo ofrecer para participar del mérito del tributo pecuniario, y áun más imposible todavía es para mí tomar las armas y ofrecer el tributo de mi sangre; mas sin duda puedo rendir al Papa y á san Pedro el homenaje de mi mente y de mi corazon, obligándome con voto á tener por infalible la palabra del sumo Maestro que defina desde la Cátedra de verdad, en materias de fe y de moral.

¿Puede aguardarse por ventura este tributo sólo de los débiles, y ofrecerse por la circunstancia dolorosa de estar, digámoslo así, reducidos á la impotencia?

Todo lo contrario. No podemos encarecer bastante hasta qué punto complace á Dios la modestia del pobre y débil sacerdote ó del simple fiel que, por hallarse imposibilitado de ofrecer dinero y sangre, se retira humildemente al pié del altar y dice á san Pedro: «Aceptad *por lo ménos* el empeño de mi devocion á vuestra cátedra y á la palabra de vuestros sucesores.» No consentimos se crea que ésto es *lo ménos*, ó el último y el más pobre de los tributos que puede ofrecer el católico en estos dias para el sostenimiento de la Iglesia.

¡No, no! ¿Cuál es el tributo que mejor responde al magisterio de la Verdad? ¿No es la sumision del entendimiento? ¿Cuál es la verdadera fuerza y la riqueza verdadera de la Iglesia de Jesucristo? ¿No es la fe, la decision y el celo ardoroso en dar, cuando el instante llegue, áun á costa de la vida, noble testimonio de sus derechos? Digámoslo, pues. Este tributo de un entendimiento dócil y sumiso á la palabra de san Pedro, es el más digno, el más saludable á la Iglesia, y el más propio de los que tengan elevados y generosos sentimientos.

Miéntras estas consideraciones pueden servir para ennoblecer y consolar el espíritu de aquellos humildes, celosos del honor del Papado, que desde hoy se obliguen espontáneamente con voto á sostener la doctrina mencionada, nos atrevemos á concebir el deseo de recomendar estas mismas consideraciones á la piedad, al buen sentido y á la vigilancia de los llamados á dirigir la devocion de los pequeños, la educacion del clero, y los intereses del pueblo cristiano.

Entre las tribulaciones que padece la Iglesia católica por la situacion en que está la Sede romana, no es la ménos deplorable y funesta la nacida de la defeccion de los que á pesar de la guerra declarada contra el altar de Jesucristo y la Cátedra de san Pedro, han caido en presencia de los nuevos ídolos, halagados por esperanzas mundanales, ó por amenazas de insultos ó despojos. ¡Y si al ménos se hubiesen contentado con deshonrarse y perderse á sí solos! El buen sentido del pueblo cristiano hubiese bastado para pronunciar el anatema contra estos desventurados. Mas sintieron la necesidad de justificarse, trataron de hacer méritos, combatiendo á los poderosos, la presuncion y la obstinacion alarmaron los espíritus, y ora con la pluma, ora con manejos bastardos, dieron consistencia al cisma más torpe que se ha conocido jamás; cisma no sólo maldecido por el Pontífice á quien afligia y abominado por los pueblos á quienes escandalizaba, sino tambien puesto en ridículo áun por aquéllos en cuyo favor se dispuso.

¿Se han de entablar polémicas con sus defensores? ¿Han de ser desconcertados por los rayos de la censura? El verdadero medio de impedir que dañen y de reducirlos á la impotencia es el que se adopta en los incendios: aislarlos y dejar que se acaben por sí mismos. No basta todavía ésto. Es preciso que la parte sana del pueblo y del clero se aficione al estudio de la doctrina pura sustentada por las Escuelas sinceramente católicas sobre la infalibilidad del Papa, y que de ella se haga un objeto de especial devocion que sirva de regla y de apoyo á los hombres de corazon y entendimiento.

Examinando en efecto la historia de las herejías y de los cismas contra los cuales ha combatido siempre la Iglesia, consiguiendo la victoria, obsérvase fácilmente que el error aparecia siempre como nuevo y el cisma como una revolucion, que no rehusaba la capital de las verdades saludables, ni desconocia los derechos de la autoridad. Y verdaderamente no fueron nunca combatidas las herejías sino con el recuerdo de la tradicion y de las prescripciones precedentes, así como no fueron nunca condenados los cismas sino en virtud de derechos ya vigentes y reconocidos. ¿Por qué no bastaron nunca en ningun tiempo las polémicas, los Concilios y las excomuniones para impedir la propagacion de las herejías y de

los cismas? Porque se defendian y encontraban partidarios entre las naciones cristianas á consecuencia de la debilidad, hija en los unos de la ignorancia, y en los otros de su piedad, costumbres y pasiones mundanas. ¿Por qué sucedia despues que debilitadas, enflaquecidas y con peligro próximo de contraer la enfermedad las naciones y las Iglesias particulares aceptasen de nuevo la vida de la fe y de la moral católica? Es un hecho constante en la historia eclesiástica, que miéntras se procuraba por medio de las polémicas, de los anatemas y de los cánones poner de realce, sin excluir á los voluntariamente ciegos, la verdad de la doctrina de la Iglesia y la legitimidad de sus derechos (generalmente sin conseguir que se



Illmo. Señor Don José de los Rios, Obispo de Lugo.

persuadieran de su error los que estaban próximos á perder para siempre el beneficio de la gracia santificante), bajaba del cielo, por la misericordia de Dios, una chispa del Espíritu Santo, la cual encendia en algunos corazones un fervor extraordinario de virtud, un celo verdaderamente asombroso por el amor de Dios y la salud de la Iglesia, cualquier noble ejemplo en fin, cuya imitacion hacia que se manifestase un ardor parecido en la plebe y en el clero. Para defender la causa de lo verdadero y de lo justo se ha necesitado siempre, más que doctrina y autoridad, virtud acendrada, heroismo de fe y de intrepidez. Hasta tal punto es así, que no se puede referir la historia de las herejías sin mencionar al lado de cada una, ciertamente en la época de sus triunfos, formando contraste con sus vicios más profundos y constituyendo como el principio y la ocasion de sus derrotas, el orígen de una Órden religiosa, de un piadoso Instituto eclesiástico, ó de una devocion popular nacida para infundir un espíritu de piedad, de penitencia y de celo por las obras de misericordia. Frecuentemente se halla la inmolacion de mártires gloriosos, y siempre el nombre de algun Santo convertido en autorizado predicador de la verdad, precisamente por haber hecho todo linaje de sacrificios.

No ha de suceder de otra manera en el tiempo presente. El fervor generoso de una legion, aunque pequeña, sinceramente sometida á Dios y á la ley del voto espontáneo para defender los derechos de la Santa Sede hasta el punto que la sana Teología puede marcar, hé aquí, no el único medio ciertamente,

mas sí uno de los medios más poderosos que al parecer quiere proporcionar el Espíritu Santo en favor de los pueblos y de la Iglesia Romana.

¿Y qué no puede un mínimo germen de fe, áun cuando sea tenue como un granito de mostaza? Tanto se complace Dios en glorificar su poderío con medios desproporcionados en apariencia, que áun sin ser profetas, deduciendo lo que será esta devota Milicia de san Pedro por su principio pequeño, ignorado é insignificante, pueden pronosticarse grandes prodigios. Hé aquí el primer resultado que podemos anunciar no maravilloso ciertamente. Muchos estudiarán de nuevo aquella parte de la Teología que da los fundamentos de la tésis referente á la infalibilidad del Papa, lo cual será muy provechoso para la ciencia y la fé. Otros más decididos á obligarse con voto (siquiera lo desconozcan todos los demás) en obsequio de san Pedro y de la infalibilidad de sus sucesores, serán en adelante más cautos para leer ó escuchar los sofismas que corren en favor de la doctrina cismática, más decididos y diestros en confundir á los adversarios de la Santa Sede y más celosos en instruir al pueblo relativamente á la sumision que se debe al Pastor supremo. Otros sabrán aprovecharse de la amistad, de la autoridad, y de cuantas ocasiones se les presenten en el ejercicio de sus propios deberes, para insinuar é imbuir su devocion en cualquier alma generosa. Todos en fin, por el mérito sobrenatural de un acto heróico,—lo es sin duda este voto—elevados á un grado mayor de gracia, más iluminados en las cosas de Dios y de la salud del mundo, más intrépidos y ardientes en la via de su deber, mejorados para decirlo de una vez en su inteligencia y en su corazon, darán seguramente un ejemplo magnífico, constituyendo el más fuerte apoyo de la Iglesia, y su hermosura más resplandeciente.

Considerando el tiempo en el cual podrian hacerse sentir tales ventajas y difundirse para mayor gloria de la Autoridad pontificia ó incremento de la sumision católica, podrá proponerse cada uno el problema de si será mejor dar á esta devocion una forma exterior de Sociedad ó de Congregacion organizada, ó limitarla al círculo privado de los hombres de buena voluntad.

En cuanto á nosotros, parécenos más conveniente no pensar en el problema. Creemos que no es lo mejor ésta ó la otra forma, sino dejarlas pendientes todas, de manera que el buen espíritu sea completamente libre para obrar y hacer mella en los ánimos segun su disposicion especial, segun las circunstancias exteriores, y sobre todo segun el rumbo que quieran dar á esta devocion los obispos en los seminarios, en el clero y en el pueblo. Así sucedia con la referente á la Vírgen Inmaculada. Unas veces excitábase á los pueblos y al clero para que estableciesen Congregaciones que profesasen públicamente la creencia piadosa favorecida por la Santa Sede; comprometíase otras á las Universidades para que se obligasen á defenderla con juramento, y procurábase siempre que las almas más puras y sublimes se consagrasen con voto privado y hasta con propósito de verter su sangre, á honrar á María bajo el concepto de dicho misterio sublime.

Dejamos por consecuencia al buen espíritu de fe y de sumision que puede tener cada uno, el lugar y la forma en que ha de manifestarse la devocion, para que pueda producir sus efectos saludables. Ciertamente por ahora, sin forma ninguna de Asociacion en la cual puedan contarse los nombres de los nuevos campeones de san Pedro, podrá cada uno consolarse considerando que no está solo, sino que por el contrario son muchos los unidos con él en espíritu para igual fin, y que los méritos y los esfuerzos de cada uno en defensa de la Santa Sede forman ya un tesoro comun en favor de todos los individuos de esta milicia santa.

¿No podrá darse como señal de un vínculo entre todos los devotos de san Pedro, una fórmula comun del voto propuesto? No tenemos autoridad para establecerla, mas consideramos oportuno someter á la consideracion de nuestros lectores la siguiente sugerida por nuestra devocion.

Así diria:

«Beatísimo san Pedro, Príncipe de los Apóstoles:

»Yo N. N., movido por el deseo de ofrecer á Vos y »en Vos á Vuestros Sucesores en la Cátedra Apostó»lica un tributo de singular devocion, que por una »parte os compense y compense á la Iglesia de los »ultrajes hechos á la Sede Romana, y por otra me »obligue más á honrarla hago voto de creer y pro»fesar cuando llegue el caso, áun á costa de mi san»gre, aquella doctrina tan generalizada entre los ca»tólicos, en virtud de la que *el Papa es infalible »cuando define magistralmente como maestro universal, »ó sea* EX-CATHEDRA *sobre materias de fe ó de costum»bres, por lo cual sus decretos dogmáticos son irrefor»mables y obligan en conciencia, áun ántes del asenti»miento de la Iglesia*.

»Dignaos, oh gloriosísimo san Pedro, ofrecer á mi »nombre este voto al divino Fundador de la Iglesia, »del cual descienden á Vos y á Vuestros Sucesores »todas las prerogativas del Sumo Pontificado y del »Magisterio Supremo. Y obtenedme la gracia de es»tar en adelante tan identificado con vuestra Cátedra »y de ser tan dócil á la autoridad de Vuestros Suce»sores, que por la constante firmeza en la fe, parti»cipe del soberano bien de no salir nunca del camino »de la salud.»

Cada uno comprenda que el preámbulo y la con-

Confiamos que tras estas leves indicaciones hechas por nosotros, muchos otros más valientes se harán eco de nuestra débil voz en toda la Italia. Parécenos evidente que en el dia solemne del Centenario, bien que sin saberlo el uno del otro, ni llevar ninguna divisa especial, ni aparecer ordenados en torno á la Cátedra de san Pedro ó al altar de la confesion, no faltarán algunas cabezas encanecidas y venerandas de sacerdotes y de doctores que ofrecerán el homenaje del entendimiento á la palabra infalible del Vicario de Jesucristo, ó algunos corazones esforzados de jóvenes levitas que se propondrán morir en defensa de las prerogativas de la infalibilidad del Papa, ó algunos legos ilustres, sencillos pero doctos, que sabrán identificarse más y más con el único Maestro inerrable que existe sobre la tierra.

Esto será evidente, y no podrá ménos de dar orígen á muchas conversaciones, y de referirse sobre todo á los forasteros.

Queremos creer que muchos de los nobles peregrinos que vengan para honrar el Centenario de san Pedro lograrán como bella y preciosa recompensa llevar á su patria el concepto del tributo referido, del voto en que consiste y de la sagrada falange que puede formar y reunir, glorificando la profesion. Aquel concepto fecundo les dará fuerzas para comunicar un principio de vigor en el espíritu de muchos, y sobre todo en los centros de educacion, estudio y piedad insigne y generosa, que resplandece ya en todas las ciudades católicas. Así suceda para honor y alabanza del Eterno Jesucristo Señor Nuestro y de Aquél que lo representa en el mundo.

Duéleme mucho no poder trascribir un discurso del célebre padre Mateo Liberatore publicado tambien con motivo de las fiestas del Centenar. El eminente filósofo, autor de varias obras que le han inmortalizado, conocidas y admiradas por todos los que conocen el movimiento científico de la época presente, no podia permanecer callado en las circunstancias memorables á que me refiero.

Dividió en dos partes su escrito que se titula *El Centenario de San Pedro*, subdividiendo en tres la primera y en cuatro la segunda. Demostró respectivamente en aquéllas las ventajas sociales que las fiestas reportarian á todos los hombres en general, á los católicos en particular, y muy especialmente á los romanos. Puso en éstas de realce la oportunidad de ellas para fortalecer en los pueblos el principio de autoridad, para imbuir en los ministros del Señor la idea de la fortaleza sacerdotal, para renovar en los Estados el concepto del órden político; y en fin para restablecer en el mundo la idea de nacionalidad en el sentido cristiano.

No puedo resistir al deseo de publicar algunos párrafos de tan notabilísimo discurso, que se refieren á la parte segunda.

. . . .

El que viene á Roma encuentra al Papa convertido en Rey. A la tiara de Pontífice, el Jefe de la Iglesia ha unido la corona de Príncipe. Lo que al principio fué solamente un derecho, se ha encarnado con el trascurso del tiempo en un hecho: la independencia inherente *jure divino* á la soberanía espiritual, ha tomado, por ser indispensable, una forma exterior y política, por la union del poder temporal.

Cristo no quiso que su Vicario desde los albores de su reino espiritual tuviese otro temporal, porque la fundacion y la propagacion de la Iglesia debian aparecer manifiestamente, como efecto de un poder sobrehumano y celestial. Quiso que faltando auxilio terrestre, se hubieran de vencer todo género de obstáculos, y sobre todo la persecucion y el martirio. La divinidad de la Iglesia manifestábase así claramente, y su evidencia resplandecia gracias á una serie no interrumpida de prodigios. Pero el estado maravilloso no podia durar perpetuamente: la excepcion no podia constituir la regla. Establecida y propagada la Iglesia por caminos opuestos á todo cálculo humano y político, era natural que el estado violento fuese sustituido por el curso regular y ordenado de las cosas. La independencia pontifical garantida sólo por la asistencia de Dios y el heroismo de los mártires, debia reunir á los medios sobrenaturales los auxilios del órden natural, y tomar una forma social y visible. Entónces fué cuando comenzó el trabajo lento de la soberanía temporal, trabajo que la divina Providencia condujo á su complemento en el siglo VIII y ha conservado hasta hoy durante once siglos, á través de todo género de contradicciones y de asaltos. San Pedro pues reunió el cetro al báculo: es desde entónces Pontífice y Rey.

Hemos demostrado más de una vez la necesidad de esta alianza para la libertad del sacerdocio católico, y reconocemos como muy verdadera, humanamente hablando, esta máxima del conde José de Maistre: «Todo el poder de la Iglesia seria nulo, si no se conceutrase en una cabeza extranjera y soberana.» En este trabajo queremos señalar la conveniencia del poder temporal bajo un nuevo punto de vista y hacerlo resplandecer como el verdadero tipo al cual se debe conformar en lo posible el poder político en la sociedad cristiana.

Por haber sido el hombre redimido por Cristo y elevado por el bautismo al órden sobrenatural quedó enteramente trasformada su condicion. La ciencia quedó subordinada á la Fé, las virtudes morales á las teologales, la naturaleza á la gracia. El órden civil se debe subordinar tambien al órden religioso. No es que el poder político haya cambiado intrínsecamente de sustancia: esto no hubiera podido suceder sin un cambio radical de causa. Asi como su principio continúa siendo el mismo, esto es, la naturaleza social del hombre, permanece invariable su objeto ó sea el órden esterior, y su fin, á saber, la paz pública y la justicia entre los ciudadanos. Pero si no cambió la sustancia de este poder ha debido quedar trasformado en sus relaciones, atendido el cambio del sujeto al cual se refiere. Este sujeto no es sólo un simple hombre; es el hombre cristianizado, es el hombre elevado á un destino mas sublime, es en una palabra, el hombre cuyos actos todos han de estar en armonía con la Nueva Ley, que es el Evangelio. Y pues que la Iglesia es depositaria, intérprete y ministro de esta Ley, es menester que á su autoridad esté subordinada la autoridad política y que ésta reciba de aquella la suprema regla moral en el ejercicio de sus atribuciones. Tal es la enseñanza del sabio Suarez, conforme con la de los demás teólogos: *Sicut homo, dice, non esset recte compositus, nisi corpus esset anima subordinatum; ita neque Ecclesia esset convenienter instituta nisi temporalis potestas Spirituali subderetur.* (De Legib. lib. IV. cap. IX.) Y entre las diversas razones que alega, está la de que lo temporal en el gobierno civil debe tener por regla lo espiritual, so pena de que surja el desórden y la injusticia. *Regula regiminis temporalis, ut sit rectum et honestum debet esse spiritualis. Ergo necesse est ut ipsamet potestas temporaliter regendi reguletur per spiritualem, et hoc est illi esse subjectum et subordinatum* (Ibid.)

Es un pensamiento falso el de aquellos que imaginan á la Iglesia de Cristo como una sociedad privada ó como una simple escuela religiosa. No es asi. La iglesia ha sido establecida por su divino Fundador bajo la forma de un reino ó de un imperio. Es el quinto imperio profetizado por Daniel, que debia reemplazar á los cuatro anteriores establecidos por la fuerza. La Iglesia es el imperio espiritual en el que se trasformó el viejo imperio romano, segun la sublime observacion de santo Tomás: *est commutatum de temporali in spirituale.* (Tom. II. ad. Thessal.)

Otros escritos publicó *La Civiltà Cattolica* á causa del Centenario. Consignar debo una palabra en favor del titulado *Roma* y *Paris en Junio de* 1867. Sin dificultad adivinarán mis lectores su objeto que llenó cumplidamente. No fue otro que poner de realce la superioridad de la civilizacion verdadera, cuyo centro está en la capital del mundo católico, sobre la civilizacion falsa, que personifica la Babilonia moderna. Los juicios que hace sobre las fiestas del Centenar y sobre la exposicion universal revelan un talento de

primer órden. Son tan nuevos como exactos y tan ingeniosos como profundos. Son sobre todo completamente dignos de un escritor que tiene la dicha de recibir inspiraciones de Aquel que dijo de sí propio. «Yo soy la verdad, el camino y la luz del mundo.»

Debo tambien decir alguna cosa de tres sermones pronunciados con motivo del Centenar por el padre Segundo Franco, de la Compañía de Jesus. Publicólos contra su voluntad, á instancia de su Excelencia el conde Comendador Juan Vimercati, que merece por ello los encomios mayores. Gracias á sus buenos oficios, saboreamos el mérito revelante sobre toda ponderacion de los referidos discursos sagrados.

He leido mucho sobre el Pontificado y creia conocer todo lo que se dice en su favor, basado en la Sagrada Escritura, en la Tradicion y en la Razon individual. Leyendo algunas páginas de los sermones referidos me persuadí de que estaba equivocado grandemente y experimenté por consecuencia una satisfaccion extraordinaria. Sí. El caudal de los sofismas que se aducen contra dicha institucion sublime se agota muy pronto, pero es verdaderamente inagotable el de los argumentos con los cuales puede ser defendida, ensalzada y puesta en el lugar altísimo que por riguroso derecho le corresponde.



Illmo. Señor Don Gregorio Lopez, Obispo de Plasencia.

Si á lo dicho se agregan las cualidades privilegiadas del padre Franco se comprenderá el mérito de sus sermones que recomiendo con la mayor eficacia. Duéleme mucho no poder estractarlos siquiera, pero no soltaré la pluma sin dar cuenta de una obra magnífica publicada por el sabio jesuita y sin decir algo de sus condiciones como predicador. Mis lectores me dispensarán este parentésis si les digo que satisfago una necesidad de mi corazon.

La obra del padre Franco es quizás la mas útil de cuantas han visto la luz pública en la época presente. Titúlase *«Respuestas populares á las objeciones mas estendidas contra la Religion.»* En prueba de su mérito, me bastará decir que se ha hecho la quinta edicion italiana, como tambien que se ha traducido al francés, al inglés, al austriaco, al suizo, al armenio y al portugués. Dios mediante se verterá tambien pronto al español: quiero que mis compatricios la conozcan y especialmente los que por su estado, por

su ministerio ó por su posicion, han de reñir con frecuencia batallas contra los enemigos encubiertos ó declarados del catolicismo.

El P. Franco se puede presentar como el tipo mas verdadero del predicador católico. He tenido la dulce satisfaccion de verle ocupar la Cátedra imponente del Espíritu Santo, y he quedado al oirle verdaderamente maravillado. Me consta que le mortificarán mis palabras, pero ¿no ha de serme lícito rendir un público testimonio á la verdad, hija del cielo? Pues bien. Cuántos han oido al padre Franco saben que lo dicho no contiene y que no contendrá lo que añadiré la menor exageracion. Algunos predicadores son sin duda mas elocuentes, pero no pueden competir con



Illmo. Señor Don Juan Lozano, Obispo de Palencia.

él si se considera el conjunto maravilloso de sus facultades oratorias. Declaro francamente que no se sabe cuál es mas digna de admiracion. Admirable me parece su palabra fácil, fluida y espontánea. Admirable la deleitosa sencillez que caracteriza sus discursos sagrados y que forma contraste con los ampulosos llenos de palabras rimbombantes, tan comunes en la época presente. Admirable la elegancia con que espresa sus pensamientos. Admirable la novedad de sus conceptos. Admirable la circunstancia de servir y aprovechar lo que dice á las personas de todos estados, clases y categorías. Admirable la energía santa y la intrepidez apostólica con que combate los vicios de la sociedad actual. Admirable la naturalidad de todas sus acciones y de todos sus movimientos.

Lo torno á decir. Es el modelo de los predicadores católicos: ha recibido de Dios sin género de duda el precioso don de la sabiduría y el encantador de la palabra.

No se habrá olvidado de seguro que su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Santiago publicó en *El Pensamiento Español* muchas cartas contra las doctrinas anticatólicas del periódico titulado *La Iberia*. Lo que ignoran seguramente muchos es que se vertieron al italiano y se publicaron durante las fiestas del Centenar. Hé aquí el título de la obra: «Cartas del cardenal Cuesta, arzobispo de Santiago de Campostela, dirigidas á *La Iberia*, periódico progresista, sobre la necesidad del poder temporal del Papa,» traducidas del español por el caballero Rafael Mencacci.—Roma, imprenta de Salviucci, 1867. Un

volúmen en 8.° de 324 páginas. Precio, 12 reales.»

La Correspondencia de Roma dió cuenta de tan notable publicacion, añadiendo las siguientes líneas: «El cardenal Cuesta es uno de los mas intrépidos y elocuentes defensores de la soberanía temporal que cuenta España. Respondió á una *declaracion*, en la cual *La Iberia* adujo con insistencia sofismas contra la solicitud dirigida al gobierno por el episcopado español para que en el acto de reconocer el reino de Italia consignase una escepcion en favor de las provincias usurpadas al Pontífice-Rey. Sus quince cartas forman un verdadero tratado de controversia sobre la soberanía temporal; tratado escrito con la solidez y la profundidad que caracterizan las obras de los autores eclesiásticos que España produce en número estraordinario.»

Estas últimas palabras persuadirán á muchos malos españoles de que no pocos estranjeros, cuando hablan de nuestro pais, les dan lecciones que no debieran olvidar nunca.

Por lo que hace al libro del señor Cardenal, conocen ya sin duda su mérito relevante no pocos de mis lectores, por haberse publicado antes en varios periódicos. No me incumbe hacer de él un juicio crítico por varias razones y principalmente por ser su autor uno de los mas fieles y celosos depositarios de la verdad. El discípulo faltaria indudablemente á su deber disputando con el maestro.

Tengo por otra parte la persuasion de que mis alabanzas ofenderian la humildad del egregio Príncipe de la Iglesia. He tenido la dulce satisfaccion de conocer en Roma á su Eminencia y de recibir de él pruebas de consideracion que jamás olvidaré. Pues bien. Sin embargo de lo dicho y de saber que habia resuelto escribir el libro historiando las fiestas del Centenar, no me manifestó el señor Cardenal que sus cartas excelentes iban á verterse al idioma del Dante y del Petrarca. No me hizo tampoco la menor indicacion su jóven secretario, persona dignísima bajo todos conceptos. Prueba evidente de que no concedia importancia á su libro, á pesar de que la tiene muy grande sin género de duda.

Un notable y oportuno trabajo salió de la pluma de monseñor Bartolini, tan ventajosamente conocido en la república de las letras. Procuró demostrar que los Príncipes de los Apóstoles fueron real y verdaderamente martirizados en el año 67 de la era cristiana. El éxito correspondió á sus esperanzas.

El señor Bartolini, protonotario apostólico y secretario de la Santa Congregacion de los Ritos, publicó su obra ántes de las fiestas. Y era natural que así lo hiciese, toda vez que algunos enemigos de la Iglesia han impugnado su tésis, valiéndose de sofismas más ó ménos ingeniosos y de paradojas más ó ménos absurdas.

Sólo añadiré dos cosas que ponen de realce el mérito de sus *Observaciones histórico-cronológicas*. Añadiré primeramente que logró la satisfaccion de verlas traducidas á los idiomas español, francés é inglés. Añadiré además que durante las fiestas fué ya preciso hacer una segunda edicion, á la cual se añadió una lámina cromolitográfica con las imágenes más antiguas que la Iglesia posee de los Príncipes de los Apóstoles.

Don Estéfano Ciccolini, sacerdote romano, publicó un escrito sobre las oblaciones presentadas al Sumo Pontífice en la solemnidad religiosa ya descrita. Habíalo redactado con motivo de la canonizacion de 1862 y volvió á darlo á luz, vertiéndolo simultáneamente al italiano y al francés. Aunque de pocas páginas es excelente y de los más completos que hasta hoy se han publicado. El señor Ciccolini añadió á lo dicho el ceremonial de la gran fiesta y la célebre constitucion *Admirabilis* de Benedicto XIV que prescribió la forma con que habia de verificarse la de los Príncipes de los Apóstoles en la capital del mundo católico.

Otro libro sumamente útil dió á la estampa el canónigo Domingo Zanelli, con el título de *Roma y San Pedro, ó sea los trofeos del Príncipe de los Apóstoles*. Dan á conocer la naturaleza y el fin de esta obra las siguientes palabras de su proemio, trascritas tambien por *L'Osservatore Romano*. «Si los admira»dores de Roma pagana van en busca de los recuer»dos de los trofeos que aún existen de los gran»des héroes que tan glorioso hicieron al pueblo de »Quirino, los fieles buscan en la Roma cristiana las »memorias y los trofeos del Príncipe de los Apósto»les que fué el gran héroe del Cristianismo. Nosotros »consideramos útil recoger en esta ocasion los recuer»dos más principales que conserva Roma referentes »á San Pedro... Estos recuerdos son como los tro»feos de los Apóstoles: un trofeo es su sepulcro y »trofeos son las basílicas, las iglesias, los santuarios »y los demás monumentos levantados en su honor.»

Inútil me parece calificar de feliz el pensamiento del canónigo Zanelli. Lo hubiera sido en cualquier tiempo: lo fué sobre todo en los presentes, por el empeño impío que hay en remover todo lo gentil y en prescindir de todo lo que constituye la civilizacion cristiana. Hé aquí una cosa que no debemos tolerar los hijos de los Cruzados. ¿No es una mengua que los que se llaman defensores del progreso traten de que la sociedad retroceda veinte siglos y torne á la situacion espantable cuyos crímenes y cuyas infamias no han podido describir los historiadores más

célebres á pesar de haber empleado los colores más negros de su paleta?

Por lo demás el plan adoptado por el canónigo Zanelli es muy natural y muy sencillo. En los dos primeros capítulos que sirven de introduccion á su obra, da las nociones que juzga necesarias sobre el viaje de San Pedro á Roma, sobre su llegada, sobre su Pontificado y sobre su martirio. Y demuestra tambien concluyentemente que derramó su sangre generosa y fecunda en el año 67 de la era vulgar.

En otros cuatro capítulos desenvuelve la materia indicada y enumera los varios lugares que recuerdan la estancia de los Santos Príncipes de los Apóstoles en la capital del mundo católico.

Añadiré que el autor demostró no sólo vastos conocimientos arqueológicos é históricos, sino tambien un talento crítico superior.

Algunos autores anónimos escribieron un folleto de pocas páginas con el epígrafe siguiente: *Ad Episcopos ex Italia Roman convenientes ad diem solemnem XXIX iunii anni MDCCCLXVII.* Propusiéronse consolar á los sucesores de los Apóstoles de Italia que fueron á Roma con motivo de las fiestas del Centenario. Recordaron á este propósito sus trabajos y sus aflicciones, disculpándose además por haber dirigido la palabra á los que son maestros de la casa de Israel.

El autor llenó su folleto de palabras bíblicas, conducentes á su propósito de abrir á la esperanza y á la tranquilidad el corazon de los católicos.

Aunque los autores del folleto no dieron sus nombres declararon pertenecer al número de los que esperan el juicio y aman la verdad.

«Guia fiel de las sagradas grutas del Vaticano, sacada de una preciosa edicion del siglo XVII, por diligencia del sacerdote Dionisio Casassayas». Como se infiere de su título, esta obra no es nueva, más puede considerarse tal atendida la rareza de la edicion primitiva. El mencionado señor prestó por consecuencia un buen servicio al reproducirla en las presentes circunstancias.

El caballero Luis Moreschi, secretario de la comision elegida para proseguir reedificando el templo de San Pablo, dió á la estampa otro trabajo sumamente recomendable. Aludo á la descripcion de los cuadros al fresco que se colocaron en los intercolumnios del órden superior de la Basílica de San Pablo. Constituian una especie de poema en el cual referíanse los grandes hechos del Apóstol de las gentes y los principales episodios de su vida prodigiosa.

El señor Moreschi compuso una relacion de cada pintura y dió además el nombre de su autor. En una especie de prefacio discurre sobre el mérito general de la pintura y da idea del plan de su trabajo, dividido en treinta y seis partes. La obra concluye con consideraciones sobre la vida de San Pablo, estraidas del libro publicado en Roma en el año 1797 con el epígrafe siguiente: «Saulo convertido y santificado.»

Diéronse á luz, tambien:

Una Vida compendiada de los veinte y cinco santos canonizados el dia 29, precedida de un discurso sobre las fiestas del Centenar. Muy pronto se agotó la edicion y hubo de procederse á la segunda.

Una disertacion titulada *Roma y el Pontífice en la canonizacion de los santos*. Es un trabajo concienzudo y bien escrito, que pone sobre todo de realce la erudicion de su autor don Juan Arrighi. Está lleno de datos curiosos y desconocidos por la generalidad, sobre la materia á que se refiere. Lo publicó en su folletin *L'Osservatore romano.*

Un trabajo sucinto y notable, como cuantos salen de su pluma, que dió á luz con motivo de las fiestas el canónigo X. Barbier de Montault. Hé aquí su título: *Las ceremonias del Centenario y de la Canonizacion en San Pedro.*

Un folleto en italiano y en francés con el epígrafe siguiente: *Descripcion de las decoraciones ideadas por el arquitecto Fontana y de las pinturas de la Basílica Vaticana para el Centenario de San Pedro y la Canonizacion. Epígrafes latinos, manual completo de las ceremonias y compendio de la vida de los veinticinco bienaventurados.* A pesar de ser un trabajo de circunstancias, como suele decirse, tiene mucho interés, siendo digno sin duda de recomendacion.

Y por último, el abate Ruggeri dió á la estampa otro sobre la peregrinacion antigua á las tumbas de los Apóstoles en Roma. Escribiólo tambien á causa del aniversario secular del martirio de San Pedro.

Publicáronse tambien varias composiciones en verso, además de las referidas al reseñar las solemnidades académicas. Digna es de mencion especial la del P. Luis María Marii, de la Compañía de Jesus y la de don Juan Bautista Gallo, que lleva el epígrafe siguiente: *A la Santidad de Nuestro Señor Pio Papa IX, en el solemne aniversario del XVIII Centenario del glorioso martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.*

Añadiré por fin antes de pasar á otro asunto, que nació el pensamiento de reunir en un Album los escritos principales publicados con motivo de las fiestas tantas veces referidas. ¡Lástima grande seria que una idea tan feliz quedara en proyecto!

Las siguientes líneas tomadas de la *Correspondencia de Roma*, se refieren á otro pensamiento laudable.

«Un artista americano, establecido hace muchos años en Roma, ha concebido la idea de reunir en un Album los retratos del Santo Padre, de los Cardenales, de los Patriarcas, de los Arzobispos y de los Obispos presentes á las fiestas del Centenario y de la Canonizacion. Esta idea favorablemente acogida por Su Santidad, está en vías de ejecucion.»

«Hé aquí el texto de la carta que este artista M. A. de Singlau, ha tenido el honor de dirigir á todos los Príncipes de la Iglesia y prelados.

Praestantissime Domine.

Cum exhiberi debeant D. N. Pio IX. Pontifici Maximo imagines photographicae omnium Cardinalium et Episcoporum, qui Romae adsunt, et triumphum saeculo decimo octavo redeunte celebrant Petri Apostolorum Principis, rogo Excellentiam Tuam, ut sinas tuam a me imaginem exprimi ea hora qua Excellentiae Tuae collibuerit.

Romae ex Photographia Americana apud Forum Flaminium (piazza del Popolo) in aedibus Lovatti.

Humillimus Servus

Praeses Albo Photographico

A. DE SINGLAU.

«El retrato de Pio IX uno de los mejores que se han hecho, ocupará la primera página, siguiendo por su órden gerárquico los de los cardenales palatinos, de los cardenales obispos, de los cardenales presbíteros, de los cardenales diáconos, de los patriarcas, de los arzobispos y de los obispos. Se colocarán seis en cada página y en busto para que se distingan mejor las fisonomías. Al emprender esta obra monumental destinada á conmemorar un suceso tan importante del glorioso pontificado de Pio IX, M. A. de Singlau presta un verdadero servicio y ofrece á todos los fieles, no ménos que á los prelados que hayan asistido á las fiestas romanas, la ocasion de tener un recuerdo precioso de la ciudad eterna.

Réstame sólo añadir que se acuñó por C. Voigt, una magnífica medalla con motivo de las fiestas del Centenar. Representa á Nuestro Señor Jesucristo en el acto de coronar á los Príncipes de los Apóstoles, que están á su lado. San Pedro tiene en la mano derecha las llaves y en la otra la cruz vuelta hácia abajo en que dió su espíritu á Dios.

En la derecha tiene San Pablo un rollo y en la izquierda una espada. El Redentor del mundo aparece sobre una roca, de la cual salen cuatro fuentes abundantes, figura en mi sentir de los Evangelistas.

Al rededor se lee: PRINCEPS APOSTOLORVM. DOCTOR GENTIVM. Y debajo ISTI SVNT TRIVMPHATORES ET AMICI DEI.

Detrás está la inscripcion siguiente:

PIO IX.
PONTIFICE MAXIMO
III KAL. IVL. AN. CHR. MDCCCLXVII
SAECULARIA SOLEMNIA IN VRBE ACTA
OB TRIVMPHALIS MEMORIAM DIEI
QVI PETRVM APOSTOLOR. PRINCIPEM.
ET PAVLVM DOCTOREM ORBIS TERRARVM
VICTORES CAELO INTVLIT
DOMINAEQVE GENTIVM ROMAE
NOMEN ET GLORIAM ADSERVIT
MATRIS ET MAGISTRAE
OMNIVM POPULORVM.

Dice así al castellano traducida:

Siendo Pio IX pontífice máximo (29 de junio de 1867). Fiestas seculares celebradas en Roma en memoria del dia triunfal que vió entrar victorioso en el cielo á Pedro, Príncipe de los Apóstoles y á Pablo doctor de toda la tierra, y que aseguró á Roma, señora del mundo, el renombre y gloria de madre y maestra de todos los pueblos.

XII.

No pasaré adelante sin referir en breves palabras los hechos principales de los héroes canonizados. Los consignaré con placer especial, ya que en nuestros dias son muchos los que ignoran lo que han hecho los santos en favor de la sociedad. Algo dije á este propósito en el comienzo de la presente obra: no será inoportuno añadir algunas consideraciones por vía de preámbulo.

¡Religion verdaderamente divina la de Jesucristo! Estudiando detenidamente su historia incomparable y poniéndola en parangon con la de todas las demás, esperiméntase un placer tan verdadero y legítimo como profundo. ¡Qué figuras tan colosales las de los santos! ¡Qué caracteres tan enteros! ¡Qué virtud tan acrisolada! Y frecuentemente ¡qué ciencia tan profunda!

Por desgracia dicha satisfaccion se trueca en dolor y en amargura cuando se considera el proceder indefendible y vituperable de muchísimas personas. No se trata de los infieles, ni de los cismáticos, ni de los protestantes, ni en suma de los que calumnian sistemáticamente á nuestra Religion sublime, sino de hombres nacidos y amamantados á los pechos de la Iglesia. Estos desdichados que suelen poner sobre las estrellas á los fundadores de religiones falsas y á los

hereges miran con desden á los católicos insignes inscritos en el catálogo de los héroes del Evangelio. Tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, entendimiento y no consideran.

Es inútil desconocerlo. Los santos han hecho por la Sociedad lo que no han hecho los hombres célebres segun el mundo. Los santos han desarmado frecuentemente la cólera de Dios, justamente indignado por los vicios y por los crímenes de los hombres. Los santos han opuesto siempre diques formidables á la corrupcion y á la impiedad que aspiran á ejercer la mas afrentosa de las tiranías y el mas insolente de los despotismos. Los santos han conseguido salvar al mundo en todas las crisis supremas, por las cuales



Ilmo. Señor Don Felix María Arriete, Obispo de Cádiz.

ha pasado. Los santos, en suma, conducirán indefectiblemente á puerto seguro de salvacion á las naciones modernas próximas á precipitarse y hundirse en la mas horrible y sangrienta de las catástrofes.

Faltaria ciertamente á mi deber si no añadiese algo en favor de mi patria querida. Nuestra Religion ha producido grandes santos donde quiera que se ha planteado, pero los ha producido sobre todo en España, pais clásico de la religiosidad. Han florecido en ella estadistas insignes, sabios eminentes, guerreros invencibles, caractéres indomables, literatos distinguidos y artistas superiores: han florecido sobre todo santos egregios y sublimes. ¿Quién no recuerda con gusto los nombres de Santiago, de Eugenio, de Fructuoso, de Valero, de Engracia, de Hermenegildo, de Ildefonso, de Isidoro, de Domingo de Guzman, de Raimundo de Peñafort, de Pedro Nolasco de Vicente Ferrer, de Fernando, de Ignacio de Loyola, de Teresa de Jesus, de Francisco Javier, de Juan de la Cruz, de Eulalia de Mérida, de Miguel de los Santos, de José Oriol y de tantos otros? ¿Quién no los pronuncia con veneracion? ¿Quién no los invoca con fe? ¿Quién no los ensalza con entusiasmo?

Añadiré una cosa. Si España conserva una superioridad incontestable sobre las demás naciones; si, como nota un incomparable orador, aun en los tiempos de su decadencia, se ha conservado heróica; si ha producido siempre hombres inmortales es porque ha sido en todas las épocas profundamente católica, porque ha estado vivificada por el espíritu religioso, porque ha ido constantemente detrás de la Cruz, por-

títulos reunen para conseguirlas. Los que por el contrario, no van nunca tras de los honores y aman la oscuridad, suelen ser los predestinados por Dios para empresas heróicas y altísimas.

El dia 12 de Noviembre fue consagrado arzobispo de la vasta diócesi referida. Entró solemnemente en Polosk en el mes de Enero, y fue recibido con entusiasmo sin igual. No habia desplegado el pueblo tanta pompa y magnificencia en casos semejantes.

El nuevo Arzobispo continuó dedicándose á las tareas mas humildes del ministerio sacerdotal. Rezaba siempre las horas canónicas, dormia sobre el duro suelo y se levantaba con frecuencia en las noches más crudas del año con el fin de adorar al Santísimo en el templo. Era su vida un sufrimiento no interrumpido y se martirizaba contínuamente con cilicios, disciplinas y ayunos.

Quien tan parco era consigo, mostraba la mayor largueza con los pobres, á quienes tenia en el concepto de hijos. Dábales todo su dinero, y mas de una vez vendió sus propios vestidos á fin de socorrerles. Procuraba imitar, por consecuencia, la conducta de Aquel que amó sobre todo á los pequeños, á los humildes, á los desconsolados, á los perseguidos por la desgracia.

Al propio tiempo procuraba ofrecer á Dios un culto magnífico. No se le podian por lo tanto repetir aquellas palabras dirigidas á sus discípulos en són de censura por el Hombre-Dios porque se acordaban mucho de los pobres y poquísimo de su Persona divina. Prescindiendo de todo lo demás, me limitaré á manifestar que no sólo mejoró estraordinariamente la catedral de Polosk sino que hizo tambien construir de planta muchos templos en diferentes puntos de su diócesis.

Su gran obra consistió en consolidar todo lo posible la union de la Iglesia rutena con la católica-apostólica romana, madre de todas las demás, y oponer al cisma diques poderosos. Consiguió que los habitantes de la region en que estaba, tuvieran la fortuna de proscribir sus errores, y de identificarse con nuestra Religion sacerdotal. Surgieron sin embargo, dificultades de gran consideracion. ¿Cómo lograr que los nuevos convertidos no anduvieran tropezando y cayendo contínuamente? ¿De qué manera conseguir la conversion de los que persistian en cerrar sus ojos á la luz de la evidencia? ¿Por qué medios hacer estériles los planes de los rusos cismáticos que vagaban libremente por la Rutenia y ejercian una propaganda por mil razones peligrosa?

Josafat conseguia sin embargo resultados maravillosos.

Es inútil añadir lo que sucedió. Los defensores del cisma le llenaron de improperios y de calumnias. Resolvieron por fin asesinarle.

Todo lo sabia el arzobispo, pero sabia tambien de memoria estas sublimes palabras del Hombre-Dios. «Nada temais á los que matan al cuerpo y no pueden matar al alma: temed antes al que puede arro-ar alma y cuerpo en el infierno» Hasta tal punto lo abia, que al salir de Polosk, en direccion al punto n que mas enemigos tenia, dijo á sus familiares: Voy á Witebsk para ser martirizado.» Ya en la ciuad pronunció en octubre de 1623 las siguientes ó mejantes palabras. «Ciudadanos de Witebsk; vos-ros me buscais con el propósito de darme muerte yo me dirijo á vosotros para manifestaros que no temo y que mi mayor dicha consistirá en derra-ar hasta la última gota de mi sangre por la Santa nion y por la fe católica.»

Como era de presumir, el furor y la saña de sus emigos tomaron proporciones colosales y espanto-s. La conjuracion estalló el dia 12 de noviembre, entras Josafat estaba en el templo. Como los amo-ados habian tomado por pretesto la prision de un erdote cismático, el arzobispo le puso en libertad strando entonces un valor heróico. Pasó por entre turbas, las cuales nada hicieron en un principio tra él. Instantes despues se metian dentro del pa-o y maltrataban indignamente á los familiares del e. Josafat salió de su oratorio y presentándose á sicarios, les dijo amorosamente: «Hijos mios ¿por maltratais asi á mi familia? Por si alguna cosa is contra mí me pongo en vuestras manos.»

arece cierto que estas palabras fueron las últimas pronunció. Amedrentáronse los presentes, mas que vinieron despues determinaron consumar el en nefando. Hirióle uno la frente con un palo so; otro le abrió el cráneo profundamente de un azo.

yó Josafat con las manos en cruz, entregando lespues dichosamente su espíritu al Señor.

se contentaron aun sus verdugos y resolvieron rar su cadáver por las calles de la ciudad. Atá-on una cuerda y le precipitaron al fin en el rio

s comenzó á obrar maravillas en el Santo. No raban los fieles su cuerpo, á pesar de todas sus sas. En la mañana del dia quinto lo pudieron gracias á una luz misteriosa salida del fondo ia.

ve dias estuvo espuesto en la iglesia. No pre-menor señal de descomposicion, siendo vene-r multitud de fieles católicos.

liputados de Polosk recibieron la mision de le y conducirle con gran solemnidad á la ca-Dios permitió que poco despues de su marti-rificasen por su intercesion milagros estu-Examinados diligentemente por la Santa ieron orígen al decreto de Urbano VIII en virtud del cual declarósele beato. Ocurrió esto en 16 de mayo de 1643: veinte años despues de su muerte por tantos títulos gloriosa y envidiable.

En la ciudad de *Porto Maurício* nació Leonardo en el dia 20 de diciembre de 1670. Gran santo fue sin género de duda desde sus años primeros. Segun los historiadores de su vida portentosa, era muy niño aun y ya se le veia en comunicacion frecuente con Dios, por medio de oraciones fervorosas. Hallaba tambien gusto especial en enseñar el catecismo á los muchachos en la capilla de su casa.

A la edad de doce años tuvo la dicha de ir á Roma, y de ser admitido en el célebre colegio gregoriano. Los que tengan noticia de sus felices disposiciones naturales, no estrañarán nada de lo que voy á referir. Roma es verdaderamente la ciudad santa por excelencia. Los que la recorren y admiran no pueden menos de respirar el ambiente celestial que la caracteriza, sintiéndose á la postre trasformados y decididos á marchar por las sendas hermosas de la virtud.

No ignoro que algunos constituyen una excepcion deshonrosa de la regla general. Es que no han estudiado la poblacion, ó que han ido á ella con propósitos innobles, ó que al penetrar en su recinto tenian ya la inteligencia completamente extraviada y el corazon de todo punto corrompido. Tengo la desgracia de conocer á esos tipos que me inspiran profunda lástima. Entre los indicados hay algunos que han nacido en España. ¡Qué mengua!

Al propio tiempo que adelantaba en las ciencias, crecia Leonardo en toda suerte de virtudes. Se inscribió en la congregacion del *Cararita*, cuyos individuos llegan casi siempre á la cumbre de la perfeccion cristiana. Si la ocasion se brinda oportuna, referiré mas adelante algo de lo que hacen para que Roma siga siendo la ciudad mas santa del mundo.

Como tantos otros, Leonardo tuvo que luchar con los autores de sus dias. Querian que fuese médico ú abogado, pero no religioso. Vistió por fin el hábito de los Reformados de San Francisco, entrando en el convento próximo á la ribera del Tíber. Entonces tomó el nombre con el cual le designa la Iglesia.

La oposicion referida de sus padres y la circunstancia de repetirse con frecuencia el espectáculo deplorable á que aludo muéveme á decir algunas palabras mas. Parecerán bien de seguro á no pocos de mis lectores.

Lo que pasa no puede maravillarnos. Escrito está en el Evangelio, que es la expresion más pura y más alta y más sublime de la verdad.

Un dia reunió Jesus á sus discípulos con el fin de

manifestarles la mision que habian de cumplir en el mundo. Despues de algunas instrucciones magníficas, les dijo: «No teneis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz sino la guerra; pues he venido á separar al hijo de su padre y á la nuera de su suegra: y *los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa.* Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí, no merece ser mio; y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no merece ser mio.»

A propósito de las frases subrayadas, leo estas otras en un libro publicado por el señor arzobispo don Antonio María Claret, que recomiendo vivamente á mis lectores. Se titula *La verdadera sabiduría.* Corre unido á él un tratado sobre la confesion general, compuesto por el Santo en cuya vida me ocupo.

Hablando su autor de la perseverancia, enumera lo que se debe hacer para conseguirla y añade á continuacion: «Mas cuando esto hicieres ¿ignoras que el enemigo esforzará á los mundanos, les dará trazas para vencerte y si esto no puede, les hará crueles contra tí? Tu mismo padre, tu marido, tu hermano, tus amigos quizá serán los instrumentos de que se valdrá: bramará en la boca de todos y de todos se valdrá para devorarte. ¡Oh qué valor tan heróico no te será necesario y qué constancia!»

¡Qué verdades tan profundas! No ignoro que es preciso impedir por todos los medios posibles los ataques de que viene siendo víctima el principio de autoridad y que la paternal es la mas legítima de todas, pero es indudable tambien que conviene rectificar las ideas equivocadas de muchos padres de familia. ¿Se puede negar que algunos, dando al olvido casi absolutamente los demás, se fijan solo en el cuarto mandamiento de la ley de Dios? ¿Que lo interpretan violentamente y lo aplican de una manera desatinada? ¿Que se acuerdan muy poco de las obligaciones que tienen para con sus hijos y demasiado de sus derechos? ¿Que se figuran ser dueños y señores de los séres á los cuales han dado la existencia? ¿Que hallan por último mil sofismas para desconocer que son antes de Dios y de la Iglesia?

Permitáseme confirmar lo dicho con el ejemplo de Jesus. Con el fin de celebrar la Pascua iba todos los años con sus padres á la ciudad de Jerusalen, en cuya cima estaba el templo. En virtud de una costumbre sumamente recomendable, se colocaban los hombres en un sitio y las mujeres en otro. Los niños empero podian estar con sus padres ó con sus madres hasta los doce años. Era cabalmente la edad que tenia el Hombre-Dios cuando aconteció lo que voy á referir. Es sabido que la Iglesia nos recomienda constantemente la vida privada de Jesus, de María y de José. La sagrada familia ha sido, es y será el modelo de todas las cristianas.

Jesus se apartó de sus padres para cumplir la voluntad del Eterno. No tenia dinero que gastar, ni conocidos que ver, ni casa en qué vivir, pero correspondió á los llamamientos de Dios, violentando los impulsos naturales de su alma. ¿Quién ignora que amaba extraordinariamente á sus padres? ¿Quién no sabe que jamás existió un corazon tan tierno como el suyo?

Creyó José que Jesus estaba con María y creyó María que Jesus estaba con José. Llegados al punto en que se reunian vieron que faltaba. Preguntaron á los parientes que no dieron razon y determinaron volver. Al cabo de tres dias halláronle oyendo y disputando con los doctores de la ley.

Es de suponer que María se acusó á sí propia por la ausencia de su hijo. Muchos teólogos lo creen, en consideracion á sus virtudes relevantes. Probablemente pensó que se habia descuidado ó que por no haber tenido en cuenta siempre que Jesus era el Mesías habíaia Dios enviado tan grande afliccion.

A pesar de esto, riñe á Jesus no bien le halla. El hijo no admite la repulsa de su madre y contesta que ha debido cumplir la voluntad de su Padre celestial. Dicen los teólogos que ni María ni José comprendieron su respuesta. Yo añado que se repite el fenómeno casi siempre que disputan los padres con los hijos por razones iguales ó parecidas.

Leonardo entró en la referida Religion, observando las reglas con gran escrupulosidad. Con razon se dice que renovó el espíritu religioso de San Francisco.

Hechos los votos solemnes y ordenado de sacerdote nombrósele catedrático de filosofía. Dios que para empresas más sublimes le tenia destinado, no quiso que lo fuese mucho tiempo. Se lo impidió una enfermedad cruel que le condujo á las puertas de la muerte.

A semejanza de otros muchos, estando en el lecho del dolor, resolvió cambiar de vida si recobraba la salud. Prometió á la Vírgen sin mancha que se consagraria en tal caso completamente al ministerio altísimo de la predicacion. Tal era sin duda la mision singular que habia recibido de Dios.

¿Quién podrá contar el número de sus conversiones? Comenzó á ocupar la cátedra de la verdad en Astallo, pueblo próximo al suyo. Fué después recorriendo el pais y se dirigió por último á Florencia en virtud de mandato superior. Duéleme mucho no poder dar cuenta de algunos hechos principales de su vida, por la razon tantas veces manifestada.

Más no puedo prescindir absolutamente de lo que hizo despues de llegar á Roma, que pronuncia siempre su nombre con veneracion y gratitud. Correspondiendo á la invitacion del cardenal Barberini, se dirigió á la eterna ciudad, donde fue recibido por

el Papa Clemente XII. Emprendió de nuevo las misiones, y fué recorriendo sucesivamente varias ciudades de las provincias romanas y del reino de Nápoles. Retornó despues á Florencia, pasando luego á Génova, más tarde á Córcega y volviendo por fin á Roma, á consecuencia de las misiones del año santo celebradas en 1750 por Benedicto XIV.

Llamáronle á Luca en 1751. Enfermó poco después, pudiendo llegar difícilmente á su retiro de San Buenaventura, donde fué visitado por órden del Papa. Algo más tarde recibia en la bienaventuranza el premio debido.

Falleció á la edad de 75 años próximamente: más de cincuenta fué religioso, y anduvo dando misiones durante cuarenta y cuatro.

Roma en masa acudió á contemplar sus despojos



Zuavo pontificio.

mortales. La fama de su santidad fué confirmada con muchos prodigios. En 19 de junio de 1796 declarósele Beato.

En 1694 nació Pablo de la Cruz de padres nobles, que procuraron y consiguieron educarle en el santo temor de Dios. Brilló siempre por la pureza de sus costumbres, ejercitándose en obras de religion y de caridad hácia el prójimo.

El amor intenso que á Dios profesaba y la consideracion de la vida de Jesucristo á quien se propuso resueltamente imitar, hicieron que mirase con desden las pompas é ilusiones del mundo, así como que consiguiese llegar pronto á la cumbre de la perfeccion cristiana.

Brindóle con una gran fortuna un tio suyo sacerdote, á condicion de que contrajese matrimonio con una doncella virtuosa. Rehusó Pablo, entregándose por completo desde entónces á las cosas espirituales.

Ardia en deseos de vivir solitariamente y de fundar un instituto que procurase la salud de las almas y la mayor gloria de Dios, excitando sobre todo la devocion hácia Jesus Crucificado. Sus deseos aumentaron naturalmente desde que tuvo la siguiente vision sobrenatural.

En una mañana del año 1720, después de haber comulgado, vió aparecer una túnica negra con un corazon, que tenia una cruz blanca y el nombre santísimo de Jesus en letras del propio color. Comprendió que debia ser aquella la divisa de la nueva congregacion y apresuróse á meditar sobre las reglas que le convendria establecer para ella.

Consultó el caso con el obispo de Alejandría su director espiritual, quien, después de un maduro exámen y de muchas oraciones, á las cuales asocióse Pablo con vigilias, cilicios y ayunos, consintió que vistiese la túnica en la mañana del 20 de noviembre de 1720. Desde aquel instante sustituyó á su apellido el nombre inefable de la *Cruz*, comenzando una vida mucho más mortificada. Con la cabeza y los pies desnudos retiróse á una humilde guardilla, deseoso de sufrir por amor á Jesucristo. Más adelante se fué á un desierto, donde se puso á escribir las constituciones de la nueva congregacion.

Compuesto el libro y lograda la venia de su prelado, dirigióse á Roma con el fin de conseguir la aprobacion del Sumo Pontífice; mas Inocencio VIII creyó que no debia acceder á sus instancias. Este contratiempo fué causa de que se retirase á un monte, juntamente con su hermano menor Juan Bautista, que deseaba abrazar la vida religiosa. Permaneció allí dos años y hubiese continuado más tiempo, á no llamarle el obispo de Gaeta, deseoso de aunar sus esfuerzos con los del santo en favor de sus feligreses.

En el año 1725 volvieron á Roma los dos hermanos y lograron una audiencia de Benedicto XIII, gracias á los buenos oficios del cardenal Corradini. El Sumo Pontífice *vivæ vocis oraculo* concedió á Pablo la facultad de reunir compañeros. Recibieron la órden de asistir á los enfermos de un hospital protegido por el mencionado Príncipe de la Iglesia, quien les mandó que se ordenaran de sacerdotes en virtud de santa obediencia. Más tarde Clemente XII les permitió volver al monte Argentano á condicion de que desempeñaran allí el oficio de misioneros Apostólicos. Pronto se les reunieron algunos auxiliares.

Tal fué el orígen de la congregacion fundada por Pablo de la Cruz. Aprobóla Benedicto XIV y después Clemente XIV y Pio VII. Tomó pronto gran incremento, y fué nombrado General de ella su fundador esclarecido. Lo que hizo éste para conseguir los resultados que se habia propuesto lo pueden adivinar mis lectores bondadosos. Ora desde la cátedra del Espíritu Santo, ora en el santo tribunal de la penitencia, ora por medio de discursos familiares procuraba la mayor gloria de Dios, el bien espiritual de sus hermanos y de sus hijos, y su propia santificacion.

Intentó sobre todo la conversion de los extranjeros protestantes.

Dios le concedió una larga vida. Pudo comparecer por consecuencia rico de méritos en la presencia de Aquel que á todos ha de juzgarnos en no lejano dia. Falleció en Roma á la edad de 80 años, después de recibir los santos sacramentos y de exhortar á sus hermanos para que vivieran en santa concordia y llenaran cumplidamente su altísima mision.

Dos años después de su muerte ocurrida en 18 de octubre de 1775, comenzó la causa de su beatificacion. Sus heróicas virtudes fueron reconocidas por el Papa Pio VII en 18 de febrero de 1821. Pio IX le declaró Beato en 1853.

La vida de Germana Cousin pone de manifiesto la divinidad de nuestra Religion sacrosanta. Sólo Dios podia enaltecer y exaltar á los débiles, á los pequeños, á los despreciados por el mundo, á las víctimas de la desgracia.

Si la humilde doncella de Tolosa no hubiese nacido católica, pocos pronunciarian hoy su nombre con respeto. ¿Cómo ni por dónde se recordaria que vivió en el siglo XVI y en la insignificante aldea de Pibrac?

Pero Germana Cousin entró en la Iglesia de Jesucristo y fué una cristiana excelente, bastando ésto para que fuese inscrita en el catálogo de los héroes del Evangelio.

A poco que sobre esto se reflexione, se comprenderá su significacion profunda. Nuestra Madre amorosa y divina enaltece á sus hijos mejores y les asegura así en la tierra como en el cielo la corona inmarcesible de la inmortalidad. ¿Qué les pide para ceñírsela? No les pide riquezas, ni honores, ni poder, ni nada, en fin, de lo que aprecian y estiman los mundanos. Pídeles únicamente virtud; que sufran pacientemente las desgracias, calamidades y aflicciones, consecuencia del pecado de orígen; que marchen, en una palabra, por las sendas hermosas del deber.

Hay más. No rechaza ni mira con desden á los que tienen la desdicha de caminar por sendas ruinosas. Procura por todos los medios posibles convertirles, y les brinda con una eternidad de dulzuras inefables si perseveran despues en el bien. Si fuera preciso demostrarlo, bastaríame pronunciar los nombres de Pedro y de Pablo. ¿Quién ignora que el Príncipe de los Apóstoles negó por tres veces consecutivas á su Divino Maestro? ¿Quién no recuerda que el Apóstol de las gentes fué al principio uno de los perseguidores más implacables de los cristianos?

¡Ah! Los revolucionarios no harán nunca por el pueblo lo que hace la Religion de Jesucristo. ¿Qué tribuno se ha consagrado jamás al alivio de las ne-

cesidades de los hombres á quienes fascina y adula para que labren el pedestal de su efímera gloria? ¿Qué jefe de partido considera como hermanos á los que ocupan en la sociedad los sitios más oscuros?

La Iglesia por el contrario, ama entrañablemente á todos sus hijos, y de una manera especial á los probados en el crisol del sufrimiento. Los toma en sus brazos asi que abren sus ojos á la luz, y no les deja hasta la tumba. Como si esto no fuese bastante, consigue que el nombre de los más virtuosos pase realzado y engrandecido á las generaciones venideras.

En confirmacion de lo manifestado, añadiré algunas palabras sobre la Santa referida. Estoy seguro de que todos los que tienen la desgracia de mirar con indiferencia lo relativo á la Religion sublime, se asombrarán de que Germana Cousin esté incluida en el número de las heroinas del Evangelio. Se asombrarán porque su vida fué sumamente oscura y ordinaria, porque nada hizo de lo que llama la general atencion, porque se limitó pura y simplemente á cumplir con sus deberes religiosos.

Germana Cousin tuvo padres sumanente pobres. Germana Cousin vivió solamente veinte y dos años. Germana Cousin estuvo enferma casi siempre de gravedad, impedida y manca. Germana Cousin, cuando huérfana, fué víctima de los peores tratamientos por parte de su madrastra.

Hé aquí compendiada la vida de la que recibió tan altísimos honores en la capital del mundo católico. Honores, sin embargo, merecidos. Evidentemente no pensaba en ellos, pero la Iglesia no vaciló en otorgárselos. La vió sufrir en silencio, su pobreza, sus dolores, sus tribulaciones y sus desgracias; la vió soportar con valor insigne la pérdida de su madre idolatrada; la vió hacer gustosa cuanto queria su madrastra, cruel y altanera; la vió dirigir á Dios preces fervorosas en el templo, donde se confortaba con el manjar sobresustancial; la vió enseñar á los pobres niños los principales misterios de nuestra religion sacrosanta; la vió, en fin, responder á los tratamientos indignos, con el amor más puro, y con la humildad más extraordinaria. Hé aquí por qué la elevó al grado de gloria que actualmente disfruta.

Los hombres la menospreciaron ó la tuvieron en poco. Dios quiso probar de nuevo que sus palabras son infalibles. Cuarenta y dos años despues de muerta, apareció su cadáver incorrupto. A este primer prodigio, sucedieron muchos otros, que determinaron á Pio IX á conceder á la Santa los honores de la beatificacion. Pronunció la solemne sentencia en 1854, despues de llenadas todas las formalidades prescritas, que no son ya un misterio para mis lectores.

Mucho de lo que acabo de manifestar, puede aplicarse á María Francisca de las cinco llagas de Jesucristo. Se persuadirán de ello pronto mis queridos lectores.

Nació el 25 de marzo de 1715, en la ciudad de Nápoles, de una familia sumamente pobre. Distaba mucho su padre de ser un buen cristiano. Pertenecia al número de esos desventurados que no miran á sus hijos como una bendicion, sino como una carga, y que se juzgan, por consecuencia, con derecho á todo cuando de los mismos se trata.

Esas víctimas del despotismo paternal, suelen estar predestinadas para empresas altísimas. Dios las toma bajo su proteccion, se complace en destruir los planes más ó ménos egoistas y pérfidos de sus progenitores, y los coloca con frecuencia en la cumbre de la prosperidad y de la grandeza. No le llamamos vanamente Padre nuestro en la oracion dominical.

Desde sus años primeros, mostró ser María Francisca una criatura llena de perfecciones sobrenaturales. En los ejercicios de piedad y de religion cifraba su mayor complacencia.

No veia su padre con buenos ojos la conducta ejemplar de María, que hacia gran contraste con la por él observada. La dedicó al oficio de tejedora de tisú de oro, pero pudo seguir en él poco tiempo. Impidióselo una enfermedad terrible, de la cual curó milagrosamente por intercesion de la Vírgen.

A la edad de diez y seis años, no quiso contraer matrimonio con un jóven rico que la pidió por esposa, subiendo en su virtud de punto el desvío, por no decir el ódio de su padre. Consintió éste al fin, que se consagrase á Dios, y que vistiese el hábito de terciaria de San Pedro de Alcántara. Lo hizo el dia 8 de setiembre de 1731, llamándose desde entonces María Francisca de las cinco llagas de Jesucristo.

Bien pronto apareció evidente que no pudo tomar un nombre más propio ni más adecuado. Consideraba diariamente los tormentos de Jesucristo, conmoviéndose é impresionándose hasta el punto de caer sin sentido en el suelo, y de recibir graves lesiones. Estaban los circunstantes maravillados, y conocian que Dios asistia visiblemente á la pobre jóven de Nápoles.

La fama de su santidad le atrajo grandísimos disgustos. Pidió y obtuvo del Señor, que no sufriera dichos desmayos y caidas en presencia de otros, pero en el retiro de su casa, siguió identificándose con Aquel que por amor á los hombres se dejó crucificar en un madero infame. Un autor anónimo dice á este propósito: «Meditando sobre la Pasion del Señor el jueves y el viernes de cada semana, trasformábase interior y exteriormente en su imágen, manifestando de un modo sensible, con movimientos corporales,

los dolores sufridos por el Redentor, de quien recibió el don sobrenatural de la impresion de las sagradas Llagas.» Hé aquí un fenómeno que parecerá imposible á los defensores del materialismo, y á esa multitud de católicos singulares que desconocen casi por completo la Religion que profesan.

Enriqueció Dios á la Santa con el don de profecía, obrando además, por su intercesion, algunos milagros. Esto fué causa de que su padre, dominado por esa vil pasion del lucro, que ya vendió al Redentor por treinta dineros, siendo además causa de otros innumerables crímenes, concibiera el plan indigno de comerciar con los dones que á manos llenas derramaba sobre su hija El que todo lo dirige desde las alturas celestiales. Resistió valerosamente la jóven las pérfidas sugestiones del autor de sus dias, que tuvo le osadía de maltratarla con un furor verdaderamente satánico. Atormentóla de tal manera, que su misma madre fué de parecer que debia huir y y solicitar la proteccion del obispo.

No acabaron sus amarguras y quebrantos. La dejó en paz su padre por algun tiempo, durante el cual veia y hablaba frecuentemente con el Redentor ó con su ángel tutelar, pero volvió pronto á martirizarla, empeñándose en que tomase á su cargo la educacion y el sustento de sus hermanos. Habia muerto su esposa, é intentaba contraer nuevamente matrimonio. Abandonó entónces María Francisca la casa paterna, entrando en la de una familia honrada y piadosa.

Nuevas aflicciones la esperaban. Seducida por el enemigo la mujer de su buen protector, lanzó contra la jóven una calumnia inicua que lastimaba grandemente su honestidad. Dios permitió que el arzobispo de Nápoles diese crédito á la delacion y determinase poner á prueba á María Francisca, con el fin de averiguar si la inspiraba realmente Dios ó Satanás. Durante siete años consecutivos la sujetó á experimentos crueles, de todos los cuales salió triunfante y victoriosa. No hubo ya quien pusiera en duda su virtud y su inocencia.

Nada podia distraerla del amor á su Dios, que la colmaba de favores singulares. Varias veces recibió la Eucaristía por mano de los ángeles. Oyó en una ocasion la voz del Señor que la declaraba su esposa.

Amando tan extraordinariamente á Dios, no podia ménos de amar tambien al prójimo. Podria referir muchos hechos en confirmacion de esta verdad : me limitaré á uno solo. La heroina napolitana pidió y obtuvo soportar los dolores de las penas del purgatorio destinadas á cualquier alma pecadora.

Entregó su espíritu al Señor, despues de una larga y penosa enfermedad, en la mañana del 6 de octubre de 1791.

Sobre los mártires gorgomienses dice el autor anónimo aludido lo que resuelvo traducir, porque resume brevemente su vida maravillosa.

Los diez y nueve Mártires gorgomienses que hoy canoniza la Iglesia, traen á la memoria escenas crueles y sangrientas preparadas por ódio á la Religion católica.

Antes de referir la historia luctuosa de estos campeones invictos de la fe, daremos un compendio biográfico de cada uno de ellos.

Nació Nicolás Pik en Gorgum el dia 29 de agosto de 1534. Conducido por el espíritu de Dios, abrazó la regla de los Menores Observantes. Sacerdote y predicador, defendió con gran fruto la fe católica contra los errores de los heresiarcas. Guardian del convento de Gorgum, mostróse el más humilde de sus hermanos religiosos, no ejerciendo su autoridad sino cuando las palabras dulces no eran suficientes para corregir los vicios y los defectos de algunos. Poseedor de todas las virtudes, era tenido en concepto de santo por los católicos, y odiado por los herejes, que veian en él un adversario temible. Llevó una vida pura y trabajosa en pró de la fe de los pueblos: premióle Dios con la corona del martirio.

Jerónimo abrió sus ojos á la luz en 1522, en el castillo de Werden, situado en Holanda. Siendo aun muy jóven, entró en la religion referida últimamente, en la cual descolló por su talento y por sus avances en los estudios filosóficos y teológicos. Su gran devocion al sepulcro del Redentor, llevóle á la Tierra Santa, permaneciendo algunos años en el convento de Jerusalen. Vuelto á Holanda, encontró la Iglesia Católica minada por la herejía de Calvino, contra la cual se puso á predicar, recorriendo la campiña sin armas de ninguna clase. De alma fuerte y de poderosa elocuencia, sabia confundir todos los errores. Concedióle Dios la gracia de la persuasion y el dominio sobre los espíritus infernales, á quienes alejaba de los poseidos con la señal de la Cruz. Desempeñó el oficio de vicario en el convento de Gorgum, del cual salió para morir mártir de la fe de Cristo.

Nicasio Tohuson de Ezio, castillo de los Paises-Bajos, vino al mundo en el año de 1522. Siendo estudiante de la Universidad, dió pruebas de gran talento, al mismo tiempo que brillaba por sus modales corteses, por la bondad de su corazon y por sus virtudes cristianas. Hízose franciscano del órden de los Menores, en el cual llegó á la perfeccion por medio de penitencias, de oraciones y de un amor ardiente á Jesus y á la Vírgen. Doctísimo en las Sagradas Escrituras, aprovechábase de ellas para comentar al pueblo la palabra de Dios con éxito asombroso. Combatió valerosamente la herejía, oponiendo á los malvados escritos de los calvinistas, las

mejores obras publicadas en defensa de la fe católica que hizo traducir y publicar con dinero de limosnas. Dios le premió en la tierra con el don de profecía y con la palma del martirio.

Teodorico Embden, nacido en Amersfoort, situado en Holanda y en la provincia de Utrecht, manifestó desde jóven vocacion á la vida religiosa, por su índole plácida y por el entusiasmo que mostraba



El Papa dando su bendicion desde la *loggia* de la Basílica de San Pedro.

hácia las cosas de Dios, pero tuvo que sufrir la oposicion de sus padres, que lo querian en el siglo. Ayudado de la Divina gracia, venció los obstáculos y ofrecióse al Instituto de los pobres de Assisi, vistiendo los humildes hábitos en la provincia de la Germania inferior. Dió ejemplo á todos con su vida santa, procurando siempre la conversion de los pecadores. Llamado á Gorgum, desempeñó durante muchos años el oficio de director espiritual de un convento de vírgenes terciarias de San Francisco. Fue por último víctima de la ferocidad de los enemigos del Redentor.

Goffredo nació en Merville en Francia. Se ignora en qué época y de qué familia. Se sabe que siendo muy jóven fué inscrito en la religion de los Menores Observantes, y que en Gorgum mostró siempre un

gran celo por la gloria de Dios. Pintaba imágenes sagradas del Salvador y de la Vírgen y las distribuia generosamente á los devotos á fin de avivar en ellos la llama del divino amor. Modelo de todas las virtudes cristianas, coronó su vida sufriendo el martirio.

Willaldo de Dinamarca murió atormentado cuando tenia próximamente noventa años. Siendo religioso franciscano, abandonó su patria contaminada por la herejía, dirigiéndose al convento de Gorgum, donde llevó una vida mas angelical que humana. Se complacia en elevar su alma candorosa hácia Dios su Creador y hácia su dulce Madre María. Por las grandes mortificaciones á que sujetó su cuerpo, fué llamado el hombre de la gran penitencia.

Antonio de Werden nació en el mismo punto que Jerónimo, con quien trabajó activamente para el bien espiritual de Holanda. Brilló principalmente en la cátedra del Espíritu Santo. En el último sermon anunció al pueblo que se acercaban persecuciones contra los católicos. Víctima fué de ellas como tambien algunos de sus hermanos.

Antonio de Hornaire nació de padres humildísimos. Despues de tomar el hábito de San Francisco entre los Menores Observantes, dedicóse por completo á la conversion de los pueblos de la campiña. Amaba extraordinariamente á los pobres por amor á Jesucristo. Dióle Dios por recompensa la corona del martirio.

Francisco Rhodes, de Bruselas, fué de santas y puras costumbres, así como muy entendido en las letras sagradas y profanas. Los superiores franciscanos esperaban con razon que haria mucho en favor de la Iglesia. Dios empero dispuso que sufriera el martirio en edad muy temprana. Acababa, por decirlo así, de ser ordenado de sacerdote.

Pedro de Asche, pequeña ciudad de Bélgica, fué seglar, pero muy querido del Señor por sus virtudes heróicas. Distinguióse por su vida penitente y austera, ganando á la postre con el martirio la palma de los justos.

Aquí concluye la serie gloriosa de los mártires franciscanos.

Cornelio de Dorestat fué grande por la sencillez de sus costumbres y por su espíritu de obediencia. Sacrificóse por sus hermanos de religion, llevando una vida penitente y laboriosa. Hízolo Dios digno de dar su sangre en defensa de la Iglesia católica.

Leonardo Wichel nació en 1527. Acreditó desde jóven sus virtudes cristianas. Siendo estudiante, conquistóse con justicia la reputacion de docto. Renunció á las riquezas de su familia para ordenarse de sacerdote. Dedicóse á la predicacion consiguiendo resultados maravillosos: elegido párroco de Gorgum, se mostró celosísimo del verdadero bien de las almas, combatiendo los errores satánicos de la herejía y logrando triunfos numerosos. Atraia los corazones con su piedad, con su mansedumbre, con sus lágrimas, con sus oraciones y con su desprendimiento superior á toda ponderacion. Celador de la disciplina eclesiástica, consiguió que los herejes no bautizaran á los niños de padres católicos. Cayó mártir sobre el campo del Señor, resplandeciendo, por la santidad de su vida, como uno de los mas grandes héroes del cristianismo.

Nicolás Poppel, nacido en un pueblo de Holanda, y párroco de Gorgum, se distinguió por sus virtudes extraordinarias y por su celo en favor de la Religion católica. Hacíase todo para todos y entregábase completamente al pobre, imágen de Jesucristo. Se promovió una cruel persecucion de los herejes contra los católicos, y sin embargo, no quiso salir de Gorgum, continuando impertérrito en su sitio como defensor de la fe, por la cual le concedió Dios la dicha de exhalar su espíritu.

Goffredo Dunco, de Gorgum, nació de familia sumamente pobre. Estudió en la universidad de París, con aprovechamiento verdaderamente grande. Ordenado de sacerdote, nombráronle párroco. Meditando sobre la dignidad y sobre los deberes del ministerio sublime, del cual se consideraba indigno, llegó á perder la razon. Renunciada la parroquia, y vuelto á su patria, llevó una vida mucho mas piadosa y angelical. Recobrado el antiguo vigor de su mente, espiró en los tormentos con valor insigne, y con intrepidez sobrehumana.

Juan de Ostervican, tomó el hábito de los canónigos regulares de San Agustin en el monasterio de Brila, en el que llevó una vida penitente y austera, continuándola con la misma constancia en Gorgum, donde fué llamado á regir un monasterio de vírgenes agustinianas. Animadas y fortalecidas con su palabra y con su buen ejemplo, brillaron en todo linaje de virtudes. Cuando llegó á su noticia que sus hermanos de Brila habian perecido por obra de los calvinistas, exclamó con entusiasmo: ¡Cuán feliz y afortunado seré si Dios me concede, como espero, la palma del martirio! Oyólo efectivamenie Dios é hizo que muriese mártir en medio de los tormentos mas horrorosos.

Juan de Colonia, de la órden de Santo Domingo, resplandeció tanto por su saber y por sus virtudes cristianas que sus superiores, apenas fué ordenado de sacerdote, lo enviaron de párroco á Hornaire, pequeño villorrio cercano á Gorgum. Consagróse con tanto celo á la salud de las almas y á la defensa de los dogmas católicos, que los herejes, sus enemigos capitales, acordaron darle muerte. Léjos de intimidarse por los tristes vaticinios de algunos, cuidó con mayor fervor de su grey y de la misma poblacion

de Gorgum, cuyo clero habia sido aprisionado. A medida que aumentaba su amor á Dios y al prójimo, aumentaba el odio de sus perseguidores, los cuales acabaron por martirizarle.

Adrian Becan de Hilvarembeck abrazó tambien la vida religiosa entrando en la abadía de San Norberto de Middelburg, y entregándose á ejercicios duros de piedad. Enviáronle á regir la parroquia de Munster, en la que desempeñó los oficios de su ministerio con fervor extraordinario. Los fautores de la herejía lo hicieron víctima con frecuencia de injurias, de amenazas y de insidias.

Juan Lacoss, hermano ilustre del anterior, nació en Andenarde y se hizo monje de la abadía mencionada. Por desgracia se dejó contaminar por los errores de Calvino, llegando á despojarse del sagrado traje monacal y á unirse con los herejes, que le aclamaron su predicador y ministro. Dios habló á su corazon, y con tal fuerza que pocos meses después de su caida volvió á su monasterio. Completamente arrepentido, pidió perdon á sus compañeros por el escándalo que les diera. Fué después tan fervoroso y tan exacto en el servicio de Dios que sus superiores lo eligieron coadjutor del párroco de Munster. Más adelante sufrieron los dos el martirio.

Andrés Walter, último de esta gloriosa legion de héroes, nació en Heinort, próximo á Dordrecht. Elegido párroco, llevó primeramente una vida poco ajustada á la santidad de su ministerio. Más adelante mostró gran valor é intrepidez á consecuencia de haber invadido su parroquia los calvinistas, que le obligaron á renegar de la religion de Roma. Comprendió que Dios le tenia designado para que diese público testimonio de su fé y lograse la palma de los mártires.

Los nombres de los santos referidos recuerdan una página sangrienta en la historia sublime de la Iglesia militante. Las funestas escenas de las cuales fueron actores y testigos, acaecieron en el año de 1572 en Gorgum, ciudad de Holanda, perteneciente entónces á una provincia española que se rebeló con éxito feliz contra Felipe II. Habia en Gorgum una guarnicion mandada por un hombre valeroso y enérgico llamado Gaspar Turco. En un dia del mes de junio, bandas armadas de calvinistas conducidas por Marino Brancio, salieron de Dordrecht y se presentaron en actitud hostil, con el intento de apoderarse de la ciudad. El capitan real retiróse con sus soldados al castillo, confiando recibir socorros á tiempo. No sucedió así. Posesionóse Brancio de la ciudad, y Turco capituló después de un combate sangriento, á condicion de que no se atentaria contra la existencia de ninguno, sin excluir á los religiosos regulares y á otros sacerdotes que habian reclamado proteccion y asilo.

Este pacto fué violado por odio reconcentrado á la Religion católica: trece franciscanos y varias otras personas encontradas con el gobernador en el castillo fueron metidas en una cárcel horrible. Después de veinte y cuatro horas de incomunicacion y de ayuno, diéronles carne en abundancia para que saciasen su hambre: no la quisieron probar por ser dia de viernes, y se contentaron con un poco de pan.

No hay palabras con las cuales se pueda encarecer los malos tratamientos que soportaron con heróica constancia. Habiendo visto que los soldados preparaban las escalas de la horca, creyeron que iban á ser colgados de ellas. Sus verdugos les azotaron con látigos á fin de que revelasen dónde estaba el dinero que á su juicio habian depositado los católicos en el castillo. Ébrios después de furor y de odio, ataron al jóven y venerable párroco, hasta el punto de serle imposible hacer el menor movimiento. Le apuntaron después un arcabuz amenazándole con dispararlo, y añadiendo las injurias á las amenazas. Todo tranquilamente lo soportaba el invencible campeon, que decia por única respuesta «Te recomiendo, Dios, mi alma.» Nicolás Pik fué atado con la misma cuerda, pero se hizo trozos y cayó al suelo sin sentido. Levantáronle sus verdugos y apoyándolo en el muro le martirizaron con hachas encendidas. Gritando *es muerto*, dejaron triunfantes la prision. Lloráronle todo un dia sus compañeros de infortunio, mas de improviso le vieron moverse, después levantarse y dar gracias á Dios por el milagro estupendo.

Iguales ó peores malos tratamientos padecieron los demás durante su permanencia en Gorgum. Trasladados á Brila fueron dejados en la nave una noche entera, expuestos á la intemperie y abandonados al padecimiento del hambre. Disponíanse aquellos malvados á darles muerte cuando el senado de Gorgum suplicó al príncipe de Orange, que interpusiera su autoridad en su favor. Hízolo así el príncipe y escribió á Brancio, proponiéndole que les salvase la vida. Guardó éste la carta autógrafa, enviando una copia al estúpido comandante de Brila, quien rehusó con arrogancia obedecer la órden, condenando en su virtud al último suplicio á diez y nueve prisioneros.

Quiso ante todo que fuesen procesionalmente por las calles de Brila atados de dos en dos con el estandarte de la Cruz, y precedidos del verdugo. Llegados al patíbulo dispuso que diesen vueltas á su alrededor, sufriendo mil injurias, chacotas y atropellos de la muchedumbre.

Metiólos de nuevo en la prision, é instruyó con hipocresía un juicio, condenándoles con atroz sentencia á muerte injustísima. En un dia de julio de 1572 los condujeron al lugar del suplicio. Antes los atormentaron de mil maneras. Hicieron en el

párroco Werden una carnicería horrible para destruir las señales de la Cruz que estando de misionero en Palestina se estampó en su cuerpo por devocion y por el deseo de conservar una memoria de los Santos Lugares.

La muerte de los santos mártires no sació la rabia feroz de los herejes. A la mañana siguiente marcharon al sitio del suplicio é hicieron con los cadáveres lo que no se puede referir bajo ningun concepto. Gracias á un hombre piadoso fueron al fin sepultados en el lugar de su martirio. Al año siguiente llevaronlos con gran pompa á Bruselas y expusiéronlos á la pública veneracion.

Los padecimientos, las heróicas virtudes y los prodigios operados por estos héroes de la fé católica determinaron á Clemente X á otorgarles los honores de la Beatificacion.

No entra en el plan de mi obra la reseña biográca de los doscientos cinco mártires del Japon. Trabajo propio será del que describa las fiestas solemnes de su canonizacion, cuando se verifique. Servirále de mucho sin duda el libro compuesto por el muy reverendo padre fray José María Moran, que lleva el epígrafe siguiente: «Relacion de la vida y gloriosa muerte de ciento diez santos del Órden de Santo Domingo, ó cofrades del Santísimo Rosario, martirizados en el Japon, y beatificados solemnemente por Nuestro Santísimo Padre Pio IX el dia 7 de julio de 1867; y de San Juan de Colonia, sacerdote del mismo Órden, martirizado en la ciudad de Brila, y canonizado solemnemente el dia 29 de junio del mismo año; y como suplemento una breve noticia de los demás misioneros europeos, pertenecientes á las otras corporaciones religiosas, que fueron martirizados en el Japon y acaban de ser beatificados tambien solemnente.»

Recomiendo este libro del eminente catedrático de sagrada teología del real colegio de dominicos, misioneros de Asia, establecido en la villa de Ocaña. Lo recomiendo sobre todo á los que aseguran, por ignorancia ó por malicia, que los religiosos españoles no han prestado importantes servicios á su patria; á los que ignoran que han contribuido extraordinariamente á las conquistas militares y á la conservacion de nuestras colonias de América; á los que niegan que gracias á sus esfuerzos, aún conservamos las islas Filipinas; á los que ansíen finalmente conocer la historia del Japon, ignorada casi por completo, y todo lo demás que indica ó especifica su título.

Cúmpleme añadir una observacion importantísima. La vida de los mártires del Japon persuade al lector de que cada vez son más bárbaros y espantosos los tormentos de que los enemigos de Jesucristo hacen víctima á los entusiastas defensores de su nombre y de su doctrina.

En la historia de los tres primeros siglos de la Iglesia, que registra hechos increibles y abominables cometidos por los paganos, no se encuentra el refinamiento de crueldad que se halla en la de los mártires del Japon: no se halla tampoco en los siguientes, sin excluir aquellos en los cuales demostróse una saña verdaderamente diabólica.

Los primeros perseguidores de la Iglesia decretaban la muerte instantánea de los cristianos. La decretaban por regla general en un momento de rabia, mas no tenian el deliberado propósito de que los dolores se prolongara el mayor tiempo posible.

Hánse ideado últimamente con toda tranquilidad mil combinaciones con el objeto infame de que las víctimas sufriesen mucho y sufriesen mucho tiempo. Los verdugos resolvian su muerte á fin de que desapareciera un fiscal que les acusaba de continuo con elocuencia muda pero arrebatadora: al propio tiempo deseaban conservar su vida para tener la bárbara satisfaccion de martirizarles mucho é impedir que entregasen dichosamente su espíritu al Señor.

Hé aquí un *progreso* en que se han fijado poco de seguro los defensores de la civilizacion moderna.

XIII.

Ciertamente no necesita la Iglesia católica ofrecer al mundo entero espectáculos como los descritos para lograr nuestra veneracion ilimitada. Lo que hace ordinariamente en favor de sus hijos y de la humanidad, bastaria para reconocer que no hay institucion comparable con ella; que ninguna de cuantas existen ó han existido, es ó fué tan grande, tan magnífica, tan sublime, y en fin, que sólo un Dios infinitamente bueno y poderoso pudo establecerla.

Conviene, sin embargo, ensalzarla, supuesto hay en la época presente personas que procuran deprimirla. Un autor los ha comparado muy oportunamente con esos niños de pecho que abofetean á sus nodrizas en el instante mismo en que reciben de ellas el sustento necesario para su existencia. Afirmo bajo palabra de honor que no comprendo la conducta verdaderamente necia y criminal de los aludidos. No saben lo que hacen: no saben lo que dicen.

¡Quién lo pensara! Es indudable que si cualquiera de ellos oyese hablar á uno contra su madre, exclamaria indignado: ¡Qué ingratitud! ¡Qué locura! ¡Qué insensatez! ¡Qué monstruosidad! Esos mismos oyen con calma los ataques de que suele ser víctima la Iglesia, á la cual debemos más que á nuestras propias madres. Preciso es que la perversion de las ideas haya llegado á su colmo para que suceda eso en Europa y en la nacion de Reca-

redo, de San Hermenegildo y de San Fernando.

Sí. Es preciso caer de hinojos ante una institucion toda santa, toda divina, fuente de la verdad, orígen de la civilizacion verdadera. Es necesario amar con entusiasmo á una institucion que, como ya dije, no bien venimos al mundo nos abre cariñosa sus puertas á fin de protegernos y ampararnos; que nos proporciona medios para soportar valerosamente todas las desgracias y resistir heróicamente todas las acometidas; que levanta al caido aunque los hombres conjurados contra él le abandonen, le desprecien, le maldigan y le rechacen como si fuera un



Francisco II, Rey legítimo de las Dos Sicilias.

apestado; que nos acompaña en todas nuestras aflicciones y santifica todas nuestras alegrías; que nos fortalece con doctrinas puras y con ejemplos inmortales. Es una mengua combatir á una institucion que ha salvado al mundo en varias ocasiones de la barbarie más horrible; que ha defendido siempre á la verdad contra el error, al bien contra el mal, á la virtud contra el vicio; que ha engendrado infinidad de sabios, de santos y de genios tutelares que han pasado por el mundo elevándole y enalteciéndole.

Del señor don Antonio Aparisi, son las palabras elocuentísimas que voy á trascribir: «Hay una institucion que es obra de Dios; si no fuera obra de Dios, los hombres admirándola y contemplándola, no podrian concebir jamás que fuese obra suya. Es la Iglesia católica, la que nació en las Catacumbas, y saliendo de ellas subió al trono de los Césares para derramar su luz sobre el mundo que yacia en tinieblas. La Iglesia católica ha atravesado los siglos coronada de gloria ó de espinas, pero conservando siempre el depósito sagrado de la fé: en torno de ella todo envejece y ella siempre jóven porque es inmortal: en torno de ella todo varía, y ella siempre la misma porque es la verdad.»

. . . .

en la Ciudad Eterna, y en el Pontífice-Rey que por el querer de Dios ocupa la Silla de San Pedro. Está en decadencia y sin embargo sigue realizando su mision divina, miéntras sus enemigos desconcertados arrastran una vida más ó ménos desdichada y mueren del modo más deplorable consumidos por los remordimientos ó por la desesperacion, hija de su impotencia. Está en decadencia y sin embargo prepara y anticipa de un modo visible y palpable la restauracion religiosa, social y política suspirada por todas las almas bien nacidas y por todos los corazones generosos.»

Lo repito; la Iglesia no está en decadencia, ni lo puede estar por tener en su favor la palabra infalible de Dios.

Si alguna duda quedara se desvaneceria considerando que los sucesores de los Apóstoles están estrechamente unidos é identificados de todo punto con el Vicario de Jesucristo. Unidos é identificados con su persona venerable: unidos é identificados tambien con su doctrina santa.

Lo que hicieron cuando se definió el dogma de la Concepcion Inmaculada de María; lo que acaban de hacer á consecuencia del Centenar y de la Canonizacion de los Santos; lo que harán sin linaje de duda en el próximo concilio, demuestra concluyentemente lo primero: en cuanto á lo segundo, nadie ignora que todos los obispos de la Cristiandad sienten y piensan como siente y piensa el Papa; que en sus diócesis respectivas ensalzan lo que ensalza el Padre comun de los fieles y condenan lo que condena; que dan una fuerza robusta, poderosa, incontrastable á la Religion del Crucificado; que rivalizan por último en celo, valor, virtud y energía, lo cual casi se puede considerar un prodigio en medio de tantas caidas, de tantas debilidades y de tantas prevaricaciones.

¡Ah! Pasaron por fortuna los tiempos en qun muchos obispos resultaban contaminados por la herejía ó querian constituir, como algunos del vecino imperio, una especie de iglesia independiente de la de Roma. Hoy los sucesores de los Apóstoles están unidos como un sólo hombre y como un sólo hombre dispuestos á seguir desbaratando los planes más ó ménos odiosos y las maquinaciones más ó ménos indignas que fraguan los enemigos de la Iglesia.

Los que crean exagerado lo dicho no reusarán de seguro las siguientes palabras del *Diritto*, uno de los principales órganos de la revolucion. Publicólas con motivo del Centenario y contienen una confesion magnífica en favor de mi tésis. «Aun esta vez, el Papa ha hablado al mundo católico con estas formas llenas de solemnidad y de uncion tradicionales en la córte de Roma. Adversarios de Pio IX, le reconoce-

tancia admirable. Este anciano débil
en su fé, representante de una gran
·rida, pero no muerta, ha encontrado
as para revelar al mundo la potencia
por las venas del catolicismo corre y pa-
erano desden la gritería estólida de sus
Papa tiene razon. Somos ineptos y chi-
nos el aire de gritos y de proyectos con-
y no tenemos el valor ni la fuerza pa-
resueltamente ó dejarla por lo ménos
e anciano domina nuestra abyeccion.
derechamente por su camino secular,
tros marchamos como hombres ébrios,
á derecha é izquierda. Todavía resue-
acentos graves y decididos que realzan
umana. Aun sale de los sepulcros mís-
icismo un sonido armonioso que arre-
los tabernáculos de la Italia una no se
to ni un pensamiento digno de la nue-
a suerte nos ha proporcionado. Digá-
la verdad es útil á todos. Roma nos
, á creer, á combatir, á vencer. Noso-
aprender aún mucho de ella, si verda-
cebimos la idea de combatirla. De lo
nos batidos por ella inexorable é infa-

no se considera suficiente, he aquí lo
utado *Castagnola*, en la sesion corres-
dia 5 de Julio. Fué á la eterna ciu-
volver pertrechado de armas contra
tornó á Florencia muy persuadido de
ustracion de mis lectores me dispensa
u despropósito principal, reducido á
a curia romana fué siempre enemiga
s.

así el diputado demagogo: «Señores,
na: confieso francamente que en estos
manencia allí me he maravillado al ver
bre de prelados y clérigos y tal con-
ropósitos. Confundíme entre el pueblo
e si la causa que habia llevado tanta
altacion religiosa por canonizarse tan-
tos, ó si tenia parte alguna razon pu-
na. Señores, digo la verdad; aquel
e ha impresionado. Yo he visto que
, incapaz de extirpar el brigandaje de
Roma, es poderoso para hacer mover
acion á los obispos de las cinco partes
reunirlos á todos en la Basílica de san
aticano.»

miles y miles de sacerdotes y espe-
acerdotes franceses, confundidos con
todos ellos unidos y he visto á los pre-
eso, exaltarse y animarse como para
empresa: las cosas anduvieron tan de
prisa que el Pontífice anunció como seguro, en un consistorio, la reunion de un concilio para extirpar las plagas de la Iglesia, y ya sabeis cuales son las plagas de la Iglesia, pues que ella misma nos considera como sus verdugos. Notadlo bien; la curia romana, vosotros me lo enseñais, fué siempre enemiga de los Concilios; hoy, por el contrario, los promueve; fácil es adivinar el fin. Yo decia á uno de aquellos sacerdotes franceses: ¿pero este concilio tendrá acaso por objeto condenar la libertad de la Iglesia galicana? Sea en buen hora, me respondia ¿Pero no os ateneis á esta libertad apoyándoos en las doctrinas de Bossuet? Nosotros nos atenemos á lo que decidió el concilio de Florencia.»

Añadiré, omitiendo mucho, que los periódicos ingleses anunciaron que pocos acudirian á Roma, y que las fiestas no llamarian la atencion. Pronto tuvieron que reconocer su error: entonces comenzaron á escribir contra el próximo concilio general.

L'Univers publicó un artículo que pone de realce las desilusiones sufridas por aquellos órganos del protestantismo. Hé aquí algunos de sus párrafos:

«Con malos ojos ha visto la prensa de Inglaterra las fiestas celebradas en Roma: como habia profetizado un completo *fiasco*, no puede consolarse de que el *fiasco* lo haya hecho su profecía. Comenzó por burlarse de la *ciega* confianza del Papa, que citaba en Roma á todos los obispos del mundo católico, en el mismo instante en que retirándose las tropas francesas, iba á caer el trono pontificio. Mas vió que este trono continuaba erguido, y entónces anunció que los obispos no acudirian, unos porque tendrian miedo de hacer el viaje á Italia, donde tantas revueltas y motines se preparaban; otros porque encontrarian para ello invencibles obstáculos en la mala voluntad de los gobiernos.

Vencida y engañada segunda vez en sus caritativos cálculos, obligada á confesar que la concurrencia de los obispos, de los sacerdotes y de los seglares ha sido inmensa, maravillosa, inconcebible, la prensa inglesa pugna por persuadirse y por persuadir á sus *fellow countrymen* de que no saldrá nada de este concurso, nada provechoso para el catolicismo, ni agradable para el pontificado. Hasta se vale del anuncio de la convocacion de un próximo Concilio ecuménico y de los rumores que corren acerca de una reconstitucion del Sacro Colegio, para que en este venerable cuerpo puedan entrar cardenales en número proporcionado á la poblacion católica de cada pais, para asegurar que esto seria el fin de la supremacía del Romano Pontífice, y el *Times* llega hasta á sospechar que el Concilio tiene por objeto, entre otras cosas, trasladar la Santa Sede á otra parte.

Vanos son los castillos en el aire que hacen el *Times* y demás órganos del protestantismo inglés,

de acuerdo en este punto con los órganos de la incredulidad europea; no verán felizmente el cumplimiento de sus esperanzas, y aún tendrán que reconocer que estas esperanzas se fundan en una crasa ignorancia de la naturaleza de la Iglesia católica y de las disposiciones de los que la gobiernan. ¡Pues no se atreve el *Times* hasta á decir que nadie más que el Papa desea un Concilio y que tendrá que vencer muchos obstáculos de parte de los católicos y de los mismos prelados católicos para celebrarlo!

. . . .

Por lo demás, los incrédulos se ven muchas veces obligados á rendir un tributo de homenaje á la grandeza de esta Iglesia y á la incomparable majestad del Pontificado; el mismo corresponsal del *Times* acaba de pagar involuntariamente dicho tributo, escribiendo el 9 de Junio: «Podria decir y criticar, si quisiera hacer de ello un análisis, lo que debe ser considerado como *una gran idea*. Fácil me seria burlarme de las disposiciones tomadas para la fiesta, atacar las pretensiones de la Iglesia apostólica romana y hablar contra el Papa Rey: mas por ahora, debo elevarme á más alta atmósfera, olvidar los accidentes, y no herir los sentimientos religiosos que nos unen y estrechan. El sentimiento religioso es el que trae de Oriente y Occidente, del Norte y Mediodía, estos miles y millones de adoradores.»

El mismo corresponsal aseguró que no habia presenciado jamás una fiesta tan magnífica. Aseguró tambien que nunca hombre alguno habia recibido tantos homenajes como Pio IX.

Esas confesiones de los revolucionarios y de los protestantes, son verdaderamente preciosas. Lo son mas si se considera que proceden de personas que marcharon á Roma con el deliberado propósito de escribir contra la Santa Sede, de rebajar la importancia de las solemnidades y de poner en ridículo á los católicos que acudieron á presenciarlas.

Paréceme claro como la luz del sol que la situacion magnífica de la Iglesia es un milagro estupendo del Altísimo. Tambien es evidente para mí que se ha logrado el prodigio por la mediacion del incomparable, del santo, del inmortal Pio IX. ¡Cuán cierto es que un hombre de virtud y de genio es bastante para salvar al mundo, aunque esté próximo á hundirse en los negros horrores de una conflagracion universal! ¡Cuán cierto es que la Iglesia ha brillado siempre con majestad mayor y con hermosura mas hechicera y con poder mas incontrastable al dia siguiente del en que aparecia más despreciada por el mundo, y más perseguida por todos los poderes de la tierra! ¡Cuán cierto es que Dios se complace en desbaratar los planes y las maquinaciones de los hombres, precisamente cuando están en vísperas de conseguir sus propósitos criminales y nefandos!

Permítaseme recordar lo que ha sucedido en el trascurso de pocos años.

Puedo decir que el mundo entero estaba en tinieblas y en sombras de muerte. Aún las naciones que no habian renegado en cierto modo de la religion católica, se habian corrompido y extraviado completamente. En la cátedra del Espíritu Santo, hablábase contra los nuevos bárbaros, que no obstante haberse amamantado á los pechos de la Iglesia, la odiaban y la perseguian con un furor y con un encarnizamiento desconocido hasta nuestros dias. Los hombres pensadores veian renovarse en el siglo actual los delirios, los atentados, los crímenes y las abominaciones de los tiempos paganos. Los frenos aparecian completamente trocados hasta el punto de hallarse sometidas la virtud y la ciencia al oro y á la espada. No pocos suponian muy cercano el fin de las edades y hasta señalaban con el dedo al Antecristo. Muchos repetian en fin, aquellas palabras desconsoladoras «toda carne ha corrompido su camino» y aplicaban á nuestra sociedad las lúgubres profecías del Apocalipsis.

Las ideas sobre el pontificado estaban extraviadas. Muchos católicos declarábanse más ó ménos adversarios del poder temporal: algunos llegaban á creer que acaso podria convenir trasladar la silla de Pedro á Jerusalen. Los sabios que tuvieron la dicha de preservarse del general contagio publicaron escritos que tendian á poner las cosas en su punto y á desbaratar por consecuencia los planes de la revolucion esencialmente impía. Recuerdo ahora dos trabajos notables que leimos con placer singular los defensores perennes de los derechos y de las prerogativas de la Santa Sede. Con el título de *Los dos Principados* escribió uno el señor don Bienvenido Monzon, que ocupa hoy dignamente la silla de Granada: publicó el otro una persona respetable que tuvo la rara modestia de ocultar su verdadero nombre bajo el seudónimo del teólogo rancio.

Con motivo de la declaracion dogmática de la Vírgen María, llamó el Papa en 1854 á los sucesores de los Apóstoles, quienes declararon indispensable en la forma que no necesito recordar, el poder temporal de la Santa Sede. Los buenos católicos experimentaron una de las satisfacciones más grandes de su vida, porque conocieron la importancia enorme del suceso. La mayor parte de los príncipes, de los gobernantes, de los diplomáticos, de los políticos, de los hombres en una palabra pertenecientes á la escuela que no es preciso referir se burlaron ó se sonrieron desdeñosamente. ¿Qué les importaba la declaracion de todos los obispos? Creian tener talento bas-

tante para seguir engañando á los succesores de los Apóstoles: creian contar además con un ejército de soldados y con otro de polizontes. ¡Gran cosa para combatir á los que saben que no han de temer á los que si pueden martirizar el cuerpo, no pueden impedir que el alma vuele á las regiones imperecederas!

Desgraciadamente para los aludidos, los católicos fueron persuadiéndose de que la declaracion referida les marcaba la conducta que debian observar, y de que el célebre *non possumus* habia sido sancionado por toda la Iglesia docente. Sucedió lo que no podia ménos de acontecer. Se pusieron enteramente al lado de los que habíanla suscrito y se consideraron



La heroina de Gaeta.

en el deber riguroso de alabarla y defenderla con odas sus fuerzas.

El poder temporal contó cada dia con mayor número de sostenedores. Proclamóse necesario en la tribuna y en la prensa por personas que lo habian mirado frecuentemente con malos ojos. Algunos que lo impugnaron, creyendo que lo podian hacer sin abjurar de las buenas doctrinas, fueron marcados con el estigma de la reprobacion general. En la region pura de las ideas, los católicos liberales quedaron completamente vencidos.

Persistieron sin embargo en sus propósitos vituperables. Continuaron por la senda ruinosa que habian emprendido. Siguió sobre todo la lucha entre la Iglesia y el mundo que llaman oficial. Oposicion sorda y disimulada pero real y verdadera. Se alababa el celo, la virtud y el saber de los obispos (Judas besó al Divino Maestro) pero se hacia todo lo posible para identificarles con el órden de cosas existente y convertirles en subordinados á la potestad civil. Comprendíase que la Europa no quiere separarse bajo ningun concepto de las vías católicas y que la Iglesia ha llegado á ser la única que puede impedir la perturbacion del órden público, pero no se queria

reponerla en el lugar altísimo que por riguroso derecho le corresponde. Casi todos la querian dependiente: muchos esclava: poquísimos Reina y señora.

Fué necesario establecer un muro de separacion para desbaratar los planes de los católicos indignos, y apareció la Encíclica del 8 de diciembre de 1864, como tambien el *Syllabus* que detalla los errores principales de la época presente por tantos conceptos triste, oscura y tormentosa. Su importancia y trascendencia no son un misterio para nadie. Las pusieron de realce más y más los obstáculos que halló por parte de algunas potestades civiles. En nombre del regalismo ya desacreditado de todo punto, los defensores de la filosofía moderna atentaron contra la santa libertad que no se puede ménos de conceder á la Iglesia de Dios. Al fin pudo más el miedo que la entereza de los hombres aludidos.

Trascurrido algun tiempo, el Papa indicó á los sucesores de los Apóstoles el deseo de que volvieran á Roma con motivo de las fiestas que malamente acabo de historiar. Me juzgo dispensado de traer á la memoria lo sucedido en la capital del mundo católico.

Lo que hará el futuro Concilio me parece obvio. El *Syllabus* recibirá la más grande y la más solemne de las confirmaciones.

Surgirán tambien obstáculos y dificultades sin cuento. Algunos gobernantes, pretestando cualquier cosa, procurarán impedir que vuelvan los obispos á la ciudad santa. Por fortuna cuando el caso llegue habrán dejado ya las riendas del poder, no pudiendo por consiguiente poner sus manos sacrílegas sobre los maestros de la verdad.

El Pontífice-Rey que rige dichosamente los destinos del mundo católico, habrá reunido tres veces en el trascurso de pocos años á la Iglesia docente. Gran triunfo en todas épocas: estupendo sobre toda ponderacion en la presente. ¿Quién ignora que todo parecia perdido para la Santa Religion que profesamos? ¿Quién ignora que la mayor parte de los hombres se postraban y se postran todavía en presencia del becerro de oro? ¿Quién ignora que casi todos los príncipes y casi todos los gobiernos en lugar de favorecer esa reaccion favorable por completo á nuestra Sacrosanta Religion, han procurado reprimirla?

¿A qué negarlo? El prodigio aparece mucho más estupendo, cuando se considera que lo ha logrado el Papa que trató, permítaseme la expresion, de regenerar al liberalismo. Concedió lo que podia conceder: contestó *non possumus* no bien le pidieron lo que no podia otorgar. *Non possumus* que repitieron ayer todos los obispos de la Cristiandad; que repetimos hoy todos los que tenemos la dicha de marchar por los caminos que la Iglesia nos marca y que repetirán mañana todos los católicos del mundo.

¡Loor á Pio IX el bueno, el valeroso, el santo, el mártir!

¡Gloria á Dios, cuyas maravillas no puede ponderar ni encarecer la pluma ó la lengua de ningun mortal!

El dia 1.º de julio tuve la dicha de ser recibido en audiencia por el mejor de los Reyes y el más amado de los Pontífices. Habíala solicitado no sólamente para tener la dulce satisfaccion de hablarle, sino tambien para cumplir un honroso encargo y ofrecerle la dedicatoria del presente libro que habia resuelto componer.

En un dia verdaderamente extraordinario se verificó la entrevista. El mismo fué en el cual los obispos de la Cristiandad presentaron al Papa el célebre Mensaje que trascribí anteriormente. El dia 1.º del julio de 1867 formará época, sin linage de duda, en la historia eclesiástica. En él se puso de manifiesto la estrecha y maravillosa union que hay entre el Papa y los sucesores de los Apóstoles.

La audiencia se verificó en la galería de los Arazzi, donde están las célebres tapicerías de Rafael. Es un gran salon próximo á los cuatro de pinturas donde se guardan obras inmortales de dicho pintor, del Dominiquino, de Guido Reni, de Ticiano, del beato Angélico, de Perugino, de Pablo el Veronés y de otros artistas de primer órden.

No creí encontrar tanta gente en la galería. Habíase citado á centenares de personas para la misma hora, lo cual fué para mí una desilusion. Frustrábanse mis esperanzas de hablar sin testigos al Pontífice-Rey que rige maravillosamente la Iglesia de Dios.

El disgusto se trocó muy pronto en vivísima satisfaccion. La experimenté mucho ántes de la llegada de Su Santidad: la experimenté sobre todo despues que hubo penetrado en el salon. Jamás, jamás, se borrará de mi memoria el espectáculo sobre todo encarecimiento consolador que presencié y que voy á describir en breves palabras.

La hermosa galería presentaba un golpe de vista sumamente agradable. A la derecha y en medio del salon habíase levantado un pequeño trono para Su Santidad. Colocáronse bancos alrededor para los que habian recibido el billete de audiencia.

Excuso añadir que los ocuparon personas de todas clases, condiciones y paises. Ví entonces reunidas infinidad de señoras, de sacerdotes, de frailes, de monjas, de militares, de caballeros que llevaban vistosos uniformes y de hombres gravemente vestidos. Los italianos aparecian mezclados con los españoles, con los franceses, con los belgas, con los austriacos,

con los americanos, y con otros procedentes de países más ó ménos desconocidos. Junto á los ancianos estaban los hombres de edad regular: al lado de estos aparecian cándidos niños que no habian entrado aún en la primavera de su vida.

Antes de que llegase Pio IX entablé conversacion con uno de sus familiares. No hablaba entónces aún el hermoso idioma del Dante y de Alfieri; pero le comprendia sin gran dificultad. Fuera de que hay, por decirlo así, un lenguaje del corazon que hablan todos los que sienten. Nuestra breve conversacion versó sobre el Papa, á quien amábamos con la mayor ternura. ¿Podíamos no entendernos? Imposible de toda imposibilidad.

Supe que la salud del Santo Padre era excelente, que estaba contentísimo, y en fin, que á pesar de haber concurrido á tantas solemnidades, fiestas y recepciones apénas se sentia fatigado. Atendida su edad y las amarguras de todo género que le habian hecho sufrir sus malos hijos lo que pasaba era casi un prodigio.

Serian las siete de la tarde cuando entró Su Santidad precedido de dos guardias nobles y acompañado de algunos de sus familiares. A su lado estaba monseñor Pacca, su maestro de cámara, una de las personas mas adictas al Pontífice-Rey que rige los destinos del mundo católico.

Los guardias nobles colocáronse al lado del trono con las espadas desnudas. Algunos suizos, si no es infiel mi memoria, se quedaron á la puerta de entrada. En cuanto á los sacerdotes siguieron siempre á Pio IX, cuyos vestidos completamente blancos daban realce grandísimo á la magestad de su semblante. Dudo exista en la tierra un rostro tan venerable, tan imponente y tan santo.

El Pontífice-Rey fué recorriendo la galería y hablando con casi todos los concurrentes. Al verle dirigir la palabra y conversar con todos, pero muy especialmente con los ancianos, con las señoras y con los niños, no sabia qué admirar más. Ya encarecia su gran humildad; ya su paciencia heróica; ya su alegría incomparable.

Veíase al padre que hablaba con sus hijos y experimentábase una satisfaccion superior á todo encarecimiento. Estábamos enternecidos y caíamos casi maquinalmente de rodillas. No veíamos al Pontífice, ni al rey, ni al juez, ni al maestro, ni al sacerdote, sino al Padre amoroso, al hombre pacífico, al anciano venerable, al varon verdaderamente santo. Nos sentíamos atraidos y subyugados por la figura más colosal de los tiempos presentes y de todos los anteriores.

Es imposible por lo demás dar del acto una detallada y minuciosa descripcion. No hay lengua ni pluma que puedan describir las escenas de familia. Agustin y Bossuet hallaríanse tan embarazados como yo si en mi situacion se hallaran. Puedo decir que todos le besaban la mano; que el Papa no podia ocultar el placer que le dominaba; que no pocos derramaban lágrimas de ternura al contemplarle; que muchos no podian articular una palabra en su presencia; que sus familiares no hallaban medio de impedir que la ceremonia se ciñese á sus límites naturales. Pero no fué propiamente lo dicho lo que dió color á la entrevista inolvidable. Me siento sin fuerzas para referir lo que la distinguió. ¿Cómo dar cuenta del entusiasmo de todos y singularmente de algunos que se entregaban á la efusion del placer más vivo? ¿Cómo dar cuenta de los breves diálogos que mantenia el Papa con algunos de los concurrentes? ¿Cómo dar cuenta de muchos incidentes insignificantes á primera vista, que caracterizaron la ceremonia?

El Papa se dignó decirme algunas palabras. Entonces me persuadí de que habla perfectamente el idioma de Calderon, de Cervantes y de Lope de Vega. En lugar de decir con todo, que *La Esperanza* era un buen periódico dijo que era un buen *giornale*. Desde el dia memorable á que aludo, ha pasado no poco tiempo, durante el cual he tenido la dicha inefable de hablar con Pio IX algunas veces y aseguro que no conservo memoria de otra equivocacion. Me alegra extraordinariamente poder asegurar que nuestro Santísimo Padre posee la lengua hermosa de mi patria querida.

Llevaba yo un pequeño crucifijo perteneciente á una hija de don Pedro de la Hoz, religiosa del convento de las Salesas Reales de Madrid. Pedí á Pio IX, indulgencias para él. Monseñor Pacca, me dijo entonces que Su Santidad las concederia despues á todos en general. Olvidaba decir que todos los allí reunidos llevábamos cruces, rosarios, medallas y otros objetos de piedad.

Sin saber por qué razon, Pio IX me habló de un cuadro de san Pedro Arbúes, que habia pintado un español. Dió á entender muy á las claras que la pintura de nuestro compatriota le habia satisfecho completamente. Si el mejor de los reyes y el más querido de los pontífices hubiese pronunciado el nombre del autor, lo consignaria con gusto especial.

Siguió recorriendo el Papa los bancos y conversando con todos. Cada vez se detenia ménos, sin embargo, en atencion á lo avanzado de la hora.

Nos cautivaba su afabilidad, su dulzura y su contentamiento. Parecíanos á todos indudable que Dios prolongaria por mucho tiempo la existencia de aquel anciano que los impíos dan frecuentemente por difunto.

Despues que hubo concluido de pasar revista, si se me consiente la expresion, á todos los circunstantes, dirigióse Su Santidad con paso firme y seguro, al Trono referido, desde donde pronunció en francés

un discurso excelente. No llevaba lápiz y no pude por consiguiente apuntar siquiera los pensamientos principales. Recuerdo algo con todo de su breve peroracion.

Dijo que se hallaban en la galería, franceses, españoles, ingleses, holandeses, etc., pero que ante la Iglesia de Dios, no habia rangos, ni clases, ni condiciones, sino católicos únicamente y que importaba sobre todo hacer buenas obras. Añadió que se alegraba mucho de vernos allí, y que era una gran dicha para todos los que habíamos concurrido.

Despues de una graciosa transicion dijo casi literalmente. Como venís cargados de crucifijos, de rosarios y de medallas voy á dar la bendicion, debiendo advertir que van incluidas en ella las indulgencias todas. Que alcance á los presentes como tambien á sus familias, y particularmente á los que sufran alguna tribulacion, en la esperanza de que al abandonar este valle de lágrimas conseguirán el cielo. Caimos de rodillas y la bendicion del Santo Padre descendió sobre nosotros como benéfico rocío. Es imposible dar cuenta de la emocion que experimentamos.

Imposible tambien referir hasta qué punto posee Pio IX el don encantador de la palabra. Algo dije anteriormente con referencia al señor Arzobispo de Tarragona. ¡Qué voz tan robusta! ¡Qué entonacion tan hermosa! ¡Qué naturalidad tan evangélica! ¡Qué sencillez tan apostólica! ¡Qué dulzura! ¡Qué continente! ¡Con qué majestad elevó al cielo sus ojos, momentos antes de bendecirnos! Parecia que veíamos y que palpábamos las misteriosas y profundas relaciones que median entre los papas y Jesucristo á quien representan y suplen en la tierra.

La ovacion que logró Pio IX al concluir, pertenece al número de las imponderables ó indescriptibles. ¿Me atreveré á manifestar que le disgustó por lo extraordinaria, y añadir que tampoco me satisfizo completamente por lo que tuvo de ruidosa?

Lo ignoro á punto fijo, pero estoy casi seguro de que al Santo Padre le agrada muchísimo más ver á los católicos derramando lágrimas de amor ó de ternura que prorumpiendo en gritos ó en otras demostraciones mas ó ménos atronadoras.

Lo diré más claramente. La ovacion tuvo muchísimo de francesa y muy poco de española.

Pio IX descendió del trono apoyado en sus familiares y abandonó el salon rápidamente, procurando contener y calmar la exaltacion casi frenética de muchos de los concurrentes.

El dia 1.º de Julio no se borrará jamás de mi memoria, ni de cuantos acudieron á la entrevista.

———

Estos actos imponentes, conmovedores y grandiosos se repetian con mucha frecuencia. El Papa parecia dotado de una fuerza sobrenatural. Asombrados estaban todos sus familiares y todos sus fieles súbditos y todos sus hijos excelentes.

Un periódico escribia las siguientes palabras que no contienen la menor exageracion:

«Jamás el Vaticano ha ofrecido á Dios, á los ángeles, á los santos y á los hombres tal espectáculo. Jamás ha habido aquí entusiasmo mayor, ni mas razonable y motivado. Al ver lo que ha sucedido en esta ciudad puede decirse que Pio IX ha obtenido aclamaciones superiores á las que recibió los años 1846 y 47. Entonces habia aquí muchos y diversos elementos; los revolucionarios estaban mezclados entre la multitud y arrojaban espinas entre las rosas del camino que Pio IX recorria; hoy no hay mas que fieles devotos á Su Santidad, *usque ad effusionem sanguinis*, y los revolucionarios los contemplan sumidos en la consternacion y llenos de rabia.

»Cuantas veces ha aparecido en público Su Santidad, otras tantas ha sido indeciblemente aclamado por los fieles. El dia del aniversario de su coronacion trescientos obispos le besaron las manos y piés diciéndole «*Tu es Petrus*.» La Iglesia es siempre jóven. ¿Quién no se cree transportado al ver esto á los tiempos apostólicos? Los mosáicos antiguos que nos muestran á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo parecen animados á nuestros ojos.

. . . .

. . . .

»La tercera consecuencia ha sido aprender lo que no se sabia bien. Con motivo del Centenario, se ha conocido á Pio IX, al pueblo romano, su armada, sus instituciones, su Gobierno, y se ha visto la sublime mansedumbre del Papa Rey, la felicidad de este pueblo, la dignidad de este ejército, la grandeza de estas instituciones y la sagacidad de este Gobierno.

»Aquí se disfruta la verdadera libertad. En Roma se habla de libertad verdaderamente, porque se la posee.»

El mismo periódico decia en otro número:

«Aquí nadie aparece sino el Papa: todos los astros de la jerarquía se apagan ante este sol, que lo es de dignidad, de grandeza, de virtud y de amabilidad. No se le mira sin quererle. Estoy en que el revolucionario más ciego, si se le presenta, cae de hinojos. Las gentes altas y bajas se llenan de júbilo con su mirada. Hace pocos dias que al entrar en la capilla Sixtina, vió al paso un jovencito casi negro que ha traido un obispo del pié de Himalaya, le hizo salir al centro, le puso la mano sobre la cabeza, y el jóven besó su pié. Esta demostracion bastó para que todo el mundo mirase, tocase y estimase al negro como bendecido por Dios.»

La situacion brillante de la Iglesia se debe tambien á otros esforzados adalides de la buena causa. He hablado ya de algunos, pero no he podido hablar todavia de otros á quienes tuve la satisfaccion de conocer en Roma, que figuran sin duda en primera línea. Por las proporciones que ha tomado mi pobre libro, prescindiré de algunos, pero no del Illmo. señor don Pedro María Laguera y Menezo, obispo de Osma, ni del célebre padre Perrone, perteneciente á la Compañía de Jesus, ni de Luis Veuillot, ni en fin, del padre Ceferino Gonzalez de la Orden fundada por Santo Domingo de Guzman. Nombres son estos demasiado ilustres para que puedan ser omitidos.

He consignado primero el de don Pedro María



Clavos de la Cruz en que murió el Redentor del mundo.

Laguera, obispo de Osma, por tratarse de un sucesor de los Apóstoles, partidario intrépido por otra parte, de la legitimidad caida, y sobre todo por haber tenido la gloria de padecer injusta persecucion por la justicia. Tiene casi asegurado por consecuencia el reino de los cielos. Jesus, cuya palabra infalible no puede faltar, lo dijo en su memorable sermon del monte, que contiene toda la perfeccion de la vida cristiana.

El señor Laguera y Menezo, nació en el valle de Meruelo, perteneciente al obispado de Santander, en el dia 12 de Setiembre de 1817. Estudio humanidades y filosofía en el colegio de padres Escolapios de Villacarriedo, asi como teologia y derecho canónico y civil en la célebre Universidad de Salamanca. En ella recibió el grado de licenciado en ambas facultades y el de doctor en Teologia: en ella regentó además algunas cátedras.

Concluida su carrera literaria mereció, en virtud de oposicion, el curato de Barrueco Pardo, de la Orden de Santiago, y la Vicaría eclesiástica de aquel territorio, con jurisdiccion ordinaria en todo género de causas. Nombrósele despues arcipreste de la Iglesia catedral de Orense, como tambien provisor y vicario general de aquel obispado y catedrático de su Seminario Conciliar. Mas adelante fué trasladado á una canongía de la Metropolitana de Valladolid, cuyo seminario dirigió, desempeñando además una de sus cátedras.

Fué por fin preconizado para la Iglesia de Osma,

achacaban, apeló de un fallo no favorable del todo, ante el Tribunal referido, quien le absolvió libremente y con las manifestaciones mas favorables para su persona.

Recuerdo lo que sucedió, no solamente para colocar al señor Laguera y Menezo en el puesto altísimo que le corresponde, sino tambien para poner de realce la viciosa organizacion de nuestros tribunales. En la nacion católica por excelencia es posible que los sacerdotes, por faltas cometidas en el ejercicio de su ministerio sublime, sean sometidos á un tribunal compuesto de seglares. En el asunto del señor Laguera y Menezo, entendió el de las Ordenes militares por pertenecer á la diócesis de Santiago el territorio del cual fué cura ántes de nombrársele arcipreste de la Iglesia catedral de Orense. Ahora bien. Aun prescindiendo de la cuestion referente á la unidad de fuero, es claro como la luz que lo referido constituye un atentado contra los derechos y prerogativas de la Iglesia. Es indudable además que la mayor parte de los magistrados seglares carecen de las cualidades precisas para pronunciar sentencias ajustadas á las prescripciones del derecho canónico. Es óbvio tambien que por efecto de nuestras vicisitudes políticas consiguen fácilmente vestir la toga de magistrado personas que ven siempre con disgusto la humilde sotana del sacerdote católico. De aquí la necesidad de que aparezcan fallos absurdos.

Ésto que dice la teoría, lo robustece la práctica. No pocos de los que hemos ejercido en la córte la honrosa profesion del abogado, recordamos y recordaremos siempre algunas sentencias ridículas pronunciadas por algunos tribunales especiales. Como sobre áscuas paso por este asunto espinoso, ageno además á mi pobre libro.

No hablaré, sin embargo, de otro sin lamentarme y condolerme de lo que pasa en nuestros dias. Son muchos los males que afligen y conturban á la sociedad actual, pero uno de los mayores, de los más funestos y de los más abominables se reduce á calumniar y destruir la buena reputacion de los que la disfrutan. ¿Qué se ha hecho, Dios santo, de la fraternidad cristiana? ¿Qué del precepto «amaos los unos á los otros?» ¿Qué de todas las prescripciones evangélicas basadas en el mismo?

Reproduzco lo que dije ántes á tal propósito, y añado que la Revolucion esencialmente impía y antimonárquica, ha encontrado medio de poner sobre las estrellas á los hombres más corrompidos, y de rebajar hasta un punto que asombra á los más virtuosos. Desde que el mundo existe no se habia generalizado de una manera tan extraordinaria el vicio de la murmuracion y de la mentira: jamás anduvieron tan libres las lenguas mordaces y viperinas. El liberalismo ha matado la libertad, pero ha hecho

que tomase la licencia espantosas proporciones. Lo que se sabe, se abulta; lo que se presume, se asegura; lo que se ignora se inventa. Lo que no se puede decir en público, se dice en secreto... á voces. ¡Oh vosotros los que frecuentais los casinos, los teatros, los ateneos, los cafés, los paseos, decidme, ¿conoceis algun nombre ilustre que no esté ajado por el veneno mortal de la difamacion y de la calumnia?

En nombre de nuestra Religion sublime y en el de nuestra patria querida, yo conjuro á todos para que vivan prevenidos contra esta epidemia moral que ha hecho y hace aún innumerables víctimas. Yo les conjuro para que no se dejen sorprender por el demonio de la Revolucion; para que reciban á beneficio de inventario lo que oigan ó lean contra los demás: para que no lo repitan innecesariamente, áun cuando tengan la seguridad de que es cierto. Así lo manda nuestra Madre amorosa y divina.

Proscribamos aquella máxima: «Cuando se dice será verdad.» Recordemos la de Voltaire: «Calumniad; algo queda siempre de la calumnia,» y tengamos por cierto que cuenta todavía con muchos discípulos. Sus perniciosas doctrinas están desacreditadas, pero están aún en boga sus máximas infernales.

El célebre padre Perrone, de la Compañía de Jesus, tendrá próximamente setenta años. Pero ¡cuán exacto es que el corazon no envejece nunca! Tuve la fortuna de conocerle durante las fiestas y de oirle hablar mucho rato. Jamás olvidaré la energía con que se expresaba contra los liberales, contra los racionalistas, y contra todos los enemigos de la Iglesia. Aquel fuego, impropio sin duda de la edad, fortaleció mi conviccion en punto á que los católicos no debemos hacer caso de ciertas y determinadas acusaciones. Téngase presente que el insigne hijo de San Ignacio reune á una virtud acrisolada una ciencia profunda. El hálito del ódio ó simplemente de la mala voluntad no puede hallar cabida en su corazon, pero tampoco hallan cabida en su inteligencia esas medias tintas fatales y desastrosas, esas contemporizaciones *contrarias á la dignidad del hombre, incompatibles con el carácter sacerdotal y conducentes sólo á una confusion babilónica* (1). Combate á los malos con la decision y energía que Jesucristo mostró durante su vida mortal. Ya su Precursor llamábalos segun el Evangelio, raza de víboras. El Hombre Dios decia que eran hipócritas, necios, é inícuos; que estaban llenos de rapacidad é inmundicia; que se parecian á los sepulcros blanqueados, etc., etc. San Pedro puso fin al primer sermon que pronunció despues de recibir al Espíritu Santo con éstas palabras que no debieran olvidarse nunca, dirigidas á los incrédulos é impíos, que son los mundanos del dia. «Poneos en salvo de entre ésta generacion perversa.» El discípulo amado de Jesus aconsejaba siempre la caridad, lo cual no le impedia prohibir á los cristianos toda comunicacion con los herejes. No acabaria nunca si hubiera de aducir los demás pasajes del Libro de los libros que robustecen y confirman esta verdad.

El padre Perrone habló con entusiasmo incomparable de los triunfos recientes conseguidos por la Iglesia; pero no dijo una cosa que me parece clarísima como la luz. Su modestia le impidió manifestar que es sin disputa uno de los católicos más insignes que los han preparado con sus obras inmortales. Se pueden comparar con la levadura que una vez esparcida por toda la masa la va mudando poco á poco y convirtiendo en sí misma.

El padre Perrone sabia que sus obras se dan de texto en nuestras Universidades y seminarios. Lo que ignoraba es el juicio cada dia más favorable que forman de ellas los teólogos españoles de más virtud, saber y erudicion. Tuve la satisfaccion de repetirle á éste propósito las palabras que pronunció un dia desde su sillon de profesor mi respetado amigo y maestro el señor don Francisco Gomez Salazar, catedrático de teología dogmática de la Universidad central, teniente-vicario de Madrid, escritor distinguido, y una de las personas mejores que conozco. Nos dijo sustancialmente, que estaba cada dia mas asombrado del mérito superior á toda ponderacion de las obras del P. Perrone y que contenian quizás más ciencia las notas que el mismo texto.

El padre Perrone dispensó á España justicia rigurosa. Una vez más ví que algunos estranjeros dan lecciones de imparcialidad y de patriotismo á muchos que si bien han nacido en este país no son españoles por sus ideas ni por sus sentimientos. Puso en el lugar que le corresponde á la nacion católica por excelencia, hablando, no sólo contra los que procuraron tiempo atrás introducir en ella el protestantismo, sino tambien contra los que pidieron clemencia para ellos.

Encontré al ilustre Jesuita en la hermosa Biblioteca del Colegio Romano, una de las once públicas que hay en la Ciudad Eterna (1). En ella pasa casi toda su vida; en ella recibe las visitas; en ella evacua las consultas; en ella escribe sus libros. Sólo sale del Colegio para concurrir á alguna de las varias Congregaciones á que pertenece ó para dar algun paseo.

Halléle ocupado en componer una obra sobre la Divinidad de Jesucristo que deben aguardar con impaciencia todos los sabios católicos y con miedo todos los enemigos de la Iglesia.

(1) He oido pronunciar estas mismas palabras á Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

(1) En Lóndres una sólamente.

Con gusto especialísimo hablaria de la iglesia del Colegio Romano y de las demás que tienen los Jesuitas en Roma y en sus alrededores, como tambien de las preciosidades que contienen. Me lo impiden las proporciones que ha tomado mi libro. Hablaria singularmente de sus reliquias correspondientes sobre todo á los santos jesuitas más insignes, de las cosas que les pertenecieron, de las cartas que redactaron, de los prodigios que hicieron y de sus habitaciones, trasformadas en capillas que santificaron con su presencia. Hablaria tambien del perfume divino que se aspira en estos sitios venerables; de sucesos que ponen de realce lo que han sido siempre los hijos de San Ignacio; de juicios de grandes hombres ignorados completamente y de confesiones inapreciables escapadas con frecuencia á sus enemigos más encarnizados. Hablaria tambien de sus retratos que se distinguen por ese aire de familia que ha sustituido á la misma naturaleza y que notan de contínuo los observadores más profundos; de sus cuadros superiores; de sus magníficas estátuas; de sus sencillos sepulcros; de sus riquezas inapreciables; de sus jardines deliciosos llenos de naranjos y limoneros y de mil cosas más que no recuerda en este instante mi me-



Ornamentos de la Iglesia.

moria fragilísima. Hablaria sobre todo de la Iglesia de Jesus, una de las más grandes y ricas de Roma levantada en el siglo XVI por el mismo cardenal que mandó construir el palacio Farnesio propiedad de Francisco II Rey de las Dos Sicilias y embellecida extraordinariamente con mármoles superiores por el pio y generoso príncipe Torlonia. De todo prescindo, bien que con disgusto, mas no quiero prescindir del altar donde se conserva el cuerpo del glorioso, del noble, del valiente, del esclarecido, del santo fundador de la Compañía de Jesus. Las innumerables iglesias de Roma contienen riquezas y preciosidades sin cuento, que asombran y maravillan bajo todos conceptos. Hasta qué punto sobresale el altar de San Ignacio, lo revela la espresion siguiente tan gráfica y verdadera como desconocida. «Hay en Roma un templo, una capilla y un altar.» Escuso decir que el templo es el levantado en honor del Príncipe de los Apóstoles. La capilla es la consagrada á la Madre de Dios y de los hombres en la Basílica de Santa María la Mayor, que real y verdaderamente es un portento. El altar es el que hace correr mi pluma.

Véase su conjunto y examínense con el mayor detenimiento sus detalles. El arte ha llegado al no mas allá de la perfeccion y se ha consumido un tesoro á trueque de tener una especie de maravilla. Yo me juzgo sin los conocimientos necesarios para describirlo. Yo ruego á cuantos vayan á Roma que se fijen en él. Estoy seguro de que se quedarán embebecidos y admirados durante mucho tiempo. ¡Qué bola la de lapiz-lázuli sostenida por el Padre Eterno! ¡Qué estátua la del Santo! ¡Qué urna la en que se guardan sus despojos mortales! ¡Qué bajo-relieves, en uno de los cuales aparece Paulo III aprobando la Órden celebérrima! ¡Qué bronces dorados á fuego!

¡Qué piedras tan preciosas y tan raras! ¡Y sobre todo qué grupos! Representa uno la infidelidad iluminada por la fé, y otro el triunfo conseguido por la Religion sobre la heregía.

Añadiré que el altar era mucho más rico. Escuso decir quién lo despojó. Todos mis lectores pronunciarán el nombre de Napoleon I, que intentó tambien arrebatarnos la independencia y uncirnos á su carro de conquistador triunfante. . . . .

. . . .

Tampoco puedo prescindir del Observatorio astronómico del Colegio Romano, que dirige el P. Secchi, que ha conseguido con justicia un renombre europeo. Hace algunos años estuvo en nuestro país á causa del eclipse. Antes de que se marchase al Desierto de las Palmas tuve la satisfaccion de conocerle y de acompañarle desde Zaragoza á Manresa, si no es infiel mi memoria. Ya entonces venia precedido de una gran reputacion.

No estaba en Roma el dia en que fuí á ver el célebre Observatorio que es sin disputa uno de los mejores del mundo. Permítaseme que no dé cuenta de sus máquinas, instrumentos y aparatos. Aun dando al olvido la necesidad de concretarme todo lo posible, trátase de una ciencia que desconozco completamente. He olvidado ya los escasísimas noticias que adquirí hace algunos años. El sistema de enseñanza seguido por nuestros gobernantes dista mucho en mi sentir de la perfeccion que se debe apetecer. Entre el antiguo y el actual cabe sin duda un término medio que no traeria los inconvenientes de ambos, pero sí casi todas sus ventajas.

Por la misma razon, prescindo de mis apuntes referentes al *meteorógrafo* del padre Secchi que fué premiado en la decantada exposicion de París con una medalla de oro y con el diploma de oficial de la Legion de honor. Tienen los padres Jesuitas el buen gusto de menospreciar estas vanidades y todas las demás. *El Pensamiento Español* á propósito de la máquina dijo lo siguiente con fecha 12 de Julio de 1867:

«El padre Jesuita Angel Secchi es uno de los primeros astrónomos del mundo, y el Observatorio del Colegio Romano que él dirige, uno de los más principales de Europa. Así como el sacerdote Caselli halló la manera de trasmitir la escritura por medio del telégrafo, el padre Secchi halló el modo de hacer escribir á la lluvia y al viento. El *meteorógrafo* del padre Secchi es una máquina en la que el viento escribe los grados de su velocidad y de su direccion, y la lluvia el tiempo y la cantidad que ha caido del cielo.

Este ingeniosísimo instrumento, registra automáticamente, por medio de curvas que con lapiz comun traza en hojas de papel preparadas al efecto, todas las variaciones atmosféricas ó meteorológicas. Se compone de una base, sobre la que se alza un castillo con cuatro columnas, que sostienen todas las piezas de la máquina. Entre las columnas corren con movimiento uniforme y descendente dos cuadros, en donde se registran todos los fenómenos uno tras otro. El primer cuadro sirve ordinariamente para hacer la historia atmosférica de diez dias; el segundo la de dos; pero la duracion puede variarse á placer.

En el primer cuadro, un barómetro con balanza perfeccionado, señala la presion atmosférica; una banderola la direccion de los cuatro vientos, y el molinete de Robinson la velocidad de los mismos. Además, un termógrafo metálico revela la temperatura aproximada hasta un cuarto de grado, y designa la cantidad y hora en que ha llovido.

En el segundo cuadro, una repeticion del barómetro revela con toda minuciosidad, por medio de una escala ascendente, cuál ha sido la presion atmosférica durante la borrasca: un psicrómetro da á conocer la humedad hasta un décimo de grado, y, si vuelve á llover, en otro aparato se registra la cantidad de la nueva lluvia.

Con el meteorógrafo del padre Secchi se confrontan fácilmente los fenómenos y se hallan las leyes relativas, constando todas las curvas sobre la misma hoja de papel con las variaciones del tiempo, y se saben con la misma facilidad la marcha progresiva de la borrasca, compulsando las curvas de varios sitios lejanos hechas con instrumentos semejantes.

Además el meteorógrafo del padre Secchi puede colocarse en cualquiera habitacion aunque se halle distante de los lugares oportunos para esta clase de instrumentos, no habiendo en esto otro límite que la fuerza de la pila. Es de fácil conservacion, no dedicándolo á otro servicio que al de reloj y al de la observacion de tanto en tanto tiempo para fijar los trazados fundamentales de las curvas.

Esta bella máquina inventada por Secchi, fué hecha en Roma por el mecánico Bossant, bajo la direccion del inventor, y el orario ó medida del tiempo que le acompaña es original y obra maestra singular del parisien M. Detouche. Las pilas de la máquina pueden usarse de 12 á 14 meses sin tener de ellas otro cuidado que el de añadir, cuando se merme, agua y un poco de sulfato de cobre.»

Olvidaba decir que en la cumbre del Observatorio hay un palo con una gran bola negra en su parte superior. Cae en el momento en que marca el horario las doce del dia: suena en seguida un cañonazo que se dispara en el castillo de Sant-Angelo, desde el cual, á pesar de la distancia, distínguese aquella perfectamente.

Es una cosa que llama mucho la atencion de los forasteros. Para verla bien, acuden no pocos al antiguo mausoleo de Adriano ó á cualquiera de los si-

tios más á propósito para presenciar el espectáculo.

He consignado con frecuencia en este libro el nombre de Luis Veuillot, á quien denomino el príncipe de los escritores católicos. Creo que no cabe mayor elogio.

Debo añadir una cosa. El ilustre director de *L'Univers*, debe aceptar mis humildes alabanzas, no sólo porque son sinceras, sino tambien porque proceden de una persona que no profesa sus ideas políticas. Lo sospechaba, pero á mayor abundamiento me lo dijo primeramente en Roma y en París más adelante. Luis Veuillot no es legitimista. No desea una restauracion favorable á la familia de Orleans, pero tampoco rinde homenaje á Enrique V, que tomó el título de conde de Chambort. Dice que es solamente católico y añade que el Papa es su soberano único.

No participo de sus opiniones. Yo estoy dispuesto á derramar hasta la última gota de mi sangre no sólo en defensa de la Religion, sino tambien en defensa de la monarquía que se apoya en la legitimidad. Si es cierto que la Iglesia no ha proscrito ninguna forma de gobierno, lo es tambien que se ha identificado especialmente con la monarquía; que su organizacion tiene con ésta grandes puntos de contacto; que las condiciones actuales de la Europa entera, como tambien sus hábitos, usos y costumbres la reclaman imperiosamente; que Santo Tomás, de Maistre, Balmes y otros sábios de primer órden reconocen y confiesan sus ventajas sobre todas las demás; que los ensayos hechos en América principalmente no han producido el éxito que se aguardaba; que nunca, en fin, ha sido tan necesario reconcentrar el poder para conducir á las naciones á puerto seguro de salvacion.

En mi sentir, la escuela que reconoce por gefe á Veuillot no ha tenido en cuenta lo que acabo de indicar. Por esto se ha ceñido á defender la única Religion verdadera; por esto se ha curado poco de la Monarquía; por esto se ha creido dispensado de averiguar si real y verdaderamente ha entregado Dios el poder á ciertas familias; por esto, en fin, ha obrado creyendo firmemente que podia en conciencia prescindir de la cuestion política y atenerse á la religiosa

Imposible me parece que Luis Veuillot no esté ya desengañado. Sabe perfectamente lo que pasa en casi todas las naciones católicas y no se le oculta que con Príncipes legítimos y gobiernos anti-revolucionarios no hubiesen llegado á la situacion sobre todo encarecimiento angustiosa en que se encuentran. Es verdad que á la postre se obtendrá el resultado que apetecemos y ansiamos, mas, ¿quién duda que se hubiera conseguido mucho ántes á ser los hombres á que me refiero políticos á la vez que católicos?

Por lo demás, no me atrevo á consignar una sóla palabra de censura contra Luis Veuillot. He hablado con él dos veces y adquirido la persuasion de que su conducta es hasta cierto punto disculpable. Al revés de los españoles, es positivo que muchos legitimistas del vecino imperio están contaminados por el virus letal de liberalismo. Son además demasiado franceses y piensan todavía un poco en las libertades galicanas.

Es incontrovertible por lo demás que su pluma no tiene rival. ¿Qué puedo yo decir en su elogio? ¿Quién ignora que el Santo Padre le ha distinguido y alentado con frecuencia? ¿Quién ignora que no hay en Europa un sólo escritor que haya recibido tantas felicitaciones y logrado tantos aplausos? ¿Quién ignora el odio que le profesan los enemigos de la Iglesia, precisamente por ser uno de sus mejores apologistas?

Conocidas son por otra parte sus muchas obras que no necesito siquiera enumerar. Conocida es su elocuencia, su intrepidez, su elegancia, su profundidad, su gracejo, el raro conjunto, en una palabra, de sus facultades maravillosas. Todos saben además que pocos liberales se atreven á contender con él. Le temen y no le insultan siquiera por temor de ser aplastados bajo el peso de su palabra poderosa.

Mr. Luis Veuillot se distingue por su talento privilegiado, por su saber vastísimo, por su imaginacion pintoresca, por su memoria felicísima, por su ingenio asombroso: se distingue sobre todo por su modestia verdaramente cristiana. Por ella le felicito de todo corazon y no pueden ménos de felicitarle tambien conmigo los demás católicos del mundo, y cuantos tengan nobles é hidalgos sentimientos.

Luis Veuillot ha publicado recientemente con su firma un artículo incomparable. Mis lectores derramarán al leerlo lágrimas de ternura. Es un escrito que parte directamente del corazon, que retrata maravillosamente á su autor, y que ha de producir bienes incalculables. Eficacísimamente lo recomiendo á todos, pero de una manera especial á los que no tengan la dicha de marchar por los caminos que señala nuestra Madre amorosa y divina. Dice así.

EL APOSTOLADO DOMÉSTICO.

Mi educacion en punto á religion ha sido la peor del mundo, pues no sólo ignoraba la verdad, sino que tenia gusto, respeto y veneracion al error. Cuando concluí mis estudios, salí pertrechado de argumentos contra Dios y la Iglesia católica. Después viví como un verdadero hijo de París, como verdadero ciudadano del barrio Montmartre, ocupadísimo en mis negocios, y consagrando á mis diversiones y política todo el tiempo que aquellos me dejaban. Me casé. Permitió Dios que encontrase una buena y hon-

rada mujer, donde yo no busqué más que belleza, talento y dinero. Educada como yo, tan ignorante como yo, mi mujer era mucho mejor. Tenia el sentido religioso.

Este se desarrolló cuando fué madre: nacido el primer niño, entró de lleno en el camino. Cuando pienso en esto, siento en el corazon un sentimiento de gratitud hácia Dios, del cual me parece que estaría siempre hablando, y que nunca sabria expresar: entónces no pensaba en ello. Si mi mujer hubiera sido como yo, creo que ni me hubiera ocurrido hacer bautizar á mis hijos; crecieron los niños: los primeros hicieron la primera comunion sin que yo lo advirtiera. Dejaba que la madre gobernase este pequeño mundo, confiado completamente en ella, y modificado sin saberlo por el contacto de sus virtudes, que sentia y no veia.

Vino el más pequeño. Este pobrecillo era de un genio salvaje, sin grandes facultades; y si bien le queria tanto como á los demás, me sentia dispuesto á usar con él de más severidad. La madre me decia: «ten un poco de paciencia; cambiará al tiempo de la primera comunion.» Muy inverosímil me parecia este cambio á hora fija. Sin embargo, empezó el niño á asistir á la esplicacion de la doctrina cristiana, preparatoria para aquel acto, y le ví, en efecto, mejorar muy sensible y rápidamente. Paré en ello la atencion; veia á su espíritu desarrollarse, luchar á aquel pequeño corazon, suavizarse su carácter, y empezar á ser dócil, respetuoso y afectuoso. Admiraba este cambio, que la razon no obra en los hombres, y el niño á quien ménos habia amado empezaba á ser el más querido.

Al mismo tiempo, esta maravilla me inspiraba sérias reflexiones. Me puse á oirle la doctrina; al escucharla, recordaba mis cursos de filosofía y de moral y comparando esta enseñanza con la conducta que yo habia observado no pude ménos de lamentar en el fondo de mi corazon mis pasados estravíos. El problema del bien y del mal, que siempre habia evitado profundizar por imposibilidad de resolverle, se me ofrecia con una luz terrible.

Empecé á preguntar al niño; me daba respuestas que me admiraban. Conocia que las objeciones hubieran sido vergonzosas y culpables. Mi mujer observaba y callaba; pero yo veia su asiduidad en la oracion: pasaba las noches sin poder conciliar el sueño, comparaba estas inocencias con mi vida, estos dos amores con el mio, y decia: «Mi mujer y mi niño aman en mí algo que no he amado en ellos ni en mí mismo, y este algo es mi alma.»

Llegó la semana de la primera comunion. No era sólo afeccion lo que el niño me inspiraba; era un sentimiento que no podia esplicarme, que me parecia extraño, casi humillante y que se traducia á veces en una especie de irritacion; me causaba respeto, me dominaba.

Temia manifestar en su presencia ciertas ideas producidas en mi espíritu por el estado de lucha en que me encontraba. No hubiera querido que se hubiera atrevido á combatirlas, ni que hicieran impresion sobre él. Sólo faltaban cinco ó seis dias.

Una mañana, despues de haber oido misa el niño, vino á buscarme á mi gabinete, enque estaba sólo.

—Papá, me dijo, el dia de mi primera comunion no subiré al altar sin haberos pedido perdon por todas las faltas que he cometido y por todos los pesares que le he causado, y usted me dará su bendicion. Procure usted recordar bien todo lo que he hecho de malo para reprobármelo, y no volverlo á hacer, para que usted me perdone.

—Hijo mio, respondí, un padre perdona todo aun al niño que no es bueno, pero tengo la alegría de de poderte decir que en este momento nada tengo que perdonarte: estoy contento contigo, sigue trabajando, ama siempre á tu Dios, sé fiel á tus deberes, y tu madre y yo serémos muy felices.

—¡Oh! papá, el buen Dios, que tanto os ama, me sostendrá, como se lo pido, para ser vuestro consuelo. Rogad por mí, papá.

—Sí, querido hijo mio.

Me miró húmedo los ojos, y se hechó á mi cuello; yo mismo estaba enternecido.

—Papá... continuó.

—¿Qué, hijo mio?

—Papá, tengo una cosa que pedir á usted.

Ya veia yo que queria pedirme algo, y lo que él queria pedirme lo sabia yo ya, y... ¿deberé confesarlo? me asustaba. Tuve la cobardía de querer aprovecharme de su perplejidad.

Mira, vete; tengo unos negocios en este momento; esta noche ó mañana me dirás lo que deseas, y si á tu madre le parece bien, yo te lo daré.

El pobre niño, todo confuso, falto de valor, despues de haberme abrazado, se retiró desconcertado á una pequeña pieza donde se acostaba entre mi gabinete y el cuarto de su madre. Estaba arrepentido del disgusto que le habia dado, y sobre todo del senmiento á que yo habia obedecido. Seguí de puntillas á este hijo querido, á fin de consolarle con alguna caricia y le observé muy afligido. La puerta de su cuarto estaba entreabierta. Miré sin hacer ruido. Estaba de rodillas delante de una imágen de la Santísima Vírgen, y oraba con todo su corazon. ¡Ah! os aseguro que este dia comprendí el efecto que puede hacer en nosotros la aparicion de un ángel!

Volví á mi despacho, la cabeza entre las manos y á punto de llorar. Así permanecí algunos instantes. Cuando levanté los ojos, mi pequeñuelo estaba

hay debajo de la pila: ¡Ojalá pudiéramos hacer salir de la Iglesia los de carne y hueso!»

Añadiré que los hombres aludidos han causado muchos males y que los causarán mayores, si Dios no lo remedia. Han causado muchos males porque han conseguido una influencia de todo punto inmerecida, que puede ser muy perniciosa. Los causarán mayores dentro de poco, porque dejarán la silla de periodistas ó el escaño de diputados para ocupar el sillon de jueces, gobernadores, diplomáticos ó ministros. Por fortuna los Príncipes que marchan á la cabeza del gran movimiento mencionado, favorable de todo punto á la Religion y á la legitimidad, conocen á fondo á los que les rinden homenaje y á los que por sus compromisos anteriores, se mantienen á cierta distancia. Han recibido además una esmerada educacion religiosa y es absolutamente imposible que no reciban de Dios las luces y las inspiraciones indispensables para conducir á sus naciones respectivas á puerto seguro de salvacion, á pesar de todos los obstáculos y de las dificultades todas.

No basta en efecto escribir buenos artículos ni pronunciar discursos excelentes. Es además preciso que las acciones correspondan á los escritos y á las palabras. Lo es tambien gobernar segun el Evangelio. Lo es, por último, conceder á la Iglesia el puesto altísimo que por riguroso derecho le corresponde.

Hé aquí por qué profeso á Luis Veuillot particularísima estimacion, á pesar de sus errores políticos. El príncipe de los escritores católicos no se ciñe á escribir en pro de la Iglesia: cree todo lo que nuestra Madre nos manda creer y practica todo lo que nos manda practicar.

Añadiré que es uno de los franceses que dispensa á nuestra patria justicia rigurosa. He dicho ya que prodigó los elogios más grandes á nuestros prelados. A lo cual me cumple añadir que habla con gran entusiasmo de Donoso. Dice que hablaba y escribia en francés mejor que muchos de sus compatriotas. Me habló además perfectamente del difunto señor don Pedro de la Hoz.

Puedo asegurar tambien que aprecia mucho á los legitimistas españoles. Me preguntó en Roma si aguardábamos una restauracion completa. Escuso manifestar que mi contestacion fué afirmativa. En favor de ella don Miguel Sanchez adujo el argumento de la gran suscricion que tienen los periódicos monárquicos. En honor de la verdad, otros pueden aducirse más concluyentes y decisivos. ¿Cuándo nos dispensará usted el honor de venir á España, le pregunté más tarde en París? Cuando el general vaya, respondió aludiendo á mi estimado amigo el señor don Rafael Tristany, marqués de *La Lealtad*. Lo que significan estas palabras no puede ser un misterio para ninguno de mis lectores.

El M. R. P. Fray Ceferino Gonzalez, concurrió tambien á las fiestas del Centenario. Le encontré en los jardines del Quirinal, experimentando una vivísima satisfaccion. Ansiaba yo conocer personalmente al insigne autor de los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás.*



Jesucristo.

Permítaseme decir, ántes de continuar, que el señor don Ceferino Gonzalez ha prestado un gran servicio á la causa de la Iglesia. ¿Quién ignora que aun las personas más ilustradas, casi nunca pueden consagrarse por multitud de razones al exámen detenido de las obras magistrales publicadas durante los siglos tan calumniados por los que aprendieron en ellas lo poco que saben? ¿Quién ignora que la lengua latina en que se escribieron yace casi olvidada y desconocida por completo? ¿Quién ignora que las ciencias han salido en los calamitosos tiempos presentes de sus cáuces naturales y legítimos?

El señor Gonzalez merece por consecuencia los elogios más cumplidos. Ha compilado y reunido en tres tomos las obras publicadas por el Angel de las Escuelas, refutando de pasada los argumentos más ó ménos sofísticos y las acusaciones más ó ménos insustanciales fulminadas contra las doctrinas del egregio discípulo de Alberto el Grande. Ha espuesto además sus ideas sobre las principales cuestiones ventiladas por el astro más brillante de la Edad Media tan maltratada, cuya grandeza moral aparece más de realce cada dia. Aunque don Ceferino Gonzalez no publicase más obras mereceria sin duda el aprecio y

la consideracion general: su nombre pasará indudablemente á la posteridad.

Pero el señor Gonzalez se propone dar á la estampa otro libro de Filosofía elemental para los Seminarios. Lo tiene muy adelantado y le dará próximamente á luz. A pesar de que su salud está muy quebrantada, no quiere dejar la pluma. Es un sabio verdaderamente católico. Es una de esas personas que se sujetan humildemente al trabajo para cumplir la ley impuesta por el Todopoderoso á todos los descendientes de Adan; que no buscan los aplausos ni los elogios de los hombres; que procuran utilizar sus talentos en beneficio de sus hermanos; que saben han nacido para enaltecer, amar y servir á Dios; que aspiran en fin, á la posesion de la bienaventuranza.

Vuelvo á decirlo. Le conocí y hablé con verdadera satisfaccion. Como las demás personas de talento privilegiado es humilde, y sencillo por demás. Ignora lo que vale y atribuye á Dios todo el merito de sus escritos superiores.

Involuntariamente lo comparé con esa multitud de *celebridades* que todos conocemos en Madrid. ¡Qué diferencia tan radical y tan profunda! ¡Qué distancia tan inconmensurable media entre el uno y las otras! Don Ceferino Gonzalez apenas es conocido con todo en nuestra patria, y lo son mucho por desgracia los *sabiondos* indicados.

Miremos por consecuencia con desden los aplausos del mundo. No vayamos en busca del áura popular. Procuremos solo cumplir con nuestros deberes y lograr la paz del alma, única que nos puede hacer venturosos durante nuestra peregrinacion sobre la tierra.

He hablado por incidencia de los jardines del Quirinal, en los cuales tuve la buena fortuna de conocer al insigne autor de los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*. Añadiré aprovechando la ocasion que se me presenta oportuna, que son indudablemente superiores. Hay en ellos árboles enormes, estatuas de mármol, pájaros vistosos, aves raras, estanques llenos de surtidores, una hermosa galería, una escalinata elegante y muchas cosas más dignas de admiracion. Lo es sobre todo una fuente donde se perciben sonidos armoniosos producidos por el juego de las aguas. Lo es además el casino del Papa adornado con pinturas al fresco de *Orizzonte,* de *Battoni* y de *Pannini*.

Desde los jardines fuimos al palacio contiguo. Levántase en la célebre plaza de su nombre, que se denomina vulgarmento *Monte Cavallo*. Célebre por sus adornos que forman un grupo admirable y célebre tambien por los sucesos políticos que trae á la memoria.

En medio aparecen las estatuas de Castor y Polux y un obelisco. En sus pedestales están grabados los nombres de Fidias y de Praxíteles, pero no se sabe con seguridad si salieron del taller de tan eminentes artistas. Se sabe sí que son griegas, como tambien que Sixto V las mandó quitar de las ruinas de las termas de Constantino y conducir á la plaza mencionada.

El obelisco es de granito rojo. Contiene geroglíficos y una inscripcion, segun la cual, fué dedicado por Augusto al dios Sol. Servia de gnómon para el meridiano del Campo de Marte. Fué descubierto en 1748 y elevado en la plaza cuarenta y un años después por disposicion de Pio VI.

Es notable tambien la fuente. Fórmala una gran palangana de granito que primero estuvo en el Foro.

La plaza del Quirinal fué teatro de lúgubres sucesos en 1849. Innecesario me parece recordar que Pio IX amnistió á todos los delincuentes políticos, realizando además algunas de las reformas que se le pidieron. Innecesario me parece recordar tambien que los amnistiados pagaron con la más negra ingratitud sus grandes beneficios y se pusieron á conspirar contra el mejor de los Reyes y el más amado de los Pontífices. Innecesario me parece recordar en fin las escenas espantosas que ocurrieron en la capital del mundo católico.

El palacio pontificio del Quirinal es uno de los mejores de Roma. Data del siglo XVI. Se comenzó en tiempo de Gregorio XIII sobre las ruinas de los baños de Constantino y fué continuado por Sixto V y por Clemente VIII. Se concluyó segun los planos de *Mascherino* y de *Fontana*.

He recorrido las habitaciones interiores de este palacio. Están llenas de mármoles, de pinturas, de muebles raros, de mesas, de jarros, de tapices, de crucifijos, de mosáicos, y de otros objetos que las embellecen. En vano se buscaria empero el lujo que se halla en casi todos los palacios de los príncipes y en muchos de los particulares. El mismo salon del Trono se distingue por su sencillez: frente á él está una imágen del Crucificado. El Papa por consiguiente contempla desde su sitial la figura de Aquel á quien suple y representa en este mundo.

Digo lo propio de su gabinete de estudio, de su alcoba, de otra sala donde permaneció Su Santidad durante la revolucion del 48, de su comedor, del salon de los Consistorios donde son nombrados los obispos y los Cardenales, y de otras muchas piezas que no puedo referir para no dar á este paréntesis exageradas proporciones. Hay en ellas ciertamente objetos de arte superiores, pero no deslumbran por su riqueza.

Algunos cuadros son sin duda de primer órden. Hé aquí los nombres de sus autores más acreditados.

Ribera, el Dominiquino, Julio Romano, Corregio, Pablo el Veronés, Guido, y Sebastian del Piombo.

El Papa no ha vuelto al Quirinal desde los sucesos de 1848. Quiere olvidar sin duda la ingratitud de sus malos hijos.

En el piso inferior está el Ministerio de Estado. Están igualmente las habitaciones donde se reunen los cardenales para el cónclave á la muerte del Sumo Pontífice.

En la capilla interior consérvase en un rico templete la cabeza de San Lorenzo. Está muy bien conservada, pero se nota perfectamente la terrible accion del fuego. Diríase que se adivina tambien la heroicidad del mártir al contemplar la espresion de aquellos restos inanimados y ennegrecidos.

XIV.

Mis lectores se habrán persuadido ya, no sólamente de que las fiestas del Centenario fueron magníficas, sino tambien de que Roma es la ciudad más admirable y sublime de cuantas en el mundo existen. La índole de mi libro no me ha consentido poner lo segundo de realce, ni tampoco me permite llenar ahora ese vacío. Fuera de que para describir las grandezas de la Ciudad de Dios no me faltan sólo el tiempo y el espacio indispensables: fáltanme tambien los conocimientos y las cualidades precisas de todo punto. Tengo la persuasion de que ni Bossuet, ni Chateaubriand, ni Balmes, ni Donoso hubieran logrado un éxito feliz. La tengo de que no la conseguiria en los tiempos presentes ninguno de los escritores católicos más insignes. La tengo por consecuencia sobre todo de que á intentar yo semejante tarea el fracaso seria completo y espantoso.

No son tan grandes por fortuna mis pretensiones. Quizás confío demasiado en mis fuerzas: es seguro que nunca las he considerado á propósito para bosquejar el aludido cuadro verdaderamente grandioso, incomparable, celestial.

Faltaria sin embargo á mi deber si no trajese á la memoria de mis lectores lo que de pasada he manifestado con motivo de la descripcion de las fiestas; si no agrupase en las ménos páginas posibles datos, noticias y consideraciones para cuyo desenvolvimiento necesitaria un gran volúmen; si no predispusiese á mis lectores contra los que, con deliberada intencion y designio sistemático, desconocen la supremacía de la capital del mundo católico, cerrando por consiguiente sus ojos á la luz de la evidencia. Yo reconozco, proclamo y defiendo esa supremacía considerándola bajo el punto de vista religioso, bajo el punto de vista social, bajo el punto de vista político, bajo el punto de vista moral, bajo el punto de vista científico y literario, bajo el punto de vista artístico y bajo el punto de vista material. A pesar de los límites á que tengo precision de sujetarme confío persuadir de lo dicho á mis benévolos lectores.

Séame lícito ante todo condolerme de la referida conspiracion repugnante que tiene por objeto no decir la verdad, tratándose de Roma, ó por lo ménos encubrirla y desfigurarla. Séame lícito condolerme tambien de que pasando más adelante los aludidos, inventen ó se hagan eco de todas las mentiras y de todas las falsedades y de todas las imposturas que se dicen contra nuestra patria espiritual. Séame lícito condolerme además de que hasta muchos católicos incurran en esta falta, que casi puede considerarse un crímen.

Claro es que no aludo precisamente á los ignorantes que son muchos, á los malos que no son pocos y á los necios que son infinitos. Es imposible de toda imposibilidad que los primeros pongan á Roma en el altísimo puesto que la corresponde. Tienen ojos y no ven, oidos y no escuchan, entendimiento y no consideran. La mayor parte no van á la ciudad de Dios ó permanecen poco tiempo en ella. Son hombres por otra parte que no alcanzan el mérito de las cosas, que lo tienen y que lo atribuyen grande á las más vulgares, innobles, ó ridículas.

Digo lo propio de los segundos. ¿Cómo han de alabar á Roma si Roma les acusa de contínuo con callada pero arrebatadora elocuencia? ¿Cómo han de alabar á Roma si Roma condena valientemente y sin contemporizacion de ninguna clase todos sus vicios, todas sus prevaricaciones, todos sus crímenes? ¿Cómo han de alabar á Roma si Roma suscita en su alma crueles remordimientos de conciencia?

En cuanto á los necios ¿qué han de hacer sino repetir todas las vulgaridades y propalar todas las calumnias que oyen? ¿Qué han de hacer sino considerar como artículo de fé las correspondencias, los artículos, las obras y los discursos escritos ó pronunciados contra la ciudad de Dios por hombres mercenarios, en cuerpo y alma vendidos al demonio de la Revolucion? ¿Qué han de hacer sino dar por falso lo que favorece á la capital del mundo católico?

Todo esto es muy natural y muy propio de la frágil y corrompida naturaleza humana. Pero ¿qué hacen esos políticos, esos literatos y esos sabiondos que van á Roma llenos de preocupaciones contra ella, y vuelven íntimamente persuadidos de su grandeza imponderable y sobrehumana? ¿Por qué no pregonan las glorias y grandezas de la ciudad inmortal? ¿Por qué no procuran desvanecer las prevenciones y las calumnias que contra ella existen y se propagan? ¿Por qué no hacen lo posible para poner las cosas en el lugar y en el punto que por riguroso derecho les corresponde?

¡Ah! esos hombres forman en Roma muy buenos

propósitos, pero raras veces los realizan. Raras veces los realizan porque les falta la humildad suficiente para reconocer sus pasados errores; porque están identificados con un órden político más ó menos hostil á la civilizacion que Roma representa y á los derechos de la Santa Sede; porque no tienen el valor necesario para luchar con preocupaciones grandemente arraigadas; porque les asusta en fin la idea de indisponerse con los príncipes temporales poco adictos por punto general á Roma y á los sucesores de San Pedro. Es positivo que todo poder tiende á estralimitarse y que los hombres, á menos que sean muy humildes, miran con cierta prevencion á los que ocupan puestos mas eminentes.

Todos reconocen la grandeza religiosa de la ciudad de Dios. No la reconocen solamente los católicos: la reconocen tambien los protestantes, que acuden á Roma de contínuo. Por esta consideracion y porque las fiestas del Centenario hablan con elocuencia irresistible y arrebatadora, trataré concisamente este punto capital.

¡Cuánto pudiera decirse sobre él si lo considerase preciso! Hablar podria de las cuatrocientas iglesias de Roma, comparables con los cedros plantados junto á las corrientes de las aguas y especialmente del espacio grandísimo que roban al aire, dando por decirlo así, á entender que todos se deben congregar en ellas; de su estilo arquitectónico; de sus capillas preciosas; de sus altares soberbios; de sus sepulcros magníficos; de sus cuevas ó subterráneos incomparables; de sus inscripciones sabias; de sus pinturas excelentes; de sus mosáicos portentosos; de sus paredes vestidas de mármol; de sus bóvedas atrevidas; de sus estatuas primorosas; de sus reliquias venerables; de sus ornamentos lujosos; de su riqueza inapreciable, ora se considere el valor de la materia, ora la perfeccion de la forma. Hablar podria tambien del culto espléndido que se consagra en ellas al Dios de las alturas; del primor exquisito con que se adornan y embellecen; de las dulces melodías que producen los instrumentos músicos que se tocan en ellas; de los acentos armoniosos con los cuales sorprenden, fascinan y arrebatan los coros que cantan dentro de su recinto; del perfume celestial que se respira sobre todo en las fiestas principales, y en fin de lo que dicen á la inteligencia, á la fantasía y á los sentidos. Hablar podria además de la consideracion que á los eclesiásticos se dispensa, comenzando por el Padre comun de los fieles, siguiendo por los Príncipes de la Iglesia y demás dignidades, continuando por los simples sacerdotes y concluyendo por los frailes más humildes de las Órdenes ménos distinguidas. Hablar podria por último de la muchedumbre inmensa de fieles que acude á la casa de Dios constituyendo uno de los espectáculos más grandiosos que pueden contemplarse sobre la tierra.

De todo me veo precisado á prescindir por las razones tantas veces referidas. Añadiré sólo que dicho movimiento religioso adquiere cada dia más grandes proporciones, como tambien que los templos siguen decorándose y embelleciéndose. Prescindiendo de la Basílica de San Pedro que tiene una fábrica en la cual trabajan de contínuo para ella y prescindiendo de otras iglesias cuyo nombre no recuerdo en este instante, puedo citar la de San Pablo verdaderamente suntuosa; la de Santa María *in Trastevere*, notable principalmente por el cuadro de la Asuncion que pintó el Dominiquino, por sus mosáicos y por sus columnas de granito, procedentes de un templo dedicado á Isis y á Serapis, y la de San Agustin, célebre sobre todo por el fresco de Rafael que representa al profeta Isaías, por la capilla en que aparece una imágen de la Vírgen que se atribuye á San Lucas, y por la biblioteca del convento contíguo que cuenta mas de 80,000 volúmenes. En todas se hacen obras considerables: se invertirá en la última gunda la cantidad de 140,000 escudos romanos, equivalentes sobre poco más ó ménos á tres millones de reales.

No quiero recordar lo que pasa en las demás capitales de las naciones católicas: quiero cubrir con un velo escenas espantosas de saqueo, devastacion y exterminio.

No pasaré á otro asunto sin salir al encuentro de una objecion que aducen contínuamente los enemigos de Roma. En España se ha presentado por algunos de los que intentan arrebatarnos la joya inapreciable de la unidad católica. Me refiero al barrio de los judíos. Dos palabras sobre este particular.

Resueltamente lo aseguro. Los que para defender la libertad de cultos se fundan en el barrio de los judíos no saben lo que se dicen. Pertenecen á esa turba de personas más ó ménos insustanciales que se paran en la superficie de las cosas sin penetrar en su fondo.

He atravesado con frecuencia el *gheto* y se ha fortalecido cada vez mas mi convencimiento en punto á la divinidad de la religion católica. A no saberlo, hubiese adivinado que me hallaba entre los descendientes de aquellos que con ingratitud sobre todo encarecimiento monstruosa crucificaron al Redentor, despues de hacerle sufrir tormentos cruelísimos cuyo recuerdo eriza el cabello, hiela la sangre en las venas y destroza el corazon. A ignorarlo, hubiera conocido que pertenecian á esa raza infame que pronunció contra sí misma en la embriaguez de su furor aquella terrible imprecacion cuyos efectos han sido son y serán siempre visibles. «¡Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Sí, se conocen y añadir pudiera que se palpan los efectos de aquella imprecacion espantosa. Me siento sin fuerzas para describirlos. Corresponden además al número de los inesplicables. No hay en mi paleta colores bastante negros y sombríos para bosquejar el cuadro á que me refiero. ¿Cómo describir las viviendas súcias y asquerosas de los judíos? ¿Cómo dar cuenta de sus caras repugnantes? ¿Cómo referir la degradacion moral en que se encuentran? ¿Cómo ponderar su avaricia, que trae involuntariamente la de Judas, glorificado en nuestros dias por el apóstata Renan? Imposible de toda imposibilidad.

Véase cómo los judíos de Roma constituyen por decirlo asi una prueba viviente de la divinidad de nuestra Religion sacrosanta. No hay quien al verles y sobre todo al tratarles no se persuada de su gran crímen, cobrándoles de dia en dia una repugnancia mayor.

Cúmpleme añadir que ha disminuido la dureza con que se les ha tratado ordinariamente. En el primer



Sepulcros antiguos.

dia del Carnaval entregaban una suma de dinero en prenda de vasallaje al Senador de Roma quien la recibia, dando despues un puntapié al que la dejaba en su poder. Encerrábaseles además por las noches en su barrio y no se les permitia establecer casas de comercio fuera de él. Se procuraba en fin impedir por todos los medios posibles que se comunicasen con los romanos.

Han caido en desuso algunas de estas costumbres, mas sin ser profeta creo poder asegurar que se restablecerán en breve. Los judíos abusan indignamente de la lenidad con que se les trata. Prescindiendo de todo lo demás, para no ser interminable, me bastará decir que son auxiliares poderosos de los enemigos de la Iglesia y de la Santa Sede. Si mis noticias son exactas han tratado recientemente de crucificar otra vez al Vice-Dios, á nuestro Santísimo Padre, al mejor de los Reyes, al más amado de los Pontífices, á Pio IX el bueno, el venerable, el egregio, el santo. . . . .

. . . .

¡Maldicion, maldicion sobre esos mercaderes abominables, sobre esos perseguidores de todo lo cristiano, sobre esos hijos de los que realizaron la espantosa, cruenta y horripilativa catástrofe del Calvario!

La que llamo grandeza social de Roma consiste precisamente en la influencia extraordinaria por no decir decisiva que ejerce en los destinos de la humanidad, no sólo por el carácter sobrenatural de la Santa Sede, sino tambien por ser la salvaguardia de la justicia y del derecho. Yo imagino á la ciudad de Dios colocada en una altura prodigiosa, á la cual no pueden subir las demás capitales del mundo.

Creo que nadie desconocerá lo que acabo de manifestar. Aun los revolucionarios y los impíos tienen puestos constantemente los ojos y fija la consideracion en la ciudad inmortal. Vociferan frecuentemen-

mente contra ella y en ocasiones toman el partido de ocultar los temores y sobresaltos que les ocasiona; mas es indudable que aún aquel empeño tenaz de zaherirla y este propósito deliberado de no mentarla constituyen una demostracion victoriosa de mi tésis.

Considérese por un instante lo que sucede en Italia. Los revolucionarios han logrado casi todo lo que se proponian. Han destronado á no pocos príncipes legítimos y caido como aves asquerosas de rapiña sobre sus Estados; han conseguido la cesion del Veneto, que no se puede recordar sin dolor y sin amargura; han arrebatado las mejores provincias pertenecientes á la Santa Sede; han convertido á la hermosa Florencia en la capital de su efímero reino; han saboreado el placer innoble de destruir el edificio de la civilizacion antigua levantado á costa de los mayores esfuerzos y de los más grandes sacrificios; han tenido en fin la fortuna de ver reconocida su obra nefanda por casi todos los gobiernos de Europa.

No están satisfechos sin embargo. Quieren á Roma á todo trance y se desgañitan pidiendo lo que no pueden conseguir. En el fondo de sus pretensiones más ó ménos ridículas, y de sus discursos más ó ménos extravagantes, hay un pensamiento profundo inspirado sin duda por Satanás: el de acabar con la grandeza deslumbradora que caracteriza y distingue á la capital del mundo católico.

Una cosa semejante puedo decir de los impíos. Les parece poco los triunfos que han conseguido en Europa; la libertad mal entendida que se les concede para seguir extraviando la inteligencia y corrompiendo el corazon de los que van por el camino de la virtud, y las seguridades que logran en punto á que reinarán en breve como soberanos del universo. No se satisfacen sin embargo. Les aterra la gravedad de las palabras que proceden de Roma; la energía sin igual con que defiende todo lo noble, todo lo bueno, todo lo digno, todo lo santo; la tranquilidad en fin con que cumple impávida su gloriosa mision sin hacer el menor caso de sus enemigos. Tambien estos quieren destronarla y hacerla objeto de ludibrio general.

Sí, esa grandeza existe y está confesada y reconocida por todos, inclusos los que procuran conseguir su desaparicion. Y no sólo existe, sino que cada dia es más brillante y más extraordinaria. Aumenta á medida que disminuyen ó desaparecen las demás levantadas en su daño; á medida que se palpan los resultados asombrosos de su conducta enteramente conforme con las prescripciones de la virtud y del honor; á medida por último que los pueblos se persuaden de que no pueden apartarse de Roma sin caer en el más hondo de los abismos y sin preparar el reinado de la más espantosa de las anarquías.

Tengo la conviccion de que dicha grandeza tomará todavía proporciones más colosales. El siglo XIX presenciará un espectáculo grandioso sobre toda ponderacion y encarecimiento. O yo me equivoco mucho ó se reproducirá el fenómeno de la Edad Media que parece un mito á infinidad de personas hasta cierto punto ilustradas. Roma tendrá de nuevo una influencia decisiva en los destinos del mundo.

Es imposible que no suceda lo que acabo de manifestar. La Europa ha perdido casi toda su fuerza moral. En vez de procurar recobrarla se contenta con la material que produce sólo en último término la muerte y el exterminio. ¿A dónde han de volver por consecuencia los ojos las naciones afortunadas á quienes Dios conceda la victoria en la lucha tremenda que todos consideran inevitable? ¿Quién arreglará las cuestiones que surjan no bien trate de reconstituirse la sociedad sobre bases más ó ménos seguras? ¿Quién pondrá término á la confusion de la época presente, que será mucho más espantosa todavía? ¿Qué autoridad se encontrará tan aceptable como la de Roma, no sólo por sus condiciones escepcionales, sino tambien por su prestigio asombroso, por su espíritu de justificacion y por la carencia de las pasiones y debilidades inherentes á la naturaleza humana, que fascinan y ciegan lastimosamente á los hombres? ¿Qué otra podrá refrenar las ambiciones desapoderadas, poner término dichoso á las antipatías y á los ódios, y señalar la senda de la bien comprendida civilizacion, para que todos marchen por ella y concluyan de estar en tinieblas y en sombras de muerte?

La grandeza política de Roma se debe á su gobierno paternal, tan propio de nuestra Religion sacrosanta, y tan opuesto á los demás de Europa, inclusos los establecidos en las naciones católicas.

No sin temor tomo la pluma para dilucidar este asunto. No sin temor, porque conozco las preocupaciones con las cuales debo combatir: difícilmente conseguiré que no me llamen exagerado áun aquellas personas que saben el crédito escasísimo que merecen ciertas noticias y determinadas acusaciones. ¿Quién no ha oido tronar contra el gobierno clerical? ¿Quién ignora que el romano es objeto de las mayores y más constantes invectivas? ¿Quién no recuerda las exigencias desatinadas de que ha sido y continúa siendo víctima?

No he pedido nunca un gobierno clerical ni he soñado en que sea indispensable. Es más. Inclínome á creer que hoy sólo en Roma es oportuno, pero casi todos los argumentos aducidos contra él me parecen insustanciales é impropios de personas serias. Por ésto y para no apartarme demasiado de mi propósito, juzgo conveniente no rebatirlos. Diré sólo que indudablemente los sacerdotes reunen por punto general para gobernar condiciones que no poseen los seglares. A poco que se mediten se reconocerá la exacti-

tud de mis palabras, que adquirirán mayor fuerza recordando lo que han hecho en España Jimenez de Cisneros y Juan de Ribera.

Una cosa semejante digo de las invectivas fulminadas contra el gobierno romano. Asi como hay personas para las cuales consiste la civilizacion en la existencia de muchos cafés, de muchos teatros, de muchos bailes, de muchos palacios, de muchas calles tiradas á cordel y de muchas cosas más que la pluma se resiste á consignar, las hay muy penetradas y persuadidas de que un gobierno es malo esencialmente si no cuenta con grandes ejércitos de mar y tierra, con innumerables agentes de policía, con Cámaras políticas, con periódicos *libres*, con gran comercio, con industria extraordinaria y con todo lo demás consecuencia natural de lo manifestado.

Afortunadamente se han desengañado muchos y persuadido de que las naciones pueden tener todo ésto y atravesar un período de grande y profunda decadencia. Yo añado que lo dicho las conduce indefectiblemente á su ruina, haciéndolas retroceder á la postre hasta los límites de la barbárie más espantosa. La situacion actual de Europa lo pone admirablemente de realce.

¡Cuándo se persuadirán los aludidos de que la civilizacion es asunto inmediato de las almas, segun la frase gráfica del ilustre Padre Félix! ¡Cuándo se persuadirán de que Roma no necesita ordinariamente grandes ejércitos, porque no trata de imponerse por la fuerza sino por la dulzura y la persuasion, porque ni remotamente sueña en conquistas ni en empresas temerarias y porque sus habitantes están demasiado bien para que se levanten en armas contra las autoridades! ¡Cuándo se persuadirán de que Roma no necesita ordinariamente gran número de agentes de policía, porque no está organizada dentro de su recinto la especie de guerra civil, resultado indispensable del parlamentarismo, ni alberga esa masa flotante de vagos ó delincuentes que deshonran y envilecen por decirlo asi las demás ciudades populosas! ¡Cuándo se persuadirán de que Roma no necesita esas cámaras cuyos individuos tienen de contínuo en los labios á su patria y casi nunca en su corazon; que constituyen una rémora constante para todo buen gobierno; que aprueban cuanto les piden los ministros á los cuales deben su eleccion, aunque sea eminentemente absurdo, inmoral y escandaloso; que mantienen viva en el pais la agitacion y la intranquilidad! ¡Cuándo se persuadirán de que Roma no necesita esos periódicos cuyos redactores dilucidan sin preparacion, sin conocimientos, sin facultades privilegiadas y añadir pudiera sin idioma las cuestiones de más importancia y trascendencia que se ventilan en el mundo político; esos periódicos que atacan cuanto existe de venerable sobre la tierra; esos periódicos donde hallan cabida los insultos más chavacanos y las calumnias más infames; esos periódicos en fin, que rinden culto á una personalidad más ó ménos pequeña, y que además están inspirados por un espíritu despreciable de ganancia ó granjería! ¡Cuándo se persuadirán de que Roma no necesita ese gran comercio que ¡tan contrario es á nuestra Religion sacrosanta; que desarrolla enormemente el amor al oro; que ciega y extravía á los que se dedican á él hasta el punto de hacerles olvidar ó prescindir casi por completo de sus obligaciones para con Dios, para consigo mismos, y para con sus semejantes! ¡Cuando se persuadirán en fin, de que Roma no necesita esa industria extraordinaria que organiza centros de corrupcion; que aleja de los pueblos la fraternidad cristiana; que destruye poco á poco la vida de familia; que rebaja en fin á los hombres criados á imágen y semejanza de Dios, poniéndoles y consagrándoles al innoble y bajo servicio de una máquina!

No, Roma puede muy bien carecer de todo esto y marchar sin embargo á la cabeza de la civilizacion bien comprendida. Para seguir en el puesto altísimo que ocupa, bástale además de lo manifestado y de lo que añadiré despues, disfrutar casi siempre de una paz octaviana, no obstante acudir á ella de todas las partes del mundo demagogos asalariados con el fin de perturbarla y destruirla. Bástale tener un gobierno que profesa un amor extraordinario á la justicia; que aborrece todo derramamiento de sangre; que pide contribuciones insignificantes; que no impone á los ciudadanos la obligacion de cargar con el peso de las armas; que les concede una libertad mucho mayor sin duda de la que les otorgan los demás de Europa; que no les vigila de contínuo en tiempos normales ni les ametralla en dias extraordinarios; que odia el trabajo terrible de las minas y de las manufacturas; que ama el de los labradores y de los artesanos; que protege todo desenvolvimiento legítimo y toda expansion racional; que ha sido alabado por último recientemente por el *Moniteur* de París, órgano oficial del Emperador que tanto ha hecho sufrir al Padre comun de los fieles.

Lo confieso ingénuamente. Yo fuí á Roma persuadido de que su gobierno era muy censurable. Creia sólo exagerados los ataques que se fulminaban contra él. Nunca pude imaginar que la insolencia y el descaro de sus enemigos llegase al último estremo. ¡Cuán cierto es que nunca se ha mentido y se ha calumniado tan descaradamente como en la época actual!

Despues de leer no poco, de observar mucho y de oir á los mismos adversarios del gobierno romano, es preciso ensalzarle y ponerle sobre las nubes. Es verdaderamente un gobierno paternal. Añadir pudiera

quizás que ha realizado el bello ideal de la monarquía católica. Comparándolo con los demás de Europa se comprende la distancia inconmensurable que le separa de los liberales, establecidos en casi todas las naciones europeas, hacia los cuales no se puede ménos de sentir una repulsion invencible.

No aconsejaria con todo á los soberanos temporales que lo establecieran en sus naciones respectivas. Es preciso tener en cuenta que Roma será siempre una ciudad excepcional, á ménos que Dios, en sus altos juicios, hubiese resuelto trasladar más adelante á otro punto la Silla de Pedro. Es preciso considerar por consecuencia el carácter espiritual de su Soberano. Es preciso en fin recordar que las ideas revolucionarias han hecho imposible ciertas contemplaciones é indispensable la organizacion de un poder fuerte, riguroso y enérgico.

Y ménos puede recomendarse la lenidad del amadísimo Pontífice que rige felizmente la Iglesia de Dios. Pio IX ha llevado su bondad á un punto indescriptible. Entrégase casi siempre á los impulsos generosos de su corazon. Sabe que muchos abusan de su generosidad y sin embargo multiplica sus favores y sus beneficios. Es un santo que no se cansa de hacer bien; es un anciano que no cesa de bendecir y de perdonar; es un imitador de Jesucristo que procura siempre levantar á los caidos.

¡Y se ha tenido la osadía de llamarle ingrato y terco porque no queria complacer á los gobiernos que se le mostraban sumisos á fin de conseguir que aprobase los crímenes perpetrados contra la Santa Sede! Líbreme Dios de impugnar tan impías acusaciones. Para nadie puede ser un misterio que su *obstinacion* y su *terquedad* han salvado al mundo próximó á una conflagracion espantosa; que todos los príncipes que han cedido están amenazados de muerte; que su valor se ha infundido en muchos de sus hijos resueltos á sufrir toda clase de amenazas y de tormentos en defensa de sus creencias santas y de sus convicciones profundas; que ha podido dar y da realmente con frecuencia lecciones á los sabiondos que trataban de que marchase por sus caminos nefandos; y en fin, que la humanidad no irá por sus cauces legítimos hasta que acepte los consejos y se ajuste á las enseñanzas de los sucesores de San Pedro.

No necesito traer á la memoria la espantable corrupcion á que llegó Roma en los últimos tiempos del paganismo. Trátase de un punto muy conocido, del cual dije además algo anteriormente.

Tampoco describiré la trasformacion radical conseguida por el Cristianismo. Lo que hace á mi propósito es decir que Roma sigue constituyendo en punto á moralidad una escepcion brillante de la regla general. Lo que son París, Lóndres, Viena, Berlin, Madrid, etc., lo saben de seguro mis lectores ó por lo ménos lo adiviuan.

Me consta que se asegura lo contrario de lo que afirmo y no se me oculta que algunos me acusarán de parcial ó de cándido en demasía. Algunas palabras sobre ésto.

Es preciso ante todo distinguir á los romanos de los forasteros. Muchos de éstos brillan y resplandecen sin duda por sus heróicas virtudes, mas es indudable que muchísimos se distinguen por su inmoralidad y por su corrupcion. Muchos artistas pensionados por sus naciones respectivas ó por simples particulares; muchos políticos ó diplomáticos de esos que quieren arreglar el mundo y no saben gobernarse á sí propios; muchos militares pertenecientes al ejército de ocupacion y muchas personas que van á la capital del mundo católico para contemplar sus monumentos, ver sus funciones religiosas, acudir á sus fiestas populares y disfrutar de su temperatura deliciosa, observan incuestionablemente una conducta depravada; mas ¿quién osará escribir por ésto contra Roma un capítulo de culpas? ¿Cabria desacuerdo mayor?

El capítulo de culpas escríbese sin embargo. Se repite un fenómeno constante. Los que tienen la desgracia de caer forman gran empeño en que caigan los demás. Los mismos que han deshonrado con su presencia impura la ciudad de Dios vociferan luego contra ella y la suponen entregada á los excesos y á los vicios más repugnantes.

Calumnian á Roma y la calumnian á sabiendas. Ciertamente los romanos no son espíritus angélicos. Hombres son de carne y hueso como los demás, pero es indudable que por punto general llevan una vida irreprensible. ¿Quién ha visto en Roma esas vivas encarnaciones del vicio con las cuales tropiézase á cada momento en los demás capitales de Europa? ¿Quién ha escuchado esas blasfemias que se oyen con frecuencia en otras ciudades populosas? ¿Quién ha oido esas horribles historietas escandalosas tan abundantes en otros puntos, por las cuales se viene en conocimiento de que la familia atraviesa una crísis horrenda y espantosa? ¿Quién ha presenciado esos espectáculos consentidos por autoridades que desconocen la nocion de sus deberes? ¿Quién ha descubierto que se cometa tambien con frecuencia el delito de la exposicion de los hijos que repugna tanto á la naturaleza humana? ¿Quién ha podido sostener que la estadística criminal ofrece cantidades fabulosas, como en los demás paises?

Añadiré que sucede lo que ha de acontecer por necesidad. Es absolutamente imposible que la capital del mundo católico corra parejas con las demás del mundo. Lo es por las promesas inefables y divinas que tiene en su favor; lo es por el culto suntuoso que se rinde al verdadero Dios en centenares de iglesias

y de capillas; lo es por el sinnúmero de sacerdotes y de frailes que procuran conducir á los romanos á la cumbre de la perfeccion cristiana, casi desde que abren sus ojos á la luz hasta que entregan su espíritu al Señor; lo es por el cuidado exquisito con que se reprimen todas las manifestaciones del error, del mal y del vicio. En Roma no se consiente la publicacion de libros, novelas, periódicos, folletos y hojas sueltas contrarias á la religion ó á las buenas costumbres. En Roma no se tolera la representacion de ninguna obra dramática inmoral. En Roma no se permiten esos bailes indecentes que corrompen sobre todo á la inexperta juventud. En Roma se reprimen los alardes impudentes del vicio que tanto escandali-



Vista de Nápoles y del Vesubio.

zan á los hombres honrados en las grandes poblaciones *civilizadas*. En Roma se prohibe la organizacion de sociedades que á la postre constituyen un peligro para la paz de las familias. En Roma se reprime el juego. En Roma finalmente se procura y se consigue que la hez do la sociedad no salga á la superficie y la manche con su contacto impuro, á semejanza del barro corrompido que suele haber en el fondo del agua contenida en cualquier sitio, bastante para enturbiar el manantial si se comete la imprudencia de agitarlo y removerlo.

No pasaré á otro asunto sin protestar enérgicamente contra los que dicen que todo se consigue por dinero en la capital del mundo católico. Es una calumnia grosera. Prescindiendo de que sólo se logra lo que se puede conceder, ¿quién ignora que por las gracias se perciben derechos insignificantes? ¿Quién ignora que casi todos los abusos son cometidos por los agentes?

Sí, es preciso decir la verdad en alta voz. Muchos italianos y muchos que no lo son comercian con las cosas mas santas. Y no se limitan á veces á percibir los derechos que se consignan en los mismos Breves, sino que piden más, asegurando que aquellos se quedan en las oficinas. Otras falsedades cometen más dignas aún de vituperio. Me consta que la Congrega-

cion de la Propaganda ha hecho indicaciones terribles contra ellas y contra sus autores. Desgraciadamente llevan algunos el traje talar: más de uno ha nacido en España.

Bajo el punto de vista científico y literario Roma figura tambien en primera línea. La demostracion está hecha. Bástame reproducir todo lo que manifesté al reseñar las solemnidades académicas dispuestas con motivo del Centenario. A mayor abundamiento, hé aquí lo que dice don Santiago Margotti en su excelente libro titulado *Roma y Lóndres*. Lo recomiendo á todos, pero muy especialmente á los defensores de la civilizacion moderna, la mayor parte de los cuales desconocen por completo la Religion del Crucificado.

Puede decirse con verdad que el pueblo de Roma es un pueblo de filósofos, porque en Roma no se hallará un solo individuo que no sepa el catecismo católico. Y ¿qué es este catecismo sino el tratado más sublime y completo de filosofía? Así lo juzga un filósofo no sospechoso de extremada adhesion á la Iglesia, Mr. Jouffroy: «Existe, decia, un librito que se hace aprender á los niños y acerca el cual se les pregunta en la Iglesia: leed este librito y hallareis en él una solucion á todas las cuestiones que he propuesto, á todas sin exceptuar ni una sola. Preguntad al católico de dónde viene la especie humana y lo sabe; preguntadle cómo se va y lo sabe tambien. Preguntad al pobre niño, que no ha pensado jamás por qué está aquí abajo y qué será despues de la muerte, y os dará una respuesta sublime.—El orígen del mundo y de la especie humana, las cuestiones de razas, el destino del hombre en esta vida y la otra, las relaciones del hombre con Dios, los deberes del hombre respecto á sus semejantes, los derechos del hombre sobre la creacion, nada de esto ignora, y cuando sea mayor no dudará jamás sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes.»

«Algunos levantan la voz contra Roma porque hay en ella 1252 clérigos y 2912 frailes, sirviéndoles de argumento para declamar contra el gobierno clerical y preguntando qué hacen tantos curas y religiosos en la Roma de los Césares. ¿Qué hacen? Hacen el filósofo; enseñan el catecismo católico; al más ignorante ciudadano de Roma le vuelven mas sabio que Ciceron, Virgilio, Horacio y Séneca; hacen que la ciencia que, en la Roma de los Césares, era el privilegio de un corto número, sea propiedad de todos; hacen lo contrario de lo que hacian los sabios antiguos, los cuales consideraban incapaces de doctrina al vulgo de los ciudadanos y á la innumerable masa de los esclavos; enseñan al hombre del pueblo la solucion de aquéllos problemas que estudiaron inútilmente Pitágoras, Platon y Aristóteles. Los frailes y los clérigos hacen en Roma algo más; pero aunque sólo hiciesen esto seria suficiente para que fuesen bendecidos.»

Que Roma es tambien la capital artística del mundo nadie lo niega ó desconoce. Todos saben que sus museos contienen muchas de las obras más ricas, célebres y memorables de la escultura antigua y de la pintura moderna, bien que falten los modelos del arte puro cristiano; que viéndolas y examinándolas se confunde, asombra y anonada el espíritu; que los autores de las correspondientes á los siglos cristianos han sido y continúan siendo admirados y enaltecidos por los Papas, por los Príncipes y por el pueblo; y en fin que á la Ciudad de Dios acuden artistas de todas partes para estudiar esas estupendas, maravillosas é inmortales creaciones del genio.

Bien se comprende por otra parte que la índole de mi libro no me deja entrar en detalles más ó ménos minuciosos. Fáltame además el espacio preciso. ¿Cómo dar cuenta de lo que contienen los palacios, *villas*, museos y galerías de Roma? ¿Cómo referir siquiera las obras más principales? ¿Cómo mencionar las existentes en el Vaticano, que conserva tantas y tan diversas preciosidades? ¿Cómo manifestar en fin mi pobre opinion sobre los cuadros y los frescos de Rafael y de Miguel Ángel, ornamentos del palacio en que mora el augusto representante de Jesucristo?

Para ésto último carezco además de los conocimientos indispensables. No participo del entusiasmo que producen algunas de las pinturas más celebradas y dudo que sus autores conocieran á fondo las leyes inmortales de la belleza; pero no me atreveré á quitar la corona de sus frentes augustas ni á combatir las creencias y opiniones profundamente arraigadas á que me refiero. A los inteligentes dejo el cuidado de averiguar si, por ejemplo, el Juicio final de la capilla Sixtina puede citarse como la expresion de la idealidad cristiana, ó si los procaces desnudos que aparecen en el mismo y el tono general de la obra se distingue por sus reminiscencias paganas. Déjoles el cuidado de inquirir si en otras composiciones se observa más expresion de formas que de ideas; si su dibujo es correcto; si su color dista mucho del que dió á las suyas Pablo el Veronés; si su armonía puede compararse por ningun concepto con la que caracteriza las de nuestro incomparable Murillo; si se nota el ambiente que distingue á las de Velazquez, gloria tambien de España; si carecen de unidad y de perspectiva; si resplandecen por la pureza de sus líneas y por lo ténue de sus matices; si es suave y hermoso su conjunto, y todo lo demás en fin que tratan y dilucidan con más ó menos instruccion y mejor ó peor gusto. Déjoles igualmente por último la tarea de discurrir sobre las ventajas é inconvenientes de

copiar las mejores obras paganas, sobre la significacion é importancia del Renacimiento aplicado á las artes, y sobre la necesidad de proteger la tendencia que se nota favorable al arte cristiano.

Algunas palabras sobre este punto. Don Joaquin Francisco Pacheco ha dicho á tal propósito. «Para el arte religioso carecemos de fé. No que se haya acabado, ni que esté á punto de acabarse el cristianismo: no que falte en nuestras sociedades del dia quien crea en Dios con firmeza, ni quien le ruegue con necesidad y con lágrimas. Pero la época, en globo, es más descreida que lo fué en esos siglos que acabamos de citar: la fé es hoy un resultado de la reflexion y del infortunio, más que una cándida inspiracion de la inocencia: los que somos y nos llamamos cristianos lo somos de seguro más filosófica y ménos sencillamente qúe nuestros abuelos. ¿Cuántos pintores de nuestra edad comulgaran al empezar sus cuadros, como dijimos ántes que lo verificaba Bartolomé Murillo?»

«Pues bien: los artistas que no sean religiosos, completamente religiosos, de espíritu y de ánimo, de imaginacion y de mente, de cabeza y de corazon, nada podrán hacer en ese género, por más que se fatiguen, que sea comparable á lo que con tanta facilidad hicieron sus antepasados que creian como niños, con fé, con esperanza, con sencillez de sentimientos. Para ellos, ó será esta rama del arte un trabajo mecánico al que faltará la inspiracion divina, el *Deus in nobis*; ó esa inspiracion, ese *Deus*, consistirán en algo vago, filosófico, confuso, desacorde con el propio cristianismo, impotente en parangon con él para todo lo que ha de sojuzgar la inteligencia y ha de arrobar el alma. Será arte ateo, arte racionalista, arte panteístico, y no arte católico el que realicen. Harán cuando más lo que han hecho Kaulbach y Cornelius en sus célebres cartones. Sorprenderán, abrumarán tal vez; pero no encantarán con puro celestial deleite, como no encantaron los maestros de la Restauracion y áun algunos de la decadencia. No harán Sacras Familias como Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto, Madonnas como Rafael, Santos como Zurbarán, Cristos crucificados como Velazquez, Concepciones y Glorias como Murillo. Que prueben á competir con la prision de San Pedro ó con el San Antonio de la catedral de Sevilla y el mundo entero proclamará su inferioridad y su impotencia.»

No estoy enteramente conforme con estas palabras y mucho ménos con otras que proclaman mucho más abiertamente todavía, la imposibilidad de que el arte vuelva á la altura prodigiosa que ocupó en siglos anteriores. Si es cierto que atraviesa un período de lastimosa decadencia lo es tambien que tomará pronto un vuelo de águila, asombrando otra vez al mundo. Asi ha de suceder necesariamente si la reaccion religiosa política y social que vengo anunciando no es un error de mi entendimiento sojuzgado por la fé. Es imposible de toda imposibilidad que los artistas sean los únicos que se mantengan abrazados á sus faltas y á sus errores. Por grandes que se supongan sus prevaricaciones y por lastimosas que sean sus caidas, se levantarán radiantes de alegría y llenos de dignas resoluciones, en el dia no lejano de le resurreccion moral del mundo católico. La llama del genio brillará otra vez en sus frentes, el hálito divino que inspiró á Rafael hará nuevamente fecundas sus privilegiadas facultades, y las generaciones venideras se extasiarán ante sus obras más notables que las mejores de Praxíteles y de Fidias, de Rafael y de Miguel Angel, de Mengs, y de Cánova, de Alvarez y de Overbeck.

Y pues he citado á este último, séame lícito darle gracias por sus esfuerzos en favor del arte cristiano. Puede considerarse como uno de los precursores de la benéfica reaccion indicada. Sus teorías exactas sobre el arte; su célebre frase atrevida. «cuando Rafael abandonó á Perugino, Dios abandonó á Rafael» y sus cuadros notables le colocan sin duda en primera línea. Alguno de los que han combatido sus pensamientos generosos han confesado que su influencia ha hecho que se modificasen antiguas creencias y que cediesen preocupaciones muy arraigadas.

Alimento la esperanza de que muchos seguirán sus huellas y de que algunos compatricios nuestros contribuirán poderosamente á la resurreccion del arte cristiano. Prescindiendo de otros que no están en Roma, yo espero mucho de Fortuny, de Rosales, de Maureta, de Pages, y de otros cuyos nombres no recuerdo en este instante. Continuando mucho tiempo en Roma, no perdiendo de vista el ejemplo incomparable de Murillo y considerando que no basta el talento y que la aplicacion es indispensable de todo punto, lograrán la proteccion que ansían y los aplausos que apetecen.

La grandeza material de Roma es tambien clarísima como la luz. Muchos aseguran lo contrario porque se limitan á repetir lo manifestado por los enemigos de la ciudad inmortal, ó porque pertenecen al número de los que se figuran consiste aquella en calles muy anchas, en paseos muy dilatados, en tiendas muy bonitas, en cafés muy grandes y en teatros muy hermosos. Sin nada de esto puede sin género de duda una ciudad resplandecer por su grandeza material. Y puede sobresalir entre todas las que se distingan exclusivamente por lo dicho.

En este caso encuéntrase la capital del mundo católico.

Líbreme Dios de referir siquiera los nombres de todos los edificios notables que sobre su suelo se levantan. Para demostrar mi tésis me bastará hacer mencion de sus trescientas y tantas iglesias y principalmente de la Basílica de San Pedro, sobre la cual podria escribirse un volúmen; de la de San Juan de Letran, cuya capilla Corsini se ha llamado un diamante, asi como una imitacion de un diamante su capilla Torlonia; de la de San Pablo que se citará siempre como un gran monumento del siglo XIX;



Molino y horno de Pompeya.

de la de Santa María la Mayor, en cuya capilla Borghese se conserva el primer oro que trajo Colon de las Indias Occidentales; de la de la Minerva, que tiene cierto carácter gótico, en la que se conserva el cuerpo de Santa Catalina de Sena, declarada por Pio IX patrona de la ciudad inmortal; de la de Santa María de los Angeles, levantada por Miguel Ángel sobre las ruinas de las termas de Diocleciano; de la del Jesus, una de las más ricas y bellas de Roma; de la de Monserrat, fundada por catalanes y aragoneses; de la de Santa Cruz de Jerusalen, que la tradicion atribuye á la dichosa madre de Constantino; de la de San Cárlos, notable por sus pinturas, por sus mármoles y por sus estucos; de la de Santa Inés; doblemente memorable desde 1849, que presenció una especie de prodigio obrado por Dios en favor del actual Pontífice-Rey; de la de San Andrés *della Valle*, que contiene obras de Miguel Angel, del Dominiquino y de Lafranc; de la de los Santos Apóstoles que conserva una de Cánova; de la de Ara Cœli, construida sobre el solar que ocupaba el templo consagrado á Júpiter Capitolino, y célebre

además por su *bambino*, pequeña estatua del Niñoj Jesus; de la de Santa Cecilia, notable por sus columnas de granito; de la de Santa María del Huerto, levantada segun los diseños de Julio Romano, y de tantas otras, en fin, que sorprenden y llenan de asombro á cuantos las contemplan. Me bastará recordar tambien sus palacios suntuosos, sus villas hermosas, sus plazas extensas, sus puentes soberbios, sus jardines amenos, sus puertas elegantes, sus fuentes magníficas, sus acueductos momorables, sus panoramas deliciosos y mil cosas sobre cada una de las cuales traen las guias datos abundantes y curiosos. Me bastará mencionar sus antigüedades, sus ruinas, y principalmente su panteon trasformado en la iglesia de Santa María de los Mártires, edificio incomparable suficiente por sí solo para comprender el mérito extraordinario de la arquitectura griega, su coliseo, su castillo de Sant-Angelo, sus arcos de Septimio Sevoro, de Tito y de Constantino, su Foro, á quien un autor ha llamado el primer sitio histórico del mundo, su Capitolio, su palacio de los Césares, sus termas, sus teatros, sus columnas, sus obeliscos, sus sepulcros y sus templos consagrados un dia á los dioses innumerables del Olimpo. Me bastará, en fin, traer á la memoria lo manifestado anteriormente, y asegurar que es nada en comparacion de lo quo pudiera añadir si la índole de mi obra y los límites á que debo ceñirla lo consintieesen.

Permítaseme únicamente trascribir las siguientes líneas de don Joaquin Francisco Pacheco, que acaban de bosquejar mi pobre cuadro sobre Roma. Excuso decir que no estoy conforme con todas sus apreciaciones. «Con la historia que acabamos de reseñar, no debe dudarse lo que es, lo que puede ser el pueblo romano. Hemos dicho ya que los antecedentes son mucho para cualquier pueblo; que el que tiene tradiciones no alcanzará, por más que quiera, á borrarlas ni á confundirse con ol que de ellas ha carecido. Será, repetimos, un gran señor arruinado; pero será siempre y necesariamente un gran señor.»

«Este de Roma en que nos ocupamos al presente, es ante todo una bella y noble raza. La Italia y los campos del Tíber en particular, llevan en esto la primacía á todas las regiones de Europa. Si en Francia encontrais una gran nacion, si en España un gran pueblo; aquí entre los Alpes y el Mediterráneo, no podeis ménos de ver esa superioridad física del individuo, que se enlaza con los tiempos clásicos, y que contribuye á explicar algunos de los hechos, algunas observaciones que quedan consignadas en los presentes apuntes. Degradado por quince siglos de infortunio y de malestar, abrumado por tanta desgracia y tanto envilecimiento como han caido sobre él, el romano ofrece todavía la recordacion memorable de aquellos hombres enérgicos que se pusieron al frente de Italia, destruyeron á Cartago, su etaron la Grecia, dominaron el mundo. Al volver de cada esquina, en el rincon de cada taller, sobre las varas de cada carro de heno, os hallareis con una fisonomía que os parecerá arrancada de las más célebres medallas, descendida de los más característicos bustos del Capitolio. Aquella frente, aquella nariz, aquella boca, ya las habeis visto en los retratos de losGracos, de los Brutos, de los Escipiones. Es su misma sangre, son sus propios hijos, los que fuman descuidadamente en los Montes y se tienden al sol en el Transtévore.»

«Lo propio diremos de las mujeres romanas. Su talla es elevada, ancha su cintura, fuertes sus facciones, grandes sus pies. Teneis la repeticion de las matronas antiguas, Porcia, Julia, la misma Popea: líneas fundamentales nobles, rasgos verdaderamente esculturales, y ninguna lindeza pequeña y de pormenor. Eso buscadlo ahora en Siena y en Florencia, como los antiguos lo iban á buscar á Corinto y á Cádiz: eso no lo busqueis en Roma, porque de seguro no podreis encontrarlo allí.» . . . .

Pongo aquí punto final en la seguridad de que mi tésis queda completamente demostrada, no obstante, mis pobres facultades. ¡Con cuánta razon se ha dicho que toda grandeza ha de humillar en Roma la frente y que todo genio ha de pedir su bautismo y su consagracion á la capital del munda católico!

NÁPOLES.

Abro aquí un paréntesis para decir algunas palabras y hacer algunas consideraciones sobre Nápoles, denominada con justicia la reina del mar Tirreno. El ánimo se sobrecoge y abruma considerando la grandeza del asunto y la pequeñez del que para cumplir un solemne compromiso, ha de bosquejar un cuadro superior, sin género de duda, á sus fuerzas escasísimas. Por fortuna me propongo marchar por sendas contrarias á las que han seguido los grandes publicistas que se han encontrado en mi situacion. Apenas me detendré á describir el golfo hermosísimo, ni á enumerar las preciosidades del Museo Borbónico, uno de los mejores del mundo, ni á poner de manifiesto las costumbres mas ó menos poéticas y singulares de los napolitanos. En mi pobre trabajo se descubrirá únicamente al católico de viva fe, al monárquico que se postra humilde ante la legitimidad caida, y aborrece con toda su alma á la iniquidad triunfante, al español, en fin, que se acuerda siempre de su patria idolatrada, desconocida por casi todos los extranjeros, y puesta en ridículo por muchos de sus hijos ingratos.

He indicado ya que la capital del reino de las Dos Sicilias es una de las ciudades que más provecho pueden reportar á los que tienen la dicha de seguir las pisadas de Jesucristo. La mayor parte de los escritores no lo reconocen y se limitan á referir sus bellezas verdaderamente imponderables.

Sin incurrir á sabiendas en la menor exageracion, afirmo que, bajo cierto punto de vista, Nápoles puede proporcionar á nuestra Religion sacrosanta triunfos más preciados que Roma. Defenderia la tésis en absoluto, si en la ciudad santa no residiesen los Papas, y no se hallase, por consiguiente, protegida por Dios de una materia notoria, visible, palpable.

Voy á desenvolver mi pensamiento. Yo afirmo, contra la opinion general, que la sociedad está en vísperas de una restauracion completamente favorable á la Iglesia de Dios. Con los ojos de la fé, la veo con suma claridad, y me asombro de que los demás duden ó nieguen resueltamente. Las naciones van comprendiendo mejor cada dia lo mentido y lo falso y lo deleznable de toda civilizacion, opuesta clara ó encubiertamente al Evangelio.

Insisto en una cosa que me parece indudable. La generacion que avanza, es mucho mejor que la que desaparecerá en breve, la cual, á su vez, no anda tan perdida como la que desapareció casi por completo. La raza de aquellos impíos, que hipócritamente invocaron el nombre augusto de la Trinidad Santísima en el principio de la famosa Constitucion de Cádiz, no ha tenido por fortuna sucesores. Los hijos de los doceañistas han pecado generalmente de muy diverso modo. Cierto que frecuentemente han demostrado tener extraviada su inteligencia y corrompido su corazon, mas tambien lo es que en lugar de hacer gala como sus padres, de sentimientos religiosos que no poseian, hánla hecho de una impiedad que no estaba, de seguro, en su corazon. Por espacio de mucho tiempo, fué moda deprimir ó tener por lo ménos en poco á la Religion divina y á sus Ministros venerables. Innecesario me parece manifestar que tan insensata conducta, produjo males de gran consideracion, cuyas fatales consecuencias palpamos todavía. Muchas personas á quienes Dios no ha concedido ese talento superior ó esa gracia especialísima, mediante la cual se comprenden las situaciones mas difíciles y complejas, y se adivina el porvenir, pudieron creer que el mundo entero quedaria otra vez sumergido en tinieblas y en sombras de muerte.

La reaccion comenzó y va tomando diariamente proporciones colosales. Pero ¿quién afirma que la humanidad vuelve al buen camino por las vias del amor? ¿Quién no reconoce que torna de nuevo á él por las del temor, recomendadas igualmente por la Iglesia de Jesucristo, bien que con ménos eficacia? Recomendadas, sí. Nuestra Madre divina, ha santificado, si puedo hablar así, los dos poderosos estímulos que pueden compeler al hombre al cumplimiento de sus obligaciones sagradas. Los descendientes de Adan pueden obrar por amor ó por temor. Puede confortarles la consideracion del premio inmortal que Dios tiene preparado para sus escogidos, ó decidirles á marchar por las sendas de la virtud y del honor la imágen del castigo espantoso dispuesto para los malos.

Dios puede sin duda iluminar al prevaricador con una luz sobrenatural semejante á la que produjo la conversion de San Pablo; mas ¿quién duda que generalmente la resurreccion espiritual de los católicos se consigue por medios distintos? Principian sintiendo ese hastío que jamás abandona á los que caen y se degradan, siguen considerando el bien perdido que á su fantasía se presenta con los más brillantes colores, y temen despues la desventura infinita que seguirá infaliblemente si no toman una determinacion generosa. Así comienzan casi siempre las conversiones. Se dan despues grandísimos avances. La Religion presta esas alas sublimes con las que se llega más pronto ó más tarde á la cumbre de la perfeccion cristiana. Los convertidos reciben cada dia gracias más copiosas, y experimentan dulzuras cada dia más inefables. Miran con horror siempre creciente sus pasados extravíos, así como al espíritu del mal que á ellos les compelia, y aman con afecto siempre mayor á Dios, que les miró con ojos compasivos, preparándoles ya en la tierra una vida dichosa, débil y pálido reflejo de la que les aguarda en la Jerusalen celestial. Llegan últimamente á esas iluminaciones místicas, á esos deliquios inefables, á esos éxtasis amorosos, á esos dolores indescriptibles, á ese contínuo suspirar por las cosas celestiales, á ese perenne hastío hácia lo perecedero, á todos los demás efectos de la gracia desconocidos por los indiferentes, y admirados por los campeones esforzados de la milicia de Cristo. Llenos de fuerzas sobrenaturales para despreciar los halagos del mundo, para oponer un dique formidable al torrente devastador de las pasiones degradantes, para purificar todos los afectos desordenados, para resistir y vencer en fin al enemigo, comparado por el Príncipe de los Apóstoles con un leon rugiente que anda siempre á nuestro alrededor buscando la ocasion de devorarnos, experimentan la poderosa irresistible atraccion que les lleva á Dios á quien aman entónces necesariamente.

Ahora bien. No ignoro lo que sucede en la capital del mundo católico. Me consta, por el contrario, perfectamente. Es seguro que se comienza dentro de su recinto la conversion de muchos protestantes. Lo es tambien que en ella se deciden muchos católicos á observar una conducta conforme de todo punto con

las prescripciones de nuestra Madre amorosa y divina. Lo es igualmente que muchos llegan en poco tiempo á la cumbre de la perfeccion cristiana. Todo esto es indudable; mas ¿quién negará que Nápoles puede producir resultados maravillosos por sus circunstancias especiales? ¿Quién negará que Dios ha ostentado su terrible poder en la capital del reino de las Dos Sicilias? ¿Quién negará que la vista del Vesubio y de las ciudades que ha destruido completamente, es muy á propósito para mover á los que marchan por sendas de perdicion, hasta el punto de hacerles tomar generosas y heróicas resoluciones?

No ignoro que muchos contemplan el volcan con una impasibilidad extraordinaria, y que recorren las ruinas de las poblaciones que hizo desaparecer con una calma estóica. No se me oculta tampoco que hay entre los aludidos, muchos personajes que se imaginan poseedores del talento, del saber y de la experiencia indispensables por punto general para separarse del camino trillado por el vulgo, y marchar por la senda propia de los sabios. Me consta, en fin, que la mayor parte de los escritores y de los estadistas que creen haber recibido la mision de salvar al mundo, se acreditan en este punto de insustanciales, pudiendo aplicárseles por lo tanto aquellas palabras de la Escritura que más de una vez he recordado: Tienen ojos y no ven, oidos y no escuchan, entendimiento y no consideran. ¡Singulares *sabios* á quienes puede dar lecciones de filosofía católica un niño de doce años! ¡Singulares *genios* que no discurren siquiera como esas personas que jamás han penetrado en el templo augusto de Minerva, y que viajan con el único fin de pasar agradablemente algunos dias! ¡Singulares pensadores, que se confunden con esa turba de versistas que no merecen siquiera el honor que Platon concedia á los poetas de su tiempo! ¡Singulares apologistas de la razon, á quienes dan ejemplo los que sostienen las sacrosantas prerogativas de lo sobrenatural, y son por tal motivo ridícula y absurdamente denigrados!

Nápoles es una ciudad grandemente religiosa. Muchos creen lo contrario, porque los revolucionarios, profundamente impíos, dominan hoy en ella á guisa de conquistadores. Ven la Iglesia perseguida, como tambien á sus ministros tratados indignamente, y no comprenden que la capital del reino de las Dos Sicilias pasa por una crísis horrible, que por ningun concepto puede ser duradera. No recuerdan tampoco que los genuinos representantes del pais, cuyas ideas y sentimientos son profundamente religiosos, están expatriados ó á merced de esos hombres despreciables vendidos en alma y cuerpo al demonio de la Revolucion.

Sí: Nápoles ha sido y continúa siendo una ciudad eminentemente religiosa. Lo afirmo con todo conocimiento de causa. No lo aseguro solamente bajo mi palabra de honor, sino apoyado en mis propias observaciones y en el testimonio de personas fidedignas y respetables bajo todos conceptos.

Que la reina del mar Tirreno, cuya hermosura peregrina encanta y atrae á cuantos la contemplan, resplandeció por su piedad insigne, dícenlo, y pregónanlo sus 257 iglesias, y las 174 corporaciones religiosas que tuvo, sus monumentos en varios de los cuales aparecen estátuas de santos; las capillas que hay en la mayor parte de las tiendas de comercio, y en fin, para no ser interminable, la relacion que obra en mi poder, de la campaña hecha por mi predilecto amigo don Rafael Tristany para reponer en su trono al legítimo rey de las Dos Sicilias.

Torno á decir que sigue resplandeciendo por su piedad, no obstante la conducta desatentada de los revolucionarios. He visto en los templos un concurso extraordinario de mujeres, y sobre todo de hombres, lo cual no he observado en ninguna otra ciudad de cuantas he recorrido. He visto iglesias sobrecargadas de objetos por los cuales se conoce que arde todavía con llama inextinguible la fe en el corazon de los napolitanos. He visto luces en las mencionadas capillitas de las tiendas, convenciéndome en su virtud, de que hasta los comerciantes, tan olvidados generalmente de Dios en muchas otras partes, prestan en la capital de las Dos Sicilias el homenaje debido á su Religion sacrosanta.

He tenido, en fin, el gusto de hablar con el Padre Francisco Ferrante, de la Compañía de Jesus, perfectamente conocedor del estado actual de la poblacion, y de ver confirmadas y robustecidas por sus palabras mis observaciones propias. Siento que multitud de circunstancias que no se ocultarán á la penetracion de mis lectores, me impidan referir con todos sus pormenores, lo que se sirvió manifestarme.

Ahora bien. Para mí es clarísimo como la luz, que la religiosidad de Nápoles, se debe en gran parte á la circunstancia de tener el Vesubio, que constituye para sus habitantes una constante y terrible amenaza. Contemplan siempre al mónstruo, y le temen hasta tal punto, que han levantado fuera de la ciudad un monumento de mármol á su patron San Genaro, quien aparece en actitud de pedir á Dios que les libre de sus terribles erupciones.

Para muchos viajeros, el Vesubio es pura y simplemente un espectáculo deleitoso; para los hijos de Nápoles, ha de ser por necesidad la espada de Damocles suspendida de contínuo sobre sus cabezas ¿Cómo no, si tienen á la vista las ciudades que ha destruido con frecuencia? ¿Cómo no, si oyen de vez en cuando sus bramidos aterradores? (1) ¿Cómo no,

(1) El referido Padre Ferrante, cuya virtud corre parejas con su saber, dignóse darme noticias sobre la erupcion de 1836,

si contemplan con dolor y con espanto á sus víctimas? ¿Cómo no, si se perpetuan de generacion en generacion los recuerdos de las desgracias, de los horrores y de las catástrofes ocurridas á consecuencia de las diferentes erupciones?

Faltaria á mi deber si no acompañase á mis benévolos lectores hasta el Vesubio, y no les condujese despues á Pompeya. Procuraré con todo, limitarme á las menos palabras posibles.

La excursion al Vesubio, es una de las más encantadoras que pueden hacerse. Lo es porque, como nadie ignora, la naturaleza aparece vestida y engalanada con todos sus primores y atavíos. Los expedicionarios disfrutan de uno de los espectáculos más estupendos, asombrosos y sublimes que pueden contemplarse sobre la tierra.

Para ir al Vesubio se puede tomar el ferro-carril. Yo aconsejo á los expedicionarios, que se metan muy temprano en un coche de plaza, que les conducirá por muy poco dinero á Pórtici, ciudad que cuenta 5,000 almas. Su palacio, que mandó construir Cárlos III, ha contenido por espacio de mucho tiempo, las antigüedades halladas en Pompeya y en Herculano, que forman hoy parte del célebre Museo Borbónico.

Encuéntranse en Pórtici casas en las que mediante algunas liras, pónese á disposicion del viajero un caballo y un guia perfectamente conocedor del terreno.

Pásase desde Pórtici á la ciudad de Resina, que cuenta 10,000 habitantes. Como la de Pórtici se distingue sobre todo por el número extraordinario de sus *villas*. Llámase *La Favorita* la principal y pertenece al príncipe de Salerno.

Desde Pórtici se sube al volcan dejando *la Torre del Greco* y la *Torre dell'Annunziata*, poblaciones respectivamente de 16,000 y de 11,000 habitantes. Deben sin embargo, recorrerlas los que quieran ver los desastres producidos por el mónstruo en diversas ocasiones. Apenas se puede comprender que aquellos sitios estén con todo tan poblados. Los edificios se construyen con la misma lava del Vesubio. Lo que ha servido para destruir, sirve tambien para edificar. Involuntariamente se recuerda el contínuo tejer y destejer de la tela de Penélope.

El camino que conduce al Vesubio, es generalmente muy escabroso. La erupcion del año 1822, destruyó una hermosa carretera, de la cual se conservan restos todavía. Encuéntranse á cada paso señales que acreditan hasta qué punto el Señor es grande y terrible. Por fortuna los caballos que dan en Pórtici son muy ligeros; suelen andar por aquellas sinuosidades y están por añadidura herrados de un modo especial.

Cuando el volcan no está en erupcion, pierde el espectáculo gran parte de su atractivo. Hay que conceder entonces la palabra á una persona entendida, quien os dirá sobre poco mas ó menos lo siguiente, refiriéndose á la última que presenció.

«Desde el cráter descendian dos enormes corrientes de lava, las cuales se separaban uniéndose nuevamente casi en la falda del monte. Durante el dia era preciso acercarse mucho para comprender que eran de fuego: brillaban por la noche, merced á la oscuridad, y se veian desde muchas leguas de distancia. Los habitantes del país y los forasteros que acudian de todas partes, no se cansaban de presenciar el espectáculo.»

«Un gran contraste notaban aun los menos observadores. El Vesubio parecia coronado de fuego, y los montes vecinos lo estaban de blanquecina nieve.»

«Algunos viajeros, movidos por su propia decision, y estimulados por sus acompañantes, llegaban hasta el rio de fuego formado por las corrientes de lava que descendian del Vesubio. Hay que tomar las palabras rio de fuego en su sentido material, y creer que no contienen la menor exageracion. Todos los que lo han visto aseguran que el fenómeno pertenece al número de los imponderables ó indescriptibles. Es con efecto el más grandioso, el más singular, el más extraordinario, el más estupendo y el más sublime de cuantos ofrece la naturaleza. Aterra y encanta al mismo tiempo. El expedicionario siente por una parte deseos de abandonar aquel sitio espantoso, y de permanecer por otra en él horas enteras.»

Los guias dicen y aseguran que no hay peligro, pero el peligro es grande sin género de duda. ¿Quién puede responder de que el piso caliente sobre que se descansa no se hundirá por virtud del fuego que pasa debajo? ¿Quién puede responder de que no sucederá eso en un instante, sin dejar por consecuencia el tiempo preciso para ponerse en salvo?

El peligro existe siendo además inminente. Dícenlo las desgracias que ocurren con frecuencia durante la erupcion. Hasta los guias suelen mostrar cicatrices que tambien lo pregonan con muda elocuencia.

«Verdad es que la costumbre de pasar por decirlo así, su vida junto al mónstruo, es causa de que arrostren sus furores con una serenidad y con una

que presenció. Me dijo entre otras cosas, que arrojaba piedras enormes, las cuales subian, durante algunos minutos, á una prodigiosa elevacion, haciendo un ruido aterrador, que se oia á muchas leguas de distancia. Cada vez que salia una, temblaban las vidrieras de Nápoles. En su sentir, á no elevarse y caer casi perpendicularmente, hubieran destruido las ciudades contiguas y aun la capital.

impavidez extraordinarias. No se contentan con llevar á los expedicionarios intrépidos hasta la orilla del rio mencionado. Van mas adelante. Arrancan con un palo un trozo de lava incandescente, hincan en ella las monedas que han pedido con anterioridad y las entregan despues á los viajeros que, horrorizados de su temeridad no cesan de amonestarles para que se alejen de allí y no sigan esponiéndose á una muerte probable.»

Durante la erupcion se disfruta de otro espectáculo nuevo y asombroso. No he dicho aún que ántes de llegar al volcan, hállase una inmensa cantidad de lava correspondiente á otras erupciones. Los expedicionarios se cansan de atravesar aquel vastísimo teatro, se admiran de que hayan salido tantas materias del cráter, y principian á comprender que hayan asolado las campiñas y destruido grandes poblaciones.



Una calle de Pompeya.

Las diferentes erupciones se conocen y se distinguen por el color de su lava. La del año 1822 es parda y negra la de 1858. Muchos creerán con dificultad que aquella no está completamente apagada. En cuanto á la otra humea todavía por todas partes. Los que ponen la mano encima de las dos y singularmente de la segunda, se convencen de que aún están calientes: hay sitios donde queman ó abrasan. Es indispensable verlo, para creer que no se han enfriado enteramente á pesar del tiempo transcurrido. Chateaubriand las compara exactamente con las escorias de las fraguas. Otros autores mas aficionados á la mitología, con la cabeza de Medusa.

Pues bien. Hé aquí ahora el espectáculo aludido que se disfruta. La lava incandescente va encendiendo la enfriada de otras erupciones, la remueve de una manera notoria, y se la lleva tras sí, convirtiéndola en auxiliar poderoso para su obra de aniquilamiento ó destruccion.

En el mundo moral acontece una cosa parecida. Los

hombres que marchan por las sendas de la virtud lo propio que los que van por las del vicio procuran por todos los medios posibles imbuir á los demás sus ideas y sentimientos. Inspirados los primeros por Dios, tratan de que todos los descendientes de Adan, cumplan con sus deberes y realicen su mision sublime y celestial. Movidos los segundos por Satanás, á quien han reconocido por jefe, se proponen que se precipiten todos en el abismo.

Permítase añadir, pues la ocasion se presenta oportuna, que ninguna cosa tan á propósito como el volcan para formar idea del infierno. Tengo por imposible que viéndole y contemplándole de cerca no acuda á la memoria su recuerdo pavoroso y saludable en todas las épocas, pero muy singularmente en la actual. Por imposible tengo tambien, que las personas verdaderamente ilustradas aunque solo mediten como filósofos, puedan poner en duda la existencia del lugar donde son castigados eternamente los que salen de este mundo con la mancha del pecado mortal.

Sí. Yo prescindo de los argumentos que son decisivos para los que tenemos la dicha de creer y de obrar segun las prescripciones de nuestra Religion divina. Prescindo de que se trata de una verdad definida por un concilio ecuménico, anteriormente consignada en el símbolo atanasiano; de que la Sagrada Escritura contiene numerosas pruebas de su existencia; de que los Santos Padres ponian delante con frecuencia la imágen del castigo eterno que á los malos aguardaba; y en fin, de que muchos poetas griegos y romanos, se hicieron en este asunto intérpretes de una opinion muy generalizada, como victoriosamente lo demuestra el célebre autor de los «Estudios filosóficos sobre el Cristianismo.»

Prescindo de todo esto, limitándome á decir que la eternidad de las penas no se opone á la razon; que el castigo debe ser proporcionado á la falta ó al crímen y lo es realmente en todas las naciones civilizadas; que los hombres cuentan con la aptitud y con los medios necesarios para conseguir su salvacion; que si no se arrepienten mientras gozan libertad serán enemigos siempre de Dios, como no ven jamás los que se arrancan voluntariamente los ojos en un arrebato de locura; y en fin, que de nada sirve negar lo que se ha ver indefectiblemente pasado algun tiempo.

Perdónenme mis lectores este paréntesis que acaso puede reportarles alguna utilidad. Perdónenme tambien que por la razon tantas veces referida, no continue manifestando lo que dicen sobre el volcan muchos publicistas mas ó ménos notables, y muchos sabios más ó ménos distinguidos. Añadiré sólo que dirigiéndose á él, atraviésanse tierras formadas con la ceniza de otras erupciones llenas de vides que dan un vino superior, cuyo nombre no quiero consignar; que se pasa tambien muy cerca del Observatorio Meteorológico vesubiano, construido por el egregio padre de S. M. el Rey Francisco II; que continuando, llégase á sitios en los cuales no se descubre ni un pájaro, ni un reptil, ni una planta; que las nieblas ocultan frecuentemente la cabeza del mónstruo; que los geólogos hallan en sus alrededores multitud de minerales dignos de estudio ciertamente; y en fin, que debe recibirse á beneficio de inventario mucho de lo que se lee sobre los fenómenos producidos por ese portento de la creacion. Hay escritores que, á trueque de pasar por muy arrojados ó inteligentes, dicen cosas inexactas de todo punto. Los que no han subido al Vesubio, creen, ó por lo ménos dudan: los que han verificado la ascension y oido á las personas mas entendidas, niegan sin vacilacion, reconocen implícita ó explícitamente la verdad de cierto adagio muy comun, y declaran que el descrédito de algunos escritores más ó ménos célebres, no puede ser más merecido. Aun en la tierra se acaba por dispensar á todos justicia rigurosa.

Al volver del Vesubio, se descubre un panorama sobre todo encarecimiento delicioso. Así como contemplando aquel, viene á la memoria la idea del infierno, los que pasan la vista por éste, si no están muy extraviados, involuntariamente piensan en el paraiso. A los horrores de los lugares referidos, sustituyen los encantos de los que voy á describir.

Pero no. Me guardaré mucho de intentarlo siquiera. Mi imaginacion es demasiado pobre para que no resultara el cuadro sumamente descolorido. ¿Cómo pintar la hermosura de la reina del mar Tirreno, que se levanta en anfiteatro sobre el golfo celebérrimo? ¿Cómo pintar la grandeza de éste, lleno de buques de todas clases y surcado por lanchas de pescadores, cuyas blancas velas las hacen tan lindas y deleitosas? ¿Cómo pintar la multitud de pueblos escalonados cerca de la capital á la que reconocen como soberana? ¿Cómo pintar aquella campiña deliciosa realzada principalmente por infinidad de naranjos y limoneros? ¿Cómo pintar aquellas dilatadas riberas que recuerdan las mejores de nuestra patria queridísima? ¿Cómo pintar aquellas islas que constantemente se bañan en el Océano y que tanto contribuyen á la sublimidad del espectáculo, descrito poéticamente en su *Graziella* por Lamartine? ¿Cómo pintar, en fin, aquel cielo azul, aquella atmósfera diáfana, aquel ambiente purísimo, aquellas brisas perfumadas; aquellos colores vivos y brillantes; aquella variedad de objetos encantadores; aquel hermosísimo conjunto, en fin, causa de aquella exclamacion repetida por cuantos lo contemplan, inclusos los que no saben apreciar sus bellezas, sus encantos, su poesía. «Ver Nápoles y despues morir.»

No lejos de la *Torre dell'Annunziata*, hállase á Pompeya. Es con efecto una de las mejores ruinas que se conservan, y la mas notable antigüedad de cuantas en el mundo existen. ¡Lástima que los límites á que debo sujetarme no me permitan trasladar al papel los apuntes de mi libro de memorias, y mucho ménos las noticias por todos conceptos curiosas consignadas en multitud de obras escritas por autores distinguidos!

Que nadie busque por consecuencia en mi pobre libro una descripcion de la ciudad y de los objetos encontrados en ella. Unicamente para enumerarlos necesitaria un espacio grandísimo de que no puedo disponer. Los que hemos visitado á Pompeya detenidamente y recorrido despacio el gran Museo Borbónico, podemos dar testimonio de que se necesita un volúmen para su sola enumeracion. Aun para dar cuenta de lo principal es preciso mucho tiempo. Las guias lo demuestran victoriosamente.

Aparte lo dicho, el escritor católico no se ha de proponer únicamente deleitar á sus lectores: debe hacer lo posible para instruirles, mejorarles y sorprenderles por medio de juicios acertados y de observaciones exactas más ó ménos profundas. Su mision es muy distinta de la confiada á los poetas: es tambien mucho más importante, mucho más trascendental, mucho más sublime.

En honor de la verdad, las ruinas de Pompeya sorprenden á cuantos las contemplan. Parece imposible que se conserven tan bien á pesar de que cuentan muy cerca de 1800 años. Puede darse por cierto que la erupcion que destruyó la ciudad, remontase al 89 de la era de Cristo: sufrió 16 antes un gran temblor de tierra. Diríase que Dios avisaba misericordioso á sus habitantes, á fin de que se convirtiesen y no le obligasen á descargar el brazo terrible de su justicia poderosa.

Vuelvo á decir que las ruinas se conservan perfectamente. Si las materias inflamadas del volcan no hubiesen destruido los techos de los edificios, la ciudad estaria intacta ó poco menos. Existen todavía sus paredes, y se recorren todas sus dependencias. A no hallarse completamente deshabitados, se podria creer que todavía están en construccion.

Lo que manifesté relativamente al Vesubio, recibe gran confirmacion recorriendo las ruinas de Pompeya. Indudablemente Dios castigó los vicios horrendos y las espantosas prevaricaciones de sus habitantes. Penetrando sobre todo en algunos sitios que la pluma no puede siquiera mencionar, acude á la memoria la nefanda disolucion de los sodomitas, abrasados por ella con fuego descendido del cielo.

La comparacion es poco exacta. Los sodomitas perecieron, mas se salvaron casi todos los habitantes de Pompeya. Retiráronse á un sitio próximo donde fundaron otra ciudad, á la que dieron el nombre de la destruida. Hé aquí por qué se han encontrado entre las ruinas muy pocos esqueletos. Ví algunos, sin embargo, de personas que por lo visto no pudieron huir tan á prisa como las demás, ó se figuraron que no era el peligro inminente. Recuerdo los de una familia (padre, madre y dos hijos, segun el *cicerone*), que aparecian enteramente petrificados.

De todas maneras, lo sucedido en dicha ciudad, y lo que posteriormente ha pasado en muchas otras, debiera persuadir á las naciones modernas de que el Dios de las misericordias es tambien el Dios de las justicias y de las venganzas. Debiera persuadirlas tambien de que es inmutable, y de que puede descargar cuando le plazca, su brazo terrible, á fin de reprimir los pecados particulares y las prevaricaciones públicas. Debiera persuadirles igualmente de que las guerras, las pestes, las hambres, las inundaciones, los terremotos y las demás calamidades, son castigos enviados por Aquel que á todos nos sujetará en dia no lejano, á un juicio pavoroso. Debiera persuadirlos en fin, de que si bien aguarda pacientemente durante algun tiempo el Soberano autor de todo lo que existe ó ha existido, á la postre castiga con mano fuerte los grandes escándalos, las enormes injusticias y los crímenes enormes que se cometen.

Otra cosa deberian considerar tambien detenidamente. Si castigó las prevaricaciones de los paganos, ¿quién duda que castigará las prevaricaciones de los hombres redimidos con la sangre de todo un Dios? ¿Quién podrá quejarse de que lo haga con mayor severidad? ¿Quién no se lamenta al ver renovadas en pleno siglo XIX las costumbres corrompidas de los que caen al otro lado de la Cruz?

¡Ah! hé aquí otra reflexion que no puede ménos de acudir al recorrer las ruinas de Pompeya, al examinar las cosas que pertenecieron á sus moradores, y al poner en parangon tiempos con tiempos. Los defensores de ese progreso mentido, condenado por Pio IX, no pueden menos de reconocer y confesar, que mucho de lo que tanto les fascina, seduce y entusiasma hoy, existió hace 1800 años. Por donde resulta, segun su misma indirecta confesion, que el progreso del cual se proclaman autores, tiene muchos siglos de existencia.

No hay en mis palabras la menor exageracion. Ya se sabe lo que conmueve de un modo extraordinario á los aludidos. Pues bien. Visitando las ruinas de Pompeya, se adquiere la persuasion de que tenia calles rectas y largas, edificios grandiosos, casas sumamente cómodas, arcos de triunfo, tribunales, escuelas, tiendas de comercio, talleres, teatros para el dia y para la noche, estátuas, pinturas, pórticos llenos de columnas, baños públicos, tumbas magníficas, lupanares, en fin, y otros sitios verdaderamente

nefandos. Si en esto consiste la civilizacion, es preciso convenir en que la hemos conquistado realmente; mas es preciso convenir al propio tiempo en que conquistáronla del mismo modo los adoradores de las divinidades del olimpo, cuyos excesos asquerosos, cuyas pasiones degradantes, cuyas costumbres torpes, cuya degradacion en una palabra, superior á todo encarecimiento, no ha podido pintarse ni describirse por falta de colores bastante negros y de palabras suficientemente duras.

Examinando los objetos encontrados en la ciudad, se observa la misma semejanza con los que se usan actualmente. Muebles, útiles de cocina, adornos, composiciones para el aliño de las personas, dijes para las hijas de Pompeya, y mil cosas mas que repito se conservan en el Museo, cuya sola enumeracion daria indudablemente á mi pobre libro exageradas proporciones.

Hay más. No sólo puede sostener la comparacion con lo actual, sino que puede competir con ello, con probabilidades de triunfo. Bastará para demostrarlo una sencilla observacion. No pocos artistas superiores de nuestras capitales más populosas, imitan los dibujos de ciertos artefactos de Pompeya. Con frecuencia se dan sin embargo aires de inventores, y truenan contra los siglos precedentes para que su plagio se desconozca. Hé aquí una nueva raza de avestruces que se visten con las hermosas plumas del pavo real, y van con ellas muy orgullosos por las calles de Lóndres, París, Madrid, Viena, Berlin ó San Petersburgo.

No, no se puede tolerar ó consentir que continúen tan extraviadas las ideas en el asunto gravísimo que me ocupa. Falsa y mentida fué, sin género de duda, la civilizacion de Pompeya: falsa y mentida es tambien la que ponen sobre las nubes los discípulos de la escuela que no tengo precision de mencionar. Es preciso, por consiguiente, decir á los pueblos la verdad. Es necesario contener esa barbarie vestida con el ropaje del progreso. Es indispensable desenmascarar á sus defensores cuya ignorancia corre parejas con su malicia.

Vuelvo á decirlo. La civilizacion actual se parece mucho á la pagana. Los *civilizados* de nuestros dias, se asemejan extraordinariamente á los *civilizados* que adoraban las mil y tantas divinidades del Olimpo. No puedo demostrarlo victoriosamente para no manchar las columnas de mi pobre libro y por respeto á mis lectores. ¿Quién no advierte que procuran dar satisfaccion á sus sentidos? ¿Quién no advierte que apenas hacen nada con el fin de contener el torrente impetuoso de sus malos deseos, de sus instintos innobles y de sus pasiones degradantes? ¿Quién no advierte que se adoran á sí mismos ó á seres más ó ménos innobles, faltos además de grandeza y hermosura moral? ¿Quién ignora que desconocen casi por completo su mision altísima y sublime? ¿Quién ignora que prescinden de su Dios y de su alma, fijándose solo en el barro corrompido de su sér, ó en la bestia humana, como diria Luis Veuillot?

Sí, eso es lo que pasa en nuestros dias. Se deshacen todos los vínculos, se rompen todos los frenos y se menosprecia á todas las autoridades. Se sostienen todos los errores, todos los absurdos y todos los delirios. Se conculcan los derechos mas preciosos, y se desatienden las obligaciones mas sagradas. Se propalan las calumnias mas groseras y se profieren las blasfemias mas horribles. Se hace gala de una indiferencia escandalosa, cuando no de una impiedad criminal. Se cometen con frecuencia crímenes que repugnan á la naturaleza humana, y que asombrarian á los mismos paganos. Se defienden las proposiciones mas insensatas y mas infernales. Se pone sobre las estrellas á los filósofos del paganismo, cuyas obras se desconocen completamente, con el fin de impugnar una Religion divina, cuyo recuerdo sus cita crueles remordimientos de conciencia.

Es preciso perseguir á todo trance á esa nueva raza de hombres que nos manchan y deshonran. Es necesario reducir á la impotencia más vergonzosa á esos retrógrados que tratan, en pleno siglo XIX, de volver á los tiempos nefandos, degradantes y horrorosos del paganismo. Es indispensable desalojar á los indiferentes y á los impíos de las posiciones formidables que ocupan, desde las cuales atacan y ridiculizan cuanto existe sobre la tierra de noble, de augusto, de egregio, de sublime y de santo. Los seguidores de Jesucristo no podemos consentir tanta mengua y tanto descaro. Los descendientes de los mártires tenemos la obligacion rigurosa de proporcionar dias de gloria á la Iglesia, que es el alma de nuestra alma, el sér de nuestro sér y la vida de nuestra vida. Los hijos de los Cruzados debemos acudir al palenque del combate armados de todas armas, con la generosa resolucion de dar hasta la última gota de su sangre en defensa de nuestras santas creencias.

¡Atrás, atrás esa barbarie horrible que se manifiesta con todos los encantos y con todas las galas del progreso! ¡Paso á la civilizacion de Jesucristo, única verdadera, única legítima, única que eleva y engrandece, única propia de seres racionales criados á imágen y semejanza de Dios, única, en fin, que puede consentir el siglo XIX! ¡Ay de las naciones que no la procuren ó que la menosprecien si están en posesion de ella! ¡Ay tambien de las familias de los individuos!

Nápoles se presta tambien á consideraciones políticas de la mayor importancia y trascendencia. Recordando lo sucedido y viendo lo que pasa, se arrai-

gan y fortalecen de un m· lo extraordinario las convicciones de los monárqu· os. Diré mejor, de los legitimistas, puesto caso que todos los discípulos de la «maldita escuela doctrinaria enemiga jurada de la verdad,» llámanse defensores de la monarquía.

Necesito recordar lo que aconteció en el reino de las Dos Sicilias. Gobernábalo un monarca religioso, amante de sus súbditos y de talento superior, pero jóven y de poca experiencia; un monarca que tuvo por dicha un padre que no transigió jamás con la Revolucion, tres veces aborrecible, y una madre cuyas virtudes heróicas han hecho que se la designe con



Don Rafael Tristany.

el nombre de *la Santa*; un monarca á quien Dios enriqueció con cualidades privilegiadas; un monarca, en fin, que subió al Trono de sus mayores con deseos verdaderamente laudables, con intenciones verdaderamente puras y con propósitos verdaderamente nobles. Habíase además enlazado con una princesa digna de él bajo todos conceptos, cuyo elogio mas cumplido se hace pronunciando su nombre. El nombre de la Reina Sofía será bendecido y ensalzado mientras existan en este mundo corazones generosos.

Era completamente imposible que Francisco II no fuese víctima de asechanzas pérfidas y de maquinaciones odiosas. Era completamente imposible que no se procurase su destronamiento con una insistencia y con una perseverancia verdaderamente dignas de Satanás. La Revolucion esencialmente irreligiosa, no podia olvidar que llevaba una corona sobre su cabeza; que pertenecia á la familia de los Borbones; que era hijo de aquel monarca, cuyo gran carácter hemos admirado tantas veces; que habia recibido, en fin, una educacion excelente, mediante la cual aplicaría necesariamente, llegado el momento, sus facultades superiores á nobles y altísimas empresas. Juróle por consecuencia un ódio eterno, decretando además su caida.

Cayó en efecto Francisco II, á virtud de una serie de traiciones, de iniquidades, de infamias y de crímenes que indignaron á los hombres menos escru-

pulosos, y que dieron orígen á la frase gráfica de Montalembert: «En nuestros dias se ha perdido hasta el sentimiento de la pública decencia.»

No quiero recordar los pormenores de una Revolucion que enciende mi sangre, y de la cual es preciso apartar la vista con horror y el estómago con asco. No quiero recordar la conducta infame de los Príncipes que hirieron traidoramente por la espalda al legítimo Rey de las Dos Sicilias. No quiero recordar que sus Estados fueron invadidos por bandas de aventureros sin Dios, sin ley, sin honor y sin conciencia. No quiero recordar que á trueque de hacerle caer, todas las leyes de la guerra fueron desatendidas y menospreciadas. No quiero recordar, en fin, lo que si fuese cierto, marcaria con el estigma de la reprobacion á un personaje que abrió sus ojos á la luz en este pais clásico del valor, de la honradez y de la lealtad.

Debo considerar infundados los rumores á que aludo, y á creer firmemente que los ministros que tenia en aquella sazon de cosas la Reina Isabel, no le dieron instrucciones afrentosas. Si por desgracia estuviera equivocado, juraria á Francisco II, que ni aquel ni éstos, por más que nacieran en España, se podian llamar españoles por sus ideas y sentimientos... Me retracto de lo dicho. Aun entónces seria el juramento completamente inútil. El legítimo Rey de las Dos Sicilias nos conoce bien, y sabe que la nacion católica por excelencia, no puede sufrir el menor detrimento, sea cual fuere la conducta de algunos de sus malos hijos.

Destronado Francisco II, retiróse á Gaeta donde se ofreció á los ojos del mundo un espectáculo sublime que no intentaré siquiera describir. Séame lícito, con todo, consignar una sola palabra en favor de la Reina Sofía.

La Europa entera contempló admirada y embebecida su arrojo, su valor y su intrepidez. La Europa entera, vió renovados los tiempos venturosos desconocidos casi por completo, en los cuales la mas hermosa y mas débil mitad del género humano tomaba parte principal en las empresas mas grandiosas, lo que dió quizás orígen á la célebre órden de la Caballería, en cuyo lema aparecian las siguientes palabras: «Dios, la patria y la mujer.» La Europa entera, en fin, puso sobre las nubes á la princesa, á la heroina, á la Reina, á la señora, y comprendió viendo la conducta indigna de los sitiadores, que debia retroceder, sopena de quedar envuelta en los negros horrores de una conflagracion universal.

Bien puedo por consecuencia yo rendir un tributo á la memoria veneranda del Rey Francisco II y de la Reina Sofía. Faltaria claramente á mi deber, si no lo hiciera ó consignara sólo algunas frases descoloridas. Defensor entusiasta de la legitimidad caida, y enemigo irreconciliable de la iniquidad triunfante, debo poner de realce su grandeza moral, magníficamente realizada por el infortunio. Católico que se gloría de creer y practicar cuanto practicar y creer nos manda la Iglesia, debo predecir, apoyado en las promesas inefables de Dios, que abate y glorifica, su reposicion más ó ménos próxima. Hombre que viste, bien que sin merecimientos, la toga del jurisconsulto, debo protestar enérgicamente contra la usurpacion irritante y escandalosa de que fueron víctimas. Sostenedor constante de los fueros sacrosantos de la razon y de la justicia, debo combatir la teoría brutal é ignominiosa de los hechos consumados invocada constantemente por todos sus enemigos. Español hasta la médula de los huesos, y admirador de los héroes y de las víctimas del 2 de Mayo, no debo hacer causa comun con el sobrino desventurado del que se propuso arrebatarnos la independencia, y uncirnos á su carro triunfante. Entusiasta del órden de cosas, gracias al que pasaron nuestros mayores sin sustos ni quebrantos sus dias más placenteros, debo poner á sus representantes más augustos y más egregios en el lugar altísimo que por rigurosa justicia les corresponde. Adversario decidido de la Revolucion, debo recordar que en el reino de las Dos Sicilias, encarceló á sacerdotes pacíficos, degolló á mujeres indefensas, incendió poblaciones enteras, y calificó nudazmente de bandidos á los defensores esforzados de su Religion sacrosanta, de su Rey legítimo, de sus hogares humildes, de sus sepulcros sagrados, de sus propiedades trabajosamente adquiridas, y de sus instituciones veneradas. Hijo espiritual de Pio IX, que brilla con esplendor y majestad incomparables en el horizonte de la historia contemporánea, debo consignar con el mayor gusto, que al salir de Gaeta llenos de gloria, les recibió con los brazos abiertos en la capital del mundo católico.

¡Ah! No se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios, cuyas disposiciones altísimas han de ser profundamente acatadas. Aun los hombres buenos y los cristianos fervorosos se conforman pocas veces con ellas, ofendiendo por consecuencia á la Majestad de Aquel que todo lo dirige y lo gobierna desde las mansiones celestiales. Es preciso que pase algun tiempo para que las víctimas más ilustres del infortunio, comprendan con toda claridad que fué un beneficio inapreciable lo que reputaron inconsideradamente una desgracia horrible.

¡Cuánto pudiera decir á este propósito si los límites á que debo sujetarme lo consintieran! Este hombre vése impedido de acudir á determinado sitio, porque una visita ceremoniosa le ha obligado á permanecer en su casa contra su voluntad, y algunas horas despues sabe que, gracias al contratiempo, se ha librado de una muerte casi segura: unos malvados

le aguardaban con el pérfido designio de asesinarle. Aquel se desespera viéndose postrado en el lecho del dolor, á virtud de una enfermedad cruel, y algunos dias despues bendice á Dios con todas las veras de su alma por habérsela enviado: vivia completamente olvidado de su fin, y merced á un sacerdote, á un amigo, ó á sus propias reflexiones, resolvióse á seguir una conducta conforme de todo punto con el Evangelio santo y con las prescripciones sublimes de nuestra Madre amorosa y divina. Esotro se conduele de que le hayan desterrado por las vicisitudes políticas de su pais, y sobre librarse de una revolucion espantosa, encuentra en el punto de su confinamiento, personas excelentes que le aman, que le respetan, que le persuaden de sus errores, que reforman sus falsas ideas, que le reconcilian en fin, con personas ó instituciones venerables á las cuales miraba con prevencion ó combatia con todas sus fuerzas. El de más allá se apesadumbra por un contratiempo particular que le deja profundamente abatido, y pronto advierte que á realizarse todo á medida de su deseo hubiera sido perennemente desventurado.

Es posible que haya sucedido una cosa semejante al Rey augusto de las Dos Sicilias. No obstante su fé insigne y su piedad extraordinaria, entró en Roma probablemente lleno de angustia y con el alma transida de dolor. Era natural que asi sucediese; mas ¿quién duda que su permanencia en la ciudad de Dios será causa de que torne á subir al trono de sus mayores? ¿Quién duda que en la capital del mundo católico ha podido conocer á sus leales defensores y distinguirlos de los que se doblegan en presencia de la usurpacion triunfante? ¿Quién duda que al lado del mejor de los reyes y del más amado de los pontífices, habrá perfectamente aprendido el famoso *non possumus* que sin excepcion alguna deben repetir todos los hombres siempre que se les pida lo que no pueden conceder sin detrimento de su conciencia? ¿Quién duda que junto al Pastor de la Iglesia universal, habrá conocido lo que son los Papas, resolviéndose á prescindir en su virtud, de esas regalías consignadas en las leyes de muchos paises católicos, sin embargo de ser incompatibles con la santa libertad que debe otorgarse á la Iglesia, y defendidas, aun en los tiempos actuales, por multitud de personas que parecen sabias y serias? ¿Quién duda que el perfume verdaderamente divino que se aspira en la ciudad Eterna, le habrá identificado con las cosas celestiales, y decidido á dar por ellas, si necesario fuese, hasta la última gota de su sangre? ¿Quién duda que la infinidad de católicos y de protestantes que llegan contínuamente á Roma, al verle, y sobre todo al compararle con los infelices soberanos de sus respectivas naciones, habrán conocido su grandeza moral? ¿Quién duda, en fin, que por todas estas consideraciones y por muchas que pudiera fácilmente añadir, la historia registrará el nombre de Francisco II como uno de los más ilustres, de los más preclaros y de los más egregios?

No continuaré sin combatir una gran vulgaridad extraordinariamente generalizada.

Un hombre atrevido se atrevió á decir no hace mucho tiempo estas palabras absurdas, necias y ridículas: «Ha sonado la última hora de los Borbones.» Las dijo cerca de las Tullerías, en circunstancias muy solemnes y con tono verdaderamente magistral. Bastó esto para que casi todos los diplomáticos, casi todos los gobernantes y casi todos los políticos repitieran en coro la frase desatentada. Áun los que por estar más prevenidos contra los defensores de la Revolucion *mansa* que contra los partidarios de la fiera, conocieron el propósito nefando de su autor llegaron á temer que los hechos la robusteciesen y confirmasen de un modo definitivo. El recuerdo de grandes faltas por no decir de prevaricaciones enormísimas y la consideracion de lo sucedido á varios Príncipes dignos de memoria veneranda extravió por algun tiempo sus inteligencias privilegiadas.

Es necesario ridiculizar á esos profetas creados por obra y gracia de la Revolucion esencialmente impía y persuadir á los demás de que sus lúgubres vaticinios pueden compararse con aquella espada célebre. ¿Quién les ha dicho que ha sonado la última hora de los Borbones? ¿Quién les ha hecho semejante revelacion? ¿En qué dia? ¿En qué lugar? ¿Con qué circunstancias? ¿De cuándo acá los impugnadores de lo sobrenatural defienden con su conducta creencias de las cuales se burlan estúpidamente todos los dias con sus palabras? ¿En virtud de qué razon los enemigos de Dios pretenden sorprender los secretos divinos? La paradoja es tan grande que confina ciertamente con la demencia.

No incurriré yo en el mismo defecto. Ignoro lo que Dios ha decretado *ab æterno*, mas paréceme indudable que los Borbones han sido y continúan siendo indignamente calumniados, como tambien que la Revolucion, que les tiene un ódio implacable, ha conseguido que muchos monárquicos repitan sus calumnias. ¡Líbreme Dios de salir á la defensa de algunos que no necesito siquiera mencionar, pero líbreme Dios tambien de extender á los demás los cargos más ó ménos merecidos, las censuras más ó ménos terribles y los anatemas más ó ménos pavorosos que contra los aludidos se fulminan! ¡Líbreme Dios de asegurar que pesa sobre toda la familia, una maldicion inexorable fulminada por el Autor de todo lo creado! ¡Líbreme Dios en fin de sostener, admitiéndola, que sus efectos habian de alcanzar necesaria-

mente á los Borbones que procuraran y consiguieran observar una conducta de todo punto intachable é irreprensible!

No, mil veces. Yo ruego á los monárquicos que sin quererlo y sin advertirlo hacen causa comun con la Revolucion, que estudien la historia. Haciéndolo se persuadirán de que casi todos los Borbones han sido piadosos, y amantes de sus pueblos. Y se persuadirán sobre todo que su gran defecto ha consistido en fiarse demasiado de personas que no merecian de seguro su consideracion, su cariño y su confianza. Aun Cárlos III contra el cual todos hablamos por haberse atrevido á expulsar á los jesuitas del suelo español, era sin duda un gran monarca. Su principal desdicha consistió en rodearse de malos ministros. No recordaré siquiera sus nombres cada dia más odiados.

Otras súplicas quiero dirigirles. La de que no continúen murmurando de los Príncipes legítimos desde el momento en que no marchan por la senda que juzgan más aceptable. La de que consideren la situacion verdaderamente angustiosa en que se hallan, por la cual son dignos de toda nuestra veneracion. La de que no confirmen aquéllas tristes palabras, con las cuales un orador elocuentísimo puso de realce uno de los males más profundos que aquejan y conturban á las sociedades modernas. «Hasta la conversacion humana se trasforma en una especie de parlamento universal en el que cuando se habla de la autoridad todos hacen la oposicion: todos están preparados para el ataque y ninguno para la defensa.» ¿Por qué no han de tener la humildad necesaria para creer firmemente, no tratándose de cosa clarísima como la luz, que están equivocados y en lo cierto los Príncipes contra los cuales esgrimen la espada penetrante de la lengua ó de la pluma? ¿Por qué no han de tener el buen juicio indispensable para considerar que, á diferencia de la mayor parte de los hombres, los colocados por Dios en puestos altísimos, hállanse casi siempre á merced de mil influencias que sin el auxilio de Dios les engañan, les trastornan, les fascinan, les seducen y les pierden? ¿Por qué no han de tener en fin, la abnegacion necesaria para combatir la tendencia peligrosísima que les impele á mirar con prevencion al poder y á todos sus numerosos agentes?

¡Ah! si no me hallara en disposicion de recibir consejos mejor que de darlos, y si no obstante mi pequeñez pudiera yo aconsejar á los Príncipes, rogaríales, por Dios en cuyo nombre reinan y por la Patria cuyos destinos rigen, que procurasen sobre todo elegir personas á propósito para que no aconteciese lo que tantas veces ha sucedido. Rogaríales tambien tuviesen en cuenta que muchos de los ministros que han procurado desacreditar á los Borbones tenian mucho talento, conviniendo por consecuencia que se fijen sobre todo en hombres de acrisolada virtud, de profundo saber, de reconocida labioriosidad y de suma experiencia. Rogaríales igualmente que considerasen que ciertas y determinadas clases, que han sido el más firme sosten y el apoyo más fuerte de la Monarquía han degenerado de una manera extraordinaria, mereciendo por consecuencia el hondo descrédito en que han caido. Rogaríales además, que hicieran poco caso de esos hombres más ó ménos pretenciosos y ridículos que sin saber gobernarse á sí propios y á las familias que la Providencia les ha confiado, empéñanse en amonestarles y dirigirles, esterilizando con frecuencia sus pensamientos generosos y sus determinaciones heróicas, siendo causa de que vacilen áun en lo más sencillo, de que dejen lo justo por lo conveniente, y de que no sigan sus heróicas y santas inspiraciones. Rogaríales en fin que recordasen perennemente que se ha cansado el pueblo de atribuir á los malos ministros ó á los malos consejeros la culpa de ciertos males que se consienten ó de ciertas desgracias que no se evitan; que la historia ha exigido, exige y continuará exigiendo á los Príncipes una responsabilidad abrumadora por todo lo sucedido durante su reinado; y sobre todo, que han de comparecer más ó ménos pronto en la presencia de Aquel que ha de juzgarnos y pedirnos cuenta de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras palabras y de todas nuestras acciones.

Cierro aquí el paréntesis y continúo mis pobres observaciones políticas sobre Nápoles. El cuadro sería incompleto si no pusiera de realce el estado angustioso sobre toda ponderacion á que han reducido el Reino de las Dos Sicilias los conculcadores de todos los derechos y de todas las leyes divinas y humanas. Es absolutamente imposible que no sientan crueles y espantosos remordimientos de conciencia esos verdugos de Italia y salteadores de reinos, que han tomado parte en la obra de iniquidad indicada en un folleto tristemente célebre, que Pio IX calificó de monumento insigne de hipocresía y de innobles contradicciones.

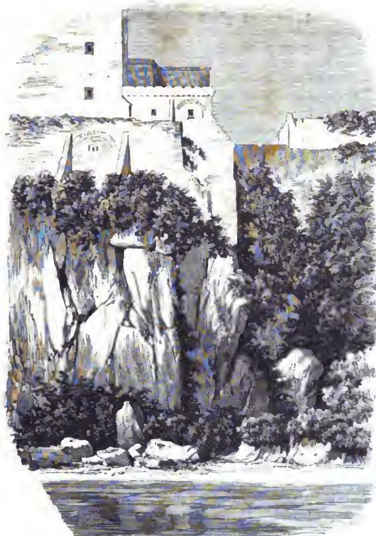
Lo que voy á decir es inútil hasta cierto punto y se refiere á toda la Italia de Víctor Manuel.

¿Quién ignora que la situacion de Nápoles no puede ser peor bajo todos conceptos? En la conciencia de los mismos revolucionarios está que la obra del conde de Cavour, cuya escandalosa frase «no hablemos de moralidad» le retrata perfectamente vendrá pronto á tierra con estrépito aterrador. Nadie ignora por otra parte que los liberales de aquél hermoso país, á semejanza de Saturno que se comia á sus propios hijos, no cesan de ofenderse y deshonrarse.

¿Qué han hecho de la Religion y de sus ministros

aquellos criminales de frac y de guante blanco? En el momento en que una muchedumbre de fieles alababan y enaltecia á la Madre de Dios y de los hombres, han penetrado en una iglesia profiriendo blasfemias espantosas, y haciendo gesticulaciones estúpidas. Han perpetrado, con las circunstancias más repugnantes, infinidad de robos sacrílegos. Han suprimido las capellanías militares. Han osado, en una procesion solemne, arrojar á los fieles y á los sacerdotes cosas que no debo referir, una de las cuales dió en una imágen de la Vírgen.

Esto por lo que hace á la Religion. En cuanto á sus ministros, los hechos siguientes valen sin duda por un discurso. Un obrero cometió la vileza de abo-



Casa de Tasso en Sorrento.

fetear á Monseñor Branchi, Arzobispo de Trani. Los revolucionarios de otra ciudad cuyo nombre no recuerdo, trataron de impedir que su Obispo publicase una pastoral, y se dirigieron con tal propósito á la imprenta que habia de darla á luz. Los sacerdotes que aspiraban al doctorado en uso de un derecho incontrovertible fueron víctimas en la Universidad de los mayores insultos y de los escarnios más insolentes. ¿Qué más? Se quiso declarar vagamundos á los que no podian ejercer su ministerio sublime por la horrenda persecucion que padecian. ¿Parece poco lo dicho? La condesa Carolina Toscani-Sartori propuso para consumar la unificacion de Italia, el exterminio de todos los curas y de todos los frailes. Unos estudiantes pidieron que se suprimiese el nombre de la calle de San Donato, sólo porque recordaba á uno de los héroes del Evangelio.

¿Han respetado la propiedad esos defensores de

la civilizacion moderna? Han caido como aves de rapiña sobre las de la Iglesia. Han hallado medio de arrebatar á sus administradores legítimos los bienes dejados por un Príncipe á los pobres. Y en cuanto á otro género de robos, han huido con el dinero que se les confiara; han falsificado con frecuencia los billetes de banco, y han cometido, para decirlo de una vez, todo género de concusiones.

Prescindo de mil otros crímenes para no ser interminable, y pregunto únicamente: ¿Qué pensar de un órden de cosas cuyos representantes segun su propia confesion han estado en su mayoría no poco tiempo en los presidios? ¿Qué pensar de un órden de cosas que ha hecho inevitable é inminente la bancarota? ¿Qué pensar de un órden de cosas cuyos defensores hablan con menosprecio del Sumo Pontífice, manifestando propósitos de mandarle á Jerusalen, y ponen constantemente sobre las estrellas á Garibaldi el cobarde, el pirata, el impío, el estúpido? ¿Qué pensar de un órden de cosas que ha ocasionado los desastres ignominiosos de Custozza y de Lissa? ¿Qué pensar de un órden de cosas que durante un año ha detenido á 70,000 personas en las cárceles de Italia por los pretextos más livianos? ¿Qué pensar de un órden de cosas que ha intentado erigir monumentos á hombres de la peor estofa, y además casi enteramente desconocidos? ¿Qué pensar de un órden de cosas que no ha impodido la miseria más espantosa? ¿Qué pensar de un órden de cosas que ha procurado extender por todos los medios posibles las sociedades masónicas? ¿Qué pensar de un órden de cosas que ha dado con frecuencia orígen á desórdenes sangrientos? ¿Qué pensar de un órden de cosas personificado en hombres que destinan á banquetes sumas de consideracion? ¿Qué pensar de un órden de cosas que obliga á los ciudadanos á que tomen parte en un empréstito? ¿Qué pensar en fin, de un órden de cosas, gracias al cual los campos se llenan de bandidos que roban, asesinan y cometen todo género de crueldades?

¡Ah! Si el Rey Francisco II fuera capaz de sentimientos mezquinos y no amara profundamente á sus súbditos, podria decir al ver el espectáculo que ofrece su reino, que se podria sin duda pintar con colores mucho más negros y fatídicos, «Estoy vengado.» Su Majestad no dice sin embargo, eso ni cosa parecida. Deplora profundamente las desgracias y las calamidades que han caido sobre sus Estados. Siente en el alma que una minoría insignificante y malvada imponga su voluntad y esclavice á casi todos los napolitanos. Pide á Dios en fin, sin embargo de saber que nunca pesó tanto una corona como en la época presente, que le otorgue la dicha de subir nuevamente al Trono de sus mayores.

Espero que Dios se la concederá, y que se la concederá pronto.

Todos los extranjeros pasan en Nápoles dias muy agradables; los pasan principalmente los españoles. Encuéntranse por todas partes recuerdos de nuestra suave dominacion, contra la cual nada pueden decir los napolitanos. Y en efecto nada dicen. Algunos literatos de café dan producciones en las cuales procuran rebajar y deprimir á nuestros antepasados, pero ¿quién ignora que tales personas no representan ni significan nada, como no representan ni significan nada tampoco las autoridades revolucionarias que no les quitan de la mano la pluma, con la cual combaten todo lo sagrado y defienden todo lo abominable?

Triste cosa es, sin embargo, que se procure extraviar la verdadera opinion pública y predisponer los ánimos contra nuestra patria á la cual es Nápoles deudora de tantos beneficios. Afortunadamente no se consigue nada. El buen sentido del pueblo puede más que los ataques de algunos escritores que se proponen adularle y disponerle contra nosotros.

Y no puede ménos de ser así. Los napolitanos han de celebrar y bendecir á los españoles so pena de cometer una irritante y monstruosa injusticia. Si. Tal ha de ser su conducta, ora consideren los tiempos que pasaron, ora mediten sobre lo sucedido en los actuales. ¿Veis esa magnífica iglesia catedral, construida sobre el sitio que ocuparon dos templos dedicados á Neptuno y Apolo, y adornada con multitud de pinturas notables, de tumbas en las que descansan los restos mortales de príncipes egregios, de capillas célebres y de otros objetos que no puedo enumerar por falta del espacio suficiente? Pues fué reconstruida por Alfonso I de Aragon. ¿Veis esa hermosa calle que divide á Nápoles en dos partes, y que es sin disputa por todos conceptos la mejor de la ciudad? Pues construyóla el virey don Pedro de Toledo. ¿Veis esa sacristía de Santo Domingo adornada con frescos de mérito extraordinario? Pues contiene los despojos mortales de varios príncipes y princesas de Aragon. ¿Veis esa iglesia de San Juan de los españoles, que trae tambien á la memoria los tiempos dichosos en los cuales no se ponia jamás el sol en los dominios españoles? Pues guarda los restos inanimados de su fundador, el virey referido. ¿Veis ese grandioso palacio real diseñado por Fontana, que tiene á la derecha el famoso teatro de San Cárlos, á la izquierda el arsenal militar y detrás el de artillería; que está enriquecido con pinturas de Ribera, de Velazquez, de Rafael, de Ticiano, de Rubens, y de otros autores justamente célebres; que admiran en fin, cuantos le contemplan? Pues se debe al conde de Lemos, decidido protector del insigne don Miguel de Cervantes Saavedra. ¿Veis ese teatro de San Cárlos que es realmente grandioso pero que no aventaja á nuestro Teatro Real? Pues lo mandó levantar don Cár-

los III, á quien la ciudad debe tambien el célebre Museo Borbónico donde se guardan los objetos encontrados en Pompeya.

Lo he referido con algun detenimiento, y sin embargo no me resuelvo á describirle ni á mencionar lo que contiene. Los que han estado en Nápoles ó leido cualquiera de las guias de Italia, comprenderán desde luego la razon. Dias enteros se necesitan para examinar lo principal, y un tomo para referirlo. Tal abundancia hay de mosáicos, de pinturas, de estátuas, de inscripciones, de bajo-relieves, de vasos, de *papyrus*, de muebles, de ropas, de alhajas, de monedas, de medallas, de inscripciones y de útiles para la vida doméstica. Es quizás el museo más rico, más notable y más célebre del mundo.

Pudiera añadir mucho más, pero lo dicho basta sin duda para persuadir á mis lectores de que los napolitanos deben un tesoro de gratitud á nuestros mayores. Repito que lo deben tambien á compatricios nuestros que viven todavía. Bástame trascribir para demostrarlo la siguiente reseña de mi predilecto amigo y paisano don Rafael Tristany, á la que aludí anteriormente. Los napolitanos no pueden ménos de aplaudir y celebrar los heróicos esfuerzos que hizo el valeroso general carlista, para reponer en el trono á su amado y legítimo Rey.

«Breves apuntes sobre mi campaña sostenida en el Reino de las Dos Sicilias, en favor de su legítimo Rey el señor don Francisco II.

»En el mes de Noviembre de 1861 me dirigí, por órden de S. M., á las inmediaciones de Fondi, donde se encontraba Chievone, á fin de ver si ocupaba posicion militar, y si podia organizarse la fuerza que mandaba, lo cual no fué posible por haberse opuesto el mencionado jefe. Concluida mi comision, y despues de permanecer unos quince dias en aquel campamento segun se me ordenara, regresé á Roma para recibir nuevas instrucciones.

»A mediados de Diciembre del referido año, nombróseme comandante general de las provincias de los Abruzzos, á cuyas fronteras me trasladé por consecuencia de una real órden con el objeto de ponerme á la cabeza de una expedicion. Algunos centenares de soldados habian recibido la órden de reunirse en aquellas cercanías. Despues de pasar mas de quince dias inútilmente en el punto indicado, retorné de nuevo á Roma por órden superior. Sólo habia podido contar con diez y seis oficiales desarmados, careciendo además de toda clase de recursos.

»En 17 de abril de 1862 fuí nombrado Comandante General en Jefe de todas las tropas y fuerzas reales que se hallaran en el Reino, dirigiéndome en el mismo dia, por órden de S. M. á las fronteras referidas. Vanamente permanecí dentro del país un año entero aguardando una division de 3,000 hombres armados, equipados y provistos del material de guerra correspondiente, que se debia poner bajo mis órdenes inmediatas: habia de tener además recursos para mantenerse á lo ménos por espacio de ocho dias. Con este núcleo de fuerza, y en atencion á las excelentes disposiciones que habian manifestado siempre la generalidad de aquellos fieles y religiosos habitantes adictos á S. M. el Rey don Francisco II, respondia con mi cabeza de reponer prontamente en el trono de sus mayores al legítimo Rey de las Dos Sicilias. Con la sorpresa más desagradable y con el dolor más profundo encontré, no el expresado número de hombres, sino una gavilla de diez y ocho individuos. Sólo la mitad llevaban armas, pero pésimas, por no decir inútiles. Iban además cubiertos de andrajos, y daba lástima verlos.

»Miéntras me hacian aguardar la fuerza que siempre venia y nunca llegaba, no obstante la rigurosa y encarnizada persecucion de las tropas piamontesas y francesas que operaban siempre de comun acuerdo, y la contínua guerra odiosa de intrigas que me hacian en Roma los sectarios que habian conseguido introducirse con maña en el palacio del Rey, organicé una fuerza de más de 100 hombres bien uniformados, con excelentes fusiles, con municiones abundantes y con los demás efectos necesarios de guerra, cogidos en su mayor parte al enemigo. Dividila en pequeños grupos llamados compañías, y formé el cuadro de un batallon que se llamó de Francisco II, primero de cazadores.

»Durante el año que permanecí en el Reino, ocupado militarmente por un ejército de 100,000 hombres, que contaban con todo el material de guerra y boca correspondiente, tuve que sostener, prescindiendo de otras, las acciones y combates siguientes.

»La del 19 de Abril de 1862, en Monte S. Cataldo, fuí atacado por una fuerza superior en número, que rechacé. Despues de ocasionarle pérdidas de consideracion, le obligué á encerrarse en la villa fortificada de Pastana.

»La del 21 del mismo mes verificada en la llanura de Pastana, contra otra columna enemiga muy numerosa, que sufrió la misma suerte que la anterior.

»La del dia 26 en las inmediaciones de la villa mencionada, contra numerosas fuerzas reunidas de franceses y piamonteses.

»La del 17 de Mayo, en el referido Monte S. Cataldo, contra una columna enemiga, que tambien hubo de retirarse á Pastana, despues de perder á mucha gente.

»La del 18 del mismo mes, cerca de dicho punto,

contra una columna que hubo de encerrarse igualmente en Pastana, despues de oponer gran resistencia.

»La de la villa de *Camvo di Melle*, donde desarmé la guardia nacional, á pesar de un destacamento de tropa piamontesa.

»La del 9 de Junio, en la llanura de Santa Oliva, contra varias fuerzas reunidas, las cuales tuvieron



Gruta de Possilo de Nápoles.

que encerrarse en una fortificacion, despues de sufrir muchas pérdidas.

»La del propio dia 9 por la tarde, en el mismo punto, contra varias columnas que recibió el enemigo de refuerzo.

»La en que ataqué la villa fortificada de Rondinara.

»La de Julio en Pratteria, contra varias fuerzas reunidas.

»La del 4 de Agosto, en el Monte San Cataldo. A pesar de las tres numerosas columnas piamontesas, reforzadas con los nacionales de las villas de Pastana, Pico, San German, San Juan *in Carico*, Isoletta y Senola, y del mortífero fuego de fusilería y artillería, no pudieron evitar nuestra retirada, hecha con el mayor órden. Les ocasioné la pérdida de no pocos oficiales y soldados, sufriendo yo únicamente la de un muerto y la de algunos heridos.

»La del 1.° de Setiembre, cerca de Castelnuovo, contra una fuerza piamontesa, que se componia de cazadores escogidos (Bersaglieri). Quedó enteramente destrozada, y sólo supo huir merced á la oscuridad de la noche, despues de tirar sus fusiles. De la tropa real quedaron sólo heridos gravemente dos intrépidos

oficiales españoles. En el mismo dia ataqué la villa de Rondinara.

»La del 11 del mismo mes verificada en San Lorenzo.

»La del dia 24, en un punto denominado Valle *dell' Inferno* contra franceses y piamonteses reunidos.

»La del 24 de Octubre, en las inmediaciones de Tagliacozzi, donde experimenté la dolorosa pérdida del teniente coronel Castaña, y la del teniente Masot.

»La del dia 25 cerca de Vallepietra.

»La del mes de Diciembre, en que ataqué una villa cerca de San German.

»La del 5 de Febrero de 1863, en las inmediaciones de Pastana, contra diversas columnas reunidas.

»La del 15, cerca de la villa de Monticelli, contra muchas fuerzas enemigas, auxiliadas por los nacionales de Senola, Fondi y otro punto.

»La del mes de Abril en las inmediaciones de San German, contra una fuerte columna.

»En 17 del propio mes, á consecuencia de una real órden me retiré á Roma, dejando el mando al jefe de más graduacion. S. M. el Rey de las Dos Sicilias me ordenó esperar nuevas instrucciones, que aguardé con efecto dos meses, permaneciendo oculto. Al fin los sectarios que rodeaban á Francisco II lograron su objeto, y me hicieron prender por los franceses. Fuí preso el dia 17 de Junio, y conducido al castillo de Sant Angelo en un coche escoltado por oficiales de la gendarmería francesa. Se me puso incomunicado con dos centinelas, uno de los cuales era gendarme y otro soldado de línea. En el mes y medio que permanecí de este modo, si bien se me tuvieron siempre todas las atenciones debidas á mi rango, me hizo declarar con frecuencia el fiscal que se nombró, y áun el general Montebello me dirigió inútilmente varias preguntas. Quise más exponerme á ser sacrificado que comprometer á nadie en lo más pequeño.

»En 1.° de Agosto del referido año 1863, fuí llevado á la estacion del ferro-carril. Tomáronse grandes precauciones. Fué reforzada la guarnicion del castillo de Sant-Angelo con un batallon, cuyos oficiales, á contar desde sus comandantes, me dieron muchas pruebas de consideracion y de cariño. Además se pusieron sobre las armas todas las tropas francesas de Roma, y se ocuparon militarmente con piquetes de infantería y gendarmería, todas las calles por donde habia de pasar.

»En la estacion colocáronse de antemano dos compañías de línea con arma al brazo, con órden de custodiarme durante las dos horas que permanecí en ella, esperando el convoy que me debia conducir á Francia. En el ínterin no se permitió que ningun militar ni paisano me dijese una palabra ni se acercase siquiera.

»Serian próximamente las diez de la mañana cuando me puse en marcha en un wagon de segunda clase, dispuesto para mí y para los sargentos de gendarmería que me acompañaban. En Civita-Vecchia observé las mismas precauciones. Toda la guarnicion francesa se hallaba sobre las armas. En la estacion me aguardaban dos compañías de línea. No me dejaron entrar en la ciudad, sino que me condujeron al vapor, entre filas de soldados que llevaban las bayonetas caladas.

»Llegado á Marsella, se me condujo al camino de hierro, y despues á Nevers, punto que me habian señalado para residir.

»Fuí siempre considerado como prisionero de guerra. Tanto el general que mandaba la guarnicion, como el prefecto me dispensaron toda clase de atenciones. El primero me dijo al llegar que sentia mucho verme en aquella posicion; pero que podia contar con sus simpatías personales, sin embargo de haber defendido siempre una causa política diferente, y con las de todos sus subordinados.

»En el mes de Diciembre de 1863 fuí trasladado en virtud de peticion mia á Gournay en Bray, donde permanecí hasta el mes de abril de 1865. En esta fecha pasé á París, tambien por mis instancias, considerándome siempre como prisionero de guerra. Las autoridades francesas me han tratado muy bien en todas partes, con el decoro debido á mi grado y rango de Mariscal de Campo de los Reales ejércitos.

»En el Reino de las Dos Sicilias todo el pueblo es muy adicto en general á S. M. el Rey don Francisco II. Estoy persuadido íntimamente de que ansía la restauracion, y de que está dispuesto á hacer lo necesario para conseguirla. Debo exceptuar sólo á los liberales, que diseminados por todos los pueblos y favorecidos por los piamonteses, tienen sujetos y esclavizados á los demás por la fuerza de las armas. A tener yo recursos pecuniarios, hubiera formado en pocos dias un ejército con los voluntarios que se me presentaban de todas partes. Con el mayor sentimiento me ví precisado á rehusarlos por la razon poderosa y decisiva de hallarme ceñido al dinero que me mandaban para mantener la pequeña escolta de 100 valientes que me seguian. Estas pequeñas cantidades depositáronse siempre á mi ruego en poder del cajero. Me parece del caso manifestar que durante los cinco años que serví á la causa legítima del jóven soberano de las Dos Sicilias, no percibí jamás un céntimo, ni quise cobrar un solo dia el sueldo que me tocaba ó parte siquiera de él. Me cumple añadir que invertí en la guerra el poco dinero que tenia.

»Provincias enteras del Reino, con todos los jefes y oficiales, y con la mayor parte de la tropa de la guardia nacional, me ofrecieron ponerse á mis órdenes, á condicion de verme á la cabeza de un núcleo de tro-

pa regular, aunque sólo fuera de 400 hombres. Varios oficiales del ejército piamontés me decian lo mismo. Hubiérame sido fácil por consiguiente formar en poco tiempo un cuerpo de ejército.

»Diré toda la verdad. No convenia esto á algunos generales napolitanos que se llaman fieles. No querian que un general extranjero llevase al Trono á su Rey, é hiciera lo que no hacian ellos ni son capaces de hacer. Esto bastó para que me hicieran cerca de S. M. la guerra más innoble y tenaz, é intrigaran á fin de que en vez de proporcionárseme el escaso número de tropas indispensable para el núcleo referido, se me quitaran las mezquinas cantidades que me remitian para el pago de mi escolta. No pararon hasta que consiguieron hacerme entrar en Roma, poner preso y conducir al castillo de Sant-Angelo.

»Es verdad que han continuado las bandas, pero tambien lo es que las bandas no harán sino lo que han hecho siempre, á saber, desolar el país, sin conseguir nunca la organizacion necesaria, no proporcionando por consiguiente á la causa ningun provecho.

»Será muy difícil disciplinarlas. Ninguno de sus jefes es persona regular, ni sabe leer y escribir. En cuanto á los generales y oficiales del ejército antiguo, son extraordinariamente odiados. El pueblo que los juzga traidores, manifiesta propósitos de ahorcar á los primeros, y de fusilar á los segundos. Quiere que vayan extranjeros, por reputarles fieles, y por tener la seguridad de que no le venderán.

»El pueblo no puede ser más realista. En los campamentos no faltaba nada. Aunque fuese muy grande el peligro, los llenaban de víveres de toda especie. Una muchedumbre de hombres y de mujeres estaban con los soldados, mostrándose dispuestos á hacer toda clase de sacrificios, á fin de que tuviesen lo necesario. Llenaban mi tienda de regalos, de licores, de dulces y de toda clase de manjares.

»Cuando oian que haríamos retirar á los piamonteses exclamaban todos: «¡Matad á esos ladrones! ¡Matad á esos asesinos!» Muchos, levantadas las manos al cielo, exclamaban: ¡Jesucristo, baja con tu Cruz, y ayuda á tus defensores!

»Aquellas pobres gentes no sabian cómo demostrarme su agradecimiento, por haber limpiado de ladrones el país, que habia quedado enteramente desierto. Nadie podia transitar por él, sin el peligro de ser robado ó asesinado. Despues que ocho ó nueve fueron fusilados, y quedaron desarmados los suyos, volvióse á poblar todo. Las gentes iban de noche y de dia como en tiempo de paz.

»Cuando Chievone entró en Monticelli, Isoletta y en otra poblacion muy realista como las anteriores, se robó y mató á discrecion, cometiéndose otros crímenes que la pluma se resiste á referir. Llegóse al extremo de asesinar á los pobres viejos que se habian escondido, porque su edad y sus achaques les impidieron huir. A pesar del dinero que los cabecillas robaban ó recibian, dejaban perecer de hambre á su gente. Ellos lo malgastaban con mujeres perdidas, deshonrando la más justa y santa de las causas.»

«Rafael Tristany.»

La lectura del precedente documento casi literalmente trascrito, persuade no sólo de la intrepidez de don Rafael Tristany, sino tambien de que hizo todo lo posible para echar de Nápoles á los revolucionarios, y reponer en su trono á Francisco II. No sólo cumplió con su deber, sino que por espacio de mucho tiempo se expuso á grandes, espantosos é inminentes peligros.

Que nadie se atreva por consiguiente á consignar contra él una sola palabra de censura. Amigos y adversarios tienen por el contrario el riguroso deber de admirarle, y de ponerle al nivel de los capitanes más esclarecidos, inmortalizados por la historia.

Es imposible de todo punto que el éxito correspondiese á sus nobles deseos y á sus halagüeñas esperanzas, sopena de cometer acciones incompatibles con su pundonor, hidalguía y caballerosidad. Imposible, porque no se le mandó el dinero indispensable. Imposible tambien por la guerra innoble que sostuvo contra él la camarilla que rodeaba en aquella sazon de cosas al jóven é inexperto soberano. Imposible además porque con un puñado de hombres habia de luchar no sólo contra los revolucionarios del pais sino tambien contra los ejércitos reunidos de Víctor Manuel y de Napoleon.

No pasaré á otro asunto sin consagrar un recuerdo al bizarro jefe carlista Borges, que tambien procuró reponer en su trono al legítimo rey de las Dos Sicilias. Lo haré con doble motivo por haber muerto gloriosamente en el campo de honor, de resultas de una traicion francesa sobre todo encarecimiento abominable. Los que ansíen detalles sobre ella pueden acudir al cónsul español de Nápoles, que tuvo el valor de protestar enérgicamente contra una accion tan pérfida y tan villana. Yo le doy gracias en nombre de la comunion religioso-monárquica á la cual me glorío de pertenecer.

Siento por lo demás que los límites á que debo sujetarme, no me permitan encarecer las cualidades superiores de dicho héroe, que tambien abrió sus ojos á la luz en Cataluña. Verdad es que la tarea seria completamente inútil. ¿Quién no recuerda ó no ha leido la historia de nuestra última deplorable guerra civil? ¿Quién no ha oido los hechos principales de su última campaña?

¡Cosa rara! Sus mismos adversarios le han hecho

justicia. Poco despues de su muerte apareció en el folletin de *La Correspondencia de España* un libro con el epígrafe siguiente: *Diario de Borges*. En él se reconocian los grandes méritos del ilustre finado, y se confesaban sus esfuerzos heróicos en favor de Francisco II.

No pasaré á otro asunto sin lamentarme y condolerme de que las proporciones que ha tomado mi pobre libro me impidan describir lo más principal que hay en Nápoles y en sus alrededores, asi como dar cuenta de las impresiones principales que experimenté dentro de su recinto. Lo dicho, como de paso, es nada en comparacion de lo que añadir podria si no me lo impidiesen las razones tantas veces manifestadas. Hablar podria de los panoramas deliciosos que se disfrutan en la capital del reino de las Dos Sicilias, de sus iglesias, de sus plazas, de sus galerías de cuadros, de sus edificios públicos, de sus palacios particulares, de sus casas de campo, del carácter de sus habitantes, de sus costumbres descritas por tantos poetas, y de muchas cosas más que no acuden en este instante á mi memoria. Hablar podria tambien, ciñéndome á los alrededores de la famosa capital, de Herculano, ciudad destruida tambien por el Vesubio; de Castellamare, célebre por sus aguas minerales, por sus paseos, por sus villas y por su temperatura; de Vico, situada pintorescamente á orillas del mar y que guarda los restos mortales de Filangieri; de Sorrento, antiquísima colonia romana, donde abrió por la vez primera sus ojos á la luz el inmortal autor de la Jerusalen libertada; de Amalfi, que comerció en grande escala con Oriente y que hoy sólo tiene 3,000 habitantes; de Salerno que se distinguió en la Edad Media por su famosa escuela de medicina, y en cuya catedral se guardan los restos mortales de Hildebrando, conocido en la historia eclesiástica con el nombre inmortal de Gregorio VII; de Pæstum, á quien unos atribuyen un orígen fenicio otros etrusco y otros pelásgico; de la Caba cuyo convento fué un asilo para las letras durante los siglos bárbaros; de Nocera, cuya cindadela fue honrada por Urbano VI, de quien se cuenta que todos los dias excomulgaba desde una ventana á sus sitiadores capitaneados por Cárlos Durazzo; de la tumba de Virgilio, cerca de la cual plantó un laurel Petrarca; de Pozzuoli, donde Ciceron tuvo una casa de recreo y donde permaneció siete dias, segun es fama, el Apóstol de las Gentes, célebre tambien por conservar las ruinas de los templos de Serapis y de Neptuno; del lago Lucrin, memorable por sus ostras; de la gruta de la Sibila de la cual se cuentan mil cosas inverosímiles y absurdas; de Baia, que trae á la memoria las grandes impurezas y prevaricaciones que cometian los gentiles, sólo comparables con las de muchos cristianos de nuestros dias, y de otros muchos lugares más ó ménos encantadores, más ó ménos ilustres, más ó ménos dignos de ser visitados. Hablar podria, en fin, concretándome á mis impresiones particulares de la ruindad de las autoridades de Víctor Manuel, que trataban indignamente á todos los que procedian de Roma sin excluir á los sucesores de los Apóstoles, sujetándoles á una especie de fumigacion intolerable, so pretexto de que habia cólera en la capital del mundo católico; del espectáculo delicioso que disfrutábamos desde el mirador ó galería de la fonda de Roma; de las catacumbas de Nápoles, donce lamenté la profanacion inconcebible de innumerables huesos humanos; del paseo que dimos por el golfo, y de la satisfaccion de nuestro barquero, que daba de comer con su trabajo á sus siete hijas; del puerto militar que todavía estaba en construccion; de la funcion que vimos representar en el célebre teatro de la capital, y sobre todo de la pieza final titulada *Assicurazione contra i latri* y que tenia por objeto ridiculizar esas sociedades de crédito que han dejado en la miseria en muchas naciones de Europa, á infinidad de familias; de nuestro cochero, que tenia un Album con autógrafos de muchos personajes célebres; del paseo que dimos, gracias al cual me persuadí de que los revolucionarios de Nápoles, lo mismo que todos los demás se han enriquecido á merced de mil escandalosas dilapidaciones; de la famosa gruta de Possilipo que cuenta 2,606 palmos de largo, y está alumbrada de dia y de noche; de la capilla del Príncipe de San Severo, donde hay obras de arte verdaderamente superiores; y en fin, para no ser interminable, de los panoramas deliciosos que se ofrecieron nuevamente á nuestra vista y á nuestra imaginacion en el viaje de vuelta á la capital del mundo católico.

Habia solicitado una audiencia con S. M. el rey de las Dos Sicilias, y fuéme señalada miéntras permanecí en la hermosa capital de su monarquía. Gracias á su bondad y á los buenos oficios de los padres Jesuitas de la *Civiltá Cattolica*, designóseme otro dia. El dia 12 de Julio pude por consecuencia dirigirme al palacio de Farnesio, con el fin de saludar reverentemente y ofrecer mis respetos al héroe de Gaeta. Hubiera podido prescindir de hacerlo á ocupar el trono que legítimamente le corresponde: hallándose caido, hubiera faltado notoriamente á mi deber saliendo de Roma sin ofrecerle los homenajes de mi veneracion y de mi respeto.

Tal es la diferencia que ha separado, separa y separará siempre á los monárquico-religiosos de los liberales. Éstos abandonan más ó ménos descaradamente á los príncipes destronados por la revolucion

esencialmente antimonárquica é impía: aquéllos se acercan, y se identifican cada dia más con ellos, considerando un deber demostrarles contínuamente su lealtad profunda y su amor ilimitado. Saben todos que así sucede: sábenlo sobre todo las mencionadas víctimas ilustres y egregias del infortunio.

En otro lugar hablé ya del palacio Farnesio, y dije que acaso es el mejor de Roma. Siento no poder referir la historia de su construccion, en la cual figuran los nombres inmortales de Paulo III, de Miguel Angel, San Gallo, Vasari, Sebastian del Pombo, etc., y siento igualmente no poder mencionar siquiera las riquezas y obras de arte que ha contenido ó contiene todavía. Duéleme mucho tambien que los límites á los cuales debo sujetarme, me impidan describir sus pinturas entre las cuales sobresalen los frescos de la gran galería, que tiene 62 pies de largo. Se ha dicho con gran fundamento que únicamente los de Rafael son superiores.

Antes de la audiencia el señor duque de la Regina, Ceremoniero mayor de S. M. el rey, á quien habia tenido el gusto de conocer en nuestro palacio de la embajada (fué á visitar á los Cardenales españoles), se sirvió presentarme á un dignísimo sacerdote italiano, que gestionaba con el fin de que la santa Madre de Francisco II fuese incluida en el catálogo de las heroinas del Evangelio.

S. M. el rey de las Dos Sicilias dignóse recibirme sin ceremonia de ninguna clase. Sin aguardar á que el duque mencionado me presentase, abrió la puerta de su Cámara y me dijo que entrase. Me lo dijo en francés, que habla perfectamente. Sabia por lo visto que desconocia entónces casi por completo el idioma hermoso del Dante y de Alfieri. No consintió tampoco que le besase la mano.

Prescindo de las expresiones lisonjeras para mí que se sirvió dirigirme, porque nada interesan á mis benévolos lectores.

Dije á S. M. que era redactor de *La Esperanza* y defensor entusiasta por consiguiente de la legitimidad caida, añadiéndole que por éstas y otras razones me habia creido en el deber de solicitar la audiencia. S. M. tuvo á bien darme las gracias por ello, elogió á *La Esperanza*, manifestándose agradecido á la defensa que ha hecho de su causa, y me dijo que la defendida por nosotros en el periódico era exactamente la propia que la suya. Mucho celebré oir estas frases exactísimas de sus labios augustos.

Manifesté tambien á S. M. que acababa de volver de Nápoles. Recordaré siempre que cuando me oyó decir que habia rezado sobre la tumba de su egregia Madre, enternecióse de una manera extraordinaria.

Lo recordaré siempre, sí. No necesitaba yo haber presenciado ese movimiento instintivo para saber que Francisco II debe á Dios (dejo aparte ahora sus cualidades intelectuales) un hermoso corazon, mas ¿quién duda que á no saberlo lo hubiera entonces conocido? Triste cosa es confesarlo. Pocos son los hijos á los cuales conmueva tanto el simple recuerdo de la mujer á quien deben la existencia. El legítimo Rey de las Dos Sicilias consideró sin duda en aquel momento todo lo que á su madre augusta debia. Consideró sus cuidados amorosos, su ternura sobrehumana, sus sacrificios santos, sus dolores imponderables.

Manifesté á S. M. mis deseos y mis esperanzas de que volviese al trono de sus mayores. El héroe de Gaeta pronunció entonces el nombre sacrosanto de Dios, á quien ha confiado el triunfo de su causa, sin perjuicio de procurarle por otros medios puramente humanos. Así lo debe hacer sopena de faltar á una obligacion sagrada.

Excuso añadir que salí de la Cámara real grandemente complacido. Salí además con el convencimiento íntimo, profundo de que la Divina Providencia repondrá al héroe de Gaeta en el sólio de sus ilustres antepasados.

Al dia siguiente 13 tuve la dicha de ser recibido nuevamente por Su Santidad el Papa Pio IX, merced al señor conde de San Luis, á cuyas bondades estoy y estaré siempre agradecido. Paréceme del caso referir lo que sucedió, ántes de contar la indicada entrevista.

Fuí á Roma con el propósito de pedir á Pio IX que se dignase aceptar la dedicatoria del presente libro. Ignoraba entónces lo que oí luego de los mismos lábios del Padre comun de los fieles.

El dia en el cual se dignó recibirnos en la galería de los Arazzi no pude satisfacer mis vivísimos deseos. El Santo Padre se detuvo conmigo un rato, pero no todo el que yo necesitaba. Ni me sentí con alientos para suplicarle que se detuviera. Me contuvo, entre otras muchas consideraciones fáciles de comprender, la de que habia de estar necesariamente fatigado y rendido. Salí pues del Vaticano sin decir al Santo Padre una sola palabra referente al libro proyectado.

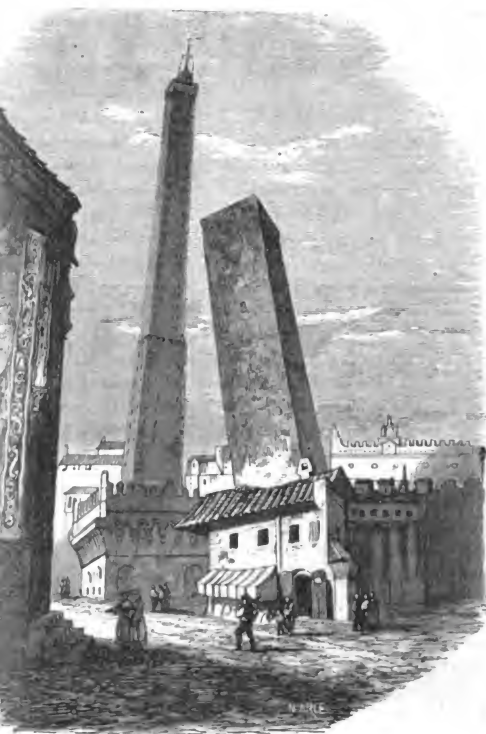
Supe por aquellos dias que algunas personas que deseaban ser recibidas por Pio IX, conseguian su objeto agregándose á uno de los sucesores de los Apóstoles. Determiné acudir á este medio, y me dirigí al señor Patriarca de las Indias, que aún no se habia despedido de Su Santidad. El respetable prelado se ofreció gustoso á llevarme consigo. Prometióme lo propio el sabio señor obispo de Urgel. No pude sin embargo ir con el uno ni con el otro, porque ambos fueron recibidos por Su Santidad durante mi corta permanencia en la capital del Reino de las Dos Sicilias.

estuve á visitar al señor conde de
ual entré á ver á su Eminencia el
go: hallamos en el salon al señor
, ceremoniero mayor de S. M. el

Príncipe de la Iglesia supo que
ablar con Pio IX, me manifestó

que aún no se habia despedido del Santo Padre, añadiéndome que me presentaria á él con gusto. «El mismo ofrecimiento iba á hacerle á usted,» me dijo en seguida el señor conde de San Luis. Díle, como es claro, las gracias, por su amabilidad.

Al dia siguiente, si no es infiel mi memoria, me dirigí al Vaticano á la hora fijada por el señor Car-



Las torres inclinadas de Bolonia.

do á mis ruegos,
tiva, mi excelen-
Tomás Isern, que
ar el pié al mejor
e los Pontífices.
o favor. Entón-
er mis deseos á
séquito del Emi-
uesta.
s conceptos res-
or una feliz ca-
cámara pontifi-

cia, esperando la hora de ser recibido por el augusto representante de Jesucristo. Aunque se dignó prometerme que me presentaria á Su Santidad, no me resolví á entrar en su compañía, porque tambien se le agregaron algunos españoles, deseosos de recibir la bendicion del Padre comun de los fieles. A uno y á otro prelado les dije las razones que me impedian hacer uso de su ofrecimiento bondadoso. Habia resuelto aceptar el del señor conde de San Luis, en la esperanza de que yendo con él podria pedir á Pio IX la venia referida.

Añadiré ántes de continuar, que el sucesor de San

53

Pedro recibió bondadosísimamente á los españoles indicados, á los cuales dirigió algunas palabras, entregando por fin una medalla á cada uno de ellos. Todos salieron extraordinariamente complacidos.

En la tarde del referido dia 13 me dirigí al Vaticano con el señor conde de San Luis, y con su apreciable familia. Su Santidad, que salió con su maestro de Cámara, Monseñor Pacca, se dignó recibirnos en una capilla que se estaba disponiendo para celebrar los funerales del ilustre y malogrado emperador de Méjico. Ocasion llegará en que podré hacer algunas reflexiones sobre la horrenda catástrofe á que acabo de aludir.

El señor conde de San Luis se adelantó y dijo á Su Santidad que se marchaba temporalmente en uso de la licencia que habia conseguido, pero que volveria á la capital del mundo católico, si las circunstancias lo reclamaban ó exigian. Añadió algunas frases quo ponian de realce sus sentimientos profundamente católicos. No las puedo consignar, porque no las ha conservado mi memoria fragilísima. Besó el pié al Padre comun de los fieles, é hizo lo propio toda su familia.

Tambien yo se lo besé no bien me hubo presentado á Su Santidad el digno embajador de la reina Isabel. El Santo Padre manifestóse sumamente complacido de mi propósito de escribir un libro sobre las fiestas del Centenario, pero añadió que no habia aceptado jamás dedicatoria alguna. Dignóse hacer públicas las razones de su conducta, que le impedian establecer una excepcion en favor de mi pobre obra. «Si aceptase, dijo casi literalmente, la dedicatoria del libro, dirian todos que estaba de acuerdo con todas y cada una de sus frases. Ignorando lo que dirá, no puedo admitir desde luego su dedicatoria.»

Es claro que á saber lo que Su Santidad se dignó manifestarnos, no le hubiera hecho la peticion referida. Creo inútil añadir que tambien lo ignoraba el señor conde de San Luis.

Instantes despues salimos del Vaticano despues de recibir la bendicion del venerable Pontífice, que por disposicion de Dios rige felizmente los destinos del mundo católico.

Al dia siguiente dejé su capital con profundo dolor, endulzado únicamente por la esperanza de volver, y por la de saludar pronto á egregios y altísimos personajes.

No describiré mi viaje de vuelta sin referir primero el de los prelados españoles que dejaron el dia 13 la capital del mundo católico. *La Cruz*, excelente revista religiosa de Sevilla, lo contó en los siguientes términos.

El 11 fondeó en Civita-Vecchia el trasporte de S. M. *San Quintin*, y el 13 por la mañana, con un tren extraordinario que salió de esta ciudad á las diez, llegando á dicho puerto á medio dia, volvieron nuestros prelados para trasladarse á sus respectivas diócesis.

En la estacion de Civita Vecchia esperaban monseñor Scapitta, delegado apostólico, nuestro cónsul, señor Valladares y Saavedra, y los oficiales del vapor *Vulcano*, no hallándose su apreciable comandante el señor Guerra, por retenerle á bordo unas calenturas gástricas que le molestan hace dias. Coches preparados, y en la carroza del delegado para el eminentísimo Cardenal de Santiago y el excelentísimo é ilustrísimo señor Patriarca de las Indias, condujeron al embarcadero á los prelados, que siguieron á bordo del *San Quintin* en las lanchas del *Vulcano*, en la de gala del delegado, y en otras de la corbeta pontificia *Inmaculada Concepcion*. La plaza hizo el saludo correspondiente, y con este motivo consigno que el digno gobernador de ella, nuestro compatriota el señor teniente coronel don José de Serra, tanto en la recepcion de los prelados como en cuanto pudo contribuir al mejor y mas solícito embarco, demostró el cariño y buen deseo con que mira todo lo que se refiere á su querida patria.

Llegados al *San Quintin*, y en tanto que su fino y diligente comandante el señor Lamas se ocupaba en hospedar á los prelados, el excelentísimo señor Patriarca de las Indias, acompañado del señor Valladares y Saavedra fué á bordo del *Vulcano* para saludar al comandante y visitar el barco; visita y saludo que fueron cordiales, y en los que el simpático y respetable vicario de la armada dió á conocer lo mucho en que tiene á los dignísimos individuos de nuestra marina real. Inútil es diga á ustedes que el *Vulcano* recibió y despidió al señor Patrierca con los honores debidos á su alta categoría.

Las dos de la tarde serian cuando empezó la comida dispuesta á bordo, presidiendo la mesa el eminentísimo Cardenal de Santiago, teniendo á su derecha á monseñor Nardi, auditor de la Rota por el Austria y encargado por Su Santidad de despedir á los prelados, y al referido excelentísimo señor Patriarca, y á su izquierda al delegado apostólico y al cónsul de España, y siguiendo despues por órden los prelados, entre los que se colocaron el gobernador militar señor Serra y el capitan del puerto, invitados ambos particularmente por el eminentísimo príncipe de la Iglesia.

Terminada la comida, subióse á cubierta, y allí empezaron esas escenas de afecto y de espontaneidad que constituyen el carácter español, pudiendo asegurar á ustedes que nuestro sentimiento era pensar que el tiempo corria, y que se acercaba el momento de dar un adios á aquella respetable corporacion que se dirigia á las queridas playas, dejándonos á nos-

otros en tierra extranjera, que extranjera es siempre, por más que en ella seamos estimados y distinguidos como lo son en los Estados de Su Santidad los que nos envanecemos del nombre español.

Las tres y media de la tarde serian cuando el apreciable señor comandante Lamas nos invitó á dejar el barco, y entónces, abrazando uno por uno á los prelados, besando uno por uno sus anillos, y recomendándonos á su memoria, bajamos á la lancha del delegado los que, como éste, quedábamos en Civita-Vecchia, y dos minutos despues vimos hacerse á la mar, engalanado y orgulloso, el magnífico trasporte *San Quintin*, cuyo nombre y cuya mision en aquel momento tantas y tan sublimes ideas traian á nuestra preocupada imaginacion. Dios lleve en paz el buque que cumple mision tan honrosa, y reciban muy particularmente nuestros hermanos el parabien que les envio de lo más profundo de mi corazon, porque vuelven á recibir á sus prelados, que tornan de rendir homenaje y de consolar al afligido del Tiber, al inmortal Pio IX.

Al dia siguiente, ántes de las seis de la mañana, las campanas de la santa Iglesia, á las cuales siguieron las de varias parroquias, anunciaron al vecindario de Barcelona que era llegada la hora señalada para el desembarco de la venerable cohorte episcopal que pasó á Roma á rendir un homenaje de admiracion y profundo respeto al egregio Pontífice que hoy dignamente ocupa la silla de San Pedro. A dicha hora se dirigia al portillo de la Paz la reverenda comunidad de la parroquia de San Miguel Arcángel, con cruz alta, y seguida de la ilustre junta de Obra de la misma y del excelentísimo señor capitan general, vestido de comandante del real cuerpo de alabarderos, quien ha bajado oportunamente de su palacio para reunirse con la expresada comitiva. En el indicado portillo, donde se veia una mesa con los ornamentos episcopales, habia ya formado un piquete de honor con charanga y bandera. Tambien ha acudido oportunamente al espresado sitio el excelentísimo señor gobernador de la provincia, el excelentísimo señor regente de esta Audiencia, el muy ilustre señor comandante de marina, el ilustrísimo cabildo catedral, el ilustre señor vicario general castrense, con la mayor parte de los capellanes de los fuertes y de regimiento, y varios señores curas párrocos é individuos del clero. Tanto la muralla del mar como las inmediaciones del citado portillo y avenidas del puerto, y tambien la calle del Dormitorio de San Francisco se hallaban inundadas de un inmenso gentío, que deseaba ansioso saludar á los venerables recien llegados.

A las seis en punto de la mañana, se ha arriado la bandera amarilla que durante los dias de observacion ha ondeado en el palo mayor, y los vivas de la tripulacion de *San Quintin*, repetidos por los de todos los demás buques surtos en el puerto, en particular los de guerra, han anunciado que era llegada la hora del desembarco. Este se ha verificado con el mayor órden, ocupando sucesivamente los ilustrísimos viajeros las diferentes falúas que las autoridades del puerto, y los señores comandantes de dichos buques tenian dispuestas al efecto. Al subir las gradas del indicado portillo, volviendo á pisar,—si así puede decirse,—el suelo de su pais natal, despues de haber llevado á cabo una mision tan relevante á los ojos del mundo católico, y al ser saludados con la mayor efusion y cordialidad por la multitud que les estaba esperando, ansiosa de besar su anillo pastoral, la satisfaccion de que se sentian íntimamente poseidos, se veia retratada en sus semblantes. El público les saludaba con trasporte, y la tropa que formaba el piquete les presentaba las armas tocando la música la marcha Real.

Despues de dadas las gracias al Todopoderoso, nuestro Excmo. é Ilmo. señor Obispo se ha revestido de la capa pluvial, y con báculo y mitra, teniendo á su lado el Emmo. señor Cardenal Arzobispo de Santiago, y á su izquierda el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Tarragona, han presidido la procesion, que se ha dirigido directamente á la iglesia de la Merced, precedida de la reverenda comunidad de la misma, de un numeroso cortejo de personas pertenecientes todas ellas al reverendo Clero, y de los ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos, marchando en pos de ellos las primeras autoridades que hemos citado. El pueblo se agolpaba al paso de los venerables Prelados para besarles el anillo pastoral, y era á la verdad un acto tan majestuoso como imponente el ver aquella procesion que, en medio del más religioso respeto, se encaminaba á la indicada iglesia para dar gracias al cielo por el feliz término de su viaje. Lo venerable de su presencia, y la diversidad de sus trajes, era objeto de atencion general, llamándola particularmente las luengas barbas que usaban algunos Prelados, y los hábitos pertenecientes á diferentes órdenes religiosas que vestian algunos de los Obispos americanos y el de Australia.

El indicado templo se hallaba brillantemente iluminado, é inundado completamente de numerosos fieles. La celestial imágen de la Vírgen de las Mercedes, aparecia en él radiante de majestad. Al rededor del presbiterio, habia treinta sillones destinados á ocuparlos los ilustres viajeros, y un considerable gentío se agitaba alrededor de la misma iglesia, pesaroso de no poder tener cabida en ella, porque es preciso confesar que su capacidad es insuficiente para un acto como el que hoy se ha solemnizado. El Emmo. señor Cardenal de Santiago ha celebrado una Misa en accion de gracias, durante la cual, la

escolanía de dicha iglesia, ha cantado dos bellísimos coros de Rossini, titulados: *Fé*, *Esperanza y Caridad*, que han producido un religioso efecto. Concluida la Misa, se ha entonado el *Te Deum*. Los primeros han sido cantados con acompañamiento de órgano, y el segundo lo propio que una *Salve* á la Vírgen, con acompañamiento de orquesta. Miéntras se cantaba esta última deprecacion, los Excmos. é Ilmos. Prelados han pasado á besar la mano de la santa imágen en su propio camarin, que tambien estaba brillantemente iluminado. Despues de haber orado en él un breve rato, han bajado otra vez al presbiterio, donde concluida la *Salve* se han despedido, dándose recíprocamente un fraternal abrazo, y en seguida se han trasladado á sus alojamientos.



Vista de Ferrara.

En vista del entusiasta recibimiento que les ha hecho Barcelona, los prelados que deseaban salir esta mañana, han retardado su marcha, y han debido partir en el tren de las tres para Zaragoza, el señor Arzobispo de esta última diócesis, con la comision del cabildo de aquella catedral, y el señor Cardenal de Santiago. Sabemos de otros prelados que salen esta misma tarde, mas otros no saldrán hasta mañana, y otros, en especial los americanos y el padre Salvado, permanecerán algunos dias en esta capital. El prelado que llamaba la atencion por su larga y blanca barba, es el señor Obispo de Puerto-Rico, que pertenece á la órden de capuchinos. El Ilustrísimo señor Obispo de Canarias, no ha regresado aun por haberle ordenado los facultativos que ántes fuese á tomar baños minerales, como así lo ha hecho.

Pues la ocasion se presenta oportuna, hé aquí la circular que algunos dias ántes se les habia dirigido por órden del Santo Padre. Excusado me parece manifestar que se dirigió tambien á los demás sucesores de los Apóstoles. Siguen luego las preguntas que á ella se refieren.

TEXTO LATINO.

«Perillustris ac Rme. Domine.—Quum Santísismus Dominus Noster Pius PP. IX. in supremo Apostolici Ministerii fastigio Speculator á Deo datus sit domui Israel, ideo si ulla sese offerat opportuna occasio, qua veram populi Christiani felicitatem promovere, vel mala eidem jam illata ac etiam tantummodo forsan impendentia agnoscere queat, eam nulla interposita mora arripit et amplectitur, ut providentiæ et auctoritatis suæ studium impense collocet, aut aptiora remedia alacriter adhibeat.

Jam vero in hac tanta temporum rerumque acerbitate, nonnisi singulari Dei beneficio sibi datum judicans, quod in proxima festiva celebritate centenariæ memoriæ de glorioso Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli martyrio, et canonizationis tot christianæ religionis heroum, amplissimam pulcherrimamque solio suo coronam faciant nedum S. R. E. Cardinales, sed etiam tot Rmi. Episcopi ex omnibus terrarum partibus profecti, perjucunda eorumdem presentia et opera sapienter sibi utendum statuit, mandavitque Episcopis in Urbe præsentibus quasdam proponi quæstiones circa graviora ecclesiasticæ disciplinæ capita, ut de vero illorum statu certior factus, id suo tempore decernere valeat, quod in Domino expedire judicaverit.

Quæ sint huiusmodi disciplinæ capita, super quibus ex mandato Sanctitatis Suæ hæc Sacra Concilii Congregatio ab Amplitudine Tua relationem et sententiam, quantum ad tuam Diœcesim pertinet, nunc exquirit, luculenter prostant in syllabo quæstionum quem hic adnectimus. Si quid vero aliud forte sit, quod abusum sapiat, aut gravem in urgenda sacrorum canonum executione difficultatem involvat, Tibi exponere et declarare integrum erit: Apostolica namque Sedes, re mature perpensa, succurrere et providere, prout rerum ac temporum ratio postulaverit, procul dubio non remorabitur.

Ne autem ad hanc relationem cumulate perficiendam Dominationi Tuæ congrua temporis commoditas desit, trium vel quatuor, si opus fuerit, mensium spatium a die præsentium Litterarum conceditur. Cæterum eamdem relationem mittendam curabis ad ipsam Sanctitatem Suam, vel ad hanc S. Congregationem.

Interim impensa animi mea sensa ex corde pro fiteor Amplitudini Tuæ, cui fausta quæque ac salutaria adprecor a Domino.

Amplitudinis Tuæ.

Datum Romæ ex S. C. Concilii die 6 Jullii 1867. Uti Frater.—*P. Card. Caterini Præf.—Rmo. Episcopo...*

TEXTO CASTELLANO.

Illmo. y Rmo. Señor.—Habiéndonos sido dado por Dios nuestro Santísimo Padre Pio IX como celador de la casa de Israel en el lugar más elevado del ministerio Apostólico; por eso si alguna ocasion oportuna se le ofrece en que pueda promover la verdadera felicidad del pueblo cristiano, ó conocer, así los males ya inferidos como los que sólamente le amenazan, sin demora alguna la aprovecha y acoge, dedicando á ello con interés todo el cuidado de su vigilancia y autoridad, ó bien aplicando con prontitud los más saludables remedios.

Y atribuyendo á especial favor de Dios el que en medio de las calamidades de los tiempos y las cosas haya podido ver en torno de su solio, en numerosa y hermosísima reunion, no sólamente á los cardenales de la Santa Iglesia romana, sino tambien á tantos Rmos. obispos, venidos de todas las partes del mundo para asistir á la festividad de la centenaria memoria del glorioso martirio de los santos Apóstoles Pedro y Pablo y de la canonizacion de tantos héroes de la religion cristiana, ha resuelto sabiamente utilizarse de su agradabilísima concurrencia y cooperacion, mandando que sean propuestas á los obispos presentes en Roma algunas cuestiones acerca los capítulos más graves de la disciplina eclesiástica, para, despues de enterado de los mismos, resolver en su tiempo lo que más conveniente juzgue en el Señor.

Cuáles sean esos capítulos de disciplina sobre los cuales esta Sagrada Congregacion, por mandato de S. S. pide á Vuestra Grandeza una explicacion y parecer por lo que á vuestra diócesis se refiere, manifiestamente van expuestos en la lista de cuestiones que se encuentra al pié de esta circular. Si alguna otra cosa hay que tenga visos de abuso ó que oponga grave dificultad á la pronta ejecucion de los sagrados cánones, á Vos toca exponerlo y declararlo; pues S. S., pesándolo con madurez, se apresurará sin duda alguna á remediarlo y providenciar sobre ello, conforme lo pidan las circunstancias de cosas y personas.

Y para que no falte á vuestra Grandeza el tiempo necesario para hacer cumplidamente esta exposicion, se concede el espacio de tres meses, ó de cuatro, si fueren necesarios, contados desde la fecha de la presente. Por lo demás, cuidareis de remitir dicha exposicion á la misma Santa Sede ó á esta Santa Congregacion.

Entre tanto manifiesto mis profundos sentimientos de afecto á vuestra grandeza, á la que suplico al Señor conceda felicidad y salud.

De vuestra grandeza.

Dada en Roma en la Sagrada congregacion del Concilio á 6 de Julio de 1867.—Como hermano.—*P. Card. Caterini, prefecto.—Rmo. Obispo de...*

QUÆSTIONES

QUÆ AB APOSTOLICA SEDE EPISCOPIS PROPONUNTUR.

TEXTO LATINO.

1. Utrum accurate serventur canonicæ præscriptiones, quibus omnino interdicitur, quominus hæretici vel schismatici, in administratione baptismi, patrini munere fungantur?

2. Quanam forma et quibusnam cautelis probetur libertas status pro contrahendis matrimoniis: et utrum ipsimet Episcopo vel eius curiæ episcopali reservetur iudicium super status cuiusque contrahentis libertate. Quidnam tandem hac super re denuo sancire expediret, præ oculis habita instructione die 21 Augusti 1670. s. m. Clementis X. auctoritate edita?

3. Quænam adhiberi possent remedia ad impendienda mala ex civili quod appellant matrimonio provenientia?

4. Pluribus in locis, ubi hæreses impune grassantur, mixta connubia ex Summi Pontificis dispensatione quandoque permittuntur, sub expressa tamen conditione de præmittendis necessariis opportunisque cautionibus, iis præsertim quæ naturali ac divino iure in hisce connubiis requiruntur. Minime dubitare fas est, quin locorum Ordinarii ab huiusmodi contrahendis nuptiis fideles avertant ac deterreant, et tandem, si graves adsint rationes, in exequenda apostolica facultate dispensandi super mixtæ religionis impedimento, omni cura studioque advigilent, ut dictæ conditiones, sicuti par est, in tuto ponantur. At enimvero postquam promissæ fuerint, sanctene diligenterque adimpleri solent, et quibusnam mediis posset præcaveri, ne quis a datis cautionibus servandis temere se subducat?

5. Quomodo enitendum, ut in prædicatione verbi Dei sacræ conciones ea gravitate semper habeantur, ut ab omni vanitatis et novitatis spiritu præserventur immunes, itemque omnis doctrinæ ratio, quæ traditur fidelibus, in verbo Dei reipsa contineatur, adeoque ex Scriptura et traditionibus, sicut decet, hauriatur?

6. Dolendum summopere est, ut populares scholæ quæ patent omnibus cuiusque é populo classis pueris, ac publica universim instituta, quæ litteris severioribusque disciplinis tradendis et educationi iuventutis curandæ sunt destinata,

CUESTIONES

QUE LA SANTA SEDE PROPONE A LOS OBISPOS.

TEXTO CASTELLANO.

1.ª Las prescripciones canónicas que prohiben absolutamente admitir á los herejes y cismáticos para padrinos en el Sacramento del Bautismo, ¿son guardadas cuidadosamente?

2.ª ¿En qué forma y con qué garantías se prueba la libertad de estado para contraer matrimonio? El juicio, respecto de la libertad de estado de cada contrayente, ¿está reservado al Obispo ó á la curia episcopal? Por último, ¿qué convendria prescribir acerca de este punto examinando la instruccion de 21 de Agosto de 1670, promulgada por Clemente X, de santa memoria?

3.ª ¿Qué remedios pueden aplicarse á los muchos males que se originan de lo que se llama *matrimonio civil?*

4.ª En muchos lugares en que las herejías se propagan impunemente, los matrimonios mixtos se permiten á veces en virtud de dispensa del Soberano Pontífice, pero con la condicion expresa de que se den préviamente las garantías necesarias y oportunas, y en especial las requeridas para tales uniones por derecho natural y divino.

No puede dudarse de que los Ordinarios de los lugares retraen y disuaden á los fieles de contraer uniones semejantes, y que aplicando, si existen grandes motivos para ello, el permiso apostólico de dispensar el impedimento de disparidad de cultos, vigilan con el mayor esfuerzo y solicitud porque las condiciones impuestas sean, como es justo, seguramente garantizadas; sin embargo, ¿son habitualmente cumplidas estas promesas con santidad y cuidado? y ¿qué remedios podrian aplicarse para que nadie se exima temerariamente del cumplimiento de las que ha hecho?

5.ª ¿Cómo trabajar porque en la predicacion de la palabra de Dios los discursos sagrados tengan siempre tal gravedad, que se conserven puros de todo espíritu de vanidad y novedad, y que toda enseñanza dada á los fieles esté en realidad contenida en la palabra de Dios, y por consiguiente, sacada como conviene de la Escritura y de la tradicion?

6.ª Es altamente sensible que las escuelas populares abiertas á los niños de todas las clases del pueblo, asi como los institutos públicos destinados á la enseñanza superior de las letras y de las ciencias, y á la educacion de la juventud, estén generalmen-

eximantur pluribus in locis ab Ecclesiæ auctoritate moderatrice vi et influxu, plenoque civilis ac politicæ auctoritatis arbitrio subiiciantur ad imperantium placita et ad communium ætatis opinionum amussim: quidnam itaque effici posset, quo congruum tanto malo remedium afferatur, et Christifidelibus suppetat catholicæ instructionis et educationis adiumentum?

te sustraidas en muchas partes á la autoridad moderada de la Iglesia, á su accion y á su influencia; que permanezcan absolutamente sometidas al arbitrio de la autoridad civil y política al capricho de los que gobiernan, y que todo se arregle segun las opiniones que privan en nuestros dias. ¿Qué podria hacerse para poner un remedio conveniente á un mal tan grande, y asegurar á los fieles de Cristo el auxilio de una instruccion y de una educacion católica?

7. Maxime interest, ut adolescentes clerici humanioribus litteris severioribusque disciplinis recte imbuantur. Quid igitur præscribi posset ad Cleri institutionem magis ac magis fovendam accommodatum, præsertim ut latinarum litterarum, rationalis philosophiæ ab omni erroris periculo intaminatæ, sanæque theologiæ iurisque canonici studium in seminariis potissimum diœcesanis floreat?

7.° Importa mucho que los clérigos jóvenes sean instruidos convenientemente en las letras y ciencias. ¿Qué puede prescribirse para desarrollar más y más la instruccion del clero, y sobre todo para que el estudio de las letras latinas, de una filosofía racional exenta de todo peligro de error, de la sana teología y del derecho canónico sea cada vez más floreciente, sobre todo en los seminarios diocesanos?

8. Quibusnam mediis excitandi essent clerici, qui præsertim sacerdotio sunt initiati, ut emenso scholarum curriculo, studiis theologicis et canonicis impensius vacare non desistant? Præterea quid statuendum efficiendumque, ut qui ad sacros ordines iam promoti, excellentiori ingenio præditi, in decurrendis philosophiæ ac theologiæ studiis præstantiores habiti sunt, possint in divinis sacrisque omnibus disciplinis et nominatim in divinarum Scripturarum, sanctorum Patrum, ecclesiasticæ historiæ sacrique iuris scientia penitius excoli?

8.° ¿Por qué medios podria excitarse á los clérigos, sobre todo á los que son ya sacerdotes, para que no cesen de aplicarse con solicitud, una vez terminados sus estudios escolares, al estudio de la Teología y del derecho canónico? ¿Qué seria preciso, por otra parte, hacer ó establecer, para que los que han sido ya promovidos á las Ordenes sagradas, y que dotados de mayores facultades se han distinguido en el curso de sus estudios filosóficos y teológicos, puedan instruirse profundamente en todas las ciencias divinas y sagradas, y principalmente en las de las Divinas Escrituras, de los Santos Padres, de la historia eclesiástica y del Derecho canónico?

9. Iuxta ea, quæ a Concilio tridentino c. 16. sess. 23. *de reform.* præscribuntur, quicumque ordinatur illi Ecclesiæ aut pio loco pro cuius necessitate aut utilitate assumitur adscribi debet, ubi suis fungatur muneribus nec incertis vagetur sedibus: quod si locum inconsulto Episcopo deseruerit, ei sacrorum exercitium interdicitur. Hæ præscriptiones nec plene neque ubique servantur. Quomodo ergo his præscriptionibus supplendum, et quid statui posset, ut clerici propriæ diœcesi servitium, et suo Præsuli reverentiam et obedientiam continuo præstent?

9.° Conforme á lo prescrito por el Concilio de Trento (c. 16, Sesion XXIII *de Reformat.*), todos los ordenados deben estar adscritos á una iglesia, ó lugar piadoso, á cuyas necesidades ó utilidad están destinados, y llenar en ellos sus funciones, de suerte que no se les vea correr á la ventura de un punto á otro, y si abandonan sin licencia del Obispo el lugar que les está asignado, se les suspende en el ejercicio de sus sagradas funciones.

Pero estas prescripciones no se observan estrictamente en todas partes. ¿Cómo podrian completarse y qué podria establecerse para que los clérigos no dejen nunca de prestar sus servicios en su propia Diócesis, y guardar á su propio Prelado el respeto y obediencia que le son debidos?

10. Plures prodierunt et in dies prodeunt congregationes et instituta virorum et mulierum, qui votis simplicibus obstricti piis muneribus obeundis se addicunt. Expeditne ut potius congregationes ab Apostolica Sede probatæ augeantur la-

10.° Se han formado, y se forman todos los dias, gran número de Congregaciones de hombres y de mujeres, que ligados por votos simples se dedican á la práctica de varias obras piadosas. ¿Vale más que las Congregaciones aprobadas por la Sede Apostólica se aumenten y se extiendan, que consentir en que

tius et crescant quam ut novæ eumdem prope finem habentes constituantur et efformentur?

11. Utrum sede episcopali ob mortem vel renunciationem vel traslationem Episcopi vacante, capitulum Ecclesiæ cathedralis in vicario capitulari eligendi plena libertate fruatur?

12. Quanam forma indicatur et fiat concursus, qui in provisione ecclesiarum parochialium peragi debet iuxta decretum Concilii tridentini sess. 24 *de reform.* c. 18. et constitutionem sa. me. Benedicti XIV. quæ die 14. Decembris 1742. data incipit *Cum illud?*

13. Utrum et quomodo expediret numerum caussarum augere, quibus parochi ecclesiis suis iure privari possunt: nec non et procedendi formam laxius præstituere, qua ad huiusmodi privationes facilius, salva iustitia, possit deveniri?

14. Quomodo executioni traditur quod de suspensionibus *ex informata conscientia* vulgó dictis decernitur á Concilio tridentino c. 1. sess. 14 *de reformat.* Et circa huius decreti sensum et applitionem est ne aliquid animadvertendum?

15. Quonam modo Episcopi iudiciariam qua pollent potestatem in cognoscendis caussis ecclesiasticis, potissimum matrimonialibus, exerceant, et quanam procedendi atque appellationes interponendi methodo utantur?

16. Quænam mala proveniant ex domestico famulatu, quem familiis catholicis præstant personæ vel sectis proscriptis vel hæresi addictæ vel etiam non baptizatæ: et quodnam hisce malis posset opportune remedium afferri?

17. Quidnam circa sacra cœmeteria adnotandum sit: quinam hac de re abusus irrepserint et quomodo tolli possent?

se formen y constituyan otras nuevas que tienen casi el mismo objeto?

11.° Cuando vaca la Silla episcopal por muerte, dimision ó traslacion del Obispo, ¿tiene el Cabildo catedral libertad completa para la eleccion de Vicario capitular?

12.° ¿En qué forma se anuncia y se celebra el concurso que debe verificarse para la provision de las iglesias parroquiales, conforme al decreto del Concilio de Trento (Ses. XXIV. *de Reformat.*, cánon XVIII), y á la Constitucion de Benedicto XIV, de santa memoria, de 14 de Diciembre de 1742, que empieza con estas palabras: *Cum illud?*

13.° ¿Convendria aumentar el número de las causas por las que puedan ser los cura-párrocoss, conforme á Derecho, privados de sus iglesias? ¿De qué manera seria preciso hacerlo? ¿Y qué forma más cómoda de procedimiento podria adoptarse para facilitar estas medidas, sin menoscabo de la justicia?

14.° ¿Cómo se ejecuta en la práctica lo que el Concilio de Trento ha decretado sobre las suspensiones llamadas *ex informata conscientia*; (c. 1, Ses. XIV, *de Reformat.*) y hay algo que decidir sobre el sentido y la aplicacion de este decreto?

15.° ¿Cómo ejercen los obispos el poder judicial de que están revestidos, en lo que toca á las causas eclesiásticas, sobre todo á las matrimoniales, y qué marcha siguen, sea en estas causas, sea en las apelaciones?

16.° Qué males provienen del servicio que prestan en ciertas familias católicas, en calidad de domésticos, personas pertenecientes ya á asociaciones condenadas, ya á la herejía, ó personas no bautizadas, y qué remedio eficaz puede adoptarse contra estos males?

17.° ¿Qué hay que observar en lo que se refiere á cementerios sagrados? ¿qué abusos se han introducido en esta materia, y cómo se lograria corregirlos?

Réstame añadir que casi todos los prelados que no concurrieron á las fiestas solemnísimas, elevaron exposiciones á Su Santidad. En ellas manifiestan las razones por las cuales no fueron á Roma, y se adhieren al célebre Mensaje dirigido al Pontífice-Rey el dia 1.° de Julio. Duéleme mucho no poder publicar tales documentos, así como las bellísimas respuestas del incomparable Pio IX.



IGLESIA DE SAN MARCOS EN VENECIA.

PARTE CUARTA.

VIAJE DE VUELTA.

CAPITULO I.

DE ROMA Á ANCONA.



énos ya en el ferro-carril esperando el momento de partir. Oyense los silbidos de la locomotora que pueden ponerse en parangon con los relinchos del corcel gallardo, que ansía lanzarse impetuosamente á la carrera. Retrocede á poco el tren, como si quisiera tomar alientos, y comienza su marcha triunfal á través de los campos y de los bosques, de los pueblos y de las ciudades, de los rios y de las montañas. Todos han preparado el camino al monstruo. Todos, inclusos aquellos á los cuales deja sin vida ó con una vida miserable, pre cursora y mensajera de la muerte.

Duéleme mucho no poder referir detalles de lo más notable que se encuentra desde la capital del mundo católico hasta la ciudad de Ancona. Me lo impide, prescindiendo de otras consideraciones, la rapidez con que se hace la travesía. Gracias principalmente al ferro-carril se perderá, segun todas las probabilidades, la memoria de muchos nombres ilustres, de muchas acciones inmortales y de muchos monumentos grandiosos. No se visitarán los sitios en que nacieron muchos héroes renombrados, ni los en que se realizaron hechos insignes, ni los en que se construyeron obras inmortales. Nada de eso importa á las empresas que sólo aspiran á ganar mucho dinero.

¿Se quiere una prueba de lo manifestado? El viaje á que me refiero la suministra victoriosa. Todos saben que no puede darse un paso en Italia sin encontrar cosas magníficas, mas ¿qué viajero puede referir las de los pueblos que se hallan durante la corta travesía? Ninguno perfectamente. El más curioso apunta sus nombres ó escribe algunas líneas sobre la configuracion del terreno. Ni lo uno ni lo otro proporcionan gran utilidad á los lectores: podrán á lo mas deleitarle, pero no instruirle.

Y sin embargo, se pasa por muchas poblaciones dignas de mencion sin linaje de duda. Se pasa entre otras por Corese, fundada no léjos de la antigua Cures, capital que tuvieron los Sabinos; por Narni no-

table por su catedral y por tener cerca las ruinas de un hermoso puente romano; por Terni, á quien han dado celebridad la circunstancia de ser pátria de Tácito, sus antigüedades y sobre todo su famosa y pintoresca cascada de Velino, artificial como la de Tívoli; por Spoleto que no pudo rendir Aníbal y en cuya iglesia de santo Domingo, consérvanse frescos de Julio Romano; por *Toligno* que padeció mucho en 1831 á causa de un temblor de tierra, y por Nocera, cuyos vasos merecieron los elogios del justamente famoso historiador Strabon.

Desgraciada suerte la de Ancona. Saqueáronla primeramente los lombardos. Obtuvo mas adelante privilegios, pero los perdió cuando Gonzaga, general de Clemente VII la hizo suya para defenderla de las incursiones de los turcos. Durante la guerra ocurrida á fines del siglo último fué ocupada por los franceses. Gracias al tratado de Viena volvió á poder del papa, mas aquéllos se posesionaron de ella otra vez en 1832. Bombardeáronla los austriacos en 1849, durante doce dias consecutivos. Lo que sucedió durante la guerra de 1860 no necesito recordarlo. Sabido es que fué bombardeada otra vez con desprecio de todas las leyes del honor y de la guerra.

Cúmpleme añadir que su situacion actual no puede ser más triste ni más angustiosa. Prescindiendo de las demás calamidades que hace sufrir á la Italia entera el brigante coronado (1), ha sufrido su comercio extraordinariamente. Basta observar que su puerto circular está sin naves, para comprender que la poblacion más comerciante de la costa oriental de Italia ha llegado á un extremo de pobreza verdaderamente aflictiva. A mayor abundamiento nos lo dijeron los mismos habitantes de la ciudad á los cuales consultamos.

Por habérsenos escapado el tren tuvimos que detenernos algunas horas. ¿Son ustedes felices ó desgraciados? pregunté á una persona digna de crédito. Casi literalmente me contestó. Somos muy infortunados.—La miseria es cada dia mayor.—Las contribuciones aumentan siempre, y han llegado á ser insoportables.—El comercio está completamente paralizado.—El descontento es general.

¿Y qué quieren los habitantes de Ancona? Ellos mismos no lo saben, me respondió el aludido que no mostraba gran afecto á la Religion y á la Monarquía. «Generalmente, me añadió, esperan la muerte del Papa, porque se figuran que la cuestion romana cambiará entónces de aspecto.»

(1) Así denominó á Victor Manuel en el Congreso de los Diputados, el señor don Leon Galindo y de Vera.

Supe luego que los hijos de Ancona están muy vejados por las autoridades del usurpador. Recuerdo que tambien nosotros fuimos víctimas de sus disposiciones absurdas y tiránicas. Por el grave delito de haber estado en Roma, sujetósenos á una fumigacion irritante: las emanaciones mortíferas de las sustancias dispuestas con el fin de mortificarnos, nos persuadieron de que los agentes de Víctor Manuel marchaban al compás de sus ideas y de sus sentimientos. Algo mas diré luego á este propósito.

No quiero proseguir sin hacer una consideracion que me parece oportuna. ¿Qué gran crímen ha cometido Ancona para verse en situacion tan deplorable? Perpetró uno por lo ménos, merecedor sin duda de castigo enorme. La de tolerar todas las religiones para favorecer el comercio, y la de admitir con el propio fin multitud de judíos. Aseguro nuevamente que el Dios de las misericordias es tambien el Dios de las justicias y de las venganzas.

Ancona es una ciudad poco notable. Digno es sin embargo de mencion, el arco de triunfo que sus habitantes construyeron en honor de Trajano. Es de mármol blanco, y está construido con tanta solidez como elegancia. Se distingue sobre todo por sus columnas corintias y por sus inscripciones: los bárbaros lo despojaron de muchas estatuas de bronce, de muchos trofeos y de muchos ornamentos accesorios.

Ménos notable que el anterior es el erigido á Clemente XII, que comenzó el muelle y el lazareto.

Entre sus iglesias, sobresale la catedral construida en el mismo lugar que ocupó un templo dedicado á Venus, del cual se conservan aun dos columnas: En su cripta están los cuerpos de san Ciriaco y de otros héroes del Cristianismo. La de san Agustin tiene un carácter semi-gótico. En la de san Francisco hay una pintura de Ticiano, y otra del mismo autor en la de santo Domingo.

Su principal edificio público es la *loggia* de los mercaderes. En el palacio del gobierno hay una galeria de cuadros. En el denominado Terretti manifestó *Tibaldi* su talento como pintor y como arquitecto. Su teatro es moderno.

A cinco leguas de Ancona está Loreto, donde se conserva la humilde casa que habitó en Nazaret la Madre de Dios y de los hombres. El poco tiempo de que pude disponer para el viaje de vuelta me impidió ir á dicho lugar verdaderamente santo. Lo describiré con todo en breves y ceñidas palabras.

Haré ante todo algunas consideraciones, recordan-

do el suceso maravilloso referido por el evangelista san Lúcas.

Hace 1867 años que el mundo estaba completamente desviado y corrompido. Pensaban unos en hacer nuevas conquistas; pensaban otros en acumular riquezas sobre riquezas; pensaban aquéllos en construir magníficos monumentos; pensaban en fin los de más allá en dar satisfaccion á todos sus apetitos; pero ninguno pensaba en Dios, señor de cuanto ha existido, existe ó existirá hasta la consumacion de los siglos. ¡Cuántos crímenes! ¡Cuántas abominaciones! ¡Qué espectáculos tan deplorables! ¡Qué diversiones tan bárbaras! ¡Qué desconocimiento tan general de todos los deberes!

Contempla Dios al mundo, y en vez de exterminar á los descendientes de Adan determina salvarles. Aquella misma voz que dijera en otro tiempo: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza,» exclamó: «Redimamos al hombre.»

El Hijo del Eterno se ofrece y dice: «Iré al mundo, tomaré cuerpo y alma de hombre, cargaré con todos los pecados que ha cometido, para el correspondiente desagravio, y le enseñaré lo que debe hacer para conseguir su salvacion. Al momento fijóse Dios, ¿en quién? No en una princesa, ni en una gran señora. No en Roma, ni en Aténas, ni en Esparta, ni en ninguna otra poblacion populosa. Se fijó en una humilde doncella de Nazaret, ciudad de Galilea. ¡Cuán cierto es que ama la humildad y la pobreza!

El pueblo judío era el único que no habia perdido la pista de las tradiciones primeras. Cuando sucedió lo que voy á referir, María estaba quizás leyendo en los Libros Santos las promesas referentes al Mesías, y rogando á Dios que apresurase su venida. No consta en el Evangelio, mas puede presumirse.

Vuela á su casa Gabriel y le dice: «Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú eres entre *todas* las mujeres.» Al ver tan cerca de sí al ángel y al oir las alabanzas que la dirigia, turbóse la Vírgen, creyéndose probablemente víctima de alguna asechanza por parte del enemigo. El Angel añadió: «¡Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios: Sábete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre *Jesus*. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David: y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.» No bien oyó la Vírgen que habia sido designada para Madre de Dios, repuso: «¿Cómo ha de ser eso? pues yo no conozco varon alguno.» Gabriel replicó: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el santo que de tí nacerá, será llamado hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Elisabeth, que en su vejez ha concebido tambien un hijo: y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes: porque para Dios nada es imposible.»

Las palabras del Angel y la gracia divina la hicieron penetrar el misterio. Dijo entónces: «Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.» Oido lo cual, Gabriel voló de nuevo al empíreo.

¡Qué contestacion la de María! ¡Qué humildad! Saludóla el Angel como Madre de Dios, mas ella se llamó sierva del Señor. En aquel instante solemne penetró las inmensas amarguras que le aguardaban, sin excluir la de ver á su hijo muy amado pendiente de una Cruz. Aceptó sin embargo por el amor que á Dios profesaba, y tambien por el que profesaba á los hombres.

Loreto que tiene 8,000 habitantes, y que forma parte de los estados de la Iglesia, está situado sobre la cumbre de una colina. Es una ciudad defendida por una muralla, á la cual hizo añadir muchos bastiones la Santidad del gran Sixto V.

Su joya más preciosa es indudablemente la casa de la Vírgen. Hé aquí lo que dice sobre ella una tradicion venerable, contra la cual no se puede ir sin chocar con la Iglesia.

Santa Elena tuvo la dicha de hallar el edificio incomparable. Fué despues rodeado por una iglesia, y expuesto así á la veneracion de los fieles. Destruyéronla los sarracenos en el siglo XIII para despojar la casita de la Vírgen, mas no lo consiguieron, porque los ángeles la trasportaron á Dalmacia en la noche del 12 de Mayo de 1291. En 9 de Diciembre de 1294 fué conducida á Italia á través de los aires y del mar Adriático. Es fama que ántes de colocarse en donde está, cambió de sitio muchas veces.

Aparece hoy en medio de una rica y preciosa iglesia denominada de la Vírgen. Comenzóla Paulo II en 1464, y se concluyó en tiempo de Julio II, bajo la direccion del célebre Bramante. La cúpula se debe á los Sumos Pontífices Clemente VII y Paulo III.

Los viajeros y los peregrinos no se causan de admirar sus magníficas puertas de bronce y sus bajo-relieves, que representan asuntos del Antiguo y del Nuevo Testamento; la estatua de Sixto V, que está en la plaza de la iglesia, y la de la Vírgen que aparece sobre el frontis de la misma; y sobre todo el precioso cuerpo de mármol que cubre la casa memorable. Está lleno de bajo-relieves, alusivos á la vida de Jesus y de su Madre, de estatuas de profetas, de sibilas y de ángeles; de capillas con mosáicos de mucho mérito, de pinturas excelentes y de tesoros que muchos califican de inmensos. El valor artístico

de las obras aludidas se puede adivinar considerando que las construyeron Lombardo, Bandinelly, Juan *della Porta*, Juan de Bolonia, San Gallo, Montelupo, Pomeranzio, Vercel.i, Sansovino y otros autores ménos célebres.

Debajo de la cúpula está la casa que tiene 10 metros y 60 centímetros de longitud, 4 con 36 de ancho y 6 con 21 de elevacion. Está construida con ladrillos, y conserva los restos de pinturas ennegrecidas por el humo de las lámparas y de los cirios. Los adornos de las puertas y de las ventanas están cubiertos con láminas de plata. El pavimento es de mármol blanco y encarnado, hállase ahondado por los peregrinos. Se dice que los ángeles dejaron en Nazaret el antiguo, como tambien los fundamentos de la casa, cuyo interior está desprovisto de adornos.

En cambio está el altar embellecido de un modo extraordinario. Aparece colocada en él la imágen de la Vírgen vestida magníficamente, y cubierta de oro y pedrería. Ciñe su cabeza una corona y lleva un cetro en la mano.

A la derecha está el sitio que ocupaba cuando el ángel la manifestó que á ser iba Madre de Dios. Consérvase detrás la chimenea de la casa, y tambien el plato en que comia la Emperatriz de los cielos y de la tierra.

Los peregrinos que acuden á visitar el santuario suelen aumentar su tesoro inapreciable. Pio VI empleó una buena parte de él para satisfacer á los franceses la suma convenida en el tratado de Tolentino. Un año despues se apoderaban de Loreto y hacian suya—¡siempre los mismos!—la imágen de la Vírgen, que devolvieron más tarde.

Es tambien hermosa la plaza de Loreto y su palacio apostólico, construido igualmente segun los diseños de Bramante. Se distingue aquélla por sus pórticos y por su fuente adornada con mármoles y bronces. Este sobresale sobre todo por sus pinturas hechas por Ticiano, por *Carrache*, por *Guerchin*. Rafael, Miguel Ángel y Julio Romano dieron los dibujos para las de los 300 vasos de loza existentes en la farmacia. Representan asuntos sacados del Libro de los Libros, de la mitología y de la historia romana.

Los italianos profesan tambien á la Madre de Dios y de los hombres una devocion extraordinaria. Desde el ferro-carril observamos en la noche del 15 de Julio muchas fogatas que nos sorprendieron agradablemente. Se habian encendido para enaltecer á la Vírgen del Cármen, cuya festividad se celebra todos los años el 16 de dicho mes.

«Esas costumbres no las puede quitar Víctor Manuel» nos dijo un inglés que venia con nosotros. Con este motivo hablamos del infortunado Monarca. Como yo hablara incidentalmente de su fealdad, me contestó el hijo de Albion rápidamente: «Pues más feas son sus acciones.» Estas palabras trajeron á mi frágil memoria los siguientes versos de Moratin:

> ¿Veis esa repugnante criatura,
> Chato, pelon, sin dientes, estevado,
> Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?
> Pues lo mejor que tiene es la figura.

El referido compañero de viaje hizo algunas indicaciones sobre la vida privada de Víctor Manuel. Encareció tambien la superioridad de las cualidades de los sacerdotes españoles, manifestándose poco adicto á los franceses. Diónos además algunas noticias referentes á Inglaterra. Supimos que el Príncipe de Gales, á quien tan amablemente recibió años atrás Pio IX, es un protestante furioso; que observa muy mala conducta, y que está en lucha contínua con su madre, cuya abdicacion no puede conseguir á pesar de sus esfuerzos.

Añadiré ántes de continuar que las autoridades de Víctor Manuel vejaron indignamente á los que se dirigieron á la ciudad referida. No se libraron de sus tropelías los sucesores de los Apóstoles. Tengo á la vista una carta muy atenta del digno secretario del ilustrísimo señor don José Caixal y Estradé, obispo de Urgel y príncipe de Andorra. En ella se refieren las vejaciones de que fué víctima su señor, como tambien don Constantino Bonet, que rige perfectamente la diócesis de Gerona. Sus pequeños sacos de noche fueron minuciosamente registrados en Ancona. Llegaron á volver y revolver las hojas de los breviarios y de los diurnos. Hicieron entrar á los sucesores de los Apóstoles en el cuarto de la desinfeccion. «Se intentó fastidiarnos, dice literalmente la carta, y á fé que lo hubieran conseguido á no mediar la gran paciencia de dichos dos venerables prelados.»

Parécenme inútiles los comentarios.

CAPITULO II.

DE ANCONA A BOLONIA.

Hé aquí algunas de las poblaciones importantes que atraviesa el ferro-carril que conduce á Bolonia desde Ancona.

Sinigaglia, célebre sobre todo por ser la patria de Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

Pésaro, que lo es de Rossini. La mayor parte de los mejores cuadros que habia en su iglesia fueron conducidos á París primeramente, y más adelante al Vaticano. Merecen tambien mencion su Biblioteca, su Museo, su monetario, los manuscritos que conser-

va del Tasso, y un palacio que perteneció á los duques de Urbino.

Rímini, cuyas vicisitudes históricas no puedo referir por la razon tantas veces manifestada. Fué colonia romana. Embelleciéronla Julio César y Augusto.

El viajero que se detenga en Rímini admirará sobre todo:

Un arco triunfal erigido en honor del segundo de los emperadores citados.

Un puente que lleva tambien su nombre, y fué concluido en el reinado de Tiberio.

El pedestal de César, ó sea la tribuna desde donde, segun es fama, arengó á sus soldados despues de pasar el Rubicon.

La plaza en que aparece la estatua de bronce de Paulo V.

La iglesia de San Francisco, cuyos sarcófagos fueron destinados por Malatesta á los hombres de más talento.



Puente de Rialto de Venecia.

La biblioteca que consta de 30,000 volúmenes.

El palacio Ruffi, que se cree ocupa el sitio donde estuvo la habitacion de la memorable Francisca de Rímini, hija de Guido de Polenta, señor de Rávena. Nadie ignora que el Dante inmortaliza á esta hermosa mujer en su poema famosísimo.

Mis lectores me permitirán que, llegado á este punto, abra un paréntesis y traduzca algunos versos del insigne poeta italiano. Harélo por muchas razones, y singularmente para combatir á los que sólo tienen frases de disculpa para ciertas y determinadas pasiones. Su número es por desgracia más extraordinario cada dia.

Tras una descripcion del infierno que trascribiria con gusto si lo consintiesen los límites á que debo sujetarme, léese lo siguiente:

«Maestro, dije yo, ¿qué es este tropel de gentes de tal modo castigadas por el viento negro?

La primera de estas almas, que deseas conocer, contestóme, reinó sobre gran número de pueblos que hablaban diversos idiomas. Soltó de tal manera las riendas al vicio de la lujuria, que declaróla lícita en su ley para sustraerse á la ignominia de sus escándalos. Es Semíramis, de la cual se lee que sucedió á su esposo Ninos. Poseyó la tierra gobernada por Soldan. Aquella otra es la que se suicidó por amor, rompiendo la fé jurada sobre las cenizas de Siqueo. Viene á seguida la lujuriosa Cleopatra.

Ví á Elena, causa de tiempos tan malos, y al grande Aquiles que pereció vencido por el amor. Ví tambien á Páris, á Tristan y más de mil sombras monstruosas á las cuales el Amor hizo quitar la vida.

Vencióme la piedad cuando mi maestro me hubo nombrado las damas y los caballeros antiguos, quedando casi atónito.

Dije, Poeta, de buen grado hablaria yo á estos dos que van juntos y que parecen más ligeros que el viento.

Me contestó: Deja que se acerquen, y verás cómo vienen, si les hablas en nombre del amor que les consume.

Así que el viento los hubo conducido cerca de nosotros, elevé la voz exclamando: ¡Oh almas desoladas, venid á hablarme si alguien no lo impide.

Como dos palomas vuelan con las alas abiertas é inmóviles á su dulce nido, conducidas por el deseo y llevadas por un solo querer, así estas dos almas, no bien llegó á ellas mi grito afectuoso, abandonaron el tropel donde está Dido, y vinieron hácia nosotros á través del aire maligno.

¡Sér gracioso y benigno, que atravesando este aire fétido vienes á visitar á los que hemos teñido el mundo de sangre! Si el Rey del orbe fuese amigo nuestro, le rogaríamos que te hiciese dichoso por haber tenido piedad de nuestra suerte afrentosa. Escucharemos lo que quieras decirnos, y te diremos lo que ansíes saber, no bien calme como es necesario, el ímpetu del viento. La ciudad donde yo nací está situada á orillas del mar, en el punto donde descansa el Po con todos los rios que forman su caudal. El amor, que toma posesion de los nobles corazones, encendióse tambien en este cuerpo hermoso que me ha sido arrebatado. El amor que á cuantos son amados impone la obligacion de amar, de tal manera me ligó á éste que va conmigo que no me siento capaz de abandonarle. Este amor, del cual aún me siento herido, causa fué de nuestra muerte. Cain espera al que nos mató allá arriba.

Tales fueron sus palabras. No bien hube oido á estas almas heridas, incliné la frente y la tuve mucho tiempo suspendida. Al fin me dijo el poeta: ¿En qué piensas? Cuando pude responder exclamé: ¡Ay de mí! ¡Cuántos dulces pensamientos y deseos han tenido este mismo fin desgraciado! Me dirigí despues á ellos y les dije: Francisca, tus tormentos me hacen derramar lágrimas de tristeza y de piedad. Pero dime, ¿cómo lo hizo el amor para que pasaseis de los dulces suspiros á los vagos deseos?

Así me contestó: Tu maestro lo sabe. No hay dolor comparable con el de recordar los tiempos dichosos en los tiempos desdichados; pero ya que tanto deseas conocer la primera raiz de nuestro amor, yo haré como aquel que á un tiempo mismo habla y llora. Leíamos un dia en grato pasatiempo cómo el amor venció á Lancelot. Estábamos solos, sin abrigar la menor desconfianza. Más de una vez palidecieron nuestros semblantes, y nuestros turbados ojos se hallaron, pero un solo instante nos perdió á entrambos. Cuando llegamos al punto en que el amante recibe el beso deseado, unió sus labios á los mios el hombre que no me será jamás arrebatado.—Aquel dia no leimos más.

Miéntras uno de aquellos espíritus decia estas palabras lloraba el otro tan fuertemente que yo me sentí desfallecer de piedad. Caí al fin como cae un cuerpo muerto.»

Chateaubriand ha copiado en su Genio del Cristianismo estas últimas palabras que se ajustan con aquellas otras de la Sagrada Escritura: «Quien ama el peligro cae en él y se pierde para siempre.» . .
. . . .

Despues de Rímini atravesamos las poblaciones siguientes:

Savignano, cerca de la cual está el rio Uso, considerado como el Rubicon, que servia de límite á la Galia cisalpina y la Italia propiamente dicha. Es sabido que César lo pasó diciendo: *Alea jacta est*: la suerte está echada.

Cesena, perfectamente situada. Su calle principal adornada está de pórticos. No léjos de la poblacion se levanta la iglesia de Santa María del Monte, atribuida á Bramante.

Forlì, fundada por Livio Salinator, despues de la derrota de Asdrúbal. Entre los edificios notables que posee, merecen especial mencion el palacio de los magistrados, el Monte de Piedad y la catedral con pinturas notables. Algunas personas inteligentes han dicho que la que representa la Asuncion es la mejor del siglo XIX.

Faenza, una de las más bonitas poblaciones de Italia. Está rodeada de murallas y defendida por una ciudadela. Ha pertenecido sucesivamente á los godos, á los lombardos, á los francos, á los boloneses y á los venecianos, que la cedieron á Julio V. Sus iglesias tienen no poco mérito.

Imola, destruida por Justiniano y levantada de nuevo por los lombardos. Su catedral guarda el cuerpo de San Pedro Crisógono y el de San Casiano. Como nadie ignora, fué obispo de esta ciudad Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

Prescindiendo de la capital del mundo católico, Bolonia es la ciudad más populosa de los Estados de la Iglesia. ¡Lástima que no pueda consagrar á ella todo el espacio que su importancia exige!

Fundáronla los etruscos, y se apoderaron de ella los lombardos en el octavo siglo. Pasó más tarde á poder de Pepino y de Carlomagno. Decidióse á fines del siglo décimo por la república, lo cual no le impidió formar parte despues del partido güelfo, viéndose por consecuencia precisado á combatir con sus

vecinos que profesaban sus ideas políticas pero que eran gibelinos. En 1327 llamó al Papa en su auxilio, cayendo más adelante bajo el yugo de los Pépoli, que la vendieron al duque de Milan. Despues de varios hechos que seria prolijo enumerar, Julio II la hizo suya por medio de las armas. Los austriacos se posesionaron de ella en 1799, y los franceses despues de la batalla de Marengo. Su historia del presente siglo es de todos conocida.

La que llamaré su historia artística, es tambien muy notable. Dejando la debatida cuestion que se reduce á inquirir si constituyó escuela original ó si sus pintores fueron discípulos de la florentina, es indudable que descollaron de una manera extraordinaria. Desde *Oderigi* que falleció en 1299, distinguiéndose por sus miniaturas, hasta *Pasinelli* y *Cignano*, que inauguraron á fines del siglo XVIII una especie de revolucion, florecieron Franco que estableció en Bolonia una escuela de dibujo, Francia, célebre pintor de Vírgenes, á quien Rafael dió el encargo de que corrigiese los defectos de su cuadro de Santa Cecilia; los *Carrache*, para quienes la gloria del arte consistia en amalgamar diestramente todas las cualidades características de los varios maestros; Zampieri, llamado comunmente *Dominiquino*, á quien se atribuye falta de invencion; Guido Reni que puede considerarse como uno de los pintores más célebres de Italia y por lo tanto de Europa; Albano que se dedicó casi exclusivamente al género religioso; *Guerchin*, cuya obra maestra es el cuadro de Santa Catalina que se conserva en Roma; Lanfranco, aventajado discípulo de los Carrache, y muchos otros que no consiguieron tanta celebridad.

Bolonia tiene muchos edificios notables. Es imposible prescindir de algunas de sus iglesias, de sus palacios, de sus torres, de su Academia de bellas artes y de su célebre Universidad. Me ceñiré no sin sentimiento á muy leves indicaciones: lo que diga será nada en comparacion de lo que debiera decir para que mis lectores formasen idea cabal de la ciudad en que me ocupo.

Hé aquí sus iglesias principales:

La catedral, al Príncipe de los Apóstoles dedicada, con pinturas de Graziani, de Luis Carrache, de *Franceschini*, etc. etc.

San Petronio, que es la mayor de Bolonia: ocho iglesias ocuparon primero el sitio en que se levanta. Su estilo participa del carácter gótico. Admíranse sobre todo sus tres puertas de la fachada, en las cuales trabajaron Santiago *della Quercia*, y Nicolás Tribolo, amigo de *Benvenuto Cellini*; sus esculturas, esculpidas por Lombardo y Sansovino, los *Serini* y la célebre *Properzia de Rossi*; y pinturas de Francia, de Aspertini, de Soncino, de Trévise, y de otros autores.

San Bartolomé, con pinturas de Miguel *Colonna*, de Luis *Carrache*, de Albano, de Tiarini y de Guido Reni.

San Juan Mayor, que tambien las posee muy buenas; es además admirable la bóveda, que resistió perfectamente el temblor de tierra ocurrido en 1504, un gran Crucifijo, de Simon de Bolonia, y el sepulcro de *Bentivoglio*, cuyas esculturas han atribuido algunos á *della Quercia*.

San Pablo. Merecen especial mencion dos estatuas de la fachada, un hermoso cuadro del mencionado Luis Carrache que representa el paraiso, y otros ménos notables de *Cavedoni*; de Guerchin y de *Massari*.

Santo Domingo. Es la más célebre de Bolonia por sus objetos de arte, y principalmente por la capilla y el sepulcro de nuestro compatricio el insigne fundador de la esclarecida Órden dominicana. Domingo de Guzman vivió y murió en el convento próximo á la misma.

El sepulcro es obra en gran parte de Nicolás de Pisa, autor tambien del púlpito, del famoso bautisterio de Pisa, considerado como uno de los monumentos mejores de la Edad Media.

Hé aquí los bajos relieves de la tumba referida. Santo Domingo resucitando en Roma á un caballero jóven.—En una disputa con los maniqueos, las llamas dejan intacto el libro del Santo, y consumen los heréticos de sus adversarios.—Santo Domingo recibe de San Pedro y de San Pablo los Evangelios para convertir á los herejes y á los pecadores.—El Santo los reparte á los frailes de su Órden.—Los ángeles proveen de comida á la Órden dominicana.—El bienaventurado Reginald, discípulo de Santo Domingo, cae enfermo en los brazos de un jóven.—La Vírgen le cura y le entrega el hábito de la Órden.—Líbrase de una gran tentacion merced á Santo Domingo.—Honorio III cree ver en sueños al Vaticano que se derrumba, pero que se salva por la intercesion del Santo.—El mismo Papa recibe las reglas de la Órden.—Las sanciona.

En el siglo XV se adornó más por Nicolás de Bari. Los dos ángeles arrodillados que están al lado del Evangelio se atribuyen á *Buonarrotti*, como tambien la pequeña estatua de san Petronio.

En el siglo XVI, Alfonso Lombardi añadió la base, adornándola con bajos relieves que representan: El Nacimiento del Redentor.—El de Santo Domingo. —El Santo, todavía niño, acostado, sin lecho, sobre la tierra. — Beneficencia del jóven Santo. — Su muerte.

La capilla es tambien muy hermosa. Admírase sobre todo el fresco que Guido Reni pintó en la cú-

pula, donde aparece el Santo recibido en la bienaventuranza. Prescindo de otras pinturas para no ser interminable. Por la misma razon prescindo tambien de todo lo demás que se conserva en el templo memorable.

Sus palacios mejores son los siguientes:

El público ó del Gobierno. Lo más notable es la Vírgen de la fachada, una estatua de bronce que representa á san Petronio, patron de la ciudad, la escalera que construyó Bramante, la galería de Hércules y la sala Farnesio, con pinturas de *Cignani* y de otros artistas.

El del *Podestá*, donde murió en cautividad un hijo de Federico II. Lucía Vendagoli, jóven bolonesa, iba á consolarle. La sala que ocupó es célebre tambien porque se verificó en ella el cónclave para la eleccion de Juan XXII.

El *Zambeccari*, con cuadros de Albano, del Dominiquino, de Salvador Rosa, de Ticiano, de los *Carrache*, de Julio Romano y de otros pintores ménos distinguidos. Guarda tambien un Crucifijo de plata de *Benvenuto Cellini*.

Omito en gracia de la brevedad hasta los nombres de otros muchos palacios particulares.

Por lo que hace á la Academia de Bellas Artes, me limitaré á manifestar que su galería de cuadros es una de las más célebres de Italia. Cúmpleme añadir, no sin dolor, que muchos proceden de iglesias ó conventos suprimidos á fines del siglo pasado.

Una sola palabra tambien sobre su Universidad, que está en el palacio que hizo construir por Tibaldi el cardenal Poggi. En ella fue descubierto el galvanismo y disecado el primer cadáver. Posee un museo de antigüedades notables, como tambien una biblioteca que cuenta ciento cincuenta mil volúmenes y seis mil manuscritos. Benedicto XIV la dejó todos sus libros. Uno de sus últimos bibliotecarios, el abate Mezzofanti, que falleció en 1849, poseia cuarenta y dos idiomas.

Prescindo de todo lo demás, pero no pasaré adelante sin mencionar las torres célebres inclinadas de Bolonia. Llámase la una Garisenda, y *Asinelli* la otra. La inclinacion de la primera es de 9 pies próximamente, y de unos 3 y medio la de la segunda.

IV.

Réstame decir que Bolonia fué tambien célebre bajo el punto de vista científico. Los jurisconsultos no pueden omitirla bajo ningun concepto al escribir la historia del derecho romano. El pueblo rey cayó al empuje de los bárbaros, pero puede asegurarse que su legislacion no pereció jamás. Durante la Edad media, Bolonia adquirió una gran nombradía. Irnerio explicó en ella las leyes de Justiniano, y con tal fortuna que pronto acudieron á la ciudad memorable de todos los paises de Europa. Su ejemplo se extendió mucho por Italia y aun por el mundo. Bien se deja comprender la necesidad en que me hallo de ceñirme á estas leves indicaciones.

CAPITULO III.

DE BOLONIA Á VENECIA.

Daré ante todo cuenta de las principales poblaciones que se hallan desde Bolonia á la reina del Adriático. ¿Cómo prescindir absolutamente de Ferrara, ni de Este, ni de Padua?

Ferrara, que tiene veinte y cinco mil habitantes se fundó en el siglo V, pero su celebridad data del X, en el cual se mezcló en los negocios públicos la casa de Este. A ella pertenecia Borso, á quien declaró en 1471 duque de la ciudad el sumo Pontífice Paulo II. En los siglos XV y XVI los príncipes de Este protegieron las letras, y lograron que Ferrara fuese una de las ciudades más ilustres de Italia, por no decir de Europa. En Ferrara nacieron Ariosto y el Tasso. Con fundamento innegable ha dicho un autor que en el trascurso de tres mil años aparecieron en la escena del mundo cinco poetas épicos, dos de los cuales pertenecen á Ferrara.

Prescindiendo de sus vicisitudes políticas semejantes á las sufridas por muchas poblaciones de Italia, como tambien de su historia artística, que ofrece poco interés, añadiré que Ferrara tiene iglesias de mucho mérito, en las cuales se admiran pinturas, bustos, estatuas, sepulcros y otros objetos notables.

Añadiré tambien que su Palacio ducal, donde reside hoy el legado pontificio, ha inspirado por sus recuerdos dramáticos, á poetas muy distinguidos. Añadiré igualmente que su Universidad merece ser recorrida sobre todo por su Biblioteca que consta de nueve mil volúmenes. Añadiré por fin que no se debe salir de la poblacion sin visitar la casa de Ariosto y la prision del Tasso.

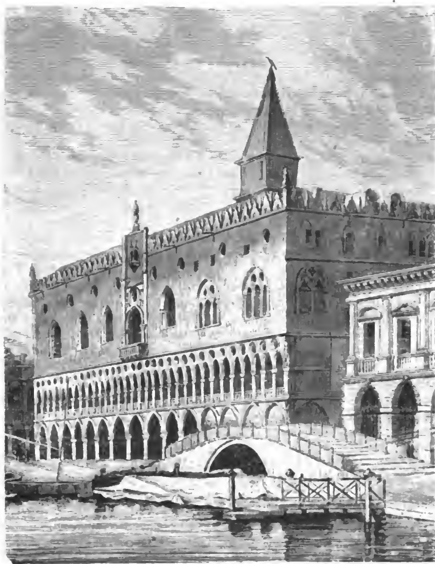
II.

Despues de pasar por Arqua donde se conserva la casa en que vivió Petrarca, por Rovigo cuyo palacio del *Podestá* es muy notable y por otras poblaciones de pequeña importancia, llegamos á Este, que solo cuenta nueve mil almas. Es sin embargo muy célebre por haber dado orígen á la rama de los Duques de Módena.

Cometeria una gran falta si no les consagrase algunas líneas. Lo haré con tanto mas motivo cuanto

que un escritor ligero y superficial hasta un punto que asombra, tuvo hace poco tiempo la osadia de consignar contra el actual duque de Módena frases verdaderamente desatentadas. Me refiero al autor del libro titulado: *De Madrid á Nápoles*, que vió la luz pública el año 1861.

Poco enterado de los sucesos que referia, mandé las hojas á ellos referentes á una persona digna por



Palacio del Dux de Venecia.

mil razones de consideracion y de respeto, que los conocia perfectamente. A mayor abundamiento, el aludido las entregó al señor conde de Galvans, que sirvió á las órdenes inmediatas del egregio soberano de Módena. Por él fué redactado el siguiente documento, donde se refuta lo aseverado por el autor aludido. Dice así el señor Conde:

«Segun aparece del contexto, las impresiones del viaje á Módena se escribieron en el año 1860, y por consecuencia no es maravilla que el escritor encontrase aun á los *patriotas* italianos en un estado de febril agitacion. Verdaderamente seria de desear que el mismo señor se tomara la molestia de hacer el viaje otra vez, y de ir á la misma fonda donde hace años recogió tantas noticias. Seguro estoy de que si encontraba alguno de sus comensales de entónces, se persuadiria, no solamente de que aquel entusiasmo no ha ido en aumento, sino tambien de que no se habla hoy del gobierno Estense como hablaban algunos en el año 1860. Veria sin duda clarísimamente

que aquel brio y aquella esperanza han sido reemplazadas por el mayor abatimiento y por el desengaño más grande.

«Como las acusaciones fulminadas contra la dominacion Estense han sido rebatidas cien veces, paréceme que honraria demasiado la falsa relacion de viaje que tengo á la vista, si contestara y desvaneciera las falsedades que contiene. Escribiré solamente algunas líneas.

«Prescindiendo de las inexactitudes referentes á la historia y á la estadística, me limitaré á decir que el *tirano* Francisco IV, durante su reinado que duró desde el año 1814 hasta el año 1846, hizo ajusticiar á ménos rebeldes, que todos los demás soberanos á quienes la fama llamó generosos y liberales. El ódio que le profesan los revolucionarios, se debe á la circunstancia de no haberse dejado engañar nunca por ellos, como tambien á la de no haber querido transigir jamás con la revolucion ni reconocer á los gobiernos creados por la misma. Si los demás Soberanos, ó por lo ménos algunos de ellos hubieran imitado su ejemplo, es seguro que la revolucion no dominaria hoy en Europa.

«Por lo que hace al hijo y sucesor de Francisco IV, me bastará decir que durante los tres años de su reinado no condenó á ninguno á pena capital.

«Con respecto á la Constitucion, no pudo retirarla porque no la habia dado. Carece por consecuencia de fundamento el diálogo entre el Duque y los modeneses, que el autor publica en su libro y somete á la consideracion de sus lectores: es parte de su fantasía poética. Me consta positivamente.

«El camino de hierro que alaba, suponiéndolo obra del gobierno italiano, estaba casi concluido cuando partió S. A. R. el señor duque de Módena en Junio de 1859. Prueba de ello es que aquél pudo inaugurarlo muy pronto.

«Todo lo que me consta referente á la Constitucion es que, en 1848 declaró el Duque que habia concebido una forma de gobierno en consonancia con las adoptadas por los estados limítrofes. Ahora bien. Como en el trascurso del tiempo que medió desde la restauracion de los gobiernos legítimos de Italia, despues de la revolucion de 1848 todos los estados confinantes con el ducado de Módena, á excepcion del reino de Cerdeña, retiraron las Constituciones dadas, y restablecieron el gobierno absoluto, cesó la condicion establecida por Francisco V, para concederla á sus súbditos. Y ciertamente que el gobierno de un estado pequeño no hubiera podido funcionar, á elegir una forma distinta de las demás, adoptadas por sus vecinos más fuertes.

«No es verdad que se sacrificaban los intereses del estado á los del Austria. Francisco V, como archiduque de Austria, estaba en relaciones íntimas de parentesco con la Casa imperial; pero la prueba de que no exigia el pretendido vasallaje, está en que se disolvió la liga aduanera, despues del término de prueba, por considerarse inconveniente á la generalidad de los súbditos.

«En fin, puede afirmarse con seguridad que los comensales no eran modeneses, ni del estado que regia Francisco V. Módena era en 1860 sede del gobierno de la Emilia, y eran por lo tanto extranjeros muchos oficiales que tenian el compromiso de sostener lo nuevo y de calumniar lo pasado.»

Este documento persuade sin duda del escasísimo valor que tienen las aseveraciones del autor aludido, entregado en alma y cuerpo al demonio de la revolucion. No añadiré contra ellas una sola palabra más, limitándome á decir que habiendo caido casualmente las mencionadas hojas de su libro en manos de un fiel servidor del egregio duque de Módena, indignóse de tal suerte al ver los insultos é improperios que contenian, que las echó al fuego. La pena fué dura, pero rigurosamente merecida. No bien me participaron lo sucedido temerosos de disgustarme, contesté felicitando al antiguo criado de Francisco V.

Por lo demás, la defensa más cumplida de este Príncipe legítimo se hace pronunciando su nombre. Nadie ignora que es profundamente religioso; que Dios le ha dotado de un carácter inquebrantable; que profesa un ódio mortal á la revolucion; que ha protegido mucho á nuestra familia Real proscrita; que fué para concluir el único soberano que no reconoció á la desgraciada hija de Fernando VII.

III.

Pasamos por otras poblaciones que no puedo describir. No pasaré sin embargo adelante sin consagrar algunas líneas á la de Padua.

La gran maravilla de la ciudad es sin disputa la iglesia de San Antonio, y principalmente su capilla, donde se conserva el cuerpo del Santo. Nadie ignora que ha sido y continúa siendo objeto de una veneracion extraordinaria. Áun los indiferentes y los impíos se admiran al ver todos los dias y á todas horas una muchedumbre de fieles que piden al Todopoderoso mercedes y beneficios por la intercesion de aquel héroe memorable, sobre todo por sus milagros estupendos. Y no sólo se admiran, sino que sienten tambien crueles remordimientos de conciencia, al comparar su conducta criminal con la por todos conceptos digna de los católicos aludidos.

El exterior de la iglesia mencionada tiene aires de mezquita. Sus capillas son verdaderamente superiores. Están llenas de mármoles magníficos, de pinturas excelentes, de bronces muy bien esculpidos, de bajo-relieves primorosamente trabajados, de sepul-

cros riquísimos en los cuales descansan los restos mortales de personajes insignes, y de otros muchos objetos dignos de un exámen detenido.

Dos palabras sobre la del Santo, revestida de verde antiguo. La construyó el célebre arquitecto Sansovino. Sus estatuas de bronce que representan á san Antonio, á san Buenaventura y á san Luis, son de *Tiziano Aspetti*. El candelabro de plata que está á la derecha es de *Filippo Parrodi*, y de *Orazio Marinali* el de la izquierda: el peso de aquél es de 1607 onzas, y de 1450 el de éste.

Hé aquí los asuntos de los bajo-relieves que adornan los muros de la capilla:

1.° San Antonio toma el hábito de los franciscanos.—2.° El Santo vuelve á la vida á una mujer asesinada por su esposo.—3.° Resucita á un hombre para que pueda poner de manifiesto la inocencia de su padre, acusado de homicidio.—4.° Vuelve á la vida á una jóven ahogada.—5.° Resurreccion de *Parrasio*.—6.° Abriendo el Santo el cadáver de un avaro, halla una piedra en el lugar del corazon.—7.° Curacion de un niño.—8.° Alcardino se persuade del poder maravilloso del Santo viendo un vidrio que cae sin romperse, desde lo más alto de una casa.—9.° El Santo hace hablar á un niño de algunas semanas, para que pueda dar testimonio á su padre de la inocencia de su madre.

Duéleme mucho no poder describir este suntuoso templo, ni dar cuenta de lo demás que hay en Padua. A tener á mi disposicion el tiempo y el espacio indispensable, hablaria de su historia, donde aparece que fué saqueada por Alarico y por Atila, destruida por los lombardos, y levantada de nuevo por Carlomagno; de sus artistas, entre los que sobresalen el célebre pintor *Giotto*, el arquitecto *Falconetto* y el escultor *Donatello*; de sus plazas que son muy notables; de sus iglesias, y singularmente de la catedral; del Bautisterio que está junto á ella; de sus ricos palacios; de sus bibliotecas y de su Universidad, en la cual aparece la estatua de una mujer memorable por su hermosura no ménos que por su erudicion. Recibió en ella el bonete de doctor; cuando falleció á la edad de 38 años, sabia el español, el latin, el griego, el hebreo, el árabe y el francés. Además disertaba perfectamente sobre Teología, sobre Matemáticas y sobre Astronomía.

IV.

Nos dirigíamos insensiblemente al Norte, y dejábamos á Italia, con tanto fundamento encarecida por todos los que han tenido el placer de recorrerla. Mi pena consiguiente se atenuaba considerando que muy pronto tendria la satisfaccion imponderable de conocer á los príncipes egregios de la familia real proscrita. No quiero anticipar consideraciones que pronto serán oportunas.

He de hablar de Venecia, y tropiezo con inconvenientes grandísimos. ¿Cómo ponderar dignamente la hermosura de la reina del Adriático cantada por Chateaubriand, por Quevedo, por lord Byron, por Cooper, por madama Stael, por Lamartine, por Montesquieu y por tantos otros autores más ó ménos respetables y fidedignos? Imposible de toda imposibilidad. Además de las razones tantas veces manifestadas, que me impiden llenar dignamente mi cometido, es claro que no puedo seguir las huellas de muchos escritores que faltan á sabiendas á la verdad, ó exageran por lo ménos hasta un punto indecible, á trueque de agradar á sus *cándidos* lectores. Lo primero que se admira en Venecia es su posicion sobre todo encarecimiento encantadora. Digo mal. Se admira primeramente el largo camino que la une con el continente. Es una de las obras más atrevidas que los hombres han construido. Los viajeros que lo atraviesan metidos en el ferro-carril, sólo ven agua, sea cualquiera la parte á que se asoman, y el lugar á donde dirigen su mirada más ó ménos escudriñadora. Diríase que se ha encontrado el medio de hacer pasar al monstruo por el Océano. La impresion que deja en todos es grande, profunda, indeleble.

Hé aquí á Venecia, que parece una ciudad anegada, y que ocupa un terreno muy llano. El panorama es tan hermoso como nuevo.

A medida que se avanza sorprende y encanta más la reina del Adriático. No hay vegetacion, ni por lo tanto animales campestres. Es una poblacion sin calles, y por consiguiente sin carros ni coches de ninguna especie. Es una ciudad donde reina ordinariamente el silencio más profundo.

¿Quieren ustedes una góndola ó un ómnibus? nos preguntaron despues de molestarnos mucho en la estacion. Un ómnibus, respondimos. El ómnibus era una barca pequeña y bonita en la cual entramos y metimos nuestros equipajes, dirigiéndonos luego á la fonda. Entónces contemplamos el aspecto de la poblacion, y nos persuadimos de que con efecto no puede compararse con ninguna otra del mundo.

Las casas son bonitas y de un estilo muy especial, que vanamente intentaria describir. Creo poder asegurar que viéndolas se adivinan las relaciones estrechas que los venecianos tuvieron con los orientales.

Multitud de palacios embellecen á la reina del Adriático. Descansan las unas y los otros en el mar, y apénas se concibe su construccion: no puede edificarse sin hincar en aquel un número considerable de postes ó de maderas.

Al pié de aquel edificio hay una góndola. ¿A quién pertenece? Pertenece á fulano de tal, que ha ido á visitar al dueño de la casa. Más abajo aparece otra

que disponen dos gondoleros vistosamente vestidos. A breve momento despues, en la puerta del palacio aparece una señora distinguida, baja tres ó cuatro escalones, entra en su *coche* y atraviesa el canal, dirigiéndose á la iglesia, ó á otro cualquier punto.

Las góndolas de Venecia son dignas sin duda de mencion especial. Un libro que tengo á la vista las describe de la siguiente manera:

«Es una embarcacion larga y estrecha como un pez. Hay en medio una especie de caja cubierta de tela negra que se denomina *felze*, y que se pone ó se quita segun el tiempo que hace ó el incógnito que se



Puente de los Suspiros.

desea. No tienen sino una puerta delante por la cual se penetra. En el fondo hay sitio para dos, y lo hay para otros dos á cada lado sobre una banqueta, que sirve principalmente para extender los piés de los que se colocan en el fondo.

Dicha caja tiene tres aberturas que se cierran por medio de cristales o de persianas. El pico que la góndola tiene delante está armado con láminas de hierro con cuello de grulla, y guarnecido con seis dientes largos, sirve para mantenerla en equilibrio.

»Toda la embarcacion está pintada y barnizada. Los tapizes de la caja son de terciopelo negro, con cogines de cordoban del mismo color. Desde el siglo XV no se permite, ni á los grandes señores, tener una diferente de las ordinarias, por lo cual no se puede adivinar quién vá en una góndola cerrada.

»Se comprende bien cuántas cosas misteriosas han debido encubrir estas piraguas uniformes. Unicamente los embajadores pueden adoptar para sus góndolas los colores y las decoraciones que más les plazcan. Dos hombres, colocados el uno delante y el otro detrás, os conducen sin veros si así lo deseais. Colo-

cados de pié sobre el puente, toman y manejan el remo, que tiene su punto de apoyo en una de las escopleaduras fijadas en uno de los bordes de la embarcacion. En medio de su movimiento se desliza insensiblemente y con rapidez sobre el agua; cuando hay un solo remero se percibe una pequeña oscilacion á cada golpe del remo.

»En el ángulo de los canales y en las cercanías de los puentes, los gondoleros avisan para evitar los encuentros con los que van en direccion distinta ó contraria. Hé aquí las palabras que sirven de aviso: (*sia premi*, para tomar la izquierda; *sia stali*, para ir á la derecha; *sia di lungo*, para ir todo seguido.) Hace quince años les oimos aún cantar las octavas del Tasso, y nos dejó tan mala impresion la manera con que lo hacian, que no tuvimos el año pasado la curiosidad de escucharles nuevamente. Entre las muchas cosas que van desapareciendo todos los dias de Venecia, ésta es indudablemente una de las ménos sensibles.»

Paréceme oportuno referir en breves y ceñidas palabras la historia de Venecia. Es sin duda interesante. Pláceme recordar las glorias y grandezas de la reina del Adriático, y restablecer la verdad de los hechos alterada con suma frecuencia.

Ya Julio César le concedió el derecho de ciudadanía. Cuando *el azote de Dios* invadió la Italia en el siglo V, muchos se refugiaron en sus islas. Fué la de Rialto el centro de las nuevas habitaciones que por entónces se fabricaron. Lo propio hicieron cuando los lombardos invadieron el territorio.

Al frente de cada isla se puso primero un tribuno: más adelante un *dux*. Amenazados despues por Pepino, rey de Italia, trasladáronse á Rialto, y construyeron el palacio ducal en el sitio que ocupa todavía. Entónces comenzó su fama, que fué tomando proporciones colosales.

Rechazaron á los piratas de la Istria y consiguieron dominar en la Iliria, gracias á lo cual pudieron extender de un modo extraordinario su comercio con Oriente. Valiéles ésto naturalmente la enemistad de los sectarios del Coran.

Los venecianos contribuyeron á las famosas expediciones de los Cruzados. Llevaron á Oriente á muchos de los aludidos cristianos fervorosos. Nadie puede disputarles esa gloria. En 1204, Venecia se apoderó, juntamente con los Cruzados, de Constantinopla, y pudo añadir á su territorio la Candía y la Morea. Treinta y un años ántes, á causa de una sedicion en que murió el *Dux*, este cargo dejó de ser inamovible. Estableciése un Consejo de 480 personas, que compartia el poder con dicho soberano. Poco á poco fué disminuyendo la autoridad de aquél, y aumentando la del Gran Consejo. Éste se convirtió en aristocrático, hasta el punto de poder entrar por derecho propio, á los 25 años, todos los individuos pertenecientes á las familias patricias.

Como era natural, resistióse el pueblo, logrando al fin que se estableciese otra institucion que modificó mucho el sér político de Venecia. Se fundó el Consejo de los Diez, á quien se confió la soberanía, con el encargo especial de descubrir y castigar los delitos de traicion. Elegido para dos meses, duró con todo cerca de 300 años. No tardó en dirigirse contra los que lo habian fundado. Indignado el Gran Consejo por los abusos que cometia, trató vanamente de abolirle. Al fin resolvió elegir de su seno á tres famosos *inquisidores del Estado* que siguieron hasta el fin de la República. Nadie, sin excluir á los patricios, al *Dux*, y al mismo Consejo de los Diez, se pudo librar de su tiranía. Cuéntase que uno de los tres fué extrangulado por sentencia de sus dos cólegas, con el auxilio de un inquisidor suplente.

Venecia sostuvo una lucha con Génova y tambien con Padua, merced á la cual extendió por fin su territorio de una manera extraordinaria. Gracias á sus conquistas y á su comercio, logró una prepotencia grandísima. La premura del tiempo me impide citar multitud de fechas y de nombres propios que lo confirman: me bastará decir que su marina llegó á trasladar á los paises más distantes 3,300 navíos y que 16,000 obreros estaban ocupados en sus arsenales.

No tardó en perder gran parte de su importancia. El descubrimiento de la América y del paso del Cabo de Buena Esperanza, hizo que pasase á España y á Portugal. Venecia perdió despues el Milanesado y el reino de Nápoles. Como si ésto no fuese bastante, Julio II, el emperador Maximiliano, Luis XII, los reyes de Aragon y de Nápoles, los duques de Saboya y de Ferrara y el marqués de Mántua formaron contra ella en 1508 la liga de *Cambray*, con el fin de repartirse todas sus posesiones del continente. A pesar de su resistencia heróica, fué vencida; pero más adelante logró recobrar todos sus estados de tierra firme.

Venecia tiene tambien la gloria de haber contribuido poderosamente á la célebre batalla de Lepanto.

Llama poderosamente la atencion en Venecia la plaza de san Márcos. Es una de las más grandiosas que hay en el mundo, y ocupa un sitio muy céntrico. Fórmanla dos muy desiguales, y está rodeada de soberbios edificios. El principal es la famosa basílica que lleva su nombre.

A esta plaza concurrian en otro tiempo los célebres repúblicos de Venecia, con el fin de dilucidar los grandes problemas que se discutian, y conducir á

término feliz las heróicas empresas que imaginaban. Más adelante adquirió una celebridad muy distinta. ¿Quién no ha oido decir que la Venecia comercial y guerrera fué reemplazada por la galante y lujosa? ¿Quién no ha leido mil relaciones más ó ménos exageradas de aventuras galantes, de fiestas solemnísimas y de dramas sombríos? ¿Quién ignora lo que ha sido el carnaval de Venecia? ¿Quién no tiene noticia de las costumbres poéticas de la ciudad que hace correr mi pluma?

Algunas de estas costumbres se conservan todavía. Las señoras de Venecia no reciben ya sus visitas en la plaza de san Márcos; pero á ella concurren diariamente los venecianos y los extranjeros para conversar y leer los periódicos. Pasean tambien por ella las hijas de la ciudad incomparable, y se deleitan oyendo los dulces acentos de una orquesta que toca piezas escogidas.

Hé aquí una costumbre singular que no ha caido en desuso. Todos los dias, en el momento en que suenan las dos en el reloj de san Márcos, una infinidad de palomas procedentes de las torres, cúpulas y tejados de los edificios próximos acude á uno de los ángulos de la plaza, formando con sus alas un ruido singular y cubriendo un espacio considerable. Ábrese instantes despues una ventana, y un criado deja caer una buena cantidad de trigo, que se apresuran á comer aquellos animales hermosísimos. Se mantuvieron en los siglos que pasaron á costa de la república: mantiénense hoy á expensas de los simples particulares. Es un espectáculo curioso, del cual no se priva ninguno de los que van á Venecia.

Hé aquí, al decir de personas entendidas, el origen de esta costumbre.

Establecióse durante la República la de soltar el domingo de Ramos, despues de la procesion de las Palmas, gran número de palomas. A fin de que los venecianos pudiesen apoderarse de ellas, se las cargaba con algun objeto pesado que las impedia levantar mucho su vuelo.

A pesar de aquella precaucion, no pocas conseguian escaparse, y se refugiaban en los techos de los edificios mencionados. Así se propagaron extraordinariamente.

Sus relaciones con los venecianos fueron cada vez más íntimas. Su hermosura por una parte, el hecho de ser vecinas suyas por otra, y sobre todo la circunstancia de no encontrar apénas alimento por las especiales condiciones de Venecia, fueron causa de que se acercasen voluntariamente á los mismos que habian querido ser sus carceleros, por no decir sus verdugos.

Los años trascurrieron, y un *Dux* dispuso que se alimentaran en adelante á costa de la ciudad, por un delegado de los graneros públicos. Desgraciadamente para ellas el gobierno francés las privó de la pension á fines del siglo pasado. Compadecióse al fin de su desdicha una gran señora, y determinó volvérsela.

En los célebres tiempos de la República caia tambien dinero en la plaza de san Márcos. Nombrado el *Dux*, y ántes de su coronacion que se verificaba en lo alto de la escalera de los Gigantes del palacio ducal, asistia al santo sacrificio de la misa, y rodeaba la plaza conducido por los *arsenalotti*. En 1414, Tomás Mocenigo al escuchar los murmullos del pueblo que se habia disgustado por su eleccion, dispuso que le arrojasen muchas monedas. El hecho se convirtió en costumbre.

Más adelante declaró un *Dux* que el dinero sobrante se distribuiria entre los marinos que le llevaban, lo cual dió lugar en cierta ocasion á un fenómeno sumamente risible. Idearon los *arsenalotti* un medio para que sobrase más: el de conducir rápidamente al soberano en lugar de hacerlo con la pausa natural y debida. Parece que tardó sólo cuatro minutos á dar la vuelta, no obstante ser la plaza tan grandiosa.

Prescindiendo de otras costumbres que no puedo describir por impedirlo los límites á que debo sujetarme, daré cuenta de otra sumamente singular. Coronado el *Dux* se desposaba con el mar Adriático. Entraba con tal fin en la góndola de la República, que se denominaba el *Bucentauro*, y dirigíase al canal, en el que arrojaba en prenda de amor el anillo de boda.

En la plaza pequeña aparecen dos columnas de granito. Fueron conducidas por el duque Miguel desde el archipiélago, y levantadas en el año 1170 en el sitio que ocupan; añadió á ellas los basamentos y los capiteles. Sobre la una se colocó la estatua de san Teodoro, primer patrono de la República: tiene por pedestal un cocodrilo. En la cumbre de la otra se puso el leon alado de san Márcos, que reemplazó á dicho héroe, como protector de Venecia. Lleváronlo á París más adelante, y se le colocó en la esplanada de los Inválidos, volviendo el 1815 sin el Evangelio, sobre el cual tenia su garra poderosa. El Consejo de los Diez hacia colgar en estas columnas por los piés á los cadáveres de los criminales de estado.

Hay tambien sobre tres pedestales de bronce otros tantos mástiles en los cuales se enarbolaron los estandartes de la República, símbolo de su poder sobre los reinos de Chipre, de Candía y de la Morea. En otro lado se conserva la *Piedra* de las proclamaciones, así denominada porque desde ella se publicaban las leyes. Es un pedazo de una columna de pórfido pro-

cedente de San Juan de Acre. Existen además delante de la basílica dos columnas cuadrangulares cuyos monógramos no han podido descifrar muchos sabios: merecen citarse como una prueba de la escultura ornamental de la Grecia en el siglo en que se construyeron.

No describiré la torre del reloj ni el palacio que se titula *Librería Vecchia*, que se levantan tambien en el sitio á que me refiero, limitándome á decir relativamente al primero que su bóveda abierta debajo de él conduce á la *Mercería*, uno de los barrios mejores de Venecia. Construyó el segundo Sansovino. Poco despues de construida la vuelta vino al suelo, por lo cual fué destituido y condenado á pagar mil escudos de oro. Ticiano y Aretino que le profesaban la más tierna amistad, lograron que le sacasen de la prision y le volviesen el destino.

Los templos de Venecia son tambien sumamente notables. Duéleme mucho no poder hablar de ellos extensamente por las razones tantas veces referidas.

La basílica de San Márcos es la más notable indudablemente, y pasa por un modelo de arquitectura bizantina. Dejando aparte la cuestion referente á si sus fundadores se propusieron ó no imitar la famosa de Constantinopla, y prescindiendo tambien de su historia, me limitaré á decir lo que más admiran en ella los inteligentes.

Admiran sus proporciones, que son sin duda extraordinarias; admiran sus 500 columnas de verde antiguo, de pórfido y de serpentina, procedentes de Constantinopla y de diversos puntos de Grecia; admiran los ricos materiales de sus paredes interiores, de sus bóvedas y de su pavimento; admiran la fachada del peristilo, que ofrece una singularidad difícil de referir, y sobre todo sus caballos de bronce que formaron un dia parte en Roma de los arcos de triunfo de Neron y de Trajano; admiran el gran arco de la nave y sus mosáicos que representan asuntos del Apocalipsis debidos á *Zuccati*; admiran su pila de pórfido; admiran la capilla de las fuentes bautismales; admiran el oratorio de la Cruz formado por una pequeña tribuna sostenida por seis ricas columnas, una de las cuales se considera la más hermosa del templo; admiran varias capillas llenas de preciosidades, y especialmente la subterránea que contuvo un féretro de mármol, donde fué misteriosamente depositado el cuerpo de san Márcos á fines del siglo undécimo; admiran el cimborio del altar mayor sostenido por cuatro columnas de mármol griego, cubiertas de bajo-relieves que representan pasajes de la vida de Jesucristo; admiran, en fin, muchas cosas más que hallarán en cualquiera de las guias mis benévolos lectores.

No mencionaré siquiera los nombres de los demás templos de Venecia. Es preciso recorrerlos y examinarlos, para poder admirar sus obras de arte. Hay en ellos tumbas de duques, y de otros grandes hombres de la República; cuadros de Ticiano, de Pablo el Veronés, de Bellini, de Tintoreto, de Palma, de Sebastian del Piombo, de Alejandro Vitoria y de otros pintores célebres; estatuas magníficas que no cesan de alabar los inteligentes, obras arquitectónicas de Sansovino, de Spavento y de Scamozzi; piedras preciosas procedentes de paises muy lejanos; cúpulas atrevidas, una de las cuales trae involuntariamente á la memoria la de san Pedro; candelabros de bronce magníficos; columnas verdaderamente grandiosas, inscripciones curiosas en extremo, etc., etc.

Es claro, por lo demás, que constituyen una demostracion de la religiosidad de los venecianos. Religiosidad de que no hablan los hombres pertenecientes á la escuela que no necesito referir, pero que explica muy bien las empresas heróicas realizadas por los venecianos en tiempos encerrados para siempre en el frio panteon de la historia.

El palacio ducal es el mejor de Venecia. En la imposibilidad de describirlo extensamente, me limitaré á dar una idea de lo que más llame en él la atencion.

Singular coincidencia. El *Dux* que lo mandó construir fué Marino Faliero, quien conspiró con el pueblo contra la aristocracia, por lo cual fué decapitado. Cupo al arquitecto Felipe Calendario una suerte parecida: fué colgado por conspirador.

Es un grandioso edificio ojival que se levanta sobre dos galerías, cuyos arcos son muy elegantes. Es difícil decir á qué estilo pertenece: participa del gótico y del bizantino. Prescindiendo de toda consideracion artística, diré sólo que su conjunto es hermoso, imponente, admirable.

Dejando tambien aparte sus fachadas y las cosas notables que en ellos se admiran, hé aquí lo que principalmente le ha dado la celebridad de que disfruta:

Su patio interior. Hay en medio dos magníficas cisternas de bronce. Construyó la una Nicolás de Conti, de Venecia, y la otra Alfonso Albergueti, de Ferrara.

Su escalera de los Gigantes. Así se denomina por las dos enormes estatuas de Marte y de Neptuno esculpidas por Sansovino. Data del siglo XV, y está llena de mármoles preciosos trabajados primorosamente. Sobre su rellano coronábase á los *dux*. Una tradicion dice que fué decapitado en él Marino Faliero.

Su escalera de oro, cuyas ricas decoraciones se deben al citado arquitecto. Sus estatuas, sus pinturas y sus estucos son verdaderamente superiores. Subiendo por ella llégase á un hermoso vestíbulo, cuyo cielo raso pintó Tintoreto. Representa á Venecia y á la Justicia en el acto de presentar la espada y la balanza al *dux* Priuli.

Su biblioteca, denominada de san Márcos. Aunque Petrarca dió para ella varios libros, fué su verdadero fundador el cardenal Besarion. Consta de 120,000 volúmenes y de 10,000 manuscritos. Colocáronse primero en el palacio *Libreria Vecchia*, que mandó construir para este fin la ciudad en que me ocupo. Contiene muchas curiosidades bibliográficas.

Su museo arqueológico, con estatuas y bajo-relieves para cuya enumeracion necesitaria un espacio de que no puedo disponer. Las unas y los otros están distribuidos en las habitaciones que ocupaban los duques. En la sala del escudo, en la de los bustos, en la de los bronces y en la *degli scarlatti*, donde se guardaron las togas de los individuos del Gran Consejo.

Su capilla, donde hay una imágen de la Vírgen, obra de Sansovino, y un fresco de Ticiano. *Scamozzi* construyó el altar.

Sus salones. El principal se llama del Gran Consejo. Llenas están sus paredes de pinturas superiores en las cuales puede aprenderse la historia de la República. La mejor es indudablemente una de Ticiano que representa la gloria del cielo. En el friso aparecen los retratos de los 76 duques que reinaron en Venecia. En el sitio en que debia estar el de Marino Faliero hay un cuadro negro con la siguiente inscripcion: *Hic est locus Marini Falethri, decapitati pro criminibus*.

En los demás hay tambien obras artísticas de primer órden. Hé aquí los nombres de los más célebres. El *del escrutinio*, con pinturas de Tintoreto, de Vecelio, de Palma el Jóven y de otros muchos. El *de los jefes*, cuyo cielo raso es obra de Pablo el Veronés. El *del Consejo de los Diez*, donde Basano pintó al Papa que salió al encuentro del *dux* Ziani, vencedor de Barbaroja. El de las *cuatro puertas*, en el cual pusieron de realce su gran mérito Tintoreto, Vitoria, Contarini, Vicentino y Caliari. El *del Senado*: ántes de que fijara el *dux* los dias de reunion y el número de los llamados á deliberar sobre los negocios públicos, se congregaban en él las personas por aquel reunidas. El *l'anti-collége*, donde los embajadores aguardaban la hora de ser recibidos. El *del colegio*, notable por las pinturas de Ticiano, de Pablo el Veronés y de otros autores ménos conocidos. Prescindo de varios otros para no ser interminable.

Los *cicerones* no se olvidan de mostrar las *prisiones* denominadas de los pozos y de los plomos, como tambien la especie de jaula que ocupó Silvio Pellico. En una de aquéllas se hallaron los versos siguientes:

Di chi mi fido guardami Iddio
Di chi non mi fido guarderò io.

Que dicen así, al castellano traducidos:

Dios me libre de las personas de mi confianza: yo me guardaré de las que no me la inspiran.

Enseñáronnos tambien la sala de las ejecuciones, que es sumamente reducida. Hay en ella una ventana por la que sacábanse los cadáveres de los criminales, que eran arrojados al canal.

Además de las prisiones referidas, hay en Venecia otro edificio destinado á los delincuentes. Desde el palacio ducal llégase á él atravesando el famoso puente de los Suspiros, que es una especie de sarcófago suspendido sobre el mar, que llama con justicia la general atencion.

Además del ducal hay en Venecia multitud de palacios. El *Darío*, que tiene mármoles muy buenos; el *Manzoni*, que data del siglo XV; el *Rezzonico*, que se distingue por su grandiosidad; el *Foscari*, notable por su situacion deliciosa y por sus recuerdos históricos; el *Tréves*, que conserva dos estatuas colosales de Cánova; el *Contarini* cuya elegancia celebran todos; el *Corner della cá grande*, levantado por Sansovino; el *Cavalli*, propiedad del duque de Burdeos; el *Grassi*, construido por *Massari*; el *Pisani*, que guarda la célebre obra de Pablo el Veronés, que representa á la familia de Darío á los pies de Alejandro; el *Barbarigo*, cuya famosa galería de cuadros fué adquirida por el emperador de Rusia, y trasladada á San Petersburgo; el *Tiepolo*, cuya fachada participa de los órdenes dórico, jónico y compuesto; el *Mocenigo*, que presenció muchos escándalos á que dió lugar Lord Byron con su vida desenfrenada; el *Corner Spinelli*, que sobresale por su buen gusto; el *Grimani*, que se cita como la obra maestra de *Sammicheli*; el *Pesaro*, sobrecargado de adornos; el *Vendramin-Calergi*, perteneciente á la duquesa de Berry y otros muchos ménos notables.

Algunos se han trasformado en fondas ó en edificios públicos: dos pasaron á ser propiedad... de bailarinas. Hé aquí un dato que pone de realce la decadencia de la ciudad en que me ocupo.

Lo manifestado basta y sobra para demostrar que la hermosa reina del Adriático sobresale tambien bajo el punto de vista artístico. No es maravilla por consiguiente que acudan á ella de contínuo multitud de personas para estudiar las obras inmortales que posee. Su celebridad data ya del siglo X, en el cual los venecianos, queriendo construir un gran monumento religioso, levantaron la iglesia de san Marcos.

Debo prescindir de muchas consideraciones que me alejarian demasiado de mi propósito, y limitarme casi á consignar los nombres de algunos artistas que dieron á la reina del Adriático la fama de que goza justamente.

Abrieron sus ojos á la luz en Venecia, muchos ar-

quitectos y escultores que la llenaron de ricas iglesias, de palacios elegantes, y de monumentos que brillan y resplandecen por su carácter particular. Dignos son sin duda de mencion especial los *Lombardi*, Pedro Martin, Moro Tulio, San Miguel, Jalconeti, Jayme Sansovino, Cánova y muchos otros.

Más célebres son todavía sus pintores. Hé aquí los nombres de los principales: *Squarcione*, que despues de viajar mucho por Italia y Grecia, fundó una escuela, de la cual salieron *Mantegna*, *Vivarini*, *Cima dà Conegliano*, *Rocio Marconi*, *Vittore Carpaccio*, *Marco Basaiti*, *Palma Vecchio*, etc, etc.



Vista de Venecia.

Mas el verdadero fundador de la escuela veneciana, en sentir de personas muy entendidas, fué *Giovanni Bellini*, célebre pintor de Vírgenes, que en sus mocedades dióse á conocer en la iglesia de san Antonio de Padua. Entre sus discípulos figuran en primera línea *Giorgione*, que dicen murió de pesadumbre de amor á la edad de treinta y cuatro años; Ticiano que murió de peste á la de noventa y nueve; Tintoreto, cuyo elogio más cumplido se hace pronunciando su nombre; Pablo el Veronés, que pasa tambien con fundamento por uno de los grandes maestros de la pintura; *Bassano*, que supo dar á sus cuadros un colorido sorprendente, y varios otros menos célebres que florecieron durante los siglos XVI y XVII.

En ellos adquirió tambien Venecia merecida celebridad musical, gracias sobre todo á sus maestros de capilla de san Márcos. Vinieron despues algunos buenos compositores de música profana.

No se puede tampoco prescindir de sus canciones populares, para las que se presta mucho el dialecto

veneciano, ni de sus demás obras poéticas, cuyos autores no han podido ménos de inspirarse en los encantos de la reina del Adriático.

Es preciso decir una palabra de la Academia de Bellas Artes. La simple relacion de sus cuadros llenaria muchas páginas.

Es lástima que no estén clasificados por las escuelas á que pertenecen. Aun los ménos inteligentes notan un desórden extraordinario.

Perdónenme mis lectores si no consigno siquiera los nombres de los artistas principales. Aun citando muchos, nombraria una pequeña parte de los que han enriquecido el establecimiento que me ocupa. El cuadro más célebre que hay, es quizás la Asuncion de Ticiano, que se juzga su obra maestra.

No puedo tampoco hablar de otras colecciones particulares, ni de sus bibliotecas, ni de sus archivos, ni de su arsenal, ni de su jardin botánico, ni de otros edificios públicos, ni de muchas cosas más que se admiran en Venecia. Recuerdo ahora el puente de Rialto, único echado sobre el gran Canal, que pone en comunicacion á los dos grandes grupos de islas que divide.

No pondré fin á este capítulo sin maravillarme de que los revolucionarios pongan siempre á Venecia sobre las nubes. En verdad que no hay motivo para ello, y que lo hay sobrado para repetir con un orador incomparable. «¡La contradiccion! ¡La inconsecuencia! ¡Siempre la contradiccion y la inconsecuencia!»

El fenómeno tiene una sola explicacion. La de que los liberales ignoran lo que fué y lo que pasó en Venecia. Que á saberlo no la ensalzarian de seguro. Enemigos de la Iglesia de Jesucristo, no ensalzarian á una ciudad que levantó cerca de cien templos católicos. Detractores de la empresa grandiosa de las Cruzadas, no ensalzarian á una ciudad que tomó en ella una parte muy principal. Adversarios de la aristocracia, no ensalzarian á una ciudad que fué llenándose de magníficos palacios. Defensores para concluir de la llamada soberanía nacional, no ensalzarian á una ciudad que confió el poder supremo exclusivamente á los nobles.

La república de Venecia fué una república cristiana, que nada tiene que ver con los gobiernos que quieren establecer los defensores de la «maldita escuela doctrinaria, enemiga jurada de la verdad» ó los descendientes políticos, si puedo hablar así, de los monstruos sobre todo encarecimiento abominables de la Revolucion francesa.

CAPITULO IV.

DE VENECIA Á TRIESTE.

I.

El viaje indicado en el anterior epígrafe se puede hacer por tierra y se puede hacer tambien por mar. Embarquéme yo en un vapor, el dia diez y seis de Julio. Salí de Venecia á las doce de la noche, y llegué á Trieste á las seis de la madrugada.

Y en verdad, que difícilmente olvidaré las dulces impresiones experimentadas durante la travesía. Apoyado en la borda del buque, contemplaba embebecido, ya la luna que difundia los suaves destellos de su luz blanca por aquellas vastas soledades, ya el cielo magníficamente estrellado, ya la estela que dejaba el buque al surcar el golfo majestuosamente, ya el Océano que no puede ménos de inspirar al hombre pensador pensamientos graves y reflexiones profundas, ya en fin, á los que como yo se hallaban á bordo en alta mar y en pais desconocido, á merced de la Providencia. Con razon se ha dicho, que «no conoce las noches ni sus astros, el que no ha navegado» La magnificencia de una inmensa bóveda tachonada de estrellas centelleantes, me parecia superior en maravillas á la del horizonte del dia inundado por la luz del sol que se desprende á torrentes.

El mar ofrece con frecuencia espectáculos sublimes y pavorosos: sobre todo en dias de tempestad. ¿Qué sucederá, héme dicho á mí propio, cuando se cubra el horizonte de negras nubes y siga la cerrazon, precursora de la tormenta; y una oscuridad profunda, parezca ser indicio de que Dios permite á los elementos que se conjuren contra el hombre; y brillen los relámpagos; y retumben los truenos; y se rompan las cataratas del cielo; y las olas se levanten imponentes á guisa de montañas; y el viento haga dar á las velas fuertes gualdrapazos contra los árboles del buque; y el Océano ruja furioso y airado con aterrador estrépito? ¿Quién no sentirá erizársele el cabello, partírsele de dolor el corazon y helársele la sangre de sus venas? ¿Quién no reconocerá que Dios á pesar de los adelantos de la industria, sigue siendo el Señor de los mares? ¿Quién no caerá de rodillas ante su majestad soberana ó no le dirigirá por lo ménos fervorosas oraciones, desde lo mas íntimo y recóndito de su alma?

Muy bien se alcanza por consecuencia el temor que inspiran los viajes por mar. De él se libran sólo los que no discurren, ó los que por tener una conciencia limpia, desafian toda clase de peligros, llenos de confianza en el Soberano autor de lo creado.

Se alcanza tambien que los marinos sean profundamente religiosos. Aun prescindiendo de las catás-

trofes indicadas y de otras que fácilmente acudirán á la mente de mis lectores, es positivo que las soledades del Océano son causa de que el hombre dirija frecuentemente á Dios su pensamiento y su corazon. Separado de todo lo que suele apartarle de su deber, es imposible que no se reconcentre, que no rectifique sus ideas extraviadas, que no recuerde su orígen sublime y su destino inmortal. Espectador de las estupendas maravillas de la creacion, no puede ménos de elevarse á la contemplacion de Aquel que rige la máquina del universo con un *fiat* de su omnipotencia soberana. La precision en fin, de marchar muchas veces sin rumbo fijo, y de hacer escala en puntos más ó ménos desconocidos, le debe persuadir de la insensatez de ciertos orgullos, como tambien de que todos los cálculos y todos los descubrimientos humanos, se frustran en ocasiones por disposicion del Altísimo.

A diferencia de lo que pasa en los ferro-carriles, en los cuales no hay la menor cosa que recuerde nuestras santas creencias, en casi todos los buques hállanse imágenes sagradas, que reciben además el culto debido.

Capitan, preguntó un dia Luis Veuillot, que se dirigia á Roma, he visto en vuestro camarote la imágen de cierta Señora... ¿Es la patrona del buque?..

Me contestó sonriéndose:

«La Compañía de las Mensajerías Imperiales no tiene patrona. Este vapor está bautizado con el nombre de *Lycurgue*. ¿Conoceis este santo?

En cuanto á la Señora de que hablais, debo deciros que es mi propia patrona.»

—¿Y hace mucho tiempo que lo es vuestra, mi capitan?

—Desde cierto dia ya lejano, pero todavía reciente en mi memoria, en el que vimos de cerca el fondo del mar, yo y algunos otros que no mirábamos muy á menudo al cielo, es decir, al cielo en que existe Dios. Sin esperanza de tocar la tierra, nos encontramos de repente más devotos de lo que pensamos, é hicimos un voto á nuestra Señora de la Guardia.

«En seguida nos envió un remolque, y gracias á él entramos en el puerto como llevados por la mano. Cumplimos nuestro voto descalzos, y cantando las letanías; y la Vírgen ha hecho por completo la obra. Algun tiempo despues me dió una esposa, y ésta me ha dado una hija.

«Una y otra rezan por mí ante nuestra Señora de la Guardia miéntras yo navego, y sus oraciones arden como dos cirios de la más blanca y pura cera, pidiendo á la Vírgen que muera en mi cama tranquilo y confesado.

«Hacen valer que hemos estado demasiado tiempo separados en esta tierra para estarlo tambien en la eternidad, y creo firmemente que Dios les concederá loque piden; por lo que espero que mi hijo me cierre los ojos y entierre mi pobre cuerpo. Así, pues, entrad en vuestro camarote y dormid tan tranquilo como yo.»

II.

La ciudad de Trieste es muy bonita y muy aristócrata. No intentaré siquiera describirla. Diré únicamente que su puerto es acaso el más importante de Austria; que por esto hay en la poblacion cónsules de todas las naciones de Europa; que su lazareto, construido en el año 1769, es uno de los más grandes y de los mejor organizados de Europa; que tiene iglesias notables; que entre sus plazas está la dedicada á Ricardo Corazon de Leon, que fué preso al volver de Palestina; y en fin, que en su catedral descansan los restos mortales del señor don Cárlos María Isidro de Borbon. En su sepulcro de mármol negro, hay una inscripcion en cobre, que dice así:

D. O. M. Carolus V, Hispan. rex, in prosperis modestus, in adversis constans, pietate autem insignis, obdormivit 1855, *et hic tumulatur.*

III.

Bien se deja comprender el objeto que me llevó á Trieste. No fué otro que el de saludar reverentemente á la egregia viuda del referido señor don Cárlos. Tuve la dicha de hacerlo, y hállome ahora embarazado por demás para dar cuenta de las entrevistas que se dignó concederme durante mi corta estancia en dicha poblacion.

Llegado á este punto, debo consagrar ante todo y sobre todo algunas líneas á la memoria veneranda del egregio príncipe referido, que pasó á mejor vida el 31 de Marzo del año mencionado.

Me apresuro á borrar estas últimas palabras. La tarea que á emprender iba es verdaderamente superior á mis fuerzas escasísimas. El más cumplido elogio del que tan gloriosamente personificó en nuestro desventurado país la causa tres veces sublime del catolicismo y de la legitimidad, se hace pronunciando su nombre augusto. Lo saben cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle en Madrid ántes de la muerte de su hermano; lo saben cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle durante la desastrosa guerra civil; lo saben cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle despues de su expatriacion. Sí, lo saben todos, y todos lo pregonan en voz muy alta. Fué siempre tal su grandeza, que el hálito de la difamacion ó de la calumnia—imposible parece—no ha podido difamar su nombre, que pasará cada dia más realzado y engrandecido á las generaciones venideras. Digo mal. Más de una vez he oido fulminar contra él una peregrina y singular

acusacion. La de que fué... demasiado bueno.

Déjase fácilmente comprender la razon de semejante cargo. En tiempos de profunda decadencia y de corrupcion espantable, se dirige contra los que marchan siempre por las sendas que prescriben de consuno el deber y el honor; contra los que no quieren cometer la falta más insignificante á trueque de conseguir con más facilidad el triunfo por que suspiran; contra los que á todo trance subordinan siempre los medios al fin que se proponen; contra los que rehusan apartarse en lo más mínimo de la política del Evangelio; contra esos hombres afortunados, en fin, que Dios envia de tiempo en tiempo al mundo para que den ejemplo á sus contemporáneos, y sirvan como tipos eternos á la posteridad.

¡Cuán pobremente se discurre por punto general! ¿Qué importa que no triunfase el señor don Cárlos María Isidro de Borbon? Es verdad que á no pararse en los medios hubiera logrado fácilmente la victoria, y lo es igualmente que á contener los nobles impulsos de su corazon magnánimo, hubiera impedido, segun todas las probabilidades, la traicion abominable que puso término á la guerra civil; pero lo es tambien que sobre todas las malas artes, infamias, vilezas y traiciones de los hombres, está la justicia de Dios, la cual no puede de ninguna manera consentir que una causa digna, gloriosa y santa perezca por la conducta rigurosamente intachable é irreprensible de sus defensores. Aquél que todo lo dirige y lo gobierna dispuso en sus juicios inescrutables que don Cárlos subiese á las mansiones imperecederas sin haber tenido la suerte de arrojar de su patria querida á la usurpacion triunfante, mas ésto no ha de impedir que la fuerza incontrastable del derecho se sobreponga más ó ménos tarde al *derecho* ignominioso de la fuerza. ¿Quién sabe lo que al fin sucederá? ¿Quién ignora que han declarado á la usurpacion una guerra mortal los mismos que la defendieron y entronizaron? ¿Qué hombre pensador no predice que las demasías de la revolucion esencialmente irreligiosa y anti-monárquica harán inevitable el triunfo del jóven nieto de don Cárlos?

Torno á decirlo. Me siento sin fuerzas para hacer el retrato de dicho egregio príncipe: fáltame además el espacio y el tiempo indispensables. No puedo por consiguiente encarecer su religiosidad extraordinaria, ni su valor heróico, ni su corazon bellísimo, ni su talento claro, ni su caballerosidad insigne, ni su constancia inquebrantable, ni su paciencia superior á todo encarecimiento, ni el raro conjunto en fin de sus cualidades verdaderamente superiores y privilegiadas. Ni puedo tampoco referir hechos que acreditan fué siempre buen hijo, hermano leal, esposo excelente y padre ternísimo. No puedo en fin demostrar que mostróse constantemente agradecido á los que se sacrificaron por la causa que personificó; que nada le afectaba tanto como la consideracion de las calamidades de todo género que conturbaban y afligian profundamente á su patria por el abandono de sus doctrinas y principios; que no salia de sus labios una palabra contra los que le habian arrebatado el trono, y en fin, que estaba libre y exento áun de esas debilidades, defectos y miserias tan inherentes y propias de la frágil, débil y corrompida naturaleza humana.

Con las mismas dificultades tropiezo para decir algunas palabras de su egregia viuda la señora doña María Teresa Borbon de Borbon.

Mi pluma no es á propósito para escribir en breves palabras siquiera su interesante biografía. Asústame además la idea de que alguno, poco conocedor de su noble altivez y de su grandeza moral, me confunda con cualquiera de esos desventurados que con fines más ó ménos mezquinos, ponen sobre las estrellas á los colocados por Dios en la cumbre de la autoridad, de la virtud, del poder ó de la gloria.

Puedo aplicar casi todo lo dicho de don Cárlos á su esposa dignísima. Debo añadir que Dios la dotó de un carácter intrépido, y de una fuerza de voluntad verdaderamente indomable. Sólo conociéndola y tratándola se puede comprender cómo su dulzura grandísima está hermanada con su severidad extraordinaria. Severidad que ha desplegado hasta con los hijos de su corazon. Es difícil, por no decir imposible encontrar hoy mujeres comparables con ella: sólo trayendo á la memoria las más célebres de la Biblia se puede tener idea de sus cualidades privilegiadas y superiores. No es maravilla por consecuencia que haya sido siempre para los carlistas objeto de la mayor veneracion, ni tampoco que muchos hayan hecho grandes sacrificios á fin de cumplimentarla personalmente.

Hála probado Dios con tremendas amarguras, con tribulaciones formidables y con desgracias enormes. Es claro que no necesito mencionarlas. ¿Qué carlista, qué español no las recuerda? Digo poco todavía. ¿Qué carlista, qué español no ha sufrido por ellas y tomado en el inmenso dolor que á la señora causaban una parte principal? ¿Qué carlista, qué español no se ha maravillado de que las aceptara tan pacientemente y de que las resistiera con valor tan sobrehumano? ¿Qué carlista, qué español no ha comprendido que por todo lo indicado ceñirá Dios su frente augusta con la corona de la inmortalidad?

Tuve la dicha de conocer á doña María Teresa Borbon de Borbon, y de conversar con ella mucho rato. Admiré por lo tanto su sencillez y su bondad, que me tiene muy obligado y reconocido.

La egregia señora se sirvió darme gracias por la

visita, y por haberme consagrado á la defensa de su causa. Como era natural me habló pronto de su alteza real la archiduquesa Sofía y de sus augustos hijos, manifestándose muy contenta de que fuese á cumplimentarlos. Hízome de los cuatro un elogio muy cumplido, pero muy especialmente de su nieto el príncipe don Cárlos. El amor que tenia á todo lo español, lo animoso que se manifestaba, y el hecho de acudir frecuentemente á ella en demanda de consejo la tenian muy satisfecha. Habíala complacido mucho tambien una carta de su hijo don Sebastian, en la que le pedia perdon por haber reconocido á la Reina Isabel.

La egregia viuda de don Cárlos se manifestó muy agradecida á los soberanos de Europa, por la conducta que observaban con ella. De todos recibia pruebas de consideracion, pero muy especialmente de Su Santidad y del emperador de Austria. Recientemente habia recibido de Pio IX una carta que la proporcionó un placer muy intenso.



Venecia.—Patio del palacio viejo.

Doña María Teresa Borbon de Borbon recuerda con gusto la conducta del emperador Francisco José con motivo de los tristes sucesos de San Cárlos de la Rápita. Habiendo concebido el temor de que los ministros de la Reina Isabel cometiesen un crímen con los príncipes, la dirigió, para impedirlo, un enérgico parte telegráfico. Como su ministro de Estado estaba enfermo, bajó personalmente á su cámara, á fin de no perder un tiempo precioso. Tambien el emperador de Rusia se condujo entónces perfectamente.

Con este motivo se dignó hablarme S. M. de las atenciones que habia dispensado á sus hijos difuntos el emperador de Austria: tratábales á veces con más afecto que á sus propios hermanos.

Aprovechando la ocasion que tan oportuna se me presentaba, hablé á la señora de la enfermedad que llevó en pocos dias al sepulcro á sus tres hijos muy amados. A pesar de lo que sabia, no me abandonaba al idea de que podian haber sido envenenados. ¿Qué no se puede aguardar de la Revolucion abominable y maldita?

La ilustre princesa dignóse desvanecer mis temores. Me aseguró que habian sido víctimas de una enfermedad cruel bastante generalizada en Trieste, y áun me dijo que causas morales habian influido en ella, segun los médicos. Entónces supe que la piedad de don Fernando habia excedido los límites naturales.

He dicho ya que me habló con elogio de los soberanos de Europa: añado, ántes de proseguir, que Luis Felipe portóse muy mal con ella y con su augusta familia. Cuantas veces salian, llevaban junto al coche á dos gendarmes y á un prefecto de policía. Habiéndose acercado á ellos cierto dia un español, impidieron que les dirigiesen la palabra. No referiré algo más por respeto á la memoria de aquel monarca ilegítimo.

Doña María Teresa Borbon de Borbon iba de luto por la muerte del emperador de Méjico. Llevábanlo tambien los demás que constituian su servidumbre. No bien la excelente madre del Emperador supo la desgracia horrorosa, se apresuró á ponerla en su conocimiento.

La viuda egregia del señor don Cárlos se dignó hacerme recorrer su pobre palacio. Agradóme sobre todo la capilla que es muy hermosa. Está en el sitio que ocuparon las habitaciones de su augusto esposo y de sus hijos idolatrados. El altar, tan elegante como sencillo, es un regalo del conde de Chambord. S. M. se dignó convidarme á comer, como tambien á varios españoles que viven en su compañía. Dignóse tambien recibir al dia siguiente á uno de mis compañeros de viaje y á su esposa, sin embargo de no pertenecer aquél al partido carlista. «No importa, me contestó, cuando le manifesté la idea de mi buen amigo. Me basta que sea español. No excluyo sino á las autoridades de Isabel. Sigo en ésto el sistema de Cárlos, mi esposo.»

Dicho se está que fueron recibidos, y que dejaron la cámara real plenamente satisfechos. Entre otras cosas les dijo: «Cuando vaya á Madrid iré á ver vuestra casa.» Y les añadió: «No sereis oprimidos, sino gobernados paternalmente.»

Hablamos de política, y excuso añadir que sus ideas estaban enteramente de acuerdo con las mias. Con placer supe que ve tambien con malos ojos á los carlistas que toman parte activa en las elecciones.

Prescindo de algunos encargos honrosos que se sirvió darme, y concluyo trascribiendo las nobles palabras que pronunció cuando le manifesté la pena que me causaba su penosa expatriacion: «Continúo y continuaré firme hasta el fin. Moriré por eso gustosa, me añadió, pero triste, si no muero en España.»

La egregia viuda de don Cárlos lleva perfectamente sus 75 años. Pasa su vida rezando, escribiendo, dando audiencia á muchos que lo solicitan, y haciendo labores de manos, derramando en fin bien por todas partes.

Añadiré que Dios le ha concedido la buena fortuna de tener á su lado españoles dignísimos bajo todos conceptos. Con gusto muy especial consigno los nombres del P. Ruiz, perteneciente á la célebre Compañía de Jesus; de la señora condesa de Lopez, á quien la viuda augusta de don Cárlos no trata como servidora, sino como amiga; de don José Villavicencio, conde de la Constancia, que es un cumplido caballero; de don Francisco Cardona, médico excelente y profundo político y de don J. D. de Azcóaga, secretario de la princesa. El general Sacanell, que forma parte de su séquito, habia salido de Trieste para emprender un viaje de recreo.

Todos son dignos de las mayores alabanzas. No puedo expresar hasta qué punto las merecen. A poco que se medite se comprenderá que no se puede ménos de sentir hácia ellos una especie de veneracion; que no se puede ménos de reconocer que representan dignamente la España gloriosa que marchó en otro tiempo al frente de todas las naciones civilizadas; que no se puede ménos de admirar en fin su constancia heróica, su fidelidad á toda prueba, y los sacrificios que han hecho en pro de la causa de la Religion y de la Monarquía. No es por consecuencia extraño que la señora les profese gran cariño. No lo es tampoco que los triestinos, comenzando por los de condicion más humilde y concluyendo por los más distinguidos, les respeten y consideren de una manera extraordinaria. No lo es finalmente que hasta el señor Miranda, cónsul de la Reina Isabel les pusiera encima de las nubes, hasta el extremo de conseguir, ¿á qué fin ocultarlo? que mis ojos se preñaran de lágrimas. Me añadió, refiriéndose á la viuda ilustre del señor don Cárlos: «Cuando pase á mejor vida, se resentirá mucho Trieste. Millares de florines dejarán de ir á los pobres.»

IV.

El gran crímen cometido en Querétaro tenia á los triestinos profundamente consternados. Y no podia ménos de ser así, puesto caso que habian conocido mucho al Emperador, y apreciado sus cualidades privilegiadas.

Yo estaba tambien grandemente afligido. Por más que hubiese manifestado con frecuencia de palabra y

por escrito que las ideas liberales de Maximiliano impedirian que la regeneracion de Méjico llegase á término feliz, nunca pude imaginar que aconteciese lo que sucedió. No lo digo porque me falte la persuasion de que los revolucionarios están dispuestos á cometer todo linaje de crímenes á trueque de que prevalezcan sus maquinaciones torpes y sus deseos infernales, sino porque, conocedor de su gran miedo y de su afrentosa cobardía, podia esperar que les contendria el temor á un castigo espantoso, proporcionado á la grandeza de la víctima.

Líbreme Dios de consignar siquiera los nombres de los traidores y de los verdugos: digo solamente que serán odiados y maldecidos miéntras existan sobre la tierra corazones hidalgos y generosos; que su sangre caerá gota á gota sobre su cabeza, y sobre la cabeza de sus hijos; que atraerán en fin, sobre Méjico el castigo de Dios y los anatemas de los hombres.

Nada más sobre los bandidos á que acabo de aludir.

¡Ah! Su crímen me aterra y espanta: me aterra y espanta más si cabe la consideracion de que ha quedado impune por ahora. Por grande que sea la veneracion que el emperador de Austria me inspire, ¿cómo he de aprobar que por mezquinas consideraciones diplomáticas, no haya hecho lo posible á fin de vengar á su hermano? Por muy digna de crédito que sea la aseveracion de que las potencias no correspondieron á la invitacion que les dirigió el emperador de los franceses para pedir á Mejico el condigno desagravio, ¿cómo he de creer que no le faltaban entónces fuerzas para conseguir que su honor quedase en buen lugar? ¡Oh! sin ser profeta puede asegurarse. Francisco José y Napoleon llorarán muchas veces su debilidad sobre todo encarecimiento indisculpable.

Estoy por lo demás completamente tranquilo. Las carcajadas verdaderamente diabólicas de los revolucionarios me hacen daño, pero las esperanzas que manifiestan por lo sucedido en Méjico son pura y simplemente ridículas. Ellos se figuran ¡insensatos! que aquel gran crímen da testimonio de su fuerza y no comprenden que sólo pone de realce su ruindad y su vileza.

¿Quereis saber cuáles serán los resultados de vuestra obra infernal? Pues serán éstos, y lo serán pronto, y lo serán indefectiblemente. El Papa dará gracias á Dios por haber condenado las doctrinas del liberalismo, y sentiráse dispuesto á condenarlas nuevamente con mayor energía. Los soberanos, los príncipes y los gobiernos, reconocerán que faltaron clarísimamente á su deber cuando no opusieron al torrente devastador de vuestras doctrinas falsas un dique poderoso y formidable. Cuantos no tengan en Europa y en el mundo extraviada la inteligencia y corrompido el corazon, se persuadirán de que no pueden ménos de desenmascararos y reduciros á la impotencia, sopena de padecer en sus personas, en las de sus familias, en su honor, en sus intereses, y de sentir á la postre crueles remordimientos de conciencia.

En una palabra. Nadie os considerará en breve como adversarios nobles, sino como herejes y como bandidos. Tengo de que así sucederá una certeza invencible.

¡Gracias á Dios se deslindarán por fin completamente los campos de los buenos y de los malos.

V.

Con el señor Miranda nos dirigimos una tarde á Miramar, hermosa posesion que Maximiliano tenia en Trieste. No pudimos recorrerla por estar dentro la emperatriz Carlota, que aún no sabia la catástrofe, pero disfrutamos de un panorama verdaderamente delicioso. ¿Quién me diera la imaginacion de Fernan Caballero para describir aquel hermoso edificio, cuya construccion ideó Maximiliano viendo segun dicen, nuestra célebre Alhambra de Granada? ¿Quién me la diera para describir tambien el mar, á cuya orilla se levantan bosques, que se descubren á lo léjos, con cuyas maderas se fundó la reina del Adriático y se construyeron las memorables flotas venecianas; el paseo delicioso construido por el Emperador que conduce al palacio; el golpe de vista magnífico que desde él presenta Trieste, y el panorama sorprendente que ofreció el astro del dia momentos ántes de ocultarse á nuestras miradas?

Torno á decir que es un palacio magnífico. Acredita sin duda el buen gusto del Emperador. Está construido de forma que un vapor puede conducir á las puertas de la posesion. Sus jardines son deliciosos, y tiene no pocos objetos de arte. Hay á cierta distancia una casita pequeña, donde tenia Maximiliano su gabinete de estudio. A él se habia retirado la Emperatriz.

Decíase y asegurábase que estaba loca. La reina de Bélgica acababa, por decirlo así, de llegar con el fin de que fuese á Bruselas. Cuéntase que la dijo: «El Rey me escribe que podias venir conmigo.» «No voy, le contestó. Max (así le llamaba) dispuso que le esperase aquí. Ignoro cuándo vendrá, porque hace tiempo que no sé cómo andan las cosas de Méjico, pero áun cuando tardase 40 años le aguardaria.» Al fin lograron persuadirla.

Francamente hablando, ignoro todavía lo que debo pensar sobre la enagenacion mental de la Emperatriz. Muchas cosas que han llegado á mis oidos me inclinan á creer que no ha existido jamás, ó que ha

sido por lo ménos pasajera. Hay sin genero de duda en nuestros dias una tendencia á calificar de locos á determinadas personas, cuyo descrédito se necesita. Se comienza por hacer todo lo posible para persuadirlas de que van descaminadas, y se acaba por aseverar que han perdido la razon. Por espacio de algun tiempo el público repite lo que oye, y hasta compadece á las víctimas de la ignorancia ó de la malicia.

La *locura* de la emperatriz Carlota explícase sin la menor dificultad. Por su gran hermosura, por su inteligencia privilegiada, y por sus vastos conocimientos, sale de la esfera comun. Por desgracia tiene, como su padre, ideas liberales, y logró que participara de ellas su augusto esposo.

Si á lo dicho se agrega que procuró por todos los medios posibles que Maximiliano aceptara el trono de Méjico, se comprenderá fácilmente la frialdad que halló en su familia y en la familia imperial. Su amor propio pudo más en un principio que las amarguras que le hacian sufrir. Habia conseguido que S. A. I. aceptase la corona y pusiese su firma en el documento en que hacíanle renunciar para siempre á la de Austria (1). Era ya emperatriz de Méjico: estaba satisfecha.

Lo que sucedió á poco no es un misterio para nadie. Lo que muchos ignoran es que surgieron dos causas poderosas que explican perfectamente la situacion de su espíritu. Aludo á sus disputas con la córte de Roma y á su persuasion fundada ó por fundar de que algunos intentaban envenenarla. Sus ideas liberales hicieron que defendiese la fatal y desastrosa política de las contemporizaciones, y que juzgase compatibles con el catolicismo ciertas medidas que directamente le lastimaban y ofendian. Pio IX se asombraba viendo dilucidar á una princesa cuestiones eclesiásticas, despues de haber consultado las obras de teólogos eminentes.

En cuanto á lo segundo, la emperatriz Carlota llegó á tener la persuasion de que se queria cometer un crímen horroroso en su augusta persona. Todo es posible y probable si se considera que las sectas masónicas envian á la capital del mundo católico agentes malvados y corrompidos. Una vez queria la esposa de Maximiliano que se tomasen ciertas medidas para impedir el atentado. El Cardenal Antonelli pedia pruebas. ¿No basta, contestó con altivez majestuosa, la palabra de una Emperatriz?

Si á lo dicho se agrega que amaba extraordinariamente al Emperador, y que tambien éste fué víctima de pérfidas y criminales maquinaciones, se comprenderá su exaltacion mental, muy distante á mi juicio de la tan decantada locura.

Líbreme Dios por lo demás, de consignar una sola palabra contra la ilustre víctima de Querétaro. Olvido su debilidad, olvido que se dejó dominar por su mujer, y olvido todas las demás faltas que cometió, para fijarme sólo en su heróica muerte. No quiso conservar la vida sin obtener la promesa formal de que se conservaria la de sus generales. Su sangre será fecunda. Su nombre pasará á la posteridad, realzado y engrandecido. La historia escribirá en su elogio páginas elocuentes é inmortales.

VI.

Con el referido señor Miranda á quien estoy por sus obsequios agradecido, fuí á recorrer el magnífico arsenal, perteneciente á la Compañía del Lloyd. Es magnífico sin género de duda.

No me propongo describirle, ni dedicarle un espacio de que no puedo disponer. Prescindiendo de que me alejaria demasiado de mi propósito, trátase de una materia desconocida para mí, que no debo por consiguiente dilucidar. Recordaré algo de lo que ví, siquiera para poner de nuevo en evidencia que los hombres pertenecientes á la gran comunion monárquico-religiosa, no tenemos en poco los adelantamientos de la industria moderna. Aspiramos sólo á que la civilizacion moral logre la preferencia debida.

El arsenal mencionado abraza un espacio grandísimo. Se cansa quien lo visita, de recorrerlo. Se comprenderá lo que debe ser diciendo que allí se comienzan y concluyen los vapores. ¿Quién es capaz por lo tanto de referir el sinnúmero de objetos que se necesitan? Hay precision de salas para las velas, para los mástiles, para las cerraduras, para las lámparas, para las pinturas, para las maderas, para el aceite, para los aparatos de los buzos, para los arcos, para los hélices, para los utensilios de cocina y para mil otros objetos, que no ha conservado mi frágil memoria.

Lo que mas sorprende y maravilla son las máquinas. Sorprenden y maravillan por su número, que es muy extraordinario y sobre todo por su poder, superior á todo encarecimiento. Viéndolas y examinándolas se explican y casi se disculpan las apoteosis de muchas personas pertenecientes á la escuela política que no necesito referir. ¡Lástima grande que vivan olvidados de Dios, y que caigan de rodillas ante la materia que degrada y envilece!

Máquinas para extraer el agua y dejar en seco á los buques, para atraerlos á sitio conveniente, para hacer clavos, para cortar el hierro y doblarle, para

(1) Maximiliano no queria hacer la renuncia. Llegó á tirar la pluma en la reunion que para dicho fin celebraron sus hermanos en el palacio imperial. No queria sujetarse á la costumbre establecida desde muy antiguo. Cuando doña María Teresa Borbon de Borbon contrajo matrimonio con Cárlos V, tuvo que renunciar á los derechos eventuales que tenia sobre la corona de Portugal.

mover grandes pesos, para agujerear el metal, para fundir el bronce, para enderezar el hierro, para conseguir que las calderas tomen la forma indispensable, etc., etc., etc. ¿Quién es capaz de recordar la mayor parte siquiera de las que se necesitan?

No concluiré sin dar las gracias al jóven ingeniero que tuvo la bondad de acompañarnos. No se limitó á hacernos recorrer el arsenal y á explicarnos lo que llamaba más poderosamente nuestra atencion: quiso tambien que viésemos funcionar las máquinas principales. El espectáculo fué completamente nuevo para mí.

No saldré de Trieste sin decir que sus alrededores son muy hermosos. Pude admirarlos, al dirigirme con el señor don José Villavicencio y con otros españoles que se hallaban en la ciudad casualmente, á dos magníficas posesiones de dos solterones triestinos. En ellas atravesamos bonitos jardines, arboledas deliciosas, estatuas de algun mérito, y sobre todo habitaciones llenas de comodidades. Esto no lo necesitaba manifestar una vez dicho el estado de sus dueños.

Llegó uno, cuando examinábamos su quinta. Presentóse á seguida un criado suyo con unos terrones de azúcar que se apresuró él á dar á las yeguas de su coche. ¡Qué entretenimientos!

En cuanto al otro, supe que pasaba el tiempo cuidando de sus pájaros, y la noche oyendo las sonatas de sus relojes, que tocaban en horas fijas, merced á cierta combinacion ingeniosa. Habia sido músico; y no podia conciliar el sueño. Frisaba ya en los noventa.

Gustaba tambien mucho de comer con sus amigos. Habia dispuesto las cosas de forma que sus convidados veian salir las viandas como por arte de encantamiento. Asombrábanse tambien de ver la prontitud con que las comidas quedaban dispuestas.

CAPITULO V.

DE TRIESTE Á VIENA.

I.

No mencionaré siquiera los nombres de los pueblos innumerables que se hallan durante la travesía. Con dificultad podria escribirlos, y mis lectores leerlos sin saber el aleman. Están llenos de consonantes ásperas, cuya pronunciacion es para nosotros punto ménos que imposible. Demuestran bien á las claras que se ha salido de Italia y entrado en país austriaco.

El camino que conduce de Trieste á Viena ofrece de contínuo panoramas deliciosos. Daré cuenta de ellos, limitándome casi á copiar los apuntes de mi libro de memorias. Mis lectores me perdonarán el desórden que resulte. Muy cerca de Trieste hay un gran túnel por el que atraviesa el ferro-carril. Sin género de duda, es uno de los mejores que existen.

El tiempo era magnífico. A nuestros ojos aparecia Trieste con encantos inexplicables. Heria el sol las pintadas velas de algunos buques surtos en su puerto, y las doraba. Desde nuestro coche admiramos nuevamente la posesion del Emperador. Descubrimos primero las torres del palacio, y sucesivamente todo el edificio, sus jardines, otras varias construcciones de pequeña importancia, y por fin, la casita á la cual se retiraba con frecuencia Maximiliano. Está sobre un promontorio, y ocupa una situacion admirable.

Caminábamos de sorpresa en sorpresa. Ya llamaban nuestra atencion bosques frondosísimos, llenos de árboles raros, ya verdes praderas que se prolongaban indefinidamente, ya terrenos magníficamente cultivados, ya hermosas casitas cubiertas de tejados rojos, ya, en fin los artísticos campanarios de diferentes pueblos.

Hé aquí llanuras inmensas y encantadoras. Hé aquí un hermoso viaducto que tiene dos órdenes de arcos. Hé aquí montes cubiertos de árboles que contrastan con aquellos otros enteramente pelados. Hé aquí un rio cuyas arenas pueden compararse por su blancura con el ampo de la nieve. Hé aquí un edificio colocado en la cima de un monte que parece tocar las nubes. Hé aquí una casa de campo cerca de la cual aparece una mujer que trabaja, y unos niños que juegan, y unos perros que ladran, y unas gallinas que comen. Hé aquí un magnífico puente de hierro sobre el cual pasaremos muy pronto. He aquí una estacion bonita, perfectamente situada: es la de Steinbruck, donde van á darnos de almorzar.

. . . .

En marcha otra vez.

Lector, no concluiria nunca si hubiera de referir todo lo que siguió sorprendiéndonos y deleitándonos. Cada vez era el país más hermoso: á cada instante veíamos nuevas cosas admirables: á cada momento prorumpíamos en exclamaciones de alegría. Bellos edificios primorosamente trabajados; aves raras que hendian rápidamente los aires; mansos riachuelos, sobre los cuales levantábanse pequeñas palancas; labradores que se entregaban con la mayor tranquilidad á las faenas del campo; paseos larguísimos, cubiertos por árboles frondosos que impedian la entrada del sol, y muchos objetos más herian nuestra vista y cautivaban nuestra mente, llevándonos, como por la mano, á la consideracion del infinito poder del Hacedor Supremo.

Era imposible desconocer la religiosidad de los habitantes del país á que me refiero. A surgir dudas, hubiéranse desvanecido al ver un convento grandioso que se contempla desde el ferro-carril; al ver tambien el glorioso signo de nuestra redencion que pendia del cuello de las sencillas aldeanas, cuyos som-

breros de paja realzaban sus encantos naturales; al ver para concluir, las capillas que de vez en cuando aparecian, y los crucifijos que se hallaban con suma frecuencia. Observamos que con uno de ellos estaban los dos Ladrones.

Un espectáculo completamente nuevo nos aguardaba. Desapareció casi súbitamente aquel cielo azul, hermosísimo, que nada desmerecia del de Italia, lleno de nubes purísimas iluminadas por el sol. Sopló un viento muy fuerte semejante sin duda al que reina de vez en cuando en Trieste, que casi no permite andar, y obliga á poner cuerdas para que sirvan de apoyo á los transeuntes. Púsose luego á llover, y el país quedó embellecido de una manera extraordinaria. Nieblas producidas por la humedad de la tierra eleváronse lenta y majestuosamente. A mitad de la tarde, quedamos sumergidos en las tinieblas de la noche.

Imposible describir lo sucedido despues. El sol apareció de pronto nuevamente. El arco iris dejóse ver en el horizonte. El paisaje volvió á quedar espléndidamente iluminado. Aquel manto negro que lo acababa de cubrir desapareció como por arte de encantamiento. Los campos parecian de oro. La luz fué haciéndose más intensa cada vez. Volvió el dia con bellezas verdaderamente indescriptibles. ¡Oh! ¿Quién me diera la elocuente pluma de nuestro incomparable Fernan Caballero para copiar los colores, los contrastes, y las hermosuras á que acabo de aludir!

Omito lo demás, y añado únicamente que no admiramos sólo las maravillas de la naturaleza: admiramos tambien las construcciones gigantescas del ferro-carril. Prescindiendo del gran túnel referido, y de otro mayor que se halla despues, diré únicamente que para llegar á Viena, ha de subir el tren ochocientos y tantos metros. Se comprende pues, las vueltas que habrá de dar por aquellos montes elevados, y las perspectivas encantadoras que se han de ofrecer contínuamente á los ojos de los viajeros. Me ciñó á esta indicacion en la certidumbre de que mis lectores adivinarán por lo manifestado lo que omito en gracia de la brevedad.

II.

A las nueve y media de la noche llegamos á la capital del imperio austriaco, y nos dirigimos á la fonda que nos habian recomendado. La dejamos despues con el fin de ir por la ciudad, pero hubimos de volver á ella en seguida porque todo estaba cerrado. En Viena no están completamente trocados los frenos, como en muchas ciudades populosas, que hacen dia de la noche y noche del dia. Hé aquí la primera costumbre que observé, digna sin duda de recomendacion eficaz por las razones que no necesito referir.

Al dia siguiente fuimos á un teatro. La funcion comenzó á las siete, terminando á las nueve y cuarto. No se asusten los defensores de la civilizacion moderna.

Titulábase la ópera *Las noches de Granada*. Nos encontramos, pues, con un argumento referente á nuestra patria, bien que muy mal desarrollado. Como si esto fuese poco, los cantantes salieron con trajes del país que nada tenian que ver con los españoles. Cantóse además una cancion andaluza: aseguraron que lo era, pero nosotros no lo comprendimos. En una palabra. Si se prescinde de la música que era bonita, y del coro que nos sorprendió agradablemente, la funcion nos dejó muy descontentos.

Añadiré, ántes de continuar, que los vieneses son generalmente muy aficionados á la música. En sus jardines públicos daba conciertos el célebre compositor Straus los Mártes y los Viernes de cada semana.

El coliseo estaba poco iluminado. Observé que las señoras tomaban dulces y helados en sus palcos; observé tambien que no vestian con tanto lujo como en Madrid y en las demás capitales, otra costumbre que debiera generalizarse.

En la mañana del dia á que se refieren las líneas anteriores, noté otra que acredita es Viena una ciudad muy aristocrática. Me refiero á la de llevar muchos de sus moradores calados los guantes desde las primeras horas del dia. Algunos eran muy anchos y muy súcios, pero los llevaban con toda la gravedad de un diplomático inglés. Era un espectáculo risible.

Pasé por calles hermosas, y ví tiendas magníficas. En muchas se vendian los retratos del infeliz emperador de Méjico: junto á ellos habia una cruz como para indicar que habia pasado á mejor vida.

Vendíase tambien el de su cobarde asesino. No consignaré siquiera su nombre, entre otras razones, para protestar indirectamente contra esa malhadada costumbre de hacer interesantes á los bandidos más odiosos. El á quien aludo no podia, como es claro, dar muerte al príncipe ilustre, puesto que habíase apoderado de él por traicion: se infringieron las leyes de la guerra.

Examinando la estructura de las casas, se comprende que ha de ser muy crudo el invierno en Viena: se construyen á propósito para resistirlo. Hay por ejemplo dobles ventanas y dobles cristales.

En la capital del imperio austriaco siguen los frailes y por consecuencia los conventos. En el de los Capuchinos observamos á muchos pobres que aguardaban la comida. Me sorprendió uno de éstos por su vestido decente, ya que no diga elegante. Aplaudo tambien esa costumbre que forma parte de un

régimen político basado en las máximas sublimes del Evangelio, é indispensable para librar á los Estados de los infernales furores de la demagogia.

Presenciamos la ceremonia de un entierro. Llevaban seis hombres el cadáver, y seguian detrás infinidad de mujeres.

Excuso añadir que hay en la capital de Austria todo lo que fascina y sorprende á los defensores de a civilizacion moderna. Absolutamente todo, incluso lo que no puede mencionarse. Entre las personas que la degradan con su presencia, mencionaré únicamente á los protestantes y á los judíos. Gracias á una tolerancia muy mal entendida, se da en Viena un espectáculo que parece imposible. El espectáculo de un Emperador á quien Dios ha dado un hermoso corazon y una inteligencia privilegiada, y concedido además una madre santa y una esposa excelente, que toma con todo disposiciones más ó ménos hostiles á la Iglesia. ¿Por qué razon? Porque han logrado engañarle y seducirle los sectarios de Lutero y los descendientes de aquéllos que crucificaron en Jerusalen á nuestro adorable Redentor.

¡Cuándo se persuadirán los príncipes de que el rigor es un deber tratándose de ciertas y determinadas personas! ¡Cuándo se persuadirán de que además de la justicia lo exige la utilidad de los pueblos y su propia conveniencia!

III.

La catedral que data del siglo XII, es el mejor templo de Viena: su torre preciosa se concluyó en el año 1433. Es de piedra y tiene la forma de una cruz latina.

Es gótica. Dicho se está por consecuencia que su exterior corresponde y se ajusta perfectamente con su interior. ¡Qué calados! ¡Qué agujas! ¡Qué riqueza! ¡Qué trabajos tan asombrosos! ¡Qué esculturas las de la portada!

Hay en ella dos relojes, uno de los cuales ofrece la singularidad de que cada cinco minutos aparece sobre la esfera el número que los indica.

Al contemplar su interior quedé durante no poco tiempo admirado y embebecido. Lo que son las iglesias góticas lo he dicho más de una vez, y por otra parte lo sabemos todos perfectamente. El católico se abstrae por completo en ellas del mundo exterior, y entra en íntima comunicacion con la divinidad. En ellas derrama lágrimas de dolor pensando en sus culpas, y de ternura cuando considera la infinita misericordia de su Criador. En ellas, para concluir, se respira ese aroma celestial para sentido, pero no para explicado.

La catedral de Viena no se distingue por lo atrevido de su construccion ni por sus grandes proporciones, sino por su incomparable majestad y por su arquitectura superior. Consta de tres naves. A mí me impresionó más, por la circunstancia de venir de Italia, que carece de iglesias góticas. Son admirables principalmente el coro, la capilla que guarda un Crucifijo de gran valor artístico, las fuentes bautismales donde aparecen los doce Apóstoles; el sarcófago del emperador Federico III, el púlpito, y un cuadro de la Asuncion que pintó *Spielberger*.

He dicho ya que la torre es preciosa. Tiene 140 metros de altura y termina con una cruz. Desde su cima se descubre un panorama delicioso, del cual forman parte los campos de batalla de *Loban de Wagram, de Aspern y de Essling*.

La iglesia de los Capuchinos es célebre sobre todo por su subterráneo, donde se guardan los sepulcros de los Emperadores y demás individuos pertenecientes á la familia imperial. El fraile que tuvo la bondad de mostrárnoslo y hacérnoslo recorrer, poseia siete idiomas.

El sitio está poco adornado, pero son de mucho mérito las sepulturas, sobre las cuales aparece por punto general un Crucifijo, calaveras y huesos humanos. En ellas están representadas tambien las ceremonias solemnes de las respectivas coronaciones, ó los hechos memorables de los difuntos; en una ví grabada la guerra de sucesion.

Encima de algunos mausoleos habia coronas de flores mustias en su mayor parte: aquellas plantas sin vida pareciéronme nuncios aciagos y funestos de los personajes á quienes se consagraban, cuyas vidas se habian recientemente apagado y extinguido.

¿Quién habia entrado últimamente en aquella lúgubre y tétrica mansion? La desgraciada cuanto hermosa y excelente princesa Matilde. Llamóla Dios á su seno amoroso algunos dias ántes del en que habia de unirse por medio de un vínculo indisoluble con un hijo del Rey *caballero*. Pereció desgraciadamente consumida por las llamas; pero segun todas las probabilidades, sus dolores espantosos fueron poco en comparacion de lo que hubiera padecido contrayendo matrimonio con el príncipe indicado.

Mis lectores me dispensarán si no consigo los nombres de los demás príncipes cuyos despojos mortales se guardan en este que llamaré cementerio imperial. Se hallan en casi todas las guias.

La iglesia de los agustinos se levanta junto al palacio del Emperador. Tambien consta de tres naves. Hay en ella el mausoleo de la archiduquesa María Cristina, hija de la emperatriz María Teresa, hecho por Cánova; el del emperador Leopoldo II, obra de *Tanner*; el del feld-mariscal Daun, declarado por

aquélla libertador de la patria, y el de *Van Swieten* célebre médico de la gran princesa mencionada.

En una de sus capillas se guardan los corazones de los individuos de la familia imperial. En otra iglesia, cuyo nombre no recuerdo, y debajo de su altar mayor, consérvanse las entrañas de los mismos.

¿No me será lícito añadir que estas costumbres me parecen muy dignas de censura?

Prescindiendo de todas las demás, para no ser extremadamente difuso, son dignas de mencion especial la iglesia de Santa María de la playa, la de San Cárlos y la de San Salvador. La primera, por su carácter gótico, por sus hermosos altares, por sus bonitas vidrieras y por su torre octógona. La segunda, por sus dos columnas aisladas, llenas de bajos relieves en espiral que traen á la memoria los de la Trajana, en la capital del mundo católico existente. La tercera, en fin, porque se levantó por haber librado Dios al Emperador de un pérfido asesino.



Doña Maria Teresa de Borbon, viuda de Don Cárlos María Isidro de Borbon.

Son tambien notables los monumentos de Viena. Dos palabras primeramente de la columna denominada de la Santísima Trinidad. Mandóla erigir Leopoldo I en 1693, por haber cesado la peste, encargándolo á *Fischer d' Erlach*. Hay en ella varias inscripciones que dicen: *Deo patri creatori*, *Deo filio redemptori*, *Deo spiritui sanctificatori*.

Otro monumento se levanta en el patio del palacio imperial. Dedicóse al emperador Francisco que aparece sobre un pedestal de granito, llevando en el pecho el Toison de oro. Hay otras estátuas de la Religion, de la Paz, de la Justicia y del Valor. Hay además bajo-relieves de bronce que representan la ciencia, el comercio, la industria, la metalurgia, la agricultura, la economía rural, las artes y la guerra. Hay en fin una inscripcion sacada de su testamento que dice: *Populis meis amorem meum*. El Emperador adoptó esta hermosa divisa: *Justitia regnorum fundamentum*.

Estátua ecuestre del archiduque Cárlos. El animal está galopando: el intrépido ginete lleva una bandera en la mano. Es un episodio de la célebre batalla de Aspern.

Estátua del Emperador Francisco José. Es tambien ecuestre y de bronce. Aparece sobre un pedestal de granito, donde hay bajo-relieves alusivos al comercio y á la agricultura.

Un sencillo monumento levántase además en Viena á la Madre de Dios y de los hombres, pero falta uno sin linaje de duda. ¿Cómo han podido olvidarse los vieneses de Sobieski? ¿Cómo han podido olvidarse del héroe de la batalla de Choczim, que se ganó al dia siguiente del fallecimiento de Miguel, débil sucesor de Juan Casimiro? ¿Cómo han podido olvidarse del que fué declarado en su virtud rey de Polonia?

La historia lo dice. Atacada el Austria por los húngaros y por los turcos, imploró el auxilio de Polonia: sitiada Viena por un ejército formidable, no podia resistir. Sobieski se presenta, estampa en su bandera el glorioso emblema de la Redencion, copia encima aquellas célebres palabras: «Con esta señal vencerás:» y escribe debajo, lleno de fe y de confianza en el Dios de los ejércitos: «Con esta señal venceré, Juan.»

Venció en efecto, no obstante contar, relativamente hablando, con fuerzas escasísimas. Los turcos reconocieron al vencedor de Choczim, y abandonaron el campo cobardemente con su gran visir. La Europa entera celebró su triunfo, proclamando á Sobieski libertador de la Cristiandad.

Austria fué ingrata con él hasta el punto de negarle seis socorros en otra guerra que emprendió contra los defensores del Coran. Austria sigue siéndolo, no levantándola un monumento que recuerde á todas las generaciones venideras la victoria memorable.

IV.

Hay en Viena varias galerías de cuadros bastante célebres. La mejor es la del famoso palacio *Belvedere*, donde se guardan lienzos de Murillo, de Pablo el Veronés, de Tintoreto, de Ticiano, de Palma el Viejo, de Perugino, de Rafael Mengs, de Battoni, de Julio Romano, de Andrés del Sarto, de Leonardo de Vinci, de Fray Bartolomé, de Agustin Carrache, de Guido, de Correggio, de Salvador Rosa, de Teniers, de Durer y de otros muchos. La mayor parte versan sobre asuntos religiosos.

Galería *Liechtenstein*. Consta de unos 1,200 cuadros. Los hay de Rubens, de Rafael, de Guido, de Van-Dick, de Francia, de *Franceschini*, de Sassoferrato, de Rembrant, de Chirlandajo, etc.

Galería *Esterhazy*. Entre sus 800 cuadros, hay próximamente 50 de autores que abrieron sus ojos á la luz en nuestra patria. Del inmortal Murillo, del célebre Ribera, del religioso Juan de Juanes, de Alonso Cano, de Blas de Prado, etc., etc. Otros cuadros llevan los nombres de Rafael, de Van-Dick, del Dominiquino, de Teniers, de Tintoreto, de Salvador Rosa, de Palma el Viejo, de Leonardo de Vinci, de Baroccio, de Tenerani, de Fr. Francia y de Sebastian del Piombo.

Hay además en esta galería varias esculturas modernas, é infinidad de dibujos y estampas dignas de un exámen detenido.

La galería *Harrach* tendrá próximamente 400 cuadros, unos 300 la de *Czernis*, y unos 100 la denominada *Arthaber*. No cito más nombres para no fatigar á mis lectores.

Otras colecciones más célebres hay en Viena. ¿Cómo prescindir absolutamente de la que lleva el nombre de *Ambrás*? ¿Cómo prescindir del Tesoro imperial? ¿Cómo prescindir del Gabinete de antigüedades y monedas?

La coleccion Ambrás es una especie de armería, muy inferior, sin duda de ningun linaje, á la Real de Madrid. Fundóla el archiduque Fernando de Tirol en el castillo que lleva su nombre, y trasladóse despues al *Belvedere* inferior.

Hay además de otras, las siguientes armaduras. La de su fundador, la de Maximiliano I, la de Bathory, príncipe de Transilvania y rey de Polonia, la del célebre Alejandro Farnesio, y las de varios príncipes austriacos. Conserva tambien la espada y casco de Jorge Castriola, duque de Albania; la manopla de Soliman, que sitió á Viena en 1529; la aljaba, arco y pusikan del visir Kara Mustafá, puesto por Sobieski en fuga vergonzosa; el hacha de armas de Motezuma y un trofeo del año 1683, que consiste en una bandera turca que tiene una cola de caballo.

Guárdanse además varias armaduras que pertenecieron á los *dux* de Venecia.

El tesoro imperial es uno de los mas célebres del mundo. Consta de muchísimas obras de oro y de plata y de objetos esculpidos magníficamente. Hé aquí lo que llama principalmente la atencion general.

Las insignias de Carlomagno, que se llevan todavía en la coronacion de los emperadores. Globo imperial, corona, cetro, dalmática, estola, alba, cintura y espada.

Los ornamentos de la coronacion de los emperadores de Austria: la corona, el cetro y el globo imperial del tiempo de Rodolfo II.

Un diamante apreciado en 150,000 ducados, procedente del tesoro de Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, que se halló en poder de un soldado, despues de la batalla de Grandson.

El collar del toison de oro de la Emperatriz, compuesto de 150 brillantes, mezclados con figuras de Santos.

El cordon de la Orden de María Teresa, que tiene 548 brillantes.

Los vasos de oro y plata, en los cuales las corporaciones de Viena llevaron en 1793 al Emperador su contingente para los gastos de la guerra.

Las casullas ricamente bordadas de perlas que destinó á la Orden del Toison de Oro Felipe el Bueno de Borgoña.

La célebre tabla solar, obra del arte bizantino.

El sable de Timur.

Un reloj alegórico dado por un *landgrave* de Hesse á la emperatriz María Teresa, con motivo de su casamiento con Francisco I.

Y el talisman de Wallenstein.

Gabinete de monedas y de antigüedades. Con decir que aquellas pasan de 140,000, se dice que es una de las colecciones más completas que hay en el mundo. Con referir algunas de éstas se comprenderá su mérito é importancia.

Una tabla de cobre con un *senatus consulto* en que se prohibian las bacanales.

Un camafeo, donde se representa la apoteosis de Augusto. Se halló en Jerusalen durante las Cruzadas, y comprólo despues por 12,000 ducados el emperador Rodolfo II.

Una magnífica copa de ágata, cuyo diámetro es grandísimo. Constituyó parte del dote de María de Borgoña, casada con el emperador Maximiliano I.

El célebre salero de oro construido por Benvenuto Cellini, para Francisco I de Francia. Es la mejor obra de platería del siglo XVI.

La guarnicion de la espada, hecha por el mismo artista. Creen muchos que perteneció al emperador Cárlos V.

Un collar donde hay 45 bustos esculpidos sobre mariscos, que representan á los príncipes de Austria, desde Rodolfo de Hapsburgo hasta Fernando III.

No concluiria nunca si hubiese de mencionar los objetos restantes. Hay muchos bronces antiguos, mosáicos, piedras preciosas, etc., etc.

En el palacio *Belvedere* hay otra coleccion de antigüedades digna de ser examinada. Consta sobre todo de estátuas, de bustos, de relieves, de inscripciones y de mosáicos, en su mayor parte pertenecientes á los paises que constituyen la monarquía austriaca.

Digno es tambien de ser visitado el gabinete de minerales del palacio imperial. Llama sobre todo la general atencion un ramillete de piedras preciosas, hecho por María Teresa, un hermoso pedazo de cristal de roca, una gran esmeralda, un ópalo que pesa 34 onzas, y otra piedra que no se cansan de admirar los inteligentes.

Hay en Viena muchas cosas más sumamente notables. Si los límites á que debo sujetarme lo consintiesen, hablaria del palacio imperial, donde residen los príncipes de la casa de Austria, y de su Biblioteca que consta de 300,000 volúmenes y 16,000 manuscritos, y que además posee la estátua del emperador Cárlos VI, las de otros príncipes de la casa de Hapsburgo, salas deslumbradoras por sus mármoles y sus dorados, un cielo raso que juntó Daniel Gran, una coleccion de estampas muy buenas, varios objetos curiosos y no pocas antigüedades romanas. Hablaria tambien de la Universidad reformada por la gran emperatriz María Teresa, en la que se reunen 150 profesores, célebre además por la Academia de medicina y cirugía militar fundada por José II. Hablaria igualmente de los arsenales y principalmente del civil, donde se conservan la espada del feld-mariscal Clerfait, el sombrero que el emperador Francisco llevaba en el año 1813, el baston de monte de Blofer, la bandera roja tomada á los turcos en 1683, el cráneo del visir Kara Mustafá, el cordon de seda que sirvió para estrangularle, y su mortaja que tiene inscripciones árabes del Koran, varios bustos, muchas banderas tomadas á los enemigos de Austria, y gran número de armas y de armaduras pertenecientes á épocas distintas. Hablaria despues del Instituto politécnico, célebre sobre todo por sus escuelas, por sus colecciones, por sus laboratorios, por sus máquinas, por sus modelos y por sus talleres. Hablaria luego de la Imprenta Nacional que sorprende aun á las personas que desconocen el arte gráfico y todos los ramos que abarca. Hablaria inmediatamente del Instituto geológico, del Danubio y del canal por el que surcan hermosos vapores, de una hermosa posesion del Emperador, célebre por sus árboles corpulentos, por sus praderas dilatadas, por su bonito estanque, por sus buenas esculturas, por sus bosques umbríos, por sus colecciones de animales mansos y fieros, por sus preciosos jardines, por sus invernaderos y por muchas otras cosas que seria prolijo enumerar. Hablaria, en fin, de los alrededores de Viena, y singularmente de una preciosa quinta imperial, memorable sobre todo por sus monumentos y por el espacio inmenso que ocupan las tierras del mismo dependientes.

V.

Prescindo de todo lo manifestado y de muchas cosas más, pero no pasaré á otro asunto sin decir dos palabras sobre la conferencia que celebré en Viena con el señor Ayllon, á quien fuí recomendado por uno de los más constantes y decididos defensores de la buena causa. Conviene mucho hablar de ella, á fin de que todos sepan lo que valen los discípulos de

la «maldita escuela doctrinaria, enemiga jurada de la verdad.»

La conversacion rodando fué á parar á la capital del mundo católico y al órden de cosas establecido en Italia por los revolucionarios. El antiguo diplomático admiraba el espectáculo sublime que Roma presenció con motivo del Centenar, y preveia que la obra infame de los revolucionarios vendria pronto á tierra con estrépito aterrador.

Hablamos de su reconocimiento por parte de los ministros de la reina Isabel, y se fortaleció pronto mi conviccion en punto á que procedieron con insigne mala fé. El señor Ayllon fué uno de los que les demostraron lo insustancial de los pretestos que discurrieron para legitimar una determinacion tan opuesta á las ideas y sentimientos del país católico y monárquico por excelencia. El embajador de la reina Isabel se burlaba sobre todo del consabido *entraremos á formar parte del concierto europeo*, y añadia: «La cuestion del Luxemburgo ha puesto de realce lo ridículo de semejante cosa. La Inglaterra no se ha acordado para ella de nosotros, á pesar de que tengo entendido firmó España los tratados del 15, de los cuales se deriva. En cambio ha intervenido Italia, á pesar de que no figuró en los tratados de Viena.»

Estas palabras no necesitan ciertamente comentarios. Demuestran además el descrédito en que ha caido por culpa de los liberales la nacion que marchó en tiempos no lejanos al frente de todas las civilizadas.

Nadie crea, sin embargo, que doy mucha importancia á los desdenes de la orgullosa Inglaterra. Su antagonismo constante con España, es uno de los mayores timbres que puede presentar nuestra patria queridísima.

CAPITULO VI.

DE VIENA Á EBENZWEYER.

I.

Salí de Viena el dia 20 de Julio, dirigiéndome al castillo de Ebenzweyer, donde estaba casi toda la ilustre y egregia familia Real proscrita. Iba no sólo á cumplir una promesa, sino tambien á satisfacer una necesidad de mi corazon. En el prólogo del presente libro, escribí, además de otras, las líneas siguientes: «Si yo necesitase legitimar más mi viaje, añadiria que tan naturales son en un católico los deseos de conocer á su Pontífice, como en un monárquico los de saludar reverentemente á su monarca temporal.»

Fuera de que ansiaba saber á qué atenerme en punto á las cualidades de los Príncipes aludidos y principalmente de don Cárlos. Aunque habia oido hablar de ellos con entusiasmo imponderable, siendo por consecuencia la duda irracional, por no decir imposible, deseaba formar juicio propio y desvanecer mis temores, hijos principalmente de la consideracion de las grandes faltas y de las prevaricaciones inconcebibles cometidas por muchos Soberanos de Europa. Deseaba tambien poder regresar á Madrid pertrechado de argumentos contra los liberales, que combaten con pérfido designio sistemático á todos los Príncipes que no participan de sus ideas disolventes, y contra muchos monárquicos singulares que se juzgan con derecho á criticar á su Rey, si no marcha por el camino que consideran más oportuno.

II.

Nada de particular ocurrió durante la travesía indicada. Atravesé de noche el espacio comprendido entre Viena y Laibach, y no puedo por consiguiente describir aquel delicioso país.

En esta ciudad dejamos algunos el ferro-carril y subimos á otro, que nos condujo á Gmunden. Íbamos en coches descubiertos, lo cual nos permitió disfrutar los encantos de una rica y exuberante naturaleza. Atravesamos bosques magníficos, verdes praderas y terrenos perfectamente cultivados.

Estábamos á últimos de Julio, y con todo casi teníamos frio. El calor sofocante que tanto nos habia molestado en algunos puntos de Italia desapareció al penetrar en el territorio austriaco. Dirigíamos á todas partes la vista con el fin de hallar una explicacion del fenómeno, y la encontrábamos realmente: á lo léjos aparecian montes altísimos coronados de nieve.

En Gmunden oí unas campanas, y noté que se dirigia mucha gente á la iglesia. Hice yo lo propio, y asistí al santo sacrificio de la Misa. Las monjas del convento contiguo cantaron desde el coro de una manera rara y desagradable. Prescindo de algunas otras costumbres singulares, pero no pasaré adelante sin decir que las oraciones de nuestra Santa Madre la Iglesia producen un efecto admirable en el extranjero. Sobre todo los que desconocen la lengua del país en que se hallan, experimentan una satisfaccion sobre todo encarecimiento extraordinaria.

III.

Desde la fonda de Gmunden me dirigí al castillo de Ebenzweyer, del cual diré despues algunas palabras. Pregunté por mi respetado amigo el general don Luis de García Puente que estaba en sus habitaciones. Nos dimos un abrazo muy estrecho, y entablamos una conversacion larguísima.

Poco despues tuve la dulce satisfaccion de conocer y de besar la mano á don Cárlos, á su digna esposa doña Margarita de Parma, á su santa madre la archiduquesa doña Beatriz y á su egregio herma-

no el príncipe don Alfonso de Borbon y de Este.

En una carta que publicó algunos dias despues del á que se refieren las líneas anteriores *L' Union* de París y más adelante *A Naçao* de Lisboa, escribí sobre la entrevista algunos párrafos que juzgo conveniente reproducir antes de pasar adelante. Decia entonces y repito ahora con mayoría de razon: «Hay ocasiones en las cuales no se puede guardar silencio sin sentir remordimientos de conciencia, y yo me hallo en una de esas ocasiones. Debo hablar, por tener la íntima, la profunda, la intrépida conviccion de que hablando prestaré, no obstante mi pequeñez,



Don Cárlos de Borbon y de Este.

un gran servicio á los españoles, proporcionando además una verdadera satisfaccion á cuantos defienden y patrocinan en Europa la causa de la legitimidad, hija de Dios. Hé aquí por qué temo la pluma sin vacilacion y recurro á usted pidiéndole un espacio de su excelente periódico.

No es un misterio para nadie lo que acontece en mi país. A todos consta que los parlamentarios no podrán conservar por mucho tiempo su sistema, y que la reina Isabel está completamente identificada con el mismo.

Sólo Dios, que guarda los secretos del porvenir, sabe lo que acontecerá; pero los hombres pensadores de todos los partidos, sin excepcion alguna, creen inminente una espantosa catástrofe y segura despues la reconstitucion de la sociedad española sobre las bases firmísimas que la dieron en otros siglos esplendor y gloria, dignidad y prepotencia.

Ahora bien. Muchos españoles que saben lo que los revolucionarios desean, como tambien que lo conseguirán, segun todas las probabilidades, han tratado de averiguar si les queda, para el caso aludido, alguna esperanza. Han oido la respuesta afirmativa dada por los carlistas, pero han deseado saber si esta respuesta tiene ó no fundamento.

Voy á expresarme con toda claridad. Se desea saber lo que puede aguardarse de los príncipes don Cárlos y don Alfonso de Borbon, en los cuales tiene puestos los ojos y el alma el partido carlista.»

. . . .

Y ciñéndome despues al primero, añadia lo siguiente:

«Aseguro bajo palabra de honor, que Dios le ha dotado de cualidades verdaderamente privilegiadas. Su noble aspecto es causa de que ejerza una especie de fascinacion sobre los que tienen la fortuna de visitarle. La fascinacion es mayor cuando se le oye discurrir sobre todas ó por lo ménos sobre las prin-



Doña Margarita de Borbon.

cipales cuestiones religiosas y políticas que se ventilan en los calamitosos tiempos presentes. Horas enteras hablé con él de las mismas, y no salió de sus labios una sola frase que no fuera completamente digna de un príncipe católico.

Es imposible enumerar aquellas cualidades, como tambien hacer públicas estas conversaciones. Diré solamente que el señor don Cárlos de Borbon y de Este es un príncipe simpático, animoso, decidido é intrépido, y que es muy querido en aquel delicioso país, sin embargo de que lo habita y honra con su presencia hace muy poco tiempo. Añadiré está persuadido de que es preciso conservar sobre bases inconmovibles las instituciones fundamentales que hicieron marchar á España al frente de todos los países civilizados; que no trata de restablecer otras, convenientes en la época de su fundacion, cuya oportunidad ha pasado; que ama la verdadera libertad; que desea sobre todo impedir esas revoluciones que amenazan de continuo la vida, la propiedad y hasta la honra de los españoles, á los cuales ama de corazon; que sabe, finalmente, que no ha de ser jefe de ningun partido, sino rey de todos los españoles.»

Algo mas añadiré ahora, sintiendo no poder referir por las razones tantas veces manifestadas y por otras que debo callar, todo lo que tuve la dicha de oirle. Habiéndole dicho que cierta persona habia procurado que yo trabajase para que reconociese á la reina Isabel, sin perjuicio de gestionar despues para su destronamiento, me contestó inmediatamente: «Yo no podia hacer eso de ninguna manera. Fuera de que si la reconociésemos seria legítima, y revolucionarios nosotros si despues conspirásemos contra ella.» Hablamos más adelante del emperador de Méjico. Le

dije que se hubiera sostenido indudablemente á seguir una política completamente católica. Me dijo que participaba de mi opinion, y añadió algunas palabras que la historia inmortalizará sin género de duda.

El Rey se dignó invitarme á pasar el dia en el castillo. Despues de la entrevista indicada, dimos un paseo por el lago precioso que tiene delante, y que se prolonga mucho. Una vez en la orilla contraria, comenzamos á subir un monte, deteniéndonos en una piedra sobre la cual habia una meseta. A lo léjos se divisaba una roca donde tiene su nido la reina de las aves. Empeñáronse algunos cierto dia en cazarla. Consiguieron realmente matar á la hembra, pero su macho fué á buscar otra, y la trajo al propio sitio.

Ántes de comer bajaron todos los servidores al hermoso jardin que hay delante del castillo. A él acudieron tambien la princesa Margarita y el príncipe don Alfonso. Entónces pude ya conocer la expansion que reinaba en aquel sitio agradable. Allí no veia al Monarca rodeado de sus súbditos, sino al príncipe rodeado de sus amigos.

Enseñáronme tambien sus coches y sus caballos. Cárlos VII es uno de los mejores ginetes de Europa. Habíame dicho ya el general Puente que no se dejaba ganar por nadie, que siempre iba delante de todos, que despreciaba los peligros, y que era preciso contenerle á todo trance. Si yo pudiese referir detalles, se quedarian asombrados todos mis lectores: asombrados, queriéndolo Dios, se quedarán dentro de muy poco tiempo.

Llegó la hora de la comida. A ella concurrieron, además de Sus Majestades y Altezas, dos padres jesuitas, el general Puente, el conde y la condesa de Galvany, y don Miguel Marichalar, gentil-hombre de cámara con ejercicio. La Reina llevaba un precioso vestido azul rayado, que daba realce á sus gracias naturales. Hablaba con todos, pero principalmente con Su Alteza Imperial la Archiduquesa Beatriz, á quien ha enviado Dios la desgracia de la sordera, que sufre con santa y heróica paciencia. Era preciso, por consiguiente, valerse de una pizarrita para conversar con ella. Durante la comida la dije que los españoles estábamos muy satisfechos de la educacion preexcelente que habia dado á sus hijos. Añado que su memoria será siempre venerada y enaltecida por nosotros y por los hijos de nuestros hijos.

Levantados los manteles fuimos al mirador. Avisáronme despues que la Archiduquesa queria hablar conmigo. Su Alteza Imperial se dignó pronunciar en mi favor palabras lisonjeras referentes sobre todo á mis pobres escritos. Las agradezco con todas las veras de mi alma, doliéndome mucho de no poderlas admitir por ser completamente inmerecidas. Acreditan y ponen de realce la bondad de Su Alteza Imperial, que puede considerarse como un prototipo de princesas católicas. Entónces se despidió de mí.

Su Majestad tuvo la dignacion de invitarme á que diese un paseo con él, con su augusta esposa y con su egregio hermano. Y en verdad que no pudo ser más agradable.

Para estar sumamente complacido, hubiérame bastado la circunstancia de hallarme con tan excelentes príncipes. A mayor abundamiento, pasamos por un sitio sumamente pintoresco y delicioso. Duéleme mucho carecer de las condiciones indispensables para describirle. ¿Cómo describir aquel lago precioso por cuya orilla pasábamos rápidamente? ¿Cómo describir las perspectivas encantadoras que ofrecen de contínuo los bosques y montañas que cerca del mismo se levantan? ¿Cómo describir la enorme piedra de Traun que aparece á lo léjos y que ha logrado cierta merecida celebridad? ¿Cómo describir la modestia, la sencillez y la hombría de bien de los habitantes del país, que saludaban respetuosamente á los príncipes, y que les hubieran besado la mano, á no impedirlo la circunstancia de ir en coche? ¿Cómo describir los sentimientos religiosos de los mismos, acreditados por los crucifijos, por las imágenes de la Inmaculada, y por las representaciones de algunos misterios sublimes que hallábamos al pasar, y ante los cuales nos descubríamos humildemente? ¿Cómo describir en fin los túneles y las casas que se construian, notables por su forma, ó por las personas que las habitaban, ó por los sucesos que traian á la memoria? ¿Cómo describir otros muchos detalles, que tanto contribuyen á que se forme idea cabal de las cosas?

Alegróme mucho todo esto. Me alegró principalmente, conmoviéndome de una manera extraordinaria, observar que las ideas de los príncipes no podian ser más nobles, ni más generosos sus sentimientos, como tambien que demostraban por todo lo español un amor y un sentimiento superiores á toda ponderacion y encarecimiento. Cuanto pudiera decir á este propósito seria insignificante y de leve monta al lado de la realidad. Contiéneme además el temor de que alguno, desconociendo mi altivez cristiana, que me impide, no sólo decir una mentira, sino tambien cometer á sabiendas exageracion de ningun género, ose pronunciar la palabra que por odiosa no quiero referir, ó me confunda con alguno de esos hombres de partido que no reparan ó reparan poco en los medios, á trueque de lograr el fin ansiado y apetecido.

Poco despues de volver al castillo, entramos en uno de sus salones con el fin de tomar el té. A él acudieron tambien la baronesa de Trankenstein, nieta de la condesa del Arco, el baron del propio nombre,

nuestro insigne y valeroso compatricio Ignacio de Loyola. Ayudáronle los profesores don Valentin de Gonzaga y don Juan Keller, un gobernador y la servidumbre correspondiente.

Pronto tuvieron que abandonar el palacio gracias á las guerras de Napoleon. Honraron con su presencia, entre otras, las ciudades de Crema, Ponto y Trieste, deteniéndose en Viener-Neustardt, donde continuaron sus estudios y el mismo método de vida.

Adelantaron los cuatro hermanos de una manera extraordinaria. Llamado don Fernando por un pariente suyo, general en jefe de uno de los ejércitos, emprendió la carrera militar, dando contínuas pruebas de su valor y de su caballerosidad.

El príncipe Maximiliano, que se distinguió por su talento precoz, poseia varias lenguas vivas y algunas muertas. Brilló tambien como militar. Hizo rápidos progresos y obtuvo el mando del segundo regimiento de artillería, llegando á ser comandante en jefe del arma. A ruegos de sus parientes y con autorizacion del Emperador y del Gran Maestre de la Órden Teutónica, decidióse á entrar en ella. Hizo su noviciado y fué recibido caballero en 1801, en la ciudad de Viena, ocupando por fin el primer puesto.

Olvidaba decir que hizo algunas reformas en artillería, tanto en las armas como en las fortificaciones. Acreditan lo primero las carabinas con las cuales se armaron los voluntarios irlandeses para defender á Su Santidad: prueban lo segundo las torres subsistentes aún en las inmediaciones de una ciudad que sirven para su defensa y la del Danubio, que baña sus arrabales y puertos.

Desplegó sobre todo sus conocimientos en la Órden Teutónica, construyendo, reparando y dotando las casas, conventos, propiedades y fundaciones. A todas partes acudia y á todo se anticipaba. Encontróse á su fallecimiento la Órden en un estado muy floreciente. Cuanto hizo en ella fué aprobado por su sucesor y por el Consejo de éste, como lo acredita el certificado que figura en el fin de su historia.

No sólo para instruirse y conocer los adelantos referentes á las armas y máquinas de guerra, sino tambien para visitar y seguir los establecimientos de la Órden Teutónica viajó por Alemania, por Inglaterra, y sus islas y por otros estados de Europa. Pasó naturalmente por sitios muy agradables y pintorescos, mas ninguno le cautivó tanto como el de Ebenzweyer, cuya posicion es por todo extremo encantadora. Determinó fijar allí su residencia, comprando al efecto el señorío, por el que dió al propietario la suma de 57,000 florines.

Tenia la finca un pequeño castillo bien situado, al que se llegaba por un fresco tapiz de verdura, que se extendia desde aquel hasta el camino de Traun-

kirchen. A fin de darle nueva forma y hacerle más hermoso, compráronse algunos edificios y se construyó el que todavía existe. La fachada principal es un paralelógramo regular que tiene mas de 600 pasos. Sepárase del camino que viene de Gmunden por una balaustrada de hierro y por un jardin lleno de flores, de arbustos y de árboles frutales, entre los que figura un *marronier* de Indias. Hay enmedio un estanque con su correspondiente surtidor.

En el piso bajo del edificio hay oficinas y habitaciones para los criados. El principal tiene doce habitaciones muy ventiladas, en las cuales va comprendido un gran comedor. Tienen ventanas que dan al jardin y se comunican unas con otras. En el centro está un hermoso mirador al que corresponden las cuatro columnas cilíndricas de la fachada. Prescindo de otras habitaciones insignificantes.

En el segundo piso hay las mismas habitaciones que en el primero. Desde él pásase al departamento donde se hallan establecidas seis religiosas con su capilla, su escuela para niñas pobres, sus dormitorios, sus oficinas, etc.

Lo sostuvo todo el príncipe Maximiliano y lo sostiene hoy su heredera la serenísima señora condesa de Chambord.

Pudiera dar otros detalles, pero los omito para no ser difuso en demasía.

CAPÍTULO VII.

DE EBENZWEYER A PARIS.

I.

A la mañana siguiente del dia á que se refieren las líneas anteriores salí de Gmunden en direccion á la capital de Francia: no se hizo aguardar mucho el tren directo procedente de Viena.

El viaje nada ofreció digno de mencion especial. Encontré por una feliz casualidad en el tren á mis compañeros de viaje que se habian quedado en la ciudad mencionada con el propósito de hacer una excursion á Prusia. Al fin mudaron de parecer, y resolvieron dirigirse á Vichy. Nuevamente nos despedimos en Munich.

Con gusto hablaria de esta ciudad, como tambien de Strasburgo y de otras por las cuales pasó el tren, si no lo impidiesen las grandes proporciones que ha tomado la presente obra. Guardo por consecuencia silencio, y voy á decir sin pérdida de instante mi pobre opinion sobre la Babilonia moderna.

II.

Mr. Veuillot ha publicado recientemente un libro que debo mencionar ántes de proseguir. El príncipe de los escritores católicos ha levantado en él una punta del velo magnífico y deslumbrador que cubre las llagas profundas, las grandes miserias, los vicios asquerosos y las abominaciones monstruosas de la capital de Francia.

El ilustre director de *L' Univers* ha prestado sin duda un gran servicio á la causa del Catolicismo, que es la causa de la civilizacion verdadera. Merece por ello los elogios más cumplidos, sobre todo si se considera que ha nacido en Francia, y que la mayor parte de sus compatricios ocultan diligentemente cuanto puede perjudicar á su patria, encareciendo hasta la paradoja cuanto la eleva y enaltece. Ha dicho la verdad con la santa energía propia del escritor católico.

Algunos recusarán por exagerado al autor de *Los olores de París*, que ha conseguido una reputacion europea, pero no podrán recusar el testimonio de otro publicista español que no tiene con aquel ningun punto de contacto. Refiérome á don Pedro Antonio de Alarcon, muy conocido por sus ideas liberales, contra cuyas aseveraciones completamente infundadas y contra cuyas calumnias sobre todo encarecimiento vituperables protesté á su debido tiempo.

Comienza el señor Alarcon agotando en favor de París el diccionario de las frases lisonjeras, y acaba escribiendo las líneas que pronto trascribiré. La contradiccion no puede ser más palmaria, ni más completa.

En el capítulo cuarto de su libro extasíase ante la hermosura de París, y consigna en su favor las palabras más pomposas. La denomina «metrópoli del mundo» y suponiendo ¡hipótesis peregrina! que la civilizacion es una gran pirámide que la humanidad ha levantado sobre la tierra, sostiene que «constituye la cúspide de esa pirámide.» En otras exageraciones incurre mucho más absurdas, y por consiguiente mucho más indisculpables.

El aturdido pintor encuentra poco despues cosas que le desagradan extraordinariamente. Encuentra entre otras lo que llama «lupanares públicos y al aire libre,» y concluye diciendo literalmente: Claro es que no acepto todas las observaciones del escritor liberal.

. . . .

«Estudiando el plan político del gobierno, advertí »la ausencia de todo principio, de toda doctrina, de »todo derecho, de toda autoridad. El secreto de Na»poleon es el *empirismo*, esto es, el *esperimento*, la co»modidad, el eclecticismo en teoría y la posibilidad »en la práctica.

»Hé aquí un resúmen de su sistema. Ni bien ni »mal abstractos: un criterio de verdad acomodaticio, »supeditado á las circunstancias. Todo aquello que es »útil es bueno: todo lo que molesta es malo. El hom»bre tiene derecho á todo, pero el gobierno tiene las

»armas. Cuando el derecho crea un conflicto, se le »mutila. Y el comercio y la industria aplauden. El »Emperador debe su poder al sufragio universal: el »pueblo que lo ungió soberano puede destituirlo: »pero el pueblo no escribirá ni hablará ni se reunirá »para tratar del asunto. En los libros se permite has»ta la licencia: en los periódicos no se puede menos»cabar un ápice el prestigio del Soberano. Cuando se »puede, se regala la libertad á manos llenas, y se »convoca la representacion nacional, y se dan ga-



S. A. R. la Archiduquesa doña Beatriz de Este.

»rantías constitucionales... pero si esto llega á no »convenir, se deshace en una hora. Existe el dere»cho de gentes; pero si á la Francia le acomoda, pue»de violarse en Roma y Nápoles. Se proclama la »no intervencion en Italia; pero Francia aumenta la »guarnicion de Roma. Si los obispos y las damas le»gitimistas no lo estorbaran, Francia retiraria la »guarnicion de Roma; pero como las damas legiti»mistas, los obispos y hasta los Orleanes acechan este »momento para derribarnos del trono, Francia es »muy católica, es la nacion cristianísima, es el hijo »mayor de la Iglesia, y debe amparar á su Santo »Padre. La libertad es una gran cosa, y debemos »desear y aconsejar y exigir que los estranjeros sean »libres; pero nosotros en casa tenemos que ser dés»potas... Tal es nuestra política utilitaria, materia»lista, esperimental, atea...

»Ni acababan aquí mis observaciones y meditacio»nes de aquellos cuarenta y cinco dias.

. . . .

«El árbol trasplantado es la *Agencia de Matrimo»nios*, mediante la cual, y con el auxilio de un pros»pecto, se improvisan el conocimiento, el amor, las »conveniencias de los cónyuges.—El árbol trasplan»tado es la fama, es la opinion, es la popularidad que »dispensan los periódicos, á un tanto la línea: es la »legalizacion del vicio en la ley sobre la prostitucion, »que exige tributos á las sacerdotisas de Venus, les »da derechos, les impone obligaciones, las acepta, las »reconoce, las sanciona civilmente: es el sufragio

»universal erigido en ley eterna, en revelacion divi»na, en fundamento de verdad, orígen de todo dere»cho, de toda gerarquía, de todo poder: es la pobla»cion sin hogar, la familia que come en la calle, la »negacion de la mesa pascual de nuestros mayores, »la irreligion local por decirlo así, el ateismo de las »costumbres.—El árbol trasplantado es la profana»cion de la historia, es la humanidad que se desar»raiga del seno de Dios, es la tradicion que pierde su »prestigio, es el tiempo despojado de su autoridad...

»El árbol trasplantado, esclamé por último, es el »hombre trasplantado de los cielos á la tierra.

»Y al pensar de esta manera, todos los problemas »de nuestro siglo se esclarecieron á mis ojos.

»Y encontré que desde que los filósofos del siglo »pasado llevaron á todas las inteligencias el libre »exámen; desde que la razon del hombre fue acla»mada como único criterio de verdad; desde que la »fiebre del pensamiento, empeñada en discernir la »esencia de todas las cosas, secó en el alma del pue»blo francés las fuentes del sentimiento, y con ellas, »la fe en lo sobrenatural, perdió su santa eficacia »aquella sublime doctrina, base del cristianismo, »que hace amable la pobreza, grato el dolor, dulce »la injusticia y despreciables y de poco momento las »felicidades terrenas en comparacion con las bien»aventuranzas de la otra vida. Es decir, que cundie»ron entre las clases pobres de Francia la duda y has»ta el descreimiento acerca de la eternidad del alma: »que nadie se resignó ya á sufrir en este mundo, »desconfiando de su recompensa en el otro: que la »humanidad empezó á considerarse á sí misma »como una raza de fieras esparcida por el globo, sin »otro destino ni mas porvenir que la satisfaccion de »sus necesidades corpóreas y de sus caprichos mun»danos; y que en consecuencia de esto, todos aspi»raron á gozar cuanto les fuera posible dentro del »plazo de su existencia finita, y naturalmente, em»pezaron á reclamar de los poderes, de los gobiernos, »de la misma sociedad su cubierto en el banquete de »la vida, primero con el nombre de derechos políti»cos (1789), y despues con el nombre de necesidades »materiales (1848), de derecho al trabajo, y de lo »demás que sigue hasta el comunismo.

»Los gobiernos transigieron con las masas cuando »hicieron la primera reclamacion, y las dijeron:— »Firmemos un pacto *constitucional*. Vosotras sereis »parte del gobierno, y administrareis la cosa públi»ca. Os creeis con un derecho contra la sociedad... »Venid á ejercitarlo. Vosotras legislareis.

»Esta fué la época constitucional de Francia, y de »aquí nació todo el poderío de la clase media.

»Pero la clase media se hizo rica y poderosa y des»atendió los intereses que habia venido á proteger en »el gobierno. Quizás los desatendió porque, estu»diando por sí misma la cuestion social, la encontró »irresoluble. Ello es que se llamó *conservadora*, y se »puso del lado del antiguo principio de autoridad, »en contra de las masas, esto es, en contra de sus »comitentes.

»Pero el descreimiento era cada vez mayor en las »muchedumbres, y el espectáculo de la clase media »enriquecida aumentaba en ellas la sed de goces ma»teriales. Ya no habia para qué pedir derechos polí»ticos. Los derechos políticos habian sido en su ma»no un cetro de caña. La única manera posible de »ejercerlos era por medio de apoderados, y los apo»derados, (los diputados), se pasaban en seguida y »engrosaban las filas de los deudores.

—»Pidamos las cosas con sus nombres propios, se »dijeron entonces; y pidámoslas por nosotros mismos.

»Y apareció la moderna democracia. El pueblo »derribó de nuevo la autoridad tradicional y con ella »el gobierno representativo. Erigióse en poder, y en »seguida que fué gobierno, planteó con franqueza la »cuestion que le habia llevado á aquel estremo: »planteó la cuestion económica: pidió pan.

»Pero la demanda era horrible y no podia satisfa»cerse: reuniéronse, pues, todos los elementos de »reaccion, los históricos, los religiosos, los de gloria »patria, (la clase media que tenia ya mucho que »perder, el ejército, cuyo jornal está siempre ase»gurado, y el clero, que veia aniquilarse la sociedad »cristiana), y batieron al pueblo, y lo vencieron, y »constituyóse otra vez sobre la anarquía filosófica, »económica y política el imperio discrecional de la »fuerza.

»Napoleon III no ha transigido la cuestion, ni la »ha discutido siquiera, en los años que lleva de go»bierno. Ya hemos dicho que para este hombre el *de»recho* es una palabra hueca de sentido. Verdadera»mente, el problema no tiene solucion. Pero habia »un medio de atajar el mal y hasta adormecerlo, cual »era fortificar los intereses morales; espiritualizar, »por decirlo asi, las costumbres; levantar las almas á »aspiraciones mas nobles que el vil dinero; despertar »en los corazones metalizados los dormidos gérmenes »en la fe de Dios; aumentar la vida del alma; retro»traer, en fin, á las clases menesterosas á su antiguo »venturoso estado de paciencia y esperanza, de resig»nacion y respeto...

»Napoleon III ha hecho todo lo contrario. Negan»do como negaba al pueblo sus derechos políticos, »que á lo menos son una cosa digna por lo inmate»rial, ha reconocido en él los derechos animales, y »perdonadme la espresion aunque os parezca dura. »—Napoleon está dando de comer al pueblo hace diez »años, como se da de comer á las bestias. El obrero »no busca trabajo: se lo da el Emperador. El pan no »sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el

»esceso de precio y el obrero sigue comiéndolo barato. »Asi trabaja un buey y así se le da el pienso. Este »remedio empírico no hace sino aumentar el materia»lismo grosero de aquella raza embrutecida. Napo»leon ha convenido con la vil filosofía de la plebe en »que lo esencial de esta vida se reduce á comer bien.

»Pero achico la cuestion. El empirismo de que »hablo estiende muy mas lejos su influencia,—y aquí »vuelvo á recordar el árbol trasplantado y todas las »cosas que su vista me trajo á la imaginacion.

»Desde el momento que la sociedad ha desconoci»do las relaciones del cielo con la tierra; desde que ha »negado lo que el conde José de Maistre llamaba »*gobierno temporal de la Providencia*; desde que la »revolucion declaró la mayor edad del hombre, crean»do una nueva autoridad y un nuevo derecho y des»terrando de la historia lo sobrenatural, ó sea lo di»vino; desde que se proclamó, en fin, á la razon, su»prema legisladora y *único lugar teológico*, la huma»nidad quedó como huérfana; consideróse fuera de la »patria potestad, esto es, fuera de la potestad de »Dios; empezó á regirse á sí propia; no esperó nada »de una accion estraña, y comprendió, por último, »que tenia que servirse á sí misma de *Providencia*.

»Reinó, pues, en París el *humanismo*.—La altiva »ciencia se desvivió desde entonces por prevenirlo, »por reglamentarlo, por mejorarlo todo. Los filántro»pos desecharon la *caridad* como un casuismo injusto, »y la sustituyeron con la economía política. Ya no se »consoló á los pobres ni á los desgraciados con pala»bras de amor ni con esperanzas de recompensas ce»lestes, sino que se pensó en estirpar la desventura »y acabar con la gran iniquidad llamada pobreza. »Hubo quien creyó que las máquinas dulcificarian los »rigores del trabajo humano, y dicho sea entre pa»réntesis, nunca se empleó al hombre en oficios mas »rudos y espantosos que los que exigen la construc»cion y *entretenimiento* de las máquinas.

»Entendimientos mas audaces intentaron cambiar »completamente la forma esencial desde sus profun»das raices.

»Quién pretendió volver el mundo á la vida de la »naturaleza, ó sea al estado animal; quién hacer una »familia de todos los hombres, con un *Padre* á la ca»beza; quién abolir la propiedad particular; quién »hacernos á todos ricos propietarios.—¡Entre tanto la »filosofía se esforzaba en Alemania por esplicar los »misterios de la creacion, por razonarlo y armonizar»lo todo; la vida, la muerte, la eternidad, lo conoci»do, lo desconocido, el alma, el universo, Dios!—Y »uno dijo que cada hombre era un Dios, y otro que »Dios no era sino la humanidad, y otros que todo era »Dios y Dios era todo, y algunos que Dios no era »nadie. . . . .

«¡Ah! Desventurados!—¡Desventurados de vos»otros si no se os alcanza la razon de mi amarga iro»nía!—¡Desventurados de vosotros si no vivís la vi»da del espíritu, y si creeis que todo está hecho, des»de el momento que se aumentan las comodidades »corporales! ¡Desventurados de vosotros si no teneis »alma para sentir el frio de muerte que reina en nues»tra flamante sociedad, y muy mas desventurados si »la teneis!...

»Pero ¿cómo no habeis de tenerla? ¿Cómo es posible »que el hombre viva solo de bienes materiales? ¿Có»mo ha de ser que limite su esperanza al breve es»pacio de su existencia terrena? ¿Cómo no han de pre»ocuparle los grandes misterios del nacimiento y de »la muerte? ¿Cómo no han de holgar en él, aunque »nade en los placeres y en las riquezas, una inmensa »capacidad de mejores goces, un infinito deseo de »ciencia, una inestinguible sed de justicia, y una »aspiracion sin límites á perdurables hermosuras?

—»¡Y bien! replicareis. ¿Qué quieres tú? ¿Qué nos »exiges? ¿Cuál es tu creencia? ¿Cuál es tu filosofía? »¿Qué nos aconsejas? ¿Hemos de renegar de la civi»lizacion? ¿Hemos de abominar de las fuerzas crea»doras del entendimiento humano? ¿Hemos de anu»lar nuestra razon? ¿Hemos de volver al absolutismo? »¿Quieres restablecer las antiguas autoridades? ¿Quie»res que abdiquemos nuestra inteligencia, nuestra »libertad, nuestros derechos en manos de falaces »augures, de crueles tiranos, de supersticiosas in»venciones? ¿Nos hemos de arrojar de cabeza en las »hogueras del Santo Oficio?

»¡Oh! no. Yo no os aconsejaria nada de eso, ni ya »es tiempo de aconsejar nada. Yo lamento la enfer»medad, pero no conozco la medicina. Yo sé por qué »despeñadero hemos bajado á este abismo; pero no sé »la manera de salir de él. Yo niego con todas las »fuerzas de mi alma las ventajas de la llamada civi»lizacion; pero no se me ocurre nada con qué susti»tuirla. Yo os anuncio á gritos que vamos por un »camino de perdicion; pero sé que no podemos dete»nernos. Yo os he dicho que las abominaciones de lo »pasado no eran tan desconsoladoras ni tan terribles »como los bienes conquistados por la revolucion; pero »aunque se pudiera, ¡yo no quisiera que volviéseis á »lo pasado!—No hay esperanza, os digo con las lá»grimas en los ojos.—«No tenemos padre,» os repito »con los niños del poema de Juan Pablo.

»¡Oh!..... En España no siente todavía el espíritu »la dolorosa angustia que esperimenta en París, y el »parisiense mismo no se da ya completa cuenta de »su miserable estado.—Es menester ir de nuestra »tierra, donde el alma no ha perdido aun todos sus »dominios, para poder apreciar el gran vacío que la »civilizacion ha hecho en la existencia humana.

»Mi alma, en la atmósfera moral de París, se asfi»xiaba como se asfixia un pájaro en la máquina neu-

»mática. El aire de la vida terrena no es bastante en »cantidad ni tiene la necesaria pureza para que el »espíritu pueda respirar en él. El espíritu inmortal »del hombre necesita mas espacio y mas tiempo que »nuestro planeta de nueve mil leguas de circunferencia y que nuestra vida de tan corta duracion, si »ha de satisfacer sus necesidades, si ha de calmar sus »inquietudes, si ha de cumplir sus destinos misterio»sos.» . . . .

Basta sin duda lo dicho para poner de manifiesto



S. A. R. el príncipe don Alfonso de Borbon.

la degradacion moral de París. Si así no fuese, añadiria que los suicidios aumentan de una manera extraordinaria, que la estadística criminal arroja enormes cantidades, que las personas mas inmorales y de más baja estofa llegan á ser ídolos ante los cuales se prosterna la capital; que muchos por estúpida irrision denominan al alma *le gros mot*; que son naturales la mitad de los hijos que nacen en la capital de Francia, segun la aseveracion de una persona que hace muchos años habita en ella; que la familia hállase amenazada de muerte; que la corrupcion de las costumbres es cada dia mayor; que se extravian y se degradan en fin dentro de su recinto infinidad de jóvenes distinguidos de todas las naciones de Europa. Claro es por otra parte, que el publicista no puede referir ciertos espectáculos abominables sopena de manchar el papel y hacer asomar al rostro de sus lectores el carmin de la vergüenza.

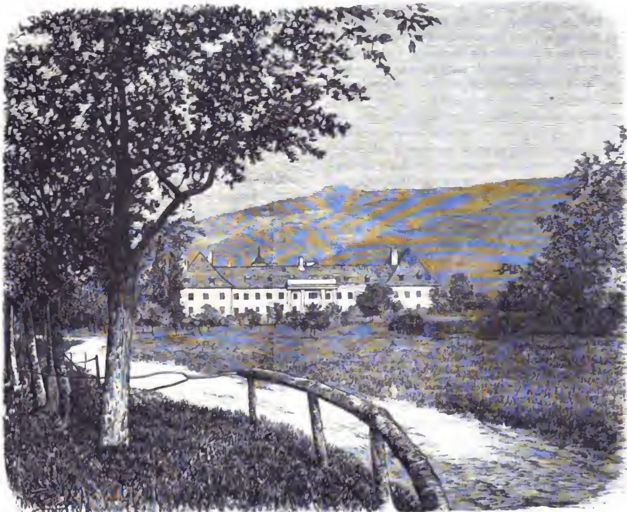
Una palabra más ántes de proseguir. El escritor referido dice textualmente: «Yo lamento la enfermedad, pero no conozco la medicina.» A lo cual replico yo, que el *único* remedio es proteger resueltamente la Religion católica, apostólica, romana, y plantear una política conforme de todo punto con las santas prescripciones del Evangelio. Este remedio es además infalible.

III.

La ciudad de París es inmensa y hermosísima. No brilla ni resplandece bajo el punto de vista religioso, ni bajo el moral, ni bajo el científico ni el literario,

ni bajo el artístico, pero bajo el punto de vista material aventaja extraordinariamente á todas las demás. Admira y sorprende áun á los acostumbrados á ver cosas estupendas.

Vayan á París los que deseen ver calles anchas, muy bien empedradas y dispuestas de arte que pueda jugar perfectamente en ellas la artillería; *boulevares* magníficos llenos de tiendas hermosas en cuyos



Castillo de Ebenzweyer.

escaparates exponen muchos comerciantes casi todo lo que tienen; infinidad de teatros á los que, salvo algunas excepciones, no se puede ir entre otras razones, por la poderosa de representarse en ellos engendros verdaderamente monstruosos; multitud de cafés en los cuales no se puede por regla general penetrar por que los invaden esas vivas encarnaciones del vicio, que reinan como soberanas en la capital de Francia; edificios grandiosos habitados generalmente por esas personas desdichadas que sólo piensan en satisfacer sus sentidos y sus pasiones, y muchas cosas más que constituyen esa civilizacion mentida condenada por la Santa Sede en un documento memorable.

A diferencia de lo que pasa en Roma, la primera impresion que produce París no puede ser más agradable, pero cuando se recorre y examina detenidamente llega al último extremo la desilusion y el desencanto. Entónces acude á la memoria el recuerdo de otras grandes poblaciones que cayeron á impulsos de su abominable degradacion, y se augura una catástrofe semejante, á ménos que el poder, conocedor de las excelentes disposiciones que muestra Europa, se arroje resueltamente en brazos de la Religion que obra contínuamente portentos y maravillas.

No puedo hacer una descripcion de la ciudad de París. Véome obligado á prescindir de toda clase de reflexiones, y á dejar en mi libro de memorias los

apuntes que tomé durante mi permanencia en la capital de Francia. En cualquier guia, por lo demás, están detallados los mejores edificios públicos, como tambien la reseña de las cosas principales que contienen.

Aconsejo á los que vayan á París que no dejen de visitar la catedral, que es gótica; la iglesia de la Magdalena, que parece un edificio pagano; la Santa Capilla, á propósito de la cual ha dicho un distinguido literato que sólo para verla se puede hacer un viaje; San Dionisio, donde están los sepulcros de los reyes de Francia; el Louvre que fué primeramente un castillo habitado por la familia real, y en cuyo Museo de pinturas está una Concepcion de Murillo; el Luxemburgo, donde enseñan la antigua Cámara de los pares, los aposentos de María de Médicis, una galería de cuadros y magníficos jardines; el palacio de Cluny lleno de antigüedades preciosas (1); la Audiencia que guarda tres torres antiguas, bañadas en otro tiempo por el Sena; la casa de la ciudad que ha presenciado escenas horribles y espantosas de matanza y exterminio; los Inválidos, donde están perfectamente cuidados los que han perdido un brazo ó una pierna en el campo de batalla, y la tumba del que intentó inútilmente acabar con la independencia española. Merecen tambien recorrerse las Catacumbas, los Campos Elíseos, el Bosque de Bolonia, y el cementerio del padre Lachaise.

IV.

No puedo prescindir de la tan decantada epxosicion universal. Violentado por las circunstancias me ceñiré á las ménos palabras posibles, pero sin olvidar nunca el solemne compromiso que contraje con el público en el prólogo de mi obra.

Debo ante todo desvanecer la injusta prevencion que contra los escritores católicos y monárquicos existe. La circunstancia de condenar y combatir muchas cosas que defienden y ensalzan los defensores de esa mentida civilizacion material solemnemente condenada por la Iglesia de Jesucristo, atrae sobre nosotros toda clase de censuras, de ataques y de insultos. A lo más se nos confunde con los hombres pertenecientes á la escuela que no necesito referir, los cuales impugnan por sistema cuanto corresponde á los tiempes encerrados en el frio panteon de la historia.

Las acusaciones no pueden ser más insustanciales, ni más inmerecidas. Amantes de todo progreso legítimo, condenamos sólo lo esencialmente pésimo y lo que no puede conciliarse ni avenirse con la Religion del Crucificado establecida por Dios para llevar á los hombres al cumplimiento de su destino inmortal. Condenamos además esa tendencia malvada, de la cual participan muchos sin pensarlo ni advertirlo, que se reduce á prescindir casi por completo de las almas, de los espíritus, y á fijarse sobre todo en los cuerpos, en la materia, en lo que impide, para concluir, que los descendientes de Adan suban á las regiones imperecederas.

Líbreme Dios de condenar absolutamente la exposicion universal. Confieso y reconozco que ha proporcionado á los habitantes de París y á cuantos permanecieron una temporada en la ciudad populosa espectáculos muy bonitos, muy diversos, muy pomposos y muy deslumbrantes, mereciendo en su virtud los más cumplidos elogios de esa muchedumbre inmensa de haraganes que se fastidian y que siempre van en pos de nuevas sensaciones. Confieso y reconozco tambien que ha servido para que millares de individuos pertenecientes á casi todas las naciones y paises dejasen en la moderna Babilonia sumas considerables de dinero, que más adelante se emplearán quizás en su daño. Confieso y reconozco tambien que gracias á ella se ha podido hacer un estudio (no completo) de la situacion de la humanidad, evitando así las molestias de largos y dispendiosos viajes. Confieso y reconozco tambien que las observaciones hechas, unidas al espíritu de conveniente y natural emulacion, contribuirán, segun todas las probabilidades, á que las nobles y bellas artes, el comercio y la industria adquieran de dia en dia mayor impulso y desarrollo. Confieso y reconozco tambien que los ingleses y todos los demás que ponen al hombre, criado á imágen y semejanza de Dios, al servicio innoble por no decir degradante de la materia, trocando así completamente los frenos y contribuyendo á la espantosa perversion de ideas que forma uno de los caractéres más distintos de la época actual, debieron alegrarse de un modo extraordinario al ver el sinnúmero de máquinas allí colocadas, que ocupaban por cierto mucho espacio y aturdian con su ruido atronador. Confieso y reconozco tambien que la exposicion sirvió principalmente para las personas que lograron privilegios especiales, contra los que tronaron muchos entusiastas defensores de aquélla. Confieso y reconozco en fin que la capital de Francia hizo lo que más ó ménos impropiamente se llama un buen negocio.

Todo esto es verdad, pero es verdad tambien que contra la exposicion universal de París puede escribirse un libro voluminoso. Y no me refiero ciertamente á esos ataques más ó ménos fundados, más ó ménos pueriles, más ó ménos ridículos de que la hicieron víctima no pocos escritores que tienen la inmensa desgracia de patrocinar y defender ideas re-

(1) En la seccion de armas hay algunas españolas. En la hoja de un puñal-bayoneta del siglo XVII se lee esta inscripcion: *Un Dios, una ley y un rey.*

probables y reprobadas. Refiérome á otros que *deben* asestarse contra ella, y que no pueden rebatirse sin faltar á la prescripciones de la recta razon, de la sana lógica y del simple buen sentido. ¡Lástima que la premura del tiempo y la falta de espacio me impidan consignarlos, y sobre todo desenvolverlos con la amplitud indispensable para llevar al espíritu de todos el más profundo convencimiento! Algo diré con todo, con el fin de legitimar las líneas anteriores.

Que las naciones marchan por sendas extraviadas es cosa clarísima, que declaran á veces áun los interesados en que no las abandone. Que los hombres, descontadas algunas honrosísimas excepciones, prescinden completamente ó casi por completo del fin que Dios les marcó, lo saben cuantos han recibido una educacion sólidamente cristiana, y llegado à la difícil posesion de la ciencia y de la sabiduría. Que son muchísimos los que abusan de sus facultades y de las cosas puestas por el Omnipotente á su disposicion, llegando en su virtud á patrocinar los errores más monstruosos y los más abominables excesos, es más claro que la luz del medio dia. Que es preciso y urgente clamar con gran insistencia y perseverancia contra todos estos males que corroen las entrañas de la sociedad y la conducen á su ruina, no pueden ménos de proclamarlo todas las inteligencias nobles y todos los corazones hidalgos.

Pasa el mundo por una crisis horrible, suprema, espantosa. Mucho que seria utilísimo en circunstancias normales, es peligroso y fatal en tiempos extraordinarios como los presentes. Esto es capital en el asunto que hace correr mi pluma: tiene á mi juicio una fuerza incontrastable y una importancia decisiva.

La exposicion universal glorificó é hizo la apoteosis de los males ligeramente apuntados. Los fomentó de tal suerte, que la sociedad quedaria pronto envuelta en los negros horrores de una conflagracion universal, si Dios, en su infinita misericordia, no le hubiese deparado la Iglesia, que ha servido, sirve y servirá siempre de contrapeso á todas las locuras, á todas las exageraciones, á todas las tendencias depravadas y corrompidas.

El materialismo es una de las llagas más profundas de la sociedad presente. Y nadie pone siquiera en duda que la exposicion universal ha sido causa de que tome proporciones mucho más colosales y espantosas. Desde un principio se le dirigió esa acusacion, generalizándose tanto que Mr. Wolowski creyó indispensable rebatirla en el Conservatorio de las Artes. Verdad es que su discurso lleno de ideas raras y de párrafos ininteligibles, puso de realce que su talento está extraviado por demás, y que, dígase cuanto se quiera, para las causas perdidas no hay ni puede haber abogados excelentes.

Lo que más resaltaba en la exposicion universal, era el culto innoble que hoy se rinde á la materia. Lo que recordaba nuestro orígen divino y nuestro fin inmortal desaparecia en aquel océano sin fondo y sin orillas de cosas que nos ligan estrechamente á la tierra, que satisfacen nuestras necesidades ficticias, que dan pábulo á pensamientos más ó ménos indignos y á pasiones más ó ménos vergonzosas, que nos impiden volar á las regiones de lo inmortal y de lo infinito. Como si esto no fuese bastante, hallábase confundido con lo demás, lo cual constituia por consecuencia una demostracion victoriosa de un empeño verdaderamente satánico. El de identificar y confundir á la Iglesia, obra estupenda de Dios, con las instituciones más ó ménos admirables fundadas por los hombres.

Ninguna edificacion causaba por consiguiente la exposicion universal: nada decia al alma y al espíritu. Y en cuanto á los hombres corrompidos, era imposible de todo punto que al recorrerla y examinarla no concibiesen nuevas prevaricaciones y nuevas caidas. ¡Cuántas imágenes tentadoras! ¡Cuántas representaciones provocativas! ¡Cuántos incentivos para el mal! ¡Qué alejamiento de lo que hubiera podido hacerles entrar en razon y decidirles á ir por la senda que marcan de consuno el deber, el honor y la propia conveniencia!

Demuestra lo indicado que en la exposicion universal corrian malos vientos para la Iglesia de Dios. Hé aquí por qué pudiera acusársela tambien de favorecer el ateismo. Algunas palabras sobre este particular.

Un templo católico aparecia cerca de la entrada principal. Era su exterior hermoso, y convidaba por decirlo así, á penetrar dentro. Ignoro si por casualidad ó en virtud de una intencion pésima, estaba convertido en un mercado de objetos religiosos. En cierta ocasion expulsó Jesucristo á latigazos del atrio del templo de Jerusalen á los comerciantes que lo profanaban. Es verdad que el de la exposicion no estaba consagrado, pero tambien lo es que ofrecia un espectáculo á todas luces reprobable.

El hecho vale poco en sí: vale mucho si se considera que habia en la exposicion varios templos pertenecientes á religiones falsas, y algunos edificios destinados á la expendicion de biblias y obras protestantes (1). Verdad es que las señoras no querian

(1) Da vergüenza decir que uno de los expendedores habia nacido en España. Habiéndoseme presentado una ocasion oportuna le dije algunas palabras que ponian de manifiesto la enormidad de su crimen. Entré á discutir con él, y me persuadí de que su ignorancia en materia de Religion no podia ser más grande. Importa poner de realce su mala fé. Habiéndole dicho que un texto estaba muy adulterado me prometió enseñar el original (no lo hizo), añadiéndome que dias ántes lo habia mostrado á don Miguel Sanchez, confundiéndole y avergonzándole. El general don Rafael Tristany que iba conmigo y que habia

recibirlos, y que muchos hombres los aceptaban con el fin de quemarlos. Segun todas las probabilidades, á los católicos se les hubiera impedido hacer lo que se consintió á los sectarios de Lutero y de Calvino.

Esta especie de privilegio da idea del espíritu profundamente irreligioso que reinaba en la exposicion universal. Aun prescindiendo de él ó asegurando que no se concedió, aparecia notoria, visible, palpable la tendencia odiosa sobre todo encarecimiento á colocar la religion verdadera fundada por Dios al nivel de las religiones falsas protegidas por Satanás.

En pleno siglo XIX se reproduce un espectáculo completamente gentil: el de reconocer como los romanos del tiempo de la decadencia, todas las religiones, lo cual, repito, vale tanto como no reconocer ninguna. ¡Y se llaman defensores del progreso los que así proceden! ¡Y aseguran que aman la civilizacion! ¡Y tienen la osadía extravagante de calificar de oscurantistas á los católicos y á los monárquicos!

Tambien la moral salió profundamente lastimada. No podia ménos de suceder así, puesto que sufre la misma suerte que la Religion, hasta el punto de no concebirse sin ésta, sobre todo en los paises regenerados y enaltecidos por el Evangelio. La inventada por algunos con el título de social, es un edificio sin cimientos, que ha de venir á tierra por necesidad. La verdadera virtud, hija del cielo, huye de los sitios en los cuales no tienen ya cabida los sentimientos religiosos.

Es verdad que uno de los diez grupos arbitrarios en que se dividió la exposicion llevaba el título de perfeccionamiento moral y material de las clases jornaleras; mas tambien lo es que era el último y sobre todo que de nada sirve sostener en teoría lo que es absurdo é irrealizable en la práctica. ¿Cómo han de pensar sériamente en el bienestar moral del obrero los que le dicen contiuuamente con su conducta que los hombres han nacido para producir y para gozar; los que le sacan del hogar doméstico cuando apénas ha podido aprender los rudimentos de nuestra Santa Religion; los que le impiden cumplir con sus deberes más sagrados; los que le retienen en el taller todo el dia y quizás parte de la noche; los que gastan en fin sus fuerzas hasta el punto de que llegado á su casa, le sea completamente imposible pensar sino en satisfacer las imperiosas necesidades de su cuerpo?

Es una irrision hablar por consiguiente de perfeccionamiento moral. Se habla mucho de él, pero la ignorancia es siempre mayor, y la corrupcion adquiere cada dia proporciones más alarmantes.

Poco despues de llegar á París hablé por casualidad con uno de los hombres aludidos á quien pude creer libre, por su posicion especial, de ciertos errores groseros, y de ciertas preocupaciones vulgares. Sus afirmaciones rotundas que vanamente impugné dan la medida del estado de su inteligencia. Hélas aquí. «Ha pasado la época de los curas.» «Se meten en todas las casas.» «No cesan de pedir dinero.» «Logran hacerse millonarios.» Este hombre que no se cansaba de hablar contra los ministros del Señor, que se consagran por completo á sus semejantes, y principalmente á los más desgraciados y á los ménos favorecidos por la fortuna, ensalzaba hiperbólicamente al Emperador, que ametrallará implacablemente á los que traten de traducir en hechos las ideas revolucionarias, y ponia sobre las nubes á París, en cuyo seno se extravian poco á poco, llegando en su virtud á ser los séres más desdichados de la tierra. Hasta tal punto es así, que la persona indicada me llegó á confesar que habia más de una vez acariciado la idea infernal del suicidio. Decia que pensaba ir al cielo á pesar de sus pecados, por ser Dios Omnipotente. Llegaba la perversion de sus ideas á un extremo inconcebible.

La corrupcion de la clase á que me refiero corre parejas con su ignorancia. No tengo precision de recordar lo que sobre ella se oye y se lee todos los dias. Si algo contiene á los obreros, no es la idea de su deber, sino la de su personal utilidad. ¡Cuánto podria decir á este propósito si lo consintieran los límites á que debo sujetarme!

La exposicion universal fomentó tambien el lujo, que lleva en su seno criminal gérmenes corruptores y mortales, lo cual no necesita por evidente demostrarse. Contra los sofismas más ó ménos hábiles de algunos soñadores, se pueden alegar los razonamientos irrebatibles de los economistas católicos, millares de sucesos horribles, y sobre todo los discursos que la Iglesia pronuncia de continuo por boca de sus ministros venerables. La presencia de tantas cosas magníficas encendia naturalmente los deseos de poseerlas: las compras hechas por algunos soberanos y personajes más ó ménos distinguidos hacian que muchos imitasen su ejemplo contra su voluntad, é hiciesen crecidos desembolsos.

Añadiré finalmente, para no ser interminable, que la exposicion universal constituyó un ataque indirecto á las diferentes nacionalidades que contribuyeron á formarla. Deliberadamente ó sin intencion, procuró el Emperador sacar de ella todo el partido posible. Prescindiendo de lo que dije al comenzar la parte tercera del libro sobre la ida de los soberanos á París, sólo necesito recordar para defender mi tésis, que el Emperador fué quien abrió la exposicion, y sobre todo quien distribuyó más adelante los premios. Yo me guardaré bien de asegurar que durante la

tambien acompañado á dicho sacerdote, le llamó embustero, y le recordó que habia sucedido cabalmente lo contrario. Don Miguel Sanchez aguardó inútilmente la Biblia original.

ceremonia no acarició nuevamente la idea de la monarquía universal. ¿Quién es don Luis Napòleon para reunir á su alrededor y entregarles medallas ó condecoraciones francesas, á individuos pertenecientes á diversos paises del mundo?

Hé aquí uno de los motivos por los cuales yo sostengo que las exposiciones deben ser nacionales.

Por lo demás, la universal en que me ocupo, que fué sin duda un gran acontecimiento, debe tener completamente tranquilos á los defensores de la civilizacion verdadera. Cierto que hizo concebir pensamientos tristes y reflexiones sombrías á muchas personas de virtud y de ciencia, pero no pudo de ningun modo poner miedo en el espíritu de los que habíamos presenciado las grandes, las conmovedoras y las sublimes escenas que precedieron, acompañaron y siguieron á las fiestas del Centenar. Los católicos de viva fé, que procuran y consiguen penetrar en el fondo de las cosas, pudieron comprender que la civilizacion espiritual se sobrepondria en breve á la civilizacion material. Dios dispuso que ambas se adornasen á un mismo tiempo con todos sus adornos y primores. ¿A quién no cautivarán los encantos divinos de la que Roma representa? ¿Quién no aborrecerá las seducciones infernales de la personificada por París?



Don Ramon Cabrera.

No necesito repetir aquí la mision que parece confiada por Dios á los que presenciaron en la capital del mundo católico durante las solemnidades referidas, y principalmente á los que ántes ó despues recorrieron además la exposicion universal. Añado que la cumplirán sin género de duda. Poco á poco irán impugnando ideas falsas, desvaneciendo sofismas peligrosos, iluminando con los rayos esplendorosos de la verdad á los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, poniendo término en fin, al caos horrible y á la confusion babilónica de la época presente.

—

Algo debo añadir sin género de duda, siquiera para que nadie pueda sostener que me olvido de mi patria muy querida. Fiel sin embargo á mi propósito, me ceñiré á las ménos palabras posibles. Fuérame cosa fácil trascribir lo publicado por las excelentes revistas y periódicos que se publican en Europa, y no me seria tampoco difícil recordar lo dicho sobre la exposicion por los escritores liberales. No haré lo primero por las razones tantas veces referidas: no haré lo segundo para no fatigar á mis lectores con nombres raros, con párrafos insoportables, y con refutaciones impropias del presente libro, que habian de traer por añadidura muy poca utilidad.

Una palabra ántes de proseguir, referente al edificio que costó, segun algunos periódicos, la enorme suma de 20.000,000 de francos. Llamósele impropiamente palacio, lo cual dió márgen á sátiras sumamente chistosas. Hubo quien, no sin fundamento, le bautizó con el nombre de palacio-gasómetro. Aquella masa de hierro en su mayor parte, que carecia de adornos, y para cuya construccion se menospreciaron por completo las leyes inmortales de la belleza, no merecia sin duda de ningun género, aquel nombre pomposo. Levantóse en el campo de Marte, célebre sobre todos por sus revistas militares: cien mil hombres caben en él cómodamente.

Además del edificio principal á que me acabo de referir, construyéronse muchos otros en sus inmediaciones. Recuerdo ahora el faro magnífico próximo á la puerta, que se levantaba sobre un peñasco artificial; la tienda destinada al Emperador y á su familia; el taller fotográfico de Petit, que logró un privilegio especial; la casa-modelo para los trabajadores de París; el teatro donde se daban por la tarde y por la noche diversos espectáculos; el círculo internacional destinado á los expositores y á sus representantes; el palacio de España; el cuarto belga, destinado á la seccion de piscicultura, arboricultura y floricultura generales, lleno naturalmente de invernaderos y estufas; el palacio de verano del virey de Egipto; la mezquita turca; otro edificio español, para las colecciones de la escuela de Minas, máquinas y productos agrícolas; la casa húngara y la del Tirol; las caballerizas del Emperador de Rusia; el pabellon chinesco y otro construido por el ministerio de la Guerra francés; el templo mejicano; el palacio del bey de Túnez; gran número en fin, de pastelerías, de fondas, de cafés y de cervecerías que ocupaban una cuarta parte del local, segun notó un observador curioso.

Es completamente imposible enumerar el sinnúmero de cuadros, de esculturas, de animales, de dibujos, de proyectos arquitectónicos, de máquinas, de grabados, de litografías, de muebles, de armas, de instrumentos, de aparatos, de vestidos, de utensilios, de juguetes, de productos, y de cosas que llenaban estos edificios; más imposible aun hacer de las mismas una reseña detallada, y referir la disposicion en que aparecian colocadas. Se asombrarán mis lectores cuando sepan que formaban el católogo dos tomos, y que cada uno tenia más de mil páginas.

Cúmpleme decir que llamaban más poderosamente quizás la general atencion las cosas antiguas que las modernas. Hallábase en las primeras más arte, más hermosura, más sencillez que en las segundas. La seccion denominada «Historia del trabajo», en que casi todas aquellas se colocaron, estaba llena casi siempre. La verdad se sobrepone por fin á todas las preocupaciones de escuela ó de partido.

Dignamente figuró España en la exposicion universal. Hubiera figurado más si Francia é Inglaterra no se hubiesen adjudicado las dos terceras partes del local; si se hubieran hecho entrar en la comision, como lo hicieron otras naciones, hombres de ciencia; si el jurado no hubiese asumido atribuciones contrarias á la justicia, dado muchas órdenes caprichosas, y ejercido una especie de tiranía irritante; si no se hubiera procurado halagar á las naciones cuyo disgusto se temia ó cuya amistad se buscaba; si no se hubiese concedido tanto á la especulacion privada, con grave detrimento de la conveniencia pública, y sobre todo, si los españoles no hubiesen demostrado que les repugna exponer sus cosas en paises extranjeros, y muy especialmente en la moderna Babilonia. No me atreveré á condenar esta repugnancia.

He mencionado ya el palacio español que se levantó entre la puerta Kleber y la calle de Austria: debo añadir que logró elogios generales, rigurosamente merecidos. Era tan esbelto como elegante, brillaba por su buen gusto, y se distinguia por sus regulares proporciones. Su estilo recordaba la época del Renacimiento. Hubiese agradado mucho más, á no tener tan poco espacio libre delante de su fachada. Tambien se decoró con maestría el local destinado á la exposicion de Bellas Artes. Por desgracia los adornos disminuyeron la luz, y causaron á los artistas perjuicios considerables.

La galería de cuadros llamó mucho la atencion. El hecho es tanto más notable cuanto que hubo, permítaseme decirlo, una especie de furor para las exposiciones de bellas artes. Cada país llevó sus obras á la en que me ocupo. Como si esto no fuese bastante, dispúsose otra exposicion universal en el palacio de la Industria, que se levanta en los Campos Elíseos. Abriéronse además otras exposiciones particulares.

Bien que no se distinguiesen por su gran mérito y demostrasen victoriosamente la triste decadencia del arte, es indudable que habia en París infinidad de pinturas, siendo por consecuencia sumamente difícil atraer la pública atencion. Lograron con todo atraer-

la los lienzos españoles y principalmente *los Puritanos*, de Gisbert; *el testamento de Isabel la Católica*, de Rosales; *la capilla Sixtina*, de Palmaroli; *una boda en Valencia*, de Ferrandis; *las flores*, de Mirambent; *la capilla de los reyes de Granada*, de Gonzalvo; *el Tasso*, de Maureta; y *el retrato de Olózaga*, por Pescador. Atrájola igualmente *la estatua de Cain*, por Pagniucci y *el Matatías*, de Bellver. Fortuny no expuso nada, ni llegaron á tiempo las obras de Martí y Alsina.

Pues la ocasion se brinda oportuna, mencionaré á otros españoles, cuyas obras brillaron y sobresalieron. El de Moratilla que expuso un grande y hermoso tabernáculo de plata, destinado á la iglesia parroquial de la Habana; el de Masriera, que llevó un cáliz magnífico; el de Isaura, cuyos candeleros recordaban los mejores de Roma; los de Rivadeneira, Gorchs y Verdaguer, cuyos libros figuraban dignamente en la exposicion; los de Eslava y Bernareggi, que exhibieron pianos excelentes; el de Pons y Rivas, cuyos muebles eran superiores, y el de Nolla, conocido por sus mosáicos.

Por desgracia no se dispensó justicia á los españoles en la distribucion de premios. Bien es verdad que no se dispensó tampoco á las demás naciones. No solamente se repitió un fenómeno constante, sino que los desaciertos llegaron á su colmo. En prueba de lo cual me bastará decir que algunos no aceptaron los premios. Tan persuadidos estaban de que no los merecian, y tan disgustados de que no se hubiesen dado á otros expositores.

Los que deseen más datos sobre las obras españolas llevadas á la exposicion, los hallarán en un libro publicado en Barcelona, en una revista que á causa de este acontecimiento redactó en París uno de nuestros compatricios, y en varias correspondencias más ó ménos notables dirigidas desde la capital de Francia á periódicos que ven la luz pública en la de la monarquía y en la de Cataluña.

V.

Faltaria indudablemente á mi deber si no consagrase una palabra á los carlistas emigrados que viven en París. Aprovechando una coyuntura favorable he copiado en el presente libro algunas líneas de mi *Biografía de don Pedro de la Hoz*, en las cuales procuré poner de realce la grandeza moral y política de las personas á que me refiero. Doylas aquí por reproducidas. Dígase cuanto se quiera, en el mundo no hay hombres que puedan compararse con ellos, como no hay expresiones bastante significativas para ponderar como se merece sus cualidades sobresalientes. La historia los propondrá de seguro por modelo á todas las generaciones venideras.

Recientemente han venido tambien á París, por efecto de nuestras vicisitudes políticas, muchos revolucionarios. ¡Qué diferencia, Dios Santo, entre los unos y los otros! No se concibe más grande. Tan enorme como la que existe entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre Jesucristo y Satanás.

Tratándose de personas que han nacido en España, paréceme del caso no referir lo que pudiera manifestar con muchos pormenores y detalles. Diré sólo que públicamente manifestaban, respecto de los obispos, de los propietarios, etc., etc., indignos propósitos de pillaje y de matanza. Muchas personas dejaron de ir, para no oirles, á los sitios que frecuentaban.

En el tren directo salí de París en direccion á Madrid, á donde regresé con toda felicidad en uno de los primeros dias de Agosto. Nada ocurrió digno de mencion durante la travesía. Entrado en España, sentí mucho no poderme detener en las provincias vascongadas, en Búrgos y en el Escorial. Con gusto hubiera estudiado en aquéllas las costumbres de sus afortunados habitantes, examinado en la ciudad referida su catedral, una de las mejores del mundo, y recorrido en fin nuevamente aquel lugar memorable denominado con fundamento incontrovertible *la octava maravilla*.

Pongo aquí punto final á mi obra, pero no soltaré la pluma sin preguntarme á mí propio. ¿Has llenado el objeto que te propusiste al escribirla? Holgárame mucho de que mis lectores pudiesen responder afirmativamente. Sea de ello lo que fuere, yo suplico á todos que tengan presentes la infinidad de peripecias que he sufrido, y los sucesos que han pasado durante su publicacion. Viajes imprevistos, desgracias de familia, contratiempos inesperados, tribulaciones tremendas, disgustos con hombres que profesan mis creencias y mis opiniones, trastornos políticos, para no ser interminable, verificados por hombres vendidos en alma y cuerpo al demonio de la Revolucion. A todo he procurado sobreponerme, pero es imposible que la obra no se haya resentido de la situacion de mi espíritu.

FIN.

INDICE.

PÁGS.

PÁGS.

PARTE CUARTA.

VIAJE DE VUELTA.

CAPITULO PRIMERO.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

APROBACION DEL ORDINARIO.

Nos el Doctor Don José de Lorenzo y Aragonés, Presbítero, Vicario eclesiástico de esta H. Villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *Roma en el Centenar de San Pedro*, que desea publicar don José María Carulla; mediante que de nuestra órden ha sido examinada, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.

Madrid y Diciembre nueve de mil ochocientos sesenta y ocho.

Por mandado de S. S.

Doctor Lorenzo. — Licenciado Juan Moreno Gonzalez.

Hay un sello que dice: «*Vicaría eclesiástica de Madrid y su partido.*»

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	Col.ª	Línea.	Dice.	Debe decir.
IV	1.ª	16	celebrarse	celebrar
39	1.ª	1.ª	Capítulo VI.	Capítulo V.
43	1.ª	16	Capítulo VII.	Capítulo VI.
46	2.ª	1.ª	Capítulo VIII.	Capítulo VII.
48	1.ª	24	Capítulo IX.	Capítulo VIII.
50	2.ª	29	Capítulo X.	Capítulo IX.
55	1.ª	12	Capítulo XI.	Capítulo X.
60	2.ª	38	Capítulo XII.	Capítulo XI.
63	2.ª	37	defen-	defensa
73	1.ª	10	Capítulo XIII.	Capítulo XII.
108	2.ª	antepenúlt.ª	pueblo	pueblo-rey
114	2.ª	18	verdadera	verdaderamente
124	2.ª	36	va los	va por los
132	1.ª	28	materia	manera
136	1.ª	15	jamás	de fama,
174	1.ª	39	codiciosas,	odiosas,
232	1.ª	9	—	XVIII.
254	1.ª	3	hubiese tomado	hubiese de tomar
255	2.ª	12	su pio	pio
id.	id.	18	deber.	su deber.
278	1.ª	22	mas	muy
280	1.ª	32 y 33	decern ce.	decernere.
287	2.ª	23	—	VIII.
288	2.ª	33	que para	para que
290	1.ª	22	foreminibus	foraminibus
296	2.ª	34	del Centenar.	la del Centenar.
298	2.ª	penúltima.	Pedro	Pablo
320	2.ª	última.	He conservado	He conversado
327	1.ª	19 y 20	huyusque	hucusque
331	1.ª	38	nolde	notable
342	1.ª	23	tutar	tutari
388	2.ª	23	gunda la cantidad	la cantidad
397	1.ª	1.ª	Niñoj	Niño
id.	2.ª	1.ª y 2.ª	suetaron	sujetaron
411	1.ª	4	referido	recorrido
447	1.ª	32	que no le	que le
454	2.ª	9	puntó	pintó

